

ACADEMIA NACIONAL
DE LA HISTORIA



NUEVA
HISTORIA
de la
NACIÓN
ARGENTINA

9 • LA ARGENTINA DEL SIGLO XX

5
PLANETA

La Academia Nacional de la Historia –sucesora de la Junta de Historia y Numismática Americana que fundaron en 1893 Bartolomé Mitre y otros destacados estudiosos–, decidida a emprender en los años finales del siglo XX un amplio esfuerzo de renovación historiográfica que continuase los realizados en la *Historia de la Nación Argentina* (14 volúmenes publicados entre 1936 y 1950) y en la *Historia Argentina Contemporánea* (7 volúmenes, entre 1965 y 1967), dispuso en 1997 editar una obra orgánica y colectiva, de alta divulgación: la *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Una comisión de académicos, encabezada por el presidente de la entidad, elaboró el plan general que abarcó, en diez tomos, el proceso histórico desde los tiempos prehispánicos hasta nuestros días.

En ellos tienen cabida relevantes especialistas, procedentes de distintos ámbitos y corrientes historiográficas, con el propósito de realizar una obra integral, no sólo en el sentido temático sino también con la idea de alcanzar un conjunto coherente que supere la simple reunión de monografías sobre diversas áreas. En cada parte se estudian el territorio y la población, la dinámica de las sociedades, las instituciones, la economía, la vida cotidiana y la cultura en sus más diversas vertientes. Un tomo final, de gran valor instrumental y didáctico, contendrá los índices generales.

Con el prestigio que le otorga su trayectoria de institución señera en su disciplina, la Academia ofrece al lector este nuevo y notable aporte que se diferencia de los dos anteriores por los enfoques y aspectos que sugiere el actual movimiento historiográfico, circunstancia que, sin embargo, no les resta vigencia como referentes en cuestiones que no se tratan aquí desde la misma óptica.

**NUEVA HISTORIA
DE LA NACIÓN ARGENTINA**

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

NUEVA HISTORIA
DE LA NACIÓN ARGENTINA

TOMO IX

PLANETA

982 Nueva historia de la Nación Argentina / coordinado
NUE por Miguel Ángel De Marco.- 1ª ed. - Buenos
Aires : Planeta, 2002.
v. 9, 592 p. ; 24x17 cm.- (Historia)

ISBN 950-49-0956-6

I. De Marco, Miguel Ángel, coord. - 1. Historia
Argentina

Grupo Editorial Planeta, S.A.I.C.

DIRECCIÓN EDITORIAL: Leandro de Sagastizábal

COORDINACIÓN: Alejandro Ulloa

EDICIÓN DE TEXTOS: Diego Arguindeguy

DISEÑO Y MAQUETA DE INTERIORES: Osvaldo Gallese

COMPAGINACIÓN Y ARMADO: Adriana Martínez

CARTOGRAFÍA: Susana Mingolo

IMÁGENES Y FOTOGRAFÍA: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia:

Violeta Antinarelli, Ariel Otero Estrada y Gabriel Lerman / Beatriz Cabot

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1997, Academia Nacional de la Historia
Balcarce 139, Buenos Aires

© 2002, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires

1ª edición: 2.500 ejemplares

ISBN de la Obra Completa 950-49-0214-6

ISBN del Tomo IX 950-49-0956-6

Impreso en Grafinor S. A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de agosto de 2002.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la
cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en
manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso
previo del editor.

*Los originales de las ilustraciones son de la
colección de la Academia Nacional de la
Historia o reproducciones de las
publicaciones que se indican.*

**COMISIÓN ACADÉMICA ENCARGADA
DE LA DIRECCIÓN DE LA OBRA**

DOCTOR VÍCTOR TAU ANZOÁTEGUI (PRESIDENTE)

PROFESORA BEATRIZ BOSCH

DOCTOR ERNESTO J. A. MAEDER

DOCTOR ROBERTO CORTÉS CONDE

DOCTOR CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

DOCTOR DARDO PÉREZ GUILHOU

DOCTOR EZEQUIEL GALLO

COORDINACIÓN EDITORIAL

DOCTOR MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

CUARTA PARTE

LA ARGENTINA DEL SIGLO XX
c. 1914-1983

(Continuación)

V. LA ECONOMÍA

(CONTINUACIÓN)

37. AGRICULTURA Y GANADERÍA (1914-1945)

Noemí M. Girbal-Blacha

EL ESCENARIO ECONÓMICO NACIONAL (1914-1930-1945)

Desde los tiempos del Centenario y, decididamente, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la Argentina moderna, agroexportadora, asiste a una etapa de cambios en su crecimiento económico. Llega a su fin la expansión horizontal agraria que afecta, especialmente, a la agricultura cerealera-forrajera de la región pampeana; las economías monoproductoras del Interior, azucarera en el Noroeste y vitivinícola en Cuyo, sufren crisis cíclicas y se produce el agotamiento de la caña criolla así como la competencia del azúcar de remolacha. En el Gran Chaco argentino, la riqueza forestal del quebracho taninero se agota hacia el fin de la guerra y pierde terreno frente a productos sus-

titutos, en tanto que el algodón ocupa una importante porción del espacio chaqueño desde la década de 1920, para dar sustento a una industria textil todavía muy vinculada a la producción de bolsas para el envase de productos agrícolas (véase el cuadro 1). Asoma en el país, aún con limitado éxito, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, frente a los límites en el comercio exterior que impone el conflicto bélico mundial.

En la primera posguerra, mientras los productos de la agricultura (cereales) se recuperan frente a los buenos precios del mercado internacional, los derivados de la ganadería sufren los efectos del cambio en la demanda, que retorna a sus preferencias por la carne enfriada. Caen los precios de los animales y de la tierra destinada a la actividad pecuaria. La cri-

CUADRO 1
DISTRIBUCIÓN REGIONAL EN LA ARGENTINA MODERNA. 1912
(en porcentajes)

Región	Extensión territorial	Población	Agricultura	Ganadería	Ferrocarriles
Norte	25,7	16,5	4,6	13,1	16,0
Andina	17,6	9,5	4,1	4,9	9,5
Litoral-Centro	27,7	72,7	90,5	70,1	73,0
Patagónica	28,9	1,2	0,7	12,7	1,5

Fuente: Ministerios del Interior, Relaciones Exteriores y Agricultura, *Anuario Oficial de la República Argentina. Primer año. 1912*. Buenos Aires, 1912, pág. 50.

sis afecta a importantes productores ganaderos dedicados al congelado. La Argentina tiene dificultad para encontrar el rumbo perdido. El Estado refuerza progresivamente su intervención para superar los desajustes económicos en la ganadería de alta mestización (1921-1924) y en la producción azucarera (1927-1928), mientras sanciona la ley de represión de los monopolios (1923). El objetivo es preservar los rasgos más característicos de la Argentina agroexportadora.

El *crack* neoyorkino de 1929 y la ruptura del orden institucional se complementan y desembocan en la crisis estructural de 1930, cuyos efectos más álgidos perduran en el país hasta 1932. No es sólo una crisis económico-financiera; sus efectos se hacen sentir con dureza en el conjunto de la sociedad argentina. Llega a su fin la etapa que la CEPAL denominará del "crecimiento hacia afuera". El Estado consolida su intervención en el campo de la economía (Juntas Reguladoras de la Producción desde 1932) y de las finanzas (control de cambios, 1931-1933; Banco Central de la República Argentina, Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, 1935). El bilateralismo adquiere perfiles definidos y el vínculo con Inglaterra se fortalece en 1933, a través de la firma del Tratado Roca-Runciman.

Entre 1933 y 1938 —como un reflejo de los cambios ocurridos en la situación europea y en los Estados Unidos—, el país ve crecer sus exportaciones agrarias, mejorar su balanza de pagos y comercial, consolidar la industrialización por sustitución de importaciones y tecnificar el agro. Es sólo una recuperación circunstancial. El estallido de la Segunda Guerra Mundial replantea —aunque en otra coyuntura— las dificultades vividas por la República durante la primera conflagración. Se deterio-

ran las exportaciones cerealeras que deben competir con sus similares de los Estados Unidos y el Canadá, mercados mejor situados geográficamente y con una mayor tecnificación rural. Las exportaciones de carne congelada y envasada ocupan el lugar del *chilled beef* en ventajosa competencia —por calidad y distancia— con Australia y Nueva Zelanda, mientras la industrialización por sustitución de importaciones alcanza su máxima expresión, frente a las restricciones comerciales impuestas por la conflagración.

Es para anticiparse a los efectos de esta nueva posguerra que en 1940 se presenta ante el Senado de la Nación el Plan de Reactivación de la Economía Nacional; es un intento, finalmente frustrado, por conciliar industrialización y economía abierta. En medio de estas alternativas coyunturales, agricultura y ganadería conservan un indiscutido papel central en la economía nacional, aunque la industria adquiera firmeza y se fortalezca la expansión del mercado interno desde mediados de los años cuarenta.

EL LÍMITE DE LA EXPANSIÓN HORIZONTAL AGRARIA Y LOS EFECTOS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN EL AGRO PAMPEANO

En 1916, el radicalismo gana las elecciones presidenciales. El Ejecutivo Nacional queda en manos de Hipólito Yrigoyen. Cobra cuerpo entonces la propuesta de una mayor participación provincial en el proceso económico, cuando las provincias han entrado ya en una etapa expansiva de contornos modernos. La cuestión es producto de la participación ampliada, que implica coincidencias básicas intersectoriales. El radicalismo y —por ende— los sectores económicos que representa, no están

descontentos con la prosperidad de la Argentina agroexportadora, de la cual han obtenido considerables beneficios y muestran un consenso favorable hacia la economía de base agropecuaria. Esta decisión político-económica y el creciente proteccionismo europeo no auguran cambios estructurales, sino reformas moderadas, referidas a la redistribución del ingreso y del poder económico. Por su propia composición y plataforma partidaria, el radicalismo propicia el cambio político sin profundas alteraciones económicas.

En relación con la economía, en 1914, a las dificultades ya referidas que le genera a la agricultura extensiva cerealera-forrajera llegar al límite de la expansión horizontal (unos 22 millones de hectáreas), se le suma la eclosión de la Primera Guerra Mundial con el inconveniente para disponer de bodegas suficientes destinadas al embarque de granos. La ventaja competitiva —en términos de distancia e infraestructura— que le hacen los Estados Unidos y Canadá en el mercado internacional granero, así como los cambios en el tipo de carne embarcada (el enfriado vuelve a dar paso al congelado, la carne salada y envasada) adecuándose a las nuevas exigencias de los mercados consumidores, caracterizan el momento.

La Argentina —por calidad y por distancia— coloca su producción de carnes en el exterior con más facilidad que Australia y Nueva Zelanda, sus tradicionales competidores en el campo ganadero, por lo menos hasta la reunión de las Conferencias de Ottawa, promovidas por Inglaterra en 1932 (véase el cuadro 2).

La guerra deteriora el volumen y el valor de las importaciones con beneficios no buscados para la balanza comercial, y acentúa un incipiente proceso de industrialización por sustitución de importaciones, que debe soportar la escasez de materias primas. El acontecimiento bélico obliga al gobierno nacional —que se aferra a la neutralidad— a adoptar medidas de emergencia: feria cambiaria y bancaria (agosto de 1914), moratoria interna por 30 días, suspensión de la ley de conversión, prohibición de exportar oro y adecuación a la moratoria internacional. Se producen reajustes en el agro: la rotación entre ganadería y agricultura acentúa el carácter mixto de las explotaciones rurales, mientras que en virtud de las exigencias del conflicto mundial que benefician a nuestra ganadería, se produce el aumento en el precio de la tierra destinada a fines pecuarios y se acentúan los conflictos promovidos por arrendatarios y peones rura-

CUADRO 2
SUPERFICIE CULTIVADA (1910-1930)

Años	Hectáreas sembradas	Cereales y lino (porcentaje)	Forrajeras (porcentaje)
1910	18.290.419	65,0	29,5
1914	22.193.190	61,4	33,3
1920	22.131.106	56,3	38,2
1925	23.908.719	68,9	25,2
1930	27.195.855	73,5	21,0

Fuente: Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico argentino*, Buenos Aires, 1941, págs. 203 y 204, y Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, Buenos Aires, 1964, tomo 2, pág. 232.

les. A causa de la dificultad para comercializar los cereales, desciende el área sembrada con ellos hasta 1921, al mismo tiempo que se incrementa —en relación con el auge del congelado— la superficie alfalfada. Cobra cuerpo la desaceleración del crecimiento en la economía argentina (véase el cuadro 3).

Los productores rurales de la región pampeana se muestran atentos a los cambios coyunturales, pero al contar aún con las alternativas promisorias del mercado externo, postergan decisiones y propuestas que incluyan —en un futuro cercano— al mercado interno. Sólo algunos intelectuales —como Alejandro Bunge desde su *Revista de Economía Argentina* a partir de 1918— llaman la atención acerca de la necesidad de incorporar ajustes a la política económica vigente, atendiendo a las necesidades del mercado interno. La preocupación de la dirigencia económica tradicional va en aumento cuando, en 1916, el radicalismo ocupa el gobierno nacional. La integración política entre grupos terratenientes y sectores medios urbanos es el principal desafío que debe afrontar el radicalismo en el poder, y para salir airoso de él se propone mantener la estructura socioeconómica existente, promoviendo una más amplia participación política. El primer gabinete que

acompaña a Hipólito Yrigoyen es toda una manifestación de ese propósito (cinco de los ocho ministros están vinculados a la poderosa Sociedad Rural Argentina). La lucha por el control partidario es su expresión y conduce, en 1924, a la escisión del partido.

En la pampa húmeda, la traslación de la producción agrícola hacia la pecuaria por parte de los grandes productores, reactiva el malestar de los arrendatarios, quienes desde 1918 e impulsados por la Federación Agraria Argentina, vuelven a agitar al campo. Los reclamos chacareros son contundentes: “la tierra para quien la ocupa y la trabaja”; aunque terminen por conformarse con la ley de arrendamientos rurales (11.170) de 1921 —varias veces modificada— que rige las pautas de contrato sólo para superficies arrendadas que no excedan las 300 hectáreas.

Esta ley, el aumento de los préstamos hipotecarios a partir de la reforma de la Carta Orgánica del Banco Hipotecario Nacional en 1919, la consolidación del crédito agrícola, la sanción de la ley de cooperativas (11.380) en 1926, la fijación de tipos de cereal standard para que la calidad del producto se refleje en el precio, la conformación de una red nacional de elevadores de granos en los umbrales de los

CUADRO 3
POSICIONES RELATIVAS DE LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA EN LAS EXPORTACIONES
ARGENTINAS (1910-1929)
(porcentajes)

Quinquenios	Productos agrícolas	Productos ganaderos	Suma de ambos
1910-1914	50,78	45,11	95,89
1915-1919	39,13	55,08	94,21
1920-1924	58,63	36,83	95,46
1925-1929	58,95	37,17	96,12

años treinta, acompañan este avance signado por una intensa competencia en el mercado internacional de granos. A partir de 1926, las cotizaciones mundiales del trigo, y desde 1928, las del maíz, caen. Los precios de los productos agrícolas de exportación descienden en el 64% entre 1928 y 1932, dando muestras de un deterioro de su valor aun antes del estallido de la crisis mundial de 1929. Mientras tanto, el Estado procura contener la "cuestión agraria" haciendo uso de la educación rural, la colonización y la promoción de la granja, sin modificar el sistema de tenencia de la tierra e implementando una legislación rural de emergencia.

La incipiente industrialización por sustitución de importaciones promovida por la Primera Guerra Mundial en el país no alcanza a modificar esencialmente el perfil agroindustrial. La industria harinera, por ejemplo, que sufrió un alto proceso de concentración y aumento de la capacidad máxima de producción entre 1895 y 1914, en la década de 1920, y alentada por la urbanización creciente y el histórico diseño ferroviario convergente hacia la ciudad-puerto de Buenos Aires, se centraliza en torno a la Capital Federal. Los pequeños molinos del Interior desaparecen, mientras se inicia la sustitución de cultivos y se incrementa la capacidad de molienda en el litoral (95% del total) promovida por la exportación. Los 408 establecimientos harineros que registra el Censo Nacional de 1914 se reducen a 233, según los datos del Censo Industrial de 1935.

En un contexto sociopolítico más complejo y heterogéneo, los protagonistas de la expansión agraria argentina —Estado, chacareros y terratenientes— readecuan sus funciones, para ajustarse a las nuevas condiciones de la Argentina agroexportadora. No renuncian a sus

bases tradicionales pero adoptan matices nuevos. Se destaca la inserción de los ingenieros agrónomos y economistas en el proceso productivo cuando, más que la extensión de la propiedad, comienzan a privilegiarse unidades productivas más eficientes, de mayor rentabilidad. En tal sentido, la función del agrónomo ya no es sólo económica, tiene una misión social en el campo argentino: arraigar al hombre rural y a su familia a la tierra que trabajan para descomprimir la urbanización creciente y el malestar social. Es él quien debe convencerlo —como dirá Mariano de Ezcurra, presidente de la Sociedad Rural Argentina— de que "el campo es bueno, sano y provechoso"; quien debe insistir en los beneficios de la explotación mixta, en la difusión de la chacra, de la granja, de la educación agraria. La misión que se le asigna a este "grupo superior de hombres de ciencia", a esta "élite en el sentido agrícola", como la denomina Ramón J. Cárcano, es —ya desde fines de los años diez— la de mostrar "al agricultor lo que más le conviene". La cúpula del poder económico se pone en guardia. El Estado refuerza su papel de árbitro y los productores arrendatarios y chacareros se ajustan a los cambios cuando la Argentina se acerca a la etapa final de su crecimiento hacia afuera.

CARACTERÍSTICAS DE LAS ECONOMÍAS MONOPRODUCTORAS DEL INTERIOR: AZÚCAR Y VITIVINICULTURA

El accionar de Hipólito Yrigoyen en favor de los sectores medios urbanos —en tanto consumidores— se manifiesta en el plano económico-financiero (reducción impositiva) y se traduce en un sostenido e importante aumen-

to de la presión tributaria sobre las producciones típicas de las provincias del Interior, en marcado contraste con los beneficios que obtiene un baluarte yrigoyenista como la provincia de Buenos Aires. Estas diferencias financieras provocan descontentos, aun entre los gobernadores oficialistas. En Mendoza y San Juan, José Washington Lencinas y Federico Cantoni, respectivamente, salen en defensa de sus principios federales e intereses económico-políticos regionales, enfrentándose a la conducción yrigoyenista cada vez que se intenta desde el gobierno nacional promover el aumento de los impuestos internos que afectan al vino o al alcohol. Decepciones y reclamos entre algunos de los representantes del poder económico y el gobierno nacional, caracterizan también a la Argentina de entonces.

La economía azucarera del Noroeste con epicentro en Tucumán y la vitivinícola cuyana se expanden y modernizan—desde 1876, la primera y desde 1885, la segunda—al amparo del ferrocarril, la coalición oligárquica, el crédito barato y el auxilio del Estado, pero no tardan en enlazar su suerte variable a las crisis cíclicas. Concentración regional y empresarial, formación de sociedades anónimas, organización de corporaciones empresarias para obligar al Estado a subsidiar sus producciones típicas, son los resultados sobresalientes de la modernización en estas economías monoproductoras del Interior desde los albores del siglo XX.

La industria vinícola implementa la regulación productiva y la intervención estatal se convierte en su aliada incondicional. Las 4.317 bodegas (muchas de ellas, sólo depósitos de vinos) censadas en 1914, se reducen a 1693 (5 o 6 de ellas, grandes sociedades anónimas: Giol S.A., Arizu Hnos. S.A., Tomba Hnos. S.A., Gargantini S.A., etc.) en 1935. En tanto, la in-

dustria azucarera oscila entre periódicas crisis cíclicas de superproducción e importación del producto. En 1921, ocho ingenios cuentan con refinería propia y ya no dependen exclusivamente de la poderosa Refinería Argentina del Rosario fundada en 1890 por Ernesto Tornquist. Los cañeros producen el 43% de la materia prima y dan muestras de su poder de negociación cuando, en 1926, a raíz de una cosecha récord y la vigencia de la legislación reguladora de la producción, que reactivan el conflicto fabril-cañero, reclaman la intervención del gobierno nacional.

En marzo de 1927, los cañeros desconocen los contratos firmados donde se contemplaba la calidad sacarina para fijar el precio de la caña y exigen la vuelta al precio fijo por peso de la caña de azúcar. La intervención del presidente Marcelo T. de Alvear—tal como lo había hecho ante la crisis ganadera de los años veinte—no se hace esperar. El llamado “Laudó Alvear”, que alcanza expresión definitiva en 1928, da muestras de equidad tanto para permitir la liquidación de la caña correspondiente a la zafra de 1927, como al explicitar la necesidad de fijar nuevas bases para los contratos, que regulen la relación comercial entre compradores y vendedores de caña de azúcar, mientras se deja sentir con fuerza el avance jujeño en el sector.

Como expresión del poder de los gobernadores del Noroeste y a instancias del gobernador jujeño Benjamín Villafañe, se reúnen en 1926 y 1927 dos conferencias para tratar propuestas de concertación y para presentar el problema azucarero, ya no como el de una rama de la industria sino como una cuestión regional de alcance y responsabilidad nacional. El perfil de un Estado que interviene decididamente en la economía, avanza y se consolida.



Vista parcial de los viñedos Giol, Mendoza. Argentina. Edición especial en homenaje al príncipe de Gales, 1925-1926.

Hacia 1930, el nuevo régimen de ventas establecido por el cartel azucarero, procura y consigue coordinar intereses. Mientras cada firma conserva su personería jurídica, los productores de Salta, Jujuy y Tucumán se comprometen a limitar la producción, establecer cuotas de venta y fijar precios para la comercialización del azúcar, con vistas a evitar pérdidas al sector que representan.

LAS ECONOMÍAS MARGINALES. EL CASO DEL GRAN CHACO ARGENTINO: EXPLOTACIÓN FORESTAL Y ALGODÓN

En el área marginal del Gran Chaco Argentino también se practican ensayos para lograr la inserción regional en la Argentina agroex-

portadora. A partir de 1895, cuando ya ha fracasado la expansión ganadera y azucarera en ese espacio regional, se auspicia la explotación forestal, quebrachera, taninera; tanto en la subárea del Chaco santafesino, cercana a las vías fluviales, donde desde los albores del siglo XX, asienta su poderío The Forestal Land, Timber, Railways and Co. Ltd. ("The Forestal"), dominando el negocio de la extracción y comercialización de rollizos de quebracho con destino a Europa (Alemania) y los Estados Unidos; como en la subregión del oeste, el Chaco santiagueño, donde se extrae de sus bosques —penetrados por el ferrocarril y a través del obraje— leña, postes y durmientes para el mercado interno, con la participación de inversores de la pampa húmeda, quienes aprovechan la ausencia en la zona de sectores económicos poderos-



Vista aérea de la fábrica de extracto de quebracho de la compañía La Forestal en Villa Ana, Chaco. Argentina. Edición especial en homenaje al príncipe de Gales, 1925.

sos consolidados, para avanzar sobre estas regiones marginales. El objeto de los interesados en esta explotación es diversificar sus inversiones y minimizar el riesgo empresarial aumentando la renta marginal, pero no se proponen invertir sus ganancias en el espacio regional que explotan.

El estallido de la Primera Guerra Mundial genera un alza en los fletes y dificultades en el transporte, que obstruyen la exportación de rollizos de quebracho. Las empresas comienzan a elaborar, con éxito, el tanino en el país con destino a la exportación. En 1914 se exportan 80.153 toneladas de tanino y en 1918, 132.956 toneladas. La principal empresa del Chaco santafesino, propietaria de 2.266.175 hectáreas en la región, "The Forestal", por su parte, presenta problemas de funcionamiento al tener desdoblados sus sistemas operativos: el de comercialización, vinculado a la plaza de Hamburgo, y su directorio administrativo con sede en Londres. Una situación conflictiva que sólo se resuelve hacia 1919 cuando, una vez concluida la guerra, organiza su dirección de ventas en la capital inglesa y encara la confor-

mación del *pool* de fabricantes de extracto de quebracho, vigente hasta 1923 con la función primordial de ejercer el monopolio del tanino y del quebracho en el mercado internacional.

La conflagración mundial retrasa la importación de carbón inglés a la Argentina. La leña de los bosques santiagueños, que ocupan el 83,5% de su superficie y están ligados por ferrocarril a Tucumán y Córdoba, toma su lugar como combustible para industrias y transportes. Dos importantes sociedades anónimas, Quebrachales Chaqueños S.A. (liderada desde 1905 por Luis Zuberbhüler) y Quebrachales Tintina S.A. (propiedad de Ernesto Tornquist y Cia. desde 1906) encabezan la explotación leñera, que en 1913 representa el 13,2% de los combustibles utilizados en el país (reducido a petróleo según equivalente calórico) y en 1918 asciende al 74,8% (cuando el uso del carbón ha descendido del 80,9% en 1913, al 15,7% en 1918).

A diferencia de la fábrica de la zona chaqueña oriental, el obraje es aquí el núcleo urbano-forestal activo sobre tierras de ganaderos, con la única condición de pagar el derecho

de monte. La inestabilidad es la característica económica de la zona, ya que el obraje se levanta cuando la explotación forestal se encuentra agotada, como ocurre durante la primera posguerra.

Entonces el tanino debe afrontar la competencia de la mimosa, así como los avances de la industria química y de los sustitutos para curtiduría que son impulsados por la guerra. En la década de 1920, la expansión del cultivo algodónero en la región chaqueña da muestras del nuevo perfil que comienza a adquirir la zona. Los establecimientos textiles crecen en número y en importancia. En 1935, la superficie plantada con algodón alcanza a 306.863 hectáreas. Entre 1923 y 1934, "The Forestal" auspicia el cierre de fábricas y desata una verdadera guerra de precios cuando entra en vigencia la ley de represión a los monopolios. En 1926 hay 27 fábricas de extracto de quebracho en la Argentina y 5 en el Paraguay que abastecen casi toda la demanda mundial de tanino, con una producción que ronda las 367.000 toneladas al año.

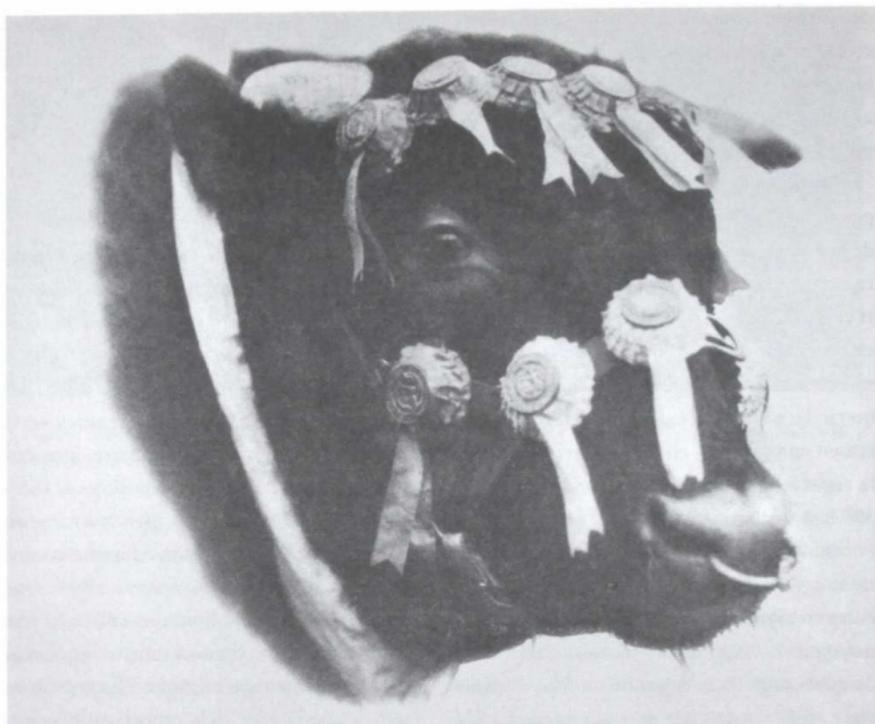
Apenas iniciados los años treinta, "The Forestal" sólo cuenta con 1.189.498 hectáreas de tierra de su propiedad, es decir, aproximadamente la mitad de la superficie que poseía en 1914. Las mencionadas secuelas de la guerra hacen que el quebracho deje de ser un negocio altamente rentable. La poderosa empresa se asocia entonces con Fontana Ltda. y con Baranda Ltda., conformando La Forestal Argentina S.A., industrial, comercial y agropecuaria. Se inicia la transición hacia la decadencia. Durante el decenio de 1930, las fábricas argentinas (unas 30) representan el 89,3% del total de plantas productoras de extracto de quebracho en el mundo. El país —que ya ha sufrido los efectos depredadores de la deforestación— to-

davía sigue esperando la sanción de un régimen para la explotación forestal, que recién podrá concretar en 1948.

LA CRISIS GANADERA DE POSGUERRA

La crisis ganadera de posguerra (1921-1924) se precipita cuando los contendientes europeos retornan a las tradicionales condiciones de la demanda de *chilled beef*. El problema tiene gran significación para la Argentina agroexportadora y se intenta retomar —con poco éxito— el camino de preguerra, introduciendo las menores reformas posibles al sistema económico vigente. La sobreinversión en el sector ganadero predomina durante la conflagración europea. El número de cabezas vacunas crece de 25,8 millones en 1914 a 37 millones en 1918, con una concentración de más del 80% en la pampa húmeda. El aumento va unido a uno similar en la exportación de carnes congeladas y las 370.000 toneladas de 1914 ascienden a 680.000 toneladas en 1918. Entre 1914 y 1929, el ganado refinado (con especialización en el Shorthorn) ve crecer su valor de \$ 37 a \$ 55. El interés por invertir en el sector aumenta, hace subir el precio del ganado y arrastra en la suba al precio de la tierra.

En 1921 cambian las exigencias de quienes compran las carnes argentinas. Se produce el cierre de algunos mercados compradores de los años del conflicto mundial. El mercado ganadero estadounidense se cierra frente a los denunciados problemas generados por la aftosa. El congelado vuelve a dar paso al enfriado. Los sectores del congelado no pueden entonces colocar el stock ganadero acumulado y los precios caen precipitadamente. El refrigerado, y con él los sectores invernadores, recobran



Cabeza de Faithful Roth. Gran campeón Shorthorn en la Exposición de Palermo, 1925. *Argentina. Edición especial en homenaje al príncipe de Gales, 1925.*

importancia y se aprestan a recuperar el espacio circunstancialmente perdido. La Sociedad Rural Argentina, conducida entonces por el criador Pedro Pagés, reclama —en nombre de los intereses que representa— protección al Estado nacional. Hipólito Yrigoyen no adopta resoluciones sobre el asunto. Su compromiso con los sectores medios urbanos (consumidores) le impide pronunciarse sobre la cuestión. Marcelo T. de Alvear, hombre vinculado a los altos intereses agropecuarios de la pampa húmeda, es quien, durante su presidencia, responde a las demandas de la poderosa Sociedad Rural Argentina, comprometiendo la intervención estatal para auxiliar al sector afectado.

En 1923, cuatro leyes intentan dar respuesta a la crisis ganadera. Por la primera se dispone la construcción de un frigorífico en Buenos Aires, dirigido por el Estado; por la segunda se legisla la inspección y supervisión del comercio de carnes con participación gubernativa; una tercera ley dispone la venta de hacienda sobre la base del kilo vivo, y, por último, una cuarta —la fundamental para superar la crisis— establece un precio mínimo para la venta de ganado con destino a la exportación y un precio máximo para la venta local de carne. La oposición de los frigoríficos no se hace esperar. Se niegan a comprar carne al precio mínimo preestablecido, en un merca-

do saturado de animales que no encuentran colocación conveniente, siendo el frigorífico o el mercado interno las únicas opciones de venta. La ley debe ser suspendida por el Ejecutivo Nacional, el cual se ve imposibilitado de dar solución a la crisis y corre con los costos políticos que le origina la revisión de la medida legal.

La reiterada cuestión de la aftosa, así como la influencia de los Estados Unidos en el concierto mundial cuando el centro financiero internacional se desplaza de Londres a Nueva York, hacen del *trust* frigorífico, entre 1924 y 1930, un baluarte indiscutible que genera contradicciones en la economía agropecuaria argentina. Desde la Sociedad Rural Argentina (presidida por el invernador Luis Duhau) se levanta, hacia 1927, el lema de “comprar a quien nos compra”, en directa alusión a su rechazo hacia los nexos comerciales con Estados Unidos, cuyos frigoríficos lideran el mercado de las carnes enfriadas en el país. Los ganaderos argentinos refuerzan así su estrecha e histórica conexión con el mercado y los inversores ingleses. El 8 de noviembre de 1929 —durante la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen— se firma el Pacto Anglo-Argentino D’Abernon, por el cual se acuerda un crédito recíproco de 100 millones de pesos para facilitar el intercambio entre ambos países con vigencia durante dos años. El tratado no será ratificado. La crisis frustrará su ejecución, pero la esencia de esta idea no se abandona. La alianza se formalizará, sobre otras bases y como producto del acercamiento de Gran Bretaña a sus dominios (Conferencias de Ottawa, 1932), en 1933, cuando se firme el Tratado Roca-Runciman. En 1930, las exportaciones argentinas con destino a Inglaterra representan el 40,5% del valor total, mientras las desti-

nadas a los Estados Unidos caen del 23,4% en 1915, al 10,7% en 1930.

Mientras estas alternativas acosan a la ganadería de posguerra, la agricultura recupera el espacio perdido. Desde el Estado se renueva —con escaso éxito— la presentación de proyectos de colonización agrícola. Desde diversos sectores agrarios se alientan los incentivos a la producción agrícola y mixta a través de la granja, la huerta y la educación agraria. El propósito es radicar a la familia rural, sin modificar el sistema de tenencia de la tierra vigente, basado en el arrendamiento. Se define la zona cerealera definitivamente, cuando la expansión se interna hacia el este y sur de Córdoba y penetra en La Pampa, y el retroceso del área alfalfa —a partir de 1921— permite la expansión del área sembrada con cereales, el aumento en el valor de las tierras dedicadas a ese fin y el lento pero sostenido avance de los cultivos industriales, como el girasol en Buenos Aires y el algodón en la región chaqueña.

EL ESTADO INTERVENCIONISTA Y SU ACCIÓN AGRARIA

En la Tercera Conferencia Económica de 1928, auspiciada por la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP, creada en 1916) se expresa que “la ganadería y la agricultura, con ser la más sólida base de nuestra riqueza, no puede constituir un programa económico integral”. Es éste un juicio que simboliza a la Argentina agroindustrial de los años treinta y que relativiza la expansión de los años veinte, cuando en el mundo tienen lugar el desorden monetario, la crisis del patrón oro, la hiperinflación en Europa central, el repliegue de los países in-

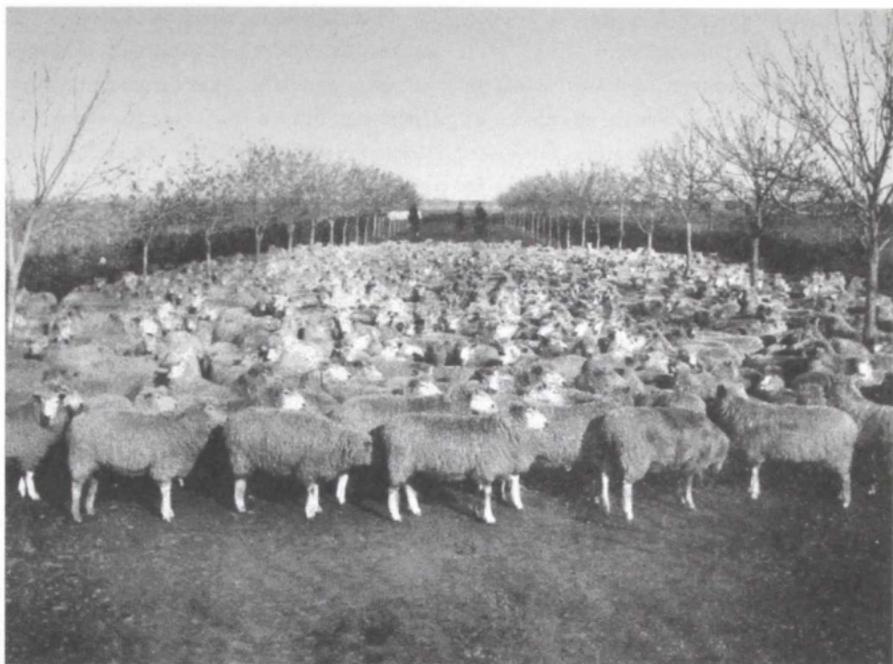
dustriales, la rivalidad libra/dólar y la repatriación de capitales a los Estados Unidos.

El *crack* internacional de 1929, que induce cambios en las condiciones de desarrollo, agrava el convulsionado clima interno y sus secuelas se manifiestan con todo rigor hacia 1932. La crisis se exporta desde Wall Street a los países del área capitalista desarrollada y periférica. Se impone la llamada “diplomacia del dólar”, se consolidan los nacionalismos económicos, se realinea el mercado mundial y se acentúa la caída de precios de los productos primarios. El Estado liberal entra en crisis y se activan la polarización social y el derrumbe del mercado del capital internacional.

La crisis estructural argentina —que se anticipa en el “Manifiesto de los 44” que los principales sectores productivos y políticos del país le dirigen al presidente Hipólito Yrigoyen, el 25 de abril de 1930— muestra complejas causas. Sus efectos impregnan todos los planos del quehacer nacional, incluyendo el político-institucional. En la Argentina de entonces, la sociedad cuestiona a los sectores dirigentes por la falta de respuestas ante los desajustes del sistema económico. Se advierten los efectos negativos de la dependencia externa, pero —de todos modos— se adoptan medidas de adaptación al sector externo. Se agudizan los problemas sociales y se restringe la participación política. Quienes conducen los destinos del país no pueden resolver dentro del sistema los problemas nacionales y salen de él —provocando el quiebre del orden institucional— para buscar respuestas a los desajustes, que la crisis devela en toda su magnitud. Al mismo tiempo, los sectores subalternos dan muestras de sus limitaciones para construir propuestas alternativas que posibiliten superar los efectos más agudos de la crisis, que deja al descubierto vie-

jos problemas nacionales, y no alcanzan a presentar respuestas acertadas ante los emergentes. Se agota una etapa del desarrollo argentino; aquel que se sustentaba casi con exclusividad en la agroexportación. En medio de estas alternativas, el país se reinserta en el mercado mundial a través del bilateralismo en favor de Inglaterra. Las oportunidades alternativas que se presentan ya antes de los años treinta —como es el caso de la industria— con grupos económicos más diversificados y estrategias empresariales más cercanas al capital comercial o financiero que al productivo, indican los cambios en las reglas de juego y conllevan la pérdida de la credibilidad o de lo que John Maynard Keynes denominó el “estado de confianza”, obligando a replantear el camino a seguir. Las preocupaciones de la dirigencia nacional se orientan entonces a salvaguardar el equilibrio del sistema económico más que a emprender su transformación.

En la Argentina, la crisis golpea con particular dureza al sector agrario. Es evidente un retraso en la tasa de crecimiento; pierden importancia —en término de valores— las exportaciones y se ve reducida la tasa de inversión. Las diferencias de esta crisis con la ocurrida en 1890 son notorias: en 1890 (y hasta 1891) la cantidad de moneda se triplica, y en los años treinta disminuye; en los noventa, los precios agropecuarios ascienden; en los treinta, descienden el 48% en promedio; la llamada “crisis del progreso” de los noventa aparece ligada a factores monetarios y fiscales sin afectar a las fuentes productivas. En 1930 culmina la expansión orientada exclusivamente hacia el sector externo. Por último, en 1890, los deudores rurales —por el alza en los precios de los productos y una moneda depreciada— alivian sus deudas en unas dos terceras partes; en los años



Ovejas de raza Lincoln. cabaña San Jacinto, de doña María Álzaga Unzué de Alvear, en Rojas. Argentina. Edición especial en homenaje al príncipe de Gales, 1925.

treinta, la carga de las deudas es agobiadora, ante el descenso —desde 1926— en los precios de los productos agrícolas.

En 1931, a causa de la depreciación de la moneda (alrededor del 40%) por la transferencia de capitales al exterior, se implanta el control de cambios, que actúa selectivamente como un freno a las importaciones y genera el traslado de ingresos desde el sector agrícola al sector industrial que, como el textil, usa preferentemente materia prima nacional. La agricultura y la ganadería disminuyen su participación en el ingreso nacional, que en 1926 era del 27,5% y en 1933 es del 25,8%. La recuperación de la depresión de los años treinta es financiada por la transferencia de ingresos de los sectores rurales a los urbanos.

En 1933 se hace evidente la sostenida declinación en los precios de los cereales. El 28 de noviembre se dicta un decreto que crea la Junta Reguladora de Granos, destinada a tonificar el mercado agrícola. El objetivo —como el de otras juntas similares: de carnes, del azúcar, del vino, de la yerba mate— es regular la comercialización de la producción, evitar ventas precipitadas ante la desvalorización de la moneda corriente, mantener el nivel interno de los precios en favor de los productores y fijar oficialmente las cotizaciones para comprar a precios redituables para el productor y vender al exterior al precio vigente en el mercado mundial. El Estado subsidia una vez más —y ahora de manera institucional— al agro. Los productores se amparan en los alcances de esa

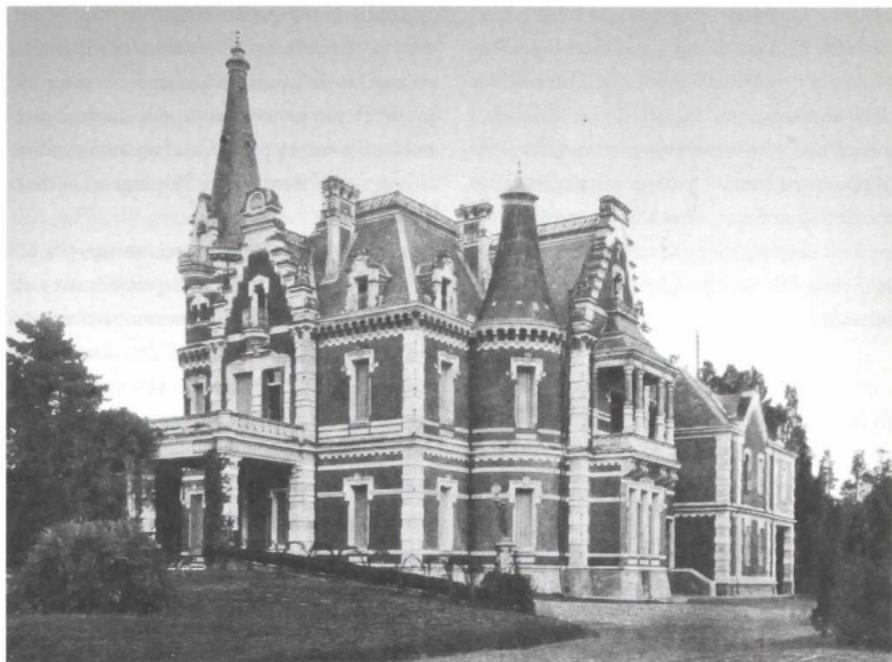
política, que los beneficia a pesar de la poco propicia situación internacional.

Como complemento de esta medida se promueve la construcción de elevadores de granos para alentar el embarque a granel y en 1932 se crea la Red General de Elevadores de Granos, que en 1935 se constituye en una Dirección Nacional. También se dispone la tipificación de cereales sobre standards y se organiza el crédito para los agricultores. De todos modos, cuando en 1934 los precios de los granos mejoran, el motivo obedece a la prolongada sequía que afecta al Canadá y a los Estados Unidos. En 1935, la Argentina ocupa el primer puesto entre los exportadores mundiales de trigo. Entre 1930 y 1934, los productos agrícolas representan el 59,8 % del valor total de las exportaciones. El agro pampeano recibe los beneficios de las buenas cotizaciones hasta 1937, pero desde 1938, una nueva caída en los precios reactiva las compras de la Junta Reguladora de Granos.

Nuevos reagrupamientos de los sectores agrarios dan origen a corporaciones diferenciadas que los representan. A las tradicionales Sociedad Rural Argentina (1866), Bolsa de Cereales (nacida en 1854 como Sala de Comercio Once de Septiembre) y Federación Agraria Argentina (1912) se suman ahora los criadores nucleados en la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP, 1932) y la Corporación Argentina de Productores de Carnes (CAP, 1934), que en todos los casos se esfuerzan por aumentar sus márgenes de influencia en las gestiones efectuadas ante el Estado. La Argentina rural, ante la diversificación productiva, se corporativiza, y procura así ajustarse competitivamente a las nuevas exigencias del mercado mundial.

La ganadería, aunque sufre los efectos de la crisis de 1930, se recupera más rápidamente que la agricultura. Las carnes resultan un rubro significativo en el comercio exterior. Su destino más importante —y casi exclusivo— es el Reino Unido; un comercio que —a partir de los treinta— es altamente dependiente de convenios bilaterales. Son los sectores ganaderos quienes una vez más se dirigen al Estado. Solicitan la creación de un organismo que represente sus intereses ante los vaivenes externos. Se crea entonces la Junta Nacional de Carnes (1932). Este organismo autárquico que se propone ejercer el control del comercio de carnes, fijar normas de clasificación y tipificar el producto, revela un triunfo parcial de los ganaderos sobre los frigoríficos y reactiva los conflictos entre la Sociedad Rural Argentina y la CARBAP, que aparece dispuesta a exigir una más amplia participación en la Junta. El conflicto ya no compromete sólo a criadores e invernadores, como una cuestión estrictamente económica, y se traslada al sistema político.

Los intereses de la industria ganadera argentina, históricamente ligados a los del sector exportador que opera con el mercado de Smithfield, exponen su poder cuando, como consecuencia de las Conferencias de Ottawa de 1932, el Reino Unido fija restricciones a las cuotas de importación sobre productos cuyo origen no fuera el de los dominios británicos. Los ganaderos argentinos se sienten afectados. Tienen temor de perder el mercado inglés, receptor del 90% de sus exportaciones. Los estancieros presionan para modificar la política comercial exterior de la Argentina, mientras los ingleses piden —y obtienen en 1933, con condiciones— el descongelamiento de fondos fijado por el control de cambios (1931), cuan-



Palacio de la estancia Las Armas, de la familia Ortiz Basualdo, una de las mansiones de campo más notables del país. Argentina. Edición especial en homenaje al príncipe de Gales, 1925.

do la Argentina actúa a imitación de otros países que —como Alemania— proceden a establecer controles financieros estrictos.

Tras seis meses de negociaciones, el 1° de mayo de 1933, el vicepresidente argentino Julio A. Roca (h.) firma en Londres con el ministro de comercio británico, Runciman, el Tratado Roca-Runciman, impulsado por invernadores, frigoríficos y grandes criadores, en medio de la oposición parlamentaria demócrataprogresista y nacionalista. El convenio garantiza evitar restricciones en las exportaciones de carne por debajo del 90% correspondiente al año terminado el 30 de junio de 1932 —año de ventas bajas para las carnes argentinas—; el 85% de las exportaciones quedan en manos anglo-norteamericanas y el 15% se reserva a la CAP. In-

glaterra obtiene una medida favorable para sus compras, al fijarse un doble tipo de cambio: libre y oficial. Se aseguran divisas disponibles al Reino Unido, equivalentes al monto total del cambio en libras esterlinas que surgen de las ventas de productos argentinos allí, dejando un monto libre. Se resuelve no gravar con impuestos el carbón y otros productos de procedencia británica, mientras se asegura un “trato benévolo” por parte de la Argentina a las inversiones británicas.

A mediados de 1935, los alcances del tratado se discuten en el Congreso Nacional. La oposición más contundente en nombre de los criadores y pequeños y medianos ganaderos la encabeza el senador demócrata progresista Lisandro de la Torre, quien enfrenta —con éxito

relativo— la defensa que hace del Tratado el ministro de Agricultura y ganadero Luis Du-hau; pero no consigue revocarlo. Entre 1933 y 1938 aumentan las exportaciones de carnes congeladas y en conserva, pero debido a las compras que hacen Alemania e Italia, en tanto aumenta significativamente el consumo interno de carnes y mejora la calidad de los novillos, cuya cría se expande en toda la pampa húmeda.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS EFECTOS EN LA PRODUCCIÓN AGROGANADERA ARGENTINA

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, acelera el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Como ocurrió durante el primer conflicto bélico mundial, los productos agrícolas son los más afectados por la coyuntura, ante la falta de bodegas y la mejor situación de los competidores en el mercado internacional (Canadá y los Estados Unidos). Al iniciarse la conflagración, la superficie sembrada en la Argentina alcanza a 28.360.700 hectáreas, dedicadas en más del 73% a cereales; en 1945, el área se reduce a 26.186.000 hectáreas, con un descenso en la superficie cerealera —afectada por sucesivas sequías— en beneficio de las forrajeras, que se expanden como resultado de la mejor posición que ocupan las carnes en el comercio de exportación argentina.

El Estado se apresta a sostener —una vez más— los precios de los granos, mientras los arrendatarios rurales denuncian a través de la Federación Agraria Argentina —ya desde 1936— violaciones a la Ley Contractual Agraria —reformada en 1932— por parte de los pro-

pietarios de tierras. En 1942, la ley 12.771 reduce obligatoriamente el monto en dinero y/o en especie de los arrendamientos y suspende los desalojos, para evitar éxodos masivos de la población rural y preservar el aparato productivo agrícola frente a las contingencias de la guerra.

El trigo, requerido especialmente por los aliados, se transforma en el primer rubro de exportación; Brasil y España compran un alto porcentaje de este cereal. El deterioro en los precios agrícolas internos es detenido nuevamente por la intervención de la Junta Reguladora de Granos, que reinicia las compras —especialmente de trigo— en noviembre de 1940. En el caso del maíz, el Estado auspicia su uso como combustible sustitutivo del carbón y como alimento de porcinos, para evitar la bancarrota de los productores. La conflagración favorece el cultivo de oleaginosas iniciado durante la década del veinte; se expande la siembra del girasol y se consolida la industria aceitera nacional. El fin de la guerra renueva las esperanzas del sector, que sólo se concretarán después de 1950, cuando se opere el proceso de tecnificación agraria que hará posible —en medio de un activo fenómeno de migraciones internas— la llamada “segunda revolución agrícola”.

Entre 1930 y 1945 se preparan los cambios —de ritmo desperejo— en toda la región pampeana: una fuerte despoblación del medio rural; una progresiva extinción del productor tradicional; una gradual urbanización del productor agrario, y la ampliación de la escala óptima de la empresa agrícola. Se pasa a unidades productivas más grandes, con el consiguiente proceso de concentración de la producción en una cantidad menor de explotaciones.

El Estado protege al poder agrario y hacia

1940 se alientan cambios estructurales. Se piensa, ahora desde el ámbito gubernamental, en el desarrollo del mercado interno, cuando son manifiestas la desaceleración del crecimiento y la diversificación de las fuentes más dinámicas de esa expansión. El ministro de Hacienda, Federico Pinedo, presenta ante el Congreso de la Nación —para anticiparse a los efectos de la posguerra— el Plan de Reactivación de la Economía Nacional, propuesta pro aliada, considerada el primer documento de Estado donde se intenta modificar parcialmente la estrategia de desarrollo económico vigente. Procura conciliar industrialización y economía abierta, intenta fomentar el comercio con los Estados Unidos y crear un mercado de capitales. Promueve un programa de préstamos industriales, un aumento en la construcción de viviendas, una revisión de las tarifas aduaneras y la adquisición por parte del gobierno de los saldos exportables agrícolas no colocados; en síntesis, se dispone mantener abierta la economía oficializando la industrialización, pero dejando claramente establecido que el agro sigue siendo —como lo expresa el autor de la iniciativa— “la gran rueda de la economía” y que la industria actuaría a la manera de engranaje secundario, cuando aquélla tuviera dificultades.

La propuesta de Pinedo da cuenta de la creciente hegemonía de las posiciones industrialistas a las que el Estado no puede dejar de

tener en cuenta, de las dificultades por las que atraviesa el comercio internacional y de la necesidad de dinamizar la alicaída demanda interna. La acción estatal es vista como la única alternativa. El tránsito del intervencionismo al dirigismo estatal en la economía avanza. Pinedo propone movilizar los recursos financieros a través del Banco Central, pero la falta de apoyo político hace naufragar el plan propuesto; y con él, las expectativas de renovación inmediata de la economía nacional.

Frente a los cambios, los sectores agrarios también se reorganizan y el 24 de febrero de 1943 se funda Confederaciones Rurales Argentinas (CRA). Más allá de la frustración del Plan Pinedo, el país sigue esperando un retorno a los tiempos de prosperidad que vivió la Argentina agroexportadora, pero se apresta a ponderar en sus propuestas futuras al mercado interno, protagonista de la política económica del peronismo y de su planificación.

Un balance del período 1930-1943 muestra la vigencia de una política de contraste que se enlaza a la vulnerabilidad propia de una economía abierta como la argentina. Por un lado, el propósito, alentado desde el poder, es restaurar la hegemonía agroexportadora, frente a un comercio mundial limitado. Por otro, se destaca la creciente importancia del sector industrial en medio de las relativamente bajas tasas de inversión.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La cuestión agraria y sus diversos enfoques teórico-metodológicos han merecido especial consideración en algunos estudios, de entre los cuales se destaca por su vigencia el de DANILO ASTORI, *Controversias sobre el agro lati-*

noamericano. Un análisis crítico, Buenos Aires, 1984. Por su parte, un balance historiográfico de la producción argentina sobre este tema se llevó a cabo en la obra editada por el COMITÉ ARGENTINO DE CIENCIAS HISTÓRICAS, *Historio-*

grafía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción historiográfica argentina, Buenos Aires, 1990. Ambas ediciones pueden complementar, sin duda, esta brevíssima orientación bibliográfica.

Son las obras dedicadas a temáticas político-económicas generales las que en la historiografía tradicional tratan primeramente el tema del desarrollo agrario para un período más amplio que el aquí considerado. Son los estudios de HORACIO GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, 1954, y de RICARDO M. ORTIZ, *Historia económica de la Argentina*, Buenos Aires, 1955, los que en esos años marcan el rumbo en el abordaje del tema, desde el campo de sus especialidades ajenas a la historia. También entre 1960 y 1970, algunos estudios generales sobre la economía argentina se ocupan de la situación de la cerealicultura y de la ganadería de alta mestización, para analizar y evaluar sus matices como rémoras del desarrollo económico. Son los casos de GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, y de ALDO FERRER, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México-Buenos Aires, 1963, quien —además— trasciende el espacio nuclear de la Argentina agroexportadora para analizar la situación de las economías regionales. La desaceleración del crecimiento argentino a partir de mediados de los años diez se inserta en un contexto más amplio y le permite a CARLOS DÍAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, 1975, corregir a Di Tella y Zymelman y pasar revista a los avances, estancamientos y retrocesos de la actividad económica del país, en la cual el agro juega un papel central. En años más recientes —y como

producto de un trabajo reflexivo de varios años— ROBERTO CORTÉS CONDE, *La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, 1997, también le acuerda, por su trascendencia histórico-económica, un espacio importante a la cuestión agropecuaria.

En tiempos de balance final del conflictivo siglo XX, la cuestión agraria vuelve a estar presente en estudios abarcadores nacidos desde disciplinas colindantes con la historia. Es el caso, por ejemplo, de las obras de PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, 1998, y de JULIO CÉSAR NEFFA, *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*, Buenos Aires, 1998. Más recientemente, y como un compendio interpretativo de historiadores, sociólogos y economistas de la historia argentina en el largo plazo, se edita la voluminosa obra de MARIO RAPOPORT y colaboradores, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, 2000.

Los estudios específicos acerca de la agricultura y la ganadería de la región pampeana entre 1914 y 1945 adquieren perfiles diversos. En la década de 1960, el tema es tratado descriptivamente por JOSÉ A. CRAVIOTTO, "La agricultura", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia Argentina Contemporánea*, vol. 3, Buenos Aires, 1966. También por entonces, pero con marcado acento antiperonista, JOSÉ A. MARTÍNEZ DE HOZ, *La agricultura y la ganadería argentina en el período 1930-1960*, Buenos Aires, 1967, pasa revista a las causales del atraso agrario desde los críticos años treinta, responsabilizando de la situación al Estado

nacionalista, popular, benefactor y planificador peronista (1946-1955). En los años de 1970, es la obra de D. FIENUP, R. BRANNON y F. FENDER, *El desarrollo agropecuario argentino y sus perspectivas*, Buenos Aires, 1972 (primera edición en inglés, 1969), la que realiza un balance de la economía agraria (específicamente pampeana) y avanza sobre las perspectivas que habrá de jugar el agro en el desarrollo económico del país; mientras que ALFREDO PUCCIARELLI, *El capitalismo agrario pampeano*, Buenos Aires, 1986, enrolado en la teoría de la dependencia, pasa revista a la situación de la agricultura cerealera entre 1880 y 1930.

En los años entre 1980 y 1990, la producción historiográfica muestra la presencia de estudios que no rompen con las interpretaciones más tradicionales del agro pampeano, las complementan y profundizan sus conclusiones analizando su evolución, para el período tratado en este capítulo, en relación con las políticas estatales: NOEMÍ GIRBAL-BLACHA, *Estado, chacareros y terratenientes. 1916-1930*, Buenos Aires, 1988, y —más tempranamente— para la ganadería, PETER SMITH, *Carne y política en la Argentina*, primera reimpresión, Buenos Aires, 1983. Otros estudiosos del problema, como CARLOS ALTMAN, *La renta agraria en la Argentina*, Buenos Aires, 1975, y GRACIELA MALGESINI, “¿Subsidio o sustracción? El control de cambios y los productores cerealeros en los años '30”, *Anuario IEHS*, n° 1, Tandil, 1986, ponen el acento en la relación agro-finanzas; o bien en las corporaciones agrarias, como lo hace —más recientemente— ROY HORA, *The Landowners of the Argentine Pampas. A Social and Political History, 1860-1945*, Oxford, 2001. Un compendio en el largo plazo es el recientemente editado por OSVALDO BARSKY y JORGE GELMAN, *Historia del agro argentino. Desde la*

Conquista hasta fines del siglo xx, Buenos Aires, 2001.

El extraordinario peso que la producción agropecuaria tiene en el comercio de exportación orienta varios estudios que ponen en esa arista el eje de su análisis. Es el caso, por ejemplo, de ARTURO O'CONNELL, “La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, n° 92, Buenos Aires, enero-marzo 1984. También los estudios comparativos merecen especial interés al momento de evaluar la situación agraria argentina y destacar diferencias con otros países de similar base productiva. Las obras de JOHN FOGARTY, EZEQUIEL GALLO y HECTOR DIEGUEZ, *Argentina y Australia*, Buenos Aires, 1979; GUIDO DI TELLA y D. C. M. PLATT, *Argentina, Australia and Canada. Studies in Comparative Development*, London, 1985, y CARL SOLBERG, *The Prairies and the Pampas. Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1880-1930*, Stanford, 1987, son ejemplos acabados de ese tipo de historiografía. En años recientes y con un perfil historiográfico-metodológico comparativo y en el largo plazo, se edita la compilación de NOEMÍ GIRBAL-BLACHA y MARTA VALENCIA (coordinadoras), *Agro, tierra y política. Debates sobre la historia rural de Argentina y Brasil*, La Plata, 1998, que reactualiza la cuestión en el marco de la globalización y los efectos del Mercosur.

La conjunción entre agro e industria y el papel jugado por el Estado nacional a través de sus políticas económicas, así como la relación entre exportación y mercado interno promueven algunos estudios histórico económicos en los años de 1980 y 1990: JUAN JOSÉ LLACH, “El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo”, *Desarrollo Económico*, n° 92,

Buenos Aires, enero-marzo 1984, y JORGE SCHWARZER, *La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina*, Buenos Aires, 1996, son sólo dos ejemplos representativos de esta expresión historiográfica.

Más recientemente, la historiografía agraria se ha dedicado a analizar los estudios de casos, con un alto componente social y una evaluación ecológica del problema agrario, para adecuarse al juego de escalas en el análisis macro y micro histórico que estos tiempos finiseculares imponen. BEATRIZ MOREYRA DE ALBA, *La producción agropecuaria cordobesa, 1880-1930. (Cambios, transformaciones y permanencias)*, Córdoba, 1992; JAVIER Balsa, *La crisis de 1930 en el agro pampeano. La burguesía rural durante la Depresión*, Buenos Aires, 1994; BLANCA ZEBERIO, *Entre Deux Mondes: Les agriculteurs européens dans "Les Nouvelles Terres" de l'Argentine. Exploitation agricole et reproduction sociale dans "la pampa", 1880-1930*, París, tesis doctoral, 1995 (inédita); ANDREA REGUERA, *Estancias et entrepreneurs dans le cadre du développement de l'écosystème agraire de la région de la pampa (1880-1930). Étude de cas*, París, tesis doctoral, 1997 (inédita); ADRIAN GUSTAVO ZARRILLI, *Crisis agraria y ecología. Los límites de la producción rural pampeana, 1930-1950*, Rosario, 1996; o, más recientemente, "Historia y Ecología. Un nuevo enfoque acerca de la cuestión rural", *Revista Theorethikos*, San Salvador, 1999, son algunas expresiones de estos nuevos abordajes de la cuestión agraria en la región pampeana.

En materia de estudios de las producciones agrarias regionales, después del impulso que les diera la obra de ALDO FERRER, *La economía argentina*, México-Buenos Aires, 1963, recién en la década de 1970 éstos adquieren

envergadura propia. Son las obras generales de ALEJANDRO ROFMAN y LUIS A. ROMERO, *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, Buenos Aires, 1974; MABEL MANZANAL y ALEJANDRO ROFMAN, *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*, Buenos Aires, 1989; y, más recientemente, ALEJANDRO ROFMAN, *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, del carbón y del azúcar*, Buenos Aires, 1999, las que desde un abordaje amplio marcan rumbos en el tema.

Las monoproducciones azucarera y vitivinícola son estudiadas especialmente en su etapa de auge. Desde los pioneros, como BENITO MARIANETTI, *El racimo y su aventura. La cuestión vitivinícola*, Buenos Aires, 1965; AUGUSTO M. BRAVO, *La industria azucarera en Tucumán. Sus problemas sociales y sanitarios*, Tucumán, 1966; HORACE W. BLISS, *Evolución económica de Tucumán*, Tucumán, 1972, hasta los científicos sociales que marcaron rumbo en el tema, con la originalidad de sus estudios; es el caso de JORGE BALÁN y NANCY LÓPEZ, "Burguesías y gobiernos provinciales en la Argentina. La política impositiva de Tucumán y Mendoza entre 1873 y 1914", *Desarrollo Económico*, n° 67, Buenos Aires, octubre-diciembre 1977. Se suman a ellos los más recientes análisis de la cuestión azucarera, que incluyen los procesos críticos que afectan a esta economía regional, como el estudio de DANIEL SANTAMARÍA, *Azúcar y sociedad en el Noroeste Argentino*, Buenos Aires, 1986, y el que compila DANIEL CAMPI, *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*, volúmenes 1 y 2, San Salvador de Jujuy, 1991-1992. El material documental para concretar los estudios sobre la economía azucarera mereció, hace más de treinta años, la atención de ANA OSTENGO DE AHUMADA, *La*

legislación laboral en Tucumán. Recopilación ordenada de leyes, decretos y resoluciones sobre derecho del trabajo y seguridad social, 1839-1969, San Miguel de Tucumán, 1969, y de la historiadora norteamericana DONNA J. GUY, "Fuentes tucumanas 1870-1970", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Doctor Emilio Ravignani"*, n° 24-25, Buenos Aires, 1973.

Con el acento puesto en el análisis socio-político para el largo plazo, se edita la obra de EDUARDO ROSENZVAIG, *Historia social de Tucumán y del azúcar*, 2 volúmenes, San Miguel de Tucumán, 1987. Abordan la cuestión azucarera en tiempos de crisis y con perfil político-económico, entre otros, DANIEL GREENBERG, "Sugar Depression and Agrarian Revolt: The Argentine Radical Party and the Tucumán Cañeros Strike of 1927", *Hispanic American Historical Review*, n° 2, mayo de 1987; MARÍA C. BRAVO, "Cañeros, industriales y mecanismos de arbitraje azucareros en la década del '20", *Población y Sociedad. Revista Regional de Estudios Sociales*, n° 1, San Miguel de Tucumán, diciembre de 1993; MARÍA SILVIA FLEITAS, "Desarrollo regional, azúcar y política en el Noroeste Argentino", en UNIDAD DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA REGIONAL, *Jujuy en la Historia. Avances de investigación*, volumen I, San Salvador de Jujuy, 1993; y NOEMÍ GIRBAL-BLACHA, "Azúcar, poder político y propuestas de concertación para el Noroeste Argentino en los años '20. Las Conferencias de Gobernadores de 1926-1927", *Desarrollo Económico*, n° 133, Buenos Aires, abril-junio de 1994.

La situación de la economía vitivinícola para el período que aquí se estudia, fue abordada tempranamente desde la vertiente sociológica por LUIS CAMPOY, "Conductas diferentes de grupos culturales ante la posesión de la

tierra", *Investigaciones en Sociología*, n° 1, Buenos Aires, enero-junio de 1962. Con un perfil político-económico y continuando la labor de WILLIAM FLEMING, *Regional Development and Transportation in Argentina: Mendoza and the Gran Oeste Argentino Railroad, 1885-1914*, Indiana, 1976, puso el acento en la etapa más próspera de la economía regional: JOAN SUPLEE, *Provincial Elites and The Economic Transformation of Mendoza, Argentina, 1880-1914*, Texas, 1988. También asociando política y economía pero para los tiempos de la administración radical, lo hace CELSO RODRÍGUEZ, *Lencinas y Cantoni. El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, 1979. El sistema de contratistas como elemento de discriminación, ascenso y control social resulta el tema central de RICARDO SALVATORE, "Control de trabajo y discriminación: el sistema de contratistas en Mendoza, 1880-1920", *Desarrollo Económico*, n° 102, Buenos Aires, julio-setiembre de 1986.

Menos numerosos son los estudios que abordan la situación económica y social del Gran Chaco argentino. Las más tempranas descripciones de la situación forestal pertenecen a RAÚL MADUENO, *Evolución del régimen forestal argentino*, Buenos Aires-México, 1942, que pone el acento en los aspectos legislativos de la cuestión, y la descripción fitogeográfica de DOMINGO COZZO, *La Argentina forestal*, Buenos Aires, 1967. Las inversiones en la explotación forestal, sus características y efectos se expresan en la edición del CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES, *Diagnóstico sobre fabricación de resinas fenólicas. Provincia de Chaco*, Buenos Aires, 1973, y más tarde, en NOEMÍ GIRBAL-BLACHA, "Explotación forestal, riesgo empresario y diversificación económica: las inversiones argentinas en el Gran Chaco (1905-1930)", Re-

vista de Historia de América, n° 116, julio-diciembre 1993.

Uno de los estudios más completos en el largo plazo sobre la situación económica de la región del Gran Chaco se debe a la importante obra de ENRIQUE BRUNIARD, "El Gran Chaco Argentino", *Geográfica. Revista del Instituto de Geografía*, n° 4, Resistencia, 1975-1978. El resto se compone de trabajos específicos que priorizan los estudios de casos de algunas empresas: GASTÓN GORI, *La Forestal (La tragedia del quebracho colorado)*, Buenos Aires, 1974, y JOSÉ GARCÍA PULIDO, *El Gran*

Chaco y su imperio Las Palmas, Resistencia, 1977; o bien las características de la vida en el obraje: MARÍA SILVIA OSPITAL, "Condiciones laborales en la explotación forestal del Gran Chaco Argentino 1890-1920", *Folia Histórica del Nordeste*, n° 9, Resistencia, 1990; y, más recientemente, la vertiente ecológico-sistémica de la cuestión forestal: ADRIÁN GUSTAVO ZARRILLI, "Estado y explotación forestal. La legislación forestal ante la crisis ecológica. El caso de los bosques chaqueños (1895-1948)", en *XVI Jornadas de Historia Económica*, Quilmes, 1998 (CD-Rom).

38. AGRICULTURA Y GANADERÍA

(1945-1983)

Otto T. Solbrig

LA ARGENTINA, PAÍS AGRÍCOLA-GANADERO

Tanto en el exterior como entre los argentinos, la imagen del país es agrícola-ganadera, a pesar de que su población es mayoritariamente urbana y de la presencia de un sector industrial y de servicios importante. Sin embargo, esa imagen no es totalmente errónea, ya que la historia económica y política del país está íntimamente ligada al desarrollo agropecuario, y los productos del agro siguen siendo los principales rubros de exportación.

Avalando esta imagen, la Argentina posee un sector agrícola-ganadero desarrollado y moderno, sobre todo en el litoral pampeano, pero también en el Interior, tal como la industria vitivinícola en Mendoza, la producción de cítricos en la provincias del Norte, la producción frutícola del Alto Valle del Río Negro y el cultivo de yerba mate en Misiones. Este sector moderno coexiste con una ganadería y una agricultura extensiva y tradicional, centrada en las zonas más áridas del país y en la Patagonia.

Sin embargo, hace mucho que la actividad agropecuaria ha dejado de ser el principal factor de la economía nacional. En 1983, la contribución de la actividad agropecuaria al producto bruto interno (PBI) era de sólo el 13% y solamente el 12% (6,9 en la región pampea-

na) de la población económicamente activa estaba empleada en el medio rural.

Un sector agropecuario eficiente y productivo que contribuye porcentualmente poco a la riqueza del país es una característica de las economías desarrolladas. Otra característica de estas economías es la existencia en ellas de fuertes encadenamientos del sector agropecuario con la industria. Mientras que la agricultura y la ganadería tradicional usan un mínimo de insumos y producen bienes que en gran parte son consumidos directamente o con un mínimo de elaboración, la agricultura moderna depende de una gama de insumos industriales tales como agroquímicos, maquinarias y semillas mejoradas. Si bien la terminología no es precisa, en este capítulo se denomina "moderna" a lo que también se llama "comercial", "industrial" o "de altos insumos".

A su vez, los productos de la actividad agropecuaria tienden a ser usados como materia prima en muchas industrias —como, por ejemplo, la industria aceitera, la textil, la de jugos y concentrados, etc.—, en lugar de ser consumidos directamente. El efecto económico multiplicador de estos encadenamientos de la actividad agropecuaria representa una contribución mayor al PBI que el valor de la misma agricultura y ganadería.

El período aquí tratado marca un cambio muy importante en el sector rural argentino, sobre todo el pampeano, que pasa de una actividad extensiva y tradicional basada principalmente en el factor tierra, a una agricultura y ganadería intensiva e industrial mucho más capitalizada y con más encadenamientos con el sector industrial. Pero como se verá, ya al principio del período la agricultura extensiva tenía muchas características de la agricultura moderna, y la agricultura y ganadería al final del período todavía padecen de muchos problemas y dificultades. En conjunto, es éste un período de transición.

¿Cuáles fueron los factores que desencadenaron cambios en la estructura rural argentina? Aquí hay varias y encontradas explicaciones. Para algunos historiadores, los cambios tecnológicos que ocurrieron y que están bien documentados, fueron el factor desencadenante; para otros, la tecnología es sólo un síntoma, y las explicaciones deben buscarse en las políticas agrarias seguidas por los diferentes gobiernos que rigieron los destinos del país. Otra explicación, muy popular al comienzo del período, mantenía que la actividad agropecuaria argentina padecía de un problema estructural relacionado con la tenencia de la tierra. Finalmente, otros ven las transformaciones que ocurrieron como un desenlace inevitable después de la ocupación de toda la tierra virgen apta para la actividad agropecuaria, sobre todo en la región pampeana.

En realidad, no hay un único factor desencadenante, dado que se trata de un sistema complejo en que todos los factores mencionados y otros más han jugado un papel importante. La historia de la agricultura y la ganadería argentinas es el resultado de las decisiones de muchos actores nacionales y ex-

tranjeros —productores, trabajadores, políticos, consumidores, exportadores, competidores—, cada uno de los cuales actuó con visiones e intereses diferentes y muchas veces encontrados, y con diferentes dosis de poder de decisión. El principal determinante del comportamiento del productor está representado, sin duda, por los precios agrícolas percibidos que, a su vez, están afectados por todos los factores enunciados.

Una variable independiente muy importante que determina la actividad agropecuaria es el crecimiento demográfico y económico mundial y nacional. En una economía de mercado como la argentina, el volumen de la producción agrícola-ganadera es una respuesta a la demanda de los mercados, que reflejan el número de consumidores y su nivel de ingreso. La población mundial creció durante el período 1945-1983 a una tasa promedio anual del 2%, la mayor en la historia de la humanidad. A su vez, las economías mundiales también crecieron a una tasa elevada, aunque el crecimiento demográfico y económico por países fue muy desigual. La conjunción de estos dos factores se reflejó en un incremento significativo en el comercio internacional de productos agropecuarios, lo que favoreció a la Argentina, país agroexportador. A pesar de ello, a escala mundial, la oferta creció a una tasa promedio levemente por encima del crecimiento demográfico, lo cual, después de un auge inicial en los precios agrícolas durante la década de 1940, trajo una paulatina —pero muy variable de año a año y muy fluida— tendencia a la baja en años siguientes.

El crecimiento económico es el resultado de la acumulación de capital físico, de capital humano y de conocimiento (tecnología). El cambio tecnológico, a su vez, está ligado a la

tasa de acumulación de capital. El crecimiento económico lleva a un aumento del consumo. A medida que éste aumenta, la proporción que se gasta en alimentos decrece; en otras palabras, la elasticidad de los productos rurales primarios es baja. Lo mismo ocurre con respecto al precio. Eso hizo que a medida que crecieron las economías hubo una tendencia a la baja en los precios agrícolas y a su sobreproducción, afectando los ingresos de los productores y por ende, la inversión en tecnología.

La región pampeana produce aproximadamente el 90% de los cereales y oleaginosas —principales productos de exportación de origen agropecuario— y aproximadamente el 70% de toda la producción agropecuaria nacional (véase el cuadro 1). Este capítulo se centrará, por lo tanto, en los cambios operados en esta región. Sin embargo, también se hará mención a la actividad agropecuaria en otras regiones del país, ya que también allí ocurrieron cambios significativos.

CUADRO 1

PARTICIPACIÓN DE LOS SUBSECTORES AGRÍCOLA Y PECUARIO EN EL VALOR BRUTO ABSOLUTO Y RELATIVO DE LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA PROVINCIAL 1970-1972

<i>Provincia</i>	<i>Agricultura (%)</i>	<i>Ganadería (%)</i>	<i>Total</i>
Buenos Aires	15,10 (40,71)	21,98 (59,29)	37,08
Santa Fe	6,65 (47,47)	7,36 (52,53)	14,01
Córdoba	3,78 (34,15)	7,29 (65,85)	11,07
Entre Ríos	2,25 (32,92)	4,59 (67,08)	6,84
La Pampa	0,88 (31,85)	1,88 (68,15)	2,76
Corrientes	1,13 (36,96)	1,94 (63,04)	3,07
Chaco	1,59 (70,94)	0,65 (29,06)	2,24
Misiones	1,38 (91,21)	0,13 (8,79)	1,51
Formosa	0,78 (64,68)	0,42 (35,32)	1,20
Jujuy	1,41 (96,39)	0,05 (3,61)	1,46
Salta	1,67 (83,57)	0,33 (16,43)	2,00
Tucumán	2,58 (93,82)	0,17 (6,18)	2,75
Mendoza	5,87 (97,17)	0,17 (2,83)	6,04
San Juan	2,00 (98,03)	0,04 (1,97)	2,04
Neuquén	0,12 (45,78)	0,15 (54,22)	0,27
Río Negro	1,07 (76,14)	0,34 (23,86)	1,41
Chubut	0,04 (5,96)	0,65 (94,04)	0,69
Santa Cruz	0,00 (0,45)	0,55 (99,55)	0,55
Tierra del Fuego	0,00 (0,00)	0,09 (100,00)	0,09
Catamarca	0,15 (66,22)	0,07 (72,85)	0,22
La Rioja	0,16 (57,11)	0,12 (42,89)	0,28
San Luis	0,24 (27,15)	0,63 (72,85)	0,87
Santiago del Estero	1,12 (72,48)	0,43 (27,52)	1,55

EL FIN DE UNA ERA

ESTADO DE LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA EN 1945

Durante la década de 1930 se terminó de ocupar toda la tierra apta para la agricultura en la pampa argentina, lo que marca un hito muy importante en la historia de la agricultura y la ganadería nacionales. Desde ese momento, la tierra dejó de ser el principal determinante, y el capital y el conocimiento pasan a ser los principales factores en la producción agropecuaria.

La crisis internacional, que se desató a raíz de la depresión económica en los Estados Unidos en la década de 1930, tuvo serias repercusiones en la Argentina. La demanda mundial de productos agrícolas bajó considerablemente, lo que se reflejó en una brusca y significativa caída de los precios. La Argentina pudo mantener sus volúmenes de exportación de granos y carnes aunque con una considerable pérdida para el fisco y los productores, por la diferencia entre los precios pagados al productor y aquellos recibidos por la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carnes, entes reguladores creados por el gobierno del general Justo en 1934. El volumen de granos exportados, por el contrario, bajó muy significativamente durante la Segunda Guerra Mundial, en gran parte debido a la falta de transporte, lo que llevó a una consiguiente disminución de su producción. La producción de carne, que mantuvo mejor su mercado de exportación, se incrementó y muchas tierras agrícolas fueron transformadas en pasturas. La producción adicional se volcó mayormente a un creciente mercado interno.

La tecnología empleada en la primera mitad del siglo ha sido denominada "extensiva", porque prevaleció el factor tierra sobre el capital y la mano de obra. Sin embargo, desde principios de siglo había importantes inversiones de capital, como surge de los censos agropecuarios nacionales y de varios estudios. Las explotaciones agropecuarias no carecían de importantes inversiones en alambrados, aguadas (molinos, tanques australianos), corrales, galpones y maquinaria agrícola (arados, rastras, cosechadoras). La agricultura pampeana, en 1945, poseía un alto grado de mecanización, pero muy bajo grado de motorización, ya que la tracción era casi exclusivamente animal. Tampoco se utilizaban abonos, y los agroquímicos se empleaban solamente en explotaciones frutihortícolas. En cuanto a mano de obra, prevalecía el sistema de arrendamientos en las explotaciones agrícolas, y en la ganadería a campo se utilizaba relativamente poca mano de obra asalariada.

TENENCIA Y USO DE LA TIERRA

El sistema principal de uso de la tierra que prevaleció en la pampa argentina desde la época de la colonia fue la explotación ganadera, especialmente vacuna. El avance de la frontera en el siglo XIX fue dinamizado por la presión de los rebaños vacunos que crecían a una tasa mayor que la cosecha que de ellos se hacía. La ganadería extensiva y poco productiva de aquellos tiempos exigía grandes superficies. Cuando se consolida la posesión de la tierra después de la conquista del desierto, ésta ya ha sido dividida en grandes propiedades. Si bien la agricultura comercial de granos se inicia en unidades familiares en las colonias agrícolas de Santa Fe a mediados del siglo

XIX, ese modelo no prosperó. En cambio, prevaleció un sistema mixto. Los propietarios de las grandes estancias se dedicaban al manejo de la ganadería y arrendaban una parte de la propiedad a agricultores que eran mayormente inmigrantes. Los precios diferenciales de la carne y el trigo y las coyunturas de cada momento determinaban la proporción de tierras dedicadas a la agricultura y el precio del arrendamiento.

Este sistema de explotación ha sido muy discutido y a veces se lo ha visto como la causa de la ineficiencia del agro pampeano. Sin embargo, el sistema fue una solución racional a la situación en la zona pampeana hacia fines de siglo, cuando la oferta de tierras era baja, los precios eran altos y el inmigrante-agricultor no poseía capital, pero sí conocimiento y la capacidad de aportar su trabajo y el de su familia, mientras que el estanciero poseía tierra y capital pero no sabía —o no quería— dedicarse a la agricultura. Aunque abundan ejemplos de abuso por parte de los estancieros terratenientes, también abundan casos de éxito del sistema, que llevaron al arrendatario a eventualmente poseer su propia tierra, o lo más común, a ahorrar un capital para instalarse por su cuenta en el comercio o volver a Europa en condiciones acomodadas, ya que en buenos años, los márgenes para el arrendatario podían ser significativos.

Sin embargo, este sistema deja al arrendatario agricultor en una situación desfavorable en épocas de bajos precios o malas cosechas, dado que al bajar sus márgenes tiene más dificultades para pagar el arrendamiento en momentos en que la oferta de tierras para arrendar también baja, debido al mayor rendimiento de la ganadería.

Comenzando en 1921, el Estado nacional trató de regularizar esta situación a través de



Trilla y embolsado de trigo en el sur de la provincia de Córdoba. *El Banco de La Nación Argentina en el 75º aniversario*, Buenos Aires, 1970.

una serie de leyes y decretos. En 1945 se dictó el decreto 18.290 que agrupó diversas disposiciones anteriores. Éstas suspendían los juicios por desalojo y disponían una rebaja del 20% en los arrendamientos agrícolas sobre la base de los precios vigentes al 1º de julio de 1940. Además, se prorrogaron los contratos hasta fines de 1946. La justificación dada fue la persistencia de una “situación de emergencia originada por el conflicto bélico (...) y el desequilibrio existente entre los precios de arrendamientos y el valor de la producción”. Sucesivas leyes y decretos terminaron prorrogando los contratos hasta 1960, quince años después del fin de la guerra. En el ínterin, la inflación hizo bajar aún más los precios reales de los arrendamientos.

Un efecto inmediato de esta ley fue la reducción de la rentabilidad de los arrendamientos para los dueños de la tierra. Consecuentemente, hubo un esfuerzo concentrado por parte de los terratenientes para eliminar esta forma contractual de explotación. Muchos vendieron los predios a los arrendatarios, a precios por debajo de su valor real, mientras que otros intentaron recuperar el uso de sus tierras comprando los contratos a los arrendatarios. En parte, esto produjo una subdivisión de la gran propiedad, continuando una tendencia que se venía dando desde principio del siglo. Por otro lado, hizo que muchos estancieros que se habían dedicado hasta entonces exclusivamente a la ganadería se involucraran directamente en la explotación agrícola, abandonando la subdivisión de trabajo entre estanciero-ganadero y arrendatario-agricultor. Otro efecto fue la virtual eliminación del sistema de arrendamiento como se lo conocía hasta entonces, que fue reemplazado por contratos de explotación generalmente por una cosecha.

Si bien el sistema de división de trabajo entre estanciero-ganadero y arrendatario-agricultor desaparece, el uso dual de la tierra entre ganadería y agricultura persiste bajo el manejo del propietario-productor o el contratista-agricultor.

En 1944 se sanciona el Estatuto del Peón de Campo, que pretende mejorar las malas condiciones de vida y las exiguas retribuciones del asalariado rural. Esto permitió a los trabajadores dependientes aumentar su participación en la distribución del ingreso agropecuario. Otro efecto de esta legislación fue acelerar la búsqueda de formas de incrementar la productividad de la mano de obra a través de la mecanización.

PRINCIPALES CULTIVOS

Los principales cultivos en la región pampeana, en 1945, eran el trigo, el maíz, y el lino. El sorgo granífero y la soja eran cultivos experimentales con muy baja difusión. Las variedades utilizadas eran el producto de la labor fitotécnica de semilleros particulares, especialmente Klein y Buck, y de las estaciones experimentales del Ministerio de Agricultura. Los cultivares de maíz eran de polinización abierta y aún no se habían introducido híbridos, a pesar de que para esa época ya estaban muy difundidos en los Estados Unidos. La cosecha de trigo y lino era mecánica; la de maíz todavía se hacía principalmente a mano, con mano de obra "golondrina" del Interior y de las ciudades de la zona.

El tipo de labranza era la tradicional, con arados de reja que estimulaban la oxidación de la materia orgánica y la liberación del nitrógeno, permitiendo así el cultivo sin fertilizantes. Generalmente, después de varios años de agricultura, el potrero se sembraba con alfalfa y se dedicaba al pastoreo, manejo que llevaba a la reposición del nitrógeno. La gran fertilidad de los suelos pampeanos, sobre todo en la región de la pampa ondulada, permitía este procedimiento, aunque con el tiempo la región fue perdiendo fertilidad. Dicha región, conocida como el "núcleo maicero", comprende el sur de Santa Fe, el norte de la provincia de Buenos Aires y el sudeste de Córdoba, que es la zona más apta para agricultura. En zonas de suelos menos aptos, sobre todo en el oeste de la provincia de Buenos Aires y en La Pampa, este manejo llevó a una pérdida seria de fertilidad y su mayor reducción por el aumento importante de la erosión eólica.

Las malezas eran controladas en parte mecánicamente (escardillada, aporcado) y en gran parte, manualmente. Esto requería bastante mano de obra, generalmente familiar. Para la cosecha se hacía uso de contratistas especializados que recorrían la región de la pampa de norte a sur, siguiendo la maduración de los cultivos. La cosecha de maíz demandaba mano de obra adicional, los llamados "golondrinas", obreros que provenían del medio urbano local y del interior del país. El auge industrial en la década de 1940 llevó a una falta de mano de obra golondrina, y requirió en ocasiones la contribución del Ejército para levantar la cosecha.

LA GANADERÍA

La ganadería se hacía exclusivamente a campo, sobre pasturas naturales o artificiales, con ganado de alta calidad de mestizaje. Prevalecía la ganadería vacuna, con un buen número de caballos utilizados en las actividades agrícolas y un número decreciente de lanares.

Los productores en el ramo de ganado vacuno estaban divididos entre criadores, concentrados en zonas más marginales de la pampa y en la región extrapampeana, e invernadores, que ocupaban mejores tierras donde se engordaban los animales antes de enviarse al frigorífico. La conexión de los invernadores, con los frigoríficos les daba a éstos más control sobre los precios y les permitía pasar las fluctuaciones en los precios a los criadores.

Debido a la disminución en la actividad agrícola durante estos años, la ganadería aumentó en importancia, aunque en términos absolutos la ganadería vacuna, con existencias de 34.100.000 millones de cabezas en 1945, se mantuvo estable durante la década de 1940.

LA ACTIVIDAD AGROPECUARIA EXTRAPAMPEANA

La actividad agropecuaria en la región extrapampeana (algodón, uva, azúcar, frutas, etc.), que surtía principalmente al mercado local, no fue afectada negativamente por el cierre de las exportaciones. Al contrario, el cierre de las importaciones y el crecimiento del mercado interno la favoreció y hubo un crecimiento significativo en los cultivos industriales durante el período de la Segunda Guerra Mundial. Este crecimiento se venía dando desde comienzos de la década de 1930 y es un reflejo de la política de industrialización por sustitución de importaciones; dado que las primeras industrias en desarrollarse bajo este régimen fueron las alimentarias y de tejidos.

Esta evolución le dio un sesgo antiexportador a la agricultura argentina en la década de 1940, tendencia que se vio reforzada por una creciente demanda por los productos típicos de la zona pampeana, sobre todo carnes. El sector agrícola, que exportaba casi la mitad de su producción, redujo su saldo exportable en el 25%, destinando el 78% de la producción al mercado interno.

CRISIS Y TRANSFORMACIÓN. 1945-1955

El gobierno del general Perón, que subió al poder después de las elecciones de febrero de 1946, tenía como meta la rápida industrialización del país. La casi total falta de importación de maquinarias y unidades automotores durante la Segunda Guerra Mundial había estimulado ya el desarrollo industrial; pero el gobierno incitó una alta tasa de crecimiento industrial a través de una política de industria-



Exposición ganadera de Palermo. Sociedad Rural Argentina, 1950. *Argentina*, 1949-50

lización por sustitución de importaciones. Para ello se adoptó una serie de medidas que directa o indirectamente perjudicaron al agro. Además de las ya citadas referentes a los contratos de arrendamiento, otras medidas que afectaron negativamente el desarrollo rural fueron los precios pagados al productor y el cierre de la importación de maquinaria agrícola.

El éxito de la industrialización promovida por el Estado en la Unión Soviética, que fue capaz de vencer a una potencia industrial como Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, impresionó a muchos dirigentes de las nuevas naciones independientes de África y Asia, que adoptaron el modelo de industrialización guiado por el Estado. También en la Argentina el gobierno intentó forzar la industrialización del país. Para ello se erigieron barreras arancelarias de hasta el 100% ad valorem, con el objeto de reducir la importación y proteger la fabricación nacional. Además, se

requerían permisos de importación, que eran difíciles de conseguir. Dado que el parque de maquinaria agrícola era anterior a la Segunda Guerra Mundial, la falta de importación impidió la adquisición de equipos más eficientes y contribuyó a la descapitalización del agro, lo que a su vez, afectó la productividad. La imposibilidad de importar tractores fue un problema particularmente serio. Los productores querían importar nuevos equipos a fin modernizar su plantel de maquinaria, para suplir la falta de mano de obra rural y su alto costo. Pero el gobierno trataba de que la naciente industria nacional de maquinaria agrícola suplierá las necesidades del campo, pero eso no siempre fue el caso, en parte por falta de capacidad y en parte por ser las unidades nacionales de menor calidad y mayor precio. Otro factor contribuyente fue que, por divergencias ideológicas con el gobierno de Perón, los Estados Unidos prohibieron la exportación de ma-

quinaria agrícola a la Argentina, sobre todo tractores.

Eventualmente —hacia el final de los años cuarenta y en la década de 1950— el gobierno permitió y hasta estimuló la importación de maquinaria agrícola, pero debido al boicot norteamericano, el país tuvo que suplir sus necesidades con equipos europeos, de menor potencia y menos adaptados a las condiciones de la pampa que los equipos norteamericanos. En 1953, los Estados Unidos revirtieron su política comercial hacia la Argentina y permitieron la venta de equipos agrícolas.

Un efecto negativo mucho más directo de la política industrial de Perón fue la conducta del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI). Éste heredó la función de la Junta Nacional de Granos de fijar el precio sostén de la cosecha. Sólo que ahora el productor estaba obligado por ley a vender sus excedentes de exportación al IAPI, el que se encargaba de la comercialización. Mientras la Junta Nacional de Granos fijaba precios que generalmente estaban por encima de los precios internacionales para mitigar el impacto de los bajos precios durante la Segunda Guerra Mundial, los precios fijados por el IAPI estaban por debajo de los precios internacionales, que con el fin de la conflagración bélica habían subido significativamente. El objetivo era no sólo de estabilizar el mercado (finalidad también de la Junta Nacional de Granos), sino el de capturar parte de las ganancias del agro y verterlas a la naciente industria. Por lo demás, ésta es, en rasgos generales, la política seguida por muchos de los nuevos países, como por ejemplo, la India. Esta política tuvo consecuencias desastrosas para el agro argentino. Después de un año (1946) en que los productores pudieron acceder a precios inter-

nacionales, durante varios años el IAPI pagó precios significativamente por debajo de los existentes en el mercado mundial.

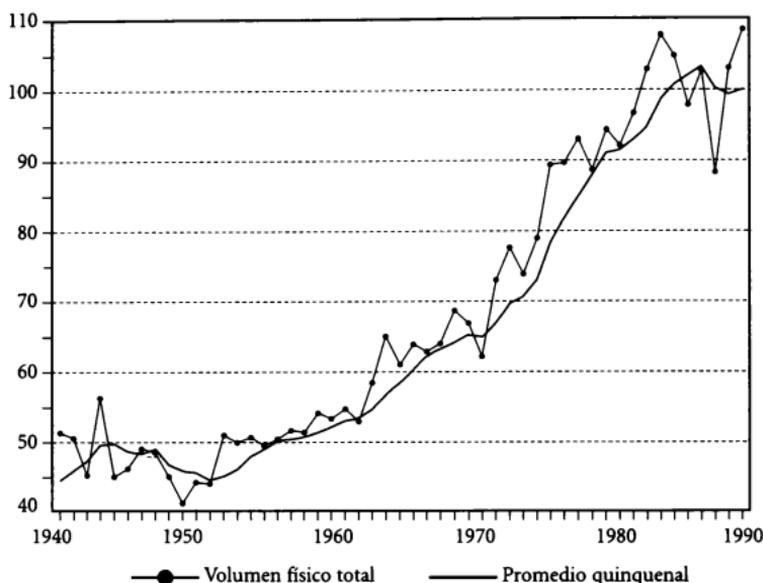
La respuesta de los productores a todos estos factores —la reducción en los costos de los arrendamientos, la falta de acceso a maquinaria moderna, la falta de mano de obra, el alto precio de los salarios y los bajos precios de los granos— fue reducir la superficie dedicada a la agricultura. Sobre todo aquellos que contaban con suficiente tierra, empezaron a dedicarse a la ganadería, que exigía menos mano de obra y que era más rentable, dado el aumento de la demanda interna y que la carne no estaba afectada por un control de precios. Sin embargo, aun en la ganadería la producción bajó en el quinquenio 1945-1950, aunque no tanto como en la agricultura. Un efecto de la reducción en la producción es la caída de la ocupación rural, que entre 1937 y 1947 mermó el 7%.

Estos procesos no afectaron a la producción extrapampeana, que creció en estos años surtiendo al creciente mercado interno. Sin embargo, dada la importancia de la agropecuaria pampeana, el resultado para el país fue una reducción de los volúmenes agropecuarios (véase el gráfico 1). Una extensa sequía en la región pampeana en el trienio 1949-1951 agravó aún más los problemas que afectaban al agro y llevaron a un cambio en las estrategias rurales del gobierno.

LA TRANSICIÓN A UNA AGROPECUARIA INDUSTRIAL. 1955-1983

La producción agrícola-ganadera puede crecer de tres maneras: por un aumento en la superficie utilizada, por un aumento en la in-

GRÁFICO 1
VOLUMEN DE LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA 1940-1990



tensidad de uso de la tierra o por un aumento en los rendimientos de los cultivos. Hasta el principio de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento en la producción se debió principalmente a un aumento en la superficie utilizada, aunque también hubo incrementos en la intensidad con que se usó la tierra y en los rendimientos. Desde entonces, el aumento en la superficie utilizada ha sido bajo y ha ocurrido principalmente fuera de la pampa. En cambio, ha aumentado la intensidad de uso—sobre todo con la introducción de la doble cosecha anual— y se han incrementado enormemente los rendimientos. Esto ha requerido un aumento grande en las inversiones fijas de capital—tales como maquinarias, silos, etc.—, pero sobre todo en insumos anuales, principalmente semillas mejoradas, y agroquímicos, especialmente herbicidas. Estos cambios

no ocurren automáticamente, pero son el resultado de la investigación en nuevas tecnologías agronómicas, y de nuevos sistemas de manejo, presiones económicas y políticas de gobierno.

A raíz de la seria crisis que se creó en 1951, cuando la Argentina no pudo cumplir con sus compromisos de exportación de cereales y en que hasta faltó harina de calidad para el consumo interno (el año del "pan negro"), el gobierno de Perón revirtió su política y comenzó a estimular el desarrollo del agro, política que fue continuada por los gobiernos que le siguieron. Una característica de estas políticas es su inconsistencia. Por un lado, se estimuló el fomento de la investigación agrícola y la difusión de tecnología de avanzada, principalmente a través del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la liberación de

ventas (eliminación del IAPI como intermediario) y de fomento de los créditos agrícolas. Por el otro lado, a través de la política cambiaria y los impuestos a la exportación se trató de controlar los precios internos en un ambiente de inflación. Estos objetivos encontrados crearon grandes incertidumbres.

Dos herramientas principales fueron utilizadas. La primera fue, a partir de la década de 1960, el fomento de la tecnología. A ésta se agregó el control de precios a través de la manipulación de la tasa de cambio y del impuesto a la exportación. También se utilizó el crédito agrícola para estimular la compra de maquinaria, sobre todo tractores.

EL FOMENTO DE LA TECNOLOGÍA AGRARIA

En la década de 1930, en los Estados Unidos se introdujeron los híbridos de maíz, que representaban una nueva estrategia fitotécnica. La investigación agronómica hasta entonces se había dedicado a hacer más eficientes las tareas agrícolas: mejores arados, introducción de maquinaria que reemplazaba la mano de obra (sembradoras, segadoras, cosechadoras, etc.), animales de tiro de mayor tamaño capaces de impulsar los equipos, y variedades más rendidoras utilizando los métodos de selección tradicional. Los híbridos de maíz representaban una nueva manera de aumentar los rendimientos utilizando conocimientos adquiridos por científicos interesados en investigar la fisiología vegetal. Este es un cambio generalizado en la ciencia que ocurrió a mitad de siglo. Las ciencias naturales pasan de un énfasis en la investigación de tecnologías y procesos, resultado de la experimentación empírica, que se tratan de entender y mejorar, a un énfasis en la investigación básica, cuyos descu-

brimientos se utilizan para introducir tecnologías y procesos totalmente nuevos. Este nuevo enfoque cobró un enorme impulso durante la Segunda Guerra Mundial.

El alarmante crecimiento de la población mundial impulsó la investigación agronómica para encontrar maneras de incrementar la producción agrícola y evitar las hambrunas generalizadas que se vaticinaban. Con el apoyo de la Organización Mundial de la Alimentación y la Agricultura (FAO, por su nombre inglés: *Food and Agricultural Organization*) y de fundaciones privadas (Rockefeller, Kellogg, Ford, etc.) y utilizando conocimientos básicos de fisiología y genética, se inventó un paquete tecnológico que comprendía variedades de cereales mucho más productivas y resistentes a plagas, un incremento sustancial en los insumos, sobre todo fertilizantes y pesticidas, y mecanización y motorización de las labores agrícolas. Este paquete, conocido como "la revolución verde", fue introducido en la Argentina aproximadamente veinte años después de su adopción en los Estados Unidos y Europa y ha sido un factor importante en el aumento de la productividad pampeana.

La tecnología agrícola no es transferible sin previo estudio y modificación. Tanto los cultivos como los ganados tienen requerimientos específicos de temperatura, agua y nutrientes. A su vez, cada región posee un clima y un suelo singulares. Cuando se transfieren una variedad vegetal, una raza animal o una técnica agrícola de una región a otra, hay que adaptar los organismos y las prácticas a las condiciones del lugar, lo que requiere un cierto nivel de investigación agrícola. Más allá de esos requerimientos físicos y biológicos, también hay que adaptar la tecnología a las características culturales de la región recepto-

ra. Las nuevas tecnologías de la revolución verde demandaban mucho más capital y conocimiento. En la agricultura tradicional, el cambio es gradual y la transmisión de los conocimientos es generacional. La agricultura de altos insumos exigió cambios mucho más bruscos y nuevos conocimientos aportados por técnicos y expertos. Su adopción requirió, por lo tanto, un cambio en el perfil del productor pampeano. La nueva agricultura exigía mayor aporte de capitales y por lo tanto, más crédito y una mayor injerencia del sector financiero, lo que implicaba una mayor capacidad de administración. Finalmente, mientras la agricultura tradicional usaba insumos mayormente producidos en la finca, los insumos de la nueva agricultura son mayores en volumen, se generan fuera de la explotación y son de origen industrial.

Para afrontar y estimular una mayor producción agrícola-ganadera se crearon nuevas instituciones. En 1956 se crea el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) que se hace cargo de las estaciones experimentales del Ministerio de Agricultura. La misión del INTA es la de estimular la exportación a través de un incremento en la producción agropecuaria. Para ello se establece un impuesto del 1% a las exportaciones del agro, con el que se financia la entidad.

Además de la actividad oficial, el sector privado juega un papel muy importante en el desarrollo de la nueva agricultura. El primer hito es la introducción de maíces híbridos por parte de criaderos particulares. Los primeros híbridos fueron registrados en 1945, pero sólo en la década de 1960 se empiezan a cultivar extensamente, y una década más tarde, prácticamente ya no se cultiva otro tipo de semilla.

La introducción de los híbridos de maíz tuvo

un efecto inmediato en los rendimientos, que se duplican entre 1950 y 1970. A su vez, la introducción de los maíces híbridos, con su mayor uniformidad, permite la incorporación de cosechadoras de maíz. Éstas fueron provistas en parte por la importación y en parte, por la industria nacional. El empleo de los híbridos de maíz, cuyas semillas tienen que ser adquiridas anualmente de los semilleros, y el reemplazo de la cosecha a mano por la mecánica representan una mayor dependencia del productor de insumos externos, lo que es compensado por la mayor productividad del cultivo.

La introducción de los híbridos de maíz tiene otro efecto, descrito claramente por Jorge Sábato. Los híbridos son plantas más delicadas que las variedades de polinización abierta y, por lo tanto, requieren más atención si se quiere aprovechar su mayor potencial productivo. Demandan mayor atención durante su crecimiento, un mejor control de malezas y una especial atención a los tiempos de cosecha. El agricultor que acepta y adopta cultivar híbridos se compromete a un manejo más detallado y cuidadoso del predio, lo que lo prepara para encarar otros cultivos delicados, como la soja, que exigen aún mayor atención.

También se crean nuevas instituciones de asesoramiento privado y la figura del consultor-agrónomo se generaliza. Entre aquellas, aparecen los comités regionales de experimentación agrícola (CREA) que agrupan a un número de productores de una zona (generalmente, alrededor de una docena) para compartir información y resultados y que normalmente cuentan con un agrónomo asesor. Otra institución similar es la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID), fundada a mediados de la década

da de 1980, que difunde el uso de prácticas de conservación del suelo; particularmente, la siembra directa. Otros productores se organizan en forma menos formal para introducir nuevas tecnologías, como por ejemplo, los cultivadores de papa de la región de Balcarce. También toma auge la creación de cooperadoras, sobre todo en el sector lechero.

La década de 1950 asistió, junto con una recomposición del parque de maquinarias, a una nueva figura: el contratista de labores. Por lo general, se trata de pequeños productores o ex arrendatarios, que accedieron a través del crédito subsidiado a nueva maquinaria y cuyos servicios son requeridos por unidades mayores. Esta nueva división del trabajo aumenta la eficiencia en el uso del capital.

Otro aspecto de la nueva tecnología es el mayor uso de insumos químicos, sobre todo herbicidas y plaguicidas. Los fertilizantes continúan siendo usados en muy bajo volumen en estos años. Aparece entonces la figura del representante de las compañías de agroquímicos que visita a los productores y difunde conocimientos sobre las nuevas tecnologías con el objetivo de aumentar las ventas de productos agroquímicos industriales. Los representantes de las firmas de insumos poco a poco van reemplazando al agrónomo regional, dado que son más numerosos y cuentan con más medios.

El resultado de todos estos desarrollos es un cambio total en la actividad agropecuaria pampeana, que se tecnifica en alto grado. Hacia el final del período en consideración, la producción agrícola pampeana está concentrada en tres cereales (trigo, maíz, y sorgo) y dos oleaginosas (girasol y soja) (véase el cuadro 2). Tres de esos cultivos —soja, girasol y sorgo— no figuraban con volúmenes apreciables cuarenta años antes, mientras que dos cultivos importantes en la década de 1940 —el lino y la avena—, han pasado a ser cultivos menores. Estos cinco cultivos se caracterizan por incluir un alto nivel de tecnología: híbridos en maíz, girasol y sorgo, genotipos nuevos de trigo introducidos durante este período, y un paquete tecnológico complejo con uso generalizado de herbicidas en la soja. Otro aspecto es la mecanización de las tareas agrícolas con maquinaria especializada y tractores de alta potencia, que representa un subsidio energético considerable. Las instalaciones para el almacenaje de granos se van difundiendo y mejorando y se introduce el secado mecánico de granos, que sirve para aumentar la calidad del producto y que permite mayor libertad en el tiempo de cosecha y un consiguiente aumento en productividad.

Estos cambios tecnológicos van acompañados por cambios significativos en el manejo de las unidades de producción que pasan a

CUADRO 2
SUPERFICIE DESTINADA A DIFERENTES CULTIVOS ANUALES
(en hectáreas)

<i>Campañas</i>	<i>Trigo</i>	<i>Maíz</i>	<i>Sorgo</i>	<i>Lino</i>	<i>Soja</i>	<i>Girasol</i>
1945-1946	5.762.100	3.950.826	—	1.854.822	420	1.638.510
1970-1971	4.468.200	4.963.000	3.121.600	973.300	37.700	1.614.200
1985-1986	5.700.000	3.820.000	1.400.000	750.000	3.340.000	3.140.000

ser verdaderas empresas agropecuarias. Se lleva una mejor contabilidad y se presta mayor atención a los mercados y al mercadeo en general.

Este proceso de tecnificación se reflejó en niveles crecientes de productividad de la mano de obra y de la tierra y en mayores excedentes que, a pesar del crecimiento del mercado interno, produjeron significativos saldos exportables. Las exportaciones de granos (cereales y oleaginosas) crecieron entre 1959 y 1986 a un ritmo anual acumulativo del 5,5%; las de aceites, 6,3% y la de subproductos oleaginosos, 6,9%. Pero como se verá a continuación, el crecimiento podría haber sido aún mayor si no hubiese existido una política de mantener los precios agrícolas por debajo del nivel internacional. Es posible que si esos saldos exportables hubiesen sido mayores se podrían haber evitado algunas de las crisis de divisas que padeció el país.

LA GANADERÍA

La ganadería argentina padece en este período histórico recurrentes fluctuaciones en los precios y en las existencias—sobre todo en relación con la ganadería vacuna— debido a factores ecológicos y económicos. Aunque en mucho menor grado que la agricultura, también se registran en el ramo pecuario tendencias a la mayor tecnificación, incremento en la carga animal por hectárea e incremento en la productividad de la tierra y el trabajo especialmente en el área de la lechería.

La ganadería caballar mostró una notable declinación, de 7.281.000 cabezas en 1947 a 2.825.000 en 1978, último año para el cual hay datos, reflejando el reemplazo de la tracción animal, todavía importante al principio de la

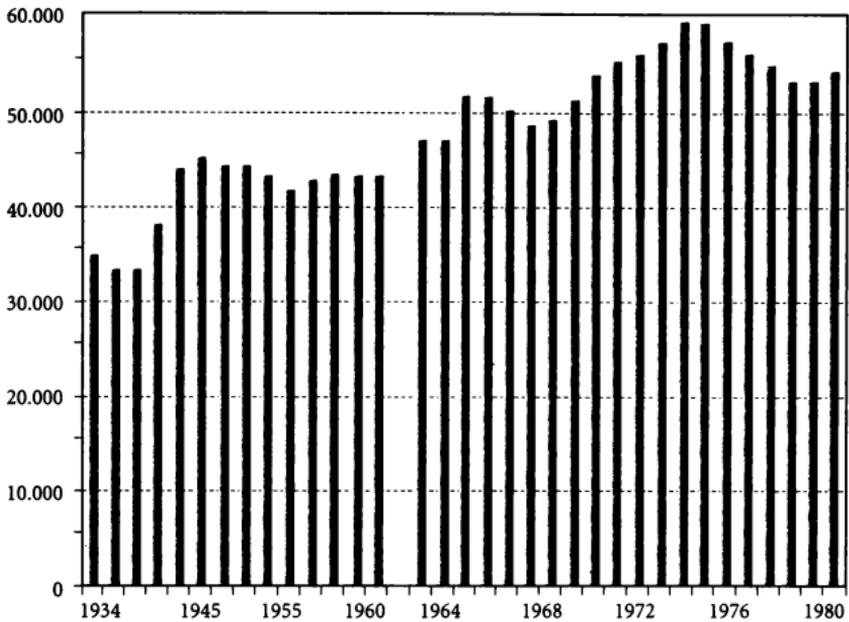
década de 1940, por energía fósil. Esto liberó para otros usos entre 3 y 4 millones de hectáreas usadas para pastorear caballos.

La ganadería vacuna, con existencias de 34.100.000 millones de cabezas en 1945, creció notablemente hasta alcanzar 71.000.000 en 1977, y luego de una breve declinación se equilibró en alrededor de 53.000.000 animales (véase el gráfico 2). Entre 1945 y 1953, la producción ganadera aumentó el 35%. Este crecimiento está relacionado con el menor rendimiento económico de la agricultura en esos años.

La ganadería vacuna ha sido siempre la actividad más prominente en la pampa. su participación en el total, sin embargo, ha decrecido del 70% en la década de 1950, al 60% en la década de 1970. A este fenómeno se lo ha denominado la "agriculturización" de la pampa. En realidad, sólo en ciertas regiones ha ocurrido una agriculturización. Dentro de la región siempre han habido zonas (la pampa deprimida, la región del oeste) poco aptas para la agricultura y otras (principalmente, la pampa ondulada) con suelos principalmente agrícolas. Lo que se observa es que la rotación agricultura-ganadería que prevalecía en estas últimas regiones deja de ser importante para dar lugar a una agricultura permanente. Sin embargo, en términos absolutos, la ganadería continúa siendo importante aun en regiones principalmente agrícolas. Lo que incrementa es la carga animal, al reemplazarse en esas regiones pasturas naturales con cultivos forrajeros y por el aumento en el uso de complementos alimenticios.

Si bien crecieron las existencias de ganado vacuno, el saldo exportable se redujo debido a un crecimiento en la demanda interna. También la participación de la ganadería va-

GRÁFICO 2
GANADERÍA VACUNA (en miles de cabezas)



cuna en el total nacional ha bajado, situándose hacia comienzos de 1980 en alrededor del 65%, a pesar del incremento en el total nacional. Este valor se mantuvo alto debido a que la ganadería vacuna creció a una ritmo significativo en la región extrapampeana, sobre todo en las zonas meridionales lindantes con la pampa.

LA POLÍTICA DE PRECIOS

Después de la crisis agraria de 1951, el gobierno de Perón y sus sucesores tomaron cuenta de que una política de industrialización por sustitución de importaciones requería un sector agroexportador fuerte, dado que la naciente industria aún era muy dependiente de la importación de materias primas y de tecnología.

A su vez, para controlar la inflación y mantener la paz social era menester mantener estables los precios de los alimentos. Estas dos metas constituían objetivos contradictorios y su implementación resultó negativa para el desarrollo del agro. Las políticas del gobierno eran equivalentes a simultáneamente acelerar y frenar el desarrollo agrícola.

El principal mecanismo adoptado por los gobiernos para implementar esta política, además del estímulo a la tecnología, fue manejar la tasa de cambio, gravar con un impuesto las exportaciones de granos y oleaginosas para reducir los precios internos, y sucesivas devaluaciones para estimular la exportación. Créditos especiales con interés negativo también se utilizaron, especialmente para recomponer el parque de maquinaria.

Los gravámenes a la exportación tenían como objetivo que los precios en el mercado interno se mantuvieran por debajo de los internacionales en épocas de expansión económica. Pero los impuestos eran un desestímulo a la exportación, y la producción se volcaba entonces preferentemente al creciente mercado interno y a la ganadería. La falta de suficiente volumen de exportaciones agrícolas para compensar un alto nivel de importaciones durante períodos de expansión industrial provocaba una crisis por falta de divisas. Cuando esto ocurría, el gobierno trataba de contraer la demanda interna usando instrumentos financieros para reducir la importación. A su vez, trataba de incrementar la exportación reduciendo los impuestos que la gravaban. Eventualmente, la crisis de divisas llevaba a la devaluación de la moneda, lo que fomentaba la exportación pero resultaba en una alza de los precios agropecuarios internos. El alza de los costos de los alimentos en momentos de retracción de la economía ponía en peligro la paz social. La respuesta era volver a aumentar los impuestos a la exportación, y así se volvía a repetir el ciclo. Esta política, al transferir ingresos del sector agrícola-ganadero-rural al industrial-urbano, frenaba el desarrollo tecnológico del agro y creaba una gran incertidumbre en el medio rural, cuyo resultado era una merma en la inversión de capital.

Otro factor que agravaba la situación era la fluctuación en los precios internacionales. Cuando éstos eran altos, el ingreso del productor agropecuario cubría sus gastos y le permitía un rendimiento adecuado. Pero cuando los precios internacionales bajaban, los costos de producción se acercaban o incluso rebasaban los ingresos, a lo que el productor respondía bajando su producción y creando una

merma en las exportaciones, lo cual, a su vez, ayudaba a crear o agravar una crisis de divisas. El gobierno respondía reduciendo los gravámenes para estimular la producción. La incertidumbre provocada por enormes fluctuaciones en los costos internos, debida a la inflación y la duda que provocaban precios internacionales fluctuantes, actuó como un freno al desarrollo agrario y redujo la inversión en momentos en que la intensificación y tecnificación del agro demandaban más y no menos capital.

La política de precios favorecía al consumidor y al fisco, pero resultaba en detrimento del productor y del país al reducirse los saldos exportables. A la pérdida de producción total debida a estas políticas arancelarias se la denomina el "costo social". Éste varió con el cultivo (ya que los gravámenes variaban con él) y con los años. El costo social fue máximo para el trigo en el quinquenio 1950-1954, cuando se sitúa en 32,8 millones de pesos, y mínimo en 1965-1969, cuando baja a 1,7 millones (en pesos de 1960), pero vuelve a subir en la década de 1970.

EL IMPACTO SOCIAL

La estructura social pampeana se caracteriza en este período por la reducción de la mano de obra, la desaparición del arrendatario tradicional, el éxodo rural, la significativa reducción de la pequeña explotación y la gradual desaparición de los pequeños pueblos.

Desde la época colonial, en general esta región ha adolecido de una falta de mano de obra. Gran parte del aluvión inmigratorio en el siglo XIX, que ostensiblemente se dirigía a la Argentina para dedicarse a tareas rurales, nunca salió de la ciudad de Buenos Aires, y

muchos otros regresaron a la ciudad después de acumular un pequeño capital en la agricultura. La recurrente escasez de mano de obra en la región explica en parte la tendencia hacia la mecanización que se registra desde el comienzo del siglo XX con el objetivo de aumentar la eficiencia de la mano de obra. La rápida industrialización del país, a partir de 1945, estimula la migración interna y el éxodo del campo a la ciudad.

El sistema de arrendamiento tradicional aportó mano de obra familiar para las labores de rutina, tal como siembra y control de malezas. Sin embargo, para la cosecha —sobre todo, la cosecha de maíz, que al comienzo de este período todavía se hacía a mano— se requería mucho trabajo asalariado, que migraba estacionalmente del Interior o provenía de las ciudades de la zona. La gradual desaparición del sistema de arrendamiento, con su aporte de trabajo familiar, aumentó la demanda de mano de obra asalariada en un momento en que las mejoras sociales instituidas aumentaron considerablemente el costo laboral. La generalización de la legislación social durante el gobierno de Perón sirvió de estímulo para la sustitución de mano de obra por maquinaria. Finalmente, el crecimiento de la industria y la promesa de mejores puestos de trabajo estimuló el éxodo rural.

La puesta en marcha de estas nuevas políticas económicas e institucionales por parte del Estado lleva a una serie de cambios estructurales en la producción agropecuaria, sobre todo en la pampa. La creciente incorporación de maquinaria agrícola más eficiente aumenta la productividad por unidad de superficie y de trabajo, reduciendo los costos promedio de producción. En estos años se fortalece el sistema de producción agrícola basado en una estrategia ahorradora de fuerza de trabajo; sobre

todo, trabajo transitorio. La modernización tecnológica, ahorradora de mano de obra, es otro factor que impulsa el éxodo hacia las ciudades. Así, entre 1947 y 1960 se reduce el total de la población activa en la agricultura en el 20%, cifra que se eleva al 35% en la pampa húmeda, mientras que la productividad laboral aumenta el 32%. Entre 1960 y 1970, el trabajo asalariado se reduce en el 8,8%, mientras que la productividad laboral aumenta el 39,5%. Finalmente, en la década de 1970, la fuerza de trabajo se reduce en otro 7,5%, mientras que la productividad aumenta el 22%. Es decir que el sector agropecuario pampeano reaccionó positivamente a los estímulos de modernización, aumentando la productividad por hectárea y por hora de trabajo, lo que explica el aumento en los volúmenes (véase el gráfico 1).

Los pequeños pueblos rurales —generalmente agrupados en torno a la estación del ferrocarril— que abastecían a los establecimientos circundantes y, sobre todo, a sus arrendatarios, de una variedad de artículos, desde víveres hasta herramientas, además de crédito y servicios de correo y otros, han estado desapareciendo. Han contribuido a ello varios y diversos factores; entre ellos, el gradual reemplazo del ferrocarril por el camión, la virtual desaparición del pequeño arrendatario, la reducción de la mano de obra, la introducción del automóvil y de más y mejores caminos que permiten mayor movilidad. Las compras de insumos se hacen en ciudades mayores o en la Capital Federal, el crédito se negocia a través de los bancos situados en esos mismos centros, las oficinas del gobierno se encuentran allí, lo que ha fortalecido a ciertas ciudades pampeanas —Pergamino, Tandil, Rafaela—, pero ha llevado a la virtual desaparición de un gran conjunto de pequeños pueblos.

LA AGROPECUARIA EXTRAPAMPEANA.

1945-1983

La agropecuaria extrapampeana alimenta principalmente las industrias nacionales de alimentos y tejidos: vinos, confituras y derivados, cigarrillos, yerba mate, etc. Estas actividades fueron las primeras en ser favorecidas por la política de industrialización por sustitución de importaciones. Para mediados de la década de 1950 ya abastecían el mercado local, y su crecimiento de allí en adelante estaba supeditado al crecimiento de la demanda interna y a su capacidad de exportación, que fue muy limitada. La menor demanda se expresó en una baja de precios, que se trasladó al nivel de los productos primarios. Aunque tradicionalmente la producción de las provincias se volcaba en su gran mayoría al mercado interno, lo que limitaba sus probabilidades de expansión, durante el período en estudio se nota una mayor tendencia a participar en el mercado de exportación, especialmente en el rubro vinos y frutas.

La agropecuaria extrapampeana tiene ciertos rasgos que la diferencian de la agricultura pampeana. Una característica es la presencia de pequeños productores, muchos de ellos minifundistas, con una consecuente falta de diversificación productiva dentro de las explotaciones y baja inversión de capital (véase el cuadro 3). Además, existe una fuerte especialización regional con la tendencia al monocultivo, con predominio de cultivos industriales perennes y baja habilidad de reconversión por razones ecológicas, climáticas y de mercado. Esta combinación lleva al deterioro de los suelos y reducción en los rendimientos.

El predominio de pequeños productores hace que tengan poco poder de negociación, mientras que el sector de las industrias que utilizan cultivos industriales —tejidos, cigarrillos, molinos yerbateros, ingenios azucareros y bodegas vinícolas— está concentrado en pocas empresas productoras, lo que le permite un control mayor sobre sus ingresos. Durante estos años, las industrias agropecuarias debieron enfrentar condiciones desfavorables en térmi-

CUADRO 3
PORCENTAJE DE LA SUPERFICIE CULTIVADA
OCUPADA POR EXPLOTACIONES DE HASTA 25 HECTÁREAS EN 1969
(por provincias)

Provincia	Porcentaje
Buenos Aires	2,0
Corrientes	43,5
Misiones	90,0
Formosa	39,0
Tucumán	30,0
Catamarca	67,5
La Rioja	67,6
San Juan	37,1
Mendoza	58,0



Elaboración de fruta desecada en la zona cuyana. *Polémica: Primera Historia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

nos comparados con otros sectores industriales (maquinaria, automotores). Esto generó presiones para trasladar hacia abajo, mediante un descenso de los precios de las materias primas, los efectos negativos que tenía sobre su rentabilidad el menor crecimiento en la demanda de sus productos.

Es posible identificar dos períodos: hasta alrededor de 1955 y después de esa fecha. Entre 1940 y 1955, mientras la producción pampeana permanecía estancada, la actividad agropecuaria extrapampeana, sobre la base de la sustitución de importaciones, creció el 70%. La demanda interna, robustecida por el crecimiento industrial y por políticas de precios más permisivas que las aplicadas a los granos y carnes, favoreció este crecimiento basado

principalmente en cultivos industriales (azúcar, algodón, vid), frutas y hortalizas, y en el rubro pecuario, principalmente lanas. Así, por ejemplo, la superficie cosechada de algodón subió de 329.140 hectáreas en 1945-1946 a 533.350 en 1955-1956. Otro cultivo extrapampeano que cuadruplicó su producción en este período fue el tabaco.

Una región que creció significativamente en estos primeros años fue la provincia de Misiones, donde se duplicó la superficie de yerba mate y se introdujo el cultivo del tung, principalmente para exportar a los Estados Unidos, que había perdido su fuente tradicional, que era la China. Otro nuevo y exitoso cultivo misionero fue el té, al principio como cultivo de sustitución de importaciones, pero eventual-

mente también para la exportación. Si bien los cultivos de té misioneros no pudieron competir en el mercado internacional con calidad, lo hicieron con su precio.

Finalmente, hay que mencionar la expansión de los cultivos de frutas (sobre todo, manzana y pera) en el valle del Río Negro sobre riego. Además de abastecer el mercado nacional, un componente importante de la producción de peras y manzanas es exportado.

Si bien hubo un crecimiento grande en la producción extrapampeana en las décadas de 1940 y 1950, el producto bruto por hectárea en la zona fue significativamente menor que en la región pampeana. Mientras que en ésta el producto bruto medio por hectárea en el período 1947-1960 fue de dólares 1.659 (en dólares estadounidenses de 1959), en la zona extrapampeana osciló entre dólares 786 en el Noroeste (779 en el Nordeste) y 112 para la Patagonia (554 en el Monte). Es decir que el producto bruto promedio por hectárea en la zona pampeana, a pesar de su bajo rendimiento en esos años, más que duplica el promedio en las provincias del Norte, y representa entre cinco y diez veces el de las provincias del Oeste y Sur. Esto refleja, en gran parte, la baja capitalización de las actividades agropecuarias en la zona extrapampeana.

En el período 1955-1983, la actividad agropecuaria extrapampeana creció a ritmos desiguales según regiones, pero su crecimiento fue menor que en la zona pampeana. Algunas de las tendencias que se notan en ésta, también se expresan en la zona extrapampeana; en particular, la tecnificación de los cultivos, la reducción de la mano de obra y un aumento en la productividad de la tierra y del trabajo.

La región del Noroeste, que comprende las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy, es la

parte más antigua de la República, con casi cuatro siglos de agricultura. Su época de mayor auge relativo fue durante el período colonial, cuando la economía regional estaba íntimamente conectada con las minas de Potosí, a las que suplía de víveres, tejidos artesanales y mulas. Tucumán también producía carretas, utilizando las maderas duras del Chaco. Hoy, los principales cultivos de la región son la caña de azúcar, el tabaco, los cítricos, la soja y los porotos en la región chaqueña de Salta, y una ganadería de mediana y baja calidad.

De todos los cultivos del Noroeste, la caña de azúcar es responsable de una gran parte del ingreso bruto de la región. La caña es un cultivo muy conflictivo por una serie de razones. Introducida en el siglo XIX como un cultivo para el mercado local y regional, con la llegada del ferrocarril a Tucumán y a las provincias del Norte se difundió rápidamente, lo que permitió surtir el mercado de Buenos Aires. Las condiciones ecológicas de la zona son, sin embargo, marginales para este cultivo tropical, y su difusión requirió protección aduanera. Lo lucrativo del negocio del azúcar en estas condiciones desató una inversión especulativa, significativa al principio del siglo XX, con grandes inversiones en ingenios utilizando maquinaria moderna y eficiente. Esto llevó a la sobreproducción, provocando a través de los años numerosas crisis, que llevaron a la intervención repetida del gobierno federal. Sin embargo, el poder político de la oligarquía azucarera mantuvo la protección de la industria, a pesar del alto costo al consumidor.

Si bien la elaboración del azúcar se hacía con maquinaria y procesos industriales modernos, el cultivo y la cosecha de la caña se realizaba, en parte, en condiciones primitivas, sobre todo en la provincia de Tucumán, con la

participación de medianos y pequeños productores. En cambio, en Salta y Jujuy, el número de ingenios era mucho menor y la producción se hacía en superficies mayores, con mano de obra asalariada. La mecanización de la zafra también se hizo en forma diferenciada, siendo mucho mayor en las provincias del Norte que en Tucumán, donde prevaleció el corte a mano.

El otro cultivo importante en el Noroeste es el tabaco. Salta y Jujuy son las principales regiones tabacaleras del país. Se cultivan principalmente tabacos "rubios" que se producen con una estructura netamente capitalista en medianas y grandes unidades, con trabajadores asalariados, tecnologías avanzadas, incorporando tractores, secado a estufa y el uso difundido de agroquímicos. Hay una tendencia a la integración vertical de la producción, aunque coexistían sistemas de aparcería, y el uso de obreros golondrinas, principalmente bolivianos, durante la cosecha. En el período bajo estudio, la producción creció a más del doble.

La región Nordeste comprende las provincias del Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones. El cultivo de mayor peso relativo en esta región es el algodón, centrado en las provincias del Chaco y Formosa que alimentan la demanda de la industria textil nacional. La estructura productiva está basada en pequeñas explotaciones familiares, lo que explica la lentitud con que se introdujeron cosechadoras mecánicas y otras tecnologías avanzadas. Su evolución en el período 1955-1983 tiene, como rasgos característicos, la caída del precio real y el estancamiento de la producción. Si bien crecieron los rendimientos por hectárea cosechada, la superficie decreció sensiblemente. La baja en el precio está relacionada con la reducción de la demanda debida a la

competencia de fibras sintéticas y de algodón importado.

Los medianos y grandes productores de algodón reaccionaron a la reducción en el precio diversificando sus actividades. Así fue como se introdujeron variedades de girasol y sorgo granífero, adaptadas a las condiciones del Nordeste. Estos cultivos aumentaron significativamente su superficie en la región durante la década de 1960. Esta estrategia no estuvo al alcance de los muchos pequeños productores.

El tabaco es un cultivo tradicional, importante en el Nordeste, que fue perdiendo relevancia debido a que los tabacos oscuros que se cultivan perdieron el favor del consumidor. Misiones y Corrientes, pero especialmente esta última, son las principales productoras de tabacos oscuros secados al sol, con una producción por aparcería, en pequeñas parcelas, en manos de pequeños productores de bajo nivel técnico. La diferencia en la estructura de la producción entre Corrientes y Salta-Jujuy se manifiesta en los rendimientos, que prácticamente no cambiaron en el Nordeste pero que aumentaron en el 30% aproximadamente en el Noroeste.

El área plantada con yerba mate se duplicó entre 1945 y 1963, aunque el aumento en la producción fue algo menor, ya que bajaron los rendimientos. En 1964 se produce una crisis de sobreproducción, con una leve baja en el precio. El Estado interviene en ese momento fijando límites al área cosechable. Esto hace que los precios repunten, y al cosecharse una área menor que la plantada, suben sensiblemente los rendimientos.

La vid es el principal cultivo en la región de Cuyo y la casi totalidad del ingreso agrícola de la región deriva de la producción vitícola. La agricultura es responsable del 97% del

valor bruto agropecuario de las provincias de San Juan y Mendoza, que contribuyen, respectivamente, con el 2% y el 6% del valor bruto agrícola nacional (véase el cuadro 1). El área cubierta aumentó levemente y también lo hizo la producción, aunque ésta registró grandes variaciones anuales debidas a alteraciones en los rendimientos. Sumadas a las modificaciones en los precios, hicieron que la vid fuera el cultivo industrial que registró los mayores altibajos en los ingresos brutos por hectárea. Estas variaciones están más relacionadas con los problemas de las existencias de vinos que con la modificación de los rendimientos. Esto es debido a la capacidad de los productores de vinos de trasladar hacia los productores primarios reducciones en sus márgenes de ganancia.

La fruticultura es la principal actividad agrícola en el Alto Valle del Río Negro. En el período estudiado, esta actividad experimentó una gran expansión y una transformación en su organización. Es básicamente una explotación agrícola, con predominancia de la explotación familiar intensiva en áreas bajo riego. La fruticultura es responsable de aproximadamente el 70% del producto bruto de la región.

Como en otros sectores agroindustriales ya descriptos, estos años atestiguan enormes cambios en el Alto Valle. Al comienzo del período, la producción es familiar, con galpones de empaque locales que utilizan mano de obra estacional, en gran parte proveniente de fuera de la zona. El primer desarrollo que ocurre en la década de 1960 es la construcción de frigoríficos en la zona, lo que permite alargar y racionalizar el período de acondicionamiento y empaque, reduciendo congestionamientos y ahorrando mano de obra. Asimismo, la introducción del tractor permite racionalizar la co-

secha y ahorrar mano de obra por unidad de producción. La década de 1970 atestigua la incorporación de mejor tecnología en el empaque y preservación de la fruta y su uso como materia bruta para jugos y bebidas (sidra, vino). Se introducen más agroquímicos para el control de plagas y malezas y se va tecnificando paulatinamente y aumentando la productividad de los cultivos. Pero al igual que en otras agroindustrias, la concentración de los productores industriales y la dispersión de los pequeños productores agrícolas quitan a éstos poder de negociación.

Fuera de alguna producción local en algunos valles, no existe agricultura en la Patagonia, donde la única actividad agropecuaria de algún monto es la cría de lanares, principalmente para lana, pero también para carne. Durante el período hubo un verdadero colapso de la ganadería lanar en la Patagonia y en el país. Las existencias bajaron de 56 millones de cabezas en 1945 a sólo 22 millones en 1988. Este colapso tiene diferentes causas, pero una de las principales es el proceso de desertización de la Patagonia, resultado del abuso de los suelos por sobrepastoreo, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios de la lana estaban muy altos.

CONSIDERACIONES FINALES

El comportamiento del sector agropecuario durante el período 1945-1983 fue muy desigual. En la región pampeana, el período 1945-1953 es de estancamiento y en ciertos rubros, hasta de retroceso. Después comienza un tímido crecimiento que se robustece a partir de 1960, pero mostrando grandes altibajos de año en año. En la zona extrapampeana, la si-

tuación fue la inversa: incremento en la primera mitad del período, seguido de un crecimiento más endeble en la segunda mitad. ¿Qué explica estos comportamientos generales?

Una explicación fácil es la de atribuir esta realidad a la conducta de los gobiernos: el prejuicio contra los grandes productores pampeanos de parte del gobierno de Perón, guiado por la teoría de que el problema del estancamiento rural se debía a la concentración de la tierra y las grandes propiedades; la política de industrialización con su claro sesgo hacia los sectores urbanos; la transferencia de recursos del sector rural al industrial, primero a través del IAPI y de las retenciones a la exportación en períodos posteriores; el aumento en el costo de la mano de obra y la falta de maquinaria agrícola después de la Segunda Guerra Mundial y la incapacidad de importar nuevos equipos. La evidencia empírica muestra que las políticas gubernamentales efectivamente pueden estimular o desestimar el desarrollo agrícola. Sin embargo, para entender su impacto hay que considerar también las características de la empresa agrícola y el comportamiento del productor.

La actividad agropecuaria durante el período, tanto en la región pampeana como en la extrapampeana, es de corte capitalista, con miras a producir un excedente para el mercado nacional e internacional. De acuerdo al modelo económico clásico enunciado por Adam Smith en el siglo XVIII, el objetivo de una empresa capitalista es maximizar los beneficios a través de la optimización del uso de los factores (tierra, capital y mano de obra). Mas en toda empresa, el empresario incurre en un riesgo, que lo puede llevar al fracaso. Este riesgo es mayor en la actividad agropecuaria que en la industrial. Evitar riesgos excesivos es, por lo tanto, otro aspecto de toda empresa capitalista.



Empaque de manzanas en Río Negro, en *Polémica: Primera Historia*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

De acuerdo al producto, en la actividad agropecuaria hay un lapso —que va de meses en los cultivos anuales, hasta años en los perennes y la ganadería— entre la siembra y la cosecha. En ese período, el productor enfrenta una serie de incertidumbres en lo referente a las condiciones físicas del cultivo, a las plagas y a las malezas y a las condiciones del mercado, sobre las cuales tiene poco control. Esto diferencia la estructura de la empresa agropecuaria de una empresa industrial o de servicios. Estos riesgos se pueden mitigar de varias maneras. Una manera es usando tecnología: riego, pesticidas, herbicidas, fertilizantes

y manejo cuidadoso del factor suelo. Esto requiere inversiones de capital y de conocimiento, que siempre son limitados. Otra manera de evitar el riesgo es usando instrumentos financieros como son los seguros contra heladas o granizo, o los contratos de futuros. Los seguros en la Argentina han sido tradicionalmente muy caros debido al bajo número de productores que usan estos instrumentos, lo que a su vez impide que las primas bajen. A su vez, el mercado de futuros prácticamente no existía durante el período bajo estudio. Finalmente, el Estado puede ayudar a reducir los riesgos con subsidios o entes reguladores como fue la Junta Nacional de Granos.

Otra fuente de riesgo para el productor agrícola, sobre todo el exportador, es la gran variabilidad de los precios internacionales, que en gran parte reflejan el comportamiento de los factores de riesgo a escala mundial: en años de sequía generalizada o de desastres serios (heladas, inundaciones, plagas) en zonas productoras importantes, los precios suben; en buenos años, bajan, debido a la sobreproducción.

En la Argentina, los grandes vaivenes en la política nacional durante estos años, con gobiernos de facto alternando con gobiernos democráticos de diverso signo, contribuyeron a incrementar la percepción del riesgo para el productor agropecuario, lo cual, sumado a los problemas reales creados por las impredecibles políticas rurales y la inflación, impuso un comportamiento muy conservador y una marcada tendencia del productor a reducir riesgos invirtiendo menos, y debido a la relación entre tecnología y capital, inevitablemen-

te esto redujo el ritmo de tecnificación y la productividad.

Para algunos expertos, el productor argentino es más adverso al riesgo que sus contrapartes en otras partes del mundo, como Canadá y Australia. Sin embargo, un análisis del riesgo en esos países demuestra que éste es generalmente menor que en la Argentina. Desde que Max Weber enunciara la teoría de que las sociedades protestantes del norte de Europa tienen más espíritu de empresa que las sociedades católicas, se viene debatiendo este punto. No hay motivos para creer que haya una diferencia en el comportamiento del productor argentino comparado con sus pares en otras partes del mundo. Lo que sí ocurre es que las condiciones fueron más riesgosas durante estos años en la Argentina, debido a los vaivenes políticos y económicos de este período muy conflictivo de la historia nacional.

El análisis de la historia de la actividad agropecuaria demuestra que el productor reaccionó a los cambios que se iban operando –falta de nuevas tierras vírgenes, incremento en los costos de la mano de obra, créditos subsidiados– manejando los factores tierra, capital y trabajo de manera de aumentar la eficiencia en el uso de los factores y reducir costos de la empresa. El resultado es que el agricultor pampeano produce muy eficientemente. Las leyes económicas y el mayor riesgo de la empresa agrícola argentina –riesgo que los vaivenes de la política y la economía agudizaron– explican satisfactoriamente el comportamiento del sector agropecuario argentino durante el período estudiado.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

No hay obras que cubran el tema de este capítulo para todo el país. Existen, en cambio, varios libros que tratan diversos aspectos de la agropecuaria pampeana. En primer lugar, deben mencionarse el libro de NORBERTO RAS, *Una interpretación sobre el desarrollo de la agropecuaria argentina*, Buenos Aires, 1977, y el trabajo de JUAN MARTÍN, *Desarrollo regional argentino: La agricultura*, Santiago de Chile, 1981. También se pueden consultar tres compilaciones: OSVALDO BARSKY, *El desarrollo agropecuario pampeano*, Buenos Aires, 1991; OSVALDO BARSKY y ALFREDO PUCCIARELLI, *El agro pampeano, El fin de un período*, Buenos Aires 1997; y JORGE MORELLO y OTTO T. SOLBRIG, *¿Argentina, granero del mundo: hasta cuándo?*, Buenos Aires, 1997. Otras obras importantes son los libros de ADOLFO A. COSCIA, *Segunda revolución agrícola de la región pampeana*, Buenos Aires, 1983; JORGE SÁBATO, *La pampa pródiga: claves de una frustración*, Buenos Aires, 1980; RAÚL FIORENTINO, *La política agraria para la región pampeana entre 1940 y 1983*, Buenos Aires, 1984, y HORACIO GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, 1981.

Dos libros sobre la hipótesis de la "conspiración" de la burguesía terrateniente son los de MARIO LATTUADA, *La política agraria peronista (1943-83)*, Buenos Aires, 1986, y JACINTO ODDONE, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, 1956.

Hay varios artículos que se refieren a la historia agropecuaria pampeana; entre otros pueden citarse: ALBERTO SORIANO y otros, "Río de la Plata grasslands", en R. T. COUPLAND (ed.), *Ecosystems of the World*, vol. 8A: "Natural Grasslands. Introduction and Western He-

misphere", Amsterdam, 1991, págs. 367-407; OTTO T. SOLBRIG y ERNESTO VIGLIZZO, "Sustainable Farming in the Argentine Pampas: History, Society, Economy and Ecology", *DRCLAS Occasional Paper*, n° 99/00-1, 1999; CLAUDIO GHERSA y otros, "Cambios en el paisaje pampeano y sus efectos sobre los sistemas de soporte de la vida", en O. T. SOLBRIG y L. VEINSMAN (comp.), *Hacia una agricultura productiva y sostenible en la pampa*, Buenos Aires, 1998.

Entre los artículos especializados en el área económica, se puede mencionar en primer lugar el de YAIR MUNDLAK, DOMINGO CAVALLLO y ROBERTO DOMENECH, "Agriculture and Economic Growth in Argentina, 1913-84", *Research Report. International Food Policy Research Institute*, n° 76, Washington, 1989; LUCIO G. RECA, "Argentina: Country Case Study of Agricultural Prices and Subsidies", *The World Bank*, Washington, 1980; REINALDO MUÑOZ, "Política sectorial y macroeconómica: su incidencia en la formación de precios en el mercado de granos", *Boletín de Divulgación Técnica del INTA*, n° 90, Pergamino, 1991; MARCELO REGÚNAGA, "La competitividad de la producción de granos argentina en el mercado internacional. Evolución y perspectivas", en *Actas del XX Congreso Internacional de Economistas Agrarios*, Buenos Aires, 1988, págs. 199-225; HORACIO GIBERTI, "Evolución y perspectivas del sector agropecuario argentino", en *Actas del XX Congreso Internacional de Economistas Agrarios*, cit., págs. 1-114.

Sobre algunas cuestiones sociales, pueden consultarse los artículos especializados de DANIEL SLUTZKY, "Aspectos sociales del desarrollo

rural en la pampa argentina”, *Desarrollo Económico*, n° 29, Buenos Aires, 1968, págs. 95-135; EDUARDO M. BASUALDO, “Los grupos de sociedades en el agro pampeano”, *Desarrollo Económico*, n° 36, Buenos Aires 1996, págs. 809-827; OSVALDO BARSKY y MIGUEL MURMIS, “Elementos para el análisis de las transformaciones en la región pampeana”, *Documento CISEA*, Buenos Aires, 1986.

Estudios sobre el cambio tecnológico abundan. Pueden citarse los de HUMBERTO PEIREIRA, “La modernización agrícola pampeana y sus condicionantes estructurales internos y externos. Una apreciación estratégica”, en *Actas del XX Congreso Internacional de Economistas Agrarios*, cit., págs. 251-268; EDITH S. DE OBSCHATKO, “Los hitos tecnológicos de la agricultura pampeana”, *Documento CISEA*, n° 10, Buenos Aires, 1984; y GRACIELA E. GUTMAN, “Relaciones industriales y cambio tecnológico en producciones alimentarias en la Argentina”,

Desarrollo Económico, vol. 30 n° 120, Buenos Aires, 1991, págs. 495-522.

Libros y artículos sobre la agropecuaria extrapampeana son los de DANIEL J. SANTAMARÍA, *Azúcar y sociedad en el Noroeste Argentino*, Buenos Aires, 1986; CLARA CRAVIOTTI, *Azúcar y conflictos en el Norte Argentino*, Buenos Aires, 1992; NORMA GIARRACA, SUSANA APARICIO, CARLA GRAS y LEANDRO BERTONI, *Agroindustrias del Noroeste. El papel de los actores sociales*, Buenos Aires, 1995; DANIEL JACINTO ÁVALOS, *Desafíos. La economía tabacalera correntina. ¿Del esplendor al ocaso?*, Buenos Aires, 1999; MÓNICA BANDINI y CRISTINA PESCIO, *Trabajo y cambio técnico. El caso de la industria frutícola del Alto Valle*, Buenos Aires, 1996.

Para el estudio de estadísticas, la mejor fuente es SECRETARÍA DE AGRICULTURA, GANADERÍA Y PESCA, *Estadísticas agropecuarias y pesqueras*, Buenos Aires, 1994, y los censos agropecuarios de 1937, 1952, 1960 y 1988.

39. LA INDUSTRIA (1914-1945)

María Inés Barbero y Fernando Rocchi

Al comenzar la Primera Guerra Mundial, la Argentina se encontraba entre las naciones con mayores expectativas de crecimiento futuro; por entonces, el país veía con optimismo un perfil económico que, basado en exportaciones de materias primas, había mostrado una palpable eficacia. Al terminar el segundo gran conflicto mundial, las esperanzas de grandeza no habían menguado, aunque sí lo había hecho la confianza en los cimientos sobre los cuales se erigía la economía argentina. La estructura asentada en la producción de bienes primarios se encontraba, por entonces, sujeta a un cuestionamiento profundo que llevaría a denodados esfuerzos por cambiarla.

Uno de los ejes centrales de la discusión giraba en torno al grado de industrialización que el país había alcanzado a mediados de la década de 1940, al que muchos encontraban como poco satisfactorio. Los resultados que este diagnóstico tuvo en la implementación de políticas económicas son conocidos; la evidencia con la que operaban los críticos y los defensores del perfil productivo del país, sin embargo, se encuentra todavía inmersa en una discusión tan acalorada y poco definida como la que se desplegó en esos años.

Este capítulo intenta realizar un aporte a esta discusión analizando la evolución de la

industria en el período que va de 1914 a 1945. Para ello, se consideran los estudios realizados sobre ella, mostrando los debates (que ya podrían considerarse “clásicos”) generados en torno a las características y posibilidades del crecimiento industrial en ese período, así como los aportes más recientes realizados por la historiografía, incluidos los ofrecidos por las propias investigaciones de los autores. El trabajo se estructura en torno a cuatro etapas que se caracterizan por ciertas tendencias que pueden otorgarle algún grado de homogeneidad o que, al menos, le dan un tinte propio: 1) el período influido por la Primera Guerra Mundial; 2) la década de 1920; 3) los años que siguen a la gran depresión de 1930, y 4) el período correspondiente a la Segunda Guerra.

En esta trayectoria, el mercado y el Estado aparecieron como los actores de una historia en la cual la relación entre los factores de producción que operaban en el sector manufacturero y las políticas económicas aplicadas resultó, como era esperable para un período en el cual se discutía el perfil productivo futuro, plagada de ambigüedades. En esos treinta años, la participación del sector manufacturero dentro del producto bruto interno (PBI) pasó del 15 a más del 20 por ciento, alcanzando un peso relativo que casi igualaba el de los países desarro-

llados (véase el cuadro 1). Por entonces, la industria mostró una evolución teñida de conti- nuidades y rupturas, de las cuales pretenden dar cuenta las páginas que siguen.

LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA, 1913-1920

Desde mediados de la década de 1870 (fe- cha a la que se remonta la aparición de las pri- meras fábricas) hasta 1913, la industria creció a una tasa de alrededor del ocho por ciento anual. Por ese entonces, la actividad se desa- rrollaba en un universo variopinto, en el que convivían unos pocos establecimientos que producían en serie junto con un buen núme- ro de talleres que se basaban en el trabajo a pe- dido. En un principio, los productos alimentici- os y las bebidas generaron casi toda la producción industrial. A partir de la crisis de 1890 y los efectos sustitutivos que generó, la metalurgia comenzó a desarrollarse en la ma- nufactura de los artículos más básicos, mien- tras la rama textil lo hizo en las confecciones. A principios del siglo XX, la alimentación vol- vió a ganar un lugar de importancia en la ac- tividad manufacturera —con el auge de las em- presas frigoríficas, que exportaban una parte

considerable de su producción—, mientras el resto de las ramas continuó su crecimiento gracias al aumento del consumo interno.

El primer período de estancamiento en la evolución manufacturera se produjo a partir de un *shock* externo provocado por dos cir- cunstancias que afectaron negativamente a la naciente actividad: una crisis económica inter- nacional, iniciada en 1913, y la Primera Gue- rra Mundial. Las consecuencias de la crisis de 1913, a las cuales la historiografía había pres- tado poca atención, han sido reveladas por las estimaciones del PBI publicadas por Roberto Cortés Conde. Según sus cálculos, la industria fue especialmente afectada, con una caída del 15% en el producto sectorial en 1914 y el ini- cio de un período de estancamiento —que re- cién concluyó en 1920— en el cual el sector ma- nufacturero industrial creció a una tasa anual del 0,28% (véanse los cuadros 2 y 3).

Así como los efectos de esta crisis comien- zan recién ahora a ser calibrados en su profun- didad, el impacto de la Primera Guerra sobre la industria argentina ha venido despertando desde hace tiempo mayor atención y ha gene- rado interpretaciones contrastantes en lo rela- tivo a sus efectos. Las estimaciones de Cortés Conde refuerzan las realizadas hace más de cuarenta años por la Comisión Económica pa-

CUADRO 1
PARTICIPACIÓN DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA EN EL PBI ARGENTINO, A COSTO DE FACTORES
1900-1949 (porcentajes)

<i>Períodos</i>	<i>Participación</i>
1900-1909	15,35
1910-1919	16,54
1920-1929	18,65
1930-1939	21,06
1940-1949	24,22

Fuente: B. Kosacoff, *El sector industrial argentino*, Buenos Aires, 1992, pág. 3.

CUADRO 2

TASA ANUAL DE CRECIMIENTO DE LA ACTIVIDAD INDUSTRIAL EN LA ARGENTINA
1913-1945

<i>Períodos</i>	<i>Crecimiento anual</i>
1913-1920	0,28%
1920-1930	4,39%
1930-1939	7,05%
1939-1945	3,58%

Fuente: Elaboración propia a partir de Roberto Cortés Conde (con la colaboración de Marcela Harriague), "Estimaciones del producto bruto interno de la Argentina", Buenos Aires, 1994 -para el período 1913-1935- y CEPAL, *Series históricas del crecimiento de América Latina*, Santiago de Chile, 1978 -para el período 1935-1945-.

ra América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) acerca del impacto negativo que habría tenido la guerra en el desarrollo industrial. Ello contrasta con una vieja visión que, sin datos empíricos, veía en el cierre de la economía y en la "protección forzosa" un impulso favorable al desarrollo de la industria nacional. Si bien teóricamente esta circunstancia podía generar un proceso sustitutivo, el grado de dependencia de la mayor parte de las ramas de la manufactura local respecto de la materia prima y los insumos extranjeros produjo el efecto contrario: un estrangulamiento en la producción y la comercialización de los bienes. En realidad, el impacto fue sectorialmente diferenciado debido a estas circunstancias; sólo aquellas industrias en las que existía capacidad productiva suficiente (por compra de maquinaria en los años anteriores) y que utilizaban materia prima nacional pudieron beneficiarse de la guerra. Éste fue el caso de la industria textil lanera; en particular, la de los lavaderos de lana y, en menor medida, la hilería y la tejeduría (como dato ilustrativo, este sector llegó a exportar algunas telas de lana para abastecer a los ejércitos de la Entente). Pero los casos de éxito fueron excepcionales.

La caída en los niveles de consumo ayudaron a profundizar el estancamiento industrial. Muchas de las fuerzas que habían operado favorablemente en la etapa previa para incentivar el desarrollo manufacturero se revirtieron a partir de 1913; el saldo inmigratorio fue negativo durante la guerra y el flujo de capitales se redujo. Por otro lado, los sectores que generaban efectos multiplicadores sobre la producción industrial, en particular el de la construcción, perdieron dinamismo por la atmósfera recesiva de la economía en su conjunto.

Los problemas generados por la guerra pueden ilustrarse con ejemplos provenientes de las propias empresas industriales. Una estrategia posible para enfrentar la penuria de insumos era la sustitución de bienes intermedios. La Compañía General de Fósforos comenzó, por entonces, a producir estearina durante la guerra e hilado de algodón en la inmediata posguerra para romper con la dependencia de insumos importados. Pero el balance general, a la luz de la evidencia empírica, resulta francamente negativo: en 1920, el producto industrial se encontraba casi al mismo nivel que en 1913 (véase el cuadro 3).

CUADRO 3
EVOLUCIÓN DEL PRODUCTO INDUSTRIAL ARGENTINO 1912-1948
(N. I. 1900 = 100, índices ponderados)

<i>Años</i>	<i>Índice</i>
1912	247,18
1913	266,19
1914	226,41
1915	235,14
1916	248,13
1917	246,28
1918	258,97
1919	284,52
1920	271,50
1921	297,89
1922	322,98
1923	349,94
1924	348,97
1925	389,66
1926	390,05
1927	419,51
1928	431,70
1929	427,23
1930	417,35
1931	405,58
1932	411,45
1933	461,31
1934	513,70
1935	621,51
1936	659,81
1937	700,44
1938	742,22
1939	770,65
1940	755,56
1941	785,74
1942	871,05
1943	909,35
1944	998,72
1945	951,71
1946	1.037,02
1947	1.206,47
1948	1.172,23

Fuente: La misma citada en el cuadro 1.

LA DÉCADA DEL VEINTE

La década de 1920 ha sido considerada —de acuerdo con diferentes cálculos realizados sobre la evolución del PBI— un momento de recuperación de los años dorados de principios de siglo o de estancamiento relativo. Los efectos que esta verdadera o falsa *Belle Époque* habrían tenido sobre la demanda, para una industria orientada al mercado interno, deberían analizarse más allá de las simples cifras de crecimiento. Aun considerando que las tasas de la década de 1920 fueran más bajas que las de principios del siglo XX, es posible que este último período corresponda a una fuerte etapa de acumulación, mientras que los años veinte se asocien a una de distribución. Este fenómeno coincidiría con una gama de signos —que iban desde las vanguardias culturales hasta el aumento en la altura de la población— que habrían ayudado, junto con la renovación de la ola inmigratoria, a una explosión en el consumo aun con tasas de crecimiento del PBI menos espectaculares.

En cuanto al efecto del tipo de cambio y de la tarifa aduanera, ambos actuaron en períodos diferentes para favorecer el crecimiento industrial. La inflación internacional había llevado a que los valores de aforo —que eran aquellos sobre los que se aplicaban los derechos de importación— fijados en 1904, fueran cada vez más bajos en comparación con el verdadero valor de los productos en el mercado mundial. Esto implicaba una caída en la protección a la industria nacional. Sin embargo, hasta 1922, la depreciación del peso ayudó a la manufactura local a competir con los productos importados. Cuando el peso comenzó a revalorizarse, las presiones para calcular nuevos valores de aforo, junto con un aumento en los

derechos de importación, se incrementaron. Como John Maynard Keynes mencionó en *Las consecuencias económicas del Sr. Churchill*, la Argentina era uno de los pocos países que mantenía una moneda más valorizada que la libra —alrededor del 10 % de sobrevaloración entre julio 1924 y junio 1925—. Pero para entonces, una ley votada en el Congreso en 1923 recalculaba los aforos a la importación, los aumentaba y volvía a poner a la industria frente al mismo nivel de protección que tenía en 1905. En esa misma ley, por otro lado, se fijaban aumentos a los derechos de importación. Finalmente, la continua valorización del peso fue suspendida cuando la Argentina reingresó, en 1927, al régimen de patrón oro.

Por lo tanto, el balance de la década muestra que la industria no estuvo ni demasiado protegida ni desprotegida en ningún momento (hasta 1923 operó el tipo de cambio en su favor y después lo hizo la elevación de los aforos). El incentivo que siempre estuvo presente, en cambio, fue el aumento del consumo interno. Por entonces, y como respuesta a este fenómeno, las empresas transformaron sus estrategias comercializadoras, que mostraron su lado más visible en los nuevos sistemas de empaquetamiento y en las campañas publicitarias.

En los años veinte se produjeron cambios cualitativos que anunciaban una nueva etapa industrializadora, que recién iba a terminar de consolidarse a fines de la década de 1940. Entre estos cambios se encontraba el perfil de la producción manufacturera, que pasó a estar cada vez más conformado por una industria liviana en la que se producía un paulatino retroceso (en cuanto a su participación relativa) de la producción alimenticia y un paralelo avance de las ramas textil y metalúrgica. Estos fueron los sectores más expansivos del desa-

rollo industrial de la etapa, que compartían su dinamismo con una serie de nuevas actividades en las que la producción local casi no había incursionado (véase el cuadro 4).

La modernización producida en actividades ya iniciadas, como la metalurgia y la textil, estuvo liderada por el capital local. En los años veinte, las empresas industriales modernas comenzaron a producir nuevos bienes mientras otras profundizaron su modernización. Uno de los resultados fue la formación de sociedades anónimas en el sector manufacturero, cuya creación prácticamente había desaparecido desde la crisis de 1913. Por otro lado, en este período la industria retomó la tendencia a la concentración de capital (mediante la formación de *trusts*) que había caracterizado el período 1900-1913.

El volumen físico de la producción metalúrgica se multiplicó por cuatro en esos años. La industria textil, mientras tanto, experimentaba cambios más cualitativos que cuantitativos. Estas transformaciones se relacionaban con otro cambio que iba a tener consecuencias profundas en la industrialización argentina: la producción local de materias primas como el

algodón y la seda. El primero pasó —entre 1917 y 1929— de 2.460 a 92.644 toneladas cosechadas. Con ello se produjo una mayor diversificación productiva y se observó una tendencia por parte de las empresas a la integración para sustituir insumos. Esta respuesta podía ser atribuida a la experiencia acumulada por una industria fuertemente dependiente de productos importados durante la guerra, que mostró las dificultades que podían presentarse con un cambio de escenario de la economía internacional y la interrupción del intercambio. Los ejemplos pueden mostrarse con la Compañía General de Fósforos, que erigió una desmotadora y una hilandería, o con la Fábrica Argentina de Alpagatas, que abrió una hilandería de algodón en 1923. Asimismo, la comercializador de cereales Bunge y Born se expandió a la producción industrial, ingresando en el procesamiento de algodón (con la firma La Fabril y las plantas desmotadoras en el Nordeste), y en nuevas actividades (como la fabricación de pinturas en su empresa Alba, fundada en 1925). Su tradicional actividad alimentaria, por otro lado, se diversificaba a través de su firma Molinos en la producción de aceite.

CUADRO 4
ESTRUCTURA SECTORIAL DE LA INDUSTRIA ARGENTINA 1914-1947
VALOR DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL TOTAL
(en porcentajes)

Sectores	1914	1935	1947
Alimentos, bebidas y tabaco	53	41	34
Textiles, vestidos y cueros	11	21	26
Industria maderera	5	3	5
Industria gráfica	2	6	5
Industria química	3	10	11
Metalúrgica y metalmecánica	5	14	14
Otros	21	5	5

Otra razón que llevó a las industrias a diversificar su producción fue la saturación de la demanda de los bienes que fabricaban. Se produjo, paralelamente, una diversificación de mercados, con un temprano proceso de internacionalización de algunas firmas de origen local: la ya mencionadas Compañía General de Fósforos y Alpargatas se expandieron al Uruguay y, en el segundo caso, hasta el Brasil. Una estrategia similar fue la emprendida por las empresas Bunge y Born, la alimentaria Águila y la textil Campomar, entre otras.

Mientras tanto, se produjo un fenómeno novedoso: la llegada de capital extranjero —principalmente de origen norteamericano— liderando la instalación de fábricas en sectores en los que la industria local no había incurrido. Entre 1921 y 1930 se radicaron, en el sector industrial, 43 empresas extranjeras, contra 13 que lo habían hecho entre 1900 y 1920. En particular, lo hicieron en las nuevas ramas dinámicas de la economía argentina, como el cemento, el petróleo, la industria farmacéutica, química, de metales, de artefactos eléctricos, de caucho y las armadoras de autos. Un fenómeno similar ocurrió en el registro de patentes extranjeras registradas en el país. Entre 1900 y 1919, su número había sido de 1.243; entre 1920 y 1929 pasaron a 8.731.

Algunas de las nuevas actividades mostraron un crecimiento que, quizá pocomposamente, podría ser caracterizado como espectacular. Uno de los casos fue el de la industria cementera, impulsada por la actividad en la construcción que, si bien ya había experimentado un auge a principios de siglo, ahora se complementaba con la explotación de los minerales que conformaban su materia prima. La producción de cemento pasó de 79.000 a 343.000 m³ entre 1920 y 1929. Como parte de

este proceso, en 1927 se fundó la empresa Loma Negra, que todavía hoy lidera el sector. Otra de estas actividades fue el procesamiento de petróleo, cuya extracción pasó de 262.000 a 1.500.000 m³ entre 1920 y 1929. Ello llevó al éxito de la empresa Siam Di Tella, que agregó a la producción de hornos, batidoras y otros accesorios para panadería, la de surtidores para las estaciones de servicio, que se convirtieron en la clave del despegue de esta firma, una de las más importantes en la industria argentina del período.

Pero no sólo la actividad privada mostró signos de dinamismo en nuevos emprendimientos. Buena parte de la actividad petrolera se basaba en la expansión de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que en 1925 instaló su primera destilería. Por otro lado, se intensificaron las tareas relacionadas con la producción de armamento y equipo militar, uno de cuyos exponentes fue la Fábrica Militar de Aviones en Córdoba, inaugurada en 1927.

En la década del veinte se produjo un cambio tecnológico y organizativo que, de la mano de la llegada de estas empresas multinacionales, iba a encontrar eco en las firmas de capital local. De alguna manera, la Argentina recibió el impacto de la expansión económica e industrial liderada por Estados Unidos, en un marco de difusión del *American System* en los países industriales. Una de las características de estos años fue el equipamiento logrado a partir del aumento de la importación de maquinaria industrial, que alcanzó en la segunda mitad de la década las tasas más elevadas de su historia (véase el cuadro 5). Probablemente, el aumento del salario real, que en su época señaló Alejandro Bunge, haya impulsado esta estrategia de mecanización, que

tendía a ahorrar mano de obra. La figura de Bunge, por otro lado, se puede asociar con otras cuestiones que —si bien surgidas en los veinte— iban a tener un impacto mayor a partir de la crisis de 1930.

A principios de los veinte comenzaron a discutirse los límites del modelo de expansión basado en la producción agropecuaria y a elaborarse propuestas que contemplaran un mayor desarrollo del sector manufacturero. El problema del mercado sobresalió en estos análisis. En *Los problemas económicos del presente*, publicado en 1920, Bunge afirmaba que el creciente poder adquisitivo de la demanda interna iba a llevar a saldos exportables de alimentos cada vez más limitados, una perspectiva que se adicionaba a su prédica por señalar el corto alcance de este consumo para sostener una producción industrial en expansión y sugerir la conquista del mercado externo, que él veía concretada en la Unión Latinoamericana. A fines de la década, se iba a acentuar su posición favorable a explotar las potencialidades del mercado local. En 1927 decía, en el diario *La Nación*: “Ha llegado pa-

ra la República Argentina la hora de su nacionalismo económico”. En el mismo año afirmaba, inspirado en el aumento de la capacidad de consumo de los Estados Unidos, que esperaba que “el mercado consumidor de diez millones quinientos mil habitantes que alcanzan un alto nivel de vida” se desarrollara y afirmaba que “durante varios años el aumento de la producción local no hará otra cosa que substituir al similar extranjero, despertando una inmensa actividad comercial nueva en el interior del país. Tiene, desde ahora, el mercado asegurado”. Pero tampoco le escapaban ciertas notables diferencias; mientras que en Estados Unidos el obrero calificado o el agricultor podían acceder a la compra de un coche, una radio o una heladera, en la Argentina ese mismo obrero volvía “a su rancho miserable, con piso de tierra y sin vidrios en la puerta”. La llegada de la crisis en 1929 iba a desalentar los matices de algunos de sus análisis y a incentivar algunas de sus posiciones más crudas, que serían tomadas como bandera por quienes deseaban transformar el perfil productivo de la economía argentina.

CUADRO 5
IMPORTACIONES DE MAQUINARIA INDUSTRIAL
(en millones de pesos de 1950)

Años	Valor de las importaciones
1921	814
1922	518
1923	727
1924	922
1925	997
1926	1.087
1927	1.156
1928	1.083
1929	1.147

Fuente: G. Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, pág. 367.

DESPUÉS DE LA CRISIS, 1930-1939

Las condiciones económicas generadas por la crisis mundial de 1929 tuvieron un impacto decisivo sobre la evolución del sector manufacturero. A partir de 1930 —y hasta fines de los años setenta—, la industria se convirtió en el sector más dinámico del mercado interno, dentro de una economía que se iba cerrando al comercio internacional. Por ende, el crecimiento económico en su conjunto pasó a depender en forma significativa del desempeño industrial. La pregunta que surge de esta constatación es hasta dónde la crisis fue una divisoria de aguas en el proceso de industrialización, y en qué medida dicho proceso se explica más por los efectos de un *shock* externo que por un sendero evolutivo previo. El primer punto ya ha sido discutido en este capítulo y la respuesta muestra una significativa continuidad; el segundo implica internarse en las características de la industria que se desarrollaba en esos años.

El crecimiento industrial en la década del treinta —que alcanzó en promedio una tasa del 7% anual— no fue lineal. El producto industrial cayó en los años inmediatamente posteriores a la crisis, pero se recuperó a partir de 1933, expandiéndose a una tasa del 16% entre 1933 y 1935 y del 5,5% entre 1935 y 1939. El efecto de sustitución (mucho más que el ingreso) explica, en buena medida, este incremento: la tasa de sustitución, que era de alrededor del 50% entre 1925 y 1929, pasó al 63% entre 1930 y 1939.

El nuevo escenario internacional, la reducción de la capacidad importadora y las medidas adoptadas por los gobiernos argentinos para combatir los efectos del ciclo económico aceleraron la profundización de la sustitución

y una progresiva diversificación de la producción industrial local (véase el cuadro 4). El control de cambios, los aumentos de las tarifas a la importación y el abandono del patrón oro actuaron como mecanismos de protección, más allá de que el Estado no haya impulsado en forma directa un plan industrialista.

La caída de las importaciones fue un factor decisivo y explica, en buena medida, los cambios sectoriales que sufrió la industria en esta etapa respecto de la evolución previa a 1930. Las ramas tradicionalmente vinculadas a la exportación disminuyeron o aumentaron lentamente su producción, mientras que las que sustituían importaciones crecieron a un ritmo acelerado. La expansión estuvo liderada por la industria textil algodonera, que creció en el período 1930-1935 a una tasa anual del 10,5%, frente al 4,3% de la rama alimentaria. La textil recuperaba el papel que alguna vez había tenido —como había ocurrido durante la década de 1890—, aunque ahora pasaba de la producción de confecciones a la de tejidos e hilados. Las actividades que se expandieron por encima del aumento general fueron, además de la textil, la de derivados del petróleo, la de vehículos y maquinaria y, con un menor impulso, la metalurgia. Los productos del caucho y las maquinarias y artefactos eléctricos experimentaron el crecimiento más espectacular, pero ello se explica por su casi inexistencia en el período previo (véase el cuadro 6). Los cambios producidos en la estructura sectorial de la industria pueden observarse a partir de la comparación entre los datos de los censos de 1935 y 1914, que se reproducen en el cuadro 4. En ese lapso, la industria alimenticia había crecido sólo el 1%, mientras que la textil aumentó 2,5 veces; la metalurgia, 3,5 veces y la química se cuadruplicó.

CUADRO 6
TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL DE LA INDUSTRIA ARGENTINA
1925-1950

Rubros	1925-1929	1937-1939	1937-1939	1948-1950
Total de industrias manufactureras	3,4			5,0
Textiles	10,8			9,1
Derivados del petróleo	12,6			5,0
Vehículos y maquinaria (sin industria eléctrica)	8,3			8,3
Metales	5,1			5,4
Productos de caucho *	39,0			3,0
Maquinaria y artefactos eléctricos *	40,5			8,7
Productos químicos	-0,4			7,7
Papel y cartón	-1,7			6,3
Alimentos y bebidas	2,1			2,6

* Producción desdenable en 1925-1929.

Fuente: C. A. Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, 1975, pág. 220.

La continuidad entre el desarrollo industrial en los años treinta y la década del veinte, sin embargo, resulta mayor de lo que parece. Uniendo un análisis macroeconómico con una perspectiva microeconómica del desempeño de la actividad manufacturera, se ve que en los años treinta se produce el despliegue de los sectores —y, en muchos casos, de las propias empresas— que ya aparecían como dinámicos antes de la crisis. La industria textil algodonera es un ejemplo. Si bien en la década del veinte el conjunto del sector textil perdió importancia relativa, éste no fue el caso de las actividades relacionadas con la manufactura del algodón. En los años que siguieron a la crisis, el tejido e hilado, con un desarrollo embrionario en los veinte, se expandieron: las 6 hilanderías con 60.000 husos de 1930, llegaban a 20 (con 340.000 husos) en 1937.

El crecimiento industrial de los treinta fue apoyado por cambios en los precios relativos del factor trabajo ante la estabilidad del salario real y la disponibilidad de mano de obra que ofrecía la migración interna hacia las ciudades

en las que se expandía la actividad manufacturera. En efecto, después de las grandes inversiones en maquinaria de la década del veinte, la industria pudo crecer a partir del incremento del número de trabajadores, sobre todo en las grandes empresas. Esta industria “mano de obra intensiva” pudo reducir, de esta manera, sus costos variables y ajustarse de manera conveniente a los momentos recesivos que siguieron a la depresión.

El Estado tomó medidas adicionales a la protección arancelaria que favorecieron el crecimiento industrial. El programa de obras públicas llevado adelante por Agustín P. Justo —en el cual sobresalía la construcción de caminos— generó un incentivo para la producción manufacturera. En 1930, el consumo de cemento era de alrededor de 755.000 toneladas, con una importación de 409.000; en 1938, las cifras eran de 1.254.000 y 83.000, respectivamente. Por entonces, se había profundizado el papel del Estado comprador. En 1930, un decreto del gobierno de José Félix Uriburu favoreció, con un margen del 5%, a



Un taller de tornería. *La Nación, La Argentina en el siglo XX.*

la industria nacional en las licitaciones públicas. No sorprende, entonces, que cada vez más empresas se convirtieran en proveedoras del sector público.

Otro elemento de continuidad entre los treinta y los veinte fue la llegada de empresas multinacionales, en su mayoría de origen norteamericano; entre 1931 y 1943, cuarenta y cinco empresas extranjeras se radicaron en el sector industrial. Este movimiento incluyó a empresas manufactureras ya establecidas, a antiguas importadoras que comenzaron a producir en el país y a otras que inauguraron sus actividades en la Argentina ante la elevación de los aranceles y la imposición de un control de cambios que beneficiaba a la libra esterlina frente al dólar. Los casos de empresarios nacionales exitosos también encontraban sus raíces en el período anterior a la crisis; éste fue el caso de Torcuato Di Tella —quizás el empresario emblemático del período— quien expandió su empresa Siam a partir de asociaciones con firmas norteamericanas para la provisión de surtidores de nafta que databan de los años veinte.

Entre 1930 y 1945, la sustitución debió realizarse —no pocas veces— por voluntades ajenas a los actores involucrados. Algunos sectores con ventajas comparativas (los que contaban con materia prima local barata, por ejemplo) pudieron crecer con mejores niveles de eficiencia, como fue el caso del sector textil (que no requería de maquinaria sofisticada y era mano de obra intensiva). Otros, como la metalurgia, sustituyeron productos importados de manera menos eficiente, pero como única respuesta ante la falta de insumos y maquinaria industrial. Los datos cuantitativos, entonces, deben ser observados con cuidado, porque la expansión mostraba sus límites en aspectos microeconómicos que se relacionan con las carencias originadas por las nuevas fábricas. En muchas de ellas, el diseño tecnológico era rezagado, el equipamiento se basaba en maquinaria usada u obsoleta, y faltaban subcontratistas y abastecedores de insumos y partes.

Una característica distintiva de la década de 1930 respecto de la anterior (y relacionada con este último fenómeno) fue el inicio de un

proceso de desconcentración industrial que se acentuó con la guerra y persistió hasta mediados de la década de 1950. Esta evolución no resulta sorprendente ante una economía más cerrada, donde la competencia con los productos extranjeros no ejercía la amenaza que había forzado las fusiones de principios del siglo XX y de la década de 1920. Pero en el caso argentino llevó a una proliferación significativa de pequeñas empresas; mientras en Estados Unidos el tamaño promedio de los establecimientos se elevó aproximadamente el 21% entre 1935 y 1947, en la Argentina, partiendo de una base más baja, aumentó sólo el 6%. Además, una característica del desarrollo industrial argentino en este período fue que la desconcentración ocurrió en los sectores que se estaban expandiendo. Las consecuencias de este proceso, en términos de productividad, terminaron siendo negativas. Mientras que entre 1935 y 1914 se observa un aumento en la productividad del trabajo, esta tendencia se revierte al comparar los datos de 1935 con los de 1947 (véase el cuadro 7).

En 1935 se realizó un censo industrial con un alto nivel de detalle (tanto, que lo hace difícilmente comparable con el más rústico realizado en 1914, como se puede ver en el cuadro 8). Ese censo muestra una industria en la cual comienzan a perfilarse los bienes de con-

sumo final como los líderes de la expansión en esta llamada etapa de "sustitución fácil". La industria local, que se enfrentaba con muchas ventajas a la competencia del producto importado, se desarrollaba en aquellas actividades en las que no era necesario contar con capital humano y tecnológico demasiado complejo. Esta sustitución no se produjo de la misma manera en la producción de máquinas e insumos, que continuaron siendo, en buena medida, importados. Esto no sólo presentaba un peligro potencial para las cuentas externas sino que aseguraba que una crisis en su provisión podía tornarse un problema grave para la industria. La Segunda Guerra Mundial lo puso en evidencia.

EL IMPACTO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Dada la evolución lograda por la industria argentina hacia fines de la década de 1930, la guerra ofreció una oportunidad para la expansión a través de dos vías: la producción para el mercado interno profundizando la sustitución —cuyo índice pasó del 60% al 80%— y la exportación a países antes abastecidos por las naciones beligerantes, principalmente los países latinoamericanos. El impac-

CUADRO 7
VALOR DE LA PRODUCCIÓN/FUERZA DE TRABAJO 1914-1947
(En pesos de 1970)

Año	Valores
1914	128.184
1935	153.635
1947	133.692

Fuente: Elaboración propia basada en censos industriales.

to fue diferenciado según las ramas, beneficiándose más —como había ocurrido en 1914— las que utilizaban materias primas e insumos nacionales.

Uno de los fenómenos más significativos durante los años de la guerra fue la expansión de las exportaciones industriales, que en 1943 casi alcanzaron el 20% de las ventas totales al exterior (véanse los cuadros 9 y 10). Esta participación fue raramente superada en años posteriores y, en algunas ramas, nunca más alcanzada. En esos años se diversificaron los mercados; de 1937-1939 a 1943-1945, el porcentaje de exportaciones a Estados Unidos pasó del 12,5 al 23,2%; a Brasil, del 3,5 al 8%, y al resto de América, del 3,5 al 15,5%, con un total que creció del 20,9 al 47,3%.

De manera paralela, el impulso al desarrollo industrial pasó a ser una política de Estado, iniciando un fenómeno que continuó hasta 1976. En la década de 1940, el entorno de la guerra ofreció a las Fuerzas Armadas el contexto para intentar la profundización de la actividad en aquellas industrias consideradas como estratégicas y que encontraba antecedentes más tímidos en la década de 1920. Por varias razones y desde varias perspectivas, la industria cobraba una importancia creciente y



Tecnificación agropecuaria. Producción de tractores. *El Banco de la Nación Argentina en su 75° aniversario, 1891-1966*, Buenos Aires, 1970.

los pronósticos de Bunge sobre su papel en la “Nueva Argentina” encontraban cada vez mayor eco. En 1943, el industrial Torcuato Di Tella tomó el pulso de los nuevos tiempos al se-

CUADRO 8

VARIACIONES INTERCENSALES EN EL NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS, EL PERSONAL EMPLEADO Y EL VALOR DE LA PRODUCCIÓN
1914-1947

Censo industrial	Número de establecimientos	Total de trabajadores	Valor de la producción*
1914	48.799	678.757	8.093.420.931
1935	37.965**	463.424**	10.473.015.705
1947	84.895	1.023.032	19.948.636.335

* Valores constantes, en pesos de 1955.

** Los valores son inferiores a los de 1914 porque en el censo de 1935 se excluyeron actividades que habían sido consideradas como industriales en 1914.

Fuente: Censos industriales.

CUADRO 9
EXPORTACIONES DE PRODUCTOS MANUFACTURADOS NO TRADICIONALES
PARTICIPACIÓN PORCENTUAL EN LAS EXPORTACIONES TOTALES
AÑOS 1934-1947

<i>Año</i>	<i>Porcentajes</i>
1934-1936	1.4
1937-1939	1.5
1939	2.9
1940	4.9
1941	8.2
1942	13.0
1943	19.4
1944	14.4
1945	13.6
1946	11.4
1947	5.5

Fuente: J. Llach, "El Plan Pinedo de 1940; su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", *Desarrollo Económico*, n° 92, Buenos Aires, 1984, pág. 532.

ñar, en un discurso, que "El problema del porvenir de la industria argentina va a constituir, en breve, el punto central de las controversias acerca del destino de toda la economía argentina".

En medio de la guerra, el gobierno elaboró un plan que nunca se llevó adelante, pero que tuvo un atractivo especial en los estudios de historia económica: el realizado por Federico Pinedo, que resulta el primer documento

CUADRO 10
CONTRIBUCIÓN DE ALGUNAS INDUSTRIAS A LAS EXPORTACIONES
1939 Y 1943

<i>Sectores</i>	<i>Porcentaje sobre el total de exportaciones</i>		<i>Porcentaje sobre el total de exportaciones de manufacturas</i>	
	<i>1939</i>	<i>1943</i>	<i>1939</i>	<i>1943</i>
Alimentos y bebidas	1,40	3,80	48,7	19,5
Textiles	0,27	7,60	9,5	39,1
Productos químicos	0,10	2,20	3,5	11,3
Confeciones	0,03	1,30	0,9	6,7
Cuero	0,01	0,80	0,2	4,1
Subtotal	1,81	17,51	62,8	80,7
Otras industrias	1,06	1,93	37,2	19,3
Total	2,87	19,44	100	100

estatal en el cual se considera la posibilidad de modificar la evolución económica del país. La idea era alentar modificaciones en la estructura productiva (lo que llevaba a cambios en el largo plazo), pero para sortear situaciones de desempleo cíclico actual o potencial en el más corto plazo. El corazón de este plan era la diversificación de mercados externos, por lo que proponía un desarrollo industrial exportador y especializado en las materias primas nacionales, incentivando el intercambio con las naciones vecinas —sobre todo, el Brasil— y con los Estados Unidos, que era el país con el que realmente se querían fortalecer los vínculos económicos. La idea era mantener a la economía libre de “industrias artificiales” (que era el nombre que recibían aquellas manufacturas que surgían al amparo de la protección pero sin contar con ventajas comparativas) pero favorecer las exportaciones industriales a través de incentivos cambiarios. El plan no fue aprobado por el Congreso y sólo dio lugar a la creación de una institución oficial —la Corporación para la Promoción del Intercambio (CPI)—, a la que se dio el poder para fijar las normas cambiarias, promover la exportación de artículos nuevos y liberar importaciones hasta entonces restringidas.

Hacia el fin de la guerra, parte de la discusión del sector industrial se dio en torno de si debían privilegiarse las exportaciones (que estaban desarrollándose con éxito) o si la industria debía orientar su producción al mercado interno. La estrategia exportadora no implicaba un aumento en los costos salariales y era vista con buenos ojos por las grandes empresas. Una fracción de industriales pequeños, por otro lado, comenzó a inclinarse por el mercado interno, al cual podían abastecer con

facilidad. Otros veían las dos alternativas como complementarias. Los debates sobre la industrialización que debía imperar en la Argentina encontraron su lugar de discusión en el Consejo Nacional de Posguerra, fundado en 1944 bajo la inspiración del *New Deal* norteamericano y de la planificación soviética, y presidido por Juan Domingo Perón. Las posiciones fueron variadas, pero el tema que iba cobrando mayor peso entre los que lo dirigían (y que después gobernarían el país) fue el problema del empleo y la necesidad de disminuir el costo social de cualquier política implementada. Finalmente, la elección por el mercado interno primó y se plasmó durante la administración peronista que comenzó en 1946.

La opción por el mercado interno fue, sin duda, poco feliz. Durante el gobierno peronista, la industria creció a una tasa del 2,96% anual, cifra que, teniendo en cuenta el aumento de la población, resulta poco impresionante. Esta elección tuvo más que ver con los condicionantes externos, con la política exterior argentina y con la de redistribución de ingresos del peronismo que con la “polémica industrial”, un elemento que ha sido analizado por Pablo Gerchunoff y Lucas Llach al evaluar la política económica del período.

Algunos condicionantes estructurales pueden explicar, de manera adicional, el camino elegido. Entre ellos, la naturaleza del mercado interno (y las razones por las que limitaba la expansión industrial) era uno de los más sobresalientes. El tamaño reducido de este mercado tenía que ver no sólo con los números sino también con la distribución de la renta, que resultaba crucial pues afectaba —a partir de la composición de la demanda— el perfil de la industria y la elección de tecnología. Cuando el

doctor John Hopkins, integrante de la Misión de Investigadores de la Armour Research Foundation, llegó a la Argentina para producir un informe para la CPI, que salió a la luz en 1944, un empresario le dijo: "No olviden que el mercado argentino tiene tres y medio millones de personas y no trece millones". Este comentario impresionista resumía los resultados que estudios cuantitativos posteriores realizados por el informe terminaron confirmando (aunque con menor dramatismo). Según el informe, "el obrero argentino no calificado recibió en 1937-1939 un salario equivalente a dos tercios del que percibió el alemán, la mitad del inglés y un tercio del de los Estados Unidos. Gastados en alimentación, encontraban en la Argentina precios generalmente menores aún que en los otros tres países, pero si invertían en productos industriales, la posición del obrero era mucho menos afortunada" (véase el cuadro 11).

El aumento en el volumen de la producción durante la guerra se había desplegado en un abanico de sectores que iba de los más tradicionales a los más novedosos (véase el cuadro 12). Este crecimiento había ocurrido debido a tres razones: mejoras en los jornales de algunas industrias, aspectos técnicos y mayores jornadas de trabajo por el mismo plantel de operarios ocupados en la industria. Los salarios reales, sin embargo, habían permanecido estancados (véase el cuadro 13). En verdad, este fenómeno —con el consecuente resultado en los costos— había sido una de las razones del aumento de las ventas al exterior. Por lo tanto, la profundización del proceso exportador llevaría a un estancamiento de los salarios. La necesidad de aumentar el poder de compra del trabajador argentino, entonces, aparecía como una alternativa posible. Y el peronismo lo hizo apostando al mercado interno.

CUADRO 11
PODER DE COMPRA DE UN OBRERO INDUSTRIAL Y AGRÍCOLA 1939

Productos	Unidades	Obreros industriales			Obreros agrícolas		
		Cantidades			Cantidades		
		Argentina	EE.UU.	GB	Argentina	EE.UU.	GB
							(1937)
Harina	kg	6,1	8,5	8,9	495	465	458
Carne	kg	1,5	1,4	1,3	126	76	120
Azúcar	kg	1,6	5,0	3,0	127	276	351
Tejido algodón (brin)	m ²	630	3.042	—	52	167	46
Algodón	kg	808	2.488	1.481	66	136	119
Tejido lana (casimir)	m ²	80	239	—	6,5	13,1	—
Lana	kg	552	615	706	45	34	46
Automóvil	unidad	0,157	0,872	—	0,013	0,048	—
Receptor de radio	unidad	5,982	36,804	—	0,489	2,020	—

La tabla indica qué puede comprarse al por mayor por el importe del salario de 1.000 horas de trabajo no calificado (tomando en cuenta los obreros no calificados de imprenta y encuadernación) y un obrero agrícola con su salario mensual.

Fuente: Elaboración propia basada en los cuadros XVII y XIX del *Informe Armour*, Buenos Aires, 1944, págs. 59-61.

CUADRO 12

PERSONAS OCUPADAS EN INDUSTRIAS, CLASIFICADAS POR GRUPOS DE INDUSTRIA, 1935-1939

(incluye propietarios, empleados y obreros)

Ramas	Número de personas empleadas		Aumento %
	1935	1939	
Caucho	3.642	6.961	91
Piedras, vidrios y cerámicas	21.923	31.356	43
Maquinarias y vehículos	57.389	81.669	42
Papel y cartón	7.540	10.335	40
Metales y manufacturas	47.041	61.751	31
Productos químicos	16.583	23.038	39
Textiles	88.356	111.937	27
Alimentos, bebidas y tabaco	136.037	158.051	16
Cuero y manufacturas	21.128	24.185	14
Total	577.369	747.732	30

Fuente: Informe Armour, pág. 29.

CONCLUSIONES

La industria argentina hunde sus raíces en el período previo a la Primera Guerra Mundial. Pero las transformaciones en el escenario internacional que se sucedieron desde entonces hasta mediados de los años cuarenta implicaron un paulatino cambio de rumbo en su evolución. Frente a las crecientes restricciones a la importación de productos manufacturados, desde 1914 en adelante se fue avanzando

en un proceso de sustitución que implicó cambios estructurales en la industria local. Entre 1914 y 1945 se asistió a una progresiva diversificación de la producción, que se evidencia en el retroceso relativo del sector alimenticio, el avance de algunas ramas rezagadas —como la textil y la metalúrgica— y el nacimiento de nuevas actividades, como la industria química y, en menor medida, de maquinaria. La Argentina pasó de un tipo de industrialización inducida por la expansión

CUADRO 13

SALARIOS REALES EN LA ARGENTINA 1939-1949

(Índices; 1930 = 100)

Años	Salarios
1939	100,0
1945	100,3
1946	106,2
1947	129,8
1948	156,6
1949	162,4

Fuente: J. Llach, "El Plan Pinedo de 1940" cit., pág. 550.

agropecuaria y basada en sus ventajas comparativas a otro más complejo, fruto de su adaptación a las nuevas condiciones internacionales y de la necesidad de suplir con producción local bienes que antes importaba.

Este proceso no fue lineal ni estuvo exento de costos. En primer lugar, el efecto de la Primera Guerra Mundial sobre la actividad industrial fue, en conjunto, negativo. Aunque en términos abstractos la guerra podía significar una oportunidad para el crecimiento de la industria local gracias a la protección forzosa, sus consecuencias fueron las opuestas, y entre 1914 y 1920 la producción se estancó. Los problemas enfrentados a lo largo de la guerra alertaron acerca de las fragilidades de la industria local, generaron el temor a una posible repetición entre los empresarios y sirvieron para motorizar un proceso de mayor integración desde los años veinte en adelante.

Entre 1920 y 1945, la industria fue creciendo por la combinación de la acción del mercado y del Estado. La recuperación de la economía durante los años veinte dio un impulso a la expansión del sector manufacturero, en un marco de prosperidad y de reanudación de los intercambios con el exterior. El resultado no fue sólo que la industria volvió a crecer, sino que lo hizo diferenciándose de la del período prebélico, con una mayor diversificación y rasgos más modernos, a lo cual contribuyó la instalación de filiales de empresas multinacionales.

Cuando sobrevino la crisis de 1930, la Argentina contaba con una capacidad instalada que permitió enfrentar la restricción a las importaciones y elevar drásticamente el índice de sustitución. En este sentido, ni la imagen de una industria que nace con el *shock* externo de los treinta se sostiene ni el impacto de

las nuevas condiciones internas y externas puede minimizarse. En lo que se refiere a las primeras, mientras en la década del veinte el tipo de cambio y la elevación de los aranceles habían operado en forma divergente y en diferentes períodos a favor de la industria local, en los treinta sus efectos protectores se hicieron convergentes. En cuanto a los factores externos, las restricciones al comercio internacional determinaban que la economía se deslizara hacia la autarquía y, por ende, se favoreciera la producción local.

Las tasas de crecimiento de la industria en la década del treinta fueron similares a las de los años previos a la Primera Guerra Mundial; de manera paralela, se operaban cambios cualitativos significativos. En primer lugar, el crecimiento de la economía en su conjunto pasó a depender del desempeño de la industria en vez de estar supeditada, como en las décadas previas, a la evolución del sector agropecuario. En segundo lugar, se profundizaron la diversificación y la complejidad del sector manufacturero, acelerándose el retroceso relativo de las ramas tradicionales. Por último, el desarrollo industrial se fue haciendo cada vez más dependiente de la acción del Estado.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la evolución lograda por la industria argentina permitió sobrellevar los problemas generados por el conflicto de manera mucho más exitosa que en 1914. Al igual que durante la Primera Guerra, la caída en las importaciones generó una penuria de materias primas e insumos. Sin embargo, en la medida en que la base industrial se había ido ampliando desde los veinte, el balance terminó siendo, en su conjunto, positivo. Aunque a una tasa menor que en los treinta, la industria continuó creciendo en vez de estancarse.

Al terminar la guerra e iniciarse los esfuerzos por recomponer un sistema económico internacional tan vigoroso como el que había precedido a la Primera Guerra Mundial, la Argentina ya tenía algunas de las características de un país industrial. En su participación relativa, el sector agropecuario había retrocedido tanto en la producción como en la ocupación, mientras que la industria había aumentado hasta niveles comparables con los de Estados Unidos. Por otro lado, desde la guerra, la industrialización había pasado a ser discutida como una política de Estado, en gran medida como resultado de esta evolución.

Un balance de la industria argentina hacia 1945 muestra resultados divergentes. La producción manufacturera había aumentado significativamente respecto de 1914, y el país se autoabastecía de una amplia gama de bienes que antes importaba. Sin embargo, este panorama ofrecía una serie de debilidades. Por un lado, los costos de la sustitución fueron elevados en cuanto a la productividad de los factores. La del capital se vio afectada por las restricciones a la importación de maquinaria y la incapacidad de generar la tecnología que pudiera ofrecer alternativas. La del trabajo se vio perjudicada por el carácter excesivamente "mano de obra intensiva" de la industria. Un problema adicional fue el elevado costo de obtener aquellas materias primas que debían importarse o que se producían en el país de manera ineficiente. Como resultado, la industria era poco competitiva y junto a un número reducido de empresas modernas florecían pequeñas empresas tecnológicamente rezagadas y talleres de reparaciones.

La capacidad para sostener un crecimiento industrial en el futuro dependía de las posibilidades de contar con un mercado que absorbiera la producción del sector. Desde principios del siglo XX, la industria había intentado expandir su demanda a través del mercado externo aunque los resultados —con la excepción de los frigoríficos— fueron desalentadores. Durante la Segunda Guerra, el sueño de las exportaciones industriales parecía tener alguna posible concreción.

Al terminar la guerra, la economía argentina debía hacer frente al nuevo escenario económico internacional. La industria local se enfrentaba a varios dilemas, uno de los cuales era cuál iba a ser el mercado para su producción. Por entonces, una cuestión no resuelta era el peso que el mercado interno y el mercado externo iban a tener en esa demanda. Continuar con el nivel de exportaciones alcanzado hubiera requerido reducir el salario real y el consumo interno. El gobierno peronista no estaba dispuesto a hacerlo. La opción fue el mercado interno, una alternativa que pareció rendir frutos en los primeros años. En 1948, sin embargo, mostró sus limitaciones. Dadas las circunstancias excepcionales de la guerra, es difícil evaluar la factibilidad de haber mantenido esta tendencia en el largo plazo y en tiempos de paz. Lo que sí resulta posible es señalar que las políticas emprendidas en la posguerra privilegiaron la opción mercadointernista. Lo ocurrido en la posguerra no es el objetivo de este capítulo, aunque el perfil que había adquirido la industria en el período de entreguerras puede ofrecer una clave para entenderlo.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Los estudios empíricos sobre la industria no han suscitado el interés que otros sectores —como el agro— han tenido en la historia económica. Sin embargo, no faltan las interpretaciones basadas en modelos teóricos contrastantes: JUAN CARLOS KOROL e HILDA SABATO, "Incomplete Industrialization: An Argentine Obsession", *Latin American Research Review*, vol. 25, n° 1, 1990; MARÍA INÉS BARBERO, "El proceso de industrialización en la Argentina: viejas y nuevas controversias", *Anuario IEHS*, n° 13, Tandil, 1998. En cuanto a trabajos específicos sobre historia industrial, los libros de ADOLFO DORFMAN siguen teniendo una presencia importante: *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, 1970, y *Cincuenta años de industrialización en la Argentina. 1930-1980. Desarrollo y perspectivas*, Buenos Aires, 1983. Trabajos de más reciente publicación son los de JORGE SCHVARZER, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, 1996, y de FERNANDO ROCCHI, *Building a Nation, Building a Market: Industrial Growth and the Domestic Economy in Turn-of-the-Century Argentina*, tesis doctoral, University of California, Santa Bárbara, 1997. El libro de ROBERTO CORTÉS CONDE, *La economía argentina en el largo plazo*, Buenos Aires, 1997, tiene una importante sección dedicada a la evolución industrial argentina hasta 1935.

Varios trabajos de historia económica general resultan útiles para analizar la industria: CARLOS DÍAZ ALEJANDRO, "No Less Than One Hundred Years of Argentine Economic History plus Some Comparisons", en ANDRÉS VELASCO (ed.), *Trade, Development, and the World Economy: Selected Essays of Carlos Díaz Alejandro*, Oxford, 1988; ROBERTO CORTÉS

CONDE, *El progreso argentino*, Buenos Aires, 1979; PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1999; MARIO RAPOPORT, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, 2000; GUILLERMO VITELLI, *Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada*, Buenos Aires, 2000; GERARDO DELLA PAOLERA y A. TAYLOR, *Straining the Anchor. The Argentine Currency Board and the Search for Macroeconomic Stability, 1880-1935*, Chicago, en prensa.

Las primeras estimaciones sobre producto industrial fueron realizadas por la CEPAL e incluyen todo el período considerado en este ensayo: COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA DE LAS NACIONES UNIDAS (CEPAL), *Análisis y proyecciones del desarrollo económico*, volumen V: "El desarrollo económico de Argentina", México, 1959, y *Series históricas del crecimiento de América Latina*, Santiago de Chile, 1978. ROBERTO CORTÉS CONDE (con la colaboración de MARCELA HARRIAGUE) ha realizado nuevos cálculos hasta 1935 que difieren de los presentados por la CEPAL en "Estimaciones del Producto Bruto Interno de la Argentina", mimeografiado, Buenos Aires, 1994.

El impacto de la Primera Guerra Mundial en la industria argentina ha sido desarrollado por ROGER GRAVIL, "Argentina and the First World War", *Revista de Historia*, vol. 54, n° 108, São Paulo, 1976; RORY MILLER, "Latin American manufacturing and the First World War: an explanatory essay", *World Development*, vol. 9, n° 8, agosto de 1981, y BILL ALBERT, *South America and the First World War: the impact of the war on Brazil, Argentina, Peru, and Chile*, Cambridge - New York, 1988.

El período que va de la Primera Guerra Mundial a la crisis de 1930 ha despertado varias polémicas. Según la interpretación de Guido Di Tella y Manuel Zymelman, la miopía de la clase dirigente le habría impedido ver al Estado la oportunidad que ofrecía el conflicto para la industria; se iniciaba así, un período —al que denominaban “la gran demora”— que duró hasta que la crisis de 1930 obligó a tomar un camino inevitable, con el costo que toda pérdida de tiempo conlleva en la evolución económica de un país. Al respecto, véase: GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, *Las etapas del crecimiento económico argentino*, Buenos Aires, 1967. Este trabajo se inscribía dentro de un conjunto de análisis que consideraban a la gran depresión como una divisoria de aguas en la evolución industrial argentina. Nuevos estudios han mostrado la vitalidad de la industria en el período anterior a la guerra.

La visión “clásica”, compartida por historiadores y economistas de distintas orientaciones —mayoritariamente estructuralistas y dependentistas— veía a 1930 como un punto de ruptura, que marcaba el tránsito de la economía primaria exportadora a la industrialización por sustitución de importaciones. Esta perspectiva, que fue la predominante hasta comienzos de la década de 1970, minimizaba el crecimiento industrial anterior a la crisis, y suponía que la expansión agropecuaria de la etapa 1870-1930 había constituido más un obstáculo que un estímulo para el desarrollo de la industria. En tal sentido, consúltese: ALDO FERRER, *La economía argentina*, Buenos Aires, 1964.

Esta interpretación ha sido discutida por parte de quienes proponen una imagen más gradualista del desarrollo industrial, revalorizando la etapa previa a 1930 y los eslabona-

mientos generados por el auge agroexportador. Los representantes de esta corriente se fundamentan, a la vez, en la evidencia empírica y en la crítica a los marcos teóricos del estructuralismo y de la teoría de la dependencia, inclinándose hacia otras posturas teóricas, entre las que sobresalen los enfoques neoclásicos y neoinstitucionalistas. Entre ellos se destacan las investigaciones realizadas por ROBERTO CORTÉS CONDE, *Progreso y declinación de la economía argentina*, Buenos Aires, 1998; CARLOS DÍAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, 1975; EZEQUIEL GALLO, “Agrarian Expansion and Industrial Development in Argentina, 1880-1930”, en R. CARR (ed.), *Latin American Affairs St. Antony's Papers*, n° 22, Oxford, 1970 (versión castellana en *Anuario IEHS*, n° 13, Tandil, 1988); PAUL LEWIS, *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, 1993. Para una perspectiva comparada, véase JOHN FOGARTY, EZEQUIEL GALLO y HÉCTOR DIÉGUEZ (compiladores), *Argentina y Australia*, Buenos Aires, 1979.

En un artículo de honda repercusión, Javier Villanueva llamó “visión olímpica” a aquella que veía el nacimiento de la industria a partir de la crisis del treinta y mostró que en los años veinte existía un sector manufacturero de tamaño notable, que crecía gracias a las inversiones internas y a la llegada de empresas multinacionales atraídas por el mercado argentino. Véase: JAVIER VILLANUEVA, “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, n° 47, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1972. Del mismo autor, “Industrial development in Argentina: the Process up to the 1960s”, Buenos Aires, 1987 (mimeografiado). Consúltense también: ALBERTO PETRECOLLA, “Prices, Import Substitution and Investments in the Argentine Textile

Industry (1920-1939), Buenos Aires, 1968, y ROBERTO CORTÉS CONDE, "Some notes on the industrial development of Argentina and Canada in the 1920s", en *Argentina, Australia and Canada: studies in development 1870-1965*, Oxford, 1985.

La importancia del aumento en la demanda se relaciona con un debate sobre el desempeño económico general de la década del veinte. Las estimaciones realizadas por la CEPAL dieron lugar a su consideración como una época de esplendor (si no la de mayor brillo de la historia económica argentina), una perspectiva seguida por Carlos Díaz Alejandro, y que fue retomada en trabajos más recientes, como los de Leonard Nakamura y Carlos Zarazaga. Otros estudios, sin embargo, la muestran como un período de desaceleración en el crecimiento. Así lo habían sugerido Di Tella y Zymelman, al señalar a esos años como los del cierre de la frontera productiva agraria. Las estimaciones realizadas por Cortés Conde y por Alan Taylor tienden hacia la misma conclusión: un crecimiento económico notable pero menor que el experimentado a principios de siglo. Según se tomen los números más o menos optimistas, la industria habría crecido a una tasa de alrededor del 7% (que se asemeja a la de principios de siglo) o lo habría hecho a una más modesta del 4,4% anual. Sobre estos temas, consúltense: LEONARD NAKAMURA y CARLOS ZARAZAGA, "Economic Growth in Argentina in the period 1905-1930: Some Evidence from Stock Returns", en JOHN COATSWORTH y ALAN TAYLOR, *Latin America and the World Economy since 1800*, Cambridge, Mass., 1998; ALAN TAYLOR, "External Dependence, Demographic Burdens and Argentine Economic Decline after the Belle Epoque", *Journal of Economic History*, vol. 52, n° 4, 1992. Sobre el

impacto de la demanda en la evolución industrial, véase: FERNANDO ROCCHI, "Consumir es un placer. La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado", *Desarrollo Económico*, vol. 37, n° 148, Buenos Aires, 1998.

El contexto económico de la década del treinta puede verse en JUAN LLACH, "Dependencia, procesos sociales y control del Estado en la década del treinta", *Desarrollo Económico*, vol. 12, n° 45, Buenos Aires, abril-junio de 1972; RAÚL PREBISCH, "Argentine Economic Policies since the 1930s: recollections", en GUIDO DI TELLA y C. PLATT (eds.), *The Political Economy of Argentina, 1880-1916*, Oxford, 1986, y MARÍA DEL CARMEN ANGUEIRA y A. TONINI, *Capitalismo de Estado*, Buenos Aires, 1986. El proceso de desconcentración industrial que tuvo lugar por entonces es desarrollado por ARTURO GOETZ, "Concentración y desconcentración en la industria argentina desde la década de 1930 a la de 1960", *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 60, Buenos Aires, enero-marzo de 1976, y por EDUARDO JORGE, *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, 1973. Sobre la influencia de Alejandro Bunge, véase JUAN LLACH (selección e introducción), *La Argentina que no fue*, Buenos Aires, 1985. Sobre la acción militar en la industria, consúltense: MARTA PANAIÁ y RICARDO LESSER, "Las estrategias militares frente al proceso de industrialización", en MARTA PANAIÁ, RICARDO LESSER y PEDRO SKUPCH, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, volumen 2, Buenos Aires, 1973.

Los efectos de la Segunda Guerra sobre la industria ofrecen la posibilidad de consultar trabajos de la época: JUAN LLAMAZARES, *Examen del problema industrial argentino: Aspectos de política económica y social*, Buenos Aires,

1943; E. LLORENS y RAÚL GARCÍA MATA, *Argentina Económica*, Buenos Aires, 1939; FELIX WEIL, *Argentine Riddle*, Nueva York, 1944; CORPORACIÓN PARA LA PROMOCIÓN DEL INTERCAMBIO S.A., *Informe presentado por el Dr. John Hopkins, integrante de la Misión de Investigadores de la Armour Research Foundation*, Buenos Aires, 1944. JUAN LLACH despliega una interpretación sobre esos años en "El Plan Pinedo de 1940; su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 23, n° 92, Buenos Aires, enero-marzo de 1984.

Los estudios de caso en el sector industrial han sido desarrollados en los últimos años, aunque encuentran algún antecedente décadas atrás. Pueden consultarse: COMPAÑÍA GENERAL FABRIL FINANCIERA, *Historia de un grupo de empresas industriales en la Argentina, 1888-1948*, Buenos Aires, 1948; THOMAS COCHRAN y RUBÉN REINA, *Espíritu de empresa en la Argentina*, Buenos Aires, 1965; LEANDRO GUTIERREZ

y JUAN CARLOS KOROL, "Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas", *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 111, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1988; M. LOBATO, *El taylorismo en la gran industria exportadora argentina*, Buenos Aires, 1988; JORGE SCHVARZER, *Bunge y Born: crecimiento y diversificación de un grupo económico*, Buenos Aires, 1989; MARÍA INÉS BARBERO, "Grupos empresarios, intercambio comercial e inversiones italianas en la Argentina. El caso de Pirelli", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 15-16, agosto de 1990; TORCUATO DI TELLA, *Torcuato Di Tella. Industria y política*, Buenos Aires, 1993; FERNANDO ROCCHI, "La Bagley di Buenos Aires: una fabbrica di biscotti alla conquista del mercato interno (1877-1930)", *Ventesimo Secolo*, n° 4, 1994; MARÍA INÉS BARBERO y MARCELA CEVA, "El catolicismo social como estrategia empresarial", *Anuario IEHS*, n° 12, Tandil, 1997.

40. LA INDUSTRIA (1945-1983)

Juan J. Llach

Aun considerando que es decisivo para el crecimiento de un país contar con una industria manufacturera sólida, y realizando por ello una lectura intelectualmente honesta de la historia industrial argentina desde la Segunda Guerra, resulta imposible ignorar que se está en presencia de una frustración. Los resultados alcanzados a lo largo de los cuarenta años aquí tratados y cuyos efectos perduran hasta hoy, estuvieron muy lejos de los sueños de los miles de empresarios pioneros, de los de millones de trabajadores y profesionales que volcaron sus vidas a la industria, de los intelectuales que impulsaban el desarrollo manufacturero y, mucho más aún, de los de los políticos y militares que llevaron a sus extremos el afán por lograr la "independencia económica" sobre la base de un desarrollo industrial cerrado al mundo y basado en el mercado interno.

Este fracaso no debería sorprender, porque este período fue testigo, por sobre todas las cosas, de un dramático deterioro institucional. Sólo un presidente constitucional terminó su mandato y, en contraste, fueron tantos los golpes militares, lograran o no sus objetivos, que su sola enumeración es todo un desafío para el historiador. En este contexto de ilegalidad casi permanente —sin duda, causa principal de lo que sobrevendría—, la violencia

fue creciente y alcanzó su pináculo en los casi quince años iniciados después de 1966, cuando no sólo al margen de la legalidad sino también de toda norma ética campearon, primero, la guerrilla y luego, su represión desde el Estado. Esto no fue todo, porque hacia fines del período, la Argentina estuvo al borde mismo de una guerra con Chile y luego se atrevió a una guerra contra el Reino Unido después de la ocupación de las islas Malvinas.

En materia de instituciones económicas, como no podría ser de otro modo, el desempeño fue también muy negativo. Se fueron perdiendo gradualmente la moneda, el crédito y el presupuesto y se fue construyendo "un socialismo sin plan y un capitalismo sin mercado". Mientras los ministros de economía duraban en promedio apenas más de un año, el país fue pionero en tres invenciones que desafiaban la teoría económica, a tal punto que dos de ellas fueron bautizadas en inglés por ser motivo de estudio en los países anglosajones. Tal fue el caso de los ciclos de auge y parada (*stop and go*), caracterizados por bruscos arranques y contracciones de la actividad económica según fuera la situación del sector externo, y de la *estanflación* (*stagflation*), o sea, el estancamiento económico con inflación. Más adelante, la economía argentina fue tam-

bién pionera en la *megainflación*, es decir, una inflación a la vez muy prolongada y alta, mayor al 100% anual, que en la Argentina se extendió casi sin pausa entre 1975 y 1991. Como consecuencia, el país tuvo el récord de inflación prolongada del siglo XX y la segunda *hiperinflación* de tiempos de paz, después de Bolivia.

Este deterioro institucional, este vivir tan cerca del estado de naturaleza político y económico, es de imprescindible recordación para poder interpretar lo ocurrido con la industria argentina. Es casi imposible concebir siquiera un desarrollo industrial exitoso en tales condiciones. Prueba de ello es que en los momentos en los que la industria argentina se acercó a lo que podría considerarse un desarrollo satisfactorio, principalmente en la década de los sesenta y comienzos de los setenta, su interrupción se debió más a factores políticos e institucionales que a factores económicos. Por considerar que estos factores institucionales y macroeconómicos fueron largamente los principales determinantes del desarrollo de la industria manufacturera argentina y de sus dificultades, se ha adoptado en este capítulo un enfoque que privilegia su análisis y que puede considerarse, en algún sentido, "externo" a la microeconomía fabril, cuyos logros fueron reiteradamente opacados y, a la larga, anulados por lo que ocurría fuera de las fábricas.

INDICIOS

En 1980, Paul A. Samuelson planteó el enigma argentino en estos términos: "Si alguien hubiese preguntado en 1945 ¿qué parte del mundo espera usted que experimente el

más dramático despegue económico en las próximas tres décadas?, probablemente yo habría dado una respuesta parecida a la siguiente. La Argentina es la ola del futuro. Tiene clima templado, su densidad de población ofrece una dotación favorable de recursos naturales por empleado. Por un accidente histórico, su población actual constituye la más homogénea prole de las naciones de Europa occidental y la Argentina de 1945 se encuentra en ese estado intermedio de desarrollo del cual se puede fácilmente esperar un rápido crecimiento". Esta referencia es una buena introducción para entender que el período no sólo coincide casi exactamente con el que se puede considerar de "hegemonía" de la industria (es decir, aquel en el cual el desempeño del conjunto de la economía dependía centralmente de lo que ocurriera con el crecimiento industrial), sino también con el de una acentuada decadencia económica relativa de la Argentina. Por ello puede afirmarse, sin temor a errar, que el pobre desempeño comparado de la economía argentina desde la Segunda Guerra se debe, en gran medida, al fracaso del proyecto industrialista adoptado entonces y, muy especialmente, a los instrumentos de política económica utilizados en tal empeño.

Entre 1945 y 1983, el producto bruto interno por habitante (PBI/h) de la Argentina creció apenas al 1,42% anual, ritmo que demanda nada menos que cincuenta años para duplicarlo. El país ocupó así, por su crecimiento, el rango 45 entre los 57 países considerados en la célebre muestra analizada por Angus Maddison. Su desempeño superó solamente a Chile y Venezuela, entre los países latinoamericanos; a Bangladesh, Myanmar (Birmania) e India, entre los países del Asia central; a Etiopía, Ghana, Marruecos, Tanza-

nia y Zaire, entre los países africanos; a ningún país de Europa ni de Asia oriental y, ¡oh, sorpresas de la historia!, a los Estados Unidos.

Este último caso merece, obviamente, una consideración adicional. Como es sabido, los Estados Unidos tuvieron tantas dificultades para salir de la crisis iniciada en 1929 como extraordinarias facilidades para recuperarse con la Segunda Guerra, a tal punto que entre 1938 y 1945 su PBI/h creció al 9,7% anual, contra el 1,0% de la Argentina. Como consecuencia, en 1945, los Estados Unidos tenían un PBI/h 70% superior al de 1929, mientras que los argentinos, augurando lo que ocurriría después con el régimen de economía cerrada, en 1945 tenían el mismo nivel de vida que en 1929. En consecuencia, mientras en 1929 el PBI/h de la Argentina representaba el 63% del norteamericano, en 1945 era apenas del 37% y en 1983, del 40%. A pesar de lo dicho, no deja de ser curioso que la Argentina y los Estados Unidos hayan tenido un crecimiento análogo entre 1945 y 1983.

Por otro lado, entre 1945 y 1983, el PBI/h de la Argentina cayó del decimoquinto al vigesimocuarto lugar entre los 57 países de la muestra de Maddison. En 1945, el nivel de vida de la Argentina superaba largamente al de España, Grecia y Portugal, y también al de Italia; pero en 1983 había caído bien por debajo. Las distancias con Brasil y México, por su parte, también se achicaron sustancialmente.

Otro indicio revelador es el desempeño de las exportaciones argentinas desde la posguerra, sin lugar a dudas, la principal causa económica de la decadencia. El pico ciertamente extraordinario de 1.604 millones de dólares corrientes de 1948, recién fue superado veintidós años después, en 1970. Aun basándose en un año más normal (1953), se observa que en

los treinta años siguientes, las exportaciones argentinas (en dólares corrientes) se multiplicaron apenas por un factor de 7,1 contra un factor de 12,2 de América Latina y de 44 en el promedio mundial. En 1948, las exportaciones argentinas eran el 2,76% del total mundial y en 1953 todavía alcanzaban el 1,33%, pero desde allí cayeron incesantemente, hasta el insignificante 0,43% de 1983 y el 0,36% de 1993. Otro indicio de esta verdadera *débâcle* de las exportaciones en la segunda mitad del siglo XX es que la Argentina cuenta con muy pocas empresas importantes exportadoras de manufactura.

Un tercer indicio del fracaso del desarrollo industrial argentino se encuentra en la debilidad del capital social industrial y en la pérdida de capital humano. Es cierto que tal debilidad se debe también a hechos ocurridos con posterioridad a 1983, y también lo es que la industria argentina supo acumular cantidades significativas de capital humano y de capital social con conocimientos específicos y sumamente relevantes. Pero algunas de las características del modelo elegido, junto a los conflictos institucionales y a la creciente debilidad macroeconómica, condujeron a la pérdida de buena parte de ellos. El número de firmas industriales cotizantes en la bolsa local descendió incesantemente, desde casi seiscientos a comienzos de los años sesenta, a menos de cincuenta en la actualidad. Por otra parte, si se recorre la vasta geografía argentina, se encontrarán muy pocos racimos productivos (*clusters*) de empresas manufactureras, construidos o no sobre las producciones primarias locales, e integrados con ellas, así como con las universidades y los centros de investigación tecnológica. Esta escasa vinculación entre ciencia, tecnología y producción permeó, en

verdad, casi todo el sistema productivo. Este fenómeno puede encontrar parte de su explicación en la gran pérdida de capital humano que tuvo el país en el período analizado, especialmente en las décadas del cincuenta al setenta. Por un lado, decenas de miles de argentinos con buen nivel de capital humano emigraron al exterior y, posteriormente, la violencia fratricida segó también muchas vidas. Esta pérdida de capital humano es un claro ejemplo de las dificultades intrínsecas que encontró el progreso industrial en virtud del deterioro institucional mencionado antes.

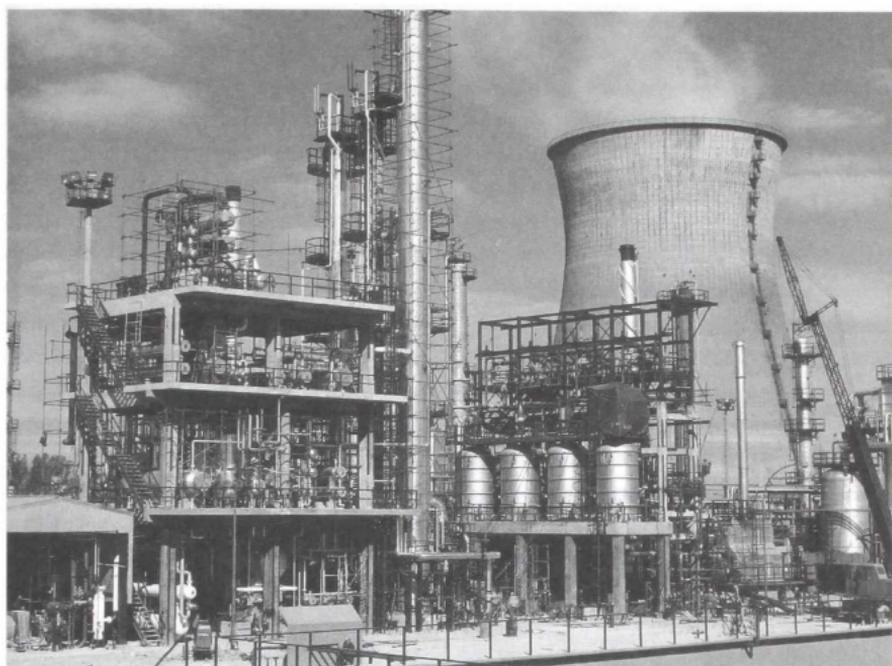
LOS BAJOS CONTINUOS

Aún hoy, la contundencia de estos síntomas de decadencia relativa ha conducido con frecuencia a cacerías intelectuales de culpables y a conclusiones tan rápidas y emocionales como equivocadas, aquellas que todo historiador debe dejar de lado. Evitando estos escollos, y antes de ingresar en una descripción, necesariamente breve, de lo ocurrido en los subperíodos en los que se ha dividido el análisis, es necesario presentar los "bajos continuos" comunes a todos ellos; es decir, las circunstancias que condicionaron los horizontes y las opciones de políticas y que más allá de las simplificaciones maniqueas, pueden develar las razones y las sinrazones del fracaso. Quizá lo más curioso de estos bajos es, precisamente, su naturaleza de continuos, ya que empezaron a tener vigencia a partir de las crisis de 1929 —y en algún caso, aun desde la Primera Guerra—, pero continuaron presentes durante mucho tiempo. Con el correr del tiempo, ellos fueron edificando un "modelo" de organización de la economía argentina. Este modelo fue gradual-

mente formalizado por el análisis económico, político y social y, si bien no era totalmente rígido porque daba lugar también a los dinamismos propios del crecimiento económico, reveló, a la larga, el predominio de sus limitaciones.

Dos muy malas noticias vinieron desde afuera y fueron la hegemonía de los Estados Unidos y el nacimiento de la Comunidad Económica Europea. Estas circunstancias internacionales dieron fuerza creciente a quienes propugnaban una economía cerrada y contraria al sector agropecuario. El ascenso de los Estados Unidos al papel de primera potencia económica mundial no fue una buena noticia para la Argentina, porque tenía una economía que no se complementaba, como la británica y la europea, sino que competía con ella. Pinedo en 1940 y Perón y Frondizi en los cincuenta procuraron por distintos caminos un acercamiento a los Estados Unidos. Pero como se fue viendo con el tiempo, las consecuentes inversiones norteamericanas venían, en amplia mayoría, a aprovechar y profundizar el modelo de economía cerrada. Por otro lado, la constitución de la Comunidad Económica Europea, con su cerril política de proteccionismo agroalimentario, acentuado al clausurar su mercado de carnes en 1974, fue un golpe de gracia del que la economía argentina no se ha recuperado hasta hoy.

A la luz de estos hechos, que se fueron haciendo evidentes desde la crisis de 1929, luce hoy totalmente correcta la opción por un mayor desarrollo industrial. No sólo estaban perdiendo importancia y dinamismo los principales socios comerciales de la Argentina, sino que también el panorama futuro del sector agropecuario lucía bastante sombrío. Sin embargo, se acepte o no la polémica tesis de una



Petroquímica "General Mosconi", en Ensenada, Buenos Aires. *Techint: 50 años de una misma filosofía empresaria*, 1996.

demora en el crecimiento argentino después de la Primera Guerra, tesis inaugurada por Alejandro Bunge, la industria ya le venía ganando al agro la carrera del desarrollo desde la década del veinte. La producción industrial se había duplicado entre 1919 y 1929 y las importaciones de maquinaria y equipo para la industria del quinquenio 1925-1929 no fueron superadas hasta treinta años después. Luego, entre 1940 y 1945, la cantidad de asalariados en la industria había aumentado, de 796.700 a 1.185.600. Por ello, aunque los actores no se percataran en su tiempo, los dilemas relevantes durante la Segunda Guerra ya eran otros. En primer lugar, qué instrumentos y con qué intensidad debían utilizarse en pos del desarrollo industrial. En segundo lugar, y esto fue crucial, si tal desarrollo era compati-

ble o no con el del sector agropecuario; es decir, la real vigencia de la famosa antinomia campo-industria. Ambas cuestiones se siguieron discutiendo a lo largo de todo el período estudiado aquí.

Se plantearon entonces dos dilemas casi gemelos: economía cerrada (autarquía) *versus* economía abierta (integración al mundo) y mercado interno *versus* exportaciones. Casi indisolublemente unidas al dilema anterior, se planteaban estas dos disyuntivas: si debía optarse o no por un modelo de economía cerrada (frecuentemente próximo a la autarquía) y si el crecimiento debía recostarse sobre el mercado interno o sobre las exportaciones. Como es notorio, las opciones dominantes fueron por la industria a expensas del agro, por una economía cerrada, a veces tendiente a la autar-

quía, más que por la integración al mundo y por dar prioridad al mercado interno sobre las exportaciones. En otras palabras, la Argentina se volcó de un extremo al otro de estos polos y, a pesar de que en algunos subperíodos tales opciones se matizaron, en esencia se dejaron de lado las alternativas intermedias. Este esquema de política económica se llamó al poco tiempo industrialización sustitutiva de importaciones, pero, según se irá viendo, esta denominación no ponía énfasis suficiente en su naturaleza cerrada y mercadointernista. Se ha dicho, por otra parte, y con razón, que la opción Argentina no fue muy diferente de la de la mayoría de países en desarrollo que aspiraban a industrializarse. Esto fue cierto al comienzo, pero fue dejando de serlo a medida que pasaba el tiempo y, por otro lado, el problema era que el país tenía características tales que hicieron mucho más dificultoso el buen funcionamiento del modelo elegido.

En el núcleo de las opciones elegidas estaba la discusión por el nivel y las características de la protección industrial. Contra lo que se cree frecuentemente, la industria manufacturera había contado con un nivel de protección arancelaria bastante elevado ya antes de 1930. Algunas decisiones tomadas con motivo de la crisis de 1929—sobre todo, el control de cambios, los aumentos selectivos de aranceles y la devaluación del peso—acentuaron en alguna medida esta protección. No podrían explicarse de otro modo las importantes inversiones extranjeras en la industria, iniciadas en la década del veinte y acentuadas en la que siguió. Curiosamente, una característica casi permanente del sistema elegido fue el llamado “proteccionismo al revés”, consistente en aranceles más elevados para las materias primas e insumos que para los bienes finales, que desalentaban

así a las industrias de mayor valor agregado. Esta característica fue, sin duda alguna, uno de los aspectos más negativos y persistentes de la política industrial a lo largo de todo el período. Con el correr del tiempo, a los crecientes aranceles y preferencias cambiarias se fue agregando una parafernalia de instrumentos protectivos, tales como los tipos de cambio múltiples y variadas restricciones cuantitativas a las importaciones. Durante buena parte del período, el sistema consistió en una virtual prohibición de todas las importaciones que no fueran combustibles, insumos para la industria o bienes tan insustituibles en el país como el café o las bananas. El supuesto básico de la política económica era que las exportaciones eran un dato exógeno, poco dinámico e imposible de modificar y que el único camino que quedaba era el de una continua profundización de la sustitución de importaciones. Las consecuencias de este sistema fueron tasas de protección efectiva esotéricamente negativas para el agro y para las exportaciones en general y muy altas, aunque también muy dispersas, para la venta interna de bienes industriales.

Otro dilema casi permanente fue el planteado respecto de la eficiencia económica de la producción industrial y su ajuste a las ventajas comparativas o competitivas del país. La preocupación por la eficiencia de la asignación de recursos y por los costos de producción internacionalmente comparados estuvo presente hasta poco después de terminada la Segunda Guerra. Pero dadas las opciones entonces elegidas, esta preocupación casi desapareció de la escena pública por unos veinte años, para cobrar vigencia nuevamente en la década del sesenta—Carlos Díaz Alejandro fue el principal impulsor de este debate—y, sobre todo, con la política del ministro José Alfredo Martínez de

Hoy a fines de los setenta. Uno de los aspectos más importantes señalados por Díaz Alejandro era que si bien la economía argentina aparentaba invertir mucho, la inversión real era bastante menor por el alto costo interno de los bienes de capital. No hubo, pues, sólo "proteccionismo al revés" por el encarecimiento de los insumos para las industrias de bienes finales, sino que se castigó a todas las actividades económicas con un elevado impuesto a la inversión.

La reaparición del debate sobre la eficiencia puso también sobre el tapete la cuestión de cuáles eran los factores productivos abundantes en la Argentina. Se redescubrió así que el capital era un factor relativamente escaso —aunque se subsidiaba su utilización mediante tasas de interés real artificialmente bajas— mientras que la tierra y (así se dijo entonces) también el trabajo eran factores relativamente abundantes. Surgía como recomendación de política económica especializar a la economía argentina en la producción y la exportación de bienes relativamente intensos en trabajo. Curiosamente, no se advirtió que en ese mismo momento, los países del sudeste de Asia estaban construyendo su industria con la misma orientación y que la Argentina nunca podría competir en igualdad de condiciones con ellos, porque aquí el trabajo no era igualmente abundante, como lo revelaba palmariamente el nivel de salarios.

La "cuestión social", estrechamente ligada al diagnóstico sobre abundancia o escasez del factor trabajo, marcó decididamente las opciones de política económica e industrial. El proyecto industrialista de economía cerrada y mercado interno nació con una participación importante de los sindicatos y, en general, de los trabajadores de las ciudades. La sindicalización en la Argentina llegó a ser muy alta y,

casi seguramente, esto influyó en los auges del ciclo económico para potenciar aumentos salariales. En parte por esta razón y en parte por la abundancia de recursos naturales, la economía argentina se fue separando de un modelo de desarrollo como el estudiado por W. Arthur Lewis, en el que es posible un rápido y duradero crecimiento con salarios constantes, dada la oferta ilimitada de mano de obra (tal como ocurre hasta hoy, en cierta medida, en Brasil). Es probable que esto haya ocurrido en parte hasta la Segunda Guerra, y especialmente, en la década del treinta, pero dejó de acontecer de allí en más. La economía argentina no sólo pudo absorber cerca de un millón de inmigrantes europeos en la inmediata posguerra, sino también otro tanto de inmigrantes limítrofes en los treinta años que siguieron y, a pesar de ello, no mostró en general altos índices de desempleo, en parte por la flexibilidad salarial inducida por la inflación. Se dio así una situación realmente curiosa, en la que el país exportaba recursos humanos calificados, como se ha referido, e importaba mano de obra de baja calificación, una suerte de "lewisianismo perverso", analizado en su momento por Juan J. Llach y Pablo Gerchunoff. Lo cierto es que esta restricción —en parte natural, porque la Argentina había sido desde hacía bastante tiempo un país con salarios relativamente altos, y en parte "artificial", dado el poder de los sindicatos— puso límites significativos al modelo de industrialización elegido.

El triunfo de las ideas autarquizantes implicó, asimismo, la opción por un esquema que se llamó de "integración industrial", consistente en completar en el país todos los ciclos productivos, desde los bienes de capital y los insumos hasta el bien final, en abierta contradicción con la tendencia que empezaba a aflo-

rar entre los países desarrollados, cuyo comercio era y es principalmente intraindustrial. La opción por la integración completa de la industria era, en buena medida, una consecuencia del supuesto ya mencionado de considerar que las exportaciones eran algo dado e inmodificable, y que, por lo tanto, la restricción externa no tenía otra solución que la profundización de la sustitución de importaciones. Sin embargo, otro de los factores decisivos para optar por este sendero fue el afán de desarrollar un modesto pero tenaz complejo militar-industrial. Esta decisión privó a la industria argentina de contar con una de las ventajas decisivas de la industrialización contemporánea, cual es la de las economías de escala.

La cuestión del desarrollo del interior del país fue otro de los aspectos presentes en las decisiones de política industrial. Por un lado, la opción por la industria pesada significó, como se ha dicho, un duro golpe para el desarrollo de la industrialización de los recursos naturales en el resto del país, es decir, en todas las regiones, incluyendo las de la provincia de Buenos Aires, que no fueran el eje que se fue ampliando hasta incluir desde el Gran La Plata en el sur hasta Rosario en el norte, incluyendo buena parte de los partidos del Gran Buenos Aires, Campana, Zárate, San Nicolás y Villa Constitución. A este eje se agregaron Córdoba y Bahía Blanca. Este golpe de gracia fue el que impidió que la economía argentina contara con una masa crítica de racimos productivos (*clusters*), basados en la elaboración de recursos naturales, así como en la fabricación de sus insumos y bienes de capital, tal como se mencionó antes. Curiosamente, fue desde la propia CEPAL y por obra de Joseph Ramos, que durante tanto tiempo había promovido la industrialización

sustitutiva de importaciones, de donde surgió un enfoque que implicaba una revolución copernicana respecto de cuanto se había dicho acerca del desarrollo industrial latinoamericano. El argumento de Ramos era que los países de la región, mucho más dotados de recursos naturales que de trabajo, no debían mirar al Asia oriental como modelo, porque su dotación de factores era la opuesta, sino a países como Canadá o Finlandia, que desarrollaron su industria a partir de la elaboración de sus recursos naturales, incluyendo gradualmente la producción de insumos y bienes de capital para esas actividades. Más vale tarde que nunca, pero es todo un desafío a la interpretación historiográfica el determinar cómo y por qué tardó tanto tiempo en descubrirse esta verdad. Durante todo el período analizado, esta alternativa rara vez apareció como una opción relevante de política económica. Al interior del país procuró compensárselo con distintos sistemas de promoción industrial, que implicaban una cuantiosa erogación de recursos fiscales, pero que, a diferencia del desarrollo de racimos basados en los recursos naturales, eran totalmente compatibles con la política vigente.

La discusión acerca de la existencia y el papel de la "burguesía nacional" y de los capitales extranjeros también fue discutida a lo largo de casi todo el período, aunque mucho más acentuadamente a partir del peronismo. Como se mencionó, las inversiones extranjeras en la industria fueron muy significativas durante las décadas del veinte y del treinta, pero se detuvieron desde la Segunda Guerra. Tuvieron luego su auge más significativo durante el gobierno de Frondizi y en tiempos de Onganía y Krieger Vasena, aunque en esta última etapa asumieron crecientemente una



Complejo ferroviario Zárate-Bravo Largo sobre el Paraná Guazú. *Techint 50 años de una misma filosofía empresaria*, 1996.

forma que se generalizaría de allí en más, cual fue la compra de empresas argentinas. El debate tenía también repercusiones políticas, en tanto la presencia o ausencia de una burguesía industrial nacional eran consideradas, particularmente desde el pensamiento de izquierda, como el criterio para decidir el apoyo o el rechazo al peronismo. El clima intelectual respecto de la participación de las empresas multinacionales o transnacionales en la industria fue crecientemente crítico, a medida que empezó a ganar popularidad la teoría de la dependencia. Si bien la participación del capital extranjero creció incesantemente desde mediados de los años cincuenta, los empresarios industriales nacionales tuvieron durante casi todo el período una importante gravitación en las definiciones de política económica, logrando frecuentemente tratamientos diferenciales en la política crediticia o en las compras públicas.

Detrás de las decisiones de política económica que se fueron adoptando y que, aun con matices, tiñeron el conjunto del período, estuvo presente una alianza de intereses cuyo poder fue principal factor determinante del mantenimiento del sistema vigente durante tanto tiempo. Su núcleo estuvo integrado por los empresarios industriales, aun con sus diferencias internas, por las Fuerzas Armadas y por buena parte de los sindicatos. La participación de éstos, sin embargo, tuvo intermitencias originadas tanto en factores políticos como en la frecuencia e intensidad de los ciclos: ellos no "cabían" en la alianza en tiempos de ajuste. En torno a estos núcleos de poder se aglutinaron también otros sectores, tales como muchos profesionales o los empresarios de la construcción. Aunque es evidente que esta alianza nació a partir del peronismo, ella tuvo suficiente plasticidad como para perdurar también durante los gobiernos militares y en

los períodos de proscripción política del justicialismo. La alianza operaría luego con tanto vigor que logró que desde el Estado se le fueran otorgando crecientes prebendas compensatorias o acrecentadoras de los privilegios ya existentes. Así fue como buena parte del sector empresarial argentino, no sólo el industrial, pasó a invertir cada vez más energías en el logro de tales prebendas, configurando el llamado *capitalismo prebendario* o la sociedad buscadora de rentas, analizados —entre otros autores— por Anne Krueger. Estos comportamientos no eran, ni son, una cuestión que dependiera de la buena o mala voluntad de las personas: estaban en la lógica del modelo instaurado.

La alianza social opositora a ésta, eventualmente liderada por el agro y por el sistema financiero, partidaria de política liberales, fue claramente más débil, aunque logró influir en las políticas económicas toda vez que las crisis del sector externo obligaban a devaluaciones y ajustes fiscales. Aunque el modelo vigente tendió así a reproducirse a sí mismo (y esto se vio reforzado por el hecho de que las periódicas crisis del sector externo fueron consideradas como una ocasión para continuar profundizando la sustitución de importaciones), tales crisis recurrentes lo hacían políticamente inestable.

A lo largo del período considerado, el Estado tuvo papeles cambiantes, pero —en buena medida, por el poder de la coalición social antes mencionada— la tendencia predominante fue de fuerte intervención en la economía, desde la política comercial hasta el sistema financiero y desde la fijación de precios y salarios hasta la producción de bienes y servicios. Esta tendencia sólo se atenuó parcialmente, para continuar luego con renovado

vigor, en los momentos de crisis y ante las necesidades de ajuste fiscal. Es cierto que se trató de un fenómeno casi universal y formó parte esencial del denominado consenso de posguerra. Pero también es cierto que en la Argentina se llevó a cabo con mucho menor éxito que en otros países, como lo revelan el estancamiento relativo y la inflación récord mundial.

La intervención estatal más determinante del curso de los acontecimientos fue la instauración de un sistema de precios relativos favorable a la industria y contrario al agro, y su sostenimiento casi permanente, con la sola excepción parcial de los momentos en que la crisis del sector externo determinaba la necesidad de una devaluación para restablecer el equilibrio. Los precios relativos internos eran muy diferentes a los vigentes en el mercado internacional, generándose así una fuerte discrepancia, contraria al agro, entre los términos del intercambio externos y los internos. Por ejemplo, como señaló Díaz Alejandro, en 1947-1949, la participación del agro en el PBI, medida a precios internos, era de sólo el 16% y medida a precios internacionales, era nada menos que el doble: 32%. Tanto el crecimiento industrial como los salarios resultaban, en este sistema, muy dependientes del sector agropecuario. Cuando los términos del intercambio externo eran favorables a la economía nacional, podían financiarse las importaciones necesarias para el crecimiento industrial. De allí la denominación de *mercadointernismo rentístico*, acuñada por Juan J. Llach, porque el sistema miraba casi exclusivamente al mercado interno, pero éste sólo podía crecer en tanto los precios externos fueran favorables o, en otros términos, cuando la renta de la tierra era lo suficientemente alta como pa-

ra poder extraer los excedentes del sector sin paralizar por completo la producción. Parece evidente que la intensidad con que la Argentina recurrió a este modo de financiamiento del crecimiento industrial tuvo estrecha relación con la imposibilidad de valerse del modelo de financiamiento lewisiano, basado en bajos salarios.

A pesar de todo, el sistema de precios no fue el único mecanismo de financiamiento industrial. Por un lado, se legislaron sucesivos regímenes de promoción industrial basados en incentivos fiscales durante varios períodos de gobierno, muchos de ellos para promover regiones como la Patagonia o las provincias más rezagadas. Estos regímenes tuvieron un alto costo fiscal, ciertamente desproporcionado si se lo compara con los magros resultados obtenidos en cuanto a acumulaciones duraderas de capital industrial en dichas regiones. Por otro lado, en un contexto fuertemente dirigista del sistema financiero y de la política crediticia de los bancos, se volcaron ingentes recursos al financiamiento industrial, muy frecuentemente a tasas subsidiadas (cada vez más, a medida que aumentaba la inflación), tanto por parte de los bancos oficiales, con el Banco Industrial (luego, Banco Nacional de Desarrollo) a la cabeza, como por parte de los bancos privados. La paradoja de este sistema fue su licuación en el tiempo, por la casi permanente tendencia a la desmonetización de la economía a partir de la década del cincuenta. Por ejemplo, de acuerdo al análisis de Aldo Arnaudo, sólo en los cinco años transcurridos entre 1954 y 1959, el dinero en sentido amplio, como porcentaje del PBI, cayó del 46% al 27%. No obstante, lo cierto es que en los treinta y un años transcurridos entre

1946 y 1976, sólo en seis de ellos las tasas de interés activas fueron positivas, lo que configuró un fuerte subsidio a las empresas otorgado forzosamente por los ahorristas y que, a la larga, condujo a la megainflación y a la hiperinflación.

El desarrollo industrial se desenvolvió casi permanentemente en una suerte de trampa macroeconómica caracterizada por la restricción de divisas o externa, los ciclos de auge y parada, la estanflación y, más adelante, la megainflación. Como ya se anticipó, y ante todo como consecuencia del escaso aliciente intrínseco a las exportaciones, las crisis del sector externo se hicieron recurrentes y determinaron, junto a otros factores, los mencionados ciclos de *stop and go*. En 1949, 1952, 1959, 1962-1963, 1978, 1981 y 1982 hubo importantes contracciones de la actividad económica, a las que hay que adicionar años de muy débil crecimiento, con caídas del PBI/h en 1950, 1966, 1975 y 1976. En otros términos, una contracción del PBI cada cuatro años y nueve meses y una contracción del PBI/h cada poco más de tres años. Las devaluaciones subsiguientes a las crisis externas fueron siempre inicialmente recesivas, tanto como consecuencia de la rigidez de la oferta agropecuaria en el corto plazo como por la escasa incidencia de las exportaciones industriales y, en fin, por la caída de los salarios reales, según el valioso y en su momento innovador análisis de Díaz Alejandro. Por cierto, aunque esto fue mucho menos destacado por los modelos analíticos que estudiaban en su hora estos fenómenos y ha sido mucho menos estudiado hasta ahora por la historiografía, los auges solían estar acompañados por un aumento del gasto público y, entonces, lo que les ponía freno no era sólo una restricción de divisas, sino también

de recursos fiscales. La prociclicidad del gasto público estaba indisolublemente asociada a la naturaleza rentística del modelo, en el sentido de dependiente de la posibilidad de extraer renta del sector agropecuario y transferirla al sector urbano.

Hubo, sin embargo, un efecto aún más devastador y lo constituyeron las secuelas inflacionarias de estos episodios. En casi todos los años de crisis se produjeron saltos inflacionarios, siendo los más notables los de 1949, cuando la inflación se disparó hasta el 31,0%; 1959, con el 129,5% y 1975-1976, con 182,4% y 444,0%, respectivamente. El escenario de la estanflación estaba así construido y, si bien los planes de estabilización subsiguientes fueron en alguna medida exitosos, no pudieron evitar la "institucionalización de la inflación", que a la larga derivó en la indecisión, el agio institucional y, finalmente, la *descontratación*, es decir, una caída de la propensión a contratar en el país, plasmada, en última instancia, en la emigración y en la fuga de capitales. Tampoco pudo evitarse una tendencia, con breves respiros, al aumento de la tasa media de inflación: 18,9% en el quinquenio 1945-1949; 20,7% en 1950-1954; 34,9% en 1955-1959; 22,9% en 1960-1964; 22,3% en 1965-1969; 37,1% en 1970-1974; 213,6% en 1975-1979 y 547% en 1980-1983, para llegar luego a la hiperinflación. Es evidente que en semejante escenario macroeconómico es impensable un desarrollo industrial normal, capaz de albergar y dar rienda suelta a todos los dinamismos propios de la industria. La gran pregunta, a cuya respuesta sólo se aportarán algunas hipótesis, es si esta macroeconomía era o no una consecuencia inevitable del modelo de industrialización elegido.

LA SEGUNDA GUERRA, UN INESPERADO ÉXITO EXPORTADOR Y LA FATAL OPCIÓN POR LA AUTARQUÍA

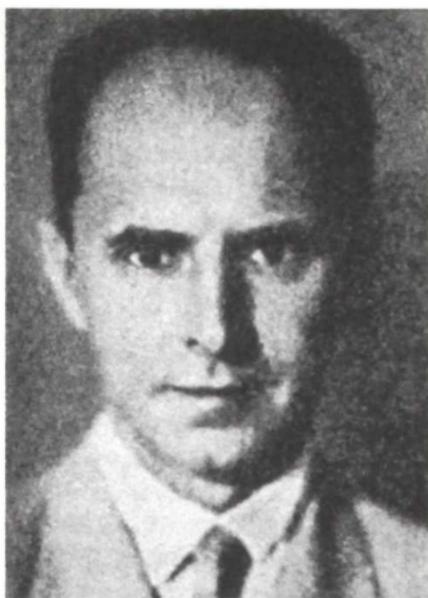
Durante los años de la Segunda Guerra y de la inmediata posguerra se enfrentaron dos visiones opuestas en lo referido a la industria, pero con repercusiones mucho más vastas. Por un lado, la expresada por Federico Pinedo en 1940: "La vida económica del país gira alrededor de una rueda maestra, que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda por otra, pero estamos en condiciones de crear al lado de ese mecanismo algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida de este pueblo a cierta altura". Por otro lado, la que expresaba Juan D. Perón, primero en 1944, cuando afirmó que "la defensa nacional exige una poderosa industria propia, y no cualquiera, sino una industria pesada", y luego en 1946: "cuando el ciclo producción, industrialización, comercialización, consumo, se haya cerrado, no tendremos necesidad de mendigar mercados extranjeros, porque tendremos el mercado dentro del país y habremos solucionado con ello una de las cuestiones más importantes, la estabilidad social". Cabe consignar, empero, que la posición de Perón había sido inicialmente dubitativa, ya que también en 1944 había dicho que "debe evitarse en lo posible la creación o sostenimiento de industrias artificiales, cuya vida económica depende de alguna forma de protección, que directa o indirectamente siempre representa un gasto".

Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que lo ocurrido en el transcurso de la Segunda Guerra marcó el devenir del siguiente medio

siglo de la industria y de la economía argentinas. En efecto, hacia el final de la guerra se desechó el camino de adaptar el modelo vigente a las nuevas circunstancias y se optó, en cambio, por un giro drástico, adoptando el camino del mercadointernismo rentístico que tendría vigencia, aun con matices e interrupciones, por más de cuarenta años.

El modelo "adaptativo" estaba contenido en el plan de Pinedo de 1940. Se trataba, en esencia, de institucionalizar y perfeccionar las decisiones de política económica tomadas desde la suspensión de la convertibilidad en 1929 —señaladamente, la creación del Banco Central— y, al mismo tiempo, de adaptar a la economía argentina a la realidad de la decadencia relativa del Reino Unido y a la consagración de los Estados Unidos como primera potencia mundial. La propuesta consistía en mantener el desarrollo agroexportador pero complementándolo con una moderada protección a la industria, con incentivos a la exportación de productos industriales y con facilidades para promover el crédito a las manufacturas. Adicionalmente, el plan planteaba una propuesta, más coyuntural, de financiamiento de la construcción. Se esperaba una creciente afluencia de inversiones norteamericanas para aprovechar las nuevas condiciones y se proponía también un acuerdo comercial con Brasil y Chile tendiente, a la larga, a la formación de una unión aduanera.

Es probable que este programa fuera demasiado avanzado para la época, aunque al mismo tiempo fue tardío, porque el país político estaba muy enrarecido. Pinedo renunció al poco tiempo de presentar su programa al Congreso. El detonante de su renuncia fue su encuentro con Marcelo T. de Alvear en el verano marplatense de 1941, motivado en su afán



Federico Pinedo

de buscar una solución política, que resultó inaceptable para la fracción más conservadora de la coalición gobernante. Las renuncias de Pinedo y del canciller Julio A. Roca (h.) significaron también un avance de las fuerzas neutralistas o pro germanas en el gobierno de Castillo. Más allá de esto, es hoy evidente que el proyecto de diversificación productiva gradual e industrialización exportadora carecía de una base social suficientemente poderosa que lo impulsara.

Sin embargo, el plan resultó profético, porque las exportaciones industriales de la Argentina tuvieron un notable avance durante la guerra. De constituir el 1,9% del total en 1937-1939, pasaron al 19,4% en 1943, al 13,6% en 1945 y al 5,5% en 1947. Aunque motivado en las especialísimas circunstancias del conflicto, tal avance mostraba un camino en el que podría haberse perseverado.

Las tesis de Pinedo se discutieron, generalmente de modo implícito, durante toda la guerra y algunas de ellas permanecen irresueltas hasta hoy. La cuestión central era la siguiente: ¿había que proteger a todas las industrias, incluidas las “artificiales” que habían crecido por la restricción forzosa de las importaciones durante la guerra, o limitarse sólo a las “naturales”, preexistentes y *basadas en las materias primas nacionales*?

A lo largo de la guerra, y contra lo que suele pensarse, el propio Perón no estaba convencido de cuál era el rumbo que se debía tomar. Aunque al principio pensaba que era mejor proteger sólo a las industrias naturales, un giro semántico cambió el curso de los acontecimientos. En efecto, al redefinir como industrias naturales a todas aquellas que se basaran en materias primas nacionales, y haciendo el acto de fe de que el país contaba con ellas, las industrias “pesadas” —principalmente, la siderúrgica, la química y la metalmecánica— quedaban incluidas entre las que debían preservarse. De más está decir que esta decisión contó con una frondosa bibliografía militar en su apoyo.

A pesar de que esta decisión puede aparecer hoy muy poco racional, hay al menos dos factores que obligan a matizar esta visión. El primero era el tamaño de la economía argentina hacia 1945. Si, como pensaba Adam Smith, la división del trabajo depende del tamaño del mercado, la dimensión de la economía era uno de los criterios relevantes que se debían considerar para optar por un camino más o menos autosuficiente. Pues bien, en 1945, la Argentina era la undécima economía del mundo —y esto no se debía sólo a la guerra, porque en 1929 ocupaba el rango decimotercero—. En la posguerra, sólo la superaban Esta-

dos Unidos y Canadá entre los países nuevos; Alemania, Francia e Italia, en Europa; China, India, Indonesia y Japón, en Asia, y la URSS. Lo menos que se puede decir es que la Argentina era uno de los aspirantes con mayores pergaminos para integrar el club de los países grandes (pergaminos similares a los de Brasil y España, casi 40% mayores que los de Australia, y 60% superiores a los de México). El segundo factor que condicionó la decisión por la autarquía fue el clima intelectual prevalente en la época en todo el mundo, que tendía a favorecer la autosuficiencia en lo que tuviera que ver con la seguridad nacional, entendida ésta en un sentido tan amplio que, por ejemplo, ella fue una de las razones para que Europa optara por el autoabastecimiento alimentario.

Sin embargo, fue otra la razón decisiva por la que se optó finalmente por un esquema autarquizante y ella fue la elección de un modelo de salarios altos, motivado, a la vez, en razones humanitarias, en la necesidad de Perón de cooptar a la dirigencia sindical para sus planes y en el temor a que se repitieran en el país los agudos conflictos sociales y políticos propios de lo que luego daría en llamarse la “guerra civil europea”. Adicionalmente, todos estos factores tenían también un fundamento real en el mercado laboral “no lewisiano” al que se ha hecho referencia. Como indicó en su momento Juan J. Llach, el costo laboral unitario en la industria, que había caído desde 100 en 1939 hasta 85,5 en 1944, como consecuencia de la inflación importada, volvió en 1946 al nivel de preguerra y ascendió a 143,5 en 1949. El tipo de cambio exportador, en términos de salarios, cayó desde 103,3 en 1943 a 43,1 en 1949. Como contrapartida, el salario real aumentó desde 100 en 1939 y 100,3 en 1943 a 162,4 en 1949.

La incorporación de la mayor parte de los asalariados y de los dirigentes gremiales al movimiento peronista tuvo efectos mucho más perdurables. Ellos pasaron a formar parte de la alianza social y política que predominó durante los cuarenta años siguientes y cuya fuerza, ya fuera desde el gobierno o desde la oposición, sustentó el modelo de desarrollo mercadointernista y sustitutivo de importaciones, tal como se mencionó antes.

LA DÉCADA DEL CINCUENTA. CRISIS DE NUEVO CUÑO Y UNA NUEVA IDEOLOGÍA: EL DESARROLLISMO

Los resultados de la política peronista fueron realmente impresionantes para el desarrollo industrial, lográndose un crecimiento del 6,3% anual entre 1946 y 1955. Aún más impactante fue el sello mercadointernista de su primera etapa: el consumo aumentó nada menos que el 46,7% en sólo tres años, entre 1945 y 1948. Sin embargo, las dificultades del nuevo modelo se iniciaron antes de lo previsto. Primero, en 1949, con las manifestaciones iniciales de la nueva restricción externa por la caída de los precios internacionales y una aceleración de la inflación que mostraba signos de no ser ya sólo externa. Luego, en 1952, cuando a los factores antes aludidos, sólo parcialmente encubiertos por el efímero "auge coreano" de precios agrícolas, se agregaron dos sequías de fuerte impacto en las cosechas en sólo tres años, ya que pudo cosecharse sólo el 60% del área sembrada. Los términos del intercambio externos (base 1960=100), que habían oscilado en torno a un promedio de 142,4 entre 1946 y 1948, cayeron a 134,1 en 1949, a 124,5 en 1951 y a 96,9 en 1952. En 1953 se recuperaron a

111,2 y luego se mantuvieron en niveles análogos a los de 1952 por diez años. El área sembrada con "los tres grandes" de entonces, trigo, maíz y lino, había caído incesantemente desde 18 millones de hectáreas en 1939-1940 a 10 millones en 1948-1949.

Comenzó así la nueva macroeconomía estantacionaria recién descripta. El peso moneda nacional, que ya se había depreciado el 70,6% en 1947-1948, se desvalorizó en un 240% adicional entre 1949 y 1951. Una de las razones decisivas de estas crisis, lo mismo que ocurriría después con otras análogas, fue el crecimiento muy acelerado del gasto público que, medido en términos reales, se había multiplicado por 2,8 veces entre 1941 y 1949, como señaló oportunamente Atilio Elizagaray.

Puede considerarse notablemente realista, en ese contexto, el giro de la política económica impulsado por Perón e implementado con singular habilidad por el ministro Alfredo Gómez Morales. Perón había cambiado su discurso y en 1952 afirmaba que "los hombres y los pueblos que no sepan discernir la relación del bienestar con el esfuerzo no ganan el derecho a la felicidad que reclaman". A la firma de las nuevas convenciones colectivas, se congelaron los salarios por dos años, se convocó un congreso de la productividad y bienestar social, que incluyó por primera vez discusiones muy relevantes sobre la eficiencia productiva, se llevaron a cabo una política fiscal más austera y una política monetaria más restrictiva y se revirtió la política de desaliento al agro. Por otro lado, en el marco de una notoria aproximación a los Estados Unidos, se dictó una ley más permisiva hacia las inversiones extranjeras y se firmó un acuerdo preliminar, ampliamente concesivo, con la Standard Oil de California, que nunca llegó a concretarse porque

no pudo aprobarse en el Congreso dada la oposición que despertó en el propio seno del peronismo. No obstante estas rectificaciones, el modelo básico siguió en pie. El Segundo Plan Quinquenal tenía como principal objetivo declarado, avanzar en la segunda etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones, centrándose en el desarrollo de la industria pesada, objetivo que no pudo cumplirse hasta la presidencia de Frondizi.

Ironías del destino, estos pasos de Perón y parte de su movimiento hacia una mayor racionalidad económica vinieron a coincidir con claros intentos de corporativización de la sociedad desde el gobierno, con el cercenamiento de libertades públicas y con un enrarecimiento del clima político que llevó a los hechos, trágicos hechos para el destino posterior de la Argentina, de 1955.

Las circunstancias de entonces fueron descriptas con singular dramatismo por Raúl Prebisch, en su célebre *Informe preliminar* realizado por encargo del presidente Lonardi: "La Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico; más que aquella que el presidente Avellaneda hubo de conjurar 'ahorrando sobre el hambre y la sed' y más que la del '90 y que la de hace un cuarto de siglo, en plena depresión mundial".

A la luz de lo que ocurrió después, la expresión luce hoy claramente exagerada. Los problemas eran serios, pero estaban lejos de ser insalvables. En todo caso, y repitiendo lo que ocurriría luego con los otros gobiernos militares, las políticas económicas fueron más bien ambiguas y, a pesar de la fuerte devaluación del peso, no apuntaron a una modificación sustancial del modelo vigente. Tanto en 1955 como en 1966 y en 1976, tendió a prevalecer en las Fuerzas Armadas, aun en aquellas

facciones internas duras respecto al peronismo, un enfoque gradualista de la política económica, motivado, a la vez, en la búsqueda del equilibrio social y del pleno empleo y en el interés corporativo de preservar el complejo militar-industrial.

Lógicamente, las distorsiones de precios relativos acumuladas hasta entonces no eran fáciles de remover, como se comprobó dramáticamente en 1959. Por un lado, se restablecieron las relaciones con el sistema financiero internacional: el Club de París, el Fondo Monetario Internacional—del que el país habría de ser, a la larga, uno de los usuarios más recurrentes—y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF; luego, Banco Mundial). Por otro lado, se revisaron algunas de las políticas aperturistas de Perón, tal como la petrolera, anulándose el acuerdo con "la California".

El desempeño de la economía argentina en la década anterior a 1958 había sido singularmente pobre. No sólo inferior al promedio mundial, influido por los bajos niveles de PBI en la posguerra, sino también al de los países latinoamericanos, que no habían sido afectados en tal sentido y que, sin embargo, habían crecido, entre 1948 y 1958, el 75% en el PBI total y el 33% en el PBI por habitante, contra los magros 32% y 8,6% de la Argentina.

Todo estaba preparado, pues, tanto interna como externamente, para el surgimiento de una nueva ideología económica. En el continente, el ímpetu desarrollista se manifestó en la Alianza para el Progreso impulsada por el presidente norteamericano Kennedy y su expresión en la Argentina, en verdad precursora, fue el desarrollismo impulsado por Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. En la visión de Frondizi, "lo que es común a la India y a la Ar-

gentina, es la incapacidad de financiar su crecimiento económico con el producto de su comercio exterior. En esta incapacidad consiste el subdesarrollo (...). La política aconsejable es la de proceder a efectuar cambios radicales de esas estructuras. Estos cambios radicales son los que universalmente se prescriben a los países subdesarrollados: la industrialización integral, partiendo de la base de la creación de la industria pesada”.

Esta ideología recogía muchos aspectos de la política del Perón posterior a 1952, muy especialmente en lo referido a la apertura a las inversiones extranjeras y al logro del autoabastecimiento petrolero. Más allá de circunstancias negativas en el discurso público, había importantes coincidencias que, junto a razones políticas de importancia no menor, fueron las que permitieron plasmar el pacto de Perón con Frondizi y el ascenso de éste al gobierno en 1958. Sin embargo, tal como ha ocurrido frecuentemente en la historia argentina, el gobierno de Frondizi debió realizar tempranamente, a fines de 1958, un insoslayable cambio de precios relativos. Era el mismo cambio que se había realizado mucho más tibiamente durante el gobierno de la revolución y cuya crítica había sido, junto a banderas nacionalistas y estatistas, uno de los principales activos de la campaña electoral. Luego de un aumento salarial que formaba parte de aquel acuerdo, se realizó una fuerte devaluación del peso (101,5% de desvalorización en 1958-1959), se liberalizó parcialmente el mercado de cambios y se sinceraron las tarifas públicas. Una consecuencia de estas medidas fue un gran salto en la inflación en 1959 (129,5%). Estos ajustes, por más inevitables que fueran, condujeron a una brusca recesión en 1959 (caída del 6,5% en el PBI) y

a otra caída menor en 1962-1963 (2,6%). A pesar de una macroeconomía tan volátil, el PBI total creció al 3,8% anual durante los años de Frondizi y fue entonces cuando se crearon las condiciones para que, luego de la crisis de 1962-1963, el PBI pudiera crecer a velocidades récord: el 11,4% en 1964 y el 10,2% en 1965. Lo que permitió este singular comportamiento fue el dinamismo de la inversión, que aumentó el 51,6% entre 1957 y 1962. Este crecimiento de la inversión, incluida protagónicamente la realizada en la industria manufacturera, fue un importante logro del gobierno de Frondizi y el que permitió los éxitos de la década siguiente.

Al mismo tiempo, sin embargo, la profundización del modelo de economía autarquizante no dejaba de mostrar sus limitaciones. Su lógica esencial era que había que ir a la segunda etapa de la industrialización por sustitución de importaciones para, por este camino, liberar la restricción externa que entorpecía el crecimiento. Esto incluyó, por un lado, aciertos indudables tales como la política petrolera, que permitió con razonable eficiencia sustituir importaciones y disminuir sensiblemente el peso de la restricción externa, liberando divisas para otros sectores. Pero al mismo tiempo, tendió a prevalecer una visión de la economía, de cuño a la vez marxista añejo y nacionalista, según la cual el desarrollo de la industria pesada y energética abriría el camino a todo lo demás. Esta posición contribuyó a afianzar la integración de las Fuerzas Armadas al modelo vigente, aun cuando, paradójicamente, Frondizi fue, al mismo tiempo, el presidente que sufrió más intentos de golpes de Estado en la historia argentina.

Por cierto, y a diferencia de lo ocurrido durante el peronismo, la política de Frondizi

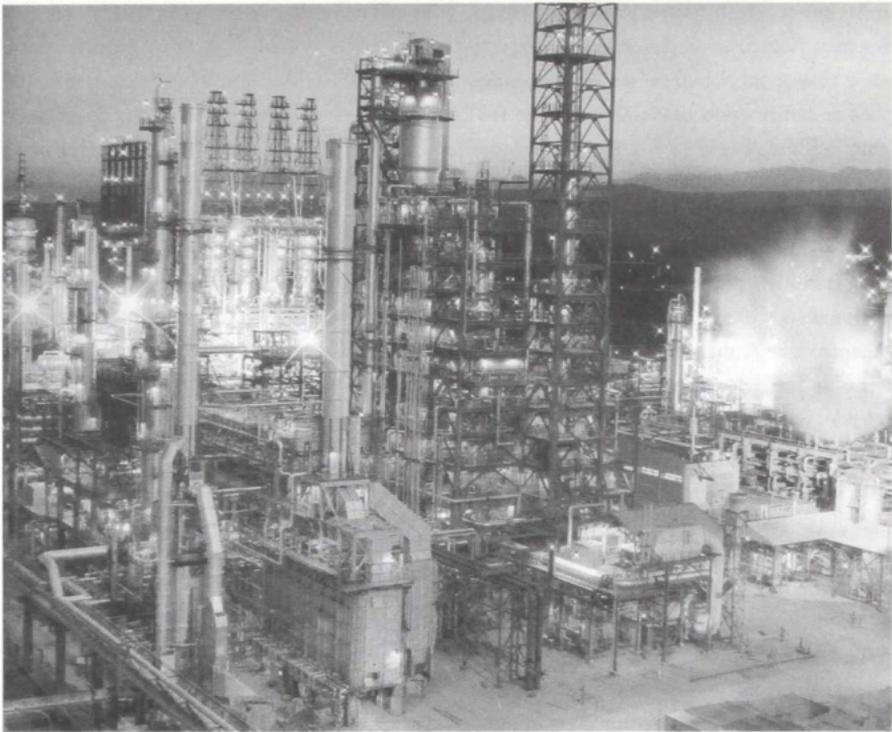
fue exitosa en cuanto al desarrollo de las industrias de insumos básicos en el país. Pero por este camino se renunciaba, una vez más, a cualquier alternativa de especializar a la industria argentina en los rubros que le fueran más ventajosos y, mediante esta nueva vuelta de tuerca del proteccionismo al revés, se limitaban seriamente las posibilidades de la manufactura de bienes finales, incluyendo los bienes de capital. Por otro lado, el afán sustitucionista incluía también a la industria automotriz. Aquí se cometieron verdaderos desatinos, llegándose a instalar en el país veinte fábricas o armaduras de automóviles en un mercado que permitía economías de escala para sólo un par de ellas. Esta industria fue decisiva para el crecimiento manufacturero de los años de Frondizi, ya que contribuyó con el 77,7% del total del crecimiento industrial entre 1958 y 1961, según la información aportada por Alberto Petrecolla.

LOS DORADOS AÑOS SESENTA: LA LUZ QUE SE APAGÓ

A pesar de las conflictivas situaciones políticas y de la institucionalización de la inflación, la reorientación de recursos hacia la industria manufacturera realizada principalmente durante los gobiernos de Perón y de Frondizi rindió frutos, y éstos se hicieron más evidentes durante los tres lustros transcurridos entre 1960 y 1974, el período más prolongado de crecimiento económico e industrial de la Argentina contemporánea. Claro está, el mérito no fue tan grande, ya que fue impulsado por el viento a favor de una gran bonanza de la economía mundial. Si bien el PBI/h de la Argentina creció, entre 1960 y 1973, al 2,8%

anual (muy superior al magro 0,7% logrado en el resto del período), ese guarismo fue superado por 35 de los 56 países de la muestra de Maddison. No hubo convergencia con el nivel de vida de los países desarrollados, salvo respecto de Nueva Zelanda y el Reino Unido. El resto de los países superados por la Argentina fueron Checoslovaquia, cuatro países latinoamericanos (excluidos Brasil y México) y la mayor parte de las naciones de África y de Asia occidental. No puede dudarse, de todos modos, que la suerte futura de la Argentina hubiera sido muy otra de poder mantener tasas, si no idénticas, al menos similares a las de este período. Gerchunoff y Lucas Llach estimaron que de no haber sido por el rápido crecimiento de este período, el PBI/h de la Argentina en 1990 hubiera resultado de 4.300 dólares, en lugar de 6.300. Alternativamente, si la economía argentina hubiera crecido desde 1930 a las mismas tasas de la "década dorada", habría logrado superar el PBI/h de los Estados Unidos.

Con estas acotaciones en mente, hay que consignar ahora que el crecimiento industrial entre la segunda presidencia de Perón y la de Cámpora fue muy significativo. Midiéndolo entre valles del ciclo, el mismo alcanzó el 5,2% anual entre 1953 y 1959; el 2,4% entre 1959 y 1963 y nada menos que el 8,3% anual entre 1963 y 1972. Efectuando la medición entre picos, se revela un crecimiento anual del 5,3% entre 1951 y 1958; del 3,8% entre 1958 y 1964 y del 7,0% entre 1964 y 1971. A partir de 1963, la industria creció durante once años consecutivos. Este período mostró también otras virtudes, tales como un crecimiento más equilibrado entre las ramas más tradicionales o "vegetativas" y las más modernas o "dinámicas". Como reflejo de la mentalidad autarquizante de amplia vigencia en el país, el débil cre-



Refinería de petróleo de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Luján de Cuyo, Mendoza.

cimiento de las industrias llamadas “vegetativas”, productoras de “bienes salario”, era considerado sinónimo de escaso aumento del consumo popular y por ello tendía a desacreditarse el alto crecimiento de las industrias “dinámicas”, insumos y automotores, por considerarlo vinculado al consumo de altos ingresos. Según la información aportada por Gerchunoff y Juan J. Llach, entre 1964 y 1969, las industrias productoras de bienes no durables crecieron al 4,3%, más próximas que en períodos anteriores al 7,5% que crecieron las ramas productoras de bienes durables, insumos y bienes de capital. La industria automotriz, que había crecido al 21,5% anual desde 1950 a 1964, se desaceleró al 7,0% a partir de entonces. Otras

actividades, claramente indicativas de una masificación del consumo, tales como los artefactos para el hogar, pasaron a crecer más rápidamente. Por otro lado, el proceso de concentración industrial de fines de los cincuenta y principios de los sesenta tendió a estabilizarse, revelando un crecimiento sostenido de empresas pequeñas y medianas. Otro hecho muy significativo fue el aumento de la productividad manufacturera, que creció al 4,1% anual entre 1951 y 1969. Este logro fue más notable si se tiene en cuenta que la ocupación en la industria creció al 4% anual entre 1963 y 1972, después de haber caído desde 1950. En concordancia con el aumento de la productividad, se observó un crecimiento del 2,9% anual

de los ingresos reales de los asalariados, así como en la participación de los asalariados activos y pasivos en el ingreso nacional que, después de haber caído desde el 46,8% en 1951 (muy cercano al célebre *fifty-fifty* de Perón) al 41,3% en 1958, se recuperó al 45,2% en 1969.

Los mencionados avances de la productividad se reflejaron también en un acercamiento de la industria argentina a la frontera internacional de precios. En 1977, Berlinsky encontró que el diferencial de precios de los bienes industriales nacionales respecto de los externos era del 37,1%, cifra que resultaba aún menor cuando se computaba al tipo de cambio de libre comercio. Este nivel coexistía con una impresionante diversidad de situaciones sectoriales, producto principalmente de la alta protección de las industrias básicas y revelaba, en los otros sectores, un porcentaje significativo de "agua en la tarifa", producto de la competencia interna.

Puede afirmarse, sin temor a errar, que a comienzos de la década del setenta, la industria argentina estuvo más cerca que nunca en el período de "cortar amarras" y de emprender el camino de un crecimiento autosostenido basado en la incorporación de tecnología, en su mayor parte, importada, pero "domesticada" mediante el aprendizaje y el consecuente desarrollo de ventajas comparativas dinámicas, según lo mostraron oportunamente Jorge Katz y Eduardo Ablin.

Pero el hecho más notable de este período fue que este significativo crecimiento industrial fue compatible con un mejor desempeño de las exportaciones, las cuales llegaron a duplicarse en dólares corrientes entre 1960 y 1972 y, junto al *boom* de precios de materias primas de 1972-1974, permitieron lograr superávit comercial durante once años (1963-1974), con

la sola excepción de 1971. Los términos del intercambio externo de la Argentina (base 1960=100) se ubicaron en un promedio de 108 entre 1964 y 1968, cayeron a 97 y fracción en 1969 y 1970, y se incrementaron luego hasta un valor de 114,9 en 1972 y 122,3 en 1973. Estos dos últimos fueron los mayores índices desde la posguerra hasta la actualidad. Aunque el mencionado superávit es revelador de que la esencia del modelo sustitutivo se mantenía (bajo nivel de importaciones), también fue producto de cambios en la política económica y, al aliviar la restricción externa, fue decisivo para hacer posibles estos "años dorados". Durante las gestiones ministeriales de Adalberto Krieger Vasena, José María Dagnino Pastore y Carlos Moyano Llerena, la política arancelaria se moderó y se procuró dar mayor aliento (en verdad, menor desaliento) a las exportaciones industriales mediante regímenes tales como el *draw back*, deducciones impositivas y, en 1967, la reducción arancelaria que acompañó a la devaluación. Contribuyó a este cambio de enfoque un nuevo clima intelectual respecto de la sustitución de importaciones. Hacia 1963, Raúl Prebisch, desde la CEPAL, comenzó a insistir en la necesidad de moderar el esquema y promover las exportaciones. En la Argentina, tales políticas se impulsaron desde el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) y desde el Instituto Torcuato Di Tella. Se logró así un incremento de la participación de las exportaciones industriales en el valor bruto de la producción. Mientras que éstas representaban sólo el 5,5% de la producción industrial en 1947 y el 2,1% 1951, completando así su brusca caída de posguerra, hacia 1972 dicho porcentaje se había elevado al 5,7%. Sin embargo, sólo el 2,9% del aumento de la producción industrial entre 1963 y 1973 se destinó al mercado externo.



durante el gobierno de Illia y las ocupaciones de fábricas como consecuencia de los planes de lucha de la CGT durante su mandato.

LOS AÑOS SETENTA: LA INDUSTRIA ENTRE LA GRAN CONVULSIÓN POLÍTICA, LA MEGAINFLACIÓN Y UN EQUIVOCADO INTENTO DE APERTURA

Las décadas del sesenta y del setenta son, como cualesquiera otras, límites arbitrarios que, sin embargo, simbolizan los marcados contrastes de resultados económicos alcanzados en uno y otro periodo. Los sesenta nacieron, en verdad, con Frondizi y pueden darse por terminados en 1972, cuando volvió la inflación, si bien el auge económico pudo extenderse hasta 1974, como consecuencia de los favorables términos del intercambio para la Argentina que ya se han ilustrado. Pero esta positiva herencia, que bien podría haberse administrado tanto mejor de lo que fue, no venía sola. Los "dorados sesenta" legaron también el nacimiento y desarrollo de la guerrilla, que cobró especial virulencia desde 1969, y cuya evolución, represión y desenlace durante el gobierno peronista, primero, y durante el gobierno militar, después, también marcaron a fuego la economía y la industria argentinas.

Considerando nuevamente los datos de Maddison, se observa que en el conjunto del periodo 1973-1983, el PBI/h de la Argentina cayó cerca del 7%. Por cierto, se trató de una etapa de relativo estancamiento de la economía mundial, cuyo PBI/h creció sólo el 12,8%. No obstante, el desempeño de la Argentina fue otra vez singularmente pobre, no sólo comparado con el de los países de industrialización reciente del Asia (Corea, 75,7%; Taiwán,

Adalberto Krieger Vasena. *Primera Plana*, 1969.

Contribuyeron también a este desarrollo industrial dos tendencias gravitantes. Por un lado, una inflación algo menor hasta 1972 pero, sobre todo, relativamente estable y, por ello, más previsible. Lo mismo que muchas de las políticas de este periodo con resultados positivos, estos logros se debieron en buena medida al plan del ministro Krieger Vasena, cuyos efectos fueron mucho más prolongados que su gestión de poco más de dos años (1967-1969). Por otro lado, también contaron con un clima favorable a la inversión en general y a la inversión extranjera en particular, impulsado —en buena medida— por tendencias mundiales tan fuertes que pudieron sobreponerse a acontecimientos internos problemáticos, como los continuos cambios de gobierno y de ministros de Economía, la anulación de los contratos petroleros

75,7%), Japón (27,9%) o Europa (17,8%), sino también con Brasil (15,7%) o México (21,2%). Con todo, lo peor vendría después porque, créase o no, el PBI total de la Argentina en 1989 era el mismo que en 1978 y apenas 5% superior al de quince años antes, en 1975.

Dos circunstancias dominaron la política económica del peronismo: la inflación inercial heredada y el auge y posterior caída de los precios internacionales. Perón había aprendido a aborrecer la inflación, quizá no sólo por lo ocurrido en sus dos primeros gobiernos, sino también por lo vivido en Europa; puso, pues, especial énfasis en el logro de una "inflación cero", el principal instrumento para cuyo logro fue el Pacto Social de 1973, que incluyó un congelamiento de salarios, luego de un aumento inicial de suma fija, y de precios. En términos de Gerchunoff y Lucas Llach, "limitaciones al capital extranjero, estatización del comercio exterior, términos del intercambio altos, resistencia del sector rural, centralización de la actividad bancaria: ¿peronismo de la primera o de la segunda época? Los dos coincidieron en estos puntos y se diferenciaron en otros: el peronismo de los setenta incorporó los nuevos datos de la realidad económica argentina, que recomendaban, entre otras cosas, ese énfasis en la exportación que se intentó dar con los acuerdos comerciales y las medidas de promoción. Fue en otro terreno, sin embargo, donde la política que Perón llevó adelante a partir de 1973 contrastó más con la de su primera presidencia, aunque guardando similitudes con la que se puso en marcha en 1952. De un solo golpe, se pretendió acabar con la inflación, ese fenómeno que los argentinos del siglo XX habían visto nacer bajo el gobierno peronista de los años cuarenta".

La nueva política estaba inspirada en las ideas de la inflación estructural e inercial, pero resultó totalmente incompatible con la política monetaria y fiscal. El déficit fiscal, que en buena medida se iría monetizando, había crecido desde el 1,6% del PBI en 1967-1970 a casi el 4% en 1971-1972; saltó luego al 5,9% en 1973, al 6,5% en 1974 y al 12,4% en 1975, configurando de tal modo un caso evidente de inflación reprimida por el control de precios. Después del éxito inicial, al reducir el aumento de los precios al consumidor del 60,3% de 1973 —básicamente heredado— al 24,4% en 1974, se ingresó en la megainflación, que habría de durar catorce años, al saltar al 182,4% de aumento de precios en 1975, en medio del llamado "Rodrigazo" (por Celestino Rodrigo, ministro de Economía de Martínez de Perón). Se ajustaron muy fuertemente el tipo de cambio y las tarifas de los servicios públicos, mientras simultáneamente se daba lugar a convenciones colectivas que acordaron fuertes aumentos salariales. Se iniciaba así el peor período de la historia económica argentina del siglo XX, tanto en materia de crecimiento, como de inflación y de distribución del ingreso.

Las restantes políticas del tercer gobierno peronista fueron semejantes a las de los dos anteriores, aunque ciertamente más modernas y, sobre todo, más moderadas. El auge de los precios de los exportables de 1972-1975 permitió reeditar el típico ciclo ascendente del modelo de mercadointernismo rentístico, con importantes crecimientos del consumo (16% entre 1972 y 1975), de la producción (12,2%) y también del gasto público. La inversión tuvo un comportamiento mucho más parsimonioso, alcanzando sólo el 6,7% de aumento en esos tres años y mostrando otra de las patas débiles del curso económico vigente.

Las similitudes entre los dos períodos peronistas tuvieron una excepción notable y fue el aliciente otorgado a las exportaciones no tradicionales, en la convicción de que su crecimiento, tal como se expuso claramente en el Plan Trienal de Gobierno, era decisivo para el país. La política exportadora tuvo también flancos oscuros, tales como algunos de los acuerdos comerciales con los países del entonces bloque socialista, como el de Cuba, que a la postre resultaron incobrables. En lo que respecta al agro, se instrumentó una versión moderada del IAPI, otorgándole un virtual monopolio de compra a la Junta Nacional de Granos y un papel más activo a la de Carnes. Los resultados obtenidos distaron de ser brillantes, aunque aportaron su cuota para lograr un aumento de los rubros no tradicionales en las exportaciones totales, tendencia que se afianzaría en los tres lustros siguientes. Entre 1972 y 1974, el *quantum* de exportaciones creció el 13,8%, pero en 1975 ya aparecía inferior al de 1972. Aunque la cifra de exportaciones de 1975 está seguramente subvaluada por la bien conocida subdeclaración de importaciones en el contexto del control de cambios, el promedio de los años 1975 y 1976 también es inferior al valor de 1974. A pesar de estas mejoras, en esos años la Argentina continuó perdiendo participación en las exportaciones mundiales. Mirado en perspectiva histórica, el período puede considerarse también como el de la gran oportunidad perdida para hacer una apertura no traumática de la economía —incluida la eliminación del perverso proteccionismo al revés— aprovechando las condiciones externas favorables que hubieran permitido, al mismo tiempo, una más genuina moderación de la inflación.

A pesar de los graves problemas planteados, el llamado Proceso de Reorganización Na-

cional comenzó con un diagnóstico de la economía mucho más benigno que el realizado veinte años antes por Raúl Prebisch. Según el diagnóstico del ministro Martínez de Hoz, formulado poco antes de asumir en 1976: "La economía argentina no tiene ningún mal básico o irrecuperable". Probablemente influyera el hecho de que el nuevo clima de ideas y realidades internacionales, con el keynesianismo en crisis y un creciente predominio de las ideas y políticas económicas llamadas neoliberales, alentaba las esperanzas de una más rápida y fácil solución de los problemas. Chile, que todavía no había conocido los rigores de la gran crisis de 1982, aunque tampoco su notable éxito posterior, era mirado como un ejemplo cercano imitable. A diferencia de todos los gobiernos militares o de militares (Perón) anteriores, el discurso del presidente Videla era más cercano a posiciones liberales. Éstas se revelaron, con el tiempo, mucho más teóricas que prácticas en el campo fiscal. El déficit público cayó, pero se mantuvo en valores elevados. Después de llegar al 12,4% del PBI en 1975 y al 9,42% de 1976, atribuible en parte al gobierno anterior, los déficit del período 1977-1982 resultaron, en promedio, del 6,5% del PBI. Aun dentro del período de Martínez de Hoz "puro" (1977-1980), el promedio fue bien elevado, llegando al 4,7%. El gasto público de la administración central como porcentaje del PBI, por su parte, creció desde el 15% en 1976 al 20% en 1980. Este aumento del gasto y el elevado déficit se explicaron en una medida significativa por compras de armamentos y algunas inversiones públicas de utilidad social más que dudosa.

En materia macroeconómica, la decisión crucial fue la de utilizar un enfoque gradualista para atacar la inflación y sus causas. Cuando se vio que, después de trepar a 444% anual

(consumidor) y 499% (mayorista) en 1976, la inflación tendía a estabilizarse (1977-1978) en el 170% en precios al consumidor y en el 148% en los mayoristas, se buscó un camino diferente, y a la larga fatal, que fue la adopción de una "tablita" de devaluaciones renunciadas. Se esperaba que la inflación doméstica descendiera rápidamente hasta converger con el ritmo de la devaluación. La realidad fue muy otra. En el bienio 1975-1976, el aumento del precio del dólar (15,9 veces) había estado más o menos en línea con los aumentos de precios al consumidor (15,4 veces) y mayorista (17,5 veces). A la luz de este relativo "adelantamiento" de los precios mayoristas, es probable que existiera hacia 1977 algún "adelanto" del tipo de cambio. En todo caso, éste se revirtió rápidamente, y lo más notable es que lo hizo aun antes de iniciarse la aplicación de la "tablita". En efecto, en el bienio 1977-1978, el precio del dólar se multiplicó por un factor de 3,1, los precios al consumidor 7,5 veces y los mayoristas por 6,1 veces. Ya se observaba, pues, una tendencia al atraso cambiario o, lo que es lo mismo, un aumento muy significativo de los precios domésticos medidos en dólares. La "tablita" no logró modificar esta tendencia, que continuó casi inalterable. En efecto, los precios al consumidor en dólares se multiplicaron 2,4 veces en el bienio 1977-1978 y 2,3 veces en 1979-1980. En esos cuatro años, el aumento de los precios en dólares fue nada menos que de 5,6 veces.

A comienzos de 1979, y ante los primeros síntomas de que el nuevo esquema inflacionario tampoco habría de ser exitoso, se decidió acelerar el cronograma antes anunciado de apertura de la economía. Mediante la célebre resolución 6 de la Secretaría de Industria y Comercio, se estableció que se bajarían anticipadamente los aranceles de los productos cu-

yos precios subieran por encima de lo pautado. La decisión de abrir la economía era básicamente correcta, pero su aplicación relativamente discrecional como instrumento de control de precios estaba a contramano del creciente atraso cambiario, fundado, a su vez, en el hecho de que la economía continuaba indexada y esto era un dato en buena medida exógeno para las empresas, que ellas no podían modificar a su arbitrio. Por otro lado, si bien hubo rebajas arancelarias significativas, no se tocó buena parte de las restricciones no arancelarias que protegían fuertemente al complejo militar-industrial, ni se revirtió el proteccionismo al revés.

Todo el esquema se vio agravado por lo ocurrido en el sistema financiero. También aquí, como en el caso de la apertura de la economía, la "decisión estratégica" era básicamente correcta: lograr el "desarrollo financiero", concepto muy en boga por entonces, y recrear la intermediación financiera mediante la liberación de las tasas de interés pasivas y activas. En su aplicación, sin embargo, hubo dos errores de consecuencias muy negativas. En primer lugar, dado que el déficit fiscal se mantuvo muy alto, fue necesario limitar la liberación de la capacidad prestable de los bancos mediante encajes que debían remunerarse, dada la liberalización de las tasas pasivas (fue la célebre "cuenta de regulación monetaria"). Por otro lado, se mantuvo un régimen muy amplio de garantía de los depósitos que favoreció el aventurerismo financiero, como habría de hacerse evidente con la quiebra de tres de los principales bancos de plaza, los tres relativamente nuevos, en 1980. Los bancos compitieron así por los depósitos con pocas restricciones, y del mismo modo financiaron a empresas sin demasiado control acerca de su solvencia o liqui-

dez. Los capitales —tanto de argentinos como de extranjeros— entraban atraídos por las altísimas tasas de interés en dólares, con un virtual seguro de cambio, dada la “tablita”; esta entrada de capitales presionaba sobre los precios de los bienes no sujetos al comercio exterior, acentuando el atraso cambiario y, para cerrar el círculo, los bancos financiaban con esos capitales a empresas que estaban entrando en pérdida como consecuencia del atraso cambiario y de la apertura comercial.

El proceso militar había esgrimido como uno de sus lemas que había que pasar de una economía de especulación a una economía de producción, pero en buena medida ocurrió todo lo contrario. La especulación financiera sin sustento económico sólido pasó a ser la actividad más rentable. Era, sin dudas, una bomba de tiempo. Sus primeros síntomas fueron las quiebras bancarias de 1980. Posteriormente, la situación se fue agravando como consecuencia del hecho de que la “tablita” cambiaria finalizaba en coincidencia con el reemplazo presidencial de marzo de 1981. A pesar de tratarse de una transición entre militares de la misma fuerza, el Ejército, las autoridades salientes y entrantes jugaron a las escondidas y, para colmo de males, se pactó entre ambas una devaluación no anunciada del peso del 10% en febrero de 1981, que marcó el fin de una época y, no sólo por el calendario, el inicio de la “década perdida”.

A pesar de este negativo contexto macroeconómico, hubo algunos logros en las variables reales de la economía. El *quantum* de exportaciones creció desde 1976 significativamente en términos reales: el 67,4% hasta 1980 (tasa anual del 10,9%) y el 112,1 hasta 1983 (11,3%). Este crecimiento fue, en parte, sólo aparente, por la mayor declaración de exportaciones,

dada la liberalización del mercado de cambios. En el conjunto de la década del setenta (1972-1983), las exportaciones crecieron al 7,4% anual, tasa que fue suficiente para interrumpir la continua caída de la participación del país en las exportaciones mundiales, pero no para revertirla. Al mismo tiempo, se observó una tendencia a una mayor diversificación de las exportaciones no tradicionales. En 1980, las exportaciones de productos primarios eran el 42% del total; las manufacturas de origen agropecuario (MOA), el 38,8% y las de origen industrial (MOI), el 19,2%. El total de las exportaciones industriales ascendía así al 58,0%, de las que aproximadamente la mitad podía considerarse no tradicional. A pesar de estos progresos, el coeficiente de exportaciones de la industria argentina, que había llegado al 8,5% en 1973, se mantuvo en una estabilidad descendente hasta las fuertes recesiones y devaluaciones del peso iniciadas en 1982.

Sin dudas, estos hechos fueron resultado de un importante aumento de la inversión, que creció al 7,1% anual entre 1975 y 1980. Aunque este incremento fue inferior a los logrados en las dos primeras presidencias de Perón (8,8%), en la de Frondizi (12,6%) y durante la Revolución Argentina (9,2%), seguramente su valor económico fue superior porque, dada la apertura de la economía, la inversión se realizó a precios mucho más cercanos a los internacionales. El aumento anual de la inversión durante un período de gobierno alcanzaría luego su máximo (13,6%) entre 1990 y 1996.

Estas auspiciosas tendencias habrían de interrumpirse, sin embargo, por largo tiempo. El desorden macroeconómico, que resultó, a la vez, de la “tablita” y de su ruptura sin rumbo, la ya mencionada y traumática transición po-

lítica en 1981, las distintas licuaciones de la deuda privada entre 1981 y 1983 —perturbadoras, por más que fueran necesarias—, la guerra de las Malvinas y el consecuente cierre de la economía con fuertes restricciones cuantitativas y, finalmente, la cesación de pagos externa, introdujeron a la Argentina en la llamada “década perdida” que, bueno es recordarlo, afectó a casi todos los países latinoamericanos.

Lo mismo que había ocurrido al inicio de la década con el Pacto Social de Perón, fue la incompatibilidad entre la política fiscal y monetaria y la política cambiaria la que motivó una crisis final aguda y de muy negativas y duraderas consecuencias para la economía nacional. Una incompatibilidad análoga, aunque menos intensa, y originada en un desmesurado aumento del gasto público, ocasionaría veinte años más tarde serios problemas a la convertibilidad.

CONCLUSIONES

Se ha podido apreciar, a lo largo de este capítulo, que los conflictos institucionales y los crecientes desórdenes macroeconómicos configuraron un escenario tal que un desarrollo industrial exitoso era virtualmente imposible. Por otro lado, como señaló Cortés Conde, también es evidente que “la Argentina creció a tasas más altas que las de los países más avanzados cuando estuvo vinculada a la economía mundial y a tasas más bajas en los períodos de mayor autarquía”. Esto fue así porque las ingentes sumas de recursos extraídos de otros sectores —del agro, de los ahorristas, de los contribuyentes— y asignados a la industria, tuvieron una baja eficiencia, según es lógico esperar en las condiciones de escasa competencia propias de la economía cerrada.

La pregunta que surge de inmediato es si los conflictos institucionales y los desórdenes macroeconómicos eran algo exógeno a la industria o si, en cambio, ellos eran la consecuencia natural del modelo de industrialización elegido. Se trata, por cierto, de una pregunta que no es posible responder con certeza, ni siquiera recurriendo al análisis comparativo. No se pueden hallar casos realmente comparables al de la Argentina. El de Brasil ciertamente no lo es, porque sus conflictos políticos y sus desórdenes macroeconómicos no tuvieron la misma intensidad que los de la Argentina, entre otras razones, porque su mercado laboral era y sigue siendo más ofrecido y sus sindicatos menos poderosos; aun así, por aquellos desórdenes, su desarrollo industrial no siguió el camino tan auspicioso que se le auguraba en los tiempos del “milagro brasileño”, a fines de los sesenta. Tampoco son casos comparables los de Chile o de Uruguay, con mayores similitudes sociales y aun políticas con la Argentina, pero donde la estrechez de sus mercados hacía imposible desde un comienzo el éxito de una industrialización mercadointernista. La Argentina sólo puede compararse, pues, consigo misma y ello da la razón a Paul Samuelson cuando la ubicó como paradigma —y, por lo tanto, como caso único— del fracaso económico de posguerra.

A lo largo del período estudiado es posible intentar múltiples ejercicios de historia contrafáctica: si el plan del primer Perón se hubiera parecido algo más al de Pinedo, si la mayor racionalidad del segundo Perón no hubiera coincidido con su obstinación política, si Frondizi o Illia no hubieran sido derrocados... La respuesta a cada uno de estos contrafactuales obtendría como respuesta “un pasado mejor” para la Argentina. Pero los contrafactuales son

apenas voluntariosos ejercicios de la memoria. Sin embargo, es muy tentador afirmar que si la violencia no se hubiera enseñoreado de la Argentina durante los tres lustros iniciados a mediados de los sesenta, los resultados económicos habrían sido mucho mejores, y que ello podría haber ocurrido. En los sesenta, es cierto que al calor de circunstancias internacionales favorables, la economía argentina estaba corrigiendo buena parte de sus distorsiones con una inflación algo menor, un déficit fiscal más controlado, un aumento de las exportaciones y la moderación del ciclo económico.

Estas hipótesis podrían encontrar mayor verificación si existieran más investigaciones de historia económica que analizaran con mayor detalle la política fiscal del período y, sobre todo, sus relaciones con las restantes políticas públicas y con el crecimiento de la economía. Parece evidente que en la raíz del pobre desempeño económico argentino de la segunda mitad del siglo pasado se encuentra una profunda incompatibilidad de las políticas fiscales con las restantes variables de la economía, par-

ticularmente con la política cambiaria de cada uno de los planes de estabilización.

No se puede ignorar, en fin, que la alianza social impulsora del desarrollo industrial tenía dos características que, a la larga, resultaron fatales. Por un lado, los ciclos económicos tan intensos, que estaban en el corazón del modelo de desarrollo industrial elegido, determinaban la frecuente ruptura de la alianza; ella dejaba de ser inclusiva, se magnificaban los conflictos sociales y políticos incluyendo, como se decía entonces, la "puja distributiva", y la alianza se fracturaba. Por otro lado, ante la impaciencia de concretar de inmediato sus objetivos, las distintas expresiones políticas de la alianza social no repararon en medios para perpetuarse en el poder (Perón en su segunda presidencia) o para hacerse de él (el golpe de Onganía contra Illia), y el consecuente deterioro institucional limitó el crecimiento económico. Estas concatenaciones, sin embargo, a pesar de su indudable realidad, están lejos de poder mostrarse como inexorables salvo que nos remitamos una vez más, como debe ser, a otra prolija narración de los hechos.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

A lo largo del capítulo se han usado indistintamente los términos "industria", "industrial", "industria manufacturera" y "manufacturera" para referirse exclusivamente a la actividad de elaboración de materias primas e insumos, considerada tradicionalmente como el "sector secundario" de la economía, junto a la construcción. Pero sólo la industria manufacturera ha sido considerada aquí.

Aunque es imposible hacer justicia con la historiografía en esta corta reseña, se destacarán aquellas contribuciones en las que más se

ha apoyado el texto. La principal fuente para las comparaciones del desempeño económico argentino con el de otros países es el trabajo de ANGUS MADDISON, *Monitoring the World Economy, 1820-1992*, París, s/f, a pesar de las limitaciones correctamente señaladas por ROBERTO CORTÉS CONDE, *La economía argentina en el largo plazo*, Buenos Aires, 1997.

La fuente más reciente, analítica y documentada, para obtener un panorama de la evolución de la economía argentina en el período, y particularmente de la política econó-

mica, es el libro de PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1998. Fuentes anteriores, sumamente ilustrativas y con distintos enfoques, son las obras de ALDO FERRER, *La economía argentina*, Buenos Aires, 1963; GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967; CARLOS DIAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, 2ª edición, Buenos Aires, 1975 (la primera edición es de 1970), y GUIDO DI TELLA y RUDIGER DORNBUSCH (editores), *The Political Economy of Argentina, 1946-1983*, Oxford, 1989. Un punto de vista alternativo y reciente es el de MARIO RAPOPORT, *Historia económica, política y social de la Argentina*, Buenos Aires, 2000.

Un modelo analítico de gran utilidad para entender "el caso" argentino es el de W. ARTHUR LEWIS, "Economic Development with Unlimited Supply of Labour", *Manchester School*, Manchester, mayo de 1964, porque permite apreciar diferencias cruciales entre la Argentina y Brasil, como señalaron en su momento PABLO GERCHUNOFF y JUAN J. LLACH, *Población, mercado de trabajo y salarios. Un diagnóstico preliminar y prioridades de investigación*, Buenos Aires, 1978. Más directamente referida a la Argentina, está la literatura referida al ciclo de auge y parada, desde el primigenio trabajo de CARLOS DIAZ ALEJANDRO, *Exchange Rate Devaluation in a Semi-Industrialized Country. The Experience of Argentina, 1955-1961*, Cambridge, Mass., 1965. Un análisis completo de esta cuestión se encuentra en RICHARD MALLON y JUAN SOURROUILLE, *La política económica en una sociedad conflictiva*, Buenos Aires, 1975. En cuanto a las vitales cuestiones monetarias, una excelente síntesis es la de ALDO ARNAUDO, *El crecimiento financiero argentino en los últi-*

mos cuarenta años, Buenos Aires, 1981. La crucial cuestión de la política fiscal puede consultarse en los trabajos de ATILIO ELIZAGARAY, "The Political Economy of a Populist Government: Argentina, 1943-1955", tesis presentada a la University of Illinois, Urbana-Champaign, 1985; CARLOS DIAZ ALEJANDRO, "The Argentine State and Economic Growth: A Historical Review", en GUSTAV RANIS (editor), *Government and Economic Development*, New Haven y Londres, 1971, y FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS LATINOAMERICANAS (FIEL), *El gasto público en la Argentina, 1960-1988*, Buenos Aires, 1991.

A lo largo del capítulo ha quedado clara la decisiva influencia de los aspectos institucionales en el desarrollo económico e industrial de la Argentina. Algunos de los autores que contribuyeron en tal sentido son PAUL SAMUELSON, "La economía mundial a fines del siglo XX", Sexto Congreso Mundial de Economistas, México D. F., 1980; ANNE KRUEGER, "The Political Economy of the Rent-Seeking Society", *American Economic Review*, junio de 1974, y JUAN J. LLACH, "Reconstrucción o estancamiento", tesis de 1987.

El pobre desempeño exportador argentino, otra de las crónicas debilidades del período analizado, fue destacado por la literatura referida a los ciclos de auge y parada; más recientemente, por la obra ya citada de GERCHUNOFF y LUCAS LLACH y, para el caso de la industria, por DANIEL ASPIAZU y BERNARDO KOSAKOFF, "Exportaciones e industrialización en la Argentina entre 1973 y 1986", en BERNARDO KOSAKOFF y DANIEL ASPIAZU, *La industria argentina: desarrollo y cambios estructurales*, Buenos Aires, 1989. Por su parte, ALBERTO RODRIGUEZ y ADRIANA RODRIGUEZ, "Beneficios a las exportaciones", en ALBERTO PORTO (com-

pilador), *Regulación de actividades económicas y financieras*, Buenos Aires, 1991, analizan objetivamente los distintos instrumentos utilizados para promover —o reprimir— las exportaciones.

Discusiones más o menos amplias acerca de los modelos de desarrollo industrial y su relación con el conjunto de la economía pueden encontrarse en los trabajos que se mencionan a continuación. ALEJANDRO BUNGE, *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, 1940, y la selección de trabajos de la *Revista de Economía Argentina*, de BUNGE y su grupo, publicada en JUAN J. LLACH, *La Argentina que no fue*, Buenos Aires, 1985. La tesis de la demora en el crecimiento industrial argentino a partir de la Primera Guerra, planteada primero por BUNGE y formalizada por DI TELLA y ZYMELMAN, fue luego cuestionada a partir de los trabajos de DÍAZ ALEJANDRO y de los importantes aportes de VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, 1971, y *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras*, Buenos Aires, 1978; y de JAVIER VILLANUEVA, "Los orígenes de la industrialización argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 12, n° 47, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1972.

El arancel de importación argentino durante los años de la economía abierta fue bastante más alto de lo que se piensa habitualmente. Por cierto, la avidez de recursos fiscales por parte del Estado nacional fue causa importante de ello. Su impacto sobre el desarrollo industrial, sin embargo, estuvo limitado por el "proteccionismo al revés", analizado por primera vez por FÉLIX J. WEIL, *The Argentine Riddle*, Nueva York, 1944. Es bien curioso, por otra parte, que las quejas contra el "proteccio-

nismo al revés", cuyos primeros registros datan al menos de comienzos del siglo XX, anticiparan en muchas décadas a la formalización del concepto de protección efectiva por parte de los economistas. Su medición para el caso argentino, verdadera vivisección de las distorsiones propias del modelo sustitutivo, fue realizada por primera vez sistemáticamente por JULIO BERLINSKY, *Protección arancelaria de actividades seleccionadas de la industria manufacturera argentina*, Buenos Aires, 1977, y JULIO BERLINSKY y DANIEL M. SCHYDLOWSY, *Incentives for Industrialization in Argentina*, Washington D. C., 1977.

Evidencias sobre la evolución de los salarios y el empleo a lo largo de todo el período se encuentran en JUAN J. LLACH y CARLOS E. SANCHEZ, "Los determinantes del salario en la Argentina. Un diagnóstico de largo plazo y propuestas de políticas", *Estudios*, n° 29, Buenos Aires, enero-marzo de 1984. En el trabajo de JUAN J. LLACH, *La estructura productiva de la Argentina*, Buenos Aires, 1982, se presenta una estimación del valor económico de la pérdida de capital humano argentino producto de la emigración y de los conflictos armados.

Otros análisis de la industrialización sustitutiva de importaciones pueden encontrarse en GUIDO DI TELLA, "Criterios para una política de desarrollo industrial", artículo publicado en una obra cuya lectura es también relevante: MARIO BRODERSOHN (director), *Estrategias de industrialización para la Argentina*, Buenos Aires, 1970. Los giros del pensamiento de la CEPAL pueden verse en algunos trabajos de RAÚL PREBISCH desde mediados de la década del sesenta, propugnando entonces un vuelco exportador de la industria, y en JOSEPH RAMOS, *A Natural Resource-Cluster Development Strategy: Its Growth, Distributive and Environmen-*

tal *Implications*, Santiago de Chile, 1996. La compleja estructura del sistema industrial argentino de entonces puede verse en ARTURO GOETZ, "Concentración y desconcentración de la industria argentina desde la década de 1930 a la de 1960", *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 60, Buenos Aires, enero-marzo de 1976; PABLO GERCHUNOFF y JUAN J. LLACH, "La polémica sobre la industrialización argentina", *Criterio*, año LII, n° 1807, Buenos Aires, 8 de marzo de 1979, y en la obra citada de KOSAKOFF y ASPIAZU.

Distintos análisis acerca de los dinámicos microeconómicos del proceso de la industrialización sustitutiva, cuya realización, empero, se vio a la larga muy trabada por el desorden macroeconómico, pueden leerse en los trabajos de JORGE KATZ, *Importación de tecnología, aprendizaje e industrialización dependiente*, México D. F., 1976, y "Estrategia industrial y ventajas comparativas dinámicas", *Cuadernos de la Fundación Eugenio Blanco*, n° 1, Buenos Aires, agosto de 1983, y JORGE KATZ y EDUARDO ABLIN, "Tecnología y exportaciones industriales: un análisis microeconómico", *Desarrollo Económico*, n° 65, Buenos Aires, abril-julio de 1977.

En cuanto al análisis de los distintos instrumentos promocionales utilizados a lo largo del período, se puede consultar la colección de trabajos de OSCAR ALTIMIR, H. SANTAMARÍA y JUAN SOURROUILLE, "Los instrumentos de promoción industrial en la posguerra", *Desarrollo Económico*, nos del 21 al 27, Buenos Aires, 1966, y en la obra de ALBERTO PORTO (compilador), DANIEL ARTANA (coordinador de la parte I) y GUILLERMO ESCUDÉ (coordinador de la parte II), *Regulación de actividades económicas y financieras*, Buenos Aires, 1991.

El estudio del período peronista y su cru-

cial gestión pueden profundizarse leyendo algunos textos de protagonistas muy importantes, como FEDERICO PINEDO, *El plan de reactivación económica ante el honorable Senado*, Buenos Aires, 1940, y JUAN D. PERÓN, "Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar", Buenos Aires, 1944; su recopilación de discursos, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944, y "Exposición del Plan de Gobierno (1947-1951)", en *Plan Quinquenal de gobierno del presidente Perón 1947-1951*, Buenos Aires, 1947. Para entender la crisis de 1952 y el giro allí iniciado hacia los ciclos de auge y parada, es muy ilustrativo un texto de PERÓN, *Perón anuncia el plan económico de 1952 y los precios de la cosecha*, Buenos Aires, 1952. Visiones más analíticas pueden encontrarse en HUGH SCHWARTZ, "The Argentine Experience with Industrial Credit and Protection Incentives, 1943-1958", tesis presentada a Yale University, 1967; ELIZAGARAY, *op. cit.*, y JUAN J. LLACH, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 23, n° 92, Buenos Aires, enero-marzo de 1984.

Para el período de la Revolución Libertadora, es de lectura imprescindible RAÚL PREBISCH, *Informe preliminar acerca de la situación económica*, Buenos Aires, 1955, y muy complementariamente, el trabajo de la COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA DE LAS NACIONES UNIDAS (CEPAL), *El desarrollo económico de la Argentina*, Santiago de Chile, 1957.

Para el período de Frondizi, es muy ilustrativa la lectura de los trabajos de ROGELIO FRIGERIO, desde los primeros en la revista *Qué*, hasta los editoriales del diario *Clarín* de la época, un ejemplo de los cuales es el número especial titulado "Bases irrenunciables para la

grandeza del porvenir argentino”, *Clarín*, Buenos Aires, 28 de agosto de 1965, y de los escritos de ARTURO FRONDIZI, entre ellos, *Estrategia y táctica del movimiento nacional*, Buenos Aires, 1964. Más analíticamente, puede consultarse el trabajo de ALBERTO PETRECOLLA, “Unbalanced Development, 1958-1962”, en DI TELLA y DORNBUSCH, *op. cit.*

Para la década del sesenta, en sentido amplio, pueden consultarse PABLO GERCHUNOFF y JUAN J. LLACH, “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972”, *Desarrollo Económico*, n° 57, Buenos Aires, abril-junio de 1975, y “El nuevo carácter del capitalismo en la Argentina. Respuesta a una crítica”, *Desarrollo*

Económico, n° 60, Buenos Aires, enero-marzo de 1976; las críticas a estos autores, pueden consultarse en DANIEL ASPIAZU, CARLOS E. BONVECCHI, MIGUEL KHAVISSE y MAURICIO TURKIEH, “Acerca del desarrollo industrial argentino. Un comentario crítico”, *Desarrollo Económico*, n° 60, Buenos Aires, enero-marzo de 1976. Una contribución interesante es la de JULIAN DELGADO, “Industria: el desafío de la Argentina”, *Primera Plana*, año VI, n° 297, Buenos Aires, 3 al 9 de septiembre de 1968. Para el estudio de los años del segundo peronismo y del proceso militar, las mejores referencias son las obras de GERCHUNOFF y LUCAS LLACH; DI TELLA y DORNBUSCH, y RAPOPORT, citadas al comienzo de esta orientación bibliográfica.

41. LAS INVERSIONES EXTRANJERAS Y EL COMERCIO EXTERIOR

Andrés M. Regalsky y María Inés Barbero

Entre 1914 y el final del siglo XX, la economía argentina experimentó una agitada evolución, marcada por una serie de fases de crecimiento, dispares en intensidad y duración, sucedidas por otras de estancamiento y aun de retroceso. En el curso de este proceso se registraron intensas mutaciones y transformaciones: en una primera etapa—desde la década de 1920 hasta la de 1940—, la transición de un modelo basado en el sector agropecuario y orientado hacia los mercados externos, a otro cada vez más identificado con el crecimiento del sector industrial, la sustitución de importaciones y el mercado interno; en una segunda etapa, a partir de mediados del siglo, el reajuste y la profundización de este sendero de crecimiento hasta la década de 1970, seguidos por una fase de crisis y reestructuración hasta fines de los años ochenta, que derivaría en el retorno a un modelo de economía abierta equiparable en algunos aspectos al de los comienzos del siglo XX.

En todo este proceso, las inversiones extranjeras y el comercio exterior tuvieron un destacado papel. Hasta 1914 habían sido dos elementos básicos del acelerado crecimiento experimentado. A partir de entonces, su papel se tornó más complejo, sin dejar de ser esencial. Es que el contexto internacional cambiante, del que estas variables fueron expre-

sión, no dejó de incidir y modelar los rumbos adoptados por la economía argentina.

En este capítulo se estudian algunos rasgos básicos del comportamiento de las inversiones extranjeras y el comercio exterior en la Argentina a lo largo del siglo XX. Primeramente, se examinan sus características en una primera etapa, que se puede definir entre 1914 y 1950, y luego se analiza su evolución hasta entrada la década de 1980. Ambas etapas se corresponden, como se ha dicho, con los dos momentos del proceso de industrialización por sustitución de importaciones, en los cuales el flujo de las inversiones externas registró sendas fases de auge y de liquidación y reajuste, a la par que fue asumiendo nuevos rasgos en afinidad con las transformaciones de la economía argentina.

**LAS INVERSIONES EXTRANJERAS
Y EL COMERCIO EXTERIOR
ENTRE 1914 Y 1950**

***LOS CAMBIOS EN EL CONTEXTO
INTERNACIONAL Y LOS NUEVOS ACTORES***

En el medio siglo previo a la Primera Guerra Mundial, la Argentina había experimentado una fuerte expansión económica, de la cual

fueron parte fundamental la inversión extranjera y el comercio exterior. La primera, a través de la provisión del equipamiento básico—del cual los ferrocarriles fueron el exponente más acabado— para la puesta en explotación de las nuevas áreas agrícolas y la unificación del mercado. El comercio exterior, mediante la fuerte demanda de productos primarios por parte de los principales países industrializados de Europa, constituyó el estímulo central de este proceso.

La Argentina era, hacia 1914, con un total acumulado de más de 3.100 millones de dólares, una de las economías receptoras de capital extranjero más importantes del mundo. Para entonces, se ubicaba en los primeros puestos de las exportaciones mundiales de carnes, trigo y otros cereales y granos. Su expansión alcanzó el clímax en la primera década del nuevo siglo, en un contexto internacional de precios en alza para todos sus productos de exportación, que beneficiaba tanto a la agricultura como a la ganadería.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial se produjo un brusco cambio en las condiciones del contexto económico internacional y se inauguró una época de inestabilidad y perturbaciones que, con algunas pausas, se extendería por espacio de tres décadas. El comercio internacional, que desde mediados del siglo XIX crecía a un ritmo superior al de la producción total mundial, ingresó en una etapa de altibajos y retroceso que sólo se revertiría después de 1950.

El sistema monetario internacional, sacudido por la contienda, asistió sucesivamente al colapso del patrón oro, un efímero ensayo de restauración en la segunda mitad de los años veinte y su quiebre definitivo bajo el efecto de la gran crisis, a comienzos de los años treinta.

La división del mundo en áreas vinculadas a los tres grandes mercados (Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania) y el ocaso del bloque que se aferraba a la relación previa con el oro, fueron los rasgos salientes de un proceso que tuvo su contrapartida en el auge del bilateralismo en las transacciones comerciales y financieras. Sólo a partir de la terminación de la Segunda Guerra emergería un nuevo contexto institucional, que llevaría a la gradual restauración del sistema multilateral de pagos y de un patrón monetario unificado.

En este contexto, los movimientos internacionales de capitales presentaron grandes cambios, tanto de escala cuanto de carácter, así como en la identidad de los actores. Hasta 1914, el grueso de las exportaciones de capital se hacía bajo la modalidad de “inversiones de cartera”, a través de la emisión de títulos (públicos o privados) en los grandes mercados financieros. A partir de los años veinte, una parte cada vez más importante de las exportaciones de capital pasó a hacerse mediante las denominadas “inversiones directas”.

Ciertamente, los capitales canalizados hacia el sector público siguieron colocándose mayormente a través de la emisión de títulos de deuda. Aun así, se produjeron significativas alteraciones. El ascenso de los Estados Unidos como principal prestamista, la competencia de Londres, intentando sin mucho éxito retomar su antigua posición, más el papel de tercero en discordia del mercado de París, dieron pie a una gran inestabilidad, de la cual los movimientos de corto plazo, cada vez de mayor amplitud, fueron la expresión más acabada. Tras la crisis bursátil norteamericana de 1929 y la de los grandes centros financieros europeos en 1931, sobrevino un período de marasmo hasta mediados de los cuarenta, durante el

cual las únicas operaciones de importancia fueron los arbitrajes de títulos y la regularización de deudas.

Fue sin duda entre las inversiones dirigidas al sector privado donde el cambio hacia la inversión directa se hizo evidente. Esto no quiere decir que la modalidad anterior, de inversiones “de cartera”, fuera necesariamente “indirecta”. Ello dependía del grado de control de los negocios. En ese sentido, había dos tipos de actores: el público ahorrista –interesado sobre todo en el rendimiento de sus colocaciones y para el cual las inversiones eran efectivamente indirectas– y los verdaderos grupos inversores –una constelación de intereses financieros, industriales y de obras públicas, que con una porción menor de los fondos conducían las empresas involucradas. Estas empresas (entre ellas, las grandes compañías ferroviarias), denominadas “autónomas” o *free standing* por no depender de una casa matriz, distaban –por la naturaleza de los intereses que las controlaban– de tal autonomía y eran, en todo caso, criaturas características de los mercados financieros europeos.

Con las nuevas inversiones directas, realizadas mediante la creación de filiales y subsidiarias, un nuevo tipo de actores comenzó a cobrar preponderancia: las grandes corporaciones que se conocerían más tarde como “multinacionales” o “transnacionales”. Se trataba de un fenómeno originado en los principales países industriales, como los Estados Unidos y Alemania, y subsecuentemente en Inglaterra, Francia, Italia y otros países, con la emergencia de las grandes empresas en las ramas más dinámicas y concentradas de esas economías. Su propia lógica de expansión llevaba a estas firmas a proyectarse en el plano internacional en busca de nuevos mercados y

fuentes de materias primas. Esta expansión, datada generalmente en la segunda posguerra, adquirió significación, en el caso argentino, ya desde los años veinte. También fue apreciable la actividad de empresas de menor tamaño y aun de estructura familiar, pero con una fuerte inserción previa en el mercado internacional, para las cuales la inversión externa era una forma de ampliar o sostener sus operaciones.

LAS INVERSIONES EXTRANJERAS EN LA ARGENTINA

Parafraseando a Rondo Cameron, se puede decir que no hay fenómeno más inasible que el de las exportaciones de capital, pues ya sea como flujo monetario o de bienes, deja de existir tan pronto como terminan las transacciones que lo han producido. De ahí las dificultades que presenta su medición. Con las reservas expresadas, se puede decir que la evolución de las inversiones extranjeras en la Argentina posterior a la Primera Guerra Mundial experimentó en su conjunto una marcada trayectoria cíclica. En una primera fase, que se habría iniciado hacia 1920, tuvo lugar un movimiento ascendente, similar –aunque de menores proporciones– al registrado antes de 1914. Este movimiento alcanzó su punto culminante hacia 1931 o 1934, llevando el total invertido a cerca de 4.000 millones de dólares corrientes, es decir, unos 800 o 900 millones más que en el período 1914-1920. Esa suma era, de todos modos, inferior a la mitad de la ingresada entre 1902 y 1914, y representaba un porcentaje de la inversión bruta total muy inferior (alrededor del 15%, frente al 50% de preguerra).

Desde mediados de los años treinta comenzó lo que se puede denominar la fase descendente del ciclo, en la cual pese al ingreso de

nuevos capitales, la tendencia prevaeciente fue la de reducción y liquidación de las inversiones. El monto total descendió, por efecto de la crisis y la Segunda Guerra, a unos 2.600 millones de dólares en 1945. Cuatro años más tarde —tras la nacionalización de los ferrocarriles y otras empresas de servicios públicos dispuesta por el gobierno de Perón— llegó a su nivel mínimo, con un valor estimado de 1.255 millones, muy similar en términos nominales al registrado en el comienzo del siglo.

La fase ascendente (1920-1934)

El comportamiento de la inversión extranjera en la fase ascendente mostró algunas diferencias en sus principales componentes. Los capitales colocados en el sector público concentraron su expansión entre 1920 y 1927-1928, básicamente a través de adelantos y luego emisiones por parte del gobierno nacional y de autoridades provinciales y municipales, sobre el mercado neoyorquino. Se estiman en más de 300 millones de dólares los fondos ingresados por esa vía. Luego, el alza de las tasas de interés y el *crack* de Wall Street trajeron una interrupción de los flujos y una transferencia de los bonos argentinos hacia otras plazas. Finalmente, en 1933-1934 se hicieron las últimas operaciones de importancia, las de los títulos de desbloqueo, por un equivalente de más de 100 millones de dólares, que fueron canjeados por fondos acumulados en pesos durante la primera etapa del control de cambios, para remesas destinadas principalmente hacia los mercados europeos.

El segundo sector, el de las compañías ferroviarias, registró una ampliación regular de su capital a lo largo del período, del orden del 25%. Las compañías, casi todas de capitales

británicos (sólo tres, con poco más del 10%, respondían a capitales franceses), no aumentaron su longitud de red pero aplicaron presuntamente los fondos a mejoras y equipamiento. Así se mantenían como el principal rubro individual de la inversión extranjera.

En cuanto al conjunto de inversiones agrupadas como “miscelánea” y que totalizaban algo más del 40%, su crecimiento fue similar, aunque con importantes cambios en su interior. Una parte de las inversiones, ligadas al factor tierra (incluido el nutrido sector de las compañías hipotecarias donde la presencia francesa y belga era predominante), experimentó una severa reducción, bajo el impacto de la crisis de 1914-1917.

Otro segmento, el de las compañías de servicios públicos urbanos, presentó un crecimiento significativo en rubros tales como el telefónico y de la electricidad, donde el consumo trepó vertiginosamente y la presencia norteamericana se hizo notar. En 1927, la American & Foreign Power adquirió el control del denominado grupo Herlitzka, que explotaba la mayor parte de las usinas eléctricas del interior del país, y que pasaron a constituir el grupo ANSEC. En 1928-1929, intereses financieros norteamericanos obtuvieron una sustantiva participación en la reorganización de SOFINA, un *holding* multinacional que tenía el control, a través de intermediarias, de la CHADE (luego CADE) y de la Anglo, principales empresas de generación de electricidad y de servicios tranviarios, respectivamente, en la ciudad de Buenos Aires. En 1929, el grupo ITT adquirió las acciones de la Unión Telefónica.

Finalmente, un rubro hasta entonces pequeño, el de la industria manufacturera y actividades conexas, en este período se constituyó en el de mayor dinamismo y papel innovador.

El capital norteamericano, que hasta 1914 tenía una implantación significativa sólo en los frigoríficos y no excedía los 30 millones de dólares, a partir de 1920 experimentó una considerable expansión, hasta ubicarse al comienzo de los años treinta en unos 160 millones. El rango de empresas se amplió hasta abarcar desde las ramas clásicas de bebidas y alimentación, a otras más novedosas como la automotriz, la química, la farmacéutica y la de artefactos eléctricos.

Desde un punto de vista general, se trató de empresas ligadas a la producción de artículos de consumo de reciente aparición y que intentaban, a través de filiales directas en la Argentina, mejorar su penetración en ese mercado, el más importante de América Latina, así como en otros países vecinos. La mayoría de estas filiales eran, al principio, establecimientos comerciales que sólo paulatinamente fueron incorporando actividades de transformación, hasta devenir en manufactureros. En algunos casos, como el de la industria farmacéutica, se advirtieron las ventajas de importar los concentrados y realizar su fraccionamiento y envasado localmente. En los años treinta, las condiciones arancelarias y cambiarias promovieron la instalación directa de plantas de producción (Johnson & Johnson, Pond's).

En otros casos, los de las grandes empresas automotrices, el tamaño del mercado y las ventajas arancelarias y de fletes, pronto justificaron la instalación de plantas de montaje: Ford, cuya filial en la Argentina era la segunda de esta empresa en todo el mundo, instaló su planta en la Boca en 1922, y General Motors hizo lo propio hacia fines de esa década en Migueletes, en el mismo predio en el que desarrollaría mucho más tarde la producción. Otras empresas europeas, como Fiat, instala-

ron sucursales locales en los años veinte, pero por su menor volumen de ventas, debieron limitarse a la importación y distribución.

La dimensión del mercado automotor argentino explica también las inversiones en dos rubros: el petrolero y el de neumáticos. En este último caso, las plantas de dos grandes firmas norteamericanas, Good Year y Firestone (1930-1931), se instalaron para defender un liderazgo amenazado por la competencia europea, pero que por su importante volumen de ventas tornaba rentable la fabricación local.

En cuanto al sector petrolero, ya en 1911, la Standard Oil había adquirido una fábrica de aceites en Campana, que se transformaría en su principal refinería. Al mismo tiempo, también se había involucrado en la importación de petróleo. En los años veinte, comenzó a interesarse en la extracción, al igual que su gran rival en el plano internacional, la anglo-holandesa Shell. No obstante, el eje de ambas estuvo en el refinado y la distribución, en tanto que la principal productora extranjera era la Compañía Ferrocarrilera Argentina, formada por intereses ferroviarios ingleses. Nuevas inversiones en sus refinerías, así como en la cadena de distribución, permitieron a aquellos dos grupos hacerse de una posición destacada en las ventas, inmediatamente detrás de la estatal YPF. Con la posible excepción de los frigoríficos, sus capitales superaban a los de cualquier otra rama industrial.

También estuvieron vinculados al procesamiento de recursos mineros para el mercado interno dos emprendimientos tempranos de la rama de materiales de construcción: International Portland Cement Corporation, en 1916, y National Lead Company, en 1917. Esta última, dedicada a la fabricación de sanitarios, comenzó a involucrarse en la minería del

plomo hasta que, en 1929, participó, junto con otro grupo, en la fundación de la Compañía Minera Aguilar.

Pero fue, sin duda, la industria frigorífica, orientada al abastecimiento de los mercados europeos de carne y, sobre todo, del británico de *chilled beef*, el que siguió constituyendo hasta 1930 la inversión mayoritaria (no menos del 60% del sector manufacturero). Los tres grandes establecimientos norteamericanos, Swift, Armour y Wilson, filiales de las firmas líderes de Chicago, se habían radicado entre 1907 y 1913 para poder seguir abasteciendo, desde la Argentina, el mercado británico. Una serie de nuevas inversiones, motorizadas por la demanda extraordinaria de la Primera Guerra Mundial, culminaron en los años veinte con las grandes plantas de Swift y Armour, así como de su gran competidor británico, el Anglo, que obtuvieron —luego de sucesivas “guerras de carnes” con otros establecimientos— una porción mayoritaria de las cuotas de exportación.

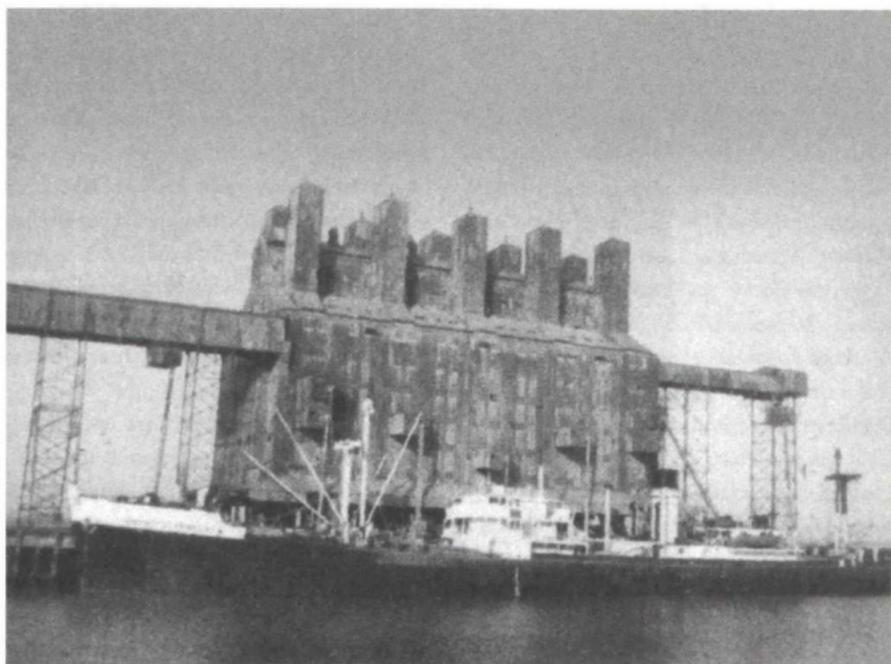
La fase descendente (1934-1950)

Durante la fase contractiva iniciada a mediados de los años treinta, el comportamiento de estos sectores fue mucho más disímil. El elemento saliente fue la continua reducción del monto de los capitales en valores públicos, producto de la repatriación de títulos realizada en la segunda mitad de los años treinta y durante la Segunda Guerra, sobre la base del considerable superávit en divisas. En 1945, la deuda en manos de tenedores externos se había reducido en más del 60% respecto de 1934. El gobierno entrante en 1946 continuó esta política y hacia 1948 sólo restaba un pequeño remanente de títulos en circulación.

Distinto fue el caso de los ferrocarriles, cuyo capital se sostuvo en términos nominales hasta el final de la Segunda Guerra, aunque de hecho se resintió de una falta de renovación del material rodante y de vía, y su valor en dólares se vio afectado por la devaluación de la libra y el franco. Entre 1946 y 1948, el gobierno de Perón dispuso su nacionalización, y aunque los fondos abonados fueron del orden de los 660 millones de dólares, implicó la desaparición de un rubro de la inversión extranjera cuyo monto nominal era de más de 1.000 millones. Unos 40 millones, correspondientes a los ferrocarriles franceses, se transfirieron a una serie de sociedades financieras —incluidas en el sector miscelánea— que los entretuvieron en inversiones locales hasta el comienzo de los años sesenta.

Hacia 1949, el único ámbito de la inversión extranjera que seguía activo era el de los rubros comprendidos en miscelánea. Una encuesta oficial de ese año arrojaba unos 7.400 millones en pesos moneda nacional, que se han estimado equivalentes a 1.240 millones de dólares, frente a los 1.600 millones de la misma moneda calculados para 1934. Esta reducción reflejaba, por un lado, la nacionalización de compañías de servicios públicos: Unión Telefónica, gas y ANSEC, así como, unos años antes, la Anglo de tranvías y la francesa del Puerto de Rosario. Por el otro lado, el conjunto de empresas alemanas (banca, industria, comercio, servicios) había sido incautado en 1945 bajo el régimen de propiedad enemiga y al poco tiempo, liquidado o transferido a la órbita estatal.

Exceptuando este último caso, el segmento de las inversiones dirigidas al sector manufacturero continuó su línea de crecimiento previo, en parte por nuevos aportes de capital y, sobre todo en los cuarenta, sobre la base de



Puerto exportador de Ingeniero White, sur de la provincia de Buenos Aires. Vista de un elevador de granos. *El Banco de la Nación Argentina en su 75º aniversario.*

la reinversión de las utilidades. Así, en 1949 alcanzaba una participación del 37,5%, superior desde ya a la de las grandes compañías de servicios públicos (CADE, Ítalo).

Aún más importante era la dimensión cualitativa, por su papel en el proceso de sustitución de importaciones. El contexto de los años treinta (depreciación del peso, alza de las tarifas aduaneras) estimuló la instalación de plantas que implicaban el comienzo de un proceso sustitutivo. En muchas ramas, aun estando lejos de los niveles de productividad de los países de origen, se podía producir a un costo inferior al precio de los bienes importados.

Todo esto generó, desde ya, condiciones idiosincráticas muy particulares. El menor tamaño del mercado, y por ende, de la escala de

producción, llevó a operar con tecnologías que no eran las más avanzadas (por ejemplo, en el caso de las fábricas de neumáticos), lo cual solía complementarse con la utilización de maquinaria ya descartada por la casa matriz, o bien con un mayor uso de mano de obra en proporción a los bienes de capital (como fue el caso en la industria del cemento).

La sustitución de importaciones promovida por las empresas extranjeras no se limitó a los nuevos productos. Ciertamente, esto ocurrió en el sector químico, farmacéutico y de materiales eléctricos, por la acción de empresas tanto norteamericanas como europeas (entre estas últimas, Lever, Bayer, Osram y Phillips). Pero fue en la estratégica industria textil, el sector más dinámico de este período,

donde se produjeron algunas de las inversiones más significativas. Firmas norteamericanas como Jantzen, Anderson Clayton y Sudamtex, se insertaron en el sector algodonero apuntando especialmente al eslabón más débil, el de las hilanderías, lo mismo que hizo la gigantesca Ducilo (Du Pont de Nemours) en el sector de sintéticos. Estas inversiones potenciaron sus efectos por el impulso a las industrias derivadas.

Se ha destacado, a propósito de ellas, la influencia de la nueva política cambiaría introducida como resultado del Pacto Roca-Runciman. Esta política, al imponer un tipo de cambio más elevado para las importaciones desde los Estados Unidos, habría estimulado el ingreso de firmas de ese país para sostener su posición desde adentro del mercado. En rigor, las importaciones de textiles de ese origen habían sido siempre minoritarias. Tal vez otra clave haya estado en el crecimiento previo de la producción de tejidos, que permitió crear un mercado para la instalación de hilanderías. En la misma línea, la radicación de Ducilo se habría concretado cuando la magnitud del consumo de sintéticos justificó una inversión de esa escala.

En el sector textil hubo algunos casos que escaparon al modelo de filiales hasta aquí evocado. Uno de ellos es el de Alpargatas, una empresa formada en la década de 1880 con participación mayoritaria británica y que asistió durante este período a una progresiva (pero nunca completa) nacionalización del grupo de control. Al mismo tiempo, la incorporación de la firma anglo-argentina Leng Roberts reforzó su capacidad para seguir captando fondos locales y metropolitanos, con los cuales realizó el despliegue de sus actividades de hilandería y tejeduría.

Otro modelo fue el de la Algodonera Flandria, una empresa mucho más pequeña, producto de la inversión externa de un grupo familiar belga, particularmente interesado en el mercado argentino. Fundada a comienzos de los años veinte con el objeto de consolidar sus ventas en un marco de aguda competencia, nuevas inversiones fueron desplazando el eje de la comercialización a la fabricación de tejidos e hilados, al tiempo que la radicación de uno de sus miembros devenía en un proceso de nacionalización.

Se trata de una trayectoria que experimentaron también otros grupos multinacionales familiares (o "familias multinacionales"), como fue el caso —en una escala más elevada— del grupo agroalimentario Bunge y Born, diversificado en los años veinte y treinta hacia rubros tales como el textil, químico y metalúrgico, y cuyo eje y principal fuente de recursos, localizada originalmente en Amberes, fue trasladándose progresivamente a Buenos Aires.

Otro sector con una importante presencia de capital extranjero fue el metalúrgico. En los años treinta hubo una serie de inversiones directas francesas, a través de empresas como CAMEA, Elaboradora General de Plomo y Metalúrgica Santa Rosa. También en esta rama se articuló el capital extranjero con los grupos locales. Fue el caso de Tamet, empresa líder en la metalurgia de hierro y acero, y dependiente del grupo financiero local Tornquist. En 1922, la empresa, sin desligarse de Tornquist, fue puesta bajo el control del grupo belga-luxemburgués Arbed-Terres Rouges, que aportó nuevos fondos así como tecnología. En 1926 adquirió a su antigua competidora, la compañía Vasena, y en los años treinta y cuarenta, nuevas secciones incluyeron una planta de lamina-

ción. Esta articulación, sobre todo tecnológica, también se registró en el caso de SIAM, empresa mecánica dirigida por un empresario de origen inmigrante, Torcuato Di Tella, y cuyo crecimiento estuvo basado en el desarrollo de diversas líneas (surtidores de nafta, heladeras) bajo licencia de empresas norteamericanas de primer orden. Incluso una empresa tradicional del vidrio como Rigolleau, encaró una asociación con una firma de aquel origen, que finalmente tomaría el control.

En los últimos años de esta fase hubo una indudable merma en el flujo de inversiones. La situación bélica internacional y, luego, las difi-

cultades de la balanza de pagos provocaron problemas de abastecimiento en algunas ramas, como la del armado de automóviles, que luego de un intento de diversificación se vio obligada a reducir su escala de actividades. Esos factores también llevaron a una mayor intervención del Banco Central y a crecientes restricciones cambiarias que afectaron la afluencia de capitales.

Otras empresas, beneficiadas por la expansión de sus ventas al amparo de la restricción de importaciones, realizaron nuevas inversiones, o bien la reinversión de sus utilidades, cada vez más difíciles de remitir. Este movimien-

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DEL CAPITAL EXTRANJERO EN LA ARGENTINA, POR SECTORES Y SEGÚN EL ORIGEN, 1913-1976

(en millones de dólares corrientes)

Años	1913	1923	1934	1945	1955	1970	1976
Sectores:							
Público	650	560	813	311	575	2.140	5.189
Ferrocarriles	1.135	1.250	1.490	1.110	0	0	0
Miscelánea	1.400	1.240	1.692	1.230	1.533	2.710	3.503
Total	3.185	3.050	3.995	2.651	2.108	4.850	8.692
Países (%):							
Reino Unido	53,4	63,9	53,7	52,9	22,0		7,8
Estados Unidos	1,2	6,6	15,3	21,5	31,0		39,8
Otros	45,4	29,5	31,0	25,6	47,0		52,4
Francia	20,7	13,9	11,5	4,5	7,0		5,9
Alemania	8,6	5,7	7,9		2,0		5,8
Suiza					9,0		12,2
Bélgica					13,0		
Holanda					2,9		6,3

Fuentes: V. L. Phelps, *The International Economic Position of Argentina*, Philadelphia, 1938; CEPAL, *El desarrollo económico de la Argentina*, Sgo. de Chile 1958, vol.V, págs. 252-301; Fiat-OECEI, *Argentina Económica y Social*, Buenos Aires 1974, 484-85; FIEL, *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, 1971; Ministerio de Economía, Secretaría de Programación y Coordinación Económica, *Inversiones extranjeras*, Buenos Aires, 1989; J. V. Sourrouille, B. Kosacoff y J. Lucángeli, *Transnacionalización y política económica en la Argentina*, Buenos Aires, 1985, pág. 18, E. Feldman y J. Sommer, *Crisis financiera y endeudamiento externo en la Argentina*, Buenos Aires, 1986, pág. 159.

Nota: Los montos estimados para el sector público corresponden, hasta 1945, a la emisión de títulos de largo plazo. A partir de 1955, a la deuda pública de corto y largo plazo con bancos extranjeros, y con organismos financieros internacionales. En 1976 había, por el mismo concepto, 3.090 millones de deuda privada. A fines de 1981, la suma de ambos rubros totalizaba 35.671 millones. En el mismo lapso, las nuevas inversiones y reinversiones autorizadas en el sector privado sumaban 3.664 millones.

to, que incluyó empresas de una variedad de bienes de consumo (Coca Cola, Crush, Gillette, Eveready, RCA Victor), comprendió también al sector químico-farmacéutico (Abbot, Squib, Pfizer, Parke Davis). En este último caso se trató ya de radicaciones nuevas, negociadas especialmente con el gobierno nacional, que anticipaban una oleada de inversiones ligada a las nuevas políticas públicas en la etapa que se estaba por abrir.

EL COMERCIO EXTERIOR: DE LA EXPANSIÓN A LA CRISIS

El comercio exterior argentino presentó en este período dos fases bien diferenciadas, una de moderada expansión en la década de 1920, y otra de retracción, relacionada con el derrumbe de los precios en los años treinta y del volumen físico en los cuarenta. En la segunda fase, lo más evidente fue la continua disminución de la participación de las exportaciones en el producto bruto interno (desde el 35% antes de 1930 hasta el 10% en 1950, según cálculos de Díaz Alejandro), frente al mayor peso de la demanda interna y del sector industrial a ésta ligado.

Las importaciones, reducidas cada vez más a lo indispensable, incrementaron paradójicamente su influencia sobre el nivel de actividad del aparato productivo. El sector exportador, aun canalizando un porcentaje cada vez menor de la producción disponible, era el que determinaba —vía la disponibilidad de divisas para insumos críticos y bienes de capital— la posibilidad de crecimiento del conjunto de la economía. De ahí que su deterioro terminó por desembocar en una severa crisis en 1949-1952. Se inauguraba así una época en la que las restricciones externas marcarían, a través

del mecanismo conocido como de *stop and go*, las pulsaciones de una economía en la que el crecimiento "fácil" por sustitución de importaciones había llegado a su fin.

Algunos indicadores del movimiento de las exportaciones e importaciones pueden ayudar a la comprensión de esta evolución. Las exportaciones mostraron en casi toda esta etapa una composición estable, asentada en los productos de la agricultura y la ganadería, que proveyeron ordinariamente entre el 90 y el 95% del valor total. Una excepción la constituyeron los años de la Segunda Guerra, en que los productos manufacturados no tradicionales alcanzaron una participación extraordinaria (el 19% en 1943), y en mercados no tradicionales (América Latina). Las dos guerras mundiales, por otra parte, marcaron coyunturas de predominio de los productos de la ganadería. Entre 1920 y 1939, en cambio, los productos agrícolas fueron mayoritarios.

La década de 1920 registró un aumento en el volumen físico de las exportaciones, claramente correlacionado con la expansión de la superficie cultivada con cereales, que alcanzó por entonces su límite máximo. Más errático fue el comportamiento de los precios, elevados durante la Primera Guerra y hasta 1920, sometidos luego a una fuerte contracción y recuperados parcialmente hacia el final de la década. Por ello, los valores totales registraron dos picos casi equivalentes, en 1919-1920 y en 1927-1929. En tanto, los términos de intercambio, luego de una fuerte baja en los primeros años, recuperaron hacia 1928 (aunque por poco tiempo), el nivel que habían presentado en la preguerra.

En los años treinta, el volumen exportado, con algunos altibajos, mantuvo las elevadas marcas del decenio anterior, pero los precios,



Vista del puerto de la ciudad de Buenos Aires. Exportación de cereales. *El Banco de la Nación Argentina en su 75º aniversario.*

tras el derrumbe de 1930-1932, estuvieron en un promedio mucho más bajo. En los años cuarenta, en cambio, los precios comenzaron a elevarse hasta alcanzar, en dólares corrientes, su récord histórico. No obstante, esto vino acompañado por una merma en el volumen físico, que reflejaba el retroceso de la superficie sembrada con cereales en provecho de otros destinos (ganadería, cultivos industriales), y que haría sentir sus efectos durante la década siguiente.

En cuanto a los términos del intercambio, hubo ciertamente una fuerte caída en la primera parte de los años treinta, para volver a fines de esa década (aunque tan fugazmente como en 1928) a los niveles previos a 1914. Pero el momento dorado lo constituyeron los años de 1946 a 1948, cuando llegaron a alturas su-

periores incluso a las de 1910-1913. Si a esto se suman los amplios superávits acumulados durante la guerra por la reducción forzosa de las importaciones, se puede comprender la engañosa situación de bonanza que presentó el sector externo, en el preciso momento en que la estrechez de los volúmenes exportables estaba incubando dificultades destinadas a perdurar.

Pero algunos de los aspectos más interesantes de este período fueron los cambios en la estructura de origen y destino del comercio exterior, así como su relación con algunos rasgos de la política económica vigente. El punto de partida lo constituyó lo que se dio en llamar la "relación triangular" desarrollada durante los años veinte con Gran Bretaña y los Estados Unidos. En los años previos a 1914, el primero de esos países detentaba una posición

de liderazgo indiscutido, con más del 30% de las importaciones y exportaciones argentinas, secundado a mucha distancia por Alemania. La guerra introdujo un fuerte cambio. El trastornamiento de los circuitos normales de abastecimiento de manufacturas benefició a los Estados Unidos, que desde una participación secundaria pasó a desplazar al Reino Unido del primer lugar en las importaciones, con nada menos que el 35% del total.

Durante los años veinte, los Estados Unidos lograron mantener su posición en las importaciones (entre el 20 y el 26%), a la vez que absorbían sólo entre el 10 y el 12% de las exportaciones. Inglaterra, relegada al segundo puesto como proveedora de manufacturas, continuaba siendo la principal compradora, con el 31 o el 32%. Se daba así la situación paradójica de que buena parte de las divisas que la Argentina obtenía a través del superávit con Gran Bretaña, casi 1.400 millones de dólares en el período 1921-1930, era gastada en importaciones de los Estados Unidos, país con el que se acumulaba un déficit comercial de unos 1.000 millones de dólares.

En rigor, estos desequilibrios se compensaban en gran parte con los movimientos financieros que la Argentina mantenía con los mismos países. Según los cálculos de Phelps, el servicio de intereses y dividendos de los capitales británicos insumió en ese período unos 1.000 millones, mientras que por el lado norteamericano, se registró la entrada de capitales por unos 700 millones de dólares. Por otra parte, el tipo de productos en los que ambos países basaban su liderazgo mostraba un marcado perfil diferencial. Más del 80% de las importaciones desde los Estados Unidos correspondía al grupo de maquinaria, automotores, neumáticos y petróleo. En cambio, Inglaterra asentaba

más del 75% de sus ventas sobre el trípode formado por textiles, hierro y acero, y carbón.

Hacia fines de la década estos desequilibrios mostraban una tendencia a agravarse, a lo que contribuía no poco la política comercial de los Estados Unidos. El embargo sobre la carne argentina por la fiebre aftosa fue, en 1927, uno de los hitos salientes. Fundado sobre la base de un problema sanitario real, se inscribió en un contexto de restricciones a la entrada de otros productos agrícolas y ganaderos, endurecidas más aún en 1930. De ahí los intentos de las autoridades argentinas, a través de negociaciones como la de la misión D'Abernon de 1929, de reforzar los lazos con Inglaterra, que seguía manteniéndose abierta a los productos argentinos. El problema iba a desplegar toda su importancia cuando a partir de la crisis, el proteccionismo y las devaluaciones competitivas, el comercio multilateral cedió su lugar a un bilateralismo que dejaba muy poco espacio para la compensación de los saldos entre terceros países. Si los préstamos norteamericanos en los años veinte habían podido financiar parcialmente el desbalance, la crisis del mercado de Nueva York cerraba esa alternativa en los años treinta.

Es así como en la década de 1930 se operó una fuerte reorientación del comercio exterior argentino. El instrumento utilizado fue el control de cambios, destinado originalmente a resolver otro problema que la crisis ponía en evidencia: el peso de los servicios del capital extranjero. Esta variable, que había tenido una fuerte incidencia en vísperas de 1914 (cuando insumía el equivalente al 35% de las exportaciones), se elevó a niveles inmanejables cuando sobrevino la gran baja de los precios. De acuerdo a los cálculos de Phelps, hubiera absorbido en 1932-1933 nada menos que el 50% de las exportaciones. Hasta ese momento, el

CUADRO 2
EVOLUCIÓN DEL COMERCIO EXTERIOR ARGENTINO POR QUINQUENIOS 1910-1989
(en millones de dólares corrientes)

Años	Exportación	Importación	Saldo
1910-1914	414,20	406,80	7,40
1915-1919	657,20	407,40	249,80
1920-1924	687,60	647,40	40,20
1925-1929	903,00	748,80	154,20
1930-1934	430,80	361,40	69,40
1935-1939	546,60	400,90	145,70
1940-1944	534,00	304,10	229,90
1945-1949	1.169,60	958,10	211,50
1950-1954	1.085,00	1.103,10	(18,10)
1955-1959	970,20	1.165,50	(195,30)
1960-1964	1.206,80	1.224,80	(18,00)
1965-1969	1.506,20	1.232,80	273,40
1970-1974	2.530,20	2.267,40	262,80
1975-1979	5.347,80	4.335,20	1.012,60
1980-1984	8.146,20	6.879,20	1.267,00
1985-1989	8.063,00	4.776,40	3.286,60

Fuente: P. Gerchunoff y L. Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1998, págs. 466-468.

instrumento ante la crisis externa había sido la devaluación. Pero esa devaluación encarecía las divisas que necesitaba el propio gobierno para atender la deuda pública.

En ese contexto se inscribe la decisión adoptada en diciembre de 1931, de racionar las divisas y mantener un control sobre su precio, a través de una Comisión de Control de Cambios. Esta decisión, paradójicamente, abriría un ancho camino para procesos no necesariamente vinculados, como la industrialización por sustitución de importaciones y la reorientación del comercio exterior. Al fijarse un orden de prioridades en el otorgamiento del cambio, ahora monopolizado por el Estado, quedaron de hecho relegados los artículos de consumo no indispensables y las remesas financieras al margen de las de la deuda pública (por ejemplo, las utilidades de las compañías extranjeras).

Este esquema se modificó en noviembre de 1933, tras la firma del primero de los convenios bilaterales, con Gran Bretaña. El orden de prioridades después de la deuda pública, pasó a determinarse por el país de origen de los bienes, y el mercado de cambios fue desdoblado para dejar en el segmento libre a todas aquellas importaciones y remesas que no obtuvieran el permiso. Las importaciones de los Estados Unidos, por su condición de país sin convenio y su balance deficitario, quedaron sistemáticamente relegadas al mercado libre, donde el precio de las divisas fue de entre el 15 y el 20% más alto que en el oficial. Así pues, en 1935 su participación bajó al 13,6%, frente al 24,7% de Gran Bretaña. Las importaciones de maquinaria y automotores, uno de los rubros en los que era dominante, bajaron del 17,6% del total en 1924-1926 a sólo el 5%.

Hacia fines de los años treinta, la mejora del sector externo trajo un angostamiento de las diferencias cambiarias y una recuperación de las importaciones de los Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra, la política de discriminación de las importaciones cayó en desuso. La preocupación previa por los mercados para las exportaciones, pasó a desplazarse hacia las importaciones, debido a la escasez del suministro de insumos industriales y a la conflictiva relación que la política de neutralidad argentina acarreó con la principal potencia proveedora de esos artículos, los Estados Unidos.

La participación de los Estados Unidos trepó de todos modos a más del 30%, para alcanzar su máximo en la posguerra, durante el extraordinario *boom* de reequipamiento de 1947 y 1948, con el el 50% del total. Luego, la creciente restricción de divisas haría bajar esos niveles y serían los acuerdos de financiación y cambio los que determinarían el origen cambiante de las importaciones. Gran Bretaña, mientras tanto, mantuvo su posición de principal adquirente de las exportaciones argentinas, en una proporción muy superior al valor de sus ventas. Su momento culminante fue el de la guerra, en que trepó a un máximo de casi el 40%. Fruto de ese desbalance fueron los amplios saldos en libras inconvertibles, que finalmente se aplicaron a la compra de los ferrocarriles y otros activos británicos.

LAS INVERSIONES EXTRANJERAS Y EL COMERCIO EXTERIOR ENTRE 1950 Y 1983

Hacia 1950 comenzó a delinearse una nueva etapa, caracterizada por un fuerte y sostenido crecimiento —que se mantendría por

más de veinte años— en el conjunto del sistema económico internacional. La reorganización del sistema monetario en torno al dólar, y el nuevo marco institucional que emergió de los acuerdos de Bretton Woods (FMI, Banco Mundial, GATT), permitieron el gradual retorno a la convertibilidad de las monedas europeas y la restauración del sistema multilateral de pagos. El resultado fue un enorme aumento de los flujos comerciales y financieros internacionales, que volvieron a retomar el dinamismo que tenían antes de 1930. Las exportaciones de capital, tanto entre países industrializados como hacia el resto del mundo (particularmente, Asia y América Latina) tomaron fuerte impulso, inicialmente bajo la forma de inversiones directas efectuadas por las grandes corporaciones transnacionales.

Hacia comienzos de los años setenta, el deterioro monetario, sumado al impacto de la crisis del petróleo, abrió un período de desaceleración y profundos reajustes en la economía mundial. Al mismo tiempo, la movilidad de los capitales se amplió fuertemente. El reciclaje de los “petrodólares” proveyó una inyección de fondos en los mercados financieros que se volcaron a operaciones internacionales en una escala no conocida desde 1914, con una renovada preponderancia de las inversiones de cartera. Todo esto iba a llevar en línea directa a la globalización de los mercados financieros y a la crisis de sobreendeudamiento de los “países emergentes” de los años ochenta.

EL COMERCIO EXTERIOR: DE LA CRISIS A UNA NUEVA EXPANSIÓN

El comercio exterior argentino presentó, en relación con el contexto internacional que se acaba de indicar, algunos rasgos diferencia-

les. Iniciada la etapa bajo el peso de una fuerte crisis externa —producto, entre otros factores, de la insuficiente capacidad exportadora—, hubo toda una primera fase en la que el nivel de exportaciones no logró superar los valores previos a esa crisis. Recién en 1962 se superó el promedio de 1945-1949, cerrándose un largo período de estancamiento en el volumen físico. Todavía habría que esperar a 1969 para quebrar el récord de 1948. Fruto de esta situación fue el recurrente déficit —para algunos, estructural— de la balanza comercial y de pagos. Durante tres lustros consecutivos (de 1950 a 1964), su saldo promedio sería de signo negativo.

A comienzos de los sesenta se abrió, en cambio, una fase de mayor dinamismo, signada por un crecimiento tanto en valor como en volumen físico de las exportaciones, que se aceleró y culminó en el inicio de los años ochenta. Su valor total aumentó, a partir de 1963, casi seis veces, alrededor del 140% entre 1963 y 1973, y otro tanto en el decenio posterior. Si en la primera década esto se debió en gran parte a una mejora de los precios unitarios, el papel principal en la siguiente estuvo dado por el aumento del volumen físico, de más del 80%.

Este dinamismo exportador, que permitió acumular un superávit comercial casi continuo de dieciocho años (entre 1963 y 1979), se trocó en 1980 en un déficit de dimensiones colosales, por el efecto combinado de las políticas cambiaria, arancelaria y financiera, que culminó con la gran crisis de sobreendeudamiento de 1981-1983. A partir de entonces se abrirá una etapa de continuado superávit, de proporción sólo equivalente al de las dos guerras mundiales (40% de las exportaciones), pero ya no simplemente como signo de una

bonanza exportadora, sino como expresión del pesado tributo financiero que gravaba la economía nacional.

De lo expuesto se entiende por qué el comercio exterior (exportaciones más importaciones) continuó reduciéndose hasta los años sesenta, hasta ubicarse en un mínimo de 14% del producto bruto interno. Menos previsible es el valor que arrojó ese coeficiente en los años de apertura económica de 1979-1981, apenas el 15,8% frente a más del 17% de los años “proteccionistas” de 1972-1974.

Otro aspecto significativo de las exportaciones argentinas del período estuvo dado por los cambios en su composición. Hasta 1962, el mencionado estancamiento vino acompañado de un predominio de los bienes de origen ganadero. A partir de entonces, el aumento de la superficie y el rendimiento de los cereales y otros cultivos (sorgo, soja) hicieron pasar a un primer plano a los productos agrícolas. En el mismo período fue tomando importancia la exportación de productos manufacturados. Respaldada por una política de promoción de las exportaciones no tradicionales que comenzó en la década de 1960, su crecimiento reflejó hasta mediados de los años setenta el progreso de la industrialización por sustitución de importaciones, y el relativo grado de adelanto de la industria argentina en el mercado latinoamericano. Así, las manufacturas de origen industrial, compuestas principalmente por productos químicos y metalmecánicos, pasaron de menos del 8% al 20% de las exportaciones en 1974.

Hacia fines de la década de 1980, y bajo el estímulo combinado de una fuerte depreciación cambiaria, el descenso de la demanda local y una baja relativa de los precios agrope-

CUADRO 3
COMERCIO EXTERIOR ARGENTINO POR PAÍSES 1911-1983
(en porcentajes)

Años	1911-1913	1922-1924	1928-1930	1935	1945-1949	1955-1959	1965-1969
Exportación							
Estados Unidos	7,6	10,2	9,3	12,0	13,5	12,7	8,4
Reino Unido	31,5	31,4	32,5	34,3	31,4	23,8	9,4
Alemania	14,6	11,2	10,8	6,9	0,1	9,4	5,4
Italia	4,2	3,7	6,3	4,0	7,6	8,3	15,3
Otros Europa					26,7	19,2	24,1
Brasil					6,7	8,6	7,6
Importación							
Estados Unidos	14,8	21,7	23,9	13,6	28,4	21,1	22,6
Reino Unido	30,5	23,5	19,0	4,7	17,2	10,8	6,4
Alemania	17,2	12,2	11,6	8,5	1,6	10,4	10,2
Italia	8,3	7,3	8,9	4,7	6,0	4,9	7,0
Otros Europa					17,2	13,6	15,7
Brasil					13,4	7,9	11,9
1980-1983				1980-1983			
Exportación	EE.UU.	10,2		Importación	EE.UU.	22,0	
	URSS	23,5			Japón	8,8	
	Holanda	8,5			Alemania	9,6	
	Brasil	7,4			Brasil	11,9	

Fuentes: V. L. Phelps, *The International Economic Position of Argentina*, Philadelphia, 1938; Fiat-OECEI, *Argentina Económica y Financiera*, Buenos Aires, 1966, pág. 279; Fiat-OECEI, *Argentina Económica y Social*, Buenos Aires 1974, pág. 476; M. Rapoport y colaboradores, *Historia económica y social argentina*, Buenos Aires, 2000.

cuarios, las exportaciones de manufacturas de origen industrial lograron superar el umbral del 30%. Al mismo tiempo se produjo un importante cambio de composición. El acero y los metales básicos sustituyeron ahora a la maquinaria y equipos de transporte como rubro principal en el grupo metalmeccánico, mientras que el petróleo y la petroquímica ocupaban el primer lugar en el sector químico. Se trataba de las nuevas *commodities* industriales, surgidas en los años setenta al calor de la promoción estatal, y del petróleo, devenido en rubro exportable bajo el impacto de una oleada de inversiones privadas, nacionales y extranjeras.

En cuanto a las importaciones, hubo también en esta etapa algunos cambios destacables, ligados mayormente al impacto de las políticas públicas y a los avatares del proceso de industrialización. Uno de los cambios más ponderables a comienzos de la década de 1960 fue la reducción de la incidencia del petróleo, que había insumido alrededor del 20% de las importaciones en los años previos. Esto se puede relacionar con las nuevas políticas del gobierno de Frondizi, que originaron, a partir de 1958, una oleada de inversiones extranjeras en el sector. Inversamente, los rubros de transporte y bienes de capital crecieron del 25% en 1955-1959 al 43% en 1960-1964, en concor-

dancia con las mayores facilidades para la importación de maquinaria y equipo, y con el fuerte aumento de la inversión extranjera directa, particularmente en la rama automotriz, cuyo rubro "materiales y útiles" duplicó su participación. Por el otro lado, los bienes de consumo registraron un fuerte descenso hasta menos del 5% en la década de 1960, y luego una intensa aunque breve recuperación durante los años de apertura y retraso cambiario de 1979-1981.

La mayor firmeza de los precios de las importaciones determinó, en esta etapa, una tendencia de conjunto desfavorable en los términos del intercambio. Sólo a principios de los setenta el alza de los precios de exportación revirtió el signo de la tendencia. Luego, la crisis del petróleo impulsaría más fuertemente el precio de los bienes importados y llevaría a un nuevo descenso de los términos de intercambio. Éste se acentuaría en los ochenta, cuando los precios de exportación comenzaron a descender, en tanto que los de importación se mantenían. Los años de la crisis de la deuda coincidirían así con los de mayor deterioro en la capacidad de pago del país.

Durante esta etapa se evidenciaron algunos cambios importantes, así como significativas continuidades, en la estructura de origen y destino de exportaciones e importaciones. Por el lado de las continuidades, uno de los rasgos perdurables fue el de la marcada triangularidad de los intercambios con el exterior. Los Estados Unidos mantuvieron su condición de liderazgo como proveedores (con más del 20%), así como la menor cuantía de sus adquisiciones (entre el 8 y el 12%). Durante la mayor parte del período, el otro vértice del triángulo estuvo constituido por los países de Europa occidental. Inicialmente Gran Bretaña, que hacia



Edificio de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires.

fin de los cincuenta compraba casi el 24% de la exportación argentina y vendía alrededor del 10%. Su declinación fue, sin embargo, uno de los fenómenos más ostensibles. Su posición fue ocupada por Alemania, por el lado de las importaciones (a partir de 1958, ocupó el segundo puesto) y por Italia, por el lado de las exportaciones, acompañada por todo el bloque del Mercado Común Europeo. La crisis del petróleo traería un impacto negativo en las compras del Mercado Común e impondrían la búsqueda de una diversificación. Así surgiría la Unión Soviética en el primer lugar de las exportaciones argentinas (el 23% entre 1980 y 1983) en el preciso momento en que la política del gobierno argentino, en manos de la Junta Militar, mostraba su signo ideológico más adverso.

*LAS INVERSIONES EXTRANJERAS ENTRE
1950 Y 1983*

Al igual que en las fases previas, los flujos de inversión extranjera en esta etapa estuvieron determinados por variables de índole externa e interna. Por una parte, por la dinámica de los países exportadores de capital y de las firmas multinacionales. Por la otra, por las ventajas de localización que ofrecía el mercado argentino, en función de la evolución económica local y sobre todo, de las políticas implementadas por los sucesivos gobiernos que ofrecieron condiciones más o menos favorables para la radicación de capitales extranjeros.

La corriente de inversiones externas que se inició en los años cincuenta fue parte de un proceso general de expansión internacional de las empresas multinacionales que tuvo lugar desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de los sesenta. Dos de sus rasgos característicos fueron el predominio de la inversión industrial directa, y su orientación no sólo hacia los países industrializados, sino también hacia los países periféricos en vías de industrialización mediante el proceso de sustitución de importaciones.

El contexto local, entre 1950 y 1976, estuvo signado por políticas activas de protección a la industria por parte del Estado, destinadas a profundizar la sustitución de importaciones a través de la producción de algunos bienes críticos. Al terminar la etapa anterior se había hecho evidente que el modelo de industrialización basado en la producción de bienes de consumo para el mercado interno generaba graves desequilibrios externos por el estrangulamiento de divisas. Frente a las limitaciones en la capacidad de ahorro local y la complejidad de las inversiones requeridas, se recurrió a la

inversión extranjera, si bien la legislación varió de acuerdo a la orientación de los diversos gobiernos que se sucedieron en el escenario local.

La evolución de las inversiones extranjeras muestra un lento crecimiento a lo largo de los años cincuenta, con una fase de aceleración entre 1959 y 1962, durante el gobierno de Frondizi, que desplegó una amplia estrategia de incentivos destinada a atraer la inversión al sector industrial, en lo concerniente tanto a la actividad manufacturera cuanto a la explotación del petróleo. Desde 1963 hasta 1967, el impulso se retrajo, aunque el stock de capital extranjero continuó incrementándose por efecto de la reinversión de utilidades.

Entre 1967 y 1970, la inversión extranjera volvió a crecer, estimulada por la política favorable del gobierno militar, durante la gestión de Adalberto Krieger Vasena; pero desde comienzos de los setenta, las políticas oficiales volvieron a endurecer las condiciones para la inversión externa, lo cual se tradujo en una reducción del flujo y del peso relativo de las empresas extranjeras en la economía local. A partir de 1976, la tendencia volvió a revertirse, en consonancia con una nueva legislación que eliminó las restricciones, y hasta 1981 tuvo lugar un ingreso muy significativo de inversiones, destinadas prioritariamente a la explotación de recursos naturales (petróleo y gas), a la actividad bancaria y financiera y a unas pocas ramas industriales. Paralelamente, se produjo un retroceso en el sector industrial como consecuencia de la política económica impulsada por José Alfredo Martínez de Hoz, que incluyó el retiro de algunas de las grandes empresas que se habían instalado en las décadas previas. Por último, a partir de 1982 y en un contexto de crisis generalizada, el flujo de la inversión extranjera volvió a decrecer.

Como una característica general de toda la etapa, cabe destacar la presencia dominante del capital norteamericano, en consonancia con la posición de los Estados Unidos en la economía mundial y con el dinamismo de sus empresas multinacionales. De acuerdo a las encuestas realizadas por el Banco Central en 1949 y 1955, la participación relativa de las empresas norteamericanas creció del 26% al 31% del total extranjero, ubicándose ya entonces en el primer lugar. Entre las nuevas inversiones radicadas a partir de 1958, su participación superó el 38%. Hacia 1976, una estimación oficial la ubicaba en el 40% del stock acumulado, y unos años después se la cifraba en alrededor del 50% de las nuevas inversiones autorizadas entre 1977 y 1983.

El otro rasgo distintivo fue el peso decisivo de las inversiones en el sector manufacturero, al menos hasta 1976. Mientras que en 1949 se ubicaban en el 37,5%, en 1976 alcanzaban el 67%. Por cierto que la diferencia era más notable con respecto a mediciones más tempranas, como la de 1934, en que los ferrocarriles todavía absorbían la mitad de la inversión en el sector privado, y las compañías de servicios públicos eran con mucho, el principal destino de la otra mitad.

LOS AÑOS CINCUENTA Y SESENTA Y LA EXPANSIÓN DE LAS INVERSIONES INDUSTRIALES

El nuevo rumbo del gobierno peronista

Como se ha señalado, hacia fines de los años cuarenta, el volumen del capital extranjero había llegado a su nivel más bajo. Las nacionalizaciones de los primeros años de la gestión peronista habían hecho desaparecer algunos

de los rubros más importantes de la inversión externa, al tiempo que la política restrictiva implementada desde el Banco Central, y el sistema de control de cambios con tipos múltiples, al dificultar las remesas, desalentaban las nuevas inversiones.

Sin embargo, fue en este período en que tuvieron lugar las primeras políticas activas a favor de la radicación del capital extranjero. Por una parte, el gobierno celebró acuerdos con laboratorios norteamericanos y europeos, ya mencionados, que permitieron comenzar la producción de algunos elementos básicos (penicilina y otros antibióticos), en un contexto de fuerte protección y reserva del mercado.

También hubo entonces importantes negociaciones con grupos empresarios italianos, que dieron lugar a experiencias difícilmente catalogables en los moldes clásicos de la inversión externa directa. El caso más emblemático es el de Techint. Fundada como compañía técnica en Italia por el ingeniero Rocca en 1945, se involucró en obras públicas desde su instalación en la Argentina en 1947, y desde 1951 se volcó —con licencias y participaciones externas— a la instalación de establecimientos industriales, de los cuales Dalmine-Siderca, de caños de acero sin costura, fue el más destacado.

Pero fue a partir de 1953 cuando el gobierno modificó más radicalmente su anterior postura, mediante la sanción de una ley de inversiones extranjeras. La ley 14.222 fue parte del nuevo rumbo adoptado para enfrentar la crisis desatada entre 1949 y 1952. Frente a la restricción de divisas, la inversión directa extranjera debía contribuir a sustituir importaciones a través de la fabricación local de insumos, maquinaria y bienes de consumo durables.

Por primera vez se estableció en el país un *status* legal para las inversiones de capital ex-

tranjero y un régimen especial para su funcionamiento. El régimen de radicación abarcaba a capitales extranjeros destinados a invertirse en la industria o la minería, bajo la forma de divisas, equipo, o patentes u otros bienes inmateriales. Se establecía un tratamiento similar al de los capitales nacionales, pero las empresas debían satisfacer requisitos en cuanto al tipo de actividad, métodos de producción, equipos y otros rubros.

También se permitía la transferencia de utilidades al exterior (con un límite de hasta el 8%) y la repatriación de capitales (en cuotas anuales a partir de los diez años). Bajo estas condiciones se eliminaban los obstáculos que derivaban del sistema de control de cambios, ya que las inversiones que obtuvieran la aprobación del gobierno contaban con privilegios o garantías en lo relativo al tipo de cambio. A su vez, el Poder Ejecutivo podía conceder beneficios adicionales a las inversiones a través de la exención de derechos aduaneros o su declaración de "interés nacional", que les permitía acogerse al régimen de promoción industrial.

Una de las prioridades establecidas fue la fabricación de tractores, ya que la mecanización del campo era concebida como un camino para elevar la productividad del sector agrario y con ella, los saldos exportables. Con este fin, el Poder Ejecutivo aprobó la instalación de cuatro fábricas: Fiat, Deutz, Fahr y Hanomag.

Otro de los objetivos fue la promoción de la producción local de insumos; entre ellos, el petróleo, cuya importación sumaba más del 20% del total de las compras al exterior. A fin de reducir estas erogaciones, el gobierno realizó, en 1955, gestiones para otorgar una concesión en la Patagonia a una filial de la Standard Oil, la California Argentina de Petróleo, pero

no logró la aprobación del Poder Legislativo. La propuesta chocaba con la resistencia de buena parte del espectro político —tanto del oficialismo como de la oposición—, la cual se encontraba también fuertemente arraigada en la sociedad. Otros sectores productores de insumos, como la siderurgia, estaban reservados a las empresas nacionales, con un protagonismo destacado de empresas públicas o mixtas. En esta rama, el aporte se gestionó a través de un crédito del Eximbank para la construcción de la acería de SOMISA en San Nicolás.

Por último, se intentó ahorrar divisas a través de la producción de automóviles y camiones, ya que el parque automotor estaba muy envejecido y su modernización hubiera implicado un aumento significativo de las importaciones, como sucedió en el período 1945-1948, en el que ingresaron al país más de 126.000 vehículos. Con este fin se negoció la instalación de una fábrica de automóviles y vehículos livianos en Córdoba (Industrias Kaiser Argentina, con participación minoritaria del Estado argentino) que representó el 65% del total de la inversión radicada bajo el régimen de la ley, y se iniciaron tratativas con Mercedes Benz para la fabricación de camiones. En estos rubros (al igual que en los tractores), el objetivo del gobierno era que la inversión extranjera complementara la actividad de las empresas públicas nucleadas en la Dirección Nacional de Fabricaciones e Investigaciones Aeronáuticas (DINFIA).

Más allá de sus fines, los resultados de la legislación fueron modestos, ya que sólo se obtuvieron radicaciones por un total de 12 millones de dólares, de los cuales, 8 millones correspondían a automóviles y tractores y 2, a la industria química. Por otra parte, la ley estuvo en vigencia sólo durante dos años, en una

etapa de crecimiento pero de fuerte conflictividad política, que tornaba el contexto local poco atractivo.

El boom de la inversión externa en la etapa desarrollista

Tras la caída del peronismo, la creación de un mercado libre de cambios tornó inoperante la aplicación de ley 14.222, que fue derogada a fines de 1955. En un diagnóstico realizado entonces sobre la situación de la economía argentina, Raúl Prebisch señalaba la necesidad de atraer capital extranjero por la insuficiencia de los recursos locales, propuesta que fue obteniendo un creciente consenso entre los grupos gobernantes. De todas formas, las radicaciones autorizadas durante el gobierno de la Revolución Libertadora fueron limitadas; en 1956 y 1957 alcanzaron un total de 37,5 millones de dólares, principalmente en petroquímica y especialidades medicinales.

El gran salto se produjo a partir de 1958, con la implementación del programa desarrollista. La promoción de la inversión extranjera fue uno de los ejes centrales de la política de Frondizi, ya que su propuesta de expandir e integrar la economía a partir de la producción de insumos básicos que antes se importaban, requería un masivo aporte de capital externo, dada la limitada capacidad interna de ahorro.

El primer paso fue la firma, a poco de asumir el gobierno, de diez contratos de explotación con empresas petroleras extranjeras, gestionados en forma directa por YPF. El Poder Ejecutivo eligió la contratación directa para evitar que las negociaciones quedaran supeditadas a la aprobación del Congreso. Entre 1958 y 1962, la producción de petróleo creció

a un ritmo del 30% anual y se alcanzó el autoabastecimiento en diciembre de 1962.

El segundo paso fue la aprobación de una serie de leyes destinadas a atraer la inversión extranjera, ofreciendo condiciones altamente favorables que se completaban con regímenes especiales de fomento a los sectores cuya expansión se consideraba crítica (automotores, tractores, motores de combustión interna, petroquímica y papel y celulosa). A fines de 1958 se sancionó la nueva ley 14.780 de inversiones extranjeras, que cubría todas las actividades productivas (no sólo la industria y minería). Dicha ley garantizaba la igualdad jurídica con los capitales nacionales y la libre transferibilidad de utilidades a través del mercado libre de cambios; la repatriación del capital no quedaba sujeta a otras limitaciones que las que se hubieran establecido al aprobar la inversión, y consideraba como aportes de capital la entrada de divisas, maquinarias, equipos e instalaciones y materias primas y repuestos. Paralelamente se aprobó una ley de garantía de inversiones que aseguraba contra los riesgos de la inconvertibilidad cambiaria, y se arreglaron las diferencias pendientes por inversiones de la etapa anterior.

La ley se articuló con la 14.781 de promoción industrial —que incluía un régimen de excepción para la importación de bienes de capital—, y con los regímenes especiales de fomento que regularon —a través de decretos— la promoción para sectores específicos. Estas disposiciones ofrecieron estímulos adicionales para las empresas que se radicaran en las actividades promovidas, al garantizarles el acceso privilegiado a un mercado interno fuertemente protegido de la competencia exterior.

Entre 1958 y 1962, el Poder Ejecutivo autorizó radicaciones de 254 proyectos, por un monto de más de 550 millones de dólares. Só-

lo el 4% de ellos se destinaba a la ampliación de empresas ya instaladas en el país, mientras que el 96% restante correspondía a nuevos emprendimientos.

La orientación de las inversiones favoreció fundamentalmente a la industria petroquímica y a la automotriz, que recibieron el 60% de los capitales radicados bajo el régimen. Las inversiones en maquinaria y metalurgia fueron del orden de los 30 a 40 millones de dólares, y las de especialidades medicinales y otros productos químicos y plásticos, de unos 10 millones. Los 25 mayores proyectos concentraban el 67% de las inversiones, y dentro de ellos, las tres automotrices norteamericanas absorbían el 20%. Otros grandes emprendimientos eran los de las compañías petroquímicas (PASA, Duperial, Indupa, Ipako), destilerías de petróleo (Shell) y aluminio (este último, no concretado).

El gran monto de la inversión se explica por las ventajas que ofrecía el nuevo régimen, dada su liberalidad casi absoluta con respecto a la transferencia de utilidades y la repatriación de capitales, y la posibilidad de acogerse al régimen de promoción industrial, que les permitía operar en un mercado interno altamente protegido. Al mismo tiempo, por su coincidencia con la etapa de mayor expansión de las empresas multinacionales en el escenario internacional.

Avances y retrocesos entre 1962 y 1976

La corriente de inversiones alcanzó su nivel más alto en 1961; desde entonces, se registró una caída que llegó a su punto más bajo en 1966. Este cambio de tendencia estuvo, sin duda, condicionado por la crítica situación de la economía argentina en 1962 y 1963 y, luego, por la política más restrictiva adoptada por el

gobierno radical. Al poco tiempo de asumir su mandato, el presidente Illia anuló los contratos petroleros firmados durante el gobierno de Frondizi, iniciando con ello un cambio de actitud que se fue plasmando en una mayor dureza para la autorización de la inversión directa, en los controles a las operaciones con divisas y en un mayor rigor en el cumplimiento de los programas de integración local de la industria.

Más allá de las políticas oficiales, después del *boom* de 1959-1961 se fue produciendo, en forma paralela, un proceso de decantación, ya que el monto de radicaciones excedía largamente a la demanda local. El caso más emblemático fue el de la industria automotriz, en la que de 26 proyectos aprobados en 1959-1960, tres no llegaron a producir, diez cerraron sus puertas para 1964 y otros cuatro para 1967. Las empresas que sobrevivieron fueron las tres grandes norteamericanas (Ford, General Motors y Chrysler) y las mayores europeas (Renault, Fiat, Citroën, Peugeot, Mercedes Benz). La demanda, reprimida por más de dos décadas, permitió un crecimiento explosivo de la producción en los primeros años, pero a partir de 1965, ésta se estabilizó en valores cercanos a los 200.000 vehículos anuales.

A partir de 1966 se produjo una reactivación de los flujos de inversión, aunque las radicaciones aprobadas, 103 millones de dólares entre 1967 y 1969, fueron muy inferiores a las de comienzos de la década. El 50% correspondía a plantas de matricería para automotrices; el resto, a ampliaciones de plantas instaladas con anterioridad. El ingreso de capitales, según la estadística de la balanza de pagos, fue muy superior, pero se orientó principalmente hacia la financiación de corto plazo y la compra de activos existentes. Esto afectó particularmente a las fábricas de cigarrillos, a los

bancos y entidades financieras y al sector autopartista: informes contemporáneos registraban la venta de 29 empresas en estos tres sectores. La devaluación de 1967 y el restablecimiento de un mercado único de cambios facilitaron estas transferencias. La nueva ley de hidrocarburos de 1967 volvió a autorizar los contratos y concesiones con empresas privadas nacionales y extranjeras, que sólo se concretaron —por montos limitados— a partir de 1968.

Desde 1970 hasta 1975, los sucesivos gobiernos volvieron a endurecer su posición hacia las empresas extranjeras, con lo que se redujo sensiblemente el número de radicaciones autorizadas (28 millones de dólares entre 1970 y 1972 y sólo 16 millones entre 1973 y 1975). En 1970 y 1971, durante la segunda etapa del gobierno de la Revolución Argentina, se dictaron nuevos instrumentos legales que reemplazaron a la ley 14.780. La ley 18.587 introdujo modificaciones en los regímenes de promoción industrial, mientras que la 19.151, de inversiones extranjeras, limitó el acceso al crédito bancario interno y exigió la nominatividad de las acciones, la contratación del 85% de personal local en las áreas de dirección técnica y profesional, y la publicidad, previa a la autorización, de los futuros contratos de promoción con el Estado, creándose también un Registro de Inversiones.

Tanto durante la presidencia de Frondizi como, en menor medida, en la de Onganía, el Estado había asignado a la inversión extranjera un papel relevante en las áreas más dinámicas de la actividad económica; en cambio, entre 1970 y 1975, los sucesivos gobiernos darían prioridad a las firmas nacionales, a través de mecanismos específicos de promoción, y de restricciones al ingreso y al accionar de los ca-

pitales externos. En una serie de sectores estratégicos —siderurgia, hierro, aluminio, petroquímica, papel y celulosa—, los principales beneficiarios fueron grupos económicos nacionales, que vieron fortalecida su posición con respecto a las firmas transnacionales.

La ley 20.557 de inversiones extranjeras, sancionada en 1973 con el apoyo de los partidos mayoritarios, estableció un marco legal mucho más restrictivo que cualquiera de las anteriores. De acuerdo a sus disposiciones, en ningún caso podría otorgarse un tratamiento más favorable a los inversores extranjeros que a los nacionales, y se requería la aprobación del Congreso para la radicación de las empresas cuyo capital fuera en su totalidad extranjero. La ley vedaba a las firmas extranjeras el acceso a un gran número de actividades que consideraba estratégicas y prohibía la adquisición de empresas nacionales por parte de capitales externos. También limitaba el giro de utilidades y el acceso al crédito interno e instituía un régimen general de control. En forma paralela, el gobierno peronista privilegió la negociación con empresas europeas, en detrimento de las norteamericanas.

Este viraje reflejaba la postura de las fuerzas políticas mayoritarias, a la vez que se hacía eco de los debates sobre la contribución efectiva de la inversión extranjera al desarrollo del país y de las críticas al proceso de concentración por el cual venía atravesando la economía local. Por otra parte, esos años eran los del apogeo en la difusión de la teoría de la dependencia, con una posición fuertemente crítica hacia las empresas multinacionales, y de la reticencia europea ante el "desafío americano".

La nueva legislación, la creciente conflictividad política y social y la crítica situación económica llevaron a que la inversión directa

en 1975 fuera nula. A ello contribuyó también la nueva situación internacional tras la crisis de 1973, que redujo los flujos de inversión. De todos modos, el stock de capital extranjero invertido en el país, de acuerdo al Registro de Inversiones Extranjeras, llegaba en 1976 a los 3.500 millones de dólares, como producto, en su mayor parte, de la reinversión de utilidades.

El impacto de la inversión externa en el período 1958-1976

La magnitud de la inversión extranjera, hasta comienzos de los setenta, se reflejó en forma directa en la industria manufacturera. Mientras que, para 1955, la participación de las empresas extranjeras en el total de la producción industrial ascendía al 18,4%, esta proporción se elevó al 24% en 1963 y al 28,2% en 1970.

De acuerdo al Censo Económico de 1963, casi el 50% de la producción manufacturera realizada por empresas extranjeras correspondía a establecimientos fundados a partir de 1958. Aunque, en términos cuantitativos, la inversión extranjera directa fue una pequeña parte de la inversión industrial (alcanzó un máximo del 13% en 1959), se concentró en áreas estratégicas y se destinó en su mayor parte a la instalación de industrias nuevas de tecnología compleja, lo cual implicó una efectiva importación de *know how*, con introducción de equipos especializados y procesos modernos. El censo revela también que, para comienzos de la década de 1960, el tamaño medio de las empresas extranjeras superaba muy largamente al del conjunto de las firmas, con niveles de productividad que más que duplicaban los de las empresas nacionales.

Hacia 1970, como se dijo, la participación de las firmas extranjeras en la producción industrial era del 28,2%, pero en algunas ramas —fabricación de automotores, elaboración de cigarrillos, construcción de motores y turbinas, fabricación de fibras artificiales y sintéticas, elaboración de bebidas no alcohólicas— superaba el 80%. En otras —fabricación de cámaras y cubiertas, medicamentos y productos farmacéuticos, productos químicos básicos, plásticos y resinas sintéticas, alimentos balanceados y destilación de bebidas alcohólicas— alcanzaba a más del 50%. También había aumentado la presencia de empresas extranjeras en la lista de las cien mayores firmas que operaban en el mercado local. Mientras que en 1957 abarcaba el 36% de las empresas líderes, esta proporción se duplicó en 1971, trepando al 72%.

La inversión externa actuó también como factor de estímulo a la inversión local, generando eslabonamientos que permitieron el desarrollo de una amplia trama de proveedores locales. Estos efectos fueron particularmente relevantes en la industria automotriz —a través de la expansión del sector autopartista— y en la química y petroquímica —gracias a la oferta de insumos para otras ramas—.

Los resultados sobre el balance de pagos fueron más controvertidos. Una primera cuestión fue que la radicación de empresas, desde fines de la década de 1950, implicó un incremento de las importaciones destinadas a equipar las nuevas plantas, a las cuales se sumaron los equipos importados para modernizar plantas ya existentes. Entre 1960 y 1962, las importaciones no sólo no se redujeron sino que estuvieron el 30% por encima de las de 1959, en lo cual incidió también la importación de bienes de capital para la industria lo-

CUADRO 4
 INVERSIÓN EXTRANJERA POR RAMO DE ACTIVIDAD,
 AL 31 DE DICIEMBRE DE 1949 Y AL 28 DE AGOSTO DE 1976
 (en porcentajes)

Años	1949		1976	
	% del Total	% Industria	% del Total	% Industria
Sectores				
Servicios públicos	25,52		4,52	
Banca, finanzas y seguros	16,21		7,93	
Comercio	12,15		5,87	
Servicios, varios	5,32		10,99	
Actividades primarias	3,31		4,11	
Industria	37,50		66,58	
Alimentos, bebidas y tabaco		30,23		11,39
Textiles		9,55		6,09
Petróleo		10,33		10,17
Caucho		5,17		5,02
Química		13,69		15,61
Metalúrgica, maquinarias		15,69		24,77
Subtotal ramas		84,65		73,05
Total	100,0		100,00	

Fuentes: Las mismas del cuadro 1.

Nota: Los rubros de las columnas 2 y 4 (% Industria) corresponden a los porcentajes de cada rama sobre la inversión extranjera industrial, solamente.

cal. Los ahorros netos de divisas sólo se lograron con la producción de petróleo. En cambio, la expansión del sector automotor sirvió más para evitar futuras importaciones que para sustituir las vigentes. Al tratarse de un sector productor de bienes de consumo, no solucionaba los desequilibrios provenientes de la importación de insumos, y en los primeros años incluso los agravó, ya que requirió de una alta proporción de elementos importados hasta que se fue desarrollando la producción local de autopartes.

Otras cuestiones clave fueron el giro de utilidades y la utilización del crédito interno. En el primer caso, la remisión de beneficios al exterior actuó como un contrapeso de los ingresos de capital. En el segundo, el acceso al

crédito local canalizó recursos internos hacia filiales de multinacionales.

Desde una perspectiva microeconómica, si bien el flujo de capital externo implicó una significativa modernización de los procesos productivos y de la gestión de las firmas, muchas de las filiales de empresas extranjeras estaban rezagadas con respecto a la frontera tecnológica internacional. En general, operaban con una escala muy inferior al tamaño óptimo de planta, por las dimensiones reducidas del mercado local. También era frecuente que la tecnología utilizada no fuera de punta, que se usaran maquinarias y equipos ya amortizados o que algunos de los modelos fabricados hubieran sido discontinuados en los países de origen, tal como sucedió en la industria automotriz.

*LAS INVERSIONES EXTRANJERAS ENTRE
1976 Y 1983*

La nueva etapa iniciada tras el golpe militar de marzo de 1976, caracterizada por la apertura de la economía y el retroceso del sector manufacturero, implicó un nuevo escenario para la inversión externa.

El plan económico del ministro Martínez de Hoz contemplaba un cambio de actitud hacia el capital extranjero, que se concretó con la sanción de un nuevo régimen legal que eliminó las principales restricciones implementadas durante el gobierno peronista. La ley 21.382, de agosto de 1976, estuvo en vigencia hasta fines de 1980. En ese año fue reemplazada por la 22.208, que flexibilizó aún más las condiciones. Las nuevas leyes acordaron a los inversores extranjeros los mismos derechos y obligaciones que regían para los inversores nacionales, autorizaron su acceso al crédito local y a los beneficios promocionales especiales y liberalizaron (con algunas restricciones) el giro de utilidades y la repatriación de capitales.

Las condiciones favorables ofrecidas por las autoridades argentinas y la oferta creciente de capitales en el mercado internacional coadyuvaron para que la inversión externa volviera a crecer. De acuerdo a los datos oficiales, que presentan algunos serios problemas metodológicos, el monto de inversiones extranjeras aprobadas ascendió a 2.854 millones de dólares corrientes entre 1977 y 1983, lo cual significaba un monto anual de más de 400 millones de dólares. A esta cifra se agregaba el 50% adicional por reinversión de utilidades y aportes automáticos. El grueso de las operaciones fue autorizado entre 1979 y 1981. En los dos últimos años hubo una fuerte merma, producto de la creciente inestabilidad local.

Con respecto al origen de las inversiones, continuó el predominio de las estadounidenses, con el 44%, seguidas ahora por las de Italia, que incrementó notoriamente su participación (16%), Francia (9,3%) y Alemania (8,8%).

En cuanto a la composición, casi el 25% de las inversiones (702,3 millones de dólares) estaba constituido por aportes transitorios para la explotación de petróleo y gas, el 17% iba al sector bancario y financiero, y el 5%, a comercialización y servicios.

En el segmento industrial se registraban cinco grandes ramas, que absorbían en conjunto el 37,7%. De ellas, casi la mitad eran operaciones del sector automotor. Sin embargo, se puede observar que una parte significativa de las operaciones consistía en la compra de acciones y activos extranjeros por otras empresas multinacionales, lo cual no suponía necesariamente un ingreso neto al país. Ese fue el caso de la venta de Chrysler a Volkswagen por 102 millones de dólares, o la compra de acciones por 170 millones dólares de Fiat Argentina por parte de Fiat Auto de Holanda.

El lugar ocupado por la industria automotriz, por otra parte, puede atribuirse a un conjunto de factores heterogéneos, que muestran el fuerte impacto de la apertura en esta rama, y las diversas estrategias de las grandes empresas terminales para afrontarla. Mientras algunas se expandieron (como fue el caso de Ford), otras se fusionaron (Fiat y Safran-Peugeot) o cesaron sus actividades (General Motors, Citroën y Chrysler —adquirida por Volkswagen—). Aparte de los aspectos ya señalados, el ingreso neto de capitales debería reajustarse por el efecto de la repatriación en el caso de las firmas que se retiraron del mercado.

En contraste con el período sustitutivo, el sector hacia el cual se canalizó la mayor canti-

dad de capital fue el petrolero, como reflejo del carácter estratégico de dicha actividad hacia fines de los años 1970, a raíz de la elevación del precio del crudo y de la búsqueda de nuevas fuentes de abastecimiento por parte de los países exportadores de capitales.

Aparte del sector petrolero, la mayor afluencia neta se registró en el sector financiero, más específicamente el bancario, con inversiones autorizadas por casi el 17% (473,6 millones de pesos) y la incorporación de quince nuevos bancos extranjeros. Este proceso se vio favorecido por la reforma financiera de 1977 y la liberación del mercado de capitales, en un contexto internacional de elevada liquidez y competencia oligopólica. Los años de mayores flujos fueron 1978 y 1979, tras la adopción del enfoque monetario de la balanza de pagos. A diferencia de las etapas previas, los nuevos bancos fueron esencialmente mayoristas.

Los datos procedentes de esta fuente deben compulsarse con los de la caída de la participación relativa de las empresas extranjeras industriales, en los cuales incidió el cierre de algunas de las empresas multinacionales de mayor facturación. De las 58 empresas extranjeras que había en 1975 entre las cien firmas con mayores ventas, en 1981 sólo quedaban 34, a las cuales se agregaban 15 nuevas empresas. De las 24 que desaparecieron del *ranking*, hubo cinco que cerraron, otras cinco fusionadas y el resto que descendió en sus posiciones.

Sin duda, el peso relativo de las empresas multinacionales entre las grandes firmas del sector manufacturero se redujo para fines de los setenta, pero ello no implicó una disminución de la inversión extranjera en la economía local, sino que fue un reflejo de las transformaciones en curso, en las cuales la industria

había perdido el papel protagónico que había ejercido a lo largo de casi cinco décadas.

CONSIDERACIONES FINALES

En esta rápida revisión del comportamiento del comercio exterior y de la inversión extranjera después de 1914, se puede apreciar el destacado papel que jugaron en la economía argentina, aunque de manera distinta que en el pasado. Sin duda, los indicadores cuantitativos mostraron una notoria reducción de la participación de ambas variables en relación al producto bruto interno. Pero no por ello dejaron de pesar decisivamente en los cambios de orientación que la economía argentina experimentó a lo largo del período. Su papel fue altamente significativo en el tránsito hacia el modelo de crecimiento por sustitución de importaciones basado en el mercado interno, así como en las diversas fases de profundización y reajuste de este sendero.

En el caso del comercio exterior, paradójicamente, su mayor influjo se dio en este período a través de las restricciones: los altibajos en los precios de exportación y la fuerte caída de los términos del intercambio a comienzos de los años veinte y treinta, los problemas en el suministro de importaciones durante las dos guerras, los recurrentes estrangulamientos del sector externo a partir de 1950. Por cierto que estas restricciones representaron un poderoso estímulo para los avances de la sustitución de importaciones hacia los sectores más críticos, como se verificó a fines de los cincuenta y nuevamente en los comienzos de los setenta. Pero también los lapsos de mejoramiento en el sector externo, y en los términos de intercambio, hacia finales de las décadas del veinte, del

treinta y del cuarenta, y en el decenio 1964-1973, jugaron un papel en la aceleración de este crecimiento, lo mismo que en el equipamiento industrial.

Es que el ritmo de crecimiento del conjunto de la economía no dejó de depender de los avatares del frente externo, entre los cuales no fue el menor el hecho de que la base exportadora, claramente identificable con el sector agropecuario, se mantuvo casi sin cambios durante buena parte del período. Cuando, a fines de los setenta, se produjo el mayor aumento de esa base, después de los progresos de los años veinte, el modelo económico estructurado previamente había entrado en crisis, y se transitaba hacia una experiencia de apertura, en la que el sector externo estaba llamado a jugar un papel diferente, pero no, por cierto, menos decisivo.

En este contexto, las inversiones externas pueden considerarse como una de las piezas más activas de estos sucesivos cambios. Desde los años veinte, dichas inversiones, sobre todo norteamericanas, apuntaron hacia la introducción de nuevos artículos en el mercado argentino, y subsecuentemente a su fabricación local. Contribuyeron así, entre los veinte y los cuarenta, a un avance sostenido del sector manufacturero, en un proceso que no sólo estuvo relacionado con las restricciones del sector externo, sino también con los avatares de las relación "triangular" mantenida por la Argentina con sus principales socios comerciales y financieros, de los que el Tratado Roca-Runciman fue el hito más destacado.

Hacia fines de los años cincuenta, otra nueva generación de inversiones, principal-

mente en las ramas petroquímica y automotriz, y nuevamente con una fuerte impronta norteamericana, redundó en un profundo impacto en el sector industrial. La instalación de ramas nuevas de tecnología compleja implicó una efectiva importación de *know how*, equipos especializados y procesos modernos, que actuó además como estímulo de la inversión local, generando eslabonamientos hacia atrás y hacia adelante. Los resultados en otras áreas fueron más controvertidos: su incidencia sobre el balance de pagos distó de presentar los rasgos positivos que se auspiciaban y, desde una perspectiva microeconómica, mostró la persistencia de rezagos con respecto a los parámetros internacionales ya visibles en la etapa anterior, atribuibles en parte al pequeño tamaño del mercado argentino, pero que reproducían y consolidaban rasgos de la industria local que se esperaba que esa inversión iba a remover.

Agotado rápidamente el flujo de nuevas inversiones, el peso de las empresas extranjeras en el sector manufacturero no cesó de incrementarse hasta comienzos de los años setenta, mostrando —como había sucedido en los cuarenta— la relevancia de la reinversión de utilidades.

En el período 1976-1983, una nueva oleada de inversiones tuvo lugar. Pero aunque la inversión manufacturera estuvo presente, la nota distintiva la dieron los rubros más ligados a la explotación de recursos naturales orientados a la exportación, anticipando y contribuyendo al nuevo rumbo de apertura en el cual se embarcaría la economía argentina en las décadas siguientes, cuyas promesas de crecimiento constituyen hoy todavía una incógnita.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

No es posible realizar en este espacio una descripción exhaustiva de la bibliografía disponible sobre el tema. Sólo se pretende brindar algunas orientaciones y referencias sobre los textos de mayor utilidad para la confección de este capítulo.

Para las inversiones extranjeras y el comercio exterior argentino hasta 1914, algunas de las obras ineludibles son: JOHN WILLIAMS, *The Argentine International Trade under Inconvertible Paper Money*, Cambridge, Mass., 1920; ALEC FORD, *El patrón oro: 1880-1914. Inglaterra y Argentina*, Buenos Aires, 1966, y, más centrada en la relación anglo-argentina, H. S. FERNS, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, 1966. Una articulación de estas variables con una visión de conjunto de la economía, se encuentra en VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, 1971, y en ROBERTO CORTÉS CONDE, "El crecimiento de la economía argentina 1870-1914", en L. BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*, tomo X, Barcelona, 1992. Véase también el libro de ANDRÉS REGALSKY, *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, 1986.

Para el período posterior a 1914, en lo que respecta al comercio exterior, véanse las fuentes estadísticas oficiales: los *Anuarios de Comercio Exterior*, publicados por la DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICAS (actualmente, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo, INDEC) y desde 1935, las *Memorias del BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA*. Parte de esta información, también se encuentra en VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *Estadísticas históricas argentinas 1914-1939*, Buenos Aires, 1976. Los datos presentan algunos problemas, de los

cuales no es menor la conversión de los valores, expresados en pesos moneda nacional y pesos oro, a una paridad nominal que sólo fue efectiva entre 1927 y 1929. Estas dificultades fueron abordadas por ROBERTO CORTÉS CONDE, HAYDÉE GOROSTEGUI y TULIO HALPERÍN DONGHI, "Evolución del comercio exterior argentino. Exportaciones", mimeografiado, Buenos Aires, c.1964. La serie obtenida (exportaciones), en la que se corrigieron distorsiones en los precios de los bienes, expresaba todos sus valores en pesos oro, una solución sólo adecuada para comparar con el siglo XIX. Otro camino fue el de MANUEL BALBOA, "La evolución del balance de pagos de la República Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 12, nº 45, Buenos Aires, 1972, de convertir los valores (exportaciones e importaciones) en dólares corrientes —aunque sin las correcciones de precios aludidas—. Otros análisis refinados de distintas variables pueden consultarse en CARLOS DÍAZ ALEJANDRO, "Tipo de cambio y términos de intercambio en la República Argentina 1913-1976", CEMA, Buenos Aires, 1981; IEE-RAL, "Estadísticas de la evolución económica de Argentina, 1913-1984", *Estudios*, vol. X, nº 39, Córdoba, 1986; ROBERTO BISANG y BERNARDO KOSACOFF, "Las exportaciones industriales en una economía en transformación", en BERNARDO KOSACOFF (ed.), *El desafío de la competitividad*, Buenos Aires, 1993, y JULIO BERLINSKY, "International Trade and Commercial Policies of Argentina", en la conferencia "The New Economic History of Argentina", San Carlos de Bariloche, 2000. Comentarios y estadísticas de comercio exterior se encuentran también en obras más generales: GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, *Las etapas del desa-*

rollo económico argentino, Buenos Aires, 1967; CARLOS DIAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, 1975; VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *Crisis y retraso*, Buenos Aires, 1978; PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1998; MARIO RAPOPORT y colaboradores, *Historia económica, política y social argentina*, Buenos Aires, 2000.

En cuanto a las inversiones extranjeras, los flujos de la inversión neta han sido calculados por el método indirecto, como residual del balance de pagos, en CARLOS A. TORNQUIST, "Balances de Pagos de la República Argentina", Buenos Aires, 1912-1931 y, para el período posterior a 1935, en las aludidas *Memorias* del Banco Central. Por otra parte, y no siempre de manera congruente, hay diversas estimaciones directas del stock de inversiones extranjeras. Los primeros estudios corresponden a análisis contemporáneos argentinos: ALBERTO B. MARTÍNEZ, "Foreign Capital in Argentina", *The Review of the River Plate*, vol. XLIX, Buenos Aires, 1918; ALEJANDRO BUNGE, "Los capitales extranjeros en la República Argentina", *Revista de Economía Argentina*, Buenos Aires, febrero de 1928; y extranjeros: UNITED STATES DEPARTMENT OF COMMERCE, *Investments in Latin America*, Washington D.C., 1924 y 1929. Sobre esta base, y tomando en cuenta también la obra citada de Tornquist, VERNON L. PHELPS, *The International Economic Position of Argentina*, Philadelphia, 1938, elaboró nuevas estimaciones hasta 1934, en una obra que también examina, siguiendo el precedente de Williams, los flujos comerciales y financieros. El siguiente ensayo de reconstrucción estadística fue encarado por la COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA DE LAS NACIONES UNIDAS (de aquí en adelante, CEPAL), *El desarrollo económico*

de la Argentina, vol. V: "Algunos estudios especiales y estadísticas macroeconómicas", Santiago de Chile, 1958, que complementa y corrige el trabajo de Phelps hasta 1957, sobre la base de fuentes adicionales, como las encuestas del Banco Central de 1949 a 1955. Los trabajos de la OFICINA DE ESTUDIOS PARA LA COLABORACIÓN ECONÓMICA INTERNACIONAL (FIAT-OECEI), *Argentina Económica y Financiera*, Buenos Aires, 1966, y *Argentina Económica y Social*, Buenos Aires 1974, el de la FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS LATINOAMERICANAS (FIEL), *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, 1971, así como el de OSCAR ALTIMIR, H. SANTAMARÍA y JUAN SOURROUILLE, "Los instrumentos de promoción industrial en la posguerra", *Desarrollo Económico*, nos 21-27, Buenos Aires, abril de 1966 - octubre de 1967, permiten extender la serie hasta comienzos de la década de 1970, e incluyen los montos de las nuevas inversiones anuales autorizadas (información detallada se encuentra en DIRECCIÓN GENERAL DE FABRICACIONES MILITARES, *Síntesis estadística de radicaciones de capitales extranjeros al 30-6-64*, Buenos Aires, 1965). Esta variable es continuada luego de 1976 por una dependencia del MINISTERIO DE ECONOMÍA. SECRETARÍA DE PROGRAMACIÓN Y COORDINACIÓN ECONÓMICA, *Inversiones extranjeras*, Buenos Aires, 1989, con criterios metodológicos no siempre muy claros, aunque aportando asimismo un estado detallado del stock de capital extranjero hacia 1976. Un listado de todas las empresas que operaban en 1974 se encuentra en CEPAL, *Las empresas transnacionales en la Argentina*, Santiago de Chile, 1986. JUAN SOURROUILLE, BERNARDO KOSACOFF y JORGE LUCÁNGELI, *Transnacionalización y política económica en la Argentina*, Buenos Aires, 1985, aportan el estudio de una muestra de empresas luego de

1976, a la vez que elaboran una ajustada síntesis de la evolución de la inversión extranjera desde 1950 en los sucesivos contextos macroeconómicos.

Otra veta la constituyen otros trabajos más focalizados sobre ciertos segmentos de las inversiones, ya sea sectorialmente o por el país de procedencia. Así, uno de los casos más estudiados es el de las inversiones directas norteamericanas. El trabajo de DUDLEY PHELPS, *Migration of Industry to South America*, Nueva York, 1936, sigue siendo la principal referencia en este campo. Un listado exhaustivo de radicaciones de ese origen se encuentra en MARIO RAPOPORT, "El triángulo argentino 1914-1943", en MARIO RAPOPORT (comp.), *Economía e historia*, Buenos Aires, 1988, y en CÁMARA DE COMERCIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA ARGENTINA, *La Argentina y las firmas norteamericanas*, Buenos Aires, 1958. También merece citarse el trabajo de LUIS V. SOMMI, *Los capitales yanquis en la Argentina*, Buenos Aires, 1949, así como sus anteriores sobre otros países, *Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*, Buenos Aires, 1945, y *El monopolio inglés del transporte*, Buenos Aires, 1940. Un estudio más ceñido a lo cuantitativo, aunque identificando listas de empresas, es el de J. FRED RIPPY, *British Investments in Latin America, 1825-1949*, Minneapolis, 1959, así como otro de este autor sobre inversiones francesas, "French Investments in Argentina and Brazil", en *Political Science Quarterly*, vol. LXIV, 1949. Por los datos que aporta sobre diversas empresas, véase también ADOLFO DORFMAN, *Evolución industrial argentina*, Buenos Aires, 1942.

En cuanto a los estudios sectoriales, para el período previo a 1950 puede citarse el caso de los ferrocarriles británicos, estudiado por PAUL GOODWIN, *Los ferrocarriles británicos y la UCR*,

Buenos Aires, 1974; WINTHROP WRIGHT, *Los ferrocarriles ingleses en la Argentina*, Buenos Aires, 1980, y RAÚL GARCÍA HERAS, *Automotores norteamericanos, caminos y modernización urbana en la Argentina 1918-1939*, Buenos Aires, 1985, y "Hostage Private Companies Under Restraint: British Railways and Transport Coordination in Argentina During the 1930s", *Journal of Latin American Studies*, vol. 19, nº 1, 1987. El de las empresas frigoríficas puede consultarse en las obras de SIMON HANSON, *Argentine Meat and the British Market*, Stanford, 1938; RODOLFO PUIGGRÓS, *Libre empresa o nacionalización de la industria de las carnes*, Buenos Aires, 1957; PETER SMITH, *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, 1972, así como, desde la perspectiva laboral, el trabajo de MIRTA LOBATO, "Una visión del mundo del trabajo: el caso de los obreros de la industria frigorífica. Berisso, 1900-1930", en DIEGO ARMUS (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, 1990. Para el caso de las petroleras, véanse: ARTURO FRONDIZI, *Petróleo y política. Contribución al estudio de la historia económica argentina y de las relaciones entre el imperialismo y la vida política*, Buenos Aires, 1955, y CARL SOLBERG, *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1982. Para el período posterior a 1950, un estudio ejemplar es el de JUAN SOURROUILLE, *Transnacionales en América Latina: el complejo automotor en la Argentina*, México, 1980. Sobre el sector petrolero, véase: NICOLÁS GADANO, *Determinantes de la inversión en el sector petróleo y gas de la Argentina*, Santiago de Chile, 1998. En cuanto a la legislación específica de esta etapa, pueden consultarse los estudios de FÉLIX HERRERO, *Aspectos legales de la promoción industrial en la Argentina*, Buenos Aires, 1962; CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO (CONADE),

Síntesis de las principales disposiciones sobre promoción industrial y radicación de capitales 1958-1967, Buenos Aires, 1968, y *Estudio comparativo de las legislaciones latinoamericanas sobre regulación y control de la inversión privada extranjera*, Washington D. C., 1975.

No se puede dejar de señalar la cuestión de la deuda pública en el exterior. Los datos de la deuda pueden consultarse en las *Memorias del MINISTERIO DE HACIENDA* (actualmente Ministerio de Economía). Estimaciones de los montos colocados en el exterior, se encuentran en la obra de HAROLD PETERS, *The Foreign Debt of the Argentine Republic*, Baltimore, 1934, y en los trabajos ya citados de FIAT-OECEI y de FIEL. Para el periodo posterior a 1976, puede consultarse: E. FELDMAN y J. SOMMER, *Crisis financiera y endeudamiento externo en la Argentina*, Buenos Aires, 1986. Véanse también: RAÚL GARCÍA HERAS, "La Argentina y los organismos financieros internacionales 1955-1963", *El Trimestre Económico*, Buenos Aires, 2000, y BARBARA STALLINGS, *Banker to the Third World: U.S. Portfolio Investments in Latin America, 1900-1986*, Berkeley, 1987.

Estudios más recientes abordan el problema desde la historia de empresas. En unos casos, se consideran compañías creadas desde el exterior: MARÍA INÉS BARBERO, "Grupos empresarios, intercambio comercial e inversiones italianas en la Argentina. El caso de Pirelli", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 15-16, Buenos Aires, 1991; RAÚL GARCÍA HERAS, *Transportes, negocios y política: La Compañía Anglo Argentina de Tranvías, 1876-1981*, Buenos Aires, 1994. Otros estudios abordan firmas creadas localmente: T. COCHRANE y R. REINA, *El espíritu de empresa en la Argentina*, Buenos Aires, 1965; TORCUATO S. DI TELLA, *Torcuato Di Tella. Industria y política*, Buenos Aires, 1993;

LEANDRO GUTIÉRREZ y JUAN CARLOS KOROL, "Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpagatas", *Desarrollo Económico*, n° 111, Buenos Aires, 1988, y MARÍA INÉS BARBERO, "Mercados, redes sociales y estrategias. De la Compañía General de Fósforos al Grupo Fabril", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 44, Buenos Aires, 2000, y MARÍA INÉS BARBERO y MARIELA CERVA, "Estrategia, estructura y evolución de una empresa textil: el caso de Algodonera Flandria", *Anuario IEHS*, Tandil, 1996. También hay trabajos referidos a ciertos grupos económicos con ramificaciones en ambos sentidos: RAÚL GREEN y C. LAURENT, *El poder de Bunge & Born*, Buenos Aires, 1989; JORGE SCHVARZER, *Bunge y Born. Crecimiento y diversificación de un grupo económico*, Buenos Aires, 1989; JORGE GILBERT, "Empresa y empresario en la Argentina moderna. El grupo Tornquist", Buenos Aires, 2001.

Otros trabajos de gran interés son los referidos al control cambiario, en estrecha relación con los problemas del comercio exterior y la inversión externa. Pueden consultarse los de VIRGIL SALERA, *Exchange Control and the Argentine Market*, Nueva York, 1941; JESÚS PRADOS ARRARTE, *El control de cambios*, Buenos Aires, 1944; WALTER BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, México D. F., 1954, y FIEL, *El control de cambios en la Argentina*, Buenos Aires, 1989. Las connotaciones de estos problemas en relación con la política internacional argentina, han sido analizadas por MARIO RAPOPORT, *Gran Bretaña, los Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas 1940-1945*, Buenos Aires, 1980, y por CARLOS ESCUDÉ, *Gran Bretaña, los Estados Unidos y la declinación argentina 1942-1949*, Buenos Aires, 1983.

Para el período de entreguerras, una serie de trabajos aborda los temas del comercio exterior y de las inversiones en el marco del análisis de las políticas económicas, con especial atención puesta en las relaciones triangulares de la Argentina con Inglaterra y los Estados Unidos. Puede verse al respecto, JORGE FODOR y ARTURO O'CONNELL, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 1973, así como PEDRO SKUPCH, "Nacionalización, libras bloqueadas y sustitución de importaciones", *Desarrollo Económico*, vol. 2, n° 47, Buenos Aires, 1972; JUAN JOSÉ LLACH, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 23, n° 92, Buenos Aires, 1984; y ARTURO O'CONNELL, "La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta", *Desarrollo Económico*, n° 92, Buenos Aires, 1984, y "La fiebre aftosa, el embargo sanitario norteamericano y el triángulo argentino", *Desarrollo Económico*, n° 101, Buenos Aires, 1986. Referencias y contribuciones útiles se encontraban ya en los trabajos de EDUARDO JORGE, *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, 1971; JAVIER VILLANUEVA, "El origen de la industrialización argentina", *Desarrollo Económico*, n° 47, Buenos Aires, 1972, y en la misma obra citada de V. PHELPS. Para el período posterior a 1945, puede consultarse: GUIDO DI TELLA y RUDIGER DORNBUSCH (ed.), *The Political Economy of Argentina, 1946-1983*, Oxford, 1989.

Los aspectos teóricos de la inversión internacional, en JAVIER VILLANUEVA, "Inversión privada extranjera, desarrollo industrial y comercio internacional", *Económica*, vol. XV, n° 2, Buenos Aires, 1969; JOHN DUNNING, *Studies in International Investment*, Londres, 1970; MIRA WILKINS, "The free-standing company, 1870-1914: an important type of British foreign direct investment", *The Economic History Review*, vol. XLI, n° 2, 1988; RORY MILLER, *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Londres, 1993; CHARLES JONES, "Los antecedentes de la moderna corporación transnacional: los grupos de inversión británicos en América Latina", en C. MARICHAL (COORD.), *Las inversiones extranjeras en América Latina 1850-1930*, México D. F., 1995.

Finalmente, sobre el impacto económico de la inversión extranjera se pueden consultar el trabajo ya citado de FIEL, *Las inversiones extranjeras*, con una visión favorable acerca de sus efectos sobre la economía local y, el de GUILLERMO MARTORELL, *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, 1969, con una mirada crítica característica de la perspectiva dependista. En cuanto a la relación con la industria manufacturera, se pueden ver los trabajos de JUAN SOURROUILLE y JORGE LUCÁNGELI "Apuntes sobre la historia reciente de la industria argentina", *Boletín Informativo Techint*, nos 217 y 219, Buenos Aires, 1980; JORGE KATZ y B. KOSACOFF, *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*, Buenos Aires, 1989, y JORGE SCHVARZER, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, 1996.

42. TRANSPORTE Y COMUNICACIONES*

Colin M. Lewis

La tecnología, la ideología y las políticas económicas de desmesurada inversión de capital conformaron la historia del transporte y de las comunicaciones del siglo XX, tanto en la República Argentina cuanto en otros países del mundo. Varios temas requieren la atención. Por ejemplo, la conexión entre las comunicaciones y la dinámica del cambio macroeconómico: ¿cuál fue el efecto del desarrollo del transporte ferroviario, fluvial y vial sobre la disponibilidad y la asignación de los factores de producción? De manera similar, dado el carácter de “monopolio natural” inherente a muchos servicios públicos, la cuestión implica un análisis de las relaciones entre los proveedores de servicios públicos y el Estado. El comportamiento corporativo –la revolución gerencial– y los métodos de financiamiento son igualmente claves de la cuestión. ¿Cómo afectaron los cambios en la tecnología del transporte y de las comunicaciones al flujo de información de mercado y cómo influyeron en el comportamiento de las empresas, hogares e individuos? ¿Los resultados micro y macroeconómicos fueron necesariamente los previstos? ¿Cómo afectaron a las instituciones sociales y a los usos y costumbres los *shocks*

tecnológicos relacionados con las “revoluciones en el transporte y las comunicaciones”?

LAS REVOLUCIONES EN LAS COMUNICACIONES Y SUS PECULIARIDADES ARGENTINAS

Los historiadores y estudiosos de las ciencias sociales atribuyeron diversas funciones a las “revoluciones en las comunicaciones”. En primer lugar, las consideraron un *shock tecnológico* schumpeteriano, capaz de elevar la tasa de crecimiento mediante impactos multifacéticos más allá del sector. Los ferrocarriles en la mitad del siglo XIX y las tecnologías del espacio y la información en la segunda mitad del siglo XX, son ejemplos pertinentes de ello. Aun cuando es objeto de continuo debate, la mayoría coincide en que la tecnología del vapor, el motor de combustión interna y la “informática” son casos clásicos de innovaciones que “hacen época”. Las mejoras sistémicas en el rendimiento no indican necesariamente que los emprendimientos individuales fuesen lucrativos; al contrario, las grandes y desproporcionadas inversiones en proyectos generales requirieron un prolongado período de gesta-

* Traducción al castellano de Laura Esteve y Diego L. Arguindeguy.

ción antes de que devengaran beneficios, incluso cuando una significativa porción del ahorro nacional era canalizada a la economía en su conjunto.

En segundo lugar, la tecnología del transporte y las comunicaciones reducen los costos de gestión de varias maneras: mientras muchos economistas subrayan la institucionalidad del mercado, los estudiosos de las ciencias políticas destacan la "consolidación nacional". De ahí la combinación de "progreso" (económico) y "orden" (político), políticas económicas que configuraron el mercado y consolidaron el Estado.

Por otra parte, siguiendo a Kuznets, Chandler sostiene que las innovaciones en el transporte y las comunicaciones dieron como resultado menores costos de puesta en marcha y una reducción en las asimetrías de información. Los beneficios macroeconómicos reconfiguraron la microeconomía de las empresas. Una mejor información y medios de comunicación más confiables ocasionaron un ahorro de capital—desplazando el fiel de la balanza de la inversión, alejándolo de los bienes de inventario y llevándolo hacia la capacidad productiva—; dieron lugar a costos de puesta en marcha inferiores; facilitaron una mayor eficiencia operativa e indujeron cambios estructurales en el gerenciamiento y la organización. Las mejoras de rendimiento en la organización, producción y distribución produjeron significativas economías de escala y de alcance.

Específicamente en lo que se refiere a los ferrocarriles, gran parte de los autores argumenta la existencia de efectos "hacia atrás" en la cadena económica de producción, importantes en el desarrollo de la industria manufacturera, además de encadenamientos "hacia adelante", asociados con la integración de mer-

cado e industria, la innovación gerencial, la intensificación del mercado de capitales y la regulación. El ferrocarril facilitó tanto el desplazamiento de personas como de productos. La construcción de ferrocarriles demandó la movilización de grandes volúmenes de mano de obra (para Marx, los trabajadores ferroviarios eran la "caballería ligera" del capitalismo); las operaciones ferroviarias suministraron nuevas oportunidades de trabajo regular en sociedades que habían sido predominantemente rurales y contribuyeron a la urbanización. Para algunos victorianos, los ferrocarriles fueron así símbolos de progreso tanto económico como social.

Las compañías ferroviarias estaban entre las primeras expresiones del capitalismo gerencial impersonal y moderno. Dado que se requerían grandes sumas para financiar su construcción, se crearon nuevos instrumentos financieros y métodos de intermediación para movilizar ahorros: gradualmente se generaron métodos contables innovadores en respuesta a las necesidades administrativas internas y a la demanda pública de transparencia. La mecánica de la construcción y la operación de los ferrocarriles obligó también al Estado a intervenir: la regulación fue impulsada por la preocupación por la seguridad, el fraude y la capacidad de las empresas de responder a sus obligaciones, la competencia y la seguridad nacional.

Dada la historia del desarrollo fundacional de los ferrocarriles en la Argentina, existe un debate acerca de la medida en que pueden observarse estos encadenamientos más amplios y giros estructurales. La financiación externa y la importación de la mayor parte de los equipos debilitaron los encadenamientos "hacia atrás", indudablemente en el siglo XIX,

y las contribuciones a la formación de un mercado de capital fueron imperceptibles. En cambio, los encadenamientos "hacia delante" resultaron fuertes, y la regulación e intervención estatal se reforzaron luego de la década de 1890.

La historia del transporte y las comunicaciones en la Argentina durante el siglo XX refleja muchas de estas características generales; otras son específicas del país. Durante los últimos cien años, aproximadamente, se puede observar una serie de procesos interconectados. La tecnología cambió radicalmente. A fin del siglo XIX, las comunicaciones y el transporte continuaban basándose fundamentalmente en la energía de vapor: la letra impresa se producía en imprentas a vapor, los buques y ferrocarriles alimentados con carbón efectuaban la mayor parte del traslado de productos y pasajeros de larga distancia tanto nacional como internacional, las plantas generadoras de energía termal generaban electricidad para los tranvías y el telégrafo. A medida que avanzó el siglo XX, el motor de combustión interna y la electricidad pusieron fin a la hegemonía del carbón y el vapor. Si bien los ferrocarriles se convirtieron a tracción diésel y eléctrica, en todo el mundo, las carreteras desplazaron a los rieles. Para mediados del siglo XX, la mayor parte del transporte intra e interurbano estaba en manos de transportistas viales y operadores de autobuses; el transporte aéreo establecía un renglón competitivo donde la velocidad era el factor de mayor peso. Ya el teléfono y la radio habían desplazado al telégrafo en las comunicaciones verbales comerciales y particulares, complementando los servicios postales. A fin del siglo XX, las comunicaciones electrónicas—sin papel—desafiaban con éxito a los servicios postales y telefónicos convencionales.

Además, mientras que las rutas y las vías aéreas seguían siendo las formas predominantes de desplazamiento continental de pasajeros y productos, los métodos de transporte de mercaderías a granel se volvían más variados: los conductos nacionales e internacionales transportaban una proporción cada vez mayor de petróleo, gas y otros bienes similares. Las nuevas tecnologías y el cuidado del medio ambiente también promovieron un resurgimiento del interés en el transporte por agua y un "redescubrimiento" de los ferrocarriles, incluso para el transporte urbano e interurbano de pasajeros. La tecnología del transporte y de las comunicaciones tuvo un efecto similar en la mayoría de las sociedades, pero cada tecnología tuvo una vida útil específica y, como se indicará luego, hubo diferencias considerables en la forma en que los países se adaptaron al paso de una tecnología a otra. Por ejemplo, la economía política y el proceso del reemplazo del ferrocarril por las rutas fueron frecuentemente específicos de cada país.

Las páginas siguientes exploran estos puntos genéricos y específicos relativos al transporte (ferrocarriles, tranvías, carreteras, vías hídricas y aéreas) y a las comunicaciones (correo y telégrafo, teléfonos y telecomunicaciones). La economía política de las revoluciones del transporte y las comunicaciones en la Argentina muestra algunas características particulares. En primer término, la cambiante participación de los sectores privado y público. En segundo término, una secuencia de cambios en la posición del Estado. En tercer lugar, revisiones radicales en la ideología de la política del transporte y las comunicaciones. La tecnología puede haber sido "neutral", el Estado-nación, que absorbió las innovaciones en el transporte y las comunicaciones, no lo

fue. En la Argentina, como en todas partes, la política y las aspiraciones nacionales determinaron respuestas a los “arranques” y “rupturas” tecnológicos. A principios del siglo XX, la provisión de servicios de transporte y comunicaciones estaba a cargo principalmente del sector privado, frecuentemente empresas extranjeras que, no obstante, operaban dentro de un marco de supervisión gubernamental cada vez mayor. Hacia mediados de siglo, el Estado había llegado a asumir un cuasi monopolio: los costos de inversión y operativos estaban casi totalmente socializados, sin que esto implicara necesariamente que la toma de decisiones en el nivel gerencial estuviese centralizada ni coordinada. Para fines del siglo XX, el sector privado volvió a ser el proveedor predominante. Una vez más se dio una fuerte participación extranjera en el sector. En este punto, el marco regulatorio fue, en el mejor de los casos, vago, y en el peor, discrecional y confuso.

LOS FERROCARRILES

Para el general Julio A. Roca, héroe de la campaña del desierto contra los indios de 1879-1880 y luego presidente de la República, los ferrocarriles y el telégrafo —junto con el rifle Remington— constituyeron instrumentos de orden: los ferrocarriles consolidaron el Estado y edificaron la Nación. Las innovaciones en el transporte y las comunicaciones aplicadas en la Argentina a fin del siglo XIX permitieron al Estado central promover la “paz y la administración”. Se logró dominar a los caudillos provinciales recalcitrantes. La amenaza indígena fue finalmente erradicada y las pampas centrales y los territorios del sur quedaron

abiertos a la colonización, integrándose al espacio nacional y a la economía de mercado. La estabilidad del régimen roquista se vio incrementada por la construcción de ferrocarriles más allá de los límites de la provincia de Buenos Aires. Los ferrocarriles tuvieron por objeto unir una confederación dispersa de oligarquías provinciales y llevar al Interior los beneficios de la modernización en la infraestructura, de los cuales ya disfrutaba Buenos Aires. Una concesión liberal de líneas, con garantías de beneficios otorgadas por la Nación, también significó subsidios nacionales para las provincias y los amigos del gobierno, de los cuales dependía la administración.

Los ferrocarriles fueron uno de los primeros bienes públicos provistos —tanto directamente por el Estado como por el sector privado, como resultado de una acción “habilitante” del primero— por la Confederación Argentina reunificada. Algunas observaciones confirman la importancia política y económica contemporánea asignada a los ferrocarriles. Entre la reunificación nacional (1862) y las vísperas de la primera crisis de la banca Baring (1889), el gasto público en desarrollo sumó 133,4 millones de pesos fuertes. De esta cifra, 57,4 millones (cerca del 43%) se habían gastado en la construcción de los ferrocarriles estatales y en el pago de subsidios a las compañías privadas a través de garantías de beneficios. Éste era el rubro individual más importante del presupuesto, superado solamente por la categoría general de “obras públicas”. Las estimaciones oficiales de 1889 colocan el monto de inversión casi en el mismo nivel que el comercio exterior de la República en ese año: 254,7 millones, o aproximadamente el 70% de la deuda nacional consolidada, que era de 354,1 millones. En 1938, antes de la repatriación de la deuda externa



Salón comedor de la estación Retiro del Ferrocarril Central Argentino, 1918.

durante la Segunda Guerra Mundial, el valor histórico de la inversión en ferrocarriles era de cerca de 2.000 millones (expresados en pesos fuertes), aproximadamente siete veces el valor de la deuda nacional.

Contemporáneos e historiadores discutieron arduamente acerca del papel del Estado en el sector ferroviario y las consecuencias del crecimiento de las iniciativas privadas (principalmente extranjeras). Parecía haber tres opciones: intervención oficial exclusivamente, fondos privados en su totalidad, una combinación de inversiones públicas y privadas. La segunda no acompañaba el espíritu de la época. Una alianza de lo público y lo privado parecía ofrecer la mejor oportunidad de promover nuevas compañías. ¿Pero cómo se lograría el equilibrio entre fondos privados y

participación estatal? Luego de varios apuntes, el sistema de “beneficios mínimos garantidos” y una generosa inversión directa por parte del gobierno surgieron como la principal forma de apoyo estatal. Este arreglo puso en evidencia que la naturaleza desproporcionada de la inversión ferroviaria estaba más allá de la capacidad de ahorro de la economía nacional.

Con inversores comerciales que actuaron como parteras, el capital privado incluyó fondos tanto locales como extranjeros. Sin embargo, el progreso fue lento, a pesar de la inauguración de la primera línea en 1857. No existía consenso acerca de la naturaleza y el precio de la asistencia estatal, principalmente, del grado de supervisión oficial que se debía ejercer sobre las empresas privadas a cambio

de las garantías de beneficios. Tras promover y operar el Ferrocarril Oeste (FCO), el primer ferrocarril de la provincia de Buenos Aires, sin beneficios garantizados pero con un importante aporte directo de fondos estatales, el capital privado se retiró y la línea pasó al gobierno provincial. Dos empresas que habían sido beneficiarias de concesiones en la década de 1860 sostuvieron el compromiso privado en la provincia: la *Buenos Ayres Great Southern Railway Company Limited* y la *Buenos Ayres and San Fernando Railway Company Limited* (que luego pasó a denominarse Ferrocarril del Norte), y también la *Central Argentine Railway Company Limited*, una concesión del gobierno nacional. Sin embargo, el empuje de la construcción de ferrocarriles por parte del sector privado se desvaneció: entre 1876 y 1880 no se inauguró un solo kilómetro de nuevas vías privadas. Durante casi veinte años a partir de 1870, la mayor parte de la expansión del sistema ferroviario argentino se debió a la construcción pública. Las iniciativas privadas no resurgieron hasta la década de 1880: se produjo el lanzamiento de nuevas compañías y las empresas ya existentes comenzaron a construir. La puesta en servicio de nuevas líneas creció luego de 1883, pero no se produjeron incorporaciones significativas al sector no estatal hasta el período de 1886-1893. La "manía ferroviaria" de finales de la década de 1880 (reflejada en un frenesí de concesiones, en tanto el gobierno nacional y las legislaturas provinciales otorgaban licencias con garantías a nuevas empresas y procuraban fondos destinados a incrementar las redes estatales) finalizó en un colapso fiscal y financiero.

Con la liquidación de gran parte de la red estatal luego de la primera crisis de la Baring,

la participación privada creció. La importancia en términos absolutos del sector privado también aumentó entre 1900 y 1914, período en que se duplicó la extensión total de las rutas; esta expansión fue particularmente rápida luego de 1907. El período inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial fue testigo de un *boom ferroviario* aún mayor que el de la década de 1880. Los gobiernos nacional y provinciales también reingresaron en la escena durante el período previo a la guerra y varias administraciones procuraron reactivar el interés de Europa continental en el desarrollo de los ferrocarriles argentinos. Regalsky muestra que la construcción por parte del Estado y la promoción de las inversiones francesas en la provincia de Buenos Aires fueron el resultado del conflicto entre estancieros y pusieron a las compañías británicas en el ritmo y el rumbo de la construcción de extensiones.

Para los funcionarios estatales, la diversidad de financiación y el tendido de nuevas vías se volvieron objetivos interconectados. Sin embargo, las nuevas líneas inauguradas antes de la Primera Guerra Mundial fueron puestas en servicio, en un grado abrumador, por compañías británicas preexistentes. A partir de entonces, las iniciativas gubernamentales aumentaron de manera exponencial. Luego de mediados de la década de 1920, las empresas estatales (que representaban entonces el 15% de la red) se hicieron cargo de una porción creciente del nuevo tendido: cada kilómetro de nuevos rieles inaugurado luego de 1935 fue terminado por Ferrocarriles del Estado. La política agresiva de construcción y de competencia con los ferrocarriles de propiedad británica que, por entonces, persiguió la empresa estatal, fue emulada por un programa igualmente activo de construcción de rutas

nacionales. Se ha sostenido que la acción oficial para promover la modernización en el transporte fue tan exitosa en este punto que, entre 1920 y 1940, el país se transformó en un líder mundial en el mejoramiento de los medios de transporte y comunicación, posición que habría de perder para 1945.

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, tras haber llegado casi a su máxima extensión, la red ferroviaria argentina era el tercer mayor sistema en América (luego de Estados Unidos y Canadá) y estaba entre los que ocupaban los sexto y séptimo puestos en el mundo, con líneas de propiedad extranjera que representaban cerca del 70% de la extensión total. Las comparaciones relativas a la extensión, en esta coyuntura, obviamente subestiman la participación de las compañías no estatales, fundamentalmente debido a la compra de la mayoría de las empresas británicas de trocha angosta por parte del gobierno nacional hacia fin de la década del treinta: en 1910, las compañías privadas extranjeras operaban más del 87% del sistema, apenas unos puntos por debajo del pico de participación foránea del 90% registrado en 1890. Sin embargo, antes de la crisis de la Baring, en 1888, las empresas británicas representaban sólo el 61% de la extensión total y, en 1870, la participación extranjera había sido de sólo el 35 por ciento.

Estos hechos resaltados de la historia ferroviaria argentina arrojan luz sobre una serie de aspectos relativos al crecimiento del sistema. De manera alternada, algunas veces superpuesta, los ciclos de iniciativa privada y gubernamental pueden explicarse por las finanzas y las expectativas contemporáneas. El Estado tendía a construir allí donde no lo harían las empresas privadas. La construcción oficial puede haber sido conscientemente contraci-

clíca o, al menos, representó un deseo de sostener el ritmo de la construcción por razones políticas o económicas cuando los flujos de inversión privada decaían. Las primeras compañías privadas construyeron en regiones donde ya existía una considerable actividad económica, una demanda predecible de servicios de transporte y una fuerte posibilidad de crecimiento del tráfico, más allá de los beneficios garantizados por el Estado. Estos ferrocarriles fueron sustitutivos: se construyeron para hacerse cargo del tráfico existente, no para fomentar uno nuevo. Las iniciativas ferroviarias privadas en las décadas de 1850 y 1860 también pueden presentarse como un retroceso estatal. Antes de la llegada de los ferrocarriles, lo que se tenía por caminos había sido provisto y mantenido por el Estado. Por consiguiente, la provisión de modernas instalaciones de transporte por parte del sector privado implicó que los usuarios tuvieran que cubrir los costos de inversión y operativos de los servicios de infraestructura. ¿Existió un correlativo ahorro fiscal, resultante de la privatización del suministro de bienes anteriormente públicos? A la inversa, el impulso en la construcción de ferrocarriles provinciales y nacionales de las décadas de 1870 y 1888 y la construcción de vías y carreteras durante y luego del período entreguerras ¿constituyeron una resocialización de los costos de inversión en infraestructura que benefició a pocos (productores y fleteros a quienes servían las compañías estatales ferroviarias "desarrollistas" que generaban déficit, presumiblemente por proveer servicios de transporte por menos del costo real)? No existen respuestas tajantes. El papel cada vez más significativo del Estado, desde la década de 1920 hasta la nacionalización de todos los ferrocarriles de propiedad extranjera

en 1947, reflejó mayores cambios de actitud. La construcción ferroviaria estatal y el programa de construcción de rutas nacionales inaugurado en la década del treinta señalaron un papel más importante del gobierno en la provisión de bienes públicos y una nueva ideología sobre los alcances del Estado.

La nacionalización de la década del cuarenta significó la culminación de un proceso que había alcanzado su momento de inercia en la década de 1930, pero que puede rastrear-se incluso antes. Específicamente, existía una suposición de que los servicios de transporte, si no eran provistos directamente por el gobierno, debían estar regulados por el Estado. Esto se puso en evidencia con las nuevas iniciativas regulatorias de la década de 1890 —coincidente con la revocación de las garantías ferroviarias— y, más específicamente, en 1907. Entre otras disposiciones, la llamada Ley Mitre de 1907 estableció formalmente un marco para la expropiación por parte del Estado de los ferrocarriles privados y estableció un techo a las ganancias de las empresas. Estas intervenciones prefiguraron una nueva relación entre el Estado y el mercado. La legislación también apuntaba a una voluntad de confrontar con el predominio que tenían entonces las compañías británicas. Varios factores influyeron en la revisión y codificación de la normativa ferroviaria incluida en la Ley Mitre. Uno de ellos fue el cercano vencimiento de algunas de las primeras concesiones ferroviarias. Otro fue la situación jurídica, relativamente complicada, de muchas líneas, varias secciones de las cuales habían sido concedidas en distintos momentos y por distintas autoridades. Otro factor fue el ritmo lento de la construcción de ferrocarriles en los aproximadamente doce años previos, período en que la frontera agra-

ria había alcanzado la “sobreconstrucción” ferroviaria de la década de 1880. Se percibía que la Argentina estaba siendo desplazada (o que pronto lo sería) en los mercados mundiales de *commodities* (materias primas y productos negociables a granel) por otros productores. En 1906, una mirada retrospectiva indicaba que prácticamente no había habido inversiones privadas sustanciales en el sector desde fines de la década de 1890. Se esperaba que la Ley Mitre alentara la formación de nuevas compañías y atrajera inversiones de una amplia gama de fuentes, particularmente no británicas.

Las disposiciones fiscales de la ley de 1907 fueron consideradas como un importante medio para inducir inversiones. A las compañías interesadas se les otorgó exención de todos los impuestos nacionales, provinciales y municipales —excepto un pequeño gravamen sobre ganancias netas que se destinaría a la construcción de caminos rurales— y el derecho de importar materiales y equipos sin impuestos aduaneros. Se volvieron a otorgar concesiones por cuarenta años. Estos beneficios estuvieron, en parte, dirigidos a compensar un acuerdo de topes en las utilidades, que limitaba las ganancias netas a un máximo de 6,8%, una tasa de “remuneración a la que las compañías podían aspirar legítimamente”. Ya fuese como resultado de estos nuevos arreglos institucionales, o debido a la liquidez general en los mercados financieros mundiales, hubo un flujo masivo de nuevas inversiones, especialmente de capital británico, canalizado directa e indirectamente hacia los ferrocarriles. Entre 1907 y 1913, la Argentina se convirtió en el destino más popular de la inversión británica en el exterior, absorbiendo algunas veces más del 13% del total de sus flujos anuales. Entre 1907 y 1916 (cuando se concluyeron los pro-



Coche de *El Marplatense*, entonces el tren de mayor confort en viajes de larga distancia, inaugurado en 1951. *La Nación*. Cien años de vida cotidiana.

yectos iniciados antes de la Guerra), la extensión de las rutas ferroviarias aumentó en más del 50%. En esos años se inauguraron más kilómetros de rieles que en todo el período que va desde 1857 hasta 1891. La oleada de nuevas inversiones británicas en los ferrocarriles argentinos antes de la Primera Guerra Mundial tuvo mayor incidencia en la formación de grandes redes ferroviarias regionales que la manía ferroviaria de la década de 1880 y que las privatizaciones de la década de 1890.

El proceso de fusión fue desencadenado, en primer lugar, por la recesión. Luego se vio intensificado por los mercados de valores, la construcción de líneas troncales y de ramales zonales, procesos que dependían del acceso a nuevos fondos asegurados por las ganancias operativas. Así, las características zonales de la red ferroviaria nacional ya estaban definidos hacia la década de 1920. Los ferrocarriles de propiedad británica estaban representados por seis grandes agrupamientos regionales con base en la región pampeana, el Noroeste y la Mesopotamia. Había tres redes operadas por compañías francesas: la *Compagnie Française de Chemins de Fer de la Province de Santa Fe S.A.* y la *Compagnie Générale de Chemins de Fer dans la Province de Buenos Aires*, que controlaban extensos sistemas de trocha angosta en estas dos provincias, y la línea troncal

de trocha ancha de la *Compagnie de Chemins de Fer Rosario - Puerto Belgrano*. Existía una compañía nacional de capitales privados, el Ferrocarril Central de Buenos Aires Ltda. Prestaba servicio a pequeños puertos en el Delta bonaerense, operaba una línea de subterráneos en la Capital Federal y tenía a su cargo el tramo Buenos Aires del servicio internacional de trocha convencional al Paraguay. El sistema estatal, Ferrocarriles del Estado, consistía principalmente en troncales aisladas, de trocha angosta, que funcionaban en las provincias del Noroeste y en los territorios nacionales del Sur y del Nordeste.

El Ferrocarril Sud, propiedad de la *Buenos Aires Great Southern* (que incorporaba la *Bahía Blanca & North Western Railway Company Limited*) operaba líneas de trocha ancha en el sur de la provincia de Buenos Aires, el territorio nacional de la Pampa Central y el norte de la Patagonia. Las principales líneas troncales de la compañía se radiaban hacia el norte desde Bahía Blanca y hacia el sudoeste desde la Capital Federal. En estrecha colaboración con la *Great Southern*, el Ferrocarril Oeste, propiedad de la *Buenos Ayres Western Railway Company Limited*, era otra compañía de trocha ancha. Operaba líneas en el centro de la provincia de Buenos Aires con troncales que se extendían a través de la pampa seca hasta

las laderas de los Andes. La *Great Southern* y la *Western* administraban en forma conjunta la *Buenos Ayres Midland Railway Company Limited*, el Midland, un sistema de trocha angosta otorgada en concesión por la provincia de Buenos Aires. Sin duda, el grupo Buenos Aires y del Pacífico era la compañía de trocha ancha más diferenciada desde el punto de vista regional y administrativo. Además de sus propias vías, el grupo incluía la *Argentine Great Western Railway Company Limited*, la *Villa María & Rufino Railway Company Limited* y la *Argentine Transandine Railway Company Limited*. Al operar las comunicaciones ferroviarias internacionales entre la Argentina y Chile, el grupo Pacífico también prestaba servicio a las provincias del centro-oeste y ofrecía conexiones regionales entre Cuyo y Buenos Aires. La *Central Argentine Railway Company Limited*, que resultó de la absorción de la *Central Argentine* original por la *Buenos Ayres & Rosario Railway Company Limited*, operaba líneas entre Buenos Aires y el Noroeste. Operaba servicios troncales de trocha ancha desde Buenos Aires hasta las ciudades de Rosario, Córdoba y Tucumán, los pueblos intermedios, y una extensa red de ramales en la zona centro-norte de la provincia de Buenos Aires, el sur de la provincia de Santa Fe y el centro de la provincia de Córdoba. La *Cordoba Central Railway Company Limited* operaba líneas privadas de trocha angosta entre Buenos Aires y el Noroeste. La red surgió fundamentalmente de la fusión de líneas locales y de la privatización de ferrocarriles nacionales y provinciales luego de la crisis de la banca Baring, y de la nueva construcción (particularmente de los enlaces Córdoba-Rosario-Buenos Aires) encarada antes de la Primera Guerra Mundial. La *Entre Ríos Railway Company Limited* y la *Argentine*

North Eastern Railway Company Limited constituían el sexto agrupamiento británico en orden de importancia. Con una relación de estrecha cooperación hacia la década de 1920, las dos empresas habían surgido de la competencia entre compañías británicas rivales a principios del siglo XX y de las luchas por adquirir líneas de propiedad de los gobiernos provinciales en la década de 1890. Operaban el servicio ferro-fluvial internacional de trocha convencional entre Buenos Aires y Asunción, troncales fijas bastante integradas en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, y un extenso sistema de ramales en el sur de la Mesopotamia.

Lógicamente, la racionalidad de esta disposición zonal fue reconocida durante la nacionalización, que comenzó a fines de la década de 1930. En diciembre de 1936, el gobierno de Agustín P. Justo planteó la posibilidad de la expropiación. Para enero de 1938, el Central Córdoba era administrado por la autoridad ferroviaria estatal. El Central Córdoba se integró de inmediato a la red estatal existente en el norte, que así tenía acceso a Buenos Aires por sus propias vías. La lógica de las redes regionales, basada en la trocha, fue convalidada unos años más tarde, cuando se expropiaron las compañías privadas que quedaban. Las empresas estatales que las sucedieron eran muy similares a las redes anteriores, de propiedad británica. El Ferrocarril Nacional General Belgrano (que incluía al ex Central Córdoba y líneas de trocha angosta estatales del norte) absorbió la mayoría de las compañías de trocha angosta anteriormente británicas y francesas. El Ferrocarril Nacional General Roca estaba basado en el ex Sud junto con líneas estatales de trocha ancha en el norte de la Patagonia y una sección del Rosario-Puerto Belgrano. El

Ferrocarril Nacional Domingo Faustino Sarmiento se basaba fundamentalmente en el ex Oeste. El Ferrocarril Nacional General San Martín era casi idéntico al grupo Pacífico. El Ferrocarril Nacional Bartolomé Mitre consistía en el Central Argentino y una sección de la línea de trocha ancha que salía de Rosario y había pertenecido a los franceses. El Ferrocarril Nacional General Urquiza estaba formado por las compañías *Argentine North Eastern*, *Buenos Aires Central* y *Entre Ríos*.

Si bien gozaban de un significativo grado de independencia operativa, todos estos negocios estaban administrados por la Empresa Ferrocarriles del Estado Argentino (EFEA), que asumió funciones de supervisión anteriormente ejercidas por la Dirección General de Ferrocarriles. Este esquema administrativo se mantuvo prácticamente intacto hasta la década de 1990, y sobrevivió al cierre de líneas en la década de 1960 y a una poda significativa de ramales redundantes y algunos servicios troncales entre 1976 y 1980, cuando la extensión de las vías descendió de unos 37.500 kilómetros a alrededor de 34.600 (en 1959 el sistema tenía aproximadamente 41.500 kilómetros). En total, cerca de un tercio de la red fue recortado entre 1960 y 1980.

Al momento de la nacionalización, se suponía que el sistema se modernizaría en su conjunto. En parte, esto explica los esfuerzos para establecer una empresa mixta en 1946, una asociación de capitales públicos y privados que comprendía, en gran medida, a las ex compañías británicas y al Estado argentino. La sociedad mixta preveía una transferencia de la propiedad. Ésta se realizaría en etapas, a lo largo de un extenso período durante el cual la administración quedaría en manos privadas, mientras que el gobierno financiaría las repa-

raciones y la expansión mediante una importante inyección de capital. Como se verá, el esquema para establecer una sociedad mixta no era privativo ni de los ferrocarriles ni de la Argentina. Se habían estudiado arreglos similares en Brasil, y también en la Argentina, para promover el desarrollo de la industria local del acero y el hierro. Aunque las sociedades mixtas raramente progresaron más allá de la etapa de planeamiento, el mecanismo incorporaba, sin duda alguna, las ideologías en boga en la década de 1940. Al aunar capitales privados y estatales y supuestamente armonizar los intereses de los productores, los consumidores y el gobierno, la sociedad mixta encarnaba los esfuerzos peronistas tendientes a crear una tercera vía que era nacionalista, keynesiana y distribucionista, pero no anticapitalista ni autárquica.

El proyecto de crear una sociedad mixta no prosperó. Posiblemente se haya perdido una oportunidad de modernizar significativamente la red ferroviaria; más probablemente, la economía y las finanzas del comercio internacional argentino-británico y la coyuntura internacional hubiesen impedido una nueva inversión de magnitud en el sistema, aun cuando el gobierno no hubiese optado directamente por la compra. Esta es la lección de los esquemas subsiguientes destinados a mejorar la red. Los resultados de estos planes fueron escasos, a pesar de la modernización periódica del material rodante y de tracción, en particular en las líneas suburbanas, y de los grandiosos esquemas de introducción de servicios de larga distancia para el transporte de pasajeros a alta velocidad y modernos sistemas de despacho de cargas. Con los años noventa y el ajuste estructural, llegará un remedio más drástico.

Se han ofrecido varias explicaciones de la nacionalización de los ferrocarriles en 1947.



La estación ferroviaria de Constitución hacia 1935. Allí convergían diversos medios de transporte: tranvías, ómnibus, autobuses y colectivos. Colección Gastón Bourquin, Museo de la Ciudad.

Factores coyunturales y políticos dan cuenta de la sincronización del acontecimiento. Los factores tecnológicos y estructurales impulsaron el proceso. La caducidad de la Ley Mitre en 1946, el surgimiento del nacionalismo marcado por la victoria electoral de Perón y la liquidación de deudas de guerra británicas a la Argentina influyeron en cuanto a los tiempos. Pero la vida útil de la tecnología ferroviaria y las cuestiones relacionadas con las políticas económicas son más reveladoras. Las críticas nacionalistas, derivadas en parte de las características estructurales del sistema ferroviario —de las cuales se hacía responsable a la preponderancia de empresas británicas—, se intensificaron por la evidente incapacidad de los ferrocarriles de responder a la crisis económica de la década de 1930 y por la estrategia que adoptaron las empresas de capitales extranjeros frente

a una catástrofe financiera provocada por la crisis y el desafío del transporte por carretera. En la década de 1920, se argumentaba que el predominio de intereses privados (extranjeros) en la provisión de servicios ferroviarios y el correlativo “retroceso” del Estado habían producido varios defectos. Primero, una excesiva concentración de líneas en la región pampeana central; segundo, un desequilibrio entre las vías troncales y los ramales; tercero, ineficiencias en el manejo resultantes de las variaciones de trucha; cuarto, un déficit de carreteras. Por ejemplo, en 1917-1918, la provincia de Buenos Aires contaba con poco menos de un cuarto de la población total del país, pero incluía un tercio de la extensión de los rieles. En las provincias de mayores recursos como Buenos Aires y Santa Fe, la densidad de la provisión de ferrocarriles aumentó de 19,6:1 y 10,3:1, respectivamen-

te, en 1889, a 6,9:1 y 6,8:1 en 1939. En las provincias de menores recursos como Corrientes, la relación sólo aumentó de 101,5:1 a 72,4:1 en el mismo período. Asimismo, en otras regiones de reciente poblamiento, la inversión en carreteras a comienzos de la década de 1920 representaba entre el 30 y el 40 por ciento de lo que se invertía en ferrocarriles; la proporción en la Argentina era del 3,5 por ciento.

Defectos estructurales como los mencionados amenazaron la eficiencia económica y sugerían la existencia de un déficit regional en la provisión de bienes públicos. Ambos tuvieron implicancias negativas en el alcance del mercado y el desempeño estatal. Estos factores, y la cambiante naturaleza del propio Estado, asociados con las victorias electorales del radicalismo en 1916, dan cuenta de una mayor intervención: el nacionalismo y el estatismo constituyeron el apuntalamiento ideológico. Precisamente en ese momento, la "vida útil" de la tecnología ferroviaria de la era del vapor estaba llegando a su fin. En la década de 1930, la construcción de rutas nacionales, patrocinada por el Estado, surgió como una solución a estas dificultades acumuladas —un déficit estructural y regional del transporte, la evidente hegemonía de las compañías extranjeras en un sector estratégico y la falta de actualización en la tecnología—. La vulnerabilidad de las empresas extranjeras proveedoras de servicios ferroviarios y públicos a la obsolescencia técnica, los cambiantes patrones de la demanda de servicios de transporte y las presiones financiera y fiscal, se reflejaron en las respuestas políticas de las empresas ferroviarias y de servicios públicos británicas. Los recursos judiciales (en Buenos Aires) y los pedidos de intervención de Londres jugaron del lado de los nacionalistas. Las empresas ferroviarias y

de servicios públicos se encontraron cautivas tanto de los cambios estructurales en la relación argentino-británica como de un desplazamiento sistémico en la evolución tecnológica del transporte.

EL SISTEMA DE CARRETERAS Y LOS AUTOMOTORES

En una famosa obra de referencia que traza el desarrollo de la Argentina durante los cincuenta años previos, publicada en 1919, Ernesto Tornquist ni siquiera menciona los caminos, mientras que dedica una sección específica a la telefonía. En un volumen rico en observaciones estadísticas que cubren virtualmente todos los aspectos del progreso del país, las carreteras brillan por su ausencia y no aparecen mencionadas siquiera en el inventario de "Bienes Públicos". Unos diez años después de la aparición del compendio estadístico de Tornquist, la posición casi no había cambiado. Aunque el país tenía aproximadamente 24.000 kilómetros de rutas (en comparación con cerca de 37.000 kilómetros de vías férreas), el sistema "dejaba mucho que desear", y estaba compuesto casi en su totalidad por caminos de tierra que resultaban intransitables, excepto con tiempo seco.

A comienzos del siglo XX, los ferrocarriles representaban el 98% del capital invertido en el sector de transporte; a fines de la década del veinte, la proporción era todavía del 81%; a comienzos de los años cuarenta, la cifra era del 45%. En 1910, el parque automotor (automóviles y camiones) era de 4.700 unidades; veinte años más tarde, de 454.000; sólo entre 1920 y 1930 se importaron alrededor de 500.000 automotores de todo tipo. Las décadas si-

guientes fueron testigo de un rápido incremento de los vehículos. De acuerdo con algunas estimaciones, a comienzos de la década de 1960, con algo más de 1.100.000 unidades (automóviles, camiones y autobuses), el parque automotor argentino era sólo apenas inferior al brasileño y la densidad de vehículos (en miles de habitantes por unidad) era similar a la de Italia. A partir de los años cincuenta, a medida que las plantas pasaron del montaje a la fabricación, el desarrollo de la industria automotriz local también contribuyó al crecimiento en la cantidad y la calidad del parque automotor, y facilitaron el acceso a ellos mediante reducciones de precios relativos en la década del sesenta y principios de la del setenta. En la década de 1990, el parque probablemente superaba los seis millones de vehículos particulares y comerciales. Estos saltos sugieren que en los años sesenta (cuando el deterioro de la red ferroviaria se volvió particularmente pronunciado) y en los años ochenta, la infraestructura ferroviaria no logró estar a tono con la demanda.

Como sugieren estos datos, y a pesar de que la Ley Mitre había gravado a las empresas ferroviarias con un impuesto vial del tres por ciento y se habían gastado sumas significativas en la modernización de los caminos rurales a partir de 1908, la construcción de rutas interurbanas no se inició sino hasta la década de 1930. La Ley Nacional de Carreteras se promulgó en 1932 y durante esa década hubo un aumento marcado del gasto real en carreteras, dado que se dedicó una proporción creciente del presupuesto nacional a su construcción y mantenimiento. Aproximadamente 64.000 kilómetros (incluyendo caminos secundarios) eran administrados por la Dirección Nacional de Vialidad en 1944 (en comparación con

40.000 kilómetros de ferrocarriles), aunque sólo algo más del 6% estaba pavimentado. Unos veinte años después, hubo una notable mejora. Si bien la red principal de carreteras no superaba mayormente la extensión total de troncales y ramales principales del ferrocarril (a las cuales iba paralela), casi la mitad del sistema vial consistía en caminos transitables todo el año. Además, unos 480.000 kilómetros de caminos eran mantenidos por las provincias y las municipalidades. Desde comienzos de la década de 1960, el sistema de carreteras argentino aún era más extenso y de mejor calidad que el brasileño. Para la década de 1990, había cerca de 640.000 kilómetros de rutas y caminos en uso. De esta cifra, las rutas interurbanas representaban unos 197.000 kilómetros (dos tercios de los cuales eran transitables todo el año), aunque había sólo unos 51.000 kilómetros pavimentados. No es de extrañar, como lo indican estos datos, que entre los años treinta y los sesenta, el equilibrio entre los ferrocarriles y las carreteras cambiara drásticamente. Hasta la década de 1930, los ferrocarriles tuvieron un monopolio virtual del transporte de pasajeros y carga de media y larga distancia. El comienzo del programa de cierre de ferrocarriles de los años sesenta confirmó que para entonces las carreteras eran el modo dominante o garantizó que, en poco tiempo, lo fueran.

Diversas estimaciones sugieren que, a comienzos de la década de 1940, los ferrocarriles aún manejaban entre dos tercios y cuatro quintos del movimiento de carga y una proporción mayor del transporte interurbano de pasajeros. Entre mediados de la década del cuarenta y comienzos de la del sesenta, el volumen de carga transportado por ferrocarril bajó a la mitad, mientras que el transporte de mercaderías por carretera aumentó sostenida-

mente, de modo que cada medio terminó acreando una parte similar del tráfico total (menos de dos quintos y más de un tercio, respectivamente, mientras los fletes marítimos representaban el resto).

Hacia 1980, los ferrocarriles transportaban apenas una décima parte de la carga interregional, aunque para algunos productos regionales a granel, como el azúcar y el vino, las proporciones eran considerablemente mayores. De manera similar, si bien llevaban menos de un cuarto del transporte de pasajeros de media y larga distancia, en algunos corredores como Buenos Aires - Mar del Plata o Buenos Aires - Tucumán, los ferrocarriles todavía representaban cerca de la mitad de los movimientos. Para comienzos de la década del noventa, el transporte por carreteras representaba el 90% del tránsito de pasajeros y el 85% del de carga. Con el fin de establecer una comparación, cabe decir que en este momento los ferrocarriles en Estados Unidos transportaban un tercio de los bienes que se desplazaban interregionalmente. Esta tasa de declinación tan abrupta, en un período tan corto, casi no tiene precedentes, ni en otras áreas de reciente inserción ni en las economías densamente pobladas de Europa occidental. Sólo puede explicarse parcialmente por la subinversión en ferrocarriles luego de la década de 1930: la pérdida de impulso internacional en la década del cuarenta sugiere que existió subinversión tanto en los ferrocarriles como en las carreteras. En realidad, una subinversión sostenida, tanto en un área como en la otra, explica el grado sorprendentemente alto de apoyo público al principio de la privatización de ferrocarriles y carreteras, que se acerca al 60% a fin de 1993.

La declinación de los ferrocarriles se explica por las políticas económicas para ajustarse

tanto al cambio técnico como a la crisis económica de los años treinta. Entre 1928 y 1932, el volumen de carga transportado por los ferrocarriles de propiedad británica cayó el 26% y las ganancias, expresadas en pesos de moneda corriente, el 48 por ciento. Como le ocurrió a las empresas de capitales extranjeros proveedoras de servicios públicos, a los ferrocarriles les resultó imposible equilibrar las divergentes exigencias de los consumidores —principalmente agricultores cuyos precios y ganancias se venían comprimiendo— y de los accionistas extranjeros, ansiosos por preservar sus ingresos derivados de dividendos. Frente a una crisis cambiaria y financiera, las empresas no pudieron ajustar los costos fijos operativos con la suficiente flexibilidad. En cambio, ensayaron una respuesta esencialmente política: la presión diplomática para defender su posición mediante una “coordinación del transporte” que limitara la competencia. Esta estrategia fue poco eficaz, incluso en el corto plazo; a largo plazo, hizo que la nacionalización (o la expropiación en el caso de los tranvías) fuese virtualmente inevitable.

A diferencia de los operadores de camiones y autobuses (que se beneficiaron de la inversión pública en caminos y rutas interurbanas y pudieron ajustarse a las cambiantes demandas incrementando —o disminuyendo— sus horas de trabajo y frecuencias o, eventualmente, la cantidad de vehículos en uso), los ferrocarriles y los tranvías tenían enormes gastos generales operativos, ya que requerían mantenimiento y servicios. También estaban limitados por las reglamentaciones operativas y debían enfrentar una fuerza laboral organizada. A partir de los resultados de una evaluación de la competencia entre ferrocarriles y carreteras, llevada a cabo en Estados Unidos,

López Mayer sostiene que sobre las rutas pavimentadas, los transportistas viales gozaban de una ventaja comparativa sobre los ferrocarriles en distancias inferiores a 300 kilómetros en la década del treinta. La mayor parte de las inversiones en rutas pavimentadas encaradas en la Argentina en la década de 1930 se encontraba dentro de este límite. Tomando la ciudad de Rosario como modelo de estudio, López Mayer muestra cómo el transporte por carreteras absorbió dos tercios del tránsito interurbano de pasajeros, desde y hacia la ciudad, en la década del treinta. No hay motivo para creer que la situación de los ferrocarriles (con respecto a la carga y los pasajeros) y los tranvías (pasajeros) fuera diferente en otras partes de la Argentina, como lo corrobora la posición en la ciudad de Buenos Aires. De casi un monopolio del transporte público en 1913, veinte años más tarde la *Anglo-Argentine Tramway Company Limited* (que operaba prácticamente todo el sistema) pasó a manejar sólo un tercio de los viajes de pasajeros, una proporción que cayó a un cuarto antes de finalizar la década.

TRANVÍAS Y COLECTIVOS EN LA VIDA URBANA

El primer tranvía en la ciudad de Buenos Aires fue financiado por capitales locales y comerciales. La historia inicial de los tranvías fue de rápida expansión y fusión. En 1870, ya había nueve compañías funcionando o a punto de abrir. La gran mayoría de estas empresas cotizaba en la bolsa local. Para 1875, la fusión había reducido a seis la cantidad de compañías, tres de las cuales cotizaban en Londres. Con la formación, en 1876, de la *Anglo-Argentine Tramway Company*, el ritmo de fusiones aumentó. La situación en otras regiones del

país no era diferente: crecimiento de la red, competencia y fusión. En 1914, el país contaba con el conjunto más extenso de sistemas tranviarios urbanos de Sudamérica; en 1920, Buenos Aires tenía una red integrada de tranvías y subterráneos igual a la de otras ciudades del mundo, incluidos los primeros subterráneos construidos en América Latina.

¿Qué provocó el crecimiento y la fusión del sistema tranviario urbano? Para algunos autores, la explicación se encuentra en la rápida urbanización estimulada por el crecimiento impulsado por las exportaciones y por la inmigración. Otros incluyen el proceso de cambio tecnológico y la economía política de la operación de los servicios públicos. El rápido crecimiento de la población significó buenos negocios para los tranvías y las peculiaridades del crecimiento urbano en la mayor parte de las ciudades del país no podrían explicarse sin referirse a los tranvías. La tendencia de la mayoría de las ciudades era a crecer hacia afuera más que hacia arriba. Los tranvías eléctricos facilitaron este proceso, integrando barrios y enlazando grupos de conjuntos urbanos con los distritos centrales. Pero la energía eléctrica también pesó en la balanza. La historia de los tranvías muestra que hubo una estrecha correlación entre la tracción y la escala de operación. Cuando los caballos eran la forma principal de tracción, muchas compañías eran relativamente pequeñas, y operaban generalmente unas pocas líneas en zonas limitadas geográficamente. Los tranvías de tracción a sangre eran una tecnología relativamente barata, accesible a todos los interesados. Había pocas barreras para entrar en la actividad y pocas diferencias entre las empresas locales y las extranjeras.

García Heras demuestra que las condiciones operativas cambiaron drásticamente junto

con el advenimiento de la energía eléctrica. Una vez que la viabilidad de los tranvías eléctricos quedó demostrada, se produjeron dos cambios estrechamente ligados: la fusión de las compañías de tranvías y la integración de la generación de energía con el transporte urbano. De Sáes ofrece un relato convincente acerca del impacto que el cambio tecnológico tuvo sobre la integración de los servicios públicos urbanos en Brasil.

Por lo general, la integración vertical era, en principio, disparada por las compañías generadoras de energía, que procuraban un mercado asegurado. Una vez que la compañía de tranvías adoptaba la tracción eléctrica, se producía la tendencia hacia la integración horizontal. La electricidad era eficiente, pero los costos de puesta en marcha eran abultados. Por ese motivo procuraban economías de escala a través de la expansión vertical y horizontal. La adopción de la electricidad fue la razón principal por la cual la consolidación del sector se produjo rápidamente, pero además existieron otros factores. Como en otros servicios públicos, existía una tendencia casi patológica hacia la fusión, la búsqueda del monopolio, impulsada por la desordenada naturaleza de la inversión y la índole del negocio.

Como ya se ha dicho, las empresas de servicios públicos constituyen monopolios naturales, a pesar de que algunos son más perdurables que otros. Esta circunstancia innata estimula al gobierno a otorgar concesiones y a regular los servicios públicos. El imperativo de regular fue una constante. Todas las empresas de servicios públicos en manos privadas tenían que convivir con él. Otras características inmutables de la evolución de estas compañías las constituían la naturaleza exasperante de la política municipal, la recurrente controversia

acerca del cumplimiento de las obligaciones contractuales y, en el caso de la *Anglo-Argentine*, continuas disputas acerca de las tarifas, calidad y cobertura del servicio, así como las relaciones precarias con los gremios. A pesar de que todas las compañías enfrentaban estas circunstancias, el hecho de estar en manos extranjeras generalmente agravaba el problema. La necesidad de responder a capitales extranjeros inevitablemente ejercía una presión extra sobre las tarifas cuando el tipo de cambio era adverso. Los altos costos operativos y la falta de respuesta a las exigencias locales por parte de la gerencia eran dos causas que inmediatamente se citaban durante las reuniones de directorio de las empresas en el exterior. Las acusaciones de ineficiencia y de incapacidad para responder a las necesidades de las ciudades en expansión se repitieron a menudo durante las décadas transcurridas entre las dos guerras.

Las políticas municipales eran turbias. Los grupos políticos locales nunca resistían la tentación de obtener réditos atacando a las empresas de servicios públicos. Con frecuencia había motivos plausibles para los reclamos. La mayoría de las empresas de servicios públicos obtuvieron las concesiones durante el tercer cuarto del siglo XIX, época en que los gobiernos municipales y provinciales estaban dominados por una pequeña camarilla. La corrupción menuda era habitual y, versados en las reglas del juego, los comerciantes y otros empresarios distribuían los favores usuales con el fin de obtener franquicias. Sacar los trapos sucios al sol (y la suciedad existía) era un arma eficaz con la cual, quienes estaban "afuera" golpeaban a quienes estaban "adentro", durante las contiendas políticas locales. Un cambio de régimen en el palacio municipal podía pro-

vocar la reexaminación de la licencia a una empresa. La administración de un servicio público era un asunto litigioso. Y las empresas de capitales extranjeros que operaban en pueblos del Interior no siempre disponían de la misma artillería que las empresas de la ciudad de Buenos Aires o que aquellas enormes corporaciones que operaban a escala nacional. No se podía amenazar a las administraciones municipales recalcitrantes negándoles el crédito, ya que era escasa la posibilidad de que fuesen a pedirlo en los mercados de capitales extranjeros.

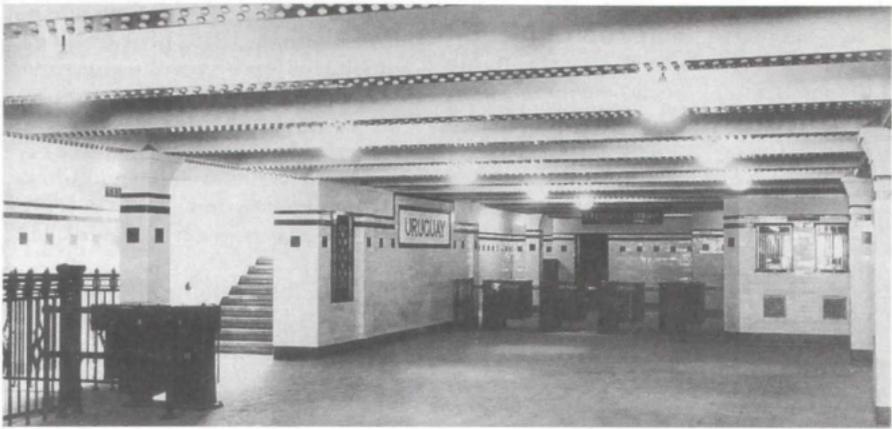
Inevitablemente, las empresas de servicios públicos de capitales extranjeros (y la mayoría de ellas estaba constituida en el exterior) quedaron atrapadas por los acontecimientos políticos que se sucedieron a principios del siglo XX. El advenimiento del radicalismo y la anterior influencia política ejercida por los pequeños partidos regionales complicaron el escenario político. Muchos de estos nuevos intereses aspiraban a representar a los grupos de profesionales urbanos emergentes o a los obreros urbanos que eran los principales consumidores de servicios públicos. En estas circunstancias, asegurarse la cobertura política adecuada era difícil, caro y raramente eficaz. Incluso si los recursos lo hubiesen permitido, la rapidez con que las facciones municipales se dividían y aliaban impedía a las empresas contratar a un abogado o a un ingeniero de cada facción.

Tampoco hubiera sido útil. Se podría decir que únicamente las grandes compañías concesionarias del Estado nacional fueron capaces de cultivar y mantener contactos políticos eficaces a pesar de que, inclusive en este nivel, no existían garantías en lo referente a la eficacia de la "cobertura política". La experiencia de la *Anglo-Argentine* es ilustrativa. Durante la década de 1910 se hizo responsable a la compa-

ña por los problemas coyunturales y estructurales asociados al acelerado crecimiento urbano, entre ellos, la congestión del tránsito. Los críticos solían responsabilizar a la *Anglo* por una desproporcionada cantidad de accidentes y de embotellamientos, que se producían cuando los tranvías intentaban doblar en las esquinas de calles estrechas, cuyo diseño seguía el esquema colonial de cuadrícula.

La solución a largo plazo para la densidad del tránsito residía, obviamente, en la construcción de nuevas líneas de subterráneo, como quedó demostrado por el éxito del primer tramo de la línea "A", inaugurado en 1913. Como consecuencia, la compañía comenzó a colocar mayor énfasis en las mejoras cualitativas de los servicios, en lugar de la expansión física de la red. Se enviaron varios proyectos a la Municipalidad después de la Primera Guerra Mundial. A pesar de que el segundo tramo de la primera línea de subterráneos estaba terminado, la *Anglo-Argentine* no construyó otras líneas. Un ambicioso proyecto para una extensa red quedó trunco, debido al creciente conflicto que existía con la municipalidad por la regulación de las tarifas, conflicto en parte provocado por la competencia "no regulada" de los autobuses.

La compañía veía con preocupación el creciente número de autobuses que circulaban en la ciudad de Buenos Aires. Los usuarios suburbanos ahora tenían acceso a un empleo en el centro gracias a los económicos *taxis-colectivos* que ofrecían el servicio y circulaban por las calles de asfalto. Dos circunstancias convirtieron a la *Anglo* en blanco fácil de los *colectivos*, de los usuarios de servicios de transporte urbano y de los políticos. Una de ellas era la incapacidad para llegar a un acuerdo con la municipalidad para la construcción de líneas de subte-



Una de las estaciones del subterráneo de Buenos Aires (línea B) en 1931. *La Nación. La Argentina en el siglo XX.*

ráneo mediante el método de *cut - and - cover* (que consiste en el cavado de túneles, su construcción y su posterior cobertura empleando el material extraído). La otra circunstancia era que la empresa se concentraba en optimizar la calidad de las líneas existentes, en lugar de tender rieles hacia los nuevos suburbios. El deterioro de las relaciones, en primer lugar, con las autoridades locales y, posteriormente, con los clientes y empleados, estuvo jalonado por una serie de interminables disputas acerca de las concesiones, ensanchamiento de calles, tarifas y prácticas laborales. Enredada en controversias políticas y sorprendida por la escasez de capital (provocada por la depresión que se vivió entre las dos guerras), la compañía no reaccionó de manera eficaz ante el crecimiento desmesurado de la competencia vial, ocurrido a partir de 1930. Los intentos por reducir los salarios y por modificar las condiciones laborales produjeron violentas confrontaciones con los empleados, y también acusaciones por parte de la municipalidad, en el sentido de que la compañía estaba actuando de manera inconstitucional. El aumento del precio del

pasaje, aun con el visto bueno del gobierno de la ciudad, provocó sabotajes por parte de los pasajeros, ataques a la propiedad de la compañía y un acelerado desplazamiento de los clientes hacia los colectivos y ómnibus. Los reclamos por el deterioro de los servicios (demoras, incumplimiento de los horarios y mala calidad de los vehículos) aumentaban; las ganancias disminuían y casi no se tomaron recaudos para enfrentar la devaluación. La compañía era "extranjera", "monopólica" y "explotadora".

Las dificultades que enfrentó la *Anglo-Argentine* al intentar encarar el desafío representado por los colectivos derivaban de la economía del transporte urbano, de la política económica de los servicios públicos y también de su propia historia financiera. El motor de combustión interna era técnicamente superior: la vida útil de la tecnología del tranvía había llegado a su fin. Para ofrecer servicios adicionales, las cooperativas de colectivos simplemente debían adquirir otro vehículo. Extender el servicio de tranvías implicaba una mayor inversión de capital en nuevos rieles, así como la adquisición de material rodante, con



Coche colectivo de la tradicional línea 60, de 11 asientos, que en los años 40 unía la Estación Constitución con la localidad del Tigre. *La Nación, cien años de vida cotidiana.*

todas las complicaciones que esto acarrea. El aspecto económico de la expansión y del funcionamiento era bastante diferente para las pequeñas compañías de autobuses y para los tranvías. La tendencia de la nueva tecnología favorecía a los empresarios independientes, de la misma manera que las abultadas necesidades de la tecnología del tranvía habían favorecido, en los comienzos, a grandes empresas unificadas que operaban una sola línea. Los autobuses que circulaban por vías públicas gozaban, además, de un subsidio encubierto y fueron capaces de responder con mayor flexibilidad y velocidad a los variables esquemas

del asentamiento urbano. Además, los colectivos eran empresas nacionales, mientras que los tranvías eran extranjeros. Más aún, la búsqueda del monopolio, realizada con cuentas patrimoniales sobrecargadas, pesaba sobre las utilidades, limitaba las innovaciones, alentaba estridentes reclamos al gobierno y, probablemente, llevaba a dar prioridad a las cuestiones de corto plazo por sobre las estrategias a largo plazo. Como en el caso de los ferrocarriles, la nacionalización era inevitable y llevó a la desaparición de los tranvías; fue otra victoria del motor de combustión interna, aliado a una invención tecnológica nacional: el colectivo.

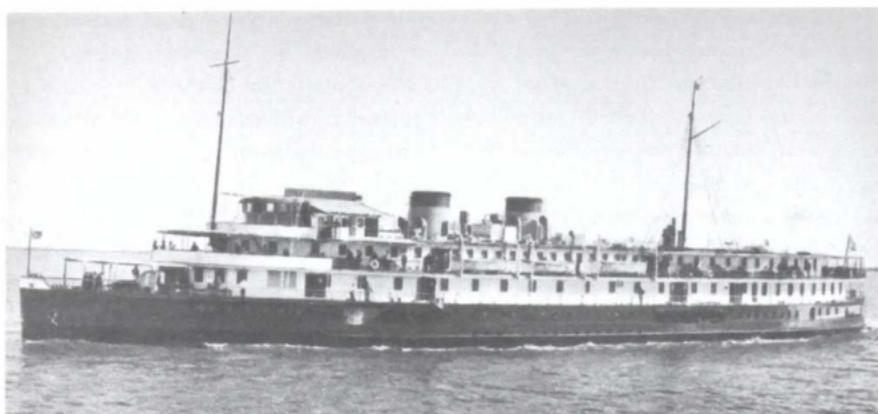
Durante las décadas de 1930 y 1940 se produjo una migración masiva de pasajeros de los tranvías a los autobuses en los trayectos urbanos. Durante la década de 1930, la tecnología del tranvía, cada vez más obsoleta, provocó una mayor regulación estatal. Durante la década de 1940 y con posterioridad a ella, la desaparición del tranvía implicó un mayor papel para el Estado, ya fuese como proveedor casi monopolístico de algunos servicios urbanos o como órgano comprometido en socializar los costos provenientes de la provisión de servicios de transporte urbano a través de intervenciones en los precios y del control del gasto.

TRANSPORTE FLUVIAL Y MARÍTIMO

Para algunos, el fracaso de la optimización de las vías fluviales internas durante el siglo XX, especialmente en el Delta del Plata y Paraná, ha resultado una paradoja constante. Los proyectos para canalizar el Delta inferior y los trechos superiores de la cuenca de los ríos Paraná y Paraguay nunca salieron del tablero de dibujo. Formalmente, las pésimas condiciones de los puertos fluviales y marítimos, y la dificultad para acceder a ellos, son responsables por el relativo atraso del transporte naviero nacional. Se podría decir que la eficiencia técnica de los ferrocarriles y la ubicación de los recursos desalentaron el desarrollo de las vías fluviales durante el siglo XIX, aun en regiones como la Mesopotamia, donde los ríos parecían presentar una ventaja natural y competitiva y que careció de comunicaciones ferroviarias y viales directas con el resto del país hasta el siglo XX. Por otro lado, el modelo de asentamiento y la concentración de la actividad económica de las pampas limitaba la navega-

ción marítima, aun en el caso de los productos destinados a los mercados extranjeros. En 1898, el movimiento total de los puertos argentinos registró cerca de 35.000 entradas de naves, que transportaron 11,8 millones de toneladas de carga. El movimiento de cabotaje representó el 70% del total de las zarpadas y 44% del tonelaje. Expresado de otra manera: en 1898, los ferrocarriles manejaban 9,4 millones de toneladas de flete y la navegación marítima y fluvial se ocupó de 5,2 millones. Veinte años después, el transporte ferroviario de carga había aumentado un poco más que cuatro veces, alcanzando casi los 37 millones de toneladas, mientras que la navegación había aumentado alrededor de dos tercios y llegó a los 8,6 millones de toneladas. En 1898, la relación entre el flete ferroviario y el marítimo era de 1:0,55; en 1918, 1: 0,23.

Durante el segundo cuarto del siglo XX, la navegación marítima y la fluvial aumentaron su participación en el movimiento del tráfico de cabotaje. Esto se debe principalmente a modificaciones en la organización del sector: en primer lugar, la concentración de los servicios en manos de una única compañía privada y, en segundo lugar, a través de la acción del Estado. Lanzada como empresa que cotizaba en bolsa en las vísperas de la Primera Guerra Mundial, la Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich) Ltda. data de comienzos del siglo. Mediante una política agresiva y expansionista entre las décadas de 1900 y 1920, Mihanovich desplazó a otras compañías de navegación y, especialmente en las rutas hacia el norte del puerto Buenos Aires, compitió activamente con los ferrocarriles por la conquista del tránsito de pasajeros y de fletes hacia el Delta y desde él, así como también entre los puertos mesopotámicos. En la década de 1940, la compañía ha-



El vapor de pasajeros *Ciudad de Corrientes*, perteneciente a la Compañía Argentina de Navegación Doderó S. A., sucesora de la Compañía Argentina de Navegación Mihanovich Ltda., remonta el Paraná. Argentina, 1949-1950.

bía logrado un virtual monopolio, ocupándose del 84% del tonelaje nacional.

El éxito de Mihanovich advierte contra las razones que se argumentaban para el limitado desarrollo de la navegación y que se basaban en teorías conspirativas; principalmente, el solapado poder de los ferrocarriles en poder de compañías extranjeras. Quizá la Compañía Argentina de Navegación fue demasiado exitosa; ese factor se le volvió en contra. Atrajo la atención de un Estado crecientemente deprecadorio. Junto con otras empresas de transporte, la compañía fue nacionalizada. La flota mercante que absorbió a Mihanovich estaba formada inicialmente por buques detenidos en Buenos Aires durante el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Éstos eran, principalmente, buques y embarcaciones mercantes del Eje, registrados en países de Europa occidental ocupados por Alemania.

Creada en 1941 para paliar la escasez de transporte marítimo durante la guerra, la Flota Mercante del Estado (FME) surgió como un elemento en la estrategia para establecer con-

trol gubernamental sobre los servicios de cabotaje y como presencia nacional en la navegación internacional. Como en el caso de la nacionalización de los ferrocarriles, la creación de una flota de bandera nacional demostraría la independencia económica del país y, a través de un programa de construcción de buques, facilitaría la industrialización. Con la adquisición de compañías navieras nacionales, se produjo cierta racionalización de los servicios. FME sería, fundamentalmente, responsable de las líneas nacionales y servicios regionales; la Flota Argentina de Navegación de Ultramar (FANU) operaría las rutas más distantes, a pesar de que había cierta superposición de servicios hacia el Caribe y su ruta de retorno. En 1960, las dos entidades se fusionaron y formaron la Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA).

La energía de Mihanovich y la estrategia de establecer una presencia naviera argentina dentro de la industria internacional tuvieron como resultado una expansión sostenida del tonelaje registrado en la Nación. A fines de la década de

1930, los buques argentinos transportaban menos del 2% del comercio internacional del país; con el surgimiento de la FME, durante la Segunda Guerra Mundial, más del 13% era llevado en buques registrados en el país. En 1939, el tonelaje argentino aparecía en el decimotercero lugar entre las mayores flotas del mundo. A principios de la década de 1960, la flota nacional aparecía en el puesto decimosexto del *ranking*.

Era de esperarse que esto produjese un impacto en la operación del flete, tanto de cabotaje como internacional. Entre la década de 1940 y la de 1960, el transporte costero y el fluvial se encargaban de casi un cuarto de todo el movimiento de cargas, mientras que la porción correspondiente a los ferrocarriles cayó de aproximadamente dos tercios a un tercio, y la participación vial creció de menos de un décimo a un tercio. Esta situación no perduró, según lo indica el cuadro 1.

La evolución de esos datos confirma el crecimiento sostenido de la inversión nacional, especialmente entre la década de 1920 y la de 1960. El tonelaje de bandera nacional creció más del doble entre 1925 y 1945 y se duplicó nuevamente entre 1945 y 1960. A fin de la década de 1980 se produjo una marcada contracción.

EL TRANSPORTE AÉREO. AEROLÍNEAS ARGENTINAS

El transporte aéreo nacional experimentó una historia similar. Ya en el comienzo de la década de 1940 había 78 vuelos comerciales de pasajeros por semana. De esta cantidad, casi la mitad eran viajes internacionales con destino a Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y Estados Unidos, operados principalmente por compañías privadas extranjeras. Los vuelos nacionales estaban en manos de dos líneas semiprivadas y otras dos estatales, las cuales unían 26 pueblos y ciudades. Los dos servicios semanales a Francia e Italia fueron suspendidos debido a la guerra. Los primeros vuelos comerciales regulares operados por compañías nacionales datan de la década de 1920. En 1949, las empresas mixtas y las estatales que operaban vuelos comerciales fueron absorbidas por Aerolíneas Argentinas, que fue monopolio estatal y sucedió a la Flota Aérea Mercante Argentina (FAMA) creada en 1946. Como en el caso de las líneas marítimas del Estado, la creación de una aerolínea de bandera se presentó como expresión de la independencia y el desarrollo económicos: una

CUADRO 1
TONELAJE NAVIERO NACIONAL

<i>Años</i>	<i>Tonelaje</i>
1905	100.000
1925	220.000
1935	340.000
1945	500.000
1960	1.000.000
1985	1.840.000
1995	310.000

Fuente: Elaboración propia, basada en datos de *Estadísticas históricas argentinas y Statistical Abstract of Latin America*.

Directa

para una empresa de vuelo mundial



el avión más moderno del mundo!

COMET 4

Anuncio de Aerolíneas Argentinas en el que se publicitaba "el avión de línea a chorro más probado del mundo", el Comet 4. *Mayoría, 1958.*

política de transporte que facilitaría el crecimiento industrial y la diversificación. A mediados de la década de 1950, la cantidad de vuelos semanales de cabotaje e internacionales había crecido enormemente, así como también la cantidad de pasajeros. En 1955 aparecían 45 pueblos y ciudades en el mapa aéreo nacional y el total de pasajeros de las rutas de cabotaje e internacionales llegó a 537.000, mientras que en 1945 habían sumado 30.000.

En ese momento existían vuelos casi diarios con destino a todos los países limítrofes y varios vuelos semanales a los Estados Unidos y a la mayoría de los países de Europa occidental. Aerolíneas Argentinas manejaba alrededor de dos tercios del total de los viajes de pasajeros. En 1970 sumaba más de 2.000.000 de via-

jes de pasajeros y en 1995, alrededor de 6.500.000. A pesar de este crecimiento, la línea de bandera perdió terreno a partir de 1970. Esto se debió, en parte, al aumento de los vuelos internacionales, un sector en el que Aerolíneas Argentinas no tenía el monopolio y en el cual otras compañías podían ofrecer mejores conexiones y parecían ofrecer una calidad de servicios generalmente superior. Otros motivos fueron los cambios en el marco regulatorio y la incapacidad para mantener niveles de inversión, tanto en la aerolínea estatal como en la infraestructura. Sin duda, Aerolíneas padeció la interferencia política y las modificaciones en la estrategia referente al transporte aéreo nacional. Durante los años comprendidos entre las décadas de 1950 y 1970 hubo po-

ca estabilidad en este sentido; se aplicaron casi todas las estrategias posibles durante ese lapso: monopolio, "cielos abiertos" (para aviones nacionales), distribución de zonas y competencia reglamentada. Aerolíneas inviablemente gozaba de subsidios indirectos; los operadores privados a veces se beneficiaban con subsidios compensatorios y abiertos, y a veces no los recibían. En ocasiones, se permitió que compañías privadas quebraran; por lo general, no se les permitía hacerlo. La falta de estabilidad de las condiciones operativas nacionales arruinó tanto a la línea aérea estatal como a sus reales o potenciales competidores privados. Así como ocurrió con otras empresas estatales, la indiferencia oficial y la indecisión acerca de la privatización en la década de 1980, junto con privatizaciones desprolijas y una desregulación mal concebida en la década de 1990, nada contribuyó para restablecer ni la estabilidad ni la rentabilidad el sector.

TELÉGRAFO, TELÉFONO Y SERVICIOS POSTALES

La tecnología de las comunicaciones presentó modificaciones tan radicales como la tecnología del transporte durante el siglo XX. A comienzos de siglo, las comunicaciones se encontraban apenas en la etapa eléctrica; a fines del mismo período, la influencia de la revolución electrónica se observa en todas partes. Estos cambios impusieron desafíos al mercado y al Estado. La modificación de la posición del Estado es tan evidente como lo son los cambios de las empresas en respuesta al impacto de la tecnología en lo referente al acceso y a la velocidad de difusión de la información. Las cuestiones de costos y control condi-

cionaban los esfuerzos del Estado para regular y/o monopolizar el suministro de comunicaciones. Como en el caso del sector de los transportes, durante el segundo tercio del siglo XX, el Estado argentino mostró una creciente tendencia a regular y a asumir la responsabilidad por el suministro. La retracción del Estado se convirtió en característica de fines del siglo XX. Y, nuevamente como en el área de los transportes, la ideología y la tecnología influyeron la acción del Estado y sus respuestas al papel de los proveedores privados (también extranjeros).

Como ya se ha señalado, el telégrafo fue un instrumento importante en la construcción del Estado. Dos entidades fueron las principales responsables de la formación de los sistemas telegráficos durante el siglo XIX: los ferrocarriles y el Estado. El telégrafo eléctrico inmediatamente asumió un papel clave en lo referente a las operaciones ferroviarias. Proveía información vital para el movimiento de los trenes y facilitaba respuestas inmediatas ante las emergencias. Era inevitable que el sistema de telégrafos creciera al mismo ritmo que los ferrocarriles. En muchos países, y la Argentina no fue una excepción, los servicios telegráficos se vieron rápidamente inmersos en la administración postal, que ya era un monopolio estatal. A pesar de que la mayoría de los servicios internacionales era operada comercialmente, el Estado controlaba el acceso al sistema y exigía que las compañías privadas depositaran copias de los códigos en la agencia estatal.

En 1918, la red de telégrafos alcanzaba los 80.000 kilómetros. De este total, aproximadamente 38.000 eran manejados por el Estado federal; las empresas ferroviarias se hacían cargo de casi 32.000 kilómetros. El resto del sistema pertenecía a las provincias de Buenos

Aires y Entre Ríos. Casi la mitad de la red nacional estatal había sido construida en el siglo XIX, después de la inauguración de la primera oficina de telégrafos en 1870. A pesar de que databa del siglo XIX, el telégrafo de los ferrocarriles creció con mayor velocidad durante el auge de la construcción, registrado en los años previos a la Primera Guerra Mundial. A partir de ahí, el crecimiento fue insignificante, principalmente debido a la expansión del sistema telefónico, que monopolizó de manera creciente las comunicaciones comerciales y particulares de "alta velocidad".

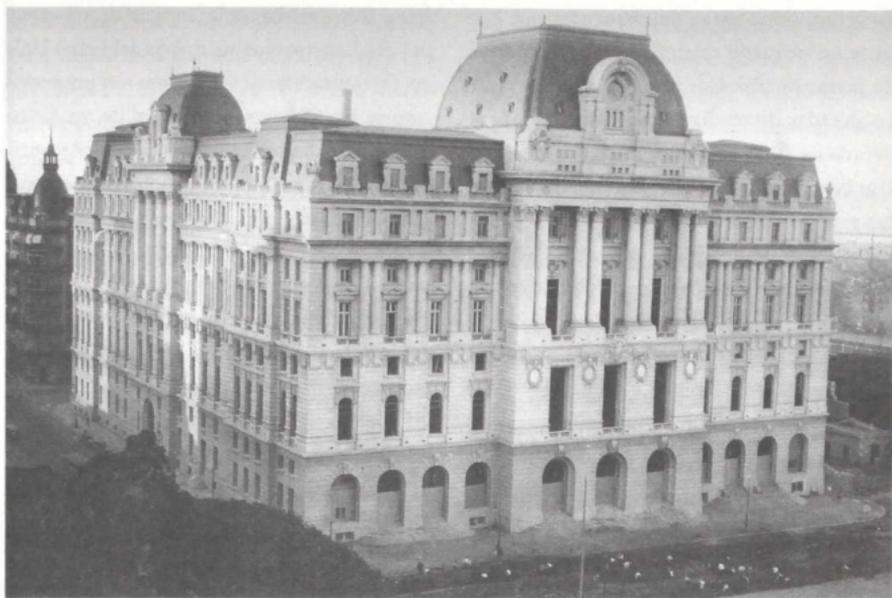
A diferencia del sistema telegráfico, en un comienzo los sistemas de radio y de teléfono eran extremadamente descentralizados y competitivos. Tampoco existía en esa etapa ningún intento por establecer un sistema estatal o un monopolio estatal, si bien el Correo Nacional era un ente regulador. En 1912 existía un total de 71 concesionarios telefónicos; cuatro compañías competían en la ciudad de Buenos Aires, había otros 54 sistemas diseminados por el país y la mayoría de las compañías ferroviarias operaba su propio sistema. Mientras que en Buenos Aires funcionaban 21 compañías, otras 9 en Entre Ríos y otras 5 en Corrientes, la mayoría de las provincias y territorios nacionales obtenían el servicio a través de un solo proveedor. En verdad, era muy probable que una sola compañía proveyera el servicio a la mayoría de los pueblos y ciudades fuera de Buenos Aires.

La cantidad de teléfonos aumentó de los 150.000 aparatos en 1924 a 1.200.000 en 1960, llegando a los 2.000.000 en 1970. Hubo escaso crecimiento en la cantidad de conexiones en el período que corre desde el fin de la década de 1960 a la de 1980. Esta circunstancia encuentra su explicación en la inestabilidad económica y en el comportamiento excesivamente ren-

tístico evidenciado por los principales actores del sector.

Al igual que lo ocurrido en otros sectores, la estructura de la industria telefónica y el régimen bajo el cual operaba cambiaron profundamente durante el siglo XX. A diferencia de las comunicaciones inalámbricas o radiales, donde se mantuvo una alta competencia, durante el período de entreguerras se produjo un proceso de fusión en el sector telefónico, a medida que los operadores eran absorbidos por empresas mayores y los consorcios extranjeros asumían una presencia dominante. Durante los primeros años del siglo, la Unión Telefónica del Río de la Plata, empresa constituida en Londres, surgió y dominó gran parte del sector. En 1929, dicha empresa fue absorbida por U. S. International Telephone & Telegraph Corporation (ITT), que ya estaba operando en el país y se estaba expandiendo no sólo en la Argentina sino también en el resto de América y del mundo.

Entre 1946 y 1949, la Empresa Mixta Telefónica Argentina (EMTA), estatal, adquirió las licencias y activos de la mayoría de los operadores, completando así el proceso de consolidación. Entre 1948 y 1949, EMTA fue reestructurada y así surgió la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL), completamente estatal, que se convirtió en proveedora casi monopólica. Las excepciones las constituían los servicios de Cuyo y del Noroeste, donde la Compañía Argentina de Teléfonos (CAT), subsidiaria de la empresa sueca Ericsson, continuó funcionando. Una compañía independiente sobrevivió en Entre Ríos hasta 1989, cuando fue absorbida por CAT. No obstante, durante todo este período, ENTEL fue la única proveedora de conexiones internacionales y manejaba el 95% del tráfico local e internacio-



El edificio del Correo Central de Buenos Aires, inspirado en el esquema funcional del Correo Central de Nueva York y proyectado por el arquitecto Norbert Maillart. Fue inaugurado en 1928. *La Nación. La Argentina en el siglo xx.*

nal. Durante la administración de ENTEL, los servicios se fueron deteriorando gradualmente y, como se señaló anteriormente, el crecimiento de la red fue lento e irregular. Como en el caso de otros monopolios estatales creados en la década de 1940, se le exigió a ENTEL que practicara una política de "compre nacional", pero invariablemente dependía de empresas internacionales como ITT o Siemens. En la década de 1980, la empresa estaba a punto para la privatización.

La tecnología de las comunicaciones de voz, en constante transformación, tuvo un impacto aún mayor que el telégrafo o la provisión del servicio de télex a partir de 1961, sobre el volumen, naturaleza y organización de los servicios postales. El crecimiento de los servicios postales durante las primeras décadas del siglo fue impresionante. De 284.000.000 piezas

distribuidas en 1900, el Correo llegó a distribuir más de 1.000.000.000 a comienzos de la Primera Guerra Mundial. Después de la guerra, el tráfico se duplicó durante la década de 1920. El crecimiento de la red estuvo acompañado también por una diversificación de los servicios: la cantidad de oficinas postales y telegráficas se duplicó durante las dos primeras décadas del siglo y emprendimientos innovadores, como la creación de la Caja Nacional de Ahorro Postal en 1915, demostraron el dinamismo del monopolio estatal. En ese momento, el Correo podría haberse jactado de brindar un servicio bancario más difundido y accesible que el ofrecido por el Banco de la Nación Argentina.

Si, antes de la revolución de las telecomunicaciones modernas, el volumen de la actividad postal ofrecía un testimonio de la salud

de la economía, no es de sorprender que hubiese un pequeño crecimiento en la cantidad de piezas distribuidas por el Correo durante las décadas de mediados de siglo. Ya para la década de 1960, la declinación era un hecho. Durante los años setenta, la cantidad de piezas estaba por debajo del pico alcanzado durante los años previos a la Primera Guerra Mundial. Aun antes de la privatización de 1997, el Correo ya había perdido de hecho el monopolio formal (y real) del que había gozado previamente. Inclusive las funciones regulatorias en el ámbito de las comunicaciones radiales y telefónicas eran redundantes o ya habían sido reemplazadas. Pocas privatizaciones fueron tan populares como la venta de los canales de televisión y de las radios estatales y también pocas generaron mayor controversia. En todos estos casos existía la sospecha de que la privatización simplemente fortalecería la posición de grupos de medios y comunicaciones consolidados o de servicios privados de correos que habían surgido durante la década de 1980 o antes.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La historia de los transportes y las telecomunicaciones pone de relieve una cantidad de problemas estructurales. Los más obvios se relacionan con el bajo nivel de la inversión y con la distribución geográfica. A comienzos de siglo, trabajos contemporáneos como los de Bunge y Tornquist enfatizaban que la Argentina poseía la mayor red ferroviaria de América Latina. Casi al mismo tiempo, en informes preparados para accionistas extranjeros, las compañías de propiedad británica ponían el acento en la extensión de sus redes zonales

respectivas, mediante la argucia de superponer sus diagramas sobre mapas del Reino Unido. Estas estadísticas e imágenes son impresionantes; sin embargo, no hablan de un factor importante. Las comparaciones de la Argentina con Canadá y Estados Unidos parecen mucho menos positivas cuando la extensión de las líneas se estima per cápita o por rendimiento. Inclusive en este nivel existía un déficit comparativo de vías, que se profundizaría durante la segunda mitad del siglo, debido a que aquellos y otros países "redescubrieron" los ferrocarriles, optimizaron las redes y promovieron programas masivos de construcción de autopistas, mientras que la Argentina no hizo nada de eso. Además, en ese momento, cuando la era del vapor estaba en su apogeo y los ferrocarriles y los tranvías eran los medios más eficientes para transportar personas y productos, la Argentina se destacó, entre otras áreas de poblamiento reciente, en lo referido a la relación entre la inversión vial y la ferroviaria. Ya existía una baja inversión real en caminos, un desequilibrio y un déficit de transportes que se arrastraría a lo largo del siglo.

La distribución constituía un problema igualmente obvio, y que ya era percibido en la década de 1920. La construcción de carreteras durante la década de 1930, que era mayoritariamente paralela al tendido de las grandes líneas ferroviarias existentes, apenas se ocupó de este problema. De manera similar, la posterior construcción de rutas no tuvo sino un modesto impacto, y se hizo esencialmente para compensar la caída de las inversiones ferroviarias. En verdad, durante la última porción del siglo XX, las únicas estadísticas de transportes que ubican a la Argentina en una posición de liderazgo son las referidas a los déficit operativos de los ferrocarriles. En este sentido,

los ferrocarriles de la mayoría de los países eran deficitarios, pero la cuestión argentina era diferente. En muchos otros países, los déficit operativos se deben considerar dentro del contexto de una inversión masiva en nuevas tecnologías ferroviarias. Por lo tanto, se los puede describir como subsidios para el desarrollo de los transportes. Éste no era el caso de la Argentina, donde los déficit de los ferrocarriles no indicaban ni modernización ni subsidios para reducir los costos. Al contrario, se estaban convirtiendo en elementos de gran peso en la inestabilidad fiscal.

La magnitud y perpetuación del desequilibrio del transporte regional se reflejaban, además, en los almanaques de principios de siglo. Una vez más, los datos sobre automotores, teléfonos y tranvías confirma la amplia disponibilidad de medios de comunicación existente a comienzo del siglo XX y los profundos desequilibrios regionales. Antes de la Primera Guerra Mundial, la red de tranvías de la ciudad de Buenos Aires era la más extensa del mundo. Puesto en términos per cápita, el parque automotor era mayor que el del Reino Unido. En la Argentina, la cantidad de teléfonos y la longitud del cableado eran aproximadamente los mismos que los totales combinados de México y Brasil, países con poblaciones considerablemente mayores. Como no podía ser de otra manera, en lo concerniente a los automotores, la mayoría de estos servicios estaban concentrados en la Capital Federal y sus alrededores. El acceso a estos servicios no estaba difundido ni geográfica ni socialmente como en otras áreas de asentamiento reciente. La distribución de los servicios y de los medios telefónicos no era diferente. Todos los servicios estaban desproporcionadamente concentrados en la Capital Federal y sus alrededores. La con-

solidación, en primer lugar, de una presencia estatal y, consiguientemente, de un monopolio estatal en muchos sectores de transportes y comunicaciones no corrigió fundamentalmente este desequilibrio.

Se podría decir que la consolidación del monopolio en los transportes y en las comunicaciones tuvo lugar tardíamente en la Argentina. Por ejemplo, en Brasil y en México, el gobierno se embarcó en la nacionalización de los ferrocarriles en la década de 1890 y en 1905, respectivamente, a pesar de que en Brasil las líneas compradas por el gobierno federal se arrendaron a operadores privados. No obstante, a mediados del siglo XX, dicho sector había sido estatizado de manera más integral en la Argentina que en muchos otros países similares. La intervención del gobierno creció drásticamente después de 1945, principalmente a través de la creación de monopolios estatales que desplazaron a los anteriores proveedores privados, a menudo empresas extranjeras. La historia de las intervenciones estatales en los sectores de transporte y de las comunicaciones en la Argentina durante la última parte del siglo XX no prueba necesariamente que la acción del gobierno sea incorrecta. En realidad, a pesar de las grandes diferencias en los grados, los *shocks* en la vida útil de la tecnología y las consideraciones estratégicas impulsaron al Estado a asumir un papel en los ferrocarriles, las carreteras y las telecomunicaciones en otros lugares del mundo. En todo caso, la historia de la intervención estatal en la Argentina demuestra qué es lo que puede salir mal cuando existen pocos controles sobre las actividades del Estado o cuando el Estado no posee la habilidad o la disposición para corregir, a través de funcionarios eficaces, comportamientos dirigidos a

la obtención de ganancias. Quizás ésta sea también la lección de la reprivatización de dichos servicios en 1990, un proceso que, en principio, dio como resultado el reemplazo de los monopolios estatales por otros privados. Dicho lo anterior, no hay dudas de que el sector privado se está adaptando a los desafíos tecnológicos con mayor velocidad que las anteriores empresas estatales.

El bajo nivel de inversiones, la interferencia política y la falta de aptitud administrativa y técnica limitaron la capacidad de una corporación estatal extremadamente burocratizada para responder a los cambios que exigían la demanda y la tecnología. En un principio, la privatización se defendió tanto a través de la idea del fracaso del Estado como también a través de una propaganda oficial bastante sutil que se refería a una edad de oro, donde el transporte y las comunicaciones eficientes habían estado en manos de empresas privadas. Sin duda, las empresas extranjeras están una vez más en el candelerero, a pesar de que muchas veces operan en sociedad con grupos empresarios locales que prosperaron bajo la protección del Estado entre las décadas de 1950 y 1980. Estas nuevas empresas, ¿tendrán mayor capacidad para responder a las exigencias inevitables de servicios eficientes y de calidad que aquellas que manejaban los ferrocarriles y los tranvías en las décadas de 1920 y de 1930?

Las modificaciones evolutivas y las agudas rupturas en el equilibrio entre la participación estatal y la privada en los sectores del transporte y de las comunicaciones señalan las mutaciones que se produjeron en la posición ideológica del Estado. La hegemonía de los capitales extranjeros en el sector ferrovia-

rio posterior a la crisis de la banca Baring refleja el liberalismo pragmático y oligárquico de la época. Regalsky demuestra de manera bastante convincente que, a principios del siglo XX, los gobiernos intervenían cuando los intereses sectoriales del país se veían amenazados y estaban preparados para enfrentar a las compañías extranjeras aparentemente poderosas. La Ley Mitre de 1907 capta nítidamente la naturaleza del pacto anglo-criollo. Se permitía a las empresas extranjeras asumir una posición aparentemente hegemónica y disfrutaban de cuantiosas ganancias. No obstante, si los proveedores privados de servicios básicos no "suministraban" el servicio o buscaban obtener ganancias monopólicas, el Estado intervenía.

La política interna era importante. Durante la década de 1920 y posteriormente, el universo político del país se fue haciendo cada vez más complejo y los sucesivos gobernantes se tornaron cada vez más intervencionistas. En un comienzo, la intervención significaba una regulación más marcada; posteriormente, la participación directa en los servicios públicos estratégicos. La política nacional y la coyuntura intelectual internacional favorecieron el ejercicio del monopolio estatal en casi todas las áreas del transporte y de las comunicaciones a mediados del siglo.

A partir de la década de 1960, lo que diferenció a la Argentina de muchos otros países fue el fracaso del Estado en estas áreas. Fue esta experiencia de fracaso estatal, junto con el nuevo clima ideológico imperante en la década de 1980, lo que aseguró que el país estuviera entre los primeros en reprivatizar la provisión de servicios de transporte y comunicaciones.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía sobre la historia del transporte y de las comunicaciones en el siglo XX es rica y variada, a pesar de que existen grandes diferencias en cuanto a la amplitud y profundidad con que han sido tratadas las distintas ramas del sector. Mientras que algunos temas son específicos de subáreas o períodos particulares, a lo largo de las obras se tratan muchas cuestiones comunes, que asumen una influencia duradera, más allá de las corrientes historiográficas o enfoques. Estas cuestiones incluyen el impacto de las revoluciones del transporte y de las comunicaciones en el desarrollo del país, las políticas económicas del financiamiento, desempeño y provisión de servicios, las regulaciones y el papel del Estado, las políticas internas de dirección de las empresas y sus relaciones con el sector laboral. Otros temas son más específicos de un período o de un sector. Por ejemplo, la bibliografía sobre la propiedad extranjera y el costo de las inversiones externas en los ferrocarriles argentinos es especialmente extensa, con debates que a mediados del siglo XX anticipaban las controversias de fin de siglo sobre la privatización de las empresas estatales.

La información estadística básica puede hallarse en diversas fuentes. Para la mayor parte del siglo XX, varias instituciones oficiales han compilado series temporales amplias sobre el crecimiento físico y el uso de las redes de transporte y comunicaciones. Entre las más ampliamente usadas, figuran series como las producidas por la DIRECCIÓN GENERAL DE FERROCARRILES, *Estadísticas de los ferrocarriles en explotación* y sucesivamente, continuadas por los ministerios de Obras Públicas, de Transporte y de Obras y Servicios Públicos. Las res-

pectivos entes oficiales proveen datos similares sobre las rutas y carreteras, transporte aéreo y marítimo, correos y telégrafos, y telecomunicaciones. Datos esenciales de estas publicaciones oficiales han sido compilados en volúmenes de mucha utilidad, editados por VICENTE VÁZQUEZ PRESEDO, *Estadísticas históricas argentinas (comparadas)*, Segunda parte: "1914-1939", Buenos Aires, 1976, y *Estadísticas históricas argentinas*, vol. I: "1873-1973", Buenos Aires, 1988; y vol. II: "1970-1990", Buenos Aires, 1994. Esta información también se encuentra en publicaciones periódicas, tales como la *Revista de Economía Argentina*, los *Informes del Instituto de Estudios Económicos de Transporte* o el *Boletín de la Asociación Internacional Permanente del Congreso Panamericano de Ferrocarriles*. Estos periódicos, muchos de los cuales han dejado de publicarse, junto con sus equivalentes contemporáneos, como la *Revista de CEPAL*, y estudios especiales encargados por organizaciones como el Banco Mundial, contienen información técnica y comentarios, generalmente de naturaleza política o polémica. Algunos artículos de estas publicaciones e informes arrojan luz sobre controversias claves. Véanse, por ejemplo, COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA DE LAS NACIONES UNIDAS (CEPAL), *Análisis y proyecciones del desarrollo económico*, vol. V: "El desarrollo económico de la Argentina. Parte I: Los problemas y perspectivas del crecimiento económico argentino", Nueva York, 1959, y *La inversión extranjera en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 1998; WORLD BANK, *Argentina: economic memorandum*, Washington D. C., 1985, y *Argentina from Insolvency to Growth*, Washington D. C., 1993. Para los ini-

cios del siglo XX, distintos almanaques y publicaciones conmemorativas también proveen información que ya no puede obtenerse de los archivos. Véanse, por ejemplo, REGINALD LLOYD (ed.), *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte*, Londres, 1911; ERNESTO TORNUST, *The Economic Development of the Argentine Republic in the Last Fifty Years*, Buenos Aires, 1919, y THE TIMES, *The Times Book on Argentina*, Londres, 1927.

La bibliografía sobre los ferrocarriles es extensa. El amplio —aunque algo sesgado— estudio de ALEJANDRO E. BUNGE, *Ferrocarriles argentinos. Contribución al estudio del patrimonio nacional*, Buenos Aires, 1918, estableció la amplitud de enfoque a la que aspiraron muchos autores posteriores. WINTHROP R. WRIGHT, *British-owned Railways in Argentina: their effects on economic nationalism, 1854-1948*, Austin, Texas, 1972, y COLIN M. LEWIS, *British Railways in Argentina, 1857-1914: a case-study of foreign investment*, Londres, 1983, examinan el impacto económico y político de las inversiones extranjeras, como lo hace también ANDRÉS M. REGALSKY, “Las inversiones francesas en los ferrocarriles, 1887-1899”, *Siglo XIX*, vol. III, n° 5, 1988; “Foreign Capital and Local Interests and Railway Development in Argentina: French investment in railways, 1900-1914”, *Journal of Latin American Studies*, vol. XXI, n° 3, 1989, y *Las inversiones extranjeras en la Argentina, 1860-1914*, Buenos Aires, 1986. Un enfoque comparativo interesante, que directamente se refiere al impacto de los ferrocarriles desde la perspectiva de un “shock de crecimiento” schumpeteriano, es el ofrecido por EDUARDO A. ZALDUENDO, *Libras y rieles: las inversiones británicas para el desarrollo de los ferrocarriles en Argentina, Brasil, Canadá e India durante el siglo XIX*, Buenos Aires, 1975. Para una visión

más cauta, consúltese PAUL B. GOODWIN, “The Central Argentine Railway and the Economic Development of Argentina, 1854-1881”, *Hispanic American Historical Review*, vol. LVII, n° 4, 1977.

Los rasgos generales del impacto de los ferrocarriles sobre la producción y el crecimiento son contemplados por gran cantidad de historias económicas de la Argentina. Véanse, en particular, RICARDO M. ORTIZ, *Historia económica de la Argentina, 1830-1930*, Buenos Aires, 1955; H. S. FERNS, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford, 1960 (hay edición en español: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, 1966 y posteriores reimpressiones); CARLOS F. DIAZ ALEJANDRO, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Connecticut, 1970; varias obras de ROBERTO CORTÉS CONDE, entre otras: *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, 1979; *La economía argentina en el largo plazo, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, 1997, y *Progreso y declinación de la economía argentina*, Buenos Aires, 1998; y MARIO RAPOPORT y otros, *Historia económica, política y social de la Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, 2000.

Mucho de lo escrito sobre los ferrocarriles tiende a resaltar la existencia de efectos de encadenamiento “hacia atrás” limitados. Véanse LEYLAND H. JENKS, “Britain and America’s Railroad Development”, *Journal of Economic History*, vol. XI, n° 2, 1951, y COLIN M. LEWIS, “Railways and Industrialization in Argentina and Brazil, 1870-1929”, en CHRISTOPHER ABEL y COLIN M. LEWIS (eds.), *Latin America: Economic Imperialism and the State*, Londres, 1991. El debate sobre las consecuencias de la propiedad extranjera y aspectos estructurales de las operaciones ferroviarias son ilustrados por muchas

publicaciones que aparecieron hacia la época de la nacionalización y posteriormente. Véanse, por ejemplo, GUSTAVO ETCHEGÜIA, *Los ferrocarriles argentinos vistos por ojos argentinos*, Buenos Aires, 1938; EMILIO DICKMAN, *Nacionalización de los ferrocarriles*, Buenos Aires, 1946; RAÚL SCALABRINI ORTIZ, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires, 1957, y RICARDO M. ORTIZ, *El ferrocarril en la economía argentina*, Buenos Aires, 1958. MARIO J. LÓPEZ ha sido responsable de la republicación de folletos y documentos oficiales que aparecieron originalmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Algunos aspectos de la discusión sobre los ferrocarriles y la formación del Estado pueden hallarse en OSCAR OSZLAK, *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, 1982; CARLOS A. FLORIA y CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE, *Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983*, Buenos Aires, 1988, y COLIN M. LEWIS, "The Political Economy of State-making: the Argentine, 1852-1955", en JAMES DUNKERLEY (ed.), *The Formation of the Nation-state in Latin America*, Londres, 2001. Perspectivas sobre los trabajadores ferroviarios y las relaciones entre los asalariados, las empresas y el Estado son brindadas por RUTH THOMPSON, "The Limitations of Ideology in the Early Argentine Labour Movement: Anarchism in the Trade Unions, 1890-1920", *Journal of Latin American Studies*, vol. XVI, n° 1, 1984; PAUL B. GOODWIN, *Los ferrocarriles británicos y la UCR. 1916-1930*, Buenos Aires, 1974, y "The Politics of Rate-Making: the British-owned Railways and the Unión Cívica Radical, 1921-1928", *Journal of Latin American Studies*, vol. VI, n° 2, 1974.

Los trabajos sobre los aspectos técnicos y políticos de la declinación de la "hegemonía"

del transporte ferroviario, incluyen los de PEDRO SKUPCH, "El deterioro y fin de la hegemonía británica sobre la economía argentina, 1914-1947", en MARTA PANAJIA, RICARDO LESSER y PEDRO SKUPCH (eds.), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 2, Buenos Aires, 1973, y de RAÚL GARCÍA HERAS, *Automotores norteamericanos, caminos y modernización urbana en la Argentina. 1918-1939*, Buenos Aires 1985. Véase también el artículo de RAÚL GARCÍA HERAS, "Hostage Private Companies under Restraint: British Railways and Transport Coordination in Argentina during the 1930s", *Journal of Latin American Studies*, vol. XIX, n° 1, 1987.

Los estudios regionales sobre los ferrocarriles son un elemento relativamente reciente en la bibliografía. Véanse, por ejemplo, JORGE SCHVARZER y TERESITA GÓMEZ, "El Ferrocarril Oeste como agente empresario del desarrollo local, 1854-1860", en FUNDACIÓN DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES (ed.), *Un siglo y medio del ferrocarril*, Madrid, 1999, y VIVIANA C. BARRY, "El proyecto de 1860 de dividir y colonizar las tierras por las que debía pasar el Ferrocarril Oeste hasta Chivilcoy", mimeografiado, presentado en las *XVII Jornadas de Historia Económica* de la Asociación Argentina de Historia Económica, San Miguel de Tucumán, 2000. A la fecha, sin embargo, no hay estudio alguno sobre los ferrocarriles argentinos comparable a los análisis cliométricos de Coastworth y Summerhill sobre México y Brasil, respectivamente.

Lo escrito sobre otros sectores tratados en este capítulo es mucho menos amplio. El estudio más sistemáticamente abarcativo es el de RAÚL GARCÍA HERAS, *Transportes, negocios y política: la compañía Anglo Argentina de Tranvías, 1876-1981*, Buenos Aires, 1994. Aunque se re-

fiere a la ciudad de Buenos Aires, como las obras generales sobre los ferrocarriles mencionadas arriba, esta monografía explora la formación, el desarrollo y la operación de los tranvías, y examina las relaciones con el Estado y la fuerza laboral, condicionadas por la propiedad extranjera de la empresa. El trabajo de JOHN E. HODGE, "The Role of the Telegraph in the Consolidation of the Argentine Frontier", *The Americas*, vol. XLI, 1984, detalla la expansión inicial del telégrafo. No existen análisis similares para la historia inicial de otros sectores. Este déficit, sin embargo, parcialmente es cubierto por estudios contemporáneos y modernos realizados por estudiosos de la geografía económica y del transporte, muchos de los cuales contienen material relevante sobre el crecimiento de los transportes ferroviario, carretero, fluvial y aéreo, junto con lo referido a correos, teléfonos y telecomunicaciones. Véanse, entre otras, las obras de A. LÓPEZ MAYER, *Transportes en la Argentina*, Rosario, 1946; B. A. DEFELIPPE, *Geografía económica argentina*, Buenos Aires, 1959; A. ARNOLDS, *Geografía económica argentina*, Buenos Aires, 1963, y C. M. SOLER, *Geografía económica general y argentina*,

Buenos Aires, 1972. Véase también ÁNGEL MARÍA A. ZULOAGA, *La victoria de las alas. Historia de la aviación argentina*, Buenos Aires, 1948. Análisis más interpretativos son los ofrecidos por ROBERT T. BROWN, *Transport and the Economic Integration of South America*, Washington D. C., 1966, y JUAN A. ROCCATAGLIATA, *Los ferrocarriles en la Argentina: un enfoque geográfico*, Buenos Aires, 1987. Véanse también JUAN A. ROCCATAGLIATA (ed.), *Geografía económica argentina*, Buenos Aires, 1993, y A. HERRERA, "Argentina", en E. L. NOAM (ed.), *Telecommunications in Latin America*, Nueva York, 1998.

Asimismo, existe un creciente material de investigación sobre las estrategias económicas contemporáneas (entre ellas, las privatizaciones) que contiene información sobre el desempeño y la reorganización de las empresas y sectores en el negocio del transporte y de las comunicaciones. Entre dicho material, se incluyen textos como los de J. A. MARTELLITI y otros, *Las empresas del Estado en la economía argentina*, Buenos Aires, 1973; A. CABALLERO, *Economía argentina: presente y futuro*, Buenos Aires, 1997, y LUIGI MANZETTI, *Privatization South American Style*, Oxford, 1999.

VI. EMPRESA Y TRABAJO

43. EMPRESARIOS, EMPRESAS Y ORGANIZACIONES EMPRESARIAS

María Inés Barbero y Fernando Rocchi

El interés por el estudio de los empresarios en perspectiva histórica se ha ido acentuando desde mediados del siglo XX gracias a la difusión de la historia de empresas, que en las últimas décadas fue adquiriendo una sólida inserción institucional y una identidad reconocida como subdisciplina tanto en el campo de la historia económica como en el de la historia social.

Su punto de partida ha sido el reconocimiento de las empresas y empresarios como sujetos históricos, rescatando no sólo el papel de los agentes en los procesos de cambio económico y social sino también la creciente importancia que fue asumiendo la empresa como institución en las economías industriales contemporáneas.

A lo largo de su trayectoria, la historia de empresas se ha ido nutriendo de diversas matrices teóricas y se ha articulado con distintas tradiciones historiográficas, y hoy ofrece un variado arsenal de enfoques y herramientas conceptuales. En su etapa fundacional fue decisiva la influencia de Joseph Schumpeter y, a partir de ella, el interés por la función innovadora de los empresarios, su contribución a los procesos de desarrollo económico y las dimensiones culturales de la acción em-

presarial. En las décadas siguientes, el foco se fue desplazando hacia las empresas como organizaciones, pero sin que ello significara abandonar el estudio de los empresarios. De hecho, pueden distinguirse dos grandes áreas –la historia de empresas y la historia de empresarios– que se han desarrollado con ritmos distintos en las diversas historiografías. Por otra parte, sus referencias teóricas no se agotan en la economía, ya que han incorporado conceptos de las ciencias de la administración, la sociología, la antropología y otras disciplinas.

Más allá de las posibles orientaciones teóricas y de las diversas tradiciones historiográficas, la pregunta que subyace en forma más o menos explícita en los trabajos de historia empresarial es cómo inciden las empresas y los empresarios en los procesos de desarrollo o, dicho en otros términos, en la riqueza de las naciones. Ello no implica desconocer la complejidad de dichos procesos ni la incidencia de un amplio espectro de variables en ellos. Pero significa admitir que la disponibilidad de recursos empresariales y gerenciales así como la mayor o menor competitividad de las firmas, articulados con contextos que ofrecen oportunidades y límites, constituyen aspectos centra-

les a la hora de analizar el cambio económico en una perspectiva histórica.

El caso argentino, al igual que los de otros países de desarrollo intermedio, ofrece la peculiaridad de que el estudio histórico de los empresarios y las empresas se ha enfocado no sólo en el análisis de su contribución al crecimiento sino que, más frecuentemente, ha tendido a establecer su responsabilidad —compartida con otros agentes— en los límites alcanzados por dicho desarrollo y en la declinación relativa que vivió la economía del país en los últimos cincuenta años.

Este capítulo se propone desarrollar algunos temas que pueden contribuir a evaluar los resultados de la acción empresarial en la historia argentina de este siglo. La primera parte —los agentes económicos— se centra en el análisis del protagonismo de diversos actores: los estancieros, los industriales y los distintos tipos de empresas que se fueron conformando desde fines del siglo XIX. La segunda —las asociaciones empresarias— ofrece un panorama de la conformación de las corporaciones y un estudio de la construcción de identidades dentro del sector empresarial. La tercera incluye la conducta de las empresas y los empresarios frente al contexto de la política económica en el período posterior a 1930. Por último, en un balance provisorio, se formulan algunas preguntas consideradas relevantes a la hora de reflexionar sobre las responsabilidades de los empresarios en el devenir de la economía argentina a lo largo del siglo. El estado todavía incipiente de los estudios limita el alcance de las respuestas, pero a su vez, debería servir de estímulo para alentar la investigación y el debate.

LOS AGENTES ECONÓMICOS: EMPRESARIOS Y EMPRESAS

La definición de los empresarios que actuaron en el mundo económico argentino no resulta una tarea fácil. Si el término se aplica a quienes lideran un proceso de modernización y no sólo a quienes se ocupan de conjugar los factores de producción, el problema resulta aún más complejo. A lo largo del siglo XX se produjo una transformación en la actividad agropecuaria, la industria y los servicios, con diferentes intensidades de acuerdo con la etapa considerada, pero no necesariamente los liderazgos fueron asumidos por empresarios que actuaban en uno solo de estos sectores.

Un grupo importante de empresarios invertía en diversas actividades a la vez. Sin embargo, se puede encontrar a otro conjunto numeroso que tenía alguna actividad sectorial como centro de interés; de allí que sea posible realizar un estudio teniendo en cuenta este aspecto. En la Argentina, por el papel del auge exportador en el crecimiento económico, el análisis debe comenzar por los empresarios relacionados con las actividades agropecuarias. Los industriales resultan especialmente difíciles de definir en los orígenes de la manufactura, aunque el proceso de abroquelamiento sectorial se incrementó a medida que avanzó el siglo XX; si, antes de 1914, el industrial típico es Ernesto Tornquist —un hombre de negocios dedicado a varias actividades—, en 1945 lo será Torcuato Di Tella —quien posee un claro perfil industrial—. En ese mismo lapso se produjo un cambio en cuanto a la percepción de quiénes eran los empresarios que lideraban la modernización en la Argentina, en el cual los estancieros fueron siendo reemplazados por los industriales.

EL CAMPO

A comienzos del siglo XX se consolidó, en la región pampeana, una actividad agropecuaria diversificada para un país que había exportado hasta entonces productos ganaderos (como el cuero y la lana). Cereales y carne se convirtieron en los principales artículos de exportación en la etapa del *boom* agrario. Este proceso llegó, en buena medida, de la mano de una unidad productiva que combinaba ambas tareas: la estancia mixta.

En ella, un propietario generalmente dedicado al engorde (o invernada) de ganado refinado, alquilaba por un cierto tiempo parte de sus tierras a un grupo de arrendatarios, que se dedicaban a la producción agrícola. Al terminar el contrato, el arrendatario (comúnmente llamado "chacarero") le entregaba al estanciero la tierra cultivada con alfalfa —que servía de alimento al ganado— y pasaba a cultivar otra parcela.

Estancieros invernadores y chacareros eran sólo parte del abanico social que poblaba las pampas. Entre los propietarios también había estancieros dedicados exclusivamente a la cría de animales; otros, a la actividad cabañera y, finalmente, aquellos que realizaban varias de estas actividades a la vez. Por su parte, existía un grupo de pequeños propietarios —mayormente dedicados a la producción agrícola— que se desplegaban especialmente en la zona de las colonias, ubicada en los bordes de la región pampeana.

No quedan dudas sobre la actitud empresarial de los estancieros. Por un buen tiempo, una línea de pensamiento bastante popular en la reflexión argentina juzgó al Estado como dominado por los terratenientes durante el período de auge agroexportador. Para esta vi-

sión, la crisis de 1930 los habría forzado a cambiar el rumbo de una política económica librecambista que los beneficiaba, para llegar a una economía más cerrada con cierta protección industrial. Los terratenientes no sólo habrían controlado el Estado sino que se habrían caracterizado por su conducta rentística, más dada a la holgazanería que al trabajo duro. *La burguesía terrateniente argentina*, escrito por el socialista Jacinto Oddone en 1930 fue el libro paradigmático que dio sustento a esta visión.

Nuevos estudios han mostrado que sólo una fuerte orientación hacia las innovaciones y al mundo de los negocios puede explicar las transformaciones experimentadas por el agro y lideradas por los estancieros en las primeras décadas del siglo XX. Colonos y chacareros, por otro lado, representaban a un grupo de pequeños empresarios que debían tomar decisiones en los cultivos por realizar o la tecnología por implementar. Si algún grupo en el campo podía asociarse a una suerte de proletariado urbano, éstos eran los jornaleros, que trabajaban durante los momentos candentes de la actividad agropecuaria tanto para los estancieros como para los chacareros y colonos.

El mundo rural pampeano vivió en relativa armonía durante los primeros años del siglo XX. El conflicto, sin embargo, lo atravesó en las décadas de 1910 y 1920, primero en la esfera agrícola y más tarde en la ganadera. El episodio más violento de la efervescencia agrícola se produjo en 1912, en el "Grito de Alcorata", cuando chacareros de la provincia de Santa Fe y Córdoba entraron en abierto enfrentamiento con las compañías colonizadoras, de comercialización, los ferrocarriles, los productores de bolsas y, en menor medida, los estancieros. Como resultado surgió la Federación Agraria Argentina (FAA), que representaba a

estos pequeños empresarios frente a sus contendientes.

La ubicación de los chacareros como "clase media" dentro del mapa social rural puede mostrarse en su respuesta a la huelga de peones que se produjo en 1919. Para entonces, los jornaleros, que no habían participado del "Grito de Alcorta", entraron en conflicto con los arrendatarios que los contrataban, quienes, sin demasiada duda, pidieron la intervención del Estado para reprimir a los que consideraban como simples agitadores.

El mundo de los ganaderos tampoco se vio exento de fricciones. La irrupción de los frigoríficos norteamericanos y la formación de *pools* de compra habían llevado a reacciones de los productores, que presionaron al Congreso para que interviniera en estas prácticas, consideradas ilegítimas. En la década de 1920, aquellos que se definían claramente como invernadores y criadores entraron en conflicto. Los primeros —al dedicarse al engorde— realizaban la parte más rentable del proceso de producción y estaban en directa conexión con los frigoríficos. Los segundos, en cambio, se hallaban en una posición más desventajosa, por dedicarse a la etapa menos lucrativa (realizada en las peores tierras) y por encontrarse sin contacto directo con el destino final de los animales.

La crisis de la posguerra llevó a un enfrentamiento entre quienes deseaban desafiar a los frigoríficos pidiendo un precio mínimo (generalmente, criadores) y aquellos que preferían una relación más armoniosa (en su mayoría, invernadores). La lucha llegó al interior de la Sociedad Rural Argentina (SRA). Después de lanzar una dura crítica a los frigoríficos en 1922, el cabañero Pedro Pagés fue elegido presidente de la entidad (para disgus-

to de los estancieros más poderosos). Por unos años, la SRA se enfrentó con las compañías que procesaban la carne. Pero en 1926 Pagés debió dejar la conducción de la institución y la opinión más conciliadora volvió a ganar espacio.

La ganadería fue perdiendo terreno en favor de la agricultura en la década de 1920. Durante la misma, la FAA logró consolidarse frente a la relativa debilidad que había caracterizado sus primeros años de vida. Después de la crisis de 1930, la Argentina se vio ante el problema del cierre del comercio multilateral y el peligro de no encontrar compradores para su carne. Ante este escenario, en 1933 se firmó el Pacto Roca-Runciman, un tratado con el principal comprador (Gran Bretaña) para asegurar la continuidad del mercado.

Los conflictos continuaron, especialmente en torno a la cuota correspondiente a cada frigorífico. El ejemplo más resonante fue el debate de las carnes que protagonizó Lisandro de la Torre en el Senado. Mientras tanto, se producía una cohesión hacia un empresariado integrado por individuos provenientes de actividades diversas y que veía en los trabajadores el principal desafío para actuar de manera conjunta. En ese grupo cobraban peso cada vez mayor los que se mostraban como el eje del dinamismo de la nueva Argentina: los industriales.

LOS INDUSTRIALES

El nacimiento y desarrollo del empresariado industrial en la etapa previa a 1914 constituyó un proceso complejo, que revelaba las singularidades de una industrialización motorizada por la actividad agroexportadora, en un mercado mundial con libre movilidad de bie-



Molinos Harineros La Argentina, Rosario, Santa Fe. Argentina..., 1925.

nes, capitales y personas. Desde un punto de vista cuantitativo, uno de los aspectos más destacados de la composición de dicho empresariado era la altísima proporción de extranjeros. De acuerdo a los datos de los censos nacionales, constituían el 84,2% de los propietarios de industrias en todo el país en 1895, el 64,3% en 1914 y el 55,3% en 1935. Esta preponderancia respondía a diversas razones. En primer lugar, a las dimensiones que había ido adquiriendo el flujo migratorio desde las dos últimas décadas del siglo XIX: en 1914, los inmigrantes constituían un tercio de la población total del país, siendo esta proporción muy superior en los centros urbanos del Litoral. Ello se reflejaba, a su vez, en el peso dominante de los extranjeros entre la población económicamente activa, ya que el grueso de la inmigración correspondía a personas que se integraban al mercado de trabajo.

Para los inmigrantes radicados en áreas urbanas, la industria constituía una alternativa posible, en gran medida porque en una amplia gama de actividades en las que predominaban las pequeñas y medianas empresas, las barreras de entrada eran muy bajas y la demanda potencial del mercado muy alta. En las historias de vida se repiten las experiencias de inmigrantes empresarios que comenzaron trabajando en relación de dependencia y que, tras haber adquirido una capacitación y haber acumulado un mínimo capital, instalaron sus propios emprendimientos. Otra variante la constituían los que emigraban con experiencias de trabajo previas en la actividad industrial —urbana o rural—, entre los que se destacaban los artesanos que se expatriaban con la finalidad de evitar la proletarianización que los amenazaba en sus países de origen. Por último, era habitual que inmigrantes que se ini-

ciaban en otras actividades –sobre todo, el comercio– invirtieran luego en la industria.

La Argentina de principios del siglo XX era un ámbito especialmente favorable para el nacimiento de empresas, tanto por razones de contexto como de disponibilidad por parte de los actores. Con respecto al contexto, ofrecía permanentes oportunidades de negocios, gracias al proceso de modernización, a la elevada movilidad social ascendente y a la expansión del mercado interno, que en número de habitantes se multiplicó más de cuatro veces entre 1869 y 1914 (si bien sus dimensiones eran modestas en términos relativos).

Desde el lado de los actores, la inmigración contribuyó decisivamente a incrementar la oferta de emprendedores. En parte, por las capacidades y habilidades que los inmigrantes traían de sus países de origen, que se difundieron con ellos hacia los países de destino. Pero también, y en forma muy significativa, por las características del proceso migratorio en sí, con todo lo que él implica de búsqueda de mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida. La decisión de emigrar, las estrategias personales y familiares desplegadas en ella o el papel de las redes sociales en la integración a la nueva sociedad, son elementos clave mirados en la perspectiva de la disponibilidad de recursos empresariales.

La fuerte presencia de inmigrantes entre los empresarios industriales ha sido percibida por diversos autores como una de las causas de la debilidad del sector manufacturero en la Argentina antes de 1930. Esta interpretación, que gozó de alto consenso entre los estudiosos hasta fines de los años setenta, ha sido crecientemente matizada y discutida. En primer lugar, porque diversas investigaciones han puesto de manifiesto que no deben subestimarse

las políticas estatales de protección al sector manufacturero, sobre todo en lo relativo a los aranceles. Pero también porque una aproximación más cualitativa de los empresarios industriales –extranjeros y nativos– ofrece una imagen mucho más compleja de su composición y sus intereses.

En cuanto a la composición, más allá de la preeminencia numérica de los extranjeros, los empresarios industriales constituían un grupo heterogéneo, en el que las diferenciaciones se daban no sólo por la nacionalidad sino también por las dimensiones de las firmas. Ya para principios del siglo XIX existía un alto grado de concentración en algunas ramas y subramas del sector manufacturero, entre las cuales se destacaban la industria frigorífica, la del azúcar, la molinera, la cervecera, la vitivinícola, la industria de los fósforos y la del papel. Por otra parte, en la gran industria, el porcentaje de propietarios argentinos estaba por encima del promedio censal.

En ella se pueden reconocer tres grupos diferenciados: los “terratendientes-industriales”, los grandes empresarios industriales (tanto argentinos como inmigrantes) y los empresarios extranjeros. La expresión “terratendientes industriales” hace referencia a los propietarios de tierras que invirtieron en la industria, en general integrando su producción hacia adelante. Casos paradigmáticos fueron los de propietarios de ingenios azucareros, molinos de yerba mate, lavaderos de lanas y saladeros. El segundo grupo estaba constituido por inmigrantes exitosos, que en la mayor parte de los casos habían acumulado su capital en actividades diversas (comercio, finanzas, negocios inmobiliarios, industria) y que eran propietarios, ya desde fines del siglo XIX, de grandes firmas industriales. Los empresarios extranjeros consti-

tuían un sector heterogéneo, integrado por grandes empresas creadas en el exterior para operar en el mercado argentino, por empresas multinacionales y por filiales de empresas familiares establecidas en el país. Era frecuente también que empresarios extranjeros radicados en la Argentina canalizaran el ahorro de sus connacionales hacia inversiones locales.

Los intereses de los industriales y las políticas por ellos impulsadas eran mucho más complejos que lo que una primera lectura puede sugerir. Ello se debía, en primer lugar, a su heterogeneidad y a la diversidad de actividades que desarrollaban, aun en el caso de los pequeños empresarios. Fernando Rocchi ha señalado, para la ciudad de Buenos Aires, hasta qué punto los industriales complementaban la fabricación con la importación de bienes. No se trataba sólo de importar insumos, maquinarias o productos de calidad mayor a los fabricados, sino de combinar ambas actividades, la producción y la importación. Una parte significativa de los empresarios industriales importaba mercancías muchas veces similares a las que producía o con alguna diferencia de calidad o diseño. Estos ejemplos abundan sobre todo en las ramas textil, del vestido y metalúrgicas, al punto de que algunas de las mayores empresas productoras figuran en las guías de sociedades como importadoras.

Este tipo de estrategia era característico también de las empresas extranjeras con plantas de producción locales, que combinaban la fabricación de algunos bienes con la importación de otros. Por otra parte, si se considera que los propietarios de algunas de las mayores empresas industriales tenían inversiones muy diversificadas, que incluían la importación-exportación y la producción agropecuaria, se

hace aún más evidente hasta qué punto es difícil distinguir intereses industriales "puros" en esta primera etapa del desarrollo manufacturero argentino. Desde la década de 1920, como se verá más adelante, la identidad de los industriales se fue definiendo con contornos más precisos, pero la diversificación de inversiones siguió siendo un rasgo característico de una porción muy significativa de los grandes empresarios.

LOS PRIMEROS GRUPOS ECONÓMICOS

Los grupos empresariales diversificados son uno de los rasgos distintivos de los países de modernización y desarrollo económico tardío, y se encuentran numerosos ejemplos de ellos, tanto en los países latinoamericanos como en los asiáticos y africanos. Históricamente, la diversificación ha sido una estrategia común de las grandes empresas en las economías industriales, pero mientras que en las economías más avanzadas las firmas han basado su diversificación en una tecnología básica que explotan en varias industrias de áreas afines, en los países de desarrollo más reciente han tendido a diversificarse en campos tecnológicamente inconexos o muy remotamente conectados entre sí.

Ello responde a una multiplicidad de causas, entre las que se destacan el tamaño reducido de los mercados locales, que limita la especialización sectorial; la integración de funciones a causa de las dificultades para el abastecimiento de materias primas e insumos (costos de transacción externos); los elevados niveles de riesgo (originados en la inestabilidad política y económica) y la intención de reducirlos; la presencia de desarrollos desiguales en el nivel sectorial, que atrae a los grupos hacia actividades con al-

to rendimiento; el origen comercial o financiero de las empresas madres, con la consiguiente falta de una tecnología básica; o bien los efectos de amplificación de la rivalidad oligopólica.

El caso argentino no constituye una excepción en cuanto a la presencia relevante de grupos económicos, tanto en el pasado como en la actualidad, ya que los primeros nacieron a mediados del siglo XIX, teniendo un peso muy significativo ya antes de la Primera Guerra Mundial. Desde la década de 1850 se fueron conformando varios grupos mercantil-financieros, que en su origen fueron medianas empresas mercantiles (importadoras y/o exportadoras) y se transformaron en firmas comerciales de gran tamaño, con una participación cada vez más destacada en actividades financieras y, posteriormente, en diversos sectores industriales.

Cada uno de ellos poseía rasgos característicos, pero tenían como elementos comunes la gran diversificación de las inversiones y el haber sido fundados por extranjeros residentes en el país con fluidos contactos con inversores europeos, de los cuales actuaban en general como intermediarios en el mercado local. Carlos Marichal ha reconstruido, para el período 1850-1914, la trayectoria de cinco grupos nacidos en la segunda mitad del siglo XIX—Tornquist, Bemberg, Bunge y Born, Portalis-Bracht y Devoto—, proponiendo un modelo evolutivo que incluye tres etapas (y tres tipos de empresas diferenciadas): la firma mercantil (1850-1880), la firma mercantil y financiera (década de 1880) y la firma mercantil-financiera-industrial (desde los años noventa). En su trabajo analiza cómo, partiendo de la actividad comercial, todos estos grupos fueron diversificando sus operaciones gracias a la acu-

mulación de capital, al acceso a diversas formas de financiación, a sus contactos con grupos de inversores extranjeros y a sus relaciones con la elite económica y política local.

En estos grupos, la diversificación obedeció a distintas causas: las fluctuaciones y las transformaciones de la economía argentina—con las nuevas oportunidades de negocios que fueron surgiendo en el comercio, los servicios, el sector agropecuario y la industria—; la complementación de las actividades originales con otras conexas; la integración de funciones; o las ventajas de contar con fuentes de financiación propia que llevaron a la formación de bancos en varios de ellos (Tornquist, Portalis y Devoto).

A principios del siglo XX, todos tenían inversiones en el comercio, las finanzas, la actividad agropecuaria y la industria. Su desembarco en el sector industrial era parte de una estrategia de diversificación que buscaba ir ocupando los nuevos espacios que ofrecía el desarrollo de la economía argentina, y se inscribía dentro de un recorrido de más largo alcance desde la actividad comercial original.

La formación de grupos continuó en las décadas sucesivas, adquiriendo nuevas características a partir del fin de la Primera Guerra Mundial. El rasgo más sobresaliente fue el desarrollo de un nuevo tipo de grupo, el industrial, nacido a partir de procesos de integración y/o diversificación de firmas manufactureras a medida que avanzaba el proceso de sustitución de importaciones. Los grupos Alpargatas, Fabril Financiera y Siam Di Tella constituyen algunos de los ejemplos más relevantes. A su vez, los grupos preexistentes que habían incursionado en la actividad industrial—como Tornquist o Bunge y Born—incrementaron su participación en ella.

Referencias concretas a la formación y desarrollo de los grupos mencionados pueden contribuir a comprender cómo y por qué se constituyeron y a evaluar su impacto sobre la evolución de la industria. El Grupo Fabril es un ejemplo de conglomerado formado a partir de un proceso de integración productiva. Se inició ya a principios del siglo XX en la Compañía General de Fósforos, una de las empresas del "Grupo Devoto" o "Grupo Italiano", conformado por inmigrantes italianos exitosos con inversiones diversificadas, liderados por Antonio Devoto, cuya entidad financiera de referencia era el Banco de Italia y Río de la Plata. La integración tuvo como objeto reducir costos de producción y de transacción, estos últimos incrementados por el hecho de que gran parte de los insumos críticos debían importarse por la falta de proveedores locales. El proceso de integración se aceleró a partir de la Primera Guerra Mundial, cuyo estallido entorpeció los intercambios y abrió el paso a una etapa de crecientes restricciones en el comercio internacional. En los años veinte, la Compañía operaba en la industria gráfica, del papel, textil y química, además de los fósforos, que constituían la actividad original. A fines de la década se desprendió de las fábricas de fósforos, cambiando su denominación por la de Compañía General Fabril Financiera, y continuó con la integración, inducida por el contexto de la crisis y, más tarde, de la guerra, avanzando en nuevos campos, entre ellos la fabricación de maquinaria.

El Grupo Alpargatas, que nació en 1884 para fabricar calzado de yute, fue integrándose hacia atrás desde la década de 1920, con la incursión en la industria textil (tejeduría e hilandería) y diversificándose hacia otros tipos de calzado. La trayectoria del Grupo Siam Di Tella estuvo caracterizada por un proceso de



La Fábrica Argentina de Alpargatas, uno de los enclaves industriales en el sur de la ciudad de Buenos Aires. *El País de los Argentinos*, nº 117, 1977.

constante diversificación productiva dentro de la rama metalmeccánica, a partir de la búsqueda de nuevos mercados de bienes. Comenzó produciendo máquinas amasadoras de pan en la década de 1910, en los veinte incursionó en la fabricación de surtidores de nafta y de motores, y más tarde hacia la de heladeras y otros electrodomésticos, y culminó en los cincuenta con la producción de automóviles. El caso de Bunge y Born revela un proceso de conglomeración a partir la exportación de cereales, con integración hacia atrás (bolsas de arpillera), hacia adelante (molinos harineros), diversificación relacionada en la industria alimenticia y luego hacia ramas inconexas (pinturas, industria química, industria textil).

Las características del mercado argentino favorecieron el nacimiento y desarrollo de los grupos. Esto se debió a la escasa integración, una demanda limitada por las dimensiones de la población, las nuevas oportunidades de negocios ofrecidas por la profundización de la sustitución de importaciones, el escaso desarrollo del mercado de capitales y de los mecanismos de financiación de la inversión y los marcos regulatorios que no limitaban la formación de conglomerados.

La mayor parte de los grupos mostraron un gran dinamismo, evidenciando las ventajas que ofrecía la posibilidad de compartir las funciones corporativas, el poder acceder a tecnologías de punta a través de derechos de patentes y de asociaciones con empresas extranjeras y la obtención de financiamiento en condiciones ventajosas en aquellos casos en que contaban con instituciones financieras propias o con redes estrechas de relaciones con inversores externos.

La abundante evidencia empírica disponible sobre estos grupos, producto en su mayor parte de investigaciones de los últimos quince años, brinda la imagen de empresarios orientados a la innovación, capaces de adaptarse a contextos cambiantes y dispuestos a invertir, con la finalidad de ingresar en nuevos mercados y, a la vez, de diversificar riesgos. En la medida en que se trató de un proceso de industrialización tardío a partir de la adopción de modelos tecnológicos y organizativos externos, la capacidad innovadora se dio a través de dos vías: la copia y la adaptación. La década de 1920 fue particularmente fructífera en la importación de bienes de capital y en la contratación de licencias extranjeras. Otro elemento destacable fue la modernización de la estructura y gestión de las empresas, con un fuerte

incremento en el número de sociedades anónimas y en la profesionalización del gerenciamiento, si bien se mantuvo el predominio de la propiedad familiar.

LAS ORGANIZACIONES EMPRESARIAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES

Tradicionalmente se ha considerado que los empresarios habían formado un grupo con sentido de pertenencia desde el mismo nacimiento de la actividad realizada: ganaderos, agricultores, industriales, comerciantes, banqueros. Las entidades corporativas, por otro lado, han sido tratadas, desde su fundación, como la voz de un grupo sectorial ya consolidado. La formación de identidades empresarias en la Argentina, sin embargo, ha sido un proceso complejo, que ha implicado la formación de un grupo de pertenencia antes inexistente. Además, no se ha indagado hasta dónde la voz de las asociaciones era realmente la representación del conjunto ni tampoco si el mismo iba más allá de una constelación de actores a los cuales unían lazos no sólo vinculados con la actividad que realizaban. La pregunta, entonces, es cuándo se constituyó un grupo de empresarios que se pensaran como tales (con sus rasgos peculiares con respecto a otros actores) y cuándo una corporación llegó a representarlos.

En ese proceso de formación de identidad y creación de una representación estuvieron en juego las relaciones con el Estado y con otros sectores de la sociedad. Entre estas últimas, las que vinculaban a actores de un mismo sector económico —estancieros frente a arrendatarios, patrones frente a obreros— fueron (como es dable esperar) particularmente

complejas. La Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX vivía una fiebre asociativa que generaba una atmósfera de simpatía hacia cualquier forma de agrupación colectiva. En ese contexto nacieron la Sociedad Rural y la Unión Industrial Argentina.

Un trabajo reciente de Roy Hora sobre los terratenientes y la política muestra un itinerario poco lineal, en el cual los estancieros debieron luchar por lograr un *status* que los convirtió, a principios del siglo XX, en lo que Tulio Halperin Donghi llamó “el primer estamento del reino”. Para Hora, sólo para entonces los estancieros habrían logrado alcanzar ese lugar en la sociedad, aunque mucho más difícilmente lo hicieron en el mundo de la política. En el período 1930-1945, por otro lado, habrían perdido esa posición que los convertía en los grandes innovadores y modernizadores de la economía, dejándole ese lugar a los industriales. El análisis de la evolución de las asociaciones empresariales puede revelar varias claves del entramado social y político de sus integrantes.

La Sociedad Rural Argentina, fundada en 1866, se convirtió en la institución emblemática de la representación de los intereses agropecuarios. Por mucho tiempo su creación fue asociada con la corporización de los terratenientes, un grupo ya formado en la sociedad que lograba a través de ella una herramienta más para plasmar una dominación que ya ejercía. Al comienzo, sin embargo, el éxito de esta entidad —liderada por los estancieros más modernos— fue escaso entre quienes debían resultar su público. Sólo en la década de 1880 la asociación logró el objetivo deseado: la consolidación de los terratenientes como el grupo social por antonomasia y como modelos de modernización y producción.

La Unión Industrial Argentina, fundada en 1887, encontró todavía mayores escollos para lograr sus deseos de representación. Como en el caso de los estancieros, la idea de un grupo de empresarios industriales bien delimitado desde los inicios se apoyaba, en buena medida, en la existencia de asociaciones industriales. La Unión Industrial había sido precedida por los pioneros Club y Centro Industrial (el primero de los cuales surgió en 1876 y el segundo, como resultado de una escisión posterior) y se formó mediante la reunificación de ambas entidades.

¿Qué significaba, sin embargo, ser industrial en la Argentina de fines del siglo XIX? Esta definición resulta tan dificultosa como la de la propia manufactura. Las nuevas asociaciones nacían —casi determinadas a confundir a la posteridad— con un nombre de significado equívoco. La industria, por entonces, estaba asociada en el lenguaje al fruto de cualquier actividad humana (por lo que no extraña que la ganadería fuera llamada, sin ningún conflicto semántico, una “industria madre”). Por lo tanto, quienes se presentaban en sociedad como industriales estaban lejos de ser la versión local de una burguesía emergente al más puro estilo británico (como en algún momento se llegó a pensar al ser estudiada la evolución manufacturera argentina). Por el contrario, se asemejaba a una constelación tan confusa e indefinida como poco deseosa de abandonar esas características. Esta idea se construyó a partir de un supuesto tan fuerte como irreal: la existencia de un grupo industrial con conciencia de tal y que estaba a la espera de un hada madrina que lo alejara de la penumbra. Un escenario permeado por industriales-importadores llevó a que se produjera la invención no sólo de la organización que iba a represen-

tar a tal grupo sino también a la del grupo mismo. Por lo tanto, para poder ser la corporación que representara a los industriales, la Unión Industrial tenía que lograr que éstos cobraran vida como grupo diferenciado y, casi en paralelo, que una vez creado este grupo eligiera esa vía de representación frente al resto de la sociedad y al Estado.

La recepción inicial de la Unión Industrial Argentina, que pretendía canalizar los pedidos industriales para lograr una tarifa conveniente, fue todavía menos entusiasta que la lograda por la Sociedad Rural. La asociación no dejaba de lamentarse por la apatía mostrada por los industriales, que ni siquiera asistían a las reuniones. Frente a esta realidad se presentó un conflicto con el mundo agrario en la década de 1890, cuando la protección a los vinos argentinos (que repercutía negativamente sobre las importaciones de España y Francia) llevó al gobierno español a amenazar con tomar represalias contra la Argentina, dejando de comprar tasajo destinado al mercado cubano. En ese entonces, la Sociedad Rural rompió una tradición de neutralidad frente al proteccionismo que parecía conveniente para los intereses del campo (un librecomercio exagerado hubiera deslizado peligrosamente las necesidades del fisco de las tarifas a la importación hacia los derechos a la exportación y aun a los impuestos a la renta). La Unión Industrial eligió, frente a este adversario, el camino de la prudencia y la armonía, una estrategia que resultó bastante sabia. En 1898, la guerra de Cuba resultó en la pérdida de la colonia por parte de España, por lo cual las amenazas de represalia se desvanecieron. Los estancieros, ya avanzados en la más lucrativa producción de carne, retornaron a la calma y a la relación armoniosa con los industriales.

Los trabajadores (y no los estancieros) ocuparon un papel clave en la formación de una identidad industrial. El nuevo siglo, con la aparición de la cuestión social, ofreció a la Unión Industrial el escenario que necesitaba para poder convertirse en la entidad representativa que deseaba ser. Fue necesario que el fantasma del conflicto social se volviera lo suficientemente temible como para que el proceso comenzara a escribir el primer capítulo de su libro, un capítulo que parecía cerrar el camino de la armonía en la "familia industrial" signada por el paternalismo que relacionaba a empresarios y obreros.

Las huelgas de 1902 a 1904 hicieron que los industriales entraran en el escenario de respuestas a corto plazo, que implicaban alguna acción empresaria en común. Por primera vez, el temor a las consecuencias del conflicto fue lo suficientemente fuerte como para unificar a los industriales en un mismo frente, iniciando un proceso de formación de identidad en el cual la Unión Industrial iba a cumplir un papel destacado y cuyo resultado fueron las secciones industriales por rama. El conflicto laboral no era tan dramático en sí mismo sino por la preocupación que implicaba la intervención de un extraño (encarnado, para los industriales, en el sindicato). Los empresarios, en verdad, no pocas veces cedían ante los pedidos de sus obreros concediendo mejoras, pero siempre a su sola voluntad y no como producto de una presión. La Sección Industrias Metalúrgicas fue el primer fruto de la nueva cooperación patronal.

El conflicto volvió a sentirse con fuerza en 1917 y 1919. En este último año se produjo la Semana Trágica, durante la cual aun empresas que no habían enfrentado hasta entonces problemas con sus obreros vivieron jornadas de

huelga que fueron experimentadas de manera tan sorpresiva como peligrosa. La Unión Industrial reaccionó a través de sus secciones frente a estos conflictos, pero se vio sobrepasada por los mismos, por lo cual pidió la ayuda del Estado. Una institución recientemente creada —la Asociación del Trabajo, que poseía un carácter confederal, con empresas ferroviarias, bolsas de comercio y compañías de importación y navegación— intervino desarrollando la estrategia de choque más violenta. En esta tarea fue acompañada por otra asociación patronal: la Liga Patriótica Argentina.

La “familia industrial”, sin embargo, debía sobrevivir al conflicto. Este deseo se logró a través de estrategias en el largo plazo que implicaran al Estado, a los trabajadores y a los industriales. La intervención estatal fue resistida una vez superados los momentos más dramáticos. En la década de 1920, cuando el gobierno de Marcelo T. de Alvear lanzó el proyecto de una ley de jubilaciones y pensiones, la idea fue vista como una presencia extraña en las relaciones entre capital y trabajo. La Unión Industrial fue en la misma dirección que las organizaciones obreras (la Unión Sindical Argentina rechazó el proyecto con igual dureza) y llamó a un *meeting* callejero frente al Congreso Nacional en junio de 1925, al que concurrieron unas 50.000 personas (entre ellos, muchos trabajadores). Con la oposición de industriales y sindicatos, la ley quedó derrotada en 1927. Por otro lado, en una década en la que reinó una relativa calma social, la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica Argentina se dedicaron a abrir escuelas en las empresas con la finalidad de “argentinar” a los trabajadores.

El conflicto laboral le dio a la Unión Industrial la legitimidad que buscaba como por-



LUIS COLOMBO

Luis Colombo, presidente de la Unión Industrial, según dibujo de Valdivia.

tavoz de los industriales, que hasta ese momento le prestaban poca atención a sus actividades institucionales. También significó un paso más en la formación de una identidad industrial que iba a afianzarse en los años veinte. Por entonces, no sólo unificó el discurso industrial sino que también logró plasmar la imagen del industrial como un actor social diferenciado. A fines de la década llevó adelante una campaña a favor de la identidad industrial, enfrentándola a la figura del estanciero. El nuevo papel encontró en el casi mítico nuevo presidente Luis Colombo su más perfecto exponente. En vez de buscar un crecimiento equilibrado con las “actividades económicas madres” (como por entonces se llamaba a las

relacionadas con el agro), Colombo logró definir a los estancieros como enemigos de la industria y del progreso. En su discurso, los industriales debían liderar la modernidad contra el atraso; la Unión Industrial inclusive se aproximó al *georgismo* como una idea de renovar al capitalismo expropiando la renta de los estancieros, que terminó apareciendo como ilegítima para una mentalidad que dividía al mundo entre rentistas y productores.

Este nuevo discurso surgió en consonancia con un antiindustrialismo que ganaba fuerza en una Sociedad Rural permeada por el antiguo fantasma de las represalias comerciales, ahora por parte de Gran Bretaña, que ganaba fuerza a partir del bilateralismo que la posguerra estaba mostrando como una de sus consecuencias. Si bien en los años dorados de la multilateralidad todos parecían beneficiarse frente a una economía que (con sus altibajos) crecía a un ritmo veloz, los años veinte mostraban que la economía se había convertido en un juego de suma cero, en el cual nadie quería terminar siendo la víctima. La estrategia de la Sociedad Rural se desplegó en dos vertientes. Por un lado, se intentó desviar las compras de los Estados Unidos a Gran Bretaña con el lema de "Comprar a quien nos compra". Por el otro, se quiso levantar las tarifas proteccionistas para permitir un comercio de importación más fluido que eventualmente beneficiaría a los británicos. Esto último llevó a un enfrentamiento con los industriales, quienes, ante el frente de batalla atravesado por los conflictos intersectoriales, alcanzaron una identidad desconocida. La Unión Industrial salió beneficiada al llevar la voz cantante de quienes se sentían amenazados.

La existencia de asociaciones sectoriales era, por otro lado, sólo parte de una historia

de corporaciones con intereses más complejos. La creación, en 1916, de la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP) es emblemática. Su primer presidente fue Luis Zuberbühler, vicepresidente de la Liga Patriótica Argentina. En la misma había una fuerte presencia agropecuaria; sin embargo, a fines de la década del veinte se incorporó la Unión Industrial y Luis Colombo ejerció funciones destacadas. En la década del treinta, en la CACIP preponderaron las bolsas de comercio, junto a entidades rurales y las bolsas y cámaras de cereales y frutos y, sobre todo, los representantes de grandes empresas, tanto nacionales como extranjeras. La heterogeneidad era, por entonces, la regla.

Los empresarios querían presentarse ante la sociedad como una fuerza modernizadora. Para los industriales, este nuevo ingrediente fue el resultado de un enfrentamiento frente a los estancieros como grupo y a la ganadería como actividad económica. A medida que avanzaba la década del veinte, la economía argentina mostraba síntomas de peligro inminente. La crisis finalmente sobrevino en 1930, pero sus resultados no coincidieron con lo que se podía esperar hasta unos años antes. La recuperación se logró beneficiando a los dos sectores que aparecían enfrentados antes de la depresión; los productores de carne lograron estabilizar la demanda de ésta con el tratado bilateral con Gran Bretaña, mientras que los industriales se vieron favorecidos por las medidas tarifarias y cambiarias que se habían tomado para hacer frente a la crisis. El temor a las represalias británicas había desaparecido con el tratado Roca-Runciman; el miedo a ser víctimas del libremercado se había desvanecido en un mundo en el que los países se cerraban sobre sí mismos. No había razón, en-

tonces, para no convivir en paz, como había ocurrido durante la mayor parte de la historia argentina.

La década del treinta fue testigo del funcionamiento de varias asociaciones empresarias que, lejos de enfrentarse entre sí, se interesaban amistosamente en sus estrategias (así como compartían un buen número de asociados). Sin embargo, los tiempos mostraban algunas novedades. En 1933 se constituyó la Federación Argentina de Entidades Defensoras del Comercio y la Industria para cuestionar un proyectado impuesto a las transacciones. La institución se formaba con cámaras industriales y comerciales principalmente vinculadas al consumo final, pero no la integraban entidades agropecuarias o relacionadas con el comercio exterior. Contrariamente al mundo de los negocios que se unificaba frente al desafío gremial, el discurso de esta federación incursionaba en la tenencia de la tierra, mostrando su carácter diferencial respecto de las otras asociaciones.

Ante este embate, la Unión Industrial intentó mostrar que la industria estaba salvando al campo y al país después de la gran depresión; si bien podían vivir en armonía con los estancieros, debían asegurarse que los industriales levantaban la antorcha de la modernización. Los enfrentamientos con la Sociedad Rural volvieron al comenzar la Segunda Guerra Mundial. En 1939 el conflicto surgió en torno a la derogación propuesta del adicional a las importaciones del 10%; en 1940, la discusión se desarrolló acerca del uso de maíz como combustible. Pero en general seguía primando la armonía con los estancieros.

En la segunda mitad de la década de 1930, la cuestión laboral tomó un peso cada vez más inquietante para los empresarios. En la pro-

vincia de Buenos Aires, el gobernador Manuel Fresco inauguraba una prédica laboral que fue seguida por sus sucesores en La Plata a principios de los años cuarenta. La llegada del peronismo encontró, entonces, a un empresariado dispuesto a dar batalla en esa arena.

La Unión Industrial volvió al enfrentamiento con el mundo del trabajo, pero ya no con los sindicatos sino con un Estado que se ufanaba de defender a los obreros y que convirtió la intervención de la asociación en un acto de justicia y reivindicación social. La entidad resultó especialmente dañada en su imagen por su excesiva adhesión a la perdedora fórmula de la Unión Democrática en 1946 (y un episodio en torno a un cheque con que la corporación habría apoyado a sus candidatos quedó por largo tiempo en la memoria colectiva). La intervención de la Unión Industrial durante el gobierno peronista fue casi un episodio anunciado. Los industriales, a pesar de todo, se beneficiaron largamente por las medidas tomadas durante el período de oro de la "Nueva Argentina" entre 1946 y 1948 (así como lo hicieron de la continuidad de las mismas al terminar la era dorada y aun al quedar el peronismo desplazado del gobierno). Sobreviviendo con mayor integridad como corporación, la Sociedad Rural no pudo contener las medidas que (a través de la creación del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, entre otras) gravaban al sector agropecuario. El peronismo, en realidad, deseaba una asociación empresaria que fuera una imagen especular de la central oficial de trabajadores. El objetivo se iba a lograr con la Confederación General Económica, nacida en 1953. La misma, sin embargo, iba a tener la corta vida que todavía le quedaba a la gestión peronista en el poder.

EMPRESAS Y EMPRESARIOS EN LA SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES

La sustitución de importaciones se aceleró a partir de 1930, en respuesta a las nuevas condiciones del mercado internacional, en un contexto de economía mucho más cerrada y regulada, situación que se agudizó durante la Segunda Guerra Mundial. Desde comienzos de la década de 1940, la industrialización pasó a convertirse en política de Estado, generándose un amplio espectro de medidas de protección a las actividades manufactureras y de transferencia de recursos del sector rural a la economía urbana. El peronismo continuó en líneas generales con la misma orientación, si bien en los cincuenta había comenzado a revertir las medidas que penalizaban al agro.

Las repercusiones sobre el sector empresarial fueron múltiples, con una redefinición del peso relativo de los actores que venían protagonizando el proceso de industrialización desde fines del siglo XIX. Los dos cambios más significativos que tuvieron lugar desde los años treinta hasta fines de los cincuenta, fueron el avance de las empresas públicas y el incremento del peso de los pequeños y medianos empresarios nacionales, reflejo de un proceso de desconcentración que caracterizó a la actividad productiva.

Los primeros pasos en la constitución del Estado-empresario en la producción de bienes se dieron durante la década de 1920, con la jerarquización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) y el nacimiento de la Fábrica Militar de Aviones en Córdoba. El proceso se aceleró en las décadas de 1930 y 1940, de la mano del industrialismo militar, cuya mayor expresión fue la creación de la Dirección Nacional de Fabricaciones Militares en 1941.

Las nacionalizaciones de los servicios públicos, la confiscación de empresas alemanas durante la guerra y la creación de nuevas dependencias terminaron de conformar una estructura que, con pocas modificaciones, se mantuvo vigente hasta principios de los años noventa. La relevancia de las empresas públicas no fue decisiva en términos cuantitativos si se considera al conjunto de la economía, pero fue crucial por la posición que ocuparon en los *rankings* de grandes empresas y por el valor estratégico de su producción en el campo de la energía, los insumos básicos y los servicios públicos.

Su fuerte subordinación a los vaivenes de la política, la ausencia de incentivos a la eficiencia y las crecientes restricciones presupuestarias que las afectaron, limitaron seriamente su competitividad, agravada por la inestabilidad y la alternancia de políticas económicas de sesgos opuestos y corta vida. Otro fenómeno destacable es el de la frecuente absorción de empresas privadas en dificultades por parte del Estado, o de participación de éste, desde los años cincuenta en adelante, en el capital accionario de las firmas como una vía para saldar deudas impositivas y previsionales. Aunque las empresas públicas contaron con administradores y técnicos altamente capacitados, ello no bastó para que funcionaran en forma eficiente. Su falta de competitividad se vio agravada por el clientelismo, el control de precios y tarifas y la creciente penuria de recursos por parte del Estado, que se acentuó desde mediados de los setenta.

En el sector privado, los cambios más destacados fueron la desconcentración y el surgimiento de numerosas empresas pequeñas y medianas de capital nacional, motorizados por el avance de la sustitución de importacio-



Bocas de expendio de combustible de YPF en Buenos Aires. Década del 50. *Clarín, El libro del 50º aniversario, 1995.*

nes y por la forma que ésta adquirió durante los años treinta y la guerra. Mientras que en la década del veinte existía un alto grado de concentración industrial, las condiciones en que se dio su desarrollo a partir de 1930 llevaron a una fuerte dispersión del capital. En el marco de la restricción a las importaciones, florecieron pequeños establecimientos industriales y talleres de reparaciones y de fabricación de repuestos. A su vez, las políticas desplegadas por el peronismo reforzaron al sector, que contó con el apoyo arancelario y crediticio del Estado y con su respaldo para consolidar su representación corporativa. De acuerdo al Censo Industrial de 1954, el 60% de los establecimientos existentes había sido creado después de 1945, y tenía en promedio 3,6 asalariados. La fuerte presencia de empresarios medianos y pequeños —que también se verificaba en la

actividad comercial— se tradujo en la creación de asociaciones representativas a lo largo del territorio nacional, proceso que culminó con el nacimiento de la Confederación General Económica (CGE).

Su creación agudizó las tensiones entre pequeños y grandes empresarios, estos últimos nucleados en la Unión Industrial, intervenida por el peronismo en 1946 y liquidada en 1953. Tras la caída de Perón, la Unión Industrial recuperó su personería. La Confederación General Económica fue disuelta por el gobierno provisional y luego rehabilitada en 1958, durante la presidencia de Frondizi. Como reacción frente a ello, la Unión Industrial, la Cámara de Comercio, la Sociedad Rural y otras organizaciones formaron una nueva asociación, la Acción para la Coordinación de Instituciones Empresariales Libres (ACIEL), que li-

deró el enfrentamiento con la CGE en los años sesenta.

La política de atracción al capital extranjero que llevó a cabo el gobierno de Frondizi (cuyos antecedentes se remontaban a los últimos años del gobierno peronista) volvió a modificar el equilibrio de fuerzas dentro del sector empresario, con la instalación de filiales de empresas multinacionales en las ramas más dinámicas de la actividad industrial, con el sector automotor, el petróleo y la química en la vanguardia.

Para mediados de los sesenta, la industria argentina estaba cambiando su perfil empresarial, con un nuevo proceso de concentración liderado por la empresas transnacionales y las grandes empresas locales, y con mejoras evidentes en la capacidad tecnológica, la productividad y la organización de las firmas, que alcanzaba también a sectores de las pequeñas y medianas empresas que abastecían a las grandes firmas.

La modernización tecnológica se vio favorecida por la apertura de la importación de bienes de capital y por la radicación de multinacionales, aunque con rasgos idiosincráticos que implicaban un rezago con respecto al estado del arte internacional, sobre todo en lo referente a la tecnología utilizada y a la escala de producción. Pero más allá de estas limitaciones, la industria logró multiplicar el monto de sus exportaciones de bienes, inició las de tecnologías de origen nacional y asistió a un proceso de internacionalización productiva de firmas locales. Paralelamente se produjo una modernización del gerenciamiento, creándose las primeras escuelas de administración.

Esta transformación del sector productivo tuvo lugar en un marco de fuerte protección estatal, ya que las políticas de transferencia de

recursos a la industria se mantuvieron después de la caída del peronismo. Si bien desaparecieron las restricciones cuantitativas a la importación, los empresarios industriales siguieron siendo favorecidos hasta mediados de los setenta por aranceles elevados, disponibilidad de crédito a tasas de interés reales negativas y una compleja trama de subsidios y promociones que generaron una fuerte dependencia con respecto al Estado. La protección abarcaba tanto a las firmas nacionales como a las extranjeras. Los distintos estudios realizados a partir de encuestas a empresarios en los años sesenta confirman que en su mayoría consideraban a la intervención estatal como positiva y necesaria, si bien se mostraban críticos hacia el incremento de la burocracia y del gasto público.

Desde fines de la década de 1960, el Estado puso en marcha nuevos mecanismos de estímulos fiscales a las grandes firmas locales e impulsó la creación de empresas en sectores básicos de la economía mediante créditos y promociones sectoriales. Se fortaleció la posición de grupos económicos nacionales, que pasarían a desempeñar un papel protagónico desde mediados de los setenta. Para entonces, la apertura de la economía y la reforma financiera implementadas por el gobierno militar comenzaron a desmontar el sistema de protección a la industria y a modificar las relaciones entre el Estado y los empresarios.

UN BALANCE

En las páginas previas se han seleccionado algunos temas que permiten develar el entramado que ha unido a empresas, empresarios y asociaciones empresariales en el siglo XX. Se

puso énfasis en analizar el recorrido histórico de la misma definición de empresario en la Argentina, para lo cual se estudió la etapa de conformación de identidades de manera especialmente profunda. El período anterior a la crisis de 1930 fue testigo, en buena medida, de este proceso.

A partir de entonces, empresarios, empresas y asociaciones se enfrentaron a las fluctuaciones del contexto económico internacional y local. En este último, los cambios en las políticas económicas fueron un factor de especial incidencia en los comportamientos que se han estudiado. Al mismo tiempo, la dinámica de la evolución económica y social fue modificando y haciendo más complejo al mundo empresario, que sufrió fragmentaciones y conflictos materializados en el surgimiento de nuevas entidades y en el enfrentamiento entre las asociaciones representativas de los diversos grupos.

Tras cuarenta años de investigaciones y debates, aún quedan en pie las preguntas formuladas al principio. Las dificultades que enfrenta toda interpretación global sobre el papel de los empresarios en la Argentina contemporánea son múltiples. La más visible es la relativa escasez de estudios empíricos que ofrezcan información sobre empresas o empresarios individuales como para formular generalizaciones de carácter inductivo.

Por otra parte, el estudio sobre las empresas y empresarios remite permanentemente a la relación entre las esferas micro y macroeconómica, originando nuevos interrogantes de difícil respuesta. Uno de ellos es cuáles son los umbrales de eficiencia microeconómica que se requieren para cimentar un proceso de crecimiento económico sostenido. Lo cual conduce, a la vez, a una aparente contradicción, la de la presencia de empresas muy competitivas

—que se revela a partir de diversos estudios de casos— pero en un número no suficiente como para constituir una masa crítica. Ello explica que frente al proceso de reestructuración y apertura de la economía iniciado en los setenta y consolidado en los noventa, un número reducido de firmas haya conseguido implementar estrategias ofensivas, frente a una mayoría de empresas que han subsistido a la defensiva o que han desaparecido.

Otra pregunta, que se ha discutido desde los orígenes de la historia de empresas, es dónde residen las razones últimas de la baja competitividad de las firmas. Una explicación posible es la de la falta de espíritu de innovador y la resistencia a asumir el riesgo y la incertidumbre por parte de los empresarios. Otras, en cambio, se orientan a explicar la conducta de ellos como expresión de valores y rasgos culturales propios de las sociedades de las que forman parte o como respuesta a determinadas condiciones ambientales que favorecen comportamientos prebendarios y la búsqueda de rentas, en el marco de regímenes de excesiva protección por parte del Estado. Para el caso argentino —aunque no en forma exclusiva— otro tema crucial que se debe debatir es cómo funcionan las empresas en contextos de elevada inestabilidad macroeconómica (y sociopolítica), y en qué medida dichos contextos dificultan, más allá de las características de los agentes, la consolidación de firmas competitivas. La inestabilidad suele generar preferencia por la liquidez o requerir un alto grado de flexibilidad, afectando los niveles de inversión y la capacidad de innovación.

La pregunta sería, entonces, cómo se condicionan mutuamente el contexto y los agentes para producir resultados poco satisfactorios en el desempeño de la economía. En este campo,

como en todos los del acontecer histórico, no existen leyes generales. No necesariamente la intervención activa por parte del Estado genera empresarios *lobbyistas* o buscadores de rentas. Ello depende de la forma en que se diseñan

los mecanismos de protección y subsidio y de la capacidad de los Estados para hacer valer su autoridad frente a los empresarios, así como de las actitudes individuales o colectivas asumidas por ellos.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La primera parte de esta orientación bibliográfica se centra en los debates sobre el papel de los empresarios en la historia argentina contemporánea, mientras que en una segunda sección se ofrece una selección de bibliografía sobre empresas y empresarios organizada en núcleos temáticos.

Las discusiones sobre el papel del empresario argentino en la evolución económica del país comenzaron en la década de 1960, desplegando un abanico de vertientes de diverso signo ideológico. El contexto general era el de los debates sobre los límites del modelo de desarrollo industrial implementado desde los años cuarenta, orientado al mercado interno y dependiente de insumos importados, con efectos negativos sobre el sector externo y sobre las posibilidades de un crecimiento sostenido de la economía. Se discutía no sólo acerca de los límites de la "primera sustitución de importaciones", sino también sobre el papel que el Estado y el mercado deberían tener en el proceso de recuperación económica y de aceleración del crecimiento que estaban en la base de las propuestas económicas elaboradas por Raúl Prebisch a mediados de los cincuenta y por el desarrollismo a fines de la década.

En ese marco, en el que se consideraban las estrategias que se debían implementar para lograr el despegue argentino y alcanzar el nivel

de desenvolvimiento de las naciones desarrolladas, se llevó a cabo una serie de investigaciones destinadas a estudiar al empresariado local, en particular a los industriales, quienes se suponía debían cumplir un papel protagónico en el proceso de cambio y modernización de la economía argentina.

Una vertiente de dichos trabajos —que incluye los de Eduardo Zalduendo, Ruth Sautu, Catalina Wainerman, José Luis de Imaz y otros autores— se orientó a medir la disposición hacia la innovación de los empresarios industriales y su capacidad para conformar una elite alternativa que liderara la transformación de la economía argentina.

En ellos primó una orientación sociológica, en el sentido de que privilegiaron el estudio de las características de los agentes económicos: sus sistemas de valores, sus actitudes y su inclinación hacia el cambio, así como su pertenencia a determinados estratos sociales. Más allá de las diferencias entre los autores, en todos ellos es perceptible la influencia de la teoría de la modernización y de una visión schumpeteriana del papel de los empresarios en los procesos de cambio económico. Otra característica común es que las investigaciones citadas tuvieron un fuerte sesgo empirista, basándose en entrevistas a empresarios y gerentes (Zalduendo, Sautu-Wainerman), en el análisis de los datos censales (Sautu) o en el

estudio de las historias de vida de dirigentes de las diversas centrales empresarias (Imaz).

Más allá de los puntos en común en el enfoque, los resultados fueron divergentes. Para JOSÉ LUIS DE IMAZ, *Los que mandan*, Buenos Aires, 1964, los industriales no habrían logrado constituirse en una elite dirigente, a causa de su fragmentación, de la ausencia de una identidad común y de la adopción, por parte de los empresarios más exitosos, de los valores de las viejas clases altas. La conclusión general de su trabajo era no sólo que en la Argentina los industriales habían fallado en ser agentes de la modernización, sino que había una pluralidad de líderes sin una elite dirigente que tuviera un proyecto de cambio para llevar adelante.

Los trabajos de EDUARDO ZALDUENDO, *El empresario industrial en América Latina. Argentina*, mimeografiado, 1963, y de RUTH SAUTU y CATALINA WAINERMAN, *El empresario y la innovación*, Buenos Aires, 1971, en cambio, revelaban una perspectiva más optimista, en la medida en que destacaban la disposición hacia el cambio de los empresarios entrevistados, aunque pudiera discutirse la representatividad de las muestras obtenidas. Por último, la investigación de RUTH SAUTU, *Poder económico y burguesía industrial en la Argentina*, Buenos Aires, 1969, basada en el análisis de los datos del censo industrial de 1954, se preguntaba acerca de los límites objetivos con que se encontraba el empresariado local, compuesto mayoritariamente por propietarios de pequeñas y medianas empresas, en un contexto en el que las mayores firmas eran de propiedad extranjera o estatal. Las limitaciones en el acceso a la innovación y el alto grado de incertidumbre macroeconómica reducían, según la autora, la propensión a dar un salto en la escala, creando una debilidad estructural, más allá de los

rasgos más o menos innovadores de dicha burguesía.

Junto a estos trabajos enfocados sobre el presente o sobre las décadas recientes, otras publicaciones de los sesenta buscaban en el pasado o en el estudio histórico de casos individuales claves para comprender el papel de los empresarios en la evolución económica del país. El ensayo de OSCAR CORNBLIT, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en TORCUATO DI TELLA y TULIO HALPERIN DONGHI (comps.), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, 1969, atribuía al carácter predominantemente extranjero de los industriales en las primeras décadas de desarrollo del sector manufacturero local su debilidad como grupo de presión y la ausencia de políticas públicas que lo favorecieran. DARDO CÚNEO, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, 1967, se remontaba al pasado secular para remarcar la falta de espíritu innovador y patriótico de los grandes empresarios rurales e industriales, a quienes responsabilizaba de no haber sido capaces de motorizar un crecimiento sostenido de la economía. En un libro sobre Torcuato Di Tella, de THOMAS COCHRAN y RUBÉN REINA, *Espíritu de empresa en la Argentina*, Buenos Aires, 1965, los autores indagaban sobre la capacidad empresarial en la Argentina a través de un estudio de caso, el del fundador de una de las mayores firmas industriales de capital nacional, con una imagen positiva de las potencialidades y de los rasgos innovadores de los empresarios locales.

Otra línea de discusión sobre las características y el papel desempeñado por los empresarios industriales se desarrolló, también desde los sesenta, en el seno de la izquierda argentina, dentro de lo que ANDRÉS REGALSKY, "Financistas, empresarios y clase dominante

en la Argentina antes de 1930. Algunas reflexiones críticas”, mimeografiado, 2000, ha caracterizado como una vertiente de estudios que constituye una amalgama de marxismo, teoría de la dependencia y economía clásica. El debate pivotó sobre la existencia o no de una burguesía industrial nativa, en términos de clase y de intereses de clase, y en cómo ello se plasmaba no sólo en la posibilidad de un desarrollo del capitalismo local sino también en la conveniencia —o no— de realizar alianzas sociales y políticas.

Mientras que las interpretaciones clásicas tendían a enfatizar la neta diferenciación y contraposición entre los terratenientes y la burguesía industrial, varios trabajos publicados en los años sesenta propusieron una imagen alternativa, que incluía desde la conformación de alianzas a la unidad de intereses, con una visión mucho más matizada sobre las relaciones entre ambos sectores. La tesis más innovadora fue la de MILCIADES PEÑA, corporizada en diversos artículos publicados en los sesenta en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, que fueron más tarde compilados en el volumen *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, 1986. En su interpretación cobró forma la idea del empresario multiimplantado que, al poseer intereses en diversas actividades económicas, no respondía a ninguna lógica sectorial. Sus trabajos polemizaban con la izquierda tradicional (comunistas y socialistas) y con la izquierda nacional, intentando desmitificar la supuesta contradicción entre la burguesía industrial y la clase terrateniente, mostrando y enfatizando el entrelazamiento de sus intereses. Utilizaba el concepto de “clases dominantes”, remarcando la unidad pero no la identidad entre ambos sectores.

Esta tesis fue aplicada con mayor formalización para el análisis histórico con el objetivo de encontrar en su comportamiento las raíces de la decadencia económica argentina. De allí surgió, ya en la década de 1970, la hipótesis de JORGE FEDERICO SÁBATO, *La clase dominante en la Argentina*, Buenos Aires, 1988, quien señalaba que, desde el propio despliegue del capitalismo en el país durante el siglo XIX, se podía aplicar la idea de una “clase dominante” diversificada en varias actividades y que se comportaba con una mentalidad más comercial que productiva, procurando mantener el mayor capital líquido posible y manteniendo bajos niveles de inversión. Para Sábato, que consideraba la diversificación de inversiones como un rasgo diferenciador del caso argentino, la hipótesis de la preeminencia de un *ethos* comercial y especulativo en el empresario local ofrecería la clave del frustrado desarrollo nacional.

La publicación de la obra de Sábato a comienzos de los ochenta reavivó el debate sobre el papel de los empresarios en una perspectiva histórica, abriendo el camino para nuevas investigaciones y nuevas interpretaciones. Diversos autores polemizaron con el enfoque y las conclusiones de Sábato, destacándose entre ellos, LARRY SAWERS, “Agricultura y estancamiento económico en la Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato”, *Ciclos*, n° 7, Buenos Aires, 1994; EDUARDO SARTELLI, “El enigma de Proteo. A propósito de Jorge F. Sábato, Larry Sawers y el estancamiento de la economía argentina”, *Ciclos*, n° 10, Buenos Aires, 1996; FERNANDO ROCCHI, “En busca del empresario perdido: los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato”, *Entre pasados*, año V, n° 10, Buenos Aires, 1996; JUAN M. PALACIO, “Jorge Sábato y la historiografía

rural pampeana: el problema del otro”, *Entre-pasados*, año V, n° 10, cit., y MARÍA INÉS BARBERO, “Los orígenes de la industrialización argentina. Viejas y nuevas controversias”, *Anuario IEHS*, n° 13, Tandil, 1998. Recientemente Roy Hora ha reabierto la controversia, retomando el concepto de burguesía terrateniente en contraposición al de clase dominante y protagonizando una polémica con Jorge Schvarzer, quien comparte la visión de Sábato. Véanse: ROY HORA, “Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la argentina: los estancieros y el debate sobre el proteccionismo”, *Desarrollo Económico*, n° 159, Buenos Aires, octubre-diciembre de 2000, y “Terratenientes, industriales y clase dominante en la Argentina: respuesta a una crítica”, *Desarrollo Económico*, n° 161, Buenos Aires, abril-junio de 2001; y JORGE SCHVARZER, “Terratenientes, industriales y clase dominante en el ya antiguo debate sobre el desarrollo argentino”, *Desarrollo Económico*, n° 161, citado. Véase también, de ROY HORA, *The Landowners of the Argentine Pampas: A Social and Political History, 1860-1945*, Oxford, 2001.

En forma paralela, el desarrollo de la historia de empresas locales y la multiplicación de los estudios de casos han ido ofreciendo una base empírica cada vez más sólida, aunque todavía no suficiente para la elaboración de síntesis que incorporen la evidencia disponible en una visión de conjunto. El panorama que de ellos emerge revela una imagen compleja del empresariado local, con comportamientos heterogéneos y conductas que revelan tanto capacidad innovadora como la búsqueda de rentas a través de la protección estatal.

En los años noventa, las interpretaciones sobre los empresarios argentinos siguieron oscilando a lo largo de un amplio espectro, con

imágenes diversas sobre sus características y sus responsabilidades en el débil desempeño de la economía en los últimos cincuenta años. Los trabajos de JORGE SCHVARZER, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, 1996, y *Empresarios del pasado*, Buenos Aires, 1991, entre otros, retoman la visión de Jorge Federico Sábato acerca del carácter predominantemente especulativo de los empresarios locales y del impacto negativo que ello habría tenido sobre las posibilidades de un desarrollo industrial sostenido. Esta imagen contrasta visiblemente con la que ofrece PAUL LEWIS, *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, 1993, quien exime a los empresarios de la culpa del atraso y la traspasa a las instituciones en que se desarrollaron, enfatizando los efectos negativos de un Estado hipertrofiado —al que define como corporativista y burocrático— y de las tendencias nacionalistas y populistas que atribuye a la sociedad.

Un trabajo reciente de ROBERTO CORTÉS CONDE, *Progreso y declinación de la economía argentina*, Buenos Aires, 1998, analiza el devenir de la economía argentina en una perspectiva institucionalista, remarcando el impacto pernicioso que habría tenido la creciente intervención del Estado en la economía, generando una sociedad en busca de rentas y empresarios que, o bien evadían el pago de sus impuestos y cargas sociales, o bien reclamaban crecientes niveles de protección y subsidios.

Además de los trabajos ya citados en el debate, existe un número considerable de publicaciones sobre empresarios y empresas en perspectiva histórica. Pueden mencionarse en primer lugar tres reseñas historiográficas acerca de la historia empresarial en la Argentina, una de ellas realizada por RAÚL GARCÍA HERAS, “La historia de empresas en la Argentina. Esta-

do del conocimiento”, en C. DÁVILA L. DE GUEVARA (comp.), *Empresa e historia en América Latina. Un balance historiográfico*, Bogotá, 1996, y las otras dos por MARÍA INÉS BARBERO, “Treinta años de estudios sobre la historia de empresas en la Argentina”, *Ciclos*, año V, vol. V, n° 8, Buenos Aires, primer semestre de 1995, y “La storia d’impresa in Argentina”, *Archivi e Imprese*, n° 19, 1999. MARÍA INÉS BARBERO ha publicado también un trabajo de síntesis sobre la evolución de la empresa en Argentina destinado al análisis comparado, “Argentina: Industrial growth and enterprise organization”, en A. CHANDLER, F. AMATORI y T. HIKINO (eds.), *Big Business and the Wealth of Nations*, Cambridge, 1997.

En lo referido a empresas y empresarios, pueden consultarse algunos clásicos, como los de MANUEL CHUECO, *Los pioneers de la industria argentina*, Buenos Aires, 1886 y 1896; ADOLFO DORFMAN, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, 1970, y JACINTO ODDONE, *La burguesía terrateniente argentina: Buenos Aires colonial, Capital Federal, Provincia de Buenos Aires, Provincia de Entre Ríos, Territorios Nacionales*, Buenos Aires, 1956.

Sobre el tema, FERNANDO ROCCHI ha publicado diversos trabajos: *Building a Nation, Building a Market: Industrial Growth and the Domestic Economy in Turn-of-the-Century Argentina*, tesis de doctorado, University of California, Santa Bárbara, 1997; “La armonía de los opuestos: industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920”, *Entrepasados*, año IV, n° 7, Buenos Aires, 1994, y “Un largo camino a casa: empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930”, en J. SURIANO, *La cuestión social en la Argentina, 1870-1930*, Buenos Aires, 2000. Pueden verse

también los estudios de DANIEL AZPIAZU, EDUARDO BASUALDO y MIGUEL KHAVISSE, *El nuevo poder económico*, Buenos Aires, 1986; PIERRE OSTIGUY, *Los capitanes de la industria*, Buenos Aires, 1990, y CARMEN SESTO, “Estructura de la producción y la comercialización del ganado bovino en la provincia de Buenos Aires a fines del siglo XIX”, tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 1998.

Tras algunas obras pioneras, como la ya mencionada de T. COCHRAN y R. REINA, los estudios de casos de empresas y empresarios se han ido acrecentando desde fines de la década de 1980, y no es posible incluir a todos en esta orientación bibliográfica. Se mencionan algunos de ellos por orden alfabético, buscando reflejar la diversidad de temas y enfoques: MARÍA INÉS BARBERO, “Mercados, redes sociales y estrategias empresariales en los orígenes de los grupos económicos. De la Compañía General de Fósforos al Grupo Fabril (1889-1929)”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 15, n° 44, Buenos Aires, abril de 2000; MARÍA INÉS BARBERO y MARCELA CEVA, “El catolicismo social como estrategia empresarial: el caso de Algodonera Flandria”, *Anuario IEHS*, n° 12, Tandil, 1997; TORCUATO S. DI TELLA, *Torcuato Di Tella. Industria y política*, Buenos Aires, 1993; J. GILBERT, “Empresarios y empresas en la Argentina moderna. El grupo Tornquist, 1873-1930”, tesis de maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés, julio 2001; LEANDRO GUTIÉRREZ y JUAN CARLOS KOROL, “Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas”, *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 111, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1988; D. GUY, “Refinería Argentina, 1888-1930: límites de la tecnología azucarera en una economía periférica”, *Desarrollo Econó-*

mico, vol. 28, n° 111, cit.; JORGE KATZ (comp.), *Desarrollo y crisis de la capacidad tecnológica latinoamericana. El caso de la industria metal-mecánica*, Buenos Aires, 1986; B. KOSACOFF, J. FORTEZA, M. I. BARBERO y A. STENDEL, *Globalizar desde Latinoamérica. El caso Arcor*, Buenos Aires, 2001; CARLOS MARICHAL, "La gran burguesía comercial y financiera de Buenos Aires, 1860-1914. Anatomía de cinco grupos", mimeografiado, 1998; JUAN M. PALACIO, "Arrendatarios agrícolas en una empresa ganadera: El caso de 'Cruz de guerra', 1927-1928", *Desarrollo Económico*, n° 127, Buenos Aires, 1992; FERNANDO ROCCHI, "La Bagley di Buenos Aires: una fabbrica di biscotti alla conquista del mercato interno (1877-1930)", *Ventesimo Secolo*, n° 4, 1994, y JORGE SCHVARZER, *Bunge y Born: crecimiento y diversificación de un grupo económico*, Buenos Aires, 1989. Para una lista exhaustiva, se remite a las reseñas historiográficas citadas.

También deben mencionarse estudios sectoriales como los de JORGE KATZ, *Oligopolios, firmas nacionales y empresas multinacionales. La industria farmacéutica argentina*, Buenos Aires, 1974; MIRTA LOBATO, "El taylorismo" en la gran industria exportadora argentina: 1907-1945, Buenos Aires, 1988; EDUARDO MÍGUEZ, *Las tierras de los ingleses en la Argentina*, Buenos Aires, 1985, y JUAN SOURROUILLE, *El complejo automotor en la Argentina*, México, 1980, así como los trabajos sobre empresas públicas, entre ellos, los de MARÍA DEL C. ANGUEIRA y A.

TONINI, *Capitalismo de Estado, 1927-1956*, Buenos Aires, 1986; MARCOS KAPLAN, "El Estado empresario en la Argentina", *Aporte*, n° 10, Buenos Aires, 1968; MARTA PANAIÁ y RICARDO LESSER, "Las estrategias militares frente al proceso de industrialización, 1943-1947", en MARTA PANAIÁ, RICARDO LESSER y PEDRO SKUPCH, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, volumen 2, Buenos Aires, 1973, y JORGE SCHVARZER, "Empresas públicas y desarrollo industrial", *Economía de América Latina*, n° 3, México D.F., 1979.

Sobre asociaciones empresarias existe una vasta literatura, entre la que se incluyen los trabajos de JOHN W. FREELS, *El sector industrial en la política nacional*, Buenos Aires, 1970; AMÉRICO GUERRERO, *La industria argentina*, Buenos Aires, 1944; ANÍBAL JAUREGUI, "El despegue de los industriales argentinos", en WALDO ANSALDI, ALFREDO PUCCIARELLI y JOSÉ C. VILLARRUEL (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, 1993; JAVIER LINDENBOIM, "El empresariado industrial argentino y sus organizaciones gremiales entre 1930 y 1946", *Desarrollo Económico*, n° 62, Buenos Aires, julio-septiembre de 1976; JORGE NEWTON, *Historia de la Sociedad Rural Argentina*, Buenos Aires, 1966; MIRTA PALOMINO, *Tradición y poder. La Sociedad Rural Argentina*, Buenos Aires, 1988, y EUGENE SHARKEY, *Unión Industrial Argentina. 1887-1920. Problems of industrial development*, tesis de doctorado, Rutgers University, New Brunswick, 1977.

44. ORGANIZACIONES SINDICALES Y RELACIONES LABORALES

Hiroshi Matsushita

CARACTERÍSTICAS DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Hacia 1910, la Argentina gozaba de una prosperidad sin precedentes en su historia, debida principalmente a la expansión de la economía agropecuaria, la cual, a su vez, había contribuido al desarrollo de las actividades terciarias vinculadas a la exportación, como transportes, finanzas, seguros y comercio. A la mencionada expansión puede atribuirse también el fomento de algunas ramas de la industria, aunque en forma limitada. El país contaba con una rama alimentaria orientada a la exportación y algunas industrias livianas, como vestidos, destinadas a satisfacer la demanda interna. Las cifras hablan de esa peculiaridad de la economía nacional, con un porcentaje del 37,8% de las personas económicamente activas en el sector terciario, mientras que el 31% correspondía a la actividad primaria y el 31,2% a la secundaria en 1914.

Estas características de la estructura ocupacional se reflejaban en la formación de los sindicatos. El primero organizado en el país fue la Sociedad Tipográfica Bonaerense, de 1857, nacida como una entidad de socorros mutuos perteneciente al sector terciario. Dado que se puso en evidencia la ineficacia de la es-

tructura mutual para defender los intereses obreros, en la década de 1870 empezaron a surgir asociaciones con fines más específicamente gremiales. La Unión Tipográfica, creada en 1877 sobre la base de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, fue el primer ejemplo y la protagonista de la primera huelga organizada en el país, al año siguiente. En la década del ochenta aumentó el número de este tipo de asociaciones con fines gremiales, tales como la Sociedad de Dependientes de Comercio, la Corporación de Mozos de Hoteles (ambas de 1880), la Unión de Obreros Panaderos y la Sociedad de Obreros Molineros (de 1881 las dos), y la Unión de Oficiales de Albañiles (1882). Como lo expresa el nombre de estas asociaciones, ellas se ubicaban en el sector de servicios, en la industria alimentaria o en la construcción, situación que reflejaba el carácter rudimentario de la industria de la época, y que se prolongó hasta entrada la década de 1910. De ello da cuenta el hecho de que las dos grandes federaciones nacidas entonces, la Federación Obrera Marítima (1910) y la Federación Obrera Ferrocarrilera (1912), pertenecían al sector del transporte.

Otra característica que se debe mencionar en torno a las organizaciones sindicales de esta época, es el alto porcentaje de extranjeros en la

población obrera. En 1895, mientras la proporción de extranjeros en la población total llegaba al 25,4%, entre los obreros manuales era del 84,2% y entre los empleados, del 53,2%. Para 1914, las cifras arrojaban porcentajes de 29,9%, 82,7% y 48,5%, respectivamente. Esta alta incidencia tuvo diversas repercusiones en las organizaciones sindicales, y una de las más significativas fue la relativa facilidad con la que penetraron las corrientes ideológicas europeas, como el anarquismo, el sindicalismo y el socialismo.

Desde fines del siglo XIX hasta 1910, la corriente predominante fue el anarquismo o anarcosindicalismo, hecho que puede explicarse por varias razones. La primera es que la postura internacionalista del anarquismo, negando al Estado y las fronteras nacionales, atraía a los obreros extranjeros, principalmente a los españoles e italianos en cuyos países el anarquismo ejercía fuerte influencia. Por otra parte, la mísera situación en que se encontraban los obreros hacía aparecer como muy atractiva la acción directa propiciada por el anarquismo. Como tercera razón, puede mencionarse que el anarquismo tendía a buscar adherentes entre los obreros de la industria artesanal, que predominaba en la Argentina a fines del siglo XIX. Finalmente, la situación política del país, con una democracia amenazada por el fraude electoral, era un caldo de cultivo propicio para el antiparlamentarismo anarquista. Como resultado de esos factores, el anarquismo se erigió como una corriente vigorosa en las décadas de 1890 y 1900, enfrentada con el socialismo. El movimiento obrero socialista se inició con la fundación del Club Socialista Vorwärts en 1882, por iniciativa de obreros alemanes, y animado por el propósito de lograr mejoras laborales a través de la lucha política y la acción parlamentaria. El enfrentamiento entre ambas corrientes se hizo ver especialmente en

las organizaciones federativas, y dio cuenta de la disolución, en 1892, de la primera federación obrera organizada en el país, la Federación de Trabajadores de la Región Argentina (1891). En ella surgió una inmediata desavenencia entre los socialistas, que dominaban la central, y los anarquistas, en cuyas manos estaba el grueso de los sindicatos. Fue el acuerdo al que llegaron los socialistas y los anarquistas en 1901 lo que permitió fundar la Federación Obrera Argentina (FOA), después de sucesivos intentos que habían terminado en el fracaso. Sin embargo, la inclinación de la FOA hacia el anarquismo provocó la separación de los socialistas, que formaron la Unión General de Trabajadores (UGT) en 1903. La FOA, por su parte, se convirtió en la Federación Obrera de la Región Argentina (FORA) en 1904, y reafirmó su postura anarquista en oportunidad de su V Congreso realizado en 1905, inculcando a los obreros "los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico".

El anarquismo empezó a ser objeto de una marcada represión en la primera década del siglo XX, intensificada durante el Centenario. El gobierno hizo caer en los huelguistas todo el peso de las leyes represivas, como la Ley de Residencia (1902) y la de Defensa Social (1910). El resultado de tal represión fue el debilitamiento del movimiento anarquista, cuya hegemonía empezó a ser desplazada por la nueva corriente sindicalista.

EL AVANCE DEL SINDICALISMO DURANTE EL GOBIERNO RADICAL Y LA "SEMANA TRÁGICA"

Aunque en su acepción amplia se identifica con el movimiento obrero, se menciona aquí al sindicalismo como una corriente ideológica caracterizada por su rechazo hacia la in-



Cabezal del periódico semanal de la Confederación General del Trabajo, 1934.

tromisión de los partidos políticos en el mundo laboral, compuesto sólo del capital y del trabajo, sin ningún espacio para la política. Como tal, fue introducido en la Argentina en 1903 por los disidentes socialistas, y aunque en su actitud hacia la política tenía algo de común con el anarquismo, lo separaban de él diferencias que no pueden ser ignoradas. Mientras los anarquistas eran antipolíticos y repudiaban como algo nocivo y amenazador para su libertad a la política, los sindicalistas eran apolíticos, pues pensaban que si el mundo obrero se dividía entre los partidos, desaparecería su unidad y, por consiguiente, se debilitaría su capacidad de negociación frente al empresariado. Sin embargo, reconocían el valor de la política y creían que a través de las leyes dictadas por el Congreso y las negociaciones con el Poder Ejecutivo, los trabajadores podrían conseguir derechos y mejorar las condiciones de trabajo. Mientras los anarquistas consideraban a todos los obreros como iguales por su carácter de explotados, sin atención a su capacidad o conocimientos, el sindicalismo admitía diferencias de capacidad y escalafones salariales, y en tal sentido correspondía a un estadio más evolucionado de producción, a partir de la estructura artesanal. Esto es precisamente lo que había ocurrido en el país, ya que los talleres artesanales, que en 1895 representaban el 60% de los establecimientos industriales y el 59% del personal, para 1914 no significaban más del 37% y 28%, respectivamente. Este cambio,

y no sólo las persecuciones sufridas por el anarquismo, viene a explicar la difusión del sindicalismo en la segunda década del siglo XX.

La difusión del sindicalismo fue rápida y asombrosa, copando la dirección de la UGT en 1906, y convirtiéndola en la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA) en 1909. En sus manos quedaron también las dos federaciones más importantes surgidas en la década de 1910 y ya mencionadas, la Federación Obrera Marítima y la Federación Obrera Ferrocarrilera. Confiados en su fuerza, los sindicalistas procuraron unificar la CORA y la FORA en 1912, sin éxito. Como consecuencia de ello, en 1914 disolvieron la CORA para incorporarse a la FORA, a la que impusieron el criterio sindicalista de prescindencia política en el IX Congreso realizado al año siguiente. Los "foristas" ortodoxos o anarquistas se alzaron contra esa decisión, adheridos al principio del comunismo anárquico que el V Congreso de la Federación había aprobado en 1905, dando lugar al surgimiento de dos FORA, la del IX Congreso, en la línea sindicalista, y la del V Congreso, anarquista. Los primeros no hicieron más que incrementar el número de los sindicatos adheridos, de 66 a 166 en los tres años que van de 1915 a 1918.

El triunfo de Hipólito Yrigoyen en las elecciones de 1916 tiene su parte en este desarrollo de la FORA del IX Congreso. Primera elección conforme a la Ley Sáenz Peña, fue un

avance de la democracia y una ponderación del papel de las instituciones políticas, marco que se ajustaba al sindicalismo por sobre el anarquismo. El radicalismo veía en el sindicalismo un medio de disminuir la influencia del socialismo, su más temido rival de las fuerzas anticonservadoras, y su política pro laboral coincidía con la estrategia sindicalista de conseguir mejoras en las condiciones de trabajo por la vía parlamentaria o las negociaciones con el Poder Ejecutivo. Por cierto, la política pro laboral no se inició con Yrigoyen, como lo demuestran la ley 4661 de descanso dominical (1905), la ley 5291 que reglamentaba el trabajo de mujeres y de menores (1907), la ley 9653, que creaba la caja de jubilaciones y pensiones para ferroviarios (1915), y la 9658, de accidentes de trabajo (1915). Por lo demás, no siempre las iniciativas de Yrigoyen fueron coronadas por el éxito, ya que proyectos de su primera presidencia, como la jornada de 8 horas para los ferroviarios o la jubilación para empleados de empresas públicas, no prosperaron por la oposición parlamentaria. Aun cuando en materia de legislación laboral el yrigoyenismo no difería mucho de los gobiernos anteriores, lo separaba de ellos la posición frente a los conflictos obreros, ya que el Presidente intervino personalmente para solucionarlos, como en los casos del conflicto de los portuarios de los años 1916 y 1917, o de los ferroviarios en 1917 y 1918. Pese a ello, cuando un conflicto adquiría magnitud, el gobierno no hesitó en sofocarlo, tal como lo demuestra la Semana Trágica en enero de 1919 y también la represión obrera en la Patagonia en los años 1921 y 1922.

El primero de esos conflictos se originó en la fábrica metalúrgica Pedro Vasena Ltda., empresa de la Capital Federal conocida por las

pésimas condiciones de trabajo. Un sindicato de orientación anarquista, formado en noviembre de 1918, lideró el movimiento en pos de un aumento salarial y la jornada de 8 horas, reclamos motivados por la caída del salario real como consecuencia de la inflación sobrevenida después de la guerra, y por la euforia producida entre los obreros por el triunfo de la revolución rusa. La empresa se negó a reconocer esos reclamos y la tensión aumentó, para estallar cuando un enfrentamiento entre la policía y los huelguistas arrojó como saldo un policía muerto el 4 de enero. Esto trajo una violenta represión policial iniciada el 6 de enero, que provocó cuatro muertos y cuarenta heridos, entre los que figuraban algunos vecinos del barrio de Pompeya, donde estaban los depósitos de la empresa. El 8 de enero, la FORA del V Congreso llamó a la huelga general para el 9, día del sepelio de las víctimas, medida de fuerza con la cual se solidarizó la FORA del IX Congreso. La movilización del Ejército ordenada por el gobierno desembocó en un nuevo choque con los huelguistas el día 9, dejando como saldo veinte muertos y varias decenas de heridos. La FORA del IX Congreso decidió levantar la huelga, después de una reunión que sus dirigentes mantuvieron con el Presidente, pese a que algunos gremios no acataron la decisión. La FORA del V Congreso mantuvo su posición por la huelga general, pero la magnitud de la medida de fuerza fue disminuyendo, hasta que el 15 de enero retornó la normalidad, aunque dejando como saldo un número de muertos estimado, según distintos autores, entre ciento cincuenta y setecientos durante la semana que duró la violencia.

El gobierno, a partir de esos sucesos, endureció su posición y su actitud represiva, en especial frente al anarquismo. Con elocuencia

hablan de ello los hechos de la Patagonia, donde los activistas anarquistas movilizaron a los trabajadores rurales durante los años 1921 y 1922, para terminar violentamente reprimidos por el Ejército, hecho que aceleró la declinación ya comentada del anarquismo. Se calcula que las víctimas de la represión llegaron a mil quinientas.

El socialismo no corrió mejor suerte que el anarquismo en los tiempos de Yrigoyen. Sus sindicatos, que pertenecían a la FORA del IX Congreso, se vieron obligados a aceptar las posiciones sindicalistas que predominaban en la organización. El congreso del Partido Socialista, realizado en Avellaneda en julio de 1918, mostró una actitud conciliatoria con el sindicalismo, aceptando el principio de independencia del partido de la organización obrera, aunque afirmaba la necesidad de una "unidad de miras" entre ambas organizaciones. Con esta aceptación de que la cuestión laboral debía quedar en manos de las organizaciones obreras, con prescindencia del partido, creció en su seno una línea pro sindicalista. El triunfo de esta línea se debió no sólo al fortalecimiento del sindicalismo en el marco global del movimiento obrero, sino también al alejamiento del grupo de izquierda, que fundó el Partido Socialista Internacional, convertido luego en Partido Comunista, en enero de 1918. Esa ala izquierda acentuaba el liderazgo del partido sobre el movimiento obrero, idea que se volvió más nítida con el nacimiento del Partido Comunista, para el cual el partido debía ser la vanguardia del movimiento obrero, lo que creaba la idea de la subordinación del movimiento al partido.

Con esta escisión se definieron cuatro corrientes principales en torno a la relación entre el movimiento obrero y los partidos políti-

cos, tema de importancia esencial para decidir la estrategia de lucha para conseguir mejoras en las condiciones de trabajo. Esas corrientes eran la comunista, que reconocía la supremacía del partido sobre el movimiento obrero; la socialista, que admitía la independencia mutua, aunque acentuando la armonía; la sindicalista, inclinada a subordinar el partido al movimiento obrero, aunque sin negar la independencia, y la anarquista, que rechazaba toda relación con el partido político.

Los sindicatos de las tres primeras corrientes pertenecían a la FORA del IX Congreso y esto posibilitó el éxito del nuevo intento de unidad sindical, que cristalizó en la Unión Sindical Argentina (USA) en 1922, en la que participaron los disidentes de la FORA comunista, nombre que había tomado la FORA del V Congreso en 1920. La USA, aunque creada por los sindicalistas, asumió una postura más radicalizada que la FORA del IX Congreso, expresando en parte la euforia de la época, inspirada por la revolución bolchevique. La USA no sólo repudiaba la intervención y el tutelaje de los partidos, sino que se declaraba en una posición "antiestatal", propiciando la acción directa como medio de combatir al capitalismo, y rechazaba la idea de una lucha sólo para conseguir mejoras, tal como el sindicalismo lo había venido sosteniendo. Los socialistas no coincidieron con esa nueva actitud y se separaron en 1924, para luego formar una nueva organización, la Confederación Obrera Argentina (COA) dos años después. Los comunistas, por su parte, fueron expulsados del Comité Central de la USA en 1926, y decidieron formar su propia central, el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC) en 1929, después de que sus intentos por incorporarse a la COA, en 1927, terminaron en el fracaso.

Aunque el panorama para fines de la década de 1920 era de que cada una de las cuatro corrientes tenía su propia central, volvió a ocurrir lo que siempre había sucedido en la historia del movimiento obrero: una vez producida la división en el nivel federativo, surgió nuevamente el intento de unidad sindical. Su fruto, esta vez, fue la creación de la CGT en 1930.

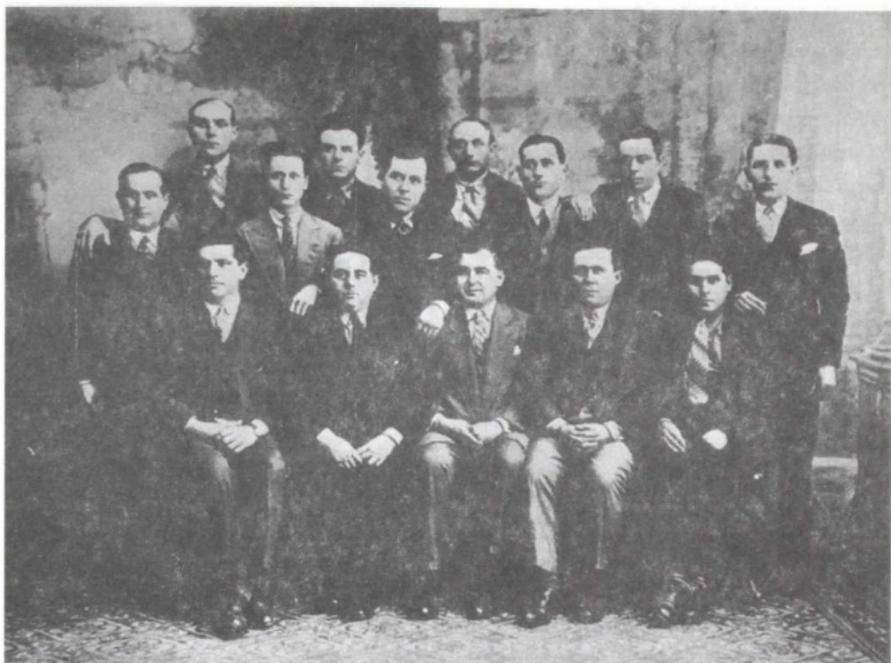
LA CREACIÓN DE LA CGT Y SUS TRANSFORMACIONES EN LA DÉCADA DE 1930

El primer llamado a la unidad sindical partió de la Federación Obrera Poligráfica Argentina (FOPA) en 1927. Este gremio había sido creado debido a la unificación de los sindicalistas, socialistas y comunistas, y por ello sus dirigentes creían en que esa experiencia podría ser válida a escala nacional. Estaban convencidos de que sólo la unidad podría poner freno a la cada vez más intensa ofensiva capitalista, pues había pruebas ciertas de la manera en que la división del movimiento obrero alimentaba la actitud agresiva de los empresarios. Una de ellas era la oposición por parte de los sindicalistas al proyecto de ley de jubilaciones considerado por el Congreso Nacional en 1924; oposición que justificaban en su anties-tatismo, pero que fue aprovechada por los empresarios para hacer archivar el proyecto.

Frente al llamado de la FOPA, la reacción de las centrales obreras fue diversa. Fue particularmente entusiasta en el caso de la USA, que se había debilitado por las repetidas escisiones y que pretendía recuperar su hegemonía a través de la unificación del movimiento obrero. Contaba con apenas 14.000 adheren-

tes en 1930, contra los 26.000 del momento de su fundación, y ejercía una influencia que se limitaba a los sindicatos del Mueble, Calzado, Construcciones Navales y Marítimos. A diferencia de esta central, la COA había conseguido atraer a los grandes gremios, como la Unión Ferroviaria (80.000 afiliados), La Fraternidad de los maquinistas ferroviarios (12.000 afiliados) y la Unión Obrera Municipal (8.000 afiliados). Con estas dimensiones, superaba holgadamente en fuerza a la USA y por tanto, no la afectaba tanto la unificación. Los socialistas se sentían inclinados a buscar la unión con los sindicalistas, eliminando a los anarquistas y a los comunistas. Estos últimos atacaban al sector socialista como integrado por "fascistas sociales"; pese a su limitada influencia en el movimiento obrero, habían logrado la hegemonía en ciertos gremios, como el de la Carne, y el CUSC contaba con 5.000 adherentes en el momento de su creación en 1929.

El intento de unificación se realizó entre la COA y la USA en 1929, quedando en pie todavía la discrepancia entre socialistas y sindicalistas acerca de la relación entre el partido y el movimiento obrero. Hubo un ceder de posiciones a la postura sindicalista, por obra de lo cual la COA expulsó del Comité Directivo a Francisco Pérez Leirós, dirigente de los Municipales, quien sostenía la unidad entre el partido y el movimiento obrero, ya que él mismo era diputado nacional. La Fraternidad, que coincidía con la postura de Pérez Leirós, se retiró de la COA, desapareciendo así un nuevo obstáculo a la unificación. Por otra parte, la crisis económica mundial de 1929 repercutió en el aumento del desempleo y la caída del salario real, y unida al golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, que desencadenó la re-



Comisión directiva de la Unión Ferroviaria, 1926-1928.

presión policial contra los activistas sindicales, dejaron bien en claro que no había espacios para seguir discutiendo sobre la forma de la unificación, que era apremiante. Con esa conciencia, el 27 de septiembre ambas centrales acordaron la unificación, dando luz a la Confederación General del Trabajo (CGT).

Aunque al momento de la unificación la línea socialista era mayoritaria, en cuanto al número superior de afiliados de la COA respecto de la USA sindicalista, la central adhirió a esta segunda línea, y en su declaración inaugural enfatizó su carácter de organización autónoma de la clase obrera, independiente de todo partido político o agrupación ideológica, y por lo tanto, prescindente de las acciones que éstos llevan a cabo. El que la CGT adoptara el criterio de la central minoritaria, como lo

era la USA, se explica por el hecho de que aunque la COA era de la línea socialista, el gremio preponderante en ella, la Unión Ferroviaria (UF), estaba dominado por socialistas muy cercanos al sindicalismo. La postura prescindente inicial de la organización fue, sin embargo, transformándose en una participación política activa, cambio que plantea interrogantes acerca del por qué y del cómo de la transformación.

La luna de miel que llevó a la unificación entre socialistas y sindicalistas mostró su fragilidad al plantearse en la década del treinta una serie de problemas, fuera y dentro del país, que provocaron el enfrentamiento entre ambos sectores. Uno de ellos era el problema del fascismo, al cual los socialistas consideraban como una amenaza al país, reflejando la

situación europea. Para enfrentar esa amenaza, los socialistas veían la necesidad de una cooperación con la CGT y la participación política de ésta. Los sindicalistas, en cambio, no creían que el fascismo fuera un peligro suficientemente importante como para abandonar la prescindencia política. Los socialistas se mostraban más decididos a enfrentarse con los sindicalistas confiados en la fuerza que les daba el aumento de sus bancas en la Cámara de Diputados, que se habían elevado prodigiosamente de una, en 1930, a 43, gracias a la abstención del radicalismo en las elecciones de 1931. Como resultado, habían logrado hacer aprobar algunas normas laborales, como las leyes 11.640 (1932), de sábado inglés, y 11.838 (1934), de horario de cierre obligatorio del comercio.

El enfrentamiento tuvo perfiles violentos en la cuestión de la rebaja de los salarios de los ferroviarios. El sector estaba fuertemente afectado por la crisis económica y debido a la competencia con el transporte automotor desde la década de 1920, su crisis no hacía más que profundizarse. La dirigencia de la UF, liderada por Antonio Tramonti, quien dispensaba simpatía al sindicalismo, no pudo mantener los salarios y terminó por aceptar una rebaja de los mismos en 1933, contrariando la resolución aprobada en el congreso del gremio. Insatisfechos, los socialistas lograron reemplazar a Tramonti por José Domenech en septiembre de 1934, cambio que afectó seriamente a la CGT, que tenía sus oficinas en la sede de la UF. Los sindicalistas fueron desalojados por la fuerza la noche del 12 de diciembre de 1935 de sus oficinas de la calle Independencia 2880, y se trasladaron a la sede de la Federación Obreros y Empleados Telefónicos (FOET), de la calle Catamarca 577. El enfren-



Dibujo de Facio Hebecquer, artista plástico y militante del movimiento obrero, titulado "Trabajadores del mundo, unios", 1934.

tamiento entre sindicalistas y socialistas a mediados de la década de 1930 dio lugar al surgimiento de dos CGT, la de la calle Catamarca, de línea sindicalista, y la de Independencia, de signo socialista. La CGT de Independencia gozaba de una abrumadora superioridad numérica, con 262.630 afiliados contra los 25.095 de la central de Catamarca, pero ambas coincidían en que, a pesar de que en los estatutos abandonaron la prescindencia, en la práctica evitaron comprometerse en la acción política.

El Estatuto aprobado por el Congreso de la CGT de Independencia reunido en marzo de 1936, declaró que la organización intervendría "en todos los problemas nacionales que afectan a los trabajadores", pero al mismo tiempo afirmaba que "la CGT es independiente de todos los partidos y agrupaciones ideológicas". Entre las razones que dan cuenta de esta postura está la aceptación por parte de la CGT del ingreso de los comunistas, que habían adopta-

do la táctica del Frente Popular después de 1935, conforme a la resolución de la Internacional Comunista (Comintern). La cooperación de los socialistas y comunistas dentro de la CGT exigía que la organización se mantuviera fuera de la lucha partidaria, aunque ese propósito de mantener una equidistancia respecto de todos los partidos demostró ser un objetivo difícil de conseguir. Esa dificultad se puso en evidencia cuando la CGT no logró realizar el acto del 1º de mayo con todos los partidos políticos en 1937, cosa que el año anterior había llevado a cabo con éxito. No se debe olvidar, por otra parte, que los ferroviarios de la línea sindicalista, por resolución aprobada en mayo de 1936 por el congreso del gremio, se trasladaron a la CGT de Independencia, lo que incrementó el peso del sindicalismo y en consecuencia, la prescindencia política de la central obrera, si bien ella no se negaba a cooperar con los partidos políticos. La CGT de Catamarca cambió su nombre, retomando el de Unión Sindical Argentina (USA) en 1937, y aunque reconoció la necesidad de participar en las "cuestiones económicas, políticas y sociales", en la práctica mantuvo su prescindencia política como principio.

Sin embargo, esta actitud observada en la década del treinta difería de la anterior, pues se daba en un marco de creciente conciencia nacional de los trabajadores. El sindicalismo tenía un tinte internacionalista, pues consideraba el problema laboral en términos puramente económicos de relación entre el capital y el trabajo, sin tener en cuenta el tema de la nacionalidad tanto de obreros como empresarios. Esto se avenía a la situación argentina, por la presencia de gran cantidad de empresarios y obreros extranjeros. La conciencia nacional entre los obreros, sin embargo, empezó

a crecer como resultado de varios factores. El primero fue el cambio en la composición étnica de la población, ya que se redujo el porcentaje de extranjeros en el país y especialmente en el Gran Buenos Aires, como resultado, entre otros factores, de las restricciones impuestas por la política inmigratoria a partir de 1930 y la incidencia de la Segunda Guerra Mundial, que generaron un descenso del porcentaje de extranjeros del 35% en 1935 al 28% en 1943. La corriente de trabajadores provenientes del Interior puede haber fortalecido esa conciencia nacional, de la misma manera que lo hizo el nacionalismo económico que se difundió como resultado de la firma del tratado Roca-Runciman en 1933. Concediendo un "tratamiento benévolo" al capital inglés, dicho acuerdo alimentó una protesta masiva, en la cual los obreros desempeñaron un papel que debe ser destacado. El tercer factor que se debe tener en cuenta es la lucha antiimperialista encabezada por los comunistas, para quienes se trataba de su misión principal en países "semicoloniales", como era la Argentina según su diagnóstico.

Resultado de la acción combinada de esos factores fue el reclamo por la nacionalización de las empresas ferroviarias que hizo en 1938 la Unión Ferroviaria mientras que La Fraternidad, dos años después, no sólo la exigía sino que extendía su reclamo también a las empresas públicas. El gremio más importante de la USA, la FOET, en 1940 reclamaba la nacionalización de los teléfonos, que estaban en manos de capital norteamericano.

El panorama de prescindencia política fue afectado por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuyas repercusiones en la economía nacional y entre los trabajadores fueron intensas. Ya en 1940 se incrementó el número de

desocupados, que llegaron a 187.700. Agrava la situación el hecho de que la política de neutralidad del gobierno conservador, que se manifestaba más claramente después del estallido de la guerra nipo-norteamericana en diciembre de 1941, hacía peligrar el suministro de materiales de los Estados Unidos, que acudían a las sanciones económicas contra la Argentina a fin de presionar un cambio de su política diplomática.

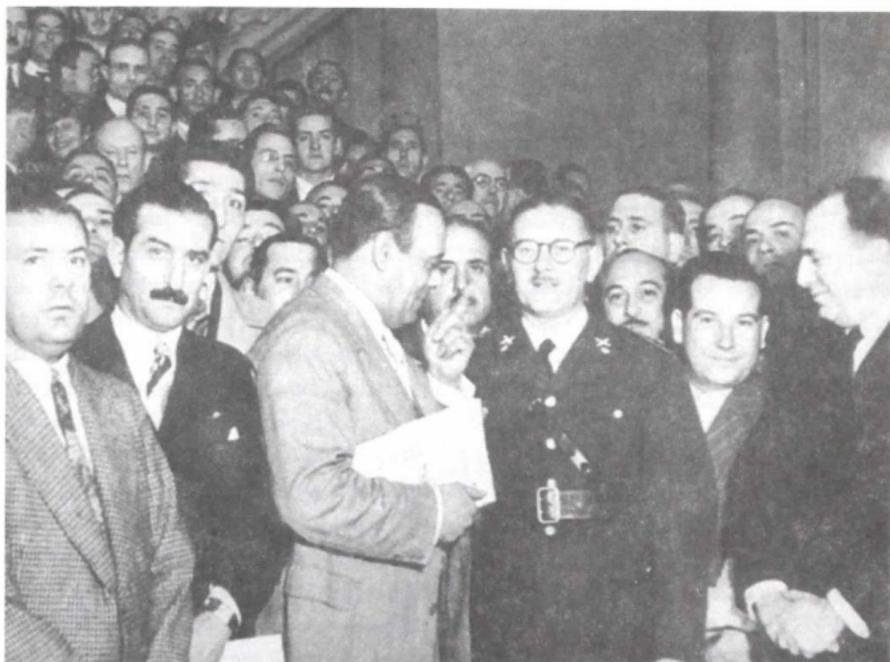
Ante tal situación, la CGT había realizado un acto muy excepcional en agosto de 1940, invitando a los embajadores del hemisferio para expresar su solidaridad continental. Este fue el primer acto llevado a cabo por la CGT con características de intervención en los asuntos diplomáticos del país. En 1942, y teniendo en cuenta el deterioro de la situación económica, la CGT reconoció la necesidad de intervenir en la política para exigir un cambio en la postura de neutralidad adoptada, y en la reunión del Comité Central Confederado realizada en octubre de 1942 y con la intención de presionar para un cambio en el rumbo de la diplomacia, la central decidió participar en la Unión Democrática que estaban formando varios partidos opositores con vistas a las elecciones presidenciales de 1943. Esa decisión fue aprobada en diciembre en el Congreso de la CGT, y su importancia fue bien expresada por Ángel Borlenghi, quien afirmaba que dicha participación significaba que "se ha roto un sistema tradicional en el movimiento obrero argentino". Puede afirmarse que la CGT finalmente abandonó su sistema tradicional de prescindencia política para enfrentarse con la agobiante situación económica que exigía de los trabajadores crecientes sufrimientos y sacrificios. Se debe tener en cuenta que toda decisión tomada por la CGT tenía un peso ma-

yor, generado por el creciente número de obreros sindicalizados. El sector industrial registró un aumento de los sindicatos de 103 a 425 en el período que va de 1941 a 1945. Los afiliados crecieron de 370.000 en 1936 a 529.000 en 1945, de lo que se deduce el impacto político que tuvo la decisión de participar en la Unión Democrática.

Pese a esa decisión, las facciones dentro de la CGT no podían llegar fácilmente a un acuerdo respecto de la relación con los partidos, como lo puso en evidencia la escisión ocurrida en marzo de 1943, entre el grupo de Domenech, de sesgo sindicalista, y el grupo encabezado por Pérez Leirós, que reunía a socialistas y comunistas. Denominados, respectivamente, CGT N° 1 y N° 2, poseían semejante fuerza numérica, con 104.003 y 106.432 cotizantes, de lo cual se deduce la relativa fuerza que conservaba el sindicalismo cuando sobrevino el golpe de Estado del 4 de junio protagonizado por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU).

PERÓN Y EL 17 DE OCTUBRE

Pese a sus diferencias de criterio en materia de relaciones del movimiento obrero con los partidos, ambas CGT declararon su apoyo al gobierno provisional, esperando de él algunas mejoras que librarán a los trabajadores del sacrificio y la represión sufridas bajo el régimen conservador. Las esperanzas, sin embargo, probaron ser vanas, pues el gobierno tomó una serie de medidas como la detención, a mediados de julio, de los dirigentes de la CGT N° 2, a la cual disolvió. El 20 de julio se dio a conocer el decreto 2667, de asociaciones profesionales, que prohibía la actividad política



Coronel Domingo A. Mercante, hombre de confianza de Juan Domingo Perón, junto con dirigentes sindicales en la Secretaría de Trabajo y Previsión.

de los gremios; en agosto fue intervenida la Unión Ferroviaria, y obligada a suspender su afiliación a la CGT. Las medidas represivas continuaron con la intervención a La Fraternidad en el mismo agosto.

Un nuevo panorama se esbozó con la llegada, el 27 de octubre de 1943, de Juan Domingo Perón al Departamento Nacional del Trabajo, que, convertido en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social a fines de noviembre, fue puesto bajo su jefatura. Perón empezó a tomar una política pro obrera, primero en la Unión Ferroviaria a través del nuevo interventor, su hombre de confianza, el coronel Domingo Mercante. Mercante anuló las designaciones hechas por el anterior interventor del gremio, permitiendo su reintegración a la CGT en noviembre de

1943. Después de haber asumido la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, el 2 de diciembre, Perón dio un nuevo impulso a su política laboral, derogando el decreto 2667, odiado por los trabajadores, y dio a conocer diversas medidas para satisfacer los reclamos ferroviarios. A eso siguió la intervención directa en los conflictos en otros sectores, obligando a los empresarios a mejorar las condiciones de trabajo y haciendo cumplir leyes que hasta entonces habían sido ignoradas. El gobierno promovió también la concertación de convenios colectivos, que dieron mayores garantías en materia de vacaciones y salarios, y también propició la formación de sindicatos, especialmente los paralelos a los comunistas, como fue el caso de la Unión Obrera Metalúrgica. Hubo una preocupación por

otorgar una protección legal al futuro de los trabajadores, como el decreto 31.665 de jubilaciones de empleados de comercio y afines (22 de noviembre de 1944), el que permitió la incorporación masiva de los trabajadores de esa rama. También merece recordarse la protección extendida a los trabajadores del agro, con el Estatuto del Peón de Campo aprobado en octubre de 1944, toda una novedad en el panorama de la legislación laboral del país. El resultado de estas políticas fue un mejoramiento en las condiciones de trabajo, aun para los trabajadores no organizados, aunque hubo gremios negativamente afectados por la formación de sindicatos paralelos.

La reacción de los dirigentes sindicales fue diversa, pues mientras los vinculados al Partido Socialista o al Comunista tendían a oponerse a la política de Perón, la misma inspiraba simpatía entre los sindicalistas o socialistas inclinados al sindicalismo, quienes veían en la cooperación con Perón el camino más corto para conseguir mejoras o aumentos salariales. Esta actitud se explica si se tiene en cuenta que el sindicalismo tradicional daba prioridad a las negociaciones con el Poder Ejecutivo o la acción parlamentaria para lograr sus fines. Respecto de ese apoyo fue muy elocuente el hecho de que Domenech, que representaba entonces a la línea sindicalista, calificara a Perón como "el primer trabajador argentino", en una reunión ferroviaria de diciembre de 1943, y la circunstancia de que en la USA, central sindicalista que perdió su importancia después del golpe del 4 de junio, había varios colaboradores de Perón, como Luis Gay, del gremio telefónico. El gobierno, conseguido ese apoyo de una parte del movimiento obrero, empezó a exigirlo en forma más explícita, demandando su participación en la celebración del 25 de Mayo

organizada por él. La CGT comprendió que emprendía una marcha hacia el terreno político, lo que despertó fuerte oposición, si bien algunos miembros opinaron que, de hecho, con su oposición a la política de neutralidad, la entrada en el terreno político ya se había producido. Finalmente se aceptó implícitamente la asistencia, aunque quedó en pie la oposición de dirigentes de la línea sindicalista que se retiraron de la conducción en señal de desacuerdo. En todo caso, lo que quedó perfectamente claro era que las experiencias acumuladas en la guerra habían preparado las bases de una colaboración con Perón, especialmente del sector sindicalista, aun en el terreno político.

Cuando, en 1942, la CGT decidió la participación política, lo hizo pensando en promover una diplomacia de cooperación interamericana, pero no para la política de neutralidad que quería mantener el gobierno militar. Esta discrepancia hacía más difícil el acercamiento entre el movimiento obrero y Perón; pero éste logró alimentar una conciencia nacional, afirmando que el abandono de la neutralidad implicaría ceder a la presión norteamericana y por tanto, una humillación para el país. Los trabajadores, que ya habían adquirido algo de esa conciencia, eran receptivos ante el tono nacionalista de los discursos de Perón y fue configurándose, al calor de ese clima político, una articulación entre el quehacer laboral y la conciencia nacional. Este nuevo concepto obrero se expresó en el programa dado a conocer por la CGT en septiembre de 1945, que reclamaba mejoras laborales, como la implantación de la semana de 40 horas o la jubilación para todos los trabajadores, y al mismo tiempo, la nacionalización de los servicios públicos.

El aumento y la concentración de poder en manos de Perón, como secretario de Traba-

jo y Previsión Social, ministro de Guerra y vicepresidente, vinieron a incrementar también la oposición contra él. Los empresarios criticaron a la Secretaría de Trabajo como causante de la agitación social en su "Manifiesto del Comercio y la Industria", de junio de 1945, mientras los socialistas, radicales y algunos comunistas realizaban la "Marcha de la Constitución y la Libertad", a principios de septiembre de 1945. Sectores obreros también participaban de ese sentimiento contra Perón, como lo prueba el retiro de algunos gremios, como La Fraternidad, el Sindicato Obrero Textil y el Sindicato del Calzado, de la CGT. La oposición estalló en las Fuerzas Armadas, que el 9 de octubre, por acción de un grupo encabezado por el general Eduardo Ávalos, exigieron la renuncia de Perón a todos sus cargos y su detención. Los trabajadores, que veían en la caída de Perón la pérdida de los derechos conseguidos, no tardaron en reaccionar. La CGT convocó su Comité Central Confederal el 16 de octubre, que declaró una huelga general para el 18, exigiendo la libertad de todos los presos civiles y militares, lo cual implícitamente era exigir la libertad de Perón. Ya algunos gremios, inspirados por su fervor peronista, habían decidido por su cuenta ir a la huelga el 17, como el Sindicato Autónomo de Industria de la Carne, liderado por Cipriano Reyes en Berisso. El 17 de octubre se realizó la concentración de trabajadores que colmó la Plaza de Mayo. Esa concurrencia y la amenaza de huelga determinaron la renuncia de Ávalos y la aparición de Perón en el balcón de la Casa Rosada, convertido en un héroe popular.

La importancia del 17 de octubre para el peronismo es definitiva, pues a partir de entonces se convirtió en un movimiento de masas. No menos significativo fue para el movimiento

obrero, que asumió un papel protagónico, con fuerza para cambiar el rumbo político del país, lo que ocurría por primera vez en la historia de la Argentina. Aun cuando no ha terminado la polémica acerca de si los obreros que participaron el 17 de octubre fueron los trabajadores viejos o los nuevos migrantes del Interior, si participaron espontáneamente o si fue un movimiento organizado por la CGT o algunos gremios, lo cierto es que la CGT cumplió un papel importante en la movilización de ese día y que al menos una parte de los trabajadores tuvo activa participación en los sucesos, respondiendo a la resolución de la CGT. La fundación del Partido Laborista, el 24 de octubre, fue obra de dirigentes sindicales de vieja actuación, como el primer presidente del partido, Luis Gay. El Partido Laborista, que apoyó la candidatura de Perón en las elecciones de 1946 y lo llevó al triunfo, tenía un programa de netas coincidencias con el de la CGT, ya que reclamaba los derechos de los obreros y también la nacionalización de las empresas públicas. Tanto la CGT como el Partido Laborista eran fieles al discurso nacional-popular que desde la década del treinta venía elaborándose en el seno de la central obrera.

EL GOBIERNO DE PERÓN Y EL MOVIMIENTO OBRERO

El triunfo de Perón y la elección de 65 diputados laboristas fue un éxito para los dirigentes sindicales nucleados en torno al partido, que representaba el ingreso y el accionar del movimiento obrero en el mundo político como sujeto autónomo. Sin embargo, para los trabajadores antiperonistas empezaba una época difícil, especialmente para los comunis-



Cipriano Reyes, uno de los promotores del 17 de octubre de 1945, pronuncia un discurso al cumplirse el primer aniversario de dicha jornada. *La Nación. La Argentina en el siglo XX.*

tas, que formaron el Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI). Para los propios peronistas, pronto quedó en evidencia que todo era un triunfo amargo, pues Perón no admitía la autonomía ni del partido ni de la CGT, apenas piezas de su propio sistema político de corte corporativo.

Perón decidió reunir a los grupos que habían apoyado su candidatura, proponiendo la disolución del Partido Laborista y otros menores, decisión que fue resistida por dirigentes como Reyes y Gay, pero aceptada como inevitable por el congreso del partido realizado en mayo. Surgió el Partido Único de la Revolución, convertido en julio del año siguiente en el Partido Peronista. Los diputados de origen obrero debieron actuar dentro de la nueva organización. La CGT, por su parte, fue controlada a través de

su secretario general, funciones en las cuales debía actuar un hombre de confianza de Perón. Gay, que había sido elegido secretario general en noviembre de 1946, fue depuesto en enero de 1947, y lo mismo ocurrió con su sucesor, Aurelio Hernández, que ocupó el cargo entre febrero y diciembre de ese año, aunque se había mostrado más dócil frente a Perón. Con la llegada de José Espejo a la secretaría general de la central obrera en diciembre de 1947, la subordinación se hizo realidad. El nuevo secretario, camionero de una empresa panadera, carecía de experiencia en la dirigencia sindical y no sabía cómo conducir la organización frente a la presión gubernamental. La subordinación de la CGT fue perfilándose con creciente nitidez, manifestándose su deseo de colaborar con el Plan Quinquenal de Perón casi incondicionalmente.

Durante la gestión de Hernández, en el Congreso Extraordinario Pro Plan Quinquenal realizado en octubre de 1947, la central obrera aprobó el "Decálogo de la CGT", contestación a la Declaración de los Derechos del Trabajador hecha por Perón en febrero de 1947. Los diez derechos enunciados eran los siguientes: 1) a trabajar; 2) a una retribución justa; 3) a la capacitación; 4) a condiciones dignas de trabajo; 5) a la preservación de la salud; 6) al bienestar; 7) a la seguridad social; 8) a la protección de su familia; 9) al mejoramiento económico; 10) a la defensa de los intereses profesionales. Aunque no figuraba el derecho de huelga, los mencionados derechos fueron incorporados a la Constitución de 1949. El "Decálogo de la CGT" enunciaba: "Frente al derecho a trabajar, la obligación de producir" y "Frente al derecho a la retribución justa, la obligación de compensar el salario con el rendimiento", expresión clara de su adhesión sin reservas, como se lo ha señalado arriba, al Plan Quinquenal. Bajo la conducción de Espejo, esta actitud se acentuó, de modo que el Estatuto de la CGT, aprobado en su Congreso Extraordinario en abril de 1950, expresó su aspiración a identificarse con la causa peronista, abandonando el principio de independencia de los partidos que el Estatuto de 1936 había proclamado. No todos estaban de acuerdo con ello, en especial los dirigentes de la nueva generación, voceros de una actitud crítica ante Espejo que lo llevó a renunciar el 17 de octubre de 1952. Esta renuncia fue, sin embargo, un hecho excepcional en el panorama de docilidad del movimiento obrero que caracterizó al peronismo.

En recompensa por su adhesión sumisa al poder, los trabajadores fueron beneficiados por las políticas adoptadas por el gobierno, al-

gunas de las cuales fueron una profundización y una ampliación de las adoptadas entre los años 1943 y 1945. Los beneficios materiales quedaron expresados por el movimiento de los salarios, cuyo índice subió del 117,7 en 1946, a 140 en 1947, para llegar a 172,9 en 1948 (base 1943=100). Hubo también un vigoroso movimiento de creación de sindicatos, conforme al decreto de asociaciones profesionales de trabajadores (23.852/45) dado a conocer en octubre de 1945, primero en reglamentar la creación de dichas asociaciones, y convertido luego en la ley 12.921. Aunque la norma tuvo notas restrictivas contra los sindicatos no peronistas, pues permitía sólo un sindicato por industria, a su amparo y al impulso generado por el acelerado proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, ocurrió un vertiginoso incremento de nuevos sindicatos. Los obreros afiliados a organizaciones gremiales, que sumaban 529.000 en 1945, llegaron a 877.000 en 1946 y a 1.532.000 en 1948, para alcanzar 2.257.000 en 1954, representando con ello una tasa de sindicalización del 42,5% de los asalariados. Como ejemplo elocuente, puede mencionarse el de la Unión Obrera Metalúrgica, cuyos afiliados aumentaron de 6.000 en 1945 a 108.000 en 1948. Por otra parte, los convenios colectivos de trabajo empezaron a establecer comisiones internas por empresa, encargadas de vigilar el cumplimiento, por parte de los empleadores, de las leyes promulgadas. La ley 14.250, de convenios colectivos de trabajo, sancionada en septiembre de 1953, contenía una cláusula fundamental, por la cual un convenio colectivo homologado beneficiaría a todos los trabajadores, afiliados o no, de la actividad comprendida.

Trascendiendo estos beneficios materiales, el peronismo otorgaba a los trabajadores su

cuota de satisfacción espiritual y psicológica, en especial la sensación de que su posición social había mejorado notablemente, debido en especial a los diez derechos del trabajador que habían sido incorporados a la carta magna. De notable importancia es, en este plano, el papel desempeñado por Evita, puente entre Perón y "los descamisados" y artifice de que los trabajadores se sintieran más cerca que nunca del poder.

El fuerte sentimiento de identificación del sector obrero con el régimen peronista fue robustecido por la política nacionalista simbolizada por la nacionalización de empresas públicas, en especial, los ferrocarriles en 1948. Esta orientación no podía menos que satisfacer la conciencia nacional que alimentaban los trabajadores de algunas ramas, y no puede negarse que, para la mayoría de ellos, el lema peronista de una Argentina "socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana" se avenía al discurso nacional-popular que había tomado fuerza entre ellos, aunque tampoco puede negarse la existencia de un régimen represivo para los trabajadores antiperonistas.

No menos evidente era que ese discurso planteaba conflictos sociales y económicos. Lo "popular" significa una más justa distribución de la riqueza, objetivo que traía consigo la oposición y resentimiento de los que poseían; lo "nacional" implicaba, en el plano económico, el desarrollo industrial, disminuyendo la dependencia respecto del sector agropecuario, y la nacionalización de empresas públicas, para acabar con el dominio por el capital extranjero. La dificultad de conciliar esos objetivos era evidente, pues la industrialización implicaba la necesidad de atraer más inversiones extranjeras, dada la limitada capacidad de

ahorro interno del país. Por éstos y otros problemas, la economía fue entrando en una situación crítica a partir de 1949, lo que se reflejó en la caída del salario real y las huelgas frecuentes y duraderas por el aumento salarial, como fueron las de los gráficos en 1949 y de los ferroviarios en 1950 y 1951. La decepción obrera se ahondó con la muerte de Evita en julio de 1952, y resultó aún más intensificada por la campaña gubernamental de 1954 para restringir el aumento salarial dentro del incremento de la productividad, campaña que se concretó en el Acuerdo Nacional de Productividad entre la CGT y la Confederación General Económica en marzo de 1955, que no llegó a entrar en vigencia. Pese a ello, a principios de septiembre de 1955, cuando ya se rumoreaba sobre el golpe de Estado, la central obrera propuso la resistencia armada, haciendo un llamado a las reservas voluntarias de trabajadores; pero Perón rechazó esta iniciativa, confiando como confiaba en la lealtad de las Fuerzas Armadas. Al sobrevenir la sublevación militar encabezada por el general Eduardo Lonardi, el 16 de setiembre de 1955, la CGT no apeló a la resistencia armada que en su momento había sugerido.

LA AGONÍA DE LOS TRABAJADORES DURANTE EL GOBIERNO DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA Y LOS GOBIERNOS CIVILES INESTABLES

Triunfante el golpe militar, el sector obrero adoptó una actitud más conciliatoria, en línea con la que el gobierno había sugerido a través de la afirmación de Lonardi de que no habría "ni vencedores ni vencidos". Sin embargo, el fuerte sentimiento antiperonista que dominaba

al gobierno y al Ejército impedía toda imparcialidad y dificultaba el diálogo con el sector sindical. Por lo demás, los trabajadores antiperonistas empezaron a tomar los sindicatos, contando con la simpatía del gobierno, aunque éste procuraba mostrar una voluntad de conciliar los dos sectores rivales. El 2 de noviembre, el gobierno llegó a un acuerdo con la CGT, obligándola a aceptar la intervención de las Fuerzas Armadas como garantes del proceso electoral en los sindicatos, y la designación de un militar como administrador de sus bienes, acuerdo aceptado a regañadientes. El sector antiperonista más radical del Ejército no quedó satisfecho, y por su presión, el 8 de noviembre fueron obligados a dimitir los dos ministros militares que habían trabajado más en favor de una conciliación con el peronismo, produciéndose además el reemplazo de Lonardi por el general Pedro Eugenio Aramburu, el 13 de noviembre.

Estos sucesos convencieron a la CGT de que los intentos de conciliación eran fútiles, y el 14 de noviembre declaró la huelga general por tiempo indeterminado, la cual generó una severa represión. Primero vino la declaración de ilegalidad del movimiento de fuerza y luego se produjo la detención masiva de dirigentes peronistas, seguido por la prohibición de desempeñar actividad sindical a los que hubieran tenido funciones de liderazgo en la CGT o sus sindicatos entre 1952 y 1955 (decreto 7107/56 de abril de 1956). Además, el decreto 9270/56 del mes de mayo, admitió la existencia de más de un sindicato por rama y prohibió la actividad política de las organizaciones gremiales. La Constitución peronista fue abolida en abril de 1956, sin que ello implicara la supresión de los derechos de los obreros. Al contrario, restablecida la Constitución de 1853, la Convención Constituyente

reunida en 1957 introdujo el artículo 14 bis que reconoció esos derechos, incluyendo el de huelga. La política pro empresarial se puso de manifiesto en el decreto 2739/56, dado a conocer en febrero, que permitió la movilidad laboral dentro de una fábrica para aumentar la productividad y autorizó a los empleadores a concluir acuerdos especiales con sus empleados sobre nuevos sistemas de producción. Al amparo de esa política, pro empresarial y antiperonista, las empresas despedían a los activistas peronistas, panorama que llevó a los trabajadores peronistas a pensar que el retorno de Perón era la llave para recuperar sus derechos. La influencia del peronismo creció a pesar, o más bien, debido a la represión, como lo pone de manifiesto el hecho de que algunos dirigentes no peronistas intentaron pasar por peronistas en las elecciones gremiales realizadas entre 1956 y 1957.

El gobierno, decidido a normalizar la CGT, convocó un congreso al efecto a principios de marzo de 1957, pero en sus reuniones entre el 26 de agosto y el 4 de septiembre, el desacuerdo predominó, surgiendo tres grupos sindicales: los "32 Gremios Democráticos", compuesto de sindicatos no peronistas, las "62 Organizaciones" peronistas y las "19 Organizaciones", comunistas e independientes, grupo éste que se disolvió a fines de 1957, dejando paso al Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), de orientación comunista. Las 62 Organizaciones estaban llamadas a tener la mayor gravitación política, ya que como "el arma política del sindicalismo peronistas", cumplieron el papel de mantener y consolidar el ala política del peronismo, ante la parálisis del partido. Las "62" pronto fijaron un programa de cinco puntos, entre los cuales figuraba el reclamo por la libertad de activi-

dad gremial (libertad de detenidos gremiales, recuperación del derecho de huelga, derogación del decreto de congelación de salarios) y derechos políticos, como el levantamiento del estado de sitio. Por otra parte, en noviembre de 1957, dieron a conocer otro programa, llamado de La Falda, donde además de los reclamos propiamente laborales, como el control obrero de la producción, se exigía la destrucción de la oligarquía y la reforma agraria como reclamos en busca de justicia social, la nacionalización de los frigoríficos extranjeros y los monopolios vinculados al comercio exterior. En otras palabras, las 62 Organizaciones articularon de esta manera el discurso nacional-popular de los obreros peronistas.

Estos lineamientos, sin embargo, eran difíciles de seguir, si se tiene en cuenta la política económica de los sucesivos gobiernos. El primer enfrentamiento de magnitud ocurrió durante el gobierno de Arturo Frondizi, que llegó a la presidencia en mayo de 1958 con el apoyo de los votos peronistas en las elecciones de febrero de ese año. Las primeras medidas fueron una respuesta a los reclamos peronistas, como el aumento salarial del 60% aprobado en mayo. En agosto, la ley 14.455, de asociaciones profesionales de trabajadores otorgó la exclusividad de la representación a los gremios de mayor número de afiliados en cada rama, con lo cual se mantenía el principio de libertad de asociación sostenido por la Revolución Libertadora pero, en los hechos, se favorecía a los peronistas. La luna de miel llegó a su fin con la política petrolera de Frondizi, destinada a aumentar la producción nacional de hidrocarburos con la ayuda del capital extranjero, todo ello de acuerdo con el objetivo de desarrollar la industria pesada destinando a este sector más divisas extranjeras, coherente con el desarro-

llismo que profesaba el Presidente. El descontento se evidenció en la huelga que los obreros petroleros de Mendoza mantuvieron desde octubre de 1958 hasta enero de 1959.

A intensificar las fricciones contribuyó el programa de estabilización lanzado por el gobierno con acuerdo del FMI a fines de diciembre de 1958, con un severo ajuste que afectaba a la población y un plan de privatización del Frigorífico de la Ciudad de Buenos Aires, llamado "Lisandro de la Torre". Los trabajadores se alzaron contra esa medida, y al día siguiente de la aprobación del proyecto de la privatización en el Congreso Nacional, el 15 de enero, decidieron tomar el frigorífico con lemas nacionalistas, como el que rezaba en el cartel que llevaban el día de la toma: "Fue, es y será un frigorífico nacional".

El 16, las 62 Organizaciones llamaron a una huelga de solidaridad de 48 horas, que se observó a escala nacional. La policía y el Ejército se encargaron de desalojar a los obreros el 17, hecho que suscitó la protesta de trabajadores de todo el país y la movilización de solidaridad en el barrio porteño de Mataderos. Sin embargo, la agresividad obrera empezó a declinar el 20 de enero, con el levantamiento de la huelga, dispuesto por las 62 Organizaciones. Aunque los obreros perdieron la lucha de esta forma, el enfrentamiento sirvió para mostrar el alto nivel de combatividad y el sentimiento nacionalista. Efectivamente, a partir de aquí siguió una serie de conflictos de larga duración, como los ocurridos por la renovación de los convenios colectivos de bancarios (abril a junio), metalúrgicos (agosto a octubre) y textiles (septiembre a noviembre). La respuesta del gobierno no tardó en llegar, con la aplicación del Plan de Comoción Interna del Estado (Conintes), en marzo de 1960, dejando en manos

del Ejército la represión de actividades que perturbaran el orden interno. Ante esta medida, los conflictos obreros disminuyeron notablemente en el curso de ese año.

La reacción obrera fue buscar la unidad sindical, y en ella colaboraron peronistas, comunistas e independientes en la formación del Movimiento Obrero Unificado, en agosto de 1959, que aunque tuvo vida efímera confirmó la vigencia de un discurso nacional-popular compartido por muchos sectores del sindicalismo. La "Declaración de Propósitos" formulada por esta agrupación incluía la lucha contra la carestía de la vida y recuperación del salario real, junto al reclamo de defensa de la industria nacional y las empresas del Estado. Este pensamiento se expresó también en el intento de normalizar la CGT, iniciado en octubre de 1960 con la creación de la Comisión de los 20, compuesta por diez representantes de las 62 Organizaciones y otros tantos de los gremios independientes. La Comisión criticó la política económica del gobierno, por lesiva a los intereses económicos del pueblo y a la soberanía nacional. Dicha Comisión firmó en marzo un acuerdo con el gobierno, por el cual la dirección de la CGT pasó a manos de una conducción provisional, dominada por los peronistas. Uno de los representantes de las 62 era Augusto Vandor, su máximo líder, proveniente de la Unión Obrera Metalúrgica.

Aunque el discurso nacional-popular recibía adhesión, las discrepancias empezaban a la hora de decidir la manera de ponerlo en práctica, en especial en cuanto a las relaciones con el gobierno. Para entonces se perfilaban por lo menos tres sectores: uno muy cercano a la izquierda, que propiciaba promover el desorden para obligar al gobierno a admitir el retorno de Perón, mientras en el otro extremo estaban los

que pensaban en una cooperación con el gobierno y hasta en una integración en el frondismo. En medio de esos extremos estaba el grupo moderado que encabezaba Vandor y que estaba a favor de una estrategia que combinaba las medidas de fuerza con la negociación con el gobierno. La indiscutible influencia de las 62 y el liderazgo carismático de Vandor explican la vasta adhesión que consiguió esa postura. La campaña electoral de Vandor para las elecciones de legisladores nacionales y gobernadores provinciales realizadas el 18 de marzo de 1962, resultó en un triunfo de la Unión Popular en varias provincias, incluida la de Buenos Aires. Unión Popular fue el nombre usado por los peronistas ante la prohibición de dar a su grupo su antigua denominación partidaria. Los resultados que arrojaron las urnas hicieron cundir la alarma en las filas militares, y Frondizi fue derrocado el 28 del mismo mes.

Vandor, que había mostrado una actitud más independiente de Perón que otros líderes sindicales, trató de establecer un peronismo más autónomo, no en el sentido de una independencia entre el movimiento sindical y el partido político, sino en la creación de un partido subordinado al movimiento obrero. Coherente con este propósito, procuró dar a la CGT un carácter más independiente, como lo muestra la Declaración de Principios adoptada por el Congreso Normalizador reunido en enero de 1963, que no menciona la adhesión a la ideología peronista, en contraste con el Preámbulo de 1950. Los reclamos del nuevo estatuto eran los de siempre, en el marco del discurso nacional-popular, como la anulación de los contratos petroleros por atentatorios contra la economía y la soberanía nacional, y la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas. Lo que sí había de nuevo era la estrategia sugerida;



Augusto Vandor, líder sindical asesinado por la guerrilla.
Clarín. El libro del 50 aniversario, Buenos Aires, 1995.

es decir, la CGT adoptó la orientación vando-rista de golpear y negociar. Así, después de fracasar las negociaciones realizadas desde abril de 1963 a abril del año siguiente, inclusive con el nuevo presidente, Arturo Illia, la CGT decidió la ocupación de fábricas, iniciada el 21 de mayo y concluida el 24 de junio. Illia adoptó una política más nacionalista que su predecesor, pero no estaba en condiciones de satisfacer muchos de los reclamos obreros.

Según la CGT, 11.000 fábricas fueron tomadas con la participación de 3.913.000 trabajadores, aunque el gobierno sólo reconoció 2.361 fábricas ocupadas. De todos modos, esas ocupaciones mostraron la alta capacidad de movilización de la CGT y las 62 Organizaciones, pues la oposición de los gremios indepen-

dientes a esas tomas quedó neutralizada por el hecho de estar la CGT completamente en manos de las 62. El prestigio de Vandor marchaba en ascenso, y esa popularidad se reflejó de cierta manera en las elecciones para legisladores nacionales de marzo de 1965, en las que triunfó la Unión Popular, apoyada por las 62 Organizaciones, con el 31% de los votos contra el 30% obtenido por la oficialista Unión Cívica Radical del Pueblo. Este resultado fue un duro golpe para la legitimidad del gobierno que había ganado las elecciones presidenciales con apenas el 20% de los votos, aproximadamente.

Perón no estaba ausente del juego político, y disgustado por la creciente fuerza de Vandor y su actitud independiente, decidió enviar a su esposa María Estela Martínez, en octubre de 1965, con la misión de buscar una reconciliación con Vandor, intento que terminó en el fracaso. Debido a este enfrentamiento entre Perón y Vandor, las 62 Organizaciones se escindieron en enero de 1966, formándose un grupo adicto al ex presidente, con el nombre de "De Pie Junto a Perón", liderado por José Alonso, y un grupo encabezado por Vandor que se autodenominaba "Leales a Perón". El conflicto entre ambos grupos cobró máxima intensidad con motivo de las elecciones de gobernador en Mendoza, realizadas en abril de 1966. Las dos candidaturas peronistas, una apoyada por Perón y la otra por Vandor, fueron derrotadas por la fórmula conservadora; pero el candidato de Vandor perdió por mayor margen que el apoyado por Perón, lo que hablaba de la continuidad del predominio del líder máximo. A su vez, esto hizo desaparecer la posibilidad de buscar una conciliación entre las Fuerzas Armadas y el peronismo a través de Vandor, excluyendo a Perón. Ante esta realidad, las Fuerzas Armadas llegaron a la conclu-

sión de que sólo un golpe podría detener el temido avance del peronismo, y los militares salieron de sus cuarteles en junio de 1966.

EL GOBIERNO DE ONGANÍA Y EL IMPACTO DEL CORDOBAZO

Aliviados por el fin de la falta de gobierno que se sentía bajo Illia, varios sectores de la sociedad apoyaron al gobierno militar al asumir la presidencia Juan Carlos Onganía. También algunos dirigentes sindicales manifestaron su apoyo al nuevo gobierno, pero pronto se vio que no favorecería los intereses obreros. En primer lugar, porque se pretendía instalar un sistema corporativo en el cual no había prácticamente lugar para la participación de los sindicatos, y en segundo lugar porque la política económica de la Revolución Argentina se proponía lograr el desarrollo con el auxilio de los capitales extranjeros, en contra del discurso nacional-popular de las 62 Organizaciones.

La CGT decidió su Plan de Acción en febrero de 1967, reclamando la reapertura de las fábricas cerradas y la participación de los trabajadores en la formulación de la política económica, y llamó a una huelga general para el 1° de marzo de 1967. La reacción del gobierno fue inmediata, quitando la personería a varios gremios importantes e imponiendo una congelación de salarios por dieciocho meses. El movimiento obrero volvió a dividirse ante esta ofensiva del gobierno: un grupo encabezado por Juan José Taccone de Luz y Fuerza concluyó que, dada la actitud represiva del poder, no había otro camino que asumir una actitud colaboracionista para lograr algunos beneficios, mientras otro grupo que respondía a Raimundo Ongaro, líder gráfico, se negó a negociar y

optó por una acción más violenta. En medio de esos extremos se ubicó el grupo de Vandor, que dominaba a la CGT y era fiel a su postura tradicional de "golpear y negociar". Sin embargo, la actitud represiva del gobierno no dejaba otro camino que la negociación, lo cual acentuaba el enfrentamiento de Vandor con el grupo de Ongaro. El resultado de los enfrentamientos internos fue la escisión de la CGT con motivo del congreso realizado en marzo de 1968. Surgieron así dos centrales, una que respondía a Ongaro con el nombre de CGT de los Argentinos (CGT de Paseo Colón), y la liderada por Vandor, conocida como CGT de Azopardo.

Ambas compartían el discurso nacional-popular, repudiando la presencia de los capitales extranjeros y combatiendo la miseria y la injusticia social; pero la de Ongaro era más combativa y procuraba aliarse con el estudiante castigado por la represión a las universidades. Este grupo estaba influido por la doctrina social católica de tono progresista. Además, presentaba como característica su vinculación con el movimiento guerrillero urbano que ganaba adeptos entre la juventud, y con tono radicalizado florecía en el interior del país, como en la ciudad de Córdoba, donde se había desarrollado la industria pesada, especialmente la automotriz, gracias a las políticas de Perón y de Frondizi. Las industrias recientemente desarrolladas estaban fuera de la tradición sindical de negociación y eran campo fértil para posiciones más radicalizadas, en un movimiento obrero basado en la cooperación con el elemento universitario. Ésa fue la base social que actuó como caldo de cultivo para el estallido del disturbio conocido como el Cordobazo, en mayo de 1969.

La chispa del estallido fue la protesta estudiantil en la Universidad del Nordeste en Co-

rrientes, el 15 de mayo, reprimida con el saldo de un muerto. Este incidente provocó una serie de protestas extendidas a La Plata, Rosario y finalmente Córdoba. En esta ciudad existía una base combativa de cooperación obrero-estudiantil, exaltada por el ejemplo del movimiento estudiantil francés que había sacudido al país el año anterior. El sector obrero, por su parte, enfrentaba medidas del gobierno provincial encaminadas a cercenar sus derechos, como la abolición del sábado inglés. La reunión del 28 de mayo, mantenida por líderes obreros y estudiantiles, convocó a una huelga general de 48 horas, para el 29 y 30 de ese mes, como un movimiento organizado en el cual el papel de los participantes estaba fijado. Los dos CGT también habían logrado un acuerdo en torno a la huelga nacional para el 30, aunque la de Azopardo se inclinaba por el paro pasivo. En la mañana del día 29 se produjeron choques de los huelgistas con la policía, y la alianza obrero estudiantil copó una zona del centro de la ciudad, a manera de "foco". Esa tarde, el Ejército recuperó la ciudad, pero los disturbios siguieron hasta el 31, dejando treinta muertos. Fue, sin duda, el estallido social más violento desde 1955, y como tal, impactó fuertemente en la política nacional, determinando el alejamiento del ministro de Economía Krieger Vasena y del mismo Onganía al año siguiente. No menores fueron las consecuencias para el movimiento obrero. La estrategia combativa de Ongaro se desprestigió, con la desaparición en 1970 de la CGT de los Argentinos, y condujo a la reconciliación de Perón, que había apoyado al principio a la línea combativa, con Vandor, en junio de 1969. Sin embargo, Vandor fue asesinado en la sede de UOM en junio, poco después de haber visitado a Perón en Madrid. Aunque hasta la fecha

no ha sido aclarada la autoría del crimen, fue atribuido a un grupo cercano a Montoneros, una organización guerrillera peronista que se oponía a la línea colaboracionista con el gobierno. A partir de entonces, se repetiría por parte de los subversivos, incluyendo a los Montoneros, una serie de crímenes similares contra los dirigentes sindicales, entre los cuales cabe citar los de José Alonso (muerto en agosto de 1970) y de José Rucci, secretario general de la CGT (ocurrido en septiembre de 1973).

La muerte de Vandor debilitó al grupo moderado y facilitó el camino al más combativo, basado en el marxismo y otras teorías revolucionarias. En el plano teórico, enfrentaban al peronismo en un intento de profundizar el discurso nacional-popular con una opción antiimperialista basada en la teoría de la dependencia. En la praxis, se alejaban del peronismo en su negación de la estrategia de negociación y la propuesta de una armonía de clases, optando por la lucha de clases. Algunos de los líderes tenían vinculaciones personales e ideológicas con el gobierno chileno de Salvador Allende, como Agustín Tosco, dirigente de Luz y Fuerza y el líder más influyente de este grupo. Este movimiento obrero de notas clasistas se extendió al Interior, especialmente a Córdoba, protagonizando una acción directa que condujo a un segundo Cordobazo, el "Viborazo", en marzo de 1971, que provocó la caída del presidente Roberto Levingston y su reemplazo por Alejandro Lanusse. Este movimiento obrero no sólo fue una amenaza para el régimen militar, sino también para el peronismo tradicional y para Perón, lo cual explica que avanzaran los intentos de reconciliación entre Perón y las Fuerzas Armadas. Una de sus consecuencias fueron las elecciones generales de marzo de 1973.



El presidente Lanusse es recibido por el titular de la Confederación General Económica, José Ber Gelbard, y el secretario general de la Confederación General del Trabajo, José Ignacio Rucci.

EL FUGAZ RÉGIMEN PERONISTA Y LA LUCHA INTERNA DEL PERONISMO

El triunfo de Héctor José Cámpora en las elecciones de marzo de 1973 fue, para los dirigentes obreros peronistas, un triunfo amargo. En primer término, el papel de las organizaciones sindicales fue mucho más limitado que en anteriores oportunidades, ya que en las elecciones provinciales, los sindicatos sólo pudieron postular a sus candidatos como vicegobernadores, y hubo una disminuida representación obrera en el Congreso y las gobernaciones. Por otra parte, la campaña electoral fue protagonizada principalmente por la Juventud Peronista y los grupos guerrilleros, siempre críticos de la

dirección tradicional de la CGT. Después de la asunción de Cámpora, en mayo de 1973, una intensa lucha tuvo lugar entre la CGT y las 62 Organizaciones, por un lado, y los gremios inconformistas, los Montoneros y otros grupos guerrilleros, por el otro. Por añadidura, los trabajadores peronistas debían actuar con cautela frente al gobierno, pues era "su" gobierno. Es así como la CGT firmó, en mayo de 1973, el Pacto Social con la Confederación General Económica, con la participación del ministro de Hacienda y Finanzas. Por este acuerdo admitió la suspensión de los convenios colectivos durante dos años, a cambio de lograr un aumento salarial del 20%, frente a una tasa de inflación que llegaba al 101%. Aunque el Pacto Social no fue

observado estrictamente, debido a la inflación galopante, el haberlo firmado expresaba la disposición de los trabajadores peronistas de colaborar con el gobierno.

Distinta era la actitud de los grupos obreros más combativos, que intensificaron su lucha contra los empresarios, el gobierno y los dirigentes sindicales tradicionales. El gobierno de Cámpora demostró su incapacidad para frenar a esos grupos combativos, y por las elecciones celebradas en septiembre, Perón fue elegido presidente con su esposa como compañera de fórmula. Apenas asumido el poder, Perón comenzó a atacar a los disidentes peronistas y grupos de izquierda, campaña que continuó María Estela Martínez al asumir el poder, por la muerte del líder máximo, en julio de 1974. La nueva Ley de Asociaciones Profesionales de Trabajadores, sancionada con el número 20.625 el 29 de noviembre de 1973, contribuyó a consolidar la fuerza de la CGT tradicional, pues otorgaba a la organización central el derecho de intervenir en los sindicatos inferiores. Aunque estas políticas permitieron a los dirigentes tradicionales recuperar en parte su liderazgo, no implicaban un triunfo completo para ellos; en parte, porque los conflictos en las bases siguieron repitiéndose a lo largo del gobierno peronista, y en parte, porque los reclamos de la dirigencia en la línea nacional-popular chocaban contra la política adoptada por el gobierno. Aunque la CGT tuvo una actitud de mayor cooperación que frente a otros presidentes, la convivencia no fue fácil, y en julio de 1975 la central obrera se lanzó a la huelga general, por primera vez bajo un gobierno peronista, exigiendo cambios en la política económica y el alejamiento del ministro de Bienestar Social, José López Rega.

Lograda esta renuncia, en agosto las 62 Organizaciones colaboraron con el nuevo ministro de Economía, Antonio Cafiero. Tanto los reclamos presentados por la CGT como por las 62 Organizaciones planteaban el tema de la nacionalización del comercio exterior, lo cual revela que el discurso nacional-popular tenía todavía vigencia entre los dirigentes obreros peronistas. Empero, la asfixiante situación económica no permitía hacer ninguna reforma drástica, y el cambio de gabinete efectuado en enero de 1976 obligó a las 62 Organizaciones a retirar su apoyo a la presidenta, dejando un espacio libre para las Fuerzas Armadas, que derrocaron al gobierno el 24 de marzo de 1976.

LA GUERRA SUCIA Y LA RESISTENCIA OBRERA

Si se polemiza acerca de las similitudes y diferencias entre los dos regímenes militares aparecidos en la época contemporánea argentina, el de 1966-1973 y el de 1976-1983, parece fuera de toda duda que el segundo fue mucho más severo en términos de represión a los sindicatos. Jugaron varias razones para ello, como el hecho de que las Fuerzas Armadas procuraban legitimar su dominio a través de la aniquilación de las actividades subversivas, consideradas no como obra de una minoría, sino como nacidas del seno mismo de la sociedad. Consecuencia de tal razonamiento era la necesidad de atacar el fenómeno de la subversión no sólo aniquilando a los subversivos, sino reprimiendo también a otras organizaciones sociales, como los sindicatos. Otro factor era que la experiencia del Cordobazo había aleccionado a las Fuerzas Armadas, indicando que para que no se repitiese el error del gobierno militar anterior, era imprescindible controlar al movimiento obrero.

En tercer lugar, algunos sectores obreros estaban vinculados con la actividad subversiva, justificando la toma de medidas muy severas contra el movimiento obrero en general, cosa que hizo el gobierno militar que asumió el poder en 1976. Entre las expresiones de la política antiobrera adoptada, figuran la puesta de la CGT y las 62 Organizaciones en la ilegalidad, cosa que nunca ocurrió en el régimen militar anterior, la intervención de centenares de gremios y de la CGT después del golpe, a diferencia también del período 1966-1973, en el cual había pocos gremios intervenidos, y finalmente la terminante prohibición de las huelgas. La ley 21.400, promulgada en septiembre de 1976, establecía una pena de prisión de 6 años para quien participara en una huelga y de 10 años para quien la instigara.

Bajo el régimen militar, no pocos dirigentes obreros fueron objeto de amenazas, secuestros y crímenes, como permite suponerlo el hecho de que entre las víctimas del régimen, más del 30% eran de origen obrero. La nueva Ley de Prescindibilidad, sancionada por la Junta Militar con el número 21.274 en marzo de 1976, posibilitaba los despidos masivos en la administración pública, ya que autorizaba a despedir a cualquier empleado sin mencionar la causa. La jornada de trabajo aumentó en algunas industrias, y se pueden citar los casos de Luz y Fuerza, donde se elevó de 36 a 42 horas, y los telefónicos, para quienes la jornada diaria pasó de 6 a 8 horas. El hecho de que el salario real sufriera un deterioro considerable, completa el panorama de la angustiosa situación en la cual se veía ubicada la clase obrera. Ante la misma, los sindicatos empezaron a mostrar su resistencia desde el 24 de marzo, apenas ocurrido el golpe de Estado, tal como ocurrió en Córdoba con los obreros de la empresa Ika-Re-

nault, que empezaron a trabajar a reglamento. A la semana siguiente, el gobierno enviará un contingente del Ejército para ahogar la protesta. En octubre de 1976, cuando los trabajadores de Luz y Fuerza empezaron una huelga de brazos caídos a escala nacional, para protestar por los despidos masivos, nuevamente fue movilizado el Ejército para impedir esa medida, con una secuela de detenciones y más despidos. La lucha de este gremio continuó hasta marzo del año siguiente, pero una nueva intervención militar le puso fin.

En tanto, surgió un intento de coordinar la acción entre los sindicatos no intervenidos, iniciativa que dio lugar al Grupo de los 25, el 25 de marzo de 1977. Su propósito fue desarrollar un diálogo con el gobierno, pero absteniéndose de brindarle su apoyo. A diferencia del Grupo de los 25, fue formada la Comisión de Gestión y Trabajo en abril de 1978, la cual asumió una actitud de mayor colaboración con el gobierno, tratándose de asuntos laborales, y evitando su intromisión en la política. La creación de esta nueva agrupación afectó a algunos gremios de los 25, que desertaron para formar un nuevo grupo denominado Comisión Nacional de Trabajo (CNT) en agosto de 1978. Entre las dos agrupaciones, la primera tenía una orientación más política, bajo el liderazgo del Movimiento Sindical Peronista, con un carácter contestatario, mientras la segunda se mostraba más conciliadora con el gobierno, limitando su actividad a los asuntos laborales. Desde el punto de vista del gobierno, la segunda podría ser una fuerza con la cual el régimen podía contar para lograr una relación más estable entre el sector laboral y el gobierno. Con tal propósito, la Junta Militar promulgó la ley 22.105, de asociaciones gremiales de trabajadores, el 15 de noviembre de 1979. Esta políti-

ca fracasó rotundamente, ya que como la nueva ley restringía severamente la actividad sindical, los dialoguistas de la CNT se opusieron a ella, colaborando con los 25, en el marco de la Conducción Única de Trabajadores Argentinos (CUTA), una agrupación obrera formada en septiembre con vistas a la inminencia de la nueva ley laboral. En efecto, la mencionada ley eliminó prácticamente a la organización de tercer grado, disolviendo la CGT; prohibió la participación de los sindicatos en la actividad política y descentralizó las negociaciones colectivas, anulando las que se celebraban por rama. Por lo tanto, se puede decir que no hubo ninguna ley más prohibitiva que ésta después de 1955. Por cierto, la CUTA no funcionó eficazmente, por la discordia entre las dos agrupaciones laborales, pero la ley se inclinó a favorecer el incremento de la fuerza de los 25, ya que a partir de entonces aun los moderados estaban dispuestos a ajustar su estrategia a la de los 25. Éstos lograron reconstruir la CGT con los líderes sindicales de otra línea en noviembre de 1980, a pesar de la prohibición impuesta por la ley 22.105, y fue llamada la CGT Brasil (por funcionar en la calle de ese nombre). Saúl Ubaldini, del gremio cervecero, fue elegido como secretario general.

La CGT Brasil intensificó su actividad contra el gobierno militar con la colaboración de los partidos políticos, convocando un paro nacional para julio de 1981. Al iniciarse 1982, empezó a reclamar el retiro de las Fuerzas Armadas del poder. El 30 de marzo fue convocada una concentración popular en Plaza de Mayo, en la que se produjeron choques entre los manifestantes y la policía, que detuvo a más de mil personas. Estos hechos no hicieron más que dañar seriamente el prestigio del gobierno. No es necesario aquí describir el de-

senlace de la política nacional a partir de esa manifestación, ya que la guerra de las Malvinas, la derrota sufrida y la democratización que sobrevino se tratan en otros capítulos de esta obra. Si es preciso apuntar que la concentración mencionada constituyó un suceso desencadenante de indudable importancia para la democratización que se concretó al año siguiente. Sin embargo, el movimiento obrero no pudo evitar verse sujeto a ciertas transformaciones, como el hecho de que, a través de la represión experimentada durante el Proceso, fueron alejados muchos dirigentes veteranos, con el consiguiente debilitamiento de la fuerza política del movimiento. Por otra parte, la política de "desindustrialización" atribuible a José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía durante el gobierno de Jorge Rafael Videla, produjo un cambio significativo en la composición de los trabajadores sindicalizados. Mientras, en 1965 los trabajadores de la industria, minería y electricidad, gas y agua representaban el 38% de los trabajadores sindicalizados, entre los años 1984 y 1986, se redujo esa proporción al 31%. En cambio, en el sector de comercio y servicios, el porcentaje creció del 41% al 51% entre 1965 y 1984.

No es posible saber con exactitud si este cambio en la composición de la clase obrera afectó la orientación del movimiento laboral, pero lo que sí se puede afirmar es que fue un cambio de muy distinto signo que el operado en las décadas del cincuenta y del sesenta, cuando el país presenciaba el desarrollo de la industria pesada, lo que generaba un nuevo tipo de obreros industriales más combativos. La democratización, por su parte, significaba la posibilidad de un accionar libre para el movimiento obrero, pero al mismo tiempo exigía un nuevo esfuerzo a los trabajadores para su-

perar la negativa situación económica y social en la que el régimen militar y su política económica los habían dejado postrados. Cómo se llevó a cabo ese esfuerzo, será una nueva página de la historia del movimiento obrero.

CONCLUSIONES

Durante el período analizado, el movimiento obrero experimentó numerosos cambios relativos a su composición étnica y sectorial, y su gravitación nacional en relación con el mundo político y empresarial. Sin embargo, el más decisivo fue el de su vinculación con el peronismo, a través de la cual pasó a ser un factor político de envergadura con un discurso nacional-popular. Si el peronismo ha sido el fenómeno político más importante de la historia contemporánea argentina, una importancia comparable ha tenido la participación de los trabajadores como base social de ese movimiento político. Por ello se ha adoptado una división en tres períodos: antes, durante y después del peronismo. En el primero, se señalaron los factores existentes antes de 1943 y capaces de explicar la adhesión de los obreros al peronismo, tales como las condiciones sociopolíticas de los trabajadores, la acelerada industrialización de los años treinta y los cambios ideológicos y del comportamiento político. Cabe sostener la interpretación que enfatiza el papel de las organizaciones tradicionales en la formación del peronismo, en actitud polémica con aquella que pone énfasis en el papel de los trabajadores nuevos.

En cuanto al segundo período, queda fuera de toda duda que la política nacionalista y pro laboral de Perón echó las bases para una peculiar relación entre el líder político y los

trabajadores, quienes gozaron de beneficios en forma de aumentos salariales y nuevos derechos. Los trabajadores adhirieron a Perón pues, desde antes de 1943, se habían alimentado en una conciencia nacionalista y de necesidad de participación política. Esto permitió que durante el gobierno de Perón, en los años 1946-1955, se formara una conciencia nacional-popular entre los trabajadores con mayor facilidad que si los cambios anteriores a 1943 no hubieran ocurrido. La aparición del movimiento obrero con los nuevos caracteres generaba conflictos con los grupos de intereses tradicionales, produciendo un enfrentamiento entre peronismo y antiperonismo, caracterizador de la época de posguerra. El movimiento obrero nucleado en la CGT y las 62 Organizaciones surgía como la mayor fuerza del peronismo, con capacidad de paralizar al país por la acción directa, y las Fuerzas Armadas se perfilaron como el único grupo antiperonista capaz de controlarla. Como resultado, el conflicto peronismo-antiperonismo se traducía en una lucha entre el movimiento obrero y las Fuerzas Armadas.

Esa lucha había existido ya bajo Perón, en las décadas del cuarenta y del cincuenta, pero se agravó a su caída en 1955. No estuvo ausente la posibilidad de una conciliación, como se vio en la política de Lonardi y el vanguardismo en el movimiento obrero. La primera iniciativa no cuajó, debido al predominio de la línea dura en las Fuerzas Armadas, y la segunda tampoco, por la persistencia del peronismo que enfatizaba la lealtad a Perón. Sin entrar en detalles acerca de si el predominio de la línea intransigente en ambos bandos refleja la idiosincrasia nacional, se puede afirmar que ese resultado probó ser fatal para el país, pues la lucha entre el movi-

miento obrero y las Fuerzas Armadas ganó en intensidad y violencia, con numerosas pérdidas humanas y materiales.

Sin embargo, se puede mencionar como un resultado positivo de este enfrentamiento la lección que derivó para ambos bandos en pugna, ya que las Fuerzas Armadas reconocieron sus errores del pasado y el movimiento obrero,

al menos una parte de él, ya no hace hincapié en el viejo discurso nacional-popular y adhiere a la democracia. Hegel afirmó alguna vez una cosa que asombra estudiando la historia: es que sea tan poco aprovechada la experiencia histórica. La historia del movimiento obrero argentino del siglo XX ofrece muchas lecciones que no deben ser desaprovechadas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Historias generales del movimiento obrero argentino

Son numerosas las obras sobre el tema, como reflejo de su importancia en la política nacional, en especial después del surgimiento del peronismo. Se destaca por su profundidad, su extensión y su carácter de bien documentada la obra de JULIO GODIO, *Historia del movimiento obrero argentino, 1870-2000*, Buenos Aires, 2000. También se debe mencionar el libro de RONALDO MUNCK, RICARDO FALCÓN y BERNARDO GALITELLI, *Argentina: From Anarchism to Peronism, Workers, Unions and Politics, 1855-1985*, London - New Jersey, 1987. Los autores de esta obra, escrita en inglés, trazan en forma objetiva la historia pese a su orientación marxista. A diferencia de ellos, HÉCTOR PALACIOS muestra una posición claramente marxista y crítica al sindicalismo peronista por haber mantenido a los trabajadores dentro de un esquema pro patronal, en su *Historia del movimiento obrero argentino*, 4 tomos, Buenos Aires, 1992-1995. El libro de SAMUEL L. BAILY, *Labor, Nationalism and Politics*, New Brunswick, New Jersey, 1967, que ha sido traducido al español, historia el movimiento obrero a partir de la época de Frondizi, en el contexto

de la evolución ideológica de los trabajadores desde el nacionalismo liberal al criollo. La obra de SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ, *Breve historia del sindicalismo argentino*, Buenos Aires, 1974, es de utilidad para los datos básicos, ya que sintetiza en 163 páginas la historia del movimiento obrero desde 1890 a 1974.

Una característica de la bibliografía sindical es la abundancia de trabajos escritos por activistas sindicales, que no sólo comentan sus experiencias personales, sino que buscan escribir historias generales, aunque las mismas inevitablemente reflejan su posición ideológica. Entre ellos, SEBASTIÁN MAROTTA, dirigente sindicalista que logra una descripción objetiva en su *El movimiento sindical argentino*, 3 tomos, Buenos Aires, 1960, 1961 y 1970, obra que está bien documentada. Lamentablemente, termina en 1935. JACINTO ODDONE refleja su pensamiento socialista en *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, 1949, con una fuerte crítica a la revolución del 4 de junio de 1943, con la cual termina la obra. JUAN JOSÉ TACCONI y ALBERTO DELFICO, *Historia y política en el sindicalismo argentino*, 3 tomos, Buenos Aires, 1986-1988, son autores peronistas que enfatizan la novedad introducida por el justicialismo al incorporar a la política a los trabajadores

que habían estado ausentes de ella hasta entonces. Al ser ambos dirigentes de Luz y Fuerza, el libro contiene información más abundante sobre su gremio que sobre los demás.

Estudios sobre temas específicos

En materia de temas específicos del movimiento sindical, hay diversidad de estudios, pero indudablemente el que ha despertado más interés es el peronismo. Antes del peronismo hubo sucesos que despertaron la atención de los estudiosos, como la difusión del anarquismo en la Argentina desde fines del siglo XIX hasta la primera década del XX. Puede consultarse la obra de IAACOV OVED, *El anarquismo y el movimiento obrero argentino*, México, 1978, en la cual el autor explica detalladamente la evolución del anarquismo en la Argentina. La penetración de esa corriente en el movimiento sindical estuvo simbolizada por la FORA, tema de la obra de DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, *La F.O.R.A.: ideología y trayectoria*, 2ª edición, Buenos Aires, 1971, muy rica desde el punto de vista de la documentación, aunque a veces peca de falta de objetividad por la posición anarquista del autor. Otros temas importantes fueron los violentos conflictos obreros tales como la Semana Trágica de enero de 1919 y los trágicos sucesos de la Patagonia. Sobre el primero, se encuentra un análisis objetivo en DAVID ROCK, "Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919", *Desarrollo Económico*, vol. 11, n° 42-44, Buenos Aires, julio de 1971 - marzo de 1972. En cuanto al segundo tema, OSVALDO BAYER, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, 4 tomos, 1974, ofrece un estudio extenso y muy detallado.

En torno al peronismo hay numerosos estudios, pero uno de los temas que despierta

más la atracción es el análisis de las causas que ocasionaron la adhesión masiva de los obreros a Perón en los años cruciales de 1943-1945; es decir, esclarecer si los trabajadores que apoyaron a Perón eran básicamente los nuevos migrantes o bien los militantes viejos, dueños de una buena experiencia. De más está decir que esta discrepancia en la interpretación está estrechamente relacionada con la interpretación misma del peronismo, pues si uno acentúa la importancia de los trabajadores nuevos, eso implica afirmar el carácter espontáneo de la adhesión obrera y la índole novedosa del movimiento obrero peronista, puesto que significaba el reemplazo de los viejos dirigentes por elementos nuevos. Sin embargo, implicaba, a su vez, la manipulación de las masas nuevas a través de la política de Perón. Valiéndose de esta interpretación, los peronistas tendían a acentuar el carácter nuevo del peronismo, pero los antiperonistas se empeñaban en poner el acento en el carácter manipulador del peronismo. De todos modos, como tanto los sostenedores del peronismo como sus adversarios dependían de esta interpretación, ella se convirtió en una visión ortodoxa, en cuya línea se ubicaron las obras más importantes, como GINO GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1967, y "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y migrantes internos", *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1973, y TORCUATO S. DI TELLA, *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, 1964, entre otros.

La interpretación ortodoxa, sin embargo, adolecía de algunos defectos. Uno era la dificultad de explicar el hecho de que, por lo menos en la etapa inicial del peronismo, los mi-

litantes obreros hubieran desempeñado un papel importante en su creación como movimiento de masas. Teniendo en cuenta este hecho, desde finales de la década del sesenta aparecieron algunos estudios que procuran explicar la adhesión de los obreros viejos. Una obra pionera al respecto es la de MIGUEL MURMIS y JUAN CARLOS PORTANTIERO, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1971, que enfatiza la deplorable situación en que se encontraba la clase obrera hacia 1943, debido a la política de "industrialización sin distribución", llevada a cabo desde la década de 1930, y analiza la reacción de los obreros contra esa política y el consiguiente apoyo a Perón como una opción racional de la clase obrera. JUAN CARLOS TORRE, *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1990, enfatiza el papel de los dirigentes obreros en los años 1943-1947. También el libro editado por dicho autor, *La formación del sindicalismo peronista*, 1988 contiene importantes trabajos de esta línea, entre los cuales merece ser citado el de RICARDO GAUDIO y JORGE PILONE, "El desarrollo de la negociación colectiva durante la etapa de modernización industrial en la Argentina, 1935-1943", ya que muestra bien que el número de los convenios colectivos estaban en aumento antes de 1943 y, por lo tanto, logra señalar la continuidad entre el período previo y posterior a ese año.

El autor de este capítulo analizó la adhesión obrera a Perón como un resultado de la politización del sindicalismo, que hasta entonces había mantenido su prescindencia política, en HIROSHI MATSUSHITA, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945: sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1983. Un enfoque semejante puede encontrarse en HU-

GO DEL CAMPO, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, 1983, aunque los autores desconocían mutuamente el enfoque respectivo antes de la publicación de los libros.

Los trabajos de Matsushita y Del Campo se centran en el análisis de la CGT, pero JOEL HOROWITZ, *Argentine Unions, The State and the Rise of Perón, 1930-1945*, Berkeley, California, 1990, se dedica al análisis de cinco gremios particulares para explicar la adhesión obrera al peronismo.

Por cierto, la importancia del peronismo para el movimiento obrero no se agota en el estudio de ese fenómeno político en sus orígenes, sino que interesan también las épocas posteriores, sobre las cuales aquí sólo se citará a DANIEL JAMES, *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, 1990, que constituye un análisis muy profundo y novedoso por la metodología aplicada, de enfatizar la importancia de la percepción que los trabajadores tienen de sus experiencias anteriores para ver su actividad sindical.

En cuanto al Cordobazo, JAMES P. BRENNAN, *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976, Ideology, Work and Labor Politics in an Argentine Industrial City*, Cambridge, Mass., 1994, ilustra que el disturbio no fue un movimiento espontáneo, sino preparado por dirigentes obreros y estudiantiles. Sobre la oposición obrera al régimen militar establecido en 1976, puede verse PABLO POZZI, *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires, 1988, que muestra que los trabajadores se oponían activamente aun frente a la represión más drástica. GERALDO MUNCK, *Authoritarianism and Democratization, Soldiers and Workers in Argentina, 1976-1983*, University Park, Pennsylvania,

1998, trata de analizar la relación entre el movimiento obrero y la dictadura militar basándose en un modelo institucional de la ciencia política. JAMES W. MCGUIRE, *Peronism without Perón, Unions, Parties, and Democracy in Argentina*, es otro importante análisis sobre la época posperonista, basado en la teoría institucionalista. El autor destaca la importancia de Vandor como un dirigente obrero-político que intentó institucionalizar el partido peronista, por lo cual la derrota de su candidato en las elecciones de Mendoza en 1966 significó la

pérdida de una oportunidad de institucionalización de dicho movimiento político.

Como muestran los libros citados, hay muchos trabajos hechos por investigadores extranjeros, inclusive el autor de este capítulo. Se puede decir con certeza que el movimiento obrero argentino ha sido uno de los temas que ha atraído más a los investigadores extranjeros. Esto indica que el tema tiene una importancia más allá de las fronteras, y es de esperar que estas contribuciones aporten para enriquecer el conocimiento sobre el tema.

VII. VIDA COTIDIANA, RECREACIÓN Y MEDIOS DE INFORMACIÓN

45. VIDA COTIDIANA

Francis Korn

ENTREGUERRAS

Si, desde 1870 hasta 1914, el aspecto más visible de la vida del país fue un hecho demográfico provocado por algo que venía sobre todo de Europa, el período siguiente (1914-1945) quedó enmarcado, en cambio, por acontecimientos que no salían de la misma Europa. La Argentina de entreguerras fue algo así como un observador atento y un receptáculo de lo que ocurría en “el mundo” que quedaba del otro lado del Atlántico y, a veces, se corría al norte de las Américas. Fue un período que comenzó con un histórico atentado, trincheras, una Gran Guerra, heroicos jóvenes muertos, niños hambrientos, hechos conocidos con alguna demora por los pobladores del sur del continente americano por medios impresos o sonoros, y que terminó con una guerra civil en la Madre Patria y enseguida otra “gran guerra” de la cual llegaban noticias devastadoras y que se desarrolló tanto en el aire como en la tierra.

Entre todos los mundos posibles que componen la mente de un niño —por ejemplo, para quien creció en la Argentina durante esos años—, hubo “el mundo”, el importante, abigarrado y ajeno, que quedaba en Europa entre las llamas, y otros mundos menores pero tan-

gibles en los que transcurría la vida de todos los días, mundos que no tenían guerras pero sí la constante referencia a ellas, sobre todo en las repetidas ocasiones en que algún menor se resistía a probar lo que se le presentaba en la mesa, ofendiendo (así se le comunicaba) al estómago vacío de los contemporáneos que del otro lado del mar no tenían qué comer. “Los niños hambrientos de Europa” fueron el tema obligado para los que crecieron aquí entre 1914 y 1945 y se negaban a terminar la sopa. Claro que la “vida cotidiana” del sur de América del Sur no era, en realidad, tan distinta de antes o después. “El mundo” particular en el cual se habitaba todos los días se armaba, como ocurrió siempre en todas partes, con lo que cada uno lograba por medio de lo que veía u oía a su alrededor.

La Argentina de entreguerras fue, por otra parte, un país sin censos nacionales. Después del tercero de 1914 (los anteriores fueron el de 1869 y el de 1895) hubo que esperar treinta y tres años para que se produjera el cuarto en 1947. El monto y la composición total de la población saltaron de una fecha a la otra con poca latitud para la precisión en lo que se refiere a cambios temporales o variaciones en aspectos parciales. Lo que resulta de la comparación de los dos últimos recuentos es que la

población total creció 102% en los treinta y tres años que separaron al tercer censo nacional del cuarto, es decir, casi lo mismo (99,38%) que había crecido en los diecinueve años que hubo entre el segundo censo y el tercero. En cada provincia y en cada ciudad pasó lo mismo: todas crecieron pero con un paso más lento que en el despegue inicial de fines del siglo XIX y principios del XX. En cuanto a la composición de esa población, casi el 30% de extranjeros del censo de 1914 fue dando lugar a que esa proporción la formaran ahora la primera generación de argentinos hijos de esos extranjeros, hijos de italianos y españoles, rusos y centroeuropeos y tantas otras nacionalidades, en proporciones decrecientes y en el orden en que han sido enumerados.

INFANCIAS DE LA DÉCADA DEL DIEZ

Una tarde calurosa de mediados de enero de 1919, el "mundo" que hasta entonces se había formado en la mente de Cecilia Litichver, argentina, de 6 años, hija de rusos y domiciliada en el conventillo de Sarmiento al 2200, cerca de la Plaza Once de Septiembre de la ciudad de Buenos Aires, cambió radicalmente. Ese día había sido enviada temprano a la casa de su tía Sarah, hermana de Luba, su madre, un departamento en Lavalle entre Junín y Ayacucho. A Luba le pareció un lugar más seguro, a causa de una serie de acontecimientos y rumores que, a pesar de que habían ocurrido en otra zona de la ciudad, parecían amenazar a los ciudadanos rusos habitantes de los conventillos de ese barrio. La tía Sarah descubrió esa tarde que se habían quedado sin leche, y aunque nunca se le hubiese ocurrido dejar salir a su propia hija para conseguirla, se dejó con-

vencer por Cecilia, que se ofrecía con entusiasmo para cumplir esa tarea. No es fácil correr cinco cuabras con una jarra de leche y no perder más de la mitad. Con las trenzas bamboleando en la carrera y la leche saltando hacia afuera de la jarra, Cecilia había tenido que hacer de esa manera el camino de regreso, ya que por la calzada, a pocos metros de ella, avanzaban soldados a caballo arreando a una serie de personas. Llegó a salvo, con media jarra llena, y se encontró con que su madre estaba allí. Luba y Sarah se encerraron en el cuarto contiguo y Cecilia oyó cómo discutían a los gritos sobre algo que no pudo comprender, porque el diálogo alterado se desarrollaba en ruso. Convencida de que el tema de la discusión era la pérdida de la leche, se acurrucó en un rincón hasta que su madre vino a reconfortarla, ante su sorpresa, y decirle que nunca más se separaría de ella.

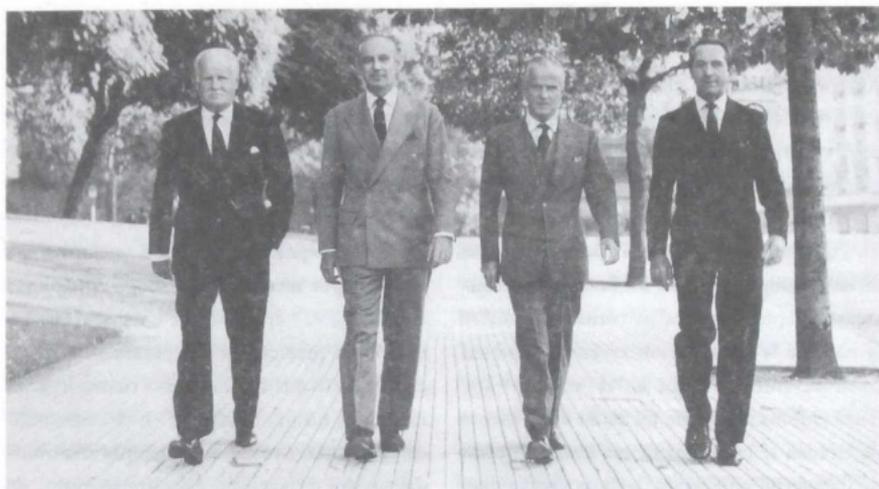
Si las razones que tuvo Luba para enviar a Cecilia a un lugar más seguro eran confusas, no lo eran por su falta de comprensión del castellano sino porque los sucesos que se venían desarrollando tuvieron, y tienen hasta la actualidad, una historia complicada. Habían comenzado en otra zona de la ciudad, en Cochabamba y La Rioja, para ser precisos, en los talleres metalúrgicos de Pedro Vassena e Hijos, cuando los 2500 obreros de ese establecimiento se pusieron en huelga, un mes después de haber creado el sindicato de la empresa (afiliado laxamente a la federación anarquista). La razón que alegaban era que, con el objeto de reducir costos, la empresa había dado empleo a gran cantidad de inmigrantes españoles, turcos y hasta japoneses, los más menesterosos, y hasta gran cantidad de contingentes de mujeres y niños. Los sucesos de lo que más tarde pasó a llamarse "la Se-

mana Trágica” comenzaron con un tiroteo y tres vecinos heridos en Pepirí y avenida Amancio Alcorta, el caluroso 2 de enero de 1919, y se expandieron geográficamente con una violencia desconocida hasta entonces. Cómo llegaron al Once es un relato que implica tratar de explicarse una vez más cómo se forma la animadversión a lo desconocido, se crean enemigos ajenos a los hechos y se consiguen adeptos para luchar contra ellos sobre la base de la información errónea. También contribuyeron para que en el “mundo” que hasta entonces se había formado en la mente de Cecilia, se confundiera esa idea imprecisa de “la guerra” en Europa con una guerra muy vívida que corría por las calles del barrio de Balvanera. Lo cierto es que hubo una huelga general, policías y soldados corriendo a las manifestaciones, un gobierno central (sobre todo un presidente) que parecía estar ajeno a los acontecimientos, y, por primera vez, grupos civiles que se ofrecían para hostigar a quienes les parecían “elementos peligrosos” y que según las características de los individuos que recibían este hospedaje, no eran otra cosa más que de nacionalidad rusa.

La violencia duró algo más que una semana. Para Cecilia y para la historia de la ciudad de Buenos Aires significó la delimitación ideológica de un barrio y la identificación de los inmigrantes de la Europa Central como gente diferente. Quizá sea exagerado pensarlo, pero los acontecimientos de esa semana de enero de 1919 parecen haber sido la razón para que el viejo barrio de Balvanera se convirtiera para siempre en “el Once”, “el barrio de los rusos” (y las connotaciones de la palabra “ruso” fueron para siempre algo tan amplio como cualquier individuo nacido en ese territorio o en cualquiera aledaño, o simplemente nacido en cual-

quier parte y de tradiciones religiosas o culturales judías o con un apellido terminado en *isky* o *ich* o simplemente un apellido difícil de pronunciar). Y, entonces, para la propia Cecilia, comenzó a ser completamente lógico que ella, Luba y sus hermanos vivieran dentro de ese perímetro.

La concepción del mundo se forma, en realidad, por medio de una suerte de círculos concéntricos, y en el caso de Cecilia, el círculo central, el primero, el del perímetro menor, era el cuarto que su madre, sus cuatro hermanos y ella misma habitaban en el conventillo de cincuenta y nueve habitaciones distribuidas en dos plantas, un zaguán con restos de azulejos, tres patios y un servicio por planta. Después de este primer mundo, con sus tres camas de bronce, el aparador con la loza inglesa, el antiguo samovar de plata que había viajado con Luba desde que salió de Odessa, el calentador Primus para preparar las comidas y las chucherías de porcelana que eran el único lujo que le permitían sus ahorros (Luba había aprendido el oficio de sastre en su paso por el distrito de Whitechapel en Londres, unos años antes de desembarcar en Buenos Aires), venía el mundo más amplio de los patios donde jugaban los niños de las cincuenta y nueve familias de rusos, polacos, lituanos, italianos y españoles que habitaban cada una de las habitaciones que daban a alguno de los patios. En esos patios, los piletones concentraban, a toda hora del día, a las mujeres que se peleaban por lavar la ropa fregándola contra las tablas de madera. El idioma común era para los niños un castellano totalmente porteño y para los mayores, lo que pudieran hacer con él. En los Primus de cada habitación se cocinaba según de dónde hubiesen venido los padres. De modo que el mundo comestible de Cecilia,



Heriberto Duggan (el tercero de la izquierda), junto con los demás integrantes del cuarteto de El Trébol, los hermanos Julio y Carlos Menditeguy y Luis Duggan, en 1969.

compuesto de *knishes*, *barénikes*, berenjenas picadas y otras delicias de la Europa central, algunas veces se ampliaba con la vista y degustación de muestras de la cocina genovesa o catalana, o todo lo conocido en su familia, pero más dulce, que cocinaba la polaca de al lado. El conventillo era la vivienda más pobre de la ciudad, pero el mejor recinto para iniciarse en la cocina internacional. El mundo comestible de un niño de conventillo en la Argentina era decididamente más vasto que el de los que vivían en mejores casas. Pero la posibilidad de armar buenos paladares para una amplia variedad de gustos, si realmente dependía de habitar o no en un conventillo, fue bajando desde 1887 en adelante: si en esa primera fecha el 25% de la población habitaba en ellos, en 1890 lo era el 18%; en 1904, el 14% y en 1919, el año de la Semana Trágica, había bajado al 9, 8%. Entre este último año y 1924, ese porcentaje bajó aún más y el número absoluto de conventillos en la ciudad pasó de 2967 en 1919 a 2470

en 1924. Las razones, entre otras, estaban dadas por los 30 metros cuadrados que se construían por año por persona agregada desde 1904 a 1914 y de los 40 metros cuadrados por persona agregada por año a los que se llegó entre 1919 y 1936. Como esos metros eran, sobre todo, los que componían edificios de vivienda individual o de departamentos, y como era posible ahorrar, aun para los más pobres, sobre la base de la proporción que representaba el alquiler de un cuarto de conventillo en el salario, la ecuación resultante permite comprender por qué disminuía la población alojada en conventillos. Conventillos que hasta 1932 seguían constituyendo la vivienda más pobre y barata de la ciudad.

Heriberto Duggan, el undécimo de los once hijos de Juan Tomás Duggan y Margarita Ham (ambos, hijos de irlandeses), nacido en 1915, no conoció por dentro un conventillo. Tampoco tuvo (entre otras, por razones puramente cronológicas) noción alguna de los su-

cesos de la Semana Trágica, y sólo una imagen residual de la Gran Guerra. Su mundo original estaba dividido francamente en dos: una misma familia pero en dos casas; una, en la ciudad, en la calle Riobamba, y otra (construida por su abuelo en 1850 con su techo de pizarra, sus reminiscencias Tudor y su criollo patio de atrás en U, con un aljibe en el centro), en el partido de San Antonio de Areco, en un campo de mil hectáreas, al lado de la localidad de Duggan; era la parte de las 10.000 hectáreas que había recibido cada uno de los diez hijos de don Tomás Duggan. En el partido de San Antonio de Areco, cuyo pueblo homónimo era uno de los dos más antiguos de la provincia, vivían entonces 10.852 habitantes, el 27% de los cuales lo formaban extranjeros (28% de nacionalidad española, 6% franceses, 3% ingleses, 54% italianos, y el 9% restante, de nacionalidades varias), mientras que el total de la provincia de Buenos Aires llegaba a 2.066.165 pobladores, de los cuales el 45% vivía en zonas rurales. Para Heriberto y sus hermanos el mundo de la ciudad se desarrollaba durante la semana, y el mundo del campo, el ansiado, el verdadero, comenzaba los viernes y duraba hasta que terminaba el domingo, salvo en el verano, durante el cual, para su fortuna y la de sus diez hermanos, el mundo era todo el tiempo el campo. Salían de la ciudad en el Ferrocarril Central Argentino, desde Retiro, y en Duggan los esperaba una volanta que los depositaba en el campo. Allí había que contentarse con ser un simple espectador de lo que realmente querían hacer (apartar ganado, marcar y todo lo que tuviese que ver con los caballos y con la hacienda) hasta cumplir los 13 o 14 años y poder ser parte del trabajo. Trabajo que tenía que ver con la cría de una manada de caballos mestizos, otra de pesados y

una de puros, además de la cría de terneros Shorthorn, y “hacerse de a caballo” para el trabajo de campo, para jugar al polo (todos los hermanos, Ernesto, Luis, Héctor, Jaime y Heriberto, salvo Jack, fueron polistas) y hasta para correr los puros en cuadreras en San Pedro, Venado Tuerto, Ameghino y Baradero. El mundo, el cotidiano, estaba lleno de hermanos, animales, campo extendido, pueblos del norte bonaerense, grandes mesas familiares donde el cordero se comía con salsa de menta, y los asados y empanadas, a la intemperie con todo el personal. Ese mundo tenía, sobre todo, caballos, de muchas clases, pero, más que nada, los poleros. El idioma era indistintamente el castellano (tanto el del campo como el de la ciudad) y el inglés; y, como ocurre con todos los bilingües, lo usaban sin traducir, uno o el otro, según la ocasión.

María Celia Madrid nació en Baradero (donde, años más tarde, los hermanos Duggan iban a probar en las cuadreras los “puros” de su padre) en octubre de 1916. Pero su “mundo” primordial no sólo no estuvo hecho de campo, ni siquiera de pueblo, sino de pura ciudad, porque a los dos años, justo al terminar la Gran Guerra, su familia se mudó a Rosario, a una casa alquilada en la calle Córdoba, en la manzana de la Iglesia Matriz (como entonces se llamaba a la Catedral). En sus primeros años tomó como natural no sólo esa casa, ubicada sobre la barranca de la plaza donde hoy se levanta el Monumento a la Bandera, sino también los elementos de pirograbado que usaban su madre y su hermana. María Celia, sin duda, creyó durante algunos años que, en toda casa, la madre tenía un taller, en un cuarto de arriba, donde manejaba un punzón eléctrico con mango de corcho y hacía decorados de manteles y vestidos con papas cortadas en triángulos o cuadra-

dos, mojadas en anilina, y armaba guardas inspiradas en las figuras de la tumba de Tutankamón, descubierta hacía poco. La casa era alquilada, con unos escalones de entrada que daban al *hall* central, al cual abrían todas las habitaciones de la planta baja, y una escalinata de madera llevaba a los cuartos de arriba. Allí vivieron hasta que María Celia cumplió 7 años, cuando se mudaron a otra casa alquilada, en la calle Salta, cerca del río, situada al lado de una fábrica de hielo donde también fabricaban helados de tres gustos: crema vainilla, limón y chocolate, que muchas veces resultaban el postre de la familia. El resto de los platos del almuerzo y la cena constaban de una entrada ("salpicón", generalmente con las sobras del pollo o la gallina de una comida anterior), puchero, todos los días al mediodía después de algún plato central, que podía ser una carbonada criolla, locro, mondongo, y en el verano, tortilla o torta pasqualina, y asado de costilla o nalga con puré casi todas las noches (lomo cuando había invitados). En el verano también comían, de postre, mazamorra con leche o crema y melón.

Puchero y sopa todos los días también constituían las constantes de todas las comidas de Juan Carlos Monti, nacido en la ciudad de San Miguel de Tucumán en 1914. El locro y el chupa, en cambio, sólo se servían en ocasiones especiales (ineludibles para las fiestas patrias) y los guisos, la carbonada, las empanadas, la humita, el chorizo criollo y el consabido asado, con una frecuencia mayor. El pescado era poco común y dependía de que alguien pasase por la puerta de calle ofreciéndolo. También ofrecidos en la puerta, acomodados dentro de un cesto, aparecían los pollos que traían las polleras. De postre, el queso y dulce, el arroz con leche y los postres regionales, la mazamorra con bastante regularidad. En el endulzado primer mundo

comestible del niño Monti aparecieron desde muy temprano algunos manjares que por regionales, no conocieron tan pronto (y algunos de ellos nunca) ni Cecilia Litichver ni Heriberto Duggan ni María Celia Madrid. Por lo pronto, todos los productos de la caña de azúcar: las tabletas de miel de caña, las chancanas de todos los gustos, gazzates, miel de caña. Pero fundando una de las características básicas del ser argentino, los cuatro, cada uno en su mundo particular, tuvo en el dulce de leche uno de los sabores cotidianos y bienvenidos. Los Monti degustaban su especioso menú en su vivienda urbana, una casa propia, de una sola planta. El zaguán de entrada comunicaba por una puerta con el vestíbulo, con paredes de vitrales y con ingreso directo al comedor que daba a la calle con dos ventanas y balcones. Las habitaciones destinadas a dormitorios se sucedían una tras otra a lo largo de un pasillo que desembocaba en un baño, y al otro lado del pasillo se extendía el patio. En éste, arrodillados, los chicos jugaban con las bolitas al "hoyo y quema" o a la "payana", o más aburridos, hacían girar un trompo; o de pie y en fila, tomaban turnos para saltar al "rango", saltaban a la cuerda, se desplazaban sobre un solo pie en la "rayuela" o presentaban un espectáculo algo rígido representando a las estatuas en una "mancha" muy particular. Afuera de la casa, en la visita a las plazas, todo niño de la época, sin distinción de rango o lugar, se mareó en un caballo de calesita, disfrutó de un circo y de una película de "Carlitos" Chaplin por lo menos una vez al año y en algún patio o jardín probó su puntería con los tejos del "sapo". El niño Monti, por otra parte, se había destacado en la celebración de la fiesta de fin de año de su colegio, cuando, luego de una *Ouverture* que ejecutó la orquesta municipal y de la *Marcha Tuyutí* entonada por el



Difundido emblema de la Caja Nacional de Ahorro Postal.

coro del colegio, interpretó “de la manera cómica que le es genial”, decía el diario *La Gaceta* del día siguiente, “el solo de *Teodoro*”.

Además de ese gusto compartido por el dulce de leche y por los juegos de la mancha o del sapo, estos cuatro niños argentinos, a pesar de la diversidad del paisaje y la cotidianidad de sus mundos iniciales, tuvieron en esa segunda década y en parte de la tercera del siglo XX, otras cosas en común. Por un lado, todos recibieron instrucción parecida independientemente de que concurrieran a escuelas estatales o privadas (Cecilia iba a una del Consejo Escolar cercana a su domicilio; Heriberto Duggan, al Lasalle; María Celia Madrid, al Santa Unión en Rosario y el niño Monti, al Colegio Nuestra Señora de Luján en Tucumán), y por el otro, hubo hábitos que se transmitían muy insisten-

temente tanto desde la escuela como desde las casas. El ahorro, por ejemplo, una idea que no dejó de llegarle a ninguno de ellos, y que llevaron a cabo tanto en las elegantes alcancías de cuero y bronce del Banco Nación como, a partir del 6 de octubre de 1915, en los cuadernillos para pegar estampillas de la Caja Nacional de Ahorro Postal. Todos ellos, con la seguridad de que, como lo habían expresado en 1914 en su proyecto de creación de la Caja Nacional de Ahorro Postal los diputados Julio A. Roca (h.), Arturo Bas, Alfredo Palacios, Alberto Zavalía, Tomás de Veyga, J. Cafferata, R. Lugones y Celestino Marcó, “dentro de la economía social y política, puede decirse (...) sin hipérbole, que el ahorro es la condición *sine qua non* para que los individuos y los pueblos puedan realizar sus ideales de libertad y progreso”.

LA "GLOBALIZACIÓN" EN LA DÉCADA DEL VEINTE

Para Luis Ángel Firpo, nacido en Junín, provincia de Buenos Aires, el 11 de octubre de 1894 (quien, como lo describiría *La Nación* más tarde, era "serio y callado" y "nunca habla voluntariamente de las cuestiones relacionadas con su profesión"), el "mundo" sin historia de sus primeros años debe haber sido, con seguridad, muy distinto de los cuatro "mundos" que se acaba de relatar. Por muchas razones: había nacido mucho antes; la parte de la provincia en la cual se desarrolló su infancia era bien distinta de los alrededores de San Antonio o Baradero, y más aún de Rosario, el barrio de Once o la ciudad de Tucumán; su familia no se ocupó demasiado de su educación formal y, muy temprano, se trasladó con su padre a Buenos Aires y pasó a trabajar como estibador en el puerto, luego albañil, luego guardahilos del Telégrafo Nacional y más tarde, dependiente de farmacia. Pero cuando los cuatro personajes anteriores andaban por su adolescencia, Firpo era un protagonista de lo que más tarde se llamaría "globalización". El 14 de septiembre de 1923, la radio a galena (el elemento más reciente de la "globalización" de entonces) a las 22.30, reunía en Buenos Aires a familias enteras y amigos que se agolpaban para oír la transmisión en directo de su pelea con Jack Dempsey en el Polo Grounds de Nueva York. En el lugar mismo del hecho había decenas de miles de espectadores, pero millares más siguieron las contingencias de este evento en la transmisión, no en directo sino de a saltos, con la lectura de los cables que iban llegando de los Estados Unidos. No hay cifras de cuántos aparatos de radio había en la Argentina (para 1925, se calcula que había unos

125.000 en el país), pero *La Nación*, a raíz de este evento, decía que "en todos los hogares donde existe un aparato radiofónico, y son muchos millares los que lo poseen, se ha esperado la gran noticia (...) con viva emoción". Los aparatos radiofónicos eran a galena, con una antena que podía tener entre 20 y 25 metros, y un par de auriculares, dado que todavía no existían los parlantes. Los auriculares Murdock de 3.000 ohms se conseguían en la casa Magdalena, en Maipú 669 de la ciudad de Buenos Aires, con un desembolso de 15 pesos. Pero no fueron sólo estos aparatos los que congregaron oyentes. La lectura de los cables también se realizaba en Buenos Aires frente al diario *La Nación* y en Rosario, frente a la sucursal del mismo diario. Se calculó que al menos 10.000 personas "desafiaban el peligro del estrujamiento indescriptible" frente a las puertas del diario. Algunas banderas argentinas ondeaban entre la muchedumbre y también paseaban retratos del campeón sudamericano. Pero a los pocos minutos de comenzada la lectura de los cables, las banderas, los retratos y el ánimo de los oyentes cayeron en el desaliento y la angustia cuando el último mensaje anunció que Firpo había sido puesto *knock out*. "El silencio de la sorpresa", decía el diario del día siguiente, "paralizó a esas diez mil almas en un solo deseo inexorable de saber más, de saberlo pronto, de certificar la verdad de esa voz fatídica, cuyo eco había lanzado al espacio el megáfono, desvaneciendo de un solo golpe la ilusión tan largamente acariciada". El *speaker* del diario *La Nación* de Rosario se resistió a leer el cable que anunciaba la derrota de Firpo. Dijo después que no podía desilusionar de esa manera a la multitud, multitud que entonces recibió los detalles del primer *round* cuando, en realidad, la pelea ya había terminado.



Un mito: Botafogo, producto del Stud F. de Alvear, "El mejor caballo que ha pisado las pistas argentinas". Argentina, 1925.

Pero no era sólo el *box* el que concertaba tanto entusiasmo ni el único deporte que transmitiría la radio. En octubre de 1924, Radio Nacional realizó la primera cobertura de un partido de fútbol. Se enfrentaban en esa oportunidad las asociaciones de *football* argentina y uruguaya y el diario *La Nación* informaba que "el desarrollo del partido será transmitido radiotelefónicamente por la estación L.O.R., que se ha instalado en el palco de los periodistas desde el que se dominará el campo de juego. Dos micrófonos servirán para comunicar al público todas las incidencias de la lucha. Desde uno de ellos se comunicarán las variantes del juego y desde el otro se escucharán las diversas manifestaciones populares". Para poder seguir las alternativas del encuentro, el diario publicó un plano de la cancha con las diferentes áreas numeradas. El

speaker indicaría en qué cuadro se iban produciendo las diferentes jugadas.

Durante ese mismo año de 1924 comenzó a difundirse la venta de parlantes y esto cambió el modo de relación con el oyente. La radio llegó a la intimidad de los hogares y progresivamente fue cambiando sus modalidades de emisión. La introducción del parlante no sólo aseguraba la llegada de un público oyente y consumidor más numeroso, sino que creaba dentro de las casas una nueva forma de sociabilidad. Fue también en 1924 cuando se creó la Asociación Argentina de Broadcastings, el primer intento de reunir a los principales directores y empresarios de las emisoras. Entre 1923 y 1925 se habían creado 9 emisoras en la Capital Federal y 6 en el interior del país, cifras que crecieron en forma considerable al final de la década, con 14 emi-

soras capitalinas y 29 en el Interior. En un principio, la programación fue casi por entero dedicada a la música. El tango, la música clásica y las orquestas características poblaron los espacios de la radio durante la década de los años veinte, y en 1924, Max Glucksmann organizó el primer concurso nacional de tangos en el teatro Grand Splendid (de su propiedad), tangos que luego serían transmitidos por la emisora Grand Splendid, que, entre otros, difundía al dúo Gardel-Razzano. Si alguien quería conocer las letras de los tangos, no tenía más que comprar *La Canción Moderna*, revista que se convertiría en 1933 en *Radiolandia*, en la cual, más que de las letras, la gente podía enterarse de toda la programación radial y los acontecimientos relativos. Durante varias décadas se convirtió en la más vendida de Sudamérica. *Antena* y *Sintonía* eran sus competidoras.

Claro que si se trata de los progresos de la "globalización" para este período, no se puede dejar de mencionar el desarrollo de otro de sus instrumentos: la telefonía crecía a pasos agigantados y, lo más importante, considerablemente baratos a pesar de su juventud. En 1929, la Capital Federal y sus suburbios concentraban el 70% de los teléfonos del país. Su régimen tarifario era de los más bajos del mundo: ocho veces menor en las categorías comerciales y siete veces menor en las residenciales que las respectivas en la ciudad de Nueva York. Pero estas tarifas no sólo eran bajas respecto de las de los Estados Unidos, sino que también eran menores que las de Suiza, Francia, Noruega, Inglaterra, Canadá, Brasil y otros países. Claro que no sólo los porteños que poseían teléfono podían comunicarse entre sí. En 1925 se había inaugurado la línea Córdoba-Buenos Aires, con amplificadores en Baradero,

Rosario y Villa María. Un poco más tarde se inauguraron las líneas directas a Santa Fe, Bahía Blanca, Río Cuarto, Trenque Lauquen y otros centros lejanos. En 1927 se conectó a Buenos Aires con Santiago de Chile y Montevideo, y el 12 de octubre de 1929 fue inaugurado el circuito Buenos Aires-Madrid que permitió que los 210.000 aparatos argentinos pudieran comunicarse con España, Francia, Portugal y otros países de Europa.

PASIONES COMPARTIDAS

No eran, por supuesto, sólo el boxeo o el fútbol las únicas pasiones que reunían multitudes, ni la radio y el teléfono las únicas maneras de informarse y sociabilizar. Mucho antes de que el *box* congregara gentíos en las tribunas del Luna Park, el *turf*, el deporte favorito de Carlos Pellegrini, congregaba aún muchos más todos los domingos. El Hipódromo de Palermo, propiedad del Jockey Club, "además de las tribunas con capacidad para más de 30.000 personas", según se lo describe en el *Anuario La Razón* de 1929, "cuenta con un amplio *tattersall* para la venta anual de potrillos, cuyo promedio alcanza a 4.500.000 pesos, un instituto médico gratuito, consultorios de diversas especialidades y una escuela de hipología y herradores que presta grandes servicios y donde se exhiben los esqueletos de nuestros grandes *racers*: Old Man, Botafogo, Smasher. Durante la temporada se disputan 436 carreras ordinarias y 77 clásicos". La capacidad para 30.000 espectadores fue no sólo colmada sino superada con entusiastas casi colgados de las verjas y de las columnas aquellos gloriosos días de 1922 en que Rico, hijo de Picadero y Realeza, ganó la cuádruple corona (Polla, Joc-

key Club, Nacional y Pellegrini). Y luego, en 1923, el día en que Don Padilla, hijo de Pipiolo y Mabel, le quitó el invicto. O, un año más tarde, cuando Lombardo, hijo de Saint Wolf y La Cerny, del *stud* "La Cuquita", empleó 3'7"3/5 y batió así el récord del Carlos Pellegrini, que hasta entonces tenía Grey Fox. "En su paseo, Lombardo, con la monta de Irineo Leguisamo y pupilo de Francisco Maschio (el "Brujo de Olleros"), fue saludado con aplausos, su pelo relucía y sus líneas se marcaban notablemente"; comentaba admirado el cronista de *La Prensa* al día siguiente de la hazaña. Pero mientras que el protagonismo de Lombardo duraría sólo lo que puede durar un caballo en su campaña en las pistas, el de su jockey, don Irineo Leguisamo, siguió firme no sólo esa década sino varias más. Entre sus muchas hazañas, la del 13 de diciembre de 1931 no hizo más que reforzar la admiración e idolatría de su numeroso público. Ese día, y tal como lo describió el periódico *La Argentina* del día siguiente, "la lógica es el látigo del eximio. Hoy la lógica la hace y la deshace la atropellada casi siempre justa de ese magnífico centauro charrúa. (...) Con doce años de actuación, pues debutó en Maroñas en 1919, ha obligado a echar mano para calificar su arte a los más entusiastas calificativos. Proeza tras proeza, superó ya su propio récord, marcando otro sin precedentes en los anales palermitanos. Esos siete triunfos de ayer con El Machito, Bunker, Lomme Bey, Antesarra, Calypso y Cascajo, esos siete triunfos al hilo, desde la primera hasta la octava, son toda una apoteosis. Marcan una excepción, señalan la culminación de un prestigio, ponen al astro en el cenit y al triunfador en la cumbre".

También en Palermo, otro espectáculo con otra especie de competencia congregaba mu-

cho público cada año. "Este año, como los anteriores," decía el *Anuario La Razón* de 1923, "Palermo fue el teatro de realización del más importante de los certámenes ganaderos nacionales. Organizada por la Sociedad Rural Argentina, se efectuó en sus amplios locales del barrio norte, atrayendo considerable cantidad de público y cabañeros así como un selecto lote de campeones bovinos, ovinos, equinos y porcinos". En 1925, la edición correspondiente del mismo anuario consideró que "la concurrencia fue literalmente extraordinaria en todo momento, a punto de eclipsar el recuerdo de las más brillantes exposiciones anteriores". La publicación de la 42ª Exposición Nacional de Ganadería decía en 1930, refiriéndose a precios y calidad de los animales presentados: "La importancia que se da a las cualidades de un animal y sus antepasados se evidencia en los precios que se pagan por los animales premiados que oscilan entre 3.000 y 30.000 pesos moneda nacional. Excepcionalmente se han alcanzado sumas mucho más elevadas, habiéndose llegado a vender en Palermo un campeón en 152.000 pesos, precio récord en el mundo para animales de su raza". Y unos años antes, un visitante inglés consideraba que "la Argentina se toma en serio la cría de ganado y es un hecho que sus competidores harían bien en tener presente este hecho, ya que la exposición primaveral de la Rural de Buenos Aires, donde toda la ciudad concurre, combina la eminencia social de Ascot con la excitación técnica del Salón del Automóvil".

Si 30.000 espectadores cabían en cada reunión del Hipódromo de Palermo y una cantidad nada despreciable de público admiraba toros campeones en la Rural, casi 2.500 personas (2.487 para ser precisos) llenaban sentadas al Teatro Colón, que desde su inauguración el 25

de mayo de 1908 pasó a ser el competidor más digno del San Carlo de Nápoles y la Scala de Milán, no sólo por la exquisitez de su arquitectura y su extraordinaria acústica sino también por la jerarquía de los espectáculos que ofrecía. El único teatro en el mundo con sastrería y peluquería propias, y una zapatería con talleres para el rubro y para todo artículo de cuero, con depósitos de más de 15.000 piezas de todos los tipos y medidas; el único donde los poseedores de plateas no necesitan molestar a toda la fila para llegar a la suya, ya que el ancho de los pasillos entre ellas así lo permiten. El 12 de marzo de 1922, *La Nación* decía complacida: "La inclusión de la tetralogía del *Anillo del Nibelungo* de Wagner en el repertorio de este año, con su ejecución íntegra en el idioma original, por artistas que han hecho de esas composiciones una especialidad, debe ser puesta de relieve como una iniciativa que marcará una fecha memorable en nuestro teatro lírico. (...) Tales composiciones habían sido, en verdad, escuchadas por nuestro público, puestas en escena, a veces insuperablemente; no es necesario citar a Toscanini y a Mancinelli para hacerlas recordar. Pero nos faltaba el término preciso, el modelo de comparación, para juzgarlas, por así decir, en su medio propio, con los caracteres que nacieron. Este año las tendremos interpretadas por una de las más respetadas autoridades en Alemania, el maestro Weingartner, y realizadas por un grupo de cantantes ya famosos por su ejecución (las señoras Wildbrunn, Lehman, Kirn y Martens, y los señores Kirshoff, Becktein, Schipper, Mayr y Bandler)". El 19 de abril de 1924, saludaba, en cambio, el hecho de que "la empresa Mocchi y Cía. nos hará apreciar obras del repertorio ruso en su versión original. Y esto estaría bien del todo", comenzaba a quejarse ahora el crítico cumpliendo

con su función específica, "si al mismo tiempo se hubiera pensado que era la oportunidad de hacernos conocer, además de *Boris Godounov* y *El Príncipe Igor*, obras más significativas del repertorio ruso como *La Dame de Pique* de Tchaicovsky o *Le Rossignol* de Stravinsky, para no citar sino algunas de las más importantes que debieron figurar en primer término en esta manifestación de arte ruso". Luego pasaba a enumerar los miembros del conjunto que las interpretaría, entre los que estaban Nina Koshetz, primera soprano, "a quien nuestro público ya conoce por su actuación en los Coros Ukranianos, cantante de buena cultura musical y alumna de Rachmaninoff", el baritono Zalewsky, "el cantante más reputado en el extranjero después de Chaliapine", y el bajo Kapitov Zaprojetz, "ex cosaco, alumno del conservatorio de Moscú".

Nataniel Litichver, un joven empleado de zapatería y hermano (ocho años mayor) de Cecilia, no perdió una sola de las funciones de ópera del Colón. Según como anduvieran sus ahorros, sacaba una entrada parado al paraíso o una sentado en la tertulia alta. Salía de su trabajo y previa colación de leche con vainillas en el local de La Martona de la calle Independencia, partía para su espectáculo favorito, gozando de antemano con el futuro inmediato. María Celia Madrid, en cambio, a quien también le gustaba la ópera, tenía que conformarse con escuchar las veladas del Colón por Radio Municipal cuando estaba en Buenos Aires visitando a su abuela suiza, ya que en Rosario no las transmitían. La radio, en general, no le interesaba mucho, de modo que para acercarse a la música concurría en su ciudad de residencia al Salón de Actos de la Biblioteca Argentina, donde podía escuchar sobre todo a concertistas de guitarra. Pero las ciudades de

provincia no estaban desprovistas de buenos teatros. Sin comparar con la grandiosidad del Colón, el Argentino de La Plata, construido en 1890, ofrecía ópera, opereta, zarzuela, comedia y drama a un total posible de 42.343 espectadores en sus 67 palcos, sus 516 plateas, 348 tertulias y 218 asientos de paraíso. El Olimpo de Rosario, el Teatro de la Comedia y desde 1904 el Colón, ofrecían espectáculos a más de 240.000 rosarinos, entre los tres, con una muy buena afluencia de público. En Tucumán, el Odeón y el Alberdi, ambos inaugurados en 1912, ofrecían ópera, zarzuela y opereta. El Alberdi tenía, además, espacio para circo, ruleta y otras atracciones.

Para quienes preferían el baile popular antes que la recreación de la vista y el oído, las opciones eran múltiples. El 3 de enero de 1920, *La Vanguardia* anunciaba: "Bailes para hoy: Argentino Dancing Club, en el Salón *La Argentina*; Amor y Vida, en el Salón *Progreso* de Almagro, Venezuela 3989; *Orfeón España*, baile familiar, General Paz 1760; *Círculo Buenos Aires*, en el Palais de Glace, con 15 *new orchestras*; *La Rusticana Primitiva*, en Unione e Benevolenza, Cangallo 1362; *Afternoon Club*, en Corrientes 2314; *El Gran Bonete*, en Bustamante 563; *La Armonía*, Salón Giuseppe Garibaldi, Sarmiento 2419; *Los Laureles de La Prensa*, Chile 1567; *Liero y Noreña*, en el Parque Vicente López, picnic familiar".

LA MODERNIZACIÓN

Entre 1914 y 1947, los signos de la modernización pueden deducirse de los censos nacionales correspondientes. La tasa de natalidad bajó del 38% al 24%; la de mortalidad, del 19% a menos del 10%; la de fecundidad, del

84% al 52%. El personal ocupado por establecimiento industrial creció del 8,4% al 14,7%. La cantidad de personas en la producción de servicios se triplicó entre las dos fechas. La cantidad de analfabetos bajó del 35% al 13,6% y la población rural pasó de ser el 42% del total al 38%. Entre esas mismas fechas, la política, los gobiernos y la economía fueron más variados de lo previsible. Hubo crisis internacionales y locales, económicas y políticas. Pero lo que no varió es la cualidad de la mente humana de armar en los primeros años de vida un mundo inamovible.

Jorge de la Vega, nacido en la calle Bolívar del barrio Sur de Buenos Aires, justo en el límite entre San Telmo y Monserrat, tomó como eterno, hasta su etapa escolar, un mundo formado por casas bajas, en las que los padres, además de trabajar en una compañía de seguros, eran músicos, ateos, avezados pintores y leían el *Martín Fierro* en catalán, mientras que las madres eran maestras y aficionadas al canto. No salió básicamente de su barrio ni al ingresar a la universidad, ya que cursó sus estudios primarios en el Hipólito Vieytes (donde también se lo incitó a ahorrar en las libretas de la Caja de Ahorro Postal), en Perú 782; el secundario, en el Juan Martín de Pueyrredón, en Chacabuco 922, sólo a cuerdas de su casa, y luego la Facultad de Arquitectura, en Perú esquina Moreno.

Toribio Gramajo, nacido en 1929 en La Posse, provincia de Tucumán, tuvo, en cambio, magra oportunidad de asimilar la cultura del ahorro. Fue poco a la escuela y, como él mismo afirma, "de manera discontinua". Iban de un lado al otro de la zona cañera, pero su padre no tenía un trabajo fijo, sólo llevaba a cabo unas "changas" como desmontar o ser mediero de algún sembrado. Trabajaba por \$1



Domingo de pesca en Puerto Nuevo, 1936. Al fondo la usina eléctrica. *La Nación. Cien años de vida cotidiana.*

al día manejando una yunta de bueyes y en las horas libres hacía otras “changuitas”. El padre murió cuando él tenía 11 años y entonces pasó a ayudar a su madre sembrando zapallo y ordeñando unas pocas vacas que les había regalado un patrón. Luego, a los trece años, trabajó en los cercos, manejó una yunta de bueyes (su hermano, una de mulas), hizo de cuarteto de vagoneta para hacer llegar la caña a la balanza, y luego de malacatero. La madre cocinaba locros, mazamorra y guisos. Al zapallo lo comían asado con leche, partido por la mitad y cocinado en el fogón. No conoció las milanesas hasta casi entrado en la edad adulta. La mayoría del tiempo andaba descalzo o en alpargatas rueda luna; vestía camisetas de frisa a las cuales la madre les ponía una traba en el medio para que hiciera a la vez de camiseta y calzoncillo.

A los niños Zinny, en cambio, para la misma época, los vestían de marinero, con un sil-

bato. Un día, Mario Antonio, de corta edad, lo tocó dos veces y su tío Augusto le dijo: “Lo poco agrada y lo mucho enfada”. No volvió a tocarlo. Vivía en el Odeón, en el quinto piso, departamento 33, en la calle Mitre 744 de la ciudad de Rosario. Almorzaban los viernes, en lo de su bisabuela, unos interminables platos donde jamás faltaban el puchero y la sopa. En su mundo infantil entraban estas casas de abuelos y bisabuelos y, un día, se sumó el paraje Los Quirquinchos, donde un tío, acompañado por varios peones, lo había llevado a ver cuadreras. Llevaban un oscuro, El Argentino, que le ganó por media cabeza a una yegua. La gente caminaba por la calle ofreciendo apuestas. Allí le quedó claro, respecto de la velocidad, que suele ser ligero el caballo que pisa con la pata más allá de donde apoyó la mano (luego, desde la ventana del colegio examinaba al caballo del lechero o al que fuera, pero nunca encontró así a uno que pasara

la pata de esa forma). Los colegios fueron, primero, el San Martín y luego, el Mariano Moreno, de la calle Paraguay, donde una maestra (la "Goyita") los obligó desde tercer grado a escribir todos los días una composición titulada "Mis impresiones diarias". Al volver de las vacaciones de verano, el primer día, el tema era fácil. Con el correr de los días, llenar esos al menos diez renglones se complicaba. No había tema y había que recurrir a la imaginación, que era, precisamente, lo que ella quería. Una tarea diaria era también mostrar la libreta con las estampillas del ahorro postal. La preparación para la primera comunión la hicieron en el Santa Unión, con la madre Mary Carmen. Tenían una tablita con todos los pecados y Mario Antonio se la recitaba de memoria, agregando a cada uno "éste no lo hice"; hasta que el padre que lo confesaba, hartado, le dijo: "Niño, por favor, no me diga lo que no hizo, límitese a los pecados". Las tardes, después de las tareas, como la mayoría de los niños argentinos en edad escolar, leían *El Tesoro de la Juventud*. La radio la escuchaban una vez al día. A una de sus hermanas le gustaba oír la novela *Genoveva de Brabante*. A los chicos les gustaba sobre todo Iván Casadó y Pepe Iglesias "El Zorro". Los jueves, recibían *Patorucito*.

Cecilia Litichver, llegando a la década del cuarenta, había formado una prolija familia con su marido, el joven propietario de una editorial musical y de la que editaba *Radiolandia*. Su mundo se había ampliado geográfica y culturalmente. No había ido al colegio secundario porque tuvo que trabajar como empleada (de una zapatería en el centro) hasta que se casó, a los 19 años, y pudo organizar su casa, ahora un departamento sobre la avenida Nueva de Julio de Buenos Aires. Era ávida lectora

y se esmeraba por dar una buena educación a sus hijos. Leía a todo autor que se tradujese al castellano, Thomas Mann, Stefan Zweig, Lin Yutang, Wasserman, Van der Meer, Cronin; además, a José Ingenieros y otros autores argentinos. De las revistas, prefería *Leoplán*, donde en 1936 pudo leer *Colmillo Blanco*, de Jack London y, luego, en el mismo año, *Mayerling, un drama pasional en la corte de los Habsburgos*, de Claude Anet. A sus chicos, desde muy temprana edad, los llevaba al Colón, a los conciertos y al ballet, y les organizaba clases de todo lo que pudiese ayudar, no sólo a ser culto, sino a defenderse en la vida. Sus músicos preferidos eran Chopin, Tchaicovsky y, ya en los años cuarenta, Rachmaninov y el *Concierto en Varsovia* de Addinsell.

Para Heriberto Duggan, que en 1933 se inició formalmente en el polo en el Club San José, el mundo también se había enriquecido y seguía girando, como siempre, alrededor de todo lo que tuviese que ver con caballos. Así lo reconocía una revista especializada donde, en 1935, se leía: "Entre los jóvenes *gentlemen-riders* que vienen distinguiéndose en las pruebas hípicas organizadas en estancias vecinas a la capital, merece una mención especial el señor Heriberto Duggan, quien posee sobresalientes aptitudes". Aptitudes que se hicieron cada vez más visibles a partir de 1935, cuando el equipo San José, en el que estaban además sus hermanos Luis y Enrique y Mauricio Kenny, ganó la Copa República Argentina. En 1938, ya integrando El Trébol, el más famoso de los equipos, junto a su hermano Luis (miembro del cuarteto argentino campeón olímpico de polo en 1936) y a Julio y Carlos Menditeguy, comenzaron su serie de triunfos con los dos campeonatos de primera categoría de Venado Tuerto en ese año y lue-



Fachada del Jockey Club en la calle Florida, destruido por un incendio intencional en 1953. *La Nación. La Argentina en el siglo XX.*

go, entre 1939 y 1943, todos los Abiertos de Palermo. A la velocidad de Luis, Heriberto lo completaba con sus artes de planificador, diagramador de los cotejos. Su vida social fue, como el resto de su vida, rica y organizada. En 1939 se lo ve en las páginas de sociales de *El Hogar* en la despedida de soltero de su hermano Luis, que sus amigos le organizaron en el Jockey Club. El menú constó de “*Langoustines Americaines, Riz Pilaff, Perdreaux au Petit Feu, Selle d’agneau braisée, Pomme Fondantes, Salade Lorette, Poirés Pochées Nelusko y Palmiers*, café acompañado de *Piesporter 1935, Chateau La Tour D’Argent, Pommery Extra-Sec, Palau*”. Luego, en *La Nación* y en el *Herald*, se lo menciona asistiendo a ese casamiento (la novia era la señorita María Inés Vivot Cabral) en la Iglesia del Pilar. La ceremonia fue introducida por la *Marcha nupcial*

de Mendelssohn, seguida por el *Ave María* de Schubert y cerrada con la “Marcha festiva” de Tanhauser. La recepción se llevó a cabo en la casa de la señora Margarita Ham de Duggan, madre del novio. En 1942, Heriberto fue elegido “el mejor polista de la temporada”. Su pasión por los deportes lo muestra luego, en la época del equipo de River denominado “La Máquina”, como uno de sus más fervientes admiradores. Cuenta *La Nación* que el delantero José Manuel Moreno, después de una salida que concluyó en una partida de “pase inglés que terminó a altas horas de la madrugada”, le prometió a los polistas de El Trébol dedicarles el gol que haría esa tarde. No le creyeron, pero así fue: ni bien “El Charro” convirtió el tanto, salió corriendo hacia la platea donde estaban los polistas y los saludó. Dicen que fue de la amistad que acercaba a estos gigantes del fútbol y del polo de donde nació la banda diagonal de color morado de la chaquetilla de El Trébol.

Si para los padres de Toribio Gramajo, en La Posse, provincia de Tucumán, el paso de los años desde 1914 hasta la década de 1940 no había cambiado demasiado sus modos de vida, para Cecilia Litichver, Heriberto Duggan, María Celia Madrid y Juan Carlos Monti, ahora en sus años adultos, el mundo se había ensanchado considerablemente y el viaje continuo hacia la modernidad era evidente. Hacia mediados de la década del cuarenta, casi cada vivienda de la Argentina poseía un aparato de radio. Para ser más precisos: en tres millones y medio de viviendas habían tres millones de aparatos de radio. En la Capital Federal la proporción era de un aparato por vivienda, igual que en Santa Fe, e incluso en el Chaco se mantenía esa relación. No era parecida la posesión de otros aparatos domésticos: en la Capital Fe-

deral, de cada dos viviendas, una tenía máquina de coser, y existía una plancha (eléctrica o a carbón) cada 1,5 vivienda. En la provincia de Buenos Aires, las proporciones eran similares, con la diferencia de que por cada vivienda había 0,62 planchas, es decir, una plancha por casi dos viviendas. En Santa Fe había una máquina de coser cada dos viviendas, y una plancha cada 2,15 viviendas. En Tucumán, una máquina de coser cada tres viviendas, y una plancha cada cuatro. En el Chaco, la proporción era más lejana aún: existía una máquina de coser por cada 3,5 viviendas, y una plancha por cada seis. Menores aún eran las proporciones de heladeras (eléctricas o a hielo) y de estufas. Los radios eran un elemento común en cualquier vivienda del país; las había marca Philco, Atwater Kent (“el moderno fogón campero”), Telefunken, General Motors, Westinghouse, RCA, Cutting, Hartman o Crosley. Se vendían en las sucursales de Casa América, RCA o Westinghouse, en la firma Chilibroste y Cía. (ubicada en Avenida de Mayo 1373), en la casa Yankelevich de Cabildo al 2500 o en las diferentes firmas dedicadas a la venta de aparatos domésticos. Los aparatos de radio tenían ahora *Supertone*, con gran sensibilidad, “alcance absoluto, detector, oscilador, tétrodo, control automatizado de volumen, localizador y circuitos superheterodinos”, como señalaba la publicidad en el diario *La Nación* en abril de 1932. Los radios se podían comprar al contado o en cuotas e incluso varias casas aceptaban en canje el antiguo receptor.

Los años treinta y cuarenta mostraron un importante aumento de los radioteatros. *Chispazos de Tradición* había dejado paso a las diferentes compañías radioteatrales encabezadas por los artistas consumados del teatro. Tal era el caso de la compañía de Lola Membrives,

Cunill Cabanellas, Olga Casares Pearson, Eva Franco o Mecha Caus y las nuevas estrellas de los años cuarenta, como Aída Luz, Floren Delbene, Roberto Airaldi, Narciso Ibáñez Menta y Pedro López Lagar. Hacia finales de los treinta y principio de los cuarenta aparecieron programas que marcaron hitos en la radiofonía, tales como *Gran Pensión El Campeonato*, *Ronda Policial* (que, como lo describía su creador, el comisario Ramón Cortés Conde, tenía una función preventiva y era para “el oyente argentino un momento de útil enseñanza”) o *Los Pérez García*, en 1944.

También fueron los años de las transmisiones en vivo desde los principales centros bailables como Les Ambassadeurs, el Luna Park y los clubes deportivos. Las orquestas de tango de artistas consagrados como Canaro, Filiberto o Troilo ofrecían su música a esta nueva generación de bailarines conjuntamente a las modernas *jazz bands* (la Santa Paula Serenaders o la Jazz Lyndon) aparecidas en la década precedente y al repertorio original y étnico de las famosas “características”, como la de Feliciano Brunelli o Juan Barbará. Ya en 1926, *Caras y Caretas* había anunciado “La locura de la *jazz band*” que se estaba introduciendo en Buenos Aires, y allí advertía que “sólo los ignorantes se imaginan que la *jazz band* es una falange de demonios ruidosos que no ambicionan otra cosa que desencadenar un estrépito infernal (...) los iniciados saben, al contrario, que esta forma de nueva orquestación tiene por objeto el estudio de las ricas posibilidades de los instrumentos de viento menos vulgarizados”. El clima musical era muy heterogéneo, mientras algunos se sacudían al ritmo de las *jazz bands*, otros creían como Delfino, autor de la música del tango *Milonguita*, que “el alma argentina es propicia para hacer propios los

dolores de los demás. (...) Nuestra sensibilidad es muy grande –aseguraba– y sabemos hacer nuestros los pesares de los otros”.

No era ésta la única conexión que los habitantes de la ciudad de Buenos Aires podían tener con la experiencia musical, el Conservatorio de Alberto Williams brindaba los elementos necesarios para lograr buenos ejecutantes o, simplemente, aficionados: el “Gran Abuelo de la Música Argentina” y creador de “nuestros grandes músicos modernos”, como lo llamaba *Caras y Caretas* en 1930. El Conservatorio no era sólo una de las muchas escuelas de música que había en el país, sino que era la más importante e integral. La educación de un niño no quedaba completa si no aprendía música en un conservatorio o pintura en alguna academia de arte, o incluso, una cantidad de nociones prácticas en una de mecanografía y taquigrafía.

A fines de los años treinta y principios de los cuarenta se fundaron los más importantes estudios cinematográficos: Argentina Sono Films, Lumiton, Estudios San Miguel, EFA, Artistas Argentinos Asociados. En 1938, Argentina Sono Films inauguró sus nuevos estudios de filmación en San Isidro que, a juicio de la revista *Sintonía*, eran “una fábrica de ensueños”. El cine tomaba los espacios del teatro. En 1935, el semanario *La Película* reconocía que “produjo sensación en el gremio la compra del teatro de la Ópera por don Clemente Lococo”, y allí informaba que en un plazo de dos meses se iniciarían las obras de demolición del gran teatro porteño para construir en su lugar un cine. Un cine con un cielo con estrellas y balcones como los de Julieta a los costados. El espectáculo no lo constituía solamente el filme que se iba a ver. El espectáculo primero era el teatro mismo.

POBLADORES Y VIVIENDAS

Hasta 1930, las viviendas más pobres del país habían sido los cuartos de los conventillos, alojamientos que habían descendido proporcionalmente desde principios del siglo XX hasta esa fecha, mientras que la población de la ciudad aumentaba desmesuradamente. En 1931 comenzó, por una autorización del gobierno, la ocupación de tierras fiscales, con la decisión estatal de dar albergue transitorio a un grupo de inmigrantes polacos que ocuparon los galpones de Puerto Nuevo. En 1932, debido a que los ocupantes colmaban el lugar, se comenzaron a ocupar los terrenos baldíos frente al Club de Pescadores, y el gobierno levantó un campamento de desocupados que denominó *Villa Esperanza*. Así nació la primera “villa miseria” del país. Posteriormente se agregaron otras: en Retiro, Puerto Nuevo y el Bajo Flores. En cada una de estas zonas llegaron a asentarse entre ocho y diez villas.

Entre 1914 y 1947, mientras que la población de la ciudad aumentaba el 91%, la cantidad de edificios experimentó un incremento del 142%. El número de propietarios creció, durante el período, el 232%, a un ritmo del 7% anual.

Pero aun así, todavía había más demanda que oferta de viviendas. Durante la década del treinta se estableció una serie de medidas tendientes a solucionar este problema: se reglamentó un recargo del 50% a los terrenos baldíos, se propuso crear un oficina técnica para asesorar a los propietarios modestos con el suministro de planos y dirección de obras. Se estableció, además, que todo propietario que edificara en el plazo de un año casas destinadas a viviendas, quedaría exento del pago de la contribución territorial por espacio de cinco años.



El Balneario Municipal, uno de los paseos populares preferidos por los porteños. *La Nación*. Cien años de vida cotidiana.

Hacia 1914, la proporción era de 12 personas por cada vivienda en el país. En 1947, la población había alcanzado un total de 19.360.302 habitantes y se distribuía idealmente a razón de 5,5 personas por vivienda. Para esta última fecha, en toda la República existía un total de 3.487.182 viviendas y en las dos ciudades más importantes, Buenos Aires y Rosario, había 763.131 y 134.148, respectivamente. En la Capital Federal, la proporción de habitantes por vivienda había bajado de 9 individuos a 4, y en Rosario, de 8 personas por vivienda en 1910 a 4 en 1947.

A raíz del problema de la escasez de viviendas para alquilar, en 1943 se sancionó el decreto 1580, que rebajaba los alquileres en diferentes porcentajes de acuerdo al monto que se debía pagar. Del mismo modo, establecía que "en los casos de los contratos de locación cuyo plazo, convencional o legal, estuviere vencido o venciere durante la vigencia del presente decreto, no podrá exigirse al locatario la desocupación del bien hasta un año y medio después de dicha fecha". La nueva legislación beneficiaba al 82% de la población de la ciudad en su condición de inquilinos; en

especial, al 68% que pagaba menos de 100 pesos por mes. La contracara de esta reglamentación es que presentaba un mercado sin oferta para los potenciales nuevos locatarios y un cambio radical en los modos de vida de los propietarios en su calidad de rentistas. Se acababa la idea, hasta entonces comprobada como cierta, de que construir para alquilar era una buena manera de convertir el ahorro en un buen pasar para la edad de la jubilación. Entre 1946 y 1947, la situación de las viviendas en alquiler se mantuvo en idéntica situación a la planteada por el decreto de 1943, con la novedad de que las nuevas viviendas para alquiler quedaban bajo las mismas condiciones que fijaba el decreto 1580, que aplicaba la misma escala de rebajas. En 1946 se promulgó la ley que prorrogó las locaciones y congeló los alquileres.

Entre tanto, como lo informaba la revista *Qué Pasó en 7 Días* de agosto de 1946, los vecinos de la Boca se habían presentado al intendente municipal para pedirle que se construyeran barrios parques en los 2.264.389 metros cuadrados ocupados por los depósitos de desperdicios que afeaban el barrio. El mismo pro-

blema era denunciado en las 2.100 hectáreas de bañados en Flores, donde “colinas de inmundicias reproducen gigantescas montañas para el juego infantil. De cuando en cuando un rancho en medio de la inmundicia. Es el ciruja que se ha instalado en el lugar de trabajo. A veces, es el obrero desplazado de la ciudad”. En 1947 se promulgó la ley 12.998, que suspendía los juicios de desalojos hasta el 30 de junio de 1949. En 1948 se dispuso, por el decreto 5899/48, la construcción de 59 pabellones de cartón prensado y techos de *ruberoid* y así surgió Villa Cartón, construida por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires sobre terrenos fiscales, en las proximidades del vaciadero Quinta El Molino en Lacarra 3700. También estaban Villa Jardín y Villa Tranquila; la primera, ubicada en las proximidades de Fabricaciones Militares; la segunda, contigua al Frigorífico La Blanca, donde vivían más de 30.000 habitantes. El único servicio público que poseía era el correo, ya que el agua se proveía por grifos, y la luz eléctrica llegaba a una reducida parte de sus pobladores. No había alumbrado público, ni recolección de basura. Ya no había ningún tipo de intervención estatal. Las viviendas estaban construidas por los propios pobladores, con materiales de desecho: maderas, chapas usadas, cartón alquitranado para los techos, pisos de tierra.

En 1955 se habían formado Villa Piolín, Villa Medio Caño, Villa Bonorino y Villa Nueve de Julio, entre tantas otras.

La diferencia entre aquellas viviendas más pobres de comienzo del siglo y las que se habían levantado hacia la década del cuarenta no sólo radicaba en la mayor solidez edilicia y en la mejor calidad de las primeras, sino en los términos respecto de la legalidad urbana en que vivían sus habitantes.

Estos hechos relativos a la vivienda en las ciudades mostraban otra cara de la modernidad a la cual había que acostumbrarse: el empobrecimiento y casi desaparición de los dueños de las casas o cuartos de alquiler, debido a que ahora el ahorro y la percepción de alquileres ya no quedaban en la misma relación para el posible bienestar de la vida futura, y una población urbana nueva que vivía de una manera absolutamente diferente de la que hasta entonces se había dado. Los más pobres pasaron a ser otros; las casas más pobres, también; las ciudades comenzaban a lucir muy diferentes. Si los primeros mundos que construyen las mentes infantiles habían sido siempre tan diferentes como la cantidad de niños que los construían, ahora habría aún más cantidad de mundos y con menos cosas parecidas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las fuentes consultadas para el análisis de la vida cotidiana en la Argentina del período 1914-1945 han sido anuarios, censos (municipales, provinciales y nacionales, referidos a la población, la industria y la vivienda), memorias, además de artículos de diarios y revistas de la época. El análisis se ha completado con

un registro de entrevistas que describen algunos modos de vida y costumbres de la época.

Como fuente central de la reconstrucción de la estructura social de la Argentina durante el período bajo estudio, se han consultado: *Primer Censo General de Población*, 1869; *Segundo Censo General de Población*, 1895; *Tercer*

Censo General de Población, 1914; *Cuarto Censo General de Población y Vivienda*, 1947; *Censo General de Población de la Ciudad de Buenos Aires*, 1936; *Primer Censo General de Población de la Provincia de Santa Fe*, 1887; DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICAS DE LA NACIÓN, *Estadística industrial*, 1937 y 1939; *Censo General de la Nación. Censo Industrial de 1946*; *Anuario Estadístico de la República Argentina. Comercio Exterior*, 1947; BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, *Suplemento Estadístico de la Revista Económica*, Buenos Aires, mayo de 1945.

En lo referido al tema de la vivienda y la población, se han consultado: MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES, *Planeamiento de Buenos Aires. Información urbana*, Buenos Aires, 1945, y *Censo de villas de emergencia*, Buenos Aires, 1963; COMISIÓN NACIONAL DE LA VIVIENDA, *Plan de emergencia. Informe elevado al Poder Ejecutivo*, Buenos Aires, abril de 1956; *Boletín de la Comisión Nacional de Casas Baratas*, año IV, n° 17, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1938; MINISTERIO DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES. DEPARTAMENTO DEL TRABAJO, *Investigaciones Sociales del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Condiciones de vida de la familia obrera*, La Plata, 1943; CONGRESO NACIONAL, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, Buenos Aires, 1914; GINO GERMANI, *La estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, 1980; SUSANA TORRADO, *Estructuras social de la Argentina (1945-1983)*, Buenos Aires, 1992; y los artículos de ZULEMA RECCHINI DE LATTES, "La población: crecimiento explosivo y desaceleración (1885-1980)", y de ELENA CHIOZZA, "La integración del Gran Buenos Aires", ambos en JOSÉ LUIS ROMERO y LUIS ALBERTO ROMERO (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, 1983.

Para una caracterización general del período, véanse: RICARDO CICERCHIA, *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, 1998; LUIS ALBERTO ROMERO, *Argentina. Una crónica total del siglo XX*, Buenos Aires, 2000; ANDRÉS CARRETERO, *Vida cotidiana en Buenos Aires*, tomo 3: "De la sociedad autoritaria hasta la sociedad de masas (1918-1970)", Buenos Aires, 2001; LUIS ALBERTO ROMERO, *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-1999*, Buenos Aires, 2001; FRANCIS KORN y LIDIA DE LA TORRE, "La vivienda en Buenos Aires 1887-1914", *Desarrollo Económico*, n° 98, Buenos Aires, 1985.

Se ha consultado para la reconstrucción de la crónica de la época, material proveniente de diversas publicaciones: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1920, 1922, 1923, 1924, 1926, 1928 y 1930; *Crítica*, Buenos Aires, 1928, 1932, 1934 y 1938; *La Nación*, Buenos Aires, 1912, 1914, 1919, 1920, 1923, 1924, 1930, 1935, 1938 y 1941; *La Argentina*, Buenos Aires, 1931; *Sintonía*, Buenos Aires, 1934, 1938 y 1939; *Radiolandia*, Buenos Aires, 1932, 1934, 1938, 1941, 1943 y 1945; *Hechos e Ideas*, Buenos Aires, 1936; *Qué Pasó en 7 Días*, Buenos Aires, 1946; *Leoplán*, Buenos Aires, 1936 y 1937; *El Hogar*, Buenos Aires, 1933, 1938 y 1939; *Anuario La Nación*, Buenos Aires, 1916; *Anuario La Razón*, Buenos Aires, 1933; *Broadcasting Yearbook*, Buenos Aires, 1936; *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán, 1999 y 2000. Se utilizaron también guías y memorias, tales como: *Impresiones de la República Argentina*, 3ª edición, París, 1910; *Argentina. Sociedad de Publicidad Sud Americana*, Buenos Aires, 1925, que contiene un detallado relato sobre la visita del príncipe de Gales a la Argentina, además de información acerca de la población, vida y costumbres de la sociedad durante esos años.

Para una caracterización de la inmigración, vivienda y vida cotidiana de la ciudad de Buenos Aires, se pueden consultar: FRANCIS KORN, *Buenos Aires. Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, 1974 (2ª edición, 1989), y de la misma autora, *Buenos Aires 1985; una ciudad moderna*, Buenos Aires, 1984; LIDIA DE LA TORRE, "La ciudad residual", en ROMERO y ROMERO, *op. cit.*, tomo 2.; LUCIANO ROTTIN, *El problema de la vivienda*, Buenos Aires, 1950; MANUEL BRINOLO y EDUARDO COGHLAN, *La condición de la vivienda a través del Censo de 1947*, Buenos Aires, 1959; OSCAR YUDNOUSLY, "Del conventillo a la villa", ROMERO y ROMERO, *op. cit.*; RICARDO MULLEADY, *Breve historia de la telefonía argentina (1886-1956)*, Buenos Aires, 1956.

Con respecto a los deportes en la Argentina y a la integración de los extranjeros en la vida de la ciudad, véanse: EDUARDO ARCHETTI, "Fútbol: imágenes y estereotipos", en *Historia de la vida privada en Argentina*, Buenos Aires, 1998, y del mismo autor, *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, New York, 1999; FRANCIS KORN, "La gente distinguida" y "La aventura del ascenso", ambos en ROMERO y ROMERO, *op. cit.*, tomo 2; LILY SOSA DE NEWTON, *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1966; JULIO NUDLER, *Los juicios y el tango*, Buenos Aires, 1997; SERGIO PU-

JOL, *Valentino en Buenos Aires. Los años veinte y el espectáculo*, Buenos Aires, 1994, y del mismo autor, *Historia del baile*, Buenos Aires, 1998; ANDREA MATAALLANA, "Radio y cultura en la Argentina", tesis para el doctorado en Historia de la Universidad Di Tella, inédita.

En lo que corresponde a los usos y costumbres, se ha recurrido al material recogido y clasificado en el Museo de la Ciudad, dirigido por el arquitecto José María Peña, para el caso de la ciudad de Buenos Aires. Con referencia a la caracterización del partido de San Antonio de Areco, se consultaron: RICARDO LEVENE, *Historia de los pueblos de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, volumen II, La Plata, 1941; CAMILO O. FAGNANI, *San Antonio de Areco. Una comunidad que piensa y trabaja*, Buenos Aires, 1981.

La autora de este capítulo quiere agradecer la ayuda invalorable que, en la búsqueda de datos, le prestó la licenciada Andrea Matallana y la colaboración de las licenciadas Alicia Ugarte (con sus entrevistas y datos desde Tucumán), Lidia de la Torre (por sus datos sobre vivienda y "villas miseria") y María Celia Faciotti (con sus entrevistas en Rosario), y a la señora Fan Litichver y al señor Luis Duggan, por su colaboración en las entrevistas sobre sus familias.

46. COSTUMBRES POPULARES

Olga Fernández Latour de Botas

Una mirada que, desde las ciencias de la cultura, se proyecte sobre las costumbres del pueblo argentino del período 1914-1983 mostrará continuidades, fracturas y novedades respecto del panorama que caracterizó al siglo anterior.

El lapso que se extiende entre los años ochenta del siglo XIX y el comienzo de la Primera Guerra Mundial constituye un nexo fundamental que encierra muchas claves para la correcta interpretación de los procesos de opción cultural colectiva que dan por resultado lo que en general podría llamarse cultura popular y, más propiamente, culturas populares en la Argentina del siglo XX. Sin embargo, es sólo hacia mediados de esta última centuria cuando comienzan a ponerse de manifiesto fenómenos que transformarán radicalmente las actitudes de los pobladores del interior del país con relación a las grandes ciudades y particularmente a Buenos Aires.

El antiguo antagonismo entre porteños y provincianos se transforma en un nuevo sentimiento de pertenencia respecto de la urbe capitalina, que impulsa las migraciones internas hacia Buenos Aires y sus alrededores y paulatinamente comienza a cambiar la fisonomía antes prioritariamente "caucásica" de los paseantes por sus calles, para introducir un

gran porcentaje de rostros amerindios y criollos. Hasta 1983 no puede decirse que este cambio haya aportado un enriquecimiento cultural para la metrópoli y para sus nuevos habitantes, como hubiera sido positivo que ocurriera. Por el contrario, el precario asentamiento de la mayor parte de estos provincianos (y su no deseada asimilación por contacto con inmigrantes —no siempre legales— de las naciones limítrofes y aún más alejadas de Sudamérica y de otras partes del mundo) hace que sus profundas respuestas culturales regionales varíen hacia el emparejamiento con las nuevas experiencias que se presentan al mismo tiempo, en la superficie de la cultura de masas, para consumo de porteños, provincianos desplazados y extranjeros de distintas procedencias.

EL TRADICIONALISMO Y EL TANGO

El refugio de las antiguas costumbres nacionales va siendo, cada vez con mayor intensidad pero sin la espontaneidad de la tradición, el tradicionalismo. El tradicionalismo argentino se ha basado inicialmente en la figura arquetípica del gaucho, el jinete ganadero, defensor de todas las libertades que estu-

vieran en juego. Etiológica y etimológicamente no “gaucho” (del andino quechua *wachu*, sin padres, ya que los tenía y aparecen siempre en sus historias en prosa o en verso), el gaucho rioplatense original era alegre, amigo del ocio (*gauderio*, del latinismo *gaudium*, ocio, holganza, acaso recuperado por los misioneros), y a veces maltentendido, si se ha de dar crédito a muchos testimonios de época, entre ellos, el de su más profundo analista del siglo XIX: Domingo Faustino Sarmiento. A partir de tal comienzo gauchófilo —aunque no siempre en rigor “gauchesco”, ya que este vocablo y sus derivados aluden propiamente a lo efectuado “a la manera” del gaucho y no por el gaucho mismo—, el tradicionalismo argentino mostró caminos válidos para formas de expresión derivadas de manifestaciones típicas de las diversas áreas culturales del país. Por otra parte, la recepción del lexema “gaucho” al iniciarse el siglo XX presenta diversidad de contenidos semánticos, como que es aún sinónimo de “bandolero” en las provincias cuyanas y en las del antiguo Tucumán. La excepción sigue siendo Salta, única isla en el noroeste de los “gauchos buenos”, por asociación afectiva de tenor patriótico con la imagen emblemática de los “gauchos de Güemes”, heroicos defensores de la frontera norte en tiempos de las luchas por la independencia. Con el transcurso de las siguientes décadas, la labor de grandes escritores argentinos que influyeron en todos los géneros literarios y también en otras artes como la música y la danza, la pintura, la escultura y el grabado, logró imponer una identificación del gaucho con el paradigma ideal del hombre de la tierra: valiente, abnegado, sufrido y sobrio, durante los trabajos, en el comer y en el beber; fiel amigo; respetuoso de los mayores; espiritual en el

amor; ingenioso y agudo en el decir y el comparar; discreto; diestro como ninguno en el manejo del caballo y en todas las faenas derivadas de su ejercicio ecuestre; músico innato, aunque sólo tuviera una humilde guitarra, y amante del baile; buen cristiano, aunque no conociera otro templo que el que tiene por dosel el cielo de la pampa.

Los modelos plasmados por José Hernández en su *Martín Fierro*, que recogen las marcas más características de la literatura gauchesca anterior y, más tarde, por Ricardo Güiraldes en su “cuento vencedor”, *Don Segundo Sombra*, siguieron un camino más directo hacia la consagración popular masiva que los que procedían de la auténtica tradición de los pueblos del interior del país. Estos hechos, que comenzaron a emerger de la práctica irreflexiva y a proyectarse, a partir de 1911, en forma de bailes y canciones de ejecución teatral por obra del músico santiaguense don Andrés Chazarreta, influyeron directamente en Lugones, en Rojas y en Furt, por ejemplo. Pero esos mismos estudiosos y eminentes críticos no separaron sus características culturales de las propias del “gaucho” ya instaladas desde el siglo anterior. Y así, para que algo se identificara con lo nacional y fuera reconocido como argentino por los demás en tierra propia o extraña, era necesario que pasara por ser “gaucho”. Tal cosa ocurrió, por ejemplo, con los primeros conjuntos exportadores del tango, que llevaban en sus baúles “disfraces” de gauchos, con bombachas y corraleras de *satín* bordadas con flores semejantes a las de algunos mantones de Manila. El tradicionalismo iniciado por Chazarreta, sin embargo, no había olvidado la herencia aborigen que campeaba, en su provincia al menos, en el habla de muchos que conservaban la va-

riante “quichua” de la lengua quechua del Perú incaico. Las coplas en quichua o en *overita* (mezcla de “la quichua” con “la castilla”) fueron siempre cuartetos de modelo español (en octosílabos, con estructura de rima del tipo “abcb”), pero su función solía estar al servicio de especies líricas con fuerte componente americano, como las vidaladas, y de bailes decididamente criollos, tales La Arunguita, el Pala-Pala, algunas chacareras, remedios, escondidos, etcétera. El “nativismo”, movimiento literario que se expresa en lengua de norma culta sobre motivos telúricos, y sus ecos en las distintas artes tuvieron mucha fuerza en distintos momentos del período aquí tratado. Por lo demás, la recolección de la poesía tradicional por parte de Juan Alfonso Carrizo, Orestes Di Lullo, Juan Draghi Lucero, Guillermo Terrera y Julio Viggiano Esain, y de la música y letra de las canciones y bailes por Manuel Gómez Carrillo, Carlos Vega, Isabel Aretz y Alberto Rodríguez, entre los más eminentes, lo mismo que las compilaciones sistemáticas de narrativa folklórica en prosa (como las de Guillermo Perkins Hidalgo, Jesús María Carrizo, Berta Koesler-Ilg, Susana Chertudi y, particularmente, la obra magna de Berta Elena Vidal de Battini, que cubre con su esfuerzo casi todo el período) contribuyeron a sustentar la labor de creadores que, en conexión con sus aportaciones o sin ella, marcaron, entre 1914 (Juan Carlos Dávalos, con *De mi vida y de mi tierra*) y 1983, un largo período de apogeo de la creación literaria regional de la Argentina.

Tanto los saberes rescatados por los científicos como las creaciones de los artistas inspirados en la cultura de tradición popular sirvieron a las más diversas posturas ideológicas, según sus también diferentes miradas críticas. Esta aptitud para la manipulación los debilitó.

En 1926, Jorge Luis Borges, poeta de Buenos Aires, sostenía en un artículo publicado en *Nosotros*: “El cacharro incásico, las lloronas y el escribir ‘velay’, no son la patria”. El autor de “Las coplas acriolladas” reclamaba para los escritores argentinos una libertad tal que “la anchura de su visión” fuera el Universo. En realidad, pensaba como un gaucho cuando más quería librarse de ese estereotipo.

Las sutiles intenciones de los intelectuales quedarían para la grata rememoración de aficionados y eruditos. Pronto este campo de la relación entre las culturas rurales y suburbanas sería invadido también por la industria cultural. Ciega y sorda y en medio de aplausos de los públicos intoxicados, ella impondría falsificaciones de lo argentino tantas veces repetidas por los medios que, a los ojos de las muchedumbres culturalmente desorientadas, pasarían por auténticas.

El fenómeno “tango” —o mejor, “tango criollo” o “tango argentino”, como decían muchas de las partituras musicales de época—, cuya capacidad para la regeneración y la captación de nuevos públicos y nuevos intérpretes se va afirmando notablemente a fines del período considerado, no deja de ser materia para el tradicionalismo. En “Ascendencias del tango”, trabajo incluido en el tomo de 1928, *El idioma de los argentinos*, el mismo ineludible Borges había escrito, entre paréntesis: “(El tango fue primeramente un plano del baile, una indicación de cortes y de floreos, una actualidad que no se preocupa: el contemporáneo —esto es decir el realmente viejo— cuida recuerdos ya. Una conciencia adulta del tiempo carga sobre él. Compárese *El torito* o *El Maldonado* con cualquier tango de hoy)”. También había afirmado su convicción respecto del controvertido origen de la especie en el mismo

trabajo, cuyo párrafo final deslinda territorios y acota genealogías: “El tango no es campero: es porteño. Su patria son las esquinas rosaditas de los suburbios, no el campo; su ambiente, el Bajo; su símbolo, el sauce llorón de las orillas, nunca el ombú”.

Entre 1914 y 1983, el tango aparece en muy distintas fases de su evolución, como que pronto deja el compás de 2/4 original, que lo había definido, y adopta el de 4/4 introducido por *La Cumparsita* del uruguayo Gerardo Matos Rodríguez, en 1916. En los primeros años de ese período había finalizado ya la etapa de su existencia folklórica, en la cual fue pura música para un baile de pareja con tan poderoso magnetismo que, es fama, era frecuente ver, en alguna esquina de arrabal, a dos bravos compadritos trenzados en sus cortes y quebradas, sin el incentivo de erotismo que aporta la mujer, por el mero placer de bailar. Aún circulaban algunas de sus melodías como patrimonio anónimo, pero los tangos y las milongas ya tenían letra —o letras—, es decir que eran aptos para ser cantados y sus textos recogían con frecuencia sucesos de la vida de la clase obrera y de los grupos marginales de la sociedad. Bajo títulos como *El compadre* (s/f), *Las patotas* (s/f), *Tango de las afiladoras* (1910), *Entre bueyes no hay cornadas* (1912), *El farolero* (1914), *Rajá que viene la cana* (1915), *Siga la farra* (s/f), *El propietario y el inquilino* (s/f), *El mata-sano* (1920), *Lechero y cocinera* (s/f), *El chacarero* (s/f) y muchos otros, afloraban en tangos y milongas tanto el “lunfardo” germanesco, que ya la afectividad popular estaba bendiciendo, como —pese aun al gran Borges— residuales efluvios campesinos. Execrado por algunos, como Leopoldo Lugones, y elevado a la categoría de baile aristocrático por otros, como Ricardo Güiraldes, el tango argentino (llamado

mundialmente así aunque al Uruguay le corresponda buena parte de su historia fraternalmente compartida) creció, a medida que avanzaba el lapso estudiado, en protagonismo mundial. Cuando en 1935 entró en el mito tras su trágica muerte en un accidente aéreo ocurrido en Medellín (Colombia), el “Morocho del Abasto”, el “Zorzal” Carlos Gardel, ya el primitivo tango había cambiado fundamentalmente: había entrado en la etapa del tradicionalismo. En lo que resta del período estudiado, el tango artístico tuvo momentos de diferente esplendor tanto en lo que se refiere a sus autores y poetas como en cuanto a sus cantores y cancionistas, a sus instrumentistas, pianistas, bandoneonistas o a los directores de sus “orquestas típicas”. La historia del tango ha sido dividida por sus estudiosos en distintas etapas llamadas “guardias”, y así se habla de “Guardia Vieja” (1895-1917), de “Guardia Nueva” (1925-1949) y de períodos anteriores, intermedios y posteriores de transición, hasta llegar a la llamada por de Lara y Roncetti “Tercera Guardia”, que estos historiadores ubican entre 1949 y el año en que escriben (1968). Los grandes autores, intérpretes y directores de orquestas de tango forman legión y no es posible citarlos aquí con justicia. No obstante, por dejar sólo ejemplos paradigmáticos de sus distintos tiempos y de ambas orillas del Río de la Plata, cabe recordar en la Guardia Vieja a Rosendo Mendizábal, Ángel Villoldo, Enrique Saborido, Vicente Greco, Eduardo Arolas, Juan Maglio “Pacho”, Francisco Canaro, Gerardo Matos Rodríguez, Pedro Maffia (iniciador de la ejecución tanguística del bandoneón) y Carlos Gardel, creador de un estilo clásico en sus formas cantables. Mientras se mantenía una línea llamada “tradicional”, con figuras como Juan D’Arienzo y Alfredo De Angelis, creció la

Guardia Nueva, que reconoce especialmente influencias de Julio De Caro y de Aníbal Troilo e incluye a otros músicos originales como Sebastián Piana, Carlos Di Sarli y Osvaldo Pugliese. Los grandes poetas del tango —muchos memorables— han merecido estudios detenidos. Sólo se citará a uno, Enrique Santos Discépolo (1901-1951), por la notable vigencia posterior de muchas de sus letras, como *Cafetín de Buenos Aires*, *Esta noche me emborracho*, *Chorra*, *Yira-yira*, *Uno* o *Cambalache*.

Hacia el final del período, la revolucionaria obra de Astor Piazzolla, en parte desde el exterior (como ha sido frecuente en la historia de los artistas argentinos), impuso una nueva manera de componer y de ejecutar tangos; volvió a debilitarse el mensaje de las letras y la danza resurgió, no ya para la esquina ni el patio, sino para el espectáculo, para lucimiento de varios de los mejores bailarines del mundo que son argentinos, para los escenarios equiparables en prestigio y recursos al del Teatro Colón. Otras instancias de su transformación como mensaje fueron las que llevaron al tango a ser objeto de exhibiciones ante públicos multitudinarios, en estadios deportivos refuncionalizados al efecto, y semejantes en todo a los que convocan en otros países y también en la Argentina en las últimas décadas del período estudiado los conciertos de rock. Una vez más, la cultura popular había generado hechos vitales en los cuales las personas comunes eran protagonistas y había recibido en retorno hechos artísticos en los que esas mismas personas no pueden traspasar el plano del gozoso receptor, convertido en mero espectador al fin del proceso.

Así como la poesía tradicional no brinda información descriptiva sobre las costumbres populares sino sólo alusiones con valor testi-

monial o válidos nomencladores de objetos del conocimiento colectivo —lo cual ocurre, por ejemplo, con las colecciones de adivinanzas—, la literatura de “proyección folklórica”, ya sea en lengua “gauchesca” o de estilo “nativista”, parte de una consideración de aquel mundo donde campea espontáneamente la oralidad, desde su “afuera”. Por ello, su puesta en discurso escrito es rica en el aspecto descriptivo de la comunidad elegida como marco para las acciones de sus protagonistas. La nostalgia valoriza el paisaje “con sus distintos tonos de verde” y el cantor dice ver, en el espejo de sus sentimientos, a la “mama, dele trajinar” con la escoba, el mortero, el telar, la “ollita i’locro” y el huso de hilar; cree ver al “tata”, tan patriarcal como ocioso, “pitando un chala y meta matear” como para buscar compensación por los grandes trabajos que en la paz y en la guerra tuvieron sus ancestros. El que salió a rodar tierras halla, en la “vuelta al pago” de sus mayores, los valores antes inadvertidos de zambas y vidalás; el canto desde lejos cumple promesas hechas a la “mama vieja”; la luna es la que sabe del “largo caminar” del andariego y un reiterado grito de “volveré” afirma la intención de reunirse con aquello y aquellos que se supone están aguardando a un peregrino que desearía “volver a ser niño” por la sola magia del regreso.

En este aspecto, el tradicionalismo tanguero cumple una función parecida. Cada uno de los personajes, de los sucesos cotidianos, de los rincones típicos de la ciudad y del suburbio halla su mención en las letras de los tangos, de los valeses y de las milongas, como para que los ágiles pies de los bailarines los recorran en planos dibujados como los laberintos floridos de los más diestros fileteadores intuitivos. Allí está el *turf* con sus confesos “berretines que

tengo por los pingos, / metejonos de todos los domingos” y su figura cumbre, Irineo Leguizamó, “el pulpo”, “Legui”, favorito de los “burreros” y de los tangos, que dio nombre e imagen en carrera a una marca de caña y pasó a la historia de la publicidad con aquella pregunta puesta en boca de un extranjero: “¿Por qué le habrán puesto caballos?”. Allí están los viejos barrios embellecidos por la nostalgia, los lugares de encuentro —las calles, las esquinas, los cafés, el conventillo “con los pisos de ladrillo, / minga de puerta cancel”—, los amigos evocados por el “¿dónde andarán?”, los pibes, las mujeres —madres, hermanas, minas, maderas, paicas, grelas—, los amigos, la filosofía del poeta y el tango mismo, su música en la *viola* o el *fueye*, su lenguaje, su gente, su destino.

A partir de los años treinta, una nueva y fuerte línea del tradicionalismo se expande desde el Nordeste hacia el Noroeste y hacia la región pampeana, para ganar finalmente adeptos en los segmentos más populares de todo el país: se trata de las proyecciones del chamamé, de la polca y del chotis tradicionales y de las nuevas formas nombradas, derivadas de aquellas, como el rasguído doble o la guaranía, de origen paraguayo. Con estas especies, aptas para el canto y el alegre baile de parejas enlazadas, los acordeonistas del Nordeste irrumpen en la música tradicional criolla, que tenía hasta entonces como gran instrumento solista a la guitarra, naturalmente, sin excluirla. Por otra parte, desde Córdoba, avanzaba una modalidad musical diferenciada, mezcla de diversos ritmos americanos, a la cual dio nombre el número de integrantes de los conjuntos que la ejecutaban: el “cuarteto”; y en el límite con Bolivia, los carnavalitos, bailecitos y cuecas “coyas” compartían el gusto local con takiraris y sayas, ritmos importados de aquel país.

Aunque sólo sea por la diversidad de respuestas culturales distintas en forma y función que se observa en la Argentina desde 1914 hasta 1983, se puede concluir que no basta con hablar de “cultura popular”: es necesario pensar en términos de “culturas populares”.

CULTURAS POPULARES

Si bien la voz *folklore* es etimológicamente parienta lejana del latinismo *vulgus* más que del helenismo *demós*, los procesos culturales que caracterizan al “pueblo” o “comunidad *folk*” no pueden confundirse con lo que sería lícito denominar cultura vulgar. Hay una acción selectora, que por suma de opciones individuales concurrentes se torna colectiva, cuyos dos mecanismos —el sincrónico o de colectivización y el diacrónico o de tradicionalización— deben operarse para que los bienes de cultura puedan ser considerados folklóricos porque se presenten arraigados en una comunidad que se identifique con ellos y por los cuales sea reconocida.

La expresión “cultura popular” no evoca solamente a tales quintaesencias. Se refiere con criterio igualador a todo lo que sabe la gente y generalmente toma como parámetro lo que ocurre entre los habitantes de las ciudades. No es frecuente, en cambio, que se hable de cultura popular y se piense en los grupos de ascendencia aborigen que, en buen número y con crecientes voces, reivindican su presencia en el territorio del país. Lo folklórico, que en general puede asimilarse en el habla argentina al designador “criollo”, sólo sirve como referencia pintoresca o afectiva a algo del pasado: le faltan algunos ingredientes y le sobran otros para igualarse a la cultura popular. No obstan-



Vendedora callejera de duraznos, hacia 1930.

te ello, y pese aun a los procesos de globalización, surge cada día con mayor crudeza la evidencia de que sólo en la epidermis de la moda cultural los medios han globalizado a la sociedad argentina. Los niveles referenciales de cada patrimonio cultural básico (aborígenes, criollos y urbanos) inciden decisivamente en el horizonte de expectativa correspondiente.

Así, por ejemplo, aunque todos los habitantes del país reclamen “trabajo” en tiempos de desocupación, la imagen de lo que esto significa parte de muy diversas habilidades, competencias, aspiraciones y relaciones con el medio ambiental. La crisis cultural se desencadena cuando los ciudadanos —habitantes de lugares donde otrora vivieron comunidades criollas y antes aun grupos aborígenes que en ellos construyeron su *habitat*, elaboraron los conoci-

mientos necesarios para poner a la naturaleza a su servicio y sobrevivir no sin conceptos de espiritualidad, ética, estética, sociabilidad y funcional aunque sencilla tecnología— se deciden a olvidar todo aquello y a presentarse ante la sociedad como mendigos, en absoluta condición de individuos dependientes.

Tal situación deriva del conocimiento que aquellas personas poseen de las conquistas de la “sobremodernidad”, pero como no han contribuido conscientemente a crear las técnicas ni a producir los instrumentos que las caracterizan, la relación entre su antigua y digna cultura lugareña dejada de lado y la “sobremodernidad” a la que aspiran, sólo logra convertir sus “lugares” en una suerte de “no lugares” como los descritos por Marc Augé. El viejo “pago querido” resulta expulsivo para

los jóvenes y se transforma, para los que no pueden irse, en un espacio donde el arraigo casi no tiene sentido.

Hacia 1983, este proceso estaba plenamente en marcha pero aún no se había generalizado tanto como para destruir incluso el telón de los valores simbólicos y aflorar en la escena nacional con la tremenda fuerza de realidad desconstituida y autodestructora que habría de manifestarse después.

Como movimiento de sentido contrario al de tales procesos es necesario situar, en este mismo período, la acción del tradicionalismo argentino. Un tradicionalismo que, más que por generar sustitutos o simulaciones de la verdadera tradición —como suele ocurrir con tales manifestaciones de la nostalgia tanto en el ámbito local como en el plano nacional—, se caracteriza por haber rescatado para el arte y para la vida social muchos bienes valiosos de la creación popular colectiva y haber contribuido a darles fuerza arquetípica y sentido trascendente por medio de las obras de autores ilustrados que así los vieron y los proyectaron para la posteridad.

Aunque la absoluta falta de homogeneidad cultural que caracteriza a la sociedad argentina del período aludido no permite considerar como “uno” al conjunto de respuestas de esa clase que identifica a los diversos segmentos sociales habitantes del país, en todos ellos es posible reconocer distintas circunstancias en las cuales se enmarcan tales fenómenos. Así, hay hechos propiamente “cotidianos” y hay otros hechos cuya frecuencia de manifestación permite calificar como “cíclicos”. A ellos se hará referencia y se dejará de lado, en cambio, el tratamiento de hechos históricamente significativos de los comportamientos populares que se presentan como “eventuales” y, por lo tanto,

no llegan a configurar parte de lo estrictamente consuetudinario, es decir, de las costumbres propiamente dichas.

LOS HECHOS COTIDIANOS.

OFICIOS AMBULANTES

Los hechos cotidianos fueron cambiando en el transcurso de las siete décadas aquí tratadas, con diferente grado de rapidez.

Algunos de los que se mantuvieron por mayor tiempo se relacionan con actividades que ocurrían fuera de las viviendas, tanto en las ciudades como en los pueblos más o menos importantes del interior del país. Ejemplos tomados de la urbe porteña —aunque no exclusivos de ella— pueden hallarse en el colorido paso de innumerables vendedores y artesanos ambulantes como el lechero con las vacas y sus terneros, reemplazado más tarde por el otro lechero que, en carro tirado por un caballo, portaba los lustrosos y típicos tarros y su jarrita medidora en la que despachaba a las amas de casa la leche “recién ordeñada”, según rezaba su reclame oral; el vendedor de pavos que caminaba a la par de sus aves vivas por las calles de los pueblos tanto como por los barrios más tranquilos de la ciudad y el pollero que llevaba en un carro su carga, también viva, y cajones con huevos cuya frescura pregona a gritos; los herboristas o yuyeros, que voceaban a veces con acentos extranjeros no fáciles de reconocer, su letanía de “Barba de choclo, cola de caballo, manzanilla, ruda, poleo; zarzaparrilla; boldo, paico y tomillo”; el vendedor de escobas y plumeros, tapado por su carga plumifera, que parecía sacado de una estampa del Buenos Aires colonial; el afilador con sus particulares zampoñas; el vendedor de



Manisero en las calles de Buenos Aires. 1950. Archivo General de la Nación.

hielo; el pescadero que voceaba su oficio como “¡Pescador!”. El vendedor de artículos de mercadería y bonetería, casi siempre de origen sirio o libanés, aquí llamado “turco”, solía pasar por las calles barriales con una caja de madera con tapa, de cuyos lados salía una tira de tela o cuero suave que el hombre pasaba por sobre su cabeza y trababa en su nuca para tener ambas manos libres cuando debía mostrar la mercadería, cobrar sus ventas y entregar los vueltos tras el clásico regateo que era considerado normal. El colchonero acarreaba su pesado banco a la espera de ser llamado para despazurrar colchones en los patios, cardar la lana y volver a armar la funda de cotón cosiendo con enormes agujas de punta curva sus costados y el grueso bastado con auténtica maestría; el mimbrero cargaba sobre su trans-

porte, primero a tracción equina y luego de motor, una increíble cantidad de objetos de juncos, de caña y de madera, de los cuales pocas casas prescindían ya que entre ellos estaban los sillones de mimbre con hamaca o sin ella en las patas, las reposeras plegadizas con asiento de lona y hasta el entrañable moisés que se compraba cuando estaba por llegar un bebé a la familia para que la futura mamá, o las abuelas o las tías o todas ellas juntas lo vistieran con volados plegados y almidonados, adornados con pasa-cintas, “tiras bordadas”, puntillas o “broderie”.

Un personaje que servía a los mayores para poner límite a las salidas de los chicos a la calle, era el “tachero”, a quien se consideraba en general “gitano” y, por lo tanto, proclive a robar niños para incorporarlos a la vida erra-

bunda de sus tribus; en realidad, este trabajador ejercía, en los barrios modestos, el noble y digno oficio que sirvió de base para acuñar cantares en la España de los siglos áureos y cuyo voceo se inmortalizó entonces en un estribillo de pegadizo ritmo: “Caldera adobar / adobar caldera”. La estampa del ropavejero también era portadora de miedos pues, aunque gritaba a largos intervalos su reclame de “Compra ropa viejaaaa”, para las mentes infantiles no podía disociarse su imagen de la del mítico “Hombre de la bolsa” o, por lo menos, de la del errabundo “linyera”.

¡Cómo olvidar al heladero que en las caldeadas siestas gritaba sus delicias de marca evocadora de legendarias comarcas escandinavas, o al manisero, ejecutante de un sonoro cuerno de lata, cuya artesanal locomotora, también de chapa, aseguraba la tibieza de los maníes tostados que entregaba en cartuchos de origen periodístico, o al barquillero, virtuoso del triángulo, ante quien toda compra agregaba la emoción de probar fortuna en su ruleta, casi siempre avara, que no solía expender más de dos de sus exquisitos y crocantes bizcochos! No faltaban entonces, sobre todo cerca de las escuelas y colegios a la hora en que los estudiantes salían, los vendedores de algodón de azúcar, ni los de pochoclo (las rosetas de maíz almibaradas), con su carga concurrente de manzanitas e higos acaramelados, ni el caballero andante con su pica, asta en tierra y calada la punta de chupetines puntiagudos llamados “pirulines”, ni los infatigables hacedores de aromáticas garrapiñadas de maní (no de almendras ni de nueces, que eran productos muy caros en aquellas décadas). Entre estos últimos, a veces se contaban algunas mujeres, lo mismo que en el grupo de los fruteros y verduleros que aparecían con carros tirados

por caballos a los cuales ponían sobre las cabezas, sobre todo en verano, artísticos tocados de hojas de paraíso, cuando no un viejo sombrero de lona, para preservarlos del calor. Por lo demás, todos los vendedores ambulantes eran del sexo masculino, seguramente porque debían llevar pesadas cargas durante sus recorridas, como lo hacía sin duda el vendedor de pájaros, que transportaba incontables jaulas con su canoro contenido y ayudaba a esos cantos con una flautita sui generis, y también el vendedor de ajos y limones, un especialista, cuyo instrumento de trabajo era un palo con sendas canastas de mimbre en los extremos, que apoyaba sobre uno de los hombros mientras en el otro brazo exhibía perladas ristras de ajos, tan aptas para saborizar manjares como para ahuyentar espíritus malignos y el “daño” del “mal de ojo” (sobre todo si se les coloca en su extremo un buen moño de cinta colorada).

La venta ambulante no puede limitarse a unos pocos artículos, aunque éstos sean los más característicos por el pintoresquismo de su manera de exhibirlos. Carros con ollas y sartenes circularon por las calles de ciudades y pueblos, lo mismo que con sábanas, frazadas y cubrecamas; el hielero era puntual, con su carro chorreante y sus barras de hielo, de las cuales cortaba, con serrucho y a ojo de buen cubero, la cantidad que los clientes le pedían para asegurar la diaria funcionalidad de las heladeras no eléctricas, y hacia el final del período todavía es realidad el servicio domiciliario del sodero, que acarrea hasta la misma puerta de casas y departamentos sus pesados cajones con sifones de vidrio. El vendedor de plantas y macetas retornaba cada tanto al barrio con perfumada carga de latas con jazmines, rosas y otras bellezas, y nadie sabía de dónde salían a veces niños pequeños con mo-



Pizzería de la Boca hacia 1929. *La Nación*. Cien Años de vida cotidiana.

destas pero limpias canastas tapadas con casi siempre niveos repasadores, bajo los cuales aparecían a los ojos golosos tentadores pasteles o churros caseros. A algunos de estos personajes barriales que hacían las delicias de chicos y de grandes se les reconocía por sus nombres verdaderos o por apodos, como muestra del vínculo que habían establecido con su clientela. Otros excedían los límites del barrio y poseían especializaciones. Uno de éstos, tal vez el más famoso en Buenos Aires durante varias décadas del período reseñado, fue "Chuenga", cuya increíble ubicuidad lo mostraba, en un mismo día sábado, domingo o feriado en que hubiera actividades deportivas importantes, partidos de fútbol o de rugby, particularmente, en distintas canchas y estadios, con su bolsa inagotable de caramelos

masticables cortados a cuchillo y su única palabra característica que le había dado identidad: "Chuengaaa". Probablemente ya se habrá escrito la historia del nombre de este vendedor ambulante, que constituye uno más de entre los varios y pintorescos casos de transformación popular obrada sobre palabras extranjeras o incomprensibles, pero conviene recordarla aquí: se trata simplemente de la expresión anglo Norteamericana *chewing gum*, que corresponde exactamente a la naturaleza y función de su particular mercadería. Y para continuar con las improntas de la cultura inmigratoria en los enclaves populares de la capital porteña, valga mencionar, en relación con ese gran referente que es el fútbol, a los vendedores de la llamada pizza de cancha y de fainá. Tales instituciones gastronómicas —hoy, elevadas a en-

tonces impensables refinamientos— nacieron ligadas a la cultura de los genoveses y al área casi mítica de las proximidades de la Boca del Riachuelo, que fue cuna de varios de los más grandes clubes en los que el fútbol —introducido en 1893 por *mister* Alexander Watson Hutton— se practicó y se practica. No es el objetivo historiar aquí las costumbres alimentarias o de todo otro tipo surgidas en cada uno de los tradicionales clubes del fútbol argentino, pero sí destacarlas como uno de los tópicos más ricos de la vida popular.

En las calles de Buenos Aires se habían vendido versos sueltos durante el siglo XIX y seguramente, antes también. Menciona el hecho la famosa *Sátira* colonial de Manuel José de Labardén y también, después del “grito de la Patria”, en esa forma distribuyó sus cielitos y diálogos patrióticos iniciadores de la poesía gauchesca el rioplatense Bartolomé Hidalgo. Pero no hay testimonios de que tal actividad continuara regularmente. En cambio, en las ciudades del Interior y sobre todo en los pueblos más chicos, parece que los *verseros* tuvieron casi tanta licencia como en Chile, particularmente en Quillota, de donde procede la más chispeante historia de un versero en acción comercializadora y del comportamiento de su clientela que pueda pedirse. Esto concuerda con el carácter de los materiales recogidos en la segunda y tercera décadas del siglo XX por Roberto Lehmann-Nitsche y con los testimonios de Ismael Moya quien, en distintos trabajos, aporta los recuerdos de su propia infancia vivida en el pago bonaerense de Dolores, donde corrían de ese modo hojas sueltas impresas en tipografías locales: historias de “desgracias” (crímenes), accidentes, catástrofes naturales y otros temas antes preferidos por la prensa sensacionalista llamada “amari-

lla” y, hacia el fin del período estudiado, ya tema clave de los programas sensacionalistas de radio y televisión. La autora de este capítulo pudo comprar, hacia los años setenta del siglo XX, algunos ejemplares de las manifestaciones modernas de tal comercio: fotocopias de versos populares destinadas a consumo de turistas y lugareños, que eran vendidas por su autor en ocasión de “jineteadas” realizadas como espectáculo en Sierra de la Ventana, Buenos Aires, por ejemplo.

DE CALLES Y CAMINOS

Los caminos, como dijo el español Antonio Machado, en principio se han hecho “al andar” de quienes los frecuentaron. La vida y el trabajo de innumerables reseros, troperos, arrieros y remeseros, dedicados al tráfico de animales vivos para consumo, para monta, para tracción o para carga, jalona la historia del poblamiento argentino. Por esos caminos, otros desplazamientos y otras especies de comercialización caracterizan el lapso 1914-1983.

Muchachos con canastas de salames y salamines de tipo casero y de quesos de pasta semidura aparecieron en la ciudad de Buenos Aires en las últimas décadas del período. Su oferta parece derivada de la que, con el agregado de panes, tortillas al rescoldo y botellas con miel o salsas de tomate, proliferaron progresivamente a lo largo de los caminos que salen hacia el Gran Buenos Aires. El negocio allí es distinto al del vendedor ambulante y así merece ser reconocido.

En general, en todo el país, es posible hallar, a la vera de las rutas, al entrar y al salir de los poblados, numerosos puestos exhibidores

de productos que globalmente pueden ser calificados como "artesanales". Tanto comestibles como prendas de vestir, utensilios o adornos personales u hogareños (tejidos de telar, objetos de madera, cuero, metal, cerámica, fibras varias y plumas) se presentan expuestos con gracia y son ofrecidos por hombres, mujeres o niños a cargo de su cuidado. La variedad de esta oferta instalada en los caminos es muy grande y se relaciona directamente con la producción natural y cultural lugareña. No se trata de una mercadería calificada, con marcas de autenticidad o indicaciones de procedencia, pero emana directamente de los poblados vecinos, ya sean éstos de extracción aborígen, como la de los tobos de Rosario o los chanés y "chiriguano" de Tartagal, criolla, como la de los ceramistas de Traslasierra en Córdoba, o fundamentalmente de origen migratorio, como ocurre en las colonias suizas de Entre Ríos, en las galesas de la Patagonia, en las alemanas de Córdoba, en los pueblos con gran presencia boliviana de Jujuy y en muchos otros lugares donde el trasplante cultural ha mantenido su producción característica.

Los grandes santuarios religiosos del catolicismo proporcionan una especial oferta de recuerdos destinados a los peregrinos que, en creciente número a medida que se avanza en el período tratado, acuden a estos centros de devoción con indudable fe y hacen de ello una oportunidad para la reunión familiar y el esparcimiento. Si bien existen artesanos especializados en la confección de exvotos de metales preciosos o no (pequeñas réplicas de piernas, pies, brazos, manos, corazones, etc.), que se ofrecen y colocan en los altares como prueba de agradecimiento por la curación obtenida), los elementos que se exhiben para su venta alrededor de dichos santuarios son, en su mayor

parte, objetos industrializados y publicaciones impresas con licencia institucional, además de bebidas envasadas y comidas entre las cuales se encuentran algunas artesanales, como los panes y bollos caseros y el chipá de mandioca, generalmente fabricado, y en buena parte consumido, por inmigrantes paraguayos. El chipá constituye una de las pocas adquisiciones de origen tradicional sudamericano que se han popularizado en la Argentina, y han arraigado en Buenos Aires. Si bien comenzó vendiéndose en las ferias populares y más adelante en las panaderías de las estaciones de tren, llegó después, en sus versiones más pequeñas, hasta a algunas empresas de refinada repostería y también se expende ya embolsado, de procedencia industrial. Hacia fines del período estudiado se ha ido intensificando la presencia de vendedores de chipá por las calles de los barrios —incluso los más elegantes— de Buenos Aires: son, en general, hombres que caminan con una canasta redonda colocada sobre sus cabezas. Por lo común, su paso es silencioso y rápido y no vocean su mercadería. Los chipás que venden son grandes como panes del tipo "Felipe" o bien tienen forma de rosca de dimensiones parecidas. Esa misma técnica de transporte de mercaderías fue utilizada en otros lugares del país, sobre todo por mujeres, tanto afroamericanas como criollas, según lo muestra la iconografía. En el Noroeste se conoce con la voz quechua *pushquil* al rodete de tela que se coloca sobre la cabeza para apoyar allí los elementos transportados, que son generalmente canastas, bateas o cántaros, con diversos contenidos.

Los vendedores a domicilio que se han mencionado más arriba y otros de su tipo existían en los barrios porteños, al menos hasta la década de los cuarenta, y muchos de ellos

duraron aún más, hasta el punto de que escoberos, mimbrosos y toda la gama de expendedores de golosinas arriba citados todavía salen a desempeñar sus oficios por los pueblos del Gran Buenos Aires y hasta por los barrios de la misma capital. Las ventas en instalaciones, colocadas tanto al costado de las rutas como en las ferias de las plazas y puestos callejeros, también reconocen una sostenida vigencia. En la Capital Federal fueron famosos los “carritos de la Costanera” que vendían “choripán” (pan francés con chorizos criollos a la parrilla) hacia la década de los sesenta y luego trasladaron ese nombre a los lujosos restaurantes allí emplazados, para retomar sus formas iniciales en los barrios más pobres o en ocasiones propicias por la acumulación de público potencialmente comprador. Los “panchos” (salchichas en panes, llamados ambos “de Viena”) se expenden en el centro y en los barrios de todas las ciudades y en no pocos pueblos; las pizzas multiplicaron sus variedades y sus bocas de expendio y las hamburguesas (bifes de carne picada en panes circulares de masa tipo “Viena”) pasaron a ser mercancía competitiva en distintas empresas multinacionales que las tienen como especialidad.

ALGUNOS SERVICIOS CARACTERÍSTICOS

En las ciudades, sobre todo en Buenos Aires, hubo personas cuyos oficios marcaron con trazos de color el paisaje urbano durante varias décadas. Una presencia propia del centro de la urbe era la del deshollinador: menu-do y ágil, en bicicleta y luego en moto, con su traje íntegramente negro, lo mismo que su gorra o su galera, su cara, sus manos y los ins-

trumentos que en una de ellas llevaba para desempeñar tan singular tarea. Las casas de los barrios requerían algunos otros servicios permanentes relacionados con la higiene, que aportaban también a sus protagonistas. Uno era el “basurero”, con su chata cargada de olores nauseabundos y uno o dos ayudantes que no escatimaban palabras de subido tono para matizar su dinámica y, por cierto, irremplazable faena. El basurero era, en definitiva, un funcionario municipal que se llamaba a sí mismo “recolector”, al menos en las coplas octosilábicas que anualmente repartía para pedir su aguinaldo al aproximarse las fiestas de fin de año (“Aquí está el recolector / que pasa todos los días / y hoy desea felicidades / para toda la familia”; o bien, “Ya están llegando las Fiestas, / ya viene la Navidad; / su recolector amigo / les desea felicidad”, o alguna por el estilo). Otro funcionario municipal era el barrero, también llamado antes por la gente “musolino” —por alguna asociación con el nombre de Giuseppe Musolino, el célebre *brigante* italiano—: era el encargado de pasar su cepillo por las calles, juntar los montoncitos de hojas de árboles y papeles con una larga pala y colocarlos en el carrito manual que él mismo empujaba. Este trabajador existe hasta el presente en Buenos Aires en versiones modernizadas, con buenas vestimentas y equipos proporcionados por las empresas concesionarias de la limpieza capitalina. Por fin, las familias solían tener abonos a un servicio particular de desengrasadores de depósitos de agua de las cocinas. Eran los “cloaqueros”, que se autodenominaban “cloaquistas”, como rezaban los papelitos con versos que, igual que los recolectores, dejaban a fin de año para solicitar contribución. Éstos podían decir cosas como: “El cloaquista que a su hogar / todo el



La elegante Tienda La Reina, en la ciudad de Buenos Aires. *Imágenes de Buenos Aires. 1915-1940.*

año lo ha servido / hoy a sus plantas rendido / le desea felicidad”; ¿y qué señora no accedía a dejar en sus manos unas monedas, antes de verlo partir con su gran recipiente de bronce brillantísimo y su bolsa con prolijos trapos de limpieza?

En otro orden de cosas pero con el mismo ámbito de comercialización, la calle, en el interior del país continuó la venta domiciliaria de carbón y leña acarreados muchas veces por los característicos burritos. En Buenos Aires y las demás ciudades, éste y otros negocios, que fueron antes ambulantes, se afincaron paulatinamente en corralones de venta por mayor y menor y luego, preferentemente en locales con puertas “a la calle”, para el expendio de productos de más de un rubro, como carne, verdura, fruta, ajos y limones, papas, batatas y ce-

bollas, huevos, carbón y hasta bebidas populares, que prefiguraban la invasión, ya visible hacia mediados del período, de los monumentales supermercados. Para llegar a esto, hay que decirlo, las costumbres habían debido cambiar radicalmente.

Si, a fines del período, la adquisición de productos de la llamada “canasta familiar” suele realizarse en supermercados y con frecuencia es enviada a domicilio, y si hacia 1983 ya se perfila la luego impuesta costumbre del *delivery*, a principios del mismo lapso las señoras y hasta las “muchachas” de servicio tenían a menos caminar por la calle con “paquetes”. Las tiendas enviaban lo comprado a casa de los clientes, desde medio kilo de carne hasta un sombrero, y hacia mediados del período tratado, prevaleció en Buenos Aires este

comportamiento que mantenía a las señoras “puertas adentro” de sus viviendas y multiplicaba el trabajo de los dependientes que efectuaban los citados servicios. Poco a poco, desde los barrios más populares se extendió la costumbre de la compra femenina directamente en el negocio, no sin registrarse los riesgos que ello significaba, como lo narra una historia de tango que comienza: “La más bonita del barrio / salió para el almacén / sintiendo que a su costado / le estaban haciendo el tren”.

LUGARES COMUNES

La palabra “almacén” tiene connotaciones variadas. Como comercio de ramos generales fue habitual su presencia en todo el país. Los almacenes de campaña constituyeron una avanzada de civilización, cuya historia ha sido muchas veces contada desde los comienzos de la configuración nacional. Representan, como técnica de comercialización, lo contrario de la actividad de los vendedores ambulantes. Su prestigio se basa en la añosa, a veces secular permanencia en el mismo lugar elegido por sus fundadores para emplazarlos, así como también, generalmente, en la continuidad familiar de la firma, que aseguraba el conocimiento de los clientes por parte de los dueños —quienes, aunque se hubieran enriquecido y tuvieran dependientes, siempre se mantenían atentos detrás del mostrador— y facilitaba los inevitables pedidos de fiado y la acostumbrada venta con libreta. Este sistema, lo mismo que su multifunción como comercio y como despacho de bebidas (o “estaño”), era compartido por los almacenes de campaña con muchos de la ciudad, hasta que se generalizó la

más moderna “despensa”, y los bares, sumados a los tradicionales cafés, desplazaron hacia sus mesas las costumbres de la clientela. Ésta era estrictamente varonil y encontraba allí no solamente la posibilidad de degustar cafés y bebidas alcohólicas o no, sino también de armar mesas de juego de cartas o dados —con apuestas de porotos o de consumiciones para los otros a cargo del perdedor— y hasta el privilegio de poder jugar al billar que, en Buenos Aires, llegó a multiplicarse al impresionante número de treinta y seis mesas en un conocido establecimiento. La bebida tenía allí el mismo carácter de “paraíso artificial” que había alcanzado en las antiguas pulperías de campaña y es por eso que el tango recoge con tanta frecuencia temas como el de “los mareados”, “mama-dos”, “curdas” o “borrachos” que, aunque en todos los casos aluden a los ebrios, no siempre proyectan imágenes propias de la pobreza, sino, con frecuencia, también de la vida frívola de los “muchachos calaveras” que buscan “ahogar las penas” en “la copa de rubio champán”. Lo mismo que en las pulperías, el cuchillo salía a relucir allí en las reyertas de hombres, alcoholizados o no, y las figuras de grandes malevos, tauras, cuchilleros, guapos, quedaron asociadas al tango y a sus compadritos: Borges recuerda al Petiso Flores en la Recoleta, al Turco en la Batería, al Noy en el Mercado de Abasto y exalta en un poema la fama de Juan Muraña.

Otra costumbre relacionada tangencialmente con el café y que se refleja en los temas del tango es la de fumar. El cigarrillo es constante como marca de aquel que ha alcanzado la edad de la hombría (según el tango *Cafetín de Buenos Aires*) y a veces se presenta como hábito femenino, como “un placer”, en los ambientes del ocio y el vicio. Su circunscripción

territorial quedaba expresamente indicada, y respetada, en los trenes, aun de corta distancia, con los carteles que rezaban "Salón de Fumar". También en los niveles *folk* y etnográficos se documentan, según las regiones, tanto el uso del tabaco como el de la masticación de la coca. Los grupos tupí-guaraníes consumen el *pitima cui* o tabaco en polvo que, además, era utilizado por los chamanes para sus viajes oníricos. Por su parte, en los pueblos del interior del país, hombres y mujeres acostumbran utilizar tabaco, especialmente para fumar. Cigarros como los de la marca Villagrán se mencionan en coplas del carnaval de Salta y Jujuy (por ejemplo, "Voy a fumar un cigarro / de la marca Villagrán; / voy a cantar una copla / que tal vez no la sabrán") y los *chalas*, o cigarros liados con las tiernas espaldas de choclos (que así se denomina localmente a las mazorcas del maíz), han sido nombrados en distintas páginas literarias, entre ellas el poema autobiográfico de Ezequiel Martínez Estrada, "San José de la Esquina" (*Argentina*, 1927), cuando dice: "Fuera del pueblo, en casa de una vieja. Una pala / de sacar pan. Un horno. Otro chico. Algún juego. / La vieja que pitaba un cigarro de chala. / Recuerdo bien la mano, el cigarro y el fuego".

En el Buenos Aires del siglo XX hubo cafés y cafetines, y entre los primeros se cuentan no pocos, memoriosos de voces de artistas y bohemios, algunos de cuyos nombres emblemáticos fueron cantados por los tangos, como el Café de los Angelitos, de Rivadavia y Rincón, y el sobreviviente Café Tortoni, de la Avenida de Mayo. En muchos de tales cafés existía un sector, generalmente separado por una división de madera y cristal, con maceteros de bronce y plantas de interior de anchas hojas oscuras como todo adorno, al que podían entrar las se-

ñoras y los niños y se lo llamaba, por ello, "Salón de Familias".

Los hombres solían frecuentar también cafés carentes de mesas, donde se saboreaba en la barra la aromática infusión; algunos de los más conocidos fueron los denominados Paulista, La Cosechera, la Puerto Rico, Sorocabana.

Las damas y las damitas tuvieron, mucho antes de promediar el siglo XX, otro tipo de lugares aptos para sus propios encuentros con amigas o amigos: las confiterías. En cada ciudad de provincia, en cada pueblo que se respete, existe en el lugar más céntrico, prestigioso y visible (en ambos sentidos, el de ver y el de ser visto), por lo general frente a la plaza, al menos una confitería. En la ciudad de Buenos Aires, cada barrio terminó por poseer la suya, pero inicialmente ésta no tenía función definida, ya que las señoras y señoritas preferían reunirse en sus casas "a tomar el té" o bien trasladarse hasta las grandes confiterías del centro. Algunas de las más famosas confiterías porteñas del siglo XX fueron la París de Charcas (hoy Marcelo T. de Alvear) y Libertad, y la del Molino de Callao y Rivadavia, hoy desaparecidas, y también la Ideal de la calle Suipacha, la Richmond de Florida, Las Violetas de Rivadavia y Medrano, La Perla del Once, la London de Perú y Avenida de Mayo, que, con las inexorables transformaciones, perduran hasta el presente. Dos grandes confiterías que ya no existen en la zona de Santa Fe y Callao marcaron épocas de furor en la sociabilidad capitalina: la del Águila, en la propia esquina, y enfrente de ésta, a metros de Callao, el juvenil Petit Café, cuyos concurrentes asiduos, varones o mujeres, merecieron el calificativo de "petiteros" que figura en canciones de los años sesenta y hoy ha sido

incorporado como argentinismo por la Academia Argentina de Letras. El “copetín al paso”, modelo de los años cincuenta, y los posteriores del “snack bar” y del “pub”, entre otros, fueron marcando diversos espacios para la sociabilidad o el simple pasatiempo entre una y otra actividad de las que demanda la vida en la ciudad.

COMERCIOS Y COMERCIANTES

El almacén de barrio se situaba lejos, en todo sentido, de tales espacios de sociabilidad. Tanto en el almacén como en las más antiguas despensas se vendían en su mayor parte productos no envasados: el azúcar (la de mejor calidad se llamaba “de refinera” y venía en terrones irregulares de notable blancura), la yerba mate, las legumbres, las harinas y otros muchos habían generado técnicas específicas, en que los almaceneros descollaban, para envolver tan poco consistentes elementos, y reinaba allí el papel de estraza como continente con el cual el comerciante confeccionaba un particular paquete con dos cuernitos enrollados a los costados. También había recipientes de vidrio con caramelos que solían constituir la “yapa” esperada por los chicos que allí concurrían “a hacer los mandados”.

La influencia de la inmigración se hizo sentir en estos negocios, y era frecuente que las familias de determinadas nacionalidades de origen se instalaran en comercios del mismo rubro: los italianos como verduleros o carniceros, los españoles como almaceneros, los griegos al frente de quioscos de golosinas, los japoneses como tintoreros (aunque, en su mayor parte, fueron horticultores y floristas) configuraron algunas de las constantes para-

digmáticas; los llamados “rusos” —de religión judía— solían establecerse como sastres. También influyeron ciertas ideologías en boga a principios del período en la actividad de los comerciantes y se ha comprobado que muchos anarquistas de procedencia europea se ubicaron en diversos lugares del país como tipógrafos o como panaderos. En este último oficio parecen haber dejado marcas, hoy etiológicamente olvidadas, en los nombres todavía vigentes de algunas “facturas de panadería” que, acaso con intención irrespetuosa, aludían al léxico relativo a los uniformados o a los religiosos. La cocina, y en general el gremio gastronómico en sus expresiones más elevadas, fue campo propicio para muchos franceses.

Los organilleros, de cuya presencia en la campaña argentina del siglo XIX ha dejado testimonio José Hernández en su *Martín Fierro*, también solían ser europeos, como puede inferirse de la imprecisa calificación de “gringo” que el autor otorga al aludido en la estrofa sexta del canto III, de la primera parte: “Allí un gringo con un órgano / y una mona que bailaba / haciéndonos ráir estaba / cuando le tocó el arreo / ¡Tan grande el gringo y tan feo, / lo viera cómo lloraba!”. Entre el tango y el órgano, llamado afectuosamente “organito”, se estableció una relación retroalimentada: el organito de la tarde que recorría los barrios “moliendo tangos” fue cantado por las letras con énfasis en la nostalgia de una acaso prematura despedida y así, *El último organito* es recogido por otros que todavía circulan como rarezas y se niegan a morir. Junto a él, en lugar de la mona, la premonitoria “cotorrita de la suerte” es también un motivo caro al tango por serlo, como todo ritual adivinatorio, al gusto popular.



Interior de un almacén, con la mercadería en exposición. *La Nación*. 100 años de vida cotidiana.

NIÑOS POR LA CALLE

La presencia de los niños que trabajan o mendigan en las calles siempre ha despertado en todas las personas una gran ternura. La cara más triste y más perversa de la pobreza se muestra en esos pequeños que, si bien llevan en sí la alegría de sus verdes años, en poco tiempo se marchitan física y espiritualmente como consecuencia de su exposición a la intemperie, de la mala alimentación y de las pésimas influencias que transitan las calles de toda gran ciudad. El tango describe el contraste entre el mundo libertino y dispendioso de la "farra" y el de la niñez desvalida: "A la salida de la milonga, / llora una nena pidiendo pan. / Por eso es que en el *gotán* / siempre solloza una pena". Dos de esos personajes han adqui-

rido en Buenos Aires un carácter de símbolos. Uno es el vendedor de diarios, inmortalizado por Florencio Sánchez en su pieza teatral *Cañillita* que dejó este nombre para los "pibes" de pantalones cortos, que cumplían su misión de *marketing* periodístico corriendo a los coches y trepándose audazmente a los tranvías, a los colectivos y a los trenes voceando los nombres y las ediciones de los diarios que ofrecían. Otro es el lustrabotas, antes muchas veces niño, que hacia el fin del período muestra mucha mayor presencia de hombres ancianos y hasta de jóvenes dedicados a este oficio.

Los niños que trabajan tienen otras funciones y otro papel en la sociedad familiar de las distintas áreas culturales del país. Las necesidades que derivan del trabajo rural, cría de animales, faenas agropecuarias, transporte de

cargas y de personas a pie, en carros de diversos tipos, a caballo o a lomo de mula o burro, exigen la temprana colaboración de los llamados “changos” en el Noroeste y “gurises” en el Nordeste y que son los “pibes” o, por mal nombre, los “mocosos” de la ciudad. Sus labores, físicamente más duras que las de los canillitas y lustrabotas, son sin embargo más formativas en lo físico y en lo espiritual. Como lo describe Augusto R. Cortazar, el niño aprende que el ser humano es señor de la naturaleza en cuyo medio existe, pero también percibe que debe relacionarse armónica y sabiamente con ella. Su mitología —donde siguen campeando todas las figuras imaginarias propias de la cosmovisión local: Coquena, el Llastay, el Mikilo, el Duende, el Uturunco, la Mulánima, el Ucumar y otros en el Noroeste; el Yasy-yateré, el Curupí, el Pombero y demás nordestinos; el Chilludo, el Gualichu, el Anchimallén y otros patagónicos, por dar pocos ejemplos— le enseña a temer aquello que no conoce, pero también lo lleva a querer aprender lo más posible de lo que lo rodea y a ponerlo al servicio de su vida. No se prepara para ser un espectador sino un hacedor, no un número en la masa sino una persona reconocida en la comunidad. Hasta en sus diversiones la respuesta rural es más intensa: lo que para unos se orienta, por ejemplo, al deporte estrictamente codificado o a los juegos electrónicos, para los otros es libre andanza escudriñadora, y el regreso al hogar con que finaliza cada día, si para unos es compartir imágenes, informaciones y ficciones mediáticas, para los otros —acaso con precarios sistemas de iluminación— es diálogo de intercambio experiencial con sus familias. Hacía fines de la década de los ochenta, esta realidad, como aspiración de las personas, se hallaba ya en proceso de cambio muy evidente.

OFICIOS DE MUJERES

¿Cómo se presenta, puertas afuera de las casas, la imagen de la mujer? Las mujeres de la calle, prostitutas, mendigas, alienadas, constituyen también un aspecto patético de las ciudades que, en la Argentina, hasta la década de los ochenta, no incluía la presencia luego progresivamente acentuada de los llamados “travestis”. El tango es un oscuro espejo de la existencia de quienes son lanzadas por su cruel destino de pobreza a salir del barrio, dejar el “percal” de sus modestos vestidos, renunciar a “la pollera cortona y las trenzas” y perder la inocencia por un “tapado de armiño, todo forrado en lamé”. Evaristo Carriego ha cantado también a las que optaron por la “mala vida”, a las que un error inicial condenaba irremisiblemente, en la historia de “la costurera que dio aquel mal paso / y lo peor de todo, sin necesidad”. Y son numerosas las letras del cancionero ciudadano referidas al perverso magnetismo del propio tango (“Aquel maldito tango”) y sus ambientes que arrastraba tanto a la “francesita” como a la “galleguita” y acaso a la “rusita” Esther, de todas las cuales se pudo decir con resignada pesadumbre: “Milonguita, flor de fango, / que por culpa de aquel tango / se perdió”. En contraposición con esos tipos femeninos, la figura de la madre es constante en el universo de las letras de tango: la “santa viejita” permanece en la vida de hombres y mujeres como símbolo de refugio, perdón y bendición.

“Trabajar afuera” era síntoma de pobreza en las costumbres femeninas. Su oferta de mano de obra no transformaba el mercado del trabajo masculino. La ubicación laboral de las mujeres de pueblo estaba en las fábricas como obreras, en las casas de familia como



Mesa de confitería porteña en la acera. La vestimenta de hombre y mujer muestran un modo de guardar luto. *La Nación*. Cien años de vida cotidiana.

empleadas domésticas de distintos tipos: niñas, mucamas, cocineras. Con mayor *status* se colocaban las amas de llaves y las respetadas institutrices, generalmente “inglesas” o que hablaran bien ese idioma que, progresivamente, fue suplantando al francés como segunda lengua y canal para un adecuado enriquecimiento cultural. En los talleres de costura se desempeñaban como costureras en general, con especialización —por ejemplo, en lencería—, como bordadoras o como “pantaloneras” para la vestimenta masculina. Las más hábiles y de buen gusto se convertían en verdaderas modistas o sombrereras e instalaban su negocio, generalmente en una sala de su propia vivienda.

La ropa, por lo común de confección laboriosa y doméstica, no se consideraba descartable como ocurrió después de la invasión del

mercado por prendas muy baratas, como los *jeans*, las zapatillas, las remeras y las camperas de confección masiva y baja calidad. Era común que, en tiempos de crisis, las mujeres tuvieran de negro en sus propias casas, para no gastar en tintorería, vestidos que debían usar cuando un nuevo luto ensombrecía a la familia. Esto de las manifestaciones externas del duelo se regía por un código de transmisión oral pero inquebrantable para todas las clases sociales, que dividía a los lutos en categorías como “riguroso”, “aliviado” y “medio luto”, de adopción progresiva a medida que pasaba el tiempo después del fallecimiento o se iniciaban en las formas menos estrictas cuando el parentesco con el difunto era más lejano. Había casas especializadas en ropa de luto para mujeres, que a veces también vendían accesorios imprescindibles para hombres y niños,

como corbatas y brazales negros que se cosían en la manga del saco. Era también costumbre llevar una cintita negra que tomaba la solapa y pasaba por el ojal de la chaqueta. Tarjetería de luto se usaba en la Capital como en el Interior, pero sólo en este último se mantenían costumbres como la de poner grandes moños de crespón negro en la puerta de calle de la casa donde había habido un fallecimiento. Los imponentes coches fúnebres de adultos tirados por negros caballos y los blancos servicios infantiles eran presencias frecuentes en las ciudades hasta casi mediados del período.

Cuando se acortaron las faldas de los vestidos, hacia los años veinte, llegó a generalizarse el trabajo, siempre femenino, de “levantar puntos” de medias, de seda primero y de nylon después. También fue muy apreciado, en tiempos de crisis, el saber realizar “zurcidos invisibles”, “dar vuelta cuellos” de las camisas, tejer con una o dos agujas en técnicas diversas, realizar “vainillas” y “festones” a mano para sábanas y manteles. Muchas de estas habilidades eran enseñadas —hoy no se lo comprendería— en la asignatura Labores de las escuelas primarias y secundarias de todo el país.

La peluquería, como oficio femenino, se generalizó en establecimientos barriales equipados con arsenales de bigudías y aterradoras instrumentos con cables eléctricos para hacer ondulaciones llamadas “permanentes”. Posteriormente, éstos fueron reemplazados por otros tipos de ondulaciones “al vapor” y de otras clases, hasta que la moda del pelo lacio entre las jóvenes introdujo, primero, los grandes “rulers”, después, el sistema de “la toca” y finalmente, las “planchitas” en boga ya hacia el final del período de referencia. En este último se incrementó el número de peluqueros varones —“coiffeurs”, “estilistas”— así

como el de los establecimientos peluqueros que ofrecen también servicios de manicuras, belleza de pies, depilación integral y, a veces, maquillaje y “cosmiatría”.

En las etapas iniciales del tiempo aquí tratado, cuando una mujer había realizado estudios suficientes podía emplearse como secretaria en alguna empresa oficial o privada, aunque progresivamente el empleo público fue abriendo puertas y espacios que la mujer ocupó en tal medida que fue desplazando poco a poco a los mismos jefes en cargos históricamente masculinos.

Las primeras mujeres que intentaron manifestarse políticamente solían ser tildadas con el arcaísmo europeo de “sufragistas” (nacido en el siglo anterior) y, efectivamente, el voto femenino pasó a convertirse en ley en 1947. Los movimientos para reivindicar e instaurar nuevos derechos de la mujer constituyen un tema ya tratado en abundante bibliografía. Desde el siglo XIX, no obstante, la presencia de la mujer que salía de su casa para un trabajo honroso y de prestigio estaba simbolizada por las maestras, quienes en el comienzo y hasta mediados del lapso referido, tuvieron una muy fuerte influencia —luego, marcadamente decreciente— en la formación de los valores de la ciudadanía argentina. El arduo y vital trabajo de las enfermeras fue casi siempre mal comprendido y ello hizo que, progresivamente, con las ventajas que ofrece la gratuidad de las universidades estatales, quienes tienen vocación por las artes de la salud, sigan carreras de Medicina, lo que provoca superabundancia de médicos y lógica carencia de nutridos cuerpos de enfermería profesional.

A lo largo del período, y de acuerdo con una tendencia mundial, la mujer fue ocupando todos los cargos a que es posible aspirar en

el país. Su presencia laboral fue incidiendo cada vez más en el mercado y estableció progresivamente un desequilibrio pronunciado en el acceso de los varones al empleo. Esto condujo a cambios fundamentales en la vida cotidiana de los sectores urbanos y también a transformaciones profundas en las aspiraciones de las mujeres del interior del país, con las consiguientes modificaciones en las conductas conyugales, paternas y filiales y una notable incidencia en el destino de los ancianos. Éstos —cada vez más longevos gracias a los avances de la medicina social y de la divulgación de prácticas saludables en materia de alimentación y salud mental, por ejemplo— fueron perdiendo su función ejemplarizadora y nucleante en la familia y, ya instalada esta última en la estructura de “vivienda expulsiva” que constituye el departamento pequeño, no poseen tampoco lugar físico donde hacer su vida sin molestar a los demás. Por ello se intensifica, hacia el final del período, el auge de las instituciones geriátricas, recursos en principio excelentes para los casos clínicamente irreversibles, pero que privan muchas veces de presencias ricas en valores existenciales a las familias y especialmente a los niños que crecen sin abuelos.

En la mayor parte de los pueblos rurales, la vida continúa de otra manera en el tiempo aquí tratado: todos los miembros de la familia poseen funciones irremisibles y aun la comunidad asume tradicionalmente otras que la involucran por general conveniencia, como es el caso de las tareas de apoyo que los parientes y vecinos brindan a quien debe cumplir una pesada faena en tiempo reducido. La costumbre ancestral y vigente de la “minga” —o prestación de trabajo a cambio de un final con fiesta— es el mejor ejemplo de este tipo de

comportamientos solidarios. Muchas veces se aprecian fenómenos de ese tipo en las ferias francas y mercados de instalación periódica, que en Buenos Aires prácticamente habían desaparecido hacia 1983, pero que se habían mantenido hasta fines de la década anterior, con una frecuencia de dos veces por semana. En el Interior, las ferias y mercados constituyen verdaderas instituciones funcionalmente importantes para el fomento de la sociabilidad, sobre todo en medios geoculturales donde las distancias y la falta de fáciles accesos contribuyen al aislamiento. Algunas de ellas se repiten todos los sábados, como la Feria de Simoca en Tucumán; otras lo hacen en ocasión de alguna festividad religiosa, como la Feria de Yavi que se inicia el Domingo de Ramos y dura ocho días, hasta el lunes siguiente a la Pascua de Resurrección. La mujer tiene, en esta forma de comercialización, una participación muy activa.

LA FE JUNTO AL CAMINO

A medida que avanzaba el siglo XX iba haciéndose cada vez más notable, en los caminos de todo el país, la presencia de pequeños oratorios, templetos, cruces, banderas y otras maneras de manifestación de cultos populares. Félix Coluccio los trata bajo títulos como “Principales devociones”, “Los gauchos milagrosos”, “Iluminados y líderes espirituales” y “El santoral sospechoso”. Allí aparecen, entre muchos otros, desde la Difunta Correa —cuyo culto, iniciado en Vallecito, provincia de San Juan, es sostenido y divulgado por el gremio de los camioneros— hasta la bailarina Telesita de Santiago del Estero; desde la pecadora Juana Figueroa y el niño mártir Pedrito Sangüe-

so, ambos de Salta, hasta el Carballito y el Pedrito Hallado, de Tucumán. En el grupo de los "gauchos milagrosos" se cuentan Olegario "Lega" Álvarez, de Corrientes, estudiado documentadamente por Carlos Dellepiane Cálcena, y también Mariano Córdoba y el más moderno Gaucho Chilliento, los dos de Tucumán. A medida que avanzaba el siglo, este fenómeno multiplicó su presencia y emergieron en zonas muy alejadas del culto local primitivo oratorios y embanderamientos dedicados, sobre todo, al Gauchito Gil, que fue en principio una devoción a la llamada Curuzú (o cruz) Gil, es decir, una adoración de la cruz cristiana, y luego, transformada la narración en un relato netamente humano, se sumó a los cultos a héroes del tipo Robin Hood: que roban a los ricos para distribuir lo robado entre los pobres. Este mismo tipo de leyenda de creencia, como las denominó Susana Chertudi, se atribuye a otros gauchos como Andrés Bazán Frías, Aparicio Altamirano, Juan Bautista Bairoletto (o Vairoletto), el gaucho Cubillos y varios correntinos relacionados todos con la devoción de la Cruz como el gaucho Antonio María (*Curuzú jhetá*) y el conocido como Curuzú José. En general, los "canonizados" tienen en común el haber muerto en forma singularmente trágica o violenta y ese motivo del "martirio santificador", que ya aparecía desde los siglos pasados en las moralejas de los "cantares matonescos" y se refleja en el *Martín Fierro* y la gauchesca posterior, es el que ha hecho que no solamente las buenas personas sino también, y particularmente, asesinos, ladrones, mujeres pecadoras y otras clases de "desgraciados" aparezcan como dignos intercesores ante Dios para muchos sectores del pueblo. Entre los iluminados y líderes espirituales se sitúan los famosos Pancho Sie-

rra, su discípula la Madre María, Tibor Gordon y, más modernamente, varios "hermanos" y aun verdaderos padres de la Iglesia que la gente considera con carismas especiales, particularmente por sus poderes para "sanar". Carlos Gardel siguió teniendo, pese al tiempo transcurrido desde su muerte, un vivo culto popular, no sólo en la Argentina sino también en Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile y Venezuela. Por fin, entre lo que Coluccio llama "el santoral sospechoso", se destacan algunos cultos de amplio arraigo como el de San La Muerte, el de San Son, el de San Lo Imposible, el de Santo Pilato y el de ciertas transformaciones iconográficas de santos ortodoxos como San Marcos, Santa Bárbara, San Onofre y otros muchos. El mismo culto correntino al rey mago San Baltasar, separado del ritual de la Epifanía del Señor, presenta muchas características de carácter netamente popular, como lo ha comprobado en su investigación Alicia Quereilhac de Kussrow. Hacia fines del período, la predisposición colectiva a asimilar este tipo de leyendas de creencia y a aceptar los "milagros" que se atribuyen a los destinatarios de tales cultos, es muy grande, tal vez porque resulta grato a la mayoría aceptar que se puede vivir al margen de toda norma y alcanzar, tras la muerte, ciertas formas de trascendencia espiritual; tal vez porque los fieles necesitan aproximar a las circunstancias de su propia vida a quienes eligen como intercesores entre ellos y la divinidad. Lo distorsivo del fenómeno es que el discurso colectivo se acerca mucho al empleado respecto de estas devociones cuando la gente se refiere a cultos propios del catolicismo canónico; por ejemplo, a las advocaciones marianas de reciente introducción en el país, como Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás, la Virgen Desatanudos o

María como Rosa Mística, y por ello la Iglesia debe mantener constantemente su prédica clarificadora en uno y otro sentido. En una historia de la cultura popular no es posible ignorar esta perturbadora y visible tendencia. No obstante, la religiosidad del pueblo argentino mantiene en los altares mayores de sus cultos doméstico y colectivo las devociones del Sagrado Corazón de Jesús, entronizada sobre el dintel de la puerta principal de la vivienda, la de Nuestra Señora de Luján, la Virgencita gaucha en las estaciones de ómnibus de larga distancia y del ferrocarril, y en diversos ámbitos culturales, las de Nuestra Señora de Itatí en Corrientes, de Nuestra Señora del Valle en Catamarca, del Señor y de la Virgen del Milagro en Salta, por dar sólo unos pocos ejemplos de estos cultos que se derraman en procesiones por las calles y en peregrinaciones por los caminos y rutas impulsados por una conmovedora y verdadera fe.

LOS ESPACIOS DEL OCIO

En la consideración de la vida cotidiana fuera de las casas no pueden faltar las actividades que la gente desarrollaba en los espacios destinados al ocio o en otros apropiados para ello. Entre estos últimos, los de uso más auténticamente cotidiano son, tanto en la ciudad como en los pueblos de campaña, las mismas calles —entiéndase aquí las calzadas— y sus veredas —entiéndase aquí aceras—, así como los baldíos o terrenos sin edificación, que eran los “huecos” de los siglos pasados y que en el campo suelen llamarse con la voz “potreros”, de plural significación.

La vereda fue cantada en una popular mi-
longa como superficie transitada por el “pasi-

to compadrón” de una “silueta porteña”; demarcada como espacio territorial de conflicto en el juego infantil denominado “El patrón de la vereda”; inmortalizada por su presumible carencia pretérita en el poema de Jorge Luis Borges, “Fundación mítica de Buenos Aires”: “sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente”.

La vereda era el atrio de la casa. Por la mañana, objeto de barrido y lavado cuidadosos. Por la noche, lugar propicio para las serenatas frente al balcón, preámbulo del zaguán cómplice y de la celosa cancel. Por las tardes, en ella, desde el “cordón” de piedra que la separaba de la calle hasta el umbral más o menos alto y más o menos enmarmolado de la vivienda, se instalaba la sociabilidad vecinal, sin compromisos de “recibo”, facilitada por la costumbre de los mayores de sentarse en sillas o bancos a la puerta de la casa —muchos, tomado mate—, mientras los chicos, bajo su vigilancia, podían jugar tanto en la vereda como también muchas veces bajar a la misma calle, en barrios por los que no circulaban demasiados vehículos y los que andaban lo hacían a velocidades discretísimas.

EL JUEGO

El juego constituye un capítulo esencial en la vida cotidiana. Uno de los más bellos. Aunque forman parte importante de la historia popular argentina en este período, han de dejarse de lado aquí las actividades lúdicas relacionadas con los juguetes comercializados (fundamentalmente, el inefable mundo de los “malcriados” y muñecas de las niñas y también el del balero y el yo-yo de los varones), así como los entretenimientos derivados de la posesión de rodados de procedencia industrial

(que hasta figuran en canciones y reconocen modas y periodicidades diversas, como patines, monopatines, triciclos, manomóviles, sulkiciclos, autitos a pedal o bicicletas). Así también, aunque configuran una parte fundamental de la cultura popular argentina del siglo XX, se desistirá del tratamiento de los de origen y proyección netamente deportivos, especialmente la pelota, en sus distintas formas, tamaños, materiales y funciones, cuya vinculación con el trasplante cultural de las distintas colectividades es evidente.

Los juegos infantiles más tradicionales, muchos de ellos de origen español, otros de ascendencia americana o traídos por distintas comunidades migratorias, constituyen uno de los capítulos más ricos de la cultura popular en el período tratado. El interior del país muestra, según el invalorable testimonio de la *Colección de Folklore* de 1921, una variedad extraordinaria. Sin poder aquí discriminarlos por el sexo o la edad de los jugadores, ni por las contingencias expresivas de su desarrollo, se citan algunos de los que en sus catálogos se muestran como más frecuentes.

En el Noroeste, incluida Córdoba septentrional: el *Anda la llave*, los anchos, arco o tango, el *Arroz con leche*, el barrilete (o pandor-ga), la bolita, las caritas, Cataplín-cataplán, la chigua, Chirufín-chirufán (Chirunflín-chirunflán), la Chista ballista, *Don Juan de las casas blancas*, las esquinitas, el gallo ciego (o la gallina ciega), el gato y el ratón, *Escogiendo novia*, *Hilo de oro, hilo de plata*, las hornillas, las jailliras, el lobito, la mamilla, la mancha, la mano caliente o *Adivina quién te dio*, el Martín Pescador, *Matarile-lirerón-pon-pon* ("Yo tenía un castillo / mandarine rinerine"), el pañuelo escondido, la payana, el pilpinto, el quiquiricón, el quita hijos, la rayuela, el rescate, A

la *rueda de la batata*, San Serenín, el suri y la mosca, la tapadita, el Tata Miguel, el tigre, el tinque, *La torre en guardia*, el trompo, la troya, *Una tarde en verano* ("En el mes de abril..."), la unilla, la víbora del amor, la viborita escondida, *A la vieja*, el zapatero, la zorra con hijos, el ángel y el diablo, el zun-zun de la calavera, y otras rondas con canto de romances o romancillos como *Alfonso XII*, *Levantate, Margarita*, *Estaba la Catalina*, *Mambrú*, *Sobre el puente de Avignon* y otros muchos.

En el Nordeste se comparten algunos de los antedichos y también se canta y juega a: *Ay que me duele un dedo*, *tilín*, el capichúa, la cinchada, la chanta, *Debajo de la cama de mi tío Simón*, *Estaba la blanca niña*, la cebollita del campo, *La farolera*, *En Galicia hay una niña*, el lobo, *Mañana domingo*, *Me mandaron a comprar*, el panadero, *Pipiringallo*, *Rin-rin renacuajo*, *Se me ha perdido una hija*, *Taúnde-ray* (en guaraní "voy a comer a tu hija"), *La viudita*, *Zapatito de charol* y otros.

La región cuyana tiene en común muchos juegos de los ya nombrados y también se encuentran: *A esconder el pie*, *Avestruz, ¿querés charque?*, el cuitijo (o sea el ya mencionado "quita hijos"), el diablo colorado, el farolero, jerigonza, *Los maderos de San Juan*, *Muy buen día su señoría / mantantirulirulá*, *La pájara pinta*, el tejo o luche, *La vieja de la vela*, como ejemplos.

Las provincias de la región pampeana, incluidas Buenos Aires y la Capital Federal, presentan, sobre el patrimonio básico hispanoamericano: el anillito, *A la una anda la luna* (o "la mula"), las banderitas, el boliche, el caracol, la casa del tercero, la dama-dama, el dinenti (tinenti o payana), las estatuas, el gran bonete, la mancha (socorro, agachada, pared, subida, bajada, etc., según las consignas pre-



El sulky ciclo, uno de los juguetes comercializados para los niños en la década del 50.

vias que acataban los jugadores), las ya citadas rondas con letras de romances, *La muñeca*, *La paloma blanca* (*La pájara pinta*), *El patrón de la vereda*, el pega-pega, el *Pisa pisuela color de ciruela*, la rayuela (con múltiples variantes), el rango (o rango y mida) y otros más.

Las provincias patagónicas no aportan a la *Colección de Folklore* de 1921 datos sobre juegos originales, pero sí lo hacen algunos legajos de la entonces gobernación de La Pampa, como el procedente de la localidad de Emilio Mitre enviado por el maestro Tomás Rivière, que incluye como juegos infantiles “El Prencantú be caien”, “El quemaún” y “El curá-cudeu”, así como varios juegos de adultos designados también en lengua aborígen.

Los juegos de adultos constituyen, precisamente, otro tema importante en la consideración de la cultura popular. La encuesta de 1921 ha recogido información sobre tres categorías de entretenimientos que podrían ser considerados como propios de los mayores, ya que no de los niños: juegos de adultos propiamente dichos, juegos de sociedad y juegos populares. Sin embargo, algunos de ellos parecen haber sido practicados también por los chicos, así como éstos se iniciaban, también jugando, en las destrezas que habrían de aplicar siendo mayores, como es el caso de la información

contenida en un legajo de Santiago del Estero donde se consideran entre los juegos infantiles estos tres: las visitas, *¿Suri, me quieres comer?* y “ejercicios de lazo para enlazar y pialar terneros”. Las adivinanzas –registradas en los cancioneros populares de Juan Alfonso Carrizo (desde el de 1926 hasta el de 1943) y en otras compilaciones de folklore poético, por estar enunciadas en dísticos, cuartetas, décimas y hasta en composiciones poliestroficadas incluyendo glosas– pertenecen al patrimonio de todas las edades. El listado de sus respuestas configura un válido catálogo de interés psicolingüístico sobre familiaridad de los jugadores con las palabras y con las “cosas” que éstas designan.

En un rápido muestreo, entre los principales juegos de adultos se mencionan: “Enhebrar la aguja”, “El barquito”, el gran bonete, caricias sin reírse, las carreras, la carrera del huevo, carrera de tres piernas, “El casamiento”, “Las catorce provincias”, “El contrabando”, “El corde rito”, “El correo”, el chili botón (*El botón doy*), el gallo ciego, la lotería, *Anda la llave*, *La María Ancina*, los naipes (la escoba, el monte, el póquer, el siete y medio, la treinta y una), la oveja, el pato, las penitencias, la raya, los refranes, los retratos, tira y afloja, el *Veo veo*. También se menciona a juegos “de sociedad” con

nombres indígenas en legajos de la entonces gobernación de La Pampa: como "El Aguarcudeu", "El Paracatum" (barajas), "El tendere-te", "El veintisiete", "El allileug", "El Palin", "El Pilmatún".

Como juegos populares aparecen, por ejemplo, las bochas, las pandorgas, el palo enjabonado, las riñas de gallos, la taba, el "rompecabezas" (la piñata), la sortija, las tinajas. Varios de estos entretenimientos tienen larga historia. Las riñas de gallos, reglamentadas por normas contenidas en impresos coloniales generalmente editados en Lima, han sido muchas veces prohibidas por la crueldad del espectáculo y por ser juegos de apuestas "fuertes"; no obstante, casi no hay localidad que no tenga su "reñidero", al cual suele asistir, con todos los honores de su rango, el mismísimo comisario del pueblo. En otros casos se incluyen en tal categoría juegos y destrezas directamente relacionados con fiestas del calendario litúrgico católico que se tratarán dentro de lo llamados "hechos cíclicos". Antes de hacerlo, sin embargo, se debe presentar un marco y un espacio fundamentales para la realización de gran parte de los hechos cotidianos, cíclicos y eventuales propios de la cultura popular: los que brinda la plaza.

Si las calzadas y aceras, como los patios de las casas y de las escuelas, son ámbitos propios para los juegos infantiles, las plazas, los parques y otros espacios abiertos lo son para éstos y también para los de adultos. Hay varias categorías de plazas. En las aldeas (llamadas en la Argentina pueblos o villas), tanto como en las ciudades, hay siempre una plaza. En torno de ésta se encuentran los edificios públicos más importantes: la casa de gobierno o del municipio, la iglesia, la comisaría, la sede de la principal sociedad de fomento o el club social.

También suele haber viviendas de familias espectables y de profesionales como abogados, escribanos, contadores y médicos. Como ya se ha dicho, en una de las esquinas no puede faltar la confitería, que a veces es simplemente una faz externa del mejor hotel local. Esta plaza lleva, por lo común, el nombre de algún prócer nacional y, más raramente, de alguno local. Las calles que la circundan difícilmente eludan alguno de estos designadores: 25 de Mayo, 9 de Julio, San Martín, Belgrano, Rivadavia. La biblioteca pública, que muchas veces se encuentra frente a ella o en una de las próximas calles laterales, suele denominarse Mariano Moreno, Domingo Faustino Sarmiento o Alfonsina Storni. Además del monumento al prócer que la patrocina, suele haber otros monolitos, esculturas o placas en esta plaza: los personajes más evocados son la madre, el bombero voluntario, algún sacerdote educador y alguna figura política que se emplaza aun a riesgo de que, en caso de ganar las elecciones el bando contrario, el monumento sea removido sin más explicaciones. Muchas de las plazas de factura antigua poseen glorietas, templetos o "kioscos", lugares elevados a los que se accede por escaleras de mármol y que a veces están cercados y coronados por rejas y alambres artísticos. Estas construcciones eran utilizadas para el emplazamiento de las bandas de música que, durante las primeras décadas del período estudiado, hacían las delicias de todos, pero especialmente de las familias procedentes de la inmigración europea, con la ejecución de partituras operísticas y *canzonetas* italianas, de fragmentos de zarzuelas y tonadillas españolas, sin que faltara para contentar a los viejos criollos un buen pericón como fin de fiesta. Espacio potenciado por su origen, por su misión y por sus funciones anti-

guas y actuales, en ninguna plaza que se respete puede faltar un mástil donde los niños de las escuelas izarán en cada oportunidad solemne el pabellón nacional. Es en su territorio, frente a la iglesia matriz, donde la variedad cultural del país se despliega con mayor colorido regional en las ocasiones propicias. Allí es donde tienen lugar las concentraciones religiosas, donde se inician y terminan las procesiones, donde convergen los misachicos, donde bailan los *suris*, donde se realizan las pantomimas ceremoniales de los autos sacramentales de origen medieval, donde se arman las ferias artesanales, donde se emplaza el pe-sebre público. Es allí también donde, durante todo el año, se realizaba cada tarde –y acaso en cierto pueblos aún esto se mantenga– la ritual “vuelta del perro”, los varones en un sentido, las mujeres hacia el otro, para no perder detalles ni dejar de tener presencia en ese juego previo, para los jóvenes, a la posibilidad de conversar, de visitarse, de comprometerse y, por fin –sí, por y como fin– de casarse, cuando aquello era la verdadera culminación del relato modélico. Hay en cada ciudad y pueblo del interior del país incontables historias que registran la importancia que ha tenido su plaza en la vida de su gente y la porteña Plaza de Mayo no escapa, por cierto, a esta regla.

Hay también otras plazas, menores, espacios para el entretenimiento sin ceremonias, donde se lleva a los niños a tomar sol y a los ancianos a tomar aire, donde a veces existen canchas de bochas y mesas de cemento con tableros de damas o ajedrez para los mayores y casi siempre hay juegos de hamacas, toboganes, sube y bajas, calesitas para los más chicos. Importa destacar que una cosa son esas calesitas que los niños utilizan para dar vueltas impulsados por su propio envión o por el movi-

miento manual de una rueda y otra, muy distinta y plena de magia, la verdadera calesita. Heredera del tiovivo español, las hubo –a comienzos y hasta mediados del lapso estudiado– movidas a tracción a sangre: una mula o un viejo matungo hacía girar la plataforma encantada donde caballitos, leones, patitos y bancos de madera pintada con fuertes colores invitaban a los chicos a subirse a ellos y disfrutar de las vueltas que daba el artefacto mientras sonaba la repetida música de algún “valse” –importado o autóctono– o de alguna ranche-ra. Con otros fondos musicales, su magia aún subsiste. El calesitero tiene, encadenada a un poste, una especie de gran pera de madera en cuyo extremo libre ensarta un anillo o “sortija” y ejecuta, frente a los niños que pasan girando en la calesita, diversas evoluciones con su mano para invitarlos a arrancar la sortija, pero escabulléndola cuando ya parecen capaces de alcanzarla. A su arbitrio, al terminar cada vuelta, el hombre deja que alguno de los jugadores saque la sortija, lo que lo hace acreedor a una soñada “vuelta gratis”. Tema de numerosos poetas –cabe recordar especialmente a González Carbalho– también fue cantada en tangos y valsés del cancionero urbano popular. La calesita no murió: se mantuvo viva mucho más que hasta 1983 y lo sigue estando, ahora en sus versiones eléctricas y, por cierto, más sofisticadas, en muchos lugares del país.

Por fin, las estaciones del ferrocarril fueron, durante todo el período estudiado, un espacio consagrado por la sociabilidad pueblerina, que las convertía en lugar de paseo con el pretexto de acompañar a los parientes o amigos que partían o llegaban en el tren. La imaginación popular hizo del viaje en tren un factor de prestigio, y así lo oyó la autora de este

capítulo cantar a un criollito carnavalero con su caja y su *huajtana* en las alturas de una quebrada jujeña: "Ya viene el tren pasajero / cruzando el puente de piedra. / Allá viene mi vidita / en el coche de primera".

EL ESPACIO INTERIOR

Otra categoría de hechos cotidianos está constituida por los que tienen por escenario el interior de las viviendas, aunque ese interior sea físicamente externo —en el sentido de sin techo o al aire libre—, como ocurre en muchas zonas de la Argentina en las que la casa habitación se utiliza escasamente para dormir y para guardar algunos pocos elementos del rústico ajuar doméstico.

Dentro de las viviendas, en el período estudiado, las culturas populares de las distintas áreas del país satisfacían sus diversas necesidades con características respuestas. En primer lugar debe plantearse el problema de cómo eran esas viviendas, con qué y dónde estaban construidas, cuáles eran en ellas los espacios destinados al reposo, a la elaboración y conservación de alimentos, a la realización de diversas tareas, a la práctica de la religiosidad, al alojamiento de animales domésticos, cuáles eran también los utensilios y herramientas utilizados para cada tarea, así como los diferentes roles que correspondían a los habitantes según su condición, edad y sexo, como se ha hecho en otros capítulos de esta misma obra colectiva. Aquí, nuevamente, las diversas culturas que globalmente se suelen considerar juntas en la expresión "el pueblo argentino", muestran su evidente diversidad. En Buenos Aires y otras ciudades donde llegó el aluvión inmigratorio expulsado de Europa por los conflictos bélicos,

se generó un tipo característico de vivienda multifamiliar conocida como "conventillo", gran tema para tangos arrabaleros: su tratamiento desde lo arquitectónico y su función social ya han sido encarados en esta obra. Hacia mediados de la década de los cuarenta, el creciente ingreso a esas mismas ciudades de numerosas personas procedentes del interior del país comenzó a crear los asentamientos precarios conocidos como villas de emergencia y más popularmente como "villas miseria". El fenómeno asociado a la aparición de los nuevos cirujas llamados "cartoneros" se encontraba en plena etapa de crecimiento y de conflictos territoriales hacia el final del período.

LOS HECHOS CÍCLICOS

La vida cotidiana supone, además de lo que en realidad pasa todos los días, la presencia de acontecimientos que se suceden a lo largo del año calendario (ciclo anual) y otros que jalonan la existencia de las personas en el seno de la comunidad (ciclo vital). Los primeros incluyen fiestas y ceremonias de carácter religioso, propias de los tiempos litúrgicos del calendario católico romano y de las fechas dedicadas a los santos, las cuales implican períodos en que varían considerablemente los comportamientos cotidianos, se asiste a oficios especiales, se guardan ayunos y abstinencias de carne, se comen manjares especiales, se adornan las viviendas y los espacios públicos de distintas maneras. Quienes practican otras religiones, como el judaísmo o el islamismo, poseen también sus celebraciones cíclicas y, especialmente en el caso de los ciudadanos judíos, dejan su clara impronta en la vida cotidiana por el cierre de sus negocios, la inasistencia a clases de

los niños, el consumo de determinados alimentos, etcétera. De la religiosidad americana precolombina se conservan las costumbres relacionadas con el culto a la Pachamama (madre de la tierra) que culminan el 1° de agosto para conjurar el “día aciago” con corpachadas y quemazones rituales de desechos, con atribuido efecto purificador.

También son cíclicas las celebraciones anuales de fiestas cívicas de carácter nacional o local, según los casos. Las ceremonias propias del ciclo vital de las personas, desde su gestación hasta después de su muerte, sólo coinciden con la liturgia del ciclo anual en el caso de estas últimas y de las conmemoraciones de los santos y de los difuntos que se realizan los días 1° y 2 de noviembre de cada año. Entre las variantes externas de los comportamientos colectivos que se pueden señalar en el transcurso del período 1914-1983, se encuentran las disposiciones de la Iglesia Católica respecto del atuendo apto para entrar a los templos o concurrir a procesiones: el uso de la cabeza cubierta (con sombreros, pañuelos o mantillas) para las mujeres y descubierta para los hombres fue de rigor en casi todo el país hasta pasados los años sesenta. Y se dice “casi” porque, en el mismo tiempo, las mujeres “coyas” de Jujuy y Salta se quitaban respetuosamente el sombrero “ovejuno” o el chambergo, lo mismo que los hombres, para entrar a la iglesia.

Las manifestaciones populares relacionadas con los dos ciclos ceremoniales mencionados, tienen características muy variadas en las diversas áreas geográficas del país. De las más antiguo arraigo ya se ha hablado en el capítulo referente al siglo XIX (véase el tomo VI, páginas 535-562, de esta obra), como que aún subsisten sin solución de continuidad. La Co-

lección de Folklore de 1921 y posteriores trabajos de investigación realizados en el transcurso del siglo XX hasta 1983 y también después, mencionan la vigencia de juegos populares propios de las fiestas anuales o patronales, como por ejemplo, los de “El gallo enterrado”, las “tiradas de gallos” y “tiradas de cuartos”, que aparecen como “juegos indígenas” en Jujuy para las fiestas de Nuestra Señora de La Candelaria (2 de febrero), San Juan Bautista (23 al 24 de junio), de “San Santiago” (Santiago Apóstol, 25 de julio) y Santa Ana (26 de julio), o el de “Sacar almas del purgatorio” (1° de noviembre, Día de Todos los Santos, y 2 de noviembre, Conmemoración de los Fieles Difuntos). Las *pechadas* —destrezas ecuestres— y la *cucaña* —suerte de palo enjabonado— también aparecen en esta categoría de juegos asociados, muchas veces, a las fiestas cívicas (tal como ya lo habían descrito Bartolomé Hidalgo y los cronistas del Buenos Aires antiguo en las primeras décadas del siglo XIX). La *Encuesta* de 1921 menciona entre los juegos también a “La chunchurruta”, con referencia al primer corte de *simbas* —múltiples trencitas de pelo— que se hace a los niños en una ceremonia de origen andino y que es ritual de iniciación, es decir, perteneciente al ciclo de la vida. Como juegos sociales, los más extendidos en ciudades y campaña fueron los relacionados con la noche de San Juan, particularmente los adivinatorios del destino sentimental de los participantes, como las cedulillas en verso, las figuras de plomo derretido arrojado en el agua o las señales dadas por plantas o animales utilizados al efecto.

El Carnaval (que termina cuarenta días antes del Domingo de Ramos, con el Miércoles de Ceniza, comienzo de la Cuaresma) fue la reina de las celebraciones populares en todo el

país, al menos hasta mediados del período tratado. Imposible es reseñar aquí la variedad de características que reviste el Carnaval según los diversos ámbitos donde se lo observe, pero deben bastar tanto los testimonios orales como la profusa bibliografía especializada para considerarlo la fiesta popular por antonomasia, en la cual todos los estamentos de la sociedad y todas las diversidades de la cultura participaron con equivalentes muestras de adhesión a sus rituales paganos, intensos y efímeros. Máscaras y disfraces, entre los que privan los de diablos universales o americanos, resultan constantes, especialmente en el Noroeste, donde el mismo Carnaval (el Momo europeo) se corporiza en el Pujllay o diablo indígena, patrono de la fiesta. La celebración criolla rural y provinciana no incluye tradicionalmente disfraces para las mujeres, aunque sí una activa y desinhibida participación femenina en el canto de bagualas y vidalas, en el baile en las “carpas”, en las “trincheras”, en el juego con agua y harina rociadas con varitas de albahaca y en el consumo de chicha y aloja, las típicas bebidas fermentadas caseras, y luego también de vino y de cerveza.

El Carnaval del Noroeste conservaba aún, hasta la década de los años setenta por lo menos y tal vez más tarde también, rituales previos a la celebración de la fiesta propiamente dicha. Unos son los de tipo cohesionante de las familias, con los “tincunacus” o encuentros de *cumpas* y *cumas*, derivados de los *jueves larderos* españoles, en los “jueves de compadres y de comadres” que, inmediatamente antes del Carnaval, se celebran bajo arcos simbólicos ornados con “masahuahuas” y rosquetes blanqueados. Otros son los de tipo mágico propiciatorio dedicados a Pachamama, deidad considerada como madre indígena de la tierra, con la celebra-

ción de ofrendas de hojas de coca, asperjados de chicha, etc., en tanto se realiza la faena rural de la marcación del ganado menor, llamada “señalada”, en la cual es central el “casamiento” ritual de una pareja de animalitos adornados con borlas de lanas de color, para asegurar el “multiplico” de la hacienda.

En las ciudades, durante las primeras décadas del período con gran intensidad y hacia el final con progresivo debilitamiento, la gente celebraba el Carnaval jugando con bombitas o hasta con baldes de agua en la puerta de sus casas o en lugares especiales como la avenida costanera de Buenos Aires, asistiendo a los corsos vecinales o céntricos desde uno de los palcos de madera instalados al efecto por la Municipalidad o desfilando a pie o en coche con las armas habituales del caso —que eran el papel picado, el pomo de agua florida, el lanza perfume y las serpentinas, a lo que luego se sumó la nieve en aerosol—, disfrazándose, concurrendo a bailes de clubes o de otras instituciones y lugares de diversión, organizando elegantes “asaltos” en casas de familia, participando en concursos de máscaras o de habilidades artísticas, formando parte de grandiosas comparsas o de ruidosas murgas. Cantos, bailes, trajes, máscaras o caretas, antifaces y otros muchos elementos de la cultura popular se ponían en juego en esa fiesta que permitía, en la gran capital tanto como en el interior del país, la expresión de sentimientos y deseos que durante el año volvían a ser reprimidos por una sociedad que, sin ser necesariamente hipócrita, hoy se advierte que no había perdido la noción del decoro y de la respetabilidad. Con reminiscencias de la *comedia dell'arte* y del circo universal, un tango que, como otros, recorrió todos los ámbitos sociales y culturales del país, habla de que, en el carnaval ciudada-

no, "esa Colombina de la risa loca / se pintó la boca por besar a un *clown*" y describe el ambiente del corso que culmina: "Vuela del palco hasta el coche / la serpentina, nerviosa y fina, / como pintoresco broche / sobre la noche de Carnaval". El tradicionalismo hizo su aparición en muchos aspectos del Carnaval urbano de Buenos Aires y otras ciudades en las comparsas y orfeones representativos de distintos sectores de la sociedad: "compadres", "gauchos", "morenos", "indios" y distintas colectividades extranjeras. Otros modelos de festejos han irrumpido después en el tiempo de Carnaval y transformado las costumbres: se trata del Carnaval directamente espectacular, en el cual poco es el protagonismo del público y mucha la exhibición de perfecciones corporales en hombres y mujeres, que desfilan en costosísimas carrozas como parte central de los grandes conjuntos copiados del Brasil. Muchos pueblos de Corrientes, Entre Ríos y Buenos Aires fueron cambiando sus pautas tradicionales e introdujeron esta forma de transculturación inducida por la industria cultural y por el comercio que, no obstante, se convirtió en atracción turística.

Las "fiestas cívicas" del almanaque popular dieron lugar a numerosas costumbres relacionadas con los desfiles militares, la religiosidad, la presentación pública de muestras de la labor educativa, las prácticas deportivas, el tradicionalismo en todas sus formas. La sociabilidad en todos los sectores, incluido el estrictamente doméstico, reconocía rituales externos e íntimos: embanderar las casas, usar escarapelas, cantar el Himno Nacional antes del desayuno, preparar y comer asado, locro, empanadas, humitas, carbonadas, pasteles, mazamorra, huevos quimbos, alfajores de dulce de leche y otras delicias. Numerosos tangos cantaron temas

históricos con intención patriótica, como *Acorazado Rivadavia*, *El sargento Cabral*, *Tacuari*, *Urquiza*, *Tucumán*, *9 de Julio*, *Reconquista*, *Primera Junta*, *Curupaytí* y varios otros. También aparecieron en el mismo período obras de inspiración folklórica que reflejan estos temas, desde el gato *El sol del Veinticinco*, que cantaba Carlos Gardel, hasta las diversas cantatas sobre hechos y personajes históricos que surgieron después de 1960, pasando por *Los sesenta granaderos*, cueca de Hilario Cuadros que hizo famosa una voz paradigmática del canto popular: la de Antonio Tormo.

Una tercera categoría de fiestas que se repiten anualmente es la que se origina en torno del trabajo y la producción. En general, tienen un carácter más institucional que espontáneo pero, de todos modos, movilizan a la población local, atraen al turismo y dinamizan las economías regionales. Una de las más conocidas es la Fiesta de la Vendimia, en Mendoza, y le siguen la Fiesta del Algodón, en el Chaco; la del Arroz en San Salvador, Entre Ríos; la del Girasol, en Carlos Casares, Buenos Aires; la del Maíz, en Pergamino, Buenos Aires; la del Melón, en Beltrán, Santiago del Estero; la del Sorgo, en Freyre, Córdoba; la del Ternero, en Ayacucho, Buenos Aires; la del Trigo, en Leones, Santa Fe, y muchas más. En todas hay exhibición de los productos regionales, elección de una "reina" y sus "princesas" entre las jóvenes participantes, comidas, bailes populares y otros regocijos.

En la Argentina de comienzos del período 1914-1983 se observa una gran heterogeneidad de respuestas culturales tradicionalmente elaboradas por el pueblo y probadamente eficaces para la sustentación de su identidad. Hacia el final, con una escolaridad popular más extendida, muchas de esas respuestas cultura-

les han sido dejadas de lado: lo lugareño ha perdido prestigio frente a otras opciones. El éxito público se ha transformado en meta y, para quien sólo cuente con los recursos de la costumbre, parece ahora inalcanzable.

La influencia del proceso mundial que se ha dado en llamar "globalización" ha incidido poderosamente en la aceleración de mecanismos de cambio cultural negativo, en el cual lo antiguo se torna obsoleto pero lo nuevo no existe sino para convertir al hombre en su espectador.

La crisis continúa siendo, con mayor fuerza al fin que al principio del tiempo tratado, un instalado "estado de las cosas" que está aguardando el "vuelco" para poder volver a avanzar. No obstante, las costumbres populares —aun las mantenidas por la memoria del tradicionalismo— siguen constituyendo grandes reservorios de recursos renovables sumamente diversos, cuyo momento de emergencia a los planos "superiores" (en el sentido de "perceptibles") de la cultura, no puede predecirse.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

En el marco teórico preliminar se ha aludido a obras de MARC AUGÉ, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, 1992; de OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, *Folklore y poesía argentina*, Buenos Aires, 1969; *Prehistoria de Martín Fierro*, Buenos Aires, 1977, y "El futuro del folklore como pasado presente", *Investigaciones y Ensayos*, n° 46, Buenos Aires, 1996; de RODOLFO KUSCH, *Geocultura del hombre americano*, Buenos Aires, 1976, y de DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Obras completas*, Buenos Aires, 1953.

Adecuadas obras de referencia para la cultura popular urbana son las siguientes: DIEGO ARMUS (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, 1990; FERNANDO O. ASSUNÇÃO, *El Tango y sus circunstancias (1890-1920)*, Buenos Aires, 1984 (2ª edición con CD, Buenos Aires, 1994); DORA BARRANCOS, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, 1990; LEÓN BENARÓS, *Cancionero popular argentino*, Buenos Aires, 1999;

JUAN BIALET MASSÉ, *Informe sobre el estado de la clase obrera*, Buenos Aires, 1985; SANTIAGO ALBERTO BILBAO, "Las comparsas del carnaval porteño" y "Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco santiagueño", ambos en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, Buenos Aires, 1962 y 1964-1965, respectivamente; EFRÁIN U. BISCHOFF, *Córdoba y el tango. Crónica de un azaroso fervor*, Córdoba, 1965; JORGE LUIS BORGES, *Obras completas*, Buenos Aires, 1953-1960; JORGE A. BOSSIO, *Los cafés de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1968; *Buenos Aires: los cafés, sencilla historia*, Buenos Aires, 1999; DOMINGO CASADEVAL, *La evolución de la Argentina vista por el teatro nacional*, Buenos Aires, 1965; MANUEL CASTRO, *Buenos Aires de antes*, Buenos Aires, 1949; FERNANDO J. DEVOTO y MARTA MADERO (directores), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, 1999; OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, "Poesía popular impresa de la Colección Lehmann-Nitsche", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, Buenos Aires, 1967-1972; GLADYS ISSOURIBEHÉRE DE DELGADO, *Pequeñas*

historias de cien años, Buenos Aires, 2000; TOMÁS DE LARA e INÉS LEONILDA RONCETTI DE PANTI, *El tema del tango en la literatura argentina*, Buenos Aires, 1969; RICARDO M. LLANES, *El barrio de Flores (recuerdos)*, Buenos Aires, 1964; VICENTE MARTINEZ CUITINO, *El Café de los Inmortales*, Buenos Aires, 1949; ÁNGEL MAZZEI, *El barrio de Caballito*, Buenos Aires, 1990; GERMINAL NOGUÉS, *Buenos Aires, ciudad secreta*, Buenos Aires, 1993; DANIEL SCHÁVELZON, *Historia de los coches de alquiler en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1980, e *Historias del comer y del beber en Buenos Aires: arqueología histórica de la vajilla de mesa*, Buenos Aires, 2000; BEATRIZ SEIBEL, *Historia del circo*, Buenos Aires, 1993; ROBERTO SELLES y LEÓN BENARÓS, *La historia del tango*, tomo 2: "Primera época", Buenos Aires, 1977; ROBERTO SELLES (redactor), "Tango nuestro", *Diario Popular*, La Plata, s/f; CARLOS VEGA, *Apuntes para la historia del movimiento tradicionalista argentino*, Buenos Aires, 1982. La colección "Historias de los Barrios de Buenos Aires" editada por el INSTITUTO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES en distintos años, así como muchos de los títulos de la colección "Cultura popular. Vida y milagros de nuestro pueblo", editada por el CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA, Buenos Aires, en los años setenta, y la serie de fascículos publicada por el diario *LA NACIÓN*, *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, 1997, incluyen informaciones sobre este tema.

En lo relativo a las costumbres populares del interior del país, se ha utilizado la misma

bibliografía básica referente a costumbres incluido en el capítulo "La cultura popular (1810-1914)" de esta obra, en su tomo VI, págs. 535-562. También se recomiendan los siguientes trabajos: JUAN ALFONSO CARRIZO, *Rimas y juegos infantiles*, San Miguel de Tucumán, 1996; FÉLIX COLUCCIO, *Devociones populares argentinas y americanas*, 3ª edición, Buenos Aires, 2001, y *Fiestas y celebraciones de la República Argentina*, Buenos Aires, 1995; EFRÁIN U. BISCHOFF, *Norte, norte, norte...: su leyenda y su historia*, 2ª edición, Córdoba, 1991; RAÚL BULGHERONI y colaboradores, *Argentina: imagen de un país*, Buenos Aires, 1986-1994; MARGARITA ELICHONDO, *La comida criolla. Memoria y recetas*, Buenos Aires, 1997; AMALIA GRAMAJO DE MARTÍNEZ MORENO y HUGO MARTÍNEZ MORENO, *Tradiciones religiosas populares de Santiago del Estero*, Santiago del Estero, 1992; MARÍA DELIA GÁTICA DE MONTIVEROS, *A la sombra del naranjal*, 2ª edición, Luján de San Luis, 2000.

Además de las referencias sobre juegos extraídas de la obra editada por el INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, *Catálogos de la Colección de Folklore de 1921*, Buenos Aires, 1925, la mayor parte de los datos sobre costumbres tradicionales en culturas aborígenes y criollas procede de la investigación personal de campo de la autora de este capítulo o del banco de registros documentales del programa Atlas de la Cultura Tradicional Argentina (ACTA).

47. EL DEPORTE

Eduardo P. Archetti

Para 1914, muchos de los deportes introducidos por los británicos durante el siglo anterior se habían convertido en prácticas de tiempo libre diseminadas en casi todo el territorio nacional. En ese proceso, un conjunto de pruebas hípcas tradicionales –como el pato, la cinchada, la pechada, la corrida de la bandera y el juego de cañas– había desaparecido o había sido prohibido y reemplazado por los deportes ecuestres británicos. En esta incorporación hubo, como era de esperar, una selección de prácticas que hicieron posible la expresión de identidades, no sólo masculinas sino de clase y nacionales. Es importante constatar que la apropiación étnica exclusiva de algunos de los deportes más practicados, aun en el caso del polo, había dejado de ser tal, con una sola excepción que confirmaba la regla: el cricket. Este deporte era, en los comienzos de la Primera Guerra Mundial, sólo practicado en los clubes británicos y en los lugares de trabajo en donde los británicos eran mayoría; su escaso éxito entre los argentinos nativos e inmigrantes no británicos era palpable. El cricket irá muriéndose de a poco y ya para la década del treinta había desaparecido como práctica deportiva. Los británicos se enorgullecían de haber traído al país no sólo capitales, industria, nueva tecnología, nuevas razas

vacunas y lanares, sino también el gusto y la pasión por los deportes que permitieron el desarrollo moral de la juventud.

Los deportes de origen británico son concomitantes con la modernización, la construcción de Estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo diecinueve y comienzos del veinte. El esfuerzo físico y el cuidado corporal aparecen, de esa manera, no sólo como símbolos de la modernidad, sino como algo que hay que cultivar y desarrollar, como una práctica individual y social que debe ser garantizada por el Estado y la sociedad civil. Dos modelos compiten: el de la gimnasia, de influencia alemana y nórdica, y el del deporte, donde, a la competencia individual, se le une el aspecto colectivo de la actividad de equipo. En la Argentina, el primero tendrá como lugares de expresión la escuela y los cuarteles, mientras que el segundo estará asociado a la creación de espacios públicos –regulados (parques, plazas) o no (baldíos, potreros)– y a la aparición de instalaciones deportivas de los clubes o de las municipalidades. La expansión del deporte en la Argentina consolida la sociedad civil, a través de las organizaciones y clubes deportivos que generan espacios de autonomía y participación al margen del Estado.

En ese contexto particular, las prácticas deportivas y, en especial, los deportes de equipo permitirán establecer un "espacio nacional" de competencia real, de movilidad social, ya que los mejores deportistas de las provincias podrán hacer carrera en Buenos Aires, y de unificación territorial y simbólica. La prensa y la radio en la década del veinte jugarán un papel crucial en esta dirección.

Lo "nacional" a través de la introducción de prácticas corporales creadas fuera de las fronteras, del país se puede entender como un ejemplo de una suerte de modernidad radical que va a permitir a la Argentina participar en la expansión de una arena global deportiva, primero a través de los Juegos Olímpicos y, posteriormente, a través de las competiciones que, en los diversos deportes, permiten coronar a los mejores del "mundo". El deporte pasa a ser así un espejo en donde verse y ser, al mismo tiempo, mirado. Estar entre los primeros importará pero, paralelamente, ser visto representando "algo diferente" será un importante factor de diferenciación. La globalización temprana del deporte no debe verse como un proceso necesario de homogeneización, sino como un espacio en donde es posible producir imaginarios, símbolos y héroes que establecen diferencias. Las reglas universales y las prácticas son uniformes, pero los resultados no sólo impulsan las diferencias sino a pensarlas como tales.

El primer criterio que ha guiado la elección de los deportes presentados en este capítulo ha sido la combinación de lo colectivo con lo individual y de lo rural con lo industrial. El segundo, e imprescindible, es que en esas disciplinas equipos e individuos hayan descollado en el ámbito internacional. Los deportes elegidos son: el fútbol y el polo como

deportes colectivos y el automovilismo y el boxeo como actividades individuales. La historia, en estas páginas, estará centrada en la búsqueda de imágenes y estereotipos culturales dominantes, y está basada en la lectura selectiva de fuentes secundarias y de la prensa. La presencia de dimensiones sociales y de clase que están reflejadas en estas prácticas permitirá hacer reflexiones de tipo comparativo. Dejar fuera otros deportes, como el rugby, el tenis, el básquetbol, donde se ganó un campeonato mundial en 1950, y el golf, en el cual la Argentina se ha destacado en períodos largos y con cierta continuidad es, sin lugar a dudas, una injusticia. Pese a esto, y por una suerte de inercia sociológica que se podría llamar "tradición", la falta de grandes boxeadores o pilotos argentinos de Fórmula 1 se puede vivir en la actualidad como una pérdida y no ocurre lo mismo si, en los próximos veinte años, no sale un golfista del calibre de Roberto De Vicenzo o un tenista con el carisma de Guillermo Vilas. Finalmente, los deportes elegidos son eminentemente masculinos, y eso significa dejar de lado deportes en los que la participación femenina ha sido determinante. Éste es un sesgo impuesto por el universo seleccionado, pero también se desprende del peso secundario del deporte femenino en la historia del país. Excepciones como Jeanette Campbell en natación y Ana Weiss en tenis confirman la regla.

FÚTBOL: EL DEPORTE SIN FRONTERAS

El año 1914 es una fecha importante en la historia del fútbol, ya que el año anterior un club eminentemente "criollo", el Racing Club de Avellaneda, teóricamente sin un solo jugador de origen británico en el once titular



El presidente Alvear, en julio de 1924, da el puntapié inicial en el partido de fútbol entre Boca Juniors y Nacional de Montevideo, en ocasión de inaugurarse el antiguo estadio de los boquenses. Archivo General de la Nación.

—aunque en el plantel había jugadores periféricos de origen británico como Wine, Loncan y Prince—, conquista, por primera vez, el campeonato de primera división. A partir de ese momento, los clubes británicos, como el Alumni o el Belgrano, pierden su peso futbolístico y sus jugadores desaparecerán de los equipos nacionales. La fundación “criolla” no es sólo la argentinización de un deporte británico, sino una fundación en la cual los hijos de inmigrantes “latinos” pasan a dominar la práctica activa. El fútbol se expande y los clubes con sus nombres expresan claramente este proceso. Hasta 1910 predominan los nombres asociados a lugares y barrios (como Boca Juniors, River Plate, Tigre, Lanús o Quilmes) y también las alusiones juveniles (Estudiantes,

Estudiantil, Argentinos Juniors o Juventud). A partir de ese año aparecen nombres que muestran un cierto apego a los próceres nacionales o a las fechas patrias (como Almirante Brown, Vélez Sarsfield, Belgrano, San Martín, 25 de Mayo, 9 de Julio o Sol de Mayo). El fútbol funciona, por lo tanto, no sólo como un reflejo del discurso nacionalista y patrio sino como una arena donde ese proceso cristaliza un espacio simbólico que, con el correr de los años, será de crucial importancia en la formación de estereotipos nacionales.

El imaginario del estilo criollo opuesto al británico no es sólo la creación de la prensa argentina, sino también de la inglesa local que, continuamente, opone el estilo británico asociado al sentido táctico, la disciplina, el méto-

do, la fuerza y el poder físico, a las virtudes criollas, basadas en la agilidad y en la virtuosidad de los movimientos. El estilo británico aparece como la expresión de lo industrial, y de allí que la metáfora de la "máquina" se use para conceptualizarlo y pensarlo como repetitivo y carente de improvisación. Frente a la máquina, el estilo criollo estará fundado en la creatividad individual y en la capacidad para improvisar. El *dribbling* o la *gambeta* serán las virtudes esenciales de un buen jugador criollo. El *dribbling* no se puede programar, al revés de lo que pasa con un sistema de juego colectivo. La visita de equipos extranjeros en la década del veinte servirá para corroborar esta imagen. Los jugadores ingleses del Plymouth Argile, que visitan Buenos Aires en 1924, quedan impresionados por la hibridez de los jugadores locales, ya que a las virtudes inglesas típicas, como la velocidad y el empuje, agregan un estilo complicado de "combinaciones". Los jugadores del equipo catalán Real Deportivo Español, de gira en 1926, preguntados por el estilo de juego observado, comentan que lo más les impresiona es la precisión de los pases y la astucia en el *dribbling*, pero, como aspecto negativo, observan que los delanteros son remisos en rematar al arco. Años antes, Jorge Brown, jugador modelo del Alumni y de los seleccionados argentinos de comienzo de siglo, figura mitológica de la época británica, nostálgicamente comentaba que el *football* que él jugó era una demostración de destreza y energía, más brusco, pero viril, hermoso, pujante. El triunfo uruguayo en los Juegos Olímpicos de 1924 en París y la gira exitosa, por muchos países europeos, de Boca Juniors en 1925 confirman la existencia de un "estilo rioplatense" distinto, tanto al europeo en general como al inglés.

En la década del veinte se produce la consolidación del fútbol como espectáculo deportivo, y muestra de ello es la construcción del primer estadio de cemento (Independiente, en 1928), del primer estadio moderno con iluminación artificial (Vélez Sarsfield, en el mismo año), la aparición de las transmisiones radiales y la expansión de la cantidad de socios de los clubes más importantes. Ese año, a pesar de la derrota, es la consagración del fútbol nacional: el seleccionado llega a la final del campeonato olímpico de Amsterdam en 1928 y pierde en dos partidos homéricos contra los uruguayos. La derrota no se vivió dramáticamente y la prensa festejó el éxito del "fútbol rioplatense". Al contrario, la derrota, en 1930, contra los uruguayos, en la final de la primera copa del mundo en Montevideo, será vivida con una gran intensidad por la ilusión de la revancha creada en esos dos años.

En esa época, el fútbol era en Buenos Aires, el Gran Buenos Aires, La Plata y Rosario un espectáculo multitudinario, una pasión barrial y ciudadana, y la práctica del "amateurismo marrón" estaba muy extendida. El enfrentamiento en las asociaciones del fútbol organizado no sólo estaba vinculado a esta práctica económica sino a la oposición de los clubes de Buenos Aires y La Plata con las asociaciones del interior del país. El enfrentamiento culminó con la introducción del profesionalismo en 1931, impulsado por los clubes más ricos que tenían más asociados y la formación de la Liga Argentina de Football que nucleó a los clubes más importantes. Los "cinco grandes" del fútbol argentino (River Plate, Boca Juniors, San Lorenzo, Independiente y Racing) en 1930 tenían un total de 55.000 socios. Estudiantes de La Plata, con 8.000 socios, era también un club muy importante. De la unión de la Liga

con la Asociación Argentina de Football nació, en 1934, la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), que perdura hasta la actualidad con el nombre castellanizado del deporte.

Los clubes de las provincias, pese a formar parte de la Asociación a través de la afiliación de las diferentes ligas, quedaron marginados de este proceso por su escaso poder económico. El interior del país pasó a funcionar como semillero de los clubes ricos. Los clubes rosarinos sólo se incorporarán en 1938. El llamado "campeonato nacional", basado en la competencia anual de equipos representativos de las provincias junto a los equipos de Capital Federal, perdió importancia y pasó a ser una reliquia. La posibilidad de que fueran llamados al equipo nacional jugadores que se desempeñaban en clubes de esas provincias (como fue el caso del equipo que llegó a la final de los Juegos Olímpicos de Amsterdam en 1928) se hizo cada vez más remota. El profesionalismo permitió, asimismo, convertir a los clubes en verdaderas asociaciones de masas, articulando gran parte de la vida social de los barrios de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires. El dominio del fútbol porteño se acentuó en esa década y en la siguiente con las giras anuales "obligatorias" de los clubes importantes a ciudades de provincias. Los aficionados del Interior pasarán a "hinchar" por dos clubes: su club de provincia y un club grande porteño. Esta hegemonía emocional y simbólica se acentuará con el correr de los años. A la "fundación criolla", con el estilo como un factor de integración, hay que agregar lo que podría llamarse "fundación emocional", basada en las lealtades de los hinchas de fútbol por alguno de los clubes grandes porteños. Una vez más, las fronteras —esta vez, provinciales— se rompían. El fútbol se convertía en deporte nacional.

La década del treinta consolida el fútbol profesional. La construcción de grandes estadios e inversiones en infraestructura social fortalecerán a los clubes grandes. En 1936, los cinco equipos grandes de Buenos Aires tienen 105.000 socios y un capital de 3.555.709 pesos, mientras que los otros diez equipos del campeonato profesional, sólo 55.895 socios y un capital de 1.351.845. Entre 1930 y 1935, la cantidad de espectadores en el campeonato oscila entre los dos y dos millones y medio, con un claro predominio de taquilla de los equipos exitosos. Los modernos estadios de River Plate y Boca Juniors fueron inaugurados en 1938 y 1940, respectivamente. La rivalidad entre estos dos clubes comienza a perfilarse y pasará a ser dominante en la década del cuarenta y hasta la actualidad. Al mismo tiempo, se abren las fronteras, y el mercado mundial de jugadores se consolida. Decenas y decenas de grandes jugadores argentinos, y entre ellos una gran parte de los que jugaron la final del campeonato mundial de 1930, emigran a Europa. El proceso migratorio no es en una sola dirección, ya que llegan al país directores técnicos extranjeros, europeos en su totalidad, se contratan árbitros ingleses para educar a los locales y comienza la importación de grandes jugadores brasileños, uruguayos y paraguayos. La paradoja es que la AFA decide no participar en los campeonatos mundiales de 1934 con un equipo profesional y no envía ninguna representación al de 1938.

La Segunda Guerra Mundial es un freno brusco al éxodo de jugadores a Europa. Los mercados colombiano y mexicano pasarán a ser muy importantes luego de la huelga de los jugadores profesionales en 1948. Estos países se convierten en tierra de misión del estilo criollo. Esto posibilita, a comienzos de



Equipo de River Plate en junio de 1942, bautizado como "La Máquina", por el preciosismo y eficacia de su juego colectivo. En la foto aparece con la vestimenta deportiva que usaba como alternativa de la banda roja en un partido disputado en el nuevo estadio "Monumental".

la década, no sólo el claro dominio argentino en los campeonatos sudamericanos, con los tres triunfos consecutivos de 1945, 1946 y 1947, sino la aparición de River Plate en el campeonato local de 1941 con un equipo excepcional que será bautizado como "La Máquina". El simbolismo del fútbol argentino descansaba sobre dos pilares: la *gambeta* como expresión del ingenio individual y el pase como medida del talento, la coordinación colectiva y el sentido estratégico. En 1925, la célebre gira de Boca Juniors por Europa había consagrado un estilo en donde no sólo se "juega al fútbol", sino que por el virtuosismo individual, parecido al de un pianista o un violinista, los europeos dicen que los argentinos "tocan el fútbol" y legitiman la idea del "toque" como un sello de marca de un estilo

nacional. Con la aparición de River Plate, a la metonimia de la música de orquesta se le agrega la de la máquina: una máquina puede llegar a jugar de memoria y de un modo casi perfecto.

La gira exitosa de San Lorenzo por Europa en 1946 ayuda a confirmar ese estilo. San Lorenzo cumple una misión que es la de demostrar la modalidad, la calidad, la ciencia y la gracia del fútbol argentino. La esencia pasa a ser "el pase corto" que debe hacerse al centímetro, entre una maraña de piernas, que exige precisión y técnica y es el más difícil de realizar. La victoria de 6 a 1 frente al seleccionado español se convierte en mitológica y no sólo en Buenos Aires. Los españoles definen ese estilo como revolucionario, porque el modo aparentemente cansino y displicente de los pa-

ses cortos es eficaz para crear espacios para los cambios de ritmo. Los aficionados y periodistas españoles definieron a San Lorenzo como "equipo mítico", capaz de competir con La Máquina de River Plate, aunque a ésta jamás la hayan visto jugar en sus tierras.

En la década del cincuenta se abre el mercado europeo de jugadores y el seleccionado sale de gira tanto a Europa como al resto de América. La derrota 2 a 1 frente a Inglaterra en Londres abrió discusiones sobre el valor del estilo criollo, ya que los ingleses demostraron ser claramente superiores, en contra de lo que se esperaba en el país. Fue tal la superioridad inglesa que el mejor jugador argentino fue Rugilo, el arquero, bautizado desde ese día como "El León de Wembley".

El respeto a la tradición no es siempre una garantía de éxito. La AFA decide volver a los mundiales en 1958. El triunfo confortable en el campeonato sudamericano de 1957 en Lima y la aparición milagrosa y mágica de los "ángeles con la cara sucia", los delanteros "pibes" Humberto Maschio (de 20 años), Angelillo (17) y Enrique Omar Sívori (19), auguraba el mejor de los éxitos para el mundial que se avecinaba. Sin embargo, las tres esperanzas del fútbol argentino son vendidas a Italia a fin de año: Maschio al Bologna, Angelillo al Inter y Sívori al Juventus. La discusión sobre si llamar o no para el Mundial a los jugadores que estaban en el exterior se salda por la negativa. El argumento esgrimido es que había jugadores con la calidad suficiente y que, además, en el pasado nunca fueron convocados jugadores que estaban fuera del país. Se decide, por lo tanto, ir a Suecia con un seleccionado local, sin convocar a los "caras sucias" ni a otros profesionales que triunfaban en Europa. Lo que se pensaba iba a ser un "encuentro con la

historia", o sea, demostrar que se estaba, al menos, entre los mejores del mundo, terminó con una pesadilla: no sólo no se pasó de la ronda preliminar sino que ésta terminó con una derrota mayúscula contra Checoslovaquia. La apabullante cifra de 6 a 1 puso al país en un estado de crisis y confusión y transformó a los jugadores en un grupo de "traidores". Herberger, el entrenador alemán, había sido premonitorio al decir que no temía a los argentinos porque habían estado ausentes del fútbol internacional y no estaban al tanto de los cambios ocurridos en el fútbol. El máximo anacronismo y expresión de la confianza ciega en un estilo fue la presencia en el equipo titular de Ángel Labruna, con casi cuarenta años, sobreviviente del River Plate de 1941. La derrota fue percibida por directivos, jugadores y parte de la opinión pública como una consecuencia directa de la política aislacionista seguida por el país en el campo del fútbol. La respuesta debía ser una política de apertura basada en la importación de nuevos modelos (sistemas de juego) e influencias culturales (directores técnicos y jugadores).

Frente a la hecatombe, una revolución se gestaba a nivel local con la aparición de Osvaldo Zubeldía como director técnico de Estudiantes de La Plata y las victorias de su equipo en el campeonato local en 1967 y, posteriormente, en las copas Libertadores e Intercontinental. Por primera vez, un club de los "chicos", aunque histórico, ganaba un campeonato profesional que, hasta ese año, había sido propiedad exclusiva de los "cinco grandes". Es importante hacer notar que el triunfo de 1967 se da en un contexto de cambios institucionales importantes: el campeonato se divide entre Metropolitano, con los equipos de siempre, y Nacional, con la participación de los

equipos provincianos. Al mismo tiempo, se resuelve televisar un partido por jornada. Al año siguiente llegará la televisión privada, que romperá con el monopolio deportivo del Canal 7 estatal. La multiplicación de partidos y el peso de la televisión frente a la radio pasarán a dominar el desarrollo del fútbol en el país. La costumbre de cambiar reglamentos y modificar la tradición de tener pocos equipos en primera división comenzaba y se convertiría en una práctica que llega hasta la actualidad. La crisis de estilo era también “una crisis institucional”. La violencia comenzaba en los estadios con la muerte de un joven e inocente espectador en el partido entre Huracán y Racing. El fútbol perdía su tono amistoso, familiar y barrial.

La filosofía de Zubeldía era clara: lo colectivo sobre lo individual, la fuerza sobre la técnica, y a estos principios se sumaba un maquiavelismo que sorprendería al mismo Helenio Herrera, el inventor del fútbol especulativo moderno. El público y parte de la prensa acepta el hecho de que con Estudiantes aparece otra ética en el fútbol: la del trabajo y la disciplina al servicio de la victoria. El fin último es el triunfo y no el “juego bonito”. Para esta ideología se necesitan otros hombres, otros jugadores dispuestos a aceptar el trabajo a destajo; el sudor, incluso en este caso, se suponía que no mataba automáticamente al talento. Según *El Gráfico*, los “futbolistas-pibes” son reemplazados por los “futbolistas-hombres”. Los partidos de Estudiantes contra los equipos uruguayos y brasileños en la Copa Libertadores, y contra los equipos escoceses, ingleses e italianos en la Intercontinental, se planeaban como verdaderos combates, el fútbol se transformaba en guerra. El equipo de Zubeldía gana su primera copa Intercontinental contra el

Manchester United en 1968. Los dos partidos son verdaderos enfrentamientos, “duelos frágiles, pródigos en incidentes y acciones antideportivas”. Aparecía otra “nuestra” que no era el “viejo estilo criollo”. Los éxitos en las copas internacionales de clubes no sólo fueron de los equipos de Zubeldía sino también de Racing e Independiente. Estos éxitos no se reflejaron en la selección nacional, que no hizo más que un papel decoroso y convertido en el mundial de 1966 en Inglaterra, no clasificó para el de 1970 en México e hizo un más que pálido papel en el de Alemania, donde fue derrotada claramente por Holanda 4 a 0. La modernización del fútbol y la aceptación de un nuevo estilo no trajeron los triunfos esperados, el “mejor fútbol del mundo” quedaba reducido al ámbito de los clubes.

El Mundial de 1978 le había sido otorgado a la Argentina antes del golpe de Estado de 1976. César Luis Menotti gana con Huracán el campeonato Metropolitano de 1973 y es nombrado director técnico del seleccionado en octubre de 1975. Su filosofía de fútbol es diametralmente opuesta a la de Estudiantes de la Plata, que desde 1972 tiene a Carlos Salvador Bilardo como director técnico. Menotti declara que en sus equipos, “el talento y la habilidad deben predominar siempre sobre el despliegue y la fuerza física”. Su plan de trabajo pasa por la incorporación de jugadores del Interior y por la consolidación de los equipos nacionales juveniles. En 1976, el equipo juvenil dirigido por Menotti gana el prestigioso torneo de Toulon, Francia, jugando un gran fútbol, ofensivo y técnico. En ese equipo se destacaron jugadores como Passarella, Valdano, Gallego, Tarantini y Valencia, que triunfarían posteriormente en las selecciones mayores. Antes del Mundial, Menotti



Equipo de fútbol de la Argentina que en 1978 obtuvo el Campeonato Mundial, disputado en Buenos Aires.

declaraba que el fútbol es un deporte que está para defender el prestigio del fútbol argentino y no las fronteras, ni la patria, ni la bandera. Menotti, en una suerte de *tour de force* ideológico, trata de volver a las "esencias" del estilo criollo, desvinculando al fútbol del nacionalismo de Estado, mientras que los militares usarán el lenguaje nacionalista para legitimar una eventual victoria. La historia produce, algunas veces, coincidencias inesperadas. En este caso, la presencia en el mismo campo práctico y simbólico, aunque discordante, de militares nacionalistas y un "esencialista progresista". El primer gran éxito y el más esperado se produce en 1978: la Argentina gana su primer campeonato mundial y su destino de "gran nación futbolísti-

ca" se hace realidad. Para la junta militar gobernante, la victoria del equipo nacional es la mejor respuesta a la campaña "antiargentina" orquestada desde el exterior. La hora de gloria había llegado. Los festejos y la euforia nacional no tuvieron parangón. La Argentina salía de su destierro, de la larga marcha en el desierto y comenzaba la caza de Brasil, el tricampeón y modelo del estilo sudamericano en el mundo entero. Era el primer grito argentino al mundo.

El de 1978 fue también el año en que Diego Armando Maradona, a último momento y en contra de las expectativas de la afición, había sido excluido, con sólo 17 años, del equipo que ganó el Mundial. En 1976 había debutado en primera división con el equipo de

Argentinos Juniors pero, desde hacía bastante tiempo, ya asombraba a quienes seguían las divisiones inferiores de los clubes profesionales. Una nueva época comenzaba: Menotti y los otros directores técnicos que dominaban el mundo del fútbol y que habían desplazado en la presencia en los medios a los jugadores talentosos tenían, de pronto, un competidor de calibre. Maradona fue, tempranamente, definido como un superdotado, una decisión de la naturaleza, una jugada del destino, en el que la única circunstancia ajena al jugador es que había nacido en un país donde la habilidad y el dominio de la pelota es una tradición. La *gambeta* imprevisible, los *caños*, las *pisadas*, las *rabonas* y los *sombreros* volvían en los pies y el cuerpo de un *pibe* endiablado. En Tokio, en 1979, con Menotti como director técnico, es el capitán del equipo que gana para la Argentina el primer título de campeón mundial juvenil. La Argentina confirmaba con los menores lo que los mayores habían obtenido el año anterior. Un nuevo ciclo en la historia del fútbol argentino comenzaba en la década del ochenta con la presencia omnipresente de Maradona. A partir de ese año, y por casi dos décadas, será el jugador que representará las mejores virtudes del estilo criollo que había sido fundado (imaginado), en oposición al británico, casi un siglo antes. El peso de la tradición encuentra su contrapartida natural, y por lo tanto mitológica, en su figura, desplazando a un lugar secundario a los directores técnicos. El estilo nacional, si hubo uno, fue el producto de los jugadores y fueron éstos los que permitieron, en última instancia, su reproducción, continuidad y cambio. Maradona pondría en los próximos quince años las cosas en su debido lugar.

POLO: ESTANCIAS, CABALLOS Y HEGEMONÍA MUNDIAL

El polo, al ser introducido en 1875, fue definido como un deporte "civilizado". Los estancieros británicos, como los criollos, lo veían como una expresión de la modernidad, como un juego disciplinado y con reglas claras, como un símbolo de los tiempos nuevos que la Argentina vivía y como un reemplazo eficaz de los deportes ecuestres tradicionales de los gauchos. La adopción del polo por los peones rurales y su participación al lado de sus patrones en los equipos de estancias eran la mejor prueba. Muchos de los grandes jugadores en algunos de los equipos que ganaron el Campeonato Abierto a fines del siglo XIX y comienzos del XX fueron trabajadores de estancia. Su participación fue prohibida alrededor de 1909, por considerarse que eran jugadores profesionales, ya que recibían un salario por el trabajo que realizaban con los caballos. En 1892, los delegados de los clubes británicos existentes fundaron en Buenos Aires la Polo Association of the River Plate. Desde 1890 a 1910, la calidad de los *ponies*, gracias a los esfuerzos de los hermanos Traill —excelentes jugadores y fundadores del mitológico club North Santa Fe, vencedor del Campeonato Argentino Abierto nueve veces entre 1904 y 1917—, había mejorado sensiblemente. El primer club de polo "argentino", El Palomar, fue fundado en 1915. Con el crecimiento de los clubes no británicos, la Federación Argentina de Polo fue fundada en 1921, y el castellano fue declarado idioma obligatorio de trabajo. La vieja asociación británica decidió disolverse al año siguiente, algunos de los miembros de su comisión directiva fueron elegidos en la nueva asociación, y todos sus clubes pasaron a

formar parte de la nueva institución. Esa nueva asociación fue llamada Asociación Argentina de Polo (AAP).

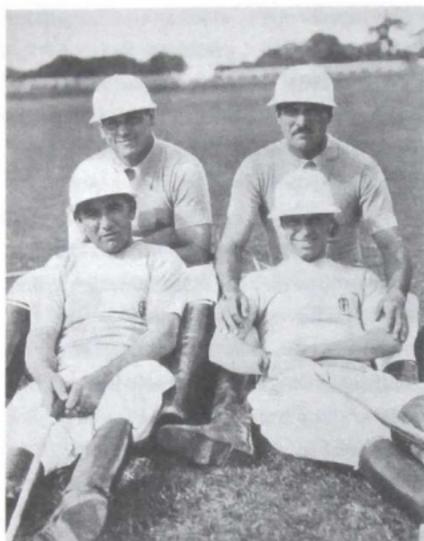
El polo, "deporte de campo", fue también un deporte "urbano". En ese sentido, el Hurlingham Club, cercano a la ciudad de Buenos Aires, desde fines del siglo XIX era el lugar donde se podía practicar el polo sin ser estanciero. Luis L. Lacey, uno de los primeros polistas en conseguir 10 de *handicap*, jugaba en el club y venía de una familia de comerciantes de artículos deportivos. En las canchas del club se realizaban importantes torneos que incluyeron el Campeonato Abierto Argentino de Polo hasta 1928, cuando pasa al Campo Argentino de Polo de Palermo. Es importante remarcar que otros importantes torneos se hacían también en canchas cercanas a la ciudad de Buenos Aires. Sin lugar a dudas, y pese a la impronta nacional del polo, ya que se jugaba en Córdoba, Salta y Tucumán, el centro estaba en la provincia de Buenos Aires y en el sur de la provincia de Santa Fe. De hecho, entre 1893 y 1920, la lucha en el Abierto es entre equipos santafesinos, como el North Santa Fe, y equipos porteños, como el Hurlingham. En 1930 había, en todo el país, 974 jugadores con *handicap*, de los cuales más de la tercera parte jugaban en el circuito porteño (367), y casi un veinte por ciento, en el circuito santafesino (182). En esa época eran también importantes los circuitos cuyano y norteño (Salta y Tucumán), con 59 y 77 jugadores, respectivamente. El polo, paulatinamente, se había convertido en un deporte nacional.

Mientras que los grandes equipos británicos de fútbol desaparecen tempranamente, en el polo los británicos y los hijos de británicos quedarán en posición hegemónica hasta mucho más tarde. Para 1930, el treinta por ciento

de los jugadores con *handicap* tenían apellidos británicos. Ceballos, presidente de la AAP entre 1929 y 1934, explicaba que los "ingleses" se habían adaptado al medio rural, influyendo con su sentido empresarial, y, al mismo tiempo, habían asimilado lo esencialmente bueno de los gauchos: la manera de cabalgar y de criar a sus caballos. Los inmigrantes británicos que se transformaban en excelentes jugadores de polo podían volver a Inglaterra y participar en torneos junto a la aristocracia inglesa en condiciones de igualdad. No sólo la movilidad social era importante, sino que las giras y los éxitos creaban condiciones inmejorables para la venta de los petizos y la creación de un mercado transnacional de caballos.

La consagración internacional del polo argentino ocurrió en 1922, en la gira organizada por la Federación Argentina de Polo. Participaron ocho jugadores, seis de origen británico—Luis Lacey, David y Juan Miles, Juan y Luis Nelson y Eduardo Grahame— y dos de origen "criollo"—Alfredo Peña Unzué y Carlos Urraga—. Ganaron dos copas prestigiosas, la Whitney y la Roehampton, y se consagraron definitivamente al ganar el Abierto de Hurlingham, el torneo cumbre inglés. Los éxitos en Inglaterra se transformaron en una invitación de la Asociación de Polo Norteamericana a participar en la temporada de ese país. Allí ganaron el Abierto Norteamericano. Los triunfos en las Mecas internacionales del polo, especialmente en los dos Abiertos, colocaron al polo argentino de manera definitiva en el mapa deportivo mundial.

El triunfo argentino en los Juegos Olímpicos de París, en 1924, es la culminación de un lento proceso de reconocimiento internacional. Antes del torneo, Johnny Traill y Luis Lacey, los dos mejores jugadores del circuito ar-



Equipo de polo de Santa Paula durante su triunfal gira por Estados Unidos en 1930. Los "cuatro caballeros de las pampas" eran admirados por su acción en el campo de juego y la rapidez de sus combinaciones.

gentino, que jugaban con el equipo nacional inglés, fueron seleccionados para representar a Inglaterra en París. En una actitud que expresa los dilemas de dos personas "híbridas", productos de la escuela argentina y, al mismo tiempo, ciudadanos británicos, aceptan la convocatoria, pero deciden que, de ir a París, no jugarán contra la Argentina. El resultado de esta decisión fue positiva para los argentinos, ya que los ingleses deciden enviar un equipo de menor categoría, que no llegará a la final, integrado en su totalidad por oficiales de caballería.

El equipo campeón de París era una combinación de jugadores de Hurlingham (Juan Nelson y Arturo Kenny), del polo santafesino (los hermanos David y Juan Miles y Guillermo Brooke Naylor) y el polo militar (representado por el capitán Padilla). El triunfo en

París frente a las dos potencias mundiales de la época, Inglaterra y Estados Unidos, fue saludado como el triunfo de lo "nuevo" y de lo "híbrido". Los periódicos franceses ven en los jugadores argentinos, tres de los cuales son de origen anglosajón, jinetes notables que manejan "los caballos con la misma facilidad como si manejaran raquetas de tenis", sorprenden por la "habilidad con el taco" y tienen "una táctica muy suelta y variada". Los caballos son "ligeros", "mezcla de pura sangre y mestizos argentinos", veloces y resistentes y "capaces de maravillosos movimientos y piruetas increíbles". Miguel Martínez de Hoz, presidente de la AAP, presenta el triunfo como la consolidación definitiva de un estilo criollo en el que predomina el juego largo y la velocidad. Mientras que, en el fútbol, el estilo criollo eliminaba a los británicos, en el polo los incorporaba porque se habían transformado en verdaderos híbridos. Los polistas fueron vistos como representantes de esa nueva "raza joven, fuerte y viril", y su éxito, como una "demostración palmaria de que nuestra raza, por la extraordinaria confluencia de sus corrientes de origen", por su "salud moral", "por su aptitud para asimilar todas las características superiores de los pueblos fuertes, tiene perspectivas abiertas a todas las ilusiones y a todas las esperanzas".

En la década del treinta, el polo argentino estará dominado por el club Santa Paula —para muchos, el primer gran equipo "criollo"—, integrado por los hermanos Reynal, el "gaucho" Andrade y, posteriormente, Gazzotti, que rompe con la hegemonía de los equipos "británicos" de décadas anteriores: North Santa Fe, Las Rosas, Hurlingham y Santa Inés. Las giras victoriosas por Estados Unidos en 1929, 1930 y 1931 se sellaron con grandes

triumfos, incluido, por dos veces consecutivas, el Abierto de ese país. Para *El Gráfico*, esas giras ayudan a asegurar definitivamente un “estilo argentino” y compara la gira de Santa Paula en 1929 con la gira de Boca Juniors en 1925. Se enfatiza que equipos anteriores, como Santa Inés y Las Rosas, tenían un estilo defensivo y enérgico, mientras que Hurlingham tenía gran velocidad en sus petizos y sus jinetes. El estilo de Santa Paula se basaba en una extraordinaria reciedumbre, vigor y hasta violencia, que fueron vistas como cualidades eminentemente criollas y gauchescas. La idea de que el polo expresaba esos valores se consolida en esa década.

Las giras a Estados Unidos fueron muy importantes para desarrollar y consolidar un mercado internacional de petizos. Los jugadores argentinos costeaban un deporte caro con la venta de sus mejores caballos. El mercado norteamericano desplaza en cantidad y volumen al mercado tradicional británico y europeo. De esta manera, queda claro que las ventajas comparativas del polo argentino estaban en la producción de *ponies* de gran calidad. Esto era el resultado de las cruces tempranas con puras sangres y del trabajo de cuidado y entrenamiento que los *peticeros*, descendientes de los gauchos, llevaban a cabo. A finales de esa década, el mundo internacional del polo quedaba reducido a Estados Unidos, con 2.590 jugadores con *handicap*; Gran Bretaña, con 1.153, y la Argentina, con 1.755. Aunque en la India había registrados 1.305 jugadores y era un importante deporte, al igual que en Pakistán, la escasa calidad de sus *ponies* no permitía una participación internacional eficaz.

En 1936 se da el segundo triunfo olímpico en los Juegos de Berlín. El equipo estaba formado por dos “británicos”, Roberto Cava-

nagh del Hurlingham y Luis Duggan de El Trébol, a los que se sumaban dos hombres de Santa Paula, el “gaucho” Andrade y el primer gran jugador de origen italiano, el “gringo” Andrés Gazzotti. Al no participar Estados Unidos, la final contra Gran Bretaña fue de compromiso, ya que la superioridad argentina a lo largo del torneo fue aplastante y quedó confirmada en una victoria por 11 a 0. Este triunfo no sólo consolida un estilo de juego, sino que éste se da a través de un equipo que, por su composición, aparece como la imagen misma del país híbrido y del *melting-pot*: dos hijos de terratenientes, un gaucho y un hijo de chacareros. Gazzotti, el chacarero de Pehuajó, será por mucho tiempo el único gran jugador que se puede asociar a la inmigración italiana. Andrade, el primer profesional verdadero del polo, pasa a ser visto como el personaje emblemático de la tradición criolla: el gaucho que se hizo desde abajo y que expresa toda la fuerza, la virilidad y el coraje de los hombres de campo. Para confirmar su supremacía olímpica, el equipo se trasladó con su caballada a Estados Unidos para disputar la Copa de las Américas, que, disputada anteriormente en 1928 y 1932, había dado lugar a sendas victorias del equipo norteamericano (dos cotejos a uno, en cada una de ellas). Esta vez, la Argentina gana ampliamente en los dos partidos con cifras de 21 a 8 y 8 a 4. Comenzaba así una superioridad que quedaría reflejada con los triunfos en 1949 en el Campeonato Mundial disputado en Buenos Aires y de nuevo en 1950, con la conquista de la Copa de las Américas. Las próximas Copas en 1966, 1969, 1979 y 1980 se saldaron también con claros triunfos argentinos.

En el período que va desde 1940 hasta 1980 hubo una sucesión de grandes jugadores,



El equipo de Coronel Suárez en la temporada de 1960, cuando iniciaba su ciclo victorioso.

como los hermanos Alberdi de Venado Tuerto, los Menditeguy de El Trébol, pero sobre todo, por la aparición de los Harriott y los Heguy en el legendario equipo de Coronel Suárez, ganador ininterrumpido del Abierto de 1961 a 1970. Hasta 1940, la Argentina sólo tuvo dos jugadores con 10 de *handicap*, Traill y Lacey, y desde ese año hasta 1980 hubo catorce jugadores con la máxima puntuación. El salto cualitativo fue notable y quedó reflejado no sólo en la superioridad real sino en la desaparición de la posible competencia en otros países, especialmente en los Estados Unidos. No hubo grandes equipos en el exterior, con algunas excepciones individuales, y el resurgimiento del polo en Europa se debió al aporte de jugadores argentinos y, sobre todo, a la exportación de sus excelentes *ponies*. La identificación de la

Argentina con el caballo y la "pampa" ejerce una atracción especial para quienes, desde fuera, ven al polo. El polo es, en este sentido, un deporte donde la estrategia de localización territorial funciona de un modo eficaz. En un siglo, esta práctica deportiva se convierte en uno de los símbolos del país en un contexto de internacionalización parcial, porque son pocos los países realmente competitivos. Esta circunstancia permite ejercer un dominio internacional indiscutible. En un deporte aristocrático y exclusivo, la clase alta argentina podrá codearse con nobles ingleses y europeos y millonarios texanos en las primeras décadas, y, más recientemente, con empresarios ricos australianos y príncipes asiáticos, y asombrar al público selecto que asiste a sus exhibiciones de destreza.

AUTOMOVILISMO Y MODERNIDAD: PAISAJES, MÁQUINAS Y HOMBRES

El Automóvil Club Argentino (ACA) se fundó en 1904 y entre sus objetivos estaba el de fomentar el automovilismo en el país. El paisaje argentino pampeano, llano y poco montañoso, se suponía que era auspicioso para el tipo de carreras que unían ciudades y habían comenzado en Francia en 1894, con la clásica París-Bordeaux. El primer Gran Premio de la Argentina de Buenos Aires a Córdoba, pasando por Rosario, se realizó en marzo de 1910, con la participación de siete autos. Los caminos en penoso estado, las lluvias abundantes y los accidentes convirtieron la primera carrera en una odisea en la cual tanto la resistencia de las máquinas como la de los pilotos y la habilidad de los mecánicos se ponían a prueba. Llegar a Rosario llevó casi diez horas y el primer auto en entrar a Córdoba demoró cuatro días. El último en llegar lo hizo una semana después de la largada. Este primer Gran Premio fue, evidentemente, una empresa titánica para su tiempo. Esta carrera siguió disputándose hasta 1932. Es importante señalar que, años después, los elementos que constituirían la esencia del Turismo de Carretera (TC) estaban ya allí: caminos pobres, público curioso, pilotos llenos de coraje y mecánicos acompañantes capaces de las reparaciones más insólitas. Este contexto "romántico" estaba acompañado por la idea de que el automovilismo era la expresión máxima de la modernidad, la unidad perfecta entre productos industriales y destrezas individuales. Había otro elemento importante: los autos recorrían el territorio nacional, y al hacerlo, no sólo lo descubrían sino que permitían la apropiación concreta de ese paisaje por parte de las máqui-

nas y sus pilotos. En la década del treinta, las transmisiones radiales de Luis Elías Sojit, "el inventor del automovilismo deportivo", con la ayuda de aviones, consolidan el automovilismo como una estrategia de localización exitosa de eventos "populares".

El espacio del automovilismo deportivo va a coincidir, casi en su totalidad, con el espacio dominante del polo: Buenos Aires, provincia de Buenos Aires, sur de la provincia de Santa Fe y sur de la provincia de Córdoba. La inversión en autos de carrera y en su mantenimiento necesitaba no sólo de la presencia de gente con economías holgadas sino de una infraestructura técnica y mecánica, concesionarias y talleres, que sólo existía en grandes ciudades y en las ciudades medianas de la pampa. El Club Atlético de Rafaela, en la provincia de Santa Fe, fundado en 1907, es un ejemplo de estas circunstancias. Su comisión de automovilismo organizó la primera carrera en 1919 en un circuito delimitado de 350 kilómetros que iba y venía desde y hasta Rafaela, pasando por Morteros y San Francisco, en la provincia de Córdoba. Cuando en el país no había caminos en serio, el circuito de Rafaela fue ejemplar: bien delimitado, bien marcado, se recurrió al uso de aplanadoras de tracción animal para cerrar huellas y amortiguar los colchones de tierra. Esto expresaba el trabajo de toda una comunidad. Esta tradición continuará con el correr de los años, cuando pueblos enteros se dediquen a financiar a sus corredores y héroes locales. Hasta 1925 se produce una multiplicación de carreras en toda esa zona: a Rafaela se unen Esperanza, Rosario y la ciudad de Santa Fe; en la provincia de Córdoba se hacen competencias en la ciudad capital, Laboulaye, Hernando, Villa María, La Carlota y Moldes; en la pro-

vincia de Buenos Aires, en La Plata, San Martín, con su autódromo de 3000 metros a partir de 1927, Bahía Blanca, Coronel Suárez, Mercedes (donde se disputaba una carrera en circuito muy importante) y, por supuesto, en la ciudad de Buenos Aires. Las carreras eran heterogéneas e iban desde el Gran Premio, con recorridos de hasta 1.500 kilómetros en 1925, hasta carreras cortas, de pocos kilómetros, de velocidad pura. El Gran Premio de 1928 consolida el automovilismo deportivo con 40 pilotos inscriptos y 19 marcas de automóviles representadas. Esta rápida expansión convierte al automovilismo deportivo en una actividad nacional regulada por el ACA, con sede en Buenos Aires, que mantenía el control sobre los Grandes Premios y organizaba la mayor cantidad de carreras, seguido demasiado lejos por el club de Rafaela con sus 500 millas. Es importante señalar que, para fines de los veinte, sólo había una ruta pavimentada en el país y era la que unía Buenos Aires con La Plata.

Este período, que se extiende hasta mediados de la década del treinta, estuvo dominado por intrépidos pioneros, pilotos de destacada actuación y que, por lo general, morían en carrera. Era la época de la experimentación tecnológica y de la producción de verdaderos autos híbridos, en los cuales partes y soluciones diferentes se agregaban con la intención de conseguir la mayor velocidad y conservar la estabilidad. Se cambiaban los *blocks*, se retocaban los motores originales, se añadían otros caños de escape y tanques de nafta y se mejoraban los amortiguadores, los elásticos y los frenos. Para todo ello, no sólo se necesitaba un taller mecánico, recursos, sino que, además, había que tener una gran capacidad de experimentación. Uno de esos pioneros fue Domin-

go Bucci, muerto en carrera en 1933, un gran mecánico cordobés de Morteros, que tenía un coche Hudson especialmente preparado por él, el "Bestium", que tenía un motor con una capacidad de 4.880 centímetros cúbicos. Hay que poner en esa lista a Paris Giannini, italiano instalado en Mercedes, que muere en el Gran Premio de 1929; a Ernesto Bóssola y Carlos Zatuszek, polaco, grandes mecánicos e innovadores tecnológicos muertos también, trágicamente, en carrera; a Ernesto Blanco, mecánico porteño, del cual se decía que era el primer piloto metódico que supo competir de un modo "casi científico"; a Juan Antonio Gaudino, inmigrante italiano y fino experimentador, que probó fortuna en las 500 millas de Indianápolis en 1932, y a Raúl Riganti, mecánico y concesionario de autos, socio de Blanco, quizás el más grande de todos durante ese tiempo, que pasó de correr en los autos abiertos a los de capota rígida a partir de 1934, y participó con relativo éxito en dos carreras en Indianápolis. Ese año, el Gran Premio se hace desde Rosario a Resistencia, rompiendo el ciclo tradicional Buenos Aires-Córdoba. En 1935, el Gran Premio llega a Chile, con largada en Buenos Aires. En este caso se reemplaza la velocidad pura por la regularidad, es decir, por un máximo de velocidad. En este Gran Premio se ve al coche de turismo transformado en una máquina de carrera y que conserva, más o menos, la apariencia de un automóvil.

En los años 1936 y 1937, el automovilismo argentino deja, para siempre, la etapa pionera. Hubo más de setenta carreras que incluyeron, por primera vez, el Gran Premio de la Ciudad de Buenos Aires en el circuito de la Costanera. Se regulan, asimismo, de un modo claro los tres tipos de competiciones: las de pista, que debían hacerse en circuitos tipo parque o ca-



Oscar A. Gálvez y Juan Manuel Fangio, figuras emblemáticas del automovilismo deportivo. *Clarín*. 50^a aniversario.

minos pavimentados o arreglados que no debían exceder de los 5.000 metros; las de velocidad, en pistas pavimentadas o arregladas, cerradas para el público, que permiten velocidades de más de 120 kilómetros por hora; y las de carretera, con un recorrido no inferior de los 500 kilómetros, sobre carretera o en circuitos naturales. El Gran Premio de 1937 es el primer recorrido por gran parte del país, ya que pasa por quince provincias e instala la carrera en el imaginario nacional de un modo definitivo.

Ese año aparece Oscar Gálvez, piloto de Ford, que marcará con su talento los próximos años del TC, y se cristaliza la competencia entre Ford y Chevrolet, que ya se ensamblaban en el país desde la década anterior. En el Gran Premio de 1938 coinciden Oscar Gálvez, con Ford, y Juan Manuel Fangio, con Chevrolet. Una nueva época comenzaba. Las etapas eran más largas y los autos debían estar mejor preparados. El salto cualitativo en lo que se refiere tanto a los pilotos como a lo tecnológico es muy grande. Para 1938, las carreras con los coches con carrocería cerrada y metálica se generalizan. Estas mejoras se vuelven obligatorias, ya que aumenta la seguridad de los pilotos. A

partir de estos cambios, y al ser las carreras más largas, se necesitaba un sistema de apoyo mecánico considerable. Con la introducción de los equipos, la participación en los Grandes Premios se hace más costosa. El apoyo de las marcas era necesario, así como un sistema de ayuda económica en los pueblos de donde provenían los volantes. Había una idea de empresa común, familiar y local. Un triunfo de los Emiliozzi era el triunfo de todo Olavarría, así como un triunfo de Fangio lo era de todo Balcarce. Era usual pensar el TC como la relación estrecha entre el pueblo, la chacra, los caminos y la carrera. Se pensaba que el automovilismo era motor de progreso no sólo para el país, sino fundamentalmente para el Interior y sus pueblos. Los duelos entre pilotos eran competencias entre pueblos, y en esos años se afirmó la idea de que el automovilismo era una de las expresiones más altas de la democracia, ya que en los éxitos no influyen ni las herencias ni los pergaminos postizos.

En 1940, el Gran Premio Internacional del Norte, Buenos Aires - Lima - Buenos Aires, ganado por Fangio en una epopeya homérica, es visto como la demostración de que el TC es un

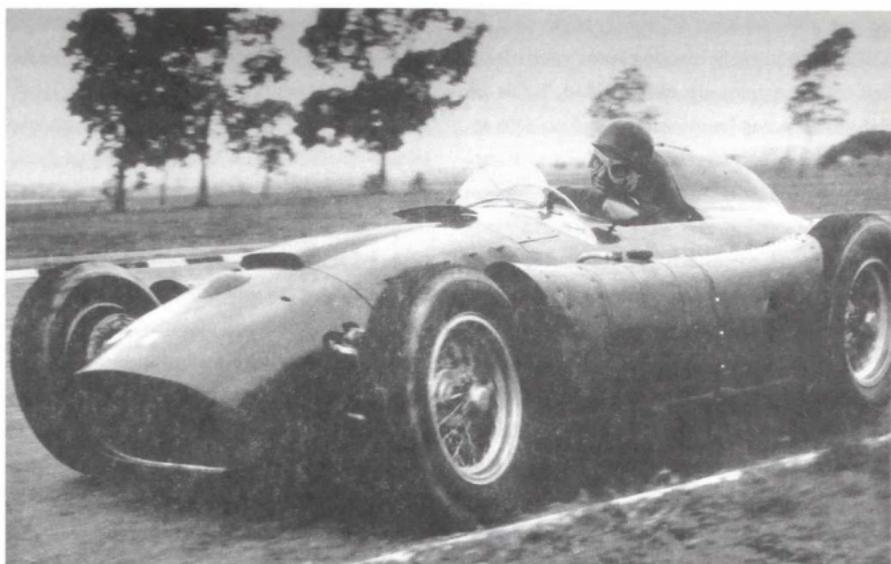
emblema que puede ser mostrado con orgullo fuera del país. En esa dirección, los proyectos de hacer la carrera Buenos Aires - Caracas o incluso Buenos Aires - Nueva York se discuten con seriedad en 1941 y 1942. Esta idea, sin embargo, se abandona por los efectos de la guerra y las dificultades que había en la provisión de piezas, neumáticos y nafta. El automovilismo argentino estaba listo para dar esos saltos y mostrar al mundo de lo que eran capaces sus pilotos y sus máquinas.

El verano de 1947 es una fecha clave para el automovilismo argentino, ya que llegan al país las Alfa Romeo y las Maserati de pista, junto con algunos de los mejores pilotos europeos de ese momento: Varzi y Villorosi. Los dos premios corridos en Buenos Aires son ganados por Villorosi en su Maserati. Pilotos argentinos, incluidos Oscar y Juan Gálvez y José Froilán González, participan con poco éxito en las carreras. Sin embargo, con esa magra cosecha comenzaba una nueva etapa de internacionalización, en la que participar en las competencias de pista y conducir los autos europeos eran una posibilidad real para los mejores pilotos argentinos.

En 1948, el TC argentino sobrepasa los límites de lo posible: se corre la Buenos Aires-Caracas en dos tramos, de ida hasta Caracas y el regreso desde Lima. Finalmente, se consigue una participación internacional relativamente importante. Entre los 141 participantes, hay 8 peruanos, 5 chilenos, 5 bolivianos, 3 venezolanos y un uruguayo. El tramo de Buenos Aires a Caracas era de 9.580 kilómetros y fue recorrido en veinte días, con cinco de descanso. Fangio hace una carrera irregular, con un solo triunfo en la quinta etapa, desde La Paz a Arequipa, y en la séptima etapa tiene un accidente en el que muere su acompañante. Los her-

manos Gálvez dominan con claridad, ganando una etapa tras otra. Sin embargo, el ganador total es Domingo Marimón, por la descalificación de Gálvez en la última etapa. A Caracas llegan sólo 44 coches de los que comenzaron en Buenos Aires. El regreso de Lima (4.833 kilómetros) lo corren sólo 79 tripulaciones y se decide conceder, en los días de descanso, hasta ocho horas para que los coches puedan ser reparados. Esto aumenta la efectividad, y a Buenos Aires llegan 43 participantes. Oscar Gálvez se toma la revancha y gana el regreso. Es importante hacer notar que de los 141 inscriptos originalmente, sólo 26 coches hicieron los dos recorridos. Esta carrera fue definida como el *test* de la carrera Buenos Aires - Nueva York que nunca pudo concretarse. El TC, luego de esta experiencia traumática, se queda en casa definitivamente y pasará, en las décadas posteriores, a ser la marca de originalidad del automovilismo nacional. Sin embargo, las visitas de pilotos y máquinas de pista había abierto la posibilidad de una participación argentina en el prestigioso circuito europeo. En 1949 regresan los visitantes europeos y los pilotos argentinos ganan dos carreras: Oscar Gálvez en Rosario y Fangio en Mar del Plata. Comenzaba otra época en la historia del automovilismo argentino y, afortunadamente, Fangio no se quedó en casa.

Juan Manuel Fangio es, sin lugar a dudas, la síntesis casi perfecta de esta historia de globalización deportiva. Nació de padres italianos, en 1911, en Balcarce, una ciudad típica de la pampa donde la agricultura de la papa marcaba los ritmos de trabajo y las posibilidades de progreso económico. Entró a los 11 años como aprendiz en un taller metalúrgico donde se hacían piezas para autos, camiones y máquinas agrícolas. Posteriormente pasó a traba-



Juan Manuel Fangio, campeón mundial de automovilismo, tuvo una destacada actuación en los circuitos europeos.

jar en la reparación de autos en la concesionaria Ford, y su aprendizaje final lo hizo en la concesionaria Studebaker, como experto en poner a punto los autos reparados o recién importados. Incursionó en carreras locales a partir de 1935, y su participación exitosa en el circuito de Necochea en 1938 al conseguir, con un auto menos potente que los de los consagrados volantes Arzani y Zatuszek, un decente tercer lugar, lo convenció de que podría tener una carrera como volante. En los años 1940 y 1941 fue campeón argentino en TC. Siguió, sin embargo, incursionando en las carreras de pista con relativo éxito. Siempre contó con el apoyo de los concesionarios de Balcarce y, finalmente, de la fábrica textil Suixtil. Su triunfo en 1949, en Mar del Plata, con una Maserati importada por el ACA, permitió que fuera descubierto por los europeos. Un periodista inglés dijo de Fangio que impresionaba porque "tenía una idea fija: ganar la carrera, y

conducía de acuerdo con esto desde el inicio al fin". Ese mismo año fue el de su consagración europea. Corriendo para el equipo de Achille Varzi, gana con una Maserati, financiada por el ACA y con apoyo del gobierno argentino y la empresa Suixtil, en San Remo. Victoria que repetiría en Pau, Perpignan y Albi. A estos triunfos se suman los logrados con un Simca Gordini en Marsella y con una Ferrari en Monza. Su gira europea fue seguida con pasión desde la Argentina, y sus victorias, transmitidas por radio por Luis Elías Sojít y su hermano Manuel. Su aparición en el automovilismo europeo fue definida como la llegada de "un asombroso meteoro maduro", ya que tenía 37 años, y su estilo de manejo fue definido como audaz y sistemático.

La Argentina había encontrado un héroe que no sólo expresaba ideales de movilidad social, igualdad de oportunidades e integración social, sino que era, además, capaz de

vencer a los mejores pilotos europeos en las carreras de pista. Si bien los autos y los motos eran ejemplos de modernidad, había en Fangio aspectos "románticos" que no sólo tenían que ver con su estilo personal y su figura gentil y bonachona: era el producto de un pueblo de inmigrantes en la pampa argentina profunda, sin raíces aristocráticas y sin tradición industrial. Para muchos argentinos era un "paisano" con mucha astucia y fino sentido de la observación. La fascinación argentina por su figura se correspondía con la fascinación de los europeos que vieron en él a un corredor de raza y un modelo de dignidad, humildad y calidez humana. En 1951 se consagra definitivamente, al ganar con Alfa Romeo el primer campeonato mundial. La pareja Fangio y "Alfetta", para muchos el auto de carrera más hermoso de todos los producidos, conseguía ganar a las poderosas Ferrari, cuya escudería incluía entre sus pilotos a José Froilán González, otro argentino formado en TC y que tuvo una carrera importante hasta 1960, con 26 carreras disputadas y dos victorias. Entre 1951 y 1957, Fangio ganó el campeonato mundial cinco veces y lo hizo con cuatro fábricas diferentes: Alfa Romeo, Ferrari, Maserati y Mercedes-Benz. Ganó 24 de los 51 grandes premios en los que participó, 28 veces ganó la clasificación, 48 veces comenzó en la primera fila, y en 28 ocasiones hizo el récord de vuelta. Pocos pilotos de Fórmula 1 pueden mostrar estos índices de efectividad en una época caracterizada por los riesgos y los accidentes fatales. En los nueve años en que Fangio estuvo activo, treinta de los pilotos que competían contra él habían muerto accidentalmente, y él mismo había sido testigo del horrible incidente en Le Mans, cuando el Mercedes de Pierre Levegh se fue contra el público y mató

a 80 espectadores. Sobrevivir sin accidentes en ese período fue una muestra no sólo de su habilidad sino también de su coraje.

Fangio se retiró en 1958, luego de una penosa actuación en el Gran Premio de Italia. Esa carrera entró también en la historia por el comportamiento de Hawthorn, que pudo sacarle a Fangio una vuelta con su Ferrari pero no lo hizo, como una muestra de admiración y un "tributo final al maestro". Fangio había puesto a la Argentina en el mundo de una manera privilegiada y ejemplar. Su retiro dejó un vacío casi imposible de llenar. Se podría decir que, desde ese año, la Argentina ha vivido en una suerte de abstinencia y nostalgia no sólo por la pérdida de un piloto irremplazable sino por la imposibilidad de continuar una tradición. En la década del setenta apareció Carlos Reutemann, que hizo una carrera importante en Fórmula 1 con Brabham y Ferrari, pero nunca llegó a consagrarse campeón mundial, aunque estuviera cerca dos veces.

Mientras Fangio era parte del mundo transnacional, el automovilismo nacional siguió sus cauces normales y el TC siguió gozando del apoyo popular. En la década del cincuenta, a los pilotos de origen chacarero se unieron grandes volantes de origen terrateniente que rompieron la tradición de los pilotos-mecánicos: Carlos Menditeguy, Rodolfo de Álzaga, Gastón Perkins y Juan Manuel Bordeu. Álzaga llegó a ganar el campeonato argentino en 1959, en pleno apogeo de los hermanos Gálvez. La década de los sesenta verá la aparición de los hermanos Emiliozzi, que pasan a dominar con tanta claridad que en 1963 ganan diez carreras. Hay, asimismo, un aumento de las carreras de TC en autódromos. Paralelamente seguían las competiciones de pista en las categorías Fuerza Limitada y Fuer-

za Libre, herencia de la Mecánica Nacional. La Mecánica Nacional, en sus variantes, entró en crisis, ya que representaba una fórmula anacrónica en la que la libertad en la elección del chasis era acompañada por la libertad para decidir la cilindrada de los motores. En la década del sesenta será reemplazada por las diferentes fórmulas: 1 y 2, al comienzo, y posteriormente, 3 y 4. Este desarrollo era paralelo a los cambios que se habían producido en Europa.

Al mismo tiempo, aparecen las carreras de los coches *standard*, conocidas como Turismo Mejorado, y *sport*. La multiplicación de categorías continuará en las siguientes décadas produciendo una maraña de carreras de turismo y de pista, con la característica de que, incluso en Fórmula 1, los coches eran producidos en su totalidad en la Argentina. Es importante recordar que este impulso se debe a la presencia de las fábricas de automóviles instaladas después de 1955 y que son las que comienzan a proveer de vehículos a los corredores. Aparecerán, paulatinamente, los Chevy, los Falcon, los Valiant y el legendario Torino, que reemplazan a los autos producidos en los talleres artesanales. En 1969, el Torino incurSIONA en Europa al organizarse una gran expedición, compuesta por tres coches, nueve pilotos y doce mecánicos. El director de "La Misión Argentina" fue el mismísimo Juan Manuel Fangio. De esa "misión" quedaron algunos buenos desempeños, pero ninguna victoria. No hubo milagros; las diferencias entre los coches argentinos y el resto era real y no podía ser compensada por la pericia de sus pilotos.

Desde 1914 hasta fines de la década del setenta, el automovilismo formó parte de las actividades deportivas más importantes en el país. La Argentina pudo, por su condición de país "periférico" pero relativamente rico, par-

ticipar desde temprano en el desarrollo de este deporte en el ámbito internacional. Hasta la década del cincuenta, esa inversión en máquinas y pilotos produjo excepcionales volantes que pudieron competir con éxito en el mundo restringido y elitista de la Fórmula 1. Fangio era extraordinario, sin lugar a dudas, pero fue, también, el producto de circunstancias históricas concretas que hicieron posible su participación: apoyo local, pasión popular, fomento del ACA, interés internacional por incorporar a la periferia y apoyo decidido del gobierno peronista. A partir de la década del sesenta, con la proliferación de categorías y la presencia de fábricas locales interesadas en la expansión del mercado nacional, el automovilismo argentino se insulariza y sólo excepcionalmente participa con éxito en el mundo cada vez más globalizado de las competencias deportivas.

BOXEO: LOS PUÑOS DE LA NACIÓN

Desde la fundación del primer club de boxeo de la Argentina —el Boxing Club de Buenos Aires en 1908— hasta 1924, el boxeo se había popularizado, pero tuvo que superar muchos prejuicios. En Buenos Aires, la prohibición del boxeo duró hasta 1924. Esto no impedía su práctica en clubes, las peleas clandestinas y la organización excepcional de exhibiciones autorizadas, como la visita del campeón mundial de peso pesado Jack Johnson en 1915. El boxeo, sin embargo, vivía su vida propia en las ciudades de Avellaneda y Barracas, donde era permitido. El Internacional Boxing Club, fundado en Buenos Aires en 1913 por jóvenes socialistas, fue el primer semillero de grandes boxeadores, ya que de allí surgieron

Luis Ángel Firpo, Gustavo Leneve, Luis Galtieri y Horacio Lavalle, los primeros grandes boxeadores de comienzos de siglo.

La década del veinte fue, sin lugar a dudas, la época heroica del *box*, y el papel de Firpo, determinante. Nacido en Junín en 1894, comenzó a frecuentar el Internacional en 1914 e hizo algunas exhibiciones con boxeadores extranjeros en 1917. Su carrera boxística la comenzó en 1917 en Uruguay y la siguió en 1918 en Chile, donde la práctica del boxeo tenía un gran auge. En 1922 se fue a Estados Unidos, donde ganó tres peleas y, rápidamente, se convirtió en un ídolo nacional. En ese año ya estaba fundada la Federación Argentina de Box, y el boxeo se practicaba con gran intensidad en muchas provincias. En su segunda gira a los Estados Unidos, en 1923, ganó diez peleas y perdió el *match* por el título mundial contra Jack Dempsey. Siguió su campaña en 1924 peleando en Estados Unidos y en la Argentina y se retiró por primera vez en 1926. De manera inexplicable, regresa en 1936; gana dos peleas y en la tercera es vapuleado por un talentoso boxeador chileno, Arturo Godoy. Firpo pertenece a la estirpe de deportistas argentinos que sabían que el triunfo no sólo se medía localmente. El haber llegado a pelear con tres campeones mundiales y haber disputado el título mundial fue una demostración no sólo de su capacidad sino de las potencialidades que había en el país. Por su influencia, el boxeo fue legalizado en Buenos Aires y en el resto del país en 1924.

En 1930 y 1931, el camino de Firpo en Estados Unidos fue seguido por Justo Suárez, nacido en el barrio de Mataderos. En su primer viaje hizo una brillante campaña, pero no en el segundo y cayó derrotado por Billy Petrolle en una pelea en la cual fue castigado sin pie-

dad. Su decadencia fue imparable. Suárez fue, sin lugar a dudas, el primer boxeador que atrajo a multitudes y ayudó a consolidar la popularidad del boxeo profesional y aumentar su atractivo económico. Es una paradoja que el estadio Luna Park, inaugurado el 12 marzo de 1932 y que se convertiría en la catedral del boxeo profesional en la Argentina, auspició una semana después la pelea entre Suárez y Peralta. Peralta ganó la pelea y se convirtió en campeón argentino destronando "al boxeador del pueblo".

En la década del veinte, el deporte aficionado se organiza a escala nacional y los campeonatos nacionales reúnen a numerosos boxeadores. Desde 1924 hasta 1952, la participación argentina en los Juegos Olímpicos siempre se salda con medallas: un total de 7 de oro, 7 de plata y 6 de bronce, que convierten a la Argentina en una de las potencias mundiales en ese deporte. En 1928, en Amsterdam, se consiguieron las dos primeras de medallas de oro, una para Víctor Avendaño y la otra para Arturo Rodríguez Jurado. Estos dos boxeadores representan, de alguna manera, el ambiente de esa época, cuando todavía era posible encontrar a quien venía de medios populares como Avendaño y a quien venía de familias acomodadas como Rodríguez Jurado. Rodríguez Jurado se recibió de ingeniero agrónomo y, junto al boxeo, practicó el rugby, en el cual descolló en el Club Atlético San Isidro, posteriormente en San Isidro Club y en la selección nacional. Excelente boxeador de peso pesado, se caracterizaba por su fuerza, su coraje y su obstinación. Pudo haber seguido el camino de Firpo, pero para él el deporte no debía ser profesional.

En la década siguiente, con la expansión de la práctica del boxeo y su creciente popula-

ridad, boxeadores como Rodríguez Jurado no eran una excepción, sino que habían desaparecido de los cuadriláteros del país. Gran parte del reclutamiento, además, se hacía en las provincias y en el interior de la provincia de Buenos Aires. Provincias como Córdoba, Santa Fe y Mendoza produjeron grandes boxeadores. El primer campeón mundial profesional de boxeo fue el mendocino Pascual Pérez, que ganó el título en 1954. Antes había sido campeón olímpico aficionado en 1948. Pérez puede ser considerado como un producto de la escuela mendocina, donde primaba un notable sentido de tiempo y distancia, sincronizados en su perfección, acompañado por una gran velocidad. Nicolino Locche, el tercer campeón mundial argentino al ganar su título en 1968, siguió con esa tradición. Sus prodigiosos movimientos de cintura y la agudeza de su vista lo llevaron a ganarse el apodo de "El Intocable", ya que sus precisos esquivos hacían casi imposible que lo golpearan.

El boxeo fue una avenida para la movilidad social de los pobres y marginados, una realidad social muy parecida a la de los países donde este deporte era importante. La figura emblemática de José María Gatica, "un lustrabotas pendenciero", sintetiza el ascenso social de un migrante del Interior nacido en San Luis que, desde la pobreza extrema, se convierte en uno de los grandes ídolos deportivos argentinos. Su debut profesional fue en diciembre de 1945 y su carrera se prolongó hasta 1956; es decir que coincidió totalmente con los gobiernos peronistas. Su biografía confronta con tres ejes importantes. El primero, su identificación política visceral con el peronismo y su devoción confesada por el presidente Perón y por Evita, recíproca, por lo menos, hasta 1951. Esto reforzó la afinidad existente entre los secto-

res populares y su personalidad desbordante y carismática. Su estilo de boxeo contundente, agresivo, valiente y espectacular contribuía a su celebridad. Se decía que, en sus peleas en el Luna Park, los espectadores de la tribuna popular iban a verlo ganar, y los del *ring-side*, supuestamente antiperonistas, perder. Gatica tenía la virtud de hacer visibles las divisiones políticas que existían en el país. El boxeo era política y, mejor aún, política simbólica. El segundo eje lo constituyen las duras peleas con Alfredo Prada, otro gran boxeador del Interior, que, pese a él mismo, pasó a ser identificado con la oposición a Perón. Los duelos Gatica-Prada fueron de un gran dramatismo y la rivalidad existente desde la época de aficionados se trasladó al mundo profesional. En total, pelearon seis veces y cada uno ganó tres. Entre la primera y la última pelea transcurrieron once años. El tercero de esos ejes es su intento de hacer carrera en Estados Unidos, como los otros grandes boxeadores del pasado. Sus extraordinarias condiciones y el apoyo explícito del gobierno lo animaron a tentar suerte en los Estados Unidos en 1951. Se impuso en forma terminante a Terry Young en su primera pelea, pero en el combate por el título mundial contra Ike Williams fue derrotado de manera categórica y humillante. Gatica fue, también, un par de puños al servicio de la gloria de la Nación. Su fracaso contundente y sus extravagancias aceleraron su decadencia. Murió en la pobreza y el abandono, en un absurdo accidente de tránsito a los 38 años.

Luego del triunfo de Pascual Pérez en 1954 pasaron doce años hasta tener un nuevo campeón mundial. En 1966, en la misma categoría mosca, Horacio Accavallo gana el título mundial en Tokio. Como Gatica, su niñez y juventud estuvieron signadas por la pobreza.



José María Gatica, a la izquierda, en uno de los duros combates que libró sobre el ring. Archivo General de la Nación.

Fue botellero, lustrabotas, canillita, payaso y hasta faquir de un circo de tercera categoría. Se hizo profesional a los 22 años y recién a los 31 tuvo la oportunidad de pelear por el título mundial. Técnico para defenderse y aguerrido para atacar, su carrera deportiva transcurrió en medio de muchos sacrificios y cuando le llegó el éxito, supo conservar una gran humildad. Al retirarse se convirtió en un exitoso comerciante.

Carlos Monzón, al ganarle al campeón Nino Benvenuti en Roma en 1970, se convirtió en el cuarto campeón mundial argentino, y el primero en peso mediano. Su origen fue también muy humilde. Se forjó como boxeador en el gimnasio del club Unión de Santa Fe mientras trabajaba como canillita, lustrabotas y verdulero. Se hizo profesional en 1963 y su récord, a su retiro, era impresionante: 100 com-

bates, con 89 victorias (61 por *knock-out*), 8 empates y 3 derrotas. Fue campeón mundial durante ocho años y se retiró invicto, defendiendo su título 14 veces. Monzón, sin lugar a duda, es el campeón argentino más exitoso y sus defensas del título frente a grandes boxeadores norteamericanos, como Emile Griffith o Benny Briscoe, franceses, como Jean-Claude Boutier y Gratien Tonna, y el mexicano José "Mantequilla" Nápoles, son legendarias. Nunca antes puños argentinos fueron tan eficaces. Fue un boxeador de gran frialdad, fuerte, valiente, persistente y con una demoledora pegada. No sólo fue un ídolo deportivo sino que su romance con Susana Giménez, una de las actrices argentinas más famosas, y su participación como actor en cinco películas acrecentó su fama como miembro del mundo del espectáculo en la Argentina. Su vida se complicó al

ser condenado a once años de prisión en 1989 por la muerte de su esposa. En uno de los permisos, perdió la vida al volcar el auto que conducía mientras regresaba al penal de Santa Fe donde purgaba su pena.

Desde 1914 hasta 1983, la Argentina tuvo once campeones mundiales profesionales, algunos de ellos grandes figuras, como Víctor Galíndez y Santos Laciari. La participación, con gran éxito, en los Juegos Olímpicos marcó la temprana internacionalización del boxeo. Quizás es una paradoja que los éxitos en el boxeo aficionado se hicieron más escasos en la medida en que éstos aumentaban en el mundo profesional. A partir de 1956 y hasta 1996, la Argentina sólo consiguió cinco medallas de bronce en diez Juegos Olímpicos, una cosecha bien magra comparada con la de los inicios. En la consolidación del deporte profesional, el estadio del Luna Park, inaugurado en 1932 y, sobre todo, la visión empresarial de Tito Lecoutre en su dirección a partir de 1956, fueron factores importantes. Buenos Aires fue una plaza económica importante, ya que atraía a grandes boxeadores extranjeros y permitía que los mejores boxeadores nacionales se midieran con ellos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Desde 1914 a 1983, la Argentina no sólo se moderniza y se urbaniza rápidamente, sino que en ese proceso el deporte juega un papel muy importante, ya que hace posible no sólo la pronta incorporación a un sistema internacional de competiciones, sino que favorece la expansión de un espacio de tiempo libre nacional. El deporte, con la prensa, la radio y posteriormente con la televisión, alcanza un

impacto nacional indudable a través de la libre circulación de sus símbolos, mitos y héroes. Esto es posible porque la práctica deportiva se convierte en un espectáculo público. Las inversiones en infraestructura deportiva aumentan y se consolidan los clubes como verdaderas sociedades civiles. Al mismo tiempo se profesionalizan las carreras deportivas, lo cual facilita la movilidad social para los más talentosos. Si el deporte fue pensado originalmente como una escuela donde templar el coraje individual y aprender a funcionar colectivamente, en la época de las naciones, con Juegos Olímpicos y campeonatos mundiales, es obvio que la conexión con las identidades nacionales fue un resultado más que previsible. La Argentina exporta cuerpos, caras, gestos y eventos deportivos, y a partir de ellos, una imagen de lo nacional se construye, al mismo tiempo, afuera y adentro.

Hay, en este período, un proceso de apropiación estatal de los deportistas exitosos y de los equipos que representan al país, que no ha sido analizado ya que no era el objetivo de este capítulo. Es importante hacer notar, sin embargo, que durante el gobierno peronista no sólo se organizaron campeonatos nacionales infantiles a través de la Fundación Eva Perón, sino que hubo una política orientada a garantizar los éxitos deportivos. Los triunfos de Fangio, si bien no eran presentados como los triunfos del gobierno peronista, eran apropiados por el sistema de propaganda. Los éxitos deportivos, incluso los obtenidos en polo, fueron presentados como la victoria de la Nación y de las virtudes masculinas: coraje, persistencia, voluntad de superación, poder y habilidad para sortear obstáculos. Uno de los fracasos, en ese sentido, fue la "inversión simbólica" en Gatica. Durante el peronismo hubo una expan-

sión importante de la infraestructura deportiva al construirse, entre otros, el Autódromo Oscar Alfredo Gálvez, el Velódromo Municipal, el Circuito KDT y el Centro Recreativo Ezeiza, y al patrocinarse eventos internaciona-

les como las carreras de Fórmula 1, el campeonato mundial de basquetbol en 1950, los Primeros Juegos Panamericanos en 1951, las visitas de grandes boxeadores norteamericanos y la vuelta ciclista República Argentina.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Los registros contemporáneos que se encuentran en la revista *El Gráfico*, fundada en 1919, son fundamentales para una reconstrucción histórica del deporte argentino. La alta calidad de muchos de sus periodistas y, por lo menos hasta 1980, el intento sistemático de vincular deporte y sociedad han sido fuentes irremplazables para este capítulo. El diario inglés *The Standard* de Buenos Aires es también una fuente importante para el período comprendido entre 1914 y 1930. La visión británica del desarrollo del deporte en el país es crucial para entender los mecanismos sociales y culturales de adopción y rechazo de determinadas prácticas deportivas. Para la historia de los orígenes de los deportes británicos en la Argentina deberán consultarse EDUARDO A. OLIVERA, *Orígenes de los deportes británicos en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1932, y el artículo de RICHARD W. SLATTA, "The demise of the gaucho and the rise of equestrian sport in Argentina", *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. 12, n° 1, Montreal, 1986.

Para el fútbol no hay todavía una historia social completa y sí muchas fuentes dispersas. Es recomendable consultar los tres tomos de la historia publicada por el diario *La Nación* de Buenos Aires en 1994, el libro de OSVALDO BAYER, *Fútbol argentino*, Buenos Aires, 1990, y para un análisis institucional de la Asociación

del Fútbol Argentino, la obra de ARIEL SCHER y HÉCTOR PALOMINO, *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, 1988. Para el polo, es imprescindible el libro de HORACIO A. LAFFAYE, *El polo internacional argentino*, Buenos Aires, 1989, y muy útil el libro editado por FRANCISCO CEBALLOS, *El polo en la Argentina*, Buenos Aires, 1969. El diario *La Nación* es también importante para la historia del polo y ha sido consultado extensamente. Para la historia del automovilismo, los cuatro tomos de ALFREDO PARGA, *Historia deportiva del automovilismo argentino*, Buenos Aires, 1995, ofrecen una visión detallada y, más o menos, sistemática. Para la vida de Juan Manuel Fangio hay, entre otros, dos libros fundamentales: la historia de su vida escrita por JUAN MANUEL FANGIO y ROBERTO CAROZZO, *Fangio. Cuando el hombre es más que el mito*, Buenos Aires, 1986, y el de KARL LUDVIGSEN, *Juan Manuel Fangio. Motor Racing's Grand Master*, Somserset, 1999. Ante la falta de una historia del boxeo, la consulta de *El Gráfico* es fundamental. Sobre la vida de CARLOS MONZÓN son recomendables dos autobiografías: *Moi, Carlos Monzón*, París, 1975, y *Mi verdadera vida*, Buenos Aires, 1976.

Para entender el papel del deporte durante los gobiernos peronistas hay que consultar el artículo de RAANAN REIN, "El Primer Deportista: The political use and abuse of sport in Pe-

ronist Argentina”, *The International Journal of the History of Sport*, vol. 15, n° 3, Londres, 1998.

El contexto más teórico y un conjunto de comparaciones sistemáticas que han guiado este capítulo se pueden ver en EDUARDO P. ARCHETTI, *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford, 1999, y el artículo del mismo autor, “Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del

fútbol y el polo”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 1, Quilmes, 1997.

El fondo de investigación otorgado por el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Oslo hizo posible completar el trabajo de archivo en Buenos Aires. La ayuda de Marcelo Massarino y sus comentarios críticos han sido muy valiosos para poder completar este capítulo.

48. EL PERIODISMO

Carlos Páez de la Torre (h.)

TENSIÓN ENTRE IDEAL Y TRADICIÓN. LAS PROVINCIAS

Se ha caracterizado a las dos primeras décadas de la vigésima centuria como un período donde se intenta “resolver la tensión entre un ideal de prensa independiente, a cargo de periodistas profesionales, y una larga tradición de prensa partidaria, ligada a las luchas entre facciones políticas”. Es decir, está pugnando por delinearse “un campo específico de relaciones donde el periodismo escrito se particulariza como práctica, se separa formalmente del poder del Estado y de los partidos políticos y sienta las bases del periodismo moderno, masivo y comercial, característico del siglo veinte”.

Razones prácticas abonan todo esto. Ya se está advirtiendo la imposibilidad de que subsista una empresa periodística atada a la política, como era tradicional. Los avisos publicitarios y el nuevo discurso que se abre paso en el mundo así lo están marcando inexorablemente. El público —formado por una variedad distinta de gente— quiere noticias del amplio abanico de la vida: lo exclusivamente político se hace cosa del pasado, cada vez con mayor rapidez.

Quienes escriben los diarios, empero, aún no han constituido una organización. Recién

en 1919, en el marco de la FORA, se fundará el Sindicato de Periodistas y Afines, cuyo primer secretario será José Gabriel.

En ese panorama, en 1914, los diarios más importantes de Buenos Aires eran *La Prensa*, con un tiraje de 160.000 ejemplares, y *La Nación*, con unos 100.000 aproximadamente. Venían después los vespertinos: *La Razón*, con 80.000; *El Diario*, con 60.000, y *Última Hora*, con 35.000. Debajo de esta cifra se ubicaban *El Nacional*, *El Pueblo*, *La Tarde*, *Sarmiento* y *La Gaceta de Buenos Aires*, en ese orden. Todo esto constituía un total de unos 520.000 ejemplares cotidianos, según los datos de la “Guía Periodística Argentina” que procesa Silvia Saítta. Los interesados en la noticia específica sobre banca, industria y comercio, leían *El Cronista Comercial* (que se editaba desde 1908). Cobijaba las historietas de aventuras, desde 1909, *Tir Bits*, mientras *El Hogar Argentino*, del uruguayo Constancio Vigil, satisfacía a la clase media en ascenso, ilustrándola sobre los hábitos de vida de las clases altas.

En las provincias, los diarios importantes se resumían en *La Capital* (1867), de Rosario; *El Orden* (1883) y *La Gaceta* (1912), de Tucumán; *Los Principios* (1894) y *La Voz del Interior* (1904), de Córdoba; *Los Andes* (1882), de Mendoza; *El Día* (1884), de La Plata, es decir,

todos aparecidos antes del marco temporal de este capítulo.

Tales expresiones de tierra adentro tienen como modelo a los grandes diarios porteños. Aspiran a parecerse a ellos y con frecuencia reproducen sus notas. Pero, dice Jorge Rivera, “se trata por cierto de un periodismo técnicamente diferente, en el que ya pesan con mayor rigor las agencias noticiosas (Havas, Reuter, Saporiti, Stefani, etcétera), las agencias de publicidad (Ravencroff, Gazzano, Vaccaro, Veritas, etcétera), los procedimientos gráficos (el fotograbado, la linotipo), las radiocomunicaciones, etcétera, que la figura trasnochada del periodista *romántico*, que emborriona cuartillas a la luz de un mechero vacilante”.

LAS AGENCIAS. FOTOS, SÓLO EN REVISTAS. LOS VESPERTINOS

Havas, Wolf y Reuter, en ese orden de importancia, manejaban las noticias internacionales hasta 1914. Ese año, el comienzo de la Primera Guerra Mundial produjo modificaciones que permitieron el gran crecimiento de Reuter y la llevaron a controlar el mercado. Claro que debió competir con las dinámicas colegas norteamericanas, Associated Press y United Press International —actuantes desde 1892 y 1907, respectivamente—, que reclamaron el derecho a difundir con independencia sus informaciones por todo el mundo. En lo local, la única agencia argentina de noticias seguiría siendo Saporiti, que operaba desde 1900 y cuya actividad cesará recién en 1984.

Los telegramas de las agencias se editaban unos detrás de otros, en orden de llegada y con subtítulos. La organización de las noticias con títulos que permitieran ubicarlas rápidamente

y en páginas específicas recién empezaba y con cierta timidez. Perduraba en muchos diarios la modalidad (que se extendería hasta más allá de mediados de siglo, en muchos casos) de tener la primera página totalmente tapizada de avisos, sin información.

Las fotografías eran escasas y la gente no las esperaba en los diarios, condenados a imprimir clisés borrosos o demasiado entintados. Para eso estaban las revistas, en su esplendor: *Caras y Caretas*, *PBT*, *Fray Mocho*, todas de contenido misceláneo, escaso texto informativo —no así literario— y muchas imágenes gráficas, unidas a las proezas de sus caricaturistas y dibujantes. Estos últimos mostraban una versatilidad que sería imposible obtener hoy: ilustraban a pluma, a la acuarela, al pastel y a la ténpera, y hacían prodigios en materia de dibujos de letras, ornamentos y viñetas.

Los vespertinos fueron los que marcaron las fuertes innovaciones, de acuerdo a lo que empezaba a estilarse en los Estados Unidos. En el contenido, “la primacía de la noticia sobre la opinión, la independencia y una pretendida objetividad en el criterio editorial”. En cuanto a la forma, “encabezados desplegados e ilustraciones”, títulos de gran tamaño, caricaturas políticas en la primera página. Entretanto, los matutinos seguían sin poder despegarse de la política en su discurso y, en la forma, cultivaban mazacotes tipográficos donde no era fácil separar lo informativo de la opinión de los redactores.

Una novedad que arrojan los tiempos de la Primera Guerra Mundial, es la institucionalización del sistema de reparto de los diarios. Ya nadie acudiría a las imprentas para retirarlos: los paquetes serán trasladados hasta puntos estratégicos para su entrega a los canillitas (cuya denominación data de comienzos del si-

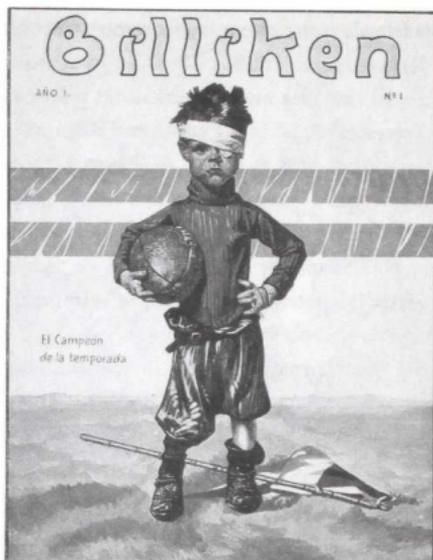
glo y dará título al sainete de Florencio Sánchez en 1902) quienes los venderán o llevarán a los quioscos.

En 1914, *El Diario*, de Paraná, se suma a los cotidianos del Interior y en 1919 lo hará *El Territorio*, de Resistencia. También surge una revista literaria ambiciosa, *Ariel*, de Alberto Palcos, para agregarse a ese tipo de prensa que, desde 1907, lideraba *Nosotros*. En Buenos Aires, en 1914 aparece *El Diario Israelita*, y en 1919 *La Frontera*, un diario político conservador, cuya "hora más gloriosa" llegará a fines de la década siguiente, cuando se especialice en la sátira al gobierno radical.

PERIODISMO DE TANGO E INFANTIL. MÁS LECTORES. EL CINE

Los años diez son de auge del tango, y no es de extrañar que alguien descubra el filón que significa ofrecer la versión completa de las letras. Ello explica el éxito que rodeará desde el vamos a *El Alma que Canta* (1915), revista que se dedica exclusivamente a ese material, y que contribuirá poderosamente a su difusión masiva, así como a la venta de discos y todo lo que a ellos se refiera. Justamente, dicha difusión contribuye a que, en 1918, se funde la Sociedad de Autores y Compositores de Música (SADAIC), que representará un comienzo de organización de todo lo que se refiera al repertorio popular, desde la ejecución hasta la distribución.

También el mundo infantil hallará material específico en la revista *Billiken*, que Constancio C. Vigil lanza en 1919, un año después de dar a luz *Atlántida*. Esta última innovaba, respecto de sus similares, en cuanto al mayor formato y a la publicación —con espíritu muy



Tapa del primer número de la revista infantil *Billiken*, publicado en 1919.

pluralista— de textos de escritores. Seis años después, *Billiken* afinará la puntería, hasta lograr convertirse en auténtico complemento de los programas escolares, lo que aumentará exponencialmente su clientela; a ella sumará, en efecto, la de varios países de América Latina. Se ha dicho que la revista de Vigil contribuyó al descenso del analfabetismo en la Argentina, que en 1915 mostraba una merma del 40 por ciento con respecto a 1870.

Este último dato sirve para explicarse el hecho evidente de que, al promediar los años diez, los diarios son leídos por una cantidad de personas en constante aumento.

Tiene incidencia en el periodismo la irrupción del cine de producción local. La cinematografía nacional —iniciada precariamente en 1902— va en franco crecimiento, como que en 1917 se han estrenado no menos de treinta *films* argentinos. Es un proceso impulsado por

la falta de material extranjero, como una de las derivaciones de la guerra. Sucede que el mundo del cine crea nuevas necesidades informativas en el público, y el periodismo buscará satisfacerlas. Las páginas de espectáculos empezarán a agregarse a los diarios y revistas, y obligarán a afanarse por algo fundamental: la publicación de fotografías, sin las cuales queda evidentemente incompleta la información de ese tipo. Por cierto que la nueva industria será bienvenida por los periodistas, pues les representará con frecuencia una nueva fuente de trabajo, como autores, guionistas o adaptadores.

ESCRITORES EN LA PRENSA

Un fenómeno que se debe tener en cuenta para los años diez es que ya parece asentada la inserción de los escritores profesionales en el circuito periodístico. Rivera considera que tal inserción disparará reacciones y respuestas diversas. Para algunos, serán la crisis y el derrumbe personal. Otros, al contrario, podrán adaptarse a esa instancia y hallar su realización por vías "elípticas", si se quiere. Ellas serán "la crítica literaria, la nota necrológica —convertida en suntuoso ejercicio de estilo— la crónica parlamentaria, la nota costumbrista, la descripción de viajes". Aparecerán así, gracias al periodismo, los "cuentistas de revistas", obligados a una nueva expresión por el medio que los publica; los grandes ilustradores, los cronistas de costumbres, "capaces de encerrar una pequeña obra maestra en el prieto marco periodístico de noventa líneas".

Eso no quita que las revistas literarias empiecen a menudear. De 1915 son *Ideas y La Nota*; de 1916, *Proteo*. En 1919, Evar Méndez

lanza *Martín Fierro*, calificada por los estudiosos como "apertura de inconformismo, tentativa efímera sin duda, pero punto de partida de la serie de revistas y grupos juveniles que, a lo largo de la década, configurarían el rostro de la nueva generación". Será vehículo de las inquietudes del grupo literario de Florida. Ese mismo año sale *Bases*, "tribuna de la juventud" orientada hacia la izquierda, y donde se expresará preferentemente la línea de Boedo.

Alberto Gerchunoff subrayó que "el periodismo, con su creciente poder de difusión y su progresiva estabilidad económica, fomentó, estimulado por la demanda pública y por el deseo espontáneo de cumplir una misión cultural, la faena del escritor: lo atrajo y convirtió, como en tiempos precedentes al político, en un elemento de colaboración asidua". Pero Osiris Troiani puntualizará que estos escritores, con alguna excepción, eran "malos periodistas", perezosos a la hora de salir a la calle, por encima del placer que podía deparar escucharlos.

LOS AÑOS VEINTE Y EL FENÓMENO *CRÍTICA*

El fenómeno más significativo de la década del veinte se produce con el reciclado completo del diario *Crítica*, que Natalio Botana había fundado en 1913. El renovado vespertino simbolizará desde entonces la incorporación plena, a la prensa nacional, del estilo sensacionalista de los diarios de William Randolph Hearst en Estados Unidos. Es un proceso que se inicia al promediar 1922, para crecer con fuerza desde entonces y a lo largo de dos decenios. El diario ya no apunta a interesar a un sector, sino a todos los sectores, desde las clases altas hasta los obreros. Los cambios —

gún el agudo ensayo de Silvia Saïtta— responden a un proceso de urbanización y alfabetización, al desarrollo comercial y administrativo y, obviamente, a la necesidad de avisos y de lectores. A diferencia de otros diarios, *Crítica* carece de tradiciones a las cuales estar atado y se enorgullece de proclamarlo. Desasido de la estricta política partidaria, ensayará un modelo que “conjugue popularidad y estrategias de intervención en las decisiones políticas, no sólo de los políticos sino también de quienes los votan”.

En cierto modo, *Crítica* representa la búsqueda de la noticia en el sentido de la sarcástica definición de Lord Northcliffe: “aquello que alguien, en alguna parte, quiere suprimir: todo el resto es publicidad.” En ese tipo de tarea, por lo demás, los periodistas se arriesgan. Escriben con libertad y cierto atrevimiento, que se refleja en una mayor amenidad.

El diario se caracteriza por los títulos llamativos y espectaculares; el sensacionalismo para tratar todos los temas (sean la política, los hechos criminales, el deporte o lo que fuere); el estilo irreverente, y un lenguaje que deja de lado las formas cultas para interpretar claramente al hombre de la calle. *Crítica*, además, activa campañas fuertemente sensacionalistas sobre temas cívicos y de la sociedad. Declara que practica un “periodismo social”. Se proclama defensor de los intereses populares y del civismo, y se convierte en receptor de cuanto queja pueda tener la comunidad sobre el sistema. Aspira a que nada escape a su ilimitado mapa de lectores, que incluye a las mujeres y a los niños. En ese sentido, tanto organiza certámenes y acontecimientos deportivos o musicales de gran envergadura, como abre sus páginas a las vanguardias de la literatura y del arte. Jóvenes como los González Tuñón, Jorge



Edición de *Crítica* con motivo de la revolución del 6 de setiembre de 1930.

Luis Borges, Ulyses Petit de Murat, Luis Franco, Roberto Arlt, Francisco Luis Bernárdez, Ricardo Molinari, Norah Lange y otros se expresarán en sus páginas.

Todo esto obliga a *Crítica* a grandes inversiones en equipos y edificios, mientras los logros se reflejan incontestablemente en el tiraje. Los 145.000 ejemplares de 1922 (año en que lanza una *quinta* que competirá victoriosamente con *La Razón*) se convierten en 166.385 en 1924. Eso lo pone en el tercer lugar, ya que sólo lo superan los dos matutinos tradicionales, *La Prensa* (230.070) y *La Nación* (188.835). Además, *Crítica* tiene una estación de radio, edita libros e introduce el rotograbado en la Argentina, para su suplemento dominical.

Sus simpatías por el socialismo independiente lo harán resuelto partícipe de la conspiración de 1930, organizadora del golpe que derroca al presidente Hipólito Yrigoyen. Hacía muchos años que un diario de gran tiraje no se involucraba directamente en una operación revolucionaria. Este compromiso era tan visi-

ble que, días antes del estallido, el gobierno radical dejó de lado su respeto por la prensa libre y secuestró la edición de *Crítica*.

En la jornada siguiente a la revolución, *Crítica* llegó a la singular cifra de 438.000 ejemplares. Su cercanía con el episodio tendría, a poco andar, graves derivaciones. Cuando, a comienzos de 1931, empieza a cuestionar al gobierno, éste replicará decretando la clausura, además de encarcelar a su director, quien luego pasará al exilio. Hasta que regrese la “normalidad” constitucional con el presidente Agustín P. Justo (febrero de 1932), el diario aparecerá con otro nombre —*Jornada*— y bastante disminuido en secciones. Al regreso, *Crítica* mostrará que mantiene intacta su popularidad, a la vez que se ocupará sistemáticamente, durante varios meses, de denunciar las torturas y atropellos policiales consumados durante el gobierno de Uriburu.

REVISTAS Y DIARIOS DE LOS VEINTE. EL CONGRESO PANAMERICANO

A la década del veinte pertenece un par de revistas significativas, ambas obra de Vigil, cuya expansiva editorial está atenta a todas las innovaciones. Aparece *Para Ti* (1923), con información totalmente dedicada a la mujer, que llegará hasta el presente. Por otro lado, *El Gráfico*, que se editaba desde 1918, abandona en 1923 los “intereses generales” para concentrarse en el deporte, que le responderá con un éxito masivo, también prolongado hasta la actualidad. Para dar cauce a los intereses del hombre de campo llegará, en 1925, la revista *La Chacra*.

Hay más diarios que merecen mentarse. Sobre todo el que aparece en 1928, *El Mundo*, primero del formato tabloide, que edita la em-

presa de Alberto Haynes y que tendrá larga trayectoria. Está ilustrado, y su tamaño (así como un precio que es la mitad del usual) lo convierte en un competidor de la prensa “sábana” tradicional. Caracterizado por notas breves y concisas, en la redacción de *El Mundo* —como era el caso de *Crítica*— hay literatos de prestigio, como Roberto Arlt, quien empezará allí a escribir sus “Aguafuertes porteñas”. La cantera de *El Alma que Canta* recibe otra picada con *La Canción Moderna*: trae letras, poesías e información sobre autores e intérpretes de tango y será piedra fundamental de la luego poderosa editorial de Julio Korn. Ya por entonces, la Argentina es consumidor del 60 por ciento del papel de diarios que se vende en América Latina.

En Salta aparece un diario combativo que se mantendrá largos años: *El Intransigente* (1920), de David Michel Torino, y en Córdoba, el diario *Córdoba* (1927) de Jorge W. Agusti, cuyo tono sensacionalista le granjeará previsible popularidad durante muchos años.

En cuanto a las revistas literarias, de 1921 es *Prisma*, la revista mural de Eduardo González Lanuza, Norah Lange y Jorge Luis Borges. En 1921 aparece *Proa*, que cobija a los ultraístas y donde escribe Macedonio Fernández; tendría una segunda época en 1924-1926. En 1922 sale *Los Pensadores*, con traducciones y artículos contestatarios. Su editor, Antonio Zamora, lanzará *Claridad*, en 1926, que nucleará a “las diversas sensibilidades de la izquierda”. Se ha considerado que ambas publicaciones, más la activa editorial “Claridad”, constituyen “la empresa ideológica más lograda del pensamiento socialista entre los años 1920 y 1940”. De 1923 es *Inicial* y en 1924 habrá una segunda época de *Martin Fierro*, valorada como “extensa antología del disconformismo expresada a la manera lúdica de la

sátira, la ironía y la agresividad burlona". En 1927 aparecerá *Síntesis*, inspirada por "un hispanismo de corte no autoritario"; en 1927, *La Nueva República*, declaradamente nacionalista; en 1928, la superrealista *Qué*, y en 1929, *Libra*.

En 1929 irrumpe en el medio la muy importante revista católica *Criterio*, que —según expresa en uno de sus primeros números— "afirma, defiende y propaga una doctrina definida: la doctrina católica en toda su integridad y pureza de sus fuentes auténticas". Viene a sumarse a *El Pueblo*, periódico que desde 1900 es considerado el "órgano nacional del catolicismo argentino". *Criterio* llegará hasta nuestros días. Fue monseñor Gustavo J. Franceschi —su director desde 1932 y por muchos años— quien le dio sello y prestigio inconfundibles. Se ha destacado que mantuvo "autonomía económica y jurídica de la jerarquía eclesiástica, aunque careciese de una gran capacidad crítica frente a la misma". Trató de seguir "una tercera vía, entre el liberalismo capitalista y el comunismo ateo".

La aparición de la radio (en realidad, el momento en que trasciende su condición de rareza de aficionados para convertirse en medio de comunicación) es un suceso significativo de la década de los veinte. No puede olvidarse que tenía "una ventaja enorme sobre la prensa escrita: puede atravesar fronteras hostiles y distantes e ingresar en el seno de los hogares sin dejar huellas". La llegada de la radio obliga a la prensa escrita a ajustes y modificaciones —una mayor síntesis en los textos, por ejemplo— para competir sobre todo con la inmediatez. Claro que no es un proceso veloz: al principio y durante varios años, las transmisiones de la radio se ceñirán a propalar música, y no de calidad, dando gran aliento a la indus-



Edificio del diario *La Prensa*, en la Av. de Mayo. Utilizaba una potente sirena para anunciar los grandes sucesos que ocurrían en el país y en el mundo. Argentina, 1925.

tria discográfica. No será, todavía, competencia para el periodismo gráfico. La radio como emisora de noticias vendrá después, y habrá que esperar casi hasta nuestros días para que su información adquiera personalidad y no se limite a la lectura del material de los diarios.

Durante los veinte, *La Prensa* se jactaba de tiradas diarias de 207.337 ejemplares (32 páginas en 2 secciones), que los domingos trepaban a 237.541 (56 páginas con 2 secciones ilustradas). En cuanto a las colectividades, en 1926 aparecían en el país 151 periódicos en 26 idiomas, sin contar los de las colectividades españolas.

Hay que apuntar que en 1920 reaparece el suplemento dominical de *La Nación*, que esta-

ba suspendido desde 1909. Consideraba su editor que tendrá en común “con sus renombrados congéneres del extranjero, el ser del domingo, y ello por una razón obvia: éste es el día más apropiado para cierta especie de lecturas y en que se dispone de más tiempo para consagrarse a ellas”. Tanto este suplemento con el también dominical de *La Prensa*, “que alcanza su pleno desarrollo competitivo al promediar la década”, tendrán como colaboradores a los más grandes escritores de la Argentina y América, desde Rubén Darío para abajo. No lo superaría en prestigio el que *Crítica* lanzará los sábados, en la década siguiente, con la flor y nata del *martinferrismo* como colaboradores.

Suceso significativo del decenio fue la realización (1926), en Estados Unidos, del I Congreso Panamericano de Periodistas, al que asisten 126 hombres de prensa de América Latina, entre ellos, doce notorios redactores de diarios argentinos. La ética del periodismo, la organización de un periódico, la redacción y distribución de noticias, son algunos de los temas tratados. Se plantea asimismo la constitución de una asociación americana; es algo que tardará todavía muchos años.

LA REVOLUCIÓN DE 1930 Y SU MARCA. CENSURA. CRECE *CRÍTICA*

Sabido es que la década del treinta se inaugura con la ruptura del orden constitucional: un primer golpe militar, anticipo de los que vendrán después para marcar fuertemente la historia argentina de las siguientes cuatro décadas. Todo eso dejará también una huella indeleble en la índole de la prensa argentina. En efecto, la frecuencia de las dictaduras militares

perjudicará el cimiento de una cultura de periodismo independiente y de investigación. Los gobiernos castrenses, explicablemente, tendrán entre sus prioridades el control de la prensa. No será ninguna novedad ya que, desde siempre, la visión del Estado —y qué decir de los militares— y la del periodismo no suelen ser coincidentes. Stephen Beaskin decía: “Gobierno es orden. El periodismo es desorden. La vida imita al periodismo”. En épocas de normalidad institucional, el roce entre gobierno y prensa es cosa de todos los días; resulta imaginable lo que ocurre cuando las instituciones han sido suspendidas, y mucho más si esa ruptura adquiere cronicidad y larga vigencia.

No es *Crítica* el único diario que tuvo problemas con el movimiento uriburista. Éste se inauguró con el saqueo de las redacciones de los periódicos oficialistas *La Época* y *La Calle*. Según Félix Laíño, quedó establecida inmediatamente la censura previa, ejercida por delegados oficiales que se instalaban en las redacciones y que obligaron a los diarios, no pocas veces, a salir con espacios en blanco.

En 1931 aparecerá un competidor de *Crítica*: se trata del tabloide *Noticias* —poco después, *Noticias Gráficas*—, con gran cantidad de fotografías y un lenguaje y títulos de certero impacto popular. *Crítica* —a la cual *Noticias* ha procurado reemplazar, durante su cierre— no se quedará atrás en materia de innovaciones, y ese mismo año habrá de lanzar el primer suplemento infantil en colores. Las ediciones del diario de Botana no hacen sino crecer: de las 90.000 toneladas de papel que en 1932 insumieron los diarios del país, más de 25.000 pasaron por las máquinas de *Crítica*. Otros diarios que se inician en los treinta son *El Atlántico* (1938), de Mar del Plata, y *El Heraldo* (1939), de San Luis.

EL ESPECTÁCULO, EL "CORAZÓN", LOS DEPORTES. ACTIVIDADES GREMIALES

El periodismo del espectáculo—y el denominado "del corazón"—se enriquece con nuevas revistas, como *Antena* (1931), luego *Sintonía* (1933) y *Radiolandia* (1935). La proliferación de estas publicaciones es ampliamente reveladora del espacio cada vez mayor que la radio y el cine ocupaban en los gustos de la población. Apunta Juan José Sebrelí que el periodismo que mostraba la vida de los protagonistas del cine y de la radio desplazó en los treinta al que reflejaba la vida de la alta burguesía, y que había sido tan frecuentado hasta entonces.

También el periodismo deportivo, que lidera *El Gráfico*, buscará expandirse más allá de las revistas. Son épocas gloriosas para la editorial de Vigil: en 1933, las nueve revistas que le pertenecen suman un promedio de circulación mensual de 2.250.000 ejemplares, según publicitan sus avisos. Los diarios de todo el país empiezan a dedicar a las actividades deportivas una gran porción de su espacio disponible. También se produce en los treinta una novedad en el "comic". Las revistas tradicionales de historietas (*Tit Bits*, *Pif Paf*, *El Tony*, esta última iniciada en 1928) sufrirán un fuerte sacudón con la llegada de *Patoruzú* (1936), en formato apaisado y donde Dante Quintero explotaba a fondo el personaje que había inventado para la tira de *Crítica*, en 1928, y que luego pasó a la página de historietas de *El Mundo*.

En cuanto a los grandes matutinos, *La Prensa* se jacta, en avisos de 1933, de tener dos ediciones semanales con rotograbado, y de ser el "único en el continente con suplemento en color grabado impreso en talleres propios". A su vez, *La Nación* recuerda que "por primera

vez en nuestro continente logró dar en sus ediciones páginas de rotativa y huecograbado con la máxima velocidad de las impresiones ordinarias". Sus siete rotativas Goss aplicadas a siete Hoe de rotograbado le permiten "la celeridad necesaria para reproducir las notas gráficas del día anterior en huecograbado en las ediciones del día siguiente".

Desde el punto de vista gremial, 1938 será un año importante para la gente de prensa. Se realiza en Córdoba el Congreso Nacional de Periodistas, que postulará, por ejemplo, constituir una Federación Nacional; el dictado de un estatuto de la profesión; reglamentación y condiciones de ejercicio, etc. Al año siguiente se sancionará la ley 12.581, de jubilación de los periodistas, que crea la caja respectiva.

El año en que se inicia la Segunda Guerra Mundial verá aparecer a una nueva y exitosa revista femenina, *Damas y Damitas*. Ello junto a un cambio sustancial en el modo de titular, la tipografía y la diagramación de *La Razón*, innovaciones que le darían profunda popularidad entre los diarios de la tarde porteña: desde, por ejemplo, los sumarios precediendo al texto hasta las notas curiosas fueron diseñando un perfil característico donde el hombre de la calle se sentía interpretado.

Un tipo inconfundible de revista que aparece en esta década es *Leoplán* (1934). Tenía la particularidad de que, por pocos centavos, ofrecía literatura de buena calidad, de autores argentinos o de las letras universales.

Bastante tiempo antes del comienzo formal de la Segunda Guerra Mundial empezaron los problemas de provisión de papel para el periodismo: la celulosa entraba en la fabricación de explosivos y en Europa estaba lanzada la carrera armamentista. Ese año, por otro lado, se incorpora una nueva agencia al mer-

cado internacional de noticias: EFE, de Madrid, resultado de la fusión de otras tres, que llegaría a adquirir notable importancia.

REVISTAS LITERARIAS. LA CARRERA PERIODÍSTICA. PROYECTOS DE LEY. JURISPRUDENCIA

Merece detención el tema de las revistas literarias. La década del treinta enmarca la llegada de varias publicaciones de este tipo, como *Fábula*, *Columnas*, *Número*, *Trapalanda*, *Voces*, de corta vida. Pero, también, de una de las más afamadas y perdurables, verdadero mito en el género: *Sur*, creada en 1931 y dirigida por su fundadora, Victoria Ocampo, hasta el final, en 1971. Se la ha calificado como "densa antología de las letras universales" que, "por su larga permanencia y sus valores intrínsecos", constituye un paradigma de su género, "y al mismo tiempo su curso más caudaloso".

También en ese decenio se publicará por dos años, desde 1934, en París, la *Revue Argentine*, que desarrollaba una animosa promoción cultural de nuestra república en la capital francesa. En 1935 aparece *Hechos e Ideas*, que durará dos décadas: "dinámica empresa espiritual, ligada en sus orígenes al Partido Radical, emigró al campo del peronismo, perdiendo en el camino la riqueza de sus integrantes", expresa un juicio a su respecto. Un año después, la prestigiosa *Nosotros* iniciará —tras dos años de interrupción— su segunda etapa, que se extenderá hasta 1943: en total, en ambas llegará a editar 393 sólidos números. Se la ha llamado "notable exponente de su época, no sólo como revista de ideas sino como empresa editorial puesta al servicio de un interés genuino por la

vida nacional e imbuida de una profunda convicción de pertenencia americana".

Durante 1936 empieza asimismo a editarse *Destiempo*; de 1937 es *Capítulo* y también *Columna*, una militante publicación de César Tiempo. El nacionalismo se manifestará en *Sol y Luna*, que aparece en 1938 y cesa cinco años después; un juicio a su respecto estima que "tenía sentido político, pero su interés principal era ideológico y cultural". Asimismo, es de 1938 otra militante revista de izquierda, *Conducta*. En su año final, la década se enriquecerá con publicaciones literarias provincianas de destacable valor: *Sustancia*, de Tucumán, que dirige Alfredo Coviello y que expresa al "Grupo Septentrión"; *Vertical*, de Santiago del Estero, que conduce Horacio G. Rava, e *Hipocampo*, de La Plata, dirigida por Arturo Cambours Ocampo.

La experiencia de los años treinta termina, en el periodismo de la Argentina, dejando planteadas algunas cosas. La primera, la necesidad de atrapar al lector dándole el máximo posible de información sobre el terreno que le interesa. Los diarios se hacen conscientes de la competencia de las revistas, que les arrebatan clientela en temas específicos: por eso incorporan nuevas y nutridas secciones a su rutina.

Esa década asiste a una jerarquización de la tarea de la prensa: en 1935, el Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires crea la Escuela Argentina de Periodismo, con los auspicios de la Universidad Nacional de La Plata.

Por primera vez desde 1886 se intenta en el Congreso reglamentar temas de prensa. Los proyectos no cuajaron; pertenecían al diputado Alberto Espil, quien imaginó un jurado para enjuiciar los delitos de prensa (1933) y del senador Matías Sánchez Sorondo, quien bajo



Un quiosco de revistas en 1941. *La Nación*. 100 años de vida cotidiana.

el título de “Amparo a la prensa” postulaba una serie de restricciones. Además, en 1932 la Corte Suprema de Justicia modifica su jurisprudencia de casi ochenta años declarando la competencia federal para entender en delitos de imprenta, si la parte ofendida cayese bajo esa jurisdicción.

CRÍTICA DECLINA. CANTO. LA REVOLUCIÓN DE 1943

En 1940 sale *Nueva Política*, revista donde el nacionalismo católico ofrece su “visión de la historia, la filosofía, la economía y la política, tanto en su aspecto interno como internacional”.

Natalio Botana muere en un accidente en 1941, hecho que marca el comienzo de la de-

clinación de *Crítica*. Una nota evocativa sintetizará el destino posterior del célebre diario: “pleitos familiares, su forzada inclusión en la cadena de publicaciones peronistas y la gran disputa por sus maltrechos restos después de la revolución del '55, acabaron con ella. El gobierno de Aramburu desoyó los derechos de sus herederos y entregó el diario a los radicales del Pueblo, y en manos de políticos improvisados se acentuó su agonía. En sus últimas etapas, hasta Álvaro Alsogaray y Francisco Manrique pasaron efímeramente por su dirección”. En 1972, un decreto del gobierno militar transfirió a la Policía Federal el edificio del diario, en Avenida de Mayo.

Si *Crítica* empieza a opacarse en 1941, al mismo tiempo cancela su trayectoria uno de los grandes del periodismo: *El Diario* (que fundó Manuel Láinez en 1881 y que había re-

presentado una seria competencia para *La Prensa* y *La Nación*) cesa de aparecer, tras haber lanzado a la calle 18.978 ediciones. Ese año también ofrece novedades en materia de revistas literarias. Aparecen *Huella* y *Teseo*, esta última en La Plata. Pero, sobre todo, 1941 alumbraba a la muy significativa *Canto*, que un juicio considera "punto de partida de la generación del 40, cuya particular actitud de estilo y de tema ha permitido caracterizarla dentro de un neorromanticismo identificado con un sentimiento trágico de la vida en ciertos casos, y en todos con un trascendentalismo nostálgico bien distinto de la opresiva extraversión que fue el clima predilecto de Florida y Boedo".

A fines de ese año, el gobierno nacional implanta el estado de sitio, con lo cual las garantías constitucionales —libertad de prensa incluida por cierto— entrarán en el ocaso.

Durante la Segunda Guerra, la prensa argentina, en general, estaba de parte de los aliados. Un solitario defensor de la causa del Eje era *El Pampero*, al cual muchas versiones señalaban como financiado por la embajada alemana. Este periódico apoyará a la revolución de 1943, que derroca la presidencia de Ramón S. Castillo e inicia el proceso que desembocará en el peronismo. Es entonces cuando empiezan a producirse hechos oficiales nada estimulantes para la prensa.

La Dirección de Correos publica una lista de 109 publicaciones nacionales y 79 extranjeras cuya circulación se prohibía. Se dispuso por decreto la incompatibilidad entre la función pública y el ejercicio periodístico. Un nuevo organismo, la Subsecretaría de Informaciones y Prensa, centraliza y coordina la información oficial.

El gobierno provisional empieza dando pautas sobre el tratamiento de la información

internacional y, el último día de ese año, emite el decreto 18.407, que reglamenta la actividad periodística. Allí se impone a los editores la obligación de requerir directivas sobre lo que podían o no publicar, y se establece la responsabilidad solidaria de directores y periodistas sobre lo que publiquen. También, se dispone que los propietarios de diarios y revistas deben someterse a requisitorias sobre sus finanzas. Esto suscita la fuerte protesta de las empresas, que logran la derogación del decreto, a los tres meses.

EL SINDICALISMO. PRENSA LITERARIA. *CLARÍN* Y *DEMOCRACIA*

Todo ello anticipa lo que habría de ocurrir después. Durante los tramos finales de la etapa revolucionaria se asiste al arrollador fortalecimiento del sindicalismo en la Argentina. Dentro de ese marco, en 1945 se crea la Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines, que habría de ganar formidable poder. Estableció condiciones respecto al horario de salida de los diarios y el porcentaje de ganancia de los vendedores, entre otros temas.

Otra institución de peso que iniciará actividades al año siguiente es el Instituto Verificador de Circulaciones, formado por editores, agencias y anunciantes, para certificar las cifras del tiraje. Ello, por cierto, tendrá influencia en la publicidad, ya que la preferencia de los avisadores tendrá muy en cuenta sus indicaciones.

Entretanto, la primera mitad de la década es escenario de llegada de varias revistas literarias, todas de breve vida. Están *Verde Memoria* y *Árbol*, de 1942; *Ángel*, *Ínsula* y *Perfil*, en Buenos Aires; *Poética*, en La Plata y *Pámpano*, en Mendoza; en 1944, *La Carpa* marca la renova-



Roberto Noble, el fundador del diario *Clarín* en 1945. *Clarín*. 50° aniversario.

ción poética en el noroeste argentino, y aparecen también *Égloga*, en Mendoza; *Coro*, en La Plata, y *Cristal*, en Córdoba, a la vez que en Buenos Aires alumbró *Arturo*, donde Arden Quin, Gyula Kosice y Edgar Bayley propugnan renovaciones estéticas y literarias. De 1945 son *Sauce*, que se edita en Paraná, y *Davar*, de Bernardo Verbitsky, entre otras.

Los lectores de "comics" suman otra novedad. Aparece *Intervalo*, que de algún modo servirá a la literatura, al publicar adaptaciones ilustradas de grandes novelas. Además, se produce la espectacular irrupción en el mercado de dos producciones de Walt Disney, las revistas *Mic-*

key y *Pato Donald*, con tiras en colores que harán la delicia de los niños. Igualmente exitosa resultará *Patoruzito*, que se lanza en 1945. En cuanto a los adultos, se regodearán con una revista de comicidad un tanto osada para la época: *Divito*. Allí, el dibujante de ese apellido definirá, de paso, un tipo de aspecto y atuendo femenino que marcará a una generación.

En 1945 aparece el diario *Clarín*, fundado por Roberto Noble. Se define como órgano "informativo e independiente", portador de "soluciones argentinas para los problemas argentinos". Tendrá gran habilidad para manejarse en el mar de la revolución y luego en el

del peronismo, que estará tan lleno de escollos. Su prédica insistía en el “desarrollo” y la necesidad de industrializar al país. Sus columnas de avisos clasificados se convertirán en un gran auxiliar para el cuentapropismo, que lo convierte en su matutino preferido. Es de 1945 otro tabloide (formato que abandonará dos años después), *Democracia*, y una notable revista, *Vea y Lea*. Ésta, dice Susana Carnevale, “retomó el espíritu totalizador informativo de *Caras y Caretas*, puso el acento en el tono político y cultural, conformó líneas, delineó contenidos recreando el modelo de la revista norteamericana *Look*”. Permanecería en el mercado durante quince exitosos años.

Por lo demás, dos nuevas agencias noticiosas aparecen en 1945, y surtirán con abundancia al periodismo del país. Una es internacional, la Agenzia Nazionale Stampa Associate (ANSA). Otra es argentina, la Telenoticiosa Americana (Telam). Ambas operarán desde entonces hasta la actualidad.

PERÓN Y LA PRENSA. LA CADENA. CUOTAS. ESTATUTO.

Los finales del gobierno revolucionario abundan en medidas de acoso a la prensa, por la vía del papel en que se imprime. Los recaudos tienen en buena parte el propósito de controlar la información, pero también están motivados por la escasez de aquel material: Estados Unidos mezquina la importación, ya que ha reconvertido su industria a causa de la guerra. Así, el gobierno incluye al papel en el contexto de las medidas represivas del agio. Las empresas quedan obligadas a entregarle sus excedentes, para que los prorratee entre los editores que no puedan adquirir papel, o los destine a propósitos cultu-

rales o educativos. En marzo de 1946 se decreta la expropiación de 500 toneladas.

Juan Domingo Perón asume poco después como presidente de la República. Su elección mostró la relatividad del poder de la prensa para anular a un candidato. En efecto, Perón triunfó a pesar de la fuerte campaña opositora de los grandes diarios—empezando por *La Nación* y *La Prensa*— y contando a su favor solamente con *Democracia*, *El Laborista* y *La Época*, órganos de tiraje insignificante frente a los otros.

Tuvo influencia sobre el resultado electoral (favoreciendo poderosamente a Perón) que el embajador norteamericano Spruille Braden, en el llamado “Libro Azul” que se difundió ese año, acusara directamente al gobierno de apoyar a la prensa favorable al Eje, como también de haber ejercido coerción directa sobre “periodistas destacados y directores” cuando se consideraba ofendido por algún artículo.

De inmediato quedará claro al periodismo argentino que el nuevo régimen se propone no dejar margen alguno para la expresión independiente. De modo explícito, Perón proclamará que “la prensa no debe ponerse en contra del gobierno sugiriendo cambios o transformaciones fundamentales en las altas esferas del poder, porque de ese modo también ataca indirectamente a la libertad de expresión auspiciada por el partido. Los que se oponen al partido, se oponen asimismo a todas las libertades que la organización garantiza respetar. Y quienes se atreven a atacarlas, lo hacen desde una órbita distinta a esas libertades (...). La prensa al servicio de intereses mezquinos es socialmente injusta, vulnera la independencia económica y coarta la soberanía política”. En 1951 no trepidaría en decir que “la preparación de la opinión pública en un país soberano, es parte de la soberanía que ejerce el gobierno”.

Propósito del gobierno era unificar la información periodística bajo pautas impartidas por el Estado —o por el partido oficial, que se confundía con aquél—. Se manifestaron en la creación de un organismo específico, la Secretaría de Prensa y Difusión —que reemplazó a la Subsecretaría de Informaciones— y en varios otros aspectos. Fueron instituidas las “oficinas de prensa”, que distribuían comunicados. Sabedores de las consecuencias que aparejaba apartarse de tales textos, la prensa se cuidó de ceñirse a ellos, de modo que el material obtenido directamente por los periodistas vino a convertirse en una rareza peligrosa. Resume un autor que solamente entre 1943 y 1946 —o sea entre la revolución y el comienzo de la presidencia de Perón— fueron prohibidas más de 110 publicaciones en todo el país. Algunas no volvieron a aparecer nunca, en tanto otras, como *La Vanguardia*, del Partido Socialista, optaron por editarse en la clandestinidad.

El gobierno hizo más: desde 1947, sin pausa, fue formando su propia cadena de publicaciones, que pasarían a la órbita oficial por compra o por expropiación. El ente que las concentró se denominaba “Alea”. Además, en el Congreso se integró una Comisión Bicameral, a cargo de los diputados José Emilio Visca y Rodolfo Decker, que aplicó sin miramientos la política de Perón sobre la prensa. La comisión se abocó a poner en vereda al periodismo opositor, a través de mañosas inspecciones impositivas y municipales, cortapisas en los créditos bancarios, eliminación de la publicidad del gobierno y de las facilidades postales, entre otras medidas de claro propósito sojuzgador.

Una presión decisiva estuvo constituida por el manejo del papel. Se lo suministraba generosamente a la cadena oficial y por cuentagotas a las publicaciones que no la integra-

ban. En 1947, el Banco Central suspendió todo permiso para importar papel; después volvería a darlos, en teoría, pero sometidos a trámites sospechosamente dificultosos. Los diarios achicaron el número de páginas y el tamaño de la tipografía, y muchos vespertinos suprimieron la *sexta*. Algunos, prudentemente, eliminaron la columna editorial.

La cadena “Alea” estaba integrada, en su cuerpo más importante, por *La Razón*, *Democracia*, *El Laborista*, *La Época*, *Noticias Gráficas*, *Crítica* y algunos diarios del Interior. Hay que agregar las revistas de la Editorial Haynes, cuyo 51 por ciento de acciones el gobierno compró por medio de terceros.

Claro que quienes escribían en los diarios, si se vieron afectados por la censura, también obtuvieron un beneficio por el que pujaban desde años atrás. Fue sancionado el Estatuto del Periodista Profesional (ley 12.908, de 1946, modificada en 1948 por la 13.503), que fijaba las condiciones de ingreso a la profesión, el carnet profesional, el régimen de sueldos y paritarias, el sistema jubilatorio, otorgaba la estabilidad, etc. El ordenamiento sería luego modificado por diversas leyes, a lo largo de los años: 15.532 (1960); 16.792 (1965); 20.358 (1975); 22.337 (1980).

REVISTAS. CIERRES E INTERVENCIONES. EXPROPIACIÓN DEL PAPEL

De acuerdo a las estadísticas de la Unión Panamericana, en los tres últimos años de la década del cuarenta, sobre 15 millones de adultos, había 13 millones de alfabetizados en América, y 11 millones de personas leían periódicos.

En 1946 sale la novedosa revista *Qué Sucedió en 7 Días*, con el propósito de ordenar e in-

terpretar la información de la semana. Es toda una novedad, que el público recibe con entusiasmo. Llegó a tirar 100.000 ejemplares antes de que el gobierno la cerrase. En cuanto a las literarias, de 1946 son *Anales de Buenos Aires* y *Antorchas*, esta última fundada por la rama juvenil de la Acción Católica.

El Diario de Cuyo, de San Juan, que llegará a afianzarse notablemente, aparece en 1947. Ese año se editan nuevas publicaciones literarias: en Córdoba aparece *Tiempo Vivo*, de Santiago Monserrat, y *Arte Madí*, de Kosice, en Buenos Aires. También, *Continente*, que “privilegiaba los temas argentinos y latinoamericanos” en artículos sin firma, y que permanecerá durante ocho años; a la lista hay que añadir *Realidad*, que duró solamente dos, cultivando “la ficción de una oposición constructiva”. Dentro del mismo género, en 1948 comienza la breve vida de *Unicornio*, en La Plata, y en Buenos Aires, de *Contemporánea*, de *Centro*, interesante publicación de E. L. Revol y Jorge Weiss, y de la superrealista *Ciclo*.

También de 1948 es *Secretos*, la primera revista de historietas que no están dibujadas sino constituidas por fotografías: son las “fotonovelas”, filón de corta vida que al año siguiente ahondará *Idilio*. También irrumpe la novísima “ciencia-ficción”, con *Más Allá*. Y en algún momento de esta década del cuarenta empezará a circular el *Economic Survey*, de Rodolfo Katz, pionero en el análisis de las finanzas.

En 1949, la comisión Visca-Decker cierra y expropia el diario *El Intransigente*, en Salta, donde poco después inicia su vida *El Tribuno*, que se edita hasta la actualidad. El cierre de aquél —unido al encarcelamiento del director, David Michel Torino— será revocado al año siguiente por la Corte salteña, lo cual derivará en la insólita intervención de ésta por el Ejecutivo Nacional.

Es que, como lo dirá el ministro del Interior, en el fallo había “ideas y tendencias inconciliables con la Constitución Justicialista”. Esta última se había sancionado en marzo de 1949, y su texto no modificaba las estipulaciones sobre la prensa que contenía la carta de 1853-1860.

En febrero y marzo se produce una huelga de gráficos que deja sin diarios a casi todo el país. Al concluir el conflicto, el Gobierno fija para los diarios un máximo de doce páginas y un suplemento semanal de ocho, además de anunciar que todo el papel existente en el país será expropiado y distribuido por la Secretaría de Informaciones. En abril, el Consejo Económico Nacional fija el procedimiento para la importación; pero, ni bien ingresa el papel al país, se lo expropia. En noviembre, el Estado interviene *La Razón*, *Crítica*, *El Mundo* y las filiales de AP y UPI, para investigar acusaciones de intromisión extranjera en la política nacional. Como se advierte, la garra oficial oprime con fuerza a la prensa. En cuanto a las revistas literarias, de 1949 son *Sexto Continente*, *Reseña*, que dirigía Vicente Barbieri, y la publicación oficial *Cultura*, de La Plata. Ese año, *La Gaceta* de Tucumán empieza a publicar una sección literaria dominical, bajo la dirección de Daniel Alberto Dessein. Lentamente irá adquiriendo prestigio nacional.

CLAUSURAS. EXPROPIACIÓN DE LA PRENSA. REVISTAS LITERARIAS

No bien iniciado 1950 (el año en que, paradójicamente, se funda la Sociedad Interamericana de Prensa —SIP— en Nueva York) son clausurados por el gobierno los diarios *La Hora*, *Orientación* y *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca. La medida se fundamenta en la omi-

sión de la leyenda obligatoria "Año del Libertador General San Martín" en una de sus ediciones: es un detalle que se invocará con frecuencia como causal de fulminación. El diario bahiense no volvería a aparecer durante lo que quedaba del peronismo: fue adquirido por allegados al régimen y, después de la caída de Perón, lo recuperaron sus dueños.

Expresa Félix Luna que "unos 70 diarios cayeron, entre enero y febrero, bajo los rayos de Visca; su guadaña afectó publicaciones de la Capital Federal, Buenos Aires, San Luis, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba, Santiago del Estero, La Pampa, Mendoza, La Rioja, Misiones y Salta. Algunos eran antiguos diarios, identificados con su región desde décadas atrás y de buen nivel periodístico; otros eran las clásicas hojas lugareñas, esas heroicas y obstinadas publicaciones locales que imprimen carácter y personalidad a los pueblos donde aparecen". Visca clausuró también *La Tierra*, vocero de la Federación Agraria Argentina. Asimismo, el gobierno dispuso disminuir en un 20 por ciento la circulación de los diarios.

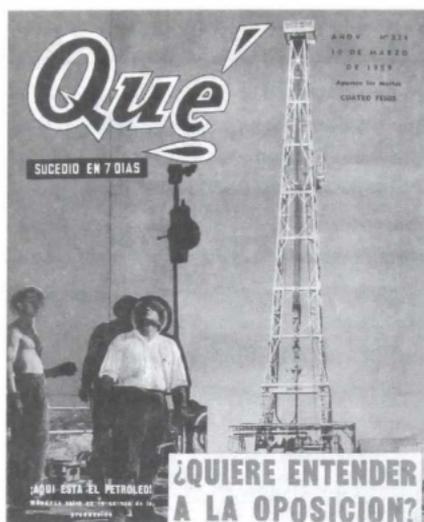
Una medida de gran repercusión y por demás expresiva de la política de Perón con respecto a los medios periodísticos fue la expropiación del tradicional y entonces poderoso diario *La Prensa*, dispuesta por ley nacional 14.021, de 1951. Era *La Prensa* un fuerte opositor al gobierno, que lo cercó primero con inspecciones impositivas y cuotas de papel, y luego alentó un violento conflicto con los canillitas. Tras la expropiación, el diario fue entregado a la Confederación General del Trabajo. La medida no solamente causó estupor en la Argentina, sino que tuvo repercusión internacional: la United Press interrumpió su servicio y lo reanudaría recién cuando el diario, después del derrumbe del peronismo, fue de-

vuelto a sus propietarios, la familia Gainza Paz. Obvio es decir que, dentro del país, sirvió para mostrar a los otros órganos periodísticos lo que podían esperar si se enfrentaban con el gobierno. El diputado conservador Reynaldo Pastor dijo que "acallada la voz de todo diario independiente, eliminadas hasta las más elementales garantías para la prensa opositora del país, la opinión pública nacional queda condenada a escuchar únicamente el tono monocrorde de la prensa oficialista, de la prensa asalariada, de la prensa que se ha embanderado en una causa".

Poesía Buenos Aires es una notable revista literaria que aparece en 1950 y que durará toda la década. Dirigida por Raúl Gustavo Aguirre, expresa a creadores que buscan un lenguaje nuevo, superador de la retórica al uso, y que aspira a lograr "contenidos propios", a la vez que "lograr un libre ejercicio formal y de invención", se ha dicho. Gracias a esta revista, el público argentino pudo conocer traducidos a René Char, Paul Eluard, Dylan Thomas y Jacques Prévert, entre otros. También de ese año son *Señales*, *Preceptismo* y *Dinámica Social*. Esta última, según se ha valorado, concentró varios sectores del espectro nacionalista argentino, y mantuvo "cierta distancia crítica" del gobierno peronista, lo que le permitiría "sobrevivir a su caída, para reorientarse hacia una posición más acorde con los tiempos del desarrollismo".

LLEGA LA TELEVISIÓN. MÁS REVISTAS. LA "REVOLUCIÓN LIBERTADORA"

En 1951 comienza *Mundo Argentino*, revista quincenal que constituía otro vocero del partido oficial. Pero, sin duda, el aconteci-



Tapa de la revista *Qué Sucedió en 7 Días*, durante la presidencia de Frondizi, en pleno auge de la política de desarrollo del petróleo.

miento más importante es la llegada de la televisión: el 17 de octubre de ese año, LR3 TV Canal 7 realiza la primera transmisión, y la Argentina se convierte en “el segundo país americano con un servicio de televisión profesional”; el primero fue Estados Unidos, y el tercero sería Canadá. La televisión determinará, en los años por venir, profundas transformaciones en la prensa gráfica.

Revistas literarias de 1952 son *A Partir de Cero*; *Buenos Aires Literaria*; *Semirrecta*, de Conrado Eggers Lan, y *Ventana de Buenos Aires*, defensora de una poética nacional, oponiéndose a los vanguardismos. En el año 1953 aparece la revista *Contorno*, considerada “uno de los mejores ejemplos del aporte fecundo de la crítica literaria, cultural y política, que abrió en las fuentes de un marxismo ecléctico e irreverente, teñido de psicoanálisis y de existencialismo”. Otras revistas literarias de 1953

son *Letra y Línea*, *Imago Mundi*, importante empresa cultural de José Luis Romero, y *Capricornio*. También, una revista de noticias y comentarios: *Esto Es* —primero quincenal y después semanario—, que tendrá considerable respuesta pública en los años por venir, gracias a un estilo novedoso y a una relativa objetividad en el comentario.

Con el enfrentamiento del presidente Perón con la Iglesia, el año 1954 asistirá al desarrollo de la prensa católica opositora —u opositora a secas— en la clandestinidad. En estos finales del régimen, John W. Cooke edita *De Frente*, que durará hasta la caída. Se la ha calificado como una “voz democrática y antiimperialista en la crisis final del peronismo”, que combinó, “en una inédita dosis, erudición, peronismo y crítica de buen nivel en todos los terrenos de la cultura”.

En 1955, la “Revolución Libertadora” derroca a Perón, que en ese momento manejaba, con la cadena Alea, “13 editoriales con 17 diarios y 10 revistas, 4 agencias informativas, más de 40 radios y el único canal de televisión”. El gobierno militar intervendrá las empresas periodísticas oficiales y liquidará varias. Además dicta, en 1956, el decreto ley 4161, que prohíbe desde la mención del nombre del derrocado presidente, su familia y su partido, hasta todo signo, símbolo o imagen que lo evoque. La disposición puede dar una idea de los puntos que calzaba el gobierno militar sobre la libertad de prensa.

Pablo Sirven considera que “la nefasta telaraña informativa” fue “mantenida y peor aún afiada luego de 1955 con sutiles y groseros mecanismos que hicieron de la censura y la información dirigida —salvo honrosas excepciones— moneda corriente de los gobiernos que se sucedieron desde entonces”.

Como novedades inmediatas al cambio de gobierno, debe citarse la aparición del semanario *Así*, con investigaciones de corte sensacionalista sobre escándalos y temas políticos, todo ilustrado con grandes fotografías, lo cual le dio cuantiosa popularidad. Por otra parte, la revista *Qué Sucedió en 7 Días* (a la que usualmente se denominaba *Qué*) atrajo singular atención, por sus análisis de la información política, así como por el fervor que desplegaba en apoyo del ideario desarrollista: sería uno de los pilares periodísticos del próximo ascenso de Arturo Frondizi a la presidencia de la Nación. A todo esto, el vespertino *La Razón* empezará a ocuparse en forma pionera de temas que van captando cada vez mayor interés del público: las noticias de la TV —que se expande incontinentemente en los hogares— y la psicología, en lenguaje accesible al lector común. En cuanto a las revistas literarias, son de 1955 dos muestras muy significativas: *Tarja*, de Jujuy, y *Mediterránea*, de Córdoba.

LA PRENSA, OTRA VEZ. VARIAS REVISTAS. DIARIOS

En 1956 se produce, con bombos y platillos, la vuelta de *La Prensa*, reintegrada a sus propietarios, al mundo periodístico: será desde entonces el más obstinado detractor del ex partido oficial y de todo lo que al mismo se refiera. También aparece un semanario nacionalista, de agudo y sarcástico análisis político, *Azul y Blanco*. Los libros se examinan en *La Gaceta Literaria*, y se funda la Agencia Informativa Católica (AICA) para proporcionar información sobre tareas y posiciones de la Iglesia. El periodismo del Interior registra, como

novedad, la aparición de *Pregón*, diario que se edita en la capital de Jujuy.

Al año siguiente llega una revista de significación, *Mayoría*. A pesar de la censura de la Revolución Libertadora (se le iniciarían decenas de procesos), se dedica a revisar la historia del peronismo, y publica las célebres notas de Rodolfo Walsh sobre los fusilamientos de la vigente administración militar: tal investigación será base del libro *Operación Masacre*. De ese año es también la revista *Claudia*, que con lujo gráfico y excelente redacción se constituyó en publicación “de avanzada”, ya que, sin desdeñar para nada los costados frívolos, “acompañó el auge porteño del psicoanálisis y la liberación social de la mujer”. El humor político y la sátira de las costumbres tendrán una impar expresión en *Tía Vicenta*, del dibujante Landrú (Juan Carlos Colombres), que empezó como suplemento del diario *El Mundo* y luego se convertiría en semanario. En las historietas, *Hora Cero* y luego *Frontera* marcarían expresiones de muy alto nivel, que llevaron el género a una culminación, luego de la cual empezaría el lento pero indetenible proceso de declinación.

Sobre el tono de esos años inmediatamente posteriores al colapso peronista se ha hecho notar que, a pesar de la intolerancia de la Revolución Libertadora, hay una evidente revalorización de la trascendencia de informar. Está empujada, entre otras cosas, por la renovación generacional que se está produciendo en el periodismo.

Se puede decir que en 1958, al asumir la presidencia el doctor Arturo Frondizi, se restablece la libertad de prensa en la Argentina. Pero ello es relativo, si se piensa que en noviembre de 1958 se declaró el estado de sitio, que regiría durante todo el período de Fron-

dizi y de su sucesor –previo derrocamiento–, José María Guido. Además, la influencia militar era algo permanente sobre ambas administraciones.

Correo de la Tarde aparecerá ese año, iniciando un período de un lustro, luego del cual primero se convertirá en semanario y luego desaparecerá. *El Mundo* entra en una nueva etapa, y debuta una interesante revista para intelectuales y catedráticos, *Tarea Universitaria*: su calidad contrastará con su breve vida. Hay algunas revistas literarias que ven la luz en 1958: *Pirca*, de Jujuy; *Amistad*, de San Fernando; *Azor*, de Mendoza, y la importante *Poesía = Poesía*, que se edita en Adrogué dirigida por Roberto Juarroz; en ella se ha destacado la “severidad y coherencia del credo poético, en la línea del post simbolismo y post surrealismo no europeos”. También dentro de la cuerda literaria, en Buenos Aires aparecen *Boa*, de Julio Llinás y *El Escarabajo de Oro*, de Abelardo Castillo. Es de 1959 un diario de La Rioja, *El Independiente*, al tiempo que concluye la trayectoria de *Qué*.

Dos nuevos canales se incorporan a la televisión nacional en 1960: el 9 y el 13. Que las noticias de ese ámbito interesan cada vez más al público queda revelado por las enormes tiradas de publicaciones como *TV Guía* y *Vea TV*. Entretanto, *Clarín* crece indeteniblemente, con la incorporación de redactores de gran calidad y el agregado, a sus ediciones dominicales, de *Clarín Revista*. La voz católica resuelve hacerse oír a través de un nuevo semanario, que se publicará varios años: *Esquiú*. Periodistas jóvenes, de ideas socialistas la mayoría, sacarán las revistas *Che* y *Usted*; ambas durarán hasta 1961, en que fueron, respectivamente, clausurada y cerrada. La censura muestra sus expresiones con medi-

das como el cierre de *Azul y Blanco* y de *El Grillo de Papel*. La iracundia literaria se expresa en las efímeras revistas *Agua Viva*, *Juego Rabioso* y *Airón*, mientras el signismo se manifiesta en *Expresión*. Asimismo, el servicio internacional de radiofotos, que ha empezado a fines de la década anterior, se potencia con la fundación de la agencia mundial Visnews, de Reuter.

En 1961 irrumpe en el periodismo el semanario *Análisis*, dedicado a la información sobre los mercados, que cinco años más tarde se ampliará para convertirse en otra revista de opinión. También pertenecen a ese año las revistas literarias *Eco Contemporáneo* y *Hoy en la Cultura*. Dedicada al automovilismo, aparece la exitosa *Parabrisas*. Además, empieza a transmitir un nuevo canal de televisión, el 11.

EL FENÓMENO PRIMERA PLANA, PANORAMA Y CRÓNICA

Desde la gran modificación de *Crítica*, pocas innovaciones notables se habían registrado en el modo de “hacer” periodismo, desde la década del veinte. Esto cambiará en 1962, con la aparición del semanario de noticias y opinión *Primera Plana*. Eran los momentos en que en Estados Unidos hacía eclosión el “nuevo periodismo” con corifeos como Tom Wolfe, Norman Mailer o Truman Capote. En el mundo despuntaba una gran demanda de revistas de opinión, y la Argentina no fue extraña a ese proceso.

Primera Plana adquiriría estatura de mito en la historia del periodismo argentino de la segunda mitad del siglo XX, y mucho se ha escrito sobre su trayectoria, grandezas y miserias. Brillantes e intelectualizados periodistas,

en una redacción dinámica y con atmósfera de competencia, se dedicaban a “contar la nota como si fuera un cuento”, y la adobaban con “detalles que no estaban en los demás medios”. El sistema de reescritura daba a la revista una coherencia idiomática notable. Los periodistas se divertían utilizando el idioma a veces de manera estrafalaria, y lograban que su juego resultara contagioso: “estábamos alertas a todo lo que pasaba, a todo lo que venía, anticipábamos líneas”, diría uno de sus redactores. La revista creaba e imponía personajes, “redescubría” valores, “ofrecía los bienes de consumo de una cultura ‘superior’ al mismo nivel que los de entretenimiento”. Tuvo un papel fundamental en la acogida argentina del *boom* de la literatura latinoamericana, que animó con todas sus fuerzas.

Simplificando, se puede decir que en política estaba a la derecha, con una información comentada e interpretada, mientras en cultura se alineaba a la izquierda. Así, sus notas “permitían al burgués, al final de la jornada, sentirse deliciosamente antiburgués”. *Primera Plana* satisfacía además el snobismo argentino, en un momento en que empezaba esa *café society*, donde el estanciero tradicional quería aparecer en las fotografías de la prensa “con el psicoanalista que habla por radio y con la chica de tapa, sin dejar de lado al empresario del mes o al político en el candelero”. En suma, esta publicación, evidentemente parecida en muchas cosas a la norteamericana *Time* y cuyo tiraje no era demasiado elevado —en su momento de mayor auge llegó a los 80.000 ejemplares— ejerció, durante sus siete años de existencia, una enorme influencia en la política y la cultura.

En cuanto a las revistas literarias, es de cita obligatoria *La Rosa Blindada*, que desarro-

llará “una gran labor difusora de poesía latinoamericana”.

Por otro lado, los propietarios de los medios deciden organizarse. En el último mes de ese año 1962, luego de la XVIII Asamblea de la SIP en Chile, se resolvió constituir, en Buenos Aires, la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA).

Al año siguiente, apareció otra ambiciosa revista: *Panorama*, editada por Abril y Life-Time. Tenía gran lujo gráfico y se dedicaba a tratar, en notas extensas, muchos temas que los otros medios pasaban por alto. Su investigación periodística memorable enfocó al paradero del cadáver embalsamado de Eva Perón, tema tabú durante aquella época. Respondía así a un proceso de revisión de los años peronistas y de la Revolución Libertadora, que en su competidora semanal *Primera Plana* se expresaba con la serie de notas de “Historia del Peronismo”, redactadas por Hugo Gambini. Durante cinco años, *Panorama* mantendría la periodicidad mensual, para pasar después a semanario, ya completamente transformada.

Es en 1963, también, que desaparece definitivamente el ya muy decaído *Crítica*, a tiempo que irrumpe el vespertino *Crónica*, creación de Héctor Ricardo García (el fundador de *Así*), de tono sensacionalista. Inmediatamente habrá de alcanzar altísimas tiradas, que capitalizará al año siguiente con una edición matutina. Se ha iniciado, en esos momentos, otro de los breves reintegros de la Argentina al régimen constitucional, con las elecciones que ungen —entre un aluvión de votos en blanco— al radical Arturo U. Illia como presidente de la República.

Una interesante revista literaria de 1963 es *Zona de Poesía Americana*, cuyos poetas testimonian la frustración de una generación “que no se decide plenamente ni por el vanguardis-

mo ni por la revolución". De 1964, en ese género, son *Cero*, *700 Monos*, *Cormorán* y *Delfin* y *Tiempos Modernos*, mientras el público infantil recibe con alborozo a *Anteojito*.

GENTE. LAS REVISTAS DE OPINIÓN Y EL GOLPE. *TODO ES HISTORIA*

La aparición del semanario *Gente*, en 1965, significó, en la valoración de los estudiosos, algo parecido a las grandes revistas europeas para todo público, como la francesa *Paris Match* o la italiana *Oggi*. Redactada por buenos periodistas, con gran despliegue de fotografías, sus notas se dedican tanto a temas serios como de alta frivolidad, y son a menudo producto de enviados especiales.

El público lector de revistas deportivas, "del corazón" y del espectáculo, crece constantemente: seis publicaciones de la editorial Julio Korn (*Radiolandia*, *Antena*, *Goles*, *Vosotras*, *TV Guía* y *Anteojito*) totalizaban una tirada total de siete millones de ejemplares por mes, en ese momento. Por otro lado, comienza a editarse una nueva revista semanal de opinión, *Confirmado*, que ha desgajado parte del equipo inicial de redactores de la líder *Primera Plana*. En cuanto a las revistas literarias, ese año aparecen *Testigo* y *Cuadernos de Poesía*.

A mediados de 1966 se produce el derrocamiento de la presidencia Illia, por el golpe militar que se autodenomina "Revolución Argentina". Los analistas de la época concuerdan en sostener que las revistas de opinión prepararon el ambiente para el golpe, y aun lo alentaron. Diez días antes del desenlace, el gobierno denunciaba a la Justicia, por instigación a la rebelión y "por crear un clima psicológico propicio al golpe de Estado", a las revistas *Pri-*

mera Plana, *Confirmado*, *Imagen* y *Atlántida*.

En 1967 cierra el diario *El Mundo*, y una nueva revista semanal —en la línea de *Gente*, más bien— se incorpora al mercado: es *Siete Días*, independizada de *La Razón*, que la editaba como suplemento desde dos años antes. La editorial Primera Plana se expande con un grueso semanario dedicado a las empresas, *Competencia*. En otro orden, para los cultores de "aires de la tierra" aparece la revista *Folklore*.

El historiador Félix Luna inicia una experiencia que habrá de crecer y perdurar: el mensuario *Todo es Historia*, dedicado al pasado nacional, al estilo de publicaciones europeas como *Miroir de l'Histoire*, pero con una personalidad claramente diferenciada. Historiadores consagrados alternarán con los que recién empiezan, en un amplio abanico de temas, donde lo contemporáneo tiene fuerte presencia.

EL CIERRE DE PRIMERA PLANA. OCASO DE LAS REVISTAS DE OPINIÓN

Es de 1968 un diario de la central de trabajadores, *CGT*, que publicará investigaciones periodísticas de Rodolfo Walsh. En 1969, otra revista se suma a las dedicadas a negocios y empresarios: *Mercado*. En ese momento, *Crónica* muestra un crecimiento espectacular: sumando las dos ediciones, tira un total de 500.000 ejemplares diarios, en tanto *La Nación* contabiliza 240.000.

Algo grave ocurre ese año. Se produce el cierre de *Primera Plana*, por orden del gobierno militar, que no acepta las libertades que el influyente semanario se toma en materia de información política y castrense. Es una medida que tiene repercusión internacional. Los

editores tratan de reemplazarla, de momento, con otras revistas de idéntico diseño gráfico (*Ojo, Señoras y Señores, Periscopio*). Se podrá volver a publicarla al año siguiente, pero ya ha perdido su antiguo prestigio y será cerrada definitivamente cuatro años más tarde.

Se ha iniciado el eclipse de las revistas de opinión, obligadas a constantes piruetas con la censura y que, en opinión de Hugo Gambini, habían empezado a ser —en el caso de *Primera Plana*— caricaturas de sí mismas. Escribe Susana Carnevale que “las revistas suelen ser leves publicaciones condenadas a la corta vida de las épocas sociales que registran, *tempora y mores* de extremada variabilidad que les permite nacer y las hace morir. Las que se sostienen firmes en el vértigo, es porque se adecuan a los cambios, sistemáticamente”.

En 1970 aparecerá un semanario ilustrado, competidor de *Gente*, que es *Semana Gráfica*: su ambicioso talante no lo salvará de la breve vida. Para los jóvenes, el rock y su mundo se expresan en la anticonvencional revista *Pelo*. Al mismo tiempo, en Córdoba se lanza el semanario humorístico *Hortensia*. Difunde todo un estilo provinciano y tendrá una recepción que ninguna publicación pudo igualar en el interior del país: nada menos que unos 150.000 ejemplares de tirada, en su momento más exitoso.

EL OFFSET. EL FENÓMENO LA OPINIÓN

Durante la década del setenta llega a los diarios argentinos una innovación técnica fundamental. Se trata del sistema *offset*, que deja atrás al plomo. El paso siguiente será la incorporación de los ordenadores, al proceso de composición primero y al de diagramación



Taller de armado con tipografía de plomo del diario *La Nación* en 1969. *La Nación. 100 años de vida cotidiana.*

después, en una carrera que iniciará su máxima y definitiva expansión en el decenio siguiente. Entre otras cosas, las facilidades de edición determinadas por el *offset* dieron lugar a la proliferación de las revistas *underground*, generalmente contestatarias y con una gran libertad en expresiones y en temas. Una investigación periodística afirmaba que entre 1978 y 1982 habían aparecido “varios centenares”.

En 1971, año en que *El Cronista Comercial* se transforma en *El Cronista*, a secas, y en que Victoria Ocampo anuncia el cierre de *Sur*, se suma a la prensa nacional otro de sus títulos mitológicos. Es el diario *La Opinión*, que dirige Jacobo Timerman, el mismo que inventó, en la década anterior, la memorable *Primera Plana*.

En lo exterior, el tabloide *La Opinión* estaba inspirado en el parisino *Le Monde*, hasta en su logotipo de letras góticas. Proporcionaba información comentada, en notas que generalmente llevaban firmas, con títulos intencio-

nados cuya tipografía no variaba de tamaño. “Cada línea de mi diario tiene opinión, al contrario de los otros que tienen 60 páginas de noticias y un editorial”, lo definió Timerman. Criticaba a los colegas: “sobran las noticias pero falta información, análisis, significado”.

No tenía fotografías: solamente las inspiradas caricaturas de Hermenegildo Sábat. Redactada por afamados periodistas —muchos de los cuales venían de los elencos de *Primera Plana* y de *Confirmado*— por cierto que nunca llegó al tiraje de los grandes diarios porteños. Pero la influencia de *La Opinión* en el gobierno, en los políticos, en los intelectuales y en la alta clase media fue rápida y fulminante: un fenómeno muy parecido al de *Primera Plana*, siempre fiel a aquel esquema de “a la derecha en política, al centro en economía y a la izquierda en cultura”. Para esto último servía admirablemente su suplemento de los domingos (*La Opinión Cultural*), que contó con la firma de muchos destacados escritores, incluyendo los de izquierda. Se decía que el diario era como una manzana, “roja por fuera y blanca por dentro”.

Un acontecimiento de 1972 es el lanzamiento de la empresa Papel Prensa: el producto tiene como base pastas de árboles argentinos y se manufactura en Finlandia. Empezará a producir papel recién en 1978. Se trata de una sociedad mixta: la parte privada de las acciones será adquirida posteriormente por los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón*.

Ese año aparece una revista de humor que alcanzará gran popularidad, *Satiricón*. En ella es posible advertir la concesión a imágenes, expresiones y lenguajes que la valoración común juzgaba poco decorosos; en suma, las costumbres han cambiado y se empieza a ver impresas y dibujadas muchas

cosas que hubieran causado escándalo hasta hacía muy poco. También aparece *Los Libros*, revista literaria.

CRISIS Y OTRAS REVISTAS. LA “MULTIMEDIA”

En 1973 hay varias novedades en materia de revistas. Aparece *Crisis* (cuyo título completo era *Ideas, Artes y Letras en los Tiempos de Crisis*), que da cabida a gran material de escritores de la izquierda, y de gran calidad; también edita libros y acompaña sus ediciones con facsímiles de antiguos impresos argentinos. Otras revistas literarias de ese año son *Clisés* y *Latinoamericana*. Salen también al mercado otros semanarios de opinión: *Redacción* y *Cuestionario*, mientras el propietario de *Crónica* y *Así* inaugura lo que luego se llamará “multimedia”, ya que a sus exitosas revista y diario suma una emisora —Radio Colonia del Uruguay— y el canal 11 de televisión abierta.

Militantes de la organización Montoneros —que tiene papel protagónico, junto al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en la violencia armada que invade la Argentina— se expresa a través de un nuevo diario, *Noticias*. A fines de ese año, se abre una agencia informativa privada, integrada por diarios del Interior: *Noticias Argentinas*, que se funda ante la prohibición del Gobierno, a las agencias extranjeras, de transmitir información nacional. Es el año del regreso de Perón, la restauración democrática, la elección del presidente Héctor Cámpora (“Cámpora al gobierno, Perón al poder”), la renuncia de Cámpora y la elección de Perón, todo en medio de una feroz crisis económica y el exponencial crecimiento de la guerrilla y la represión.

El año siguiente asiste a la muerte del presidente Perón y la ascensión de su vice y esposa, María Estela Martínez. *Diario Popular* se incorpora a los órganos de la mañana. *Noticias* será clausurada, como asimismo *El Mundo*, y *Crónica* sufrirá un cierre temporario. Una de las revistas militantes de ese momento, *La Causa Peronista*, estremece a los lectores con un material de difícil parangón: el minucioso relato testimonial del secuestro y asesinato del ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, escrito por sus mismos autores. Una publicación que resultaba suficientemente reveladora del clima apesentado sobre el país.

EL PROCESO. AUTOCENSURA. CIERRES. MUERTES Y DESAPARICIONES

En 1976 vuelve a quebrarse la legalidad constitucional; las Fuerzas Armadas derrocan el gobierno de María Estela Martínez de Perón, iniciando lo que denominarán "Proceso de Reorganización Nacional", y que habrá de deparar a la Argentina muchas muertes y mucha sangre. El mismo día del golpe (24 de marzo), el comunicado 19 de la Junta Militar advierte que reprimirá con reclusión por tiempo indeterminado, a quien "por cualquier medio divulgare, difundiere o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo". Con reclusión por diez años penaba al que "por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales".

Pocos días después, ante los corresponsales extranjeros, el presidente militar Jorge Videla aseguraba que "la libertad de prensa será respetada y garantizada, confiando en que se sabrá interpretar la vocación del gobierno militar de restituir y asegurar la vigencia de los principios fundamentales acordes con nuestra forma de vida". En junio, el gobierno disuelve 48 agrupaciones políticas y sindicales, advirtiendo que los medios de comunicación que difundían hechos o imágenes relativas a las organizaciones clausuradas pueden purgar hasta dos años de cárcel. Se impartieron, asimismo, instrucciones prohibiendo toda información sobre hechos relacionados con la subversión, de cualquier índole, que no constaran en partes oficiales. Ello obligó a los jefes de redacción a un tratamiento en extremo cuidadoso de todo material de esa índole: el que no estaba producido directamente por las autoridades, no aparecía. En algunas redacciones, se implantó un sello especial para autorizar tales originales. Es decir, la autocensura se generalizó, como condición para la supervivencia del medio.

El Proceso aplicó mano dura sobre la prensa. Era un terreno que no querían descuidar. Caduco el Congreso y modificada la Corte Suprema, el periodismo se convertía, sea como fuere, "en el segundo poder; o por lo menos, debiera serlo", como lo hacía notar Heriberto Kahn. Ya no era sólo el riesgo de que la publicación fuera clausurada, o unas semanas de cárcel para algún periodista, como en tiempos del peronismo o de los gobiernos militares de los sesenta. Ahora corrían riesgo cierto la integridad física y la vida de los redactores.

No solamente se cierran publicaciones (*Mayoría*, *Cuestionario*, *Crisis*, por ejemplo), sino

que empiezan las muertes y “desapariciones” de periodistas, varios de ellos de gran renombre. Se ha señalado que estas muertes o desapariciones no se debieron tanto a la publicación de sus ideas —publicación que era prácticamente imposible— sino a su vinculación, real o supuesta, “con organizaciones partidarias, de derechos humanos o político-militares”.

La autocensura fue el criterio en que debió alinearse, prudentemente, la gran mayoría del periodismo. En opinión de Rodolfo Terragno, al día siguiente del golpe de 1976, “los diarios entraron en cadena”. Kahn comenta que los diarios “se agrisaron y su venta cayó vertiginosamente, mucho más allá de lo que explicaba la recesión”. Ricardo Sidicaro hace notar que el hecho de que el Proceso “usara la violencia represiva contra opositores muy moderados, o aun para arreglar cuentas entre tendencias internas”, constituyó “una novedad que debió amedrentar al conjunto de los medios de comunicación”, y “la autocensura fue la regla”.

Dentro del panorama general de la prensa autocensurada (que se cuidaba muy bien de irritar al gobierno militar y, por cierto, seguía fielmente sus pautas informativas en todo tema del interés de aquél), los estudiosos señalan que *La Opinión* y *Buenos Aires Herald* eran los únicos diarios que “se atrevían a matizar prudentísimamente la relación de apoyo de los diarios a la dictadura”. Así es que sus colecciones, aun con las limitaciones del caso, conservan notable valor de fuente (sometida a la debida crítica, claro está), sobre esos años terribles. Cabe recordar que *La Opinión* apoyó el golpe, pero es innegable que fue capaz, muchas veces, de cuestionar la represión, y que el *Herald* no trepidó en editorializar contra ella.



Doctor Bartolomé Mitre, director de *La Nación* de 1950 a 1982. Archivo diario *La Nación*.

LA OPINIÓN ES INTERVENIDA. CONVICCIÓN. EL SEMANARIO HUMOR

Contra el *Herald* no hubo acciones directas, posiblemente porque se editaba en inglés y sus lectores se reclutaban comúnmente en la colectividad británica. Pero no sería posible a *La Opinión* moverse como lo venía haciendo en las procelosas aguas de los setenta; menos aún, cuando resolvió incursionar en las “internas” militares. Al año siguiente del golpe, los militares identificaron al financista Eduardo Graiver, muerto en un accidente aéreo en 1976, como banquero de la organización Montoneros. Invocando la relación económica de Graiver con Timerman, el periodista fue detenido (abril de 1977) y torturado —según él mismo lo narró en detalle en su libro *Preso sin nombre, celda sin número*— hasta que la presión

mundial obligó al gobierno a dejarlo en libertad y expulsarlo del país. *La Opinión* fue intervenida por el Estado en mayo de 1977, y tres años más tarde se produjo su cierre definitivo y remate de las instalaciones.

En cuanto a los otros diarios nacionales de peso, ejercieron la autocensura y trataron de mantenerse, en sus editoriales, lejos de los temas urticantes vinculados con la libertad de prensa y la lucha entre Ejército y guerrilla. A cambio de esto, el gobierno toleraba a veces algunas críticas, como las que sobre todo *La Prensa* pudo asestar con singular independencia y sin consecuencias ulteriores.

Entretanto, otras publicaciones ingresan al mercado: las revistas *Somos* (que se editará hasta 1993), *La Semana*, ambas de opinión, y *Expreso Imaginario*. A fines de 1977 aparece un diario que adquirirá gran éxito por su particular tipo de información y de diseño gráfico: *Ámbito Financiero*.

En 1978 aparecieron el diario *Convicción*, detrás del cual estaba la Armada, una de las tres fuerzas gobernantes; una revista cultural, *Punto de Vista*, y el semanario satírico *Humor*, que tendría larga y exitosa carrera. Se ha observado que parte del éxito inicial de esta última revista (que cultivaba un humor notablemente más zafado que su antecesora *Satiricón*) se basó en las críticas contra la televisión y el pésimo cine nacional de su época, y su farsa sobre las publicaciones que se tildaban de frívolas o sensacionalistas. Posteriormente, desde los días finales del Proceso y por cierto desde la restauración democrática en adelante, *Humor* alternó la comicidad con gran cantidad de material político serio y de tono fuertemente crítico.

Por lo demás, 1978 es el año en que, con ocasión de la Copa Mundial de Fútbol, el pre-

sidente del gobierno militar recibe una nota que firmaban 2.337 periodistas franceses, que consignaba “los nombres de 31 periodistas asesinados, 40 desaparecidos y 68 detenidos” en el país, hasta entonces.

EL CRECIMIENTO DE *CLARÍN*. LA GUERRA DE MALVINAS Y LA INFORMACIÓN TRIUNFALISTA

En 1979 aparece *Semanario*, revista de corte sensacionalista. A fines de ese año, el visible crecimiento de *Clarín* fue estimado por la revista *Medios y Comunicación*. Afirmó que en su tiraje —nunca menor a 500.000 ejemplares, y que podía tocar los 900.000 los domingos— editaba “un promedio de 500.000 líneas” de avisos clasificados, que “en un solo domingo dejan al diario una cantidad estimada en un millón muy largo de dólares”. Apreciaba también el hecho de que “los mejores análisis de la realidad pueden estar dados hoy por los dibujos de Landrú o de Sábat”, y que se percibían “más notas firmadas” y “más atrevimiento y audacia” en el comentario político.

En el transcurso de la década de 1980 que se inicia, se asistirá al crecimiento de la agencia Telam, que organiza “una enérgica expansión de sus servicios, que incluyó la apertura de agencias propias en distintos países de América Latina y en los Estados Unidos”. En 1981 cesa de aparecer como diario —que se editaba desde 1888— y se convierte en semanario, el *Argentinisches Tageblatt*. Debuta *El Porteño*, enrolado en la contracultura: una “revista juvenil, con escritura frontal, agresiva y en ocasiones paródica”, que informa cosas nuevas en materia de cultura, minorías y temas afines. Ese año se funda otra agencia noticiosa, Diarios y Noticias (DYN), “un desprendimiento

de Noticias Argentinas"; sus accionistas son una veintena de empresas periodísticas de Capital Federal e Interior.

El año 1982, con la guerra de las Malvinas, significa mayores problemas para la prensa, dada la censura previa que se implanta para toda información referida al conflicto, la cual es cuidadosamente manipulada y maquillada por el Estado Mayor Conjunto. Información que, de acuerdo con la investigadora Lucrecia Escudero, ocupó "el 90 por ciento del espacio en los semanarios de actualidad y entre el 57 y el 60 por ciento de los diarios". La agencia Noticias Argentinas fue clausurada durante la guerra. Hay consenso en apreciar el febril triunfalismo que desnaturalizó la información nacional sobre el conflicto. Por ello fue que la noticia de la rendición argentina sorprendió a una comunidad que, en su gran mayoría, creía sinceramente que la Argentina estaba ganando la partida a los británicos.

Ese año aparece un quincenario, *Perfil*, de novedoso estilo, con gran modernidad gráfica y excelentes notas de investigación y reportaje. También se asiste al alumbramiento de dos nuevos diarios. Uno es *La Voz*, que proporciona "información política y sindical, en especial la vinculada a las áreas más combativas de los sectores peronistas; derechos humanos y referencias a la represión ilegítima". El otro es

Tiempo Argentino, que se editará en los talleres de *La Opinión*. Como lo caracterizaba una gran cantidad de suplementos, vino a ser, en realidad, un pionero en expresar lo que luego sería tendencia mundial: "el arrevistamiento de los diarios".

Finalmente, merece marcarse como otro hecho significativo en la prensa de 1982, la instalación de una nueva planta productora de papel de diarios: Papel del Tucumán. Instalada en el interior de la provincia citada, elaborará su producción (que se iniciará en 1983) a partir del bagazo de caña de azúcar y llegará a convertirse en un fuerte exportador del producto.

Las elecciones para la restauración democrática se efectúan en octubre de 1983, y en diciembre asume la presidencia Raúl Alfonsín, luego de casi ocho años de gobierno militar. De acuerdo con la apreciación de Carlos Ulanovsky, así se sintetizan los problemas que rodeaban a la prensa en esos momentos: además de las desapariciones de periodistas y de publicaciones, y de las reducciones de tiraje, enfrentaban una seria crisis de venta, debida a la falta de credibilidad pública, sobre todo por la manipulación informativa durante la guerra de Malvinas. Y estaban, también, las "contradicciones y desvíos ideológicos" derivados de toda la azarosa etapa transcurrida, que afectaban a las empresas y a los periodistas por igual.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Para una orientación general sobre el período en el mundo son útiles las siguientes obras: FRÉDÉRIC BARBIER y CATHERINE BERTHO LAVENIR, *Historia de los medios. De Diderot a Internet*, Buenos Aires, 1999; RICARDO SOHR, *Historia y poder de la prensa*, Santiago de Chi-

le, 1998, y MABEL MARTÍNEZ VALLE, *Medios gráficos y técnicas periodísticas*, Buenos Aires, 1997.

Una revisión integral de la época examinada en la Argentina, que a pesar de su forma periodística contiene precisiones cronológicas,

testimonios de protagonistas y juicios de valor, amén de proporcionar un servicial marco de época, constituye la obra de CARLOS ULANOVSKY, *Paren las rotativas. Una historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, 1997. Así, complementa ventajosamente a los clásicos OSCAR R. BELTRÁN, *Historia del periodismo argentino. Pensamiento y obra de los forjadores de la patria*, Buenos Aires, 1943; CELEDONIO GALVÁN MORENO, *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Buenos Aires, 1944, y JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, 1943, útiles sobre todo por la cronología, y que se detienen al iniciarse los cuarenta. Hasta comienzos de la década del treinta hay información abundante y muy ilustrada en la edición extraordinaria que *El Diario* tiró como libro, titulada *La Prensa Argentina*, Buenos Aires, 1933.

Específicamente para los años veinte y los treinta en general —aunque con especial detención en *Crítica*— es muy importante la obra de SILVIA SAIITA, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, 1998, agudo análisis con una exhaustiva bibliografía. También es de ilustrativa lectura ROBERTO TÁLICE, *100.000 ejemplares por hora. Memorias de un redactor de Crítica, el diario de Botana*, Buenos Aires, 1977. Para la prensa durante los cuarenta, es decir bajo el peronismo, es importante el libro de PABLO SIRVEN, *Perón y los medios de comunicación (1943-1955)*, Buenos Aires, 1984, así como los capítulos correspondientes de FÉLIX LUNA, *Perón y su tiempo*, tomo II: “La comunidad organizada. 1950-1952”;

Buenos Aires, 1985, y de HUGO GAMBINI, *Historia del peronismo*, tomo I: “El poder total (1943-1951)”, Buenos Aires, 1999.

Para la época del Proceso de Reorganización Nacional, puede verse EDUARDO BLAUSTEIN y MARTIN ZUBIETA, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, 1999, y ABRASHA ROTENBERG, *La Opinión amordazada. La lucha de un periódico bajo la dictadura militar*, Barcelona, 2000. Entre los sesenta y los ochenta, una visión crítica contiene SUSANA CARNEVALE, *La patria periodística*, Buenos Aires, 1999.

Para las revistas literarias, conviene recorrer la colección *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1967, formada por 59 fascículos de autores varios con una “lectura final” de ADOLFO PRIETO, encuadrados en tres tomos; contiene cronologías y ponderados juicios críticos. Un penetrante y detenido trabajo es el de NOEMI GIRBAL-BLACHA y DIANA QUATROCCHI WOISSON (directoras), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, 1999. Abarcando un campo más panorámico están el libro de HÉCTOR RENÉ LAFLEUR, SERGIO D. PROVENZANO y FERNANDO D. ALONSO, *Las revistas literarias argentinas 1837-1967*, Buenos Aires, 1968, y las obras de JORGE B. RIVERA, *El periodismo cultural*, Buenos Aires, 1995, y *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, 1998.

Los aspectos gremiales de la prensa, pueden verse en OCTAVIO PALAZZOLO, *Diez años de organización sindical*, Buenos Aires, 1950, y AUGUSTO SCARPITTI y otros, *Octavio Palazzolo. Algunos aspectos de su obra*, Buenos Aires, 1962.

del circo, del sainete y de la música popular, mientras que las clases acomodadas leían diarios y revistas, concurrían al teatro y a la ópera. Cada una de estas experiencias sirvieron de antecedentes para la formación del público de la radio.

Desde 1903 descendió el consumo de las acrobacias (asisten 24.131 personas) y comenzó a ser más notorio el gusto por el drama criollo (260.0334 personas) en salas de teatro. Ya durante 1906, en Buenos Aires, asistieron al teatro 2.638.334 personas: el 17% a óperas y a operetas y el 29% a óperas, operetas, zarzuelas, comedias y dramas en español, y comedias y dramas de origen nacional. Esto significó la "masificación" del género y, de alguna manera, el comienzo de la masificación de un público que luego escuchará la radio. Un segundo elemento central fue la publicidad comercial. Comenzó en Buenos Aires en los primeros años del siglo XX, aunque hasta los años veinte no llegó su momento de auge. En tercer lugar, en la formación del público influyeron ciertas experiencias sociales y políticas características del espacio público de la sociedad de masas; por ejemplo, las experiencias electorales y sus efectos desde 1916.

Otro factor que contribuyó fue la lectura más o menos habitual de la prensa escrita, tanto diaria como periódica. Había aumentado el número de personas alfabetizadas como efecto de las mejoras en la educación formal y de los inmigrantes que ingresaban al país. Según el censo de 1914, en la Capital Federal el 96,02% de los adultos eran alfabetos; en La Plata y en sus alrededores, el 72,82%. La provincia de Buenos Aires alcanzaba para entonces el 64,10%. También la tasa de alfabetización en las provincias de Córdoba (55,67%) y

de Santa Fe (69,10%) eran altas. Este alto índice de alfabetización permite comprender por qué en los años veinte se formó un público de personas habituadas a consumir conocimiento, a atender y a razonar de acuerdo con un modelo más o menos impersonal de comunicación que requería un medio como la radio. Si se suman los grupos de alfabetos argentinos, alemanes, españoles, italianos y otros grupos nacionales menores, se alcanza la cifra de 2.213.916 personas, entre varones y mujeres, fundamentalmente concentrados en las zonas de mayor urbanidad. Además, esta tendencia se refuerza con el hecho de que existieron grupos grandes de trabajadores dedicados a profesiones realizadas en zonas urbanas, como son los obreros de la "industria y artes manuales" (841.237 personas), los empleados de "comercio" (293.646) y el "personal de servicio" (218.619).

Sólo en la ciudad de Buenos Aires vivían 1.575.814 personas. Esto representaba una base demográfica sólida y muy prometedora para la aparición lenta pero segura de una audiencia y de un público de masas. Un público que, además, comenzaba a ser, poco a poco, un grupo consumidor atractivo para los empresarios.

Finalmente, dentro de las condiciones necesarias para la aparición de la radio como medio de masas, fue importante que el gobierno de Hipólito Yrigoyen dejara una amplia libertad de acción a la prensa. Era común y además, algo valorado, la expresión de ideas de manera libre y por diferentes medios. El "siglo XX corto" se perfilaba, en 1920, como el tiempo de la "gente común". Y el hombre común era el componente típico ideal para el público de los nuevos medios de comunicación de masas como lo eran la radio y el cine.

LA RADIO COMO COMUNICACIÓN DE MASAS (1920-1933)

En el segundo período de la historia de la radio, ésta se transformó en un instrumento para difundir ideas a grandes cantidades de personas. Adquirió en poco tiempo las características de las organizaciones de la industria cultural. Se convirtió en un medio revolucionario en tanto posibilitó a la "gente de a pie" trasladar la cultura popular y nacional hasta la intimidad de su casa. El desarrollo de esta etapa se interrumpió en 1933, momento en que comenzó el proceso de mayor regulación hacia la radio como *medio de difusión*. Hasta ese año, la radio estuvo regulada como un instrumento de radiocomunicación y desde el punto de vista de sus contenidos, como la prensa escrita.

Después de la guerra, la radio volvió a manos de los aficionados de las comunicaciones a distancia. En Buenos Aires había unos veinte aficionados. Entre ellos se destacó un grupo de experimentadores. Estaban vinculados con la medicina (eran médicos y estudiantes en la universidad) y el 27 de agosto de 1920, gracias a un equipo traído de Francia, transmitieron, desde el Teatro Coliseo, *Parsifal* de Richard Wagner. Esta emisión se considera la primera de la historia de la radio como medio de difusión en la Argentina. Después de la primera transmisión de Enrique Susini y de sus compañeros, el proceso de institucionalización de la radio se aceleró. En 1922, los importadores de equipos y los fabricantes locales realizaron un acuerdo con Susini y sus socios (Luis Romero Carranza, César Guerrico y Miguel Mujica) para organizar sobre bases firmes las transmisiones de Radio Argentina (LOR). En esos años, existían unos 1.000 receptores de radio en casas de familia. Esto comenzó a



Enrique T. Susini, pionero y empresario de la radio como medio de difusión. Más tarde participó en los comienzos de la televisión.

crear conciencia sobre la posibilidad de organizar comercialmente la radio como un medio de comunicación de masas.

Entre 1920 y 1922, las radios que se organizaban para poner al aire sus programas debían ser autorizadas por la Municipalidad de Buenos Aires. Este tipo de autorización dependía del corto y limitado alcance que las radios tenían en ese entonces. Después, fue el Ministerio de Marina el encargado de dar a los radioaficionados el permiso. Esto se mantuvo hasta que la responsabilidad fue asumida por el Ministerio del Interior, en 1925. Se realizaba a través de la Dirección General de Correos y Telégrafos (después, Telecomunicaciones) y las emisoras eran veintiuna (véase el siguiente cuadro).

Los permisos en la Argentina se concedían de acuerdo con cuatro prioridades: servicios

EMISORAS DE RADIO EN LA DÉCADA DE 1920

Capital Federal

- LR2 Radio Argentina (licencia: 1923)
- LR3 Radio Belgrano (1924)
- LR4 Radio Splendid (1924)
- LR5 Radio Excelsior (1924)
- LR6 Radio Mitre (1925)
- LR8 Radio París (1925)
- LR9 Radio Fénix (1925)
- LR10 Radio Cultura (1924)
- LS1 Radio Municipal (1926)
- LS2 Radio Prieto (1925)
- LS3 Radio Ultra (1926)
- LS6 Radio del Pueblo (1927)
- LS8 Radio Stentor (1927)
- LS9 Radio La Voz del Aire (1928)

Buenos Aires

- LS11 Radio Provincial (1925)
- LR11 Radio Universidad de La Plata (1925)
- LU6 Radio Atlántida de Mar del Plata (1925)

Santa Fe

- LT3 Radio Sociedad Rural de Cerealistas de Rosario (1924)
- LT8 Radio Rosario (1928)
- LT9 Radio Roca Soler de Santa Fe (1924)

Córdoba

- LV2 Radio Central de Córdoba (1927)

Fuente: Historia de las comunicaciones argentinas 1970.

postales, servicios telegráficos, radiotelegráficos y servicios de radiodifusión. La explotación de las emisoras era asumida por personas privadas (experimentadores, aficionados o empresarios) y el control lo realizaba la Dirección de Correos y Telégrafos. El hecho de que se haya transferido el manejo y el control del sistema radial desde el Ministerio de Marina al Ministerio del Interior muestra el cambio de percepción sobre el problema en aquella época. Así, el poder político tomaba conciencia de que la radio no sólo era un medio de defensa estratégico, sino que

era una manera de informar a los ciudadanos, de producir cultura y educación popular.

Desde el principio, las emisoras argentinas dedicadas a la difusión de contenidos se organizaban como empresas privadas orientadas al lucro. Con cierta diferencia del resto de América Latina, donde la radio no fue en todos los países un buen negocio, la Argentina junto con Cuba, México y también Brasil, contó, desde los inicios, con la presencia de empresarios habilidosos y capaces de observar cuáles eran los secretos del negocio del nuevo medio.

Este tipo de empresario (por ejemplo, Emilio Azcárraga, Goar Mestre o Jaime Yankelevich) hizo posible que la radio despegase de sus primeros tiempos "románticos".

El período bohemio se caracterizó por la presencia de aficionados que experimentaban, con una imagen ideal de cómo podría desarrollarse el medio. Se podría decir que la organización de la radio en la Argentina, en los años veinte, respondió a dos perspectivas visibles, identificadas por las intenciones y conductas de sus administradores. La primera etapa tuvo como protagonistas a los *aficionados* y a los *experimentadores* y la segunda, a los *empresarios*. Sin embargo, estas categorías no son tan simples como parecen, porque los organizadores aficionados no sólo eran románticos y bohemios, también eran personas que podían organizar un negocio y llevarlo adelante. Así lo demuestra el grupo de Susini. Miguel Mujica llegó a gerente general de una empresa de comunicaciones telefónicas en España en los años treinta, y durante el gobierno de Arturo Frondizi, fue el secretario de Comunicaciones. Romero Carranza fue médico radiólogo y fundó la primera empresa dedicada a producir celloide virgen para ser usada en el cine profesional. Tal vez el personaje más complejo del grupo era el mismo Susini: además de ser médico, investigador y empresario, fue director de cine y de teatro, y estuvo junto con Yankelivich y Carranza en la fundación de la televisión argentina. En resumen, los *aficionados* no fueron bohemios despreocupados de las cuestiones económicas y administrativas. Pero tampoco organizaron la radio como una empresa eficiente o un medio de difusión masiva. Estaban más interesados en el medio como una tecnología de experimentación, que en desarrollar un negocio rentable.

En la segunda etapa, la *empresarial* (desde mediados de los años veinte hasta fines de los años cuarenta), la radio se transformó en un negocio. Su fortalecimiento, su ampliación y la posibilidad de integrarse a otros negocios del sector de manera sobre todo *horizontal* (revistas y diarios) fue una motivación constante desde 1925 en adelante. Los objetivos culturales se subordinaron a los objetivos del negocio. Los empresarios eran licenciatarios del Estado, quien concedía un permiso para administrar y explotar una onda de transmisión, de propiedad estatal. Por lo tanto, era el Estado quien tenía el derecho de hacer uso de todas las ondas disponibles en el momento que lo creía necesario (por ejemplo, cuando había un problema de seguridad nacional).

En la etapa empresarial, la publicidad cumplió una función central. Desde el principio de la década se concentró en llegar a las "amas de casa", en tanto controlaban la intimidad del hogar. Los productos masivos tenían relación con este sector de la vida social. La mujer se convirtió en un agente de persuasión: influía en el hombre sobre las decisiones de consumo. Por otro lado, los productores de la radio argentina usaron como contenido para sus programas, entre otras cosas, la música popular, sobre todo el tango y el folklore, aunque en gran medida también el jazz. Esta música no fue conocida gracias a la radio: ésta sólo realizó un trabajo de amplificación y de popularización. Terminó de hacer conocidas las melodías y los ritmos que las masas criollas ya escuchaban en el drama criollo, en el teatro popular y que los inmigrantes bailaban en los conventillos. Sin embargo, para el público de inmigrantes, la radio fue más novedosa en relación con sus contenidos. Muchas letras de canciones, melodías y ritmos fueron escuchados por primera vez en la radio.



Publicidad de un "combinado" que permitía recibir "todas las broadcastings del mundo" en el hogar (*Atlántida*, n.º 813, 1935).

No hay que olvidar que el mundo cultural de los años veinte estaba centrado en el teatro. Como medio cultural, el teatro dejaba poco a poco de concentrarse en el género *criollo* para hacerlo en el género *español*. El teatro español adquirió popularidad durante los años veinte. Dejará de tenerla sólo a finales de la década, al ser reemplazado por el *star system* nacional. Los autores de las obras de teatro que convertían a los actores nacionales en estrellas tomaron progresiva conciencia de la presencia y de la relevancia de la radio. Con la radio, el teatro se transformó en *radioteatro* y llegó hasta un público más amplio y diverso. En 1924, Federico Mansilla presentó la obra de Belisario Roldán, *El rosal de las ruinas*. Más adelante, produjo un ciclo de obras de autores nacionales que pueden ser consideradas un antecedente del radioteatro que se conocerá en los años treinta. Eran diferentes, ya que no contaban con la continuidad argumental entre una

y otra emisión, rasgo esencial y característico de ese género.

Sólo a fines de la década del veinte, la radio terminó de desarrollar por completo el modelo del *radioteatro*, que entre 1930 y 1955 tuvo su momento de esplendor. El género fue el resultado de una combinación de otros géneros y formas culturales anteriores: el teatro popular, el circo criollo (con los payadores, el drama criollo, el folletín, el melodrama mazorquero, etc.), las obras de Florencio Sánchez y de Evaristo Carriego.

Este género modificó los horarios, los ritmos y las costumbres de la gente en cuanto "público" de la radio. Su temática evolucionó desde un género definido por formatos épicos, de aventura y acción, pasando por la intriga, el enredo, el malentendido, hasta llegar a algunos títulos psicologistas, intimistas, susurran-tes, es decir, que hacían hincapié en la vida interior de sus personajes. La última etapa fue el resultado de la influencia del psicoanálisis sobre toda la cultura de masas. Pero además, el radioteatro acercó definitivamente el público a la radio. Por ejemplo, produjo la implicación emocional del público, característica común en la cultura de masas. La gente confundía a los personajes de ficción con los actores reales. Los amaba o los odiaba como si realmente existiesen en la realidad.

Otro tema central para la radio fue el deporte y especialmente el fútbol. En los años veinte, el fútbol cobraba importancia en las clases más populares, tanto entre inmigrantes como entre criollos. En 1928, el fútbol se desarrollaba básicamente en Buenos Aires, en el Gran Buenos Aires, en La Plata y en Rosario. Sobre la base de esta popularidad urbana, la radio introdujo el "domingo de fútbol", al transmitir los partidos al interior del país. De este modo, el fútbol se

trasladó desde la cancha de juego hasta el hogar. El fútbol pasó a la vida privada y doméstica gracias a esta rutina de escuchar los partidos de los domingos en la casa. Se puede decir que la radio ayudó a que el fútbol se transformara en un objeto cultural cotidiano y familiar. El hecho de que, en 1933, Susini haya filmado *Los tres berretines* deja en evidencia la relación cercana de la radio con la cultura popular. Los tres berretines son el fútbol, el tango y el cine. No sólo eran los tres berretines de la gente, también eran los de la radio en aquel momento.

Para esa época, el público ya había desarrollado otros hábitos de vida cotidiana que afectaban a la radio. En las clases medias acomodadas, comenzó a ser un artefacto de uso diario en los hogares. Se introdujo en los cambios que se estaban realizando en el canon de construcción de casas y viviendas. Así, la radio comenzó a cumplir una doble función: era un objeto de confort instalado en las nuevas "salas de estar" para ser mostrado y además, un bien de consumo en el tiempo de ocio de las clases medias en ascenso. En síntesis, la radio adquirió un lugar definitivo en los hogares de las clases medias.

Por otro lado, los profesionales de la radio (autores, directores, actores, locutores, periodistas) generaban los contenidos por medio de la adaptación de temas, de modos y de géneros de la cultura popular, a los requerimientos técnicos, estéticos y sociológicos del nuevo medio. Sus orígenes eran diversos. Muchos ni siquiera tenían profesiones reconocidas ni una estricta preparación técnica. Los primeros profesionales de la radio llegaron de otras actividades culturales (las letras, el teatro, la música) o sólo de casualidad. Sus orígenes sociales también son variados. Algunos guionistas y escritores provenían de familias acomodadas.

Habían estudiado humanidades y letras en la universidad y veían en la radio un lugar de realización profesional. Les interesaba mucho más su vocación que el salario. Esa relación emocional y cercana con el trabajo y con el medio se irá perdiendo poco a poco con el correr del tiempo, ya sea por la burocratización de las emisoras o por el cambio de percepción que los profesionales tuvieron del medio y de su propio trabajo.

Durante la primera época de la etapa empresarial, de los años veinte hasta los años treinta, el pago a los empleados (actores, músicos, locutores, periodistas, etc.) se solía hacer con mercaderías que los anunciantes usaban para comprar el tiempo publicitario de las emisoras (comida, bebidas, ropa, etc.). La modificación de este hábito marcó una nueva visión de los profesionales de los contenidos de las radios sobre su papel y sobre su trabajo dentro de la organización. En definitiva, desde finales de los años veinte en adelante, la radio pudo establecer una rutina de tiempo, de temas, de personas y de programas. Así se alcanzó la organización de la forma de producción cultural en serie.

Desde el punto de vista de su organización, las emisoras funcionaron como empresas durante toda la década, sin ser reguladas por ley especial alguna. Hasta la presidencia de Yrigoyen no se introdujo un cambio en el ordenamiento de la radiodifusión. El 10 de abril de 1929 se publicó el Reglamento y se creó la Dirección de Radiocomunicaciones, dependiente de la Dirección de Correos y Telégrafos. La ley no intentaba obstaculizar o controlar la libertad de las decisiones privadas de los explotadores de la emisora. El Reglamento manifestaba la necesidad de ofrecer audiciones "altamente artísticas y culturales", ordenaba que la propagan-

da debía aparecer sin perjudicar la calidad de los programas, y que era conveniente evitar la propaganda religiosa y política durante las transmisiones. Además, limitaba la utilización de discos (lo que ayudó a crear conciencia sobre la importancia de los números musicales en vivo) y controlaba la relación entre la cantidad de noticias y los programas. En definitiva, se definió la radio como un medio de expansión de la *cultura de elite*, alejada del periodismo y sin contacto con los problemas políticos o ideológicos del momento.

El Reglamento estaba muy lejos de ser la experiencia intervencionista que posteriormente será considerada legítima por algunos sectores de la sociedad y tuvo vigencia hasta 1933. En esta fecha se sancionó la primera ley que reguló las actividades de la radio. En esos momentos había 530.000 receptores de radio en la Argentina y 20 millones en el mundo.

En resumen, durante los años veinte se organizaron las condiciones necesarias para que luego la radio terminara por consolidarse en los años cuarenta. Dos emisoras tuvieron en esta primera época relevancia como medios de comunicación de cultura de masas: radio Splendid y radio Belgrano (llamada Nacional hasta que una disposición del presidente Uriburu no permitió más el uso de esta palabra en asuntos privados). Estas dos emisoras marcaron el canon estético y profesional de la radio en el país. El resto de las emisoras tuvieron los artistas de segunda línea y una menor participación en la distribución de la inversión publicitaria.

TELEVISIÓN EXPERIMENTAL

Durante 1930 comenzó el servicio de onda corta y también surgieron las primeras noticias acerca de la televisión. Diarios, revistas y publi-

caciones especializadas explicaban para diferentes públicos cómo funcionaba y qué ventajas tenía la transmisión de imágenes y de sonidos.

Durante la Exposición de Radio de 1929, un radioaficionado (Ignacio Gómez) mostró avances en el proceso de transmisión de imágenes fijas. Fue en una prueba realizada en el Teatro Ópera. En 1930, se formó la Baird Television Argentina. José Guerrico y Antonio Devoto (propietario de radio Splendid), junto con Ignacio Gómez, Benjamín Gache, Enrique García Mérou y Ángel Perrone se habían vinculado con el experto escocés John Logie Baird y fundaron una sociedad anónima con un millón de pesos de capital para realizar experiencias de televisión en onda de 300 metros. La experiencia sólo duró unos meses.

En 1931, los ingenieros Antonio Medina y Carlos Lamarque fundaron en Buenos Aires el Centro Argentino de Televisión. En él actuaron radioaficionados y estudiantes de ingeniería. Eran los primeros pasos experimentales del medio.

HACIA LA REGULACIÓN. INTERVENCIÓN ESTATAL Y PARTICIPACIÓN DE LAS MASAS (1933-1943)

Esta etapa representó la transición desde una época de una exigua intervención sobre la radio hacia otra de regulación directa del poder político. Este cambio en la relación entre el Estado y la radio estuvo condicionado por dos procesos sociales, con aristas políticas, culturales y económicas: un consenso visible acerca de la necesidad de una intervención mayor del Estado sobre la sociedad, por un lado, y la existencia de reclamos de la sociedad para participar en las decisiones públicas, por otro.

El primero de los dos procesos que caracterizó al período fue una consecuencia de la Depresión de 1929 sobre la mentalidad de los políticos. Hacia 1933, esta idea estaba un poco más asentada. Se debía intervenir en ciertas "zonas" sociales que hasta el momento se habían dejado en manos de personas privadas. Fue el antecedente de lo que sucedió luego, a partir de 1933, con los medios de difusión. Federico Pinedo, ministro de Economía del presidente Justo, ordenó el control del mercado de cambio de la libra, obligó a los exportadores a vender sus divisas al Estado y se creó la Junta Reguladora de Granos. Estas experiencias de regulación marcaron el comienzo de una tendencia que con el correr de los años se profundizó. Dentro de esta tendencia, el 3 de mayo de 1933, el gobierno del presidente Justo sancionó el nuevo Reglamento de Radiocomunicaciones. El rótulo indica que todavía no se terminaba de definir la identidad de la radio como medio de difusión.

En el reglamento se establecía que la Dirección General de Correos y Telégrafos podía conceder licencias para instalar varios tipos de radios: "móviles", "receptores de noticiosos", "de radiodifusión", "experimentales privadas" y de "aficionados". De acuerdo con estas categorías, las funciones de las radios eran tres: con fines militares y de seguridad de Estado (las móviles), con funciones de medio de comunicación social o colectiva (receptores de noticiosos y de radiodifusión) y radios con funciones culturales (de aficionados y experimentales privadas), por ejemplo, de tipo científico o técnico.

La influencia del fascismo y los efectos del uso de la radio en Estados Unidos durante el *New Deal* son evidentes en esta nueva forma institucional. La radio se convirtió en un me-

dio de comunicación de masas. Por eso, el nuevo Reglamento fue el resultado de un ambiente político mucho más que el producto de una arbitrariedad de la presidencia de la Nación. Se afirmaba, por ejemplo, que los "interesados" en instalar una emisora de radio debían estar radicados en el país, tener solvencia económica y "antecedentes personales satisfactorios". Para el caso de sociedades o grupos de personas que se presentaban para obtener un permiso de radiodifusión, la mayoría debían ser "argentinos nativos". Eran requisitos comunes en las legislaciones de otros países. Por otro lado, en relación con los contenidos, se concedería una emisora a aquellos licenciatarios que mejor expusieran el arte, la ciencia y la cultura ante el oyente. También se hacía referencia a transmisiones "altamente artísticas y culturales" y se consideraba la necesidad de emitir programas de cultura de elite (conciertos, conferencias, teatro). Así se intentó controlar la producción de la cultura. Como se puede observar, el desarrollo y la orientación de la cultura de masas estaban muy lejos de estos objetivos.

El Estado creó oficinas públicas para gestionar la información generada en el ámbito de su burocracia para que llegara hasta los medios de difusión de masas. En 1942, se financió la creación del Instituto de Experimentación Radiotelefónica, y en 1943, la Dirección General de Correos y Telégrafos produjo un servicio de noticiosos. En esa misma época se creó la Escuela de Locutores como iniciativa del Estado. En resumen, el Estado comenzó a participar activamente en los diferentes procesos de organización del sistema de radio: en el control técnico, en la producción de contenidos y en la formación de los profesionales del medio.

En la misma línea de la intervención, en 1938, la Dirección de Correos y Telégrafos co-

da debía aparecer sin perjudicar la calidad de los programas, y que era conveniente evitar la propaganda religiosa y política durante las transmisiones. Además, limitaba la utilización de discos (lo que ayudó a crear conciencia sobre la importancia de los números musicales en vivo) y controlaba la relación entre la cantidad de noticias y los programas. En definitiva, se definió la radio como un medio de expansión de la *cultura de elite*, alejada del periodismo y sin contacto con los problemas políticos o ideológicos del momento.

El Reglamento estaba muy lejos de ser la experiencia intervencionista que posteriormente será considerada legítima por algunos sectores de la sociedad y tuvo vigencia hasta 1933. En esta fecha se sancionó la primera ley que reguló las actividades de la radio. En esos momentos había 530.000 receptores de radio en la Argentina y 20 millones en el mundo.

En resumen, durante los años veinte se organizaron las condiciones necesarias para que luego la radio terminara por consolidarse en los años cuarenta. Dos emisoras tuvieron en esta primera época relevancia como medios de comunicación de cultura de masas: radio Splendid y radio Belgrano (llamada Nacional hasta que una disposición del presidente Uriburu no permitió más el uso de esta palabra en asuntos privados). Estas dos emisoras marcaron el canon estético y profesional de la radio en el país. El resto de las emisoras tuvieron los artistas de segunda línea y una menor participación en la distribución de la inversión publicitaria.

TELEVISIÓN EXPERIMENTAL

Durante 1930 comenzó el servicio de onda corta y también surgieron las primeras noticias acerca de la televisión. Diarios, revistas y publi-

caciones especializadas explicaban para diferentes públicos cómo funcionaba y qué ventajas tenía la transmisión de imágenes y de sonidos.

Durante la Exposición de Radio de 1929, un radioaficionado (Ignacio Gómez) mostró avances en el proceso de transmisión de imágenes fijas. Fue en una prueba realizada en el Teatro Ópera. En 1930, se formó la Baird Television Argentina. José Guerrico y Antonio Devoto (propietario de radio Splendid), junto con Ignacio Gómez, Benjamín Gache, Enrique García Mérou y Ángel Perrone se habían vinculado con el experto escocés John Logie Baird y fundaron una sociedad anónima con un millón de pesos de capital para realizar experiencias de televisión en onda de 300 metros. La experiencia sólo duró unos meses.

En 1931, los ingenieros Antonio Medina y Carlos Lamarque fundaron en Buenos Aires el Centro Argentino de Televisión. En él actuaron radioaficionados y estudiantes de ingeniería. Eran los primeros pasos experimentales del medio.

HACIA LA REGULACIÓN. INTERVENCIÓN ESTATAL Y PARTICIPACIÓN DE LAS MASAS (1933-1943)

Esta etapa representó la transición desde una época de una exigua intervención sobre la radio hacia otra de regulación directa del poder político. Este cambio en la relación entre el Estado y la radio estuvo condicionado por dos procesos sociales, con aristas políticas, culturales y económicas: un consenso visible acerca de la necesidad de una intervención mayor del Estado sobre la sociedad, por un lado, y la existencia de reclamos de la sociedad para participar en las decisiones públicas, por otro.

El primero de los dos procesos que caracterizó al período fue una consecuencia de la Depresión de 1929 sobre la mentalidad de los políticos. Hacia 1933, esta idea estaba un poco más asentada. Se debía intervenir en ciertas "zonas" sociales que hasta el momento se habían dejado en manos de personas privadas. Fue el antecedente de lo que sucedió luego, a partir de 1933, con los medios de difusión. Federico Pinedo, ministro de Economía del presidente Justo, ordenó el control del mercado de cambio de la libra, obligó a los exportadores a vender sus divisas al Estado y se creó la Junta Reguladora de Granos. Estas experiencias de regulación marcaron el comienzo de una tendencia que con el correr de los años se profundizó. Dentro de esta tendencia, el 3 de mayo de 1933, el gobierno del presidente Justo sancionó el nuevo Reglamento de Radiocomunicaciones. El rótulo indica que todavía no se terminaba de definir la identidad de la radio como medio de difusión.

En el reglamento se establecía que la Dirección General de Correos y Telégrafos podía conceder licencias para instalar varios tipos de radios: "móviles", "receptores de noticiosos", "de radiodifusión", "experimentales privadas" y de "aficionados". De acuerdo con estas categorías, las funciones de las radios eran tres: con fines militares y de seguridad de Estado (las móviles), con funciones de medio de comunicación social o colectiva (receptores de noticiosos y de radiodifusión) y radios con funciones culturales (de aficionados y experimentales privadas), por ejemplo, de tipo científico o técnico.

La influencia del fascismo y los efectos del uso de la radio en Estados Unidos durante el *New Deal* son evidentes en esta nueva forma institucional. La radio se convirtió en un me-

dio de comunicación de masas. Por eso, el nuevo Reglamento fue el resultado de un ambiente político mucho más que el producto de una arbitrariedad de la presidencia de la Nación. Se afirmaba, por ejemplo, que los "interesados" en instalar una emisora de radio debían estar radicados en el país, tener solvencia económica y "antecedentes personales satisfactorios". Para el caso de sociedades o grupos de personas que se presentaban para obtener un permiso de radiodifusión, la mayoría debían ser "argentinos nativos". Eran requisitos comunes en las legislaciones de otros países. Por otro lado, en relación con los contenidos, se concedería una emisora a aquellos licenciatarios que mejor expusieran el arte, la ciencia y la cultura ante el oyente. También se hacía referencia a transmisiones "altamente artísticas y culturales" y se consideraba la necesidad de emitir programas de cultura de elite (conciertos, conferencias, teatro). Así se intentó controlar la producción de la cultura. Como se puede observar, el desarrollo y la orientación de la cultura de masas estaban muy lejos de estos objetivos.

El Estado creó oficinas públicas para gestionar la información generada en el ámbito de su burocracia para que llegara hasta los medios de difusión de masas. En 1942, se financió la creación del Instituto de Experimentación Radiotelefónica, y en 1943, la Dirección General de Correos y Telégrafos produjo un servicio de noticiosos. En esa misma época se creó la Escuela de Locutores como iniciativa del Estado. En resumen, el Estado comenzó a participar activamente en los diferentes procesos de organización del sistema de radio: en el control técnico, en la producción de contenidos y en la formación de los profesionales del medio.

En la misma línea de la intervención, en 1938, la Dirección de Correos y Telégrafos co-

EVOLUCIÓN DE LAS EMISORAS Y DE LOS APARATOS RECEPTORES DE RADIO

Año	Emisoras	Aparatos receptores
1920	1	1.000
1925	21	800.000
1956	74	2.900.000
1972	82	9.929.000
1983	174	(llega al 100% de la población)

Fuente: Historia de las comunicaciones argentinas (1979), Informe Unesco (1956), elaboración propia.

menzó un estudio para reorganizar el sistema de radiodifusión en todo el país. La idea era dejar tres redes privadas y una red pública o estatal. El intento de estatizar la radio movilizó en contra del gobierno a los anunciantes. Las empresas que anunciaban en la radio pretendían el mantenimiento del sistema de publicidad y del régimen de radiodifusión en el cumplimiento del Reglamento sancionado en 1933. Empresas como Farma Platense S.R.L., Delbene Hnos. y Cía, Colgate Palmolive Pet Ltda., Cervecería Palermo, Tienda la Piedad, Pyla S.A., Badaracco y Balbín, entre otras, firmaron una solicitud y presionaron para defenderse de los intentos del gobierno de nacionalizar el sistema de radiodifusión. Los *broadcasters* tampoco estaban de acuerdo con la reorganización del sistema comercial de radiodifusión. Esta coincidencia entre los anunciantes y los *broadcasters* muestra el grado de dependencia que existía entre la actividad empresarial y la publicidad en radio.

Entre 1940 y 1943, los intentos de intervención fueron cada vez más evidentes. La Dirección de Correos y Telégrafos controlaba técnica y administrativamente a las emisoras. Ejercía poder de policía. El Poder Ejecutivo, por medio del Ministerio del Interior, adjudicaba emisoras en el interior del país. En 1941 se autorizó la instalación de cuatro emisoras para el interior del país, pero en lugares que

no fueran comerciales. El concurso quedó desierto, lo que indica cuál era el modelo de organización común para los empresarios de la radio. A principios de 1943 se realizó un debate en la Cámara de Diputados para discutir la adjudicación de nuevas emisoras en el interior del país y la necesidad o no de organizar a las emisoras en redes. El mismo presidente Castillo participó en el debate. Más tarde, la revolución de ese mismo año profundizará esta visión intervencionista.

El segundo factor que definió el contexto de la década fue el proceso de *democratización funcional*, es decir, el aumento de participación de las masas trabajadoras en el escenario público y en sus decisiones. La "década larga", que corrió desde 1930 a 1943, estuvo signada por el intento, infructuoso de parte de las clases que gobernaban, de no permitir que las organizaciones y grupos de las clases populares obtuvieran mayor poder de participación. Ya se habían producido algunos acontecimientos que marcaron el comienzo de esta participación: la Semana Trágica en 1919, el 6 de septiembre de 1930, el entierro de Yrigoyen o el de Carlos Gardel. En 1936, la radio era un medio de comunicación de masas: existían 1.500.000 aparatos de radio en el país. Hacía quince años que la radio funcionaba como un medio de comunicación popular y afectaba la manera en que la gente percibía la realidad. Para algunos,



Juan José de Soiza Reilly, conocido periodista cuya voz atraía a los oyentes. Caricatura de Valdivia en *Caras y Caretas*.

este hecho fue uno de los más importantes para el proceso de ascensión de las clases populares a la política. Permitió mayor presencia y consonancia de ideas en las clases menos instruidas. Es decir, permitió y aceleró un proceso de unión de grandes cantidades de personas por compartir ciertos ideales y por tener conciencia de que se los comparten.

A esta altura de los acontecimientos, la cultura de la radio estaba definida por mucho entretenimiento y por muy poca información. El tiempo que ocupaban los informativos que producían los diarios (*La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*) era insuficiente al lado del de la ficción y de la música dentro de la programación. La publicidad comercial adquiría cada vez mayor importancia y era central en los años treinta. A mediados de la década, el tiempo promedio de publicidad en la radio era el

15% del total de programación. Sin embargo, el sector de la radiodifusión no se llevaba la mayor parte de las inversiones de los anunciantes. En los años treinta, la publicidad continuó y profundizó el intento de llegar hasta la mujer. La definición de la radio como un elemento cotidiano, una parte natural del hogar, hizo posible que la mujer se independizara de la llegada de su marido a la casa con el diario del día. Podía informarse antes y de otro modo mientras realizaba tareas en el hogar. Así, la radio se asimiló definitivamente al proceso de tecnificación de la casa. En las clases medias, la tecnología más popular en los años treinta fue la radio. Eran valores la comodidad, el confort y la eficiencia, por un lado, pero también las facilidades que debían traer a los habitantes de la casa los nuevos artefactos.

En 1943, el 20% de la población de la ciudad de Buenos Aires vivía en departamentos. La vida en un departamento y el uso intensivo de los medios de comunicación son dos pautas de conducta asociadas. Además, el aparato de radio había cumplido funciones de mueble que adornaba el *living room* de las casas de las clases alta y media, y en 1940 estaba presente en los departamentos de Buenos Aires. El *living room* era un espacio en el que se podía comer, usar como escritorio, en el cual se dejaban los diarios y los libros, las revistas y en el que se podía escuchar la radio en familia. Además, la radio también contribuyó a cambiar la moralidad sexual de las mujeres. Poco a poco se relajaron las restricciones morales que experimentaba la mujer dentro del hogar y pudo no sólo ser considerada como consumidor sino como audiencia de música y de relatos de ficción.

En 1933, la programación iba entre las horas 7:30 y 24. Las audiciones eran de una hora

de duración y se distribuían entre los siguientes temas, géneros y modos: consejos rurales; informativos (lectura de *La Prensa* y de *La Razón*); clases de gimnasia; recetas culinarias; música popular en discos; música popular con orquestas; humoristas; música alemana (comentarios, discos, cine); música española; comentarios y música de discos norteamericanos; conjuntos de guitarra; orquestas típicas de tango; grabaciones de óperas y de ballet; *canzonetas*; música clásica; jota; jazz; *fox-trot*; cantantes y sus guitarristas; programas de teatro, cine, concierto y exposiciones; boletín de los mercados de hacienda; boletines informativos (Municipalidad, Ministerio de Agricultura); conjunto criollo; *sketchs*; folklore (milongas criollas).

Ya en esos momentos, la radio estaba completamente sincronizada con la vida cotidiana. Los "escuchas" también seguían la radio por las revistas especializadas. Por ejemplo, la revista *Sintonía* comenzó en 1931 con 30.500 lectores y en 1933 tenía 65.000. Sus contenidos eran noticias, entrevistas y comentarios, fotografías y declaraciones de personas y temas del teatro, de la radio, del cine, tanto nacional como internacional. El modelo que seguía la industria cultural nacional era Hollywood. A pesar de los intentos de los gobiernos por controlar los contenidos de la industria, ésta actuaba con un alto grado de autonomía. Naturalmente, trataba de conectarse con lo que la gente sentía y vivía. Aunque con dificultades, la cultura nacional se debatía sobre el problema de la calidad estética de los objetos culturales que reproducían la radio, el cine y el teatro. En la tapa de la revista *Sintonía* del 10 de junio de 1933 apareció Bing Crosby y en su contratapa, el concertista Arthur Rubenstein. Esta combinación de personajes de orígenes

culturales tan diferentes marcaba una contradicción latente de esos años. En relación con la música, por ejemplo, el problema era si en realidad alguien podía disfrutar realmente de la música sin estudiar música antes. Y en el mismo número en el que apareció un reportaje a una actriz de cabaret (en su camarín, mostrando las piernas desnudas y poniéndose su ropa), se publicó una nota realizada al ex presidente Marcelo T. de Alvear, en la cual se lo mostraba en la casa junto con su mujer. Pero también se publicaban fotografías de Jorge V de Inglaterra, del papa Pío XI, de Mussolini y de Hitler.

Esta combinación entre lo popular y lo refinado, la vida política y la vida cultural, lo privado y lo público, caracterizó desde un principio a la cultura de masas. Además, la industria cultural tuvo y tiene la necesidad vital de llamar la atención. Una manera de hacerlo es mostrando aquellos temas que todavía no se han manifestado por completo en la sociedad. Es decir, lo que está latente, lo que la gente no muestra a los demás, pero que percibe en bambalinas. El proceso de introducir en el espacio público ciertas conductas que no están completamente aceptadas llama la atención y motiva al consumo.

Un acontecimiento relevante para la radiodifusión argentina fue la aparición de radio El Mundo. Estuvo "en el aire" desde 1935 y su propietario fue Alberto Haynes (dueño de la editorial Haynes y del diario *El Mundo*). Hasta los años cincuenta, esta emisora fue un paradigma de la radiodifusión en la Argentina. Al mismo tiempo, la familia Devoto creó la llamada "Red Splendit de Emisoras Argentinas". Esto fue el comienzo para la reorganización del sector de la radio en tres redes privadas: la Red Radio El Mundo (Haynes), la Red

Splendid (Devoto) y la Red Radio Belgrano (Yankelevich). Sobre la base de esta estructura, desde 1947, el gobierno peronista trató de organizar una red de emisoras controladas por el partido o por personas ideológicamente cercanas a él.

TELEVISIÓN EXPERIMENTAL

En 1938 comenzó a funcionar el Instituto Experimental de Televisión. Uno de sus fundadores fue Eduardo Elías Grinberg. Desde ese momento, para algunos pocos habitantes de la ciudad de Buenos Aires, la televisión fue un hecho real mucho antes de su inauguración oficial. La primera transmisión se realizó en el año 1939.

En 1943, se le permitió a Grinberg, titular de LU8AG, realizar una transmisión experimental y durante el mes de marzo de 1944, el Instituto ofreció una emisión artística de media hora. La transmisión se realizó entre su sede y la radio Club Argentino, instalada en el edificio del Automóvil Club Argentino.

Grinberg no sólo consideraba a la televisión como un invento tecnológico útil, sino que además creía en sus consecuencias sociales y culturales positivas: desde generar puestos de trabajo para técnicos, ingenieros, escritores, músicos, actores, escenógrafos, iluminadores, hasta permitirle al público una llegada más directa a ciertos objetos culturales (cine y teatro en casa, educación, deportes, turismo). Como ha sucedido en el proceso de desarrollo de otras tecnologías de la comunicación, la televisión cambió mucho entre el momento en que era un instrumento controlado por experimentadores y el tiempo en que se popularizó y comenzó a ser un negocio.

LA INTERVENCIÓN DIRECTA SOBRE LOS MEDIOS (1943-1955)

El proceso de tímida intervención que comenzó en 1933 y que se profundizó con la revolución de 1943 se transformó, desde 1946, en un proceso de abierta participación del Estado y de sus funcionarios en los medios de comunicación. Fue el resultado de una época y de una mentalidad imperante. Con la revolución de 1943, los grupos militares de mayor afinidad ideológica con el fascismo alcanzaron posiciones claves en el poder político. A mediados de ese año mostraron su cercanía con esas ideas al anular la libre acción de los partidos políticos.

En 1944, el debate acerca del desarrollo de las redes continuaba. Se modificó la Comisión para que se encargara de un preproyecto de régimen técnico, legal, artístico, cultural y económico financiero de los servicios de radiodifusión. Sólo en 1946 se cristalizó todo lo discutido desde 1938. Durante el gobierno de Farrell, se sancionó el decreto 13.474, del 14 de mayo de 1946, por medio del cual se aprobaba el "Manual de Instrucciones para las Estaciones de Radiodifusión". Este manual tenía varios objetivos; entre ellos, hacer que se cumplieran las prerrogativas que se sancionaron en el Reglamento de 1933.

De acuerdo con la introducción del manual, había un consenso más o menos concertado entre las partes implicadas. Los temas que regulaba el decreto eran muy variados: los contenidos orales de los programas (radioteatros, géneros imaginativos, épicos, líricos, etc.), las canciones y las letras cantables, las formas de oratoria general o política (es decir, los textos que anuncien, expongan ideas, conceptos y principios con el objeto de informar,

ilustrar, instruir, educar, persuadir o convencer a auditorios), los noticiosos e informativos (ordenando por jerarquía, las noticias argentinas, americanas y relativas a otros países, pronósticos del tiempo, observaciones meteorológicas, charlas o glosas de interés general, preguntas y respuestas, transmisiones deportivas), publicidad comercial y no comercial (de eventos artísticos, sobre salud, bienestar social, etc.), contenido musical, dividido en música ligera (jota, opereta, zarzuelas, comedias musicales, bailes regionales, vales, romanzas, fantasías, etc.), música popular (folklore nacional y extranjero, música nativa nacional y extranjera) y música clásica (óperas, dramas, ballets, oratorios, misas, cantatas, poemas, sinfonías, conciertos, oberturas, etc.). El manual especificaba los porcentajes de música que debían contener las programaciones diarias de las emisoras, el horario de transmisión (entre las horas 8 y 24), la estructura formal de los programas y las funciones del personal profesional, técnico, administrativo y artístico de las emisoras. Además, otro decreto del 15 de mayo de 1946, estableció el Estatuto del Empleo Administrativo de Empresas Periodísticas y por medio de una resolución del 31 de octubre, siendo presidente Juan Domingo Perón, reglamentó la venta de diarios, revistas y afines. Como se puede observar, el Estado entró en el ámbito de la comunicación de masas de manera contundente y directa.

A los diez días de asumir la presidencia de la Nación, el 13 de junio de 1946, el general Perón creó la Secretaría de Coordinación de Informaciones de la Presidencia de la Nación. Se argumentó que la información era un asunto prioritario para un Estado y que éste debía controlarla. Desde esa secretaría se racionalizó el material informativo y se centrali-

zó su disseminación para hacerlo público. Por otro lado, el 15 de junio se le ordenó a la Subsecretaría de Información y a la Dirección General de Radiodifusión que se ocuparan de la Dirección General de Correos y Telégrafos. El 23 de octubre de 1946 se definieron las condiciones en las cuales debían funcionar las agencias de noticias que cumplían la función de proveer de información a las emisoras de radio. En este mismo decreto se definió a la información como un bien de "interés público". Es decir, *interés colectivo o interés de todos*. Para llegar al interés público, decía el decreto, es conveniente controlar las fuentes de origen de la información, a fin de mantener la veracidad y la responsabilidad de las noticias que se hagan circular. Además, el 21 de noviembre, el gobierno centralizó todas las publicaciones oficiales en la Subsecretaría de Informaciones. La misión era llevar información de interés público a la ciudadanía sobre actos del gobierno, "con absoluta imparcialidad".

Entre 1947 y 1953 no hubo movimientos formales del gobierno para controlar la radio o la prensa, pero sí una operación de traspaso no admitida públicamente: por medio de ofertas de compra y con amenazas de anulación de las licencias, el gobierno consiguió que los propietarios vendieran sus acciones a personas cercanas al gobierno. El proceso de compra de las radios y el cambio de los administradores fue responsabilidad de ciertos funcionarios del Consejo Económico Nacional (Miguel Miranda), del Instituto Argentino de Promoción Industrial (IAPI), de la Dirección de Correos y Telégrafos (Oscar Nicolini) y del Banco Industrial de la República (Orlando Maroglio). Así, el sistema de radios privadas quedó en manos de personas que estaban directamente vinculadas con el gobierno o que no lo atacarían. Las

cadena se transformaron en la Red A, dirigida por Maroglio que tenía como cabeza visible a la editorial Haynes, a la radio El Mundo y al resto de los medios que pertenecían a ese grupo empresario (diario *El Mundo*, revistas, la Red Azul y Blanca, radios de Capital Federal, como Mitre, Callao, Antártida y ondas cortas); la Red B, comandada por Jaime Yankelevich y formada por los diarios *Democracia* y *Noticias Gráficas*, las radios Rivadavia, Argentina y Porteña de Buenos Aires y todas las radios del interior que hasta antes de 1946 integraron la llamada "primera cadena argentina de Broadcasting". Y, finalmente, la Red C. Ésta estaba compuesta por el diario *La Razón*, las radios Splendid y Excelsior y su red de emisoras.

Para muchos, esto fue un monopolio de los medios en manos del gobierno. Sin embargo, este proceso político no fue exactamente la estatización de la radiodifusión. Los administradores compartieron la dirección de la emisora y el 50% de las ganancias. Aunque los partidos opositores conocieron el asunto, no pudieron hacer nada para detener el proceso. La Unión Cívica Radical, por ejemplo, llegó a exponer el problema en el Congreso de la Nación sin éxito. En 1948, los propietarios y concesionarios de las ondas de radio en todo el continente fundaron la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR). La asociación se fundó para defender el sistema de libre competencia y de empresa privada comercial como modelo de organización de la radio. En ese mismo año, en la reunión realizada en Buenos Aires, los miembros de la asociación comprendieron la situación de control ilegítimo del gobierno sobre el sistema de radiodifusión. Para mostrar su disidencia, produjeron un documento en el que denunciaban la grave situación en el país. El gobierno desmintió la

acusación, y, finalmente, la Argentina fue expulsada de la asociación regional.

La cultura impulsada desde la radio por el gobierno peronista era fundamentalmente de contenido nacional, tanto en música como en programas de ficción. En este período cobró verdadera importancia el folklore, por ejemplo, impulsado desde radio Belgrano (Yankelevich), considerada la esencia de la emisora popular, aunque era una cultura popular identificada básicamente con las costumbres de la provincia de Buenos Aires, ya que no se escuchaba música del Chaco o de la Patagonia. También en esta época terminó de popularizarse la radionovela o radioteatro y el humor popular. El humor fue un modo cultural desarrollado en todas sus posibilidades entre 1940 y 1955. Aparecieron programas con varios formatos: de *sketch* ("Caravana del Buen Humor", "La Craneoteca de los Genios", "La Revista Dislocada"), programas de personajes (aventuras y desventuras de un personaje que usaba sobreentendidos con la audiencia), de tipo personales (centrados en un actor o actriz, por ejemplo, Nini Marshall, Juan Carlos Mareco, Pepe Iglesias, "Los Cinco Grandes del Buen Humor"), de comentarios de realidad (monólogos humorísticos enfocados hacia hechos de la realidad política o social) y situacionales (una historia que sucede en un ámbito social determinado; por ejemplo, el conventillo, la pensión o la casa de familia).

Los realizadores, los locutores y los artistas capitalizaron muy bien las posibilidades estéticas y técnicas del medio para desarrollar el humor. La radio pasaba por los años más sólidos como medio de comunicación cultural. Antes de 1940 se concentró en experimentar los formatos de programas de mayor éxito. Después de 1955, el protagonismo de la televisión colo-

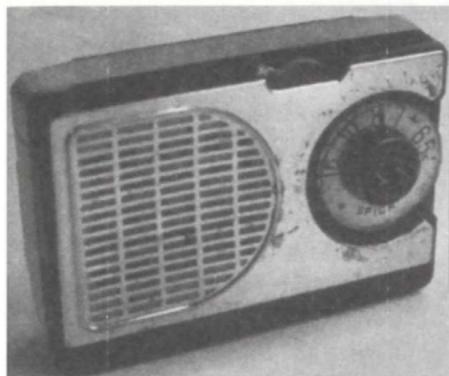
có a la radio en una posición de desventaja. Con la presencia de la televisión ya no recibiría tanta inversión publicitaria, ni contaría con los mejores artistas o locutores. Sin embargo, en estos años de consolidación y de éxitos, entre 1940 y 1955, se dieron dos condiciones que permitieron su desarrollo. Por un lado, se incorporaron masivamente las clases trabajadoras a la economía de consumo (ampliaron el público de consumidores). Los grupos que todavía no habían alcanzado los bienes y rutinas comunes de la vida urbana —como, por ejemplo, la compra de electrodomésticos—, lo hicieron en este período. Por otro, en el contexto de los medios de comunicación de la época, la radio era el medio de uso cotidiano por excelencia. Así terminó de introducirse en las clases populares. El público se transformó definitivamente en un público masivo al producirse la ascensión social de las masas obreras, industriales y campesinas, urbanas y rurales: mejores salarios, seguridad social, asistencia sanitaria, viviendas, organización gremial, etc. Esto tuvo como consecuencia directa la adquisición de un aparato de radio en todas las familias de la clase trabajadora. Además, produjo un mayor acercamiento hacia la forma de vida de la clase media (el confort y la vida familiar compartida) que beneficiaba la relación con la radio. Desde el punto de vista de los profesionales del sector, comenzaron en esta época sus protestas y sus planteos gremiales más fuertes y más visibles, tanto para los empresarios de la radiodifusión como para el gobierno.

En 1953, el Congreso de la Nación dictó la primera ley de radiodifusión producida por un gobierno constitucional. La ley 14.241 organizaba el funcionamiento de las tres redes que el peronismo había pasado bajo su control desde 1947 en adelante. Ésta fue la manera de legalizar

la operación de traspaso no reconocida oficialmente. La ley se orientaba a regular la relación entre las emisoras y el Estado. Sobre todo hacía hincapié en la relación entre el Poder Ejecutivo y las emisoras. La ley obligaba a las emisoras a realizar un aporte al fisco, calculado sobre la base de sus ingresos. Así, el Estado determinaba sobre la base de los resultados económicos cuánto debían pagar las empresas emisoras en concepto de incremento anual. Esto era una manera de controlar la actividad radial que era definida y entendida como un negocio. En diciembre de 1953 fue dictado el decreto que regulaba, además de otras actividades, la distribución de la cantidad de tiempo para la publicidad y la cantidad de tiempo para los contenidos, las condiciones técnicas de los equipos y ordenaba la transmisión gratuita de todas las informaciones que el Estado necesitaba. En junio de 1954, el gobierno dictó un decreto para licitar la instalación y la explotación de tres redes de radiodifusión. El decreto obligaba a los licenciatarios, como condición de adquisición de la licencia, a comprar las instalaciones de las emisoras de las redes A, B y C. Además de los puntos que prescribía acerca de cuestiones económicas y financieras, se refería a la necesidad de mostrar la “obra argentina” y a introducir “los valores y motivos culturales, artísticos y tradicionales del interior del país”.

FINAL DE LA TELEVISIÓN EXPERIMENTAL

El 18 de marzo de 1944, el Instituto Experimental de Televisión realizó una transmisión entre las horas 21:30 y 22:30. Fue la primera transmisión de televisión de forma continuada. Para esta época, su desarrollo también era interés del Estado nacional. En 1944, la Dirección de Correos y Telégrafos presentó un ciclo de



La radio portátil de transistores fue un gran éxito cuando llegó al país en 1958. En la foto la conocida marca Spika. *La Nación*. 100 años de vida cotidiana.

transmisiones en la "Exposición 4 de Junio". Además, el Estado concedió, por lo menos tres veces, licencias para que personas u organizaciones privadas realizaran el proyecto de la televisión popular: en junio de 1945, al empresario del calzado Martín Tow; en 1946, a Ricardo Frías y a Camilo Soaje para emplazar una antena en el cerro San Javier en la provincia de Tucumán, y en 1949, el Centro Argentino de Televisión consiguió una licencia para hacer una emisora de televisión en Buenos Aires, identificada como LU1 CAT.

En 1950, en el VII Congreso Internacional de Medicina realizado en el Plaza Hotel de Buenos Aires se transmitió el primer tele-teatro: *El piloto*, protagonizado por Myriam de Urquijo y Roberto Airaldi. En este mismo año, el empresario de la radio, Jaime Yankelevich, viajó a Estados Unidos para comprar equipos de transmisión de *Standard Electric* (empresa asociada con ITT). Así, Yankelevich pasó de la radio a la televisión sin abandonar la primera, y comenzó a producir programas de tipo popular. Varios hechos hacen que se

deba vincular los inicios de la televisión con los de la radio. Primero, el empresario que se encargó de darle el impulso definitivo y que organizó los aspectos tecnológicos, de contenido, políticos y económicos fue Jaime Yankelevich. Segundo, quien manejaba una de las cámaras de la primera transmisión de televisión era Enrique Susini, uno de los "locos de la azotea" que treinta años antes había realizado la primera transmisión de radio.

El 20 de septiembre de 1951 se realizaron las primeras pruebas de la transmisión, y el día 23 se pudieron ver las primeras imágenes transmitidas a receptores ubicados en comercios en el centro de Buenos Aires. Ese día comenzó a funcionar LR3TV Canal 7 (luego LS82, después ATC y finalmente Canal 7 Argentina). La transmisión oficial fue el 17 de octubre y el comienzo de las emisiones regulares el 4 de noviembre de ese año. Se transmitieron los actos de celebración en la Plaza de Mayo. De esta manera, en 1951 terminaba la era romántica de la televisión. Finalizaba la era de los pioneros y comenzaba la de los organizadores. El gobierno de Perón convirtió la televisión en un medio de monopolio estatal. De este modo, la televisión comenzó con un esquema similar al que la radio tenía en esos años, pero con un modelo económico-político diferente a aquel con que la radio se había iniciado en 1920.

LA TRANSICIÓN A LA LIBERALIZACIÓN Y EL PROCESO DE DESPERONIZACIÓN (1955-1958)

Los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que se dieron en la República Argentina entre los años 1955 y 1958 afecta-

ron por más de una década a la organización de la radio y de la televisión nacionales. En estos tres años se colocaron las bases jurídicas para que durante los trece posteriores (1960-1973) se desarrollara una televisión de modelo privado y comercial en la Argentina. Para algunos, esto fue el comienzo del “descalabro total de la radiodifusión nacional”; para otros, fue el inicio de una época gloriosa de la televisión y de la radiodifusión en general.

Con la Revolución Libertadora se volvió al modelo de emisora (de radio y televisión) comercial y privada, de la misma manera que entre 1920 y 1933. El liberalismo económico y la necesidad de perseguir políticamente al peronismo llevó a que el gobierno militar desarrollara una serie de medidas que cambiaron las reglas del sistema de comunicaciones de masas. Comenzó a percibirse al sector fundamentalmente como un negocio que debía ser rentable. El liberalismo asumió la definición de las políticas de comunicación como una tarea central y completamente necesaria para el país. Todas sus acciones tendieron a deshacer lo que el peronismo había consolidado, desde el punto de vista cultural, político, jurídico y social. Los medios de comunicación no se salieron de esta fórmula. El gobierno de la Revolución Libertadora hizo casi exactamente lo contrario de lo que había hecho el gobierno peronista, aunque sólo en el contenido, ya que en la forma funcionó más o menos de manera similar. Fueron prohibidas las manifestaciones a favor del peronismo y se decretó la prohibición de nombrar a Eva Perón o a Juan Domingo Perón. En 1955, el nuevo gobierno desarticuló el sistema de medios de comunicación creado por el último gobierno de Perón: anuló la licitación de las radiodifusoras, ordenó la explotación de las redes privadas de radiodifusión, le-

vantó la prohibición del periódico *Provincias Unidas*, anuló la expropiación de los bienes de la sociedad colectiva La Prensa, y desbloqueó las cuentas, los fondos y los valores del diario *La Prensa* y de sus propietarios. Se facultó al Ministerio de Comunicaciones para que controlara las tres redes privadas de radiodifusión.

El gobierno de la Revolución Libertadora impugnó e intervino las redes privadas de radiodifusión, tras acusar al general Perón de utilizar testaferros para controlar las emisoras. El Ministerio de Comunicaciones también intervino las redes nacionales (A, B y C) y las empresas que resultaron adjudicatarias. El gobierno justificaba estas medidas diciendo que era necesario que las tres redes no dejaran de funcionar con normalidad. En ese momento, el público tenía un alto grado de dependencia de la información de la radio y de la televisión, y hubiera generado incertidumbre la anulación de las transmisiones. Por eso, las adjudicatarias continuaron en funcionamiento y tuvieron que pagar el millón de pesos moneda nacional que la ley obligaba. Los interventores del gobierno sólo se encargarían, de acuerdo con el decreto, de las gestiones económico-financieras y de la explotación comercial de las emisoras. Formalmente no se reconoció el control de los contenidos, pero en la práctica fueron vigilados.

Durante 1956, el gobierno se encargó de algunas tareas menores en relación con los medios de comunicación. Pero en 1957 volvió con ímpetu para reformar el sistema de radio y de televisión. Formó una comisión para administrar las redes de radiodifusión privadas, intentó renovar las licencias para la explotación de los servicios, ordenó que se mantuviera vigente el régimen de radiodifusión anterior a la ley 14.241, sancionada por el

peronismo, liquidó las empresas periodísticas del Estado, definió el pliego general de bases y condiciones para el concurso de estaciones de radiodifusión, y el régimen de servicios de radiodifusión y de televisión.

La Junta Consultiva Nacional, presidida por Alicia Moreau de Justo, se encargó de analizar el comportamiento y el estado del sistema de medios de comunicación en el país, y se expidió el 27 de febrero de 1957. Solicitó la disolución y el desmantelamiento de las redes de radiodifusión formadas durante el peronismo. En el mismo año, el gobierno del general Aramburu dictó el régimen de los servicios de radiodifusión y de televisión. La reglamentación decía que la producción literaria y artística para radio y televisión debía gozar "de la más amplia libertad de creación y de forma". Esta idea de la libertad de expresión y de producción de contenidos era algo nuevo en las prescripciones de leyes, resoluciones y decretos sobre la comunicación de masas. Un mes después, un decreto ley colocaba las bases y condiciones para el concurso de canales de televisión en Buenos Aires y en el Interior. Al mismo tiempo, la televisión comenzaba a ganar espacios en los hogares (era parte de la decoración de las casas) y tiempo de atención de las personas. Sólo existía el Canal 7, del Estado. En 1958 asumió la presidencia Arturo Frondizi y en dos años se iniciaba la televisión privada.

LA TELEVISIÓN LIBERAL Y PRIVADA (1958-1973)

Entre 1958 y 1960, el sistema de televisión y radio de la Argentina sufrió un cambio profundo. Entre enero y mayo de 1958, se reorganizó la radio. El cambio que experimentaban las

personas que dirigían los aspectos comerciales y de contenidos de la radio se entiende si se considera que antes de 1959 no estaban permitidas las emisoras de música funcional. Durante los primeros años de la radio, las empresas discográficas se opusieron a que las emisoras pasaran al aire temas musicales por medio de grabaciones. Consideraban que esto frenaba las ventas de discos. Además, algunos productores y profesionales de la radio creían que era poco profesional hacer programas de radio con música grabada. Es decir, era un descrédito, dentro del ambiente, el hecho de que se usaran discos en los programas. Sin embargo, la entrada de la televisión, la crisis económica de la radio y los cambios de actitud de las discográficas (advirtieron que vendían más discos a raíz de que eran escuchados repetidamente en la radio) llevaron a que los *disc-jockeys* y los discos fueran algo común en el medio.

Las emisoras que habían sido adjudicadas por el presidente Aramburu en 1958 no fueron entregadas a los licenciarios hasta dos y tres años después. En junio de 1960, la Compañía Argentina de Televisión (CADETE) adquirió la licencia para explotar LS83 TV Canal 9. El presidente y director general era Kurt Lowe y su director artístico, Manuel Alba. En octubre de 1960, Ricardo Pueyrredón asumió como presidente de la empresa que explotaría LS85 TV Canal 13 Río de la Plata S.A. Al año siguiente, en julio de 1961, LS84 TV Canal 11 Dicon (Difusión Contemporánea S.A.) comenzaba a funcionar en Buenos Aires. Al frente de la dirección general se encontraba el padre Ricardo Grandinetti, de la Compañía de Jesús. De esta manera, a principios de los años sesenta, se modificaba todo el sistema de comunicaciones: primero, se pasó de una situación de monopolio estatal de la televisión a

EVOLUCIÓN DE LA TELEVISIÓN

<i>Etapa</i>	<i>Canales</i>	<i>Aparatos</i>
1961-1965	12	850.000
1972-1974	31	4.000.000
1981-1983	39 (canales) 95 (repetidoras)	5.600.000

Fuente: Historia de las comunicaciones argentinas (1979), Horvath (1988), Aguilar (1999).

otra de competencia entre privados; segundo, se sumaron tres canales organizados con el modelo de financiación comercial y explotados por privados. La televisión de Buenos Aires quedó en condiciones muy diferentes a las que se encontraba desde los inicios de la televisión en la Argentina. También, en el interior del país se modificó la estructura del sistema de radiodifusión y especialmente el de la televisión. El primer canal fue LU86 TV Canal 8 Difusora Marplatense S.A. Su salida al aire fue el 19 de diciembre de 1960. Entre 1964 y 1966 salieron al aire la mayoría de las emisoras provinciales, tanto privadas como estatales. Finalmente, en junio de 1966 comenzó a funcionar LS86TV Canal 2, Rivadavia Televisión S.A., desde la ciudad de La Plata:

Con el comienzo de las transmisiones de los canales privados se inició una nueva etapa de la televisión. Desde 1951, la televisión había funcionado de acuerdo con una extraña combinación de control estatal o ideológico, por un lado, y de participación de personas privadas, como Yankelevich, por otro, dirigidos por objetivos de rentabilidad económica. Fue un período de aprendizaje y de formación de los profesionales. Pero sobre todo, de transformación de la técnica de producción de la radio en modelos diferentes, en tanto se agregaba un factor tan radical como la imagen. Los actores, los locutores, los periodistas y los directores que habían triunfado en la radio, debían adap-

tarse a las nuevas condiciones de producción y de puesta en escena de la televisión.

En 1960, con nuevas condiciones jurídicas, comenzaba un nuevo momento para la televisión. Aparecieron nuevas posibilidades tecnológicas, humanas y artísticas. Sin embargo, a fines de 1961 la situación comercial de los canales privados no era demasiado prometedora. Quienes habían ganado las licencias no tenían la experiencia suficiente para sobrellevar la complejidad de un canal de televisión. Los licenciatarios de Canal 9, en 1961, cerraron una alianza con la cadena norteamericana NBC (National Broadcasting Company) y comenzó a dirigir el canal un ejecutivo llegado de Estados Unidos. Para la misma época, Pueyrredón, de Canal 13, llegaba a un acuerdo con Goar Mestre para que éste tomara a su cargo la administración de la emisora y además para que condujera la productora Proartel que proveía de programación a la primera. Con Mestre, llegaron la CBS (Company Broadcasting System) y el grupo *Time Life*. Por último, la Compañía de Jesús dejó Canal 11. El grupo de Pedro Simoncini convenció a la cadena ABC (American Broadcasting Company) para invertir en la emisora. De esta manera, en los tres canales privados ingresaban tres nuevos elementos: primero, conocimiento y experiencia profesional, técnica y financiera; segundo, capital, y finalmente, empresas extranjeras. Esto pudo hacerse porque, desde 1960, los licenciatarios priva-



—;No quiero un programa con talento! ;Quero un programa con rating:

Dibujo humorístico de Faruk que acompaña un informe crítico de *Panorama* sobre la televisión argentina en 1970. *Panorama*, nº 153, 1970.

dos habían separado las funciones de “producción” de las de “transmisión”. Esto estaba relacionado con la naturaleza de la ley de radiodifusión argentina: históricamente había regulado la onda de transmisión pero no alcanzaba la producción de los programas. Así, los empresarios que licitaban una onda podían introducir capital extranjero, ya que la inversión extranjera en negocios de producción de programas no estaba prohibida, mientras que sí lo estaba su participación en la explotación de la onda de transmisión.

Las productoras no estaban subordinadas a la ley de radiodifusión y teóricamente no debían ser afectadas por la declinación de las licencias de ondas de transmisión. Sus límites se encontraban sólo en su capacidad financiera y de producción de contenidos. La entrada de capitales extranjeros al país tuvo consecuen-

cias muy importantes sobre la organización y el desarrollo de la radio y de la televisión. En 1972, por ejemplo, la inversión publicitaria se había multiplicado por 60 en relación con los inicios de la televisión privada. Esto se puede explicar sólo con la buena recepción que el público había dado a la televisión. El 31 de diciembre de 1958, el Canal 7 anunció que cortaría la transmisión a las once de la noche con el objetivo de que en “las casas se pudiera recibir el Año Nuevo en familia”. Pero el público se disgustó y protestó. La familia y el hogar habían integrado, en menos de diez años, la televisión a sus pautas de vida.

En 1960, las políticas liberales de ordenamiento y regulación de la comunicación permitieron la expansión de la televisión como *medio de masas*. La televisión llegó desde el principio a todas las clases sociales. Funda-

mentalmente porque, una vez superados los problemas iniciales del costo del aparato, la televisión contaba para su popularización con el antecedente de la radio. Al público le era posible homologar casi todo lo que se hacía con la radio. La radio, para los años sesenta, ya se había convertido en un medio "individual", al hacer su aparición en el mercado argentino el aparato portátil. Esto le permitió a la radio cumplir funciones informativas y de entretenimiento que la televisión no alcanzaba por su estructura tecnológica y estética. En 1961, se decretó el establecimiento de emisoras de radio en el interior del país. También se llamó a licitación de las ondas a potenciales concesionarios. En 1964, el gobierno de Illia intentó privatizar las radios que estaban en manos del Estado, pero encontró mucha oposición. En 1965, ordenó instalar la primera emisora de frecuencia modulada (FM). Además, se modificó el concurso para las emisoras privadas.

En 1966, Onganía modificó el reglamento de radiocomunicaciones. Al año siguiente, derogó la transferencia de emisoras de radio a las universidades y se aprobó el Plan Nacional de Radiodifusión y Televisión. En 1969, se autorizó el establecimiento de emisoras en el sur del país, y en 1970, el gobierno ordenó reducir los impuestos a los titulares de las licencias de radio y televisión. Fue una política a favor del desarrollo de las comunicaciones de masas bajo un modelo de organización comercial, aunque dentro de un marco de ideas menos liberales que las preconizadas por la Revolución Libertadora.

Los medios de comunicación, por su naturaleza ideológica, motivaban a cada uno de los actores implicados, directa o indirectamente, en su organización, producción o consumo, a considerarse con la legitimidad para definir y

explicar qué cosa eran los medios y cómo debían ser usados. En 1971, un cambio en la legislación muestra este hecho: se definió a la televisión como una actividad industrial. Debía recibir las mismas ventajas que las actividades industriales convencionales (automotores, alimentos, indumentaria, etc.). A la concepción de la "televisión negocio" se le suma esta otra, la de la televisión como una actividad de producción compleja, en serie, estandarizada. En síntesis, en esos años había varias representaciones sociales de la televisión: la televisión como negocio industrial que sostenían los políticos y los empresarios, la televisión cotidiana y familiar del hombre común y, finalmente, su imagen como medio de experimentación y de vanguardia estética de los grupos de intelectuales y de artistas jóvenes.

En los años cincuenta, la compra del aparato de televisión y el consumo cotidiano de los programas de entretenimiento y de información estaban dentro de una cultura pequeño burguesa. No pertenecía a la cultura de elite, es decir, a la cultura libresca y prestigiosa. En los años sesenta se inició un cambio. La televisión privada surgió dentro de un clima cultural de apertura y de crítica y en las artes visuales también había un discurso de libertad y de internacionalismo. Este discurso criticaba el aislamiento que había significado el peronismo para las artes argentinas. Se buscaba valorizar la libertad expresiva, "el caos como valor". Esto fue significativo de una época y de un contexto. La percepción social de los jóvenes artistas, después de varios años de poca libertad intelectual, los llevaba a orientarse hacia formas abstractas, poco convencionales y nada conservadoras. El intento de quebrar el canon estético será generalizado. Se representó todo aquello que

la cultura oficial consideraba "lo bajo", lo *kitsch*, lo popular y lo morboso. Ésta es la época del Instituto Di Tella en Buenos Aires. La televisión se transformó en un bien de consumo para las masas y en una nueva forma expresiva, que se integraba a los movimientos de vanguardia (el *pop art* y el *happening*) al ser recibida por los grupos más radicales como un medio para que el público lego comprendiera el arte de vanguardia.

En segundo lugar, entraba en la escena pública de forma evidente y consistente un nuevo sujeto social: *los jóvenes*. Éste fue el público que impulsó la introducción de la televisión en los hogares. Fueron los que establecieron las mediaciones pedagógicas con sus padres, que eran parte de la audiencia natural de la prensa y de la radio. Los jóvenes críticos de los años sesenta eran la primera generación televisiva. Y fue un elemento que influyó para que la televisión fuera masivamente aceptada. Desde el punto de vista *social*, la audiencia de la radio y de la televisión había modificado algunas pautas de relación con los medios. Lo más importante en esta década fue que la televisión ya era un objeto social de la vida cotidiana.

Por otro lado, entre 1965 y 1970, la renovación de los capitales nacionales en la televisión argentina hizo que salieran las cadenas de televisión norteamericanas. En 1965, los propietarios de Canal 9 convocaron a Alejandro Romay para que mejorara la situación deficitaria del canal. En 1968, Héctor Ricardo García, compró, desde Editorial Sarmiento (diario *Crónica*) el Canal 11. Por último, en 1971, la familia Vigil, propietaria de la Editorial Atlántida, adquirió acciones de Canal 13, asociándose con Mestre. Los nuevos propietarios motivaron la salida de los capitales extranjeros. En 1972, el gobier-

**LU 15 RADIO VIEDMA
CRECE Y CREA!
LA EMISORA CON
POTENCIA DE FUTURO**

para su influencia
VIEDMA y su zona de influencia crean uno de los mercados más ricos del país.
La primera etapa de la colonización del Valle Inferior, contó con
5.700 hectáreas de las 80.000 proyectadas, impulsando así la transformación
socio económica de toda la zona. - LU 15 RADIO VIEDMA, está allí, colaborando
y comunicando. Y asegurando la mejor atención para que LU 15 alcance en la mejor.

LU 15 Radio Viedma
Potencia joven a su servicio.

Anuncio publicitario de LU15 Radio Viedma, la cual alcanza a oírse en la zona de influencia de Viedma, que aparece entonces en plena transformación socioeconómica, *Panorama*, n° 154, 1970.

no del general Lanusse presionó a los licenciarios por medios jurídicos. La presión respondió al desacuerdo entre el gobierno y los canales sobre los contenidos que éstos producían. Las elecciones de 1973 y el regreso de Perón trajeron cambios a las políticas de comunicaciones colectivas. Nuevamente se intentó organizar un sistema de comunicaciones centrado en el control del Estado sobre la radio y sobre la televisión.

LA RADIO

La aparición de los canales de televisión produjo desde el comienzo de la década del sesenta cambios profundos en la organización de las radios. En primer lugar, se generaron empresas productoras de programas de radio.

Estaban conectadas con las agencias de publicidad y trataban de ser homólogas de las grandes productoras de televisión que proveían de materiales y contenidos a los canales (Proartel, Telerama, Telecenter). En segundo lugar, la radio tuvo que abandonar los programas en vivo. Se especializó en música grabada y en información periodística rápida. Esto permitió a la radio vincularse con el público joven. Tercero, los productores y los directivos de las radios percibieron que la inversión publicitaria se trasladaba hacia la televisión.

Todo esto generó, entre 1960 y 1965, una nueva reorganización de las emisoras: redujeron espacios físicos porque no se necesitaba la presencia de público "en vivo", desaparecieron los radioteatros (en su mayoría) y comenzaron los avisos grabados (que antes estaban prohibidos por la presión de la Sociedad Argentina de Locutores). En síntesis, los años sesenta fueron para la radio argentina un período de crisis, pero que sirvió para buscar nuevas formas de trabajar con la presencia de una televisión muy competitiva, tanto en la dimensión artística como en la comercial.

LA TRANSICIÓN AL SISTEMA DE RADIO Y TELEVISIÓN ESTATAL (1973-1975)

El tercer gobierno peronista puede ser definido como otro período de transición. Este gobierno conflictivo y contradictorio colocó las bases para que los militares estatizaran el sistema de radio y de televisión desde 1976 hasta 1983. Como un efecto no necesariamente intencional del tercer gobierno de Perón, se inició una política que luego continuaron los militares del Proceso de Reorganización Nacional.

En 1973, el presidente Lanusse declaró caducas las licencias de los canales de la Capital Federal, Mar del Plata y Mendoza de acuerdo con las fechas de concesión y no con las del comienzo de explotación. Esto continuó en debate durante el peronismo, ya que no se alcanzaba un acuerdo acerca del período que se debía considerar para anular las licencias: si era el año de adjudicación o el del comienzo de la explotación. En ese año, con el regreso de Perón al país, se cristalizaron y se manifestaron pautas de comportamiento que estaban tácitas en el ambiente cultural y social desde fines de los años sesenta. Los años del gobierno de Onganía habían producido una desconexión profunda entre las expresiones estéticas de la vanguardia y las que se realizaban en los medios de comunicación de masas, sobre todo en la televisión, por ser el medio más espectacular y más nuevo. En 1974, el sistema de radio y de televisión en la Argentina experimentó uno de los cambios más profundos en su organización política y económica desde 1955. Los propietarios de las productoras y los licenciatarios de las ondas de transmisión (que en la realidad no eran personas diferentes) fueron expropiados de sus bienes. En primer lugar, el gobierno de Perón declaró a la televisión de "interés público". Esto fue el resultado del debate dentro del peronismo entre diferentes grupos: la Juventud Peronista, Montoneros, la Alianza Nacionalista, el grupo liderado por López Rega, los gremios relacionados con el espectáculo, etc. Todos coincidieron en definir a la radio y a la televisión como medios de "interés público". Sin embargo, esta definición era contradictoria con la propiedad privada y con la explotación comercial de los medios, y dicha contradicción se manifestó poco después.

Durante 1974, el gobierno intervino los tres canales privados. Los interventores realizaron un control administrativo sobre las empresas, pero poco a poco también comenzaron a influir sobre la programación artística y, sobre todo, condicionaron la producción de noticias. Junto con esto, los sindicatos y otras fuerzas políticas del movimiento justicialista coincidieron en que los canales de televisión en manos de empresarios privados sólo perseguían el lucro y ningún objetivo cultural o ideológico legítimo. Por eso se retiraron las licencias que tenían los licenciatarios privados para explotar las cadenas de televisión y quedaron bajo el control del Estado nacional. En ese momento, esos canales privados recibían más del 50% de la publicidad total para la televisión argentina y producían más del 80% de los programas locales. Inmediatamente, el gobierno terminó lo que antes había comenzado: no sólo anuló las licencias de las ondas, también expropió las productoras que proveían de programación a cada uno de los canales. En 1975, se expropió el activo físico de los ex permisionarios de los canales 9, 11 y 13 de Buenos Aires, canal 7 de Mendoza y canal 8 de Mar del Plata (ley 20.966). Esto terminó con la estrategia de los empresarios de la televisión de separar en dos negocios diferentes las funciones de producción de programas de las funciones de transmisión.

El gobierno peronista, influido y presionado por once sindicatos distintos vinculados con la televisión (actores, autores, escenógrafos, iluminadores, músicos, periodistas, compositores, escritores, de las telecomunicaciones) no sólo anuló las ondas sino que expropió los bienes de las productoras. Y llegó al extremo de expropiar a la productora Panamericana Televisión de los peruanos Delgado Parker que, desde Buenos Aires, producía programación para otros países

de América Latina, aunque no era licenciataria de emisora alguna. El intervencionismo y el manejo centralizado de las comunicaciones de masas estaban mucho más arraigados en ciertos sectores de la sociedad de lo que se puede observar si se analizan las leyes. Dependía de una visión del mundo sumada a intereses sectoriales. En un contexto de lucha ideológica, los medios de comunicación y su control se consideraban instrumentos de esa lucha. Varios grupos presionaron para que el gobierno tomara decisiones en relación con la reorganización de la televisión y de la radio: empresarios interesados en el negocio, políticos que estaban lejos de olvidar el control ideológico, el público con distintas visiones de los excesos de los medios, los sindicatos y las fracciones políticas. Todos pretendían influir en la definición del sistema de radio y televisión. En marzo de 1976, las Fuerzas Armadas profundizaron esta tendencia intervencionista y estatista sobre los medios.

LA RADIO

Durante los años sesenta, la radio encontró nuevas oportunidades. La competencia de la televisión durante los años sesenta había ocasionado varios cambios profundos en su organización comercial y artística. Pero para 1973, la gente de la radio había comprendido cuáles eran las claves para competir con la televisión.

De esta manera, la radio ofreció servicios durante todo el día (mientras que la televisión funcionaba con una estructura muy poco dinámica), se convirtió en un medio de información periodística (mientras que la televisión era usada por la audiencia como un medio de entretenimiento y de ficción), gracias a la radio portátil y a la radio en el automóvil, sus tiempos no se diferenciaron de los de la vida coti-

EVOLUCIÓN DE LA TELEVISIÓN POR CABLE

Año	Canales
1970	29
1978	41
1983	64

Fuente: Amorín (1997)

diana: acompañaba en el trabajo, en el ocio o en el tiempo libre. Tanto fue así que, gracias al programa "Generación Espontánea" (al aire desde 1966, conducido por Santo Biasatti, Enrique Walker y José de Zer) se valorizó el horario de la madrugada. El programa se hacía durante cuatro horas de la madrugada y consistía en una charla con los invitados.

Esta nueva manera de hacer radio fue interrumpida por las intervenciones del gobierno peronista. Por ejemplo, todas las emisoras del territorio argentino fueron obligadas a transmitir música sacra por la muerte del general Perón. Poco después fue obligatorio para las radios del Estado la transmisión de no menos del 75% de música nacional (música internacional de autores y de compositores argentinos, folklore y música ciudadana). Fue el regreso a una época que parecía superada.

LA RADIO Y LA TELEVISIÓN DURANTE EL GOBIERNO MILITAR (1976-1983)

La actuación de los militares en el gobierno nacional, independientemente de sus intenciones, continuó y profundizó las políticas de comunicación del último gobierno peronista. La intervención del Estado sobre la radio y sobre la televisión fue, en esa época, completa y sistemática. Sin embargo, el tipo de control sobre la prensa escrita fue diferente. Se instrumentó por medio de una autocensura y

por las presiones informales de funcionarios del gobierno militar sobre periodistas o reporteros. En cambio, la relación entre el gobierno militar y los medios electrónicos fue mucho más cercana y directa: la radio y la televisión continuaron dentro del Estado, tal como estaban desde 1974. Se sancionaron las prórrogas para continuar con las intervenciones dispuestas por el gobierno del general Lanusse y por el gobierno peronista. Así, la gestión administrativa y cultural de la televisión y de la radio quedaron controladas por la burocracia militar. Pero tal forma de proceder no era sólo una característica de un gobierno de militares. La prueba está en que hasta finales de los años ochenta, el sistema de radio y televisión no fue sustancialmente modificado. Los gobiernos que se sucedieron estaban influidos por un mismo discurso de control directo de los medios electrónicos, más allá de sus diferencias ideológicas. El control administrativo y artístico de los canales quedó en manos de las tres Fuerzas Armadas. El Ejército controlaba los canales 7 y 9; la Armada, el canal 13 y la Aeronáutica, el canal 11. El esquema de organización de los canales se realizaba por medio de un control directo sobre los contenidos y de una financiación privada con la venta de tiempo para publicidad comercial.

Los controles sobre los contenidos de la televisión se realizaron sistemáticamente desde el comienzo del gobierno, lo que produjo el alejamiento de los principales directores y actores

que habían marcado los momentos de gloria de la televisión argentina. Entonces, la producción nacional fue suplantada por series y películas, sobre todo extranjeras, sin un contenido contrario a la ideología del gobierno militar.

Otro rasgo que caracterizó a este período, además del control estatal de los medios, fue la introducción de innovaciones tecnológicas. Entre 1976 y 1983 se realizó una transformación determinante: la aparición de la televisión cromática o en color y la introducción de la cámara de grabación de *cassettes*. Ambas transformaciones modificaron la manera de hacer televisión y también la forma de verla. Uno de los objetivos más promocionados por el gobierno militar, desde el momento en que llegó al poder, fue el de introducir la televisión cromática. En 1976, se declaró de interés nacional la transmisión en colores, para el exterior, del XI Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. Se creó la Sociedad Argentina 78 Televisora (A78TV) S.A. que se transformó, más tarde, en Argentina Televisora Color (ATC).

La crisis se acentuó con el hecho de que los canales realizaron inversiones para entrar en la televisión cromática, de acuerdo con los objetivos del gobierno nacional. Alcanzar esta meta generó un déficit imposible de revertir. La situación de la televisión se complicó: el control sobre los contenidos empeoró su calidad y diversidad, las inversiones monumentales para adquirir la nueva tecnología debilitaron la economía de los canales, y la crisis económica general bajó la inversión publicitaria. Ante la crisis del sistema, en 1980, el gobierno sancionó la ley 22.285 de radiodifusión. Esta ley reguló el sistema de comunicaciones públicas colectivas de la Argentina durante los años ochenta y noventa (con algunas modificaciones introducidas en 1989). La ley

preveía la privatización de los canales y de las emisoras de radio pero esto no ocurrió. Sólo se privatizaron algunas emisoras de radio y el Canal 9 después de 1983.

En 1982, la guerra de Malvinas motivó la realización de un "Plan de control de la información por razones de seguridad nacional". El Plan sólo hacía referencia a que la producción y la circulación de la información era responsabilidad directa de los editores. La generalidad y apertura del Plan ocasionó problemas durante la guerra: se filtraron rumores canalizados por las agencias, los diarios y los programas radiales y televisivos no estaban controlados como debían en un contexto de conflicto bélico.

LA RADIO

Las radios recibieron la censura del Proceso militar de manera directa. En octubre de 1976 se informó que las autoridades de las radios El Mundo, Mitre y Antártida habían decidido controlar la emisión de música de algunos autores y compositores. Había razones fundamentalmente ideológicas para hacerlo. La censura sobre los compositores, letras y melodías fue especialmente importante para la radio, ya que su diferencia con la televisión, además de la información periodística, consistía precisamente en los programas con temas musicales. La música también era controlada desde las empresas discográficas, que no querían tener problemas con el gobierno: circulaban listas de autores, de compositores y de canciones desaconsejados para ser emitidos.

Las necesidades económicas de las emisoras y la competencia con la televisión hicieron que las radios poco a poco borrarán sus dife-

rencias, tanto desde el punto de vista de las formas como de los contenidos. Los radios perdieron identidad: ya no podían ser reconocidas sólo con escuchar la voz de un locutor o la música de presentación. También perdió relevancia el director artístico, mientras que la adquirió el gerente comercial. La competencia por el mercado y los límites de la censura dieron como resultado una programación uniforme en todas las emisoras: programas grabados, cortina, texto imaginativo y música.

Con la guerra de Malvinas, además de la censura de información y de la prohibición de la música en inglés, entró el rock nacional en las radios. Hasta ese momento no se lo aceptaba por el riesgo de sus letras de protesta. Desde 1983, los locutores y los periodistas trataron de modificar la relación con el oyente. Se abandonó la relación distante y formal, para intentar un vínculo cercano y emocional.

Desde el punto de vista de su organización, en 1983, y como resultado de las elecciones

del mes de octubre, las radios del Estado comenzaban a ser licitadas por el gobierno militar. Las radios El Mundo, Argentina y Antártida se transformaron en emisoras de tipo comercial y privadas, aunque todas quedaron en manos de grupos económicos relacionados con el gobierno.

En definitiva, la etapa estatal de la radio y de la televisión comenzó en el momento de transición del último gobierno peronista y continuó toda la década de los años ochenta. En esta etapa se alcanzó la tecnología color; se controló ideológicamente los contenidos y a las personas que trabajaban en la industria (productores, artistas, autores, periodistas, locutores); se debilitó la economía de los canales en tanto debieron invertir sin libertad para competir con creatividad; a los empresarios del sector se los apartó de las decisiones centrales y se los subordinó a un papel pasivo, y, algo central para la comunicación, el público fue percibiendo las deficiencias del sistema y desilusionándose de él en forma paulatina.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía sobre radio y televisión en la Argentina no es muy extensa. Tampoco, a raíz de esto, ha alcanzado diferentes líneas historiográficas de pensamiento acerca de la problemática. La mayor parte de los textos encontrados sobre el tema provienen de la actividad periodística o de los propios protagonistas que narran sus experiencias, con mayor o menor objetividad.

Se puede encontrar una cronología detallada de los avances tecnológicos en relación con acontecimientos políticos y económicos en un estudio realizado por la FUNDACIÓN

STANDARD ELECTRIC ARGENTINA, *Historia de las comunicaciones argentinas*, Buenos Aires, 1979. En el estudio de Horacio Reggini sobre la historia de las comunicaciones en la Argentina se puede encontrar un complemento a este capítulo. Otro trabajo importante para la historia económico-política de los medios de comunicación argentinos es el de OCTAVIO GENTINO, *Las industrias culturales en la Argentina. Dimensión económica y políticas públicas*, Buenos Aires, 1995. Abarca desde 1981 hasta 1992.

Un estudio editado por LLUIS BLASSETS, *De las ondas rojas a las radios libres. Textos para la*

historia de la radio, Barcelona, 1981, aunque dedicado fundamentalmente a la historia de la radio en Europa, expone el contexto histórico mundial y el de América Latina, así, permite explicar los sucesos de la radio en la Argentina. Para la historia de la radio en la región, véase en dicha obra el artículo de RAÚL ARNAULDI, "Notas sobre la historia de la radiodifusión en Latinoamérica", págs. 131-152.

Para comprender los comienzos de la radio en la Argentina, además de esas obras generales, véase el libro de CARLOS ULANOVSKY, MARTA MERKIN, JUAN JOSÉ PANNO y GABRIELA TIJMAN, *Días de radio. Historia de la radio argentina*, Buenos Aires, 1996. Este trabajo permite entender tres variables diferentes: los contenidos y las estructuras formales de los programas, el origen y las características sociales y culturales de los organizadores y productores, pero también de locutores, actores y periodistas. El estudio es exhaustivo, se sustenta en entrevistas con los participantes, en el análisis de material radiofónico y de artículos periodísticos y comienza en 1920, con las primeras emisiones del medio, hasta los años noventa. Otro trabajo sobre la radio argentina es el de MARÍA LUISA LA CROIX y MARÍA ROSA RUSOVICH, *Historia de la radio en Argentina*, Buenos Aires, 1984. Es importante el estudio clásico de JORGE NOGUER, *Radiodifusión en Argentina*, Buenos Aires, 1985, ya que trata del desarrollo del sistema de radiodifusión sobre la base de su legislación, analiza el comportamiento de los diferentes gobiernos y se apoya en la normativa jurídica, desde los inicios de la del sistema de radiodifusión hasta llegar a los años ochenta. No es un libro "sobre radios", sus contenidos y las personas que en ella han actuado, sino sobre la estructura del sistema de radiodifusión. Un trabajo que sintetiza

muy bien los comienzos y el desarrollo de la radiofonía es el de DIEGO ACOSTA, "La radio: de los pañales a los pantalones largos", *Todo es Historia*, n° 258, Buenos Aires, diciembre de 1988, págs. 58-79, que cubre hasta 1983. Para ello se concentra en aquellos aspectos que proveen de identidad a cada una de las décadas de la radio.

Algunos trabajos complementarios a esos textos generales sobre la radio y la radiodifusión son los citados a continuación. Del libro de ALICIA GALLOTTI, *La risa de la radio*, Buenos Aires, 1975, se obtiene un análisis del género de humor. Gallotti analiza la evolución histórica del género, sus orígenes, su esplendor y su decadencia en el medio. El trabajo de SERGIO PUJOL, *Valentino en Buenos Aires. Los años veinte y el espectáculo*, Buenos Aires, 1994, hace hincapié en la cultura que se desarrolló en esta década en la ciudad. Aunque el libro tiene un solo capítulo específico sobre la radio (capítulo 7, "El espectáculo en casa"), en toda la obra se encuentran referencias directas e indirectas al medio y a su función de reproductor de la cultura nacional y de la cultura de masas de esa época.

Sobre la televisión existen algunos trabajos que siguen las pautas antes definidas. CARLOS ULANOVSKY, SILVIA ITKIN y PABLO SIRVÉN, *Estamos en el aire. Una historia de la televisión en la Argentina*, Buenos Aires, 1999, es homólogo al que Ulanovsky escribió sobre la radio, pero cuenta con un cronograma detallado, año por año, de los sucesos que ocurrieron en la televisión argentina. Los sucesos analizados incluyen a las personas que aparecen en el medio —actores, periodistas, productores o directores—, a los empresarios de la televisión, a los políticos que se encargan de regularla o de liberalizarla y a los publicitarios que fueron importantes en cada momento. El estudio

analiza y expone los acontecimientos de la televisión desde 1951 hasta 1999. Es uno de los mejores intentos de explicar el funcionamiento de la televisión argentina; y lo logran porque los autores tienen experiencia en la temática. PABLO SIRVÉN, por ejemplo, ha trabajado sobre la radiodifusión argentina en trabajos anteriores. En *Quién te ha visto y quién TV*, Buenos Aires, 1988, trata sobre los años de la televisión privada, del Proceso de Reorganización Militar y del gobierno radical de Raúl Alfonsín. El trabajo analiza el comportamiento de los implicados y las relaciones entre la política y la televisión. También es un aporte para comprender el desarrollo y la evolución de los canales. Otro trabajo importante de SIRVÉN es *El rey de la TV. Goar Mestre y la historia de la televisión*, Buenos Aires, 1996, una biografía sobre Goar Mestre. Pero no sólo es una historia de la vida personal del empresario cubano, sino que se refiere al ambiente político, los personajes influyentes y la mentalidad de los principales momentos de la televisión. Tiene percepciones del empresario y de su entorno inmediato que permiten comprender cómo piensa y actúa un hombre de negocios de los medios de comunicación. Un trabajo que no se puede olvidar del mismo SIRVÉN es *Perón y los medios de comunicación*, Buenos Aires, 1984, en el que expone con detalle las políticas de comunicación de los gobiernos peronistas. También se debe mencionar el trabajo de CARLOS ULANOVSKY, *1951-1976. Televisión argentina 25 años después*, Buenos Aires, 1976, si bien no agrega a lo que más tarde el mismo autor dirá en su obra colectiva ya citada. Dos años antes, ULANOVSKY había publicado un trabajo junto con SYLVINA WALGER, *TV Guía negra. Una época de la televisión en la Argentina de otra época*, Buenos

Aires, 1974. Son ideas y análisis críticos sobre las personas y los contenidos de la televisión, pero sin sistematización.

Los trabajos de RICARDO HORVARTH cobran importancia, ya que aportan una visión muy realista del problema de la radio y de la televisión en la Argentina. En *La trama secreta de la radiodifusión argentina. Los dueños de la información electrónica y el largo brazo de su poder*, Buenos Aires, 1986, el autor expone la relación compleja entre los intereses de los grupos de poder en la Argentina y la manera en que ese poder se desarrolló y aplicó en forma de leyes, decretos y resoluciones. Para comprender cuáles fueron los hitos y los obstáculos de la televisión cuando todavía era un medio experimental en el país, el artículo de HORVARTH, "La TV en Argentina: de la historia a la historieta", *Todo es Historia*, n° 258, Buenos Aires, diciembre de 1988, págs. 6-24, es detallado y analítico. En el mismo número de *Todo es Historia*, SERAFÍN GUILLANI escribe "La TV Argentina: marchas y contramarchas", págs. 30-54. En él se puede encontrar una clara exposición de la historia de la economía política de la televisión argentina, sin dejar de lado la participación de los protagonistas, ya que el autor fue uno de ellos. Dentro del mismo tema, aunque con una línea ideológica diferente, el estudio de MARGARITA GRAZIANO, "Los dueños de la televisión argentina", *Comunicación y Cultura*, n° 3, Buenos Aires, 1974, págs. 175-212, expone las condiciones económicas del medio en los años sesenta y setenta. Otro estudio introductorio pero relevante para el contexto argentino es el de MARÍA EVA AMORÍN, *Las canaleras de la televisión. Historia de la TV por cable en la Argentina*, Buenos Aires, 1997. Amorín presenta la historia de la televisión por cable en la Argentina y muestra cómo fue estructurándose desde los años sesenta.

La relación entre la política y los medios de comunicación está bien sintetizada en el trabajo editado por ELIZABETH FOX, *Medios de comunicación y política en América Latina. La lucha por la democracia*, Barcelona, 1989. Además de los estudios de HERIBERTO MURARO, "Dictadura y transición democrática: Argentina, 1973-1986"; OSCAR LANDI, "Medios de comunicación, procesos culturales y sistemas políticos"; y de la misma ELIZABETH FOX, "Nacionalismo, censura y control transnacional", dedicados a la Argentina, la compilación reúne panoramas y análisis de otros países de América Latina. La obra tiene como objetivo sintetizar la relación entre los cambios políticos y los procesos de comunicación. Una versión ampliada del trabajo editado por Fox, con más datos sobre el problema de las políticas de comunicación en la Argentina y en América Latina, se encuentra en la obra compilada por OSCAR LANDI, *Medios, transformación cultural y política*, Buenos Aires, 1987, que conecta los problemas de la comunicación pública de la Argentina, dentro de los cuales se analizan la radio y la televisión, con

las discusiones y directivas internacionales producidas en torno a las Naciones Unidas y a la UNESCO. El trabajo se esfuerza por mostrar la distancia que existe entre las políticas argentinas que regulan el sistema de comunicación público colectivo y las conclusiones de los organismos internacionales sobre dicha problemática. Entre los textos del libro, desde una dimensión histórica se destacan los trabajos de HERIBERTO MURARO, "La comunicación masiva durante la dictadura militar y la transición democrática en la Argentina, 1973-1986", págs. 13-57; OSCAR LANDI, "Medios, procesos culturales y sistema político", págs. 89-133, y ANIBAL FORD, "Aproximaciones al tema de federalismo y comunicación", págs. 59-87. Este último expone las condiciones estructurales de los medios de comunicación en la Argentina y las consecuencias que tienen sobre las relaciones entre la centralidad de la Capital Federal y el interior del país. Ford, además de mostrar con datos cómo se organiza esta estructura de comunicación pública, arriesga consideraciones valorativas acerca del problema.

VIII. LA EDUCACIÓN

50. LA ENSEÑANZA PRIMARIA

María Cristina Vera de Flachs

LA EDUCACIÓN PRIMARIA HACIA EL CENTENARIO

Desde comienzos del siglo XX, el Estado se preocupó —en algunas épocas más que en otras— por luchar contra el analfabetismo e impulsar la instrucción primaria. Uno de los primeros en presentar un plan donde se intentaba modificar aspectos importantes de la educación pública fue Joaquín V. González cuando se desempeñaba como ministro de Justicia e Instrucción Pública de Julio A. Roca. En 1904 presentó su propuesta, en la cual destacaba la intención de educar a las masas, compuestas de criollos y extranjeros, con el fin de que encontraran su papel en un gobierno republicano y democrático. Es decir, su proyecto contemplaba proporcionar educación a los inmigrantes, a los cuales no se pretendía obligar a nacionalizarse ni a desprender de los vínculos con su familia o patria originaria. En un país con fuerte presencia de extranjeros y donde desde hacía tiempo se debatía, desde distintas vertientes, la vinculación de éstos con la realidad nacional, era importante que un proyecto educativo tendiese a su inserción. Sin embargo, sus intenciones no tuvieron efecto inmediato y el tema preocupó a otros dirigentes en los años sucesivos.

Mejor suerte tuvo el senador Manuel Láinez, quien elaboró otro proyecto, sancionado en 1905 como ley 4874, que fue puesto en práctica a partir de febrero del año siguiente, cuando se firmó el decreto reglamentario. Su objetivo principal era establecer escuelas elementales, infantiles, mixtas y rurales dependientes del Consejo Nacional de Educación en pequeñas poblaciones alejadas de los centros de cultura a solicitud de las provincias y en las cuales se daría un *mínimum* de enseñanza, de acuerdo a lo establecido por la ley 1420. La Nación subsanaba así las carencias educativas de las provincias más pobres.

A partir de entonces, las escuelas denominadas Láinez se instalaron en todo el país, posibilitando, en un corto lapso, el incremento de los alumnos inscriptos. Sin embargo, con el paso del tiempo, lo dispuesto por la mencionada ley se desvirtuó. Las escuelas se establecieron en sitios donde ya funcionaban otras provinciales o en lugares donde no las necesitaban, provocando múltiples inconvenientes por la preferencia de los alumnos que se traspasaban de las fiscales o por la deserción de los docentes atraídos por mejores salarios, regularidad en los pagos y mayor estabilidad, en tanto estaban menos expuestos a los vaivenes políticos. Es decir, la acción simultánea y con-

corriente por parte de la Nación y de las provincias para difundir los beneficios de la educación sobre la mayoría de la población fue, a veces, contraproducente por cuanto produjo una fuerte competencia entre los establecimientos nacionales y provinciales, llegando en casos extremos a la clausura de estos últimos.

Por otro lado, la carencia de maestros diplomados y de equipos, los bajos salarios docentes, el incremento demográfico, fruto del proceso inmigratorio y el consiguiente fenómeno de expansión urbana a que ésta condujo, marcaron la dirección hacia donde el Estado debía expandir su política educativa. Entre enero de 1908 y marzo de 1913, José Ramos Mejía, al frente de la presidencia del Consejo de Educación, encaró una serie de reformas con el fin de luchar contra el analfabetismo y producir cambios en el sistema, tendientes a incrementar el sentimiento nacional, sobre todo en los niños provenientes de familias de inmigrantes. El plan consistía en incluir alusiones patrióticas en todas las materias y en la veneración de los símbolos patrios. A la vez, se intensificaron los controles sobre el cumplimiento de la obligatoriedad escolar y ello se llevó a cabo por medio de una campaña pública con carteles y avisos donde se leía "Ningún niño debe faltar a la escuela" o "La escuela es el fin primordial de todos". Por ellos se informaba a los padres de los niños que desertaban de la escuela que eran pasibles de penas por incumplimiento de la ley, que consistían en multas que iban de 5 a 100 pesos.

Asimismo, se dictó un reglamento bastante rígido para el funcionamiento de las escuelas privadas bajo la jurisdicción del Consejo Nacional de Educación, que especificó, entre otras pautas, la obligatoriedad de los maestros de poseer título habilitante e impartir ense-

ñanza patriótica, ser ciudadano argentino para dictar historia, geografía e instrucción cívica y presentar con anticipación horarios y textos que serían usados. A partir de entonces, las inspecciones se hicieron frecuentes y toda escuela que no cumplía con los requisitos era cerrada. Poco después, Ramos Mejía presentó otro proyecto que modificaría la ley de subvenciones nacionales. El objeto era otorgar mayor poder al Consejo para distribuir los subsidios y, a la vez, ejercer la supervisión de las políticas educativas de las provincias.

El cuadro 1 permite cuantificar el desarrollo del sistema escolar hacia la época del Centenario. En él se observa, por un lado, el incremento sostenido de escuelas, docentes y alumnos inscriptos a partir de 1906, cuando entró en vigencia la Ley Láinez y, por otro, la importancia en el sistema de las escuelas particulares, de carácter confesional o dependientes de las comunidades de inmigrantes, las cuales se extendieron particularmente por la Capital Federal, provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, Mendoza y Tucumán. No obstante, posiblemente por las medidas antes señaladas, su número disminuyó en el período, mientras se incrementaban las escuelas dependientes del Estado.

Las cifras correspondientes al año 1914 difieren levemente de las expresadas por el Tercer Censo Nacional de Población (total de escuelas, 7.881; alumnos matriculados, 878.537 y personal docente, 26.419). De todos modos, lo interesante es que los guarismos precedentes demuestran los éxitos que iba consiguiendo la educación primaria respecto del período anterior en el nivel de escolaridad general.

En los primeros años del siglo XX, las concepciones laicistas fueron difundidas por los teóricos del "libre pensamiento" a través

CUADRO 1
DESARROLLO DEL SISTEMA ESCOLAR PRIMARIO
1906-1915

Años	Total de escuelas estatales	Total de escuelas particulares	Total de docentes	Total de alumnos inscriptos
1906	4.164	1.465	15.826	564.211
1907	4.434	1.459	17.233	597.203
1908	4.478	1.478	18.003	618.227
1909	4.957	1.638	20.119	678.889
1910	5.401	1.437	21.498	724.107
1911	5.704	1.397	23.198	762.148
1912	5.768	1.354	24.434	783.690
1913	5.944	1.295	25.532	842.935
1914	6.228	1.347	26.689	863.290
1915	6.274	1.321	26.874	909.979

Fuente: *Historia de la instrucción primaria en la República Argentina (1810-1910)*. Atlas escolar proyectado por el Dr. José M. Ramos Mejía. *El Monitor de la Educación Común*.

de la escuela normal y desde las páginas de *El Monitor de la Educación Común*, órgano oficial del Consejo Nacional de Educación desde 1881. Por tal razón, los católicos que se sentían sobrepasados por las fuerzas del liberalismo, sostenían que desde la primera surgió una pedagogía materialista capaz de imponerse a los derechos de los padres y aun al mismo derecho constitucional de enseñar y aprender. Sin embargo, para este sector, el problema no se agotaba en la escuela normal; pensaban que el país estaba amenazado por dos males: el socialismo, con su doctrina de la supremacía del cuerpo social frente al individuo y, el anarquismo, que preconizaba el caos social. Estas tendencias, tantas veces denunciadas, para los católicos minaban el sentimiento patriótico y alejaban a la escuela de sus auténticas fuentes culturales. Por lo tanto, consideraban un deber luchar contra ellas, habida cuenta de que pretendían desarraigar los fundamentos cristianos de la Nación para colocarla en un internacionalismo

que no era nada más que otra forma de dependencia.

En 1907 se realizó la Segunda Asamblea de los Católicos Argentinos, donde se llamó a la unidad de los católicos, teniendo en cuenta que los documentos de León XIII así lo pedían y se señaló la responsabilidad de quienes ejercían el poder. Para la Asamblea, las escuelas normales se habían convertido en elementos disgregadores por los contenidos positivistas de sus planes de estudio. Estas ideas fueron retomadas en el Congreso Pedagógico Católico Argentino, reunido en 1910 con motivo del Centenario; acontecimiento que tuvo gran repercusión y que, a la vez, hizo pensar que era tiempo de reflexionar y hacer un balance sobre el siglo transcurrido, iniciando la búsqueda de un espíritu nacional que parecía se encontraba en la revalorización de lo propio. Por ello no debe extrañar que esta conmemoración tuviese trascendencia para la educación, lo cual se tradujo en innumerables artículos y en una modificación de las pautas de acción

en las escuelas. Entre otras cosas, el Estado nacional consagró la semana del 22 al 29 de mayo para celebrar la fecha patria, se instauró el izado y arriado de la bandera en el inicio y final de la jornada escolar, se intensificó el estudio de lo que se festejaba y se incluyó la jura de la bandera por parte del alumnado.

A pesar de lo realizado desde la sanción de la ley 1420 en favor de la educación primaria, las tasas de analfabetismo todavía eran altas en todo el país, lo que demostraba que la Argentina en la primera década del siglo XX estaba distante del lugar que ocupaban los países más adelantados y más lejos aún de los sueños sarmientinos.

INTENTOS LAICISTAS PARA MODERNIZAR EL SISTEMA EDUCATIVO NACIONAL

La conclusión de la Primera Guerra Mundial supuso importantes modificaciones en todos los órdenes, incluida la educación. Los conceptos plasmados a fines del siglo XIX se aplicaron primero en los países más adelantados, los cuales experimentaron cambios en diversos campos, que culminaron en ensayos educativos renovadores y en una reacción contra los sistemas vigentes hasta la fecha. La pedagogía pasó a ser una ciencia social y los estudios sobre la personalidad del niño, desde ese punto de vista, llevaron al convencimiento de que la escuela no llenaba su finalidad social y que aquél era sometido a métodos que nada tenían que ver con su realidad. Así fue como nuevas teorías se expandieron y, como era de esperar, llegaron a la Argentina, aunque en un principio fueron tomadas con algún recelo. La de John Dewey —que se conoció aquí como *Escuela Nueva*— fue aceptada, aunque

implantarla llevó tiempo y adaptación mental, habida cuenta de que con ella se revolucionaban las técnicas educativas como oposición a la escuela tradicional, que mantenía un rígido sistema verticalista y de aprestamiento del educando.

La *Escuela Nueva* era, en lo pedagógico, una reacción al positivismo. Respondía a una visión paidocentrista de la enseñanza y retiraba el centro de la acción de las manos del docente y del sistema, para que fuese el alumno, específico consumidor de la enseñanza, quien tuviera mayor protagonismo y libertad. Los métodos basados en la experiencia, la observación y la percepción directa fueron utilizados por las nuevas teorías educativas. Entre los defensores de esta corriente se cuentan José Rezzano y su esposa, Clotilde Guillén. El primero promovió la nueva concepción desde la revista pedagógica *La Obra*, adherida a la Liga Internacional de la Nueva Educación, y la segunda, desde la dirección de la Escuela Normal N° 5 de la Capital Federal. No estuvieron solos en la batalla. Juan P. Ramos, Juan E. Cassani, Juan Mantovani y Rosario Vera Peñaloza, entre otros, adhirieron a ese movimiento renovador que reconocía en el pedagogo italiano Ernesto Codignola una de las voces más eruditas del antipositivismo. Este grupo se propuso además dar al magisterio una mejor formación pedagógica, que consistió en la reforma de los programas de pedagogía y didáctica de acuerdo a esas nuevas direcciones de pensamiento.

En la segunda década del siglo, el propio liberalismo comenzó a manifestar los primeros síntomas de crisis que afectaría no sólo a los principios laicistas sino al sistema educativo en general, el cual reconocía falencias en su estructura y contenidos. Dos fuerzas, el so-



Rosario Vera Peñaloza, una de las pedagogas más destacadas de la primera mitad del siglo XX.

cialismo y el nacionalismo, se interesaron también por proponer reformas con el fin de reaccionar contra el cientificismo y el enciclopedismo, propios de la pedagogía positivista.

Uno de los proyectos presentados pertenecía al entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, Carlos Saavedra Lamas, quien en 1916 propuso una reforma integral de la educación. Para la instrucción primaria, contemplaba la enseñanza elemental, obligatoria y gratuita en un ciclo que concluía después de cuatro años, incorporando los tres años subsiguientes en otro ciclo que denominó escuela intermedia, con el fin de favorecer una enseñanza capaz de satisfacer las necesidades de la organización social y educativa argentina. Con esta escuela intermedia no só-

lo se completaba la educación primaria sino que se proporcionaba a los alumnos que no podían continuar sus estudios conocimientos que los capacitaran para el trabajo. El plan abarcaba dos partes: una teórica, consistente en una enseñanza sencilla y de uso inmediato, y una segunda, destinada a proporcionar habilidad manual y a favorecer la elección de una carrera profesional. La reforma pretendía operar un cambio profundo de la educación, pero careció de sanción legislativa, por lo cual fue puesta en vigencia sólo durante el año de su presentación.

Otro intento de modernizar la enseñanza primaria que tampoco se aprobó fue el proyecto de Ley Orgánica de Instrucción Pública presentado al Congreso Nacional en 1918 por Hipólito Yrigoyen y su ministro José S. Salinas. Proponía una enseñanza primaria más nacional y práctica, dejando al margen la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales y poniendo el acento en la superación del analfabetismo. La enseñanza secundaria debía ser civilizadora, educativa y de cultura general. Es fácil darse cuenta de que el problema educativo seguía girando en dos ejes principales: una enseñanza capaz de "argentinar" a los extranjeros y, en segundo lugar, definir el papel que ocupaba la religión en las escuelas.

Por su parte, en julio de 1918, Enrique Dickmann, Juan B. Justo, Antonio De Tomaso, Mario Bravo y Nicolás Repetto elevaron a la Cámara de Diputados otro proyecto de ley que, profundizando el laicismo en la enseñanza, propiciaba derogar el artículo 8 de la ley 1420, que señalaba que la enseñanza religiosa sólo podría ser dada en las escuelas públicas por los ministros autorizados de los diferentes cultos a los niños de su respectiva comunidad, antes o después de las horas de clases. Este

proyecto de imponer una radicalización del laicismo en la enseñanza nacional no prosperó en el Congreso.

Los sucesivos fracasos por imponer los principios y proyecciones laicistas en la escuela primaria coincidieron con la toma de conciencia de los católicos de su misión en el mundo que emergía. Este sector, que desde hacía tiempo se había definido como una generación dispuesta a vivir integralmente su fe, atacó al laicismo liberal y al socialismo, afirmando lo nacional y proclamando la continuidad histórica con una conciliación con España, la fe y la catolicidad, pensamiento que llevaba a una síntesis mayor: Hispanoamérica. En materia política, este grupo propiciaba la vuelta a un gobierno fuerte y restaurador del orden por lo cual algunos de sus miembros defendieron los movimientos nacionalistas de Europa y América Latina, convencidos de haber encontrado en ellos soluciones positivas contra el avance del comunismo y, además, porque pensaban que la escuela debía ser popular, gratuita, moral y católica.

A partir de 1920, las nuevas corrientes filosóficas europeas brindaron argumentos para una crítica sistemática a la orientación positivista y al cientificismo. Un representante de esta corriente fue Juan B. Terán, quien años después lanzó su propuesta educativa en *Espiritualizar nuestra escuela, la instrucción primaria argentina en 1931*, efectuando una crítica al positivismo imperante.

En síntesis, esta etapa se caracteriza por el incremento de escuelas, docentes y alumnos inscriptos en todo el país, por la decadencia ideológica del positivismo, por el fracaso del laicismo y por los intentos de la pedagogía marxista-leninista por imponer sus principios en la educación.

LA EDUCACIÓN EN LA DÉCADA DEL TREINTA

Los pensadores de la década del treinta encontraron su sustento en las ideologías colectivistas de un mundo intranquilo. Para ellos, el orden, el control y la reafirmación de la orientación nacionalista de la enseñanza, unidos a la pretensión de moralizar el sistema, se constituyeron en los instrumentos principales para organizar la escuela primaria. Teniendo en cuenta esas premisas, el gobierno nacido de la revolución de 1930 intentó reorganizar el sistema escolar.

La idea central de los gobiernos fuertes se asentaba en el convencimiento de que el Estado tenía el deber y el derecho de encaminar y dirigir la educación del pueblo, la cual debía orientarse hacia lo nacional dentro de un sistema unificador. No sorprende entonces que el presidente del Consejo Nacional de Educación, en la memoria de 1931, destacara que las escuelas de adultos y las denominadas del *Nuevo Tipo*, difundidas sin plan y sin el consentimiento de las provincias en todo el país, debían suprimirse; a la vez, sugirió que para salvar una omisión del nacionalismo argentino, se debían elegir para las escuelas los nombres de las naciones con las cuales el país elaboró su nacionalismo y su patrimonio moral inconfundible.

Las actitudes políticas adoptadas por el gobierno asumido en 1930 coadyuvaron para incentivar una política común en otras épocas: el traslado o cesantías de los docentes que expresaban su disconformidad con las autoridades, situación que sólo se revertía cuando el docente recuperaba "el buen concepto por su trabajo escolar".

En 1932, la democracia volvió a instaurarse; sin embargo, hasta 1943 poco variaron las

tendencias y objetivos de la educación primaria. En este lapso, la Iglesia fortaleció sus estructuras. En 1936 nació la Federación de Maestros y Profesores Católicos, y en 1939, el Episcopado creó el Consejo Superior de Educación Católica y, en conjunto, las escuelas confesionales se consolidaron. Además, la década se caracterizó por la influencia del nacionalismo que llegó a tener injerencia en algunas provincias, a extremos tales como para que, en Córdoba, el Consejo de Educación autorizara a la Legión Cívica a ocupar los locales de las escuelas para impartir instrucción patriótica nacionalista, fundamentando su resolución en la afirmación de que dicha institución era apolítica y con fines de cultura cívica y patriótica. Simultáneamente, la Liga Patriótica Argentina, en su empeño por terminar con el anarquismo y "argentinizar" a los inmigrantes, reclutó a los hijos de las familias más tradicionales en todo el país. Por su parte, los pensadores católicos, para luchar contra el "peligro comunista", a partir de 1928 se reunieron en torno a una publicación periódica, *Criterio*, algunos de cuyos artículos revelaron sentimientos nacionalistas, a la vez que resaltaban las tradiciones culturales, los valores históricos y la defensa de la economía nacional.

El presidente Ortiz intentó, en 1939, plantear una reforma de la enseñanza en sus niveles primario, medio y especial. La medida no prosperó, a raíz de las duras críticas que recibió el proyecto de ley presentado, habida cuenta de que con él se rompía el federalismo educativo al obligar a las provincias a adoptar los planes, la organización administrativa y los métodos pedagógicos impuestos por el Estado nacional.

PEQUEÑOS PROYECTOS PARA GRANDES PROBLEMAS

La difícil situación socioeconómica de los años treinta llevó al Estado a ceder paso de lo formativo hacia el asistencialismo; así, luchó contra las enfermedades endémicas como la tuberculosis y se preocupó por el niño débil y desnutrido. Superar esa coyuntura era la condición indispensable para que el maestro pudiese desarrollar su labor. Es decir, los gobernantes se percataron de la necesidad de batallar contra los factores que disminuían el rendimiento en el aula y conspiraban contra el futuro de la población. En 1932, durante la presidencia del doctor Ramón J. Cárcano en el Consejo Nacional de Educación, surgieron en la Argentina los comedores escolares, los cuales sustituyeron a las antiguas cantinas; su funcionamiento fue reglamentado en 1937. En la década del cuarenta, los comedores se difundieron por todo el país. Para entonces, la comisión nacional de ayuda escolar dependiente del Consejo Nacional de Educación creó 478 comedores nuevos, con lo cual el total de los existentes ascendió a 840. En los años siguientes y cuando la crisis económica fue más intensa, ellos se incrementaron, uniendo su actividad a la "gota de leche" y la "miga de pan".

La copa de leche en las escuelas argentinas fue obra de una maestra, Albertina A. S. Pons, y de un médico pediatra higienista, Genaro Sixto. Pero, sin duda, fueron las sociedades cooperadoras, las asociaciones de padres de familia y la labor callada de cientos de docentes, las que a lo largo del siglo XX hicieron posible que el servicio que prestaban las cantinas escolares y la copa de leche se mantuvieran vigentes, en mayor medida, en los lugares donde la pobreza es más extrema, al punto

que en algunas zonas del país el 100% del alumnado del nivel primario y preprimario aún hoy recibe raciones alimenticias, a veces sin la adecuada cuota calórica. Sin embargo, en ciertos lugares, ellas han terminado convirtiéndose en imprescindibles aun durante las vacaciones.

Las asociaciones cooperadoras escolares nacieron en 1924 y desde entonces han colaborado en la medida de lo posible con el desarrollo de la escuela, supliendo la insuficiencia de los presupuestos con dedicación de tiempo y dinero. Para que ellas pudieran organizarse, el Consejo de Educación dictó conferencias y repartió profusamente folletos informativos en todo el país.

Durante la década del treinta, algunas provincias abrieron roperos escolares con el fin de suministrar ropa y calzados a los niños de hogares humildes. En los años siguientes, la tarea quedó a cargo de las autoridades gubernamentales, que acostumbran entregar a los sectores más desprotegidos, al comienzo de cada año lectivo, guardapolvos, útiles escolares y zapatillas.

Las colonias de vacaciones tuvieron arraigo en varias provincias. Por su parte, el gobierno nacional, siguiendo el modelo de la establecida en Mar del Plata en 1924, proyectó la creación de escuelas preventivas de mar, montaña y llanura. Nacieron así las de Baradero y Tandil. En 1938, Córdoba abrió su primera colonia en Alta Gracia, y para los años cuarenta, las había en otros puntos de esa jurisdicción, como Villa General Mitre, Jesús María, Santa Catalina, Pampa de Achala y San Marcos Sud. Durante el régimen peronista se incrementaron en todo el país, y era usual que contingentes de 200 o 300 niños se trasladaran a las colonias existentes en Mar del Plata, Bari-

loche o las sierras de Córdoba. En algunos casos, previamente se los vacunaba contra el tífus y la difteria y se les entregaba ropa.

Estas propuestas se complementaron con la apertura de consultorios médicos, oftalmológicos y odontológicos, con la aplicación de vacunas y con el dictado de conferencias sobre nutrición escolar y normas de higiene. La Inspección Médica Escolar, primero y desde los años cincuenta, la Dirección General de Sanidad Escolar fueron los organismos encargados de velar por la salud de los niños en edad escolar. Por tal razón, realizaban a todos los que ingresaban por primera vez a la escuela un examen médico que incluía una radiografía de tórax, vacunación obligatoria y estudios bucodentales, a la vez que enseñaban a los docentes cómo medir la estatura, peso y circunferencia del tórax de sus alumnos.

Al finalizar la primera década del siglo, un decreto del Poder Ejecutivo había prohibido a las escuelas comunes recibir niños con problemas de pronunciación, los cuales debían ser remitidos a escuelas especiales de sordomudos. A partir de entonces, en varias provincias, el Estado aprobó el establecimiento de escuelas especiales para niños débiles o desnutridos, retardados, ciegos, etcétera.

UNA NUEVA POLÍTICA EDUCACIONAL

Al comenzar la década del cuarenta, la Argentina ocupaba un lugar significativo en Latinoamérica por el número de escuelas con respecto al de su población, aunque el sistema presentaba falencias que se reflejaban en las altas cifras de deserción escolar, las cuales, en algunas regiones, poco habían variado respecto de épocas anteriores.

Sin embargo, la preocupación del gobierno que asumió después del golpe militar de 1943 no estuvo centrada en la solución de ese problema, sino en la eliminación de lo que se podría denominar escuela liberal. Desde el comienzo se planteó la necesidad de instaurar la enseñanza confesional católica en las escuelas, entendiéndose que ello era parte de la restauración de la esencia de la verdadera argentinidad, jaqueada por el proceso inmigratorio, el socialismo y la ley 1420. El 31 de diciembre de aquel año se sancionó el decreto 18.411 que, con largas fundamentaciones, dispuso que las clases de religión se impartieran en las escuelas públicas como materia ordinaria de los respectivos planes de estudio, a través de personal designado por la autoridad eclesiástica y utilizando programas que debían ser aprobados por el gobierno con el acuerdo de la Iglesia. Quedaban excluidos de ellas los educandos cuyos padres o tutores manifestasen pertenecer a otra religión. A los efectos de dirigir y organizar esa rama de la enseñanza, se creó la Dirección General de Instrucción Religiosa, dependiente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación y del Consejo Nacional de Educación y la Inspección General de Instrucción Religiosa.

La Iglesia —a través de sus máximos dirigentes— avaló la medida dispuesta por el gobierno nacional, en una hora en que la catástrofe europea contribuía a señalar hasta dónde podía llevar una concepción materialista de vida, lo que incitaba a defender los principios cristianos de la civilización. Por entonces se sostenía que entre la escuela y la Iglesia existía la misma relación que entre la razón y la fe. Como era lógico, desde diversos sectores se atacó la nueva disposición; sin embargo, los católicos la defendieron a ultranza

y ante el argumento de que exigiría una erogación elevada en el presupuesto escolar, se sostuvo que las sumas asignadas para la enseñanza religiosa y moral no eran onerosas. Las clases deberían ser dictadas por ministros del culto católico o, en su defecto, por personas debidamente facultadas por la autoridad eclesiástica. Si por razones de economía quedaban a cargo del docente del grado, éste podía ser exceptuado de cumplir con tal obligación si así lo solicitaba.

En 1949 se sancionó la ley 13.548, cuyo artículo 2º estableció que el antiguo Consejo Nacional de Educación —que era la institución que vigilaba y administraba la instrucción primaria en el orden nacional— pasara a depender directamente del Ministerio de Educación como Dirección General de Educación Primaria y así se mantuvo hasta 1956, cuando el gobierno de la Revolución Libertadora dispuso el restablecimiento del Consejo.

LA POLÍTICA EDUCATIVA PERONISTA: PLANIFICACIÓN ESTATAL Y DOCTRINA

El 23 de enero de 1946, poco antes de que Juan D. Perón fuese consagrado como presidente de la Nación, un grupo de ciudadanos de reconocida actuación en el catolicismo argentino y que adhería a la fórmula Tamborini-Mosca, en un artículo de *La Nación* titulado "Ciudadanos del catolicismo toman posición política", señaló que la educación era uno de los arduos problemas que debía enfrentar cualquiera a quien le tocara dirigir el país. Si bien el grupo coincidía con la plataforma del partido radical, se inspiraba en las ideas de Jacques Maritain y su humanismo integral; de allí que estuviera de acuerdo con la laicidad. Además, opinaba que con Perón

no era posible una educación cristiana, en tanto propagaba el nacionalismo extremo, el odio y la violencia. Evidentemente, a criterio de los firmantes, ningún hombre en la Argentina podría vivir como persona humana bajo un régimen en el cual, según lo proclamaba reiteradamente el candidato, "cada ciudadano era sólo un diente del engranaje del Estado". Sin embargo, la realidad fue otra. Constituidas en 1946 las nuevas autoridades nacionales, la política educativa se dirigió a institucionalizar definitivamente la enseñanza religiosa católica.

Entretanto, la Segunda Guerra Mundial había colocado a la Argentina como país acreedor y exportador de productos agropecuarios, a la vez que se sintió la necesidad de abastecer a la población de productos que antes se importaban, lo cual favoreció el desarrollo de la industria nacional, que sustituyó las importaciones en forma aceptable. El porvenir se presentaba próspero, y una de las claves de esa euforia económica fue el aumento del nivel de vida de los obreros. Los nuevos funcionarios creían en esa sociedad industrial dinámica y en los principios políticos nacionalistas, temas que tendrán repercusión en las políticas educativas.

En 1947, en San Juan se reunió la Conferencia Nacional de Coordinación de la Enseñanza con la intención de centralizar la educación en el país. Desde la Cámara de Diputados se rechazó el proyecto y se aprobó una declaración que señalaba la necesidad de cumplir con el mandato de la Constitución Nacional que, en su artículo 5, atribuía a las provincias el poder de legislar sobre la instrucción primaria dictando las leyes y reglamentos pertinentes. Así planteada la situación, el gobierno nacional, que tenía otros planes, decidió postergar sus aspiraciones unos meses. En efecto, poco

después, Perón planteó su preocupación por la política educativa.

La tendencia nacionalista impuesta a la educación intentaría eliminar las influencias foráneas; por tal razón, Perón manifestó la necesidad de exaltar en "la Nueva Argentina" los valores autóctonos. Una de las formas de lograr esos ideales era comenzar por conectar a los niños con el terruño y las faenas de la tierra, sin descuidar la formación religiosa, tareas que debía cumplir el docente, quien no sólo debía instruir sino educar, formar el alma y capacitar al hombre en la lucha por la vida.

La educación religiosa era pertinente y adecuada al desenvolvimiento y difusión de la doctrina peronista, proclamada más tarde "Doctrina Nacional", por lo que aparecía como solución para "luchar contra el materialismo totalitario", a la vez que permitía alejar a los niños de ideas extrañas a la manera de sentir del pueblo argentino. Después de un fuerte debate parlamentario donde se pusieron de manifiesto las posiciones que propugnaban el sector laico y los católicos, muchos de los cuales militaban en el peronismo, el Congreso, por ley 12.987 de ese año, ratificó la medida sancionada en 1943 que establecía la enseñanza religiosa en todas las escuelas primarias públicas dependientes del Consejo Nacional de Educación y en las de enseñanza media y especial.

Implantada la enseñanza religiosa, se dieron los primeros pasos para organizar la enseñanza privada con apoyo estatal, la cual también debía ajustarse a los lineamientos impuestos por el Estado. La importancia y la necesidad de las escuelas particulares, tanto en el ámbito primario como secundario, habían sido ampliamente probadas por las estadísticas levantadas desde comienzos de siglo. Con el

objeto de otorgar los subsidios a los institutos particulares para abonar el sueldo a los docentes, se sancionó en 1947 la ley 13.047, referida al Estatuto del Docente Privado. Se categorizaron dichos establecimientos en adscriptos a la enseñanza oficial, libres y de enseñanza general, reconociéndose estabilidad, salarios mínimos, bonificaciones por antigüedad e inamovilidad al personal docente, administrativo, de maestranza y de servicios. Para resolver los problemas que pudiesen surgir, se creó el Consejo Gremial de Enseñanza Privada.

Al promediar el siglo XX, la educación no sólo era considerada como un instrumento para perfeccionar al ser humano, sino que se la entendía como un excelente medio para asegurar el desarrollo económico; tanto que los economistas afirmaban que la formación cultural y técnica de los hombres podía influir en el crecimiento económico de una nación. No obstante, los gobernantes eran conscientes de que la educación constituía, además, un arma invaluable para influir sobre la ideología de los pueblos, razón más que suficiente para no descuidarla.

EL PRIMER PLAN QUINQUENAL Y LA REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN

Entretanto, desde la órbita nacional, Perón lanzó el Primer Plan Quinquenal, el cual no descuidó el tratamiento del tema educativo. Por él se intentó buscar una filosofía educacional que equilibrara el materialismo con el idealismo y, fundamentalmente, que extendiera los beneficios de la enseñanza para todos. Además, el viejo Consejo de Educación se transformó en una subsecretaría, de la cual dependían las tres secciones de enseñanza: primaria, secundaria y técnica. Apparentemente, sus funciones

se triplicaban; sin embargo, no era más que una dependencia del Ministerio de Educación. El nuevo Plan dividía la enseñanza primaria en un ciclo preescolar optativo, un segundo ciclo obligatorio de cinco años y un tercer ciclo de dos años, también obligatorio.

Los inspectores eran los encargados de transmitir al magisterio de todo el país la aplicación del Plan. Su tratamiento se incluyó en algunos textos que se editaron en 1947. Por ejemplo, Miguel P. García publicó *La Nueva Argentina*, libro donde tres personajes, que conversaban sobre los distintos aspectos del Plan, transmitían rudimentos de economía, a la vez que adoctrinaban en los principios del nacionalismo económico. Domingo Rafael Iannantuoni, en *El Plan Quinquenal explicado a los niños*, planteaba los objetivos económicos y sociales que perseguía Perón con su aplicación; luego señalaba los medios que se emplearían para conseguir “la libertad social y la libertad económica” y, por último, exhortaba a los niños a “luchar con fragor por la Patria”, utilizando como modelo al “Tambor de Tacuarí” por sus actos heroicos.

Pronto, las concepciones políticas de Perón culminaron en una síntesis normativa y doctrinaria que traería como consecuencia la reforma de la Constitución Nacional y, luego, las reformas de las provinciales. El liberalismo cedía paso al nacionalismo y el Estado abstencionista cedía paso al Estado regulador. En ese marco, los principios de la educación respondieron a la “Doctrina Nacional”. Lógicamente, fue sobre la problemática de la cultura y la educación donde los convencionales opositores al régimen produjeron las batallas ideológicas más importantes y significativas del proceso de reforma, que implicó la legislación, por vía del discurso jurídico, de pautas filosóficas

EL PLAN QUINQUENAL

explicado a los niños



DOMINGO RAFAEL IANANTUONI

Tapa del libro de Domingo Rafael Ianantuoni. *El Plan Quinquenal explicado a los niños.*

sensiblemente disímiles de las que hasta ese momento habían regido la vida del país, establecidas en la Constitución de 1853. En el Preámbulo de la nueva Constitución se dispuso, como uno de los fines del Estado, promover la cultura nacional, y en su articulado se mantuvo el principio de la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza en las escuelas, además de mantener el derecho de enseñar y aprender.

La reforma trajo un cambio en los programas. Se priorizaron ciertos temas y se suprimieron textos que, a criterio del régimen, contenían errores geográficos o comentarios contrarios al país, retirándolos incluso de las bibliotecas públicas. La vida de los próceres tuvo un lugar destacado en la currícula, haciéndose un culto de la figura de San Martín,

que se hizo más fuerte en 1950, cuando se festejó el Año del Libertador, o cuando al año siguiente, en Entre Ríos, se celebró el centenario del pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas. Como otra de las novedades en el perfil curricular, se señaló que en las escuelas primarias rurales se debería inculcar en el niño amor por la vida del campo, orientándolo a capacitarse en las faenas rurales. Simultáneamente, una disposición nacional suprimió los exámenes de julio y noviembre para los alumnos de las escuelas primarias, aduciendo que ese procedimiento era muchas veces “torturador, temible, angustioso y con mucho de juego de azar”. Se adoptó una nueva forma para promoverlos, que consistía en el juicio de los maestros sobre la base de la apreciación de la labor de todo el año escolar.

LOS OBJETIVOS EDUCATIVOS EN EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL

En 1953, el gobierno nacional elaboró el Segundo Plan Quinquenal, el cual debía aplicarse entre ese año y 1957. En el capítulo de “Acción Social” se consideró el problema educativo, señalando que el objetivo fundamental de la Nación era la formación física, moral e intelectual del pueblo, sobre la base de los principios de la “Doctrina Nacional”, que tenía como finalidad suprema alcanzar la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación mediante la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, armonizando los valores espirituales y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad. En consecuencia, sobre la base de esos postulados se modificarían en ese quinquenio los programas de estudio de la enseñanza primaria, de acuerdo con las bases enunciadas a continua-

ción y cuyo objetivo final era disminuir el porcentaje del analfabetismo, tema recurrente en la historia de la educación argentina:

1. Enseñanza de acuerdo con las características regionales y ambientales.
2. Conocimientos básicos elementales.
3. El Estado como colaborador de la familia creará centros educacionales y arbitrará los medios necesarios para la educación.
4. Educación moral de acuerdo con la "Doctrina Nacional".
5. Formación del sentimiento y del carácter mediante la educación física.
6. Enseñanza obligatoria entre los 6 y 14 años y mínimo equivalente a cuarto grado.

La enseñanza privada debía ajustarse a los lineamientos del Estado y, a la vez, éste se comprometía a auspiciar el sostenimiento y creación de centros privados de enseñanza, los cuales deberían facilitar el acceso a los niños de familias de escasos recursos.

En septiembre de 1953, Perón viajó a Córdoba, donde, en un acto realizado en el Teatro del Libertador General San Martín, se dirigió a los maestros provinciales explicando los objetivos propuestos en el nuevo Plan y señalando que la reforma cultural y educacional puesta en práctica era una tarea que debían enfrentar "de consuno los dirigentes, los padres y los maestros, como así también toda la suerte de funcionarios que tengan hombres bajo su dirección o bajo su gobierno".

LA RUPTURA IGLESIA-ESTADO

Desde mediados de 1954 comenzó a notarse la falta de entendimiento entre la Iglesia y el Estado, cuyas causas han sido analizadas

por diversos autores, aunque importa recordar que, para entonces, la "Doctrina Nacional" se había convertido en el nuevo catecismo unificador del país; por lo tanto, la Iglesia debía ceder su lugar al nuevo ideario peronista. En consecuencia, se acusó a la Iglesia de ser una organización internacionalista y se sostuvo que sus obispos obedecían las órdenes de una potencia extranjera: el Vaticano.

Por otra parte, entre diciembre de 1954 y mayo del año siguiente, como consecuencia del desentendimiento entre ambos sectores se sancionaron varios decretos y leyes que molestaron al sector católico, tales como la ley de divorcio absoluto; la supresión de la Dirección General de Enseñanza Religiosa, de la Inspección General de Enseñanza Religiosa y de las festividades religiosas; la derogación de la exención de impuestos a todo tipo de institución religiosa católica y la separación de la Iglesia y el Estado. Estas medidas engendraron un fuerte enfrentamiento entre el gobierno y los sectores católicos, al punto que en mayo de 1955, un grupo de diputados vinculado a la CGT presentó un proyecto de ley para declarar necesaria la reforma de la Constitución Nacional, con el fin de reajustar sus disposiciones en materia religiosa. Mientras tanto, un sector del Senado presentó otro proyecto, con el objeto de lograr la derogación de la ley 12.987, sosteniendo que, en la práctica, la enseñanza de la religión católica no satisfacía los objetivos previstos en la ley que la instituyó. El proyecto fue derivado a la Comisión de Educación, la cual lo despachó a los pocos días favorablemente sin modificaciones y, el 11 de mayo, fue tratado sobre tablas, aprobándose en una sola jornada y sin votos en contra. Pasó a Diputados, donde los radicales marcaron las contradicciones del

peronismo. Uno de sus representantes, Oscar Alende, recalcó que los “sindicalistas ateos” habían votado a favor de la enseñanza religiosa en 1947 y, ahora, “los católicos confesos” la derogaban, volviéndose al laicismo. Los representantes del oficialismo no tuvieron más que admitir que se habían equivocado en 1947.

La política educativa del gobierno peronista puede ser analizada también desde muchas otras variables de las aquí enunciadas. Una sería hacer hincapié en los aspectos negativos del régimen, entre los cuales se debe mencionar la aplicación de la “Doctrina Nacional” a la educación, pues Perón, además de ejercer la jefatura del partido, era el ideólogo de la reforma educativa. Sus actitudes y disposiciones lo enfrentaron con los sectores tradicionales de poder, quienes lo criticaron permanentemente. Otra alternativa sería analizar el uso de la simbología para reafirmar su imagen y la de su esposa. En efecto, la figura de Eva Duarte era usada para enseñar a leer, suplantando la frase de “Mamá me ama” por “Evita me ama”. Poco después, su libro *La razón de mi vida* fue texto obligatorio en las escuelas, al tiempo que muchos establecimientos recibían nombres que hacían referencia a su persona, al régimen o al mismo Perón (*Juan D. Perón, Evita, El primer trabajador y Conductor de la Nueva Argentina*). A la vez, se erigieron monumentos a su persona, al “Descamisado” y se conmemoraron el 17 de octubre y el “mes del Justicialismo”.

Una tercera forma de análisis podría conducir a examinar las consecuencias de la mayor centralización del gobierno escolar y el temor a perder el trabajo que sentían los docentes no adictos al régimen, cuya “doctrina” era inculcada permanentemente de arriba hacia abajo

—entiéndase, de los directores hacia los maestros, y de éstos a los niños—, utilizando un método similar al que había promovido a principios de siglo el inspector de escuelas Andrés Ferreira, quien, a su vez, se había inspirado en la experiencia de la Alemania de fines del siglo XIX. Los últimos años del gobierno justicialista fueron complicados para la educación y ello se hizo más evidente en 1955, cuando se removió el personal docente argumentándose traslados, ascensos o nuevas designaciones, debido a que se aplicaban, por primera vez, las disposiciones del Estatuto del Magisterio. Simultáneamente, se produjeron numerosas cesantías, sin sumarios previos, de los opositores y esto alteró el orden en los institutos educacionales, que demoraron la organización de ese año lectivo.

Entre los aspectos positivos, es posible mencionar el incremento del presupuesto educativo, lo cual impulsó la edificación escolar, tema que venía incentivándose desde la década del treinta, cuando se puso en marcha la construcción de edificios en la campaña para reemplazar las escuelas ranchos que carecían de los servicios más elementales y cuando en los centros urbanos comenzó la edificación de las llamadas “escuelas monumentales” provistas de aulas con luz y ventilación adecuada, bibliotecas, museos, salón de actos y consultorios médicos. Durante la época del peronismo, en todo el país se inauguraron muchos edificios. Por ejemplo, en 1954, en la provincia de Córdoba se pusieron en funcionamiento 70 escuelas nuevas, a la vez que se ampliaron o reformaron unos 200 edificios más.

Con posterioridad a 1955, desde el Estado se continuó con la misma política, si bien ella se vio reducida por problemas presupuestarios en épocas de crisis económica.



Portada de la primera edición.

También en la etapa justicialista se estimularon las actividades deportivas y se efectuaron campañas de vacunación contra la tuberculosis, a la vez que hubo una constante preocupación por los menores abandonados, los niños delincuentes y la educación de los adultos, particularmente de los obreros. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión se dictaron cursos de perfeccionamiento en todo el país, los cuales también se usaron para difundir la doctrina e intensificar la formación nacionalista y popular de ese sector. Para 1952, había un centenar de escuelas-fábricas y se había dictado una buena cantidad de cursos para varones y otros acelerados de alfabetización y profesionales para mujeres. Los centros y ateneos femeninos peronistas —donde se atendía la educación, la cultura y el aprendizaje de oficios, como corte y confección, arte culinario y danzas— surgieron por toda la

República. Los sindicatos también contribuyeron con el tema, ocupándose de la formación político-sindical y de la capacitación de sus afiliados, así como también de la mujer y la familia.

LA EDUCACIÓN PREESCOLAR

La ley 1420, en su artículo 11, estableció la creación de uno o más jardines de infantes, para los niños de 4 a 6 años de edad que quisieran asistir voluntariamente, en aquellos lugares que pudieran abrirse. A partir de entonces se difundieron en el país por obra del Estado y por la acción de entidades privadas, hasta constituirse en la introducción para el ciclo primario. En febrero de 1944, cuando se reglamentó el funcionamiento de las escuelas particulares, se hizo lo propio con los jardines de infantes. Entonces se dispuso que los docentes y directivos debían contar con títulos de profesores de jardín de infantes, además de capacidad moral y física para la actividad que iban a realizar. No obstante, durante largo tiempo, muchos funcionaron con docentes que no contaban con títulos habilitantes y, en otros casos, su control dependía del director de la escuela primaria a la cual estaban anexos. Con respecto a los establecimientos patrocinados por las comunidades extranjeras, se estipuló que por lo menos en la mitad del tiempo de enseñanza debía emplearse la lengua castellana y que debían contar con retratos de próceres argentinos, mapas de la República y bandera nacional.

En términos generales, durante el gobierno peronista la educación preescolar se incentivó sobremanera, instalándose jardines de infantes en las barriadas más humildes de las

zonas urbanas. Al promediar los años cincuenta, los había dependientes de las provincias, de las municipalidades, de la Nación y de los particulares. Sin embargo, durante largo tiempo existieron amplios sectores de la población infantil que no tuvieron acceso a ellos.

Para 1960, 67.346 niños de 5 años recibían educación preescolar en todo el país. Desde entonces a hoy, esas cifras fueron en aumento paulatino respecto de las cifras generales de población. El Censo de Población de 1980 demostró que 334.334 de los niños de 5 años y 186.536 de seis años, es decir el 59,9% y el 20,4%, respectivamente, se encontraban escolarizados; en cambio, los jardines de 3 y 4 años eran menos frecuentes. En términos generales, en las últimas décadas del siglo XX, más del 80% de los niños pasan por el preescolar por lo menos durante un año.

LA REFIRMACIÓN DE LA EDUCACIÓN LIBERAL Y LAICA

LA LEGISLACIÓN ESCOLAR A LA CAÍDA DEL PERONISMO

El cambio de gobierno de septiembre de 1955 modificó la situación de la educación primaria. Como reacción contra el régimen justicialista, el gobierno derogó las leyes sancionadas en ese lapso y se ordenaron algunos inconvenientes derivados del período anterior. Luego, se reabrieron los viejos debates ideológicos, coincidiendo la mayoría en volver a los conceptos de la Constitución de 1853 y a la vigencia de la ley 1420, propiciando la vuelta al laicismo. Fueron restituidas al Consejo Nacional de Educación las funciones y características acordadas por dicha ley. Las provin-

cias que habían dictado sus Constituciones después de 1949 debieron rehacerlas; así, el Chaco, Chubut, Formosa, La Pampa, Misiones, Neuquén, Río Negro y Santa Cruz aprovecharon la oportunidad para determinar los fines y objetivos de la enseñanza. Entre las disposiciones adoptadas, se crearon los consejos escolares de distrito y un fondo estable para edificación escolar; hubo reconocimiento a la enseñanza privada con control estatal y se reiteró el carácter gratuito, laico y obligatorio de la enseñanza oficial.

Simultáneamente se pusieron nuevamente en práctica los planes de estudio de 1940, y en todo el país se efectuaron seminarios de especialización para docentes, que fueron criticados por algunos políticos opositores, por cuanto señalaban que sus conclusiones retrotraían la educación a épocas pasadas.

Después de varias décadas de luchas de las organizaciones gremiales, durante el gobierno de Arturo Frondizi, el 11 de septiembre de 1958, se aprobó el Estatuto del Docente Nacional que había sido sancionado dos años antes, y que en términos generales regulaba las condiciones de trabajo del personal docente, determinaba sus deberes y derechos, ascensos, concursos, régimen jubilatorio, goce de vacaciones escolares reglamentarias, libertad de agremiación, participación en las juntas de calificación, atención médica a través de la obra social a la cual se contribuía con el uno y medio por ciento de los sueldos, respeto a la categoría, jerarquía, ubicación y estabilidad en el cargo. Este último tema parecía resuelto, aunque la ley no fue reglamentada hasta 1967 y se realizaron modificaciones en 1968 y 1970.

Hasta entonces, la enseñanza privada gozaba de subsidios para el pago de sueldos de su personal. Cuando impartía educación gratui-

ta, el Estado subvencionaba totalmente los salarios docentes y administrativos, aunque la retribución era menor que la que recibían los docentes de las escuelas oficiales. Cuando no lo era, aquél podía llegar a asistir hasta con el 60% de los sueldos, pero nunca intervenía en la construcción de edificios, ni en lo relacionado con el mobiliario escolar, material de estudios, becas, etc. Con la sanción del Estatuto del Docente, el salario del personal directivo y auxiliar de los establecimientos privados incorporados a la enseñanza oficial se equiparó con el que abonaba el Estado a sus docentes.

La reimplantación de la enseñanza laica implicó la reacción del sector católico y, otra vez, estuvo en la calle la polémica entre éstos y los liberales, que se embanderaron como "libres" y "laicos", respectivamente, discusión que concluiría en 1958 en violentas manifestaciones verbales y físicas. Día tras día las discusiones fueron adquiriendo mayor volumen, afectando no sólo el nivel primario, sino el secundario y el universitario. No obstante, en este tiempo se consolidó y reguló la enseñanza privada en todos sus niveles, para integrarla al sistema educativo nacional.

LA PLANIFICACIÓN ESTATAL

Hacia la segunda mitad del siglo XX se habían producido otros cambios que afectarían la marcha de la educación, la cual era considerada no sólo como una herramienta para el perfeccionamiento del ser humano sino como un medio excelente para la promoción de la sociedad y el desarrollo económico de los pueblos, amén de constituir un innegable instrumento de control social para los gobiernos de cualquier color. Dos ideas fundamentales presiden las directrices del pensamiento pedagógico:

una, la profunda revisión de las funciones propias del docente, quien debe conservar y mantener sus valores de siempre pero, a la vez, debe estar actualizado y ser idóneo para emprender los cambios que demanda el mundo del trabajo; y la otra, el descubrimiento de los valores económicos de la educación. Es decir, el Estado debía invertir si quería asegurar los recursos humanos necesarios para el desarrollo.

Como resultado de tal pensamiento, se constituyeron grupos de planeamiento educativo, algunos dependientes del Ministerio de Educación de la Nación y otros de los ministerios provinciales. Así se dio nacimiento a organismos como el Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET) en 1959, o el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) en 1961, desde donde surgirían planes nacionales de desarrollo, que incluyeron el tratamiento de la educación, la cual pasó a formar parte de la planificación económica, y se buscaron soluciones para adecuarla a los requerimientos de las economías nacionales.

Se tenía en claro que dichos planes debían ser vastos e integrarse a otros más amplios que consideraran la situación económica y social, a la vez que debían interesarse en los aspectos cuantitativos y cualitativos del desarrollo de la enseñanza. Una de las aspiraciones era incorporar al sistema el 95% de los niños en edad de ser instruidos.

Lamentablemente, los nuevos organismos sintieron los efectos de los acontecimientos políticos. En los años siguientes, la Nación estaría jaqueada por los sectores antiperonistas y por la resistencia peronista. Por otro lado, debe recordarse que en febrero de 1960 se produjo el primer atentado terrorista, al volar una planta de la empresa Shell en Villa Bustos, provincia de Córdoba, que costó la vida a tre-

ce personas y que prenunciaba lo que viviría el país a partir de entonces.

En consecuencia, sería muy difícil encontrar el rumbo adecuado en lo que respecta a la educación. La falta de estabilidad de los distintos gobiernos coadyuvaba a esa realidad, en tanto cada uno de los que tomaba el poder tenía sus propios conceptos sobre la materia, lo que demuestra, a su vez, las diferencias ideológicas en los debates educativos.

En 1961, la Alianza para el Progreso, organismo relacionado con las Naciones Unidas, en unión con grupos o fundaciones religiosas, puso en marcha en América Latina programas destinados a lograr el desarrollo de las comunidades menos favorecidas, incluyéndose el tema de la alfabetización. Era preciso, entre otras cosas, encontrar respuestas a los problemas sociales que agitaban la región e, indudablemente, la educación podría servir de freno para algunos de ellos. El problema del analfabetismo entre los adultos, particularmente en ciertas regiones rurales de la Argentina, era preocupante. En 1965, el Plan Nacional Intensivo de Alfabetización y Educación para Adultos se propuso incorporar esos sectores al proceso educativo; a tal fin creó los Centros de Alfabetización en todo el país, programa que se aplicó en los años subsiguientes. Casi simultáneamente se redactó un Plan Nacional de Desarrollo que tendría vigencia entre 1965 y 1969 y que fue realizado bajo el signo del federalismo y de la democracia social. En él se consideró la necesidad de coordinar esfuerzos en los ámbitos nacional, provincial y municipal y entre lo público y lo privado. Inspirándose en esos postulados, algunas provincias intentaron reformas que, por diversas razones, se abortaron. Por ejemplo, en Córdoba, durante el gobierno radical de Justo Páez Molina, se trazó un plan para cuatro años,

denominado "Bases para un Desarrollo Regional", con el que se esperaba mejorar las condiciones funcionales de la escuela pública y los crónicos problemas de la educación primaria, a la vez que se ponía énfasis en el desarrollo socioeconómico del noroeste provincial. Simultáneamente se creó el Centro Educativo Piloto Experimental, con el fin de que sirviese de base funcional y operativa para las reformas. Así nacieron, en la provincia mediterránea, la Escuela Superior de Magisterio, la Escuela de la Comunidad, la Escuela Maternal y, en 1966, la Escuela para Padres, cuyo fin era establecer una mayor relación entre éstos y los docentes.

LA EXPANSIÓN DE LA ENSEÑANZA PRIVADA Y LA REVOLUCIÓN DE 1966

Los años sesenta significaron una importante expansión de la enseñanza privada, afirmandose el principio de autonomía del gobierno escolar de la misma. Por medio del decreto 9247/60 se creó el Servicio Nacional de Enseñanza Privada en reemplazo de la Dirección General de Enseñanza Privada que dependía del Ministerio de Educación y Justicia, bajo la presidencia de un funcionario con la misma jerarquía que el presidente del Consejo Nacional de Educación y que reunía todos los servicios nacionales que no respondiesen a otros organismos, por medio de un sistema técnico-docente unificado. Dos años más tarde, el decreto 895/62 estableció en su lugar el Consejo de Enseñanza Privada, para volver con el decreto 4401/62 al Servicio Nacional de Enseñanza Privada. Es importante señalar que, con esta institución, los colegios privados se convirtieron en unidades técnico-administrativas de gestión propia y pudieron desarrollar actividades iguales a las de los es-

tablecimientos dependientes del Estado nacional, incorporando la novedad de poder extender sus certificados habilitantes e integrar las mesas examinadoras con sus propios docentes.

En 1964 se celebró en Buenos Aires la Primera Convención Nacional de la Enseñanza Privada. Veintidós comisiones, que contaron con representantes de todas las provincias, trabajaron para adecuar el sistema educativo a los requerimientos de la recuperación y desarrollo nacionales. Se tuvieron en cuenta temas fundamentales, como el alcance del control del Estado en inspecciones, exámenes, programas, textos y en el otorgamiento de diplomas y habilitaciones. Pero no se avanzó más allá.

Dos años después, el presidente Onganía estableció una nueva estructura político-institucional, afirmada en un Estatuto, cuerpo jurídico básico del gobierno nacional, y su política se vio plasmada en documentos oficiales como los denominados "Políticas del Gobierno Nacional" y "Directivas para el Planeamiento" y "Desarrollo de la Acción de Gobierno", que incluyeron un capítulo sobre "Cultura y Educación".

Era evidente que la escuela normal, destinada a impartir títulos de maestro a los estudiantes secundarios, con los años había perdido el sentido que inspiró su implementación, razón por la cual las autoridades consideraron preciso efectuar una reforma al respecto. Por decreto del 16 de diciembre de 1968, el gobierno nacional adoptó un cambio drástico: las suprimió en todo el país, aduciendo que el plan de estudios del magisterio no era apto para proporcionar una formación atenta al desarrollo de las ciencias de la educación y a las exigencias de la escuela mo-

derna, y que para mejorar la formación humana y científica general de los maestros de escuelas primarias, debería exigirse la aprobación de estudios completos de nivel medio como condición previa al ingreso en la carrera docente. Esta medida obligaba a la formación específica de los maestros en el nivel superior del sistema educativo. Paralelamente, se modificaron los planes de estudio del bachillerato. En 1970 se pensó formar docentes para la escuela primaria en el nivel terciario, con dos años de estudio. Nacieron así, en 1971, los institutos de formación docente, aunque nuevamente la escasa planificación jugó otra mala pasada y se dieron marchas y contramarchas en los planes de estudios. A pesar de estas dificultades, la formación docente en el nivel superior se fue consolidando y ello redundó en beneficio de la escuela primaria.

LA EDUCACIÓN EN UNA NUEVA INSTANCIA POLÍTICA

En marzo de 1976 se abrió una nueva instancia política, y la educación sufrió en varios aspectos: se reprimió la actividad gremial docente y se dejó cesantes a muchos docentes, acusándolos de izquierdistas, a la vez que se prohibió la utilización de numerosos libros de texto. Todo esto coincidió con una merma de la matrícula educativa en todos los niveles. En esta etapa, algunas provincias hicieron intentos de poner en marcha distintos planes de educación.

Entretanto, por ley 21.809 de junio de 1978, se autorizó al Poder Ejecutivo a transferir a las jurisdicciones provinciales las escuelas de enseñanza preprimaria y primaria dependientes del Consejo Nacional de Educación.

Esta nueva modalidad había tenido su origen durante la presidencia de Frondizi y ya se había concretado en algunos casos. La transferencia, según lo señaló la Declaración de Santiago del Estero, firmada por el ministro de Cultura y Educación de la Nación y los gobernadores provinciales, se entendió como un acto de reafirmación del federalismo y de confianza en el papel de la educación en el futuro de la Nación. Varias razones se esgrimieron al realizar el traspaso. En primer lugar, que las provincias habían adquirido suficiente capacidad política, administrativa y financiera como para otorgarles el ejercicio pleno y exclusivo de los derechos y deberes en orden a la educación primaria, tal como lo preveía la Constitución Nacional. Segundo, que la descentralización posibilitaría una comunicación más directa y fluida con la comunidad educativa. Sin embargo, nada se dijo acerca de que dicha descentralización respondía a una política del Estado nacional que, intentando disminuir el gasto público, había comenzado a desprenderse de algunos bienes. Por otro lado, tampoco la ley hizo mención a la política educativa o a las bases curriculares. Es decir, en el traspaso, la planificación educativa estuvo ausente.

El acto de transferencia de las escuelas se efectuó el 19 de julio de 1978. A la provincia de Buenos Aires pasaron 11 establecimientos, en razón de que los restantes lo habían hecho en 1970. Por la misma razón, Río Negro sólo recibió 6; Catamarca, 298; Córdoba, 519; Corrientes, 540; Chaco, 529; la Pampa, 247; Misiones, 362; Salta, 400; San Luis, 304; Santiago del Estero, 721; Tucumán, 395. Días después se traspasaron las que funcionaban en Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur y las 496 escuelas de la ciudad de Buenos Aires a la municipalidad. Junto a las escuelas se transfirieron los bienes muebles e inmuebles y el personal docente y administrativo, el cual se incorporó a las administraciones provinciales.

En 1979, convocada por la UNESCO, se reunió en México la Conferencia Regional de Ministros de Educación de los Estados Miembros de América Latina y del Caribe, con el fin de ofrecer propuestas para alcanzar a fines de siglo una excelencia educativa. La reunión contó con asistencia de representantes de la Argentina. A pesar de la diversidad de situaciones socioeconómicas y educativas de los países representados, se observaron confluencias en los problemas y se reconoció que subsistían en la región graves conflictos sin solucionar, tales como baja escolarización, excesiva deserción en los primeros años e inadecuado contenido de la enseñanza. Se señalaron entonces, como objetivos prioritarios, eliminar el analfabetismo, dedicar cada vez presupuestos mayores para educación, destinando no menos del 7 u 8 % del producto bruto nacional. Sobre algunos aspectos, poco es lo que se ha conseguido hasta la fecha.

EL DEBE Y EL HABER DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA

La historia de la educación primaria en el siglo XX se podría sintetizar diciendo que las primeras décadas se caracterizaron por los intentos de sancionar proyectos laicistas para reformar la educación, por la aplicación de la *Escuela Nueva* y por la implementación de medidas asistencialistas para superar las consecuencias de la crisis económica de 1930 que afectó la concurrencia de los niños a la escuela.

El rasgo distintivo, desde los años cuarenta hasta mediados de los cincuenta, fue el intento

de planificación estatal de tinte nacionalista. En la "etapa populista", el peronismo se presentó como expresión de las mayorías, realizó alianzas, rompió con los sectores tradicionales de la sociedad y desarrolló una serie de estrategias político-educativas tendientes a obtener el control del sistema y de sus actores. No obstante, fue a partir de esa década cuando el Estado puso mayor énfasis para incrementar el número de escuelas, personal docente y alumnos matriculados, según se desprende del cuadro 2.

A partir de los años setenta, las continuas crisis políticas y económicas que afectaron gravemente a la Nación impidieron que se sancionara una nueva ley de educación y se superaran los problemas que se arrastraban desde las etapas anteriores, los cuales perjudicaban la concurrencia de los niños a la escuela primaria, tales como la pobreza crónica de algunas regiones, las enfermedades endémicas, la carencia de maestros y edificios adecuados y la indiferencia paterna.

Los estudios realizados sobre el bajo rendimiento educativo permiten clasificar sus causas en exógenas y endógenas al sistema. Las primeras tienen que ver con la calidad de la educación que se ofrece; las segundas, con el

nivel socioeconómico de la población, que está asociado con la zona de residencia, el nivel de ingreso de los padres, etcétera.

Al finalizar el período aquí tratado, la Capital Federal y las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba son los distritos que cuentan con mayor matrícula y docentes. Pero aun en estas jurisdicciones quedan muchos de los problemas mencionados en pie; uno de ellos es la falta de edificios adecuados y, a pesar de lo realizado por los distintos gobiernos, si se hace un análisis de los metros cuadrados construidos, las necesidades superan lo existente. Eso lleva a que en un mismo edificio funcionen dos o tres escuelas, a veces de diferentes niveles, lo que genera múltiples conflictos entre los usuarios, no sólo por la necesidad de espacio sino porque comparten baños, mobiliarios y lugares de recreación. En un momento se pensó que la solución podría lograrse intensificando la construcción de las llamadas escuelas "monumentales", que posibilitarían la existencia de los turnos intermedios; pero, en la práctica, con la reducción del horario escolar quedó demostrado que ellos sólo incidieron para que descendiera el nivel en la enseñanza; por lo tanto, poco a poco se suprimieron.

CUADRO 2
DESARROLLO DEL SISTEMA ESCOLAR PRIMARIO
1940-1960

Años	Total de escuelas	Total de docentes	Porcentaje de docentes de sexo femenino	Alumnos matriculados
1940	14.064	74.917	83,15	1.972.570
1945	14.793	81.448	83,8	2.033.781
1950	15.470	96.274	85,5	2.272.108
1955	17.231	120.185	86,7	2.735.026
1960	18.155	135.710	88,8	2.947.666

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de datos proporcionados por las *Estadísticas de educación* del Ministerio de Cultura y Educación.

El agravamiento de la crisis económica en países periféricos como la Argentina afectó a los individuos e instituciones, condicionando particularmente la realidad de los sectores ubicados en los niveles más bajos de la escala social. La carencia de vivienda, alimentación y trabajo fue marginando de la educación a los niños y los jóvenes de esas capas sociales. De allí que el problema del analfabetismo no desapareció, aunque, gracias a los esfuerzos realizados a lo largo del siglo, las tasas fueron decreciendo, tal como lo muestran los Censos de Población.

En la evolución del analfabetismo se pueden distinguir dos periodos: el primero va de 1869 a 1914 y manifiesta un incremento de los porcentajes; el segundo, que llega hasta fines del período en estudio, demuestra un descenso paulatino. La razón de la suba en la primera etapa se explica por el extraordinario crecimiento de la población como consecuencia del proceso inmigratorio. La baja del segundo, por la estrategia gubernamental que puso como prioridad el crecimiento de la escolarización y la incorporación de distintos sectores sociales a la enseñanza.

Cabe destacar, además, que a comienzos del siglo, las desigualdades regionales en lo re-

ferido al analfabetismo no fueron muy significativas. No obstante, para combatir el problema en los pequeños núcleos de población donde no era posible establecer escuelas fijas, como el caso de los territorios y colonias nacionales, se establecieron las escuelas ambulantes, donde el maestro en el término de cuatro meses y medio enseñaba los ramos instrumentales mínimos.

Al promediar el siglo, el analfabetismo se hizo más evidente en las provincias del norte y noroeste del país, disminuyendo en el litoral y centro. Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba y las jurisdicciones patagónicas de Tierra del Fuego y Santa Cruz ostentaban los índices más bajos. El cuadro 3 permite ver la reducción de los porcentajes de la población analfabeta de más de 14 años en el país, cifras que tienen relación directa con los progresos alcanzados en la educación primaria a lo largo del siglo.

Si se comparan las cifras del cuadro 3 con lo sucedido en otros países de Latinoamérica al promediar el siglo XX, los índices de analfabetismo en la Argentina eran los más bajos del continente sudamericano y ubicaban al país en el tercer lugar, después de Estados Unidos y Canadá.

CUADRO 3
ANALFABETISMO EN LA ARGENTINA
1869-1980

<i>Años</i>	<i>Población de 14 años y más</i>	<i>Analfabetos</i>	<i>Porcentaje sobre la población total</i>
1869	1.007.889	780.319	77,4
1895	2.451.761	1.305.738	55,3
1914	5.026.914	1.806.243	35,9
1947	11.318.896	1.541.678	13,6
1960	14.199.299	1.221.420	8,6
1970	16.530.924	1.225.746	7,4
1980	19.666.678	1.184.964	6,1

Para los años ochenta, si bien el porcentaje de analfabetismo había descendido notablemente respecto de 1914, era superior en la población rural en comparación con la urbana. En esto influían, sin duda, la menor facilidad de acceso y de asistencia a la escuela rural y la estructura de la población rural con alta proporción de personas de edad, en tanto los jóvenes emigraban a pueblos y ciudades en busca de mejores horizontes.

De todos modos, al finalizar el período considerado, los niveles de deserción eran altos, particularmente a partir del cuarto grado y en mayor medida entre los varones que entre las mujeres, y en las regiones más pobres que en las más ricas. Justamente, uno de los inconvenientes más serios que tiene la Argentina es la diferencia de niveles de calidad educativa que existe entre las provincias más ricas y las más pobres y entre las escuelas donde estudian los niños que provienen de los sectores con mayores ingresos y aquellas a las cuales concurren los de menores ingresos. Es decir, otra de las causas por las cuales los niños a veces no podían concluir el ciclo primario obedecía a la mala distribución de escuelas, aulas o bancos, particularmente en las zonas rurales o desfavorables o a la falta de adaptación de

los planes de estudio a las verdaderas necesidades de esas regiones. A ello debe sumarse la poca cultura de los padres, su falta de perspectivas económicas y la necesidad de que el niño colabore tempranamente con el sustento familiar, lo cual ha conspirado desde siempre para que éste permanezca en la escuela.

El gasto educativo es un determinante directo de la calidad de la educación, pues con él se financian los salarios, los edificios, equipos y materiales escolares. Es cierto que la relación entre gastos y resultados no es automática, en tanto las inversiones deben venir acompañadas de un proyecto pedagógico. Pero en un país que ha sufrido tantos contratiempos políticos y económicos como la Argentina, el Estado debió reducir en épocas de crisis el presupuesto destinado a educación. En consecuencia, el salario docente es el que sufre el ajuste; pero también disminuyen la investigación educativa y el aporte que el gobierno central realiza a la educación.

Tal como está organizado, el sistema educativo argentino profundiza las desigualdades en la distribución de la cultura de la población. Es necesario recuperar la educación como instrumento principal de justicia social, pues es una de las claves del mejoramiento de la calidad de vida de la sociedad.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las siguientes referencias son incompletas, por cierto, habida cuenta de la amplitud del período tratado en el capítulo; pero permiten ver, a modo de ejemplo, las principales fuentes y obras referidas a la educación primaria durante el siglo XX. Para una mejor comprensión, se las ordena en fuentes y en bibliografía. Esta última ha sido, a su vez,

analizada teniendo en cuenta los períodos abordados.

Fuentes documentales

Las fuentes documentales, éditas e inéditas, son abundantes y de dispar valor. Entre ellas, se destacan los mensajes de los presidentes de la

Nación y de los gobernadores de provincias, así como las memorias de los ministros de Educación y las compilaciones de leyes de las distintas provincias. También deben considerarse las fuentes existentes en los archivos de los establecimientos escolares, en tanto hacen referencia a la creación e historia del quehacer de dichos centros. Recuperarlas es importante, pues muchas de ellas están en peligro de desaparición por cuanto no se las valora.

Resultan, además, de gran utilidad las estadísticas que levantaron los gobiernos provinciales y el nacional a lo largo del período, aunque mayoritariamente carecen de una explicación del desarrollo de las diferentes variables que las conforman. Cabe citar a las de la SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *Suplemento estadístico. Enseñanza primaria, años 1940-1964*, Buenos Aires, 1965; y las siguientes, todas del MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *Estadísticas de la educación 1964-1973*, Buenos Aires, 1973; *Estadísticas educativas. Comunicados para la prensa*, Buenos Aires, 1969; *Consideraciones acerca de la educación primaria argentina*, Buenos Aires, 1970; *Estadística educativa, 1972. Cifras provisionales del 30 de junio*, Buenos Aires, diciembre de 1972; *Estadística de la educación, 1983*, Buenos Aires, 1983.

En 1914, 1947, 1960, 1970 y 1980 se levantaron Censos Nacionales de Población, los cuales han tenido en cuenta las tasas de alfabetismo y analfabetismo. Paralelamente, la Nación y las jurisdicciones provinciales levantaron otros censos que hacen referencia a la problemática educativa. Véanse, entre otros, REPÚBLICA ARGENTINA, *Censo General de Educación levantado el 23 de mayo de 1909*, tomo II: "Estadística escolar", Buenos Aires, 1910. En dicho tomo, FRANCISCO LATZINA escribió el artí-

culo "Crónica de las vicisitudes de la instrucción pública en la Argentina"; REPÚBLICA ARGENTINA, *IV Censo Escolar de la Nación*, Buenos Aires, 1948; PROVINCIA DE CÓRDOBA. CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN, *Censo Escolar. Complemento: investigación psicofísica*, bajo la presidencia del ingeniero Augusto Schmiedecke, Córdoba, 1922; PROVINCIA DE SANTA FE, *Censos de población escolar*, Santa Fe, 1912, 1918, 1925 y 1937; MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE ROSARIO, *Censos municipales*, Rosario, 1900, 1906, 1910 y 1926, que tienen datos sobre población escolar y escuelas. El *Censo infantil* de 1934, de la ciudad de Rosario, también incluye información sobre los niños de hasta 14 años.

Con motivo del *Cincuentenario de la Ley de Educación Común*, el CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN publicó en Buenos Aires, en 1938, tres volúmenes que incluyen documentos y estadísticas que abarcan los siguientes temas: tomo I: "Versión del debate parlamentario de la Ley 1420"; tomo II: "Memoria sobre el desarrollo de las escuelas primarias desde 1884 a 1934"; y tomo III, 1ª y 2ª partes: "Edificación escolar".

Entre las revistas editadas en Buenos Aires en este período, es imprescindible consultar las siguientes: *Criterio*; *El Monitor de la Educación Común* (órgano del Consejo Nacional de Educación del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública) y *La Obra*. Para abordar algunos aspectos de este capítulo, se ha revisado, además, *La Nación* y dos periódicos de Córdoba: *La Voz del Interior* y *Los Principios*.

Bibliografía

El análisis historiográfico constituye una importante herramienta para los que trabajan en investigación. La producción en torno al te-

ma de este capítulo ha sido abordada desde distintos aspectos y con diferentes fuentes, aunque la mayoría de los estudios que intentan efectuar una visión del conjunto del país han sido escritos desde Buenos Aires.

Hay, además, numerosas investigaciones que plantearon la problemática educativa desde un enfoque macrosocial, entendiendo a la educación como parte de una red mayor que, en cierto modo, determina y explica a aquella. Otros han intentado recuperar las distintas prácticas pedagógicas y, por último, están aquellos que hicieron uso de la documentación desde una perspectiva partidista, sesgando la visión del tema.

Entre las obras de carácter general, pueden consultarse las de LEONCIO GIANELLO, "La educación primaria", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia argentina contemporánea, 1862-1930*, vol. II, 1ª sección, Buenos Aires, 1964, y de FERNANDO MARTÍNEZ PAZ, *El sistema educacional nacional. Formación, desarrollo, crisis*, San Miguel de Tucumán, 1978, un lúcido texto que cuenta hoy con siete ediciones. Del mismo autor, véase también *La educación argentina*, Córdoba, 1979.

Bajo la dirección de ADRIANA PUIGGRÓS, se editó en Buenos Aires la obra colectiva *Historia de la Educación en la Argentina*, tomo I: "Sujetos, disciplina y curriculum, en los orígenes del sistema", 1990; tomo II: "Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino", 1991; tomo III: "Escuela, democracia y orden (1916-1943)", 1992; tomo IV: "La educación en las provincias y territorios nacionales (1885-1945)", 1993; tomo V: "Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)", 1993; tomo VI: "Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo 1945-1955"; tomo VII: "La educación en las

provincias, 1945-1985"; tomo VIII: "Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina, 1955-1983", estos tres últimos, publicados en 1997. La investigación fue desarrollada por el grupo APPEAL y la cátedra de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires.

Existe una nutrida bibliografía para el análisis del proceso educacional de las dos primeras décadas del siglo XX. Algunas obras son de antigua data, pero su consulta es imprescindible, por cuanto en ellas se han basado investigaciones posteriores. Cabe citar los siguientes estudios y obras: JOSÉ BIANCO, *Enseñanza pública. Tendencias y orientaciones nacionales*, Buenos Aires, 1918; ALEJANDRO BUNGE, *Una Argentina sin analfabetos*, Buenos Aires, 1917; CARLOS OCTAVIO BUNGE, "Estado general de la educación argentina en el primer centenario de la revolución", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo 34, Buenos Aires, 1916; JOSÉ S. CAMPOBASSI, *Ataque y defensa del laicismo escolar en la Argentina. 1884-1963*, Buenos Aires, 1965; JOAQUÍN V. GONZALEZ, "Educación y gobierno", en *Obras completas*, tomo 13, Buenos Aires, 1935; CARLOS SAAVEDRA LAMAS, *La escuela intermedia*, Buenos Aires, 1916, y del mismo autor, *Reformas orgánicas de la enseñanza*, Buenos Aires, 1917; FERNANDO MARTÍNEZ PAZ, "Nación y provincias en la escuela primaria argentina, 1862-1914", en la obra colectiva *Carlos S. A. Segreti, In Memoriam*, tomo II, Córdoba, 1999; VICTOR MERCANTE, *Maestros y educadores*, Buenos Aires, 1927, y del mismo autor, *Charlas pedagógicas*, Buenos Aires, 1925.

Para una mejor comprensión del movimiento antipositivista, es conveniente leer de CELIA ORTIZ DE MONTOYA, "Lo inauténtico del

positivismo”, y de LUIS J. ZANOTTI, “Lo auténtico del positivismo pedagógico”, en la obra colectiva *Educación y futuro*, Buenos Aires, 1967. JUAN B. TERÁN hizo su propuesta educativa en ocasión de presidir el Consejo Nacional de Educación entre 1930 y 1932, en *Espiritualizar nuestra escuela, la instrucción primaria argentina en 1931*, San Miguel de Tucumán, 1980. Para un conocimiento de la labor de Terán, véase la obra de la SOCIEDAD DE HISTORIA ARGENTINA, *Estudios sobre la vida y la obra de Juan B. Terán*, Buenos Aires, 1939. Sobre estos temas, también se pueden consultar: JUAN MANTOVANI, *La educación y sus tres problemas*, San Miguel de Tucumán, 1943, y ÁNGEL ACUÑA, *La organización de la escuela argentina. Doctrinas y sistemas*, Buenos Aires, 1943.

En discursos, libros y folletos, JUAN DOMINGO PERÓN se encargó de dejar plasmada su política educativa. Véanse al respecto: *El peronismo y la doctrina social cristiana*, Buenos Aires, 1952; *El presidente de la Nación Argentina, Juan Perón, declara inaugurado el año del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, 1950; *Perón el realizador*, Buenos Aires, Año del Libertador General San Martín (1950); *Perón habla a los docentes de Córdoba*, Córdoba, 1953; PRESIDENCIA DE LA NACIÓN. SUBSECRETARÍA DE INFORMACIÓN, *La educación peronista a través del pensamiento de Perón*, Buenos Aires, 1952, y *Segundo Plan Quinquenal*, Buenos Aires, 1953. Es además imprescindible la consulta de la Constitución de la Nación Argentina, reformada en 1949, en *Anales de la Legislación Argentina*, tomo IX A, Buenos Aires, 1949.

Entre otros autores que abordaron el estudio de la etapa peronista, se pueden consultar: CARLOS ESCUDÉ, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, 1990; DOMINGO RAFAEL IANANTUONI, *El Plan Quin-*

quenal explicado a los niños, Buenos Aires, 1947; CECILIA A. PITTELI, “El peronismo y la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas públicas. 1943-1955”, ponencia presentada al Primer Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana, mimeografiada, Santa Fe de Bogotá, 1992; MARÍA INÉS ALBARRACÍN, “Bases ideológicas de la Constitución de Córdoba de 1949”, tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Córdoba, 1991.

Para comprender la posición de la Iglesia con respecto a la enseñanza religiosa en las escuelas, véanse, entre otros: RÓMULO AMADEO, *La enseñanza religiosa en las escuelas del Estado*, Rosario, 1944; GUILLERMO FURLONG, SJ, *La tradición religiosa en la escuela argentina*, Buenos Aires, 1968; monseñor FERMIN LAFITTE, “La enseñanza religiosa en las escuelas”, discurso en el acto de clausura de la Asamblea Arquidiocesana, Buenos Aires, julio de 1944. Monseñor Gustavo Franceschi sostenía que la Iglesia no había hecho más que defender los derechos naturales de la educación, basada en la exigencia de la naturaleza del hombre; véase el folleto de GUSTAVO FRANCESCHI, “En torno al proyecto de ley de enseñanza”, Buenos Aires, s/f. También se pueden consultar: HUGO GAMBINI, *El peronismo y la Iglesia*, Buenos Aires, 1971, y JUAN CARLOS TEDESCO, “La educación argentina entre 1930 y 1955”, en la obra colectiva *Historia integral argentina*, tomo 6, Buenos Aires, 1980.

Un autor que al promediar el siglo dedicó esfuerzos a analizar la situación de la educación argentina fue LORENZO LUZURIAGA, entre cuyas obras cabe consultar: *La enseñanza primaria y secundaria argentina comparada con la de otros países*, San Miguel de Tucumán, 1942; *La educación nueva*, San Miguel de Tucumán, 1943 (existe reedición, Buenos Aires, 1957); *La*

educación de nuestro tiempo, Buenos Aires, 1957; *Reforma de la educación pública*, Buenos Aires, 1945; *Historia de la educación y la pedagogía*, Buenos Aires, 1961. En este último texto se presenta la problemática educativa de acuerdo con las ideas sociales y culturales de cada momento histórico, desde la educación primitiva a la contemporánea. Como complemento de esta obra puede servir su *Antología pedagógica*, Buenos Aires, 1956.

Estudios más recientes ofrecen nuevos aportes al problema educativo, provenientes de otros análisis. Se cuenta, entre ellos, el libro de GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY, *La tragedia educativa*, Buenos Aires, 1999. El autor realiza una lúcida descripción sobre la crisis de la educación, a la vez que efectúa un excelente análisis de los valores imperantes en la sociedad contemporánea. Consúltense, además: JUAN JOSÉ LLACH, SILVIA MONTOYA y FLAVIA ROLDAN, *Educación para todos*, Buenos Aires, 1999; SILVINA GVIRTZ, *El discurso escolar a través de los cuadernos de clase. Argentina 1930-1970*, Buenos Aires, 1999, tesis doctoral que parte de corroborar la distancia entre las proclamas generales de la pedagogía y las prácticas discursivas estrechamente ligadas al trabajo en la escuela; la obra colectiva *El sistema educativo argentino. Antecedentes, formación y crisis*, Buenos Aires, 1985, y JUAN CARLOS TESDESCO, *Educación y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, 1986.

Sobre las condiciones laborales de los docentes se han escrito varios informes y artículos; véase: M. y P. NARODOWSKI, *La crisis laboral docente*, Buenos Aires, 1988. Sobre el Congreso Pedagógico Nacional, consúltense: ADRIANA PUIGGRÓS, *Discusiones sobre educación y política. Aportes al Congreso Pedagógico Nacional*, Buenos Aires, 1987; INES AGUERRON-

DO, *Una nueva educación para un nuevo país*, 2 volúmenes, Buenos Aires, 1988, trabajo descriptivo que aporta documentación; ANTONIO F. SALONIA y otros, *Ley Federal de Educación. Transformación del sistema educativo*, Buenos Aires, 1995, y ADRIANA PUIGGRÓS, *Desde la educación menemista al fin de siglo*, Buenos Aires, 1997.

Hay, además, una valiosa bibliografía, a veces de corta tirada, publicada en las provincias, que, obviamente por razones de espacio, no es posible dar a conocer en su totalidad. A modo de ejemplo, se han seleccionado algunos textos, teniendo en cuenta aquellos que aportan un panorama general o datos estadísticos. Entre los primeros, se cuenta la obra editada por la FUNDACIÓN AMADEO SABATTINI, *La educación en Córdoba en el siglo XX*, 2 tomos, Córdoba, 1998. La publicación es fruto de un año de investigación y docencia realizada en un curso organizado por la entidad, bajo el lema: "Docencia para la decencia". Entre sus autores figuran FERNANDO MARTÍNEZ PAZ, SILVIA N. ROITENBURD, EMILIANO ENDREK y MARÍA CRISTINA VERA DE FLACHS. De esta última, véase el capítulo V de dicha obra, "El reto al analfabetismo. 1920-1980", págs. 105-154. También se puede consultar, de esta misma autora, en colaboración con NORMA RIQUELME, "La educación primaria en Córdoba. 1930-1970. Crecimiento y contradicciones", *Cuadernos de Historia*, n° 7, Córdoba, 1987. RAÚL FERNÁNDEZ se ocupó del tema en *Historia de la educación primaria de Córdoba*, Córdoba, 1965, y en *Cómo se protege al escolar en la provincia de Córdoba. Comedores escolares. Colonias de vacaciones. Jardines de infantes. La encuesta social*, Córdoba, 1939.

En la *Revista de Ciencias de la Educación* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Univer-

sidad Nacional de Tucumán varios artículos dan a conocer la situación de la educación en la provincia. Se ocuparon del tema, entre otros: MARÍA ADELA SUAYTER, "Políticas y prácticas educativas en un contexto de exclusión en Tucumán. Alternativas: 1983-1997", "Una experiencia de educación popular en Tucumán" e "Historia de la educación en Tucumán, 1945-1955"; y MARÍA ESTHER FERREYRA y ALBA FERREYRA, "Política de edificación escolar: 1920-40", *Revista de Ciencias de la Educación*, n° 3, 1995.

Asimismo, sobre la educación primaria en las provincias, se pueden consultar: ADRIÁN RODOLFO MONTOYA, *La instrucción primaria en la provincia de San Luis*, San Luis, 1963, modesto trabajo que proporciona datos estadísticos; UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. INSTITUTO DE SOCIOLOGÍA, *La educación primaria en Tucumán. Banco de datos*, Buenos Aires, 1970; SANDRA CAVALLO, *La educación en Tierra del Fuego. Recopilación documental 1884-1989*, Buenos Aires, 1990; HERNÁN GÓMEZ, *La educación común entre los argentinos, 1910-1934*, s/l. 1935,

con especial énfasis en Corrientes; E. B. AHUMADA DE DEL PINO, *Un siglo de educación pública en Catamarca*, Catamarca, 1981; MARÍA TERESA CADENA DE RESSLING, *Historia de la educación de Salta*, Salta, 1982; TERESA ARTIEDA, "La función social del magisterio en el territorio nacional del Chaco", en la obra colectiva *A cien años de la ley 1420*, Buenos Aires, 1985; M. C. DE POMPERT DE VALENZUELA, "Historia de la educación primaria del Chaco (1920-1951)", *Folia del Nordeste*, Resistencia, 1989.

En el ámbito latinoamericano, los *Congresos Iberoamericanos de Historia de la Educación* convocados por la SOCIEDAD DE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN LATINOAMERICANA (SHELA) y realizados desde 1992, sucesivamente en Santa Fe de Bogotá, Campinas y Santiago de Chile, constituyen una excepcional fuente para apreciar el estado de la investigaciones en torno al tema de la educación latinoamericana. Hay en ellos una fuerte presencia de investigadores argentinos, del resto de América, España, Francia y Portugal, que intentan comprender la problemática educativa de las diferentes regiones.

51. LA ENSEÑANZA MEDIA

Fernando Enrique Barba

LA REFORMA SAAVEDRA LAMAS.
LA ENSEÑANZA MEDIA DURANTE
LOS GOBIERNOS RADICALES, 1914-1930

Durante la presidencia de Victorino de la Plaza fue relevante la reforma que llevó adelante el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Carlos Saavedra Lamas. La misma tuvo como principal objetivo lograr la transformación profunda del sistema educativo argentino y era considerada como el mecanismo óptimo y necesario para hacer posible una adecuación de la educación a las necesidades del desarrollo económico argentino, aplicando para ello criterios de la escuela activa. Este programa, nacido a través del decreto del 1° de marzo de 1916 y suprimido un año después con la llegada de Yrigoyen al poder, continuó con un ciclo de reformas puestas en marcha por gobiernos conservadores en los primeros años del siglo XX. Los voceros de la reforma expresaban, a través de sus escritos, críticas a la educación tradicional argentina. Sus reclamos se basaban en la idea de que esta educación había instruido, pero “no educado”, fallando en su tarea fundamental: la preparación para la vida. El nuevo rumbo debía procurar el acercamiento de los jóvenes a la naturaleza, al mundo de la producción y del trabajo. Los críticos de la

educación tradicional advertían acerca del peligro que pesaba sobre la Nación, en la medida en que no se revertiera esta tendencia hacia los colegios nacionales y las carreras liberales, descuidándose la industria y no formulándose propuestas de una educación práctica.

A pesar de ese proceso de crecimiento cuantitativo de los colegios nacionales, el objetivo de la reforma de 1916 se concentraba en los niveles inferiores. Preocupaba en forma significativa el importante número de alumnos que desertaban de la escuela primaria o fracasaban en su ingreso a los nacionales. La esencia de esta reforma radicaba en la necesidad de vigorizar a todo el sistema educativo, y de darle homogeneidad, ante la desarticulación existente entre los diferentes niveles. El ministro Saavedra Lamas destacaba una serie de razones generadoras de la crisis de los colegios secundarios, siendo ellas, en cierta medida, la formación enciclopedista y la ausencia de rumbos alternativos, de no ser el camino de la universidad.

Pieza clave de esta transformación la constituyó la escuela intermedia. Ésta venía a cumplir la misión de quebrar con la imagen “piramidal” del sistema de enseñanza, en la medida que pudiera crear nuevas posibilidades, fruto de la expresión de nuevas vocaciones, lejos de

las carreras tradicionales, solucionando el problema del desgranamiento estudiantil. La escuela intermedia no iba a ser tan sólo un nivel más de la educación, sino que sería el punto focal de todo el sistema, a partir del cual se abrían nuevas ofertas y nuevos rumbos, lejos de los tradicionales.

Dentro del proyecto educativo de Saavedra Lamas se advierten, además de la mencionada, una serie de novedades que fueron incorporadas a la educación argentina, entre ellas la constitución de "núcleos de materias afines" en los colegios nacionales. Éstos perdieron su estructuración tradicional en años de estudio, así como su carácter enciclopedista. Se incorporaban a ellos sin examen de ingreso, luego de culminados los estudios en la intermedia, cursándose un núcleo común previo a los de especialización. El fundamento de los núcleos de materias afines, correlativos al anterior, era otorgar al educando una preparación especializada acorde a los futuros estudios universitarios a proseguir. También debe señalarse la erradicación del examen de ingreso a los colegios nacionales, medida que tenía a combatir una situación consolidada de hecho, como lo era la cuestión de "saltar" del cuarto grado primario a los nacionales, sin haber cursado previamente el quinto y el sexto grado. Los males que generaba lo anterior —fundamentado en conceptos psicológicos y fisiológicos, por los autores de la reforma— eran un enorme número de desaprobados en los exámenes de ingreso y un descenso en la calidad de la educación impartida en los primeros años de los nacionales.

El decreto del Poder Ejecutivo de la Nación, del 1° de marzo de 1916, establecía que la escuela intermedia fuera implantada en las escuelas de aplicación anexas a las normales de

Capital Federal y en ciertas provincias, en algunas escuelas profesionales y en los primeros años de los colegios nacionales. El plan reformista estuvo en vigor durante todo el año 1916, pero careció de sanción legislativa a pesar de su tratamiento en la Cámara de Diputados; finalmente, fue suprimido por el gobierno de Yrigoyen, en los inicios de 1917.

También las cuestiones psico-fisiológicas pasaron al centro de la escena, al prestarse una extrema atención a la relación edad-madurez mental. La intermedia fue considerada como la educación por excelencia para ese momento de la vida del individuo (crisis de la pubertad), en la cual se manifestaban plenamente las vocaciones por medio de una educación práctica. Esta idea de una educación creadora de vocaciones no era compatible con las reformas anteriores de los ministros Bermejo, Fernández y Magnasco, quienes habían ubicado a la enseñanza práctica, en el marco de los colegios nacionales, entre los diecisiete y los dieciocho años. A lo largo de la interpelación parlamentaria al ministro Saavedra Lamas, se puede observar que algunos diputados, tanto radicales como conservadores, no tenían visiones tan marcadamente contrapuestas con respecto a la educación práctica.

La nueva administración radical convocó a sesiones extraordinarias, en el mes de diciembre, para el tratamiento de la ley de presupuesto de 1917. La comisión de presupuesto aprobó el proyecto de ley, modificando el anexo de instrucción pública, suprimiendo las partidas presupuestarias de la escuela intermedia, pero sin la previa intervención del Poder Ejecutivo y sin ningún tipo de decreto que derogase el del 1° de marzo de 1916. El motivo de la supresión de la intermedia era que el gobierno nacional se manifestó contrario a su



Escuela Normal Provincial del Centenario, de Santiago del Estero, inaugurada en 1916. Diario El Liberal, *Retrato de un siglo*, 1998.

creación. Esta posición la obtuvo la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, a partir de una declaración del ministro de Hacienda. El nuevo ministro, José Santos Salinas, dio prioridad al desarrollo de la instrucción primaria y la fundación de escuelas de artes y oficios.

En su proyección en el tiempo, las escuelas intermedias fueron reivindicadas por Alejandro Bunge, a favor de una superación del retraso sufrido en materia educativa por el país. Su propuesta apuntaba a la cuestión de que los cambios debían ser acelerados, para hacer posible una mayor industrialización en la Argentina. Nuevamente, desde el seno del conservadorismo, se cuestionaba la educación tradicional, abriéndose el espacio necesario para la introducción de novedades. A pesar de su rescate del Plan Saavedra Lamas, no hizo lo

mismo con la totalidad de la reforma, pues si bien promovía a la escuela intermedia, no impulsaba cambio alguno en la enseñanza secundaria.

Al comenzar 1917, un decreto del presidente Yrigoyen suprimió la reforma educativa del año anterior, a sugerencia de su ministro de Hacienda, debido a problemas presupuestarios. Fue restablecido el plan de estudios conocido como "Plan Garro", eliminando el sexto año de los colegios nacionales y solicitando para su ingreso el certificado de sexto grado primario. En pocas palabras, no se alteraba la marcha de la educación tradicional. Esta orientación se confirma con la fundación de cinco colegios nacionales, los de Santa Rosa de Toay, Posadas, Junín, Goya y Villa Mercedes (San Luis), y de seis escuelas normales. Por decreto del 10 de agosto de 1917 se crearon doce

escuelas de artes y oficios en las provincias, "para la difusión de la enseñanza práctica, y para la formación de obreros hábiles preparados para incorporarse al trabajo", con el objetivo de organizar nuevas especialidades, de acuerdo con las necesidades de la industria y del comercio en las zonas de influencia de cada establecimiento. Desde su asunción al poder hasta la presentación de su proyecto de ley orgánica en agosto de 1918, el gobierno radical mantuvo el sistema anterior sin alteraciones, poniendo el acento en la necesidad de crear mayor número de establecimientos, para destinarlos a nacionales, normales o escuelas de artes y oficios.

El 2 de agosto de 1918, el Poder Ejecutivo puso en consideración de la Cámara de Diputados de la Nación el proyecto de ley orgánica de la instrucción pública. Se señalaba que la juventud se estaba inclinando hacia estudios más especulativos que prácticos o de aplicación inmediata. La enseñanza secundaria se había desvirtuado haciéndose preparatoria para los estudios universitarios; se planteaba que la nueva ley otorgara a la enseñanza secundaria un carácter ampliatorio y complementario de los estudios primarios. Asimismo, se cuestionaba a la ley 1420 en la medida que no se correspondía con la actualidad, dado que la enseñanza exigía una "mayor consistencia, más nacional, práctica y adaptada a las necesidades regionales". Su momento de presentación fue coincidente con los sucesos de la Reforma Universitaria, pero quedó archivado en la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados. Al finalizar 1922, dicha comisión —ahora, con mayoría radical— dictó despacho sobre el proyecto de ley, que el Poder Ejecutivo había remitido en 1918, y ratificado en 1920 y en 1922. Fue incorporado en el or-

den del día para su tratamiento, pero no fue considerado en las sesiones ordinarias correspondientes a 1922. A los pocos días asumió la presidencia Marcelo T. de Alvear. Al convocar a sesiones extraordinarias no incluyó el tratamiento de dicho proyecto.

El nuevo gobernante radical puso al frente de la cartera educativa al ex diputado y gobernador de Entre Ríos, doctor Celestino Marcó. Bajo su gestión puso énfasis en la reforma de los planes de estudio, y a tal fin designó a una comisión especial. En septiembre de 1923 —un mes antes de ser reemplazado en este cargo—, el ministro presentó al Congreso un proyecto de ley orgánica de la enseñanza secundaria, que en líneas generales seguía el Plan Garro. Se establecía un ciclo de cuatro años, de carácter general, "el bachillerato"; y una etapa superior de dos años, "la licenciatura", con dos años de estudios polifurcados y preparatorios para la universidad. El proyecto no contó con la aprobación del Congreso. El nuevo ministro, Antonio Sagarna, incorporó la cultura estética en los colegios nacionales, acorde al clima reinante en el ámbito educativo, alimentado con el avance de la Escuela Nueva y de los estudios humanísticos. Se incrementó la enseñanza profesional, arrojando para 1927 un aumento consistente en 18 escuelas de artes y oficios, 3 escuelas profesionales de mujeres, 7 escuelas industriales, 3 escuelas de comercio y un colegio nacional. Por su parte, su sucesor, el doctor Juan de la Campa, designado por Yrigoyen, mantuvo esta tendencia de las gestiones anteriores, orientada a acrecentar el número de establecimientos medios, pero sin proponer una reforma completa del sistema. Este crecimiento cuantitativo se expresa en las siguientes cifras: 8 colegios nacionales, una escuela normal mixta, una escuela industrial, 3 escuelas de

comercio y una profesional para mujeres. Un detalle que se debe tener en cuenta, en ambas gestiones de Yrigoyen, fue el importante crecimiento numérico de los colegios nacionales, que lo diferencia de la gestión de Alvear.

LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, NORMAL Y ESPECIAL EN EL GOBIERNO DE JUSTO (1932-1938)

En líneas generales, la acción gubernativa tendió a realizar un escrupuloso reajuste en los establecimientos educacionales, tratando de adaptar el personal existente a las necesidades reales, tanto de los institutos como a las regionales y locales. Por ello, durante el período se reabrieron varios institutos de enseñanza clausurados por el gobierno de Uriburu, algunos según las antiguas características y fines que tuvieron en su origen en tanto que a otros se los reinauguró con otros diferentes, tratando de que se adaptaran a las exigencias de la época. Cabe señalar que durante el gobierno nacido de la revolución de septiembre de 1930, el presidente del Consejo Nacional de Educación, Juan B. Terán, se manifestó contrario a la educación práctica y el ministerio ajustó el presupuesto de la Inspección General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial con la excusa de que el gobierno anterior había designado muchos docentes; de allí el cierre de algunos institutos de enseñanza durante 1931. Pese a ello, la Inspección extendió al segundo curso el plan de estudios sancionado en 1928 para las escuelas industriales y presentó los planes de los siguientes.

Una de las primeras medidas fue la reapertura de los cursos de orientación rural y prác-

tica que como complementarios existían en doce escuelas del Interior y que reemplazaban a las extinguidas escuelas normales de preceptores que habían funcionado hasta fines de 1930. A efectos de no aumentar el número de escuelas normales comunes —que, vale acotar, eran las más solicitadas por los sectores interesados en la reapertura de escuelas cerradas por diversos motivos—, se puso en práctica un nuevo plan que apuntó a la formación de un tipo de maestro normal que, además de llenar las necesidades fundamentales para ejercer la enseñanza primaria, tuviera al mismo tiempo la capacidad para actuar eficazmente en el medio rural, dictando conocimientos específicos de acuerdo con las necesidades productivas de los diferentes lugares.

De esta forma, se establecieron en La Banda y Jáchal las dos primeras escuelas de adaptación regional y, posteriormente, las escuelas de Rosario de la Frontera, Cruz del Eje, San Francisco del Monte de Oro, Humahuaca, Rivadavia y San Isidro fueron transformadas en aquel sentido.

Ante los resultados favorables de la iniciativa, en 1934 siguieron los mismos pasos las cuatro escuelas de orientación rural que aún quedaban, es decir, las de Olta, Frías, Chascomús y Santa María en la provincia de Catamarca. En 1938, todas funcionaban con los cuatro cursos anuales completos. Dicho éxito permitió que el 24 de febrero de 1937 se sancionara el plan definitivo de este tipo de escuelas; por éste, los maestros egresados de las escuelas normales de adaptación regional, tal la denominación de las mismas, estaban habilitados para enseñar en todas las escuelas primarias, tanto urbanas como rurales, ya que los egresados tenían conocimientos y aptitudes para actuar en las últimas.

La enseñanza técnica fue, tal vez, uno de los aspectos a los cuales se le prestó mayor atención en la época, especialmente la que se realizaba en el ámbito de las escuelas industriales y de artes y oficios.

La primera reforma notoria fue la modificación del plan de estudios de la Escuela Industrial "Otto Krause", agregándole, entre otros elementos, un año de estudio en las diferentes especializaciones técnicas. Fueron a su vez reabiertas, en 1933, las escuelas de artes y oficios de Concordia y Victoria y luego, las de Dolores y Tres Arroyos, también cerradas por el gobierno de facto anterior; cambios similares se realizaron posteriormente en las de Tafi Viejo y en la Profesional N° 5 de la ciudad de Buenos Aires. En la capital no existían escuelas de este tipo dependientes del Estado nacional, y en consideración de que por aquellos años Buenos Aires tenía la mayor concentración obrera, no sólo del país sino del continente sudamericano, se crearon cuatro establecimientos donde se enseñaban las técnicas fundamentales empleadas en la industria metalúrgica, electricidad, madera y otras de aplicación directa en tareas laborales.

En 1935, en el país existían treinta y cinco escuelas de artes y oficios dependientes de la Nación, que habían sido creadas en diferentes épocas. Quizá lo más distintivo del período fue la acción del gobierno para ampliar el número de oficios que se enseñaban, "quebrando así —se expresaba— la innecesaria uniformidad con que se ha organizado la mayor parte de las que hoy funcionan".

Los estudios comerciales recibieron también un interesante apoyo, tratando el gobierno nacional de satisfacer en este aspecto las necesidades regionales. Basándose en esa premisa se crearon cursos para peritos mercanti-

les anexos a los colegios nacionales de Santiago del Estero y Gualeguaychú y también a la Escuela Normal de La Rioja. Asimismo, se estableció una Escuela Nacional de Comercio con cursos diurnos y nocturnos en la ciudad entrerriana de Victoria, un curso en la Escuela de Artes y Oficios de Reconquista y uno similar en el Colegio Nacional de Trelew. Dos escuelas de peritos mercantiles fueron creadas en Ramos Mejía y San Isidro; simultáneamente se nacionalizaron la Escuela Superior de Comercio "Domingo G. Silva" de Santa Fe y la "Martín Zapata" de Mendoza.

Otro aspecto que no se descuidó fue el de formar bachilleres preparados para luego continuar los estudios universitarios. Para ello se dio un gran impulso a la que entonces se denominaba específicamente enseñanza secundaria. Así, el número de establecimientos creció de los 53 existentes en 1931 a 68 en 1937, ya que en el transcurso de aquellos años fueron fundados los siguientes colegios: el Liceo de San Pedro (Buenos Aires), Resistencia, San José de Flores y Belgrano en la ciudad de Buenos Aires, Cañada de Gómez, Curuzú Cuatí, Viedma, los liceos de Santa Fe y Rosario, Bolívar, San Rafael, Aguilares (Tucumán) y Trenque Lauquen. La matrícula escolar creció de 21.598 alumnos en 1931 a 26.879 en 1938 y el número de profesores, de 2.293 a 3.828, en el mismo lapso. En el mismo período, los establecimientos incorporados pasaron de 101 a 178; los alumnos, de 8.158 a 13.207 y los docentes, de 1.122 a 2.107.

En 1938 funcionaban, en todo el territorio de la Nación, 280 establecimientos de enseñanza secundaria, normal y especial dependientes del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y su distribución era la siguiente: 61 colegios nacionales, 9 liceos de señoritas, 89 escuelas normales, incluidas 12 de adaptación

regional, una de maestros rurales y otra de orientación rural; 22 escuelas de comercio, 4 escuelas industriales, 71 escuelas técnicas y de artes y oficios, una escuela de minas y 28 escuelas profesionales para mujeres.

Otro elemento de apoyo al mejoramiento de la calidad en la enseñanza media en general fue el provisto por el decreto de 21 de junio de 1934, que además de dar las pautas para la designación de los profesores a partir de títulos habilitantes, estableció como norma la necesidad de someter a una inspección técnica la capacidad docente de los profesores de escasa antigüedad en el cargo y designados antes de la aplicación de la nueva medida. Se pretendía así jerarquizar la función docente y que la misma fuera ejercida por personal capacitado.

Dentro de la línea de mejoramiento general de la calidad de la educación, la Inspección General de Enseñanza, en cumplimiento de una resolución del ministro de Justicia e Instrucción Pública, Manuel de Yriondo, el 6 de febrero de 1936 dispuso la reforma de los programas que estaban en vigencia en la enseñanza secundaria. Básicamente, el trabajo se realizó con el fin de modernizar las asignaturas y actualizar sus contenidos incorporando todos los avances científicos y de conocimientos que se habían generado en los últimos treinta años, tanto en las áreas científicas como en la de las ciencias humanas. La tarea estuvo en manos de comisiones organizadas y designadas por la Inspección, las cuales fueron constituidas por especialistas, investigadores y profesores, quienes redactaron no sólo los programas sino una serie de indicaciones para los docentes a fin de que pudieran realizar sin inconvenientes las respectivas actualizaciones curriculares.

En las comisiones se desempeñaron figuras relevantes como Ernesto Nelson, Juan En-

rique Cassani y Juan José Gómez, todo avalado y estructurado por el inspector general de Enseñanza, el destacado pedagogo Juan Mantovani.

La reforma se caracterizó especialmente por fijar un término no menor de seis años para todas las ramas de la enseñanza media, es decir la secundaria (bachillerato), normal, comercial e industrial. Su iniciación no podía ser antes de los doce años de edad y requería haber aprobado la escuela primaria completa. Con buen criterio y con el manifiesto fin de otorgar unidad al contenido curricular en este nivel educativo, se creó un ciclo inferior de cuatro años que debía evitar la iniciación brusca de la enseñanza técnico-profesional y asegurar simultáneamente a quienes seguían el bachillerato, una base de información y de cultura mínima para concluir en el segundo ciclo con estudios generales de matemáticas, ciencias sociales, idiomas y literatura. A su vez, afirmaba el hecho de que los estudios medios generales constituían la mejor base de los estudios especializados, ya que gracias a aquéllos, la actividad técnica y profesional de las carreras menores adquirirían seguridad, comprensión y claridad.

Acorde a la época, Mantovani afirmaba que la reforma era importante porque "para la vida de la Nación es necesario que el Estado oriente con criterio uniforme la educación en ese período decisivo de la existencia que comienza a definirse la personalidad. Debe asegurar (...) un fondo de formación común. Éste interesa no sólo teniendo en cuenta el porvenir de cada adolescente en particular, sino también como contribución a la formación de una conciencia social y un espíritu nacional, aspectos esenciales de la enseñanza media".

**EL PERÍODO 1938-1945. LA ACCIÓN
DEL MINISTRO JORGE EDUARDO COLL
Y EL PROYECTO DE LEY DE EDUCACIÓN
COMÚN**

Apenas asumidas las funciones por el presidente Roberto M. Ortiz, su ministro de Justicia e Instrucción Pública, Jorge E. Coll, se consagró plenamente a la realización de un proyecto de ley nacional de educación común. Las ideas vertidas en ella tuvieron como fundamento el decreto de 1º de junio de 1938, donde se expresaba que a pesar de lo que se había realizado en el nivel educativo, el índice de analfabetismo y el alto grado de deserción escolar, tanto en el ámbito primario como en el de la enseñanza media, se debían básicamente a la "miseria e incultura de muchas regiones del país"; sin embargo, no debían descartarse como causa secundaria pero importante los defectos atribuibles a los planes de instrucción, ya que los mismos tenían, en gran medida, por fin último los estudios superiores, los cuales no todos, por diferentes circunstancias, estaban en capacidad de seguir. Concluía con la tajante afirmación de que era necesario "admitir que ese tipo de instrucción no responde a las condiciones mentales ni a la situación económica del país".

Con una clara tendencia hacia las salidas laborales, se sostenía que los estudios que se impartían en los colegios nacionales debían tener un fin en sí mismos. Se proponía simultáneamente reducir los estudios a cuatro años, los cuales constituían el primer ciclo, a través de un sistema de liceo, donde el desarrollo de los programas respondiera a una útil cultura general.

Terminado ese ciclo, se impartía la enseñanza preuniversitaria, no especializada; los

estudios deberían entonces separarse en dos ramas, una de preparación para el ingreso a la universidad y la otra de formación de maestros normales. Ambas ramas habilitaban para efectuar los estudios del profesorado superior. Con el nuevo plan se lograba la transformación de la escuela normal, cuyo plan y tipo especial de organización regía, sin cambios fundamentales, desde hacía medio siglo, y reducía la preparación del maestro a rápidos conocimientos generales y a una elemental formación teórica y una breve ejercitación práctica de orden didáctico. En lo relativo a la enseñanza especial, se esperaba también solucionar la preparación inferior del maestro al bachiller a través de la enseñanza de liceo mencionada, y se insistía en la necesidad de fomentar la enseñanza comercial e industrial de acuerdo a las "características económicas del país". Se confiaba en que, al aplicar los nuevos planes, se resolvería un gran problema del normalismo, cual era el exceso de maestros de acuerdo a las reales posibilidades de trabajo, problema que se agudizaba más por el creciente número de escuelas normales. Desde hacía años, la cuestión era conocida; en 1933 en el Registro de Aspirantes del Consejo Nacional de Educación estaban inscriptos 12.480 maestros, solamente en la Capital Federal; en 1937, la cifra era de 19.600, habiendo sido posible designar sólo a 400. Para 1938 se calculaba que había 40.000 maestros normales que no podían ejercer la docencia, ya que durante el período 1927-1937 se habían registrado 47.000 títulos y se había designado durante el mismo lapso sólo a 7.000. Sin embargo, conviene señalar que las cifras aparecen evidentemente abultadas, porque no todas los graduados de las escuelas normales pretendían luego ejercer la docencia, especialmente en el caso de muchas



Juan Mantovani, educador y pensador que tuvo influencia en la marcha de la educación en el país.

graduadas. De cualquier modo, la relación entre postulantes y graduados continuaba siendo muy alta.

Por el citado decreto se designaba una comisión especial presidida por el ministro e integrada además por los doctores Horacio C. Rivarola y Carlos M. Biedma y los señores Manuel S. Alier y Arturo Cancela. El proyecto de ley, que básicamente se estructuró sobre las bases preparadas por el ministro, trataba, entre otros aspectos, lo relativo a la enseñanza media y especial —título III— y dentro del mismo legislabo sobre la enseñanza impartida en los liceos, bachilleratos, magisterio normal, comercial e industrial, profesional de mujeres y oficios, régimen de promoción, para terminar estableciendo el

Estatuto del Magisterio de Enseñanza Media y Especial. El certificado del primer ciclo de liceo habilitaba al estudiante para seguir luego el bachillerato o el magisterio, pero se resaltaba que era necesario, además, haber obtenido una calificación no inferior a seis puntos de promedio. En este sentido se concordaba con el plan del ministro Antonio Bermejo de 1897 y con el proyecto de Mantovani en cuanto al concurso o forma de selección de los más aptos para seguir el segundo ciclo. El bachillerato y los estudios de magisterio se obtenían entonces cursando dos años más de materias específicas que componían el segundo ciclo del liceo. También se prescribía que las universidades nacionales debían impartir la enseñanza media conforme a lo establecido por la ley, aunque ello no significaba la prohibición de enseñar otras asignaturas. El proyecto, que no llegó a concretarse por el cambio de autoridades producido al año siguiente, no contó tampoco con un gran apoyo, especialmente en la prolongación de los estudios y un desarrollo mayor de la enseñanza secundaria al estilo clásico. En este sentido, Alejandro Bunge consideraba que dadas las condiciones socioeconómicas del país, sólo el 3,5% de la población cursaba los estudios secundarios, y el niño que había terminado con la escuela primaria únicamente podía “vagar si no tiene edad para ser recibido por la industria o el comercio que encuentran dificultades legales para admitirlo como aprendiz, y que no pueden cursar en escuelas”, a las cuales económicamente no podía llegar. Por ello, promovía la creación de la escuela intermedia, la cual debería tener tres cursos anuales en los cuales “se instruirá y educará para la vida y en lo posible con carácter regional y vocacional”.

La nueva administración escolar también debió enfrentar, entre otros inconvenientes, la manifiesta incapacidad por parte de los establecimientos del Estado para absorber la creciente cantidad de interesados en cursar la enseñanza media en sus diferentes ramas. Un caso típico era el de la ciudad de Buenos Aires, que simultáneamente tenía el mayor número de establecimientos y un excesivamente alto porcentaje de aspirantes que no lograban ingresar; lo cual explica, por otra parte, la gran cantidad de institutos particulares incorporados a la enseñanza oficial (véase el cuadro 1).

Se debe señalar que las cifras indicadas en el cuadro 1 no diferían en mucho con las de los años anteriores, ya que estaban dentro de los parámetros acostumbrados, al menos en lo concerniente a los colegios nacionales y liceos de señoritas, una quinta y una cuarta parte de los que se presentaron, respectivamente. En las escuelas normales de señoritas—ante el prestigio que gozaba por entonces el magisterio y a pesar de las medidas que se tomaban para restringir “la persistente tendencia de los padres a procurar que sus hijas” cursaran aquellos estudios—, el porcentaje de rechazo fue muy alto. Sin embargo, era cierto que una parte del excedente encontraba ubicación en las escuelas normales incorporadas,

y el resto, en gran medida, en las escuelas comerciales.

Precisamente, la prédica que desarrolló el gobierno tendiente a orientar a los estudiantes hacia las profesiones y ocupaciones prácticas provocó una notoria tendencia a seguir los estudios comerciales e industriales. El éxito de la campaña evidentemente superó las expectativas oficiales y la capacidad de sus colegios se vio colmada. Por ello, la acción privada suplió especialmente la falta de escuelas oficiales de comercio a través de la instalación de sesenta y cinco incorporadas y numerosas academias particulares que impartían enseñanza comercial libre, que obviamente no era gratuita; por lo cual, los estudiantes que decidían optar por esos estudios y que generalmente procedían de clases con menos recursos económicos encontraban serias trabas para lograr sus metas.

Es interesante observar la opinión del inspector jefe de la sección de la enseñanza comercial al respecto. Señalaba que muchas localidades del interior del país que habían alcanzado suficiente importancia deseaban la creación de un establecimiento de enseñanza media que les permitiera educar a sus hijos sin que tuvieran que trasladarse a otro lugar para hacerlo. “Descartada la Escuela Normal, para no agravar la situación creada por el excesivo

CUADRO 1

ASPIRANTES Y DISPONIBILIDAD DE INGRESO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
1938-1945

<i>Establecimientos</i>	<i>Aspirantes</i>	<i>Asientos disponibles</i>	<i>Porcentaje de excluidos</i>
10 escuelas normales	2.547	900	64
9 colegios nacionales	2.975	2.366	20
3 liceos de señoritas	656	490	25
3 escuelas de comercio de varones	1.986	980	51
2 escuelas de comercio de niñas	817	470	42
2 escuelas industriales	1.445	549	62

número de maestros sin puesto, y la Escuela Industrial que requiere un ambiente propicio y exige costosas instalaciones, sólo quedan para satisfacer aquellas aspiraciones, el Colegio Nacional y la Escuela de Comercio; pero mientras el primero no proporciona otra posibilidad práctica que la de conducir hacia las carreras universitarias que son largas y costosas y que ya no aseguran un fácil porvenir debido al excesivo número existente de profesionales, la Escuela de Comercio, sin descuidar la formación de la cultura de los alumnos, les proporciona conocimientos técnicos adecuados para resolver con decoro el problema de la ocupación inmediata". Vale la pena señalar que en previsión de todo lo señalado anteriormente, el plan de estudios de la carrera comercial se había preparado de tal forma que si los estudiantes tenían problemas para continuar los estudios, obtenían, con el tercer año aprobado, el certificado de auxiliar de comercio; con el de cuarto, el de tenedor de libros y si completaban la carrera, el de perito mercantil.

A su vez, los planes de estudio de los colegios industriales sufrieron una importante transformación. Los más de 5.000 alumnos distribuidos entre los colegios estatales y privados padecían el muy serio inconveniente de no poder continuar con sus estudios en otro establecimiento que no fuera en el que los hubiera iniciado, por cuanto los planes eran diferentes prácticamente en cada escuela. Asimismo, en la Escuela Industrial "Otto Krause", donde estaba aplicándose el llamado plan de siete años aprobado en 1935, se encontraban numerosos profesores dictando sus cátedras ad honórem.

Ante este desordenado estado de cosas, la Inspección General dictó, el 16 de enero de 1939, una resolución mediante la cual se orde-

naba regularizar la situación docente del Otto Krause. Se designó una comisión, integrada por los ingenieros Juan José Gómez Araujo, Federico N. del Ponte y Andrés Carlos Rey, todos miembros jerárquicos de la rama en cuestión, a fin de que propusieran las medidas necesarias para solucionar los problemas apuntados.

Con sorprendente prontitud, la comisión presentó un proyecto de reajuste, no sólo del personal del establecimiento, sino también otro plan de estudios para todas las escuelas industriales del país, que fue aprobado por decreto del 7 de marzo del mismo año y aplicado en su totalidad al comienzo del curso, incluso en la Escuela de Minas e Industrial de San Juan.

La reforma era un intento de ajustar los nuevos planes a la realidad industrial del país, pero se sacrificaba, en una muy discutible medida, la cultura general del educando a favor de las materias más técnicas. Precisamente en una parte de los considerandos se expresaba que la anterior reforma, ya citada, había lesionado el "carácter primordial" de los institutos técnicos profesionales por la "acumulación excesiva" de materias de letras o disciplinas afines que reemplazaban a algunas de especialización, tanto en el ámbito teórico como práctico. Según la opinión de los autores del nuevo reajuste, el "exceso" de materias formativas había ocasionado que sólo el 60% de los alumnos se recibieran, abandonando el resto sus estudios, con una preparación trunca. Se esperaba que la reforma permitiera aumentar el número de graduados, al disminuir en un año el periodo de estudio que se había "extendido en el plan de 1935 en razón de estar saturado de materias de letras". En ningún momento se permitían pensar que una de las causas por la cual los jóvenes abandonaban las

aulas eran las económicas, las dificultades para sostenerlos por parte de sus padres y la necesidad de ocuparse tempranamente.

Se notaba además que el nuevo plan trataba de profesionalizar al alumno a través de materias específicas apuntando a una notoria baja del conocimiento humanístico, en abierta contraposición con las ideas de los pedagogos que habían propuesto aquel plan que ahora se repudiaba. Asimismo, se buscaba realizar economías en un presupuesto que no era excesivamente holgado.

De todas formas, se debe reconocer el mérito del nuevo plan de imprimir con un criterio uniforme desarrollo a la educación industrial mediante programas y actividades prácticas a fin de asegurar que el egresado de las escuelas industriales tuviera una evidente "aptitud específica" apropiada para el ingreso a la industria privada. Esta actitud tenía mucho que ver con la nueva situación planteada en el mercado mundial, especialmente desde la crisis de 1929 y sus importantes consecuencias en la producción argentina, la que por imperio de la necesidad comenzó a cubrir rubros en los cuales había problemas de abastecimiento. Con pragmática posición, se pretendía adaptar la enseñanza técnica a las peculiares necesidades de esta surgente industria, tratando de evitar la simple copia de los planes de estudio de los países industrializados. Se pensaba que los nuevos planes tuvieran la suficiente elasticidad para adaptarse al cambio cualitativo de la producción nacional, preparando hombres "aptos para estudiar y aplicar los métodos propios que nuestras industrias requieren".

Por decreto del 22 de septiembre de 1941, que llevaba las firmas del presidente Castillo y del ministro Guillermo Rothe, se aprobó la re-

forma de los planes vigentes en los establecimientos de segunda enseñanza, produciéndose un cambio de criterio con respecto al proyecto anterior, especialmente en lo relativo a la duración de las carreras, manteniéndose la tradicional. Se dispuso que los colegios nacionales, liceos de señoritas, escuelas normales comunes y de lenguas vivas tendrían un primer ciclo de tres años con los mismos programas; el segundo ciclo, de dos años de duración, se reservaba para los estudios especiales y característicos de cada carrera. Los colegios industriales dividían sus estudios en tres ciclos, uno común a todas las especialidades con tres años de duración, un segundo que comprendía el cuarto año y un tercer ciclo, quinto y sexto, donde se diferenciaban las especialidades. En 1942 se estableció el carácter obligatorio de la celebración en todos los establecimientos de enseñanza del 20 de Junio, Día de la Bandera.

El gobierno surgido del golpe del 4 de junio de 1943, de neto tinte nacionalista católico, y en clara reacción a los principios liberales emanados de la ley de educación 1420, se preocupó por restablecer la enseñanza religiosa en las escuelas dependientes del Consejo Nacional de Educación. Se señalaba que quedaban excluidos aquellos alumnos cuyos padres manifestaran expresa oposición por pertenecer a otra religión; a dichos educandos se les impartiría instrucción moral. Al efecto, el 31 de diciembre de aquel año se creó, por decreto en acuerdo de ministros, la Dirección General e Inspección General de Enseñanza Religiosa y el 10 de marzo de 1944, por el decreto 5913, que llevaba la firma del ministro J. Honorio Silgueira, se disponía que el subdirector de la especialidad, el presbítero doctor Alberto Escobar, tomara a su cargo la implan-

tación de aquel tipo de enseñanza. Posteriormente, el 28 de noviembre del mismo año, se modificó el artículo 5º de dicho decreto; el nuevo organismo tomó la designación de "Dirección General de Enseñanza Religiosa", con el fin de orientar, organizar y dirigir este tipo de enseñanza en los establecimientos dependientes del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y del Consejo Nacional de Educación; en los institutos de instrucción similar dependientes de las diversas reparticiones públicas, deberían hacerlo de acuerdo con las autoridades respectivas. En el primer año de reimplantación de la enseñanza religiosa obligatoria se inscribieron en ella 89.896 alumnos, mientras que en instrucción moral lo hicieron 8.779. El entonces director general, presbítero doctor Jesús E. López Moure, explicaba la inscripción con palabras que se pueden relacionar con la posición xenófoba del nacionalismo hacia la inmigración. Decía que "el porcentaje de alumnos que se excluyen de la enseñanza religiosa aumenta en los centros de población más influenciados por determinados tipos de corriente migratoria, y disminuye hasta casi desaparecer en las provincias donde la población autóctona, o de origen latino, ha permanecido prácticamente intacta. Por otra parte, la distribución estadística por tipos de colegios, demuestra que el

porcentaje de excluidos de la enseñanza religiosa aumenta en los liceos, donde aumenta también el porcentaje de elementos de origen foráneo y poco asimilables".

La evolución cuantitativa de la educación en los colegios nacionales y liceos entre 1939 y 1944 se puede observar en el cuadro 2.

PERONISMO Y EDUCACIÓN (1945-1955)

La aparición del peronismo en la vida política nacional a mediados de la década de 1940 significó un fuerte impacto en la sociedad, en la medida en que promovió cambios sustanciales en ella. Estas transformaciones fueron de orden político, social, económico y cultural, por lo cual no podía quedar ajeno el quehacer educativo. Las reformas al sistema realizadas durante el primer gobierno del general Juan D. Perón se fundamentaron en los principios del Primer Plan Quinquenal (1947-1951). En su capítulo dedicado a la educación se destacaba la búsqueda de una filosofía educacional que equilibrara materialismo e idealismo, que entendiera el principio democratizador de la enseñanza como un patrimonio igual para todos, que se debe ofrecer a quien no tiene oportunidades de educación que otros poseen. Asimismo, se destacaba la preeminencia de las aptitud-

CUADRO 2
MATRÍCULA EN COLEGIOS NACIONALES Y LICEOS
1939-1944

Establecimientos	1939		1940		1941		1942		1943		1944	
	Nº	alumnos										
Oficiales	66	26.852	69	28.040	69	28.920	78	31.225	80	31.390	83	34.534
Incorporados	153	13.515	145	13.675	148	13.295	197	15.958	237	17.667	225	18.642
Total	219	40.367	214	41.715	217	42.215	275	47.183	317	49.057	308	53.176

des y no de los medios de los cuales se dispone como determinante en las posibilidades de educación de la juventud argentina, y también el concepto de enseñanza práctica y profesional en el nivel medio.

En este contexto se planteaba como necesario inculcar a niños y jóvenes los valores de la nacionalidad. El presidente lo planteó con toda claridad en un discurso pronunciado en el Teatro Colón el 4 de agosto de 1947; en él dijo que en “la orientación de la enseñanza, no es un secreto para ninguno que penetre este tema, que el enciclopedismo ha resultado como una consecuencia de la falta de orientación superior de la enseñanza. Con él se ha producido una serie de excesos y de desviaciones que ustedes conocen mucho más en detalle que nosotros”. Afirmaba la necesidad de una enseñanza donde la instrucción resultara una consecuencia de la realidad nacional, porque era imprescindible formar hombres para la Argentina, “para el medio en que viven, y para el momento en que viven”.

Lo expresado con anterioridad se plasmó en el decreto 26.944 del 4 de septiembre de 1947, que estableció las orientaciones fundamentales para la enseñanza pública. En los considerandos del mismo se expresaba que correspondía al Estado, en cumplimiento de sus fines sociales y jurídicos, “orientar la enseñanza pública y procurar la armonización cultural de la Nación”, pues era indiscutible que la enseñanza debía “contribuir a forjar y consolidar la unidad del pueblo en lo moral, lo económico, lo político y lo cultural, respetando y estimulando en el hombre el desenvolvimiento de sus propias posibilidades”.

Se especificaba que la enseñanza pública nacional habría de tener como principal propósito formar al hombre argentino “con plena

conciencia de su linaje, auténtica visión de los grandes destinos de la nacionalidad y ferviente voluntad histórica para servir a la patria y a la humanidad”; también establecía el reajuste de los planes y programas teniendo en cuenta la conexión de los conocimientos entre los distintos ciclos, los cuales tendrían como principio básico organizador a materias “esencialmente formadoras de la conciencia histórica nacional”, tales eran historia argentina e idioma castellano. En el artículo 3º se señalaba que la enseñanza pública en el país sería gratuita y democrática e “informada en un profundo sentido de justicia social”, comprometiéndose el Estado a la creación y sostenimiento de las escuelas. Finalmente, en el artículo 4º, se indicaban las normas para la enseñanza que se debía impartir en los niveles primario, medio y superior, señalándose que “la enseñanza media contribuirá a formar la conciencia nacional de los alumnos, despertando y fomentando el amor a la patria y el sentido de la propia responsabilidad”.

La organización de la enseñanza media debía abarcar dos ciclos: uno básico, eminentemente formativo y cultural, y otro superior, de cultura general y manualidades, de sentido práctico-profesional. El primero debía abarcar los medios para un desenvolvimiento de la personalidad juvenil con exclusión de todo objetivo profesional. En él, el adolescente, a través de innumerables vías culturales, haría su camino de humanización y descubriría los signos y señales de su propia personalidad. El segundo debía ampliar y reafirmar ese mundo cultural, a la vez que sumaría un adiestramiento y dirección de tendencias y capacidades hacia un núcleo de intereses que polarizarían la psicología de la pubertad: el del futuro rendimiento social.

Finalmente, además del referido al rescate de la nacionalidad, se mencionaban dos elementos constitutivos de la reforma educativa; uno de ellos se refería al contenido espiritual que debía poseer la enseñanza media y el otro, a la necesidad de promover el trabajo manual. La enseñanza religiosa en las escuelas públicas y el impulso a la enseñanza técnica fueron la respuesta a lo expresado.

El tema educativo volvió a ser abordado en 1953, esta vez en el Segundo Plan Quinquenal, en el cual se repetían los objetivos fundamentales del primero juntamente con los de la doctrina peronista, elevada por ley 14.184 del 21 de diciembre de 1952 al rango de "Doctrina Nacional", y se sostenía que "en materia de Educación, el objetivo fundamental de la Nación será realizar la formación moral, intelectual y física del Pueblo, sobre la base de los principios fundamentales de la Doctrina Nacional Peronista, que tiene como finalidad suprema alcanzar la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación, mediante la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política, armonizando los valores materiales con los valores espirituales y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad".

Estos postulados dieron forma a un proceso de "peronización" de los contenidos curriculares de la educación, que se produjo claramente en la segunda presidencia del general Perón. A modo de ejemplo, se tiene la incorporación, por ley del 17 de junio de 1952, como texto en los programas de estudio de los niveles primario, secundario, normal, especial, técnico y superior, del libro *La razón de mi vida*, de María Eva Duarte de Perón.

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

Como se señaló oportunamente, el gobierno de facto encabezado por el general Pedro Ramírez estableció, por decreto 18.411/43, la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas de nivel primario y secundario de todo el país. Ya siendo presidente constitucional el general Perón, su gobierno impulsó la ratificación por ley del mencionado decreto. Esto ocurrió en abril de 1947, cuando ambas Cámaras del Congreso trataron la cuestión que culminó con la sanción de la ley 12.978. Esta medida implicó una modificación de la ley 1420, que desde 1884 ordenaba la educación primaria, a la cual explícitamente se dirigía, pero cuyo espíritu laicista también impregnaba a la secundaria.

Debe señalarse también que la ley contemplaba el dictado de moral a los alumnos cuyos padres expresaran su oposición a que a sus hijos se les impartiera religión. Asimismo, el texto creaba la Dirección General de Instrucción Religiosa, que tenía por fin organizar y dirigir esa rama de la enseñanza dependiente del Consejo Nacional de Educación, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Al mes siguiente, por decreto del 16 de mayo, se reglamentó la ley, expresándose allí que la mencionada repartición estaría integrada por un director general y cinco vocales. Correspondía al novel organismo el estudio de los programas de enseñanza y selección de los textos mediante los cuales se impartiría ésta, los cuales deberían elevarse para su adopción al Poder Ejecutivo, previa consulta con la autoridad eclesiástica. El personal docente a cuyo cargo estaría la enseñanza de la religión sería designado por el Poder Ejecutivo, y era condición para su labor ser argentinos, profe-

sar la religión y acreditar capacidad técnica y didáctica.

Más allá del espacio adquirido por la Iglesia en la educación pública, la educación privada recibió un importante espaldarazo oficial con la sanción de la ley 13.047 el 4 de octubre de 1947, que dictaba el Estatuto para el Personal Docente de los Establecimientos de Enseñanza Privada. De esta manera los establecimientos quedaban clasificados en adscriptos a la enseñanza oficial; libres, es decir, no estaban incorporados a la enseñanza oficial aunque seguían sus planes y programas; y privados, totalmente independientes de la enseñanza pública. Los establecimientos adscriptos recibirían subsidios del Estado para abonar los salarios de los docentes si demostraban no estar en condiciones de pagar los sueldos mínimos estipulados por la ley para aquéllos. Este aporte estatal no podía superar los dos tercios de los salarios, cantidad que se elevaba al 80% en el caso de los establecimientos que impartían enseñanza enteramente gratuita.

Por último, se debe decir que al calor del conflicto mantenido entre el gobierno peronista y la Iglesia Católica, la enseñanza religiosa en las escuelas estatales fue suprimida por ley 14.401 del 13 de mayo de 1955, medida que había sido precedida por la supresión de la Dirección General de Enseñanza Religiosa por decreto del 2 de diciembre de 1954.

LA ENSEÑANZA TÉCNICA

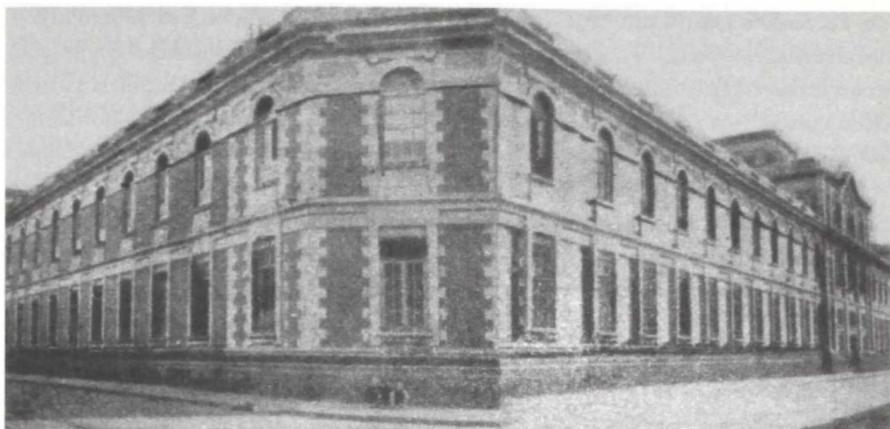
La política de fomento industrial llevada adelante por el peronismo y la consecuente demanda de mano de obra, llevaron al gobierno a prestarle una especial atención a la enseñanza técnica, tanto la tradicional como la no

tradicional. La oferta oficial para la formación técnica estaba compuesta hasta entonces por cuatro tipos de instituciones: las escuelas de artes y oficios, las escuelas industriales de la Nación, las escuelas técnicas de oficios y las escuelas profesionales para mujeres. Así, la enseñanza técnica comprendía en 1944 el 15,7% de la enseñanza media oficial, la mitad del bachillerato, que alcanzaba al 32,9%, y de la enseñanza normal, con el 28,3%. Superaba apenas a la enseñanza comercial, que contenía al 14,2% de la matrícula, y a la enseñanza profesional, que alcanzaba al 8,9%.

Por decreto del 6 de julio, se creó la Dirección General de Enseñanza Técnica (DGET), dependiente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, que tenía por fin "dirigir, administrar y someter a inspección a todos los establecimientos de enseñanza técnica destinados a preparar técnicos especializados y artesanos", que hasta ese momento dependían de la Inspección General de Enseñanza. También le competía elaborar planes de estudios y cumplir las directivas emanadas del ministerio del cual dependía, "conforme a las necesidades presentes y futuras del trabajo nacional".

La reforma curricular de las escuelas dependientes de la DGET llegó por medio de otro decreto del 31 de marzo de 1948. Allí se fundamentaba la uniformidad de toda la enseñanza impartida desde la Dirección en la necesidad de que las reformas se adaptaran al plan de gobierno. Se señalaba también la necesidad de adecuar la enseñanza profesional a las necesidades de la industria nacional.

La enseñanza se organizó en tres ciclos: uno básico o de capacitación, formado por escuelas de artes y oficios, de dos años, al final del cual se obtenía un certificado de capacita-



Colégio de Artes y Oficios "San José" de la Obra de Don Bosco. Rosario.

ción en un oficio; un ciclo medio o de perfeccionamiento, que se cursaba en las escuelas técnicas de oficios, también de dos años, que otorgaba un título de experto en un determinado oficio, y otro superior o de especialización, que se cursaba en las escuelas industriales durante tres años y otorgaba el título de técnico. En 1952 se produjo una nueva reforma en las escuelas industriales dependientes de la DGET, cuyos rasgos principales fueron los siguientes: un ciclo básico común a todas las especialidades, que reemplazó a los de capacitación y perfeccionamiento establecidos por el decreto 9078/48, otorgándose a los alumnos egresados de él un certificado de *experto* en los estudios cursados; se aumentaron a doce las horas de taller, práctica o trabajos en la especialidad fijados en los tres años del ciclo superior; se implantó un curso complementario (técnico) de un año de duración para los egresados de las escuelas industriales regionales, del ciclo del bachillerato y magisterio y de las escuelas de comercio, después del cual podrían ingresar al ciclo superior de las escuelas industriales de la Nación, pero no podrían as-

pirar al título de *experto* ni eximirse de las prácticas de taller; se puso en práctica un curso complementario, humanístico, de un año de duración para los egresados de los cursos nocturnos aprobados por decreto 15.692/50, cuyo cursado les permitía ingresar también al ciclo superior de las escuelas industriales, aunque tampoco podían aspirar al título de *experto*.

La enseñanza técnica no tradicional fue una creación del peronismo y se desarrolló a través de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, creada por decreto del 3 de junio de 1944 y ratificada luego mediante la ley 12.921 de 1946. La Comisión dependió de la Secretaría de Trabajo y Previsión hasta 1951, cuando pasó a la órbita del Ministerio de Educación; organizaba el aprendizaje industrial y reglamentaba el trabajo de menores. Los cursos serían de aprendizaje, para aprendices de 14 a 16 años que trabajaran 4 horas en las plantas industriales, y complementarios, para menores de 16 a 18 años que trabajaran 8 horas. La duración de estos cursos sería de uno, dos o tres años, según el ofi-

cio, y al finalizar éstos se entregaría al alumno una certificación especial. Los planes de estudio de los cursos complementarios comprendían: cultura general; nociones de idioma nacional, historia y geografía argentinas; nociones de tecnología del oficio y dibujo; nociones de legislación obrera y reglamentos del trabajo, y cultura moral y cívica. La acción de dicha comisión contribuyó a solucionar, aunque haya sido con carácter parcial y transitorio, el problema de la demanda de mano de obra calificada, que experimentó, en general, un crecimiento acelerado durante el gobierno peronista.

EL AUMENTO MATRICULAR

El sistema educativo experimentó un importante crecimiento en todos los niveles durante el gobierno peronista, producto de la acción educativa oficial. La matrícula de la enseñanza media creció a un ritmo más acelerado entre 1945 y 1955 que en la década precedente y, particularmente, que en la posterior. Este crecimiento de la matrícula en el período estudiado significó el acceso al nivel educativo secundario de sectores de menores

ingresos de la población. Esto se verifica considerando que las modalidades que se desarrollaron más rápidamente fueron la enseñanza comercial y la enseñanza industrial, que tienen una mayor proporción de alumnos provenientes de estratos obreros. En resumen, durante el período 1945-1955, la enseñanza media se extendió, por un lado, a la mayor parte de los estratos ocupacionales no manuales y, por el otro, se incrementó de modo significativo la incorporación de alumnos provenientes de sectores obreros urbanos (véase el cuadro 3).

LA "REVOLUCIÓN LIBERTADORA". REFORMAS ENTRE 1955 Y 1958

El nuevo gobierno nacido del movimiento del 16 de septiembre de 1955 bajo el nombre de "Revolución Libertadora" rápidamente se consagró a la tarea de reorganizar la educación sobre conceptos diferentes, ya que consideraba que todos los caminos de la cultura habían sido "hollados por la dictadura". Nuevamente fuertes concepciones e intereses políticos entraban a pesar en la organización edu-

CUADRO 3
NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA MEDIA
1950-1955

<i>Establecimientos</i>	1950	1951	1952	1953	1954	1955
Colegios nacionales y liceos	120	124	140	153	154	156
Escuelas normales nacionales	81	83	84	86	86	89
Esc. de maestros normales regionales	16	16	18	18	18	18
Escuelas industriales de la Nación	102	101	101	105	110	113
Escuelas industriales regionales mixtas	18	21	21	21	21	21
Misiones monotécnicas	90	90	90	90	90	90
Escuelas nacionales prof. de mujeres	41	41	44	49	53	58
Escuelas nacionales de comercio	88	97	106	116	117	124

cativa en general, y los perseguidos de ayer volvían a las aulas mientras que los beneficiarios del sistema depuesto se convertían en los perjudicados, creándose así otra fuente de discordias y resentimientos. Precisamente se criticaba, entre otras cosas, el importante número de designaciones docentes, de neto corte político, que habían recaído en personas no diplomadas; a los contenidos propagandísticos de "Cultura Ciudadana" y "Doctrina Nacional", y a los propios textos de lectura. A fin de dar cumplimiento a la ley 1.420, se otorgó autonomía al Consejo Nacional de Educación como primer paso hacia la creación, luego frustrada, de los Consejos de Enseñanza Secundaria y Técnica.

Un hecho que se debe destacar, y que sin duda afectó favorablemente al cuerpo docente nacional, especialmente a los comprendidos en el nivel secundario, fue la sanción, mediante el decreto ley del 11 de septiembre de 1956, del Estatuto del Docente. De todas formas, debido a las dificultades económicas del erario nacional, las remuneraciones docentes no alcanzaron el nivel previsto; sin embargo, por otro decreto ley se dispuso que a partir del 1° de marzo de 1957 se pagaran las bonificaciones, previstas por el Estatuto, por años de antigüedad en la docencia. A su vez, se aprobó la reglamentación de la citada norma legal en lo relativo a las remuneraciones y se fijó que, a partir del 1° de enero de 1958, la asignación básica sobre la cual se establecía el valor de la hora cátedra fuera de m\$ 400, con lo cual se otorgó un significativo aumento a los docentes de la enseñanza media.

En lo referente a la enseñanza secundaria, normal, especial y superior, la acción del Ministerio de Educación y Justicia se desarrolló en forma acorde a los principios sustentados

en la Carta Republicana de la Revolución; por ello resaltaban como acciones fundamentales en el área el desmantelamiento de la "estructura totalitaria". Dentro de esa acción y ese concepto se tomaron drásticas medidas para eliminar de las casas de estudio la "exaltación de las figuras gobernantes y la difusión de una doctrina contraria a nuestras tradiciones democráticas y federalistas".

Entre las medidas adoptadas, se pueden destacar la intervención a los establecimientos de enseñanza media, el retiro de objetos y denominaciones de los establecimientos con referencias al gobierno peronista, la prohibición de libros de autores que habían realizado a través de ellos "adoctrinamiento o proselitismo" político, la supresión de las asignaturas "Cultura Ciudadana" y "Doctrina Nacional"; la cesantía de los profesores que, sin revistar en los cuadros del personal docente, habían sido designados inicialmente para dictar la primera de aquellas materias al tiempo de su creación. También se declararon disueltas, entre otras, las organizaciones Unión de Estudiantes Secundarios (UES), ramas femeninas y masculinas; Confederación de Estudiantes de Institutos Especializados (CEDIE); Confederación de Estudiantes Secundarios (CES), y todos sus bienes fueron transferidos a la Dirección de Deportes y Educación Física.

Otra tarea encarada por las autoridades consistió en la revisión de los planes y programas de estudio. Sin duda, la medida más discutible fue la "depuración de los cuadros docentes y administrativos", ya que la misma consistió en la cesantía de una cantidad de docentes bajo la justificación de "desmantelar la estructura totalitaria de los establecimientos de enseñanza".

En forma paralela a la supresión de los elementos políticos de la estructura educativa, se tomó una serie de medidas, entre las que se deben señalar la reincorporación del personal separado en forma arbitraria y la implementación de la asignatura "Educación Democrática", cuyos contenidos estaban destinados a lograr la "formación democrática de nuestro pueblo". En ella se destacaban los conceptos que giraban alrededor de los principios de la organización institucional, tanto en lo que respecta a su forma representativa, republicana y federal, como en lo concerniente a los derechos y garantías que se refieren a la dignidad de la persona. Se esperaba también instruir a los estudiantes sobre la tradición histórica, su doctrina y validez, y educarlos en el cumplimiento de los deberes ciudadanos.

El 15 de noviembre de 1957 quedó constituida la comisión encargada de estudiar la renovación de los planes y programas de estudios de las escuelas nacionales de comercio; el 10 de abril de 1956 se había reformado el calendario escolar, extendiendo el período lectivo; se restableció también el examen de selección para el ingreso a primer año del ciclo básico y el sistema de promoción con una sola asignatura previa. En el período se crearon 26 nuevos establecimientos y cursos, constituyéndose un fondo especial para construcciones y refacciones escolares (véase el cuadro 4).

En 1956, el total de divisiones existentes en los colegios nacionales y liceos era de 2.255, y en 1957, 2.326; en las escuelas normales, 1.617 y 1.633, respectivamente; en los comerciales, 1.825 y 1.844; en aplicación, 1.305 y 1.380, y en las profesionales, 226 y 230. En cuanto al número de alumnos, para los mismos años, era el siguiente: nacionales y liceos, 76.774 y 71.268; escuelas normales, 67.438 y 62.991; escuelas de comercio, 60.722 y 54.361; aplicación, 47.395 y 47.103, y profesionales, 14.193 y 13.346.

Con respecto a la enseñanza técnica, la comisión encargada de ella sostenía que la mayoría de los profesores, personal administrativo y en gran medida el directivo, eran de "ostensible acción partidaria", razón por la cual se tomó la previsible decisión de reorganizar en su totalidad las plantas funcionales de las escuelas. Asimismo, fueron creadas tres comisiones: la Asesora de Planes y Programas de Estudio para las Escuelas Industriales y la Redactora de Nuevos Planes de Estudio para las Escuelas Profesionales de Mujeres; la tercera tuvo a su cargo redactar el proyecto de Reglamento General de los Establecimientos de Enseñanza Técnica.

En 1958 se puso a consideración del Poder Ejecutivo Nacional el proyecto de creación del Consejo Nacional de Enseñanza Técnica y la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orienta-

CUADRO 4
NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA MEDIA
1956-1958

Años	Nacionales y liceos	Normales	Comerciales	Departamento de aplicación
1956	176	115	132	102
1957	175	114	131	104
1958	177	117	133	100

ción Profesional, como organismos autárquicos y con facultades para dirigir dicha rama de la enseñanza en sus más variadas formas y etapas. Se esperaba así facilitar la adaptación de la enseñanza técnica a las necesidades reales del mercado laboral, evitando simultáneamente, la superposición de varios organismos.

Es conveniente señalar que las medidas tomadas en este sector de la enseñanza y los ajustes producidos en él, provocaron la merma de establecimientos con la consiguiente caída de matrícula. En 1956 funcionaban 141 establecimientos industriales, y sólo 129 en 1957; las divisiones eran 1.854 y 1.704, respectivamente, y el número de alumnos cayó de 43.588 en 1956 a 35.618 en 1957.

ÉNFASIS EN LA ENSEÑANZA TÉCNICA.

LA ENSEÑANZA MEDIA ENTRE 1959 Y 1972

La inevitable relación entre educación y desarrollo económico, que ya había sido resalada durante el gobierno peronista, fue retomada con fuerza en este período, especialmente porque tomó vigor en los círculos gobernantes y de la producción la idea que sustentaba la necesidad de lograr aquel desarrollo como base necesaria para el despegue argentino. La misma tuvo su influencia directa sobre el sistema educativo argentino, ya que se tenía la esperanza de que de éste surgiera el personal idóneo para el sustento de aquél. Por ello y con un concepto muy similar al de la Nueva Política Educativa establecida en la Unión Soviética, comenzó a considerarse al presupuesto destinado a educación como en una inversión a largo plazo. El ministro de Educación del gobierno provisorio del presidente Guido, José Mariano Astigueta, puso, en

repetidas ocasiones, énfasis en afirmar la importancia de la educación técnica en el desarrollo económico del país.

Similares ideas eran mantenidas por sectores significativos de la industria. Uno de sus representantes expresó, en la inauguración de la Primera Convención Nacional de Enseñanza Privada, su convencimiento de que el sostén de la educación no debía figurar como gasto sino como inversión, de la cual, entre otros, habrían de beneficiarse diversos grupos económicos constituidos por empresas, como consecuencia directa del aumento de la productividad obtenida con el factor humano mejor calificado empleado en aquéllos.

De acuerdo a lo expresado, dentro del campo de la educación técnica y durante la presidencia de Arturo Frondizi, se tomó una importante medida. Dentro del plan de desarrollo económico y expansión industrial del país, se pensó, con buen tino, que era necesario el desenvolvimiento de amplios programas de educación técnica que vincularan la naturaleza de aquel desarrollo con sus fines, alcances y medidas para lograrlo. Para centrar los esfuerzos en ello, el 15 de noviembre de 1959 fue sancionada la ley por la cual se creaba el Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET) dependiente del Ministerio de Educación y Justicia, que reemplazaba a la Dirección General de Enseñanza Técnica del mismo ministerio e incorporaba también a la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional; estas dos últimas instituciones habían estado intervenidas desde septiembre de 1955. El CONET tenía, entre sus fines principales, dirigir y organizar la educación en su área de competencia; proyectar planes y programas de estudio; disponer la construcción y refacción de los edificios escolares; estudiar los libros de

texto y proponer su aprobación; otorgar los certificados de estudio y ejercer el contralor de los establecimientos adscriptos. La ley también disponía la transferencia al Consejo de todos los establecimientos educacionales, técnicos y demás elementos necesarios para el normal desarrollo de las actividades. El primer presidente del Consejo fue el profesor Ernesto F. Babino.

Debido a la complejidad de la preparación del obrero calificado, especialmente en industrias extractivas y de transformación de materias primas, se crearon los Consejos Regionales, ya que era menester agregar carreras relacionadas con la mecanización del agro y la tecnología agropecuaria con sus variantes propias no sólo para cada industria, sino también con las correspondientes al lugar geográfico donde se desenvolvían. Se dividía al país en siete grandes regiones; las sedes de los Consejos se establecieron en las ciudades de Córdoba, La Plata, Santa Fe, Resistencia, Salta, Mendoza y Viedma. Desde entonces, la misión básica de éstos consistió en promover el desarrollo de la educación técnica profesional de acuerdo a las necesidades y a las nuevas especializaciones regionales.

En 1960 dependían del CONET 454 establecimientos: 133 escuelas industriales, 70 escuelas profesionales de mujeres, 72 escuelas fábricas y ciclo técnico, 70 misiones monotécnicas y 37 escuelas de capacitación obrera. El número de alumnos en el conjunto de especialidades era de 99.350, que representaban el 20,4% del total de matriculados en el país.

El CONET implementó cursos técnicos de formación profesional para adultos de carácter terminal; en 1971 existían los de formación de adultos, de formación de adolescentes, de la mujer, especial y de formación permanente. A

todos ellos se ingresaba con el ciclo básico aprobado, tenían un año de duración y formaban auxiliares técnicos. También había cursos de formación de operarios y los cursos a término que estaban destinados tanto a jóvenes como a adultos que trabajaban y hubieran aprobado el ciclo primario. En 1971 se modificó la ley, propiciando la formación tecnológica más específica y la racionalización del sistema a fin de hacerlo más efectivo. También fue modificada la conducción del CONET, que quedó constituida por un presidente y ocho miembros designados por el Poder Ejecutivo.

La presidencia de Arturo Illia se caracterizó por la continuación de la tendencia en la enseñanza media, especialmente en el ámbito de los bachilleratos y escuelas comerciales; el aumento de la matrícula en el sector privado de la educación, y el planeamiento de la educación con relación a las necesidades del desarrollo social y económico.

El régimen surgido con el golpe militar de 1966 tuvo como meta prioritaria la de establecer cambios en todos los órdenes de la vida nacional, y por ello en 1968 proyectó una ley orgánica de educación, relacionada con planes reformistas que se llevaron adelante a través de los ministros José Mariano Astigueta, Dardo Pérez Guilhou, José L. Cantini y Gustavo Malek. Al conocerse el anteproyecto de la ley, los gremios docentes reaccionaron en su contra, lo que llevó al gobierno a su reformulación en 1969. En esta propuesta se modificaba la organización del sistema educativo, con el establecimiento de una escuela intermedia de cuatro años, que era continuación de una primaria o elemental de cinco años. Sin embargo, las críticas surgidas desde los sectores gremiales y profesionales hicieron que el proyecto no fuera convertido en ley.

Entre las reformas educativas del período, se puede señalar la establecida en 1970, que aprobaba un nuevo plan de estudios en el nivel secundario para adultos. Sus características más salientes eran el establecimiento de dos ciclos de tres períodos semestrales; en esa duración, quienes cursaran de acuerdo con dicho plan, no podrían pasar al sistema regular, pero al concluir se les otorgaba el título de perito comercial especializado que servía para ingresar al nivel universitario.

Como resumen estadístico del período, puede señalarse que en 1959 existían 2.390 establecimientos de educación media: 615 bachilleratos, 491 escuelas normales, 374 comerciales, 372 industriales, 415 profesionales, 38 agropecuarias, 56 asistenciales y 24 artísticas. En 1972, el número total prácticamente se había duplicado, alcanzando a un total de 4.483 colegios, de los cuales 1.804 eran bachilleratos, 817 normales (en 1969), 1.313 comerciales, 590 industriales y 481 profesionales, 95 escuelas agropecuarias, 61 asistenciales y 106 artísticas. El total de alumnos matriculados había pasado de 533.400 en 1959 a 1.064.900 en 1972.

LA ENSEÑANZA MEDIA DURANTE EL LAPSO 1973-1976

Durante el nuevo período de gobierno del justicialismo, el presidente Perón designó como ministro de Cultura y Educación al doctor Jorge A. Taiana, quien elaboró un plan trienal para el período 1974-1977, por el cual se pretendía unificar el esfuerzo educativo no sólo del sector nacional sino también de los provinciales y comunales, tanto públicos como privados. Simultáneamente se elaboró una se-

rie de metas que se consideraban alcanzables. En la propuesta educativa peronista (además de destacar, como ya lo habían hecho la mayor parte de las conducciones desde 1930, lo obsoleto de los contenidos programáticos y sus inadecuadas características con respecto a las necesidades del aparato productivo en su conjunto) se introdujeron algunos elementos diferentes e incluso novedosos, tales como el señalar que la disparidad de rendimiento entre los jóvenes se debía fundamentalmente a las enormes diferencias de carácter socioeconómico del estudiantado.

En la preparación del proyecto participaron organismos nacionales, provinciales y universitarios. Éste estaba cargado de ideología al proponer la "plena vigencia de la justicia social, una expansión de la actividad económica, una elevada calidad de vida, la reconstrucción del Estado, la recuperación de la independencia económica, la unidad nacional y la integración latinoamericana". A su vez, se esperaba alcanzar bajo premisas democratizantes el aumento en la matrícula secundaria de jóvenes provenientes de los sectores sociales más deprimidos, otorgando de esta forma igualdad, al menos teórica, a todos quienes se hallaban en condiciones de cursar el ciclo medio.

En lo concerniente a la enseñanza media se esperaba que la misma proveyera al país de "jóvenes capacitados que incrementen la fuerza activa del trabajo". El ministro Taiana afirmaba que la reforma se basaría en la supresión del "dualismo y el elitismo" que, según él, habían servido de base a la distinción entre la enseñanza secundaria general y la enseñanza técnica, y se debía recurrir a la integración de los establecimientos de diverso tipo y a la revisión total de sus modos de administración. La renovación de las estructuras de la enseñanza me-

dia entrañaba entonces la reforma en profundidad de sus respectivos métodos y programas. Para realizar el proyecto se partía del diagnóstico de las deficiencias del nivel, entre las cuales se señalaban la desigualdad de acceso; el bajo rendimiento en el nivel; la inadecuada distribución de la matrícula; la falta de una legislación general; la desactualización de los métodos, contenidos, actividades y regímenes de evaluación; la deficiente integración de los contenidos de la enseñanza de las diferentes modalidades; y la ausencia del equilibrio deseable entre la formación intelectual y manual.

En función de dicho diagnóstico, se estableció una serie de proyectos, con los cuales se esperaba superar las falencias señaladas. Entre ellos, se pueden indicar el destinado a incrementar el número de establecimientos y la matrícula, a desarrollar los centros polivalentes de educación media y a vincular el nivel medio con la educación permanente.

Simultáneamente se preveían, a fin de realizar la renovación de la enseñanza, cuatro aspectos fundamentales, como lo eran la remodelación del ciclo básico, la búsqueda de la salida laboral de los educandos, la reformulación de los contenidos y la adecuación de los establecimientos educativos. Con relación al primer aspecto, la idea se centraba en diseñar y establecer un ciclo básico común; a su vez, a fin de favorecer la inserción en el medio laboral, la idea se centraba en la expansión de la educación agrotécnica, la modernización de la enseñanza de las actividades comerciales y técnicas y la renovación de planes para los dos ciclos del bachillerato común.

Por su parte, el presidente del CONET, ingeniero Carlos A. Benítez, manifestó, a fin de fundamentar el papel que debía jugar el Consejo a su cargo, que el "gobierno ha accedido al

poder con el objetivo fundamental de la liberación nacional. La misma supone romper las ataduras de una intrusión económica que ha bloqueado el crecimiento global de la República. (...) Una nación con una economía exclusivamente agropastoril no será jamás una potencia. Las naciones altamente industrializadas son rectoras en el mundo actual y a eso aspiramos nosotros los argentinos". Más adelante, afirmaba que la determinación del gobierno de llegar a la industrialización para lograr "constituir una comunidad libre y soberana", tenía como meta prioritaria formar el mayor número de técnicos capacitados.

Precisamente, la expectativa era proveer al mercado laboral, en el trienio que se iniciaba en 1974, de una importante cantidad de trabajadores capacitados, de los cuales al menos 30.000 deberían ser técnicos, y 70.000, operarios calificados. El mismo presidente Perón recordaba el 20 de febrero de 1974, en una reunión con dirigentes de la Confederación General del Trabajo y de las 62 Organizaciones, el sistema implementado en la educación técnica durante su primer gobierno y afirmaba que "todo el mundo debe tener su escuela, de acuerdo a su especialidad, porque si el abogado y el médico la tienen, por qué no va a ocurrir lo mismo con el que tiene que dirigir una cosa tan importante. (...) Todos tienen escuelas pero el que realmente la necesita (...) y del cual viven los otros, ése no tiene escuela. Es necesario hacerla. Es una cosa fundamental".

También existía la pretensión, en la formación de técnicos de nivel medio y auxiliares técnicos, de mejorar cualitativa y cuantitativamente su preparación, procurando, por una parte, aumentar el rendimiento escolar, mejorar el nivel de los egresados y disminuir la deserción escolar, y, por la otra, la idea, cumpli-

da en parte, era la de expandir la enseñanza técnica mediante la creación de nuevas unidades escolares. En cuanto a la formación profesional, se atendieron las necesidades de las diversas zonas, tanto urbanas como rurales, instalando los centros de formación profesional, algunos en forma permanente y otros móviles con residencia transitoria.

Pese a estas premisas generales, sólo se realizaron reformas que, en el conjunto, pueden considerarse menores, aunque una de ellas, la de incorporar la participación estudiantil, a través de delegados, a la conducción escolar, produjo en general el rechazo del cuerpo docente y la aparición de tensiones entre las diferentes corrientes de opinión que existían en el seno de los colegios. La toma de establecimientos y el pedido de cese de algunos docentes fueron los conflictos más visibles y comunes.

El peronismo, como lo habían hecho gobiernos anteriores y como en los años de su primer gobierno, utilizó una asignatura del área de las ciencias sociales para incorporar en el alumnado diversas ideas que surgían de los planteos generales del Plan Trienal y también de las ideas sustentadas por algunos sectores del gobierno. Dicha asignatura, repleta de ideología, que sustituyó a Educación Democrática, fue "Estudio de la Realidad Argentina", implantada en 1974. Tenía como eje rector la consigna "soberanía o dependencia", que aparecía como finalidad última de cada uno de los tres cursos en que se dividía y como base principal de los objetivos de la asignatura. Por su breve duración, produjo escasa influencia en los educandos, más cuando muchos docentes que la dictaban y que no compartían los ingredientes políticos de aquélla simplemente los obviaban o los vaciaban de sus contenidos originales.

En lo referente a la evolución cuantitativa del período, se debe señalar un importante incremento tanto en el número de establecimientos como en el alumnado. Los colegios pasaron, de 1973 a 1976, de 4.483 a 4.887 (9%), y los alumnos, de 1.124.364 a 1.283.056 (14%). Sin embargo, el aumento no fue parejo en todo el nivel medio, pues mientras las escuelas agrarias crecieron el 89%, las comerciales lo hicieron el 13,56%, y su matrícula, 19%; las industriales, pese al apoyo institucional que se les brindó, crecieron el 10%, y el número de alumnos inscriptos, el 16%. Los establecimientos de ciclo básico y bachillerato vieron decrecer su número, ya que de 1.741 que había en 1973 se pasó a 1.677 en 1976; a pesar de ello, hubo un incremento matricular del 5% (véase el cuadro 5).

En 1975, bajo jurisdicción nacional estudiaban 562.759 alumnos. Por su cantidad, se destacaban los inscriptos en ciclo básico y bachillerato (198.396) y en educación técnica (193.020); la jurisdicción provincial poseía 272.516 alumnos inscriptos, 52.483 en bachillerato y 109.781 en enseñanza técnica; a los colegios privados concurrían 384.909 estudiantes, de los cuales 203.387 lo hacían en bachillerato y 145.561 en la rama comercial.

EL PERÍODO DEL PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL. EL CONSEJO FEDERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Luego del breve período del gobierno constitucional, el surgido del golpe de 1976 bajo la denominación de Proceso de Reorganización Nacional puso especial énfasis en ordenar el funcionamiento escolar como punto de partida ineludible para reformar

CUADRO 5
ESTABLECIMIENTOS Y MATRÍCULA DE ALUMNOS
1973-1975

Tipo de establecimiento	1973		1974		1975	
	Escuelas	Alumnos	Escuelas	Alumnos	Escuelas	Alumnos
C. básico - bachillerato	1.741	424.260	1.744	440.304	1.794	454.194
Comercial	1.386	359.404	1.419	392.511	1.519	411.916
Enseñanza técnica	1.064	302.563	1.084	322.710	1.131	335.056
Enseñanza agropecuaria	103	8.402	110	9.249	122	9.941
Otros	189	29.735	190	32.955	201	31.951
Total	4.483	1.124.364	4.547	1.197.189	4.767	1.243.058

posteriormente la educación. El ministro Ricardo P. Bruera pensaba que el mal que se debía combatir y suprimir era el originado en lo que se consideraba una participación exagerada e inorgánica de los diferentes estamentos en la conducción escolar. Por lo mismo, sostenía el 13 de abril de 1976, que "en las presentes circunstancias (...) tendrá primacía en la acción del gobierno de la educación, la restauración del orden en todas las instituciones escolares. La libertad que proclamamos como forma y estilo de vida, tiene un precio previo, necesario e inexcusable: el de la disciplina".

Conviene recordar que en 1972, durante el gobierno del presidente Alejandro Lanusse, y dentro del ideal centralizador en torno al Poder Ejecutivo del que hizo gala la Revolución Argentina, se sancionaron las leyes 19.473 y la 19.682. La primera de ellas creaba el Consejo Permanente de Coordinación Cultural, cuyo fin declarado era el de coordinar con las provincias medidas para promover el desarrollo cultural; la segunda creaba el Consejo Federal de Educación, medida promovida el año anterior por los ministros de Educación de todas las jurisdicciones cuya misión era la de planificar, coordinar, asesorar y acor-

dar en los diferentes aspectos de la política educativa nacional que comprometían la acción conjunta de la Nación y las provincias en los diversos niveles y jurisdicciones del sistema escolar.

El 3 de agosto de 1979, a instancias del nuevo ministro de Cultura y Educación, Juan Llerena Amadeo, se creó el Consejo Federal de Cultura y Educación, disolviendo simultáneamente los organismos anteriormente nombrados. Si bien sus fines generales no diferían mayormente con los de las entidades que sustituía, incorporaba la función de acordar las exigencias mínimas para cada nivel educativo y el sistema de reconocimiento y equivalencia de estudios, certificados y títulos.

En la III Asamblea Ordinaria del Consejo, celebrada en San Salvador de Jujuy, se formuló una serie de resoluciones relativas a los contenidos mínimos del ciclo superior del nivel medio. Se estableció que su duración sería de dos años, aunque eventualmente podría extenderse a tres si así lo requería alguna orientación en especial. Las orientaciones deberían "asegurar fehacientemente la formación integral de la persona del educando y subordinar a esa formación la capacitación para el quehacer". En la IV Asamblea Extraordinaria, reali-

zada en La Plata el 17 de diciembre de 1976, se completaron los objetivos pedagógicos del nivel medio. El ciclo básico apuntaba hacia el perfeccionamiento del lenguaje, la capacidad para interpretar las nociones fundamentales en los principales campos del conocimiento y que el alumno comprendiera los componentes de la cultura nacional. A su vez, la intencionalidad pedagógica del ciclo superior era la utilización del pensamiento del educando, para que así conociera las características del mundo en que estaba inmerso y de las "escalas de valores existentes para que puedan asumir conscientemente aquellos que son específicos del ser argentino".

Con un discurso acorde a la formación de la dirigencia gubernamental (manifestada claramente por el ministro el 18 de abril de 1979, en su mensaje relativo a políticas y acciones de gobierno en materia educativa, cultural y científica) se expresaba, en lo relativo a la formación general, que además de los aspectos cognoscitivos, el adolescente debía "descubrir la necesidad de la virtud de la prudencia, frente a la falibilidad de la inteligencia y la debilidad de la voluntad. En otras palabras, la captación de los índices que le han de revelar su ideal de vida no deberá ser puramente intelectual sino que ha de estar cargada de una afectividad de raíz espiritual. (...) El ideal de vida es esencialmente moral. La educación debe comprender muy bien esto si no se quiere caer en una mera captación para una tarea exterior, sobre la base de una selección puramente técnica. A medida que el adolescente vaya percibiendo, aceptando y apropiándose de un verdadero ideal de vida, es decir, de un ideal que sea la traducción del Sumo Bien, irá surgiendo en él un estado de sosiego, de serenidad interior que será sinónimo de felicidad".

En consonancia con lo dicho, dentro del área de formación general se incluían, en la subárea ético-cívica, las asignaturas que, según el ministro, eran "las que más apremian", ética individual y social y formación moral y cívica, que acompañaban a historia y geografía, a la cual se le incluyeron nociones de Economía Política. Las asignaturas de formación moral y cívica se establecieron con objetivos destinados a conseguir que el alumno adquiriera "principios éticos, respete y aprecie los valores de la cultura occidental y cristiana", y asumiera "actitudes de buen ciudadano asimilando el estilo democrático, ejercitando y fortaleciendo sus actitudes de amor y respeto a la Patria". Con respecto a los criterios epistemológicos de selección de los contenidos curriculares, se determinaba que éstos evidenciaran la estructura conceptual de las disciplinas, la metodología de investigación, la vigencia de las propuestas, la funcionalidad de los contenidos y el conocimiento de las fuentes.

Una interesante medida, aunque aplicada parcialmente, fue tomada por el ministerio de una recomendación formulada en la VIII Asamblea Ordinaria del Consejo Federal de Educación del 6 de junio de 1979, relativa al régimen de actividad docente de tiempo completo para el nivel medio. Con éste se pretendió lograr un medio eficaz para mejorar el rendimiento docente y, a la vez, permitir su permanente perfeccionamiento. Se logró así, en los lugares de aplicación, una mayor atención del alumno logrando simultáneamente reducir los índices de repetición y abandono.

Los estudios de nivel medio al final del período tratado se diversificaban en las modalidades de bachillerato común y especializado,

enseñanza comercial, educación agropecuaria, artística y técnica. Su duración variaba entre los cuatro y seis años de estudio no obligatorios. A su término, se otorgaba el certificado con la aclaración de la modalidad seguida, que habilitaba para seguir estudios terciarios y universitarios.

El bachillerato mantenía la característica básica de ser preparatorio para los estudios superiores y estaba constituido por un ciclo básico común de tres años, para concluir con un segundo de dos años con orientación en letras, ciencias biológicas y ciencias físico-matemáticas, y también orientación agraria y orientación docente, de acuerdo con disposiciones anteriores. En forma paralela, existían bachilleratos con otras orientaciones surgidos en diferentes momentos, producto de diversas experiencias realizadas en la enseñanza oficial y privada. Entre aquellas pueden citarse las de ciencias y letras, bachillerato humanista moderno, mercantil, comercial y agrotécnico.

La enseñanza comercial se dividía en dos ciclos de tres y dos años, respectivamente; en el segundo se establecían dos nuevas especiali-

dades: la de auxiliar contable o impositivo y la de auxiliar en administración.

La educación agropecuaria de nivel medio también estaba organizada en dos ciclos de tres años de duración; el primero, de expertos, equiparado con el ciclo básico y cuyo objetivo era formar trabajadores rurales calificados; el segundo, el de agrónomo, tenía como función primordial la de producir técnicos de nivel medio capacitados para la conducción de empresas agropecuarias.

En lo relativo a la educación técnica, la misma se desarrollaba en dos ciclos de tres años, el primero era común, y el segundo, diversificado en las diferentes especialidades que tenían por fin último el de formar egresados preparados para desempeñarse como auxiliares técnicos de los profesionales universitarios.

En conjunto, la enseñanza de nivel medio estaba entonces estructurada sobre la base de articulaciones horizontales y verticales que permitían el pasaje y relación entre las distintas modalidades y especialidades.

Se puede considerar que el número de educandos comprendidos entre los 13 y 18 años que asistían al nivel medio era importante, pese a

CUADRO 6
ALUMNOS MATRICULADOS EN LA ENSEÑANZA MEDIA
1976-1979

<i>Especialidad</i>	1976	1977	1978	1979
Bachillerato	445.397	455.000	442.117	440.508
Comercial	427.824	440.000	438.512	440.810
Técnica	352.479	367.450	359.606	351.033
Agropecuaria	19.020	20.900	20.101	21.564
Artística	28.872	31.500	30.960	32.699
Asistencial	4.985	5.525	5.056	4.446
Varios	4.479	5.140	4.138	4.695
Total	1.238.056	1.325.515	1.300.490	1.295.815

que el número de concurrentes era muy inferior al total que cursaba la escuela primaria (véase el cuadro 6). Las cifras que se han presentado en diversas partes del presente capítulo muestran la matrícula secundaria en los años que siguieron a 1960, y a pesar de los cambios de gobierno, ideologías y las consiguientes políticas educativas, fue en paulatino aumento, y en 1980, el 38,3% de la población incluida en aquellos años permanecía dentro del nivel en cuestión.

También se debe señalar por último que la población escolar de nivel medio representaba en 1980 un porcentaje que se acercaba al 4,5% del total de la población nacional y el 7,6% de los habitantes mayores de 20 años. A su vez, éstos alcanzaban la cifra de 17.131.272 personas, de las cuales 4.720.013 (27,5%) habían asistido al nivel medio, 1.797.395 (10,5%) no habían completado sus estudios y 1.907.612 (11,1%) obtuvieron sus diplomas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

No existe sobre la educación media en la Argentina una obra que la abarque en su totalidad o a alguna de sus ramas en particular. Por ello es indispensable e ineludible recurrir a las memorias, publicaciones periódicas o circunstanciales provenientes de los diferentes organismos oficiales, así como también a obras generales editadas por investigadores particulares.

Entre las primeras, se deben destacar entre las editadas por el MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE LA NACIÓN ARGENTINA, las *Memorias* (1917-1948); *Formulación de un plan de desarrollo de la Educación Técnica a nivel de la Enseñanza Media*, Buenos Aires, 1961, y CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN, *Educación, recursos humanos y desarrollo económico-social*, Buenos Aires, 1968. También es de suma utilidad el *Boletín* de la DIRECCIÓN GENERAL DE INFORMACIONES, BIBLIOTECA Y ESTADÍSTICA; del MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *Políticas y acciones de gobierno en materia educativa, cultural y científica*, Buenos Aires, 1979; MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, DIRECCIÓN SECTORIAL DE DESARROLLO, *Rendimiento cuantitativo del nivel medio*, Buenos Aires, 1974; SECRETARÍA DE HACIENDA, DI-

RECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Anuario estadístico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1959, que aporta importantes datos entre los años 1947 y 1957. Editados por la PRESIDENCIA DE LA NACIÓN, *Poder Ejecutivo Nacional, 1932-1938*, Buenos Aires, 1938, y *Manual práctico del 2º Plan Quinquenal*, Buenos Aires, 1953. Véase también: "Las estadísticas de la educación en la República Argentina", en *Journal of the Inter-American Statistical Institute*, Washington, 1976. Completando la parte estadística, no se puede dejar de señalar la obra de VICENTE VÁZQUEZ-PRESEDO, *Estadísticas históricas argentinas. Compendio 1873-1973*, Buenos Aires, 1988. Por último, conviene recordar, por el valioso material que aporta en general, la publicación de la DIRECCIÓN GENERAL DE ESCUELAS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, *Revista de Educación*, La Plata, 1921-1970.

Para el estudio de las leyes y decretos se han utilizado el *Registro nacional de leyes*, los *Diarios de Sesiones* de la Cámara de Diputados y del Senado de la Nación, complementándose con los *Anales de la legislación argentina*, 1951-1953, Buenos Aires, 1953.

Existe una abundante bibliografía que avanza sobre el tema peronismo y la educación desde diversos ángulos de enfoque; cabe señalar, dentro de la misma, el importante trabajo de JORGE L. BERNETTI y ADRIANA PUIGGRÓS, *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, Buenos Aires, 1993; el de SUSANA BIANCHI, "Iglesia Católica y peronismo: la cuestión de la enseñanza religiosa (1946-1955)", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 3, n° 2, Tel Aviv, 1992; LILA CAIMARI, *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, 1995; INÉS DUSSEL y PABLO PINEAU, "De cuando la clase obrera entró al paraíso: la educación técnica estatal en el primer peronismo", en ADRIANA PUIGGRÓS (directora), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, 1995; M. GALLART y M. COELHO, *La escuela secundaria; la imbricación entre la tarea y el poder como límite a la innovación*, Buenos Aires, 1980; MARÍA J. LUBERTINO BELTRÁN, *Perón y la Iglesia (1943-1955)*, Buenos Aires, 1987, y DAVID L. WIÑAR, *Poder político y educación. El peronismo y la Comisión de Aprendizaje y Orientación Profesional*, Buenos Aires, 1970.

Tratan sobre diversos aspectos de la enseñanza media los siguientes trabajos y obras: GUILLERMO AUBONE, *Organización de la enseñanza agrícola*, Buenos Aires, 1948; CECILIA BRASLAVSKY, "Temas y tendencias de la política educativa (1955-1980)", en la obra colectiva *El país de los argentinos*, Buenos Aires, 1980; ALEJANDRO BUNGE, *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, 1940 (existen ediciones posteriores); MARCELO COLL CÁRDENAS, "El Plan Saavedra Lamas y la escuela intermedia", *Serie Estudios e Investigaciones*, La Plata, 1997; EX ALUMNOS DE LA ESCUELA GRADUADA ANEXA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA, *Tres ensayos peda-*

gógicos en la Universidad Nueva, con estudio interpretativo de Gustavo Cirigliano, La Plata, 1965; BEATRIZ FAINHOLC, "La educación en las zonas rurales. Integración del mundo rural en el proceso de desarrollo social y en el sistema de educación global", *Perspectiva Universitaria*, n° 6, Buenos Aires, 1979; RAFAEL GAGLIANO y CLAUDIA B. CAO, "Educación y política: apogeo y decadencia en la historia argentina reciente (1945-1990)" en CLAUDIO LOZANO y ADRIANA PUIGGRÓS (compiladores), *Historia de la educación en Iberoamérica (1945-1992)*, Buenos Aires, 1995; LEONCIO GIANELLO, "La enseñanza primaria y secundaria (1862-1930)", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia argentina contemporánea*, vol. II, Buenos Aires, 1964; ROBERTO A. MIRANDA y OSVALDO M. IAZZETA, *Proyectos políticos y escuela (1890-1920)*, Rosario, 1982; VÍCTOR MERCANTE, *La crisis de la pubertad*, Buenos Aires, 1918; ADRIANA PUIGGRÓS, SUSANA JOSÉ y JUAN BALDUZZI, *Hacia una pedagogía de la imaginación para América Latina*, Buenos Aires, 1988; ADRIANA PUIGGRÓS, "La educación argentina desde la reforma Saavedra Lamas hasta el fin de la década infame", en su libro, *Escuela, democracia y orden*, Buenos Aires, 1992; JORGE MARÍA RAMALLO, *Educación de adultos y educación permanente. Un intento renovador en la historia de la educación argentina (1969-1973)*, Buenos Aires, 1995; HORACIO RIVAROLA, *Legislación escolar y ciencia de la educación*, 2ª edición, Buenos Aires, 1936; CARLOS SAAVEDRA LAMAS, *Reformas orgánicas en la enseñanza pública. Sus antecedentes y fundamentos*, Buenos Aires, 1916; JUAN CARLOS TEDESCO, *Educación e industrialización en la Argentina*, Buenos Aires, 1978; JUAN CARLOS TEDESCO, CECILIA BRASLAVSKY y RICARDO CARCIOPI, *El proyecto educativo autoritario. Argentina, 1976-1982*, Buenos

Aires, 1987; DAVID L. WIÑAR, *Educación técnica y estructura social en América Latina*, Santiago de Chile, 1981; L. ZANOTTI, *Etapas históricas de la política educativa*, Buenos Aires, 1984.

No se debe descartar, en el estudio de la presente temática, la utilización de periódicos, tanto los editados en Buenos Aires como en diversas capitales de provincia; entre los primeros, cabe mencionar a *La Época*, *La Mañana*, *La*

Argentina, *La Nación*, *La Prensa* y *Clarín*, y entre los segundos, *El Día* de La Plata, *La Capital* de Rosario y *La Voz del Interior* de Córdoba.

Un párrafo aparte merece la importante obra, de moderno enfoque, dirigida por ADRIANA PUIGGRÓS, *Historia de la educación argentina*, Buenos Aires, 1992-1997, cuyos tomos III al VIII presentan varios artículos, algunos de ellos citados en esta orientación, relativos a la temática del capítulo.

52. LA UNIVERSIDAD

Ernesto J. A. Maeder

Desde su inicio, la universidad formó parte de la vida cultural argentina, pero en el siglo XX su papel fue dominante. En sus aulas se formaron las clases dirigentes, se nutrió la vida política, se acrecentó el conocimiento y sus títulos fueron una meta apetecida para una sociedad que vio en ella una posibilidad de ascenso social.

Entre 1914 y 1983, la universidad experimentó diversos cambios. La escasa población estudiantil que se matriculaba en las tres universidades nacionales y las dos provinciales que existían a comienzos del siglo aumentó constantemente hasta desbordar la capacidad de aquéllas. Ello dio lugar a la creación de nuevas casas de estudios, cuya multiplicación se acrecentó a partir de la segunda mitad del siglo. Esa expansión supuso, además, modificaciones de fondo en la legislación, que a partir de 1958 autorizó la creación de universidades de gestión privada.

El crecimiento no sólo fue cuantitativo sino también cualitativo. A las pocas opciones profesionales que había en un comienzo, le siguió una diversificación de carreras y disciplinas que brindaron un amplio abanico de estudios, acorde con la complejidad y especialización constante del saber y de las necesidades del país. Al mismo tiempo, se fueron creando

centros de investigación que en muchos casos merecieron calificación sobresaliente en el nivel internacional. La investigación generada en ellos sobrepasó ese ámbito y dio lugar a la creación de otras instituciones que compartieron con la universidad docentes, investigadores, laboratorios y publicaciones.

Ese desarrollo no estuvo exento de problemas. La búsqueda de un sistema de gobierno universitario adecuado y la relación con el poder político, lograr un profesorado con dedicación plena y un régimen de ingreso y estudios que asegurara un buen rendimiento del sistema, las necesidades crecientes de financiamiento y el requerimiento de edificios e instalaciones acordes a su función fueron algunas de las cuestiones que se plantearon y reiteraron a lo largo de esos años. Tampoco estuvo ajena la universidad a la vida política del país, y las crisis nacionales repercutieron en su vida académica y más de una vez se tradujeron en conmociones, huelgas, intervenciones, reformas de la legislación, renunciaciones, cesantías de profesores y en ciertos momentos, un clima de inestabilidad que esterilizó su actividad y el ritmo de los estudios. Esas conmociones no siempre afectaron a todas las casas por igual, pero condicionaron su funcionamiento.

Una historia de la universidad argentina en este siglo requiere tomar en cuenta esa evolución, las crisis que la conmovieron y las condiciones en que se desarrolló la vida del país en esa etapa. La reseña de los cambios producidos y el desarrollo del sistema concluye en este caso en 1983. Si bien los cambios operados luego de esta fecha son importantes, escapan a los límites previstos en esta obra.

LA UNIVERSIDAD A PRINCIPIOS DEL SIGLO

A principios del siglo XX, la enseñanza superior en la Argentina se limitaba a tres universidades nacionales, radicadas en Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Simultáneamente funcionaba en Santa Fe una universidad provincial y poco después se agregaría otra en la provincia de Tucumán, ambas con una limitada presencia en el nivel de la educación superior.

Nacidas en distintas épocas y ubicadas en ámbitos geográficos y culturales diferentes, su organización se regía por la ley 1597, sancionada en 1885, y en cada caso particular, por los respectivos estatutos. Por otra parte, las dimensiones de su población estudiantil, cuerpo de profesores, número de facultades y carreras, así como el equipamiento edilicio y didáctico y el presupuesto para su sostenimiento, ofrecían apreciables diferencias.

La Universidad de Córdoba era la más antigua, ya que sus orígenes se remontaban al siglo XVII, y era también la menos poblada de las tres. Pero acreditaba en su larga trayectoria una extensa nómina de figuras relevantes del interior del país que habían estudiado o enseñado en sus aulas. Su estructura académica era similar a la de las restantes casas, aunque con-

servaba notas propias que reflejaban la vigencia de tradiciones que perduraban en la vida académica, así como cierto sosiego provincialino que le impedía una adecuada percepción de los cambios que se manifestaban en la vida nacional.

El gobierno de la universidad, tal como lo definían la ley y el estatuto de 1893, estaba constituido por la Asamblea, el rector, el Consejo Superior y las facultades. La primera se convocaba para elegir rector cada cuatro años; para reelegirlo si contaba con la mayoría necesaria o sustituirlo en caso de necesidad. Desde 1906, el doctor Julio Deheza desempeñaba el rectorado de Córdoba. A su vez, el Consejo Superior, presidido por el rector e integrado por los decanos y dos delegados por cada facultad, era el encargado de dirigir la vida universitaria.

La enseñanza se desarrollaba en las facultades, cuyo gobierno era ejercido por los decanos, elegidos cada cuatro años y sólo reelegibles tras un período intermedio. Acompañaban su gestión quince académicos titulares, de los cuales al menos un tercio debían ser profesores titulares. Esta institución, que la ley denominaba Academia, estaba insuficientemente definida en su cometido, pues tenía el doble carácter de núcleo científico y cuerpo directivo de la facultad. Esta confusión de funciones y su integración por miembros que eran designados en forma vitalicia le restó eficacia a su cometido y dio lugar a conflictos que perturbaron la vida de las facultades.

El cuerpo docente de la universidad se integraba con profesores titulares y profesores suplentes. De conformidad con la ley, la designación de los primeros correspondía en última instancia al Poder Ejecutivo, que decidía sobre las ternas de candidatos propuestas por



Entrada principal de la Escuela Práctica de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba en 1927. Archivo General de la Nación.

las facultades y aprobadas por el Consejo Superior. Los profesores sólo podían desempeñar una cátedra y, excepcionalmente, dos. Sus obligaciones se limitaban a la enseñanza de al menos tres clases por semana, ajustadas al plan de estudios y programa respectivo, la integración de las mesas examinadoras en los tres turnos anuales, y eventualmente su participación en actos académicos. A su vez, los profesores suplentes eran designados por la propia facultad, directamente o por concurso; suplían las ausencias y tenían derecho, luego de cierta antigüedad, a ser incluidos en el primer lugar de las ternas para profesores titulares. Las ausencias a estas actividades tenían penas pecuniarias.

Los alumnos podían registrarse como regulares y libres, y en ambos casos debían abonar los aranceles correspondientes a su matrícula, exámenes y certificaciones a que hubiera

lugar. Los regulares registraban su asistencia a clase, se examinaban a través del sorteo de temas por bolillero y su régimen de calificaciones no era homogéneo; en la Facultad de Derecho se usaba el voto de los integrantes de la mesa examinadora según la antigua tradición colonial, que se limitaba a las letras A y R, mientras que en la de Medicina se usaba la escala decimal. La colación de grados se realizaba en Córdoba el 8 de diciembre y revestía el carácter de un acontecimiento social. En ese acto se guardaban formas tradicionales, como la misa en el templo de la Compañía de Jesús y las ceremonias propias en el salón de grados, que incluían los discursos de rigor, el juramento de los graduados y el convite a los asistentes, en el marco de la decoración del siglo XVIII que aún conserva aquella sala.

Hacia 1910, las facultades existentes eran tres: Derecho y Ciencias Sociales, que otorga-

ba el título de doctor tras haber aprobado treinta y una asignaturas en seis años y cumplido dos años de pasantía en un estudio jurídico habilitado. Se proyectaba entonces desdoblarse la carrera, reduciendo a cinco años el estudio para abogado y dos años más para el doctorado, y crear la carrera de escribano. La Facultad de Ciencias Médicas otorgaba el doctorado tras siete años de estudio y aprobación de treinta y seis asignaturas. Además, existían las carreras de Farmacia, con tres años de duración y dos de pasantía, y de Obstetricia, con dos años de estudios y de pasantía. Las prácticas se cumplían en varios hospitales de la ciudad, al tiempo que se hallaba en construcción el Hospital de Clínicas, destinado a concentrar allí la enseñanza. Se lo habilitó en 1913, aunque sin que su edificación se hallara concluida. A su vez, la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales habilitaba tras seis años de estudio para el ejercicio de la Ingeniería Civil, Mecánica, Arquitectura y la Ingeniería Geográfica.

La matrícula entre los años 1905-1916 ofrecía la distribución de los estudiantes en las facultades de la Universidad que se detalla en el cuadro 1.

A su vez, el origen de su matrícula revela que para esos años, el 50% era de Córdoba, el 6% de extranjeros y el resto se distribuía entre los llegados del Litoral, Noroeste y Cuyo, en proporciones decrecientes. De hecho, la Universidad de Córdoba seguía atendiendo una amplia demanda estudiantil del interior del país.

Desde el punto de vista financiero, Córdoba era altamente dependiente del subsidio que anualmente le asignaba la ley de presupuesto. La composición de sus ingresos se integraba con el subsidio nacional, los derechos arancelarios y los réditos provenientes de títulos u otros bienes de la universidad. Entre 1904 y 1908, la relación entre dichos recursos era del 90% de subsidio y 10% de aranceles.

Lo descripto para Córdoba ilustra acerca del sistema de gobierno y estructura académica que prevalecía en aquella época en las uni-

CUADRO 1
DISTRIBUCIÓN DE LA MATRÍCULA EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
1905-1916

<i>Año</i>	<i>Derecho</i>	<i>Medicina</i>	<i>Ciencias Exactas</i>	<i>Total</i>
1905	124	121	77	322
1906	124	221	77	422
1907	178	279	75	532
1908	195	281	100	576
1909	156	282	102	537
1910	155	244	109	508
1911	S/D	S/D	S/D	S/D
1912	143	462	136	741
1913	151	459	160	770
1914	175	542	151	868
1915	S/D	S/D	S/D	S/D
1916	222	536	141	899

versidades argentinas. Sin embargo, tanto la nueva Universidad de La Plata como la casi centenaria Universidad de Buenos Aires mostraban rasgos diferentes y, sobre todo, se manifestaban más sensibles que Córdoba a la necesidad de cambios institucionales y actualización de su enseñanza teórica y práctica, abierta entonces a las nuevas corrientes del pensamiento.

Si Córdoba era un ejemplo de universidad chapada a la antigua, La Plata aparecía como su contrafigura, al ofrecer un modelo moderno y dinámico que aspiraba a equipararse a los mejores de su época. Nacida como universidad provincial en 1897 y tras un comienzo vacilante, fue creada como universidad nacional en 1905, mediante un convenio entre la provincia de Buenos Aires y la Nación. Contó para ello con el pleno apoyo del ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín V. González, a quien se nombró después como su primer rector.

En el mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso se expresaba que se creía "llegado el momento de iniciar una nueva corriente universitaria, que sin tocar el cauce de las antiguas y sin comprometer en lo más mínimo el porvenir de las dos universidades históricas de la Nación, consultase junto con el parecer del país las nuevas tendencias de la enseñanza superior, a las nuevas necesidades de la cultura argentina y los mejores institutos similares de Europa y América".

A partir de algunos institutos existentes en La Plata, como el Museo de Ciencias Naturales y Antropología, el Observatorio Astronómico y la Facultad de Agronomía y Veterinaria, que la provincia cedió, se constituyeron entre 1906 y 1910 cuatro facultades: de Derecho y Ciencias Sociales, con una sección dedicada a Pe-

dagogía; Ciencias Médicas; Agronomía y Veterinaria, una verdadera innovación en el país, y Ciencias Naturales y Físico Matemáticas, apoyadas estas últimas en el Museo y el Observatorio, donde se cursaban varias carreras.

Pero el proyecto del rector González incluía, además, la presencia en la universidad de un colegio nacional con internado y externado destinado a varones, un liceo para señoritas y una escuela primaria graduada para niños, instituciones para las cuales se diseñaron y construyeron edificios apropiados. La Universidad Nacional de La Plata reunía así los distintos ciclos educativos, de conformidad con el pensamiento del rector, que se complacía en señalar que ésta era "la primera universidad argentina que realizaba con resultados positivos la incorporación en el núcleo académico secular, los estudios pedagógicos en su más pleno desarrollo teórico y experimental, y en los de las ciencias agronómicas y veterinarias, de importancia científica cada vez mayor y de hondo interés económico para la Nación".

Este original proyecto, así como el conjunto de carreras y disciplinas que involucraba, se distribuyó en una serie de edificios cedidos o construidos al efecto de una magnitud muy superior a los que disponían Córdoba y Buenos Aires, reducidos en buena medida a los antiguos caserones que habían sido sede de los colegios jesuíticos en ambas ciudades.

La organización de la universidad se basó tanto en la ley 1597 como en el convenio de 1905, que introdujo ciertas modificaciones en su estructura de gobierno. Esta universidad era regida por un presidente que duraba tres años y era reelegible sólo por tres períodos consecutivos. Presidía el Consejo Superior, integrado por los decanos de las facultades y directores de institutos y un profesor delegado

por cada una de ellas. La Asamblea General de profesores estaba integrada por la totalidad del cuerpo docente, titulares y suplentes, y se convocaba para la elección del presidente y para tratar asuntos de interés general. Por su parte, las facultades eran regidas por los decanos, que presidían los consejos académicos, integrados por los profesores elegidos por el respectivo cuerpo docente. De modo que, tanto la duración del mandato del presidente como la constitución e incumbencia de la Asamblea General y de los consejos académicos era notoriamente diferentes de los establecidos en los estatutos de Córdoba y Buenos Aires.

La consolidación de la universidad se dio desde un comienzo con el crecimiento del número de sus estudiantes, que en breve superaron a Córdoba. En esta etapa, no se admitían alumnos libres, sino únicamente regulares, pues, "siendo la enseñanza de sus facultades e institutos, en general práctica y experimental, era indispensable la presencia del alumno en el aula". Incluso se determinó que el número de asistentes por curso no pasara de cincuenta, como se aplicó en la Facultad de Derecho.

Sus bibliotecas, enriquecidas con donaciones, canjes y adquisiciones, mostraban el lugar importante que se le asignaba en la vida académica. La publicación de investigaciones y ensayos recibía un sólido impulso. A las que ya existían, como propias del Museo y del Observatorio, se añadieron las propias de cada facultad, incluso de la sección pedagógica, editadas con regularidad. Un proyecto de importancia como la Biblioteca del Centenario, destinado a editar una serie de fuentes de la historia cultural del país, indicaba el rumbo a tomar por las investigaciones en ese campo. Además, la presencia frecuente en congresos, el dictado asiduo de conferencias, las visitas y cursos de

destacados intelectuales extranjeros como Rafael Altamira, Guglielmo Ferrero, Enrico Ferri, Leo Rowe o Adolfo Posada multiplicaban sus vinculaciones con el ámbito cultural europeo y consolidaban su creciente prestigio.

En 1910, el presidente González, en plena labor fundadora, definía así a esta casa de estudios: "Esta universidad, como las de sus modelos más próximos, los de los Estados Unidos, reúne a las sólidas y elevadas disciplinas de las ciencias y las letras, las enseñanzas profesionales y prácticas de toda jerarquía, para acercarse siquiera a cumplir el profundo y trascendental sentido democrático que el fundador de la de Cornell expresaba, diciendo 'Quiero una universidad donde toda persona pueda adquirir todo conocimiento'".

La originalidad del proyecto, los medios comprometidos para ello y la tenaz voluntad con que su rector impulsaba la obra, dieron a la Universidad Nacional de La Plata un perfil inconfundible en su época. Constituía un ejemplo palpable de fe en el progreso de la ciencia y confianza plena en el poder transformador de la educación.

La Universidad de Buenos Aires se hallaba en una situación intermedia respecto de Córdoba y La Plata. Nacida en 1821, reunía por su ubicación en la por entonces cosmopolita capital de la República una población estudiantil mucho más numerosa que aquéllas, un profesorado formado en su mayoría por las figuras más destacadas de la vida pública e intelectual del país, y un espíritu abierto a las ideas y sensible a los cambios que la sociedad argentina experimentaba.

Desde la sanción de la ley, la universidad había sido conducida por el rector Leopoldo Basavilbaso durante cuatro periodos consecutivos (1886-1906), a través de los cuales aque-

la casa había visto aumentar el número de sus facultades, sextuplicar la cantidad de estudiantes, triplicar la cifra de sus profesores y mejorar y ampliar sus instalaciones, con la dotación de aulas, museos y bibliotecas, e impulsado publicaciones como los *Anales de la Facultad de Derecho* (1902) y *de Medicina* (1897), así como la *Revista de la Universidad* (1904).

Sin embargo, el crecimiento de su matrícula estudiantil y de su cuerpo de profesores habían mostrado el anacronismo de algunas instituciones y procedimientos que requerían revisión. Incluso la misma ley se hallaba cuestionada, pues se habían presentado en la Cámara de Diputados algunos proyectos de reforma y sobre la cual se había requerido opinión a la universidad. El tema de la reforma universitaria comenzó a ser motivo cada vez más frecuente de notas y declaraciones, que aludían a diversas cuestiones, como la estructura de gobierno de las facultades, la docencia libre, el reconocimiento a los centros de estudiantes, la designación de los profesores y los límites que al crecimiento de la universidad imponía el presupuesto nacional.

Una huelga de estudiantes, seguida de desórdenes en la Facultad de Derecho (diciembre de 1903 y marzo de 1904) sirvió de detonante para agitar estas cuestiones. El rector cursó, el 20 de mayo de 1904, una circular a las facultades, requiriéndoles opinión sobre dos cuestiones en debate: si las facultades habrían de ser autónomas, como lo pretendía la de Derecho, o si debían permanecer unidas al cuerpo universitario, y en segundo lugar, si éstas habrían de ser gobernadas como hasta entonces por las academias o por otros organismos cuya forma habría que proyectar. Los dictámenes fueron diversos y al mismo tiempo abrieron un amplio debate acerca de los posibles al-

cances de la reforma universitaria. En opinión del director de la *Revista de la Universidad*, las iniciativas y proyectos se sucedían, los años pasaban y las reformas no se concretaban, las discusiones se tornaban agrias, se hacían cargos "y se da el caso que los estudiantes tomen la reforma universitaria como bandera de indisciplina y los descontentos como tema de censuras".

A la crisis de Derecho se agregó, en 1905, la huelga en la Facultad de Medicina, que se prolongó hasta 1906 y provocó su clausura. En ese clima agitado asumió el nuevo rector Eufemio Uballes. A mediados del año, el ministro Federico Pinedo, vista la indecisión del Congreso, se dispuso a zanjar la cuestión, requiriendo a la universidad un proyecto de reforma de sus estatutos que contemplara la solución de la crisis, sin cuestionar la ley. El Consejo Superior se abocó al problema y el 17 de agosto de 1906, el rector envió al ministro el nuevo estatuto para su aprobación.

En dicha nota, el rector señalaba las modificaciones más importantes que se habían introducido, entre ellas, la sustitución de las academias por los consejos directivos, a cuyo cargo quedaba la dirección de las mismas. Dichos consejos estarían integrados por profesores titulares, elegidos cada seis años por el cuerpo docente y renovados por tercios cada dos.

El estatuto fue aprobado por el gobierno nacional en rápido trámite, previo dictamen del procurador general Julio Botet. De ese modo, la Universidad de Buenos Aires pudo definir más adecuadamente el gobierno de las facultades con la participación creciente del cuerpo docente, directamente interesado en ello, y confinar a las academias vitalicias a una función honoraria y de mero asesoramiento. También se incorporó la docencia libre. Y todo

ello, sin modificar la ley. Esta reforma estatutaria calmó las tensiones y acalló las polémicas, y permitió que las actividades continuaran sin tropiezos por más de una década.

Sin embargo, existían otros problemas que no se agotaban en la reforma estatutaria. La diversificación de las carreras, el crecimiento de la matrícula, el aumento de los gastos, la falta de edificios apropiados y diversas cuestiones relativas a la calidad, duración y modernización de los estudios requerían una atención cada vez más exigente del Consejo Superior.

El rector Basavilbaso había entregado en 1906 una universidad integrada por cuatro facultades: Derecho y Ciencias Sociales; Ciencias Médicas, con cuatro escuelas que atendían Medicina, Odontología, Farmacia y Obstetricia; Ciencias Exactas, con carreras de Ingeniería Civil y Mecánica, Arquitectura, Agrimensura,

Ciencias Naturales, Química y Matemáticas, y Filosofía y Letras; con las áreas humanísticas correspondientes.

La especialización y la creciente demanda llevaron en breve plazo a la creación de las facultades de Agronomía y Veterinaria en 1908 y de Ciencias Económicas en 1913. Paralelamente, en 1907, el ministerio dispuso anexas a cada universidad un colegio nacional, cuya adopción por parte de la de Buenos Aires requirió varios años de adecuación de planes y régimen de gobierno. A ello se sumó, poco después, la anexión de la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini a la facultad respectiva.

A todo ello, la matrícula universitaria crecía sin cesar hasta triplicarse entre 1906 y 1918. El cuadro 2 incluye la distribución de los estudiantes por facultades y el total de egresados por cada año.

CUADRO 2
DISTRIBUCIÓN DE LA MATRÍCULA EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
1904-1918

Año	Derecho	Medicina	Ciencias Exactas	Filosofía y Letras	Agronomía y Veterinaria	Ciencias Económicas	Total	Egresos
1904	223	1.936	501	100			2.760	155
1905	874	1.953	591	97			3.515	263
1906	1.167	247	444	84			1.942	
1907	1.038	2.467	490	77			4.072	214
1908	1.051	2.501	602	210			4.364	323
1909	1.055	2.532	694	92	157		4.530	391
1910	1.065	2.611	773	121	160		4.730	427
1911	1.098	2.749	936	122	149		5.054	370
1912	909	2.858	1.018	125	238		5.142	490
1913	940	2.869	1.073	272	145		5.199	346
1914	1.070	2.795	1.095	162	148	277	5.547	488
1915	1.057	3.188	1.297	194	263	309	6.308	530
1916	1.358	3.701	1.101	222	258	343	6.983	
1917	1.383	4.078	1.022	268	372	359	7.482	662
1918	997	4.562	1.043	335	261	332	7.530	

Fuente: Memorias del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Se hace notar que los datos se dan a partir del funcionamiento de dichas casas de estudios.

El profesorado titular y suplente, que en 1904 apenas llegaba a 200 personas, alcanzaba en 1915 a 510, y en 1918, a 573.

Este crecimiento de la población estudiantil y docente repercutió, como era de esperar, en el presupuesto de gastos y en las disponibilidades edilicias y didácticas. El financiamiento de la universidad, como en los casos anteriores, dependía de la ley de presupuesto anual, los aranceles y las rentas derivadas de los títulos y bienes que poseía la institución. Entre 1900 y 1906, tanto el subsidio nacional como los fondos propios permitieron cubrir los gastos, pero desde 1907 en adelante, éstos se fueron multiplicando y requirieron mayores contribuciones del tesoro, que no siempre se obtuvieron y que obligaron a postergar creaciones de cátedras, obras edilicias y diversas inversiones indispensables. A ello se sumó el costo de los colegios secundarios que se le anexaron y el considerable gasto que suponía la Facultad de Ciencias Médicas con su Hospital de Clínicas, que ocupaba entre el 30% y el 35% del presupuesto total. El rector demandaba apoyo al ministro y se negaba al aumento de los aranceles, cuyo monto juzgaba hallarse en el límite de lo razonable. De igual modo rechazaba las críticas de alguna parte de la prensa, que impulsaba la idea de abandonar el financiamiento de la educación superior por parte del Estado.

A ello se sumaba la necesidad de nuevos edificios y la retribución de los profesores. En el primer caso, la Facultad de Medicina disponía de un local nuevo sobre la calle Córdoba, pero se resentía de las limitaciones que ofrecía el viejo Hospital de Clínicas, y reclamaba un policlínico moderno para sus cátedras y prácticas. La Facultad de Derecho ocupaba el edificio de la calle Moreno, ya saturado, y planea-

ba contar con otra sede. Luego de varias gestiones, logró en 1912 colocar la piedra fundamental de su nueva casa en la calle Las Heras, aunque la inauguración parcial del edificio se llevó a cabo recién en 1925. La Facultad de Ciencias Exactas siguió en la vieja casona de la calle Perú que compartió un tiempo con Ciencias Económicas. A su vez, Filosofía y Letras, el Consejo Superior y el rectorado ocupaban la casa de la calle Viamonte. La Facultad de Agronomía y Veterinaria disponía de amplios terrenos en el barrio de La Paternal, aunque con precarias instalaciones al comienzo. La dispersión de los edificios, la ausencia de una sede principal, que se proyectó en 1908 y no se concretó nunca, así como la precariedad de algunas instalaciones, aulas y centros no favorecían la imagen pública de la universidad ni el adecuado funcionamiento de la misma.

El desarrollo de las actividades se desenvolvió con normalidad durante el rectorado de Uballes. El rector fue reelegido en 1910 y en 1914 y las asambleas respectivas se convocaron en la Facultad de Derecho o en la de Medicina, por falta de un salón apropiado. También ocurrieron con regularidad las elecciones de decanos y la renovación de los miembros de los consejos directivos cada bienio. Anualmente las memorias del rector daban puntual cuenta de estas novedades, de la integración de las academias, las ternas de profesores titulares enviadas para su designación al ministerio y de los nombramientos de profesores suplentes. En dichas nóminas figuran los nombres de calificados representantes de la cultura argentina, de las más diversas ideas y tendencias.

Las memorias y las actas de sesiones del Consejo Superior o de algunos consejos directivos dan cuenta de las novedades en los planes de estudio, la jerarquización del doctorado

en Ciencias Jurídicas separado del título profesional de abogado, la participación en congresos, la difícil integración del colegio nacional, los aranceles y las excepciones, la propuesta de nuevas carreras por vía de correlación y equivalencia de asignaturas de distintas facultades, el régimen de calificaciones y de exámenes y los más diversos asuntos de trámite administrativo.

Pero además, dos cuestiones de fondo preocupaban a las autoridades de la universidad: el incremento de la matrícula y la formación del profesorado. En el primer caso, la capacidad de las facultades estaba desbordada, y para atenderla se requería el desdoblamiento de cursos, multiplicar los exámenes y ampliar las instalaciones, sin contar con los recursos para ello. A ello se sumaba la falta de preparación de muchos ingresantes, que mostraban la necesidad de nivelar sus conocimientos o requerir pruebas de ingreso. Era perceptible, por otra parte, que si bien aumentaba la matrícula, el rendimiento del estudiantado, medido en la tasa de egresos, marcaba una elevada proporción de abandonos y fracasos, tema sobre el cual no se advierten comentarios en las memorias del rector.

A su vez, la universidad se resentía de la ausencia de una verdadera carrera docente, que incluyera investigación y dedicación plena. Y aunque el profesorado estaba integrado por figuras destacadas, su presencia en la universidad era limitada en el tiempo y la dedicación. En 1906, el rector Basavilbaso describía así la situación: "Si las facultades no son todavía institutos científicos en la más alta acepción del adjetivo, es porque el medio social no lo permite aún; porque apenas comienza entre nosotros la especialización científica; porque el magisterio universitario no es ni será una

profesión mientras no se le rodee de la consideración que merece y no se estimule a las mejores inteligencias del país al estudio profundo y original de las ciencias". En 1908, la universidad aumentó los salarios de los profesores titulares en proporción a su antigüedad, acudiendo a sus reservas de fondos, pero ello fue apenas un paliativo, como lo hacía notar el rector en su informe al ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Con todo, la Universidad de Buenos Aires había acrecentado su importancia y gravitación en la vida del país. Si bien había hecho a tiempo su reforma estatutaria, arrastraba un cúmulo de problemas que requerían inmediata solución. Paralelamente, la Universidad Nacional de La Plata emergía con un espíritu moderno, mientras que la de Córdoba parecía no haber percibido aún la necesidad de adecuarse a las exigencias y cambios que requería la nueva etapa que se iniciaba en el país.

LA REFORMA Y LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA UNIVERSITARIO ENTRE 1918 Y 1943

En el cuarto de siglo que media entre 1918 y 1943 se produjeron importantes cambios en la universidad argentina. Por una parte, el movimiento de reforma, que se inició entonces, promovió modificaciones en el gobierno de las casas de estudio al impulsar la participación de los estudiantes en las elecciones de sus cuerpos directivos y en su funcionamiento. Los efectos de esta reforma generaron, a su vez, reacciones que procuraron amortiguar los desbordes que se produjeron en más de una ocasión y que alteraron la actividad de las universidades. La reiterada modificación de los estatutos, el número de proyectos de ley uni-

versitaria y las intervenciones que el Poder Ejecutivo realizó en esas instituciones en esos veinticinco años indican con elocuencia la crisis por la que atravesaba el sistema. Si, entre 1885 y 1917, los estatutos originarios de las tres universidades existentes se modificaron en cuatro oportunidades en total, los cambios producidos entre 1918 y 1943 llegaron a once en esas tres casas y a otras doce para las universidades del Litoral y Tucumán creadas posteriormente. A su vez, los proyectos de ley generados en esta etapa superaban la treintena. Como estos cambios en el gobierno universitario se hicieron sin modificar la ley 1597, es necesario señalar que por ello mismo se mantuvo la dependencia en materia presupuestaria, en la designación de profesores titulares y en la aprobación estatutaria por parte del gobierno, cuestiones que motivaron reclamos y discusiones en el ámbito institucional.

Al mismo tiempo, otros aspectos de la vida universitaria mostraron un innegable desarrollo en esos años, tales como la creación de nuevas universidades, el debate constante sobre los problemas docentes y de investigación, el aumento de la matrícula, las nuevas carreras, la formación de institutos y la creciente vinculación interna e internacional.

En 1918 la Universidad de Córdoba experimentó una conmoción que adquirió dimensión nacional y provocó reformas en sus estatutos y se propagó a las restantes universidades nacionales. Los hechos tuvieron inicio a fines de 1917, en una huelga de estudiantes de Medicina que reclamaba la reapertura del internado en el Hospital de Clínicas. El memorial que el centro de estudiantes de esa facultad dirigió al ministro de Justicia e Instrucción Pública puntualizaba una serie de críticas al funcionamiento de la facultad, así

como ciertas corruptelas internas en su personal directivo.

Si bien el problema parecía centrado en esa facultad, el inmovilismo en que se mantenía la universidad había preocupado desde tiempo atrás a destacados profesores de ella, como los doctores Antonio Nores y Enrique Martínez Paz, quienes en 1912 y 1916 habían propuesto varias reformas al estatuto sin obtener el apoyo del Consejo Superior. Aún antes, el doctor Ramón J. Cárcano había advertido en su libro *Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización* (1892) los cambios que a su juicio eran necesarios para su modernización, a la luz de la experiencia europea que él había podido constatar en su visita a los centros de Francia y Alemania.

Como la huelga continuó y se extendió después del verano, se interrumpieron las inscripciones y los exámenes y el Consejo Superior clausuró temporalmente la universidad, al tiempo que consideró la reforma de estatutos que mantenía en carpeta. Pero la agitación se mantuvo y, el 1° de abril, un comité pro reforma solicitó al ministro la intervención de la universidad, a lo cual el Poder Ejecutivo accedió con rapidez, nombrando al doctor José Nicolás Matienzo en carácter de comisionado nacional para normalizar la situación. Poco después, éste urgió al Consejo Superior la consideración de la reforma estatutaria, que el cuerpo aprobó el día 20 de ese mismo mes, conforme al modelo que Buenos Aires había adoptado en 1906. Ese texto fue girado al ministro con informe favorable del comisionado, y el Poder Ejecutivo lo aprobó por decreto del 7 de mayo.

En virtud de las nuevas disposiciones, cauducaron las autoridades de la universidad y el comisionado convocó a elecciones de decanos

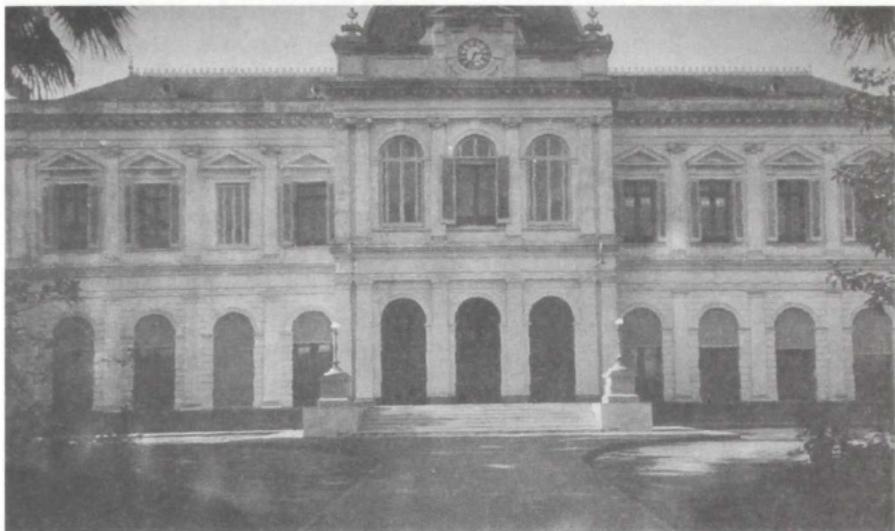
y consejos directivos de las facultades. Con sus integrantes electos se constituyó el Consejo Superior, que a su vez eligió vicerrector al ingeniero Belisario Caraffa el 31 de mayo. Restaba sólo para la total normalización la elección del rector, para lo cual fue convocada la Asamblea el 15 de junio. En esa oportunidad disputaron el cargo las dos figuras conspicuas que habían bregado en su oportunidad por reformas en la universidad: el doctor Antonio Nores, de la Facultad de Medicina y el doctor Enrique Martínez Paz, por la de Derecho. La votación fue ardua y finalmente consagró al doctor Nores por 23 a 19 votos. Pero la derrota de Martínez Paz enardeció a un grupo considerable de estudiantes que irrumpió en el salón, desconoció los resultados y proclamó la huelga general. El vicerrector comunicó al día siguiente al ministro que "a la terminación del acto se produjeron por parte de la juventud universitaria, disconformes con este resultado, manifestaciones tumultuosas de protesta contra la Asamblea y causando en varios salones de la casa, destrozos y perjuicios materiales de pequeña importancia. Después de reiteradas exhortaciones del suscripto consiguióse el desalojo del edificio, sin intervención de la fuerza pública". Las manifestaciones continuaron en la ciudad con singular violencia y un fuerte contenido antirreligioso, que suscitó reacciones de distinto tipo. Ese mismo tono se mantuvo en un documento público, conocido como *Manifiesto liminar de la Reforma*, firmado por el grupo de estudiantes y egresados que promovió el hecho. El texto del manifiesto, de prosa vibrante, avanzaba mucho más allá de los cambios alcanzados en el nuevo estatuto, incitaba a una verdadera revolución y desconocía las decisiones de la Asamblea. Tras esa declaración se manifestó el apoyo de diversos grupos socialistas

y anarquistas, de sociedades de libre pensadores y de la masonería, que convirtieron la reforma universitaria en un movimiento de fuerte contenido político, social, vivido en un clima de entusiasmo casi revolucionario, caldeado por acontecimientos de la posguerra europea y las promesas de la "aurora roja" que se había instalado en Rusia.

Pese a ello, el rector Nores tomó posesión de su cargo y aunque anunció medidas de reforma, no logró restablecer el orden, alterado por la huelga y las violentas manifestaciones que ganaron las calles de Córdoba. Tampoco logró el apoyo del gobierno nacional, que ante un nuevo pedido de intervención de la Federación Universitaria, no vaciló en enviar como interventor al propio ministro de Instrucción Pública, José Salinas. Desconocido por los huelguistas y abandonado a su suerte por el Poder Ejecutivo, el doctor Nores renunció al cargo y a su cátedra en un texto memorable.

El ministro Salinas llegó a Córdoba y acogió con solicitud las demandas de los reformistas, como resultado de las cuales se elaboró un nuevo estatuto que remitió al Poder Ejecutivo, quien lo aprobó por decreto del 7 de octubre. Su texto modificaba la composición de los consejos directivos, reduciendo el número de sus integrantes de quince a siete; la elección del decano y de los consejeros y de delegados al Consejo Superior se llevaría a cabo en una asamblea conjunta de profesores y estudiantes. La presencia de los estudiantes se consolidó, al autorizar el nuevo estatuto que los directivos de los centros acudieran a las comisiones de los consejos directivos y superior para informar cuando lo creyeran oportuno.

Estos cambios, que modificaron el sistema de gobierno de la universidad con la participa-



Edificio principal de la Universidad Nacional de La Plata en 1925. Archivo General de la Nación.

ción estudiantil, estaban llamados a repercutir en Buenos Aires y en La Plata. Más aún, el ideario reformista alcanzó considerable difusión en varios países hispanoamericanos en esos mismos años. De hecho el movimiento se tradujo en la reforma de la estructura de gobierno, pero también canalizó una fuerte tendencia de cambio social, que se expresó de diversos modos en la prensa periódica, partidos políticos y en el propio Congreso Nacional. El diputado socialista Juan B. Justo solicitó la interpelación del ministro sobre los sucesos de Córdoba. El ministro rehuyó el debate y remitió una nota del presidente Yrigoyen, en la cual éste manifestaba que el tema era de incumbencia del Poder Ejecutivo y que la concurrencia de los ministros al Congreso sólo se justificaba en el tratamiento de leyes o planes de estudio.

Pero si la interpelación no se produjo, Justo fundamentó un pedido de reorganización de la Universidad de Córdoba. Al hacerlo, rea-

lizó una extensa exposición de los defectos que pudo comprobar en esa casa, y en su discurso tendió ostensiblemente a señalar que el atraso que allí existía era imputable a la tradición religiosa de aquella ciudad, que sofocaba su vida cultural y su progreso. El tono fuertemente anticlerical de Justo, de “desenclaustrar a la Universidad de Córdoba, adosada a la iglesia de los jesuitas”, dio, una vez más, carácter antirreligioso a una reforma que inicialmente sólo demandaba una modernización de su sistema de gobierno y una mejora de sus niveles de enseñanza. Si bien en la Cámara se desestimó su pedido y se rectificaron muchas de las imputaciones hechas, el tono antirreligioso prevaleció por mucho tiempo en los documentos del movimiento reformista.

En Buenos Aires existía en el Consejo Superior, desde 1917, la intención de reformar el estatuto, gestión que se aceleró con los sucesos de Córdoba y la presión del movimiento reformista, al punto que según expresión del

propio rector Eufemio Uballes, el sistema electoral para la opinión pública “debe tomarse como el verdadero índice de si nuestra universidad es retrógrada o progresista”. El 14 de agosto de 1918, el rector elevó al ministro Salinas un nuevo estatuto aprobado por el Consejo Superior, que incluía temas como la docencia libre, la no obligatoriedad de la asistencia a clases teóricas y las modificaciones ya generalizadas de elección de consejeros. El procurador general José Nicolás Matienzo se expidió el 29 de agosto, acogiendo favorablemente las reformas, salvo en el sistema electoral, en el cual recomendó tomar en cuenta la propuesta de minoría del proyecto que postulaba una asamblea única de profesores y estudiantes y ciertas condiciones para los electores de este último estamento. El decreto del 11 de septiembre de 1918 aprobó el estatuto, y sobre esa base, el rector dispuso la caducidad de los consejeros, nombró delegados en cada facultad para convocar a elecciones conforme a las nuevas normas, las cuales se realizaron entre el 7 de octubre y el 12 de noviembre, fecha en que quedaron constituidas las nuevas autoridades.

A fines de ese año, la facultad de Ciencias Médicas estableció el examen de ingreso, que si bien fue resistido por los alumnos, se mantuvo firme y dio lugar a que el rector Uballes volviera a reiterar en su memoria la necesidad de articular mejor el pasaje del bachillerato a la universidad y remediar las falencias que arrastraba su inadecuada formación. Por lo demás, el rector se prometía una labor fecunda para la universidad en 1919, “hasta donde lo permita el ambiente anormal creado por la terminación de la guerra europea y el restablecimiento de la paz, al suscitar los graves problemas que tan hondamente han repercutido entre nosotros”. Alusión a las agitaciones y de-

sórdenes que provocó la acción revolucionaria y la “Semana Trágica” en enero de 1919 en la ciudad de Buenos Aires.

La crisis también sacudió a la Universidad de La Plata, centro al que no se le podían imputar los defectos que se habían señalado a la de Córdoba. Sin embargo, el impulso reformista tuvo aquí características más prolongadas e incluso más violentas que en aquella ciudad. A fines de 1917, la asamblea general había elegido presidente de la universidad al doctor Rodolfo Rivarola, que sucedió a Joaquín V. González en su larga gestión (1905-1917). Rivarola se había destacado en Buenos Aires como director de la *Revista de la Universidad* y por profesar una reforma moderada que tendía a reconocer los centros de estudiantes y su participación con voz, pero sin voto, en los consejos. Pero su gestión tropezó con innumerables dificultades surgidas de huelgas, complicaciones en la Facultad de Agronomía y Veterinaria y su escuela de aplicación, tensiones que prevalecieron en el Consejo Superior y en las facultades.

El 24 de agosto de 1918, el consejero José Nicolás Matienzo propuso al Consejo Superior la reforma de los estatutos. Sin perjuicio de ello, el cuerpo fue aprobando a lo largo de 1919 algunos de los postulados reformistas, como la participación con voz y voto de los estudiantes, y más tarde, la docencia libre y la asistencia optativa a las clases teóricas. La crisis planteada en Agronomía y Veterinaria reapareció con mayor virulencia en octubre de 1919 y con ella, la huelga general. Con la universidad tomada, el presidente, asediado por la Federación Universitaria de La Plata, se sintió abandonado por el Poder Ejecutivo, que le negó el pedido de intervención solicitado al ministro, y por parte de los profesores, entre

los cuales crecía la influencia de Alejandro Korn, una de las cabezas del movimiento reformista. Hubo mítines reprimidos por la policía y tensiones entre el ministro del Interior y el gobernador de la provincia, así como enfrentamientos entre fracciones rivales de los estudiantes, en uno de los cuales falleció un alumno en circunstancias no aclaradas.

Pese a todo, el 17 de marzo de 1920 el presidente Rivarola elevó al ministro el nuevo estatuto, señalándole en la nota de elevación "que los aspectos electorales han reclamado en estos tiempos mayor atención que la enseñanza misma", y que las reformas proyectadas se asemejaban a lo aprobado para Buenos Aires y Córdoba. Pese a ello, sin apoyo para sostenerse y en medio de los desórdenes que se sucedían, Rivarola renunció el 5 de junio de 1920, responsabilizando al Poder Ejecutivo de lo ocurrido. Días más tarde, un decreto aprobó el nuevo estatuto.

A Rivarola lo sucedió en la presidencia de la universidad el doctor Carlos Melo, quien debió afrontar otra crisis, referida ahora al colegio nacional y la gestión que allí cumplió Rafael Taborda, conflicto que se prolongó hasta 1921.

De modo que el movimiento reformista logró, en distintas circunstancias, modificar los estatutos de las tres universidades nacionales. De hecho, las reformas se centraron en el gobierno de la universidad, en cuya participación los estudiantes y, con ellos, un núcleo de profesores lograron un peso político significativo. A ello se sumaron algunas concesiones como la libre asistencia a los cursos teóricos, el impulso a la extensión universitaria y la promoción de la docencia libre. El movimiento reformista centró su iniciativa en el control de la universidad a través del sistema de eleccio-

nes, antes que en las mejoras pedagógicas. Según Carlos Cossio, el movimiento constituyó más que una reforma, una revolución universitaria, en la que se cuestionó el concepto mismo de universidad.

Sin embargo, y habida cuenta de ciertos excesos, el régimen establecido en 1918 fue revisado y las modificaciones, más de forma que de fondo, se trasladaron a los estatutos. Buenos Aires reformó los suyos en 1923, 1931 y 1932 y propuso nuevos ajustes en 1935; Córdoba hizo lo propio en 1923; La Plata en 1926, 1928 y también propuso modificaciones en 1935. El Litoral los reformó en 1923, 1929, 1930 y 1934, y Tucumán, en 1924.

Entre quienes impulsaron estas modificaciones se destacó el doctor Benito Nazar Anchorena, presidente de la Universidad Nacional de La Plata (1922-1926) y, más tarde, interventor en la de Buenos Aires (1931). En nota al ministro aludió al "electoralismo y servil sometimiento de muchas de sus autoridades a la coacción de las camarillas de estudiantes", las "barras que presionan en las sesiones de los Consejos Directivos y Superiores", y las incompatibilidades en que se hallaba parte del profesorado. La crítica a las formas de vida universitaria de la época están presentes en muchos testimonios, y muy señaladamente en el libro de Enrique Gaviola, *Reforma de la universidad y breviario del reformista* (1931). El autor, con vasta experiencia europea y profesor en Ciencias Exactas, describe con franqueza no exenta de ironía los distintos problemas que afectaban a la universidad argentina en ese entonces, para la cual reclamaba una reforma de fondo de todos sus estatutos.

Esos problemas recibieron en esta etapa una creciente atención. Por una parte, y a



Una mesa en elecciones estudiantiles, c. 1930. Archivo General de la Nación.

iniciativa de la Universidad de La Plata, se reunió en 1923 en aquella ciudad el Primer Congreso Universitario, que convocó a los rectores y delegados a intercambiar opiniones y estudiar temas referidos a la vida universitaria. Se acordó realizarlos periódicamente, en sedes rotativas, de modo que en 1924 la convocatoria fue en Buenos Aires, en 1925 en Córdoba, en 1926 en Santa Fe y en 1927 en Tucumán. Tras los discursos de apertura, se pasaba al tratamiento de asuntos específicos por comisiones, cuyo temario se fue ampliando progresivamente: se plantearon allí cuestiones como las cátedras optativas, las clases teóricas y prácticas y la asistencia a ellas, tipos de exámenes, la intensificación de la enseñanza de las matemáticas, formación de médicos forenses, práctica profesional de los ingenieros, internados hospitalarios, formación de biólogos y otras. Tampoco faltaron

ponencias sobre cómo organizar las bibliotecas centrales, los laboratorios, planetarios y la importancia de generar investigación en la universidad.

En 1935 se reunió en Buenos Aires, con auspicio oficial, el llamado I Congreso Universitario Argentino, con la participación de calificados profesores de todas las universidades. Tuvo por objeto principal elaborar un proyecto de ley universitaria, que se discutió y aprobó en ese ámbito. Simultáneamente acogió una larga serie de comentarios y propuestas sobre temas universitarios, entre los cuales la cuestión legislativa fue predominante. Algunas voces destacadas, como la de Bernardo Houssay, marcaron su escepticismo ante el temario de este congreso. En su negativa a participar, señaló que era “un grave error creer que se reformará y mejorará la universidad por simples leyes o decretos, de los que ésta ya padece en exceso”.

De todos modos, y pese a las dificultades y limitaciones que se ofrecían, algunos aspectos de la vida universitaria fueron cambiando a lo largo de esos años. No tuvieron la notoriedad que adquirirían las huelgas o las demandas legislativas, pero paulatinamente introdujeron en la universidad modalidades académicas acordes a los tiempos.

Las facultades diversificaron cada vez más sus carreras, ofreciendo un espectro creciente de especialidades, sobre todo en ciencias médicas y en ciencias exactas. A su vez, se fueron creando institutos, concebidos como centros de docencia e investigación especializada en determinadas disciplinas cursadas en la facultad, o a veces con independencia de ella en razón de aplicarse a la práctica hospitalaria, industrial o de otro tipo. Su actividad académica se difundía a través de anales, revistas, boletines o publicaciones seriadas, cuyo número y variedad se incrementó notoriamente, difundiendo conocimientos y enriqueciendo las bibliotecas a través del canje.

Progresivamente, la convocatoria o la participación en congresos nacionales e internacionales multiplicó las relaciones de carácter institucional y personal, y con ello, el intercambio de conocimientos y experiencias. Fue cada vez más frecuente la visita de destacados científicos y estudiosos de diversas disciplinas, así como la contratación de profesores extranjeros para cubrir cátedras y formar con ellos personal docente nacional. Esta práctica, que ya se conocía y aplicaba en Córdoba antes de 1918, se incrementó en las décadas posteriores, con la emigración que provocaron tanto la Guerra Civil Española como la Segunda Guerra Mundial. La nómina de intelectuales y catedráticos acogidos en las universidades argentinas es muy extensa y significó, en la mayoría

de los casos, una renovación y acrecentamiento de los conocimientos en diversas disciplinas.

En 1938, el rector de Córdoba, Sofanor Novillo Corvalán, aludía a estos cambios como "el pasaje de la universidad profesional a la universidad científica", tendencia que pese a las limitaciones que subsistían, se iba consolidando. Quizá la figura más representativa de esa tendencia fuera Bernardo Houssay, quien en 1940 expresaba que los temas que definirían a la universidad argentina del futuro se centrarían en la formación de campus universitarios, donde se gestarían sin dificultad las relaciones entre distintas ramas del saber, la investigación y la enseñanza, un profesorado con dedicación plena, la necesidad de seleccionar el ingreso y un sistema de becas y premios para aquellos cuyo esfuerzo mereciera estímulo y apoyo. Es llamativo que en su esquema está ausente toda alusión al sistema de gobierno de la universidad entonces imperante.

Otro hecho significativo lo constituyó la creación en ese período de tres nuevas universidades nacionales: las del Litoral, Tucumán y Cuyo. La nota característica de estas tres nuevas casas es su marcado sentido regional. Si bien el asiento de sus autoridades se situó en la capital de las provincias de Santa Fe, Tucumán y Mendoza, sus facultades e institutos se distribuyeron en el Litoral, el Noroeste y Cuyo, respectivamente. La primera, con asiento en las ciudades de Santa Fe, Rosario, Paraná y Corrientes; la segunda, en Tucumán y Salta, y la de Cuyo, en Mendoza, San Juan y San Luis. Se des todas que se fueron creando y consolidando paulatinamente, aunque en algunos casos fueron desafectadas o suspendidas transitoriamente, como ocurrió con Paraná y Corrientes.

En su creación se aprovechó la existencia de la Universidad de Santa Fe (1889-1919) y

la de Tucumán (1912-1921), ambas provinciales, con las instituciones que en ellas funcionaban y que fueron transferidas a la Nación en 1919 y 1921, respectivamente. En el caso de Cuyo, tras algunas gestiones anteriores, su creación se llevó a cabo por un decreto del Poder Ejecutivo de 1939. Si bien las tres casas contaron con carreras tradicionales, su dispersión geográfica favoreció la creación de facultades, escuelas e institutos aplicados a realidades regionales, como la higiene subtropical, la industria azucarera o vitivinícola, la minería o las cuestiones agropecuarias. Todas ellas incluyeron en su jurisdicción escuelas de nivel medio, técnicas y humanísticas, que se colocaron bajo su dirección (véase el cuadro 3).

LA UNIVERSIDAD, ENTRE LA REVOLUCIÓN DE 1943 Y EL PERONISMO

Entre 1943 y 1955, el país vivió una intensa agitación política y social. La misma se precipitó con la ruptura del orden institucional el 4 de junio de 1943 y prosiguió con la errática gestión del gobierno militar, en la cual incidió el epílogo de la Segunda Guerra Mundial y el nuevo horizonte internacional planteado en 1945. Esa etapa de incertidumbre concluyó con las elecciones de 1946. La presidencia de Perón, la reforma constitucional de 1949 y la continuación de su mandato enmarcaron una nueva etapa en la cual el país vivió cambios y tensiones que desembocaron en el abrupto final de su gobierno en septiembre de 1955.

CUADRO 3
MATRÍCULA UNIVERSITARIA
1919-1942

Años	Buenos Aires	Córdoba	La Plata	Litoral	Tucumán	Cuyo	Total
1919	7.767	1.337	3.349				
1920	S/D	1.603	1.885				
1921	8.869	1.999	1.841				12.709
1922	8.737	2.185	3.444				S/D
1923	9.081	1.977	1.464	2.015	93		14.630
1924	7.743	1.514	1.753	2.095	67		13.179
1925	8.420	1.928	1.672	2.298	74		14.392
1926	9.226	2.428	1.630	2.149	71		15.504
1927	10.217	2.358	1.798	3.089	77		17.539
1928	8.607	2.369	1.824	3.289	83		16.172
1929	11.242	2.742	1.880	3.533	109		19.506
1930	11.165	2.863	1.670	3.210	110		19.018
1931	13.620	2.908	1.943	3.573	132		22.176
1932	10.497	2.685	2.754	4.054	196		20.186
1933	9.037	3.136	2.325	3.727	233		18.458
1935	10.333	3.143	3.259	3.910	344		20.989
1941	19.041	5.840	9.199	6.464	1.014	438	41.996
1942	18.381	6.278	9.746	6.286	1.148	889	42.728

La universidad vivió intensamente las alternativas políticas de esa época, que alteraron en más de una oportunidad su normalidad. En esa historia cabe distinguir también dos momentos diferentes, que coinciden en el primer caso con el ciclo revolucionario y en el segundo, con la presidencia de Perón.

La primera etapa se caracterizó por una gran inestabilidad en la vida universitaria. Los seis ministros que atendieron la cartera de Justicia e Instrucción Pública entre 1943 y 1945, dieron lugar a otras tantas intervenciones y cambios en la conducción de las universidades y sus respectivas facultades, añadiendo confusión e inseguridad al sistema. El gobierno revolucionario se propuso reordenarlo, imprimiéndole un notorio contenido ideológico, en el cual predominó el nacionalismo católico. Entre sus iniciativas ordenadoras cabe mencionar el proyecto de reorganización de la Universidad de Buenos Aires del interventor, doctor Tomás D. Casares, del 28 de diciembre de 1943, y el Estatuto Básico para las Universidades, esbozado por el doctor Rómulo Etcheverry Boneo, de julio de 1944. Pero ninguno de los dos llegó a aplicarse, dada la brevedad de ambas gestiones. Por otra parte, la falta de apoyo en el cuerpo docente y la abierta rebeldía del estudiantado impidieron la profundización de cambios como los propuestos.

La crónica de lo ocurrido durante ese trienio es extensa y variada, aunque la repercusión de los hechos difiere según la magnitud de cada universidad y, sobre todo, su mayor o menor cercanía al sensible escenario político porteño. Algunas gestiones, como la del profesor Jordán Bruno Genta en la del Litoral en 1943 o la Carlos Obligado en la de Buenos Aires en 1944 adquirieron notoriedad, tanto por la resistencia que provocaron las medidas des-

templadas del primero, como por el sentido arcaizante de lo dispuesto por el segundo. En la Universidad Nacional de La Plata no hubo intervención, ya que el vicepresidente Ricardo de Labougle se hizo cargo de la presidencia tras la renuncia de su titular, Alfredo Palacios, quien se negó a dejar cesantes a varios profesores que se habían pronunciado contra la política imperante.

La impotencia del gobierno para hacer frente a la situación universitaria, unida a la crisis por la que atravesaba el país, obligaron a posponer todo intento de reforma y a convocar a elecciones en los claustros. Paralelamente y por otro decreto del 10 de febrero de 1945 se dispuso la reincorporación de los profesores separados en 1943. Como resultado de ello, las seis universidades constituyeron sus consejos con representantes de los profesores y estudiantes y eligieron sus rectores en abril de ese año.

El restablecimiento de la autonomía fue acompañado por un pronunciamiento político de clara oposición al gobierno. Los nuevos rectores convocaron a una conferencia universitaria, en la cual, a fines de julio, aprobaron varias resoluciones. Entre ellas, se reclamaba, por una parte, una nueva legislación universitaria según el modelo reformista y, simultáneamente, se comprometía con las fuerzas opositoras que pedían el cese del gobierno y el traspaso del Poder Ejecutivo a la Suprema Corte. Estas declaraciones y la agitación que reinaba en esos días llevaron a un nuevo enfrentamiento con el gobierno, seguido de incidentes, detenciones y finalmente la clausura del año lectivo.

Poco después el triunfo de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946 supuso un cambio de fondo en las expectativas universita-



Entrada principal de la Universidad Nacional de Tucumán, c. 1940. Archivo General de la Nación.

rias. Sus autoridades, que habían adherido mayoritariamente al triunfo de la fórmula opositora, se sintieron defraudadas por el resultado electoral e intentaron resistir las intervenciones que, como preuncio del cambio político, se habían dispuesto el 2 de mayo de 1946 en todas las universidades. Menudearon entonces las declaraciones y las medidas de fuerza, que a su vez generaron disposiciones coercitivas, jubilaciones de oficio y cesantías de profesores, que se incrementaron por otras ruidosas y nutridas renuncias en solidaridad con los afectados. Estas actitudes, así como la agitación estudiantil y la huelga general que dispuso la Federación Universitaria Argentina (FUA), alteraron la vida universitaria, aunque a fines de ese año la resistencia cedió al levantarse el paro por falta de consenso entre los estudiantes.

Para superar la crisis, el gobierno peronista apuntó al dictado de una nueva legislación para el sistema, y por otra, a generar confianza en los claustros merced a un programa de apoyo a las universidades. La ley 13.031, aprobada por el Congreso en octubre de 1947, respondió a la primera parte de esa política. La iniciativa partió del ministerio y supuso un ordenamiento detallado del régimen universitario, descrito a través de nueve títulos, que comprendían los fines de la universidad y su gobierno, las facultades, los profesores, los estudiantes, la enseñanza, el patrimonio y el financiamiento, el Consejo Nacional Universitario y varias disposiciones complementarias. Ese texto reemplazó a la antigua y esquemática ley 1597, y en sus 119 artículos se incluyó gran parte de los asuntos que antes se regulaban en los estatutos. Las

innovaciones más importantes, en lo que al gobierno se refiere, consistían en la desaparición de la Asamblea, pues los rectores recibirían su nombramiento del Poder Ejecutivo; el Consejo Universitario se integraba con los decanos y vicedecanos; en las facultades, el gobierno recaía en un Consejo Directivo de diez miembros, elegido proporcionalmente por los profesores titulares y adjuntos, y estaba presidido por un decano elegido por dicho Consejo de una terna ofrecida por el rector. La participación estudiantil quedó limitada a un delegado por Consejo Directivo, con voz pero sin voto, sorteado de entre quienes cursaban el último año de la carrera y poseyeran las mejores calificaciones. Al mismo tiempo, y como norma general, se excluía la actividad política de profesores y de alumnos.

La ley mantenía algunos aspectos del sistema e innovaba en otros; definía y ordenaba las unidades académicas en facultades, escuelas, institutos, departamentos, seminarios, secciones y cátedras; describía las categorías de los profesores, la carrera docente, el acceso a la cátedra y la retribución. Incluía también un programa de becas para los estudiantes, fijaba las condiciones de ingreso para todo el país, mantenía la enseñanza libre y el posgrado e incorporaba entre los recursos un impuesto del 2% sobre los sueldos pagados en la actividad privada; creaba también el Consejo Nacional Universitario a fin de que éste coordinara la labor de las casas de estudios.

La ley, en definitiva, acentuaba el control estatal del sistema y vigilaba su funcionamiento, al tiempo que procuraba despolitizar la vida universitaria y reordenar ciertos aspectos de su funcionamiento.

Sin embargo, la vigencia de la ley no duró más que seis años. A fines de 1953, el Poder

Ejecutivo remitió un nuevo proyecto al Congreso, aludiendo en el mensaje de elevación a la necesidad de ajustar la legislación a lo establecido por la Constitución Nacional de 1949 en su artículo 37, IV-V, y al Segundo Plan Quinquenal, aprobado por ley 14.184. En ambos documentos se establecía la división del territorio nacional en regiones universitarias, la formación política de los estudiantes y la incorporación de la Doctrina Nacional a los contenidos de la enseñanza, la gratuidad de los estudios en el nivel superior y la modificación del régimen de financiamiento. Como resultado de ello se dictó la ley 14.297, promulgada el 11 de enero de 1954, cuyo contenido en ocho títulos y 73 artículos reproducía la mayor parte de lo establecido en la ley anterior, con los agregados enunciados en el mensaje y algún control adicional en la designación de los decanos y delegados estudiantiles. La Doctrina Nacional, que ahora pasaba a ser materia universitaria, era de contenido impreciso y genérico y se hallaba formada por los artículos y discursos de Perón. Esta doctrina comenzó a surgir como paradigma educativo durante la gestión del ministro Oscar Ivanisevich (1948-1950) y se consolidó por influencia de su sucesor, Armando Méndez San Martín (1951-1955).

Al margen de una legislación que se tornó cada vez más rígida, Perón había expresado su confianza en ganar la voluntad del ambiente universitario. Sus discursos entre 1946 y 1948, el extenso programa de becas, el apoyo financiero otorgado para la construcción de nuevos edificios, la realización de congresos, exposiciones y publicaciones, la mejora inicial en los salarios y luego la supresión de los aranceles a los estudiantes, apuntaban a ello. Sin embargo, la sorda opo-



Salón de lectura de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Archivo General de la Nación.

sición de buena parte del profesorado o de los estudiantes de la FUA no se amenguó. En 1947, el doctor Bernardo Houssay recibió el premio Nobel en Medicina. Ese galardón, otorgado a un profesor que había sido forzado a jubilarse de la Universidad de Buenos Aires, fue exhibido como un ostensible rechazo a la política universitaria del gobierno. Pero, al mismo tiempo, premiaba a una figura que desde tiempo atrás venía bregando por una modernización de la universidad. La prédica de Houssay no respondía tanto a la ideología reformista centrada en la democratización del gobierno universitario, como a la necesidad de mejorar la carrera docente a través de la dedicación exclusiva, incentivar la investigación y favorecer el acceso a la

universidad sólo a los más capaces, con el apoyo de becas y estímulos.

La matrícula estudiantil se triplicó entre 1947 y 1955. Ese crecimiento afectó sobre todo a Buenos Aires, que si en 1947 concentraba el 41% de la población universitaria total, en 1955 había llegado a absorber hasta el 52%. La Plata, Litoral y Córdoba, aunque incrementaron el número de sus estudiantes, decrecieron en la importancia relativa del conjunto: la primera pasó del 24% en 1947 al 16% en 1955; el Litoral, del 17% al 13%, y Córdoba, del 12% al 11%. En cambio, la Universidad Nacional de Tucumán mantuvo su 3% y la de Cuyo pasó del 2,5% al 3% (véase el cuadro 4).

CUADRO 4
MATRÍCULA UNIVERSITARIA
1947-1955

Años	Buenos Aires	La Plata	Litoral	Córdoba	Tucumán	Cuyo	Sur	Total	Egresos
1947	21.215	12.367	8.708	6.069	1.573	1.340	S/D	51.272	4.837
1948	24.531	13.106	9.333	6.452	1.403	1.611	231	56.667	4.624
1949	29.611	12.388	12.399	7.479	1.695	1.710	364	65.646	4.529
1950	37.386	14.988	14.169	8.856	2.171	1.849	S/D	79.419	5.327
1951	41.898	17.409	16.325	9.355	3.190	2.391	S/D	90.568	5.095
1952	45.656	18.827	15.613	10.713	3.388	2.519	S/D	96.716	6.084
1953	61.223	18.856	18.077	14.477	3.869	3.121	976	120.599	5.688
1954	77.785	20.146	19.227	12.473	3.945	3.743	804	138.123	6.427
1955	75.169	23.971	18.617	15.775	4.719	4.346	855	143.452	6.412

Fuente: Anuario Estadístico de la República Argentina, Buenos Aires, 1959.

La excesiva concentración de estudiantes en las antiguas sedes y la proyectada regionalización universitaria dieron lugar a distintas iniciativas para resolver el problema y extender al resto del país la enseñanza superior. Entre 1940 y 1943, las fuerzas vivas de Bahía Blanca habían constituido la Universidad del Sur, de gestión privada. Para lograr su continuidad se buscó sin éxito el apoyo de la Universidad Nacional de La Plata, hasta que finalmente, en 1946, el gobierno de la provincia de Buenos Aires creó en esa ciudad el Instituto Tecnológico del Sur. Al año siguiente fue nacionalizado merced a un acuerdo con el Ministerio de Educación y tras algunas vicisitudes, las carreras allí establecidas se consolidaron a partir de 1948.

Por otra parte, los propósitos de crear otras universidades en la Patagonia y el Nordeste, enunciados entre 1950 y 1952, no llegaron a concretarse. En cambio, la Universidad Nacional del Litoral creyó conveniente ampliar su cobertura inicial y abrir entre 1951 y 1954 carreras de Ciencias Económicas en Resistencia y en Concordia, y de Derecho, Medicina y Ciencias

Exactas en Corrientes, donde ya contaba con una sede.

Pero la creación más original de este período fue la fundación de la Universidad Obrera Nacional. El proyecto enviado al Congreso establecía cursos de perfeccionamiento técnico para obreros en varios ciclos de aprendizaje. En un segundo capítulo, la ley creaba esta universidad como un instituto superior de enseñanza técnica, en dependencia de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, con una carrera en cinco años que culminaba con el título de ingeniero de fábrica. La ley 13.229, promulgada el 17 de junio de 1948, venía así a implementar en materia educativa la política social del gobierno. Tachada de clasista por la oposición y criticada su denominación, por asemejarse más a un instituto superior de enseñanza técnica que a una universidad, su puesta en marcha sufrió demora, atribuida en parte a permitir que los egresados de los ciclos inferiores estuvieran en condiciones de ingresar a la Universidad Obrera Nacional.

Finalmente, por decreto del 7 de octubre de 1952 se reglamentaron su funcionamiento,

planes de estudio y estructura académica. Esta institución, ostensiblemente adherida a la ideología del peronismo, se diferenciaba de la universidad clásica por sus fines, su régimen de estudios, el carácter descentralizado de sus facultades regionales y su vinculación con el medio en que habrían de desempeñarse sus egresados. De conformidad con ello, se impartía enseñanza técnica superior a estudiantes que trabajaban; el régimen establecía la obligatoriedad de las clases en horarios vespertinos y la modalidad teórico-práctica. La representación de industriales y obreros en el gobierno de la Universidad procuraba asegurar el contacto con la producción. Además de su asiento en Buenos Aires, se crearon otras sedes entre 1953 y 1955. Al final de esta etapa eran ocho las facultades regionales existentes, distribuidas en Santa Fe, Rosario, Córdoba, Bahía Blanca, La Plata, Tucumán y Avellaneda. En algunos casos, se superponían con otras universidades, que también contaban con carreras de ingeniería y tecnología.

La vida universitaria de esos años ofrecía notorios contrastes. Por una parte, si bien se habían alejado muchos profesores en 1946, también se incorporaron a la docencia no pocos intelectuales emigrados de una Europa empobrecida y ante el temor del comunismo entonces en expansión. En el plano edilicio hubo sensibles mejoras en Buenos Aires. En Tucumán, bajo el impulso del rector Horacio Descole, se planeó y construyó el primer campus universitario del país, aunque la obra no alcanzó a terminarse. También se crearon y dotaron nuevos institutos y carreras, se afianzó un vasto programa de becas y de extensión, e incluso se incrementó el número de revistas especializadas, de cuya nómina la Universidad de Buenos Aires ofrecía un elocuente ejemplo.

Pero al mismo tiempo, los esfuerzos del peronismo por ganar espacio y consenso en la universidad fracasaron. El culto a la personalidad del presidente, las cátedras especiales de adoctrinamiento, la vigilancia y subordinación a intereses partidarios y la gradual pérdida de libertad concluyeron por sofocar la vida universitaria. La Confederación General Universitaria (CGU) de orientación peronista nunca logró superar la presencia mayoritaria de la FUA, pese a que ésta se hallaba en la ilegalidad.

Cuando a fines de 1954 Perón se enfrentó con la Iglesia, la universidad se convirtió nuevamente en caja de resonancia del conflicto. El movimiento estudiantil recobró su dinamismo con el surgimiento de nuevos grupos de oposición de tendencia social cristiana, que se sumaron a las corrientes de cuño liberal o de izquierda que prevalecían en la FUA, tradicionalmente reformista.

LA UNIVERSIDAD ENTRE 1955 Y 1973

La revolución de 1955 y el derrocamiento de Perón abrieron una nueva etapa en la vida universitaria. El gravísimo estado de tensión que precedió a la Revolución Libertadora y la misma violencia de los hechos ocurridos en junio y septiembre de ese año dieron a la gestión universitaria un marcado tono político y, en muchas ocasiones, de desmesura y de revancha que a veces escapó al control del gobierno.

Luego de la confusión de los primeros momentos, el gobierno revolucionario dispuso la intervención de las universidades; se derogaron las leyes 13.031 y 14.297 y en su lugar se restableció la vigencia de la ley 1597; el perso-

nal docente fue puesto en comisión en su totalidad y se resolvió la reincorporación de los cesantes de 1943 y 1946. El propósito fue afirmar la autonomía universitaria, darle mayor participación a los claustros y facilitar una renovación interna que surgiera de los propios claustros depurados por los concursos.

Pero el gobierno decidió avanzar aún más y no sólo restaurar sino asegurar una autonomía total en materia de gobierno y designación de profesores. La experiencia peronista había dejado una profunda huella en la vida universitaria y cualquier rastro de sometimiento a la voluntad del poder político debía ser eliminado. Como resultado de ello, se dictó el decreto ley 6403 del 23 de diciembre de 1955, por el cual se trazaban medidas tendientes a reorganizar las universidades en esta nueva etapa; la realización de concursos generales para profesores titulares, de modo que en breve plazo se pudieran constituir los claustros y elegir las autoridades. En el largo articulado del decreto se consignaban novedades como la institución del gobierno tripartito en los consejos, con profesores, graduados y estudiantes en distintas proporciones pero todos con voz y voto; la derogación de aquellos artículos de la ley 1597 que atribuían al Poder Ejecutivo la designación de profesores; la periodicidad de la cátedra, el régimen de autarquía y una serie de normas para los concursos, que tendían a excluir de ellos a los docentes con un ostensible pasado peronista. Incluía también, en el artículo 28, la posibilidad de que la iniciativa privada pudiera crear universidades.

Consecuentemente con este programa, se constituyeron en cada casa los jurados y se abrieron los concursos. La necesidad de garantizar la debida ecuanimidad era difícil, no sólo por la politización existente, sino por la

reincorporación de los cesantes de la década anterior y la crecida cantidad de los que ahora habían sido separados por los interventores.

La vida en las universidades se mantuvo agitada. Hubo huelgas de estudiantes, sucesivos interventores que se renovaron con cada cambio ministerial, complicaciones con el profesorado de los colegios secundarios anejos y la secuela de impugnaciones y alegatos que generó la realización de aquellos concursos. Un decreto del 17 de octubre de 1956 acordó una amnistía para aquellos actos de tensión y violencia que se vivieron en la universidad desde el 23 de setiembre de 1955, explicables según aquella norma "por la impaciencia y apasionamiento" que prevalecieron entonces.

Finalmente, los jurados fueron concluyendo su labor. El 5 de diciembre de 1956, el interventor en la Universidad de Buenos Aires, doctor Alejandro Ceballos, entregó en acto público los diplomas a los nuevos profesores titulares. Actos semejantes se vivieron en las restantes casas del Interior. Otras medidas adecuaron el régimen electoral, facultando a las asambleas para dictar los respectivos estatutos; se ordenó el régimen de autarquía financiera y se creó el Consejo Interuniversitario.

Cuando el doctor Arturo Frondizi se hizo cargo de la presidencia de la Nación, el 1° de mayo de 1958, las universidades se hallaban ya constituidas. En esa oportunidad se hizo presente un nuevo problema, derivado de la iniciativa presidencial de reglamentar el artículo 28. Dicho texto decía: "La iniciativa privada puede crear universidades libres que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes, siempre que se sometan a las condiciones expuestas por una reglamentación que se dictará oportunamente". Ese artículo

provocó entusiasmos y suspicacias en el medio político y universitario y dio lugar a una creciente polémica que rápidamente tomó estado público y ganó la calle. La propuesta significaba un cambio sustancial en la política universitaria argentina, que hasta ese momento era únicamente de gestión estatal.

El 25 de febrero de 1956, el gobierno revolucionario había creado una comisión especial para asesorarlo en dicho aspecto, integrada por calificados profesores y científicos; poco después, el ministro Atilio Dell'Oro Maini expuso ante la Junta Consultiva Nacional los fundamentos y alcances de la iniciativa. Y más adelante amplió esos conceptos en un mensaje radial a todo el país.

Las pasiones, sin embargo, hicieron muy difícil el diálogo. Hubo profusión de artículos, conferencias, declaraciones y debates en los cuales se analizó esta novedad. A ello se sumaron equívocos y prejuicios y las posiciones en pugna concluyeron caracterizadas bajo los rótulos de *laicos* y *libres*. De todos modos, la agitación producida y los temores del gobierno de provocar divisiones en la opinión pública que le restaran apoyo, impidieron que la iniciativa progresara. El ministro Dell'Oro Maini renunció, y sus sucesores, los doctores Carlos Adrogué (1956-1957) y Acdeel E. Salas (1957-1958), no volvieron a ocuparse del proyecto. El tema tampoco alcanzó tratamiento en las sesiones de la Convención Constituyente reunida en Santa Fe, pese a que hubo varias iniciativas en ese sentido.

La cuestión fue retomada por el presidente Frondizi, quien ya había adelantado su opinión favorable en la campaña electoral. A su vez, la mayor parte de los partidos políticos de la oposición se negaba a considerar esa iniciativa, al igual que la dirigencia universitaria,

encabezada por Rizieri Frondizi, rector de la universidad porteña y hermano del presidente de la República.

Desde mediados de 1958, el país polemizó apasionadamente sobre la política universitaria. Discusión en la que se mezclaron posiciones ideológicas, que más de una vez se desbordaron en incidentes estudiantiles de considerable magnitud. Hubo dos proyectos, redactado el primero por el padre jesuita Ismael Quiles y el doctor Raúl Matera, que contaba con el apoyo de la Iglesia, mientras que el segundo había sido elaborado por los rectores de las universidades nacionales; ambos textos mostraban las diferencias que en materia de política educacional separaban entonces a los dos sectores en pugna.

El 25 de agosto, los rectores se dirigieron al presidente solicitándole que abandonara su propósito de reglamentar el artículo 28. Dicha petición fue contestada por el doctor Frondizi señalando que el gobierno se hallaba estudiando los medios para hacer efectivo el principio de libertad de enseñanza en ese nivel.

Para esta fecha estaban ya definidas las posiciones: por una parte, el presidente y su ministro de Educación, doctor Luis Mac Kay, y tras ellos, algunos partidos políticos de inspiración social cristiana y sectores conservadores, entidades empresarias y profesionales y, sobre todo, la Iglesia Católica. En apoyo de los rectores se hallaba todo el arco opositor al gobierno, constituido por los partidos Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), Socialista, Demócrata Progresista y Comunista, así como entidades profesionales y culturales de orientación laicista. En la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), partido gobernante con mayoría en ambas Cámaras, muchos de sus integrantes se hallaban perplejos ante el problema.



Edificio en construcción (1940) de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Archivo General de la Nación.

Como elemento de presión y presencia callejera, la FUA actuó en apoyo del monopolio estatal, aunque padeció la escisión de la Liga Humanista que militó en favor de la libertad de enseñanza. La prensa oral y escrita del país tomó también posición en ese conflicto.

Durante todo el mes de septiembre de 1958, las declaraciones y los actos se multiplicaron. Hubo movilizaciones públicas masivas, incidentes y agitación. Las universidades dispusieron paros en consonancia con la actitud de sus autoridades y el ministerio reiteró advertencias sobre las huelgas y la indisciplina que había ganado a los colegios del nivel medio. Todos los días, la crónica periodística recogía nuevas declaraciones y detallaba las alternativas de los enfrentamientos verbales y físicos de los estudiantes. Los humoristas, a su

vez, comenzaron a tomar el lado risueño de ambos bandos y se solazaban con el enfrentamiento de los hermanos Frondizi.

Finalmente, el tema se centró en el Congreso, donde el partido gobernante tenía mayoría. No todos los legisladores de la UCRI estaban convencidos de la oportunidad de la política presidencial, que sorprendía a muchos de ellos después de haber rendido pocos meses atrás un homenaje a la reforma de 1918.

El tratamiento del tema fue largo, intenso y complejo, rodeado de la expectativa pública, con algunas universidades tomadas por la FUA y con estudiantes secundarios manifestando en las calles. El debate se inició en la Cámara de Diputados, en la cual se discutieron dos dictámenes de comisión: el de la mayoría proponía la derogación del artículo 28 y el de la minoría,

su sustitución por un texto que ampliaba su contenido. La votación fue favorable al primero. La Cámara de Senadores elaboró un proyecto en coincidencia con el dictamen del diputado Horacio Domingorena, expuesto en la Cámara baja. El proyecto aprobado por el Senado pasó a la Cámara de Diputados y resultó rechazado. Comunicado este resultado, el Senado insistió en su iniciativa. La mayoría de la Cámara de Diputados, en tensa sesión de ese mismo día, intentó reunir los dos tercios necesarios para volver a rechazarlo. Sin embargo, al no alcanzar el número necesario, la iniciativa del Senado quedó firme.

Pero la sanción de la ley no fue el último episodio de este conflicto. La Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) mantuvo la ocupación de las facultades porteñas, al tiempo que las autoridades universitarias insistieron en reclamar una nueva norma y la postergación de la reglamentación de la ley. La respuesta del presidente fue la promulgación de la ley 14.557. Finalmente, a fines de octubre y tras no pocas dificultades, la tensión disminuyó y las actividades se normalizaron. La reglamentación de la ley se efectuó el 11 de febrero 1959 a través del decreto 1409, por el cual se creó la Dirección General de Enseñanza Universitaria, en jurisdicción del Ministerio de Educación. A través de ese organismo se hicieron conocer las normas que habrían de regular el sistema universitario privado.

En todo este período, las universidades atravesaron distintas situaciones ligadas todas a la inestabilidad política del país. Se mantuvieron intervenidas entre 1955 y 1957; pero entre 1958 y 1966 se gobernaron por sus autoridades estatutarias. La caída de Frondizi y los prolongados períodos bajo el estado de sitio complicaron su desenvolvimiento y se

vieron afectadas por las huelgas de su personal administrativo y la limitación de los recursos financieros. A ello se sumó la creciente politización estudiantil, con el predominio de tendencias de izquierda en la FUA y el surgimiento de movimientos social cristianos como el humanismo y el integralismo que le disputaron la participación en el gobierno de las universidades.

La situación cambió tras el derrocamiento del presidente Arturo Illia y su sustitución por el gobierno que encabezó el general Juan Carlos Onganía. En esta etapa, llamada de la Revolución Argentina, se volvió a modificar el régimen universitario. El 29 de julio de 1966, el gobierno dispuso intervenir en ese ámbito, concentrando el gobierno de las universidades en los rectores y decanos existentes, otorgándoles las facultades de los Consejos. La medida fue rechazada en cinco universidades nacionales, mientras que las cuatro restantes la aceptaron. En Buenos Aires, las facultades de Ciencias Exactas y de Arquitectura fueron ocupadas por sus autoridades y grupos de estudiantes con el propósito de resistir la intervención. El desalojo por la fuerza de estas dos facultades, vecinas en su antigua sede de la calle Perú, dio al incidente notoriedad internacional por la presencia allí de periodistas y profesores extranjeros. También generó malestar en el ambiente universitario, multitud de renuncias de docentes y provocó descrédito para la gestión del gobierno. El incidente fue conocido desde entonces como la "noche de los bastones largos".

En cuanto al ordenamiento institucional, el gobierno procuró dar al sistema universitario el marco legal apropiado a ese momento. La antigua ley 1597 había sido tácitamente derogada por los decretos leyes de la Revolución Libertadora, que mantuvieron su vigencia

hasta la aprobación de los estatutos de cada casa. Pero la creación de universidades privadas y provinciales requería actualizar las normas para un sistema que se había ampliado considerablemente. El ministro del Interior Guillermo Borda y el secretario de Estado de Educación José Mariano Astigueta propiciaron el dictado de la ley 17.245 de universidades nacionales, y la ley 17.604 de universidades privadas, ambas en 1967. En 1968 se completó el ordenamiento institucional con la ley 17.778 de universidades provinciales. En ese mismo año se aprobaron los estatutos de las nueve universidades nacionales.

En lo que se refiere a las universidades nacionales, los contenidos de la ley establecían la autarquía, mantenían los órganos tradicionales de gobierno reforzando la autoridad de rectores y decanos, y en los consejos, una participación estudiantil limitada. Su espíritu apuntaba a la modernización y la eficiencia del sistema, coordinado a través del Consejo de Rectores, apoyado ahora por una oficina técnica. Pese a ello, la universidad se vio afectada de modo creciente por cuestiones internas, alentadas por agrupaciones políticas y estudiantes extremistas. En mayo de 1969, un conflicto originado en el comedor universitarios de la Universidad Nacional del Nordeste, en Corrientes, dio lugar a una manifestación de protesta estudiantil que culminó en una refriega con la policía y un estudiante muerto. Poco después ocurrió un hecho similar en Rosario, y el 29 de ese mes, la agitación estudiantil y gremial conmocionó a Córdoba.

La repercusión del "Cordobazo" dio lugar a la declaración del estado de sitio y a cambios ministeriales en el área educativa, para la cual se ensayó una política más realista con la conducción universitaria. Se nombraron nuevos

rectores, disminuyó la tensión, se mejoró el presupuesto del sector y los sueldos docentes, se realizaron concursos y en varias universidades se constituyeron los consejos directivos y superiores que preveía la ley. Pero el relevo de Onganía y las breves presidencias que se sucedieron no pudieron impedir la gradual politización que se generalizó en el ámbito universitario y que se desbordó en 1973.

El movimiento estudiantil reformista, cuya coherencia se había consolidado en la oposición al perfil autoritario y populista del peronismo, había logrado en 1955 la mayor parte de sus propósitos: libertad, autonomía y cogobierno universitario, principios que lo identificaban desde su origen. Esa coherencia, expresada en la FUA, se quebró poco después, al debatirse una nueva política educativa que abría la posibilidad de crear universidades de gestión privada. Las convicciones religiosas y las prevenciones ante el estatismo educativo que habían prevalecido hasta entonces hicieron que una fracción del estudiantado se separara, dando lugar a la formación del movimiento humanista, que con matices diversos se manifestó en el resto de las universidades.

Pero en la década del sesenta, la fragmentación del movimiento estudiantil se hizo más notoria, con el crecimiento de posiciones de izquierda alentadas por la influencia de la revolución cubana, el peronismo revolucionario y sus consignas antiimperialistas. Surgieron así grupos antagónicos que plantearon sus disidencias en temas de política nacional e internacional, en un clima de tensiones crecientes. La militancia estudiantil se fue radicalizando y el diálogo se hizo cada vez más difícil entre los grupos y más ardua la convivencia en los consejos directivos y superiores de la universidad, hasta 1966. La instauración del gobierno mili-



Taller en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Archivo General de la Nación.

tar acalló por un tiempo esas manifestaciones, que se reanudaron aumentadas a fines de 1969 y principios de los años setenta. En esa época surgió como corriente mayoritaria la Juventud Universitaria Peronista (JUP), que desplazó al reformismo tradicional y al humanismo. Esta corriente, que idealizó la unión obrero-estudiantil y el retorno de Perón como gestor de la liberación nacional, se hallaba vinculada con formaciones que difundían y practicaban una ideología insurreccional, y en alianza implícita con otras agrupaciones y formaciones de izquierda. Este movimiento alcanzó su cenit en 1973, bajo el lema "Universidad abierta al pueblo en la Patria liberada" y disputó en ese ámbito supremacías con las distintas tendencias que el gobierno peronista promovió en la universidad entre 1973 y 1976.

En lo que a la vida académica se refiere, la etapa 1957-1966 parece haber sido fecunda en muchos aspectos. Algunas figuras rectorales se destacaron por su labor, como Jorge Orgaz en Córdoba, Julio H. G. Olivera e Hilario Fernández Long en Buenos Aires. Se crearon cargos de profesores con dedicación exclusiva que favorecieron la plena integración a la docencia y la investigación. Los departamentos de graduados y de estudiantes se mostraron activos, instrumentándose programas de becas, comedores y servicios diversos para favorecer su bienestar. Asimismo, si bien la cantidad de facultades permaneció estable, aumentó el número de escuelas, carreras e institutos. Sociología y psicología se incorporaron a los saberes tradicionales, y se auspiciaron estudios de nivel intermedio. Entre otras iniciativas, cabe se-

ñalar que las revistas universitarias iniciaron en este época nuevas series; en Buenos Aires se creó Eudeba, una empresa editorial de economía mixta destinada a la publicación de obras científicas, investigaciones y textos para los estudiantes, tanto de temas humanísticos como científicos.

La investigación aparece ahora con creciente frecuencia en las memorias rectorales, con indicación de laboratorios, subsidios y equipamiento. En 1958 se había creado el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Merced al impulso de su presidente, el doctor Bernardo Houssay, este organismo se aplicó a la promoción de la investigación complementando eficazmente la labor de las universidades en este campo a través de becas y la creación de las carreras del investigador y del técnico. En 1970, el doctor Luis F. Leloir recibió el premio Nobel en Química, que enorgulleció por segunda vez a la ciencia argentina y con ella a los hombres surgidos de sus universidades. El planeamiento y la observación de los problemas inherentes al nivel superior se canalizó a través de oficinas que organizaron censos y estadísticas regulares del rendimiento universitario, y de departamentos que estudiaron problemas de pedagogía y orientación vocacional.

Las universidades atendieron también sus problemas de infraestructura. En Buenos Aires se comenzó la construcción de la Ciudad Universitaria en Núñez, sobre el Río de la Plata, donde se edificaron las facultades de Ciencias Exactas y Arquitectura. La Universidad Nacional de Córdoba trasladó algunas de sus facultades al parque Sarmiento de aquella ciudad, aprovechando edificios que habían sido de la Fundación Eva Perón. La Universidad Nacional de Tucumán abandonó el proyecto

del rector Descole y las estructuras ya edificadas en el cerro San Javier y trasladó algunas facultades a un Hogar Escuela que había sido de la misma Fundación en la ciudad. Lo mismo ocurrió en Resistencia, con las facultades que la Universidad Nacional del Nordeste tenía creadas en esa ciudad. Cuyo inicia la planificación de su ciudad universitaria en el parque San Martín de Mendoza.

Uno de los hechos más salientes de esta etapa fue la expansión del sistema. Hasta 1958, el número de universidades había aumentado muy lentamente y sólo en jurisdicción nacional. Pero a partir de la sanción de la ley 14.557 y más aún, favorecidas por la legislación dictada entre 1967 y 1968, la expansión comenzó a manifestarse en distintos ámbitos. Inicialmente, ese movimiento comenzó con las universidades privadas. Las primeras que se registraron fueron la Universidad Católica Argentina, la Universidad del Salvador, la del Museo Social Argentino y el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, todas ellas en Buenos Aires. Otras, como la Universidad Católica de Córdoba o la Católica de Santa Fe, nacieron en el Interior. Varias se habían creado con anterioridad a la ley 14.557. En 1968, las universidades privadas sumaban once establecimientos y en 1972 ya eran veintiséis, con una matrícula que absorbía el 11% del total nacional. Entre las casas más recientes, se contaban la Universidad de Morón (1960), la Universidad Argentina de la Empresa (1962), la Universidad de Belgrano (1964) y el Centro de Altos Estudios en Ciencias Exactas (1966), entre otras. Aunque la mayoría estaba radicada en Buenos Aires y en el conurbano, otras se hallaban diseminadas en distintas provincias.

A esa expansión se sumaron varias universidades creadas por gobiernos provinciales,

como las de La Pampa (1958), Mar del Plata (1961), Neuquén (1964) y en algunos casos, facultades o institutos como los creados en San Rafael por la provincia de Mendoza (1971) o en Jujuy, por el estado homónimo (1972).

Entre las estatales, la expansión fue gradual. En 1956 se crearon las universidades nacionales del Sur y del Nordeste. En ambos casos, la fundación se hizo a partir de establecimientos y carreras ya existentes, a los que se agregaron otros institutos y escuelas. La sede de la primera fue Bahía Blanca y de la segunda, Corrientes, aunque en este último caso su jurisdicción alcanzaba a las cuatro provincias del Nordeste. En 1959, la antigua Universidad Obrera Nacional, tras un período de vacilaciones, concluyó por ser convertida en la Universidad Tecnológica Nacional, manteniendo buena parte de sus características originales y su sistema descentralizado en facultades regionales. Éstas eran veintitrés en 1973.

Esta expansión se detuvo por casi una década. En 1968 se creó la Universidad Nacional de Rosario, a partir de distintas facultades y carreras desprendidas de la Universidad Nacional del Litoral, que tenían asiento en esta ciudad. Tres años más tarde se aprobó la creación de las universidades nacionales de Río Cuarto y del Comahue, esta última con sedes en Neuquén y Río Negro (1971). En 1972 se aceleró este proceso con la creación de otras cuatro universidades en Lomas de Zamora, Luján, Catamarca y Salta. A principios de 1973 fueron ocho las nuevas creaciones proyectadas por el ministro Gustavo Malek: la del Centro de la provincia de Buenos Aires, La Pampa, Misiones, Patagonia, Santiago del Estero, San Luis, Entre Ríos, San Juan y Jujuy. La mayoría de ellas se creó incorporando facul-

tades o carreras ya existentes, que se desprendían de sus antiguas universidades o nacían por transformación de universidades provinciales en nacionales.

La explosión de la matrícula y la enorme presión creada en las distintas provincias que demandaban carreras de nivel superior, así como una prédica que afirmaba la viabilidad de dichas creaciones como una necesidad de descentralizar el sistema, incidieron en esa política. La distribución de la matrícula entre las universidades nacionales muestra que la descentralización efectuada en los años setenta sólo afectó a las casas más antiguas del interior del país, que vieron disminuir su alumnado en proporción con la matrícula global. En cambio, la Universidad de Buenos Aires conservó y aun aumentó su preeminencia, ya que pasó del 41,5% al 47,5% del total de la matrícula estudiantil del país. En la Capital Federal y el conurbano, donde el crecimiento demográfico era constante y donde más falta hacía la descentralización, ésta no tuvo lugar, pese a la presencia de las dos nuevas universidades de Lomas de Zamora y Luján, o de las universidades privadas allí existentes.

Esa política recibió críticas desde el ámbito académico, ya que en muchos casos estas creaciones no pudieron hacer frente a esos reclamos con la debida eficacia, al no contar con instalaciones y presupuesto apropiado o no disponer de la dotación docente y el equipo indispensable para su funcionamiento.

DESDE 1973 HASTA 1983

La década que transcurrió entre 1973 y 1983 constituyó para la universidad una de las etapas más difíciles de su historia. Sus aulas y

sus claustros fueron un reflejo, a veces doloroso, de la inestable situación política y de los agudos problemas que soportaba la sociedad argentina.

Dos momentos se destacan con toda nitidez en ese mismo período. El primero transcurrió entre 1973 y 1976, dominado por el retorno multitudinario del peronismo al poder, la acción directa de los grupos subversivos y el declive en que cayó la frágil sucesión de Perón. El segundo momento se inició con el derrocamiento de la presidente María Estela Martínez de Perón y la instauración del gobierno militar hasta 1983, cuando se restableció el orden constitucional. Si en la primera etapa la universidad estuvo a la deriva, con una conducción errática, agitación política constante pese a los esfuerzos del gobierno por encauzarla y desborde de la matrícula estudiantil, la segunda etapa se caracterizó por la imposición drástica del orden, el control ideológico e intentos por lograr una redimensión del sistema.

Como era de esperar en el tenso clima político que se vivió tras las elecciones, el acceso al gobierno de las universidades nacionales fue tumultuoso. El 29 de mayo de 1973 se dispuso la intervención a las veintitrés universidades; las más antiguas y las trece que se habían creado en los dos últimos años y cuya organización habría de complicar aún más la gestión del nuevo gobierno en ese ámbito.

En los actos de asunción de las nuevas autoridades se proclamaron reivindicaciones y consignas de los distintos sectores del movimiento universitario, muchas veces en contradicción con el discurso del propio gobierno. La prensa nacional reflejó con detalle los excesos verbales y materiales que ocurrieron en Buenos Aires, aunque los mismos también se reprodujeron en mayor o menor escala en

otras sedes universitarias. Desórdenes, ocupación de edificios, atentados y agitación constante prevalecieron entre los sectores que pugaban por la supremacía o que resistían los esfuerzos del ministerio por poner límite a esas situaciones.

Durante ese trienio, la inestabilidad en la universidad fue constante. Si en ese mismo lapso gobernaron el país cuatro presidentes y se sucedieron en el Ministerio de Cultura y Educación los doctores Jorge Taiana, Oscar Ivanisevich y Pedro J. Arrighi, no ha de sorprender que la intervención a las universidades se ajustara a las cambiantes tendencias que prevalecían en el poder. Como consecuencia de ello, los ocho interventores que rigieron la UBA entre 1973 y 1976 respondieron a las líneas revolucionarias o reaccionarias del movimiento peronista o de los grupos estudiantiles e ideológicos que las apoyaban. De todos ellos, las figuras más representativas de una y otra tendencia fueron Rodolfo Puiggrós y Alberto Ottalagano en Buenos Aires; Victor Benamo y Remus Tetu en la Universidad Nacional del Sur; Rodolfo Carretero y Otto Burgos en la de Cuyo, entre otros. En el resto de las universidades, el número de interventores fue menor y osciló entre tres y cuatro para el mismo trienio.

En un intento por encauzar los problemas que afrontaba la universidad, el ministerio promovió la sanción de un nuevo marco institucional. El proyecto de ley, largamente debatido, fue aprobado por el Congreso y promulgado el 25 de marzo de 1974, bajo el número 20.654. Las novedades que aportó la nueva ley fueron pocas. Prohibió el proselitismo político y la difusión de ideas contrarias al sistema democrático; mantuvo el ingreso a la docencia por concurso y la designación por los respectivos consejos; señaló la incompatibilidad con el

desempeño simultáneo en funciones jerárquicas o de asesoramiento en empresas y organismos que tuvieran objetivos contrarios al interés nacional; estableció la periodicidad de la cátedra, aunque con estabilidad definitiva luego de dos concursos sucesivos. Los consejos se integrarían con profesores y estudiantes en proporciones del sesenta y treinta por ciento, respectivamente, e innovaba al sustituir en dichos cuerpos la representación de los egresados por los empleados de la universidad, en otro diez por ciento. Además, declaraba en comisión a todos los docentes y disponía el reconocimiento del "grado académico" a todos aquellos que hubieran sido separados en 1955, con reconocimiento de la antigüedad que hubieran acumulado hasta esa fecha.

De todos modos, la ley no resolvió los múltiples problemas que aquejaban entonces a la universidad. De hecho, las intervenciones se prorrogaron y aunque el ministro Arrighi estimaba que para 1977 la normalización era factible, poco es lo que se pudo avanzar en ese sentido. Entre los problemas de fondo, el más acuciante era el crecimiento constante de la matrícula estudiantil, para lo cual las universidades no estaban en condiciones de asistir ni edilicia ni presupuestariamente (véase el cuadro 5). Se proyectaron cursos de ingreso que incluían el conocimiento de idioma, historia y geografía nacional, dictados a partir de 1975, aunque su aplicación distó de ser uniforme. A ello se sumaron las dificultades que ofrecía la organización y financiamiento de las nuevas universidades, los conflictos locales, las huelgas y la incertidumbre creada por la propia situación nacional, cuyo gobierno perdía credibilidad y consenso.

El golpe militar cambió drásticamente esa situación. El 29 de marzo de 1976 se volvieron

a intervenir las universidades y se colocó al frente de las mismas a delegados militares. En ese lapso se restableció el orden y se iniciaron los exámenes y las clases con regularidad. El control sobre las actividades políticas y subversivas fue riguroso y provocó el desbande de los activistas y el cese de la agitación.

Pese a ello, la atención de los problemas universitarios careció de continuidad, salvo en el mantenimiento del orden interno. El gobierno del Proceso de Reorganización Nacional tuvo cuatro presidentes y cinco ministros de Cultura y Educación y supuso, por ello, cambios frecuentes en la conducción universitaria. Durante la gestión del ministro Ricardo Bruera se restableció el Consejo de Rectores y se procuró poner al frente de las casas a figuras de relieve. Pese a ello, alguna de sus designaciones no contó con el apoyo necesario, como ocurrió con el ingeniero Alberto Constantini en Buenos Aires, y el ministro concluyó por renunciar. Su sucesor, el doctor Juan J. Catalán, esbozó un proyecto de regionalización del sistema universitario, con consejos de rectores por región y departamentalización de las carreras, que no alcanzó a concretarse.

La tercera gestión ministerial le correspondió al doctor Juan R. Llerena Amadeo. Fue la más prolongada (1978-1981) de la presidencia del general Videla. En ese período, las cuestiones dominantes fueron el redimensionamiento del sistema, el ingreso al nivel superior, la sanción de una legislación de fondo y las previsiones para la posterior normalización de las universidades.

En el primer caso se logró la fusión de dos universidades, una nacional y otra privada, con asiento en Comodoro Rivadavia, para conformar con ambas la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Se concen-

CUADRO 5
DISTRIBUCIÓN DE LA MATRÍCULA UNIVERSITARIA
1958 -1983

Años	Universidades Nacionales	Universidades Provinciales	Universidades Privadas	Total
1958	S/D			137.673
1959				147.878
1960	157.163	73	2.407	159.643
1961				160.188
1962				168.156
1963				181.760
1964				206.294
1965	207.437	847	13.910	222.194
1966	207.682	2.265	15.841	225.788
1967	221.522	1.838	17.992	240.452
1968	207.126	2.261	20.025	234.402
1969	202.921	2.961	24.592	238.015
1970	210.249	4.004	39.203	253.456
1971	242.266	5.599	42.215	290.080
1972	277.481	8.257	47.546	333.284
1973	320.590	7.020	50.136	377.746
1974	381.343	6.966	52.993	441.302
1975	479.072	2.083	55.804	536.959
1976	471.515	2.097	58.913	532.525
1977	401.140	2.064	61.963	465.167
1978	334.872	2.407	64.914	402.193
1979	312.558	2.407	74.284	389.249
1980	323.818	805	73.205	397.828
1981	323.625	823	77.612	402.070
1982	334.804	1.098	75.211	411.113
1983	334.359	1.136	81.076	416.571

Fuente: Anuarios Estadísticos 1973, 1978, 1979-1980 y 1983-1986.

traron estudios de ingeniería existentes en San Juan y en Entre Ríos en las sedes universitarias de Mendoza y Rosario. Pero el caso más importante lo constituyó el cierre de la Universidad Nacional de Luján, en 1980. Estas últimas medidas generaron protestas y en el caso de Luján severas críticas acerca de los fundamentos en que se apoyó esa decisión. El redimensionamiento se limitó a esos casos.

El segundo problema estaba centrado en la necesidad de atender el crecimiento de la ma-

trícula, que se había desbordado en los años setenta, así como la articulación de un sistema que regulara la admisión de ese flujo de estudiantes. Este tema fue abordado en las sesiones del Consejo de Rectores, donde se analizaron sistemas, cupos de ingreso y la eventualidad de establecer aranceles. De hecho, la matrícula descendió significativamente en esos años, aunque no se llegó a resolver la cuestión de fondo.

Finalmente, y tras un largo período de consultas, se aprobó la ley 22.207, propuesta

por el ministro Llerena y aprobada el 11 de abril de 1980. Dicho texto mantenía los fines y las estructuras tradicionales, reiteraba las prohibiciones de proselitismo y agitación y las incompatibilidades docentes con cargos políticos y gremiales; definía los distintos niveles del profesorado, mantenía el acceso a la cátedra por concurso y la confirmación en el cargo después de un desempeño satisfactorio de siete años. El régimen de gobierno aprobado era similar al establecido en la ley 14.297 de 1954, es decir con rectores designados por el Poder Ejecutivo y decanos nombrados por los consejos a propuesta de los rectores. Señalaba también las funciones del Consejo de Rectores y establecía un régimen de transición. Éste comenzaría con la integración de consejos asesores para los rectores y decanos interventores; luego los concursos hasta cubrir el sesenta por ciento de los cargos titulares, a fin de constituir los respectivos consejos. La transición habría de finalizar con el nombramiento de las autoridades y la aprobación de los estatutos de cada casa.

Durante la gestión que correspondió a los ministros Carlos Burundarena (1981) y Cayetano Licciardo (1981-1982), cumplidas durante las presidencias de los generales Roberto Viola y Leopoldo F. Galtieri, se realizaron los concursos y se aprobó la mayoría de los estatutos, con la normalización universitaria prevista en la ley. Pero el clima político comenzó a modificarse con rapidez y luego de la guerra por las Malvinas, se inició una nueva etapa de transición que culminaría con el llamado a elecciones y la normalización constitucional en 1983. La universidad volvió a vivir activamente esa etapa, aguardando los cambios que habrían de sobrevenir con el nuevo gobierno.

Con ello se cerraba un largo ciclo en la his-

toria de la universidad argentina. En esas siete décadas se había pasado de una universidad de minorías a una universidad de masas; las tres casas iniciales se habían multiplicado y expandido por todo el país. El sistema, inicialmente limitado a la gestión estatal, se había abierto y permitido el nacimiento y arraigo de numerosas universidades privadas. El criterio profesional que informaba a las pocas facultades que existían a principios de siglo se había diversificado y ahora eran muchas las facultades, escuelas, carreras, departamentos e institutos que cultivaban un amplio espectro de saberes. La investigación, los laboratorios, las publicaciones y las bibliotecas habían acompañado ese despliegue. El sistema mismo había alcanzado una mayor coordinación y un mejor conocimiento de sus propias dimensiones, problemas y posibilidades. Y como cabía esperar, también se realizaron mejoras sensibles en materia de edificios, campus, equipamiento y servicios.

Sin embargo, no eran pocos los problemas que subsistían y los que se fueron agregando a lo largo de esos años. El propósito de resolverlos a través de la legislación resultó siempre ilusorio, como lo atestiguan las numerosas modificaciones que sufrieron los estatutos entre 1906 y 1945, y las seis leyes que se dictaron entre 1947 y 1980. Dicha legislación, influida casi siempre por las crisis políticas que vivió el país, osciló permanentemente entre la libertad y el orden, la autonomía o la subordinación al gobierno. Para resolver ese dilema, se ensayaron todas las formas posibles de gobierno universitario, sin acertar con la fórmula definitiva. La inestabilidad que se vivió por largas temporadas contribuyó al alejamiento de muchos profesores, debilitó sus cuadros y no pocos llevaron su docencia y la investiga-

ción a otras sedes más alejadas del tumulto y la política o sencillamente, emigraron al extranjero.

Pero además y a partir de la década del sesenta, el aumento vertiginoso de la matrícula, las vacilaciones acerca del sistema de admisión que correspondía implementar, la deserción y el bajo promedio de los egresos, así como el costo creciente del financiamiento del sistema, aparecían como problemas que no hallaban respuesta en la legislación y cuya solución se dilataba ante la inestabilidad y las crisis permanentes del país y de la universidad. Eran problemas que requerían definiciones políticas, pedagógicas y financieras, a par-

tir de una política de Estado para el sector, trazada al margen de apreciaciones partidistas o ideológicas. No faltaron para ello ni ideas ni hombres, pero el país careció en esas últimas décadas de los recursos, la decisión y la paz necesaria para alcanzar ese objetivo.

Después de 1983 se abrió una nueva etapa para el país y la universidad. Cuando se escriba la historia posterior a esa fecha, se podrá examinar en qué medida la dirigencia argentina imaginó y trazó una política de Estado basada en aquellos supuestos y si fue capaz de llevar a la universidad a un nivel acorde con sus mejores tradiciones y los requerimientos de una sociedad cada vez más compleja y exigente.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La historia de la universidad argentina en el siglo XX ha suscitado una gran cantidad de monografías, crónicas y relatos testimoniales, pero carece aún de obras de síntesis. Un ensayo de este tipo, aunque concluye en 1930, se debe a JOSÉ TORRE REVELLO, "Historia de las universidades y de la cultura superior", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia Argentina Contemporánea*, vol. 13, 1ª parte, Buenos Aires, 1964, págs. 163-192. Más frecuentes son las historias particulares de algunas universidades, sobre todo de las más antiguas. Entre ellas, puede consultarse la de JULIO R. CASTIÑEIRAS, *Historia de la Universidad de La Plata*, 2 volúmenes, La Plata, 1938-1940, y más recientemente, FERNANDO E. BARBA (coord.), *La Universidad Nacional de La Plata en su centenario, 1897-1997*, La Plata, 1998. TULIO HALPERÍN DONGHI escribió una animada *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1962. La vida de esta casa está

también reflejada por PABLO BUCHBINDER, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, 1997, que cubre el período 1896-1965, y LEONOR PLATTE, DORA SCHWARZSTEIN y PABLO YANKELEVICH (comp.), *Universidad de Buenos Aires. Bibliografía*, Buenos Aires, 1990.

Otros estudios y ediciones conmemorativas amplían ese aún limitado panorama historiográfico, como los de ALBERTO CATURELLI, *La universidad, su vida, su ambiente*, Córdoba, 1963, y FRANCISCO JURADO PADILLA, *La Universidad de Córdoba, tribuna del pensamiento nacional*, Córdoba, 1969. JOSÉ C. BUSANICHE refirió los "Antecedentes y creación de la Universidad Nacional del Litoral" en *Universidad*, n° 87, Santa Fe, 1977, págs. 13-200. SEGUNDO V. VILLARREAL, *La Universidad que conocí*, San Miguel de Tucumán, 1974, se refiere a los primeros tiempos de la Universidad de Tucumán; últimamente dicha casa editó un volumen titulado *75° Aniversario de la inau-*

guración oficial. *Síntesis histórica 1914-1989*, San Miguel de Tucumán, s/f. El primer rector de Cuyo, EDMUNDO CORREAS refirió en folleto la *Historia de la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo*, y hace pocos años esta casa conmemoró su aniversario en un volumen coordinado por RENÉ GOTTHELF, *Universidad Nacional de Cuyo. Libro del cincuentenario*, Mendoza, 1989. Con todo detalle, la FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS de dicha universidad publicó una *Memoria histórica (1939-1964)*, compilada por Diego F. Pro. La UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR explicó su *Creación y desarrollo, 1956-1966*, al cumplir su décimo aniversario en un volumen editado en Bahía Blanca, 1966. DELIA T. ÁLVAREZ DE TOMASSONE dedicó una tesis de licenciatura a *La Universidad Tecnológica Nacional. Sus orígenes y evolución hasta 1962*, Resistencia, 2000. FERNANDO J. BARETTA se refirió a los orígenes de la Universidad Nacional del Nordeste en "La universidad llegó a Corrientes en 1920. Reseña histórica", publicado en IIGHI, *Primer Encuentro de Geohistoria Regional*, Corrientes, 1980, págs. 3-74.

Sobre la universidad de principios del siglo, véase la obra de JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación*, Buenos Aires, 1905, y del mismo autor, "Universidad Nacional de La Plata. Desarrollo y trabajo 1906 a 1910", en MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA, *Censo General de Educación*, tomo III, Buenos Aires, 1910, págs. 171-193. En este mismo tomo del censo educativo de 1910, puede consultarse el trabajo de MANUEL E. RÍO, "Apuntes históricos. Universidad Nacional de Córdoba", págs. 519-566. Sobre esta misma casa de estudios es de interés el libro de RAMÓN J. CARCANO, *Universidad Nacional de Córdoba. Algunas*

palabras sobre su organización, Buenos Aires, 1892. Con relación a Buenos Aires, además de la ya citada obra de HALPERIN DONGHI, la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* en su primera etapa, bajo la dirección de Rodolfo Rivarola (serie 1ª, 1904-1923, con 52 tomos), refleja acabadamente la vida universitaria, así como las opiniones y decisiones que en ella se tomaron en ese período. Más reciente fue la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* (1914) dirigida por Enrique Martínez Paz, que sustituyó a los *Anales* de la misma universidad (1901-1910). Para esa misma época, casi todas las facultades e institutos de las tres universidades editaban actas, anales, revistas u otras publicaciones periódicas que reflejaban su actividad académica específica. En el caso de Buenos Aires, varios centros de estudiantes publicaban también sus revistas que, en algunos casos, se remontaban a 1908.

La etapa comprendida entre 1918 y 1943 posee una bibliografía mucho más amplia. De los problemas de esa etapa, la reforma de 1918 ocupa la mayor parte de esas obras. Entre las fuentes documentales, cabe citar una publicación oficial, *La Reforma Universitaria en la Universidad Nacional de Córdoba y en la de Buenos Aires. Año 1918*, Buenos Aires, 1919, que recoge en sus 704 páginas toda la documentación y las crónicas del periodismo de ese momento. GABRIEL DEL MAZO dedicó tres volúmenes a *La Reforma Universitaria*, La Plata, 1941 (existe edición anterior), dedicados al movimiento en la Argentina, su propagación en América y ensayos críticos sobre el tema. Sobre este movimiento existe una vasta literatura; DARDO CÚNEO ha recogido en *La Reforma Universitaria*, Caracas, s/f., un conjunto de textos pertinentes, entre ellos los de Alejandro Korn, uno de sus mentores. También se pue-

den consultar: JULIO V. GONZÁLEZ, *La universidad. Teoría y acción de la Reforma*, Buenos Aires, 1945; ALBERTO CIRIA y HORACIO SANGUINETTI, *Los reformistas*, Buenos Aires, 1968, y de los mismos autores, *La Reforma Universitaria 1918-1983*, Buenos Aires, 1983 en dos volúmenes. Una visión documentada y crítica de la crisis cordobesa de 1918 se encuentra en ENRIQUE DÍAZ ARAUJO, *Ocho diálogos sobre la reforma del 18*, San Rafael, Mendoza, 1989.

El desarrollo de la vida universitaria bonaerense está registrado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2ª serie (1924-1931; en adelante, *RUBA*) en 26 tomos y en las *Actas y documentos* (1926-1942). Un registro semejante puede hallarse en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, desde 1918 y en *Universidad*, de la Universidad Nacional del Litoral desde 1935. A su vez, los informes de los rectores eran generalmente publicados en las *Memorias* que anualmente el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública remitía al Congreso Nacional. Aspectos diversos de la universidad fueron tratados en el CONGRESO UNIVERSITARIO ARGENTINO y publicados en sus *Actas y trabajos*, Rosario-Buenos Aires, 1935-1937, en tres volúmenes con nutrida información sobre su organización, estatutos y proyectos de ley, así como opiniones de calificados universitarios. Una visión crítica acerca del funcionamiento del sistema se puede consultar en ENRIQUE GAVIOLA, *Reforma de la universidad argentina y breviario del reformista*, Buenos Aires, 1931, y en BERNARDO A. HOUSSAY, *Concepto de la universidad*, Buenos Aires, 1940.

El período 1943-1955, si bien cuenta con mucha información, ésta se halla más dispersa, sobre todo al perderse la recopilación sistemática de las memorias rectorales y el aban-

dono por parte de las revistas universitarias de la crónica interna institucional. *RUBA* en sus 3ª y 4ª épocas (1943-1946 y 1947-1955) editó 32 volúmenes, volcados casi exclusivamente a temas culturales y científicos. Las otras revistas, como la de Córdoba (1943-1955) y *Universidad del Litoral*, en el mismo período, editaron 12 y 17 volúmenes cada una, respectivamente, con predominio de artículos firmados. La discusión de las leyes 13.031 y 14.297 en el Congreso brinda un panorama bastante completo sobre el tema y sus implicancias políticas. Críticas a la legislación peronista pueden consultarse en GABRIEL DEL MAZO, *La ley universitaria*, Buenos Aires, 1947, y del mismo autor, *La Universidad Obrera*, Buenos Aires, 1948. También en EMILIO F. MIGNONE, *Política y Universidad. El Estado legislador*, Buenos Aires, 1998. Un panorama sobre esa época se halla en FERNANDO MARTÍNEZ PAZ, *El sistema educativo nacional. Formación, desarrollo, crisis*, Córdoba, 1980, y en CARLOS MANGONE y JORGE A. WARLEY, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, 1984.

Respecto de la crisis vivida en esos años, SALVADOR DANA MONTAÑO compiló un interesante volumen, *El problema universitario argentino. Bases para su solución*, Santa Fe, 1945, en el cual recogió las opiniones de una veintena de profesores. Un folleto titulado *Avasallamiento de la universidad argentina*, Buenos Aires, 1947, dio a conocer en 47 páginas la nómina de cesantes, renunciantes y jubilados en ese año en las universidades nacionales. Recientemente, FLORENCIO G. ACEÑOLAZA rescató la figura del rector de Tucumán, en *Horacio Descole. Una pasión universitaria*, Buenos Aires, 1993. Sobre la actividad estudiantil, véanse: JUAN O INGLESE, CARLOS L. DORIA y LEÓN BERDICHEVSKY, *Universidad y estudiantes. Uni-*

versidad y peronismo, Buenos Aires, 1965; BERNARDO KLEINER, *Veinte años de movimiento reformista, 1943-1963*, Buenos Aires, 1966; GUSTAVO O. DALMAZZO, "La línea recta en lucha. Los estudiantes de ingeniería en Buenos Aires", *Todo es Historia*, n° 360, Buenos Aires, 1977, págs. 74-92, y RICARDO ROMERO, *La lucha continúa. El movimiento estudiantil argentino en el siglo XX*, Buenos Aires, 1999.

Para el período 1955-1972 se acentúan la carencia de estudios de conjunto, la dispersión de la información y la dependencia cada vez mayor de la crónica periodística. Lo actuado por el gobierno revolucionario se halla en una publicación del MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y JUSTICIA, *La Revolución Libertadora y la universidad*, Buenos Aires, 1957. GABRIEL DEL MAZO editó *Estudiantes y gobierno universitario*, Buenos Aires, 1955, y YAMILE ÁLVAREZ refirió en uno de los aún raros trabajos sobre el tema "La Universidad Nacional de Cuyo y la conflictiva intervención del Dr. Germinal Basso", en UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *II Encuentro de Historia Argentina y Regional*, tomo I, Mendoza, 1993, págs. 209-220.

El debate sobre la creación de universidades privadas se halla en los *Diarios de Sesiones* de ambas Cámaras del Congreso, y en particular en HORACIO O. DOMINGORENA, *Artículo 28. Universidades privadas en la Argentina. Sus antecedentes*, 2ª edición, Buenos Aires, 1959; ERNESTO J. A. MAEDER, "Política educacional del presidente Frondizi", en ROBERTO S. PISARELLO y EMILIA A. MENOTTI, *Arturo Frondizi. Historia y problemática de un estadista*, tomo V, Buenos Aires, 1994, págs. 185-256; y HORACIO SANGUINETTI, "Laica o libre. Los alborotos estudiantiles de 1958", *Todo es Historia*, n° 80, Buenos Aires, 1974, págs. 8-20. La figura de

Bernardo Houssay y su gravitación en la universidad se rescatan en ABEL SÁNCHEZ DÍAZ, *Bernardo Houssay*, Buenos Aires, 1962, y en ARIEL BARRIOS MEDINA y ALEJANDRO PALADINI, *Escritos y discursos del doctor Bernardo Houssay*, Buenos Aires, 1989. En esos años comienzan a multiplicarse censos y estudios sobre el rendimiento del sistema. Entre los primeros, cabe mencionar a JOSÉ E. MIGUENS, *Capacidades profesionales y su aprovechamiento en la Argentina*, tres volúmenes, Buenos Aires, 1964-1965, y GINO GERMANI y RUTH SAUTU, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, Buenos Aires, 1965. Algunas memorias, como las de JORGE ORGAZ, *Labor rectoral 1958-1961*, Córdoba, 1962, o de JULIO H. G. OLIVERA, *Reseña del año 1963 y Síntesis de la labor del año 1964*, ambas en la Universidad de Buenos Aires, son representativas del quehacer de esos años. Otro tanto cabe decir del número especial que editó la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* dedicado a "La Universidad", Córdoba, 1964, con importantes colaboraciones y una extensa bibliografía.

Para la etapa 1966-1972, consúltense: MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *Leyes universitarias*, Buenos Aires, 1970; SALVADOR DANA MONTAÑO, *La universidad y el movimiento del 28 de junio. Contribución al estudio de las bases de la futura ley universitaria*, Santa Fe, 1996; PATRICIO RANDLE, *Hacia una nueva universidad*, Buenos Aires, 1968; ALBERTO TAQUINI (h.), *Programa de adecuamiento de la enseñanza universitaria argentina a las necesidades del desarrollo*, Chilecito, 1968, y del mismo autor, *Creación de universidades. Una política*, Buenos Aires, 1970. Estudios sobre el rendimiento y los costos universitarios se pueden encontrar en CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO

(CONADE), *Educación, recursos humanos y desarrollo económico-social*, dos volúmenes, Buenos Aires, 1966, y en varios artículos de la *Revista del Consejo de Rectores de Universidades Nacionales*, Buenos Aires, 1970-1972.

La década siguiente depende aún más que la anterior de las crónicas periodísticas y de las revistas de opinión, sobre todo en los años entre 1973 y 1976. Una síntesis de lo ocurrido en educación se halla en MARÍA L. SAN MARTINO DE DROMI, *Historia política argentina (1955-1988)*, volumen 2, Buenos Aires, 1988, y más precisamente en el documentado libro de ALBERTO R. JORDÁN, *El proceso, 1976-1983*, Buenos Aires, 1993. La educación en esa etapa, aunque no precisamente en el ámbito universitario, ha sido enfocada por JUAN C. TEDESCO y SUSANA BRASLAVSKY, *El proyecto educativo autoritario*, Buenos Aires, 1983, y también en la obra ya citada de EMILIO F. MIGNONE. JOSÉ LUIS CANTINI ha estudiado la siempre debatida cuestión sobre *La autonomía y la autarquía de las universidades nacionales*, Buenos Aires, 1997. Las dimensiones de la matrícula y los problemas del ingreso se pueden ver en JOSÉ

LUIS DE IMAZ, *Informe blanco sobre el problema educativo argentino*, Buenos Aires, 1992, págs. 243-297; y también en AUGUSTO M. TROMBETTA, "El ingreso en las universidades argentinas", y VÍCTOR SIGAL, "El sistema de admisión en la Argentina", ambos capítulos de la publicación del MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACIÓN, *Seminario internacional sobre sistemas de admisión a la universidad*, Buenos Aires, 1999, págs. 121 y 151-162, respectivamente. Sobre la actividad estudiantil, un buen estudio es el de LAURA POLAK y JUAN CARLOS GORBIER, *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada) 1976-1986*, Buenos Aires, 1994. A su vez, una visión crítica de las agitaciones de los años setenta se halla en ENRIQUE DÍAZ ARAUJO, *La rebelión de los adolescentes*, Mendoza, 1979.

Las guías de carreras de las universidades argentinas, editadas regularmente desde la década de 1970, ilustran los cambios ocurridos en ellas en varios aspectos. El CONSEJO DE RECTORES DE UNIVERSIDADES PRIVADAS editó un volumen dedicado a reseñar los *20 años de universidades privadas en la República Argentina*, Buenos Aires, 1978.

**IX. LA DIMENSIÓN CIENTÍFICA
Y CULTURAL**

53. CIENCIAS BIOMÉDICAS

Ariel Barrios Medina

En 1910, el educador Abraham Flexner, en un informe a la Fundación Carnegie para el Progreso de la Educación, definió tres tipos de facultades de Medicina: el clínico de Francia, Inglaterra y Escocia, el científico de Alemania y los países escandinavos, y el empresarial de las universidades anglosajonas americanas. Coincidentemente, en 1911, un joven médico argentino afirmaba, en el prólogo a su tesis doctoral de la Escuela de Medicina de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, reformada en la década de 1880, según el modelo de las facultades francesa y alemana, que se podría decir que las inversiones del Estado en los laboratorios no rendían su verdadero interés, pues la excelente formación clínica impartida por la facultad de la cual egresaba carecía de sustento experimental.

Esa crítica juvenil de Bernardo Alberto Houssay (1887-1971) expresaba y reclamaba el liderazgo de la profesión médica en la creación de la cultura científica de la sociedad argentina.

En la segunda mitad del siglo XIX, la asistencia social de los hospitales había sido apropiada por los profesionales de la medicina. Asimismo, en las tres primeras décadas del siglo XX, la misión, transculturación e incultu-

ración de la ciencia europea en la Argentina fue apropiada por los médicos.

En el impacto sociocultural del aluvión inmigratorio y de la difusión de la cultura europea en una sociedad hispano-amerindia, la morbilidad y la mortalidad de quienes habitaban la República Argentina fueron los índices de la apropiación de la ciencia europea. Asimismo, la maximización biológica, promovida por los profesionales en el tercio final del siglo XIX, generó, en el siglo XX, la construcción vocacional y profesional de las personas dedicadas a la ciencia. Así, la medicalización de la ciencia argentina fue parte activa de la revolución científica del siglo XX, que aplicó el método científico a los seres vivos.

En 1914, el educador José Bianco, al expresarse acerca de las tendencias y orientaciones de la enseñanza pública, justificó ese impulso de apropiación y el logro que alcanzaría la universidad argentina, ya que la universalidad científica era un círculo cuyo centro estaba en todas partes. Cabía esperar ese mejor resultado de la instrucción y profesionalización universitaria.

En 1920, el catálogo de las tesis aprobadas en la Universidad de Buenos Aires durante el primer siglo de vida institucional mostraba que más del cuarenta por ciento eran de la Fa-

cultad de Ciencias Médicas. Asimismo, cincuenta años después, más del 40 por ciento de los graduados de la Universidad de Buenos Aires correspondían a Medicina.

En el siglo XX, la ciencia biomédica argentina fue, efectivamente, uno de los centros de la ciencia mundial.

SEA LA SALUD PÚBLICA LA LEY SUPREMA (1914-1935)

La asistencia médica es la fuente de la ciencia médica, pues la búsqueda de la decisión terapéutica mimetiza el proceso de la investigación científica. Para superar la empiria en esa búsqueda, los médicos legisladores y funcionarios potenciaron la asistencia fundada en la investigación científica.

En 1911, el diputado nacional Luis Agote propuso y obtuvo la aprobación de la ley 8206, que aseguró los recursos para la construcción del Instituto Modelo de Clínica Médica en el Hospital Rawson, que fue inaugurado el 31 de marzo de 1914.

Algunos meses después, el 9 y 19 de noviembre de 1914, Agote transfundió sangre mantenida fluida mediante el añadido de citrato de sodio. Este acontecimiento de la reinvención de la ciencia europea aplicada a la medicina, en una facultad distante que seguía tensamente su desarrollo, inauguró, mundialmente, una etapa de la ciencia de la hemoterapia y la hematología.

Diez años antes, en 1904, Carlos Malbrán, senador nacional y presidente del Departamento Nacional de Higiene del Ministerio del Interior, para cuya tesis doctoral, en 1887, había utilizado las técnicas experimentales del microbiólogo alemán Robert Koch para aislar e iden-

tificar el microorganismo causante del cólera, afrontó la vulnerabilidad asistencial y sanitaria de la población de la Argentina ante las epidemias. Con ese objetivo, dispuso la creación del instituto modelado según los institutos de Viena y Berlín y el Instituto Pasteur de París, para proveer a la prevención, el tratamiento y la cura de los pacientes afectados de enfermedades infecto-contagiosas. Desde la banca senatorial, Malbrán aseguró los fondos requeridos del presupuesto nacional para el financiamiento del proyecto, mediante la aprobación de la ley 4039 –impuesto sanitario– de estampillado de las especialidades medicinales y las aguas minerales.

En 1910, José Penna quien había iniciado, en 1891, la docencia de la clínica de las enfermedades infecciosas en la Facultad de Ciencias Médicas, anticipándose a las facultades de medicina europeas, promovió, desde su escaño de diputado nacional, la aprobación del presupuesto para la construcción del edificio del Instituto Bacteriológico y, presidente del Departamento Nacional de Higiene y de la Academia Nacional de Medicina, logró inaugurarlo el 10 de julio de 1916. Tres años antes, en noviembre de 1913, el microbiólogo Rudolf Kraus, jefe de sección del Instituto Seroterápico y profesor de enfermedades infecciosas de la Universidad de Viena, había arribado a Buenos Aires para dirigirlo.

Vencidas las dificultades del atraso en la construcción del nuevo edificio y sus laboratorios, y las resistencias de quienes se oponían a la implantación de una disciplina de trabajo, Kraus inició la producción de los elementos terapéuticos y profilácticos de las enfermedades infecciosas, la preparación de los sueros y las vacunas y la organización de la tarea científica. Tres años después de su llegada, inauguró el flamante instituto con gente formada.



Inauguración del Instituto Bacteriológico el 10 de julio de 1916. José Penna, presidente del Departamento Nacional de Higiene, pronuncia un discurso Joaquín V. González, ministro del Interior del que dependía el Departamento Nacional de Higiene, de frente, y Rudolf Kraus, de espaldas a la cámara. (Archivo General de la Nación)

El lema y el emblema del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene, *Salus populi suprema lex esto* ("Sea la salud pública la ley suprema"), expresaban el propósito de los agentes y actores de la reinvención de la ciencia médica europea y mostraban la transformación de la cultura material de la sociedad argentina en el ejercicio de la tutela de la salud humana. Incluso el instrumento de la riqueza agraria había sido convertido en un instrumento de la salud y el conocimiento: el caballo sustentaba al microscopio.

Los años que siguieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, proveyeron la lección que confirmaba la independencia tecnológica de la joven república: el flamante

instituto, con redoblada energía, satisfizo, plenamente, la demanda de sueros y vacunas de la Argentina.

Casi simultáneamente, en septiembre de 1916, fue realizado el Primer Congreso Nacional de Medicina, cuyo presidente, el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, señaló, al inaugurarlo, que el congreso era genuinamente argentino ya que aspiraba a estudiar las necesidades sanitarias y patológicas y fijar el rumbo de los venideros congresos para solucionar las cuestiones de la asistencia pública y la legislación sanitaria. Aráoz Alfaro también reclamó que el congreso acentuase el papel social del médico, tanto en la cura de los enfermos como en la prevención de las enfermedades y el fortalecimiento de la raza.



Emblema del Instituto Bacteriológico.

La extensa conferencia del presidente del congreso puntualizó, casi al pasar, que también estaban realizándose esfuerzos serios para liberarse de la actitud de meros copistas científicos de Europa. Uno de los congresistas, el joven farmacéutico y médico Bernardo Alberto Houssay, mostraba esos esfuerzos en su ponencia sobre los resultados de la extirpación de la glándula hipófisis en el perro.

Desde 1913, Houssay era jefe de sección del Instituto Bacteriológico, al cual había sido llamado por su director austríaco, quien había apreciado, desde Europa, el mérito de sus publicaciones. El Instituto Bacteriológico estaba dividido en secciones. Kraus había confiado una muy importante, la de Sueros y Vacunas, al químico Alfredo Sordelli. La de Organoterapia, también muy relevante, fue confiada a Houssay. Igualmente importante era la sección dedicada a Parasitología y Protozoología, que confió, desde 1915 a 1916, al bacteriólogo y parasitólogo brasileño Arturo Neiva, del Institu-

to Oswaldo Cruz de Río de Janeiro, y al médico veterinario Francisco Conrado Rosenbusch, quien fundó su propia empresa en 1924. Los problemas de inmunidad fueron confiados a Alois Bachmann y los de vacunación a Salvador Mazza. También tuvo un lugar el químico Horacio Damianovich, quien fundó, años después, una escuela de química en Santa Fe.

Kraus intentó el desarrollo de una escuela científica que superase el parasitismo intelectual de la Argentina. Pero, confrontado por la educación moral deficiente, el espíritu utilitario y la falta de amor a la ciencia fue, en muchos casos, anulado por la politiquería, la falta de elementos y medio ambiente y la oposición de quienes eran considerados eminencias científicas.

Para superar el aislamiento científico, en 1917, Kraus fundó, juntamente con el brasileño Oswaldo Cruz, la Sociedad Sud-Americana de Higiene, Microbiología y Patología que, durante un breve período, fue un lugar institucional de colaboración intelectual. En 1921, al fin del contrato con el Departamento Nacional de Higiene, Kraus reemplazó al sanitarista Vital Brasil en el Instituto Butantan de la ciudad de San Pablo. Fue sucedido por Alois Bachmann, quien inició la formación de Pablo Negroni, el primer investigador dedicado a la micología médica.

En 1907, penetrado por el testimonio del libro *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard, Houssay había decidido que sería fisiólogo. Doce años después, Houssay alcanzó la titularidad de la cátedra de fisiología de la Escuela de Medicina y, el 30 de marzo de 1920, como profesor titular y director del Instituto de Fisiología, inauguraba el primer curso completo de la materia anunciando que incorporaba el instituto, para cuyo reglamento había pedido la cláusula que le exi-

giese dedicación exclusiva, al movimiento de las escuelas médicas de la época como centros de enseñanza e investigación. También a ese fin, el 6 de mayo, Houssay presidió en la Asociación Médica Argentina la primera sesión de la Sociedad de Biología de Buenos Aires, filial de la Société de Biologie de París fundada por su maestro a distancia Claude Bernard, que fue ampliada a la Sociedad Argentina de Biología. La publicación del creciente número de los trabajos leídos en las reuniones de los primeros jueves de abril a noviembre—40 en 1920, 86 en 1929—aseguró la inserción y la difusión mundial de las investigaciones del Instituto de Fisiología, del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene, del país y aun del Uruguay, Paraguay y Venezuela. Ambos acontecimientos marcaron el inicio de la era post-houssayana en la medicina teórica argentina, proclamada por Kraus en el discurso de despedida del Instituto Bacteriológico.

En el Instituto de Fisiología, con inflexible disciplina de dedicación exclusiva a la docencia asistida por la investigación, Houssay llegaba a las 8 de la mañana, de lunes a sábado, y casi se podía saber la hora por su paso en todas y cada una de las secciones. Las colaboradoras y colaboradores con que contaba eran estudiantes, graduadas y graduados que estaban haciendo la tesis doctoral, o médicos o químicos que, luego de dar clase, cumplían un horario parcial de investigación, luego de tareas en otros institutos y facultades, o del ejercicio de la profesión, pues carecían de renta. El sistema de los papelitos, la breve nota manuscrita "N véame BAH", era el recurso utilizado por el director para superar agendas dispares y requerir información sobre el desarrollo de los experimentos.

La docencia (impartida por Houssay los lunes, miércoles y viernes de 11 a 12 horas,

ilustrada con experimentos, y por los profesores auxiliares de Química Biológica y Física Biológica, Narciso Laclau y Raúl Wernicke) era el centro de la actividad del Instituto de Fisiología. El alumnado, además, realizaba trabajos prácticos, cuya organización estaba a cargo de un jefe rentado, y la ejecución por ayudantes graduados, con un pequeño número de rentados y la mayoría honorarios.

Además de la docencia práctica, Houssay supervisaba el curso de las investigaciones, participando activamente con indicaciones bibliográficas y sus manos. Dora Potick (ayudante diplomada del Instituto de Fisiología para el Doctorado en Bioquímica y Farmacia, con Elena Di Benedetto, Argentina Artundo y Rebeca Gerschman) recordaba que Houssay operaba mucho y para mucha gente.

En 1927, el Instituto de Fisiología y la Sociedad Argentina de Biología fueron una masa crítica de ciencia biomédica manifestada en los ocho o nueve trabajos mensuales publicados por la revista.

Houssay y Sordelli habían establecido estrecha colaboración científica en el Instituto Bacteriológico. En 1922, cuando fue conocido el descubrimiento de la insulina, la hormona segregada por el páncreas que regula el metabolismo del azúcar, por el fisiólogo James McLeod en el Laboratorio de Fisiología de la universidad canadiense de Toronto, y sus colaboradores voluntarios, Frederick Banting y Charles Herbert Best, Houssay incitó a Sordelli, jefe de la sección de sueros y vacunas del Instituto Bacteriológico, a producirla.

En 1923, junto con el estudiante de química Venancio Deulofeu, su alumno en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Sordelli logró, con laborioso esfuerzo, la producción semiindustrial de la hormona en esa



Personal rentado y honorario del Instituto de Fisiología que realizó docencia e investigación durante 1927. Sentados, en el centro, Bernardo Houssay, a su izquierda, O. M. Pico, N. Laclau, J. T. Lewis, Argentina Artundo, Elena Di Benedetto, y a su derecha, Raúl Wernicke, M. A. Magenta, Dora Potick, Rebeca Gerschman, E. B. del Castillo, M. Royer.

sección. Este logro, en el cual colaboró brillantemente Raúl Wernicke, compañero de facultad de Sordelli, proveyó a Houssay del invaluable instrumento para la investigación sobre la relación entre la hipófisis y el metabolismo de los hidratos de carbono. También proveyó a la autonomía del sistema asistencial y sanitario argentino para la terapéutica de los pacientes diabéticos.

En 1924, tras la renuncia de Bachmann para dirigir un instituto privado de producción farmacéutica, Sordelli asumió la dirección del Instituto Bacteriológico, y Deulofeu, la jefatura de la sección de sueros y vacunas.

La colaboración entre Sordelli y Deulofeu fructificó nuevamente cuando demostraron que un cierto antígeno era un complejo lipídico asociado a una proteína como molécula transportadora, anticipando el concepto de haptenes, propuesto desde 1919 a 1922 por Karl

Landsteiner, colega de Kraus en Viena. Sordelli y Deulofeu, como Landsteiner, introdujeron la química al servicio de la inmunología.

Cuando, en octubre de 1925, Charles Nicolle del Instituto Pasteur de Túnez, premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1928 por sus estudios sobre el tifus exantemático, llegó a Buenos Aires para dirigir investigaciones en el Instituto Bacteriológico, puntualizó que no tenía la presunción de venir a enseñar a la Argentina, un país que poseía personas tan preparadas como las de Francia. Efectivamente, cuando regresó a Francia, Nicolle fue el primero que propuso la candidatura de Houssay al premio Nobel de Fisiología y Medicina.

El 1° de enero de 1928, según el modelo de las misiones sanitarias francesas en África e Indochina, alemanas en Egipto, el Congo y Bulgaria, y estadounidenses en Cuba y Panamá contra las enfermedades infecto-contagio-

sas —la fiebre amarilla, la viruela, el cólera, el paludismo—, José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, propulsó y proveyó a la instalación, en San Salvador de Jujuy, de la Misión para el Estudio de las Patologías Regionales Argentinas (MEPRA), bajo la dirección de Salvador Mazza. Desde 1926, Mazza realizaba esa investigación cuyos resultados compartió en una primera reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte, en marzo en Jujuy; una segunda, en agosto en Salta; la tercera, en julio de 1927, en Tucumán.

Diez años después, en octubre de 1938, en el Sexto Congreso Nacional de Medicina, Mazza presidió la sección Enfermedades Regionales. A esa fecha, Alfredo Sordelli, otro de los discípulos de Kraus, había logrado formar una escuela de microbiólogos argentinos.

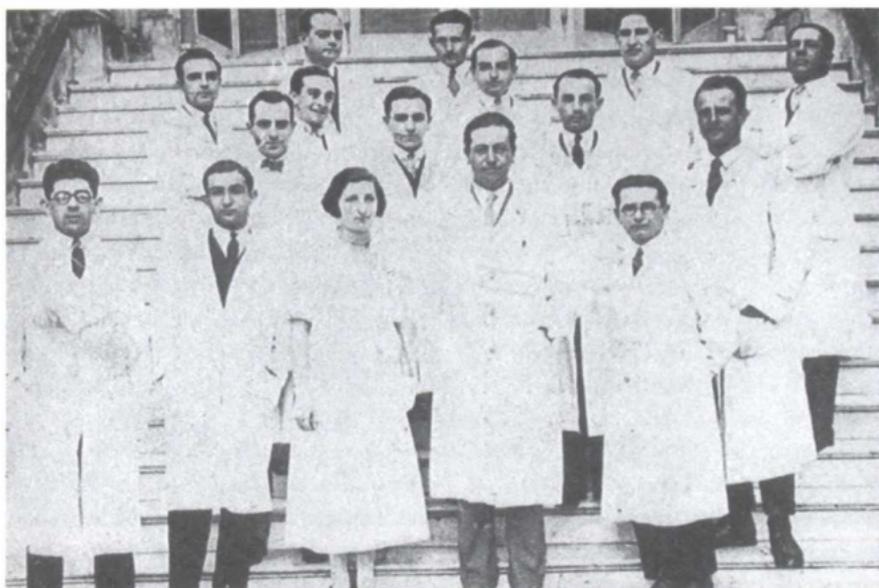
La creación de institutos de tratamiento, docencia e investigación era la norma de la Facultad de Ciencias Médicas. En 1919, había sido creado el Instituto de Fisiología, que agrupaba las cátedras de Fisiología, Química Biológica y Física Biológica, bajo la dirección de Houssay. La estrecha relación de este instituto con el Doctorado en Bioquímica y Farmacia, creado en 1922, promovió la disciplina del análisis clínico moderno. En 1922, Angel H. Roffo fundó el Instituto de Medicina Experimental para el Estudio y el Tratamiento del Cáncer, del cual fue el primer director. También en 1922 fue establecido, en el Hospital de Clínicas, el Instituto de Clínica Quirúrgica dirigido por José Arce. En 1932 fue fundado el Instituto de Embriología e Histología bajo la dirección de Pedro Rojas. Fuera del ámbito de la Facultad de Ciencias Médicas, fue creado, en 1928, el Instituto Municipal de la Nutrición, dirigido por Pedro Escudero, anexo al Hospital Rawson, que sería nacional en 1938.

Ulteriormente, quienes habían sido formados en el Instituto de Fisiología, inauguraron sus propias escuelas. En 1929, el jefe de investigaciones, Juan Treharne Lewis, fue designado profesor y director del Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas del Litoral, en la ciudad de Rosario. Poco después, el ayudante de investigaciones Enrique Hug fue nombrado profesor de farmacología de la misma facultad. En 1935, Oscar Orías, jefe de Investigaciones Hemodinámicas, refundó la cátedra de fisiología de la Facultad de Medicina de Córdoba.

Durante esas décadas, la formación de la persona con vocación científica estaba librada a su empeño y voluntad. La estadía en las universidades y los laboratorios de Europa y Estados Unidos para el perfeccionamiento de los estudios dependía de recursos económicos propios o universitarios y estatales carentes de reglamentación.

En esas circunstancias, fueron becados Alfredo Biasotti y Agustín Marenzi por la Universidad de Buenos Aires, Orías por la Academia de Medicina, los médicos Salvador Mazza, Carlos Alberto Alvarado y Marcelo Royer, también por la Universidad de Buenos Aires. La empresa farmacéutica Instituto Biológico Argentino otorgó la Beca Lustig a Enrique Hug para perfeccionarse en Italia. La decidida política de la Fundación Rockefeller había becado a Francia a Pedro Rojas y luego, en sólida relación con Houssay, en 1927 becó a Juan Treharne Lewis al laboratorio del bioquímico James Bertram Collip, en Toronto.

En agosto de 1933, en la discusión parlamentaria para la aprobación de un proyecto de reconocimiento de títulos universitarios otorgados por universidades extranjeras, un senador nacional afirmó que el país carecía de



Alfredo Sordelli rodeado de la primera promoción de bacteriólogos formados en el Instituto Bacteriológico, el 4 de diciembre de 1926, en la entrega de los diplomas. Archivalia de Enrique A. Savino.

profesores dedicados a la ciencia. El intento de réplica de Houssay al injustificado agravio a los científicos argentinos fue ignorado. Pero el periodista y cronista parlamentario Carlos Alberto Silva, indignado por tal desconocimiento, convocó a un grupo de docentes e investigadores universitarios: al mismo Houssay, al ingeniero civil Enrique Butty, al parasitólogo Juan Bacigalupo, a los químicos Alfredo Sordelli, Venancio Deulofeu, Raúl Wernicke, Juan C. Vignaux, Adolfo Tomás Williams, Horacio Damianovich y Enrique V. Zappi, al anatómopatólogo Pedro Isabel Elizalde y al ingeniero agrónomo Lorenzo Raimundo Parodi. El 6 de diciembre de 1933, en el restaurante La Sonámbula, el grupo constituyó la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, con el objetivo del mejoramiento de la investigación científica en la Argentina, el acrecenta-

miento y la expansión de los centros existentes y la creación de un ambiente propicio para la actividad científica. La flamante asociación, cuyo norte era contribuir al desarrollo de la ciencia nacional, índice de la cultura y fundamento del poderío económico y de la verdadera libertad de la Nación, eligió presidente, sin discusiones, a Houssay.

A fin de orientar la obra de la Asociación, el colegiado, su consejo directivo, redactó y publicó, en 1934, el informe sobre el estado de las ciencias en el país para destacar lo que faltaba y urgía remediar. Los informantes constataron que el desarrollo satisfactorio de las ramas profesionales de las ciencias médicas contrastaba con el escaso de las materias básicas: las ciencias morfológicas estaban muy retrasadas; la fisiología había trabajado con preferencia en endocrinología, nutrición, cir-

culación y respiración y carecía de especialistas en fisiología nerviosa y muscular; la química biológica había progresado mucho; la farmacología estaba atrasada; la física y fisicoquímica biológicas estaban muy retrasadas, aunque había profesores teóricamente preparados que investigaban; la bacteriología poseía un instituto de primer orden y las cátedras de Buenos Aires y Córdoba; la anatomía patológica requería más personal especializado; la parasitología carecía de especialistas en muchas ramas y del número que el país necesitaba; en las materias clínicas y quirúrgicas cabía esperar progreso si los profesores y jefes de servicio orientasen a los jóvenes a la dedicación exclusiva a la ciencia; la farmacia requería la preparación de expertos en farmacognosia, fitoquímica, en química inorgánica, orgánica y analítica, en farmacología química y biológica y farmacotecnia para la creación de institutos de investigación cuyo personal tuviese dedicación exclusiva. La higiene estaba en franco retraso por la falta de especialistas con formación científica y práctica en la organización de políticas públicas.

Cuando, el 9 de noviembre de 1934, el presidente Agustín Justo estableció vínculo personal con Houssay, luego del acto académico de homenaje por los 25 años de profesor titular de fisiología, el homenajeado replicó, a la manifestación de deseos del presidente de impulsar el desarrollo de la ciencia, que la necesidad más urgente era instituir becas y acordar subsidios.

En septiembre de 1935, Justo envió al Congreso Nacional el proyecto de ley que asignaba a la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias el fondo permanente de un millón de pesos en títulos de la deuda pública, para que la renta fuese aplicada a subsidios a la investigación y becas internas y externas para la

formación de investigadores en todas las disciplinas científicas. A solicitud del presidente, Houssay redactó el mensaje de envío al Congreso Nacional que, el 21 de diciembre de 1936, aprobó la ley 12.338 que asignaba ese fondo permanente que sustentó la continuidad de la actividad de la asociación, pues obvió la gestión anual de fondos del presupuesto nacional.

La preeminencia de la ciencia biomédica que había propulsado la fundación de esa asociación redundó en beneficio de la lingüística, la física y la astrofísica, la agronomía, la matemática y la economía. En reiteradas declaraciones, la Asociación reclamó, además, becas para el perfeccionamiento del personal docente y técnico, en el país y el extranjero, los medios de trabajo y el sueldo al regreso, que las universidades fuesen dotadas de institutos y laboratorios dedicados a la investigación permanente, la retribución pecuniaria adecuada para la dedicación exclusiva, y la creación de cargos de profesor con dedicación exclusiva a la ciencia.

La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, proveyendo los requeridos recursos a quienes procuraban la dedicación exclusiva a la investigación original, fue la institución filantrópica para la ciencia reclamada por Houssay en 1911: filantropía como justicia, no como caridad.

LA ARGENTINA EN EL MAPA DE LA CIENCIA BIOMÉDICA (1935-1943)

Desde 1923, Houssay investigaba, con numerosos colaboradores y colaboradoras, la acción de la insulina en el metabolismo de los hidratos de carbono. En 1928 y 1929 observó que el descenso del azúcar en la sangre de los

animales de experimentación —perros, sapos— a los que inyectaba insulina luego de haberles extirpado la hipófisis era muy acentuado. Este intrigante hecho, comprobado por su colaboradora Dora Potick, lo decidió a intentar, junto con Alfredo Biasotti, la extirpación simultánea de las glándulas hipófisis y páncreas en el perro y el sapo. Ambos comprobaron, con profunda sorpresa, que los perros y sapos permanecían normales, que no se tornaban diabéticos pese a la extirpación del páncreas que controlaba el azúcar en la sangre.

Houssay había descubierto el sorprendente fenómeno, llamado *Houssay's phenomenon* por los fisiólogos anglosajones. Los perros a los cuales era extirpada la hipófisis estaban exentos de las consecuencias de la extirpación del páncreas. El mismo fenómeno era observable en los sapos cuya conformación histológica de la glándula permitía la extirpación, por separado, del lóbulo glandular de la hipófisis, equivalente a la parte anterior de la misma glándula de los mamíferos. La diabetes reaparecía, sin embargo, cuando eran reinjertados los lóbulos glandulares. Houssay también realizó la contraprueba: la inyección de los extractos de la glándula anterior de la hipófisis provocaba el ascenso de los azúcares en la sangre.

Estas experiencias culminaban la línea de investigación iniciada el siglo anterior: en 1848, el descubrimiento, por Claude Bernard, de que el hígado producía los azúcares del cuerpo, la función glicogénica del hígado; en 1887, la extirpación del páncreas, por Oskar Minkowski, que desequilibraba el metabolismo normal de los azúcares, la diabetes pancreática; en 1901, por Eugene Opie, que la lesión de los islotes de Langerhans en el páncreas estaba asociada a la diabetes; en 1922, por Ban-

ting, Best y McLeod, el aislamiento de la secreción de los islotes de Langerhans, la insulina, que regulaba y normalizaba el metabolismo de los azúcares por el organismo. Houssay había demostrado que la eliminación de la hipófisis en los animales de experimentación a los que había extirpado el páncreas, y por tanto diabéticos, mejoraba el nivel de azúcar en la sangre. Concurrentemente, la inyección prolongada del extracto del lóbulo anterior de la hipófisis provocaba, transitoriamente, un alto tenor de azúcar en la sangre en los animales normales, una diabetes hipofisaria, que podía ser permanente por el agotamiento de las células beta, las productoras de la insulina en los islotes de Langerhans, una diabetes metahipofisaria.

La acción de una presunta hormona diabética, cuyo aislamiento curaría la diabetes, interesaron vivamente a los fisiólogos y bioquímicos de los laboratorios de Europa y América del Norte. En noviembre de 1935, Houssay visitó la Universidad de Cambridge en Inglaterra para dictar una conferencia. Luego, viajó a París cuya universidad le había conferido el doctorado *honoris causa* y, posteriormente, a Estados Unidos de América en una gira de conferencias.

En el discurso de presentación de las prestigiosas *Dunham Lectures* de la Universidad de Harvard, el profesor y amigo Walter Bradford Cannon afirmó que Houssay, como pocos fisiólogos en el mundo, había fundado una escuela. Esa afirmación asociaba el reconocimiento de Houssay al ascenso de la ciencia anglosajona y al inglés como lengua de la ciencia.

Durante esa gira de conferencias de costa a costa, Houssay comprobó el reinado de dos supersticiones científicas en los laboratorios de los Estados Unidos: que el extracto de la parte anterior o glandular de la hipófisis care-

cía de acción diabetógena en los animales enteros y que sólo actuaba por intermedio de las glándulas suprarrenales.

En 1937, Frank George Young, de la Universidad de Cambridge en Inglaterra, reprodujo la técnica de Houssay en la obtención y preservación de los extractos de la parte anterior de la hipófisis, y comprobó su acción diabetógena. Luego, mediante la precipitación de fracciones del extracto, comprobó que la sustancia que provocaba la diabetes y era antagónica de la insulina era la hormona de crecimiento secretada por la parte anterior de la hipófisis. Esta comprobación acerca de la función de esa glándula en el metabolismo de los hidratos de carbono sustentó la tesis de que la hipófisis era el centro de la constelación endocrina que regulaba el medio interno del organismo.

En septiembre de 1936, en los festejos del tricentésimo aniversario de su fundación, la Universidad de Harvard otorgó el doctorado *honoris causa* a sesenta y dos científicos, uno de ellos, Houssay. En noviembre de 1936, la renovada Academia Pontificia de Ciencias incorporó a setenta académicos. Nuevamente, Houssay fue el único científico sudamericano y de lengua española. La afirmación de Anton Julius Carlson, profesor de la Universidad de Chicago, en el sentido de que Houssay había puesto a la Argentina en el mapa de la fisiología, había sido confirmada para el mapa mundial de la ciencia.

La escuela del Instituto de Fisiología fructificó en otros emprendimientos de la ciencia biomédica. En la década de 1930, los bioquímicos admitían que eran indispensables las células enteras para la oxidación de los ácidos grasos, lo cual era comprobado midiendo el consumo de oxígeno en preparados de tejidos con células enteras, utilizando el aparato

diseñado por Otto Warburg. Al regreso de una estadía de formación en Cambridge, Luis Federico Leloir, junto con Juan Mauricio Muñoz, decidieron observar la oxidación de los ácidos grasos midiéndola en preparados de tejidos cuyas células habían sido rotas, combinando el método muy sensible diseñado por Muñoz para medir el metabolismo del alcohol, con el cual Leloir había aprendido en Cambridge.

Algunos de los homogenatos elaborados por Leloir consumían ácido butírico, pero la mayoría de los experimentos fracasaban. Leloir y Muñoz aprendieron de sus errores cuando advirtieron que debían trabajar rápido y en frío para mantener la actividad de los preparados. Improvisaron una centrifuga refrigerada, rodeando a la centrifuga disponible con un neumático lleno de mezcla frigorífica (hielo y sal) y con el rudimentario artefacto lograron obtener fracciones de homogenatos que oxidaban ácidos grasos. Efectivamente, eran prescindibles las células enteras.

Los esfuerzos de un miembro del instituto en busca de los elementos subcelulares que intervenían en esas reacciones fracasaron. Sólo en 1974, los biólogos celulares Albert Claude, George Palade y Christian de Duve recibieron el Premio Nobel de Fisiología y Medicina por el descubrimiento de los elementos estructurales y funcionales de la célula que explicaban el fenómeno.

En tanto Leloir colaboraba con Muñoz en esa investigación, Houssay encomendó a Juan Carlos Fasciolo, becario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, que aplicase la técnica del pinzamiento de las arterias renales, usada por Harry Goldblatt, investigador del Instituto de Patología de la Western Reserve University de la ciudad de

Cleveland, para provocar la falta de irrigación del riñón, isquemia, la cual estaba asociada a la hipertensión maligna.

Cuando Houssay y Fasciolo reprodujeron la técnica de Goldblatt, e injertaron el riñón isquémico a un perro normal provocando el ascenso de la presión arterial, concluyeron que el riñón isquémico vertía a la sangre una sustancia que provocaba hipertensión. En 1938, Alberto Carlos Taquini, otro colaborador de Houssay, comprobó que el plasma de la sangre del riñón isquémico contenía una sustancia vasoconstrictora de la que carecía la sangre normal.

En esa coyuntura, los fisiólogos Braun Menéndez, Taquini y Fasciolo, y los bioquímicos Muñoz y Leloir formaron el equipo que combinaba sus habilidades técnicas. En 1898, el fisiólogo sueco Robert Tigerstedt había separado un extracto de riñón, la renina, que provocaba el aumento de la presión arterial cuando era inyectado. Los miembros del equipo argentino, para comprobar la existencia de la sustancia hipertensora, incubaron extractos del riñón isquémico con suero sanguíneo. Pero la sustancia buscada no aparecía.

La insistencia de Braun Menéndez obligó a Leloir a repetir, una vez más, la incubación. Luego inyectaron la sustancia obtenida a un perro y comprobaron que, esta vez, la habían obtenido. Los investigadores habían probado, finalmente, que la renina actuaba sobre un sustrato presente en el plasma de la sangre, donde formaba la sustancia que causaba la hipertensión, que denominaron *hipertensina*, luego sería llamada *angiotensina*, y al sustrato plasmático, *precursor de la hipertensina* o *hipertensinógeno*.

El descubrimiento del equipo del Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires fue simultáneo con el del equipo dirigido por

el equipo de Irving H. Page, en el Laboratorio Lilly para la Investigación Clínica del Hospital Municipal de Indianápolis, quien afirmó la existencia de un activador de la renina. La coincidencia provocó pesar en el equipo porteño, pues reducía el descubrimiento a un codescubrimiento. Sin embargo, el grupo argentino lo había hecho un poco mejor, pues había comprendido que intervenía una enzima.

La dedicación del director del Instituto de Fisiología, quien formaba equipos de investigación que estaban en la frontera de avanzada de la endocrinología —diabetes— y la cardiología —ruidos, hipertensión—, también atrajo y formó discípulos más allá de sus muros.

En 1935, en el Instituto de Anatomía General y Embriológica, vecino al de Fisiología, el director Pedro Rojas había tomado como ayudante al estudiante Eduardo De Robertis, quien, bajo su dirección, inició experimentos que investigaban la dinámica fisiológica y bioquímica de la célula, superando a la histología que estudiaba, meramente, la forma.

En 1939, la Academia Nacional de Medicina, mediante la gestión de Houssay, le otorgó la beca Bartolomé Devoto para formarse en el Departamento de Anatomía de la Universidad de Chicago. En pocos meses, De Robertis obtuvo resultados sobre la existencia de un ciclo secretor de la glándula tiroideas, lo cual valió para que fuese becado por la Fundación Rockefeller al Departamento de Anatomía de la Universidad Johns Hopkins en Baltimore. En estos laboratorios, De Robertis resolvió el problema del ciclo de secreción de la glándula, pues demostró la existencia de una enzima que fraccionaba a la proteína gigante depositada en los folículos de la glándula, la tiroglobulina, en moléculas más pe-



El equipo de la hipertensión arteria nefrógena, a principios de 1940, en la biblioteca del Instituto de Fisiología; de izquierda a derecha, de pie, Alberto Carlos Taquini, Eduardo Braun Menéndez; sentados, Juan Carlos Fasciolo, Juan Mauricio Muñoz, Houssay, Luis Federico Leloir. Museo "Bernardo A. Houssay".

queñas, tiroxina y triyodotironina, que pasaban a la sangre donde actuaban como hormona circulante.

Al retorno a Buenos Aires, en marzo de 1941, De Robertis retomó el puesto de jefe de trabajos prácticos *full-time* y jefe de la Sección de Histofisiología del Instituto de Anatomía General y Embriología. En 1942, probó que la hormona segregada por la parte anterior de la hipófisis, la gonadotrofina, que causaba la maduración de las gónadas, los testículos y los ovarios, provocaba la expulsión de los espermatozoides en el sapo. Este resultado científico fue aprovechado clínicamente por su discípulo Carlos Galli Mainini, en la sala del Hospital Rivadavia dirigida por Del Castillo,

quien comprobó que la inyección de la orina de la mujer embarazada que eliminaba esa hormona con la orina causaba en los sapos machos la maduración y expulsión de los espermatozoides. Este eficaz y seguro diagnóstico precoz del embarazo alcanzó difusión internacional, con el nombre de *Reacción Galli Mainini*.

La madurez de esa escuela cito-fisiológica fue completada por Pío del Río Hortega, discípulo de Santiago Ramón y Cajal, emigrado a la Argentina. Desde 1942, en el Laboratorio de Investigaciones Histológicas e Histopatológicas financiado por el empresario Rafael Vehils, presidente de la Fundación Cultural Española, Hortega investigó y formó la escuela, entre

ellos a Moisés Polak, en la técnica del carbonato de plata amoniacal para la patología celular de los tumores del sistema nervioso central y periférico.

Los médicos formados en el Instituto de Fisiología condujeron y llevaron a cabo, en las décadas de 1930 y 1940, la transformación de la clínica médica basada en la anatomía patológica a la clínica basada en la fisiopatología: de la medicina científica basada en el cadáver —el experimento de una hipótesis clínica comprobada o refutada en la autopsia— a la medicina científica basada en el paciente vivo, cuya dolencia que requería la cura era un experimento natural en busca de una interpretación.

En octubre de 1940, la publicación del primer número de la revista *Medicina* y los integrantes de su comité editorial, la mayoría de poco más de treinta años de edad, manifestaron el giro introducido por Houssay desde el Instituto de Fisiología: la clínica con Osvaldo Fustinoni, la clínica interna con Alfredo Lanari, la cardiología con Antonio Battro y Alberto Carlos Taquini, la endocrinología con Alfredo Biasotti y Enrique Benjamín del Castillo, la hematología con Alfredo Pavlovsky, la farmacología con Enrique Hug, la gastroenterología con Marcelo Royer, la bioquímica con Venancio Deulofeu. El maestro de todos ellos, en el segundo número de la revista, publicó un artículo de revisión sobre el mecanismo de acción de la secreción hipertensora del riñón. Otra expresión madura de esa escuela biomédica de clínica experimental fue la *Revista de la Sociedad Argentina de Cardiología*.

Uno de esos jóvenes movilizó, incluso, al maestro de la clínica de consagrada erudición. La investigación de Alfredo Pavlovsky, Mariano Rafael Castex y Celia Simonetti, becaria in-

terna de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, demostró, en 1942, la existencia de una variante de la hemofilia, que sería conocida como hemofilia B, utilizando la capacidad antiaglutinante del citrato de sodio, que Agote había utilizado, en 1914, para mantener fluida la sangre para la transfusión. Esa investigación fue realizada en la Sección Hematología del Instituto de Investigaciones Físicas Aplicadas a la Patología Humana, fundado y dirigido por Castex, en 1938, en la Academia Nacional de Medicina.

El Instituto de Fisiología de Houssay atrajo, también, becarias y becarios de América del Norte y del Sur para perfeccionarse. En 1925, estuvo Guillermo Puelma de Santiago de Chile; en 1930, Thales Martin, de Río de Janeiro; en 1937-1938, Charles Pomerat de la Universidad de Clark; en 1940, Francis Scott Smyth de California; en 1940-1941, Lewis Dexter de Harvard. En julio de 1942, cuando la becaria canadiense Christiane Dosne llegó desde la Universidad de McGill, encontró —además de un brillante grupo de jóvenes investigadores argentinos, entre ellos, a Rodolfo Pasqualini, quien sería su esposo—, a la brasileña María Clotilde Souto Maior, al chileno Bruno Gunther y al paraguayo Mario L. De Finis.

La madurez profesional de esos jóvenes médicos clínicos que dedicaban un tiempo parcial a la investigación experimental en el Instituto de Fisiología comprobaba el dicho del fisiólogo francés León Fredericq, un maestro de la fisiología experimental de fines del siglo XIX, que el laboratorio era el lugar de la enseñanza de la ciencia del ayer y de la producción de la ciencia del mañana.

LA CIENCIA NO TIENE PATRIA, PERO EL HOMBRE DE CIENCIA LA TIENE (1943-1955)

La novena *Memoria y Balance* de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias registraba que, hasta 1942, habían sido acordadas 24 becas externas, 19 internas y 68 subsidios.

En marzo de 1943, el médico rosarino Froilán Ludueña, formado por Lewis y Hug, quien había completado, durante 1940 y 1941, su formación en farmacología con una beca externa de la Asociación en la Universidad de Stanford, comunicó a sus maestros que había aceptado un puesto de profesor en esa universidad. Ante la decisión, que consideró una pérdida para la Argentina y ganancia pura para el país al cual emigraba, Houssay puntualizó que la ciencia no tenía patria, pero que el hombre de ciencia sí la tenía.

Esa circunstancia estaba siendo comprobada por la médica italiana Eugenia Sacerdote de Lustig, quien había emigrado en 1939 desde Turín para protegerse de las leyes antirraciales y, en el otoño de 1943, inició el cultivo de tejidos, una técnica desconocida en la Argentina, en el Instituto de Medicina Experimental, dirigido por Domingo Brachetto Brian, el sucesor de Ángel Roffo.

En octubre de 1943, el gobierno militar dejó cesantes a Houssay y a numerosos universitarios que habían reclamado la aplicación de los principios de la Constitución Nacional y la defensa de la democracia. Los colaboradores y discípulos, Braun Menéndez, Foglia y Martínez en Buenos Aires, Orías en Córdoba, Lewis en Rosario, Cardini en Tucumán renunciaron solidarios. Pocos días después, el 21 de octubre, Miguel F. Laphitzondo y Carlos Sauberan, junto con Fernando Capdevielle y Pablo Perlander,

visitaron a Houssay y ofrecieron los recursos para la creación del instituto en el cual continuase su tarea científica. El oportuno mecenazgo proveyó a la fundación del Instituto de Biología y Medicina Experimental (IBYME) en una casa sumariamente refaccionada donde, en marzo de 1944, Houssay, Orías, Lewis, Braun Menéndez, Martínez y Foglia, reiniciaron la investigación. Separados de la docencia universitaria, redactaron el libro de texto prometido a los alumnos que, dedicado a la Fundación Sauberan, fue publicado en 1945 y prontamente traducido al inglés por una editorial norteamericana. En la misma circunstancia, Houssay, Braun Menéndez, Deulofeu, Horacio Jaime Harrington, Lewis y Parodi fundaron la revista *Ciencia e Investigación*, cuyo primer editorial, redactado por Houssay, proclamó que la ciencia, en busca de la verdad, disciplinaba la inteligencia y mantenía vivo el amor a la libertad.

Casi simultáneamente, en la misma Facultad de Ciencias Médicas, pero presidido por el decano, Alberto Carlos Taquini inauguró el Centro de Investigaciones Cardiológicas de la Universidad de Buenos Aires, el 12 de junio de 1944, en el edificio provisto por la Fundación Virginio Grego y equipado con el instrumental donado por la Fundación Rockefeller. Este instituto fue el primero que integró la dedicación exclusiva a la investigación científica con el tratamiento de los enfermos del corazón, la investigación básica y clínica de la fisiopatología cardiovascular.

Houssay retomó la dirección del Instituto de Fisiología, luego que un nuevo presidente de facto declarase ilegal la cesantía de los profesores universitarios. Pero, jubilado de oficio por aplicación del límite de edad y más de treinta años de docencia universitaria, retornó al IBYME en noviembre de 1946.

Meses antes, un discípulo ya formado, Eduardo De Robertis, junto con el bioquímico Wiktor W. Nowinski y el genetista Francisco Sáez, había publicado *Citología general*, el primer libro moderno de citología que superaba la descripción de las estructuras visibles al microscopio óptico y proponía el estudio de los cambios fisiológicos de la célula y de los procesos físico-químicos y metabólicos celulares en el análisis de la organización submicroscópica.

El ostracismo nacional que sumía a Houssay, fue superado por el reconocimiento internacional, en octubre de 1947, cuando el Instituto Carolino Médico Quirúrgico de Estocolmo anunció que había decidido otorgar una mitad del Premio Nobel de Fisiología y Medicina a los esposos los bioquímicos Carl Ferdinand Cori y Gerty Theresa Radnitz, por su descubrimiento de la conversión de la glucosa en el organismo, y la otra mitad a Bernardo Houssay, por su descubrimiento del papel de la hormona del crecimiento en el metabolismo del azúcar.

El tenaz ejemplo de Houssay fructificó, asimismo, en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar, creado en la casa vecina a la del IBYME. En noviembre de 1947, bajo la dirección de Luis Federico Leloir, Ranwel Caputto, de brillante desempeño en Cambridge, Carlos Eugenio Cardini, ex profesor de química orgánica y biológica en la Universidad de Tucumán, Raúl Trucco y Alejandro C. Paladini, becario de la Fundación Campomar, iniciaron investigaciones sobre la oxidación de los ácidos grasos por bacterias y la síntesis de la lactosa.

Con el mismo espíritu, los discípulos de Rosario, en diciembre de 1948, inauguraron el Instituto de Investigaciones Médicas, bajo la dirección de Juan Treharne Lewis, patrocina-

do por la Asociación Rosarina para el Fomento de la Investigación Científica. En Córdoba, la familia Mercedes y Martín Ferreyra impulsó la creación y equipamiento del Instituto de Investigación Médica para la Promoción de la Medicina Científica dirigido por Orías, en una vivienda refaccionada, e inició la construcción del edificio cuya conferencia inaugural, en 1951, fue dada por Houssay.

El desarrollo biomédico experimental del clínico redefinió al paciente como fuente de información y al objeto simbólico salud-enfermedad. Llegado a la Argentina desde España, luego de la guerra civil, Ángel Garma junto con Celes Ernesto Cárcamo, Arnaldo Rascovsky, Telma Reca y Enrique Pichon-Rivière iniciaron la etapa fundacional de la escuela argentina de psicoanálisis. La creación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, el 15 de diciembre de 1942, institucionalizó el impulso de quienes, en un primer momento, habían contado con el apoyo de la Sociedad Científica Argentina. El mecenazgo del empresario Francisco Muñoz hizo posible la inauguración de una sede y, en julio de 1943, la publicación de la *Revista de Psicoanálisis*, el primer periódico sudamericano de esa disciplina. En 1945, Garma inició la formación de los primeros psicoanalistas, en el Instituto de Psicoanálisis de aquella sede, quienes conformarían una escuela latinoamericana.

La constitución de un nuevo imperio al fin de la Segunda Guerra Mundial también afectó a quienes hacían ciencia en la Argentina. Hasta ese momento, salvando las distancias, la investigación biomédica en la Argentina y los Estados Unidos era comparable. En los inicios de la década de 1950, esa distancia fue insalvable, y Houssay abandonaba el tema de investigación que un instituto de Estados Unidos ha-

bía decidido tomar, expresando que ellos iban en avión y los argentinos en sulky.

En respuesta al predominio de la lengua inglesa y la declinación de las publicaciones científicas periódicas en lengua castellana, Eduardo Braun Menéndez, a diferencia de Pío del Río Hortega que rehusaba publicar en otra lengua que no fuese la propia, propulsó e inició en la Asociación Ciencia e Investigación la publicación, en lengua inglesa, de *Acta Physiologica Latinoamericana*.

Hacia fines de 1940 y principios de 1950, la escuela de ciencia biomédica experimental generada por Houssay coexistió en otras instituciones, además del Instituto de Biología y Medicina Experimental y el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar.

En 1949, Rodolfo Pasqualini y su esposa Christiane Dosne, también discípula de Houssay, dirigieron la investigación del Instituto Nacional de Endocrinología, cuyo jefe de laboratorio era Roberto Eusebio Mancini. Ese mismo año, en la III Cátedra de Clínica Médica del Hospital de Clínicas, cuyo titular era Francisco Cirilo Arrillaga, Marcelo Royer, formado en el Instituto de Fisiología, fue designado jefe de la Sección Gastroenterología, inaugurando una escuela nacional y latinoamericana. En el Ministerio de Salud Pública, un ex ayudante de investigaciones del Instituto de Fisiología, Carlos Alberto Alvarado, dirigió la lucha epidemiológica del norte argentino.

En la década de 1950, la Argentina compartió sistemas paralelos de investigación biomédica dirigidos por discípulos de Houssay. El sistema privado lo constituían el Instituto Mercedes y Martín Ferreyra dirigido por Orías, el Instituto de Investigaciones Médicas dirigido por Lewis, el Instituto de Investiga-

ciones Bioquímicas dirigido por Leloir y el Laboratorio de Investigaciones dirigido por Sordelli y Deulofeu, de la empresa Squibb, que justificaba esa inversión buscando antibióticos en las especies naturales del país con Oscar L. Galmarini, jefe del Departamento Química de Antibióticos. El sistema público también estaba dirigido por discípulos de Houssay: Taquini en el Instituto de Investigaciones Cardiológicas de la Fundación Grego, Andrés Stoppani en la cátedra de Bioquímica y Vicente Héctor Cicardo en la de Biofísica de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, Agustín Marenzi en el Instituto de Investigaciones Tisiológicas del Hospital Tornú y en la cátedra de Química Biológica de la Escuela de Farmacia, Fasciolo y Suárez en la Facultad de Ciencias Médicas de Tucumán y, luego, en la de Cuyo, Hugo Chiodi en el Instituto de Biología de las Altas Cumbres en Tucumán. Incluso en el exterior estuvo presente la escuela de Houssay: en la Universidad de Rochester, la doctora en bioquímica Rebeca Gerschman, quien postuló la existencia de los radicales libres para explicar el efecto deletéreo del oxígeno a altas presiones y los rayos X en el metabolismo; el médico Miguel Rolando Covián, quien organizó y dirigió el Instituto de Fisiología de la nueva Facultad de Medicina de Riberão Preto. Emigró a Venezuela, asimismo, Juan Mauricio Muñoz, perdidoso en la pugna política de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires.

En las tensas circunstancias políticas de la Argentina, Uruguay acogió la escuela científica biomédica de Houssay. Eduardo De Robertis retornó, en 1949, desde el Massachusetts Institute of Technology (MIT), pero imposibilitado de asentarse en la Argentina, pues carecía de lugar para investigar, creó el Departamento de

Ultraestructura Celular del Instituto de Investigaciones Biológicas en la ciudad de Montevideo, financiado por la Fundación Rockefeller. Pese al aislamiento y la carencia de elementos y apoyo técnico, De Robertis confirmó la estructura del esqueleto celular de las fibras nerviosas, los neurotúbulos o neuroprotofibrillas, inició la investigación de las vesículas sinápticas y completó la de la ultraestructura de la retina, en trabajos que son considerados clásicos.

Por su parte, el Ministerio de Asuntos Técnicos ejercido por el médico Raúl A. Mendé, discípulo de Orias en Córdoba, procuró la institucionalización de la investigación científica creando, en 1950, la Dirección Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Esta repartición nacional, bajo la responsabilidad de Pedro Mateo Rafael Ré quien, en 1931, había sido ayudante del Instituto de Fisiología de Houssay, promovió la creación de un Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, sin mayor éxito, y la fundación de la Asociación Argentina de Proteinología, de vida fugaz.

Desde 1934, los físicos y los químicos inducían radiactividad en los elementos estables de la naturaleza posibilitando la investigación del metabolismo de los elementos que poseían valor biológico. En 1944, desde Estados Unidos, el médico Juan Reforzo Membrives había informado a Houssay que el isótopo radioactivo del yodo, I^{131} , era utilizado en la investigación de la glándula tiroides.

La importancia clínica del recurso, inalcanzable en la Argentina, fue advertida por Héctor Perinetti, cirujano especializado en tiroides en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo, quien invitó a los endocrinólogos clínicos John B. Stanbury del Massachusetts General Hospital y a James Means del Instituto Jackson de Medicina de Harvard.

Estos endocrinólogos y sus colaboradores y equipo de detección, desde octubre a diciembre de 1951, juntamente con Del Castillo de Buenos Aires, investigaron a cientos de pacientes hipertiroideos de Perinetti, mediante yodo radioactivo importado por la naciente Comisión Nacional de Energía Atómica. La investigación clínica resultó en la profilaxis del bocio, mediante la venta obligatoria de sal iodada en las provincias cuyanas y del norte argentino, con excelente resultado. La transformación social generada por esa investigación biomédica culminó la iniciada por Houssay en el Instituto Bacteriológico, en 1919, sobre el factor bociógeno del agua de los Cerrillos de Salta, y la de Pedro Mazzocco en el Instituto de Fisiología, en la década de 1930, sobre el yodo y la tiroides.

En 1949, las primeras etapas para la producción de isótopos radiactivos fueron resueltas por un científico emigrado que dirigía el Laboratorio de Investigaciones Nucleares de la Universidad de Tucumán, el químico alemán Walter Seelmann-Eggebert, discípulo y estrecho colaborador del codescubridor de la fisión nuclear, Otto Hahn. Contratado por la Comisión Nacional de Energía Atómica, en septiembre de 1951, Seelmann-Eggebert investigó en química nuclear y produjo y enseñó a producir radioisótopos, desde principios de 1952. Estos elementos fueron provistos, generosamente, a los laboratorios asistenciales y de investigación para que los fisiólogos y laboratoristas de la Argentina dispusieran del instrumento para el estudio del metabolismo intermedio mediante el seguimiento de las moléculas marcadas radiactivamente.

El regreso de Seelmann-Eggebert a Alemania, en 1955, tras formar escuela en la Argentina, mostró, nuevamente, que la ciencia no tenía patria, pero el científico la tenía.

UNA EXPLOSIÓN CIENTÍFICA (1958-1975)

Tras el acontecimiento cívico-militar de septiembre de 1955, la llamada Revolución Libertadora, el interventor de la Secretaría de Asuntos Técnicos, general de brigada Gualterio Ahrens, y el asesor de la intervención de la Dirección Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, capitán de navío Helio López, consultaron a científicos, entre ellos, Braun Menéndez, Deulofeu, Houssay, Leloir y Sordelli, y examinaron las estructuras de los consejos de investigaciones científicas de veintiocho países.

En enero de 1956, el general Ahrens elevó el proyecto de creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias y la Sociedad Científica Argentina declararon que esa institución era indispensable, y la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales propulsó la iniciativa.

Ante el reclamo, el general Pedro Eugenio Aramburu, presidente del gobierno provisional, promulgó el decreto ley 1291 de creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), ente autárquico dependiente de la Presidencia de la Nación, y designó a los miembros del directorio: cinco de los integrantes –Houssay, Braun Menéndez, Leloir, De Robertis, Pirotsky– eran médicos; otros tres –Deulofeu, Parodi, Zanetta– habían sido miembros fundadores, y eran miembros del colegiado, de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias; otros dos –Pirotsky y González Bonorino– habían sido becarios. En la reunión constitutiva del 12 de febrero de 1958, el directorio eligió presidente a Houssay.

El gobierno provisional también creó las instituciones promotoras y ejecutoras del desa-

rollo científico y tecnológico del agro, la industria y las Fuerzas Armadas: el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), la Junta de Investigaciones y Experimentaciones de las Fuerzas Armadas (JITEFA).

La creación del CONICET, a un cuarto de siglo de la fundación de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, institucionalizó la actividad científica, transmutando una actividad vocacional en profesional, con el otorgamiento de becas internas y externas para la formación de jóvenes graduadas y graduados, y subsidios para la realización de investigaciones de los investigadores formados.

La institucionalización promovió el retorno de científicos emigrados. Al regreso a Buenos Aires desde la Universidad de Colorado, en 1957, Alfredo Lanari ganó el concurso de profesor titular de Medicina Interna y, en el Instituto de Investigaciones Médicas, fundado en la sede del Centro de Investigaciones Tisiológicas del Hospital Tornú, fue el primer profesor de una asignatura clínica con dedicación exclusiva, que integró la asistencia, la docencia y la investigación.

En 1960, para posibilitar y favorecer la dedicación integral a las personas con vocación por la investigación creadora científica o técnica, el CONICET instituyó la carrera del Investigador Científico. Cuando, en 1961, las universidades establecieron la docencia con dedicación exclusiva, la solución de compromiso entre la investigación y la docencia con semidedicación provocó observaciones intriguadas acerca del significado de la mitad, o la cuarta parte, de una dedicación.

El programa de repatriación de científicos argentinos en el exterior, instituido en 1963, renovó la escuela de ciencia biomédica de



Primer directorio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. De izquierda a derecha, el meteorólogo Rolando García, el ingeniero agrónomo Raimundo Lorenzo Parodi, el geólogo Félix González Bonorino, los químicos Venancio Deulofeu y Alberto José Zanetta, el presidente provisional general Pedro Eugenio Aramburu, los médicos Houssay, Ignacio Pirotsky y Eduardo Braun Menéndez, los ingenieros Humberto Ciancaglini y Fidel Alsina Fuertes, los médicos Luis Federico Leloir y Eduardo De Robertis, semioculto, el abogado Julio César Gancedo, Director Nacional de Cultura, miembro de oficio. Archivo General de la Nación.

Houssay en Córdoba, introducida por Orias en 1931. El médico Ranwel Caputto, uno de los primeros colaboradores de Leloir en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar, retornó de la universidad de Oklahoma en la que había formado una escuela de investigación, e inició la docencia e investigación bioquímica y fisiológica del cerebro en el Instituto de Ciencias Químicas de la Universidad de Córdoba.

La tutela de Houssay por la ciencia fue ejercida, oficiosa y extraoficiosamente, en los concursos de las cátedras de las facultades de medicina del país. Asimismo, intervino en la adjudicación de la beca de formación en farmacología a Salomón Zender Langer y apoyó

la exploración de las fronteras de la neuroquímica iniciada por Jorge Insúa.

En abril de 1956, la renovación científica dirigida por Ignacio Pirotsky en el Instituto Nacional de Microbiología "Carlos G. Malbrán", el antiguo Instituto Bacteriológico, que enfrentaba una epidemia de poliomieltis, fue imperiosa cuando, en 1958, una epidemia de fiebre hemorrágica estalló en varios partidos del noroeste de la provincia de Buenos Aires. Héctor V. Noblía, ministro de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, vecino de Junín, la ciudad epicentro de la epidemia, designó una comisión científica y sanitaria presidida por Pirotsky. La Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires formó otra, diri-

gida por Armando S. Parodi. Ambos científicos procuraron el aislamiento y la vacuna contra el agente de esa enfermedad, el *virus Junín*. El probable éxito de Pirotsky y el equipo del Instituto Malbrán, malogrado en 1962, fue alcanzado por Parodi y su equipo de la Facultad de Medicina hacia fines de la década.

La renovación institucional de 1955 promovió la conjunción de esfuerzos y especialidades. Houssay y los integrantes del Instituto de Biología y Medicina Experimental (IBYME), en 1955, potenciaron en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas la colaboración de Alejandro Paladini, colaborador de Leloir en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar, entonces profesor de química biológica en la Escuela de Bioquímica y Farmacia, con Eduardo Braun Menéndez, quien lo entusiasmó para purificar la angiotensina, la sustancia descubierta por el equipo argentino de la hipertensión arterial, causante de esa patología. En 1959, la muerte de Braun Menéndez disolvió el equipo, pero Paladini, que había continuado investigando el papel de la angiotensina y procurado el aislamiento de la pepsitensina, otra hormona hipertensora, inició, con nuevos colaboradores, la investigación de la estructura primaria de la hormona de crecimiento.

También en 1955, Roberto E. Mancini, designado en la Segunda Cátedra de Histología y Embriología, reinició, en cuartos vacíos y desiertos, la investigación histofisiológica de la tiroides. En 1959, Mancini y sus jóvenes colaboradores, médicos y bioquímicos, probaron que la hormona tiroidea, marcada con moléculas fluorescentes, entraba a la célula para ejercer su acción. Este resultado clausuraba, exitosamente, la investigación que De Robertis había dejado en 1940.

La evolución natural de la ciencia biomédica estuvo asociada, en 1960, a la fundación de la Sociedad Argentina de Investigación Clínica que, novedosamente, agrupaba a los médicos de diversas especialidades biomédicas desvinculadas, que eran considerados clínicos por los científicos básicos y científicos básicos por los clínicos, y cuyos dos primeros presidentes, Taquini y Lanari, eran discípulos del maestro de la ciencia biomédica argentina.

El eco de la docencia biomédica argentina informada científicamente llegó, también, desde el exterior. En 1958 fue publicada la segunda edición japonesa de *Citología general* de De Robertis; en 1962, la primera traducción al ruso; en 1965, la cuarta edición en inglés.

Los becarios externos del CONICET regresaban informados por técnicas novedosas que desarmaban la caja negra de los mecanismos del ser vivo. Uno de ellos, Patricio Garrahan, fue formado en el Trinity College de Cambridge por Ian Michael Glynn, en 1965 y 1966, en la cinética de la bomba de sodio. En 1957, Jens Skou había sido el primero en identificar esta bomba, en células nerviosas gigantes de cangrejo, como un sistema fundamental de los seres vivos ubicado en la membrana plasmática de las células eucariotes. El aporte del becario y los desarrollos ulteriores, lo harían, junto a Leloir, el científico biomédico argentino más citado mundialmente.

Durante la década de 1960, y agudamente en la de 1970, el enfrentamiento ideológico del mundo bipolar de la Guerra Fría conmovió la institucionalización de la ciencia argentina. En la apertura de los cursos universitarios de abril de 1961, Bernardo Kleiner, consejero estudiantil de medicina, reclamó a Bernardo Houssay el compromiso político de la ciencia biomédica según el modelo de Ernesto "Che"

Guevara, uno de los líderes de la triunfante Revolución Cubana.

En esa conflictiva coyuntura de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, De Robertis, director del Instituto de Biología Celular, fue increpado y resistido por la investigación de la estructura de la retina con fondos provistos por la Oficina de Investigaciones Científicas de la Fuerza Aérea de Estados Unidos.

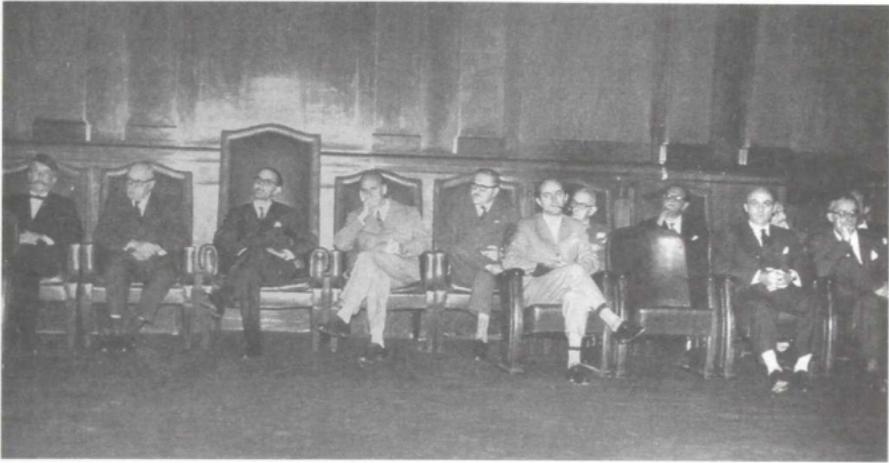
Contemporáneamente, en el pabellón Inchauspe del Hospital Ramos Mejía, Mauricio Rosenbaum, alumno de Oscar Orías en la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba, y a quien la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, en 1947, había denegado una beca de investigación, comprobaba, desde 1952, la extraordinaria importancia del *Tripanosoma cruzi* en la fisiopatología de las miocarditis crónicas de la población argentina. Esa comprobación culminaba la iniciada por Rafael Augusto Bullrich, en 1929, y por Cecilio Romana, en 1934. Pues, con escasos recursos y precisas observaciones electrocardiográficas, Rosenbaum parecía dar cumplimiento a la ciencia nacional y popular requerida por los grupos estudiantiles radicalizados.

La cardiología sostenía, desde 1910, que el sistema de conducción cardíaca tenía dos terminales, una en el ventrículo derecho y otra en el ventrículo izquierdo. Esta concepción anatómica implicaba una fisiopatología bifascicular que reconocía solamente la existencia de dos trastornos de conducción: los bloqueos de la rama derecha y los de la rama izquierda. En 1958, las investigaciones anatómo-fisiológicas, clínicas y electrocardiográficas del sistema de conducción del corazón realizadas por Rosenbaum determinaron la trifascicularidad de la transmisión del impulso cardíaco: las termi-

nales del sistema de conducción eran tres, una en el ventrículo derecho y dos en el ventrículo izquierdo. Este cambio conceptual, que permitía interpretar la existencia de bloqueos de la rama derecha asociados a hemibloqueos de la rama izquierda, renovó la interpretación del electrocardiograma y fue simultánea su transferencia a la práctica clínica. La investigación ulterior de Rosenbaum, a partir de cambios en la fisiología registrados en el electrocardiograma, también determinó la existencia de una memoria cardíaca en que las respuestas a los estímulos de las células cardíacas semejabán el aprendizaje de la neurociencia.

La emigración de médicos y científicos biomédicos iniciada conspicuamente por Ludueña en 1943 continuó silenciosa y ascendente en 1955 y la década siguiente. En 1956, Miguel Angel Ondetti, alumno de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, fue becado para investigar sobre hidratos de carbono, tema propuesto por su profesor Venancio Deulofeu, en el Instituto de Investigaciones de la empresa Squibb en la Argentina. En 1957, Ondetti fue incorporado al plantel del Instituto e inició la investigación del aislamiento de productos naturales, los alcaloides. En marzo de 1960, Asger Langlyke, director del Instituto de Investigaciones de la empresa en Estados Unidos, en la visita anual a Buenos Aires, le propuso continuar su carrera en la casa matriz. A los dos días, tras consultarlo con la esposa, Ondetti aceptó.

La emigración de uno de sus compañeros de facultad estuvo asociada a ruidosos acontecimientos públicos. En abril de 1962, Tiburcio Padilla, nuevo ministro de Salud y Acción Social, dispuso la intervención del Instituto Nacional de Microbiología "Carlos G. Malbrán" y el sumario administrativo del director Ignacio Pirotsky. En septiembre de 1963, el director in-



El rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, preside la apertura del curso universitario de 1961, junto a Bernardo Houssay y Alfredo Palacios. El consejero estudiantil Bernardo Kleiner, sentado en la fila delantera, con pipa. Archivalia Bernardo Kleiner.

terventor interino del instituto limitó las funciones y dedicación exclusiva de los integrantes de la División de Biología Molecular atropellando la autoridad del jefe, César Milstein. Ante el atropello, Milstein, que había realizado su tesis doctoral con Stoppani en la cátedra de Química Biológica de la Facultad de Ciencias Medicas, renunció y solicitó un puesto de trabajo a Frederick Sanger, director del Laboratorio de Biología Molecular en Cambridge, donde había completado su formación como becario, quien aceptó su regreso.

En esa coyuntura social y política, el pediatra y decano Florencio Escardó puntualizó que el ambiente de la comunidad científica argentina estaba viciado por la calumnia ideológica que condenaba al ostracismo a una persona aplicándole el estigma, la condena o la repulsa de comunista, filo-comunista o cripto-comunista. Asimismo, Alberto Carlos Taqueño observó que la familia científica argentina tendía a afiliarse a posiciones antagónicas.

En julio de 1966, la intrusión policial ordenada por el gobierno de facto a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, todavía en el antiguo edificio de la calle Perú, provocó la renuncia de docentes e investigadores. De Robertis, testigo de los acontecimientos, afirmó que la docencia e investigación científica de la Universidad de Buenos Aires habían sido jugadas a una carta política.

En agosto de 1966, una joven médica viróloga, colaboradora de Armando Parodi, quedó azorada cuando Houssay la expulsó del despacho en el CONICET, al solicitar su aval para ocupar una plaza de la Organización Panamericana de la Salud (PAHO) en Chile. Una semana después, Houssay la llamó, se excusó y otorgó lo que solicitaba. Y, tras preguntar si estaban todos locos, explicó que había estallado colmado por el aluvión de solicitantes de su aval para asentarse en centros de investigación del exterior.

La creación de institutos de investigación básica, desde 1968, procuró remediar ese in-

controlable drenaje humano. El mismo Houssay comprometió el regreso del farmacólogo Langer, becario en Oxford, para dirigir el Instituto de Investigaciones Farmacológicas, ad-junto a la cátedra de Fisiología, cuyo titular era su discípulo Foglia, en el séptimo piso de la Facultad de Medicina. Ese esfuerzo fue, apenas, un paliativo. Raúl Luis Cardón, primer secretario técnico del CONICET, registró que el muy moderado crecimiento de la carrera del investigador era debido al aumento de las posibilidades de trabajo y, sobre todo, al éxodo de los investigadores argentinos, especialmente a Estados Unidos. En 1971, durante la reunión de la Sociedad Argentina de Investigación Clínica (SAIC), la sección de inmunología circuló una hoja con los nombres de los participantes, mostrando que la mitad de los sesenta autores de trabajos que se iban a presentar en la sección trabajaba fuera del país. A fines de la década, el éxodo estuvo asociado al menor crecimiento de la Argentina, medido por el número de autores y publicaciones, del tamaño científico y la productividad científica.

En el análisis y reflexión sobre la política científica, que requería el desarrollo de órganos nacionales de conducción y ejecución, la determinación de los objetivos a alcanzar mediante esos órganos en el campo de la investigación científica y tecnológica, y la correlación entre esos objetivos y los intereses económicos, sociales y políticos de la Nación, Cardón había concluido que la Argentina poseía una *política para la ciencia*, pero carecía de *política de la ciencia*. Con odio clarividente, José Arce había expresado, a propósito de la creación del CONICET, que Houssay se había hecho un ministerio al margen de la Constitución Nacional.

En 1968, Alberto Carlos Taquini resolvió el reclamo general por un organismo responsable de la política científica, promoviendo la creación de la Secretaría de Ciencia y Técnica dependiente de la Presidencia de la Nación, de la cual fue el primer titular, para coordinar la tarea de las instituciones promotoras de la ciencia —universidades, CONICET, INTA, INTI— y optimizar los recursos y la aplicación de la ciencia y la técnica para el desarrollo de la Nación.

En tanto que la obra de Leloir culminaba el desarrollo de la ciencia biomédica propulsada por su maestro Houssay, la creación de la Secretaría de Ciencia y Técnica, diseñada por Taquini, otro discípulo de Houssay, culminaba la incorporación de la ciencia a la estructura política del Estado argentino.

Pese a la lucha armada que laceraba a la Argentina durante la década de 1970, la tarea científica continuó. En 1966, la Facultad de Farmacia y Bioquímica, apoyada por la Fundación de Endocrinología Infantil y el CONICET, había creado el Centro para el Estudio de las Hormonas Hipofisarias que aislaba la hormona de crecimiento de hipófisis humanas obtenidas, con autorización judicial, en las morgues judiciales y hospitalarias para suplir su carencia en los pacientes con severos trastornos del crecimiento del Servicio de Endocrinología Infantil del Hospital de Niños “Ricardo Gutiérrez”.

En 1970, la Academia Real de Ciencias de Suecia otorgó el Premio Nobel de Química a Luis Federico Leloir por el descubrimiento de los nucleótidos azúcares. En 1947, los esposos Cori habían sido presentados al Premio Nobel de Fisiología y Medicina que compartían con Houssay, con la afirmación de que sus investigaciones resolvían el enigma de metabolismo del azúcar. Leloir fue presentado al premio puntualizando que había completado esa obra

superándola, pues la de sus maestros era alcanzada en ciertas condiciones particulares.

El Premio Nobel de Fisiología y Medicina de ese mismo año fue otorgado a los investigadores Julius Axelrod, Ulf von Euler y Bernard Katz por el descubrimiento de las sustancias transmisoras del impulso nervioso y el mecanismo de almacenamiento, liberación e inactivación. Los discípulos y colaboradores de De Robertis en el aislamiento e identificación de las vesículas sinápticas, los sinaptosomas, sintieron que ese premio era, también, debido a su maestro.

Desde 1900, la noción de medio interno, postulada por Claude Bernard, había guiado y propulsado la investigación biológica que, en las décadas de 1970 a 1980, alcanzó el nivel subcelular y molecular. Iniciado con la solitaria vocación por la ciencia de Houssay, el siglo XX fue en el que las científicas y los científicos biomédicos de la Argentina participaron, activamente, en la revolución científica de la investigación de los seres vivos.

LA ARGENTINA CIENTÍFICA DE ULTRAMAR (1975-1984)

Al regresar, en 1963, al laboratorio de proteínas que dirigía Frederick Sanger en Cambridge, renovado como Laboratorio de Biología Molecular, César Milstein fue cambiado de tema de investigación: de las enzimas a los anticuerpos, de la enzimología a la inmunología. En 1888, Emil Adolf von Behring y Shibasaburo Kitasato habían descubierto la existencia de los anticuerpos cuando comprobaron que el suero de un animal, previamente infectado con el bacilo del tétano, contenía una sustancia capaz de proteger de la enfermedad a los

animales sanos. En la Navidad de 1891, aplicaron esa propiedad a un niño enfermo de difteria, cuya vida salvaron inyectándole suero de caballo que había sido infectado con ese bacilo. En 1901, el primer Premio Nobel de Fisiología y Medicina fue acordado a Behring por el descubrimiento y primera aplicación terapéutica de que las células de la sangre generan anticuerpos contra los elementos agresores, antígenos, de la célula, tejido o ser vivo.

En 1975, Milstein logró unir células del bazo, los esplenocitos, que eran productores específicos de ciertos anticuerpos, a ciertas células cancerígenas, los mielomas. Estos hibridomas eran células eternas, que podían ser cultivadas indefinidamente, generadoras de un único anticuerpo específico, o sea monoclonales, a diferencia de las células originarias que producían muchos anticuerpos diferentes específicos, o sea policlonales.

En la segunda semana de octubre de 1984, el anuncio del Premio Nobel de Fisiología y Medicina a los químicos Niels J. Kerne y Georges Köhler, del Instituto de Inmunología de Basilea, incluyó a César Milstein del Laboratorio de Biología Molecular del Consejo de Investigación Médica en Cambridge. La Real Academia Carolina de Medicina y Cirugía había otorgado el premio conjunto a los científicos danés, alemán y argentino-británico por sus teorías que esclarecían la especificidad del desarrollo y control de sistema inmune y el descubrimiento del principio de la producción de anticuerpos monoclonales.

Cuando Miguel Ángel Ondetti llegó, en 1960, al Instituto de Investigaciones de la empresa Squibb en New Brunswick, fue asociado al grupo de síntesis de péptidos. Luego de cuatro esforzados meses de trabajo en hormonas gastrointestinales, obtuvo una muestra purifi-

cada de una hormona vasodpresora, la bradikina o bradiquinina, con muy alta actividad biológica. Este éxito decidió que el jefe del departamento enfatizase la búsqueda de inhibidores de las enzimas de conversión del sistema renina-angiotensina, causante de hipertensión, descubierto en 1939 por el equipo dirigido por Houssay en Buenos Aires. A principios de 1968, fue confiado a Ondetti el proyecto del aislamiento de los péptidos de un extracto semipurificado del veneno de la yarará (*Bothrops jararaca*), que ejercía una mortal acción hipotensiva, para bloquear aquel sistema.

El éxito llegó cuando cambió el énfasis de la inhibición de la enzima convertidora de la renina a angiotensina, al lugar donde la enzima establecía la unión que generaba la angiotensina. En octubre de 1975, el diseño de la droga que ocupaba el sitio del ion zinc logró anular la convertibilidad de la enzima como agente hipertensivo. Luego de las pruebas clínicas, la droga *captopril*, con el nombre comercial *Capoten*, fue aprobada en 1981. Utilizada para el tratamiento de la hipertensión, la droga también mejoraba la supervivencia de pacientes de ataques cardíacos y con daño renal por diabetes. Años después, en 1991, Ondetti recibió la muy prestigiosa Medalla Perkin, el mismo año en que se jubiló de la empresa Squibb.

Medio siglo después de la decisión de Froilán Ludueña, el médico rosarino becario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias que había emigrado a California, las distinciones y premios otorgados a los

científicos argentinos –emigrados, desterrados, transterrados– confirman su vocación en la consolidación transnacional de la ciencia. Pues la profesionalización de la persona dedicada a la ciencia ha erosionado, hasta la desaparición, las lealtades familiares y nacionales, y circulado a la persona científica, a creciente velocidad, desde la periferia a la metrópoli, como el interés financiero del monopolio cultural de la ciencia, presagiado por Houssay en 1960. La expatriación transnacional de la persona de ciencia, y de su lenguaje y obra, iniciada en 1950, culminó con el fin del siglo.

En 1891, Pedro Narciso Arata, fundador de la investigación química en la Universidad de Buenos Aires, había afirmado que las ciencias experimentales necesitaban del laboratorio, del libro y del maestro, puntualizando ese reclamo para la universidad argentina. Cien años después, el requerimiento era desbordado por el flujo inagotable de la información científica en que el artículo desactualiza diariamente al libro, y el maestro en el laboratorio, sustituido por el equipo horizontal en uno o varios institutos nacionales o multinacionales que disuelven la lealtad nacional e infunden la lealtad transnacional por la ciencia.

A fin del siglo XX, el lugar de los científicos argentinos en un círculo cuyo centro está en todas partes, estuvo a veces, sólo algunas veces, en los laboratorios del país que los había formado.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Para un diagnóstico del tema, véanse los capítulos de ARIEL BARRIOS MEDINA, "La historia de la ciencia: síntoma de la historiografía argentina", y ALFREDO KOHN LONCARICA, "La historiografía médica 1958-1988", en NILDA GUGLIELMI (coordinadora), *Historiografía argentina (1958-1988)*, Buenos Aires, 1990, págs. 506-513 y 523-534, respectivamente.

La introducción de JOSÉ BIANCO, "Tendencias y orientaciones actuales", del *Tercer Censo Nacional (1914)*, tomo IX: "Instrucción pública", Buenos Aires, 1917, págs. 3-77, analiza el papel de la instrucción en la evolución nacional, enuncia a los estudios universitarios como el vértice de la pirámide educativa y postula la universalidad de la ciencia. La obra de MARCIAL R. CANDIOTI, *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires y catálogo cronológico de las tesis en su primer centenario 1821-1920*, Buenos Aires, 1920, registra la preeminencia de la Medicina y el Derecho en la profesionalización universitaria.

Para el último tercio del siglo, véanse UNESCO, "Política científica y organización científica en la Argentina", *Estudios y Documentos de Política Científica*, n° 20, París, 1970, y ENRIQUE OTEIZA (editor), *La política de la investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Buenos Aires, 1992.

En 1910, ABRAHAM FLEXNER describió el estado de las facultades de medicina de Estados Unidos de Norteamérica y Canadá, en su trabajo *Medical Education in the United States and Canada. A Report to the Carnegie Foundation for the Advancement of Teaching*, Nueva York, 1910, y comparó tres tipos de facultad, el clínico de Francia, Inglaterra y Escocia, el científico de Alemania y los países escandina-

vos, y el empresarial de las universidades anglosajonas americanas, en *Medical Education. A Comparative Study*, Nueva York, 1925, y *La Formation du Médecin en Europe & Etats-Unis. Étude Comparative*, París, 1927.

Es apreciable el desarrollo científico de la profesión médica, durante el primer tercio del siglo XX, en *Actas y trabajos del Primer Congreso Nacional de Medicina*, cuatro tomos, Buenos Aires, 1917-1919; *Segundo Congreso Nacional de Medicina*, siete tomos, Buenos Aires, 1923-1927; *Tercer Congreso Nacional de Medicina*, siete tomos, Buenos Aires, 1926-1927; *Cuarto Congreso Nacional de Medicina*, seis tomos, Buenos Aires, 1931-1932; *Quinto Congreso Nacional de Medicina*, ocho tomos, Rosario, 1934-1935; *Sexto Congreso Nacional de Medicina*, seis tomos, Córdoba, 1939. Las actas de este último congreso sumaron más de 7.000 páginas.

RUDOLF KRAUS (1868-1932), el científico austriaco contratado, desde 1913 a 1921, por el Departamento Nacional de Higiene para dirigir el Instituto Bacteriológico, dirigió la redacción del primer y único tomo de *Microbiología. Etiología, profilaxis y tratamiento específico de las enfermedades infecciosas del hombre y de los animales*, Buenos Aires, 1917, y dejó el testimonio de su estadía y obra en la Argentina en *10 Jahre Südamerika Vortrage über Epidemiologie und Infektionskrankheiten der Menschen und Tiere*, Jena, 1927. Sobre aquel instituto, véase la *Revista del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene*, décimo tomo, vol. X, n° 1, Buenos Aires, julio de 1941, dedicado a los 25 años transcurridos desde la inauguración del edificio.

Acerca de la transfusión de sangre citrada, véanse: LUIS AGOTE, "Nuevo procedimiento

para la transfusión de la sangre –Nouveau procédé pour la transfusion du sang”, *Anales del Instituto Modelo de Clínica Médica*, vol. 1, Buenos Aires, 1915-1916, págs. 24-31, la tesis doctoral; DOMINGO DAMENO, *Transfusión de sangre por el citrato de sodio (Método Agote)*, Buenos Aires, 1918, y la conferencia de LUIS FIGUEROA ALCORTA para el cincuentenario del descubrimiento, publicada en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, tomo 42, Buenos Aires, 1964, págs. 419-441.

El periodista CARLOS ALBERTO SILVA, de la revista *El Hogar* de Buenos Aires, con el título “Enterémonos de lo que se hace en nuestra propia casa”, e inspirado por la cita “El objeto único de la ciencia es el honor del espíritu humano” del filósofo kantiano Jacobi, publicó una serie de reportajes a científicos biomédicos, desde octubre a diciembre de 1933 (Alfredo Sordelli, Bernardo A. Houssay, Juan Baci galupo) y desde abril a diciembre de 1934 (Venancio Deulofeu, Pedro Rojas, Raúl Wernicke, Pedro Belou, Pedro Mazzocco, Agustín Marenzi, Manuel Balado, Alfredo B. Biasotti).

Es concisa y sumamente ilustrativa la publicación de la ASOCIACIÓN ARGENTINA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS, *Primer informe sobre el estado actual de las ciencias en la Argentina y sus necesidades más urgentes*, Buenos Aires, 1935, redactado por el físico Ramón G. Loyarte, presidente de la Sección de Estudios de dicha Asociación, cuyas páginas 34 a 38 sobre las ciencias médicas fueron informadas por Houssay y Sordelli.

En 1937, el diario *La Prensa* publicó doce notas del ingeniero CYRUS TOWNSEND BRADY JR., quien las recopiló en el libro *Por qué sólo un latinoamericano ha recibido un premio Nobel. Ensayos literarios panamericanos*, Buenos Aires, 1937. La primera parte del libro, “Aspectos

de la cultura en las Américas”, recoge “El carácter nacional y los premios Nobel”, y “Por qué sólo un latinoamericano ha recibido un premio Nobel”, donde vaticina que el próximo premio Nobel a la Argentina sería adjudicado a la medicina.

Desde otra perspectiva, en *Cursos y Conferencias*, vol. 41, n° 244-245-246 y vol. 42, n° 247-248-249, Buenos Aires, 1952, los médicos y químicos argentinos registraron el estado de la ciencia biomédica del medio siglo: Bernardo A. Houssay, Eduardo De Robertis, Eduardo Braun Menéndez, Armando S. Parodi, Virgilio G. Foglia, Agustín O. Marenzi, Jorge Mendive, Venancio Deulofeu, Enrique Hug, Antonio M. Vilches, Horacio J. A. Rimoldi, Jorge Thénon, Eduardo Krapf, Egidio S. Mazzei.

La vida y obra de Bernardo Alberto Houssay requieren la consulta de las recopilaciones de VIRGILIO G. FOGLIA y VENANCIO DEULOFEU (editores), *Bernardo A. Houssay. Su vida y su obra 1887-1971*, Buenos Aires, 1971; de A. BARRIOS MEDINA y ALEJANDRO C. PALADINI (compiladores), *Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Buenos Aires, 1989; y del testimonio de MARCELINO CEREJIDO, *La nuca de Houssay. La ciencia argentina entre Billiken y el exilio*, México, 1990. La obra de A. BARRIOS MEDINA y colaboradores, *Bernardo Alberto Houssay. Primer premio Nobel científico argentino*, CD-Rom Hipermedial, Buenos Aires, 1997, incluye aquella compilación y, entre otras, las notas biográficas de Rudolf Kraus, Oscar Orías, Eduardo Braun Menéndez, Venancio Deulofeu, Luis Federico Leloir y Eduardo De Robertis, una amplia bibliografía, testimonios orales, fotográficos y cinematográficos. Existe, también, la recopilación de datos biográficos y bibliográficos de ABEL SÁNCHEZ DÍAZ, *Bernardo A. Houssay*, Buenos Ai-

res, 1961, y la biografía novelada de MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H.), *Houssay. La Argentina de los sabios*, Rosario, 1997. Desde una perspectiva psichistórica, véanse: ARIEL BARRIOS MEDINA, "Die Houssayanische Revolution", en MARTIN GUNTAU (dir.), *Geschichte der Wissenschaften in Lateinamerika, Rostocker Wissenschaftshistorische Manuskripte*, Heft 21, s/l, 1992, págs. 183-202; y "A revolução houssayana", en SILVIA F. DE M. FIGUEIROA (org.), *Um olhar sobre o passado. História das ciências na América Latina*, Campinas, 2000, págs. 207-230, 2000 y "Un giro de la revolución houssayana: la búsqueda del principio activo hipofisiario (1905-1919)", *Quipu*, vol. 10, n° 3, Buenos Aires, 1993, págs. 335-356. En cuanto a las fuentes, la casa familiar construida en 1923 (al presente, Museo "Bernardo A. Houssay") preserva su biblioteca, manuscritos, correspondencia y testimonios.

Para la obra de Leloir, véase LUIS F. LELOIR, *opera selecta*, Buenos Aires, 1973; "Veinte años de investigación sobre la biosíntesis de polisacáridos", *Ciencia e Investigación*, vol. 27, Buenos Aires, 1973, págs. 472-480; "Far Away and Long Ago", *Annual Review of Biochemistry*, vol. 52, 1983, págs. 1-15; "Allá lejos y hace tiempo", *Anales de la Asociación Química Argentina*, vol. 74, Buenos Aires, 1986, págs. 577-590; L. F. LELOIR y A. C. PALADINI, "The Discovery of Sugar Nucleotides", en G. SEMENZA, *A History of Biochemistry Selected Topics in the History of Biochemistry Personal Recollections*, vol. I, Elsevier, 1983, págs. 25-42. Para los colaboradores, véanse: RANWEL CAPUTTO, "Por amor al terruño", *Ciencia Hoy*, vol. 3, n° 15, Buenos Aires, 1991, págs. 46-50; y ALEJANDRO C. PALADINI, "Alejandro C. Paladini. Artífice y testigo del desarrollo de la bioquímica argentina", *Ciencia Hoy*, vol. 9, n° 19,

Buenos Aires, 1992, págs. 48-56. También existe el malogrado intento de análisis de CÉSAR LORENZANO, *Por los caminos de Leloir. Estructura y desarrollo de una investigación Nobel*, Buenos Aires, 1994, y la completa y abarcativa recopilación testimonial y bibliográfica de CARLOS ALBERTO NACHÓN, *Luis Federico Leloir. Premio de Química 1970 (Ensayo de una biografía)*, Buenos Aires, 1994.

Además de los testimonios de Houssay sobre quienes fueron sus estrechos colaboradores, véanse las notas biográficas de ANDRÉS O. M. STOPPANI, "Alfredo Sordelli y el desarrollo de la química biológica en la Argentina", *Boletín Informativo de la Sociedad Científica Argentina*, n° 20, Buenos Aires, abril-junio de 1962, y "Doctor Alfredo Sordelli (1891-1967)", *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. 27, Buenos Aires, 1975, págs. 129-136; los artículos de ANDRÉS O. M. STOPPANI, "Venancio Deulofeu y el desarrollo de la Química Biológica en la Argentina", págs. 9-14 y PEDRO CATTANEO, "Origen y cronología de la labor científica del Dr. Venancio Deulofeu", págs. 15-29, y ALBERTO C. TAQUINI, "Acción creadora y actividades cumplidas por el Dr. Venancio Deulofeu en instituciones científicas del país", págs. 31-36, todos ellos en ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES, *Homenaje al doctor Venancio Deulofeu. 1902-1984. Con motivo del segundo aniversario de su fallecimiento*, Buenos Aires, 1986; ROBERTO E. MANCINI, *Eduardo De Robertis*, Buenos Aires, 1963, y OSCAR VILAR, "Roberto Eusebio Mancini", *Ciencia e Investigación*, vol. 33, Buenos Aires, 1977, págs. 48-49. Para quien fue becario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias en el Instituto Pasteur de París, integró el Instituto Bacteriológico del Departamen-

mento Nacional de Higiene, luego Instituto "Carlos G. Malbrán" del Ministerio de Salud Pública, que dirigió durante un truncado floreciente período, y miembro del primer directorio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), véase IGNACIO PIROSKY, 1957-1962. *Progreso y destrucción del Instituto Nacional de Microbiología*, Buenos Aires, 1986.

La autobiografía de RODOLFO QUIRINO PASQUALINI, *En busca de la medicina perdida*, Buenos Aires, 1999, es el testimonio del discípulo de Houssay que realizó su vocación científica, alejado del maestro que la había suscitado, en las vicisitudes sociales argentinas de 1945 a 1970, junto con la canadiense CHRISTIANE BLANCHE DOSNE, becaria en 1942 y 1943 en el Instituto de Fisiología de Houssay, la esposa y madre de sus seis hijos y la primera académica de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires; véase el testimonio en "Discurso de la académica recipiendaria", *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 69, Buenos Aires, 1991, págs. 209-222, y "Sueños y realidades de un investigador", *Medicina*, vol. 52, Buenos Aires, 1992, págs. 433-440. De otro protagonista, puede verse la compilación ALFREDO LANARI, *Vocación y convicción. Reflexiones sobre la investigación, el futuro de la medicina y otros escritos*, Buenos Aires, 1995.

Desde 1926, SALVADOR MAZZA publicó en el *Boletín del Instituto de Clínica Quirúrgica* de Buenos Aires, sus investigaciones clínicas de las enfermedades infecciosas. Desde 1930 hasta 1943, dirigió *Publicaciones de la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina*, durante 67 números, que incluían, cada uno, dos o tres monografías clínicas bacteriológicas. Acerca de su vida y obra, véanse ANDRÉS

IVERN, *Vida y obra de Salvador Mazza. Historia de una epopeya científica*, Rosario, 1987; EDUARDO R. ZAMBRA (H.), *La enfermedad de Chagas. Su historia. Estudio de la enfermedad de Chagas en el norte santafecino (R. Argentina)* "El signo" o "Signal de Romaña", Buenos Aires, 1944; "Homenaje al Dr. Salvador Mazza en el 50º aniversario de su fallecimiento", *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, Suplemento, Buenos Aires, octubre de 1996. El film *Casas de fuego*, dirigido por Juan Bautista Stagnaro y protagonizado por Miguel Angel Solá, Buenos Aires, 1995, ilustra esos aspectos.

Fundado en noviembre de 1917, e inicia la publicación en 1918, el *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires* es una fuente de insustituible importancia para la vida y la obra de los médicos argentinos. Para la historia institucional, consúltense: MARCIAL I. QUIROGA, *La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires 1822-1972*, Buenos Aires, 1972, y GUILLERMO RAÚL JAUREGUI, *La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires. 1972-1999*, Buenos Aires, 1999. El desarrollo de la investigación bioquímica está incluido en el artículo de NOEMI G. ABIUSSO (redactora), "Química", en SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA, *Evolución de las ciencias en la República Argentina 1923-1972*, tomo IX, Buenos Aires, 1981.

La *Revista de la Asociación Médica Argentina* incluye las sesiones científicas de las sociedades miembros, entre ellas, desde 1919, la Sociedad Argentina de Biología. La revista *Medicina*, fundada en 1939 y publicada desde 1940, y desde 1960 órgano de la Sociedad Argentina de Investigación Clínica (SAIC) de Buenos Aires, registra el desarrollo de la clínica médica informada científicamente; véanse especial-

mente los siguientes artículos aparecidos en dicha revista: "Medicina en su XXV aniversario", vol. 24, 1964, págs. 272-273, "Medicina (Buenos Aires) a los 40 años", vol. 40, 1980, págs. 1-4, y "Medicina (Buenos Aires) a los 45 años", vol. 45, 1985, págs. 1-4, y CHRISTIANE DOSNE PASQUALINI y BASILIO A. KOTSIAS, "Pasado y presente de Medicina (Buenos Aires)", vol. 60, 2000, págs. 3-7. Desde el primer número en 1945, la revista *Ciencia e Investigación* es la fuente para la obra y opiniones de las científicas y científicos vinculados a la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias.

Para la inmunología, véanse los siguientes trabajos: ALOIS E. BACHMANN, "La eclosión inmunológica", *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 50, Buenos Aires, 1972, págs. 363-373; CHRISTIANE DOSNE PASQUALINI, "La historia de la inmunología en la Argentina", *Medicina*, vol. 47, n° 6, Buenos Aires, 1987, págs. 673-678.

Acerca de la madurez de la ciencia en la Argentina, se pueden ver los testimonios de un protagonista, ALBERTO C. TAQUINI, "La investigación en la Argentina", *Ciencia e Investigación*, vol. 22, Buenos Aires, 1966, págs. 482-494, y de un testigo participante, RAÚL L. CARDÓN, *Situación de la investigación científica en la Argentina desde el punto de vista de la organización, actividades y recursos*, Buenos Aires, octubre de 1968, preparado a solicitud de la División de Política Científica de la UNESCO.

Sobre la medicalización de la cultura argentina, *Medicina*, vol. 47, n° 6, Buenos Aires, 1987, págs. 543-557, registra las preocupaciones y los juicios de Alberto Agrest, Carlos A. Scarponi, Eduardo Tanús, Ignacio Maglio, Amadeo P. Barousse y Samuel Finkielman. Acerca de la competitividad de la ciencia argentina, *Medicina*, vol. 60, Buenos Aires, 2000,

págs. 89-106, recoge la experiencia de Jorge Periés, Alejandro De Nicola y Adolfo de Bold.

En lo que hace a la fecunda relación de la Fundación Rockefeller con la ciencia biomédica argentina, véase el testimonio de RICHARD M. TAYLOR y ALFREDO SORDELLI, "La sección virus del Instituto Bacteriológico 'Dr. Carlos G. Malbrán'. Estudios sobre influenza", *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 49, Buenos Aires, 1942, págs. 308-330; y los análisis de MARCOS CUETO (editor), *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation and Latin America*, Bloomington-Indianapolis, 1994, especialmente los capítulos "Visions of Science and Development", págs. 1-22, y "The Rockefeller Foundation's Medical Policy and Scientific Research in Latin America. The Case of Physiology", págs. 126-148; y "Laboratory Styles in Argentine Physiology", *Isis*, vol. 85, s/l, 1994, págs. 228-246. Sobre el afianzamiento de la literatura biomédica argentina, consúltese: HEBE VESSURI, "Una estrategia de publicación científica para la fisiología latinoamericana: *Acta Physiologica Latinoamericana* 1950-1971", *Interciencia*, vol. 14, s/l, 1989, págs. 9-13.

Acerca del uso biomédico de los elementos radiactivos, véanse: OSVALDO J. DEGROSSI, "Resumen histórico de la medicina nuclear argentina", *Revista Argentina de Radiología*, vol. 52, n° 4, Buenos Aires, 1995, págs. 305-313; RENATO RADICELLA, "La química nuclear argentina en la década del cincuenta y el descubrimiento de nuevos radioisótopos", *Ciencia e Investigación*, vol. 52, n° 3-4, Buenos Aires, 1999.

Es ilustrativa la rememoración de la médica emigrada de Italia; al respecto, véase: LAURA ROZENBERG, *Eugenia Sacerdote de Lusting. Una pionera de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, 1992. Acerca de Pío del Río

Hortega, puede consultarse la necrología de MOISÉS POLAK publicada por *Ciencia e Investigación*, vol. 1, n° 12, Buenos Aires, 1945, págs. 569-574. Sobre la vida y obra de una discípula de Houssay, véanse los artículos de DANIEL I. GILBERT, "Rebeca Gerschman: A Personal Remembrance", y ALBERTO A. BOVERIS, "Rebeca Gerschman: A Brilliant Woman Scientist in the Fifties", *Free Radical Biology & Medicine*, vol. 21, n° 1, s/l, 1996, págs. 1-2, 5-6, 1996.

Para César Milstein, véanse: A. O. M. STOPPANI, "Premio Nobel en Medicina 1984", *Medicina*, vol. 45, n° 1, Buenos Aires 1985, págs. 77-78; el sitio www.mirror.nobel.ki.se/laureates/medicine-1984-3-autobio.html de la Fundación Nobel, que contiene la presentación y los discursos de recepción de los laureados; CÉSAR MILSTEIN, "Los anticuerpos. ¿Hacia la generación in vitro de anticuerpos de alta afinidad?", *Ciencia Hoy*, vol. 2, n° 11, Buenos Aires, 1991, págs. 36-45; G. WINTER y C. MILSTEIN, "Man-made antibodies", *Nature*, vol. 349, 1991, págs. 293-299; CÉSAR MILSTEIN, "Una lección que nunca se aprende", *Encrucijadas*, n° 1, Buenos Aires, 1995, págs. 8-13.

En lo que se refiere al químico MIGUEL A. ONDETTI, discípulo y colaborador de Venancio Deulofeu, y la producción de la droga antihipertensiva *captopril* en los laboratorios de la empresa farmacéutica Squibb, véanse los testimonios autobiográficos "From Peptides to Peptidases: A Chronicle of Drug Discovery", *Annual Review of Pharmacology and Toxicology*, vol. 34, s/l, 1994, págs. 1-16; DAVID W. CUSHMAN y MIGUEL A. ONDETTI, "Design of angiotensin converting enzyme inhibitors", *Nature Medicine*, vol. 5, n° 10, s/l, 1999, págs. 1110-1112, 1999, y el sitio www.laskerfoundation.org/library/ondetti.

Acerca del bioquímico Adolfo De Bold, alumno de Ranwel Caputto en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad de Córdoba, y el descubrimiento de la hormona secretada por el corazón, véase "On the shoulders of giants: the discovery of atrial natriuretic factor", *Canadian Journal of Physiology and Pharmacology*, vol. 65, 1987, págs. 2007-2012, en las *Gairdner Foundation International Annual Award Lectures*, 1986.

Acerca de la emigración, véase ANA BARÓN, MARIO DEL CARRIL y ALBINO GÓMEZ, *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*, Buenos Aires, 1995.

Para los antecedentes institucionales, se pueden consultar: *ACTA Actualidad Científico-Técnica Argentina*, publicación a cargo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, octubre de 1951 a marzo de 1953, de aparición irregular; las publicaciones de la DIRECCIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS, *Los Consejos Nacionales de Investigación Científica en el extranjero*, Buenos Aires, 1956, y *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Proyecto de creación y estudios conexos*, Buenos Aires, 1957; y las del CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS, *Memoria actividades del año 1960. Reseña general de la labor realizada desde febrero de 1958*, Buenos Aires, 1961, y *Memoria 1° de enero de 1962 - 31 de enero de 1963*, Buenos Aires, 1964.

La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires conserva legajos de los académicos nacionales, titulares y corresponsales, y extranjeros. La Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales preserva las archivalias de Raúl Wernicke y Venancio Deulofeu, estrechos colaboradores de Bernardo Alberto Houssay, y el archivo de la Asociación Argen-

tina para el Progreso de las Ciencias, que incluye los libros de actas, los legajos de los aspirantes, y la correspondencia e informes de los becarios, desde 1933 hasta la década de 1960. El Archivo de la Administración Pública Nacional y el Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación preservan los índices y legajos de gastos en bienes y personal del Estado nacional, incluyendo la construcción y equipamiento de institutos de investigación.

El Archivo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), la institución promotora y ejecutora de la investigación, conserva y preserva documentos: las actas del directorio, desde la segunda fundación en 1958, y los legajos de las y los becarios e integrantes de la carrera del Investigador y del Personal Técnico, desde las creaciones en 1961 y 1966, que incluyen los datos personales, los informes, las evaluaciones, los subsidios a la investigación otorgados y copias de la correspondencia salida. También la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación, la Comisión de Investi-

gaciones Científicas (CIC) de la provincia de Buenos Aires, el Consejo de Investigaciones Científicas (CONICOR) de la provincia de Córdoba y el Consejo de Investigaciones Científicas de la provincia de Mendoza, conservan fuentes inexploradas.

Acerca de las letras científicas, véanse las publicaciones del CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS, *Guía de publicaciones periódicas científicas y técnicas que se editan en la República Argentina*, 2ª edición, Buenos Aires, 1964, en especial las págs. 1-8, "Epílogo: El ritmo del desarrollo de la ciencia de la República Argentina considerado a través de la historia de sus publicaciones científicas y técnicas, aparecidas a partir del año 1860", y *Publicaciones de trabajos científicos realizados en la Argentina, efectuadas en el exterior durante los últimos cinco años*, Buenos Aires, 1965; y el intento de análisis cientométrico de LUIS A. QUESADA ALLUE y DIANA S. GITLIN, "Evolución de la producción científica argentina", *Ciencia e Investigación*, vol. 42, n° 2, Buenos Aires, 1988, págs. 94-101.

54. CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

Carlos D. Galles

LA CIENCIA HACIA EL CENTENARIO

Es de preguntarse dónde se podían encontrar, hacia 1910, investigadores en ciencias exactas y naturales dedicados a ese quehacer en la República Argentina. Si se dirige la mirada hacia la Universidad de Buenos Aires, se observa que en la Facultad de Ciencias Exactas, si bien la preparación de los profesionales ingenieros podía considerarse buena y muy útil a las necesidades del país que los requería imperativamente, la búsqueda científica era prácticamente nula en Matemáticas, Física y Química. El grueso tomo preparado para el centenario por la Universidad de Buenos Aires es explícito en ese sentido: durante décadas se habían preparado profesionales flexibles, muy dotados para las necesidades de un país despoblado, de una presencia inteligente y aguzada, pero de escasa predisposición a los estudios metódicos. En opinión de un profesor extranjero, se destacaba la similitud de la enseñanza universitaria con la de los liceos de otros países (europeos, va de suyo).

La Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales reunía en su cuerpo de profesores lo mejor que podía brindar el país en cuanto a amantes de la ciencia se refiere. Entre otros, Juan J. Kyle y Enrique Herrero Ducloux en

química, Manuel B. Bahía en física, Eduardo L. Holmberg y Ángel Gallardo en Ciencias Naturales, Horacio Damianovich en fisicoquímica. La facultad otorgaba títulos en las carreras de ingeniero civil, ingeniero mecánico, arquitecto, agrimensor, y doctorados en ciencias fisico-matemáticas, en ciencias naturales y en química. La mayor parte de los estudiantes cursaba algunas de las cuatro primeras carreras, las cuales brindaban amplia salida laboral; sólo en 1901 se había otorgado el primer título de doctor en Química a Herrero Ducloux, pero esta ciencia estaba en vías de alcanzar su madurez en lo que hace tanto a enseñanza como a investigación. En los años sucesivos se fueron graduando nuevos doctores; si bien fueron sólo 24 hasta el año 1910, el número de graduados se duplicó en la década siguiente.

Los primeros egresados en Química tuvieron una destacada labor en los años sucesivos y repercutieron más allá del ámbito capitalino. Herrero Ducloux organizó la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional de La Plata. Herrero Ducloux era de formación erudita y se destacó tanto por su excelencia como docente como por su trabajo en el laboratorio, especialmente sobre alcaloides. Fue autor de una notable obra sobre la histo-

ria de la química en el país. Horacio Damianovich, por su parte, organizó, a partir de 1921, la Facultad de Química Industrial de la Universidad Nacional del Litoral, la cual otorgó por primera vez en el país y en Latinoamérica, el título de ingeniero químico. En 1939, Damianovich se instaló definitivamente en Santa Fe, donde fundó el Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Allí trabajó sobre la inercia química de los gases raros, tema en el cual fue un precursor. También, entre otros, cabe mencionar al doctor Enrique V. Zappi, quien entre 1913 y 1916 sintetiza el primer compuesto heterocíclico conocido que contiene un átomo de arsénico. Más tarde, preparó un *Tratado de química orgánica* de seis volúmenes, que tuvo gran divulgación.

La resolución de la Universidad de Buenos Aires de noviembre de 1896, que creaba la nueva carrera del Doctorado en Química y que marcó un punto de inflexión en los estudios en esta ciencia en el país, hablaba de la "necesidad de crear un título que permita acreditar debida y eficazmente la competencia de los llamados a desempeñar las importantes funciones de peritos químicos en las múltiples aplicaciones que tiene hoy tan importante rama de la ciencia en nuestra ya creciente industria nacional". La química ya se había practicado antes, por supuesto, y en tomos anteriores de esta obra se ha destacado a Manuel Moreno, al farmacéutico Miguel Puiggari, a Tomás Perón, Juan José Kyle, Pedro N. Arata y Atencio Quiroga. Sin embargo, es a partir de esta fecha que comienza la enseñanza sistematizada de esta ciencia. Es evidente que para la facultad, el nuevo título estaba pensado por sobre todo para la práctica profesional; el acento era colocado en los estudios de química analítica, de necesaria aplicación en la industria.

Tal es así que en cierto momento se llegó a pensar en cambiar la denominación doctoral por la de "perito en química", con la intención de hacerlo más visible en la vida profesional. Los graduados tuvieron rápida inserción en los laboratorios de diversas empresas oficiales, tales como Obras Sanitarias de la Nación, Dirección Nacional de Vialidad, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Ferrocarriles del Estado y en industrias privadas.

Es necesario recordar que en Córdoba, la enseñanza de la química se había iniciado en 1870 con la llegada de varios especialistas europeos, como Max Siement y Adolfo Doering. En 1882 se fundó su Escuela de Farmacia. Posteriormente, se fundaron otros centros superiores en Rosario y en Tucumán, en ambos casos, facultades de Ciencias Bioquímicas y Farmacia.

La Sociedad Química Argentina fue fundada en 1912, y ésta, en 1919, organizó el Primer Congreso Nacional de Química, para luego realizar el segundo en 1924. Desde 1913 publica sus *Anales*, de notable repercusión.

El doctor Ángel Gallardo fue designado profesor titular de la cátedra de Zoología en la Facultad de Ciencias, en Buenos Aires. De vastos conocimientos, Gallardo, que era ingeniero civil en su primera formación universitaria, se había graduado también de doctor en Ciencias Naturales en 1902, con una tesis que presentaba la hipótesis de una interpretación dinámica de la división celular. Se dedicó principalmente a la entomología, especializándose en los estudios sobre hormigas. Tuvo una destacada trayectoria en la política nacional y ocupó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores; fue rector de la Universidad de Buenos Aires en 1932. Desde 1911, tras la muerte de Ameghino, y hasta 1917, fue director del Museo Na-



Enrique Herrero Ducloux, destacado químico.

cional de Buenos Aires. Gestionó el ingreso de destacados naturalistas, como el botánico Lucien Haumann.

Los planes de estudio de la universidad no alcanzaban sino a cubrir en parte la matemática forjada a comienzos del siglo XIX. Al retirarse, en 1885, los profesores italianos Bernardino Speluzzi (1835-1898) y Emilio Rosetti (1839-1908), habían sido sucedidos por argentinos formados bajo su tutela. La figura más destacada fue la de Valentín Balbín, quien se había graduado de ingeniero civil en 1870 (formando parte de la primera promoción de graduados en ingeniería, llamada “de los doce apóstoles”) y había cursado estudios de perfeccionamiento en Europa. Fue él quien comenzó a tratar en cursos especiales temas como la teoría de los cuaterniones y la de los

determinantes. Con el contenido de este último curso, publicó su libro *Teoría elemental de los determinantes: sus aplicaciones al álgebra y a la geometría*. Desde 1889 hasta 1892, fue el director de la *Revista de Matemáticas Elementales*, con la cual brindaba un foro para todos aquellos que estuvieran interesados en el estudio y la investigación de las matemáticas. Pasada su etapa fundacional, que había comenzado en 1865, y el buen intervalo de desarrollo de las matemáticas superiores, se ingresa en el nuevo siglo en una fase de retroceso en lo que se refiere a este campo.

Un excelente profesor y gran erudito, como fue Conrado Claro Dassen, señalaba pocos años después que aún no estaban dadas las condiciones como para pretender que en estas regiones alejadas de los grandes centros de vida académica europea se diese la flor delicada de la ciencia en formación. Señalaba, además, con claridad que “el largo aislamiento intelectual del país con su rápido progreso económico, por un lado, y la falta de estímulos por otro, debían desviar a los hijos de esta tierra hacia rumbos más lucrativos”. A partir de esto no debe inferirse que Dassen fuera pobre conocedor de la matemática, todo lo contrario: fue un destacado erudito y un excelente historiador de esta ciencia. El mal que lo aquejaba era simplemente el de juzgar inapropiada para la época la inversión en tiempo y esfuerzo que demanda la investigación en matemáticas. En su concepción, sólo valía la pena dedicarse a la enseñanza de las matemáticas suficientes para la formación del ingeniero, disminuyendo los cursos de doctorado por carecer éstos de porvenir en el país, a la espera de que “a su hora aparecieran las lumbreras llamadas a dar lustre y originalidad a la ciencia matemática argentina”.

En adhesión a la conmemoración del primer centenario de la Revolución de Mayo, la Sociedad Científica Argentina organizó un Congreso Científico Latinoamericano. En él se presentaron trabajos que versaron sobre los más diversos temas, pero no es difícil concluir que es poca la ciencia innovadora que se encuentra en los volúmenes publicados tras el Congreso.

En lo que se refiere a la física, la situación en la Universidad de Buenos Aires era todavía más limitada. Los grandes descubrimientos que sacudieron los cimientos de esta ciencia al comienzo del siglo eran solamente conocidos nominalmente, aunque se dio algún caso de rápida actualización, como sucedió en marzo de 1896, cuando un entusiasta ingeniero, Manuel Bahía, logró producir rayos X, que habían sido descubiertos por Röntgen pocos meses antes, y aun hacer alguna radiografía, utilizando para ello elementos del laboratorio de física de la facultad. Repeticiones similares se hicieron a escala mundial, pues las dificultades experimentales eran menores; la mera reproducción de un fenómeno muestra talento en quien la efectúa, pero más importante aún es el estudio del efecto, el descubrimiento de nuevos hechos con él relacionados y, por sobre todo, el comienzo de una explicación teórica. Estos desarrollos no parecen haber estado al alcance de los universitarios porteños. En el Primer Congreso Científico Latinoamericano, celebrado en Buenos Aires en 1898, el doctor Miguel Ferrari presentó la descripción de "un aparato construido en el país, destinado a la producción de la luz de Röntgen". La reunión estaba presidida por Carlos Berg, cuyas poco optimistas palabras en el discurso de clausura merecen ser citadas, pues reflejan la opinión de la época: "Si nos preguntan si ha

habido grandes revelaciones en esta sección de ciencias fisicoquímicas y naturales, diremos con modestia que no, observando al mismo tiempo, que tampoco las había prometido ni esperado. En los países nuevos, donde, como se ha dicho tantas veces, la ciencia es un lujo, y sólo puede ser cultivada por unos pocos, no se debe ni se puede pedir la presentación de descubrimientos de trascendencia, ni de trabajos numerosos elaborados con toda la precisión, que no permitiesen objeción crítica alguna". Indudablemente con declaraciones de principios como ésta, la empresa aventurera del pensamiento científico no tenía muchas perspectivas.

Por esa época, lo más cercano a la física moderna que se puede señalar es el curso libre que dictaba Camilo Meyer—francés graduado en física, poseedor de sólidos y actualizados conocimientos—, abarcando temas como la primera teoría de los cuantos, los desarrollos del electromagnetismo extendidos hasta el electrón de Lorentz, la teoría estadística de Boltzmann y Gibbs. Pero lo hacía en aulas casi desiertas, con muy poca repercusión.

La Universidad Nacional de La Plata fue fundada en 1905 por iniciativa de Joaquín V. González, sobre la base de la universidad provincial preexistente y de dos instituciones platenas, el Museo de Ciencias Naturales creado por Francisco P. Moreno en 1884, y el Observatorio Astronómico fundado en 1883. El sesgo que se pretendía dar a la universidad era muy distinto al clásico; se buscaba una universidad "del tipo moderno y experimental", como se lee en una memoria enviada por González al gobernador de la provincia, Marcelino Ugarte, imbuida desde un primer momento en una verdadera atmósfera favorable al desarrollo científico.

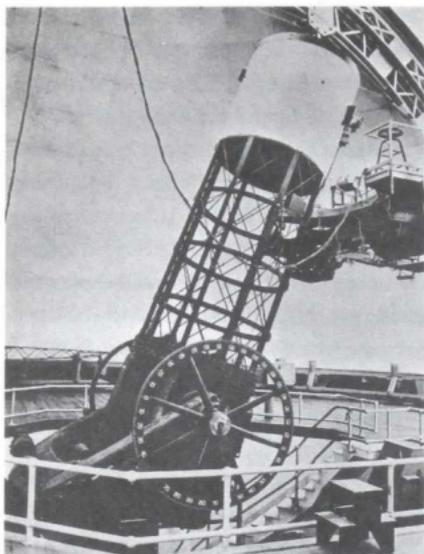
El primer gran acontecimiento fue la inauguración, el 29 de marzo de 1911, de las instalaciones del laboratorio del Instituto de Física, el cual estaba a cargo de Emil Bosc, destacado físico alemán contratado como director. Bosc dirigió las exhibiciones experimentales que se hicieron para maravilla de los presentes. En la ocasión fue fletado un tren especial para trasladar a funcionarios, profesores y reporteros entre Buenos Aires y La Plata. Por supuesto, Bosc no se había limitado a la preparación de estas demostraciones, planeadas con una clara finalidad propagandística, sino que había encarado en La Plata las primeras investigaciones en física llevadas a cabo en el país de una forma moderna y a tono con la primera línea mundial. En su opinión, verdaderamente revolucionaria para el ambiente universitario argentino de la época, "el trabajo de los profesores en investigación es la única verdadera garantía para la enseñanza moderna". En 1913, Teófilo Isnardi, por entonces estudiante del doctorado en La Plata, en los *Anales* de la Sociedad Científica Argentina publicó un trabajo sobre propiedades de los cristales líquidos, fruto de una investigación experimental desarrollada bajo la dirección de Bosc. Ese mismo año, Juan B. Collo, Ramón Loyarte e Isnardi reciben los primeros diplomas de doctores en Física. Los tres tuvieron luego destacada actuación, tanto en la tarea de investigación como en la labor docente.

Lamentablemente, Bosc falleció poco después de la inauguración del Instituto, el 25 de mayo de 1911, víctima de la fiebre tifoidea. Para reemplazarlo, es contratado Richard Gans, también alemán, graduado de la Universidad de Estrasburgo, especialista en electromagnetismo pero con vastos conocimientos en numerosos temas de la física moderna, en la cual

descollaba tanto en el aspecto teórico como en el experimental. Permaneció como director del Instituto hasta 1925. En ese lapso, publicó en la revista *Contribuciones*, por él creada y editada por la Universidad, una gran cantidad de estudios de primera línea, y dictó cursos magistrales de física. En sus primeros tiempos, junto con el ingeniero Adrián Pereyra Míguez, construyó un integrador termodinámico, inspirado por las lecciones que Nernst (sabio alemán que ganaría, pocos años después, el premio Nobel) dio en La Plata en 1914. La mayor parte de estos artículos eran además publicados en revistas alemanas; se puede afirmar que en esos años, La Plata se vio colocada en el mapa de la física del primer cuarto de siglo.

A comienzos del siglo XX, la Argentina disponía de dos grandes centros dedicados a las tareas de observación astronómica, ubicados uno en Córdoba y el otro en La Plata. El Observatorio de Córdoba, inaugurado en 1871 por el presidente Sarmiento y su ministro Avellaneda, tenía en su haber una larga tarea de prospección del cielo austral. La *Uranometría argentina* preparada por Benjamín Gould, su primer director, fue un manual de referencia mundial durante muchos años. El observatorio dependía directamente del Ministerio de Instrucción Pública, manteniendo escasa relación con la universidad local.

John M. Thorne sucedió a Benjamín Gould como director del Observatorio Astronómico de Córdoba en 1885 y continuó en esta tarea hasta su muerte en 1908. Pasada la primera época heroica, el observatorio entró en una etapa estable, con gran regularidad en el logro de sus proyectos, el principal de los cuales era el establecimiento del catálogo de estrellas australes, señalando el brillo y posición aproximadas, conocido por su denominación



Telescopio del Observatorio de Córdoba.

en alemán, *Córdoba Durchmusterung*. Se publicaron cuatro entregas entre 1892 y 1914, con un total de 578.802 estrellas ubicadas entre los 22° y los 62° al sur del Ecuador celeste. Sobre la base de esta obra enorme se hicieron mediciones de mayor precisión sobre conjuntos de estrellas seleccionados, ubicándose los respectivos catálogos. Como los precedentes, aparecieron en la publicación periódica *Resultados del Observatorio Nacional Argentino*. El último esfuerzo de observación, para alcanzar los 90°, fue hecho por los astrónomos José Tretter y Enrique Chaudet y se publicó recién en 1932, con lo cual se alcanzaba la meta que se había propuesto Gould sesenta años antes.

En 1909 se hizo cargo del observatorio cordobés su tercer director, también de origen norteamericano: Charles Dillone Perrine (1867-1951), quien ya se había destacado internacionalmente por su trabajo en el Observatorio de Lick en California, donde descubrió nue-

ve cometas y algunas lunas de Júpiter. Además, había sido encargado de la dirección de una expedición a Sumatra para observar un eclipse total de sol. Perrine llegaba con un impulso renovador: a su entender, el Observatorio había cumplido con creces su tarea en cuanto a la práctica de la astronomía de posición, pero ya era tiempo de que entrase a una nueva etapa, donde los esfuerzos fuesen dedicados en especial a las observaciones astrofísicas.

Desde un comienzo, Perrine se embarcó en varios proyectos importantes. El cometa Halley fue observado a su paso de 1910 con registros de posición, espectros y fotometría, utilizándose procedimientos novedosos. Los resultados, incluidas las excelentes fotografías tomadas, lamentablemente sólo fueron publicados mucho después, en 1934. Por otra parte, disfrutando del apoyo del gobierno nacional en una época de economía floreciente, el Observatorio organizó y pudo llevar a cabo sendas expediciones a Venezuela y a Crimea —en 1911 y 1914, respectivamente—, con el objeto de observar eclipses totales de sol y comprobar si la luz de las estrellas se desviaba al pasar por las cercanías del astro. Esta medición constituiría uno de los *tests* que darían respaldo a la teoría general de la relatividad de Einstein. Lamentablemente, las condiciones meteorológicas fueron adversas en ambos casos y las observaciones en los pocos minutos que dura el ocultamiento no fueron casi de utilidad. Como se sabe, tuvo mejor suerte el inglés Eddington, quien cimentó su fama en 1919 al observar desde Sobral, en el norte de Brasil, aquella desviación de la luz tan buscada.

Para los estudios de astrofísica es necesario contar con telescopios de grandes dimensiones, por lo cual Perrine se propuso dotar al Observatorio con un gigantesco reflector de

150 centímetros de diámetro. De haber sido terminado en tiempo, hubiese sido el mayor del hemisferio sur. El Congreso Nacional aprobó la asignación de una generosa partida para sufragar los gastos, lo cual permitió en 1913 la compra a la compañía Saint-Gobain de Francia de la fundamental pieza de vidrio con la cual se planeaba construir el espejo principal del telescopio.

El paso de Venus por el disco del sol, el 6 de diciembre de 1882, fue la causa de numerosas decisiones administrativas en varios países sudamericanos, que finalmente redundaron a favor del desarrollo de la astronomía. El gobierno de la provincia de Buenos Aires no quiso estar ausente en tan importante acontecimiento y destacó un puesto de observación en Bragado, provisto de un anteojo ecuatorial de 8 pulgadas. Este telescopio y otro instrumental menor constituyeron la base con la cual se equipó el Observatorio de La Plata al ser fundado el 18 de octubre de 1882. Posteriormente, durante las direcciones del francés Francisco Boeuf y del italiano Porro di Somenzi, fueron comprados varios instrumentos de alta calidad, especialmente de construcción francesa. Sin embargo, para la época del Centenario, la actividad del Observatorio era casi nula. Este estado de cosas habría de cambiar en 1911, al ser nombrado director el astrónomo norteamericano Guillermo Hussey, quien imprimió un fuerte desarrollo a las observaciones.

LA CIENCIA EN EL PERÍODO ENTRE GUERRAS

En 1917 se produjo un hecho fundamental para la matemática argentina, cuando el español Julio Rey Pastor (1888-1962) llegó al país invitado por la Institución Cultural Espa-

ñola, la cual promovía el mantenimiento de una cátedra para difundir los logros científicos y literarios españoles. Rey Pastor se había doctorado con una tesis sobre "Conjuntos, funciones y grupos" y luego prosiguió cursos de especialización en Alemania. Las clases se dictaron en un aula de la facultad y trataron sobre la sistematización de la geometría y la fundamentación de la matemática. De esta forma se introdujeron en el ambiente científico porteño la teoría de grupos y la teoría de conjuntos. En un segundo curso se abordó el tema de las funciones de variable compleja. Ambos cursos fueron reunidos en sendas publicaciones de la *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*.

En vista del éxito de las exposiciones de Rey Pastor y de la solicitud de un grupo de alumnos, en 1921 se resuelve su contratación como profesor de la facultad, dedicado por entero a los cursos de matemática superior. A partir de este momento y a lo largo del decenio siguiente, se puede afirmar que Rey Pastor desarrolla en sus cursos la mayor parte de la matemática de aquel entonces. Desde 1928, también es director del Seminario Matemático, en cuyo boletín se publican los que son, muy probablemente, los primeros trabajos de investigación matemática de nivel superior de la Argentina. El país, además, comienza a tener presencia en los círculos internacionales de la matemática. En el Congreso Internacional de Matemática de Bolonia, realizado en 1928, tres argentinos presentan trabajos. F. La Menza da a conocer *Sistemas de inequaciones lineales y la división del hiperespacio*, Juan Blaquier presenta *Sobre dos condiciones características de las funciones convexas* y José Babini, *Sobre la integración aproximada de las ecuaciones diferenciales de segundo orden*. Todos

estos trabajos fueron publicados en las actas del Congreso.

La fuerte influencia de Rey Pastor logró cambiar el estado de cosas reinante en 1921, cuando solamente 3, de los 700 estudiantes de toda la facultad, seguían el Doctorado en Ciencias Físico-Matemáticas. Entre sus principales discípulos, Julio Rey Pastor contó con José Babini, graduado de ingeniero pero más conocido por sus investigaciones en matemáticas y en historia de la ciencia; Juan Blaquier, ingeniero y doctor en Matemática en 1925; Juan Carlos Vignaux, doctor en Matemática de la Universidad de la Plata; Celina Repetto y Alberto González. Blaquier y Vignaux dictaron cursos de Matemática Superior y Análisis Superior.

Sin embargo, entre 1925 y 1937, no hubo graduados del Doctorado en Físico-Matemática, lo que da sobrada idea del estancamiento de la docencia y las vocaciones. Sólo en 1939 se gradúa Alberto González Domínguez. A lo largo de los años, visitan la Argentina numerosos matemáticos extranjeros de relevancia. En 1927, Esteban Terrador, doctor en Ciencias Matemáticas; en 1928, Federico Enrique y Emil Borel; en 1930, Jaques Hadamard y Francisco Severi; en 1937, Tulio Levi-Civita y Georges Dormais, y finalmente, en 1939, Paul Montel.

El año 1925 estuvo marcado por la visita de Albert Einstein a la Argentina, entre el 24 de marzo y el 23 de abril, período en el cual se sucedieron las actividades académicas, cuidadosamente seguidas por los periodistas, que lo tuvieron como figura central; entre ellas, una conferencia de gran valor epistemológico sobre la física y las geometrías no euclidianas, dada en la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. La visita fue, por otra parte, un acontecimiento social que dio



Albert Einstein, durante su visita a la Argentina, en 1925, dicta una conferencia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. *La Nación*. 100 años de vida cotidiana.

lugar a una serie de banquetes en honor del sabio, caricaturas de Columba en *Atlántida*, cartas a las redacciones de los principales diarios fijando posiciones en pro o en contra de las teorías relativistas. Einstein viajó unos días a Córdoba, donde se encontró con el profesor Jorge Nicolai, eminente fisiólogo y destacado pacifista, con el cual había tenido una estrecha amistad durante la guerra, quien ocupaba una cátedra en la universidad mediterránea.

Por esos años, el interés por las mediciones geodésicas comenzaba a reavivarse. Debe recordarse que ya en un artículo publicado en *La Abeja Argentina*, a principios de la segunda década del siglo XIX, el catalán Felipe Senillosa proponía como una de las labores científicas

cas realizables en la Argentina la medición de un arco meridiano. Luego es de destacar las mediciones de los grandes ríos Colorado y Negro hechas por Nicolás Descalzi en 1833, durante la expedición de Rosas. Sin embargo, el desconocimiento de la verdadera forma geográfica es palpable al observar los mapas de aquel siglo, situación de ignorancia que fue sólo muy lentamente salvada.

La ley 12.696, sancionada en 1941, ordenaba la ejecución de la carta topográfica de la República en el plazo de treinta años. Encomendó la tarea al Instituto Geográfico Militar, creado en 1904, aunque sus antecedentes se remontan a las necesidades cartográficas militares durante las campañas del siglo XIX.

En 1936, Félix Aguilar, ingeniero civil de importante actuación en el campo de la astronomía, consiguió arrancar una ley nacional propiciando la medición de un arco de meridiano a lo largo de todo el territorio nacional. Se eligió el meridiano de 64° al oeste de Greenwich, en su extensión desde la frontera con el Brasil hasta el paralelo 40° , para luego seguir el meridiano 70° hasta el extremo sur del país. Como destaca Babini, no se debe ver en este proyecto únicamente su lado geodésico, sino que éste conlleva además el estudio del territorio por parte de geólogos y naturalistas.

La tarea estuvo principalmente a cargo del Instituto Geográfico Militar, en el cual Aguilar fue jefe de la División Geodesia desde 1922 hasta 1934, cumpliendo en este período vastas campañas gravimétricas. También tuvieron una clara participación el Servicio de Hidrografía Naval y las universidades de Buenos Aires y La Plata.

En los años considerados, las ciencias exactas fueron las que tuvieron, en el mundo y también en el país, un desarrollo más amplio.



Julio Rey Pastor, según el dibujo de Alonso. *Caras y Caretas*.

Pero se debe consignar que la labor se mantuvo sin pausas también en otras ciencias, como por ejemplo, la entomología, donde se dio la labor solitaria del inglés Miles Stuart Pennington. Su magnífica colección de insectos de las regiones argentinas se encuentra actualmente en Washington. Carlos Bruch dejó una extraordinaria colección, conservada en el Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires, con cerca de 60.000 ejemplares, entre coleópteros, formícidos y neurópteros. De importantes carreras científicas fueron también los doctores Juan Bretes y Fernando Lahille. En 1925 se funda en Buenos Aires la Sociedad Entomológica Argentina; obviamente, estos trabajos son de gran valor para la práctica agropecuaria y las tareas sanitarias.

La montura y la cúpula giratoria del gran telescopio planeado para el Observatorio Nacional de Córdoba, encargadas a la compañía Warney y Survey de Estados Unidos, arribaron recién en 1922. Ambas fueron instaladas en el magnífico edificio en Bosque Alegre, que ha pasado a ser una de las imágenes turísticas características de las sierras cordobesas. Terminado en 1931, su construcción estuvo dirigida por el ingeniero Federico Weiss. Pero para esa fecha, el telescopio carecía aún de su principal pieza, pues Perrine y sus colaboradores no habían logrado alcanzar, en el taller de óptica del Observatorio, el grado de precisión necesario en el pulido del gigantesco espejo. Luego de los primeros intentos hechos por dos técnicos norteamericanos, que carecían de la experiencia necesaria, la pieza de vidrio permaneció arrumbada.

El Observatorio continuó con la labor de mediciones astrométricas, sobre la cual se sustentaba su reputación internacional. Dedicó especial énfasis a las observaciones fotográficas de la zona entre -24° y -32° , trabajo al cual se había comprometido ante el Comité Permanente de la Carta Fotográfica del Cielo.

La demora en la puesta en funciones del gigantesco telescopio dejaba a Perrine con un flanco muy expuesto a las críticas, aun cuando la tarea del Observatorio era destacada en otros aspectos. En 1927 dio comienzo una campaña periodística de hostigamiento a la dirección del Observatorio, con artículos en diarios porteños y cordobeses. Para investigar su funcionamiento, fue nombrada una comisión, constituida por los ingenieros Félix Aguilar y Norberto Cobo, quienes calificaron a la institución de "misión extranjera en la Argentina". En 1932, el diputado nacional Ramón Loyarte presentó en la Cámara un pedi-

do de informes, el cual fue desestimado por el ministro de Instrucción Pública.

Tal vez para aliviar estos embates, Perrine decidió reiniciar la configuración del espejo del gran telescopio en 1932, esta vez con técnicos locales, nuevamente sin mayor experiencia en el tratamiento de un problema de tal magnitud. A pesar del empeño puesto, no logró llegar a buen fin. Por otra parte, se debe señalar que las observaciones de cometas y asteroides, propias de todo observatorio, se prosiguieron en las primeras décadas del siglo. Así, los astrónomos Juan José Nissen y F. J. Bobone participaron en la Campaña de Eros de 1931, cuando observadores en diferentes partes del mundo midieron con precisión las coordenadas de este asteroide, aprovechando una de sus aproximaciones a la Tierra. En 1940, Bobone observó también el tránsito de Mercurio sobre el disco solar.

En 1936, quienes presionaban en su contra, lograron finalmente que Perrine fuera jubilado, y el Observatorio, intervenido. El interventor fue el ingeniero Félix Aguilar, quien tenía como su delfín al doctor Enrique Gaviola. Aguilar fue sucedido al cabo de un año por el doctor Nissen, quien resultó así el primer director argentino del Observatorio. Por su parte, Gaviola —que había comenzado a interesarse en temas relacionados con la astronomía sólo a mediados de la década, pero con singular éxito— fue nombrado jefe de Astrofísica. La principal decisión del grupo constituido por Aguilar, Gaviola y Nissen fue la de enviar el famoso espejo a Pittsburg, donde en 1939, finalmente fue configurado con una excelente terminación; este trabajo fue supervisado por Gaviola.

La mano derecha de Gaviola en estos años fue Ricardo Platzack. Iniciado como matemá-

tico, se consagró luego a la experimentación, especialmente en óptica. Ya se ha visto que colaboró con Gaviola en el estudio sobre el "método de la cáustica" para la medición de espejos. Diseñó y construyó una cámara Schmidt y el famoso "divisor pupilar de Platzeck"; todos ellos, aparatos de enorme sutileza y dificultades en su manejo que le valieron a su autor una aureola de respeto en el ambiente de los físicos y astrónomos.

LA TRANSICIÓN DE 1945 Y LA DÉCADA PERONISTA

La fase que se inicia a comienzos de la década del cuarenta es de la mayor importancia en el desarrollo de las instituciones científicas argentinas. Los propios cultores de la ciencia comprendían por entonces que se habían salvado ciertas etapas que parecen imprescindibles para la formación de un ambiente científico. Primeramente, el estudio del propio territorio de la República y de sus características fundamentales en lo que hace a su geografía, su fauna, su flora, su geología, su clima, etc. Luego viene una etapa que se ha denominado de la "ciencia colonial". En ella, se establecen en el país misiones científicas que comienzan a hacer ciencia sobre el molde estricto europeo pero con algunas modificaciones de carácter folklórico. El científico colonial puede ser extranjero o nativo del país, es dependiente de la ciencia europea sin alcanzar a ser un integrante a parte completa de la misma. Carece de contactos estrechos con el "colegio invisible" de quienes están en la frontera del conocimiento en los países centrales. Es en esta fase cuando se dan los grandes héroes del avance de la ciencia europea. Finalmente, se



Teófilo Isnardi.

aborda una tercera etapa, en la cual se logra una tradición científica independiente. El científico recibe su entrenamiento básico en el propio país, recibe un salario por su trabajo, es estimulado por el ambiente de su propia colectividad científica, tiene establecidas las vías para una fluida comunicación con sus pares nacionales y extranjeros, tiene la oportunidad de abrir nuevos campos de investigación, sus investigaciones son reconocidas como importantes, tanto en el país como en el exterior.

Estas características fueron estudiadas y divulgadas por Bernardo Houssay, Enrique Gaviola y Teófilo Isnardi en escritos de aquellos años. Houssay dedica numerosas páginas al problema de la investigación científica emergente en la Argentina. Es interesante releer sus ideas sobre la investigación científica, expresa-

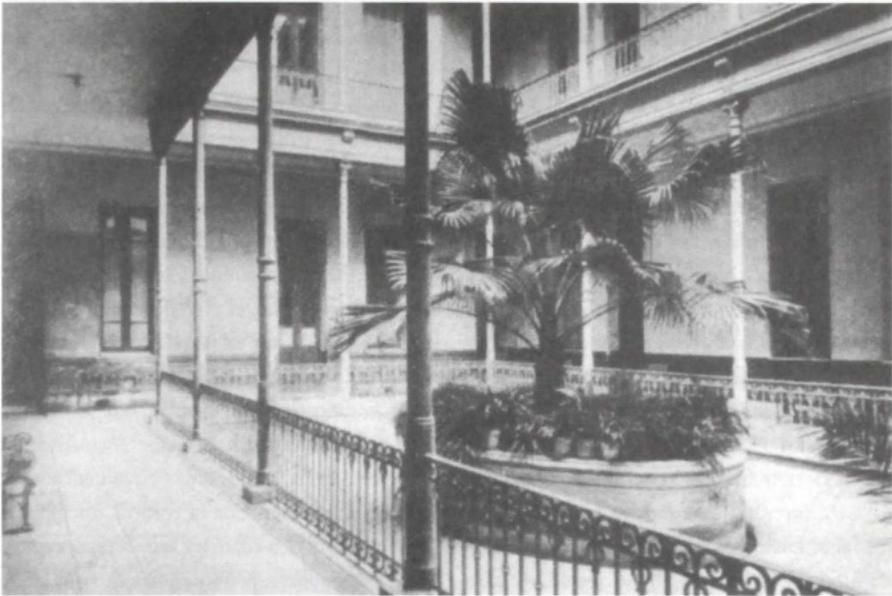
das en el prólogo de la tesis de doctorado en Medicina, presentada en la Universidad de Buenos Aires en 1911. Allí señala Houssay que “tenemos nuestras facultades alojadas en cómodos palacios y con laboratorios ricamente instalados y que día a día mejoran; nuestros profesionales egresan con una preparación general excelente y, sin embargo, fenómeno curioso, nuestra producción científica original es escasísima, exceptuada la que versa sobre materias profesionales habituales”. Houssay centraba buena parte del problema en las bajas remuneraciones recibidas por los docentes.

Houssay tenía bien clara su misión en cuanto al desarrollo de la ciencia. En el caso de la medicina, señalaba en el citado prólogo de su tesis que ya no adelantaría sino sobre la base de la experimentación. Es obvio que el influjo de su bienamado Claude Bernard se hacía presente, pero en el ambiente porteño de comienzos de siglo era verdaderamente renovadora. Como es bien sabido, la lucha de Houssay por la dedicación exclusiva de los profesores, la necesidad de que éstos hicieran investigaciones científicas, se extendió por largos años,

En un discurso dado en 1954 en la Universidad de Columbia, durante las celebraciones para conmemorar el segundo centenario de su fundación, Houssay, ya por entonces ganador del premio Nobel, enumeró y discutió cuáles eran en su opinión las causas del desarrollo científico insuficiente. Son las siguientes: ignorancia por falta de suficiente tradición y cultura científicas; vanidad de los posibles investigadores; defectos técnicos y desprecio al trabajo manual; defectos intelectuales, falta de hábito de pensamiento propio y dispersión; defectos morales y, finalmente, falta de carácter y personalidad.

Enrique Gaviola, en su libro *Reforma de la Universidad Argentina y Breviario del Reformista* (publicado en Buenos Aires en 1931), se refiere en especial a la necesidad de definir el papel social del científico para asegurar la aprobación social de su labor; a la imprescindible colaboración del gobierno, que debe apoyar la actividad científica o, al menos, no estorbarla; a la educación en ciencias en todos los niveles del sistema educativo, y a un aspecto muchas veces descuidado, cual es la formación de los colaboradores técnicos de los hombres de ciencia. El libro no se dedica esencialmente a lo que llama “el problema de la producción científica”; sin embargo, Gaviola dedica varias páginas al tema que llama “de la dignidad y de la producción científica”, destacando la necesidad de superar un cierto sentimiento de inferioridad que, en un ambiente de subdesarrollo, impide a los profesores encarar investigaciones científicas.

En un prolijo análisis, publicado en 1941, Isnardi se plantea cuál debe ser la relación entre la investigación científica y lo que denomina la actividad técnico-económica. Distingue entre el objetivo de la ciencia, que es el de elaborar leyes generales y teorías abstractas abarcadoras del conjunto de conocimientos, y el de dicha actividad, que se corresponde en cierta forma con lo hoy podría llamarse “ciencia aplicada”, cuyo objetivo es el de utilizar los logros científicos para la realización de propósitos concretos. Para esto último es necesario que se den las posibilidades económicas favorables. El principal problema que ve Isnardi para hacer evolucionar estas ideas es el escaso número de científicos en la Argentina; por ejemplo, de acuerdo a su contabilidad, éstos no pasaban de unos quince en ese momento, lo que suministraba una proporción de uno



Patio interior de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad de La Plata. Archivo Universidad de La Plata.

por cada millón de habitantes. La relación similar para los Estados Unidos era por entonces cien veces mayor. Isnardi propone una estrategia para crear en el país el interés por la creación científica, haciendo hincapié en la utilidad de la ciencia como auxiliar de la industria. Si bien considera a ésta embrionaria, cree necesario darle apoyo sin considerar los fines comerciales de las empresas, siempre que sean lícitos y honestos. Reconoce que no existe en la universidad argentina el “ambiente científico”, aquel donde por la búsqueda sostenida de la verdad, se logra mantener en el espíritu de los profesores “la tensión necesaria para comunicar a los jóvenes el entusiasmo por el saber y la cultura superiores”.

La pluma de Isnardi se torna desacostumbradamente ácida cuando se refiere a quienes suponen que para lograr aplicaciones técnicas bastan conocimientos científicos elementales,

sin necesidad alguna de alcanzar un conocimiento exacto y profundo. Dirige su ataque contra los hombres “prácticos”, por entonces, a menudo extranjeros que han trabajado como técnicos en fábricas de otros países, a quienes se les confían puestos importantes en las industrias, pues se supone que la mera imitación es suficiente sin necesidad de la labor previa de laboratorio. El autor señala además que, indudablemente, el problema del desarrollo industrial no es soluble sólo con las aplicaciones de la ciencia en los diferentes campos. Además, se deben tener en cuenta la protección aduanera o fiscal para enfrentar la competencia extranjera y también los costos de producción y de mano de obra.

Isnardi propugna la creación, por parte del Estado, de laboratorios para investigaciones tecnológicas, subvencionados en parte por las industrias al pagar los servicios brindados. Es-

tos laboratorios son indispensables para las pequeñas industrias que no pueden crearlos y mantenerlos por sí mismas. Critica los laboratorios oficiales existentes, de cuyos rutinarios procedimientos de control, "la industria puede esperar recibir multas, pero no auxilio técnico". Por otra parte, esboza la interacción de la investigación científica, la universidad y la industria en la Argentina. La universidad crea conocimiento científico y transmite ese conocimiento a sus graduados. La industria necesita, de los graduados universitarios, obtener respuestas a sus inquietudes tecnológicas; los laboratorios oficiales para la investigación tecnológica marchan junto con las industrias dando estas respuestas. El Estado es quien crea los laboratorios de investigación tecnológica, da fondos a las universidades y créditos a las industrias. Es un esquema que evidentemente guarda mucha similitud con la teoría del triángulo de relaciones entre la investigación científico-tecnológica, el gobierno y la estructura productiva, que divulgaría Jorge Sábato años después.

La Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia había enviado, hasta 1944, 40 becarios al exterior; otros 37 se habían beneficiado con becas internas y 77 trabajos de investigación habían recibido subsidios. Las becas externas estaban amparadas por la ley 12.338, mientras que las internas eran financiadas por diversas empresas particulares y donaciones. En enero de 1945, la entidad comienza la publicación de la revista *Ciencia e Investigación*. En el primer editorial, Bernardo Houssay explica que la revista tiene por objeto despertar el interés por la ciencia y estimular el desarrollo de la investigación. Remarca que las ciencias han enseñado a comprender y dominar los fenómenos naturales y acomete contra los

enemigos del conocimiento exacto: el error, la superstición y aquello que para Houssay era verdadero anatema y que, para colmo de males, encontraba muchas veces en quienes se juzgaban a sí mismos también científicos; se refiere al empirismo rutinario, alejado de las deducciones lógicas, enemigo de la teoría, recalcitrante en sus convicciones, oscuro en sus motivaciones, indiferente a los principios.

Mientras tanto, el plan de Enrique Gaviola para constituir en Córdoba una escuela científica marchaba sobre rieles. Finalmente, el 5 de julio de 1942, exactamente al mediodía, fue inaugurada la Estación Astrofísica de Bosque Alegre. La asistencia estaba encabezada por el presidente de la Nación, doctor Ramón S. Castillo, y entre los asistentes se contaban embajadores, gobernadores de provincia, ministros, diputados y personalidades políticas y científicas de diversas procedencias; entre ellas, el vicegobernador de la provincia de Córdoba, Arturo Illia. El ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Guillermo Rothe, pronunció un brillante discurso. Aunque pidiendo disculpas por ser un neófito en el tema, destacó la posición de la astrofísica en la evolución de la astronomía, historiando asimismo la evolución del observatorio de Córdoba y asegurando que "los rendimientos materiales de los altos estudios astrofísicos, compensarán con creces los gastos materiales y estimularán a los gobernantes en la tarea de aumentar y perfeccionar las dotaciones de los observatorios nacionales". Guillermo Rothe, nacido en 1879 y graduado en Córdoba de abogado en 1901, era un exponente de la clase política conservadora dominante; ocupó importantes cargos en el gobierno de su provincia natal; a principios de la década del treinta fue un eficaz interventor en la provin-

cia de Santa Fe; senador nacional entre 1932 y 1940, ocupaba desde este último año el puesto de ministro de Justicia e Instrucción Pública, cargo desde donde había apoyado resueltamente la gestión de Gaviola al frente del Observatorio.

No se sabe si Charles Perrine fue invitado al acto de inauguración; en todo caso, no estuvo presente, pero su nombre fue invocado en el discurso del director del Observatorio, quien recordó que "esta Estación Astrofísica nació en la mente optimista y corajuda de Charles Dillon Perrine, director del Observatorio de Córdoba desde 1909 hasta 1936. A la realización en la materia de su ensueño atrevido dedicó Perrine las mejores energías de muchos años de su vida. Obtuvo triunfos y derrotas, éxitos y fracasos". Luego señaló que ese ensueño de Perrine no se concretó durante largos años, pero no explicitó que los prometidos aportes del gobierno se hicieron magros desde la Gran Guerra y sólo en 1927 llegaron desde Estados Unidos las piezas para la montura del telescopio. Se refirió tangencialmente a las polémicas de la década del veinte y comienzos del treinta sobre la labor que debía caberle al Observatorio. Atribuyó el cambio benéfico que condujo a la instalación definitiva de la estación a la tarea que, desde 1936, llevaron a cabo monseñor Fortunato Devoto, presidente del Consejo Nacional de Observatorios, y su secretario, el ingeniero Félix Aguilar.

Antes de la inauguración oficial de la nueva estación, se hizo una reunión científica en la sede del Observatorio Nacional Argentino, en la ciudad de Córdoba, denominada Pequeño Congreso de Astronomía y Física. Entre las cuatro decenas de asistentes, figuraban George D. Birkhoff, destacado matemático y decano

de la Universidad de Harvard; Cortés Plá, decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas de Rosario; Félix Aguilar, director del Observatorio de La Plata y presidente del Consejo Nacional de Observatorios; Félix Cernuschi y José Würechmidt, profesores de la Universidad Nacional de Tucumán, y otros profesores, estudiantes y aficionados a la astronomía. Curiosamente, no estaban presentes profesores de física de las universidades de La Plata y Buenos Aires.

Entre las diecinueve comunicaciones presentadas, se destacan las de Birkhoff sobre su nueva teoría de la gravitación, la de Platzeck sobre la óptica del gran reflector, la de Gaviola sobre los espectrógrafos para el nuevo telescopio y la de Félix Cernuschi sobre formación del sistema planetario y la evolución de las estrellas. A pesar de su modesto título, ésta era la primera reunión nacional dedicada íntegramente a la física y a la astronomía. Fue el primer eslabón de una larga serie y dos años después pasaría a integrar la cronología de la sociedad que agrupa a los físicos argentinos como su primera reunión.

La Asociación Física Argentina fue fundada en la ciudad de La Plata el 26 de agosto de 1944, por un grupo reducido de algo más de veinte personas, entre físicos y estudiantes, quienes eligieron como presidente al doctor Enrique Gaviola. Un papel importante le correspondió en aquellos años al físico austriaco Guido Beck, quien llegó al país en 1943, luego de un largo periplo que incluyó un campo de concentración en Francia y una estadía en Portugal. Junto a él se formaron varios jóvenes científicos argentinos; el primero de ellos fue Mario Bunge, quien luego obtendría gran reconocimiento internacional en el campo filosófico. Entre esos discípulos también se cuen-

tan José A. Balseiro, Cecilia Mossin Kotin, Estrella Mazzolli de Mathov, Damián Canals Frau y otros, quienes fueron dirigidos por Beck en temas de estricta actualidad.

Coincidentemente, surgieron entonces los primeros doctores en Física graduados en Buenos Aires. Entre ellos, Juan José Giambiagi, cuya tesis sobre física teórica, dirigida por el matemático Alberto González Domínguez, fue presentada en 1950.

Un elemento externo se sumó al auge de la física en el país. Las explosiones atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki provocaron un gran interés sobre la ciencia en ámbitos gubernamentales y militares. En las reuniones de la Asociación Física Argentina fueron presentados trabajos sobre la desintegración nuclear y hasta fue publicado un artículo de Gaviola sobre un "cañón atómico" en 1946. Por otra parte, en 1946, *Ciencia e Investigación* dedicó varios artículos y notas a la física y química nucleares. Cecilia Mossin Kotin reseña, en noviembre de 1946, las nuevas teorías sobre la difusión de neutrones rápidos, demostrando su competencia en el tema. Raúl Wernicke, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, científico muy cercano a Hous-say, publicó una serie de tres artículos sobre química nuclear; sumamente claros, que llegan a tratar la acción de los neutrones en la fisión nuclear en una forma elemental.

Tras la asunción como presidente de Juan D. Perón, fueron puestos a consideración del Congreso de la Nación tres proyectos de ley encaminados a apoyar con fuertes partidas el desarrollo de la investigación científica. El primer proyecto, presentado por el Poder Ejecutivo el 10 de septiembre de 1946, proponía la creación de un Instituto Nacional de Investigaciones Físicoquímicas dependiente del Mi-

nisterio de Guerra. El director general sería nombrado por el Poder Ejecutivo y duraría diez años en función. Sería asesorado por un consejo técnico integrado por un físico, un químico, un ingeniero, un matemático, un naturalista y un representante del Consejo de Defensa Nacional. Contaría con un presupuesto de diez millones de pesos durante los primeros cinco años, mientras que una suma igual sería entregada a las universidades para la formación de los cuadros científicos y técnicos que fuesen necesarios. El objetivo manifiesto del Instituto era el estudio de la energía atómica y de su empleo técnico industrial, lo cual se explicitaba desde las primeras líneas del proyecto. En los considerandos, se destacaba la necesidad de aglutinar a los pocos hombres de ciencia con que contaba el país y facilitar la venida de científicos extranjeros "que nos aporten desde el primer momento el bagaje de sus conocimientos, en forma de obviar lo que nosotros carecemos y ahorrarnos muchas pérdidas de tiempo".

El segundo proyecto, presentado el 28 de septiembre de 1946 por los senadores Mathus Hoyos y Soler, creaba un Instituto Superior de Investigaciones Científicas, dependiente de Presidencia de la Nación, con dos direcciones: una de investigación pura, con departamentos de matemáticas y física, biología y bioquímica, y social; y otra de investigación aplicada, con departamentos médicos y de salud pública, de defensa nacional, de ingeniería y tecnología, de educación, de publicaciones y propaganda y de aplicaciones. Se proponía un presupuesto de treinta millones de pesos y doscientos millones para gastos de instalación.

El tercer proyecto fundaba un Instituto Nacional de Investigaciones Físicas y Químicas, dependiente del Ministerio de Justicia e

Instrucción Pública, con siete departamentos: física, fisicoquímica, química, electricidad, física aplicada, química aplicada, metrología y normas. Dispondría de un presupuesto de cinco millones de pesos.

La aparición de estos proyectos marcaba un claro contraste con la opinión que tenían los políticos sobre la ciencia algo más de década antes, cuando un senador respondió en la Cámara, ante una cuestión de privilegio planteada por el doctor Houssay, que el hecho de que hubiese algún argentino con una posición destacada en la ciencia mundial no implicaba necesariamente que la ciencia tuviese importancia en el país, pues "una golondrina no hace verano". Tras la guerra, la necesidad de una base científico-tecnológica para la economía nacional comenzaba a ser una idea divulgada entre los dirigentes nacionales y se comprendía que no era un tema para tratar con meros aforismos. Sin embargo, aunque el primero de los proyectos logró la aprobación de las cámaras, nunca fue promulgado por el Poder Ejecutivo. El desarrollo de la ciencia argentina se daría por caminos no tan claramente definidos.

Ronald Richter fue un físico alemán de menguados antecedentes que logró captar, primero la atención y luego la confianza casi absoluta de Perón. Llegado al país en agosto de 1948, pronto supo convencer a quienes lo oían de que poseía los conocimientos para domesticar la poderosa reserva de energía que se esconde en los núcleos de los átomos. Ya en julio de 1949 logró que se comenzasen los trabajos en la isla Huemul, ubicada en los bellos paisajes del lago Nahuel Huapi, para edificar un laboratorio dedicado a la investigación de la fisión nuclear controlada. Por entonces y durante dos años, el apoyo económico gubernamental parecía no tener límites. El 24 de

marzo de 1951 se hizo el anuncio público, por boca del propio presidente, informándose que allá en el sur se había logrado hacer "reacciones termonucleares bajo condiciones de control en escala técnica". Sin duda, en plena Guerra Fría, era un anuncio extraordinario. Richter recibió pocos días después el título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Buenos Aires, así como la medalla peronista. Pero en el transcurso de los meses siguientes, su estrella comenzó a opacarse. Primero, se debe señalar que la reacción de los principales físicos en el resto del mundo fue de escepticismo; por otra parte, se sabía en algunos círculos académicos argentinos que el inventor carecía casi totalmente de antecedentes de investigación. El proyecto no parecía aún estar definido y se carecía de informes técnicos detallados de los resultados obtenidos. Al año siguiente, una comisión fiscalizadora selló el destino de las supuestas investigaciones, cuando numerosas objeciones fueron hechas al carácter científico de los experimentos de Richter, quien ya para octubre de 1952 no era más recibido por Perón. Finalmente, en noviembre, las instalaciones de Bariloche fueron intervenidas y se clausuraron los laboratorios.

Durante el transcurso de esta comedia, de cuyos enredos aquí se ha hecho una extrema síntesis, fueron creados varios entes oficiales dedicados a la investigación en los fenómenos atómicos y las innovaciones tecnológicas asociadas. El 31 de mayo de 1950 se creó, por decreto, la Comisión Nacional de la Energía Atómica (CNEA); un mes después se creaba la Dirección Nacional de Investigaciones Técnicas (DNIT) y al año siguiente, la Dirección Nacional de la Energía Atómica (DNEA). Esta última organización comenzó a contratar científicos a poco de su conformación, entre

ellos, al doctor Walter Seelmann-Eggebert, destacado experto alemán en radioquímica, quien en un principio fue profesor en Tucumán, y a numerosos graduados argentinos. En 1953 se logró poner en marcha un acelerador del tipo Cockroft-Walton y el 2 de diciembre de 1954 se inauguraron en Buenos Aires las instalaciones que albergaban un sincrociclotrón, comprado a la empresa holandesa Philips. Con este último aparato se lograron muy importantes hallazgos en el campo de la física nuclear, que se vieron reflejados en los años siguientes en numerosos artículos científicos en revistas internacionales.

El Segundo Plan Quinquenal del gobierno peronista contenía un capítulo dedicado a las investigaciones científicas y técnicas; además, en otros capítulos hacía énfasis en el apoyo del Estado a esas actividades. Sin embargo, en parte alguna se mencionaba la necesidad de que la universidad tuviese un papel de importancia en la creación en ese ámbito de nuevos conocimientos. De acuerdo al Plan, la investigación científica sería apoyada por el Estado por medio de la Dirección Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, dentro del cual se establecería un escalafón único para los investigadores. Se preveía que las inversiones de las empresas en investigaciones científicas fueran deducibles a los efectos impositivos.

En 1954, la revista *Ciencia e Investigación* publicó los resultados de una encuesta hecha entre investigadores sobre la evolución de los estudios en diferentes ciencias. Gustavo Fester, destacado químico de origen alemán, profesor en la Universidad Nacional del Litoral, indicaba que la química en el país se había dedicado, sobre todo, a la investigación de las materias naturales, con trabajos sobre alcaloides, colo-

rantes, aceites grasos y esenciales, por ejemplo. En el campo de la fisicoquímica, la llegada a La Plata del profesor alemán Hans J. Schumacher había logrado el comienzo de investigaciones en cinético-química y fotoquímica, en las cuales se destacaron, entre otros, sus discípulos P. Aymonino y A. Arvía. Sobre la base de la experiencia adquirida, en 1969 se formó el Instituto de Investigaciones Físico-Químicas Teóricas y Aplicadas.

En la Universidad de Buenos Aires, en 1947 se creó un nuevo plan de estudios que introducía el título de licenciado en Química. Esta novedad era sobre todo inducida por la imposibilidad de dirigir los temas de tesis de la gran cantidad de estudiantes con que se contaba; hasta entonces, sólo existía el título de doctor. Las estadísticas son elocuentes: entre 1902 y 1946 se graduaron en Química 349 doctores; entre 1947 y 1956 se extendieron 371 de tales títulos y 554 de licenciados.

EL CONICET. LA CONFORMACIÓN DEL SISTEMA DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

El 5 de febrero de 1958, por decreto del presidente Aramburu, es creado el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), dependiente de la Presidencia de la Nación, con el fin de "promover, coordinar y orientar las investigaciones en el campo de las ciencias puras y en el de las aplicadas". Entre las atribuciones del ente, se contaban las de crear y subvencionar laboratorios, organizar la carrera del investigador científico, realizar congresos y establecer becas para la formación de científicos. El CONICET estaba claramente inspirado en su similar francés y representaba la culminación de un proceso

comenzado un cuarto de siglo antes, cuando se había fundado la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia.

Para constituir el primer directorio fueron designados los siguientes investigadores: Bernardo A. Houssay, Félix González Bonorino, Venancio Deulofeu, Eduardo Braun Menéndez, Fidel Alsina Fuentes, Luis Federico Leloir, Alberto Sagastume Berra, Eduardo De Robertis, Humberto Ciancaglini, Rolando García, Ignacio Pirotsky, Alberto José Zanetta y Lorenzo R. Parodi. Siete de ellos provenían del campo de las ciencias biomédicas; cinco, de las ciencias exactas, y uno, de la rama tecnológica. Además, integraban el directorio un representante de la Junta de Investigaciones y Experimentaciones de las Fuerzas Armadas y el director general de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia. Para el primer puesto, el Estado Mayor Conjunto designó al contralmirante ingeniero Helio López, mientras que el segundo fue ocupado por Julio César Gancedo, quien luego sería sustituido por el ingeniero José Babini. Como se puede apreciar, las ciencias sociales carecían de representación en ese primer directorio y el énfasis estaba puesto en las ciencias exactas y naturales; en todo caso, se consideraba la posibilidad de las aplicaciones tecnológicas como un fruto natural de los progresos científicos. Pocos meses después fueron constituidas las comisiones asesoras, encargadas de pronunciarse sobre la distribución de becas y la concesión de subsidios.

No fue una sorpresa que en su primera reunión, el directorio eligiese como presidente al doctor Bernardo A. Houssay. En cambio, la elección como vicepresidente del doctor Rolando García, investigador en meteorología, constituyó desde un primer momento un



Edificio de la Sociedad Científica Argentina en Buenos Aires

polo donde se concentraban ideas nuevas con respecto a la relación de la ciencia con la sociedad, que pronto motivaron una clara puja, que sólo concluyó con el golpe de Estado de 1966, cuando otras fuerzas entraron en juego.

También fueron creadas comisiones regionales para las diferentes zonas del país (Centro, Noroeste, Cuyo, Litoral, Nordeste y Sur), cuyos integrantes eran nombrados por el directorio. El hecho de que la zona de influencia de las ciudades de Buenos Aires y La Plata, donde se concentraba la mayor parte de la investigación científica argentina, quedase explícitamente excluida de estas zonas es reflejo de la realidad, pues evidentemente ya estaban representadas en el CONICET en forma directa a través del directorio. Las comisiones regiona-

les tenían una misión de promoción en zonas casi totalmente desprovistas de actividades en investigación científica.

En 1959, al cabo de un año y medio de iniciarse, la nueva institución exhibía los primeros frutos de su labor. Ya se habían otorgado 166 becas para hacer investigaciones en el país, de las cuales 34 eran para las ciencias biológicas, 3 para las ciencias de la tierra, 8 para las ciencias matemáticas, físicas y astronómicas, 64 para las ciencias médicas, 18 para las ciencias químicas, 24 para las ciencias sociales y humanidades y 15 para las ciencias tecnológicas; claramente, una marcada preferencia para las ciencias biomédicas. Algo similar sucedió con las llamadas becas externas, destinadas a graduados que quisieran perfeccionarse en otros países, las cuales fueron en número de 121, la mitad ellas, para viajar a los Estados Unidos. De la totalidad de estas becas, alrededor del 70% correspondió a investigadores con lugar de origen en la región de Buenos Aires y La Plata.

Los subsidios otorgados sumaban 70 millones de pesos, un importe muy alto para la época. La parte más importante de esta suma era empleada en el apoyo de proyectos en las ciencias exactas. Entre otros apoyos, se había establecido un contrato con la firma inglesa Ferranti para la construcción de una computadora electrónica que sería instalada en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Fue la primera computadora instalada en el país al servicio de la investigación científica, la famosa Mercury, en la cual se formaron los calculistas científicos de la escuela del doctor Manuel Sadosky.

La carrera del Investigador Científico quedó organizada a mediados de 1960. El CONICET también estableció los primeros institutos: el Instituto Nacional de Limnología (1961) en

Santo Tomé, ciudad cercana a Santa Fe, el Instituto Argentino de Radioastronomía (1962), en un acuerdo con el Carnegie Institute, el Centro Nacional de Radiación Cósmica y el Comité Nacional de Oceanografía (1964).

A partir de 1958 se inició la conformación de lo que se ha llamado el Complejo Científico Tecnológico. En diciembre del año anterior había sido fundado el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), sobre la base del Instituto Tecnológico, que se remontaba al período peronista, perteneciente al Ministerio de Comercio e Industria. Uno de sus gestores, y su primer presidente, fue el ingeniero Salvador María del Carril, quien veía en la institución al ente encargado de "promover, estimular y apoyar el desarrollo de la investigación en la industria". La autarquía del INTI se logró con la percepción del 0,25% de los créditos otorgados a las empresas por el Banco Industrial y el Banco de la Nación. Si bien se realizaron valiosas investigaciones, la mayor parte del esfuerzo estuvo dedicado a tareas técnicas rutinarias como los ensayos de materiales, que por supuesto, son útiles a la industria pero que pueden ser realizadas también por particulares sin necesidad de la existencia de un ente oficial. Esto, sumado a una decidida burocratización, motivó fuertes críticas a la institución. Hacia 1983, el INTI contaba con un plantel superior a 1500 personas, de las cuales cerca del 60% estaba constituido por científicos, ingenieros y técnicos.

En la primera etapa de la Comisión Nacional de Energía Atómica se creó el Instituto de Física en San Carlos de Bariloche, en 1955. Su primer director fue José Antonio Balseiro, cuyo nombre tomó luego la institución. Con su tenaz labor, Balseiro logró conformar un centro de renombre científico internacional en las

ciencias físicas. En enero de 1958, en Buenos Aires se inauguró el primer reactor nuclear instalado en la Argentina. En 1965 se encomendó a la CNEA preparar el proyecto de un Plan Nuclear, el cual comenzó a plasmarse con el inicio de la construcción, a cargo de la firma Siemens, de la central de Atucha, que se inauguraría en 1974. Posteriormente sería seguida de otra central núcleo-eléctrica instalada en Embalse de Río Tercero.

La CNEA conformó un vasto conjunto de laboratorios destinados a la investigación en diversos temas, tales como la metalurgia, los radioisótopos, la física nuclear, genética molecular, desarrollo de elementos de combustibles nucleares, física de bajas temperaturas, entre otros. Además fueron creadas, sobre todo en las postrimerías del régimen militar, empresas asociadas, con el fin de atraer la iniciativa particular.

A partir de 1955 comienza la que ha sido considerada la edad de oro de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Como interventor reorganizador fue nombrado el ingeniero José Babini, quien procedió a conformar un grupo de profesores con dedicación exclusiva, de grandes antecedentes científicos. Así fueron nombrados en el área de la física, entre otros, Mario Bunge, José Westerkamp, Juan Roederer, Juan José Giambiagi, Carlos Bollini y Daniel Bes. Por un corto tiempo fue profesor Enrique Gaviola. Con ellos se formaron numerosos doctores, muchos de ellos de importantes carreras científicas posteriores.

Este período de auge de la investigación tuvo un final abrupto cuando se produjo la brutal intervención policial, en la llamada "noche de los bastones largos", luego del golpe de Estado que llevó al poder el general Onganía. El

hecho motivó el casi completo alejamiento de los mejores profesores de la facultad. Muchos de ellos emigraron; otros lograron instalarse en instituciones nacionales, continuando con su actividad científica; otros aún sobrevivieron en las más insólitas ocupaciones.

Símbolo de la pujanza de la dedicación científica de los argentinos es el trabajo que, sobre una técnica matemática llamada "renormalización dimensional", realizaron Bollini y Giambiagi en 1972, siendo profesores en la Universidad Nacional de La Plata. Estos métodos fueron posteriormente utilizados por los físicos holandeses Gerardus 't Hooft y Martinus Veltman en la teoría electrodébil, que unifica las fuerzas electromagnéticas con las fuerzas de interacción débil, quienes fueron galardonados con el Premio Nobel en 1999. Tras esa magnífica investigación puede imaginarse la mirada profunda del gran matemático español Rey Pastor —quien dirigió la tesis en Buenos Aires del matemático González Domínguez, quien hizo lo propio con la de Giambiagi— y la sonrisa irónica del alemán Richard Gans, quien tanto hizo por el ambiente científico de La Plata, donde Bollini recibió su formación. Luego de 1976, tanto Bollini como Giambiagi se vieron forzados a continuar sus investigaciones en Río de Janeiro.

El gobierno militar que ocupó el poder en 1966 creyó necesario superponer al CONICET otras estructuras con autoridad sobre la determinación de los proyectos científicos y las instituciones correspondientes. Así fue creada la Secretaría de Ciencia y Técnica. Por otra parte, el temor a las ideas latentes en los claustros universitarios determinó el deseo de sólo apoyar las actividades de investigación que estuviesen fuera de ellos. De esta forma se fundaron numerosos institutos dependientes

del CONICET, los cuales fueron poco a poco desnaturalizando su ideal de institución patrocinadora de las investigaciones, para transformarlo en un coloso burocrático de difícil conducción y de espíritu poco definido. Entre institutos, centros regionales y servicios, hacia 1983 se contaba con más de cien instituciones, casi totalmente separadas de las universidades, aunque a veces estuvieran dentro de ellas, y por otra parte, con poca relación con la producción tecnológica, salvo algunas excepciones.

El cruel régimen que se instauró en el país a partir del golpe de Estado de 1976 no escatimó su violencia para con los científicos y muchos de ellos debieron marchar al exilio. Otros no tuvieron esa suerte y pasaron a integrar las filas de los que eufemísticamente han pasado a llamarse "desaparecidos"; sólo entre los físicos se cuenta con más de veinte martirizados.

Las estadísticas quizás ayudan para dar un cuadro de los resultados de la práctica de la investigación científica en la Argentina sobre el fin del período que se está considerando. Este estudio se basa en una compilación de datos extraídos de la base del Institute for Scientific Information, con sede en Filadelfia, la cual incluye las principales revistas científicas inter-

nacionales, excluidas aquellas que tratan especialidades científicas poco difundidas o que tienen sólo un interés local. Entre 1981 y 1985, 5400 artículos científicos tuvieron a un argentino como su primer autor, con lo cual el país dio origen al 0,28% de la producción científica mundial, medida bajo estos parámetros. En Latinoamérica, tal porcentaje sólo fue superado por Brasil; la producción total de la región alcanzaba el 1,12% de la mundial, apenas por encima de la de Polonia, quedando por debajo de la de Israel. Para la Argentina, más de la mitad de esas publicaciones corresponde a trabajos en temas de las ciencias de la vida; un 20% atañe a la química y un porcentaje similar a la física, mientras que la ingeniería alcanza casi el 10%. La matemática tiene un reducido porcentaje cercano al 1%.

Es de interés, por otra parte, considerar también la repercusión de las publicaciones científicas, medidas por los índices que marcan las citaciones promedio que merecen los artículos luego de su publicación, al ser considerados por otros investigadores. En todas las ciencias consideradas, este índice es muy bajo y siempre inferior al que correspondería en relación con las revistas en que los artículos fueron publicados.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Cabe mencionar, en primer lugar, la obra de JOSÉ BABINI, *Historia de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, 1985, que a medio siglo de su primera edición, continúa siendo fundamental para los estudios históricos sobre la ciencia en la Argentina.

Para iniciarse en estos temas, son de lectura muy interesante las siguientes obras: LEWIS

PYENSON, *Cultural Imperialism and Exact Sciences. German Expansion Overseas 1900-1930*, New York, 1985; MARIO MARISCOTTI, *El secreto atómico de Huemul. Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina*, Buenos Aires, 1985; MIGUEL DE ASÚA (comp.), *La ciencia en la Argentina. Perspectivas históricas*, Buenos Aires, 1993; ENRIQUE OTEIZA (dir.), *La*

política de investigación científica y tecnológica argentina. *Historia y perspectivas*, Buenos Aires, 1992; MARIO ALBORNOZ, PABLO KREIMER y EDUARDO GLAVICH (ed.), *Ciencia y sociedad en América Latina*, Quilmes, 1996; EDUARDO L. ORTIZ, "Army and science in Argentina. 1850-1950", en PAUL FORMAN y J. M. SÁNCHEZ RON (ed.), *Science and the Military in the Twentieth Century*, Nueva York, 1992; JUAN JOSÉ SALDAÑA (coord.), *Historia social de las ciencias en América Latina*, México D. F., 1996; SIXTO RIOS, LUIS A. SANTALÓ y MANUEL BALANZAT, *Julio Rey Pastor, matemático*, Madrid, 1979; JORGE A. SÁBATO (comp.), *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*, Buenos Aires, 1975.

La Universidad Nacional de La Plata publicó la obra de JULIO R. CASTIÑEIRAS, *Historia de la Universidad de La Plata*, dos tomos, La Plata, 1940. De interesante consulta es también la obra de BENITO NAZAR ANCHORENA, *La Universidad Nacional de La Plata en el año 1926*, La Plata, 1926, la cual contiene muy atractivas fotografías. Para hacerse una idea de la universidad capitalina en la época del Centenario, puede consultarse la publicación de dicha casa de estudios, *La Universidad Nacional de Buenos Aires. 1821-1910*, Buenos Aires, 1910.

Por otra parte, la SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA, para celebrar su cincuentenario, publicó en Buenos Aires una serie de volúmenes, escritos con la prosa elegante y fluida de comienzos de siglo, bajo el título *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Para el propósito de este capítulo, son de considerar en especial los siguientes: tomo II: RAMÓN LOYARTE, "La evolución de la física", 1924; tomo III: ENRIQUE HERRERO DUCLOUX, "Las ciencias químicas", 1923; tomo IV: CLARO CORNELIO DAS-

SEN, "Las matemáticas en la Argentina", 1924; tomo V: ENRIQUE CHAUDET, "La evolución de la astronomía durante los últimos cincuenta años (1872-1922)", 1926; tomo VI: FRANCO PASTORE, "Nuestra mineralogía y geología durante los últimos cincuenta años (1872-1922)", 1925; tomo VII: CRISTÓBAL M. HICKEN, "Los estudios botánicos", 1923; tomo XIII: GUILLERMO HOXMARK, "La evolución de la meteorología", 1925.

Cuando el centenario de la institución, se procedió a la publicación de una serie similar, SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA, *Evolución de las ciencias en la República Argentina (1923-1972)*, Buenos Aires, 1972-1992, de cuyos volúmenes cabe citar los siguientes: tomo I: LUIS A. SANTALÓ, "Matemática", 1972; tomo II: JOSÉ F. WESTERKAMP, "Física", 1975; tomo III: MÁXIMO VALENTINUZZI y O. SKLIAR, "Cibernética", 1975; tomo IV: LUIS B. MAZOTI y JUAN H. HUNZIKER, "Genética", 1976; tomo V: JOSÉ A. ÁLVAREZ, "Meteorología, Oceanografía y Radiopropagación", 1976; tomo VI: ÁNGEL L. CABRERA, "Botánica", 1979; tomo VII: SIMÓN GERSHANIK y LUIS A. MILONE, "Astronomía", 1979; tomo VIII: OTTO SCHNEIDER, "Geofísica y Geodesia", 1980; tomo X: CARLOS A. DE JORGE, "Geografía", 1988; tomo XII: LUIS DE SANTIS, "Entomología", 1992.

El Primer Congreso Argentino de Historia de la Ciencia se llevó a cabo en la ciudad de Córdoba en septiembre de 1969. Las actas fueron publicadas en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, tomo XLVIII, Buenos Aires, 1970. La Fundación para el Estudio del Pensamiento Científico Argentino (FEPAI) publica desde 1982 las actas de sus jornadas bienales.

En los últimos años han dado comienzo diversas publicaciones relativas a la historia de

la ciencia, entre ellas: *Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, publicación de la Asociación Biblioteca Babini, Buenos Aires; *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, publicación de la Universidad Nacional de Quilmes; *Epistemología e Historia de la Ciencia*, publicada por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. También se pueden leer con provecho numerosos artículos relacionados con el tema, aparecidos en la revista de divulgación científica *Ciencia Hoy*, publicación de la Asociación Ciencia Hoy, que se publica bimensualmente desde 1988. Autores argentinos han publicado artículos sobre la evolución de la ciencia en el país en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*, publicación cuatrimestral de la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología (SLHCT), que aparece en México desde 1984.

Quien se sienta interesado en profundizar en los aspectos de la historia de la ciencia relacionados con la República Argentina en este siglo, se verá muy beneficiado acudiendo directamente a las fuentes originales. En tal sentido, es imprescindible examinar, por ejemplo,

las colecciones de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, de la revista *Ciencia e Investigación*, del *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias* (Córdoba), de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, de la revista *Universidad* de la Universidad Nacional del Litoral, entre otras publicaciones académicas que pueden localizarse, no sin esfuerzo, en las bibliotecas públicas. Para hacerse en parte del espíritu de la década peronista, es muy instructiva la lectura de las páginas de *Mundo Atómico*, revista trimestral publicada desde 1950 hasta 1955.

La biblioteca de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, contiene colecciones de gran valor histórico. En el mismo edificio funciona la Biblioteca "José Babini", especializada en historia de la ciencia. Corresponde mencionar también, sin pretender ser exhaustivo, la biblioteca de la Academia Nacional de Ciencias, en la ciudad de Córdoba; la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata y la de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Buscando con ahínco y mucha paciencia, el Archivo General de la Nación brindará siempre la posibilidad de hacer hallazgos documentales notables.

55. LA TECNOLOGÍA

Tomás Buch

La tecnología —que es, en pocas palabras, la manera de hacer las cosas— es y siempre fue uno de los componentes esenciales en la vida de las sociedades, no sólo en sus aspectos productivos, sino también por su influencia en la cultura y el estilo de vida. Todos los actos humanos involucran objetos tecnológicos, pero no hace mucho que esto se reconoce: la palabra “tecnología” es de uso reciente. Para los historiadores, la tecnología (o las técnicas) fue más bien un fondo implícito sobre el cual tenían lugar los acontecimientos que concertaban su atención.

La historia de la tecnología se suele confundir con la de los artefactos o procesos productivos. Pero al intentar historiar la tecnología en la Argentina, es necesario tener presentes las circunstancias económicas y políticas presentadas en otros capítulos de esta obra, y las ideas y actitudes reflejadas en los organismos y leyes que han influido en el desarrollo tecnológico nacional. De este modo se pondrá en relieve no sólo el carácter instrumental de la tecnología para los fines sociales, sino su carácter estructurante de la sociedad.

La Argentina no ha sido rica en creaciones tecnológicas originales, de modo que este capítulo trata, sobre todo, de la historia de las modalidades con que tecnologías creadas en otras latitudes fueron aplicadas en el país.

UN MARCO DE REFERENCIA

El desarrollo tecnológico de las culturas y naciones fue muy variado. Entre las causas de tales diferencias, se han invocado rasgos culturales y geográficos, así como condiciones económicas, políticas, climáticas, raciales y religiosas. El efecto conjunto de todos esos factores hizo que fuese Europa, y, dentro de ella, Gran Bretaña, la que tomase la delantera en el paso de una economía basada en la producción agropecuaria a otra cuyo fundamento era la manufactura. Aunque el proceso comenzó antes, se aceleró mucho a partir de comienzos del siglo XVIII.

Este proceso, la Revolución Industrial, fue un fenómeno de gran complejidad, con componentes tecnológicas, económicas, políticas y culturales. Prosperó con el capitalismo, el más dinámico y expansivo de los sistemas económicos conocidos. Junto con la competencia geopolítica y militar, fue la competencia comercial capitalista, basada en la continua innovación tecnológica, la que contribuyó mucho a los rápidos cambios en las sociedades occidentales.

Algunas innovaciones son más relevantes que otras. Las *innovaciones mayores* son las que abren cauces enteramente nuevos; pero

son las incontables *innovaciones menores* las que explotan dichos cauces y hacen que el proceso mismo de la innovación pueda difundirse. Una innovación mayor ocurre sólo una vez, pero si otros aprenden a emplear sus consecuencias con eficacia, adaptarla a las condiciones locales, encontrarle usos nuevos y aplicarla en situaciones novedosas, se genera un círculo virtuoso autosustentable. Quien lo logra, se incorpora al grupo de los países de *industrialización tardía*.

Los cambios tecnológicos rara vez consisten solamente en la introducción de artefactos antes desconocidos. Tanto o más importantes que aquéllos son los cambios estructurales concomitantes, como las modificaciones en la manera de estructurar el espacio y organizar la vida y, en especial, el trabajo de los humanos. La organización fabril, la geopolítica del petróleo y la estructuración del territorio por las carreteras son hechos tecnológicos tanto o más significativos que la invención del automóvil, que dio origen a todos ellos.

La Revolución Industrial dio a Gran Bretaña, donde comenzó, una ventaja económica y política inicial muy importante, pero que sólo duró unas décadas. La industrialización se extendió rápidamente a otros países de Europa y a los Estados Unidos, los que tardaron muy poco en ponerse a la altura de Gran Bretaña y en generar, a su vez, innovaciones mayores y a exportar los productos de su industria. Se generó así una fuerte rivalidad, que generó varias guerras, por los mercados y las fuentes de materias primas.

Las doctrinas económicas siguieron de cerca el desarrollo tecnológico. Gran Bretaña, que llevaba la delantera en la Revolución Industrial, propugnaba el libre cambio que la favorecía; los economistas alemanes, en cambio,

preferían ver protegida su naciente industria hasta que estuviese en condiciones de competir con éxito, cosa que logró bastante pronto.

Los países más atrasados fueron influidos de modos diversos, tanto económicos como militares. España, ajena a la Revolución Industrial, dominaba flojamente un enorme imperio, y era acosada militar e ideológicamente por Francia y el Iluminismo. Mientras los Estados Unidos avanzaban sobre su propio *hinterland*, Gran Bretaña se creaba uno propio, conquistando imperios milenarios como la India y ocupando zonas débilmente pobladas pero ricas en recursos como Australia. En ese escenario mundial se inicia la historia argentina moderna.

El intento británico de hacer pie en suelo argentino fracasó militarmente, pero no política ni mucho menos económica o tecnológicamente. Desde el último tercio del siglo XIX y con apoyo del capital británico, la Argentina se alineó plenamente con la vida económica internacional, aprovechando sus ventajas competitivas: la gran fertilidad de las inmensas pampas vírgenes. Para ello se incorporaron los capitales y los avances tecnológicos que permitiesen explotarla. Esta transformación, que puso a la Argentina en el mapa económico mundial, fue una verdadera *revolución tecnológica*, la más importante de toda la historia nacional. Aquí se la ha de llamar la "Revolución FF" por sus componentes principales: el ferrocarril y el frigorífico. Ella fue determinante para todo lo que siguió.

La "Revolución FF" tuvo otras componentes tecnológicas. El telégrafo era vital para el manejo del comercio intercontinental desde 1875. Además, se mejoraron las carnes por la importación de reproductores; se alambrió, se colocaron molinos de viento y tanques austra-

lianos y se formaron ingenieros agrónomos y veterinarios. De allí surge la fenomenal expansión de la "república agroexportadora", que gozó de cincuenta años —de 1880 a 1930— de crecimiento casi ininterrumpido, y cuyo impulso duró otros veinte o treinta años más.

Como consecuencia de la "Revolución FF", la Argentina de comienzos del siglo XX estaba en condiciones inmejorables para transformarse rápidamente en una nación moderna, a la altura de las más adelantadas del mundo. La manera de hacerlo hubiese sido la reinversión de parte de las enormes ganancias obtenidas en la implantación de una fuerte industria, para producir en el país los principales componentes de la economía dominante: equipamiento ferroviario, plantas de frío y una industria naviera. Sin embargo, ninguno de los sectores dominantes de la economía y del Estado manifestó interés alguno en un desarrollo estratégico de la industria, que creció sólo para suplir una demanda secundaria de bienes manufacturados sencillos.

LA OPULENTA ARGENTINA DEL CENTENARIO

En el primer centenario de la Revolución de Mayo, la capital de la República Argentina era una gran ciudad moderna, de más de un millón de habitantes, que contaba con una fuerte infraestructura tecnológica y todas las amenidades culturales. Tenía una red de 23.000 teléfonos, luz eléctrica, una fábrica de gas con su red de distribución urbana, agua corriente filtrada, cloacas, un servicio de bomberos, diecinueve hospitales (muchos de ellos financiados por las diversas comunidades extranjeras) y muchas calles empedradas. La red de tranvías llegó a contar con casi 900 kilóme-

tros de vías. Su electrificación comenzó a partir de 1897 y se completó en 1913. En ese mismo año se inauguró el primer ferrocarril subterráneo.

Había también una activa vida cultural que recibía casi todas sus inspiraciones de Europa. Había un zoológico, seis museos y ocho bibliotecas, y ya en 1900 se hacía cine con una cámara traída de Francia. El 72% de la población estaba alfabetizada, lo que era todo un récord mundial. En diciembre de 1914 se proyectó en la sala llena del Teatro Colón, que desde 1908 funcionaba en su edificio actual, la primera película cinematográfica de producción local, una versión teatral de la novela *Amalia*, muy aplaudida por los numerosos aficionados. La radio comenzó a operar a partir de unos entusiastas que montaron, en 1920, la transmisión de la ópera *Parsifal* de Richard Wagner desde el teatro Coliseo.

La formación de personal técnico para atender esta infraestructura, al principio fue asumida por sus propios operadores. Los ferrocarriles formaron a muchos de sus técnicos en sus propios talleres. Pero en los años del cambio de siglo se produjo un aumento en los esfuerzos del Estado en la formación de profesionales en diferentes ramas del quehacer tecnológico. En 1896, sólo ocho años después de la creación de la primera carrera de esa especialidad en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), la Universidad de Buenos Aires, de la cual desde 1869 egresaban ingenieros civiles (cuya primera camada había fundado la Sociedad Científica Argentina ese mismo año), comenzó la formación de ingenieros químicos. En 1897 se creó la que pronto sería la primera escuela industrial, la célebre "Otto Krause"; pero desde mucho antes se formaban ingenieros en varias universidades. Los prime-

ros doctores en Química egresaron de ella en 1901, y los primeros ingenieros industriales en 1922.

En 1895 se fundó el Centro Nacional de Ingenieros y en 1894, el Centro de Estudiantes de Ingeniería, "La Línea Recta", que aún existe. El primero publicó, desde 1897, la revista *La Ingeniería* y el segundo, a partir de 1900, la *Revista Politécnica*. En Córdoba y La Plata, los movimientos estudiantiles también editaban revistas de Ingeniería. En la misma época aparecieron instituciones tecnológicas sectoriales, como la Asociación Argentina de Electrotécnicos, que editó una revista desde 1913. En esos años se producía la aparición casi repentina de la electrónica, tecnología inédita que revolucionó las comunicaciones y dio trabajo al mundillo de los inventores. El interés por los nuevos descubrimientos y sus aplicaciones fue enorme, y en pocos años se generó un importante movimiento de radioaficionados, fuertemente estimulados por los diarios y revistas de la época. La bacteriología y la medicina experimental también tuvieron una temprana presencia. A comienzos de siglo, en el instituto que luego recibiría el nombre del doctor Carlos G. Malbrán, tempranamente se produjeron vacunas y sueros. En la misma época, Luis Agote introducía el uso del citrato de sodio como anticoagulante, haciendo posible las primeras transfusiones del mundo, usando sangre almacenada.

El vertiginoso crecimiento de la red ferroviaria —que se duplicó en diez años, pasando de unos 16.000 kilómetros en 1900 a alrededor de 35.000 en 1914— hizo bajar de semanas a días el tiempo necesario para recorrer el país en casi toda su extensión. Los ferrocarriles estructuraron el territorio y fueron árbitros de lo que acontecía en las regiones alejadas de la

zona central, la Pampa Húmeda y partes del Litoral. En diversos lugares del país se instalaron grandes talleres de mantenimiento. Sin embargo, no se generó una industria de material ferroviario. Hasta el carbón que consumían las locomotoras era británico, y lo único argentino eran los durmientes, aunque en algún momento se intentó construir vagones en Rosario. Las políticas tarifarias y la legislación vigente eran hostiles al surgimiento de una industria local que pudiese competir con las importaciones desde el Reino Unido. En efecto, los altos fletes ferroviarios, años antes, habían asfixiado una naciente industria petrolera en Jujuy y en Mendoza.

La ideología nacional era la de una "república de las vacas y las mieses". La mayoría de las abundantes inversiones iban a respaldar las actividades agropecuarias y a dar brillo a la ciudad de Buenos Aires. La ardiente defensa de la industrialización del país, hecha por Vicente Fidel López en la Cámara de Diputados en 1873 y por Carlos Pellegrini en 1876, había sido recibida con total indiferencia.

Ningún sector social poderoso apoyó los comienzos de la industria argentina para que su impulso tuviese éxito frente a los que preferían importar todos los productos manufacturados. Los frigoríficos eran la base de la economía agroexportadora, y el carácter monopólico del comercio de carnes congeladas perjudicaba a los invernadores. A pesar de eso, un intento de financiar un frigorífico con capitales argentinos, en 1901, fracasó por falta de interés o desconfianza de los potenciales inversionistas.

Desde 1897 empezaron a importarse automóviles. Casi enseguida se formó el Automóvil Club, y había muchos mecánicos aficionados. En 1921 se creó la primera línea de ómnibus, y

en 1928 aparecieron por primera vez los “colectivos”. La Argentina fue uno de los mejores mercados del mundo para la importación de automóviles desde la década de 1920, y en esa época consumía más derivados de petróleo que Francia. Era el único país usuario masivo de automóviles que no los producía.

La totalidad de las empresas que cubrían los servicios públicos modernos —electricidad, gas, teléfonos, tranvías eléctricos y el ferrocarril subterráneo— eran extranjeras; la mayoría de ellas, británicas, y algunas, alemanas. Las maquinarias y demás elementos eran importados, aunque necesariamente había talleres de reparaciones y mantenimiento a cargo de personal idóneo. Si bien los técnicos, empleados y obreros eran argentinos, los gerentes y oficiales superiores generalmente no lo eran.

Pero a pesar de las condiciones generalmente adversas, también se había ido formando una industria, cuya importancia era mayor que la que se suele reconocer. A pesar de que el debate que contraponía la industrialización a la profundización del esquema liberal del reparto internacional de las tareas productivas había sido zanjado definitivamente a favor de éste, había muchos artículos cuya importación no resultaba práctica. Cuando, en 1884, capitales británicos fundaron la Fábrica Argentina de Alpargatas, ésta era una de las mayores del mundo en su ramo. Ya en 1888, en Buenos Aires había cinco grandes fundiciones y se fabricaban máquinas agrícolas e hidráulicas. En 1890 comenzó a operar la cervecería Quilmes, de Otto Bemberg, a quien pronto Rigolleau comenzó a proveer de botellas. En 1901 se fundó la industria lechera de La Martona y se instalaron molinos de harina (más tarde propiedad de la tradicional empresa Molinos del Río de la

Plata) y elevadores de granos en el puerto de Buenos Aires, inaugurado unos años antes.

El censo industrial de 1908 registraba más de diez mil talleres y fábricas, aunque la gran mayoría de los obreros trabajaba en unas pocas empresas de gran tamaño. Estas industrias ocupaban a miles de obreros y crecían con rapidez. La fuerza motriz consumida por esos establecimientos se quintuplicó entre 1904 y 1908, y el total de 74 megavatios de ese año ya representaba una potencia instalada bastante respetable.

Las fuentes de las tecnologías empleadas por estas industrias fueron dos. Los inversionistas (la mayoría, ingleses) importaban sus maquinarias; pero, a su lado, hubo muchos aportes hechos por los artesanos, obreros y profesionales inmigrantes, que fundaron talleres e industrias. En ellas se trabajaba de forma artesanal; a veces producían sus propias herramientas o máquinas. Pero aun las máquinas importadas fueron adaptadas a las condiciones imperantes en el país, lo que implicó un importante trabajo de innovación tecnológica. Las materias primas eran diferentes, los operarios tenían otra mentalidad y el mercado de consumo era más chico y tenía otro nivel de exigencia. Ése fue el tipo de aporte tecnológico más significativo hecho en la Argentina, que fue tan importante que marcó todo el peculiar proceso de desarrollo tecnológico de la industria nacional.

La adaptación creativa de tecnologías a la realidad local —con el consiguiente aprendizaje tecnológico e innovación en los detalles— fue la vertiente más constructiva de la habilidad y la “viveza criolla”. El empresariado era conservador y reactivo a los riesgos, pero gran parte del personal técnico era ingenioso e innovador. Esta tendencia a la improvisación

continuó incluso mucho más tarde, cuando comenzó la importación de plantas de producción por parte de empresas multinacionales. Nunca era posible hacer que esas plantas operasen como lo hacían en sus países de origen, y algo siempre se aprendió al hacerlas funcionar.

LOS LÍMITES DEL SISTEMA

A pesar de varias crisis, el sistema agroexportador funcionó sin grandes tropiezos hasta 1914. La Primera Guerra Mundial dificultó las importaciones, lo que produjo un gran auge de la producción industrial local. La Argentina se vio obligada a satisfacer muchas de sus propias necesidades de productos manufacturados, y demostró que podía hacerlo. La industria comenzó a florecer. Por primera vez se lavó la lana, en vez de exportarla sucia. La producción de textiles, petróleo y maquinarias aumentó en proporciones importantes. Sin embargo, la desconfianza de los consumidores a la industria nacional era tal que a veces los productos se vendían bajo falsas marcas extranjeras. Cuando se normalizaron las comunicaciones con Europa, esta industria no pudo competir en precio ni en calidad, languideció y fue anegada bajo la renovada marea de productos importados.

En 1924 se promulgó una ley que obligaba a identificar los productos argentinos con la seña "Industria Argentina", y se propuso que las compras del Estado tuviesen en cuenta la producción nacional; pero estas normas no se cumplieron con mucho entusiasmo. El centro de gravedad de la economía y del poder en la sociedad argentina seguía estando en el agro.

En la misma época, sin embargo, había gente interesada en el progreso de la tecnología. En 1922 se fundó un Círculo de Inventores, sucesor de la Sociedad de Inventores Argentinos creada en 1910. Sus miembros propusieron muchas ideas, pero nunca lograron ser escuchados por los industriales, que preferían mirar hacia afuera. De hecho, muy pocos inventos argentinos tuvieron éxito, y algunos lo tuvieron sólo fuera de las fronteras. Uno de los precursores del helicóptero, R. Pateras de Pescara, comenzó sus trabajos en la Argentina, pero sólo se hizo conocer en Europa. En cambio, el uso del sistema de lectura de las impresiones digitales, inventado por Juan Vucetich en 1901, se generalizó; el "colectivo", introducido en 1928, también fue exitoso. Ya se mencionó el uso de la sangre citratada en la transfusión sanguínea por Luis Agote, y el cirujano Enrique Finochietto inventó muchos instrumentos quirúrgicos cuyo uso se generalizó. El bolígrafo ("birome"), que data de la década de 1940, fue invento de un ciudadano húngaro refugiado en la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, el modelo de automóvil Torino se consideró una verdadera innovación exitosa.

Aunque el mercado interno no dejaba de crecer y, con él, el valor de la producción industrial, esta industria primaria no generó un dinamismo económico suficiente para motorizar un verdadero desarrollo industrial. Sus aspiraciones eran limitadas. No tuvo una tendencia expansiva ni innovadora, sino que sólo pretendía complementar o sustituir las importaciones. Estaba dirigida al mercado interno y rehuía la competencia; pero, a pesar de esas limitaciones, el valor de la producción total argentina se triplicó entre 1924 y 1940, y gran parte de este aumento correspondió a la industria.



Torcuato Di Tella en 1920.

En varias de las principales actividades industriales argentinas de las primeras épocas, durante décadas no se hicieron inversiones para actualizar la tecnología usada. Las instalaciones se usaron hasta su obsolescencia y agotamiento totales, haciendo un mantenimiento mínimo, con tal de que siguiesen produciendo ganancias. Después, muchas de ellas fueron simplemente abandonadas. Para colmo, frecuentemente el Estado mantuvo en funcionamiento estas industrias obsoletas para evitar los problemas sociales que hubiese ocasionado su cierre. También hubo situaciones de corrupción, como aquellas asociadas a la industria frigorífica y las concesiones eléctricas, que generaron los escándalos que estallaron en la década del treinta. Este tipo de políticas estuvo en la base de muchas de las decisiones que condujeron al país a la situación que hizo crisis en épocas recientes.

Un ejemplo de historia empresarial que ilustra un paradigma diferente es el de SIAM. Su creador, en 1911, fue un inmigrante italiano, Torcuato Di Tella. SIAM, cuyo nombre completo era "Sociedad Industrial Americana de Maquinarias" (o también "Sociedad Italiana de Amasadoras Mecánicas"), se inició colocando en el mercado una máquina de desarrollo propio para amasar pan, en un momento especialmente oportuno. Di Tella fue un empresario dinámico, con algunos conocimientos técnicos, que supo aprovechar, para bien del país y no sólo de su empresa, su relación con el general Enrique Mosconi, con el que compartía el ideal de una Argentina industrializada y autónoma. En los años veinte, en pleno auge del automovilismo, comenzó a fabricar surtidores de nafta, y en los años treinta fue uno de los puntales de la industrialización por sustitución de importaciones, fabricando motobombarderos, lavarropas y heladeras eléctricas bajo licencias extranjeras. Luego, usando tecnología inglesa, creó la única industria automotriz de capital nacional con que contó la Argentina, la que tuvo un importante impacto en el mercado, pero también terminó por desaparecer. Otro de sus éxitos comerciales fue una motoneta fabricada desde 1952, con tecnología italiana. Sin embargo, SIAM no generó tecnologías propias y no logró dar el salto necesario para modernizar la gestión de su enorme y poco eficiente estructura. En 1971 pasó al control del Estado, y allí fue víctima de una combinación de su propia ineficiencia y del cambio en la política oficial a partir de 1976. A esto se sumó la negativa de los ferrocarriles y de la empresa de gas (ambos en la órbita del Estado) a comprar materiales a una empresa de ese mismo Estado. Después de unos intentos de privatización, la empresa desapareció en los años ochenta.

Otro tipo de historia empresarial es la de Industrias Metalúrgicas Pescarmona S.A. (IMPESA), empresa fundada en Mendoza, en 1915, para fabricar equipos para la industria del vino. Esta empresa estuvo al borde de la desaparición en los años treinta, pero en la actualidad es uno de los ejemplos más destacados de empresa innovadora y dinámica que logró tener presencia internacional.

En la Pampa Húmeda, el agro fue evolucionando hacia una economía mixta, con un continuo avance de la agricultura sobre la ganadería. Esto impulsó el poblamiento del campo y, más tarde, su tecnificación, al tiempo que los frigoríficos fueron perdiendo su carácter de sector dinámico de la economía. Pero al mismo tiempo, se fue alcanzando el límite geográfico de la zona más fértil, que podía ser cultivada eficazmente sin mayores aportes tecnológicos.

El estallido de la Primera Guerra Mundial produjo escasez de mano de obra, lo cual impulsó una naciente industria de implementos y maquinarias agrícolas. Gran parte de ésta se radicó en la zona agropecuaria misma, en especial, el sur de Santa Fe. Entre los censos agropecuarios de 1914 y 1937, la cantidad de sembradoras se triplicó, y la de cosechadoras se multiplicó por cinco. Luego, cuando se produjo el fuerte crecimiento de la industria a partir de la crisis de 1929, la población reflujo hacia las ciudades y se produjo una nueva escasez de trabajadores y un nuevo impulso hacia la tecnificación agraria, que no apuntó a mejorar los rendimientos, sino sólo a ahorrar mano de obra.

En la década de 1920 a 1930 ocurrieron dos fenómenos independientes entre sí, que condujeron a la crisis definitiva del modelo agroexportador pampeano, de tanto éxito durante medio siglo. La crisis mundial de 1929

produjo una evidente contracción de los mercados tradicionales y muchos países adoptaron políticas proteccionistas. La Argentina abandonó el patrón oro, que había permitido una economía totalmente abierta, y produjo un cambio total de política, en correspondencia con la ruptura institucional de 1930.

Pero esta crisis abierta y evidente contribuyó a disimular una crisis interna del sistema económico argentino, que era más grave que aquélla porque no era coyuntural, sino estructural: el modelo económico en que se había basado la prosperidad argentina había alcanzado sus límites naturales. Producida la revolución tecnológica "FF", el fenomenal progreso de la economía argentina hasta ese momento se había basado en poco más que la mera expansión geográfica de las zonas explotadas hasta ocupar toda la extensión de mayor fertilidad; no había un proceso de genuino desarrollo basado en el aumento de la productividad. A pesar de que en ese período se produjo una diversificación de la producción agraria con la incorporación de las especies oleaginosas, el agro fue entrando en un largo período de estancamiento, durante el cual la producción casi no creció, aunque seguía siendo la única fuente de divisas del país.

Mientras tanto, en otras latitudes se introducían nuevas tecnologías y se desplazaba a la Argentina de muchos de sus mercados. Este proceso también incluyó un paulatino deterioro de la principal riqueza argentina, el suelo mismo. La pampa comenzó a erosionarse y perder productividad. La participación argentina en el comercio mundial de productos agrarios descendió del 60% en la preguerra a menos del 10 por ciento.

Las señales premonitorias de este fenómeno no fueron advertidas. Muy pocas fueron las

voces que abogaron por una industrialización del país, por una explotación de sus riquezas mineras o pesqueras, o por una simple modernización del campo. El radicalismo, aunque tenía inclinaciones nacionalistas que se manifestaron en el desarrollo de la industria petrolera estatal y un intento de lograr el monopolio estatal en esa industria estratégica, no tuvo una verdadera política industrialista. Prefirió seguir la tradición de negociar con los británicos, como en ocasión de la misión D'Abernon, en 1929, que prefiguró el pacto Roca-Runciman de 1933. Sin embargo, durante la presidencia de Alvear se realizaron negociaciones con el Paraguay para explotar la energía hidroeléctrica de los grandes ríos, un proyecto que aún debió esperar su realización durante décadas.

LA CRISIS DE LOS TREINTA Y LA INDUSTRIALIZACIÓN POR SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES

Toda la política liberal argentina, vigente desde hacía décadas, cambió totalmente a raíz de la crisis mundial. El mercado comprador de los productos agrarios argentinos se cerró, faltaron las manufacturas de origen extranjero y se comenzó a hacer un esfuerzo importante para disminuir la vulnerabilidad argentina ante las políticas proteccionistas en los países más desarrollados. Esto también estimuló la sustitución de las importaciones con una producción industrial propia.

El pacto Roca-Runciman aseguró a los ganaderos argentinos la salida de sus productos al mercado británico por unos años más. Pero, al mismo tiempo, ligaba las importaciones a la producción industrial británica, cerrando las puertas a los demás países industriales, perju-

dicando muy especialmente a los intereses estadounidenses. Los Estados Unidos enfrentaron esta política fomentando las inversiones norteamericanas en actividades industriales destinadas al mercado interno. Se importaron equipos, partes, materias primas y patentes, basadas, por supuesto, en tecnologías de sus propias casas matrices.

En 1940, esta relación se formalizó mediante la creación de la Corporación Argentina para la Promoción del Intercambio, una sociedad anónima de finalidades industrialistas, cuyos estatutos incluían como propósito la realización de investigaciones y mejoras en los procesos industriales. Las ventajas cambiarias concedidas a esta corporación privada y su personería jurídica fueron anuladas al nacionalizarse el Banco Central y al centralizarse las operaciones de cambio, semanas antes de asumir el gobierno el peronismo en 1946. Sus bienes fueron luego incorporados al Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI).

El aporte extranjero no se proyectó al mercado internacional y, en cambio, se adaptó al atraso tecnológico y la falta de economías de escala, las dos lacras permanentes de la industria argentina. Las empresas extranjeras frecuentemente traían al país maquinarias obsoletas, que los sistemas de promoción vigentes les permitían contabilizar como aportes de capital. Por otro lado, el reducido mercado argentino no permitía que se aprovecharan enteramente las escalas óptimas de producción en la mayor parte de los casos. Es trágico observar que, cuando se establecieron políticas activas de apoyo a la industria, éstas paradójicamente contribuyeron a reforzar los aspectos negativos de la industria local en vez de dinamizarla.

Mientras tanto, el agro permanecía en una fase de estancamiento que recién comenzaría

a revertirse en los años setenta, que vieron una nueva revolución tecnológica en el agro. Las propiedades se reagruparon en nuevas unidades económicas, se introdujeron variedades de semillas híbridas que permitieron mejorar los rendimientos y que también facilitaron el avance de los límites geográficos de muchos cultivos más allá de la pampa húmeda. También se introdujeron nuevas tecnologías de cultivo, como la siembra directa, el riego por aspersión y la aplicación de agroquímicos en gran escala, superando el secular mito de la infinita fertilidad de los suelos pampeanos, cuyo deterioro ya era importante.

Lo más notable de esta renovación fue tal vez la introducción de varias especies nuevas, la más importante de las cuales es la soja, cuya posición entre la producción exportable es hoy dominante. Todo este cambio condujo a privilegiar los cereales y las oleaginosas y algunos de sus derivados industrializados, como los principales productos de exportación. Esto se aceleró enormemente a partir de las reformas económicas de comienzos de los años noventa.

En cuanto a la industria, en contra de la creencia popular, en términos absolutos y relativos creció en forma continuada desde sus comienzos. Su participación en el producto bruto interno llegó a un máximo de algo menos del 30% durante los años sesenta, pero ha disminuido a partir de mediados de los años setenta.

La industria local —sobre todo, la de bienes de consumo durables, la industria química y algunas ramas de la metalmecánica— creció vigorosamente durante los años treinta. Entre 1935 y 1946, tanto el número de establecimientos fabriles como la cantidad de obreros que éstos empleaban, se duplicó y no sólo creció la producción industrial total (aunque sólo en el

62%, lo cual indica una pérdida de producti-

vidad) sino que también empezaron a hacerlo las exportaciones industriales, que crecieron del 3% al 14,4%.

De los años treinta data la creación de varias de las empresas industriales tradicionales del país, muchas de las cuales aún existen; entre ellas, varias de la industria farmacéutica nacional. No es fácil determinar su aporte tecnológico genuino.

El crecimiento industrial motivó algunas decisiones estratégicas, como la de la creación, en 1935, del Instituto Argentino de Racionalización de Materiales (IRAM), formado como organismo independiente por todos aquellos interesados en fijar las normas técnicas por las que habría de guiarse la creciente industria. El IRAM fue el primer organismo de su tipo en Latinoamérica.

Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial torció esta tendencia, al cortar la posibilidad de importar las maquinarias e insumos necesarios para seguir expandiendo y modernizando la industria. Si bien la producción industrial siguió aumentando, al no poder importar insumos vitales ni renovar maquinarias, empeoró la calidad y la ineficiencia de la industria en la segunda mitad de la década del cuarenta. Así se dio la circunstancia de que, al finalizar la guerra, la Argentina tenía una industria que aportaba un valor agregado que ya era superior al de los rubros agropecuarios tradicionales, pero que tenía serios problemas operativos por la obsolescencia y el desgaste de sus equipos fabriles.

Las políticas económicas del peronismo agravaron esta dificultad. Algunas medidas produjeron el agotamiento de las reservas acumuladas durante la guerra; y el masivo traspaso de fondos del agro a la industria —producido por las políticas del IAPI— condujo a la

disminución de los ingresos de divisas por las exportaciones agrarias. Estos factores —además de cierto boicot instaurado por los Estados Unidos, debido a la postura neutralista del gobierno argentino— hicieron más difícil el reequipamiento, pero dieron un estímulo adicional indirecto a la industria nacional y al aporte tecnológico, ya que ahora había que intentar producir localmente también los bienes de producción. Al mismo tiempo, la política distributiva del ingreso incrementó grandemente la demanda interna. Se produjo así un constante aumento de la producción industrial y de la cantidad de obreros industriales, aunque disminuyó su productividad. En ese período también hubo una política financiera tendiente a fomentar, no sólo la industria, sino también la generación local de tecnología. El Banco de Crédito Industrial (llamado, más tarde, Banco Industrial y luego, Banco Nacional de Desarrollo), creado en 1944 para apoyar la industria nacional, entre 1949 y 1951 ofreció brevemente una línea de créditos para la creación tecnológica, según criterios modernos de organización industrial y de economías de escala. Pero estas políticas de apoyo al desarrollo tecnológico pronto se abandonaron. El Banco volvió a tener un papel positivo en el apoyo a la industria en la regulación de la importación de tecnología en los años setenta.

Desde los años cincuenta, muchas empresas trajeron al país fábricas enteras, intensificando una tendencia que ya había comenzado en los treinta. Con muy pocas excepciones, estas empresas recibieron el grueso de su aporte tecnológico desde el exterior. En muy pocos casos se instalaron localmente departamentos de investigación y desarrollo (“I+D”) para hacer cambios menores de productos o líneas de producción para adaptarlas a los gustos de los

consumidores locales o a ciertas características de los insumos empleados.

La manera de operar de esta industria siguió las pautas ya mencionadas. Hubo un gran despliegue de inventiva e imaginación para reemplazar insumos, hacer adaptaciones, rediseños y reciclados de maquinarias, una verdadera sobreutilización de los recursos, que incluyó un aporte tecnológico genuino para adaptar la producción a la demanda. Por otra parte, el mercado de consumo era ávido y poco exigente, y ni los consumidores ni los organismos del Estado requirieron de la industria eficiencia ni calidad. Hasta se instrumentó una línea de productos populares baratos, prontamente ridiculizados por la oposición: los productos “Flor de Ceibo”.

El país necesitaba con urgencia tractores, camiones, vehículos utilitarios y también automóviles. Las experiencias de las Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME), vinculadas a la incipiente industria aeronáutica de Córdoba (de la que se tratará luego), hacían posible la instalación en esa provincia de una importante industria mecánica. Así, en IAME se desarrollaron varios vehículos originales: la camioneta Justicialista, el muy exitoso utilitario Rastrojero, la moto Puma y el sedán Graciela.

En el período de la ley de radicación de capitales extranjeros de la segunda etapa del peronismo, la empresa Fiat, que ya importaba tractores desde 1951, empezó a fabricarlos en Córdoba en 1954. La industria automovilística quedó a cargo de Kaiser, una empresa estadounidense de segunda línea que constituyó Industrias Kaiser Argentina (IKA) y aportó maquinaria, matrices y tecnologías que ya eran obsoletas en su país y estaban amortizadas en 1954. Pero, obsoletos o no, la Argentina



Un horno de colada continua de la planta de SOMISA en San Nicolás. *El país de los argentinos.*

empezó a producir en 1954 la camioneta Estanciera y el lujoso automóvil Kaiser Carabela.

En el mismo año se consolidó otro sector de la industria nacional de base: se comenzó a producir tubos de acero sin costura en Campana. El gasoducto Comodoro Rivadavia - Buenos Aires, la obra de infraestructura más importante realizada durante el peronismo, aún se hizo con tubos importados, pero poco después el país contaba con tubos de fabricación nacional, aunque con tecnología italiana. En el mismo año 1954, también comenzó a levantarse la planta de laminados de la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina (SOMISA), en San Nicolás; pero la primera colada de acero fabricado allí debió esperar seis años más. SOMISA formaba parte del proyecto siderúrgico del general

Manuel Nicolás Savio, e integraba a la Argentina con Bolivia y Paraguay. Cuando se privatizó, en 1991, su tecnología era anticuada y no soportaba la competencia de la más moderna tecnología de reducción directa.

La petroquímica argentina comenzó en los años cincuenta, de la mano de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), aunque su despegue comercial sólo se produjo en los setenta. En su propia Dirección de Investigación y Desarrollo, YPF desarrolló tecnologías petroquímicas al ritmo de la industria mundial. Más tarde se volvió a mostrar que los investigadores de YPF no iban en zaga a los avances internacionales en varias ramas de la tecnología petrolera, inclusive las de exploración, perforación y explotación de pozos.

PETRÓLEO Y POLÍTICA

Largos períodos de la historia argentina del siglo XX están marcados por los vaivenes de la política petrolera, siempre vinculada a la participación extranjera en esta industria fundamental. Los primeros intentos de explotar el petróleo argentino fueron muy tempranos. Sólo seis años después de la perforación del primer pozo petrolífero en los Estados Unidos, en 1865, se destilaba kerosene en Jujuy. Este intento fracasó porque las altas tarifas ferroviarias impidieron que el producto llegase a los centros de consumo. En 1886 se perforaron casi treinta pozos en Mendoza, se extrajo petróleo durante cinco años, se construyó el primer oleoducto del país y se intentó construir una destilería. Pero esos esfuerzos también languidecieron a los pocos años. Los ferrocarriles siguieron usando carbón británico hasta fines de los



La planta IKA-Renault, de automotores, en pleno trabajo. *El país de los argentinos.*

años veinte, aunque en el mismo período, ellos mismos crearon una empresa para la explotación petrolera.

El descubrimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia, en 1907, condujo al fuerte involucramiento del Estado en el negocio petrolero, que hasta entonces había sido puramente privado. El gobierno creó importantes reservas fiscales que condujeron rápidamente a trabajos de exploración y de explotación, y ya en 1913 se inauguraba la primera destilería, que llevaba su producción por mar a Buenos Aires. Desde 1916, en Comodoro Rivadavia operaron también dos empresas privadas de capital nacional. La tecnología era aún bastante artesanal, y los técnicos argentinos, y sus colegas polacos traídos al país con esa finalidad, hicieron aportes relevantes.

A partir de fines de la Primera Guerra se produjo una enorme expansión de la industria petrolera mundial, por su creciente importancia estratégica. Se creyó entonces que los yacimientos argentinos eran muy ricos, y las principales empresas extranjeras comenzaron a operar con tecnología propia en diferentes regiones petroleras del país. A la vez, trataban de influir sobre su política.

A pesar de esta influencia extranjera y las consiguientes presiones diplomáticas, durante décadas la presencia dominante en el panorama petrolero argentino fue la empresa petrolera estatal YPF, creada como dependencia del Ministerio de Agricultura en 1922 por el presidente Yrigoyen. Durante gran parte del siglo XX, el complejo juego entre YPF, el Estado nacional y las empresas petroleras multi-

nacionales fue uno de los temas básicos de la política argentina, que vaciló permanentemente entre los límites de un monopolio estatal (que nunca existió) y una total libertad de empresa que se estableció en 1991, al privatizarse YPF.

La figura más destacada de los primeros tiempos de YPF fue el general Enrique Mosconi, director general de la empresa desde su creación hasta el golpe de Estado de 1930. Mosconi bregó por la supremacía estatal en la industria del petróleo, aunque no fue partidario de su nacionalización, por las enormes inversiones necesarias para una exploración y explotación adecuada del recurso.

A instancias de Mosconi, en 1929, YPF y la Universidad de Buenos Aires crearon conjuntamente el Instituto del Petróleo, para capacitar a técnicos argentinos en la tecnología de exploración, extracción y refinamiento del petróleo. En 1942 se creó la Dirección de Investigación y Desarrollo de YPF, en Florencio Varela, que de inmediato obtuvo logros significativos, como la fabricación de trépanos con carburo de tungsteno ("widia") y la producción de plomo-tetraetilo, usado para mejorar el rendimiento de las naftas. También desarrolló la primera planta petroquímica de América Latina, la fábrica de isopropanol de Campana. En 1950, YPF gerenció la construcción del primer gasoducto de Comodoro Rivadavia a Buenos Aires, gracias al cual gran parte de la población comenzó a abastecerse de gas natural, cuando éste aún era poco usado en el mundo entero. Durante casi cincuenta años, la Dirección de Investigación y Desarrollo de YPF hizo aportes a todas las etapas de la tecnología del petróleo, aunque para imponer su uso debía luchar contra la misma administración de YPF. Finalmente, la Geren-

cia de Investigación y Desarrollo fue desmantelada en 1991, poco antes de la privatización de la empresa.

LOS MILITARES Y EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

De la misma manera que el petróleo recuerda al general Mosconi, el comienzo de la siderurgia en la Argentina está asociado al general Manuel Savio. El hecho de que se trate de militares, obliga a hacer aquí un paréntesis para analizar la influencia de las Fuerzas Armadas en el desarrollo industrial y tecnológico del país. Desde siempre, lo militar desempeñó un papel dinamizante sobre la evolución tecnológica. Muchas de los desarrollos financiados por los presupuestos militares luego se aplicaron a la industria civil, dando un gran impulso al desarrollo tecnológico general. Algo de eso también ocurrió en la Argentina, aunque con características propias.

Desde las últimas décadas del siglo XIX hubo, en las Fuerzas Armadas argentinas, quienes vieron la tecnificación de la guerra como evolución lógica, inevitable y hasta deseable. El telégrafo ya había desempeñado un papel en la Campaña al Desierto, y los militares empezaron a interesarse por la electrotecnia y la química. En 1886 se había creado la Escuela de Ingenieros Militares, una cooperación entre la Universidad de Buenos Aires y el Colegio Militar fundado años antes por Sarmiento. En 1895 fue nombrado ministro de Guerra y de Marina Guillermo Villanueva, un ingeniero militar de mucha experiencia en el diseño de ferrocarriles, puertos y carreteras.

También la naciente aviación suscitó gran interés entre los militares argentinos, y ya en



La planta siderúrgica General Savio, provincia de Jujuy.

1920 se institucionalizó la aeronáutica militar, bajo la dirección de Enrique Mosconi, el mismo que es recordado como impulsor del desarrollo petrolero nacional.

La Primera Guerra Mundial creó una aguda conciencia de la extrema dependencia del país de la situación internacional. Irónicamente, cuando terminó, el mercado se inundó con armas sobrantes de la guerra, que se compraron por poco dinero, lo que desestimuló una vez más el desarrollo industrial del país en el ámbito de su defensa como en todos los demás. La misma situación se repetiría más tarde, después de la Segunda Guerra.

La formación de un ejército moderno y su intromisión en el poder político en 1930 llevaron a un replanteo de las funciones de las Fuerzas Armadas. En un país tan vulnerable y de-

pendiente del exterior, la defensa nacional no se agotaba en los aspectos "militares". No se podía hablar de soberanía nacional si no se procuraba independizar al país desde el punto de vista de su infraestructura. Tal era el concepto de la "Movilización Industrial", expuesta en 1933 por Manuel Savio, creador, en 1933, de la Escuela Superior Técnica del Ejército. La Escuela fue un centro de difusión de la idea de que era necesario desarrollar una base industrial pesada. Así, en 1936, se crea la Dirección General de Material del Ejército, y en 1937, el Cuartel Maestre General, una de cuyas funciones era fomentar el desarrollo de ciertas ramas de la industria.

Ya en 1935 se había instalado una Fábrica Militar de Aceros, que creció hasta producir una parte sustancial del acero fabricado en el país. En 1941 se constituye la Dirección Gene-

ral de Fabricaciones Militares, dirigida también por Savio, cuyos primeros productos, como el tanque Nahuel, no fueron precisamente éxitos tecnológicos. Savio mismo era bastante pesimista acerca de las posibilidades de desarrollar una industria de alto nivel en la Argentina. A pesar de eso, en 1943 funda los Altos Hornos Zapla, en Jujuy; y en 1947 logra la sanción de la ley conocida por su nombre (ley 12.987), que definía el Plan Siderúrgico Argentino. El acero, en esa época, se consideraba como símbolo del desarrollo industrial de una nación.

Zapla, la primera fábrica argentina de arrabido, estaba hecha de manera casi improvisada, con elementos recuperados de varios sitios; pero su primera colada, en 1945, fue saludada como un verdadero hito en la historia nacional.

La Ley Savio preveía la instalación de varias fábricas de armas, algunas de las cuales se concretaron; pero la producción nacional se limitó a productos de tecnología relativamente sencilla, como armas convencionales, explosivos, etc. En cambio, entre 1946 y 1948, los materiales militares más sofisticados se compraron en los Estados Unidos, en conjunción con la instalación de una misión permanente de asesoramiento militar de ese origen. La oferta de materiales de rezago de la guerra a bajo precio, amén de las presiones políticas, resultó irresistible una vez más.

Esta situación se repitió en varias ocasiones, aunque las Fuerzas Armadas aún mantienen varios institutos de investigaciones, como el Centro de Investigaciones Tecnológicas (CITEFA), el Servicio Naval de Investigación y Desarrollo (SENID) y el Instituto de Investigaciones Aeronáuticas. Estos institutos han hecho algunos desarrollos que podrían ser sig-

nificativos para una industria de la defensa nacional. Por ejemplo, en CITEFA se comenzó a experimentar con láseres en los años 1960, y allí también se hicieron trabajos relacionados con la tecnología de cohetes y se llegó a construir y probar motores. Sin embargo, los conocimientos tecnológicos allí obtenidos no fueron luego empleados en el proyecto Cóndor II, el misil de alcance medio, de la Fuerza Aérea, desmantelado totalmente en 1990, y cuyo aporte tecnológico propio era muy reducido. Algunos proyectos militares llegaron al nivel de producción industrial, aunque su competitividad comercial era dudosa y el aporte tecnológico propio, escaso. Ejemplos de ello son el Tanque Argentino Mediano (TAM) en los años ochenta, y la fábrica de submarinos del Astillero Domecq García.

Dentro de la visión tecnológica estratégica de algunos integrantes de las Fuerzas Armadas, se enmarcaba la creación, en 1928, de la Fábrica Militar de Aviones, en Córdoba. En ella ya se fabricaban aviones y motores de aviación en los años treinta y en 1947 fue capaz de construir uno de los primeros aviones de propulsión a reacción, el Pulqui II, en una época en que dicha forma de propulsión estaba aún en sus primeras etapas en todo el mundo. El director de este proyecto fue el alemán Kurt Tank, que se fue del país en 1949. Después, se desarrollaron otros cuatro modelos del Pulqui II, hasta que el proyecto fue archivado en 1959. En esa época, la aeronáutica era un sector industrial muy dinámico y estaba comenzando a prosperar en los países más desarrollados. En 1958, en cambio, la Fuerza Aérea optó una vez más por equiparse en el exterior.

La Fábrica Militar de Aviones, rebautizada sucesivamente Instituto Aerotécnico, Industrias Aeronáuticas y Metalúrgicas del Estado

(IAME), Dirección Nacional de Fabricaciones e Investigaciones Aeronáuticas (DINFIA) y Área de Material Córdoba (AMC), desarrolló varios modelos de aviones y también realizó proyectos interesantes en cohertera, construyó varios modelos de cohetes-sonda, demostrando claramente la capacidad de los ingenieros y técnicos aeronáuticos argentinos. Fue un centro significativo de desarrollo tecnológico que llegó a producir pequeñas series de algunos aviones, como el Pucará y el Pampa. Sin embargo, nunca llegó a constituir una verdadera industria aeronáutica de relevancia económica. El Área Material Córdoba fue finalmente privatizada en los años noventa, y ahora funciona como taller de mantenimiento de aviones de una empresa extranjera.

LA "GRAN CIENCIA" LLEGA A LA ARGENTINA

La revolución tecnológica actual comienza con la aplicación en gran escala del conocimiento científico como fundamento para el desarrollo tecnológico. Ésa es la novedad de la tecnología contemporánea y la razón de su enorme dinamismo.

La importancia de la ciencia para el desarrollo tecnológico fue creciendo cada vez más desde los comienzos de la Revolución Industrial. Pero fue durante la Segunda Guerra Mundial que esta tendencia tomó impulso de la mano del Estado. El primero de sus grandes éxitos fue el desarrollo de las armas nucleares, pero posteriormente este esfuerzo contribuyó al desarrollo económico pacífico, en el contexto de la fuerte competencia estratégica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Al mismo tiempo, nace así la conexión de la ciencia con la política, y no sólo con la tec-

nología: aparecen las "políticas científicas". El Estado comienza a apoyar fuertemente el desarrollo científico y tecnológico. Los mayores logros tecnológicos del último medio siglo fueron y son aún financiados por fondos públicos, incluso en los países menos "estatistas" del mundo.

El ingreso de la Argentina al grupo de países que tenían una "política científica" ocurrió en la segunda mitad de la década de 1950, con la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). El interés oficial por la energía nuclear había comenzado algunos años antes. Sin embargo, la existencia de tales políticas en ausencia de una estructura productiva que las sustentase, hizo que el desarrollo tecnológico de la Argentina no siguiese los pasos de los países desarrollados. De tal modo, el país posee una importante estructura científica y sus investigadores han ganado dos premios Nobel en ciencias, pero esos resultados no se han transmitido masivamente al aparato productivo nacional, como lo hicieron en los países más industrializados.

Al fin de la Segunda Guerra, los aliados capturaron parte de los especialistas alemanes y les ofrecieron brillantes condiciones de trabajo. También la Argentina logró traer al país algunos técnicos, pero su intervención se limitó a ciertos proyectos de alta visibilidad. Los "tecno-inmigrantes" que adquirieron alguna relevancia en la Argentina, aunque por razones muy distintas, fueron dos: Ronald Richter y Kurt Tank. La historia de Richter es conocida: en 1948, este ingeniero nacido en Praga logró convencer al presidente Perón de que podría desarrollar en la

Argentina un reactor nuclear de fusión, un objetivo que aún hoy está lejano en el mundo entero. El resultado fue un previsible fracaso, a pesar de que, en marzo de 1951, Perón hubiese anunciado al mundo falsamente su éxito: la Argentina "había logrado" el control de la reacción que da energía al sol. Esto creó descreimiento en el mundo, pero alertó acerca de la posibilidad de que un país como la Argentina pudiese hacer desarrollos importantes en forma autónoma. La Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), creada poco tiempo antes, tomó el control de las instalaciones del proyecto de Richter en la isla Huemul, cerca de Bariloche, no lejos de las cuales se instaló en 1955 el Instituto Balseiro, centro de excelencia internacional en física e ingeniería nuclear hasta hoy.

La historia de Kurt Tank es menos conocida. Tank era un ingeniero aeronáutico alemán, pionero en el desarrollo de aviones con propulsión a reacción. A diferencia de Richter, Tank tenía sobrados antecedentes para encabezar un proyecto serio de desarrollo aeronáutico, y, como se ha visto, lo concretó.

Estos dos episodios, el nuclear y el aeronáutico, muestran la relación profundamente ambigua de Perón, y de los militares argentinos en general, con la ciencia y la tecnología. En general, admiran a ésta sin tener en cuenta la real capacidad del país y, en cambio, manifiestan una gran suspicacia frente a los científicos.

LAS EMPRESAS, EL DESARROLLO TECNOLÓGICO Y EL ESTADO

La industria nacional creció con graves debilidades estructurales y no se producía en forma espontánea un desarrollo industrial sostenido. Para fomentarlo, en varias ocasio-

nes se establecieron leyes promocionales. Desde el quiebre sistémico de los años treinta, las tendencias políticamente dominantes eran favorables a la industrialización del país, pero los esfuerzos en tal sentido fueron bastante inorgánicos. Durante el período "desarrollista", se consideró que el esfuerzo de acumulación de capitales nacionales no era suficiente para el "despegue" del país, y sus bases tecnológicas eran demasiado débiles para sustentar tal desarrollo; por lo tanto, era necesario contar con el aporte financiero y tecnológico extranjero, por lo cual se legisló para dar a ese aporte la protección legal que necesitaba.

A fines de los años sesenta se volvió a hacer un esfuerzo destinado a lograr el establecimiento de modernas industrias de base, impulsadas por una política deliberada de desarrollar ciertos sectores industriales considerados estratégicos, que incluían grandes plantas siderúrgicas, de aluminio, petroquímica, papel, vehículos utilitarios pesados y algunos otros rubros. Este esquema requería grandes capitales y prolongados períodos de instalación y puesta en marcha para que la economía de escala lo hiciese rentable. La industria de capital nacional fue fomentada mediante toda clase de estímulos fiscales, facilidades para la importación de insumos y construcción de obras de infraestructura a cargo del Estado. Esta política tuvo bastante éxito y condujo a un comienzo de exportaciones de productos manufacturados no vinculados a la agroindustria, como máquinas-herramienta, tubos de acero, tractores y maquinaria agrícola. En el mismo período comenzó también cierta corriente exportadora de tecnología como tal, se vendieron algunas plantas "llave en mano" y servicios de ingeniería, sobre todo a otros países latinoamericanos.

También se reconoció que la tecnología, como factor crítico de la producción, indispensable para evitar el estancamiento de la economía, estimular su competitividad, y hacer posible el ingreso del país en nuevos mercados de mayor valor agregado, era objeto de un comercio propio, sumamente asimétrico entre vendedores y compradores, y muy diferente del de equipos o maquinarias. Por eso se legisló para regular este nuevo tipo de comercio, que incluye el uso de marcas y patentes, la asistencia técnica en el diseño de plantas o procesos y el control de la calidad de la producción. En 1971 se sancionó la ley 19.231, de transferencia de tecnología.

Poco antes se habían establecido medidas para que el enorme poder de compra del Estado diese ciertas ventajas a la industria nacional. Bajo la presidencia de José María Guido se sancionó el régimen conocido como "compre nacional", que fue reforzado en 1971 y estuvo en vigencia teóricamente hasta 1989. Si bien en la filosofía de estas normas estaba la preferencia al empleo de tecnologías de origen nacional, este criterio no figura en la parte dispositiva de los decretos y leyes, y fue poco aplicado en los hechos. Lamentablemente, el sistema condujo a tales distorsiones que se desprestigió totalmente, ya que no aseguraba ni un precio competitivo, ni la calidad necesaria, ni los plazos útiles.

Durante décadas, la industria había tenido un sesgo contrario a la exportación de productos manufacturados. Esta tendencia empezó a cambiar a mediados de los años sesenta. Entre 1966 y 1974, las exportaciones de productos manufacturados se multiplicaron por doce y llegaron a tener un peso relativo del 30% en las exportaciones del país. Sin embargo, ese nivel era sólo el 3% del total de la pro-

ducción industrial y se logró a un costo fiscal importante, por las múltiples subvenciones.

Aquél fue tal vez el momento histórico más favorable para el crecimiento de una industria competitiva. En algunas ramas más que en otras se manifestaba la tendencia a incorporar nuevas tecnologías y también a hacer cambios estructurales empresarios. La brecha tecnológica entre el país y los más desarrollados parecía poder cerrarse. Sin embargo, la mayor parte de las soluciones que se proponían para ello eran de carácter económico y financiero y no apuntaban tanto a la generación de tecnologías. Los electrónicos eran los más abiertos a tal aporte, como era de esperar en una industria de punta y de alto dinamismo.

Entre 1964 y 1974, el sector industrial experimentó un crecimiento promedio del 8% anual y fue mayor en algunos sectores dinámicos. Al final de ese período, más del 90% de las máquinas-herramienta y la maquinaria agraria, y de los productos electrónicos de consumo, y la mitad de los de electrónica industrial eran de fabricación y diseño argentinos.

A partir de la reorientación del gobierno hacia la apertura económica en 1976, esta tendencia al crecimiento industrial se revirtió. A partir de ese momento comenzó una fuerte desindustrialización. Las condiciones económicas eran ahora favorables a importar productos que ya se estaban fabricando en el país. A una industria hasta entonces sobreprotegida no se le ofreció una oportunidad de adaptarse a las nuevas circunstancias. Diez años después, todo el sector electrónico se había reconvertido al mero armado, primero, y a la simple importación, después; el de máquinas-herramienta se había reducido a la décima parte de lo que había llegado a ser. Los sectores basados en la explotación de recursos naturales con

una componente modesta de aporte industrial, como petróleo y gas, química y petroquímica, y productos agroindustriales, se hicieron predominantes y se redujo dramáticamente el aporte de las ramas generadoras de mayor valor agregado y desarrollo tecnológico locales, como la electrónica. En 1974, un tercio de las exportaciones argentinas eran de alto valor agregado. En 1984, esta proporción había descendido al 10%. Los espacios dejados por las exportaciones argentinas fueron en buena parte ocupados por Brasil y México.

Al programa industrialista del período de crecimiento industrial del período década 1965-1975 pertenece la instalación de la planta de aluminio de Aluar, que funciona en Puerto Madryn, Chubut, y que merece un comentario aparte por la política de investigación y desarrollo que dicha empresa intentó poner en práctica. En el origen de la industria argentina del aluminio había una decisión política “desarrollista”, reforzada por el interés de la Fuerza Aérea, que consideraba que el aluminio era un material estratégico, a pesar de que no existiese una industria aeronáutica nacional. El grupo industrial FATE (originariamente, “Fábrica Argentina de Telas Engomadas”) formó en 1973 la empresa Aluar, cuyo primer presidente fue el matemático y astrónomo Carlos Varsavsky. Éste congregó un grupo importante de científicos argentinos de excelente nivel. Entre 1974 y 1980, el laboratorio de Aluar desarrolló tecnologías originales que permitieron optimizar la planta y aumentar su rendimiento, sustituir materias primas importadas por otras nacionales y disminuir el impacto ambiental. Luego, la política de la empresa cambió, el grupo fue perdiendo apoyo y sus aportes tecnológicos fueron reemplazados por los de una consultora estadounidense.

El mismo grupo industrial de FATE, que desde 1945 producía neumáticos de calidad internacional, fue el que algunos años antes había formado una división electrónica que comenzó a producir calculadoras de mano programables de diseño propio, casi al mismo tiempo que las mismas eran puestas en el mercado internacional por las empresas internacionales. Cuando comenzó la apertura de la economía argentina a mediados de los años setenta, esta empresa estaba diseñando una minicomputadora, pero éste y otros proyectos se abandonaron antes de llegar a su madurez tecnológica.

El de FATE fue uno de los pocos casos en el cual una empresa privada de capital argentino hizo un serio esfuerzo para generar su propia tecnología para una producción industrial. Otros casos que merecen destacarse son los de Pescarmona y Techint, que desde la Argentina llegaron a transformarse en verdaderas empresas transnacionales en los ramos de ingeniería y construcciones civiles y mecánicas, con rubros de alta tecnología, como las turbinas hidráulicas para Yaciretá, parte de las cuales –y las de mejor calidad– son de fabricación nacional. En otras ramas de la industria, como la farmacéutica o la de los productos lácteos, también se encuentran ejemplos que pueden llegar a ser significativos en la nueva etapa en la cual se encuentra la economía argentina.

EL SISTEMA NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

En la primera mitad de los años cincuenta, la Comisión Nacional de Energía Atómica, repuesta del episodio Richter, comenzó a trabajar seriamente en su cometido específico. La

CNEA gozó de estabilidad y protección de los vaivenes de las diferentes etapas de la turbulenta historia institucional del país. Esta estabilidad, junto con un presupuesto razonable, le permitió lograr verdaderos éxitos, no sólo en diversos campos de la investigación científica y el desarrollo, sino también en la formación de recursos humanos de alto nivel, en tareas de asesoramiento de la industria y en la concreción de proyectos tecnológicos de envergadura, como el manejo de la generación eléctrica en casi todos sus aspectos, el enriquecimiento de uranio, la fabricación de combustibles nucleares con maquinaria propia y la generación de empresas que lograron competitividad tecnológica internacional y exportan productos tecnológicos de alto nivel. A raíz de esa política coherente, la nuclear es una de las contadas áreas de alta tecnología en las que actualmente la Argentina tiene presencia internacional.

El marco conceptual más explícito sobre el desarrollo de tecnología industrial, también nació en el ambiente de la CNEA. En efecto, en los años sesenta se perfilaba en algunos ambientes argentinos una toma de conciencia acerca del carácter estratégico de la generación y del comercio de tecnología. El principal exponente de una corriente de pensamiento original en toda Latinoamérica en estos temas fue el profesor Jorge A. Sábato, quien desde el Departamento de Metalurgia de la CNEA y la Fundación Bariloche reflexionó sobre los factores que influyen en el nivel de desarrollo tecnológico de un país de "industrialización tardía" como la Argentina. Sábato destacaba la necesidad de la participación del Estado en la regulación del comercio y de la generación local de tecnología. Su modelo para describir la estructura del proceso de creación tecnológica

se conoce como el "triángulo de Sábato", cuyos tres vértices son: el "sistema nacional de ciencia y tecnología" —es decir, el aparato de generación de conocimientos—, el sector empresario —tanto público como privado— y el Estado, que, según él, debe regular el comercio de tecnología y fomentar la generación propia de manera de lograr optimizar la producción industrial y agropecuaria, enriquecidas por un constante flujo innovador. El diagnóstico de la situación argentina que Sábato hacía en 1968 era que el desarrollo industrial era considerable; el sistema de ciencia y tecnología era razonablemente fuerte pero estaba disperso en muchos organismos, como una señal entre otras de que, en el vértice que correspondía al Estado, se carecía de políticas claras. Además, la interrelación entre los tres vértices era muy débil. Para fortalecerla, proponía aprovechar el enorme poder de compra del Estado para respaldar los esfuerzos nacionales. Sábato distinguía claramente entre la investigación científica y la generación de tecnología, por lo cual propugnó la creación de "empresas de tecnología", que aplicaran todos los resultados de la investigación científica, pero que tuvieran en cuenta los requerimientos de la producción, que van mucho más allá que aquélla. El único ejemplo exitoso de "empresa de tecnología" inspirada en las ideas de Sábato es INVAP, creada en 1976, en asociación de la provincia de Río Negro con la CNEA. En la actualidad, esta empresa es la única de Latinoamérica que construye satélites, además de exportar instalaciones nucleares, compitiendo con las mayores empresas del ramo.

Una de las ideas claves de Sábato se expresa en la frase "abrir el paquete tecnológico". Con esta expresión, se quería señalar el hecho, estimado negativo, de que las principales fuen-

tes externas de tecnología tendían a trasladar “paquetes” o bloques tecnológicos completos, sin tener en cuenta las diferencias específicas entre los países y sin dar lugar a aportes originales de otro origen que los del proveedor, con lo cual se perpetuaba el atraso tecnológico. Tal “apertura del paquete”, que debía permitir realizar aportes originales y aprender en el proceso de incorporación de tecnología, se logró imponer pocas veces, generando así una estructura industrial que, en algunas ramas, era casi totalmente dependiente de las empresas madres extranjeras, aunque en otras logró cierto nivel de innovación adaptadora local.

Al mismo tiempo que la CNEA colaboraba con la industria y que las instituciones de soporte tecnológico a la industria (INTI) y el agro (INTA) apoyaban a sus respectivos sectores, surgió también en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, y en algunos otros centros universitarios, una corriente de pensamiento similar, que deseaba acercar la investigación científica a las presuntas demandas de la industria. De modo algo voluntarista, la universidad apoyaba así la generación de tecnología, pero su esfuerzo por conectarse con los sectores productivos, sobre todo con la industria privada, no obtuvo la respuesta anhelada. El esfuerzo fue pronto frustrado por el régimen de Juan Carlos Onganía, en el episodio que luego se conoció como la “noche de los bastones largos” (julio de 1966), que descabezó esta iniciativa y condujo a una grave pérdida de recursos humanos valiosos.

Como se ha visto, la expansión agraria, esencialmente extensiva, alcanzó sus límites geográficos naturales durante los años veinte. Desde ese momento, todo aumento de la producción sólo podía lograrse incrementando la productividad; es decir, mediante aportes de

tecnologías más modernas y eficientes que la explotación tradicional. Sin embargo, durante veinte años más se siguió trabajando como siempre, aplicando tecnologías modernas sólo puntualmente. Las investigaciones agrarias sólo tomaron un carácter sistemático con la creación del INTA en 1956, aunque algunas provincias financiaban institutos y se formaban ingenieros agrónomos desde fines del siglo XIX.

La fundación del INTA, como la paralela del INTI, obedeció más a las propuestas de Raúl Prebisch sobre la necesidad de aportes tecnológicos en el agro argentino que a una demanda de los productores, algunos de los cuales incluso manifestaron desconfianza hacia los técnicos que iban a “enseñarles lo que debían hacer”. Pero a pesar de las resistencias, la disponibilidad de créditos para la innovación agraria aumentó el “piso tecnológico” con el que se trabajaba. El INTA creó una red de centros regionales y agencias de extensión que aún hoy cubren todas las zonas del país, y efectuó tareas de investigación y de extensión sobre todos los temas de la producción agraria. El INTA generó un cuerpo de profesionales entusiastas, que funcionó como motor de la institución, en mayor medida que los sucesivos gobiernos o las agremiaciones de productores.

La aceptación de las tecnologías propuestas por los técnicos de parte de los productores fue algo errática. El sistema de Centros Regionales realizaba cultivos “demostrativos” en campos propios y no logró tener una relación lo suficientemente estrecha con los productores como para que los ensayos “a campo” pudiesen hacerse en predios privados, salvo en casos excepcionales.

A pesar de estas limitaciones, durante muchos años, el INTA y los organismos agrotécnicos provinciales fueron la principal fuente



La mecanización del agro. Cosechadora de maíz en Córdoba.

de innovación tecnológica del sector, sobre todo mientras estas innovaciones implicaban solamente las técnicas de cultivo y la maquinaria respectiva. El INTA ayudó a la introducción de nuevas variedades y especies, y al desarrollar vacunas, tuvo un papel importante en la lucha contra la aftosa en los años setenta. Sin embargo, al aumentar el contenido industrial de la tecnología agropecuaria, como el empleo de insumos agroquímicos y bienes de capital desarrollados y vendidos por grandes empresas privadas, estas empresas empezaron a ser fuentes de información tecnológica por sí mismas. A esto se vino a añadir, más tarde, la oferta comercial de semillas híbridas y productos provenientes de la ingeniería genética.

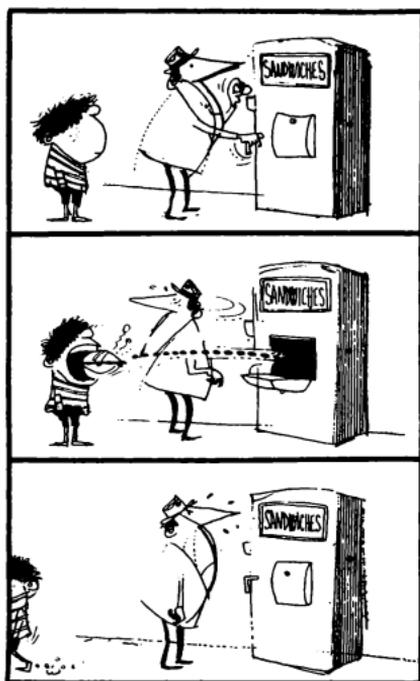
El INTI se creó en 1957, aunque tiene como antecedente un pequeño Instituto de Tecnología creado en la órbita del Ministerio de Industria y Comercio en 1945. Su mayor ex-

pansión ocurrió entre los años 1962 y 1964, durante los cuales su área de laboratorios casi se decuplicó y pasó de poseer unos pocos centros y laboratorios a las dos docenas que existen actualmente. El INTI está en contacto directo con las empresas, cuyos representantes integran la dirección del organismo y de sus centros temáticos. El INTI ha ayudado a numerosas empresas pequeñas y medianas a resolver problemas tecnológicos coyunturales y de metrología y en establecer una "cultura de la calidad", pero pocas veces fue fuente de desarrollos, por lo cual las industrias generalmente no están dispuestas a pagar lo que vale.

La evaluación del impacto económico real de la acción de los organismos de apoyo tecnológico a la producción no es fácil. No siempre se puede establecer un análisis cuantitativo *ex post* para una innovación determinada. En el caso del INTA se ha intentado hacer esto en por lo menos nueve casos: trigo, maíz, girasol, papa, algodón, caña de azúcar, yerba mate, té y leche. En todos esos casos se llega a la conclusión de que el INTA tuvo un impacto muy profundo sobre la modernización y el aumento de rendimientos y retornos de la agricultura argentina.

En el caso del INTI, este tipo de análisis no parece haber sido realizado, y los impactos reales de las inversiones realizadas por el Estado son más difíciles de evaluar. Por otra parte, a diferencia del modo de actuar del INTA, que ha estado en la vanguardia de propuestas de mejoramiento, el INTI no ha centrado el grueso de su acción en los desarrollos, fuesen ellos autóctonos o adaptativos.

El CONICET (y en menor escala, la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires) es el otro gran integrante del "sistema" nacional de investigación científica y de desarrollo tecnológico. Es el principal orga-



Dibujo humorístico de Garaycochea sobre las máquinas automáticas. Revista *Qué*, 1959.

nismo de promoción y ejecución de investigaciones científicas (básicas y aplicadas) del país, pero su producción tecnológica ha tenido poco impacto sobre la producción. Lo mismo se puede decir de los laboratorios de investigaciones de las universidades.

En cuanto a la importancia que el Estado da a las actividades del sistema científico, vale la pena consignar que sólo a partir de 1972 se incluye en el presupuesto nacional un apartado denominado "Finalidad Ciencia y Técnica" para determinar selectivamente el destino de los fondos así asignados por el Estado. Resulta muy difícil discernir qué parte de estas sumas se dedica al desarrollo tecnológico, ya que el grueso va a financiar la investigación científica. Las sumas

invertidas oscilan alrededor del 0,3% del PBI, cifra generalmente considerada muy insuficiente.

Las investigaciones en el área espacial estuvieron a cargo del Centro Nacional de Investigaciones Espaciales (CNIE), dependiente de la Fuerza Aérea, hasta la creación de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales, en 1991.

TECNOLOGÍA EN LA VIDA DIARIA

Los cambios tecnológicos del siglo XX han ido modelando la vida diaria de los argentinos, de la misma forma como lo hicieron con la mayoría de los demás habitantes del globo.

Como se ha visto, Buenos Aires fue la primera ciudad latinoamericana que tuvo un subterráneo. Luego, desde 1928 se fue extendiendo la red hasta contar con las cinco líneas tradicionales en los años cuarenta. Después, durante más de cincuenta años, esta red se mantuvo casi sin cambios, mientras la población de la ciudad y su conurbano se multiplicaba por diez. Los lentos y ruidosos tranvías eléctricos fueron sacados del servicio en 1963, y a cambio de ellos aparecieron fugazmente los trolebuses, cuyo resultado fue mediocre.

Los tradicionales colectivos aumentaron de tamaño, pero no se racionalizaron sus recorridos para la conveniencia de los usuarios. Se produjo la decadencia del ferrocarril por falta de inversiones y por el predominio automotor sobre la estructuración y unificación del territorio. Cuando se produjo el auge del automóvil, a partir de los años sesenta, las calles de las ciudades se congestionaron cada vez más. Hacia fines de los años setenta se construyeron autopistas de acceso. Los teléfonos, privados y luego nacionalizados, eran difíciles de conseguir y funcionaban mal.

Durante muchos años, la radio constituyó uno de los principales entretenimientos de amplias capas populares. A partir de los comienzos de los años cincuenta, hizo su aparición la televisión, y en 1978 se inició la emisión en colores. La popularización de la televisión contribuyó en su momento a generar una importante industria electrónica, que luego desapareció. Los alimentos distribuidos a granel fueron reemplazados por los alimentos de marca, envasados y distribuidos por los super e hipermercados que reemplazaron al

almacenero de barrio. La ropa de confección desplazó casi por completo a las sederías y las modistas y sastres. Las farmacias, de preparar medicamentos recetados, se redujeron a bocas de expendio de la industria farmacéutica. Los relojeros debieron reconvertirse en técnicos electrónicos, y los mecánicos, en programadores. Apareció la informática en todos los aspectos de la vida social. Todos estos cambios tecnológicos fueron modificando poco a poco el perfil de las ciudades y el estilo de vida de sus habitantes.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Prácticamente no existe bibliografía general específica sobre la historia de la tecnología en la Argentina. Numerosos autores se han ocupado de la historia económica e industrial del país, que es la puerta de entrada más fértil para llegar, mediante una lectura transversal, a cierta comprensión de los orígenes de la tecnología aplicada en los establecimientos industriales. Varios de ellos son clásicos, aunque algunos han sido reeditados en épocas recientes, como ALEJANDRO E. BUNGE, *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, 1940 (reeditado en 1984); ADOLFO DOREMAN, *50 años de industrialización en la Argentina (1930-1980)*, Buenos Aires, 1983; y en lo que respecta al agro, HORACIO C. E. GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, 1970. Menos conocidos son la obra de E. S. DE OBSCHATKO, *Los hitos tecnológicos en la agricultura argentina*, Buenos Aires, 1984, o el artículo de A. AMSCHEM y T. HIKINO, "La industrialización tardía en perspectiva histórica", *Desarrollo Económico*, n° 137, Buenos Aires, 1995.

Una obra reciente, cuyo enfoque crítico está expresado en la ironía de su título, es la de

JORGE SCHVARZER, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, 1996. Otro trabajo que presenta un pensamiento original sobre algunos aspectos de la tecnología es el de HERNÁN THOMAS, *Surdesarrollo*, Buenos Aires, 1995.

Para una comprensión de cierta política seguida en la industrialización argentina, es interesante leer las propuestas de RAÚL PREBISCH, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México D. F., 1963.

A diferencia de la tecnología, la ciencia argentina ha tenido historiadores, el más conocido de los cuales es JOSÉ BABINI, *Historia de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, 1986.

En cuanto a las grandes instituciones científico-tecnológicas argentinas, el INTA y el INTI, además de publicaciones de los mismos institutos se puede ver material abarcativo en OSCAR OSZLAK, "El INTI y el desarrollo tecnológico de la industria argentina", *Documentos de Trabajo del INTI*, Buenos Aires, 1984.

Para interiorizarse de algunas de las ideas y realizaciones de los militares argentinos en la temática de este capítulo, se recomienda el artícu-

lo de E. L. ORTIZ, "Army and Science in Argentina, 1850-1950", en P. FORMAN y J. M. SÁNCHEZ-RODRÍGUEZ, *National Military Establishments and the Advance of Science and Technology*, Boston, 1996.

En lo que respecta a la historia de YPF, lamentablemente sólo es posible agradecer aquí a EDUARDO BARREIRO por haber permitido al autor de este capítulo hacer uso de su obra inédita, "Breve historia del petróleo en Argentina" (1996), que ojalá algún día se publique.

La tecnología como tal, como área disciplinaria por derecho propio y por lo tanto como ámbito propio de la historiografía, casi no ha sido tocada, salvo en forma indirecta en trabajos monográficos o estudios sectoriales. Muchos de los autores de estas monografías son economistas relacionados de alguna manera con la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Instituto Di Tella. En cada caso, los títulos son suficientemente explicativos de su contenido. Entre ellos, es posible mencionar a R. BISANG, "Industrialización e incorporación del progreso técnico en la Argentina", *Monografías CEPAL*, n° 54, s/f.; D. Chudnovsky y Jorge Katz, *Patentes y actividad inventiva argentina. Estudios sobre el desarrollo científico y tecnológico*, Buenos Aires, 1971; HUGO NOCHTEFF, *Desindustrialización y retroceso tecnológico en Argentina, 1976-1982*, Buenos Aires, 1984; F. C. SERCOVICH, *Tecnología y control extranjero en la industria argentina*, Buenos Aires, 1975.

En la Argentina existen otras instituciones que se dedican a los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, y varias de ellas han editado estudios sectoriales que pueden interesar a quien quiera profundizar en estos temas. Entre

ellos se destacan el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires; el Centro de Estudios del Estado y la Sociedad; el Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad Nacional de Quilmes; el Centro de Investigaciones para la Transformación; el Centro de Investigaciones Sociales del Estado y la Administración y el Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales. Estos centros en general se conocen mejor por sus siglas.

Muchas de las claves relacionadas con este tema se encuentran dispersas en un conjunto heterogéneo de libros, artículos, informes y publicaciones periodísticas, al que habría que agregar los textos de las numerosas leyes y decretos que en una u otra época regularon el sistema científico-tecnológico nacional, la promoción industrial y la transferencia y el comercio de tecnología; y los debates parlamentarios y la fundamentación de esas leyes.

El pensamiento de Jorge Sábato se encuentra disperso en numerosas conferencias, artículos y contribuciones, pero entre ellos se recomienda JORGE SÁBATO, y NATALIO BOTANA, "La ciencia y la tecnología en el desarrollo de América Latina", en la obra colectiva *América Latina: Ciencia y tecnología en el desarrollo de la sociedad*, Santiago de Chile, 1970.

Para completar esta breve guía bibliográfica, permítase mencionar dos obras del autor del capítulo, TOMÁS BUCH, *El Tecnoscopio*, Buenos Aires, 1996, y *Sistemas tecnológicos*, Buenos Aires, 1999, las cuales, si bien tocan los aspectos históricos generales sólo en forma tangencial y no mencionan en particular la tecnología en la Argentina, pueden servir de introducción a la comprensión de la tecnología como fenómeno social y a su comprensión como estructura disciplinaria.

COLABORADORES DEL TOMO IX

EDUARDO P. ARCHETTI

Doctor en Antropología Social. Profesor de la Universidad de Oslo (Noruega). Director del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Oslo. Editor de la revista *Social Anthropology*.

FERNANDO ENRIQUE BARBA

Doctor en Historia. Académico de número de la Academia Nacional de la Historia. Profesor titular de Historia Argentina de la Facultad de Humanidades. Director del Instituto de Historia Argentina "Dr. Ricardo Levene". Investigador de la Universidad Nacional de la Plata.

MARÍA INÉS BARBERO

Profesora de Historia. Profesora asociada de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento (Instituto de Industria).

ARIEL BARRIOS MEDINA

Profesor de Enseñanza Especial, Superior y Normal en Filosofía, graduado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Doctor de la Universidad de Buenos Aires. Investigador y docente en el Centro de Divulgación Científica de

la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires.

TOMÁS BUCH

Fisicoquímico. Tecnólogo generalista estudioso de la historia de la tecnología. Asesor externo de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional del Comahue.

LUCIANO H. ELIZALDE ACEVEDO

Doctor en Ciencias de la Información. Profesor titular de Sociología de la Comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Austral.

OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS

Académica de número de la Academia Nacional de la Historia. Profesora titular de Folklore de la carrera de Musicoterapia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y de Folklore y Etnología en la Facultad de Historia y Letras de la Universidad Católica Argentina. Directora del Centro de Estudios Folklóricos "Dr. Augusto Raúl Cortazar".

CARLOS D. GALLES

Físico. Profesor titular de la Universidad Nacional de Rosario. Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología.

Asesor de la División Historia de la Ciencia de la UNESCO.

NOEMÍ M. GIRBAL - BLACIA

Doctora en Historia. Académica correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en la provincia de Buenos Aires. Profesora titular de Historia Argentina y directora ordinaria del Centro de Estudios Histórico Rurales de la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

FRANCIS KORN

Doctora en Filosofía. Profesora titular de Lógica de la Investigación del doctorado de la Universidad Católica Argentina. Investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

COLIN M. LEWIS

Doctor en Historia Económica. Profesor asociado de Historia Económica de América Latina de la Escuela de Ciencias Económicas y Políticas de Londres. Miembro asociado del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres.

JUAN J. LLACH

Licenciado en Sociología y en Economía. Director del área Economía, profesor e investigador de la Universidad Austral.

ERNESTO J. A. MAEDER

Doctor en Historia. Académico de número de la Academia Nacional de la Historia. Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Director del Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Resistencia, Chaco. Profesor titular de Historia Argentina de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste.

HIROSHI MATSUSHITA

Doctor en Historia. Profesor titular de Desarrollo Político del Curso del Doctorado de estudios de Cooperación Internacional de la Universidad Nacional de Kobe, Japón. Miembro de la Asociación Japonesa de Estudios de América Latina.

CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (h.)

Abogado. Académico de número de la Academia Nacional de la Historia. Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Titular del directorio del Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán. Director de la carrera de Comunicación Social de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino.

ANDRÉS M. REGALSKY

Doctor en Historia. Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Miembro de la Asociación Argentina de Historia Económica.

FERNANDO ROCCHI

Doctor en historia. Director del Departamento de Historia y director académico de la Maestría en Periodismo de la Universidad Torcuato Di Tella.

OTTO T. SOLBRIG

Doctor en Botánica y Genética. Profesor titular de Biología de la Universidad de Harvard. Miembro de la Academia de Ciencias y Letras de U.S.A. y de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo.

MARÍA CRISTINA VERA DE FLACIIS

Doctora en Historia. Profesora titular de Historia Social Contemporánea de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Presidenta de la Junta Provincial de Historia de Córdoba.

ÍNDICE

CUARTA PARTE

LA ARGENTINA DEL SIGLO XX INDEPENDIENTE c. 1914-1983 (Continuación)	9	38. AGRICULTURA Y GANADERÍA (1945-1983)	35
V. LA ECONOMÍA (Continuación)	11	<i>Otto T. Solbrig</i>	
37. AGRICULTURA Y GANADERÍA (1914-1945)	13	La Argentina, país agrícola-ganadero	35
<i>Noemí M. Girbal-Blacha</i>		El fin de una era	38
El escenario económico nacional (1914-1930-1945)	13	Crisis y transformación. 1945-1955	41
El límite de la expansión horizontal agraria y los efectos de la Primera Guerra Mundial en el agro pampeano	14	La transición a una agropecuaria industrial. 1955-1983	43
Características de las economías monoproductoras del Interior: azúcar y vitivinicultura	17	La agropecuaria extrapampeana. 1945-1983	52
Las economías marginales. El caso del Gran Chaco argentino: explotación forestal y algodón	19	Consideraciones finales	56
La crisis ganadera de posguerra	21	Orientación bibliográfica	59
El Estado intervencionista y su acción agraria	23	39. LA INDUSTRIA (1914-1945)	61
La Segunda Guerra Mundial y sus efectos en la producción agroganadera argentina	28	<i>María Inés Barbero y Fernando Rocchi</i>	
Orientación bibliográfica	29	Los problemas de la guerra, 1913-1920	62
		La década del veinte	65
		Después de la crisis, 1930-1939	69
		El impacto de la Segunda Guerra Mundial	72
		Conclusiones	77
		Orientación bibliográfica	80
		40. LA INDUSTRIA (1945-1983)	85
		<i>Juan L. Llach</i>	
		Indicios	86
		Los bajos continuos	88
		La Segunda Guerra, un inesperado éxito exportador y la fatal opción por la autarquía	96

La década del cincuenta. Crisis de nuevo cuño y una nueva ideología: el desarrollismo	99	VI. EMPRESA Y TRABAJO	185
Los dorados años sesenta: la luz que se apagó	102	43. EMPRESARIOS, EMPRESAS Y ORGANIZACIONES EMPRESARIAS	187
Los años setenta: la industria entre la gran convulsión política, la megainflación y un equivocado intento de apertura	105	<i>María Inés Barbero</i>	
Conclusiones	110	<i>y Fernando Rocchi</i>	
Orientación bibliográfica	111	Los agentes económicos: empresarios y empresas	188
41. LAS INVERSIONES EXTRANJERAS Y EL COMERCIO EXTERIOR	117	Las organizaciones empresarias y la construcción de identidades	196
<i>Andrés M. Regalsky</i>		Empresas y empresarios en la sustitución de importaciones	202
<i>y María Inés Barbero</i>		Un balance	204
Las inversiones extranjeras y el comercio exterior		Orientación bibliográfica	206
entre 1914 y 1950	117	44. ORGANIZACIONES SINDICALES Y RELACIONES LABORALES	213
Las inversiones extranjeras y el comercio exterior entre 1950 y 1983	130	<i>Hiroshi Matsushita</i>	
Consideraciones finales	143	Características de las organizaciones sindicales a principios del siglo XX	213
Orientación bibliográfica	145	El avance del sindicalismo durante el gobierno radical y la "Semana Trágica"	214
42. TRANSPORTE Y COMUNICACIONES	151	La creación de la CGT y sus transformaciones en la década de 1930	218
<i>Colin M. Lewis</i>		Perón y el 17 de Octubre	222
Las revoluciones en las comunicaciones y sus peculiaridades argentinas	151	El gobierno de Perón y el movimiento obrero	225
Los ferrocarriles	154	La agonía de los trabajadores durante el gobierno de la Revolución Libertadora y los gobiernos civiles inestables	228
El sistema de carreteras y los automotores	163	El gobierno de Onganía y el impacto del Cordobazo	233
Tranvías y colectivos en la vida urbana	166	El fugaz régimen peronista y la lucha interna del peronismo	235
Transporte fluvial y marítimo	171	La guerra sucia y la resistencia obrera	236
El transporte aéreo. Aerolíneas Argentinas	173	Conclusiones	239
Telégrafo, teléfono y servicios postales	175	Orientación bibliográfica	240
Algunas conclusiones	178		
Orientación bibliográfica	181		

VII. VIDA COTIDIANA, RECREACIÓN Y MEDIOS DE INFORMACIÓN	245	Boxeo: los puños de la nación	325
		A modo de conclusión	329
		Orientación bibliográfica	330
45. VIDA COTIDIANA	247	48. EL PERIODISMO	333
<i>Francis Korn</i>		<i>Carlos Páez de la Torre (h.)</i>	
Entreguerras	247	Tensión entre ideal y tradición.	
Infancias de la década del diez	248	Las provincias	333
La "globalización" en la década del veinte	254	Las agencias. Fotos, sólo en revistas.	
Pasiones compartidas	256	Los vespertinos	334
La modernización	259	Periodismo de tango e infantil.	
Pobladores y viviendas	264	Más lectores. El cine	335
Orientación bibliográfica	266	Escritores en la prensa	336
46. COSTUMBRES POPULARES	269	Los años veinte y el fenómeno	
<i>Olga Fernández Latour de Botas</i>		<i>Crítica</i>	336
El tradicionalismo y el tango	269	Revistas y diarios de los veinte.	
Culturas populares	274	El Congreso Panamericano	338
Los hechos cotidianos.		La revolución de 1930 y su marca.	
Oficios ambulantes	276	Censura. Crece <i>Crítica</i>	340
De calles y caminos	280	El espectáculo, el "corazón", los deportes. Actividades gremiales	341
Algunos servicios característicos	282	Revistas literarias. La carrera periodística. Proyectos de ley.	
Lugares comunes	284	Jurisprudencia	342
Comercios y comerciantes	286	<i>Crítica</i> declina. <i>Canto</i> .	
Niños por la calle	287	La revolución de 1943	343
Oficios de mujeres	288	El sindicalismo. Prensa literaria.	
La fe junto al camino	291	<i>Clarín</i> y <i>Democracia</i>	344
Los espacios del ocio	293	Perón y la prensa. La cadena.	
El juego	293	Cuotas. Estatuto.	346
El espacio interior	298	Revistas. Cierres e intervenciones.	
Los hechos cíclicos	298	Expropiación del papel	347
Orientación bibliográfica	302	Clausuras. Expropiación	
47. EL DEPORTE	305	de <i>La Prensa</i> . Revistas literarias	348
<i>Eduardo P. Archetti</i>		Llega la televisión. Más revistas.	349
Fútbol: el deporte sin fronteras	306	La "Revolución Libertadora"	349
Polo: estancias, caballos y hegemonía mundial	314	<i>La Prensa</i> , otra vez. Varias revistas.	
Automovilismo y modernidad: paisajes, máquinas y hombres	319	Diarios	351
		El fenómeno <i>Primera Plana</i> , <i>Panorama</i> y <i>Crónica</i>	352

<i>Gente</i> . Las revistas de opinión y el golpe. <i>Todo es Historia</i>	354	VIII. LA EDUCACIÓN	395
El cierre de <i>Primera Plana</i> . Ocaso de las revistas de opinión	354	50. LA ENSEÑANZA PRIMARIA	397
El offset. El fenómeno <i>La Opinión</i>	355	<i>María Cristina Vera de Flachs</i>	
<i>Crisis</i> y otras revistas. La "multimedia"	356	La educación primaria hacia el Centenario	397
El Proceso. Autocensura. Cierres. Muertes y desapariciones	357	Intentos laicistas para modernizar el sistema educativo nacional	400
<i>La Opinión</i> es intervenida. <i>Convicción</i> . El semanario <i>Humor</i>	358	La educación en la década del treinta	402
El crecimiento de <i>Clarín</i> . La guerra de Malvinas y la información triunfalista	359	Una nueva política educacional	404
Orientación bibliográfica	360	La refirmación de la educación liberal y laica	412
		El debe y el haber de la educación primaria	416
		Orientación bibliográfica	419
49. RADIO Y TELEVISIÓN	363	51. LA ENSEÑANZA MEDIA	425
<i>Luciano H. Elizalde Acevedo</i>		<i>Fernando Enrique Barba</i>	
La radio como telecomunicación (1914-1920)	363	La reforma Saavedra Lamas. La enseñanza media durante los gobiernos radicales, 1914-1930	425
La radio como comunicación de masas (1920-1933)	365	La enseñanza secundaria, normal y especial en el gobierno de Justo (1932-1938)	429
Hacia la regulación. Intervención estatal y participación de las masas (1933-1943)	370	El período 1938-1945. La acción del ministro Jorge Eduardo Coll y el proyecto de ley de educación común	432
La intervención directa sobre los medios (1943-1955)	375	Peronismo y educación (1945-1955)	437
La transición a la liberalización y el proceso de desperonización (1955-1958)	379	La enseñanza religiosa	439
La televisión liberal y privada (1958-1973)	381	La enseñanza técnica	440
La transición al sistema de radio y televisión estatal (1973-1975)	386	El aumento matricular	442
La radio y la televisión durante el gobierno militar (1976-1983)	388	La "Revolución Libertadora". Reformas entre 1955 y 1958	442
Orientación bibliográfica	390	Énfasis en la enseñanza técnica. La enseñanza media entre 1959 y 1972	445
		La enseñanza media durante el lapso 1973-1976	447

El período del Proceso de Reorganización Nacional.			
El Consejo Federal de Cultura y Educación	449		
Orientación bibliográfica	453		
52. LA UNIVERSIDAD	457		
<i>Ernesto J. A. Maeder</i>			
La universidad a principios del siglo	458		
La Reforma y los cambios en el sistema universitario entre 1918 y 1943	466		
La universidad, entre la revolución de 1943 y el peronismo	474		
La universidad entre 1955 y 1973	480		
Desde 1973 hasta 1983	488		
Orientación bibliográfica	493		
IX. LA DIMENSIÓN CIENTÍFICA Y CULTURAL	499		
53. CIENCIAS BIOMÉDICAS	501		
<i>Ariel Barrios Medina</i>			
Sea la salud pública la ley suprema (1914-1935)	502		
La Argentina en el mapa de la ciencia biomédica (1935-1943)	509		
La ciencia no tiene patria, pero el hombre de ciencia la tiene (1943-1955)	515		
Una explosión científica (1958-1975)	519		
La Argentina científica de ultramar (1975-1984)	525		
Orientación bibliográfica	527		
54. CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES	535		
<i>Carlos D. Galles</i>			
La ciencia hacia el Centenario	535		
La ciencia en el período entre guerras	541		
La transición de 1945 y la década peronista	545		
El CONICET. La conformación del sistema de ciencia y tecnología	552		
Orientación bibliográfica	556		
55. LA TECNOLOGÍA	559		
<i>Tomás Buch</i>			
Un marco de referencia	559		
La opulenta Argentina del Centenario	561		
Los límites del sistema	564		
La crisis de los treinta y la industrialización por sustitución de importaciones	567		
Petróleo y política	570		
Los militares y el desarrollo tecnológico	572		
La "gran ciencia" llega a la Argentina	575		
Las empresas, el desarrollo tecnológico y el Estado	576		
El sistema nacional de ciencia y tecnología	578		
Tecnología en la vida diaria	582		
Orientación bibliográfica	583		
COLABORADORES DEL TOMO IX	585		

Nº Inventario: 044844
fecha de entrada: SEPT-2002
adquisición: DONACIÓN ANH
Precio:

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA
BIBLIOTECA

PLAN GENERAL DE LA OBRA

Tomo I

PRIMERA PARTE: La Argentina aborígen.
La conquista española (siglo XVI)

Tomos II y III

SEGUNDA PARTE: La Argentina
en los siglos XVII y XVIII, hasta 1810.

Tomos IV, V y VI

TERCERA PARTE: La configuración
de la República independiente (1810-c.1914).

Tomos VII, VIII, IX y X

CUARTA PARTE: La Argentina del siglo XX
Índices generales

CONTENIDO DEL NOVENO TOMO:

V. La economía (continuación): 37- Agricultura y ganadería (1914-1945) (Noemí M. Girbal-Blacha); 38- Agricultura y ganadería (1945-1983) (Otto T. Solbrig); 39- La industria (1914-1945) (María Inés Barbero y Fernando Rocchi); 40- La industria (1945-1983) (Juan L. Llach); 41- Las inversiones extranjeras y el comercio exterior (Andrés M. Regalsky y María Inés Barbero); 42- Transporte y comunicaciones (Colin M. Lewis). **VI. Empresa y trabajo:** 43- Empresarios, empresas y organizaciones empresarias (María Inés Barbero y Fernando Rocchi); 44- Organizaciones sindicales y relaciones laborales (Hirosi Matsushita). **VII. Vida cotidiana, recreación y medios de información:** 45- Vida cotidiana (Francis Korn); 46- Costumbres populares (Olga Fernández Latour de Botas); 47- El deporte (Eduardo P. Archetti); 48- El periodismo (Carlos Páez de la Torre h.); 49- Radio y televisión (Luciano H. Elizalde Acevedo). **VIII. La educación:** 50- La enseñanza primaria (María Cristina Vera de Flachs); 51- La enseñanza media (Fernando Enrique Barba); 52- La universidad (Ernesto J. A. Maeder). **IX. La dimensión científica y cultural:** 53- Ciencias biomédicas (Ariel Barrios Medina); 54- Ciencias exactas, físicas y naturales (Carlos D. Galles); 55- La tecnología (Tomás Buch).

ISBN OBRA COMPLETA:
950-49-0214-6



PLANETA